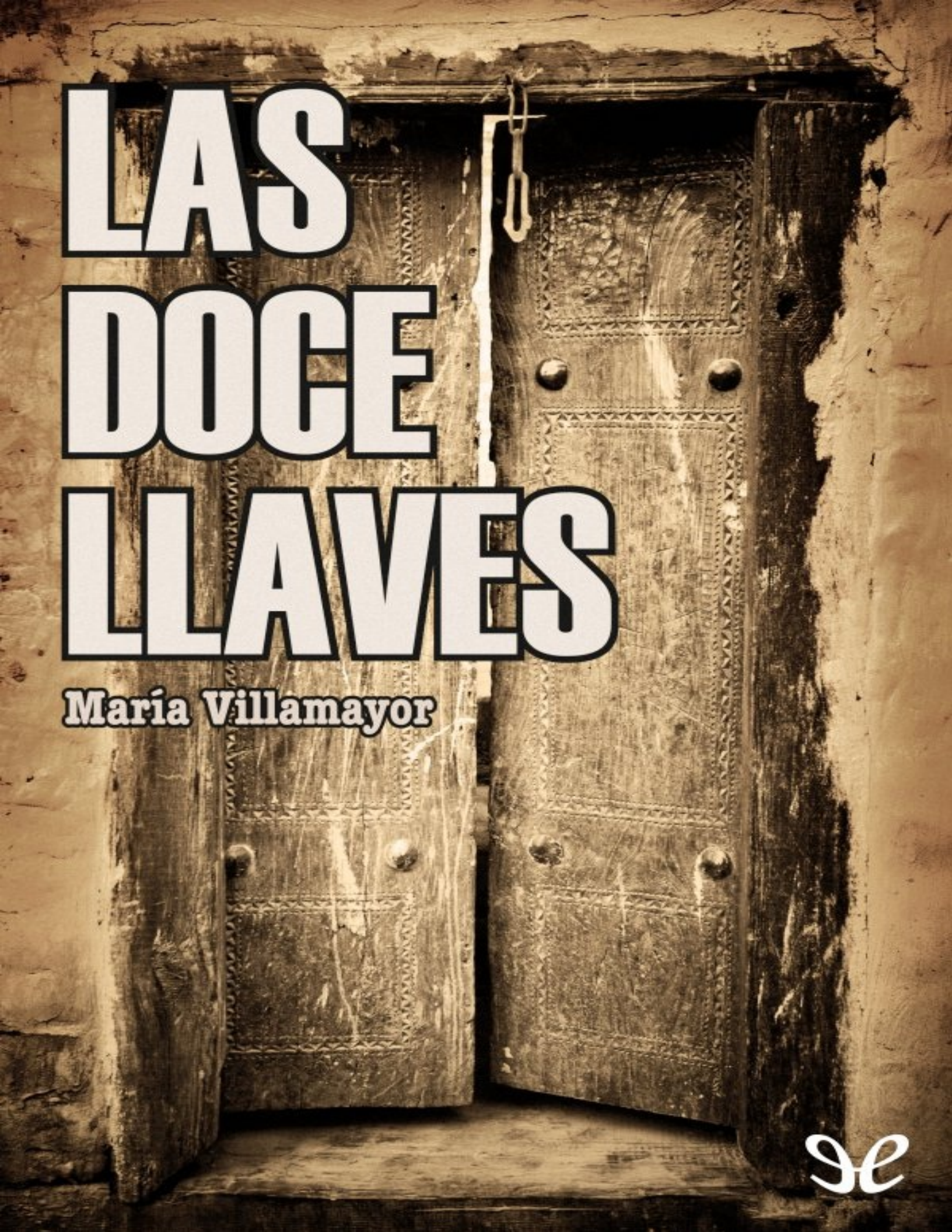

LAS
DOCE
LLAVES
María Villamayor

Sara Ferrer psicóloga y profesora de yoga, acaba de mudarse a la casa de sus sueños en el casco histórico de su ciudad.

Además, recibe la noticia de que su hermana regresa para vivir con ella. Huérfanas desde pequeñas, por culpa de un trágico accidente, han sido criadas por su Tía Rosa.

El encuentro casual de un cuaderno escrito por su padre pone a las hermanas Ferrer tras la pista de una serie de enigmas que les conducirán, a través de la parte más secreta y escondida de la ciudad, a una realidad que nunca hubiesen imaginado.

¿Qué secreto esconden las antiguas puertas de la ciudad? ¿Qué oscuros intereses se mueven tras ello? ¿Quién está interesado en que no completen con éxito su búsqueda? ¿Qué intereses ocultos esconden los miembros del Tribunal de las Aguas?

Este libro atrapará al lector en una intriga constante, donde el amor y la aventura, como principales protagonistas, se ven envueltos en un apasionante recorrido histórico por la ciudad de Valencia.



María Villamayor

Las doce llaves

ePub r1.3
Titivillus 13.04.2023

Título original: *Las doce llaves*
María Villamayor, 2011

Editor digital: Titivillus
Revisado por lectura y corrección de erratas: lvs008
ePub base r2.1



A mi marido Joaquín, por estar siempre a mi lado.
A mis hijos Daniel y Verónica por ser como son.

Ningún gran artista ve las cosas como son en realidad; si lo hiciera, dejaría de ser artista.

OSCAR WILDE



Prólogo

Cuando María Villamayor me pidió que prologara su libro dije que sí y lo hago, pero siempre con el convencimiento que para mí tiene toda obra creativa y es el del respeto en la forma expresiva que el autor ha seleccionado.

La obra ha de ser respetada escrupulosamente en su construcción creativa y por ello el prologo no hablará del contenido, que para eso está el propio lector que juzgará.

En esta segunda obra de María Villamayor —una escritora madura en su tiempo físico y en su juvenil entusiasmo de su tiempo intelectual— encontramos el principio de un oficio conectado con el mundo del misterio y del avance que toda obra al uso mágico tiene de los acontecimientos.

Si hubiera que pensar en el constructor de su universo literario habría que señalar que su trabajo se encadena con la corriente que firman: Asensi, Navarro e incluso el propio Brown.

Aristóteles señalaba la necesidad de adaptar los discursos a los públicos y creo que Villamayor ha sabido hacer eso.

La pasión por escribir ha llevado a María Villamayor a volcarse hasta la extenuación temporal dando a luz un libro de cuantiosas páginas.

El alumbramiento le ha deparado gozo y dolor. El gozo del camino recorrido, el trabajo de campo y el dolor de la ausencia de lo ya escrito.

No me lo ha dicho pero debe estar en un proceso de vacío hasta el encuentro con una nueva argumentación, y está por ver si sigue el camino coloquial de lo mágico.

El lector encontrará en su lenguaje escrito expresiones entresacadas de la misma fuente vital del lenguaje que no es sino la calle; el dialogo abierto entre

los personajes salpimentado de un conjunto de acciones que acompañan al lector en una lección de historia y simbolismo entroncada con la propia historia antigua y simbólica de una ciudad a la que parece amar mucho.

Valencia aquí es la gran protagonista de fondo.

María Villamayor se ha hecho guía en este tiempo de búsqueda constante.

El amor está presente y se dibuja y se desdibuja a medida que los personajes avanzan en su recorrido existencial.

No falta la intriga al uso en este género de lo mágico y ese camino intrigante se recorre con ligereza y con interés y no fatiga la abundancia de páginas.

He descubierto en María a una escritora incipiente cuya semilla literaria estaba sembrada hace años. Solo desear para ella el éxito y para los lectores el gusto por el entretenimiento y la curiosidad por descubrir los rincones más sugerentes de una ciudad que tiene sus misterios pese a la luz y el mar que la enmarcan.

Carlos Pajuelo de Arcos.
Periodista.



Capítulo 1

El dulce y espiritual olor a incienso invadía la estancia acompañado de cálidas e inmaculadas velas esparcidas en un rincón. Las notas musicales de *The Magic of Nature* se mecían en el ambiente, despejando las mentes y agudizando los sentidos de las decenas de personas que, tumbadas en el suelo sobre sus colchonetas, descansaban relajadas. El CD agotó sus últimas notas, dejando atrás el ruido refrescante del agua y el canto de los pájaros. El aula permaneció en silencio por unos instantes, salvo las gotas de lluvia que tintineaban sobre los grandes ventanales. Había sido una clase dura pero gratificante, Sara se sentía colmada de satisfacción, comprobando la expresión de felicidad en la cara de sus alumnos. El yoga significaba mucho en su vida, era su equilibrio entre cuerpo, mente y espíritu, de hecho, lo llevaba practicando más de diez años, y desde hacía un par de ellos daba clases tres días a la semana. Era una manera de seguir con su ritmo y no desconectarse, y podía alternarlo con su propia consulta de psicología. Sara se levantó del suelo y dirigiéndose a los alumnos dio por concluida la clase. Todos se incorporaron con una expresión relajada y radiante. Tras las despedidas hasta el siguiente día, recogió sus cosas y se dirigió a la calle.

La lluvia había dejado las calles empapadas y relucientes. Aún chispeaba cuando Sara empezó a caminar. Rebuscó en su bolso buscando el paraguas, pero como de costumbre lo había dejado olvidado. Cruzó la calle Burriana deprisa, esquivando los charcos en busca del coche aparcado a pocos metros de allí. Las frías gotas le resbalaron sobre la cara y Sara se dejó querer. Cómo le gustaba la lluvia, era como si le purificara, produciéndole sensación de bienestar. Sabía que a su madre también le encantaba, ¡lástima que ya no la tuviera con ella! ¡Cómo

la echaba de menos! Los ojos de Sara se tornaron brillantes. Esa mañana se había levantado más nostálgica de lo habitual. Pero su lema de optimismo siempre se superponía a cualquier dificultad, así que intentó mantener la mente ocupada con otros pensamientos. Cuando llegó al coche, conectó la radio. El espacio reducido del automóvil se vio envuelto en el torbellino de Paulina Rubio con una de sus canciones: «Ni una sola palabra», tarareándola, salió del aparcamiento dejando que la congoja se evaporara.

Faltaba poco para la una del mediodía y casi estaba llegando a casa de Tía Rosa. Le había prometido que comerían juntas, y tenía tiempo suficiente para echarle una mano. Sabía que disfrutaba con su compañía, sobre todo, enredando en la cocina. El tráfico estaba imposible, en cuanto caían cuatro gotas… no se podía circular por la ciudad. Sara respiró profundamente procurando no alterarse, «con paciencia se solucionan las cosas» decía siempre Tía Rosa. Por fin, cruzaba el Puente de Aragón en dirección a la Avenida del Puerto. Al final de ella y antes de llegar al muelle encontró un lugar para aparcar. A esas horas había sido una bendición. Después de comprobar que llevaba todo se dirigió al edificio de su tía. Mientras cruzaba levantó la vista localizando su balcón. Cuántas veces se había asomado desde allí y había disfrutado con las preciosas vistas del Mar Mediterráneo. Estaba convencida de que lo iba a añorar, después de haber vivido toda su pubertad y adolescencia había llegado el momento de volar. Cuando llegó a la puerta, procuró no hacer ruido con las llaves. Su intención era sorprenderla, pero el delicioso olor a comida, hizo que jugara mal sus cartas, delatándole al instante.

—¡Pero qué bien huele en esta casa! —dijo sin poder contenerse y escuchando los aullidos de su estomago.

Sara, atravesó el pasillo siguiendo a su olfato y fue derecha a la cocina.

—¡Hola, pequeña!, ¡qué pronto has llegado hoy! —dijo Tía Rosa mirando el reloj de la pared, y afanándose en dar los últimos toques.

—Tía… ¿Cuándo vas a dejar de llamarme pequeña? Sabes que ya he entrado en los treinta.

—¡Sí… pero hace bien poco! —contestó Tía Rosa ofendida—. ¡Además, para mí siempre serás mi pequeña! ¿O, acaso no te he criado yo?

—Sí, tía… tienes toda la razón —Sara sabía que no podía con ella en ese aspecto, de manera que se le acercó y sonriéndole, le besó en la mejilla—. ¿Cómo has adivinado que hoy me apetecía comer arroz a banda?

—Pues porque te conozco muy bien, pequeña —esta vez ese «pequeña» sonó

de forma sarcástica y puñetera.

Sentadas a la mesa degustaron el menú en un ambiente agradable. Sara sabía de antemano que la armonía se esfumaría en cosa de segundos.

—Tía… me han llamado de la inmobiliaria y creo que he encontrado lo que busco.

—¡Pero Sara!… —dijo Tía Rosa en tono de disgusto—, ¿tanta prisa tienes de irte? Llevas conmigo desde los siete años y, no me voy a hacer a la idea de no tenerte aquí todos los días. Primero Alejandra, y ahora tú.

La cara de Tía Rosa cambió de expresión delatando su dolor.

—No es eso y lo sabes —añadió Sara compungida—, este tema lo hemos hablado muchas veces… pero entiende que necesito ser independiente. No puedo estar en tu casa toda mi vida. Te prometo que vendré a verte casi todos los días. Su tono se tornó en suplica.

Su corazón se había destrozado al ver el rostro de su tía y al oír pronunciar su nombre de pila. Sólo la llamaba así, cuando estaba enfadada o dolida y sabía que ahora, era lo segundo.

—¿Cuándo lo has visto? —preguntó Tía Rosa aparentemente entera.

—Para ser sincera… —continuó Sara— porque no puedo mentirte, hace una semana que fui a verlo, pero no me he atrevido a decírtelo antes. Para mí no es fácil dejar esta casa, ni dejarte a ti —en ese momento le cogió la mano entre las suyas demostrándole su cariño—. Y además creo que nunca podré agradecerte lo suficiente el que nos hayas criado a mi hermana Alejandra y a mí. Pero ya no somos unas niñas. Mira mi hermana… trabajando cada año en una ciudad y no sentando la cabeza nunca. Tía, ¡ya has hecho bastante!, a decir verdad, mucho más de lo que debías sacrificando muchas cosas, y te doy las gracias por ello.

Tía Rosa sacó un pañuelo del bolsillo del delantal y se secó los ojos, intentando disimular las primeras lágrimas sin conseguirlo.

—Mi pequeña… —dijo tiernamente—. No quiero reconocer que sois unas verdaderas mujeres y sabéis defenderos perfectamente solas. Tampoco quiero que pienses que soy una egoísta, aunque en el fondo sí que lo sea.

Sara, se levantó y la abrazó ¡Cuánto quería a esa mujer! Esa mujer que era… su segunda madre. Su tía la correspondió con el mismo cariño que se le da a una verdadera hija. A continuación, y tras unos minutos de incontenible emoción Sara se sentó enfrente de ella y la miró con desmesurada ternura.

—¿Qué sabes del piso? —preguntó Rosa interesada y ya repuesta—. ¿Dónde está?

Sara se desvivía por ponerla al día.

—Tía, es un ático antiguo precioso, con techos altos, dos habitaciones, un amplio y luminoso salón —Sara estaba eufórica, y radiante de felicidad mientras describía con todo lujo de los detalles— y lo mejor de todo…, está en la calle Quart, justo donde yo quería, en el Barrio del Carmen. La fachada es vieja, totalmente reformada, respetando el casco antiguo de la ciudad. Tiene una terraza bastante amplia y desde allí, tengo las Torres de Quart casi en primera línea. ¡Tía, me encanta! ¡Es perfecto! Se pasa un poco de mi presupuesto, pero creo que podré con ello.

—Si necesitas algo, lo que sea… yo con tal de verte contenta y ver esa cara de alegría… —añadió Tía Rosa contagiada por su sobrina.

—Tranquila, tía, y gracias…

—¿Y cuándo está previsto que sea tuyo?

—Me dan las llaves a finales de febrero. Tengo unos veinte días para ultimar detalles.



Se sucedieron los días con cruel lentitud. Sara, estresada, intentaba llegar a tiempo a todo. La consulta y las clases cada vez se le hacían más pesadas y no lograba concentrarse. En su mente solo tenía cabida un objetivo: el ático de la calle Quart. Pero todo llega en esta vida… como solía decir Tía Rosa a menudo, la fecha que tanto esperaba acababa de dar sus primeros pasos amaneciendo un día soleado y precioso pese a la estación invernal.

Sara estaba nerviosa y no podía parar de morderse los labios, retirando el brillo del carmín que una hora antes se había colocado. Le sudaban las manos, y se veía ridícula dentro de ese traje de chaqueta marrón, y esos zapatos altos de salón, que solo se ponía en contadas ocasiones y que su Tía Rosa se había empeñado en que debía llevar el día de la notaría, ya que había que causar buena impresión. Vestida de esa manera, parecía una modelo de revista del corazón. Así que ahí estaban, tía y sobrina, en la sala de espera más rococó que Sara había visto en toda su vida. Con un sofá y unos sillones sacados de alguna película francesa del siglo XVIII, y con tantos cuadros en las paredes que, más que una notaría aquello parecía el Museo de Louvre. En ese mismo instante se abrió la

puerta y salió una mujer de unos cincuenta años. Sin mediar ni una leve sonrisa dijo:

—¡Sara Ferrer!

—Sí, soy yo —dijo levantándose rápidamente como si le hubieran pinchado con alfileres.

—¡Entre, por favor! —añadió la mujer mientras le indicaba el camino con la palma de la mano.

La joven entró en el despacho seguida de su tía y unidas por cómplices miradas. Pasados unos cuarenta y cinco minutos, volvían a salir con una sonrisa de oreja a oreja.

Ya en la calle y cogidas del brazo, Sara admiraba las simples llaves del ático que lucían en su mano como el mejor de los diamantes. Se dirigieron al coche aparcado unos metros hacia delante y, sin pensarlo dos veces se encaminaron hacia la calle Quart.

Ante el antiguo portal de madera oscura combinado con cristal, Sara introducía su llave por primera vez, y oía el mismo chirriar que cuando el comercial de la inmobiliaria se lo enseñó días atrás. Entraron en el amplio portal y se dirigieron al ascensor. El corazón se le salía de la emoción y la boca se le había secado por los nervios acumulados. No podía creerse que ese piso fuera ya suyo. Un joven moreno y despeinado envuelto en un perfume fresco y varonil, bajaba con su perro por las escaleras, al mismo tiempo que Tía Rosa entraba, dándole un pequeño empujón.

—¡Perdón señora!… es que todavía estoy medio dormido —se disculpó el joven.

—¡Pues son las dos del medio día hijo! ¡A ver si nos lavamos la cara antes de bajar a la calle! —el tono de Tía Rosa era de fastidio.

—¡Tía!… ¡Cómo eres! Quieres callarte, a lo mejor ha tenido una mala noche —añadió Sara con la boca pequeña, totalmente avergonzada ¡Vaya presentación con los nuevos vecinos!

—¡Sí, muy mala!… —continuó Tía Rosa descarada—. ¡Ahora, eso sí, la cara no se la habrá lavado, pero la botella de perfume la ha dejado seca!, este no ha dormido en toda la noche, te lo digo yo, pero si tenía los ojos de hinchados igual que los conejos ¡Claro que con semejante perro, cualquiera duerme en toda la noche, pensando que, de un momento a otro te va a morder en la yugular!

—Eres imposible, tía —le increpó Sara abochornada sabiendo que no tenía remedio, y mirando como desaparecía su supuesto vecino con su amenazante

mascota—. Ese perro es un dóberman y, la verdad es que… sí que da un poco de miedo —dijo cargada de temor—, espero no encontrármelo en plena noche.

Sara se quedó pensativa. Era cierto que había inundado el patio de un olor más que agradable y rezó porque no viviera en el edificio. No era muy amante de los animales grandes.

Cuando por fin llegaron al ático ya se había olvidado por completo del joven y su animalito. Abrió los grandes ventanales dejando que la luz se apoderara de todo el salón. El día era totalmente propicio para ello, ya que el sol brillaba con toda su intensidad. Era uno de los días más felices de su vida. ¿Qué más cosas buenas le podían pasar? Estaba totalmente receptiva. Se sentía la mujer más afortunada de la faz de la tierra. De repente, su teléfono empezó a sonar despertándola de esa nube.

—¡Sara, está sonando tu móvil! —dijo Tía Rosa.

—Voy, tía. ¿Dónde he puesto el bolso?

—Está en el suelo de tu habitación —dijo al tiempo que le acercaba la mochila a su sobrina.

Sara descolgó el móvil emocionada al ver de quién era la llamada.

—Hola. ¿Cómo estás? Llevo una semana sin saber nada de ti. ¿Dónde te metes? Tu teléfono no contesta.

—¡Vamos, Sara no te enojes conmigo! —se oyó al otro lado de la línea—. Sabes que no me gusta que vayas de hermanita mayor. Me robaron el bolso junto con el móvil y por eso no podías ponerte en contacto conmigo.

—¿Que te robaron el bolso? ¡Cuéntame! —preguntó Sara preocupada.

—Sí, pero ya está todo arreglado. ¡No hay más que contar! Además, tengo una buena noticia que darte. Por cierto… ¿no era hoy el día de la escritura del piso?

—¡Sí, ya es mío!… Alejandra, estoy en el ático. Cómo me gustaría que estuvieras aquí y te vinieras a vivir conmigo.

—Pues debes de ser un poco bruja hermanita, porque me han destinado a Valencia y… si quieres, puedo vivir contigo.

—¿Cómo que si quiero? Sabes el tiempo que te lo estoy diciendo, ¿no? —Sara no podía creerse todo lo que estaba sucediendo. Hacía más de cinco años que no vivían juntas—. No sabes lo que me alegro. ¿Cómo es eso?

—La revista para la que trabajo se ha fusionado con otra que tiene la central en Valencia, así que he pedido el traslado y me lo han concedido.

—¿Cuándo vienes? —preguntó Sara ansiosa.

—Pues no te lo vas a creer pero en quince días espero tener todo organizado.

—Entonces… ¿pasarás las fallas con nosotras? —dijo Sara emocionada.

—Me temo que sí… dale un beso a Tía Rosa —dijo Alejandra—. Van a ser mis primeras fallas después de mucho tiempo ¡Sara, te tengo que dejar! Hablaremos más tarde. Muy bien. Un beso, cuídate.

Sara colgó el teléfono y puso a su tía al corriente. Ésta se alegró mucho. Por fin estarían las tres juntas de nuevo. Todo parecía ir viento en popa.



Las dos últimas semanas habían transcurrido en un abrir y cerrar de ojos. Tía y sobrina habían unido fuerzas exprimiendo las horas y sacándoles el máximo jugo. Ahora, mientras admiraban sus progresos en el nuevo piso de Sara, sonreían de satisfacción y por un trabajo bien hecho, mientras degustaban unos suculentos bocadillos de tortilla de patata.

—Ha sido todo un récord… —murmuró Sara con la boca llena.

—Nunca pensé que en tan solo quince días nos daría tiempo a pintarlo, limpiarlo y acondicionarlo.

—Si no hubiera sido por tu ayuda… —añadió la joven sumamente agradecida.

—Tonterías… ¿para qué te crees que están las tías, si no? Esta tarde tan solo nos queda colocar esas cajas con tu ropa y objetos personales y todo listo.

—Tía, ¿has cogido el pequeño baúl de mis padres? —le preguntó Sara tremendamente preocupada—. Le he perdido la pista y no me gustaría haberlo traspapelado con todo este jaleo.

—Sí, no te preocupes —contestó con dulzura—, es lo primero que metí en el coche. Debe de estar en alguna de las cajas.

Sara recobró la confianza y tranquilidad al escuchar a su tía. El solo hecho de pensar que se podía haber extraviado le había acelerado el ritmo cardíaco. Ese baúl contenía los únicos y escasos objetos personales que conservaban de sus padres. Su valor sentimental no tenía precio… siempre que estaba nostálgica lo abría y repasaba las decenas de fotografías que había manoseado miles de veces, salpicándolas con alguna que otra lágrima, y se colocaba las alhajas de su madre como si ello le hiciera sentirla más cerca o quizá, pensar que todavía no se había ido.



Capítulo 2

Las fiestas valencianas de las Fallas se iban abriendo camino en honor a San José, patrón de los carpinteros. Las calles iluminadas con miles de luces de colores, los *casales* distribuidos por todos los barrios de la ciudad albergando a los falleros, el olor a pólvora y a fiesta que se respiraba en el ambiente, y el ruido ensordecedor de los típicos *masclets*, hacían unas fiestas únicas y espectaculares.

El 16 de marzo amaneció radiante previniendo la primavera, era lo que se solía decir: un autentico día fallero. Sara se había levantado pronto, mucho antes de que iniciaran el día con la *despertá*, despertando como su nombre indicaba, a todos los valencianos en un nuevo día, a base de sembrar las calles con miles de petardos. Después de las clases de yoga, había comido un bocadillo rápido y acudido a la consulta. Así había transcurrido el día bastante ajetreado y se sentía agotada. Tumbada en su nuevo sofá disfrutaba de un descanso bien merecido e intentaba relajarse, no había tenido ni alientos para hacerse la cena, pensó que cogería cualquier cosa de la nevera y se iría a la cama temprano. Al día siguiente, a primera hora tenía que recoger a Alejandra en la Estación del Norte. La emoción de tenerla de nuevo cerca le hacía sentir tremendamente feliz, despertándose su instinto de protección, a pesar de que sabía sobradamente que su hermana era totalmente reacia y con razón. Tenían tantas cosas que contarse…

Sara miró el reloj. Eran casi las nueve de la noche cuando su móvil empezó a sonar. Se levantó a duras penas del sofá y lo cogió a desgana.

—Sí, dígame.

—Sara… ¿Cómo estás? ¡No hagas planes para esta noche, que tenemos cena!

—Amparo… mis planes de esta noche eran cenar algo rápido e irme pronto a la cama —continuó Sara sin ánimos de alargar mucho más la conversación.

—¡Pero qué dices! ¡Oye que porque tengas un piso nuevo, por cierto monísimo… no tienes porque enclaustrarte y menos ahora en fiestas! ¡Además mañana no trabajas, así que déjate esas bobadas de irte a la cama! Ya tendrás tiempo de dormir cuando te mueras… ¡Te paso a buscar en media hora! Me han dicho de un italiano en el centro…

—Pero si estoy hecha un adefesio —añadió Sara temiendo ceder.

—¡Me extraña mucho! Sabes que conmigo no tienes excusas que valgan y no acepto un no por respuesta… nos conocemos demasiado tiempo. En treinta minutos estoy bajo de tu casa.

Sara se dirigió a su habitación con la sonrisa en la boca. Se miró al espejo y en voz alta dijo: ¡Nada, que no puedo con ella! Cogió unos vaqueros y unas botas, se cambio de suéter y se maquilló un poco. A los pocos minutos, oía el timbre reclamándola.

Cenaron en una pequeña y agradable pizzería de Conde Altea disfrutando de una suculenta comida y de un buen vino. La velada transcurrió sin apenas darse cuenta, cargada de risas, gracias a la buena compañía, recordando escenas del colegio, viejos profesores y antiguos alumnos. El cansancio de Sara se había evaporado y en esos momentos hubiera dado la vuelta al mundo si Amparo se lo hubiera pedido. Después de pagar la nota, pasearon por los alrededores y se adentraron en el barrio de Ruzafa, denominado en árabe: Jardín. Uno de los barrios más significativos e históricos de la ciudad y que albergaba gran variedad de razas. Confundidas entre la multitud que paseaba en plenas fiestas disfrutando de una agradable temperatura, se perdieron entre sus antiguas y estrechas callejuelas, curioseando los antiguos comercios, puestos de *souvenir* y topmanta.

Los bares y restaurantes servían a destajo en las mesas situadas en plena calle, intentando acelerar las colas acumuladas. Los puestos de chocolate y churros endulzaban y espesaban el ambiente dejando trabados rastros de fritanga. Sara y su amiga decidieron darse un homenaje y pidieron un cucurucho de buñuelos de calabaza. Degustando semejante manjar se dirigieron a la calle iluminada de Sueca-Literato Azorín, para poder admirar el espectacular bordado de colores. Miles y miles de bombillas de diferentes tonos, alternadas y formando arcos y un sinfín de formas, adornaban el lugar. La gente intentaba

inmortalizar el momento, con sus móviles y cámaras de fotos, y ellas, boquiabiertas, imitaron los mismos movimientos. De regreso a casa, visitaron varias fallas: monumentos de cartón piedra sostenidas por un armazón de madera, llegando algunas hasta una altura de 25 o 30 metros, donde los *ninots* o muñecos, reflejaban la crítica y picaresca de la actualidad. Adornados con multitud de colores y caricaturas hacían de las fiestas de Valencia un arte y una tradición.



Eran cerca de las tres de la madrugada cuando Sara se despedía de su amiga después de una velada bastante movidita. A pesar de que sus pies le pedían una tregua estaba contenta por haberse despejado de un largo día. Acababa de atravesar las Torres de Quart y le faltaban tan solo unos pocos metros para llegar al portón de su casa, cuando un hombre apoyado en la pared y con expresión cabizbaja reclamó su atención. Le pareció escuchar a duras penas alguna frase que no logró entender, lo que le hizo suponer que estaría borracho. Eso, y su destartalado y mugriento atuendo le hizo ponerse en guardia. Se encontraba a tan solo unos pasos de ella y en su misma trayectoria. Sara, notó como sus pulsaciones aumentaban desmesuradamente y sus pies aceleraban inconscientemente olvidándose del cansancio. En el mismo momento en que la joven pasó por su lado, el individuo levantó la cabeza y la miró fijamente. Sara, se sobresaltó y el corazón le dio un vuelco. Podía percibir como su mirada le taladraba despiadadamente la espalda. Acto seguido, el individuo empezó a gritar diciendo:

—¡Oye… guaaaapa! Tienes… ¡Oye!…

Sara, se apresuró todavía más en llegar al patio. No entendió muy bien lo que le había dicho, pero tampoco le importaba demasiado, lo único que quería era llegar lo antes posible. Volvió la cabeza para mirar en dirección donde se encontraba el sujeto, y los nervios aumentaron desbordándosele al ver que se dirigía hacia ella. Con las llaves en la mano y temblorosa por la situación, intentaba abrir la puerta, y no lo conseguía. ¡Maldita sea! Gritó angustiada. Al fin, después de varios intentos fallidos, la cerradura cedió, la puerta chirrió y por seguridad, Sara la cerró lo más rápidamente que pudo detrás de ella. El corazón estaba a punto de estallarle por los aires y su respiración era un desenfreno. El

interior estaba completamente a oscuras, tan solo unos hilos de luz filtrados de alguna farola de la calle atravesaban el cristal del portón, dando algo de vida al portal. Apoyada de espaldas contra la puerta, intentó buscar el camuflado interruptor. Con el susto que llevaba sobre su cuerpo había olvidado en qué lugar se encontraba. Casi a ciegas en tan absoluta oscuridad, y mientras seguía luchando por encontrar el interruptor, algo inesperado captó su atención. Dos diminutas luces, como dos finas perlas, brillaban al fondo del lugar, casi pegado a la puerta del ascensor.

—¡Dónde estás, maldita sea! —se dijo llena de impotencia palpando la pared una y otra vez.

En el mismo instante, en que lo tenía en sus manos, y accionaba la luz, el hombre misterioso de la calle, le llamaba a la puerta con un golpe seco.

—Oye guaaaapa… esperaaa…

Sara soltó un grito despavorido y se giró tropezándose con la cara del individuo a través del cristal. Sus ojos se cruzaron con los de semejante personaje y un helado y doloroso escalofrío le recorrió todo su cuerpo. No sabía por qué, pero su mirada le había puesto hasta los pelos de punta. A sabiendas de que la puerta estaba cerrada y no podía entrar, estaba muerta de miedo por la situación, e instintivamente, dio un paso hacia atrás. Pero… todavía no se había dado cuenta de lo peor. Asustada como una niña indefensa, y con el corazón a punto de salírsele por la boca, oyó, como algo o alguien gruñía detrás de ella. Se giró y un temblor de piernas se adueñó de ella. El dóberman de su supuesto vecino estaba frente a ella, mirándole fijamente con los ojos inyectados en sangre, el hocico abierto enseñando gran parte de su potente dentadura y con claros indicios de no aceptarla como bien recibida. Ahora entendía las dos diminutas luces; eran sus ojos brillando en la oscuridad. Sara, quiso desaparecer en ese momento, no podía articular palabra alguna. Lo único que podía hacer, era rezar.

—¡Dios mío, ayúdame! —dijo con un tremendo esfuerzo—. ¿Dónde está tu maldito dueño?

A los pocos instantes que parecieron horas, una voz masculina se oyó, al fondo de la escalera.

—¡Thor!, ¡Thor!

Sara estaba en un momento que no sentía, que no oía. Se había convertido en una estatua de piedra que apenas si podía respirar. No sabía cómo reaccionar en estos momentos. Ella, que el animal más grande que había tenido en toda su vida

estaba en una pecera. Al momento, apareció un joven moreno y con un olor ya familiar y, con tono de autoridad, llamó al perro, por lo que la joven dedujo que sería su nombre y éste le obedeció al instante, sentándose y, con una cara como si no hubiera roto un plato en su puñetera vida.

—Lo siento… de veras que lo siento —dijo el joven con un aspecto impecable, informal, pero impecable. Parecía bastante sincero—. ¿Te encuentras bien?

—Pues todavía no lo sé. Mañana te diré si me han quedado secuelas —su voz temblaba como un flan—. Creo que es uno de los sustos más grandes que me he llevado en toda mi vida. Primero ese hombre y luego tu perro…

El joven se dirigió a la puerta, al ver al hombre apoyado sobre el cristal y siendo testigo de la escena. Ante la sorpresa de Sara, la abrió, antes de que ella pudiera advertirle que tenía muy mala pinta.

—¡Toma, Pepe!… —dijo tranquilamente y con voz amistosa, mientras le daba una moneda—, y no molestes más a la señorita. Es nuestra nueva vecina y ya sabes que hay que cuidar bien a los vecinos.

El tal Pepe intentó disculparse:

—Perdone usted si la he molestado —dijo tartamudeando.

—No pasa nada… —añadió Sara con voz baja y una sonrisa forzada mientras intentaba recuperarse.

A continuación, el joven cerró la puerta y el hombre desapareció. Luego, se dirigió hacia Sara:

—Perdón, no me he presentado. Mi nombre es Lluís Esteve —dijo al tiempo que le chocaba la mano—. Vivo en el primero. Estaba a punto de salir de casa, he abierto la puerta al tiempo que sonaba el teléfono y, Thor ha aprovechado para escaparse. Siento el susto que te ha dado.

—El mío es Sara Ferrer y… acabo de instalarme en el ático —tuvo que hacer una pequeña pausa para recuperar parte del aliento.

—Lo sé —contestó el muchacho con una agradable sonrisa—. Era el único piso que quedaba libre. De hecho yo dudé en quedármelo. Llevas pocos días, ¿no?

—Hace una semana y la verdad es que todavía no conozco a los vecinos —replicó Sara más tranquila.

—Aquí somos como una familia, ya verás, y la gente es muy maja.

El dóberman se acercó luciendo un cuerpo bien formado a Sara mientras hablaba con su dueño y le lamió la mano. Ella, la retiró inconscientemente,

sobresaltada.

—¡No te preocupes, no hace nada! Es todo fachada. En cuanto te conozca, no tienes nada que temer —añadió Lluís dándole confianza y, llamando al perro por su nombre mientras le acariciaba. Éste le obedeció inmediatamente.

—Pues te puedo asegurar que impone mucho respeto —dijo Sara con mucha cautela mientras admiraba su brillante pelo negro azabache y fuego, y su musculoso y fibroso cuerpo. ¿Cómo dices que se llama?

—Thor —pronunció él con soltura.

—Es muy original —añadió Sara.

—Pertenece a la mitología nórdica —aclaró él satisfecho del nombre escogido.

—Lo sé —dijo con una dulce sonrisa al tiempo que llamaba el ascensor—. Se está haciendo tarde y mañana tengo que madrugar.

Lluís miró el reloj y efectivamente pasaban de las tres y media.

—Te invitaría a un café o una copa y… seguiría hablando contigo —prosiguió el joven.

—Te lo agradezco, pero… mejor otro día.

Sara intentó ser amable. Estaba destrozada y después de tantos sustos juntos, necesitaba relajarse un poco. Aunque reconocía que su vecino le resultaba bastante agradable, además, de no estar nada mal. Cuando por fin consiguió llegar al ático, se descalzó y se puso cómoda. Hizo unos ejercicios de respiración y cayó rendida hasta el día siguiente.

El despertador sonó a las ocho en punto, casi al mismo tiempo que la *despertá* de los falleros. Sara intentó hacerse la remolona, pero por poco tiempo. Con el ruido de los petardos era imposible seguir un minuto más en la cama. Se levantó y abrió la ventana. La habitación se inundó del olor a pólvora y, respirando el ambiente fallero, se metió en la ducha. A las nueve menos cinco, estaba entrando por la Estación del Norte, uno de los monumentos más emblemáticos de la arquitectura civil de la ciudad. Su fachada, con motivos vegetales, naranjas y flores de azahar estaban inspirados en la agricultura valenciana, destacando también sus cerámicas vidriadas y mosaicos. Consiguió aparcar el coche en un buen sitio y, nerviosa se dirigió hacia los andenes. Faltaban unos pocos minutos, para la llegada del tren. No podía creerse que por fin, su única hermana… su hermana pequeña Alejandra, se quedara en la ciudad y encima fuera a vivir con ella. Era demasiado bonito para ser realidad. Los nervios la estaban traicionando, y la nostalgia y melancolía que tenía guardados

durante tanto tiempo, temía que le jugaran una mala pasada. Efectivamente, y como Sara sospechaba, en cuando el tren hizo su aparición y empezaron a bajar cientos de pasajeros con sus respectivas maletas, y a lo lejos divisó a Alejandra, las lágrimas no pudieron contenerse por más tiempo y empezaron a rodar por sus mejillas. Las dos hermanas se abrazaron con ternura. Cuanto más tiempo pasaba por ellas, más se parecían entre sí y más se parecían a su madre. Castañas y esbeltas, con media melena, piel mediterránea, Sara, ojos claros como el champaña, Alejandra, de color verde oliva. Hacían un buen dúo, siempre lo habían hecho desde que eran niñas. Emocionadas, ambas se separaron para contemplarse una a la otra.

—Te veo con muy buen aspecto —dijo Alejandra con los ojos humedecidos —. Te ha sentado bien el nuevo piso.

—Pues sí, tengo tantas ganas de que lo veas. Tú estás más delgada. ¿Que no comes bien? ¿No duermes? —añadió Sara preocupada.

—Un poco las dos cosas, pero nada alarmante. Ahora me relajaré contigo y en unos días…

Salieron cargadas con las maletas de la estación y después de acomodarse en el vehículo, se dirigieron a la calle Quart. Alejandra, estaba eufórica. Miró a su alrededor ¡Cómo había echado de menos todos esos lugares!

—Veo que todo sigue igual —comentó la joven mirando a un lado y a otro —. ¿Sabes lo que realmente me apetece?

—No… pide por esa boca —añadió Sara complaciente—. Tengo tres días para dedicártelos en pleno.

Alejandra sonrió.

—Oír una *mascletá*, asistir a la *nit del foc* y visitar la Virgen —Alejandra lo recitó de un tirón como si llevara mucho tiempo esperando ese momento.

—¡Eso está hecho! —le interrumpió Sara contenta de tenerla otra vez a su lado.

Después de aparcar en el garaje subieron al ático. Alejandra se enamoró de la estancia en cuanto la vio. Su amplitud, su inmensa luz… era perfecta.

—Me encanta, hermanita. Tienes un gusto exquisito. Y la luz que hay. Como el clima de Valencia en ningún otro sitio, te lo digo por experiencia, que por suerte o por desgracia he viajado demasiado.

—¿Has desayunado algo? —preguntó Sara.

—Poca cosa.

—Pues prepárate para degustar auténticos manjares. Vuelvo enseguida.

Y sin decir ni una sola palabra, desapareció. A los pocos minutos, entraba con un recipiente de chocolate y unos exquisitos buñuelos de calabaza.

—¡Sara, como eres!… —Alejandra le sonreía al tiempo que se sentaba en la mesa.

—¡Que se note que estamos en fiestas! —dijo Sara llena de alegría—. ¡Después ya iremos a base de ensaladas! Hoy comemos en casa de Tía Rosa, que tiene unas ganas increíbles de verte, pero antes, iremos a ver la *mascletá*.

Las dos hermanas disfrutaron de toda la mañana como hacía mucho tiempo.

Era la una y media del mediodía, y el sol en lo alto caía con ganas sobre las miles de personas que ocupaban la plaza del Ayuntamiento. Cientos de colores se divisaban a lo lejos, miles de cabezas apiñadas, protegiendo sus ojos con gafas de sol, esperaban saciar sus oídos, deleitándose con la mejor de las músicas valencianas. La *mascletá* merecía la pena esperar, el sonido de la pólvora hacía emerger diversos sentimientos. Sentimientos que muchos de los visitantes no terminaban de entender, pero que cuando se siente la tierra muy dentro, el estruendo de cientos de petardos se convierte en el mejor de los conciertos. La hora se acercaba, faltaban tan solo un par de minutos para las dos. Alejandra, acompañada de su hermana Sara, estaba ansiosa. Con el suéter por los hombros y la camiseta de manga corta, disfrutaba del sol embaucador. Llegado el momento del espectáculo pirotécnico, centenares de masclets, explosionaron produciendo un ruido ensordecedor, las salidas aéreas suavizaban el sonido y los silbadores acompañaban el concierto. En apenas cinco o seis minutos habían pasado por todas las notas musicales, hasta llegar a lo mejor, el terremoto, la explosión final de cientos de masclets, llegando incluso a sobrepasar los cien decibelios. La plaza temblaba y vibraba al igual que todos los allí presentes, haciendo subir la adrenalina. Alejandra, emocionada, dejaba entrever por debajo de sus gafas de Gucci, las finas lágrimas acariciándole las mejillas. Aquello era realmente impresionante, Se dijo. Un aplauso unánime de admiración, siguió al término de la *mascletá*. La gente vitoreaba el sonido estremecedor, halagando al maestro pirotécnico.

Tras varios pisotones y algún que otro empujón para abandonar la plaza, las miles de personas concentradas allí intentaban desalojarla. Al cabo de una hora, la multitud se fue dispersando y poco a poco la plaza se quedó casi vacía con un suave perfume a pólvora.

Tía Rosa las acogió envueltas en besos y abrazos. Como premio degustaron una casera paella. Después de pasar la tarde con ella, las dos hermanas decidieron ir a dar una vuelta. El día transcurrió en un suspiro y, después de cenar en un restaurante del Barrio del Carmen, decidieron ir a tomar unas copas a la zona de Juan Llorens.

La calle estaba llena de gente que entraba y salía de los garitos. Se oía la música de distintos ambientes incitándote a entrar. Sara y su hermana echaron un vistazo y decidieron pasar en uno al azar. La luz era bastante escasa y la música estaba muy alta. No había demasiada gente y dirigiéndose a la barra pidieron algo para beber. Sara buscó el lavabo, mientras su hermana tarareaba alguna de las canciones y, dejaba que su cuerpo se desperezara. De repente, alguien le cogió del brazo y le dijo:

—Sara… ¿Cómo estás? ¡Tú, por aquí! Qué casualidad…

Alejandra, confundida, se giró para ver a un chico totalmente desconocido para ella. No cabía duda, que la estaba confundiendo con su hermana.

—Perdón… pero te estás equivocando —gritó la joven temiendo que no le oyera.

El chico se quedó sorprendido y la miró de arriba abajo desconcertado. Se veía claramente que algo no le encajaba.

—Sara… ¿No eres Sara Ferrer? —preguntó dudoso y pensando que le estaba tomando el pelo.

En ese mismo instante llegó Sara del baño y saludando al chico le dijo.

—Hola Lluís… creo que te confundes. Ésta es mi hermana Alejandra —chilló sin compasión—. Vamos a vivir juntas y —dirigiéndose a su hermana, le dijo—, querida hermanita, te presento a Lluís, nuestro vecino del primero, que gracias a su perro, me llevé un susto de muerte.

—¡Es que os parecéis un montón! Más de uno os habrá confundido. Estáis invitadas a lo que queráis —voceó Lluís encantado de tenerlas tan cerca.

—No tienes por qué… —repuso Sara cohibida.

—Vosotras tranquilas y pedid sin miedo —añadió Lluís con mucha soltura.

Una de las camareras se acercó y dirigiéndose a Lluís le dijo algo al oído.

—Chicas os tengo que dejar… el deber me reclama.

Las dos hermanas se miraron una a la otra, sin saber qué pensar y con una seductora sonrisa en los labios.

—Te prometo que no sabía que trabajaba aquí —añadió Sara sorprendida.

—Oye… ¡Está como un tren! Y además huele muy bien. ¿Te has dado cuenta? —musitó Alejandra sin dejar de mirarlo.

—Por supuesto que me he dado cuenta hermanita y que sepas que yo lo vi primero… —replicó Sara.

Después de un buen rato y de bailar unas cuantas canciones, decidieron regresar a casa. Se despidieron de Lluís y le dieron las gracias por su invitación.

Cayeron rendidas en la cama, apenas si hubo diálogo. Estaban literalmente agotadas. Mañana sería otro día. Apenas si llevaban dos o tres horas durmiendo, Sara se levantó a beber agua. Tenía la boca seca, no estaba acostumbrada a beber alcohol. Al pasar por la habitación de Alejandra le pareció oír ruidos, como susurros. Se acercó a la puerta que estaba entornada y la empujó suavemente. Su hermana se encontraba en la cama dormida, pero al mismo tiempo, estaba inquieta. No paraba de moverse. Sara se aproximó a ella asustada. Le sorprendió ver, que estaba sudando y los susurros cada vez se acentuaban más. El estómago se le encogió de repente al recordar los años pasados de su hermana en los que dormir era una autentica tortura.



Capítulo 3

La mente de Sara daba vueltas y más vueltas como una ligera peonza. Intentaba buscar de alguna manera la forma de hablar con su hermana, sin que ésta notara que trataba de sonsacarla. Había una conversación pendiente desde hacía mucho tiempo y, pensaba que había llegado el momento de sacar todos los trapos sucios a relucir. Tenía que desvelar muchas incógnitas. Pero ella estaba dispuesta a ayudarla en todo lo necesario. Hablaría con Lucas, él sabría qué pasos había que dar.

Con los pensamientos colapsados y las manos ocupadas en el desayuno, no oyó que Alejandra entraba en la cocina.

—Buenos días, Sara.

—Buenos días, ¿qué tal has dormido en tu cama nueva?

—Bien… muy bien, toda la noche de un tirón.

Sara la miró de reojo. Sabía que había tenido una noche agitada. De hecho, la había estado oyendo murmurar hasta el amanecer. Pensó que a lo mejor no se acordaba de los sueños que la perturbaban por la noche y que quizá estaba exagerando la situación. Todos podemos tener pesadillas alguna vez… se decía intentando restarle importancia.

Decidieron salir por la mañana y visitar la Virgen de los Desamparados, como Sara le había prometido. Andando por la calle Quart, pasaron por la calle Caballeros, hasta llegar a la plaza de la Virgen, donde un esqueleto de madera de varios metros de altura representaba la patrona de Valencia, esperando cubrirse de flores en breves horas. Las dos hermanas se dirigieron a la Basílica y en silencio, rezaron una oración. Su devoción venía desde que eran niñas y, el encontrarse en aquel lugar les emocionaba hasta el punto de ponerles los pelos

de punta. Alejandra, miró a su alrededor y, algo la desconcertó. Cerró los ojos volviéndolos a abrir inmediatamente, intentando saber qué le ocurría. Un recuerdo rápido como un *flash* pasó por su mente, dejándole representada una imagen que prácticamente había olvidado. Se vio en ese mismo lugar, concretamente en el mismo banco, escuchando la homilía y con el coro a sus espaldas cantando una música celestial. Estaba rodeada de mucha gente desconocida salvo sus padres y su hermana Sara que se encontraba a su lado. Ellas eran tan sólo unas niñas. La visión había sido tan real que Alejandra se sintió aturdida, y por un momento se quedó pensativa. Sara le tocó el brazo.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, no te preocupes. Estoy cansada nada más…

Después de terminar la misa salieron al aire libre y, Alejandra respiró profundamente. ¿Por qué le había asaltado semejante recuerdo? Sus padres murieron cuando ella tenía cuatro años y apenas si los recordaba, toda imagen que tenía de ellos, era mediante las fotos que conservaba, al igual que algunas cosas personales que guardaban en un baúl. De repente pensó: el baúl… ¿dónde está? Hacía mucho tiempo que le había perdido la pista. Mirando a su hermana y con la cara pálida le preguntó:

—Sara, ¿sigues conservando el baúl?

—Por supuesto… no sé cómo puedes dudarlo, es lo único que nos queda de ellos —Sara la miró extrañada, no terminaba de entender—. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada… simplemente me ha venido a la mente y como hace tanto tiempo que no lo he visto.

—Pues cuando quieras hacerlo, está en el altillo de mi armario —Sara le cogió la mano y le sonrió.

Alejandra asintió, devolviéndole la sonrisa y recobrando el color de las mejillas.

Recorrieron las fallas más conocidas. Pasearon por Na Jordana, Nou Campanar, Convento Jerusalén, La Merced, El Mercado Central, El Pilar, Sueca-Literato Azorín, Plaza del Ayuntamiento y muchas más. Transcurrió el día bastante agitado y sin parar de caminar. Por la noche mientras dormían, Sara se despertó, levantándose en varias ocasiones y, dirigiéndose a la habitación de su hermana. Al igual que la noche anterior, ésta se encontraba inquieta y gesticulando, Sara intentó descifrar lo que salía de su enredada lengua pero no consiguió entender nada. Por un momento pensó en despertarla, pero en el

mismo momento en que estaba a punto de tocarle el brazo, cambió de opinión. Preocupada, volvió a la cama, y, desvelada, empezó a dar vueltas y más vueltas. Cuando por fin consiguió que el sueño le venciera, el estruendo de petardos de *la despertá* la hizo volver de nuevo a la realidad, dejándola ojerosa y malhumorada.

Mientras comían en el salón del ático una ensalada y algo de carne y disfrutaban del calor y la luz que entraba por el ventanal, Sara no pudo contenerse y decidió empezar con su interrogatorio.

—Alejandra… ¿duermes bien por las noches?

—¿Por qué lo preguntas? —contestó su hermana recelosa.

—Porque temo que continúes con las pesadillas de antaño y da la casualidad que me he levantado a media noche para ir al baño y… —por un instante dudó— las dos noches que has dormido aquí, estabas inquieta y susurrando.

—Vamos Sara… ¡no empieces otra vez haciendo el papel de psicóloga! ¡Déjalo para tus pacientes! Sabes que no quiero recordar nada de lo que pasó.

—Pero es que no te hace ningún bien ignorarlo —añadió Sara con cautela temiendo perderla de nuevo—. Dime solamente ¿eres consciente de los sueños que tienes habitualmente, o cuando te levantas por las mañanas no logras acordarte de nada?

—¡Sara, ya está bien! —dijo su hermana mientras se levantaba de la mesa dirigiéndose a su habitación.

—¡Tanto te cuesta decírmelo! —añadió Sara desconsolada mientras veía como su hermana salía del salón.

Sabía que por ese lado no conseguiría nada y no quería volver a las andadas y perder su confianza. De manera que intentaría dejarlo correr por unos días sin mencionar nada al respecto.

Por la tarde, y como si no hubiera ocurrido nada, se deleitaron viendo la ofrenda dedicada a la Virgen de los Desamparados, patrona de Valencia. Situadas en la Plaza de la Reina, veían desfilar cientos de comisiones falleras vestidas con el traje regional de gala, acompañadas de sus bandas de música.

Habían quedado para cenar con Amparo en una tasca y allí estuvieron disfrutando de una grata velada hasta la hora de la *nit del foc*.

Las tres jóvenes caminaban por la Gran Vía en dirección al antiguo cauce del río, rodeadas de miles de personas que iban en su misma dirección. Tenían una cita importante. Era una de las noches más maravillosas de Valencia, donde el cielo se vestía de fiesta con decenas de colores. El puente de Aragón estaba colapsado al igual que los puentes de alrededor. Todas las calles y avenidas

colindantes eran un hervidero de gente. Era imposible circular con soltura. Miles de personas esperaban que llegara la hora. Se oían petardos por todas partes de los espontáneos impacientes. El cielo plagado de estrellas iba a ser testigo de la magia pirotécnica. Las luces de las farolas se apagaron en señal del inicio. Iba a dar comienzo la noche de los fuegos. Un *masclet* gigante dio la bienvenida a todos los valencianos y visitantes. Empezó el despliegue de dibujos de fuertes y brillantes colores, unidos a un sinfín de sonidos, invadiendo gran parte del cielo. Una serenata maravillosa, de espirales, de palmeras doradas, rojas, azules, verdes, y de silbidos estremecedores dejó pasmado al personal. El suelo retumbaba al igual que el corazón de los allí presentes. La gente mirando hacia arriba disfrutaba del momento y anonada, solo podía decir: *Ohhhh, ohhhh*.

Después del castillo de luces las muchachas intentaron abrirse camino a través de la gente. Varias ambulancias del SAMU estaban repartidas por posibles desmayos. Coches de policía desplegados por toda la ciudad intentaban controlar las avalanchas de gente que se iban disolviendo en distintas direcciones. Los jóvenes combinaban los *masclets* y las litronas en la mano. Empezaba la fiesta, el desmadre. En cada barrio los casales ofrecían música y bebida. Las discos móviles esperaban que la gente se apelotonara y se dejara llevar por la fiesta hasta el amanecer.

A la mañana siguiente, todo era un nido de papeles, envases vacíos, y desperdicios de todo tipo. Las calles desoladas echaban de menos a las masas que estaban durmiendo la mona, preparándose para la noche siguiente: *la cremá*.

Sara había caído rendida en la cama y sin poder controlar si su hermana había tenido alguna otra pesadilla. Pensó que quizá se estaba pasando con su instinto de protección. Si Alejandra había vivido sola casi cinco años, ¿por qué tenía que estar ella pendiente ahora de lo que soñaba o dejaba de soñar?

Después de comer en casa de Tía Rosa y pasar gran parte de la tarde con ella, decidieron dar una última vuelta. Tía y sobrinas paseaban por la Plaza del Ayuntamiento, donde los mimos disfrazados con una imaginación increíble, intentaban sacarse algunas monedas. Personas con un gran don en el arte de pintar, adornaban el suelo con temas religiosos y bellos paisajes. Las calles estaban plagadas de payasos con globos, puestos de gofres, churros con chocolate, palomitas y chufas, agotando sus últimos cartuchos ya que las fiestas se terminaban. Las cafeterías, bocaterías, bares y restaurantes estaban saturados atendiendo al personal.

Pasada la media noche y con el cielo plagado de millones de estrellas, la

ciudad se iluminó con cientos de lenguas de fuego. Las fallas se deshacían y arrugaban sin contemplaciones. Sus ninots que tanto se habían alabado, ahora yacían convertidos en simples montones de ceniza. El cielo se tornó gris con olor a hoguera dando por concluidas las fiestas de las Fallas.



El lunes a primera hora de la mañana y con la resaca a cuestas, Sara entraba en el aula dispuesta a dar su clase de yoga y empezar el ritmo habitual. Encendió las velas en un rincón como de costumbre y preparó el CD con la armoniosa música. A los pocos minutos, los alumnos de todas las edades hicieron su aparición mientras las suaves y dulces notas emborrachaban aquel espacio. La suma de estiramientos, respiraciones relajadas, ejercicios, inhalaciones y exhalaciones dejaba ver con bastante claridad la compenetración y complicidad de profesora y discípulos. La paz y bien estar que se respiraba en aquel recinto se palpaba en el ambiente y las expresiones de satisfacción eran la nota dominante en la mayoría de los rostros.

Concluida la clase, Sara comunicó a todos que, estaría ausente unos días el próximo mes y que vendría otra persona en su lugar.

—Voy a hacer un curso de Terapeuta regresivo —dijo.

Una joven llamada Elena levantó la mano:

—Sara, ¿nos podrás hacer alguna regresión en clase?

—Si queréis, sí —añadió Sara encantada.

—Sara, ¿tú has hecho alguna regresión antes? —volvió a preguntar Elena.

—No… he visto hacer algunas aunque nunca conmigo directamente.

—¿Es verdad… que puedes regresar hasta el estado fetal en el vientre de la madre? —preguntó un hombre de mediana edad.

—Sí, incluso mucho antes —Sara disfrutaba con el interés de sus alumnos.

—¿Mucho antes?, —preguntó una chica del fondo—. ¿Antes de concebirte?

Después de la pregunta los murmullos irrumpieron el lugar.

—En efecto. En otras posibles vidas —prosiguió Sara dejando a muchos mudos.

—¡De veras!

Tras responder a varias preguntas más, y saciar las dudas de sus alumnos, Sara recogió sus cosas y se dirigió a casa.

Era la hora de comer y su estómago no estaba para muchas esperas, se había detenido en el supermercado para comprar unas cosas, e intentaba abrir el portal cargada con varias bolsas. Una voz masculina y conocida se oyó a su espalda:

—¿Te puedo ayudar? ¿Qué regalan hoy la compra en el súper? —dijo con un tono cargado de sarcasmo.

Sara se giró para contestar a su vecino Lluís. Le había conocido al instante, pero su sorpresa fue cuando le vio con su indumentaria. Llevaba un traje de chaqueta impecable, y una corbata de muy buen gusto. No salía de su asombro, las otras veces su vestimenta había sido bastante informal, con vaqueros y camiseta, pero al verlo tan elegante y como un pincel, pensó si es que venía de una boda, claro que un lunes por la mañana…

—Pues no sé qué decirte, no me gustaría que te mancharas el traje —contestó Sara un poco violenta.

—Éste es mi uniforme de trabajo —dijo Lluís quitándole importancia.

—¿Puedo preguntar a qué te dedicas? —continuó Sara curiosa y embriagada con su perfume.

—Por supuesto —dijo él sin ningún tipo de tapujos—. Soy comercial y encargado del *marketing* de una multinacional extranjera de informática.

—Ahhh… pensaba que trabajabas en aquel garito de Juan Llorens —añadió Sara anonadada y confusa, mientras entraban en el patio y llamaba el ascensor.

—También… verás aquello es un experimento. Por las mañanas tengo mi trabajo serio y por las noches, los jueves, viernes y sábados, soy socio de un colega y el garito lo llevamos a medias. Me lo propuso hace unos ocho meses y de momento no va nada mal, cuando me canse, le vendo mi parte y ya está.

Entraron los dos en el ascensor y Lluís se ofreció a subir con las bolsas hasta su casa. En ese mismo momento la puerta de la calle se oyó y entró una mujer de unos sesenta años muy desenvuelta. Lluís, al verla esperó sin cerrar la puerta.

—Gracias Lluís. Tu siempre tan amable y servicial… ¡Vaya novia tan guapa que te has echado! —dijo la mujer sin quitarle ojo a Sara.

—No es mi novia señora Elisa, aunque no me importaría. Es nuestra vecina del ático.

—Perdona hija… he sacado mis propias conclusiones —la mujer intentó disculparse. Sabía que acababa de meter la pata hasta el fondo. Siempre hablando más de la cuenta…

—No tiene importancia —agregó la joven con una sonrisa.

Cuando la vecina abandonó el ascensor Lluís le puso al día.

—Es viuda y además un poco cotilla, pero en el fondo es buena mujer. Cambiando de tema y tú… ¿a qué te dedicas? —preguntó Lluís sin más preámbulos.

—Doy clases de yoga por las mañanas y por las tardes tengo un gabinete de psicología.

—Vaya, así que tenemos una psicóloga de vecina. No está nada mal.

En parte tú y yo nos parecemos mucho, aunque nuestros oficios sean muy distintos.

—¿Tú crees? —dijo Sara no muy convencida.

Entraron juntos hasta la cocina, y ella aprovechó para enseñarle el pisito. Mientras charlaban en el salón se oyó la puerta de entrada, era Alejandra que llegaba del trabajo.

—Hola, ¿qué tal en la nueva oficina? —preguntó Sara a su hermana.

—No ha estado mal —y dirigiéndose a él, le dedicó una sonrisa—. ¿Cómo estás?

—Bien, aunque no también como vosotras —Lluís miró el reloj—. Es muy grata la compañía pero siento teneros que dejar. Thor debe estar desesperado por salir a la calle.

—Lo primero es lo primero… —murmuró Alejandra con una sensual sonrisa mientras veía como se alejaba su vecino.

Mientras comían una ensalada y unos espaguetis a la boloñesa, Sara ponía al día a su hermana sobre el curso que pensaba realizar de Terapeuta Regresivo.

—Podías venir tú también… —le sugirió a su hermana.

—Vamos Sara a mi no me van esas cosas. Además… ¿qué pinto yo allí?

—No veo porqué no —contestó Sara ofendida—. Se van hacer regresiones y sesiones de hipnosis.

—Me parece muy bien, pero conmigo no cuentes.



Estaba anocheciendo cuando Alejandra regresó a casa. Había sido una jornada dura y ahora estaba pagando las consecuencias del cansancio. El no descansar por las noches y dormir menos de las horas recomendadas estaba empezando a dejar huella. Su estado de ánimo se había visto alterado y le habían vuelto a invadir los recuerdos añejos de sus padres. Durante toda la tarde había estado

intranquila y pensando en el baúl que guardaba sus recuerdos. Las dos últimas horas habían resultado una tortura contando los minutos para volver a casa. Estaba decidida, en cuanto entrara por la puerta sería lo primero que iba a hacer. Cuando por fin llegó el momento, le extrañó que no hubiese llegado Sara todavía, pero sin darle mayor importancia se dirigió a su objetivo. Dejó el bolso sobre la mesa del salón y entró en la habitación de su hermana. Subida en una de las sillas, intentaba localizar la posición del baúl dentro del altillo del armario. Por fin, y detrás de una manta, dio con él. Con sumo cuidado lo bajó y lo depositó encima de la cama de Sara. Era de una madera excelente, aunque muy antigua y con unos herrajes algo oxidados, su tamaño no pasaba de los treinta centímetros de alto por unos cincuenta de ancho. Y pensar que ahí… en ese espacio tan reducido, se encontraban todos los enseres personales de sus padres. Se sentó sobre el lecho y, nerviosa, giró la llave. No sabía si quería hacerlo o no. Eso significaba que posiblemente recordaría cosas que en su mente estaban arrinconadas…, el olor a rancio y a papel se filtró en sus fosas nasales. El interior estaba forrado de terciopelo color vino. Deslizó sus dedos sobre él acariciándolo y sintiendo su pulcritud. Lo primero que se tropezó fue el álbum de fotos de su propio bautizo. Lo hojeó. En una de las fotos estaba ella vestida con la envoltura de su hermana mayor, junto a la pila bautismal y sobre los brazos de su madre. Siempre que veía esa imagen admiraba la estampa de su madre, bellísima y radiante de felicidad. Su padre, al otro lado se veía alegre y sumamente elegante. En las fotos sucesivas, estaba Tía Rosa y su antiguo novio. ¿Cómo se llamaba?… Alejandra procuró recordar. Por más que lo intentaba, no conseguía acordarse del nombre. Todo lo que sabía era por lo que su tía les había comentado en pocas ocasiones. Ahora que lo pensaba, evitaba hablar del tema. ¿Qué habría sido de él? ¿Se habría casado? Tía Rosa nunca lo mencionaba ni para bueno ni para malo. Dejó el álbum a un lado y siguió hojeando distintas fotos. Sus padres en el campo y ellas en bici. Otras vestidas de falleras. Unas de la boda de sus padres, otras del cumpleaños de Sara y de ella. Alejandra estaba como transportada a otro espacio, a otro tiempo. Sujetó una de ellas en la que sus padres apoyados y abrazados posaban en un coche blanco. Sí, efectivamente era… el Opel blanco. El coche en el que tuvieron el accidente. Alejandra no quería derrumbarse y estaba a punto de hacerlo, cuando se oyó la puerta de la calle.

—Alejandra… —gritó Sara desde la cocina.

—Estoy aquí, en tu habitación —contestó con fingida entereza.

—¿Qué haces?… —preguntó mientras se acercaba. Cuando la vio sentada en la cama y todo el despliegue de fotos… no tuvo palabras. Los ojos de Alejandra estaban rojos y Sara se sentó al lado de ella.

—Necesitaba volverlas a ver —dijo Alejandra disculpándose.

—Lo entiendo. Yo lo hago muy a menudo. Me hace sentirme bien… aunque triste.

Las primeras lágrimas empezaron a aflorar sin poder controlarlas.

—¿Por qué tuvieron que irse tan pronto? —gimió Alejandra incapaz de seguir con las palabras—. Eran tan jóvenes y tenían tanta vida por delante…

—Lo sé… lo sé… es algo que nunca entenderé —contestó Sara sin argumentos emocionada y contagiada por su hermana—. Lo importante es que nos tenemos una a la otra…

Sara la abrazó y se unió en la emoción. No recordaban cuándo fue la última vez que lloraron a moco tendido juntas y por el mismo motivo. Después de unos minutos, cesó el llanto y las hermanas, mucho más tranquilas y sosegadas, siguieron revisando los objetos personales con una tenue y dolorosa sonrisa. Esparcieron todo sobre la cama con el fin de repetir la operación por milésima vez. En un pequeño cofre estaban las alhajas de su madre, anillos, varios juegos de pendientes, aderezos, algunos collares de perlas y unos gemelos de oro de su padre. Todo estaba intacto y bien conservado. Se probaron algunas cosas y releyeron las inscripciones de las alianzas. Cuando se cansaron, decidieron guardarlo todo de nuevo. Tenían que continuar con sus vidas y eso tan solo había sido un paréntesis. Sara, vio que en el fondo se había acumulado algo de pelusilla y diminutos restos de papel. Intentó limpiarlo sacudiéndolo con cuidado. Al hacerlo, advirtió que el forro de terciopelo estaba algo descosido.

—¡Espera un momento!… —dijo Sara dirigiéndose a su hermana que tenía las manos cargadas de fotos y dispuesta a sumergirlas dentro—. Mira qué lástima… —dijo señalando la parte rota—. Tiene tanto tiempo que se está deshaciendo. Voy por el costurero y en un santiamén le doy un punto. Este baúl nos tiene que durar muchos años.

A los pocos instantes, entraba con la aguja y tijeras en mano. Hizo un gesto para poder acceder al fondo, dándole la vuelta y colocándolo de perfil. Pero al meter la mano dentro, notó como algo rígido se movía.

—¿Qué es esto? —dijo Sara extrañada mientras palpaba a ciegas.

—¿Qué pasa? —preguntó su hermana sorprendida.

—No lo sé… pero, o se ha roto el suelo del baúl y está suelto, o hay algo

dentro.

—¿Cómo que hay algo dentro? ¡Déjame ver!

Alejandra lo colocó de pie de nuevo y empezó a tocar el fondo en silencio, intentando descifrar qué podía ser.

—Parece como algo plano y duro. Podría ser un libro.

—¿Un libro? —dijo Sara extrañada y sin entender nada.

Sara cogió la tijera y ni corta ni perezosa, empezó a descoser el terciopelo. Tenían que ver qué se escondía ahí dentro, ya tendría tiempo de volverlo a coser. Cuando llevaba unos quince centímetros, metió la mano y empezó a palpar.

—Creo que tienes razón hermanita… es un libro. Pero ¿qué sentido tiene esconderlo ahí?

—No lo sé Sara, ¡pero como tardes un poco más, me va a dar un ataque! —y metiendo la mano pegó un tirón a la tela desgarrándola por un extremo.

Las dos muchachas se quedaron atónitas incapaces de articular palabra alguna. Textualmente estaban mudas. Ante ellas no tenían un libro como imaginaban, sino una libreta del tamaño de una cuartilla. Alejandra, fue más rápida y la cogió al instante. Las tapas de cartón piedra estaban roídas por los bordes y las páginas se habían tornado de un tono amarillento. Las hojeó sin saber qué podía contener que fuera tan importante como para mantenerlo oculto. La mayoría de las anotaciones estaban en lápiz. Había palabras sueltas como en clave, números al azar, sobre todo… el número doce. Sí, el número doce aparecía con bastante frecuencia, además de dibujos, muchos dibujos ilegibles y una línea ovalada con varias marcas. Giraron la libreta cambiando su posición, intentando descifrar su significado, pero por mucho interés que pusieron y después de mirarse una a la otra con cara de incógnita dedujeron que quizá se podía tratar de un mapa… de no sabían dónde y con los puntos cardinales representados, pero lo que más les llamó la atención se encontraba en las últimas páginas, era el dibujo de diferentes llaves. Por la forma y estilo se veía claramente que eran llaves antiguas, pero… ¿Por qué tanto misterio? ¿Qué pretendían al esconder semejante libreta si aparentemente no había nada significativo en sus páginas? Era de suponer que debía de pertenecer a sus padres. Aunque, sabían tan poco de ellos… Alejandra tenía cuatro años cuando murieron y Sara tres más. No recordaban demasiado de ellos, a decir verdad, no recordaban nada o casi nada. Tan solo lo que su tía les había contado. Pero esa libreta… sobraban las palabras, ¡solo podía ser de su padre! Era profesor de historia en uno de los institutos más reconocidos de la ciudad y según les había

dicho su Tía Rosa en multitud de ocasiones, estaba estudiando e investigando a toda hora. En todo lo que se refería a aprender, su apetito era insaciable. Las dos hermanas se miraron una a la otra sin saber qué pensar. Después de darle vueltas y más vueltas a la misteriosa libreta, desistieron por aburrimiento y recogieron las cosas del baúl, dejándola mezclada entre las fotografías.

Los días transcurrieron, y las dos hermanas se iban acomodando al nuevo barrio, e iban a visitar a Tía Rosa dos o tres veces por semana. La amistad con Lluís fue creciendo, y algunas noches después de cenar se subía con ellas para charlar o ver alguna película de DVD. Algunos domingos comían los tres juntos o se iban al cine y, Thor se iba ganando poco a poco el cariño de las dos muchachas.



Capítulo 4

El mar Mediterráneo se veía precioso esa mañana de primavera. Los rayos del sol, le hacían brillar en toda su inmensidad convirtiéndolo en un gigante espejo. Estaba algo revuelto y en su bravura, hacía que las olas llegaran a la orilla con furia, ribeteadas de una juguetona espuma blanca. Alejandra, con la falda arremangada en la cintura, descalza y con las sandalias en la mano, se paseaba por la orilla. De vez en cuando, el agua rozaba sus pies sintiendo su fuerza y frescura. A su espalda había dejado un interminable camino de huellas grabadas en la arena. Había perdido la noción del tiempo, podía llevar diez minutos pero, a juzgar por los surcos que había dejado a su paso, y por el color sonrosado de sus mejillas y de sus brazos, más bien parecía que llevaba varias horas. La playa estaba casi desierta a pesar de ser cerca de mediodía. Alejandra agradeció el paseo y también su tranquilidad. Cómo le gustaba caminar, y más sobre la fina y blanca arena. Por un instante, cerró los ojos y se vio jugando de niña, en el agua, en compañía de sus padres. Cuando los abrió de nuevo, una dolorosa punzada le hizo estremecer. Sin saber por qué, últimamente, había aumentado la frecuencia con que le asaltaban pensamientos de cuando era niña y, lo más curioso, era que siempre estaba con sus padres. Su mente retrocedió al último sueño de esa misma noche. Todavía podía percibir la sensación de realidad que le recorrió el cuerpo. De hecho se había levantado triste y con el corazón en un puño. Era curioso, pero últimamente había días que no recordaba nada cuando se despertaba. De no haber sido porque su hermana Sara hacía la vigilancia nocturna a escondidas, ni tan siquiera sabría que seguía con las pesadillas. Por lo menos ahora no se enteraba ni de la mitad, no como antaño que temía conciliar el sueño y entrar en un pozo oscuro de tinieblas. Pero esa misma

mañana, había sucedido algo diferente. Se había levantado apagada y sin ganas de nada, daba gracias de que era miércoles, su día libre, porque de no ser así no hubiera tenido alientos para trabajar, y además, no hubiera dado pie con bola. Mientras desayunaba, y sin saber cómo, empezó a recordar todo el sueño con una claridad increíble. Se encontraba en una pequeña habitación pintada de color azul celeste y adornada con una cenefa de flores blancas similares al azahar. El suelo era de granito a manchas blancas y negras y con un brillo reluciente. Estaba sentada sobre el regazo de su padre frente a un escritorio antiguo lleno de papeles. La sensación que la invadió en ese momento era de felicidad y curiosidad al mismo tiempo. Su padre no paraba de hablar y gesticular. Le contaba algo que no conseguía entender, mientras Alejandra, una niña de apenas tres años, le miraba el gesto de su boca moviéndose sin parar y se reía de ver sus expresiones y ademanes. De toda la conversación, tan solo oyó nítidamente las últimas frases, y son ellas precisamente las que le dejaron totalmente anonadada. No sólo por su contenido, sino principalmente por la fuerza e ilusión con que eran pronunciadas. Le decía: «*¡Algún día lo conseguiré! ¡Algún día… ya lo verás! Alejandra, todavía eres muy pequeña y no lo entiendes, pero llegará el momento en que tenga en mis manos las llaves de la ciudad ¡Entonces, ese día será grande y todos me creerán*!».

Esas frases quedaron perfectamente grabadas en su memoria. No sabía su significado, pero si venían de su padre, no podían ser malas. Una y otra vez las repetía en su mente: *«llegará el momento en que tenga en mis manos, las llaves de la ciudad». «Ese día será grande y todos me creerán»*. ¿De qué llaves hablaba? ¿A qué ciudad se refería? ¿Sería real todo ello, o sería una simple e infantil metáfora, o quizá una fantasía, un cuento que le estaba contando para entretenerla? Aunque, un extraño presentimiento la estaba acosando. Recordó la misteriosa libreta encontrada en el baúl junto con los recuerdos de sus padres. Las ilegibles anotaciones, los números, los mapas y sobre todo y lo que más le hizo atar cabos, fueron los dibujos de varias llaves antiguas. ¿Serían esas las llaves de las que hablaba? Claro, suponiendo que esa libreta fuera de él. Pero si no… ¿De quién iba a ser? ¿De su madre? No lo creía… Desde que la encontraron en el falso fondo del baúl, habían transcurrido más de dos semanas. Los primeros días comentaban, ¿qué podría ser?, y, ¿qué significado escondería?, pero la cosa se había enfriado y, curiosamente, como si no quisieran que se apagara la llama… de nuevo volvían a recordarle. ¡Que estaba ahí! ¡Que había algo pendiente que tenían que resolver! Alejandra no creía en las

casualidades, pensaba que las cosas no sucedían porque sí. Todas tenían un motivo y un porqué. Estas preguntas y muchas más revoloteaban en su linda cabeza. Por eso y sin apenas terminar el desayuno, cogió el teléfono y llamó con toda premura a su hermana Sara. Sabía que a esa hora más o menos tenía el descanso de una clase de yoga a otra. Confiaba en que tuviera el móvil cerca y no se lo hubiera dejado en el vestuario. Al tercer tono, Sara descolgó el teléfono.

—Sí, dígame.

—Sara, ¿eres tú? —añadió Alejandra. Su voz sonó entrecortada.

—Sí… ¿qué te ocurre? ¿Estás bien? —Sara se asustó.

—No hagas planes para comer hoy. Comemos en casa de Tía Rosa.

—Pero ¿a qué viene eso?, y… sin avisar. ¿Has hablado con ella primero? —Sara no entendía nada en absoluto.

—No… no lo he hecho —su voz sonaba distante—. Sara… tenemos que hablar con Tía Rosa de muchas cosas. Son ya demasiadas señales. He tenido un sueño que… —Alejandra no podía continuar.

—Dime qué te ocurre. Por favor —el miedo a no saber qué sucedía le estaba corroyendo.

Su hermana apenas si la escuchaba y sin contestar a sus preguntas dijo:

—Nos vemos a la hora de comer en su casa.

Así había concluido la llamada sobre las once de esa misma mañana. Después se había puesto en contacto con Tía Rosa y le había dicho que irían a su casa. Por el tono de voz de su sobrina, ella había adivinado que algo estaba sucediendo y con toda confianza se lo había preguntado. Alejandra no le había dado muchas pistas, solo le había dicho que tratara de hacer memoria de cuando vivían sus padres, porque había muchas cosas que se habían quedado en el tintero.

El agua fría del mar volvió a mojar sus pies, Alejandra volvió a la realidad. Se acarició la cara y notó que las mejillas le ardían. Miró el reloj, era la una y media, tenía un cuarto de hora andando hasta llegar a la Avenida del Puerto, a casa de Tía Rosa. Salió de la orilla y se dirigió al paseo. Se secó los pies, y se colocó las sandalias. Mientras caminaba, notaba como los restos de arena le torturaban los dedos.

Mientras Alejandra ayudaba a preparar la mesa a su tía, su cabeza no paraba de dar vueltas y más vueltas. No habían comentado nada al respecto, salvo unas frases superfluas, pero en la cara de las dos mujeres se reflejaba la curiosidad. Tía Rosa la conocía bien, por eso no había hecho mención. Su sobrina no era de

las que le gustaba que la interrogaran, así que se armó de paciencia y de incertidumbre, pensando, ¿qué tipo de preguntas iba a recibir? Estaba dispuesta a contestar a todas ellas sin esconder nada en absoluto. Ella siempre había obrado bien, o por lo menos eso era lo que había creído y su conciencia le había dictado, privándose de muchas cosas y sacrificándose mucho más de lo que sus sobrinas se pudieran imaginar. Pero aún así, y sabiendo que tenía la conciencia bien tranquila, no había podido evitar el nudo en el estomago que la estaba torturando desde hacía varias horas; unido a una terrible sensación que le embargaba todo el cuerpo. Sara no tardaría en llegar y, entre las dos, sabía de antemano, que la bombardearían a preguntas. Estaba preparada. Creía que había llegado el momento de desvelar ciertas incógnitas. A los pocos minutos, sonó el timbre y Tía Rosa se dirigió a la puerta. Al abrirla, se fijó en la cara de Sara, su expresión era de sorpresa y de temor. Rompiendo el hielo, le dijo al tiempo que la besaba:

—Hola pequeña. ¿Cómo estás?

—No muy bien —dijo sinceramente—. ¿Ha llegado mi hermana?

—Sí, está en el salón.

Las dos mujeres se adentraron en la casa hasta llegar a la altura de Alejandra. Ésta tenía la mirada ausente y Sara tragó saliva e intentó mantenerse serena. Sabía que últimamente lo estaba pasando mal, pero ésta reacción la había pillado por sorpresa.

—¿Estás bien? Me tienes muy preocupada —Sara apenas si podía hablar.

—Si, lo estoy, pero he tenido un sueño tan claro. Sara… parecía tan real.

—Cuéntamelo, te vendrá bien —dijo su hermana con ternura.

Sara le pasó la mano por el cabello y dispuesta a escuchar se sentó a su lado. Tía Rosa la imitó acercando una silla. Alejandra, empezó con su relato. Comentó las muchas visiones, por llamarlas de alguna forma, que tenía últimamente y que cada vez se acentuaban más, en las que aparecía siendo una niña y siempre rodeada de sus padres. Unas veces en la Virgen, otras en la playa, o en numerosos lugares. También aparecía una casa que no conocía y en la que no había estado nunca. Pero lo que le había hecho de alguna manera perder el control era el último sueño. Sara observó como su hermana temblaba ligeramente. Alejandra continúo hablando ajena a la mirada atenta y observadora de Sara. Intentó describir con numerosos detalles el lugar:

—Estaba en compañía de papa, en una habitación pequeña pintada de azul celeste, y con una cenefa de pequeñas flores blancas, parecían, flores de azahar.

El suelo de granito blanco y negro, brillaba reflejando los muebles que ocupaban la estancia.

Tía Rosa al oír esto se llevó las manos a la boca de puro espanto. No podía creer lo que su sobrina relataba, ¡no era posible! Era tan solo un bebé. Alejandra pasó por alto la sorpresa de su tía y continuó con su relato:

—La luz se filtraba por una especie de ventana redonda formada por centenares de cristales de colores, similares a un rosetón. El reflejo multicolor rebotaba en un antiguo escritorio lleno de papeles. Mi padre hablaba y hablaba sin parar gesticulando exageradamente como si me estuviera contando un fantástico cuento, y yo sentada en su regazo le escuchaba feliz.

—¿Qué te dice, logras entenderlo? —preguntó Sara prestando su máxima atención—. Concéntrate, piénsalo bien.

La joven hablaba con la vista perdida y fija en un punto. La sensación era como si estuviera reviviendo la misma escena otra vez.

—Sí… al principio no entendía nada, era como si sólo moviera la boca y de ella no saliera ningún sonido o, como si yo hubiera perdido totalmente el sentido del oído. Aunque en la manera de detallarlo, podía percibir su entusiasmo y su énfasis. Pero las últimas frases… —Alejandra hizo una pausa— las entendí con total claridad y son esas precisamente las que están perfectamente grabadas en mi memoria y las que me han hecho pensar que todo esto no es pura casualidad sino que tienen una explicación.

—¿Qué quieres decir con que tienen una explicación? —preguntó Tía Rosa con acusada falta de aire.

Alejandra, respiró profundamente antes de contestar.

—Estoy convencida de que tantas señales y durante tanto tiempo no son producto del azar… sino que tratan de decirme algo que no consigo averiguar y de ahí que haya tomado la decisión urgente de esta reunión.

Tía y sobrina se quedaron atónitas ante tal reflexión. Sara, fue la primera en reaccionar.

—¿Cuáles son esas frases Alejandra? —preguntó temerosa.

—Me dijo… «¡*Algún día lo conseguiré! ¡Algún día, ya lo verás*!»… —su voz sonaba con añoranza—. «*Alejandra, todavía eres muy pequeña y no lo entiendes, pero llegará el momento, en que tenga en mis manos, las llaves de la ciudad ¡Entonces, ese día será grande y todos me creerán!*».

Por un instante, el silencio reinó en el salón. Alejandra tenía los ojos vidriosos, Sara estaba muda y varias lágrimas se habían deslizado por sus

mejillas, Tía Rosa tenía una expresión de pánico y sorpresa. Sus ojos estaban congestionados y de su boca brotó un suspiró acompañado de una incontrolable exclamación:

—¡Santo Dios! ¡No es posible!

Las dos muchachas se giraron hacía ella con lágrimas en los ojos y pidiendo algún tipo de explicación.

Tía Rosa recobró su entereza y se dio cuenta de que había llegado el momento de contarlo todo y de que tal y como estaban las cosas, no podría omitir nada en absoluto. Dirigiéndose a sus sobrinas añadió:

—La historia es larga, porque querréis que empiece por el principio ¿no? —las dos muchachas asintieron con un movimiento de cabeza—. Os prometo poneros al día en todo lo que esté en mi mano, pero después de llenar los estómagos.

Comieron relativamente rápido, y cuando Tía Rosa sirvió el café, se sentó en el borde del sofá y con la expresión de su cara mucho más sosegada, inició la conversación tan esperada. Sara y su hermana Alejandra la escucharon ansiosas.

—Éramos una familia, humilde, pero bien acomodada. Vivíamos en pleno centro de Valencia. Concretamente en la calle María Cristina. Desde nuestro ovalado balcón podíamos ver el Mercado Central, el cual visitábamos muy a menudo, tanto de niñas como de jovencitas. Siempre acudíamos a los mismos puestos y nos lo conocíamos como la palma de la mano. Carmen era mi única hermana y dos años menor. Tenía un carácter alegre, jovial y pecaba de ser demasiado inocente. Conoció a vuestro padre con apenas diecisiete años. Todavía me acuerdo del primer día que lo vio. Fue en la feria de Julio, y estábamos sentadas en un volador tomando un refresco. Nos reíamos viendo las atracciones y la cara de espanto de la gente, cuando notamos que el camarero nos miraba con demasiado descaro. Bueno he dicho que nos miraba, pero rectificaré, a quién verdaderamente miraba era a vuestra madre. A decir verdad solo parecía tener ojos para ella. Creo que se fijó desde el primer momento… —Tía Rosa se quedó pensativa durante unos instantes mientras sus sobrinas dibujaban una suave sonrisa en sus labios—. Cuando nos trajo la cuenta, tropezó dos veces en el mismo bordillo y casi se cayó de bruces. Aún puedo ver la dulce sonrisa de vuestra madre, y la mía, al verle perder el equilibrio por no poder despegar sus ojos de ella. Nos fuimos con la firme convicción de que al día siguiente estaríamos en el mismo lugar y a la misma hora, ya que a Carmen también le había hecho tilín. Durante los días sucesivos y hasta que la feria

terminó acudíamos religiosamente para que nos atendiera el mismo camarero. El último día por fin, el joven se decidió a pedirle una cita. Vuestra madre aceptó encantada. El joven se llamaba Jorge Ferrer y era vuestro padre. Era un muchacho bastante atractivo, —como habéis podido comprobar en las fotos—, con el pelo revuelto y muy soñador, sobre todo, muy soñador. Poco después supimos que estudiaba Magisterio en la facultad y que trabajaba de camarero para sacarse algún dinerillo extra. La relación entre ellos dos iba como la seda y día a día adquiría más fuerza. A Jorge le encantaba la Historia, era su deporte favorito, por llamarlo de alguna manera, siempre le contaba a vuestra madre tal o cual batalla, los personajes conocidos, sus hazañas. Se sabía vida y milagros de todos ellos.

Rosa se levantó para llenar su taza de café y aprovechó para llenar las tazas de sus sobrinas.

—¿Y qué pasó? —preguntó Sara ansiosa por seguir escuchando.

—Pues transcurrió el tiempo, la relación se formalizó y cuando Carmen cumplió los veintiún años, decidieron contraer matrimonio. Vuestro abuelo, no estaba muy por la labor de que se casaran. Hubiera querido que se esperaran más tiempo ¡Cómo se iba a ir su pequeña de la casa, y además, su ojito derecho! Pero Carmen estaba demasiado enamorada para hacer caso a su propio padre y, muy a regañadientes se casó. A mi padre le costó mucho hacerse a la idea y desgraciadamente dos años después, murió de gangrena a causa de un golpe. Por entonces ya habías nacido tú —dijo dirigiéndose a Sara—. Tenías apenas unos meses. Su muerte fue un palo bastante gordo para nosotras. Aunque todavía no sabíamos lo que nos esperaba. Lo peor estaba todavía por llegar —su tono había cambiado y reflejaba una conmovedora tristeza.

—¿Y qué pasó con la abuela? —preguntó Alejandra compungida.

—La abuela estaba delicada, como ya sabéis. Toda su vida lo había estado, pero iba a trancas y barrancas. La muerte de su marido hizo que cayera en picado. Y tan solo la visita de su única nieta —dijo mirando a su sobrina Sara— le sonsacaba una débil sonrisa. Yo vivía con ella en la calle María Cristina y continué haciéndome cargo de ella. Carmen me ayudaba en lo que podía pero su papel de madre primeriza le absorbía gran parte de su tiempo.

—Tía, y ¿qué pasó con tu novio? —Preguntó Alejandra recordando haberlo visto en algunas de las fotografías.

Rosa, dio un último trago a la taza de café y lo depositó en la mesa. Mientras tanto, ordenó sus palabras. Había llegado el momento…

—Como os acabo de decir, yo vivía en María Cristina a un tiro de piedra del Mercado Central al que acudía a diario. Era la única alegría y distracción que podía tener teniendo en cuenta que prácticamente el cuidar a la abuela me absorbía un porcentaje muy alto de mi tiempo. Así que una vecina de total confianza se quedaba con ella ese rato, que a mí me permitía pasear por aquel laberinto de pasillos y embelesarme con los miles de artículos que allí se encontraban. En uno de esos días apareció un joven apuesto con el pelo ondulado y de color rubio oscuro. Con una tez morena y unos ojos verdes esperanza —su voz estaba llena de añoranza y congoja. Alejandra se quedó pensativa, ¿cómo sería el color verde esperanza?—. Como de costumbre —continuó Tía Rosa— yo deambulada por los pasillos del mercado, admirando los montones de frutas y verduras. Llevaba un par de paquetes y paseaba sin rumbo. De repente, y sin saber de dónde, ni de qué manera, apareció. Se puso delante de mí y me miró con esos perturbadores ojos. Nunca a excepción de ese instante había percibido una sensación similar. Noté como se me erizaba el vello de pies a cabeza y seguidamente, me ruboricé. Caminé esquivándole y con un incontrolado temblor de piernas. Instantes después, lo tenía pegado de nuevo a mi altura y educadamente y después de presentarse como Miguel Roselló, se ofreció a llevarme las bolsas hasta el portal de casa con una deslumbrante sonrisa. Yo me ruboricé aún más si cabe y me puse tan nerviosa que, aturdida y sorprendida a la vez, solo pude sonreír y negarme educadamente. Cuando llegué a casa, el recuerdo de esos ojos y su atractiva sonrisa me acompañaron durante todo el día. Pensé que solo había sido un espontaneo. No era el primer hombre que se me insinuaba descaradamente, aunque sí el más guapo, al fin y al cabo yo tenía veinticinco años. No era tan agraciada como mi hermana Carmen pero, tenía cierto encanto. Pensé que posiblemente no volvería a verlo jamás. Yo misma me reprendí por no haber sido un poco más resuelta y descarada. Al día siguiente hice mi ruta como de costumbre, y en mi mente no cabía la posibilidad de verlo de nuevo. Eso hubiera sido un verdadero milagro. Pero mi sorpresa aumentó y se congeló cuando volvió a aparecer en el mismo lugar y con las mismas intenciones. Yo me volví a negar y al igual que el día anterior le dediqué la mejor de mis sonrisas. Mientras regresaba a casa me maldije miles de veces por haber sido tan estúpida. Pero lo que no sabía era que me estaba controlando varios días antes. Sabía el recorrido que solía hacer y en las paradas que solía detenerme. El tercer día, cuando acudí al mercado, era yo quién disimuladamente lo buscaba entre los puestos, sin encontrarlo. Deseaba volverlo

a ver. Algo dentro de mí me decía que hoy no me negaría. Pero sin embargo, no había ni rastro de él por ninguna parte. Miré y miré filtrando a la multitud y deseando desesperadamente volver a ver esos ojos de color verde esmeralda que malévolamente me habían hipnotizado. Desistí desilusionada. Al parecer, había perdido la oportunidad. Dicen que el tren pasa dos veces y a mí ya me había pasado una segunda vez. Caminé sin rumbo y con las ilusiones deshechas. Compré lo justo y necesario con la intención de regresar cuanto antes a casa y decirme hasta que se me secara la boca lo estúpida que había sido. Atravesé un puesto de flores y me detuve. Siempre me gustaron las margaritas blancas y pensé en llevarme un ramillete a casa ya que representan la esperanza en el amor y deshojarlas sin piedad, pero después de tocarlas y olerlas durante unos instantes, deseché la idea y continué hacia la salida. No estaba de humor y preferí que me diera el aire cuanto antes. Cuando atravesaba las puertas del mercado camino de casa totalmente decepcionada, y esperaba para cruzar la calle. Alguien se colocó a mi derecha llamando tremendamente mi atención. Lo noté por la fuerza de su mirada penetrándome. Me giré descaradamente y un escalofrío me recorrió de pies a cabeza. Me fulminó con una de sus sonrisas enseñándome sus blancos y perfectos dientes. A continuación, me dijo con una voz dulce y armoniosa que fue música celestial para mis oídos.

—Perdona, no quisiera molestarte, soy Miguel Roselló y me gustaría saber tu nombre para grabarlo a fuego en mi corazón. Llevo observándote un tiempo y desde el primer día… no como, ni duermo, y rezo porque llegue el momento de volver a verte.

Sara y Alejandra se enternecieron al escuchar semejantes frases, confraternizándose con aquel joven que podía articular palabras tan bonitas.

—¿Y qué pasó? —preguntó una de ellas.

—Pues que me deshice como era de esperar —continuó Tía Rosa con un brillo especial en la mirada—. Era la primera y única vez que me hacían ese tipo de confesión y además se trataba de la persona que había atrapado totalmente mi atención. Seguidamente, levantó uno de sus brazos y frente a mí había un precioso ramo de margaritas blancas, las mismas que había olido minutos antes. Iban anudadas con una cinta de raso roja. Después, y con toda la soltura del mundo y como si me conociera de toda la vida, arrancó una flor del ramo y me la colocó sobre un mechón del pelo. Yo levanté la vista y solo pude decir:

—Mi nombre es Rosa… Rosa Ferrer.

—¿Accediste entonces? —preguntó Sara, intrigadísima.

—Por supuesto. Me acompañó a casa, y en el corto trayecto conseguí formular varias frases seguidas. Así empezamos una relación. Una relación preciosa y la única que he tenido en toda mi vida. Fue una época feliz… —su voz sonó resignada y con una añoranza reprimida. Estaba llena de amargura. Al momento, reaccionó y recobró su entereza—. Pero la vida pasa muy deprisa y tan solo quedan los recuerdos. Ellos, son los únicos que perduran…



Capítulo 5

La sobremesa estaba al rojo vivo y Tía Rosa y sus sobrinas hablaban afanosamente e intercambiaban miradas de complicidad.

—Jorge Ferrer y mi hermana Carmen alquilaron un piso precioso en la calle Navellos, y se instalaron allí nada más casarse. Desde sus ventanas se podía ver la plaza de la Virgen. Recuerdo que allí pasabais la mayoría de las tardes correteando. La relación con Miguel iba viento en popa y en muchas ocasiones, y siempre que la abuela me lo permitía, salíamos las dos parejas a pasear juntas o quedábamos en alguna casa. Miguel y vuestro padre Jorge congeniaron enseguida. Coincidían en muchos aspectos. De hecho, estaban trabajando en un proyecto durante mucho tiempo. Un proyecto que llevaban bastante en secreto y el cual, me has recordado al mencionar las frases de tu sueño —dijo dirigiéndose a Alejandra.

—¿Crees entonces que de alguna manera estoy en lo cierto y mis presentimientos pueden tener una lógica? —preguntó Alejandra mucho más tranquila.

—Estoy convencida de ello —dijo Tía Rosa.

—Te muestras muy segura… ¿por qué? —preguntó Sara todavía con cierto recelo.

—Enseguida veréis como tengo razón. ¿Un poco más de café?

Tía Rosa se levantó y ofreció a sus sobrinas que acercaron las tazas impacientes por la aclaración.

—Las frases que has detallado, no es la primera vez que las he oído y además de la boca de vuestro propio padre. Por supuesto, hace muchos años, de todo esto, antes de que ocurriera el accidente. Además, esa habitación que

describes con sumo detalle y el escritorio a rebosar de papeles, son exactamente igual al despacho que tenía tu padre en su casa de la calle Navellos —Alejandra sintió como su respiración se aceleraba, al oír la última frase—. En un primer momento ese despacho iba a ser la habitación del bebé. Todos esperaban un niño y, por eso pintaron las paredes de color azul celeste. Ya sabéis, como eran antes esas cosas. La cenefa me acuerdo perfectamente como era, porque ayude a vuestra madre a pintarla sobre unas plantillas que ella misma decoró y efectivamente, —dijo mirando a su sobrina— eran pequeñas flores de azahar.

—¡Y nació una niña! —dijo Sara un poco dolida.

—Así es… naciste tú —Tía Rosa notó el punto de dolor en las palabras de su sobrina y quiso suavizar la situación—. ¡Y contigo llegó la alegría de la casa! Entonces esa habitación la dejaron como despacho para Jorge y, te habilitaron otra que, lógicamente pintaron de color rosa, junto con la cenefa de flores silvestres. Tres años después naciste tú —dijo señalando a Alejandra—. Como ya sabéis vuestro padre trabajaba de profesor de Historia en el instituto Lluís Vives, dónde lo apreciaban mucho, en especial los alumnos. Fue después de que naciera Alejandra, cuando empezó en él un interés desmesurado por la historia de Valencia. Recogía todo tipo de información. Acudía a las bibliotecas y devoraba todo lo que se ponía en su camino. Y en ese despacho, era donde se pasaba las horas muertas, a veces, en compañía de Miguel, y juntos hacían dibujos, verificaban mapas, consultaban libros y más libros. Nunca llegué de verdad a saber qué era lo que tanto buscaban. Yo creo que ni ellos lo sabían.

Las dos muchachas estaban mudas prestando atención. De repente, Sara le preguntó:

—¿Qué pasó con Miguel Roselló? ¿Por qué no continuasteis la relación?

—Buena pregunta —contestó Tía Rosa—. Me temía que tarde o temprano surgiría y tendría que contestarla.

Las dos muchachas no entendían bien el porqué de querer ocultar semejante historia. ¿Qué maldad podía esconder para querer pasarla por alto? Siempre que ellas le habían dicho tanto en broma como en serio, que saliera con algún conocido, se había negado rotundamente. Durante los veintitrés años que había estado cuidándolas, nunca, absolutamente nunca la habían visto en compañía de ningún hombre. Se había dedicado a ellas, por completo, se podía decir que en cuerpo y alma. Y siempre que la habían necesitado, había estado solo y exclusivamente para ellas. Sara se quedó mirándola fijamente, deteniéndose en su rostro. El cabello teñido de rubio oscuro ocultaba numerosas canas. Su ovalo

de cara bien formado había perdido firmeza y bajo sus picarones ojos ámbar se dejaban entrever dibujadas unas finas líneas de expresión. En estos últimos años se habían asentado en ella unos kilos, que no había conseguido hacer desaparecer. Pero a pesar de todo… tenía un aspecto saludable, una agilidad superior a la que le correspondía y estaba de muy, pero de muy buen ver. ¿Qué edad tenía su tía? —se preguntaba la joven—. ¿Cincuenta, no… cincuenta y dos o cincuenta y tres? Sí… más o menos. Era una mujer madura, pero todavía con mucho atractivo. De hecho, no pasaba inadvertida. Había recibido muchos halagos de repartidores, comerciantes y vecinos. Ella misma había sido testigo en muchas ocasiones. Además, tenía mucho desparpajo, quizá también en eso influía la edad. Pero… ¿por qué nunca había querido una relación? ¿Quizá ese Miguel Roselló le dejó una huella imborrable? Sería buena, como para no olvidarlo, o tal vez mala, como para no repetir con otro hombre. Sara miró a su hermana, la conocía bien y por la expresión de su cara sabía que estaba pensativa. ¿Estaría pensando lo mismo que ella respecto a su tía?

Tía Rosa, con claros signos de resignación, empezó a relatar:

—Nuestro noviazgo duró exactamente cinco años. Nos queríamos mucho y nos llevábamos realmente bien. Miguel, era de muy buena familia. Terminó la carrera de ingeniería y se colocó provisionalmente en un almacén hasta tener una plaza en alguna buena empresa. Entonces había muy pocas vacantes. Su familia quería que ejerciera de su profesión aunque con ello tuviera que salir fuera de la ciudad, de hecho tenían varios contactos. Y poco a poco fueron mentalizándolo. A mí se me resistía la idea y se me encogía el corazón, de que algún día tuviera que abandonar la ciudad. Dejar a mi madre, a mi hermana y a vosotras. Pero le quería tanto, que por él hubiera ido al fin del mundo. Hablé con Carmen respecto al tema que me tenía muy preocupada. De momento no había por qué alarmarse pero si llegaba ese día… solo de pensarlo se me ponía un nudo en el estomago. Ella se ofreció a llevarse a mamá a casa y cuidarla, alentándome de que mi lugar estaba junto a él. El tiempo pasó y Miguel encontró un trabajo mejor, pero a pesar de ello, no estaba conforme y aspiraba algo más. Era muy inteligente y se lo merecía, además de trabajador y responsable. Pero a veces la suerte no está siempre de nuestro lado y solo hace que poner impedimentos. Pusimos fecha para la boda. El día treinta de mayo. Como no disponíamos de muchos medios económicos y él no quería ayuda de sus padres, decidimos que después de casarnos viviríamos de momento en mi casa de la calle María Cristina, y así de paso no trasladaríamos a mi madre, que estaba delicada. El día treinta de marzo,

dos meses antes de nuestro enlace matrimonial, recibió una carta en la que le ofrecían el trabajo de su vida. El sueño que llevaba esperando desde hacía mucho tiempo. Ejercer de ingeniero, con un muy buen sueldo y con unas condiciones inmejorables. Cuando me lo comunicó me alegré enormemente, aunque sabía que eso significaba salir de la ciudad. ¿A dónde?, le pregunté. A Noruega, me contestó ¡A Noruega!, ¡no me lo podía creer! Pero… ¿por qué tan lejos? Y sin conocer el idioma. Yo pensaba que sería siempre dentro de España. Me costó semanas hacerme a la idea. Lo malo no era eso, lo malo era que tenía de plazo un mes para contestar, y treinta días más para presentarse allí. La fecha en la que se debía de presentar, era el treinta de mayo, exactamente el mismo día que íbamos a celebrar nuestro compromiso. ¡No os podéis imaginar, qué estado de nervios! Eso significaba que nuestra vida podía cambiar en cosa de dos meses. No sabíamos nosotros bien hasta qué punto iba a cambiar nuestro destino —su tono volvió a reflejar melancolía—. Nos daban una linda casita en una lujosa urbanización con colegios y demás necesidades acordadas para un futuro. Era una ocasión de ensueño… cuando se lo conté a mi hermana se alegró mucho por mí, y al mismo tiempo se entristeció por la lejanía, pero como ya os he dicho, era muy inocente y siempre veía el lado bueno de todo. Me dijo que las cosas había que tomarlas como venían sin mirar más allá. Empezó a pintármelo bonito. ¡Ella sabía cómo hacerlo! Adelantaríamos la boda, eso tampoco sería un trastorno ya que había muy pocos invitados, todos ellos muy cercanos, y realmente me convenció. Acordamos que nos casaríamos el veinte de mayo, diez días antes de la fecha prevista. Recién casados, ultimaríamos los detalles que nos quedaran, y viajaríamos a Noruega a empezar una nueva vida juntos.

Tía Rosa se detuvo por unos instantes. Sus ojos estaban enrojecidos y la voz se le había quebrado en varias ocasiones a pesar de su interés por disimularlo. Carraspeó un poco, antes de continuar, Alejandra se ofreció a traerle un poco de agua. Después de acceder y dar unos sorbos al vaso, prosiguió:

—¿Por dónde iba? —preguntó despistada.

Sus sobrinas le refrescaron la memoria enseguida.

—Veo que estáis muy atentas —dijo con un poco de ironía—. Pasaron los días y poco a poco iba haciéndome a la idea. Soñaba cómo sería nuestra casa y nuestra nueva vida. Miguel aceptó el trabajo y firmó el contrato. Solo, quedaba esperar —Tía Rosa se detuvo y miró a sus sobrinas con el mismo cariño de una madre protegiendo a sus pequeños—. Lo que voy a contar a continuación es algo que siempre he intentado pasar por alto y no entrar en detalles. Quiero que sepáis

que siempre he actuado pensando en vuestro bien y no he considerado adecuado profundizar sobre el tema. Pero ya sois unas mujeres hechas y derechas y ha llegado el momento de sacar detalles y trapos sucios a relucir. Si con ello conseguimos encontrar una respuesta a tus preguntas, Alejandra… me daré por satisfecha.

Sus sobrinas le sujetaron las manos en señal de apoyo incondicional y asintieron dando su aprobación para que continuara. Rosa respiró hondo y prosiguió:

—El día cinco de mayo amaneció gris y estuvo todo el día lloviznando. Ese día mi madre estaba más pachucha de lo normal, así que no salí de casa, aproveché para embalar cosas y tenerlas a punto para el traslado.

Sobre las nueve y media de la tarde, sonó el teléfono… —Tía Rosa hizo una pausa y con la voz angustiada por el recuerdo continuó—: era la policía. Nos comunicaban que Jorge y Carmen habían tenido un accidente y que si podíamos acercarnos al lugar de los hechos. Cogí un boli para anotar la dirección y, apenas si podía escribir, el temblor de la mano no me dejaba. Avisé a Miguel y vino enseguida a recogerme. Dejamos a mi madre al cargo de una vecina, y por supuesto le ocultamos el incidente. Cuando acudimos al lugar indicado todo era un caos de policía, ambulancias y bomberos… Recuerdo que había anochecido y seguía lloviendo. Mi cuerpo temblaba de frío y de temor ante la incertidumbre de no saber qué había sucedido exactamente, ya que los agentes en ningún momento nos facilitaron demasiados detalles. La carretera estaba mojada y las sirenas de colores azules, rojas y amarillas me estaban aturdiendo. La visión que se presentó ante nosotros fue verdaderamente indescriptible. No olvidaré jamás aquel amasijo de hierros retorcidos entre sí como las ramas de una parra. Aquel ovillo que no tenía ni pies ni cabeza era el Opel blanco de mi hermana y mi cuñado. Al principio, no supe identificarlo. Me despistaron los bomberos que se encontraban alrededor desempeñando su trabajo. Estaba tan confusa y tan asustada… pero cuando vislumbre parte de la matricula ¡Dios mío!, no pude evitar reprimir un angustioso grito de dolor. Era imposible que nadie que se encontrara en el interior de semejante nido de metal hubiera sobrevivido. Miguel, me abrazó destrozado mientras intentaba consolarme sin ningún resultado. Inconscientemente, y afligida por la ansiedad le golpeé varias veces el pecho mientras chillaba sin consuelo: por qué ellos, por qué… Un agente se acercó a nosotros y tras deducir que éramos los familiares e identificarse, nos hizo saber que el matrimonio había fallecido en el acto tras el impacto con la

mediana de la autovía. Y que estaban luchando por conseguir sacar sus cuerpos de semejante revoltijo de metal. En ese preciso instante creía que me moría y que las fuerzas me abandonaban por completo. Nunca en mi vida había experimentado tanto dolor y tanta angustia, ni siquiera cuando murió mi padre, y mira que lo sentí, nadie sabe cómo. Pero en esta ocasión era diferente, dos personas tan jóvenes, y una de ellas era mi hermana. ¡No podía ser verdad! El Señor no podía actuar de semejante manera siendo tan injusto. Dios mío… y cuando pensaba, en lo que dejaban aquí totalmente desamparadas. Dos maravillosas niñas, una de siete y otra de cuatro años. Cuando pensé en vosotras un nudo se me formó en la garganta. El agente solo había mencionado a la pareja fallecida pero ¿qué pasaba con vosotras dos?

—¿Y las dos niñas? —Le pregunté desesperada.

—¿Qué niñas? —preguntó el hombre de uniforme con cara de sorpresa.

—Me consta que iban los cuatro en el coche. De no ser así, mi hermana me hubiera avisado y las hubiera dejado conmigo.

—¿Está segura de eso? —preguntó sobresaltado.

Yo asentí sin dudar.

El policía retrocedió sobre sus pasos lo más rápido que pudo y, acercándose al coche avisó al equipo de bomberos que intentaban abrirse camino como si fueran un abrelatas.

—Tenemos razones para pensar que hay dos niñas ahí dentro —terminó de decir alarmado.

Inmediatamente, alumbraron todos los rincones del interior, buscando cualquier rastro que aclarase el paradero de ellas. El llanto puso los pelos de punta a todos los presentes. Yo me deshice en sollozos, rezando porque estuvierais vivas las dos. Dios mío, creó que nunca en mi vida he rogado con tanta fe.

Sara y Alejandra estaban sumidas en una desmesurada congoja. No pudieron evitar que sus caras fueran bañadas por un manto de lágrimas.

—Suplicamos a los agentes acercarnos lo suficiente para que al escuchar nuestra voz mitigáramos vuestro desconsuelo y sufrimiento. Después de muchos intentos lo conseguimos. Uno de los bomberos nos avisó de que la visión no era nada agradable. Tenía toda la razón. La estampa que presenciamos fue dantesca. Los cuerpos ensangrentados e inertes de vuestros padres yacían inmóviles. El *shock* fue espantoso produciéndome espasmos en el estomago. Estuve a punto de

vomitar. Luego alguien me sujetó por los brazos fuertemente y escuche las firmes palabras de Miguel que aún con los ojos inyectados en sangre, me guiaba.

—Rosa, ahora más que nunca tienes que ser fuerte. ¿Me escuchas? —asentí sin desprender ningún sonido—. Y le obedecí. Le obedecí al pie de la letra. Me tragué el dolor que ello suponía y empecé a llamaros con un hilo de esperanza. Reconocí el llanto casi al instante, era Alejandra. Mi sobrina Alejandra estaba viva. Una luz se filtró entre tantas tinieblas y oscuridad. Después de muchos intentos pronunciando tu nombre conseguí que me respondieras. Como era de suponer estabas muy asustada. Apenas podíamos vernos a pesar de las potentes linternas, pero gracias a una pequeña abertura introduje la mano y sostuve la tuya. Te pregunté si estabas bien y por tu hermana Sara. La pesadilla continuó cuando me dijiste que tu hermana no estaba contigo. Los especialistas pensaron que estaría en algún pliegue de la carrocería pero después de dejarse los ojos buscando, lo desmintieron.

—Tiene que estar ahí por favor Miguel, haz que la busquen. Tan solo tiene siete años… —grité una y otra vez hasta quedarme sin voz desesperada mientras por otro lado te sujetaba la mano e intentaba calmarte.

Miguel habló con ellos intentando disuadirles y sugiriendo que podía haber salido del coche provocado por el impacto. Un grupo de hombres rodearon los alrededores y peinaron la zona. La oscuridad era densa y se veía interrumpida por hileras de luz en movimiento de las potentes linternas. Tenía que haber una explicación lógica. Mientras tanto, los bomberos intentaron con todo el tacto posible sacarte de aquella jaula —dijo mirando a Alejandra—. No sé el tiempo que pasó, ya que aquella noche fue la más larga de toda mi vida, pero alguien voceó sumamente conmovido en la oscuridad la frase más bonita que podía escuchar en ese mismo momento.

—La he encontrado. He encontrado a la niña. Está inconsciente pero respira.

Tía Rosa se secó los ojos y se sonó la nariz. Hacía veintitrés años que no recordaba aquel fatídico día con tanto lujo de detalles. Sintió como se abría una fina y profunda grieta en la herida que suponía ya cicatrizada.



Capítulo 6

Rosa, tremendamente conmovida, continuaba con la total y absoluta atención de sus sobrinas, mientras les relataba incidentes y confesiones. Las jóvenes no tenían palabras para expresar lo que en esos momentos sentían, ya que era un cóctel de rabia, impotencia, tristeza, desamparo y dolor, sobre todo, mucho dolor…

—El día cinco de mayo fue una autentica y cruel pesadilla, y los siguientes un autentico e indescriptible calvario. No se lo deseo pasar a nadie, ni siquiera a mi peor enemigo. Por nada de este mundo quisiera volver a repetir la experiencia. Unas horas antes del entierro, se lo comuniqué a mi madre. Antes o después tenía que saberlo. Me arrepentí de haberlo hecho, nada más terminar la frase. Pensé que se me quedaba en el sitio.

Una lágrima se resbaló por la mejilla de Sara y Alejandra se pasó un clínex por la nariz. Sus rostros reflejaban la congoja por la que estaban pasando al ser conocedoras de muchos detalles que desconocían. Pensaron cuánto había tenido que sufrir su tía, y las situaciones tan difíciles que había tenido que superar. Mientras tanto, Tía Rosa seguía hablando:

—Todo fue una cadena de fatídicos acontecimientos. Como si nos hubieran echado mal de ojo o algo por el estilo. Yo estaba desquiciada. Todavía no sé cómo salí adelante —se quedó mirando a sus sobrinas y rectificó—. Bueno, sí que lo sé… —una mueca parecida a una sonrisa se dibujo en su cara—. Porque estabais vosotras. Por vosotras reuní las fuerzas necesarias para no hundirme, para luchar y tirar para delante. Vosotras fuisteis las que me alimentabais cada día de alegría y energía, y dejabais que mi mente no parara ni un segundo —Sara

le cogió la mano entre las suyas y la abrazó. Alejandra se unió en ese mismo abrazo.

—Nosotras somos las que te tenemos que estar agradecidas y, por muchos años que vivamos nunca te lo agradeceremos lo suficiente —dijo Sara con un nudo en la garganta.

—¿Y qué pasó? —preguntó Sara apenas con un hilo de voz.

—Mi madre empeoró y nada más volver del entierro se metió en la cama y ya no se levantó. Día tras día se negaba a incorporarse. Vosotras os vinisteis a vivir a casa. Entre Miguel y yo trasladamos todas vuestras cosas y recogimos lo más esencial de vuestros padres. Utilizamos un pequeño baúl que le regaló Jorge a Carmen en un cumpleaños, repleto de flores y, al cual mi hermana tenía gran estima. Después de retirar los restos de flores secas, metimos las fotografías y objetos personales. Me sentía tan vacía y tan desgraciada. La fecha de la boda se acercaba, faltaban tan solo diez días. Yo no podía celebrar un acontecimiento de ese tipo con la muerte de mi hermana y mi cuñado tan reciente, de manera, que se anuló. Pero tampoco podía irme de la ciudad y dejar a mi madre y a vosotras. Ni podía llevaros conmigo a un país tan lejos, sobre todo con una mujer mayor y enferma. Por otra parte, no podía condenar a Miguel a que se quedara y desaprovechara esa oportunidad de ensueño. Posiblemente la única de toda su vida. Sabía que significaba mucho para él y para su carrera. Después de atormentarme buscando una solución, llegué a la firme y dolorosa conclusión: ¡Tenía que romper la relación! Era una forma de que él se viera libre para poder actuar. Yo estaba atada de pies y manos, pero no quería que Miguel estuviera involucrado y arrastrarlo también. Necesitaba dejarlo libre, aunque eso significara ser mi desdicha y mi tormento.

—Tía, con ese gesto demostraste lo mucho que lo querías, lo que no entiendo es… ¿cómo él pudo aceptar? —preguntó Alejandra confundida—. No puedo creer que te dejara sola ante tanto marrón.

Tía Rosa respiró hondo e intentando disculparle dijo:

—Siempre he tenido, llámalo un defecto o una virtud, un don innato para convencer a la gente. En este caso, tenía que representar muy bien mi papel, y ya me encargué de que se fuera de viaje, sin mí. El día que nos despedimos, me pasé, toda la noche llorando. A la mañana siguiente, me inyecté una buena dosis de moral, y salí al toro con el capote bien alto.

—Nunca pensé hasta que punto llegaste a sacrificar parte de tu vida, tía. Solo puedo decirte gracias —añadió Alejandra con la boca pequeña. La tristeza no le

permitía hablar con más fuerza.

—Tía… fuiste muy valiente, yo misma no sé lo que hubiera hecho en tu misma situación —dijo Sara con admiración.

—No lo creas… simplemente me toco vivir así —añadió Tía Rosa con resignación.

—¿Has vuelto a verle o saber algo de él? —preguntó Sara.

—No… no he vuelto a verle ni sé absolutamente nada de él. Al principio, durante los dos o tres primeros años, me enviaba cartas cada semana. Unas cartas que me consolaban cuando las recibía, y me destrozaban por dentro cuando las leía. No le conteste ninguna. No quería darle falsas esperanzas y que, de alguna manera, rehiciera su vida. Que conociera a otra mujer con menos ataduras que las mías. Poco a poco, el intervalo entre las cartas fue más distante. Cinco años después, murió la abuela. Dos años más tarde, tuve la oportunidad de negociar con el piso de María Cristina. Por la ubicación en pleno centro, me lo pagaban a muy buen precio. Encontré uno nuevo, más pequeño y más barato, frente al mar, en la Avenida del Puerto, y no me lo pensé. Entre las casas que iba a limpiar y el dinero que me sobró de la venta del piso, bien administrado, íbamos tirando y dio para pagaros los estudios.

Sus sobrinas la miraron con ojos de compasión y al mismo tiempo de admiración y agradecimiento. Había sacrificado su felicidad y la posibilidad de estar con el hombre a quién amaba, por su madre y por ellas. Otra en su lugar posiblemente no lo hubiera hecho. Estaban en deuda con ella. No sabían cómo, ni de qué manera, y si algún día, podrían devolverle todo lo que había hecho por ellas. De repente, Alejandra, recordó que tenía una pregunta importante que formularle.

—Tía… ¿sabes algo de una libreta de notas de mi padre?

—Una libreta de notas… ¿de qué tipo? —Tía Rosa no terminaba de entender. Por su manera de contestar, parecía claro que no tenía la menor idea.

—Hemos encontrado una, en el baúl de mis padres —continuó Alejandra.

—No recuerdo haberla visto —dijo Tía Rosa pensativa.

—Me lo creo. Nosotras la hemos visto por casualidad —añadió Sara—. Estaba escondida en la parte interior de la tela, en un doble fondo del baúl.

—¿Y qué contiene esa libreta tan misteriosa que ha permanecido oculta veintitrés años? —prosiguió Tía Rosa realmente intrigada.

—Pues no lo sabemos. Está llena de signos, dibujos, números, concretamente el número doce aparece en casi todas las páginas, y anotaciones aparentemente

sin sentido y… también dibujos de llaves. Llaves antiguas de diferentes formas.

Los ojos de Tía Rosa se abrieron más de lo normal.

—¿Llaves? Jorge dice algo de unas llaves en sus frases… ¿no es así?

Alejandra asintió.

—Entiendo… —murmuró Rosa entre dientes—. De ahí las frases que se te han grabado. Vuestro padre nombra las llaves de la ciudad en ellas —dijo pensativa dirigiéndose a su sobrina Alejandra—. ¿Las posibles llaves de la ciudad? Pero eso no tiene ningún sentido. ¿Qué llaves son esas?

—Tía, sí es cierto lo que dices. Sabes lo mismo que nosotras al respecto. O sea, nada —dijo Alejandra decepcionada. Esperaba que su tía les pudiera ayudar a resolver el misterio, pero según parecía, estaba tan verde como ellas. La búsqueda se planteaba mucho más complicada de lo que ella esperaba.

—¡Es triste pensar que los únicos recuerdos que tenemos de nuestros padres están en un baúl de apenas cincuenta centímetros! —Alejandra oyó como esas palabras, salían de su propia boca. Sin apenas darse cuenta de que eran sus propios pensamientos, pronunciados en voz alta.

—Tía… ¿Qué pasó con el piso dónde vivíamos? —preguntó Sara esperanzada.

—Como ya os he dicho cuando vuestros padres murieron, recogimos todas las pertenencias personales y, os vinisteis a vivir con la abuela y conmigo al piso de María Cristina. El piso vuestro era alquilado con muebles incluidos. Vuestros padres estaban ahorrando para comprarse uno nuevo. Ellos calculaban que en un plazo de un par de años más podrían haberlo conseguido. De hecho, ya tenían la zona seleccionada y si no hubiera ocurrido tal desgracia… Eran unos luchadores natos y además se compenetraban hasta casi rozar la perfección. Había muchos momentos en que los envidiaba, sin malicia por supuesto. El piso se quedó intacto, y después de tantos años no he sabido nada de él. Alguna vez, cuando he pasado por la puerta y, he mirado hacia los ventanales he visto que por lo menos la fachada sigue igual, restaurada pero igual.

—Tía… ¿Cuál es la dirección? —preguntó Sara.

Después de que Tía Rosa le diera el número exacto, y ella lo anotara en su agenda, Sara comentó:

—Seguramente no encontraremos nada. Después de veintitrés años, a saber cómo estará el piso y los cambios que habrá sufrido. Pero no perdemos nada en intentarlo. Mañana tendré un hueco hacia el mediodía. Haré un primer contacto. Averiguaré quién vive allí, y si hay alguna manera de poder entrar.



Capítulo 7

Sara caminaba en dirección de la calle Navellos. Todavía no sabía lo que iba a decir, ni cómo actuar ante los dueños del piso. Claro, que podía estar vacío. Ya no sabía qué pensar. Los nervios se habían apoderado de ella e, intranquila, no dejaba de mirar el reloj. Intentó serenarse y pensó que ya improvisaría algo a su llegada. En pocos minutos, llegó a su destino. Se adentró hasta el final de la calle peatonal entrando en la calle Navellos, que desembocaba en la plaza de la Virgen. Por unos instantes, se quedó pensativa admirando la enorme fuente del centro, denominada la Fuente del Tribunal de las Aguas. Su figura central era un hombre recostado, que representaba al río Turia, y las ocho adolescentes de alrededor con el típico peinado de labradora valenciana daban vida a las ocho acequias del mencionado río. Sara miró a la izquierda y se detuvo en la Basílica. Una breve plegaria fue dedicada a la Virgen de los Desamparados para que le fuera abriendo las puertas necesarias y le guiara en este camino aparentemente tan difícil. Las palabras de Tía Rosa rondaban en su mente cuando dijo que, de pequeña, pasaba muchos ratos en esa misma plaza en compañía de su hermana. Intentaba con todas sus fuerzas recordar algo de su niñez, algo que le pudiera dar alguna pista de lo que buscaba su padre. Pero nada… su mente estaba en blanco. No acudía ningún recuerdo por diminuto que fuera.

Ante ella tenía el edificio que la vio crecer hasta los siete años. Era antiguo, y se veía que había sido restaurado recientemente. Tenía cuatro alturas al igual que las fachadas de alrededor, lo que hacía que guardara armonía, y el hecho de que la calle fuese peatonal le daba un aspecto mucho más tranquilo. Un bar estaba ubicado en el mismo chaflán. Los ojos de Sara buscaron los balcones del

tercer piso. Había cortinas en ellos, lo cual hacía deducir que vivían en él. Sin pensarlo dos veces se dirigió al portal. En el mismo momento en que Sara se fijaba en los timbres de la entrada para averiguar qué nombre estaba registrado en la puerta que buscaba, unos niños salieron jugueteando y la puerta se quedó abierta. Ella puso la mano impidiendo que se cerrara. El corazón se le aceleró más de lo normal. Podía oír sus latidos a través de la camisa. Sin pensarlo dos veces, entró en el patio. Era bastante amplio, le recordó al suyo de la calle Quart. Intentó buscar los buzones, ya que en los timbres de la entrada no localizó nombres. La mayoría de ellos carecían de datos, ni a la puerta a la que pertenecían.

—Esto va de mal en peor —se dijo.

Empezó a subir por las estrechas escaleras omitiendo el ascensor, con el fin de abrir su mente a los recuerdos. El pasamano era de madera oscura con betas anchas y Sara lo iba acariciando al tiempo que avanzaba. Pasó del primer piso al segundo, y del segundo al… pero poco antes de llegar al tercero, sintió un ligero y profundo pinchazo en la palma de la mano. Instintivamente, la retiró acompañada de un quejido. Se miró la pequeña herida. Una diminuta astilla de madera, se le había clavado en la carne y de ella brotó una gota de sangre. Se acercó al pasamano para ver qué era lo que le había producido semejante dolor. Su cara se tiñó de asombro y sus ojos no podían creer lo que se reflejaba en ellos. Se quedó muda y un vuelco hizo que su corazón, más agitado de lo normal por la tensión de pisar su vieja casa y por la subida a pie de los tres pisos, repiqueteara sin cesar. Algo había escrito en la superficie de la barandilla. Aunque ella no podía creer, ni tampoco entendía demasiado qué era lo que significaba. Su nombre estaba grabado en la madera, pero además, estaba acompañado de alguien más. Alguien que ella no conocía o por lo menos no recordaba. Sara, lo leyó en voz alta:

—Jesús Valdés y Sara Ferrer.

Aquello la había descolocado por completo. No cabía la menor duda de que se refería a ella, ya que no solo coincidía con el nombre, que al fin y al cabo podía haber sido una casualidad sino también al apellido. No se esperaba algo semejante. ¿Quién sería ese tal Jesús? Y… ¿por qué aparecían los dos nombres juntos? Por más que intentaba recordar, no lo conseguía. Juraría que era la primera vez que oía ese nombre, pero no debía de ser así… Un poco aturdida continuó subiendo los escalones hasta llegar al tercer piso. En su mente seguía apareciendo el nombre de Jesús Valdés. Un nombre que acababa de colarse en su

vida enturbiando su mente. Procuró mantenerlo a un lado y centrarse en lo que iba a hacer a continuación, Bastante nerviosa estaba ya como para encima agravarlo con más incógnitas. Situada en el rellano, miró las cuatro puertas que lo componían. Una de ellas, y casualmente la que fue su casa según Tía Rosa, tenía una placa de cobre con la siguiente inscripción: Juan Rodríguez Ruiz —Ginecólogo—. Sara sonrió. No podía haber sucedido nada mejor. Parecía que la plegaria estaba dando resultado. Se haría pasar por una paciente. Respiró hondo para tranquilizarse y llamó al timbre. No oyó señal de actividad al otro lado de la puerta. Así que volvió a intentarlo de nuevo, cruzando los dedos para que el viaje no le hubiera resultado en balde. Después del segundo intento, al ver que no respondían y pasados unos minutos, Sara se dirigía hacia las escaleras decepcionada. Nada más poner el pie en el primer escalón, oyó el sonido de una llave moviéndose a través de la cerradura. Miró hacia atrás y la puerta ya estaba casi abierta. Rápidamente, retrocedió ante sus pasos. Una anciana y menuda mujer estaba en el umbral. Sara, ante la alegría de que hubiera alguien en la casa y no pudiendo contenerse le dijo:

—Buenos días, señora. Quisiera una cita con el doctor… —Miró de reojo la placa para refrescarse la memoria—. Rodríguez.

—Cuanto lo siento hija. ¿Que no se ha enterado?

—Perdone no sé… —Sara no entendía nada. ¿Dónde había metido la pata?

—El doctor Rodríguez falleció hace seis meses. Estaba a punto de jubilarse, y mire. Ha sido una gran pérdida. Quitamos la placa de la calle, pero todavía falta retirar esta de la puerta. ¿Usted era paciente de muchos años?

Sara se quedó muda. Acababa de tirarle todo por tierra.

—Perdone ¿cómo dice?…

—Que si era paciente del doctor desde hace mucho. Se ha quedado pálida. Entiendo que esté tan afectada.

—No… no mucho. Ésta era la segunda visita —Sara no sabía cómo salir de la situación sin levantar demasiadas sospechas.

—Por eso se lo he preguntado —dijo la menuda mujer—. No la recordaba y puedo presumir de conocer a todas las pacientes del doctor. Era tan buena persona y tan buen profesional —la anciana seguía hablando y parecía tremendamente dolida—. Fíjese si lo conocía bien que llevaba trabajando con él más de treinta años.

Sara, que estaba a punto de marcharse, observó que la señora tenía ganas de hablar. Sus dotes de psicología le advertían de que si jugaba bien las cartas

podría sacar algo más de información y, dando un giro a la conversación, le siguió la corriente:

—Es una verdadera lástima —añadió Sara—. Yo acudí a él por varias recomendaciones.

—Naturalmente, pero si más de media Valencia era paciente suya. ¿No sabe que también trabajaba en La Fe y en el 9 de Octubre, además de otros hospitales?

Sara creyó conveniente empezar con su interrogatorio, aunque lo haría con mucho tacto.

—¿Siempre ha tenido la consulta aquí? Porque la zona es muy buena y tranquila —la cara de Sara reflejaba pura inocencia.

—Sí, durante… —la mujer dudó, como si estuviera calculando los años—.

Bueno no… aquí estuvimos poco más de veinte años. Anteriormente, tenía la consulta en la calle Caballeros, dónde él residía, muy cerca de aquí. Pero le surgió la oportunidad de comprar este piso y montó aquí la consulta. ¡Y mire ahora!

Sara intentó echar una ojeada a la entrada y al pasillo. Parecía bastante descuidado. Acto seguido dijo:

—¿Y qué harán ahora? Se lo quedara su mujer o sus hijos, seguramente —Sara tenía que saber qué iban a hacer con el piso.

—No hija… pero si el doctor era soltero. Tan solo un sobrino que vive en el extranjero, y creo que lo quiere vender —dijo la mujer en voz baja a modo de confidencia—. Yo estoy aquí por casualidad, recogiendo algunas cosas.

—Vaya… —murmuró la joven.

Sara no pudo decir otra cosa. Si lo querían vender, eso sería maravilloso. Además, un hombre soltero… y utilizando ese piso solo como consulta, dudaba mucho que estuviera reformado. No había más que ver la entrada, el papel de las paredes tenía más de veinte años. Ya tenía suficiente información. Ahora solo le quedaba despedirse de esa mujer, aunque al parecer no tenía muchas ganas de hacerlo, porque no paraba de darle a la lengua. Sara hizo un gesto exagerado de ver la hora y, educadamente, se despidió de la señora.



Capítulo 8

Mientras las dos hermanas saboreaban un exquisito arroz caldoso, Sara ponía al día a Alejandra tanto de la situación en la que se encontraba el piso, como la inscripción que había en la barandilla.

—¡Sara Ferrer y Jesús Valdés! ¿De verdad que no tienes ni idea de quién puede ser? —preguntaba Alejandra totalmente intrigada.

—Te lo prometo. Ni la más remota idea —el tono de Sara era de total desconcierto—. Y no consigo quitármelo de la cabeza.

—No me extraña… aunque ahora lo primero es centrarnos en el piso. Ya resolveremos la otra cuestión más adelante. Porque piensas averiguar de quién se trata, ¿verdad? —preguntó Alejandra con una cómplice sonrisa.

—Por supuesto, y que sepas que tengo mucho más interés que tú, aunque no lo parezca. Solo espero que no me llegue a quitar el sueño.

Alejandra pensó que aunque físicamente ella y Sara se parecían mucho, hasta el punto de que a veces llegaban a confundirlas, por dentro eran muy distintas. Sara era mucho más precavida y sensata. Quizá en muchos aspectos era más fría, pero en su interior era muy sensible. Mientras que ella era más impulsiva y visceral.

—Tenemos que estar al tanto de las inmobiliarias —comentó Sara— hemos de ver el piso por dentro.

—Me parece bien —afirmó Alejandra dejando a un lado el misterioso y recién aparecido Jesús Valdés—. Pero no sabemos si realmente se va a vender o no. Solo han sido suposiciones de aquella mujer. De todas formas hay que pasar a menudo por allí. Igual colocan algún cartel de venta.

—Aún así —continuó Sara—. Me pondré en contacto con varias agencias, diciendo que estoy interesada en un piso en la calle Navellos y, solo nos quedará esperar. Recuerda que pasado mañana estaré fuera en el retiro de Gilet. Tan solo serán tres días.

—Te hace mucha ilusión ir, ¿verdad? —preguntó Alejandra.

—Sí… Creo que profesionalmente puede significar mucho para mí. Piensa que el subconsciente es muy complejo y el poder adentrarse en él, aunque solo sean mediante hipnosis o regresiones, puede ayudar a mucha gente. Sería bueno no solo para mi consulta, sino también para las clases de yoga.

—¿Quienes vais? —preguntó Alejandra realmente interesada.

—Viene Lucas, ya sabes, mi socio en el gabinete. Estaremos en compañía de varios grupos compuestos por psiquiatras y psicólogos, además de los profesores que imparten las clases, claro.

—¿Necesitas que compre alguna cosa para llevarte? —preguntó Alejandra servicial.

—No… —Sara hizo una pausa antes de contestar—. Creo que no. Por cierto… ¿sabes algo de Lluís?

—Me ha llamado sobre las doce y regresa mañana por la tarde de Nueva York. Su empresa le ha ascendido y dice que está harto de tantas reuniones. Está deseando llegar a la tranquila Valencia.

—¿No te ha preguntado por Thor? —añadió Sara sorprendida—.

Naturalmente, es lo primero que ha hecho. Ya le he dicho que lo bajamos tres veces al día, y que cariño, comida y agua no le falta.



La ligera maleta estaba preparada en el pasillo para el día siguiente. Sara ultimaba algunas cosas mientras Alejandra cogía las llaves del piso de Lluís para sacar a su mascota en el último paseo del día. Cuando llegó a la calle acompañada de Thor, éste le dio un tirón al ver como un gato callejero se paseaba tranquilamente ante sus narices. Alejandra, no pudo contenerse:

—¡Thor, quieto!, ¡maldita sea, que me vas a tirar! Qué ganas tengo que venga Lluís.

Sujetó la correa con fuerza y el animal al oír pronunciar su nombre con carácter tal y como le había indicado Lluís, cedió enseguida y sumiso se dejó

llevar. Menos mal que era bastante obediente, pensó Alejandra al mirar al animal con su cuerpo robusto y fibroso. Inició su recorrido de costumbre igual que venía haciéndolo la semana que su vecino estaba fuera y, tal y como éste le había indicado. Paseaba por la calle Quart hasta llegar a los jardines de Guillem de Castro ajena a la noche magnifica que la envolvía. Una cálida brisa acariciaba su cara y hacía mover sus cabellos, aunque su mente estaba ausente. Alejandra, daba vueltas y más vueltas al tema del piso y al enigma de la misteriosa libreta, e inconscientemente, se dejó caer en un banco de piedra, situado a los pies de las Torres de Quart. Thor, obediente, se sentó a su lado. Así permaneció unos minutos, hasta que volviendo a la realidad, le llamó la atención que en el banco de al lado, a tan solo unos pocos metros, había un indigente. Estaba como adormilado y con una botella de vino en el suelo. Alejandra echó un vistazo al reloj y pensó que Lluís ya debería de haber llegado. Estaba dispuesta a levantarse, cuando vio que el mendigo se había despertado y no le quitaba ojo de encima. Por un momento, un calor repentino le subió de los pies hasta las orejas. En su mente había desaparecido el misterio de la libreta. Ahora, disimuladamente, solo tenía ojos para semejante individuo e intentaba controlar sus movimientos. Por otra parte, sentía algo de seguridad al ir acompañada de Thor, confiaba en que el animal le defendería en una situación crítica. Acusó una repentina flojedad de piernas, al observar como el hombre se había levantado y se dirigía hacia donde ella se encontraba. En un suspiro, se levantó e intentó adueñarse de sus propias extremidades inferiores. Pegó un tirón de la correa del perro al tiempo que le decía:

—¡Vamos, Thor!

Éste se hizo un poco el remolón. Justo ahora en un momento tan crítico, pensó Alejandra, que volvió a tirar de la cinta esperando que esta vez le respondiera. El animal se levantó. Pero en ese breve periodo de tiempo el indigente se colocó casi a la altura de ella.

—Perdón seseseeeeñorita. ¿Nooo se acuuuuerda de mí? ¿No ten-ten-dría algo para mí? —su voz tartamudeaba y su aliento apestaba a alcohol.

Alejandra había dado dos pasos y Thor se detuvo en seco. Su sorpresa se agrandó cuando vio como el individuo empezaba a acariciar al perro y a llamarlo por su nombre. Y lo más curioso era que éste se dejaba. Pensó que vaya defensa si actuaba así constantemente, claro que a lo mejor lo conocía y por eso estaba tan confiado. Alejandra pasó la mirada por su indumentaria. Estaba sucia y maloliente, hacía mucho tiempo que no tocaban el agua, ni el jabón, tanto las

ropas como la propia persona. El pelo revuelto muy descuidado y bastante largo, la barba de varias semanas. Se detuvo en su rostro y pudo apreciar que sus facciones no eran del todo desagradables, al contrario, con un buen baño, un afeitado y un buen corte de pelo, podría decir que llegaría a ser hasta atractivo. No tendría más de treinta y cinco años, aunque visto de lejos pudiera parecer diez años mayor. El borracho levantó la cabeza y la miró. La miró profundamente, y Alejandra sintió un doloroso escalofrío que le recorrió todo su cuerpo. ¡Qué ojos tenía ese hombre! Desprendían una paz que le había puesto hasta los pelos de punta. Ella intentó reaccionar enseguida. No quería delatar su frustración.

—Lo siento, pero tengo que marcharme —se disculpó.

—No tieeeene naaada señoriiita —dijo mientras se colocaba de pie frente de ella.

Alejandra se registró los bolsillos del vaquero. No llevaba ni un céntimo. Tan solo las llaves.

—Lo siento —dijo con un tono más que de temor, de lástima.

—No impoporta otra vez seeeeerá —dijo pacíficamente.

Alejandra se dirigió a casa. Thor seguía sus pasos. No podía quitarse de la cabeza esos ojos. En el momento en que sus miradas se cruzaron, dejó de sentir miedo. Era algo muy curioso. La tenía totalmente fascinada. Cuando entró en el portal de la calle Quart, percibió un agradable olor que le era familiar. Era el perfume de Lluís. Enseguida se dio cuenta de que su vecino ya había regresado.



El albergue era sencillo y tenía lo indispensable, suelos de madera bastante cálidos y el cuarto de baño comunitario. Pero lo más valioso, un contacto directo con la naturaleza. La sala era bastante amplia a pesar de estar casi al completo. Todos en silencio, relajados y en posición de loto, escuchaban a los profesores. Habían sido tres días bastante intensos en muchos aspectos. Sara se sentía feliz y contenta, había aprendido multitud de cosas. La teoría estaba en sus apuntes que guardaba como oro en paño. Habían impartido pautas de hipnosis y de relajación. Pero justo en ese momento estaban en la fase final y lo más esperado, la práctica.

Lucas había ido a regañadientes. Era bastante tradicional para muchas cosas y no apostaba demasiado por la hipnosis. Sus cuarenta y cinco años eran de puro convencionalismo. Con el pelo veteado de canas y con cierto sobrepeso, llevaba una vida bastante tranquila y sin sofocos. Casado y con tres niños, se limitaba a acudir a la consulta alternándolo con un par de colegios. No aspiraba a más. A Sara le costó mucho convencerlo para que acudiera. A veces no terminaba de entender, siendo tan diferentes en todo como eran, cómo congeniaban en el gabinete. Pero así era. Sentados uno al lado del otro escuchaban a uno de los profesores. Por la cara de satisfacción de Lucas, el cual era bastante expresivo solo con mirarle, Sara percibió que estaba cómodo. Ello le agradó. Por lo menos no le reprocharía que el viaje no hubiera valido la pena. Sara estaba entusiasmada. El profesor pidió un voluntario para una regresión y ella sin pensarlo dos veces se ofreció encantada. En el fondo lo estaba deseando desde hacía mucho tiempo. Se levantó y se dirigió al centro de la estancia. El profesor le sonrió. Le indicó que se tumbara y se relajara lo más posible tal y como ya sabía. Ella obediente siguió sus instrucciones. Le preguntó si quería que profundizara en alguna etapa particular de su vida. Sara, se limitó a decir que no especialmente. Todos permanecieron en silencio atentos a lo que sucedía. Ella se relajó profundamente. Era consciente en todo momento de lo que ocurría y podía oír a lo lejos la voz del profesor indicándole los pasos a seguir.

—Sara, tu cuerpo está tan relajado que apenas notas el contacto con la superficie en que estas apoyada. Concéntrate en tu pierna derecha y observaras que no tienes dominio sobre ella, solo está ligada a ti, pero no puedes moverla. A continuación, haz lo mismo con tu pierna izquierda.

La joven con los ojos cerrados escuchaba atentamente y verificaba sin lugar a dudas todo lo que su profesor le predecía. De hecho, en esos momentos sus piernas eran dos bloques de corcho imposibles de mover. A continuación, ocurrió lo mismo con los brazos, primero el derecho y luego el izquierdo. Observó que, efectivamente no era dueña de su cuerpo ya que éste no le respondía. El profesor continuaba:

—Intenta retroceder unos diez o mejor unos quince años. ¿Qué edad tienes Sara?

Ésta tardó algunos instantes en contestar:

—Creo que sobre unos quince años —dijo con voz adormilada.

—¿Por qué lo crees? ¿Qué pasa o qué ves?

—Me veo con uniforme y saliendo del instituto.

—¿Cuál es tu estado de ánimo?

—Es bueno. Creo que estoy contenta.

—Muy bien, vamos a retroceder un poco más —prosiguió el profesor dulcemente—. ¿Tomaste la comunión Sara?

—Sí.

—Intenta recordar ese día. Es un día feliz y…

Sara no contestaba.

—¿Qué ves Sara? Dime lo que ves.

Sara se había quedado muda.

—¿Qué te ocurre? —preguntó el profesor intranquilo.

Sara seguía sin contestar.

—Sara… ¿consigues ver ese día? —de repente, observó como del rostro de la joven brotaban dos lágrimas. Se acercó a ella y pudo apreciar que las facciones de su cara habían cambiado de expresión, reflejando dolor y angustia. Al momento oyó:

—Sí, lo veo —su voz estaba acompañada de una estremecedora congoja.

—¿Qué te ocurre Sara? ¿Qué sientes?

—Estoy muy triste —contestó a duras penas.

—¿Por qué? ¿Qué ha sucedido para que estés así?

—Mi Tía Rosa llora y mi abuela también. Mi hermana Alejandra tiene cinco años, y también está triste —sus ojos cerrados no paraban de llorar y sus mejillas brillaban humedecidas por las lágrimas.

—¿Por qué, Sara? ¡Dímelo! ¿Por qué están todos tristes?

—Mis padres hace un año que han muerto —la frase consiguió terminarla a trompicones.

El profesor se quedó sin habla y la sala entera se estremeció. Lucas, atento a lo que sucedía, no tenía palabras y se sintió afligido. Llevaban trabajando juntos varios años, y nunca la había visto en tal situación.

—¿Qué les pasó a tus padres? —preguntó el profesor después de dudar si continuar con el tema.

—Murieron en un accidente —las lágrimas habían cesado y parecía estar más tranquila.

—¿Quieres que continuemos Sara? —preguntó cauteloso el profesor.

—Sí —Sara permanecía con los ojos cerrados y su tono había sido de total seguridad.

El profesor pensó bien la pregunta que iba a formularle. No quería hacerla

pasar de nuevo por la misma situación.

—Intenta retroceder tres o cuatro años… ¿Qué ves?

—Una habitación…

—¿La conoces?

—Creo que es mi habitación —dijo Sara dudosa.

—¿Cómo es? Descríbela.

—Pues hay dos camas y una muñeca encima de una de ellas, es una Nancy vestida de azafata. Las paredes están pintadas de color rosa y tienen una cenefa de flores silvestres —Sara se quedó pensativa. ¿No era así la habitación que su Tía Rosa había descrito como suya? Eso quería decir que era la casa de la calle Navellos.

—¿Cómo te sientes, Sara?

—Bien.

—¿Quieres que continuemos? —siguió el profesor.

—Sí. De acuerdo.

—¿Hay alguien contigo?

—No lo sé…

—Mira a tu alrededor.

Más tarde Sara continuo:

—Está mi madre cosiendo y, mi padre acaba de entrar por la puerta. Lleva unos papeles en la mano y le dice algo a mi madre. Luego vuelve a salir y yo le sigo.

—¿Qué sucede después? —preguntó el profesor dispuesto a no alargar más la regresión.

Sara se había quedado muda recreándose en la escena que había aparecido en su mente.

El profesor viendo que estaba un poco atascada, quiso pasar página.

—Sara… sal de dónde estás y avanza unos meses… o un año hacia delante. Dime qué ves.

A ella le costó borrar las últimas imágenes para sustituirlas por lo que el profesor le estaba pidiendo. Pero después de un esfuerzo lo consiguió.

—Estoy jugando —su tono era jovial.

—¿Dónde?

—En una plaza.

—¿La reconoces? Mira a tu alrededor.

Sara por unos instantes no dijo nada, luego respiró hondo y añadió:

—Creo que es la Plaza de la Virgen. Estoy en la explanada y correteo detrás de las palomas. Me encantan las palomas.

—¿Estás sola? —preguntó el profesor.

—No, está mi padre conmigo.

—¿Eres feliz?

—Sí, me estoy divirtiendo mucho.

—¿Hay alguien más con vosotros?

—Sí, hay un niño… Es un poco mayor que yo y… no para de reírse.

—¿Le conoces?

Sara no contestó. Buscaba en los laberintos de su mente la cara de ese niño, e intentaba identificarla.

—¿Sara, lo conoces? —insistió.

—No lo sé… supongo que sí. Pero no me acuerdo de él.

—¿Puedes preguntarle el nombre?

Sara, después de unos segundos sin responder, añadió:

—Dice que se llama Jesús… Jesús Valdés.



Capítulo 9

Los Viveros o Jardines del Real se multiplicaban de flores de colores, y el aroma a primavera era cada vez más latente en toda la ciudad. Sus laberintos de sendas estaban repletas de visitantes, unos paseando, otros dando de comer a los patos en el estanque, o simplemente tomando el sol en el césped. El resto acudía a la feria del libro, donde miles de ellos se exhibían en decenas de casetas. Sara, en compañía de Lluís, se había detenido en una de ellas admirando portadas y releyendo títulos y autores. Después de una complicada criba Lluís se decantó por dos de los cientos de ejemplares que se exponían ante sus ojos, sin saber cuál adquirir.

—¿Ya lo tienes claro? —preguntó Sara mirando el reloj.

—No sé —respondió dudoso—. Creo que al final me quedaré con los dos —terminó de decir Lluís haciendo una seña al hombre de detrás del mostrador y entregándoselos para que se los cobrara—. ¿Cómo vamos de tiempo?

—Un poco justos —respondió Sara con claros signos de ansiedad—. Hemos quedado a las seis de la tarde y faltan veinte minutos.

—Tranquila… —añadió el joven intentando calmarla—. De aquí a la calle Navellos si vamos deprisa en un cuarto de hora nos plantamos.

En cuanto Lluís recibió el cambio salieron disparados hacia una de las puertas. Pasaron por el Museo Pío V y cruzaron el puente de la Trinidad. Habían quedado con Alejandra en la Casa de los Caramelos y por fin sus anhelos se estaban cumpliendo. Varios días después de que Sara regresara del retiro de Gilet, recibieron una llamada de teléfono de una inmobiliaria, ofreciendo la venta de un piso en la calle Navellos tal y como Sara había solicitado. No se lo podían creer. Parecían tener la suerte de su lado, por lo menos de momento.

Las dos hermanas sopesaron y comentaron la situación en la que se estaban viendo envueltas. Si pretendían descifrar qué significado tenían las anotaciones de la libreta de su padre, y por supuesto que su intención era averiguarlo a toda costa, decidieron poner al día a su vecino Lluís ya que les inspiraba toda la confianza del mundo, y por ser un as en el mundo informático posiblemente les pudiera ser de gran ayuda. Éste se sintió halagado al ver que lo hacían participe de sus preocupaciones, y le pareció excitante el misterio que podía esconder la libreta y sus enigmáticas anotaciones. De hecho, se la enseñaron para valorar su opinión, aunque no les pudo ayudar gran cosa. Pero se ofreció desinteresadamente a acompañarles donde hiciera falta y que contaran con él para todo. Su nuevo cargo en la empresa, además de estar mejor remunerado, le permitía poder tener más tiempo libre, algo inusual y más en los tiempos que estaban, pero así era. Sara y Alejandra ya le habían comentado medio en broma medio en serio que, si había vacantes en su empresa y con esas condiciones, no dudara en llamarlas, y los tres se habían reído juntos.

Prácticamente habían llegado a su cita, Sara vio a su hermana a tan solo unos metros del lugar de encuentro. Tenía los nervios a flor de piel, la boca seca y el pulso más que acelerado. Cuando llegaron a su altura Lluís miró el reloj.

—¿Qué te dije? Quince minutos exactos —dijo Lluís mirando a Sara.

—¡Sí, claro, con semejantes zancadas! —añadió ella señalando a Lluís y sus largas piernas.

—¿Que venís corriendo? —preguntó Alejandra al verlos acalorados.

—Pues casi… —alegó su hermana recuperando el ritmo cardíaco.

Los tres jóvenes se adentraron en la calle hasta llegar al final de ella y darse de morros con la Plaza de la Virgen. Unos metros antes se detuvieron en el portal en cuestión esperando al comercial. Sara dio un vistazo a la fachada e intentó recordar todos los detalles que había visto en la regresión. Había sido todo tan claro y parecía tan real… incluso el niño que les acompañaba. Sus facciones todavía estaban frescas en su recuerdo. Aún podía percibir el sonido de sus risas y su voz infantil cuando pronunció su nombre: Jesús Valdés… ¿Quién narices era ese muchacho? Y, ¿por qué si ella lo tenía en muy buena estima como parecía a través de la visión, no lo recordaba en absoluto?

—¿Estás bien? —le preguntó Lluís preocupado al verla distante.

—Sí —respondió ella volviendo a la realidad—. No sé cómo vamos a distraer al comercial… —murmuró confundida—. Si nos lo pudiéramos quitar de encima, aunque solo fuese un rato.

—Yo tampoco… —dijo Alejandra—, pero necesitamos revisar la casa con paciencia e inspeccionarla con detenimiento. Algo imposible —susurró entre dientes—. A lo mejor, conseguimos recordar datos que hasta ahora están olvidados. Si pudiéramos tenerlo por los menos unos días, sería perfecto.

La joven hizo un barrido de la fachada y de las ventanas del tercer piso. No guardaba ningún recuerdo, o por lo menos no era consciente de ello, claro que cuando dejó la casa para irse a vivir con Tía Rosa y con su abuela al piso de María Cristina, tan solo tenía cuatro años.

Pasados diez minutos, apareció un hombre de mediana edad. Por el aspecto pensaron que no podía fallar, era la persona que estaban esperando. Se acercó a ellos y les preguntó:

—¿Sara Ferrer?

—Sí… soy yo —después de los saludos de rigor, avanzaron hasta el portal.

—Me comentó por teléfono que era para vivir su hermana y usted, ¿verdad?

—En efecto. Nos gusta la zona —contestó Sara—. Me dijo que tenía tres habitaciones. ¿No?

—Sí, eso es —continuó el comercial—. El piso está sin reformar desde hace más de veinte años. Durante todo este tiempo ha sido una consulta de ginecología y el señor no se ha molestado en cambiar ni un solo ladrillo.

Las dos hermanas se miraron con una leve y esperanzadora sonrisa. El hombre continuaba:

—Después del fallecimiento del dueño, su sobrino, como único heredero, quiere venderlo a toda costa. Sabe que está en un buen lugar y que la zona se paga —haciendo un gesto accionó el botón del ascensor. El indicador señalaba que la puerta estaba abierta. Permanecieron unos minutos mientras el comercial les daba una información más detallada de la vivienda.

—El ascensor debe estar estropeado. ¿Les importa si subimos andando? —preguntó el hombre—. Es el tercero.

—No, no hay problema —contestaron los tres casi a la vez.

Cuando pasaron del segundo al tercer piso, Sara se detuvo en la inscripción de la barandilla y, señalándola discretamente, se la mostró a su hermana. Ésta verificó que era cierto lo que le había comentado. —Bien, pues ya hemos llegado —añadió el comercial casi sin resuello. Después de unos segundos buscando la llave, lo que le permitió recobrar parte del aliento, la encontró y abrió la puerta.

Los tres jóvenes, nerviosos, se adentraron en el recibidor. Olía a cerrado y a

rancio. Pudieron observar que el papel pasado de moda de las paredes estaba amarillento por el paso del tiempo. Siguieron a lo largo del pasillo hasta la cocina. Se podía ver que hacía años que no se utilizaba.

—Cómo verán la cocina está intacta. Aunque antigua, claro está —comentó el comercial.

Alejandra no tenía palabras, estaba en la cocina de su niñez. De repente y por espacio de una décima de segundo tuvo un *flash*, una ligera y tenue visión. Se vio allí, en ese mismo lugar con su madre sonriendo y cocinando a su lado. Lluís, detrás de ella, pasó los dedos por el banco de la cocina, luego levantó la palma de la mano y se miró la yema de los dedos oscurecidas por el polvo acumulado.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó el joven al verla como ausente.

—Sí, perfectamente —dijo ella con tono seguro.

Siguieron adentrándose. Alejandra observó el suelo, era el granito blanco y negro que ella había visto en su sueño. Solo que en sus recuerdos estaba resplandeciente y se reflejaban los muebles, ahora podía apreciar que estaba mate y viejo. Llegaron a una pequeña habitación empapelada. Los tres jóvenes se quedaron admirando la estancia. Estaba casi vacía, salvo una mesa en el centro, un sofá de piel raído y varias sillas alrededor. Debía de ser una sala de espera. Después de atravesar una segunda habitación empapelada igualmente, se fijaron en un pequeño rosetón a modo de ventana que unía las dos estancias. Alejandra, se aproximó a él y lo acarició, los variados y vivaces colores de los cristales que lo componían ahora se veían apagados y muertos. Continuaron a la tercera y última habitación, supusieron que debió de ser la de matrimonio, y estaba acondicionada ahora como consulta. A simple vista no podían saber cuál de las tres habitaciones era el despacho de su padre. Necesitarían quitar el papel pintado de sus paredes para ver si bajo todavía persistía la pintura. Pero… ¿Cómo iban a hacerlo con el hombre de la inmobiliaria pisándole los talones? Tenían que improvisar algo, pero qué…

—¿Qué les parece? —preguntó el comercial.

—Bien… pero necesita una reforma en general —contestó Lluís.

Las hermanas asintieron dándole la razón mientras ojeaban todo a su alrededor. Estaban en el espacioso salón. El vendedor se acercó a los ventanales y restándole importancia al comentario de Lluís, les enumeró las deliciosas vistas.

—Sí, de acuerdo que necesita una pequeña inversión. Claro que miren el

lado bueno, así se lo pueden reformar a su gusto. Pero no me negaran que el punto es inmejorable. Como hace esquina, tienen la Plaza de la Virgen justo a sus pies. Sin moverse del balcón, pueden ver la Catedral, la Basílica y la torre del Miguelete. Los jueves en la Puerta de los Apóstoles de la Catedral podrán presenciar los juicios del Tribunal de las Aguas. En Fallas, podrán admirar la ofrenda de flores en primera línea y, el día de la Virgen de los Desamparados, que como sabrán es el segundo domingo de mayo, pueden ver el traslado de la Virgen sin empujones, que ya sabrán que en la plaza no cabe ni un alfiler del gentío que acude.

Los tres le miraron sin pestañear mientras el hombrecillo seguía adulando la ubicación del pisito. Comercial hasta la médula, pensaron en silencio.

Sara se quedó pensativa por unos instantes respecto a lo que acababa de decir. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Hoy era tres de mayo, faltaban tan solo unos días para la Festividad de la Virgen. También sabía que a veces alquilaban balcones o incluso pisos para poder presenciar el acontecimiento de una manera más cómoda. Si tuviera la suerte de que sus hipótesis se cumplieran… Por su mente, pasaba parte de la solución. Y sin pensarlo dos veces, dijo:

—¿El precio que nos comentó es negociable? —preguntó Sara secamente.

—No demasiado. El heredero sabe que vale lo que pide —contestó el comercial contento de entrar por fin en el tema de la negociación.

—Sí, pero… hay que hacer una gran inversión, entienda que el estado en el que se encuentra es pésimo —siguió Sara—. ¡Si es así, entonces no nos interesa! Se pasa de nuestro presupuesto.

Lluís y Alejandra la miraron sin saber muy bien lo que se traía entre manos. Sara continuaba hablando:

—También es cierto que como usted bien ha dicho, desde estos balcones hay unas vistas magnificas de la plaza y teniendo en cuenta que el día de la Virgen está a la vuelta de la esquina. Estaríamos interesados en alquilar el piso por ese fin de semana y ello nos ayudaría a tomar una sensata decisión. Valoraríamos de verdad si nos compensa su situación con la diferencia de precio que estábamos dispuestas a pagar.

Su hermana y su vecino se quedaron boquiabiertos con el planteamiento de Sara. Ninguno de ellos lo hubiera hecho mejor. Una sonrisa mezclada de complicidad y satisfacción se dibujó en la cara de los tres jóvenes cuando observaron el rostro de desconcierto del hombrecillo sin saber muy bien cómo

reaccionar. Estaba claro que le había pillado por sorpresa. El comercial se quedó sin palabras ante semejante proposición.

—Pues no sé… —refunfuñó—. Tendría que consultarlo con el dueño. Pero no se ha contemplado la posibilidad de alquilarlo, y menos por un fin de semana.

—Le agradecería que hiciera la gestión —continuó Sara decidida—. Hágale saber a su nuevo dueño que puede ganar un dinero extra, y es posible que ello nos ayude a decidirnos por la compra, además como nosotros tan solo lo tendremos un fin de semana, ello no le supondrá ningún tipo de problema para poder enseñarlo ante nuevos posibles compradores.

El hombrecillo se quedó pensativo durante unos instantes, valorando la imprevista proposición.

—¿Me disculpan?, voy a hacer una llamada —repuso el hombre.

—Por supuesto —murmuraron los tres asintiendo y con los dedos cruzados.

A los pocos minutos, regresaba de la cocina de hablar por teléfono.

—No hay ningún problema, siempre que lleguemos a un acuerdo con el precio.

—Usted dirá… —repuso Sara muy decidida.

Minutos más tarde, estaban cerrando el trato. Parecía que todo iba viento en popa.



Capítulo 10

Amaneció un día precioso, el sol calentaba los panteones y el mármol de las miles de lápidas del impresionante cementerio de la calle Jesús. Los centenares de pasillos casi desiertos albergaban innumerables nichos a ambos lados. Las flores de estos endulzaban el ambiente y, entremezclado con el silencio, hacía que descansaran en paz las miles de almas que allí se hospedaban. Tía Rosa, en compañía de sus dos sobrinas, depositaba un centro de flores en la tumba de sus padres. Era cinco de mayo y el veintitrés aniversario de su muerte. Cada una y casi en silencio rezaban una plegaria dirigida a ellos. Rosa hablaba con su hermana Carmen:

—Gracias por dejarme cuidar a tus pequeñas. Ya se han independizado, ¿sabes?, y además, se han convertido en dos mujeres hechas y derechas. Cada vez se parecen más a ti. Si las vieras… ¡Cumplí mi promesa!

Mientras tanto Sara añoraba el hueco que habían dejado e intentaba preguntarles qué era lo que querían de ellas. Hasta dónde tenían que llegar, y qué era lo que realmente buscaban.

Alejandra, en cambio, solo quería seguir teniendo visiones para esclarecer el lío que tenían. Les pedía que les hicieran llegar las más pistas posibles para poder desvelar el enigma que las envolvía. Juró que encontraría esas misteriosas llaves por muy escondidas que estuviesen. Y con ello se vería cumplido el sueño de su padre.

Pasado un rato recorrieron también la tumba de sus abuelos, y, tristes, regresaron a casa. Estaban entrando en la calle Quart cuando se encontraron con su vecina Elisa Hurtado. La mujer les detuvo para charlar con ellas, siempre que las veía lo hacía. Se notaba que el aburrimiento formaba gran parte de su vida.

Después de contarles su vida en varios fascículos, como era su costumbre habitual, y de escucharle educadamente, se despidieron de ella.

Ese sábado por la mañana las dos hermanas estaban alegres y al mismo tiempo nerviosas y más eufóricas de lo normal. Por fin los días habían transcurrido y había llegado el momento de tener las llaves del piso alquilado de la calle Navellos. Piso que habían ansiado registrar desde que supieron de su existencia, aunque transcurridos veintitrés años después, lo más probable era que no les solucionara nada. Aún así, la esperanza es lo último que se pierde, y ellas no estaban por la labor de que les pasase eso, ya fuese un leve recuerdo o alguna pista que les refrescara la memoria.

Irían acompañadas de Lluís y de Tía Rosa. Después de desayunar y coger una mochila con varias cosas, entre ellas la misteriosa libreta, bajaron para avisar a su vecino. Al abrir la puerta, Thor salió de entre las piernas de su dueño y les dio la bienvenida a base de carantoñas. Minutos después, bajaban los tres a la calle con un mismo objetivo. Siguieron por la calle Quart, hasta Caballeros, para desembocar en la Plaza de la Virgen. Puntualmente como siempre, su Tía Rosa les esperaba en el portal. Después de los saludos pertinentes, se adentraron en el patio. Los tres jóvenes prefirieron subir por las escaleras y su tía tomó el ascensor. Sara y Alejandra intentaron afinar los sentidos y mostrarse lo más receptivas posible, ya que quizá esta sería la única vez que podrían visitar ese piso, y daban gracias de haberlo conseguido. Cuando llegaron al tercer piso, Sara sacó las llaves de su bolso y la introdujo en la cerradura. Los cuatro entraron en el recibidor y cerraron la puerta. Había que ponerse manos a la obra y no podían dormirse, pero ¿qué era lo que buscaban y por dónde empezaban?

Tía Rosa percibió una terrible nostalgia cuando se vio en su interior. Pese a estar amueblado de distinta forma y sus paredes vestidas diferentes, un montón de recuerdos acudieron a su mente. A medida que entraba en las distintas estancias de la casa, un nuevo pensamiento se apoderaba de ella. Empezó a relatárselo a sus sobrinas, después de todo para eso había ido.

—En este pasillo corríais de pequeñas. Me acuerdo que le regalaron a Alejandra un triciclo por Navidad y tenía las paredes arañadas del manillar —Rosa pasó sus dedos por la pared como intentando identificar los rasguños en el yeso. Las muchachas sonrieron.

—Creo que me acuerdo de él —comentó Sara con la mirada en otro lugar—. Y creo recordar que no me lo dejabas —dijo dirigiendo la vista a su hermana.

—Así es —añadió Tía Rosa—. Decía que sólo era suyo y no se lo dejaba a

nadie, ni siquiera a los hijos de la portera que a toda hora estaban aquí.

—¿Los hijos de la portera? —preguntó Alejandra.

—Sí… ¿No os acordáis? Era una buena mujer. Se llamaba Virtudes. Vivía con sus dos hijos un poco mayores que vosotras, y cuando tenía que hacer algún recado, la mujer se los dejaba a vuestra madre.

Sara y Alejandra se miraron mutuamente. ¿Cómo se llamarían esos dos niños? ¿Por casualidad su apellido sería Valdés?

—Tía, no recordaras cómo se llamaban ¿verdad? —preguntó Sara.

—Pues espera… no me acuerdo y, mira que lo tengo en la punta de la lengua.

—¿Es posible que el nombre de uno de ellos fuera Jesús Valdés? —preguntó Sara muy interesada.

Su tía sonrió dando la aprobación, pero al mismo tiempo su cara dibujó una mueca de sorpresa.

—¿Te acuerdas de ellos? ¡Pero si eras muy pequeña!

—No… —respondió Sara—, pero en la barandilla de la escalera están juntos su nombre y el mío. Y cuando me hicieron la regresión en este último cursillo, apareció jugando conmigo en la plaza. Aunque no me acordaba de él, su cara me resultaba algo familiar.

—Pues os llevabais muy bien. El mayor es posible que tuviera un par de años más que tú —dijo Tía Rosa señalando a su sobrina Sara—. Pero cuando os trasladasteis a vivir conmigo, perdisteis totalmente el contacto. No sé qué habrá sido de esa familia.

Después de dar un ligero vistazo en todo el piso, Tía Rosa les señaló cuál había sido el cuarto de sus sobrinas y cuál el despacho de su padre. Las muchachas entraron en lo que fue su antigua habitación. Alejandra cerró los ojos y a su mente acudió una ligera visión. Vio un par de camitas y ellas en camisón saltando con las almohadas en la mano. Abrió los ojos y consciente del momento en que se encontraba… se acercó a la pared de enfrente. Retiró una silla que ahora se encontraba en su lugar y, empezó a quitar el papel que cubría el tabique. Primero por una esquina, luego por el centro. El papel estaba tan viejo y la cola de pegar tan seca, que se rompía nada más cogerlo. Ni corta ni perezosa sacó de su mochila una raqueta y empezó a retirarlo. Así le resultaba mucho más fácil. Cuando más emocionada estaba, se paró en seco al oír un grito de su hermana:

—¿Qué es lo que estás haciendo? —preguntó enojada.

Alejandra se quedó inmóvil mirando la pared. ¿Por qué se había puesto a

retirar el papel si no sabía qué era lo que podía encontrar, ni tampoco lo que estaba buscando? Se frotó la frente y pensó en voz alta:

—¡Dios mío!, me estoy volviendo loca o, ¿qué me pasa?

Sara, al oír la frase de su hermana, le dijo que se sentara.

—No te preocupes —dijo arrepentida por el tono empleado—. Ahora mandaré a Lluís y que compre cola de empapelar. Esto va a quedar como si nada. ¡Ya lo veras!

Su vecino acudió enseguida al lugar donde ellas se encontraban.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada… mira —dijo señalando la pared—. Tendremos que intentar arreglarlo aunque no sé cómo lo vamos a hacer.

Lluís, se aproximó al lugar y a los pocos instantes volvió a alejarse. Luego volvió a repetir la misma operación. Se alejó hasta casi la puerta y de nuevo se acercaba a la pared donde su hermana la había pelado. Sara no salía de su asombro. ¿Qué era lo que estaba haciendo? ¿Acaso había encontrado algo imperceptible para ellas? Estaba a punto de preguntarle cuando su vecino se quedó mirándolas y les dijo:

—¿Habéis visto eso?

Sara, se acercó y se puso a su altura. Tenían la pared a tan solo un palmo. Entonces Sara se agachó colocándose en cuclillas. No veía absolutamente nada.

—¿Qué has visto? —preguntó un poco decepcionada.

—Sara, aléjate —él insistía—. Vete a la puerta y sin dejar de mirar donde te señalo, ve acercándote poco a poco. Alejandra se levantó de la silla y siguió los mismos movimientos que su hermana. Al principio, no divisaron gran cosa. Lluís se levantó y se apartó para que la luz y las sombras no les distorsionaran.

La cara de Sara se iluminó conforme se aproximaba a la pared y en su boca floreció una estremecedora sonrisa. En el hueco que había quedado pelado se podía apreciar restos de pintura rosa y parte de la mencionada cenefa de flores silvestres, además de restos de papel y cola seca mezcladas con el yeso. Pero no era eso lo que les llamó la atención a los tres jóvenes, sino un dibujo en lápiz de apenas unos siete u ocho centímetros. Un dibujo que visto de lejos no llegaba a ser legible, pero según se acercaban, iba adquiriendo forma y también algo de sentido.

—¿Qué diríais que es? —preguntó Lluís.

Las muchachas concentraron toda su atención. Giraron la cabeza intentando localizar exactamente la posición.

—Parece un castillo. No sé… —añadió Sara—. O quizá unas torres.

—Fíjate bien —insistió su vecino—. Conoces bien Valencia, ¿verdad?

—Creo que sí —contestó la joven.

Lluís continuaba:

—Recordad que según el testimonio de vuestra tía, la investigación de vuestro padre y su mayor obsesión se centraba últimamente en la ciudad de Valencia, ya que leía todo lo relacionado con ella. Además, era profesor de Historia y le apasionaba su profesión…

Tía Rosa hizo su aparición en la estancia escuchando el final de la frase de Lluís. Alejandra estaba atenta a sus palabras. Fue en ese preciso instante cuando lo vio claro. ¡Ya sabía lo que era!

—¡Ya sé lo que es! —añadió llena de euforia—. Son… son las Torres de Serrano.

—Efectivamente —dijo su vecino con una sonrisa.

—Pues ahora que lo dices… ¡es cierto! —se unió Sara.

—Jorge dibujaba muy bien —atajó Tía Rosa—. No me extraña nada que ese boceto lo hiciera él. Siempre estaba dibujando cosas a lápiz. De hecho, Carmen le reñía porque a veces lo hacía en los lugares más insospechados. Mirad el ejemplo —dijo Tía Rosa señalando la pared.

—¿Qué había exactamente en este lugar, tía? —preguntó Sara.

Tía Rosa se acercó e intentó situarse.

—Justamente aquí —señaló Tía Rosa—, estaba el cabezal de la cama de Alejandra.

Sara dio unos pasos y preguntó:

—Entonces si dormíamos juntas, supuestamente mi cama debería de haber estado aquí aproximadamente. ¿No es así? —dijo mirando a su tía. Ésta asintió con la cabeza sin entender nada de lo que iba a hacer a continuación.

—¿Qué pretendes? —preguntó su hermana.

—Todavía no lo sé. Es una corazonada. Y sin mediar una palabra más midió a ojo la altura aproximada donde habían encontrado el anterior dibujo y, empezó a retirar el papel donde supuestamente se encontraba su cama. Estaba nerviosa, no sabía qué podía encontrar. Seguramente nada. Todo lo que estaba sucediendo no era más que una casualidad. Sus manos iban a una velocidad de vértigo. Oyó como una de sus uñas se arrastraba por el enlucido de la pared, produciéndole un tremendo escalofrío. Por un momento, su mente se quedó vacía de pensamientos al poder observar que su intuición había sido certera.

—¡Tienes razón Sara, hay algo! —dijo Alejandra emocionada.

Tía Rosa sintió como se le erizaba el vello de los brazos. «Dios mío», pensó: «Ayúdalas a descifrar el enigma y encontrar esas llaves o lo que sea…».

Los ojos de Sara empezaron a empañarse humedeciendo los pedazos de papel que caían al suelo. Ya no pensaba en el comercial de la inmobiliaria cuando viera que la habitación había quedado hecha un santo Cristo, ni tan siquiera en el dueño del piso cuando se lo devolvieran. A decir verdad, le daba lo mismo, sólo quería ver qué más había escondido. Qué más había podido dibujar su padre… en la cabecera de su cama.

A los pocos minutos, pudieron divisar otro dibujo similar al anterior. Era muy parecido, pero no igual. Sara, se quedó sin palabras al igual que los demás presentes, al comprobar exactamente lo que era. No entendían absolutamente nada. Fue Alejandra quién rompió el silencio de la habitación.

—Son las Torres de Quart —gritó—. ¿Os dais cuenta de lo que significa todo esto?

—No… no entiendo nada en absoluto —contestó Sara desquiciada y casi perdiendo los papeles—. En tu cabecera estaban las Torres de Serrano. Y da la casualidad que están situadas a tan solo doscientos metros aproximadamente de aquí, y en mi parte… en mi cabecera, están las Torres de Quart. Y da la casualidad también, y es lo que no entiendo que justamente nosotros tres —dijo señalando a su hermana y a Lluís— vivimos justo a tan sólo doscientos metros de ellas. Con todos los áticos que hay en Valencia, con todas las viviendas en venta que hay en la ciudad, he ido a comprármelo justamente ahí. ¡No entiendo nada! —su voz era de total desconcierto y estaba completamente bloqueada. Demasiadas casualidades seguidas y aparentemente sin ningún sentido.

Tía Rosa intervino agobiada viendo la comprensible confusión de sus sobrinas:

—Mujeres de poca fe. ¿No os dais cuenta?

Los tres jóvenes le escucharon atentamente.

—¿No queríais señales? —dijo mirando a sus sobrinas—. Creo que esto no son simples dibujos que un padre les hace a sus pequeñas. Recordad que Jorge era una persona obsesionada con la Historia y con lo relativo a la búsqueda de esas llaves y que de alguna manera le tenían totalmente absorbido. Estoy convencida de que hablaría constantemente de ello con vosotras, erais pequeñas y le escucharíais como si fueran posibles cuentos. De hecho, el subconsciente es muy sabio y comparable a un microchip. Yo no entiendo mucho de ordenadores,

pero me temo que la mente será algo similar. Puedes tener retenidos recuerdos y creer que están olvidados, hasta que sin saber por qué, salen a la luz. ¿Es así o no, Psicóloga? —dijo señalando a Sara.

Sara estaba mucho más tranquila y, efectivamente, corroboraba lo que escuchaba de la voz de su tía. Intentó serenarse y mirarlo desde un punto de vista más frío. Los sentimientos le habían desbordado y la habían hecho perder el control. Pero no volvería a suceder.

—Tienes razón tía. De hecho, si teníamos esos dibujos en la cabecera de nuestras camas, por lógica, nos debía de hablar a menudo del tema. Posiblemente al acompañarnos a dormir. Ahora entiendo por qué inconscientemente yo buscaba la ubicación de mi propio piso en la parte del casco antiguo de la ciudad. Incluso llegué a sugerirle al comercial cerca de las Torres de Serrano o de las Torres de Quart. Por eso cuando encontré el ático en las segundas, algo dentro de mí centelleó de felicidad. —Alejandra intervino al oír la explicación de su hermana.

—¿Me queréis decir que yo inconscientemente sabía el lugar exacto de dónde se encontraba el dibujo? —su hermana asintió. Su voz se mostraba mucho más calmada—. Pues me alegro… —dijo sonriendo— pensaba que me estaba volviendo loca.

—¿Habrá más dibujos en la casa o alguna pista que nos pueda revelar algo? —preguntó Lluís que hasta el momento había permanecido de oyente sin atreverse a decir ni pío.

—No lo sé —contestó Sara— pero no podemos empezar a quitar el papel de toda ella. Y de hecho, tenemos que arreglar de alguna manera el destrozo que acabamos de hacer.

—Déjalo en mis manos. Siempre he querido empapelar paredes —añadió Lluís con sarcasmo—. Bajaré a comprar cola y quedará como nuevo. Siempre me gustaron los trabajos manuales.

Sara le miró a los ojos y le dio las gracias. Sobraban las palabras. Cada vez se alegraba más de que estuviera a su lado. Una voz le hizo retirar la vista de Lluís mientras este avanzaba por el pasillo.

—Pero… ¿qué relación puede tener con todo esto? —preguntó Tía Rosa.

—Pues no lo sabemos todavía —comentó Sara—. Pero cabe pensar, y me temo que es así, que las llaves que buscamos son antiguas. Además, lo confirma la libreta de mi padre —dijo mientras la sacaba de su mochila—. Los dibujos que hay no son llaves modernas precisamente. Si las torres que están dibujadas

en la pared, y como Monumentos Históricos de la ciudad de Valencia, tienen algo que ver en todo esto, tiene que haber algún tipo de referencia en esta libreta.

—Espero que así sea… porque es lo único que tenemos —continuó Alejandra.

Sara se dirigió al salón y se sentó en un raído sofá que había bajo de los ventanales. Aprovechó la luz que entraba del exterior y empezó a hojear las amarillentas hojas. Saber que esa libreta había pertenecido a su padre la llenó de satisfacción. Y solo pensar que podía terminar algo que él había empezado, la emocionó hasta el punto que sintió como se le oprimía el pecho dificultándole la respiración. Ahora con la mente más despejada y con el corazón sensible por las circunstancias, entendía los motivos que les llevaron tanto a su hermana como a ella a olvidar, por llamarlo de alguna manera, todo cuanto habían vivido con sus padres, lo que implicaba no recordar nada anterior a su muerte. La mente había actuado de semejante manera como un mecanismo de defensa. El dolor sufrido en aquellos momentos bloqueó sus cabecitas haciéndoles empezar de nuevo. Por eso, Alejandra había tenido pesadillas a lo largo de su infancia y adolescencia. Esas pesadillas eran recuerdos que su cerebro quería olvidar, pero en determinados momentos eran demasiado fuertes como para obedecerle, y se mostraban y revelaban en sus sueños. Ella, a diferencia de su hermana, no lo experimentaba en sueños o por lo menos no era consciente de ellos, pero sí había olvidado por completo, anulando su vida anterior a los siete años, lo que implicaba no recordar esa casa y todo lo que hubo en ella. La traumática pérdida de sus padres de una forma tan brusca e inesperada les había afectado más de lo que se imaginaban, y presumía que esa inquietud les afectaría todavía en gran parte de su vida ¡Cómo los echaba de menos! Aunque su tía se había encargado muy bien de ellas, intentando en todo momento llenar ese hueco y que no pudieran echar en falta a sus verdaderos padres. Pero aún así, ¡cómo lo sentía! ¡Vaya si lo sentía! Una lágrima se abrió paso lamiéndole el rostro y cayó en picado en una de las páginas de la libreta. Sara, con sumo cuidado, intentó secarla. No quería que tales hojas sufrieran el menor deterioro.



Capítulo 11

La cálida noche plagada de estrellas era testigo de los cientos de personas que, agrupados y sentados en el suelo, contaban los minutos hasta poder ver a su patrona: la Virgen de los Desamparados o también llamada cariñosamente *geperudeta*. A medida que pasaban las horas, el gentío aumentaba en número llegando a convertirse en miles. Un ligero murmullo se mecía en el aire y los valencianos y visitantes llenos de fe y devoción por *La Mare de Déu dels Desamparats*, que esperaban a que amaneciera para rendirle homenaje.

Era tradición en Valencia que el segundo domingo de mayo se celebrara su festividad, y como cuenta la historia por allá el año 1407, el padre Jofré de la Orden de los Mercedarios, asombrado del mal trato que recibían los locos, discapacitados, niños abandonados y desamparados de Valencia, fundó una cofradía que se transformó en el primer hospital para desvalidos en el mundo. La tradición relata que cuando los miembros de la cofradía todavía no tenían imagen o retrato de la Virgen, solicitaron al padre Jofré que se la proporcionaran. La leyenda cuenta que el clérigo hizo gestiones para complacerles entregándoles una imagen al poco tiempo, y diciendo que la habían esculpido tres peregrinos que habían llegado un día al hospital pidiendo refugio y comida. Los peregrinos pidieron que se les dejara solos en un lugar denominado *la ermita* y que nadie les molestara salvo para servirles comida y los materiales que necesitaran. El mismo padre Jofré realizó este servicio durante tres días, y en la madrugada del cuarto día, inquieto por ver como se desarrollaba el trabajo, entró en la ermita y los peregrinos habían desaparecido. Entonces dijo que la imagen había sido esculpida por los ángeles.

Eran casi las ocho de la mañana y la plaza vestía un colorido y perfumado tapiz floral junto a un improvisado altar. La gente apelotonada esperaba con paciencia y devoción la *Missa d'infants* en la que cantaban coros de diversos colegios acompañados de la orquesta municipal de Valencia. Sara y Alejandra, en compañía de Tía Rosa, esperaban ansiosas. Impresionadas, veían la multitud de gente devota con un único propósito, ver la imagen de la *Mare de Déu*.

El sonido de las nueve campanas del Miguelete volteando manualmente y anunciando el toque del alba en honor a la Virgen estremeció a la plaza. Acababa de empezar la misa y todos en silencio escuchaban y rezaban con suma atención. Sus oídos se deleitaban con la música celestial de los coros, y la plaza se vio inundada de tiernos y dulces sonidos como si estuviera invadida por centenares de ángeles. Una bandada de palomas desplegó el vuelo desde lo alto de la Basílica en señal de paz, dejando paso a los rayos del sol que empezaban a brillar anunciando un nuevo día. La emoción se hacía visible en cada uno de los presentes, sembrando la plaza de esperanzadores rezos e incontrolados sollozos.

Después de escuchar la homilía presidida por el arzobispo de Valencia, acompañado por ocho obispos y decenas de sacerdotes, mucha de la gente se dirigió hacia la puerta de la Basílica, que se encontraba cerrada esperando que se hiciera la hora acordada para poder ver la más preciada joya de la ciudad.

El ambiente estaba cargado de sensibilidad y tierno fervor. En ese momento no había diferencias de ningún tipo, de clases, de sexo, de color, todos eran iguales ante su Patrona, todos eran iguales ante su Virgen.

Cuando la sacaron en andas a la plaza camino de la Catedral, el gentío aclamaba su presencia convertido en gritos de emoción y efusivos aplausos. La gente era atrapada por un enorme estremecimiento, donde todos querían participar y colocarse en un lugar próximo desviviéndose por tocar la imagen para recibir su bendición. Las alabanzas la cortejaban durante el trayecto, cubriéndola con suaves y perfumados pétalos de flores. Varios niños eran transportados por la multitud llevándolos por encima de sus cabezas, y eran acercados al manto de la imagen para después devolverlos a sus progenitores. Sara, junto con su hermana, estaba a tan solo unos pocos metros de la Virgen. Su mayor obsesión desde hacía muchos años era tocar el manto de ésta. Poco a poco y en el transcurso del traslado habían avanzado y ganado terreno. Estaban llegando casi a la catedral y tan solo estaban a unos cincuenta o sesenta centímetros de su manto. El corazón se les salía por la boca haciendo caso omiso a los empujones y pisotones que ello conllevaba. Envueltas en sudor no perdían

la esperanza de cumplir uno de sus sueños. ¡Valía la pena intentarlo! El sol caía con ganas esa mañana de primavera sobre las miles de personas concentradas y apiñadas en el callejón del Miguelete. Las jóvenes insistían en aproximarse lo más posible. Tan solo les separaba un palmo.

—¡Sara, casi puedes tocarla! —gritó Alejandra emocionada en voz alta.

Pero a pesar de sus vanos esfuerzos las yemas de sus dedos no lograban cumplir su objetivo. Sara se estiró todo lo que pudo pero un empujón hizo que se desviara perdiendo parte de su posición, lo que provocó que se alejara unos valiosísimos centímetros. La invadió una terrible tristeza que se reflejó en su rostro al ver ya imposible su propósito. Había perdido la única posibilidad que tenía de poder acariciar el manto de su patrona. Varias lágrimas le acariciaron su rostro lleno de desconsuelo.

De repente, y sin saber cómo, los dos hombres que Sara tenía delante y que le estaban impidiendo el contacto con la *Mare de Déu* se giraron y viendo como las dos hermanas se debatían desesperadas, les dejaron aproximarse con un expresión llena de paz y serenidad.

Sara, viendo que le facilitaban el acceso y devolviéndole la sonrisa agradecida, estiró un poco más el brazo y consiguió tocar el ansiado manto de la imagen. Por un instante, sintió un ligero calor en la palma de la mano y al levantar la mirada para poder verle la cara, vio su expresión llena de compasión y misericordia. Se sintió cautivada y al mismo tiempo terriblemente conmovida. Cuando bajó la cabeza y volvió a la realidad, dejó que su hermana siguiera sus pasos para facilitarle el camino quedándose un poco atrás. Miró a su lado y tenía al hombre que le había dejado pasar sonriéndole. Por una décima de segundo, la cara del aquel amable caballero se transformó en la viva imagen de su padre. La muchacha abrió la boca para poder decirle algo, aunque vio que era imposible porque la voz no le respondía, cuando se giró para decírselo a su hermana y volvió a buscar la presencia de esa persona, vio que todo había sido una visión de su propia imaginación, aunque en su mente todavía albergaba la entrañable imagen de su padre con el cuerpo de aquel señor tan cortés, gracias al que había podido cumplir uno de sus anhelados sueños.

El restaurante estaba lleno a rebosar y la algarabía de la gente no dejaba escuchar ni a los propios acompañantes. El olor a cocina infestaba el lugar. A otras horas, hubiera resultado molesto, pero en cambio, a las tres de la tarde era el perfume más apetitoso y estimulante que su olfato y sus estómagos podían soportar. Gracias a Lluís habían conseguido una mesa para cuatro y sentados en la terraza, disfrutaban de los cálidos y suaves rayos del sol en espera de saciar su apetito. El sueño y el cansancio se reflejaban en sus caras. Apenas habían podido dormir un par de horas en toda la noche con el ajetreo de la Virgen, pero no les importaba, ya tendrían tiempo de hacerlo. Había sido un fin de semana lleno de sensaciones nuevas, aunque todavía les quedaba la tarde del domingo. Después de ducharse y relajarse tras el traslado de la Virgen, y unirse con Lluís, habían regresado de nuevo al piso de la calle Navellos.

—Tú tampoco has pegado ojo, ¿verdad? —le preguntó Sara a su vecino viendo las pronunciadas ojeras.

—No mucho… el garito estaba a reventar —contestó Lluís con una dulce sonrisa.

—Mira la parte positiva… —añadió Alejandra mientras daba un trago al vermut. Eso es bueno para el negocio.

Tía Rosa les escuchaba algo más relajada. La emoción vivida en las últimas horas le había estremecido hasta las entrañas, y no había podido evitar reprimir las lágrimas mientras Sara relataba su inolvidable experiencia al tocar el manto de la *Mare de Déu*. Aún se le erizaba el vello al recordarlo, y más imaginando la cara de su cuñado reflejada en el rostro de aquel bondadoso hombre.

—¿Y qué me decís de las anotaciones de la libreta? —preguntó el joven curioso—. ¿Habéis sacado algo en claro?

—Nada de nada… y mira que no consigo quitármela de la cabeza —contestó Sara sacándola de su bolso y hojeándola.

—Lo que más me llama la atención es la frecuencia con la que aparece el número doce —continuó Sara repasando cada página—. Es rara la hoja en la que no está.

En sus mentes vagaba esa cifra sin ton ni son. Estaba claro que les quería decir algo… ¿pero el qué? Doce…

Tía Rosa estaba pensativa, y rompiendo el silencio dijo:

—¿Qué puede significar? Que yo conozca. Son doce los meses del año y muchos artículos se compran por docenas.

—En efecto —prosiguió Alejandra—. Al igual que son doce las horas

diurnas y doce las horas nocturnas.

—También son doce los signos del zodiaco —añadió Sara.

Los demás asintieron y fue Lluís quién tomó la palabra:

—El número doce… es el número solar por excelencia y una constante en la cultura mediterránea.

—Son doce, las estrellas amarillas de la bandera de la Unión Europea —prosiguió Alejandra.

—Y las uvas de Nochevieja —dijo Sara sonriendo.

—Y doce son los Apóstoles —siguió Tía Rosa con el juego—. Aquello parecía un acertijo.

—Al igual que el número atómico del magnesio sigue siendo el doce, —añadió Sara— y el número pentagonal también.

—También son doce —continuó Lluís de carrerilla— los representantes de las tribus de Israel, y doce las puertas de la Jerusalén Celeste.

Las tres mujeres se quedaron mudas. Estaba claro, que así no irían a ningún sitio. Eso se había convertido en un verdadero cachondeo.

—Si lo que andamos buscando son unas llaves. De todo lo que hemos dicho. Las puertas esas… que ha comentado Lluís es lo que más sentido tiene.

El camarero se les acercó interrumpiendo la conversación, sirviéndoles algo de picoteo, un *esgarraet*, unas patatas bravas, unos calamares… para que fueran calmando el hambre hasta que llegara la paella. Tía Rosa pidió una botella de agua y Lluís una de vino.

—¿Usted nunca bebe vino? —preguntó Lluís a Tía Rosa.

—Pues no… es que no me gusta. Yo soy de agua como las ranas.

Los tres jóvenes sonrieron a un tiempo.

—¡Como eres tía!… —añadió Alejandra ruborizada.

—Nos queda revisar lo que fue el despacho de papá —dijo Sara mientras pinchaba un calamar—. Además el tiempo apremia, solo tenemos esta tarde para inspeccionarlo.

—Si tenéis que quitar más papel —prosiguió Lluís con tono burlesco—, podéis hacerlo. Creo que le he cogido el tranquillo a eso de empapelar y oye… tiene su punto.

Tía Rosa lo miró complacida. Dicen que a veces las apariencias engañan… y la primera vez que lo vio en el patio de su sobrina Sara cuando les dieron las llaves del ático, y bajó con semejante perro que le dio un empujón al tiempo que un susto de muerte, le pareció un poco golfo y un desastrado. Sin embargo, cómo

había cambiado su opinión hacia él. Además de lo bien que olía siempre este chico. Sin proponérselo, se la estaba llevando al huerto, al igual que a sus sobrinas.

Después de saborear la paella y disfrutar de un postre variado, pidieron el café y la cuenta al mismo tiempo. Estaban a tan solo diez minutos del piso de la calle Navellos y todavía tenían trabajo por hacer.

Poco después entraban en la casa de nuevo. Se centraron en el exdespacho de Jorge, ahora estaba habilitado como sala de espera. Tía Rosa les dijo lo que recordaba acerca de su distribución. Señaló la posición del escritorio y Alejandra recordó el sueño que había tenido tiempo atrás, en el cual estaba sentada en el regazo de su padre al frente de ese antiguo escritorio. Todavía recordaba, a decir verdad no se le olvidarían nunca, las frases que le dijo su padre: «*¡Algún día, lo conseguiré! ¡Algún día, ya lo verás!… Alejandra, todavía eres muy pequeña y no lo entiendes… pero llegará el momento, en que tenga en mis manos, las llaves de la ciudad. ¡Ese día será grande y todos me creerán*!».

Era difícil saber qué tenían que hacer. Sin los muebles de entonces ni el escritorio, el cual siempre estaba lleno de papeles, ¿por dónde empezaban a buscar?

—¿Qué hicisteis con todos los papeles que había, tía? —preguntó Sara.

—Pues… no me acuerdo muy bien, pero se debieron de tirar. Eran tantas cosas que… —Tía Rosa por un instante se sintió culpable. Quizá en aquel momento actuó un poco a la ligera. Pero no podía llevarse todas las cosas a su casa de la calle María Cristina y las pocas que se llevó terminó tirándolas con el traslado del piso a la Avenida… del Puerto.

—Si hubiera dejado algún tipo de escondite, alguna clave o pista para poder continuar —dijo Alejandra hecha un lío.

Estaba claro que lamentándose no iban a encontrar nada. Así que llenos de fe y esperanza se pusieron manos a la obra dando vueltas y más vueltas a una habitación no muy grande, con pocos enseres: una mesa en el centro, dos sillones y varias sillas alrededor. Unos simples cuadros de paisajes, decoraban las paredes junto con el rosetón de colores a modo de ventana, que comunicaba con la exhabitación de las niñas. Lluís y Sara palpaban las paredes, Tía Rosa y Alejandra inspeccionaban el suelo por algún posible ladrillo suelto o vete a saber. Sara se detuvo frente al rosetón de colores y se aproximó a él. Era una lástima que estuviera lleno de polvo, ya que originalidad no le faltaba. ¿Qué

sentido tenía un rosetón similar al de las iglesias pero mucho más pequeño, lógicamente, en su propia casa? Y girándose a los demás preguntó:

—¿No os llama la atención este rosetón? ¿Qué pinta en esta habitación? Una extraña decoración del piso ¿no creéis?

Lluís se aproximó a él inspeccionándolo, lo siguió Alejandra y Tía Rosa.

—Ahora que lo mencionas… —añadió su tía—. Ese rosetón lo hizo tu padre. No estaba en el piso cuando lo alquilaron.

—¿Cómo?… —preguntaron sus sobrinas a un tiempo y con los ojos más abiertos de lo normal.

—¿Quieres decir que esto lo puso mi padre… y nos lo dices ahora? —preguntó Sara incrédula.

—Pues sí… —contestó Rosa disculpándose— no me acordaba de ello hasta que has preguntado, lo siento.

Por un momento la tensión invadió la estancia. Tía Rosa intentó recuperar la calma y relató lo poco que sabía.

—Solo puedo deciros que lo encargó tu padre a propósito. Como se pasaba hasta la madrugada estudiando y averiguando no se él qué, lo colocó entre la pared de su despacho y vuestra habitación para teneros controladas mientras dormíais. Aunque…

Tía Rosa se quedó pensativa por unos instantes. Estaba intentando recordar algo más.

Todos esperaban que abriera la boca para sacarles del suspense. Alejandra estuvo a punto de decirle algo, cuando su tía hizo intención de continuar.

—Ahora que me acuerdo… —se llevó la mano a la barbilla. Eso debía de refrescarle la memoria—. Los cristales los encargó mucho tiempo después. Primero hizo el dibujo y le dio forma. Más tarde el agujero y mucho tiempo después colocó los pedazos de colores. ¡Eso es! Me acuerdo, porque yo me cachondeaba y le gastaba bromas al respecto.

—Pero es un poco raro —continuó Alejandra—. Si realmente era para controlarnos podía haber colocado una ventana normal y corriente.

—Tengo que deciros que vuestro padre era muy buena persona y quería a mi hermana y a vosotras con delirio. Hubiera dado su vida por vosotras tres. Pero en algunos aspectos era un poco raro… o quizá, yo no lo llegué a comprender nunca. Mi hermana lo entendía a la perfección y lo apoyaba en todo —su tono era de admiración, casi rozando la envidia—. El caso es —continuó diciendo

mientras volvía a la realidad— que encargó ese rosetón, como vosotras lo llamáis, a un cristalero especializado.

—¿Sabes por qué? —preguntó Sara intranquila, dirigiéndose a su tía. Tenía que tener algún motivo.

Lluís, la interrumpió.

—Creo que tienes razón, Sara.

Tía Rosa se les adelantó:

—Efectivamente —continuó Rosa orgullosa de su memoria—, lo encargó fijándose en una iglesia específica.

Los tres jóvenes se quedaron mudos y atentos.

—La iglesia de los Santos Juanes —terminó de decir Tía Rosa.

—¿No es esa la iglesia que está enfrente de La Lonja y al lado del Mercado Central? —preguntó Sara.

—Sí, así es —contestó Tía Rosa—. En esa iglesia fue donde se casaron vuestros padres. Recordad que nosotras vivíamos al lado.

—Lo cual quiere decir que posiblemente no tuviera ningún motivo específico, simplemente que le recordaba a su feliz matrimonio —prosiguió Lluís algo decepcionado.

—Si eso es así —dijo Sara desconsolada—. Estamos como antes… sin nada en absoluto.

—De todas formas no está de más que le echemos un vistazo a esa iglesia de los Santos Juanes —terminó de decir Alejandra sin perder un ápice de esperanza.

Los demás asintieron.



Capítulo 12

La clase estaba en silencio. Sara intentaba, al igual que sus alumnos, tomar conciencia sintiendo sus cuerpos y eliminando todo tipo de tensión. Empezaron por aflojar el cuello, los hombros y así fueron descendiendo poco a poco. Todos obedientes, escuchaban su dulce tono de voz. Ello les hacía sentirse bien. Disfrutaban de ese espacio de tiempo. Un tiempo que les permitía poder desconectar absolutamente de todo, del trabajo, de la casa, de los niños, del estrés diario, recuperando su equilibrio y armonía.

Alejandra se encontraba entre ellos. Su hermana todavía no daba crédito a tenerla delante haciendo los ejercicios que ella misma le iba indicando. Habían transcurrido tres días desde que entregaran las llaves al comercial de la inmobiliaria del piso de la calle Navellos. Por suerte, Lluís se había esmerado con el papel y las paredes habían quedado de lujo. Después de la clase y aprovechando que era el día libre de Alejandra, irían los tres a visitar la iglesia de los Santos Juanes. La curiosidad les hervía por dentro y les había creado una especie de adicción. Solo pedían conseguir otra pista para poder seguir adelante.

Era la una del medio día cuando las dos hermanas entraban por la calle San Vicente para desembocar en María Cristina. Aparcar por allí era un sueño imposible y más en hora punta. Así que decidieron buscar un *parking*, ya que sería lo más rápido y eficaz.

A los pocos minutos, estaban frente a la iglesia de los Santos Juanes. El móvil de Alejandra empezó a sonar.

—Sí, dígame… de acuerdo. Te esperamos en la puerta.

—¿Es Lluís? —preguntó Sara.

—Sí, está a punto de llegar.

Mientras esperaban dejaron que los rayos del sol les acariciaran, paseándose y curioseando la fachada y alrededores. La parroquia estaba situada en un sitio clave, frente a la Lonja de la Seda y junto al Mercado Central. Fue construida sobre una antigua mezquita en 1240. Su origen era de estilo gótico y su estructura típica valenciana, con una gran nave única y las capillas entre los contrafuertes. Varios incendios obligaron a reedificarla de nuevo. En el siglo XVII y comienzos del siglo XVIII adquirió una forma barroca, quedando de su estructura gótica la nave y el gran óculo cegado. De la fachada que da a la plaza del mercado, destacaba, entre otras, la escultura central de la Virgen del Rosario. Sobre ella se encontraba la torre del reloj, franqueada por los dos Santos Juanes: San Juan Evangelista y San Juan Bautista. En lo alto de la fachada se encontraba la veleta conocida como *el pardal de Sant Joan*.

Las dos hermanas admiraban la fachada de la parroquia. Algo en la parte inferior les llamó la atención. Tenía como una plataforma elevada parecido a una tribuna. Bajo ésta había unas pequeñas habitaciones llamadas *covachuelas o casillas de San Juan*. Eran semisótanos en los que antaño se ubicaban chatarreros y tiendas de viejo. Ahora, cerradas desde hacía mucho tiempo, estaban en un estado verdaderamente lamentable. Lluís llegó por detrás sorprendiéndolas.

—Casi no llego. Entre el tráfico y una reunión a última hora… —su respiración era más agitada de lo normal.

—Tranquilo… —dijo Sara—. ¿Entramos?

La nave estaba en penumbra y el cambio brusco de luz hizo que sus pupilas se dilataran. La temperatura era unos grados inferior y Alejandra se frotó los brazos sintiendo un escalofrío. Estaba prácticamente vacía, salvo dos beatas arrodilladas en uno de los primeros bancos. Sara se untó el dedo corazón en la pila de agua bendita y se santiguó. Alejandra la imitó.

Era la primera vez que ponían los pies en esa iglesia. Les pareció preciosa. Tenía una desbordante decoración barroca. Por un instante, se imaginaron a sus padres vestidos de novios en el altar, contrayendo matrimonio. A pesar de necesitar una restauración urgente, sus adornos eran de tal magnitud que invadía toda la atmósfera de la nave una sensación de grandeza y, al mismo tiempo, de humildad. La bóveda estaba adornada con frescos del artista Antonio Palomino. Ahora, tras el último incendio de 1936 eran dominados en su mayor parte por un color negruzco producido por el hollín del humo y el paso del tiempo, dejando

entrever los dibujos sobre los pasajes de la Biblia y el Apocalipsis. Sentados en uno de los bancos, los tres jóvenes intentaban localizar el posible rosetón que adornaba la pared del despacho de Jorge. Aparentemente, no existía ninguno en toda la iglesia o, por lo menos, ellos no eran capaces de encontrarlo. Sara empezó a contar una serie de figuras de escayola, casi a tamaño natural, situadas alrededor de la nave central, y colocadas sobre unos pedestales. Eran doce, ese número ya le hizo ponerse en guardia. Al principio, pensó que serían los Apóstoles. Estaban ubicadas al pie de cada una de las divisiones de las capillas laterales en los grandes pilares, y bajo de ellas, sus nombres. Empezó a leerlos en voz baja: Rubén, Simeón, Levi, Judá, Isajar, Zebulun, Dan, Neftalí, Gad, Aser, José, Benjamín. Sus sospechas se esfumaron. Esos nombres no correspondían a los Apóstoles. Pero… ¿quiénes eran? Discretamente le preguntó a Lluís.

—¿Sabes quienes son esas figuras? —dijo mientras las señalaba.

Lluís, necesitó pocos instantes para adivinar de quién se trataba.

—Son los doce hijos de Jacob —contestó en voz baja y muy seguro de lo que decía.

—¿Los hijos de Jacob? —preguntó Alejandra.

Lluís asintió sin más explicación. Su vecina pensó que estaba muy enterado en todo lo relacionado con lo eclesiástico. Por un momento, se le pasó por la cabeza la idea de que quizá hubiera sido monaguillo en su niñez.

El retablo mayor era sencillamente majestuoso, constaba de dos cuerpos en madera policromada y dorada, con una hornacina central albergando la imagen de la Inmaculada. A ambos lados, las de San Pedro y San Pablo. El cuerpo superior lo componía la imagen del cuerpo de Cristo en la cruz. En los extremos del retablo y sobre sendas repisas, se encontraban en amplias hornacinas San Juan Evangelista con un águila representando su visión mística elevada, y San Juan Bautista con un cordero.

Se levantaron y se dirigieron hacia la capilla. Era pequeña pero muy adornada. Dominaba el oro por todos los rincones y la bóveda con dibujos geométricos y pinturas de la biblia. Después de recorrer la iglesia de nuevo, salieron a la calle por la puerta principal, en la Avenida del Barón de Cárcer. Avanzaron unos metros para poder ver la fachada con más perspectiva. Arriba de la entrada había un círculo gigante cubierto de palomas.

—Eso es lo único redondo que hemos visto en toda la iglesia —dijo Alejandra señalándolo. Y lo más parecido a un rosetón, si se puede llamar así.

—No vas descaminada —añadió Lluís—. Que sepáis que antes de venir, yo he hecho mis deberes —su tono era de puro sarcasmo.

Las dos muchachas se miraron con una sonrisa.

—Muy bien… ¿qué has averiguado? —dijo Sara impaciente.

—Como bien ha dicho tu hermana, es lo más parecido a un rosetón porque estaba concebido para ser un rosetón, pero debido a la magnitud de su diámetro y temiendo que no fuera seguro, no se atrevieron, por lo que quedó como un óculo cegado; lo llaman *la O de Sant Joan*.

—Un rosetón sin terminar. Al igual que la búsqueda de mi padre… es curioso —dijo Alejandra con nostalgia—. Claro… —sus ojos se iluminaron—. ¿Acaso no recordáis lo que comentó Tía Rosa?

—Sí —dijo Sara con una pequeña luz en la mirada.

Lluís no entendía nada en absoluto.

—Os importa explicármelo.

—Mi padre, primero dibujó el rosetón en la pared y le dio forma —continuó Alejandra—. ¡Y ahí lo tenemos! —dijo señalando el óculo cegado que había en la fachada de la iglesia—. Más tarde, hizo el agujero y al final lo rellenó de cristales de colores.

—Y… ¡no veo qué quieres decir! —dijo Lluís con incertidumbre en la cara.

—Pues que lo tuvo parado hasta que encontró un camino a seguir, y entonces lo abrió y después cuando dio con la clave, lo terminó —concluyó Sara.

—¿De verdad lo creéis? —preguntó Lluís un poco incrédulo.

—¡Pues no sé!… —dijo Alejandra—. Ya me has hecho dudar. Pero creo que estamos en el buen camino. Llámalo intuición femenina.

Lluís lo dejó pasar. Con la intuición femenina no quería jugar ya que siempre salía escaldado.

Alejandra dio unos pasos hacia delante aproximándose a un pequeño jardín. En el centro había un busto de piedra. Se quedó helada al leer la inscripción.

Mientras tanto, Lluís y Sara continuaban hablando, ignorando la sorpresa de su hermana.

—¿Qué me dices de los doce hijos de Jacob? —preguntó Sara dirigiéndose a su querido vecino.

—Pues que precisamente ellos son los doce representantes de las tribus de Israel —añadió Lluís.

—¿Quieres decir que tienen algo que ver con las doce puertas de la Jerusalén Celeste que comentaste hace unos días? —preguntó Sara desconcertada.

—Por supuesto. Anoche estuve sacando información de Internet. De hecho tengo unos apuntes en mi casa. Me gustaría enseñároslos y es posible que saquemos algo en claro.

De repente, Alejandra llamó a su hermana con una voz congestionada. Ésta se acercó a su lado.

—¿Te has fijado en ese busto?

Sara lo observó durante unos segundos y luego miró a su hermana. No tenía palabras.

—¿Crees que será otra señal? —preguntó Sara.

—Estoy segura.

Lluís, estaba mudo e intrigado. No tenía ni idea a qué se referían.

—Si no es mucha molestia. ¿Os importaría ponerme al día? —dijo en tono casi de suplica.

—¿De quién es el busto que tienes delante Lluís? —preguntó Alejandra.

Éste leyó en voz alta y con tono de sarcasmo añadió:

—De Lluís Vives. ¡Se llama como yo!

—No seas egocéntrico —añadió Alejandra malhumorada.

—Perdona… pero no veo la relación —su tono era de verdadera disculpa—. Me he debido perder algo.

—Lluís Vives era el instituto donde mi padre dio clases de Historia durante diez años —explicó Sara.

—De verdad… ¿pensáis que puede ser una señal? —preguntó el joven.

—No cuesta nada visitar el colegio. Tal vez algún antiguo profesor lo recuerde y nos pueda ayudar en algo —continuó Sara.



Los rayos del sol se disipaban por el oeste dejando paso al crepúsculo. Sara había terminado la consulta más tarde de lo habitual y se dirigía a casa. Hoy no estaba de muy buen humor. Sus pacientes le habían contagiado la nostalgia y el desanimo. Ella que era una persona positiva y fuerte e intentaba estar siempre al margen de cualquier problema de los demás. Ahora se sentía vulnerable. El tema de su padre la estaba afectando mucho más de lo que creía. Saber que se fue sin conseguir su meta en la vida, aparte de formar una familia, le estaba carcomiendo por dentro. La incertidumbre de no saber qué estaba buscando y

que cuando lo encontrara si es que de verdad llegaba a conseguirlo alguna vez, ¿qué pasaría después? Estaba hecha un verdadero lío. Había quedado con su hermana y con Lluís en cenar una *pizza* en casa y hojear los apuntes que éste había sacado de internet. No estaba con ganas de revisar papeles esa noche. Pero procuraría no ser maleducada. Solo quería acostarse pronto y descansar. Llevaba varias noches que no conseguía dormir lo necesario y eso le estaba alterando el estado de ánimo. Ya ni tan solo podía concentrarse y entrar en la relajación que tan acostumbrada estaba a hacer.

Bajó del autobús en Guillem de Castro. A tan solo unos metros, se alzaban las Torres de Quart. Por una décima de segundo las recorrió con la mirada. Pensó en el dibujo que su padre le había hecho cuando era niña, en la cabecera de su cama. Eran las torres que tenía delante de ella. ¿Qué era lo que le quería decir? ¿Qué significado tenían para su padre? ¿Se las dibujó sólo porque eran Monumentos Históricos de Valencia y de ahí su afán por la Historia, o realmente, había algo más escondido que no terminaban de descifrar? Siguió caminando con la mente colapsada de preguntas sin respuestas. Levantó la vista en el momento en que pasaba a través de ellas. En uno de los bancos de piedra, un hombre hablaba solo en voz alta y acompañado de una botella. Agudizó la vista y reconoció que era Pepe, el hombre que le asustó al poco de instalarse en su piso. Había tenido varios encuentros fortuitos con él y siempre estaba borracho. Pensó… ¡qué pena de hombre! En el fondo parecía buena persona. ¿Qué le habrá llevado a terminar así? ¿Habrá sido por vicio o simplemente por un cúmulo de mala suerte? ¿Hasta dónde puede llegar la fuerza o la paciencia y resistencia de un hombre, para perderse de semejante manera? Cuando entró en el portal camino de su casa, en su cabeza no cabían más preguntas, estaba totalmente embotada. Mientras esperaba el ascensor, oyó como la cerradura del portal se movía. ¡No se lo podía creer! Su vecina Elisa intentaba entrar en el patio. ¡Hasta donde le llegaba la mala suerte! En ese preciso momento no estaba para muchas conversaciones superfluas. El ascensor llegó en el mismo instante que su habladora vecina se entretenía con alguien que pasaba por la calle. Sin pensarlo dos veces subió rápidamente.

Alejandra ya estaba dentro. Había preparado una mesa para tres y había encargado una *pizza* familiar. Sara pensó qué otro día más con comida basura. Estaba claro que hoy no le cuadraba nada. Suerte que el día estaba terminando. Mañana ya veríamos…

Sara se había puesto cómoda cuando sonó el timbre. Ésta se dirigió a la

puerta. No había terminado de abrirla cuando algo se le abalanzó a la altura de la cadera.

—Thor… ¡qué susto me has dado! —dijo mientras le acariciaba la cabeza.

—No he podido dejármelo —dijo Lluís en tono de disculpa—. Es como si hubiera adivinado que venía a vuestra casa. Ha salido al rellano y no quería entrar.

—Sabes que en esta casa sois bien recibidos los dos —dijo Sara con una sincera sonrisa.

Sentados los tres jóvenes a la mesa como buenos amigos, dieron buena cuenta de la *pizza* y unos helados. Thor, obediente, estaba tumbado en el suelo y los miraba con atención. Lluís cogió una carpeta y empezó a desplegar folios y más folios. Por suerte Sara se había despejado. Tenía la mente abierta a cualquier explicación. Alejandra dejó una bandeja con tres cafés encima de la mesa, y la cafetera por si la cosa se alargaba demasiado. Lluís empezó a organizar sus apuntes. Las dos mujeres lo observaban por su cuenta, aunque sus pensamientos eran muy similares. Se le veía muy organizado y meticuloso en el tema de trabajo. No les extrañaba nada que ocupara un alto cargo en la empresa. Estaban seguras de que se lo merecía y lo desempeñaría a la perfección. Además de ser bastante atractivo y oler como los propios ángeles, parecía muy inteligente. Iba vestido con un vaquero, una camiseta de algodón y unas chanclas, pero aún así no perdía el menor atractivo.

Lluís levantó la cabeza después de organizar sus papeles y vio como sus vecinas lo observaban.

—¿Nadie me va a ofrecer un café?

Alejandra le acercó una de las tazas junto con el azúcar.

—Gracias —dijo con una dulce sonrisa.

—¿Qué has encontrado que pueda ser de interés? —preguntó Sara.

—Esta mañana me has hecho una pregunta y tenía parte de la contestación. Pero antes de subir he averiguado algo más. Es bastante interesante y posiblemente nos aclare muchas dudas.

—Pues empieza ya, por lo que más quieras. Nos tienes con la miel en los labios —prosiguió Alejandra impulsiva.

Lluís empezó con su explicación:

—Las doce estatuas que hemos visto en la iglesia de los Santos Juanes son los doce hijos de Jacob. Que quiere decir que son los representantes de las doce tribus de Israel.

—¿Te importaría ser un poco más explicito? —añadió Alejandra mientras le daba un sorbo al café.

—¿Conocéis el Apocalipsis? —preguntó Lluís.

—Poca cosa.

—Imagino que sabréis —continuó Lluís— que el Apocalipsis es el último libro revelado del Nuevo Testamento. Es de carácter profético y significa revelación. El número doce es el número sagrado en el pueblo de Israel. Jerusalén representa un espacio sagrado. Es el lugar de los elegidos, la ciudad santa por excelencia fundada por el rey David en el monte Sión. En el Apocalipsis se describe como Jerusalén nueva, Jerusalén futura, Jerusalén celeste. Son tres términos sinónimos para hablar de la Ciudad Santa. Os voy a leer un pasaje del Apocalipsis 21:9 de San Juan. Dice así:

> *«Me llevó en el Espíritu a un monte grande y alto y me mostró la gran ciudad, la Santa Jerusalén que desciende del cielo de parte de Dios…».*
> *«Alrededor de la ciudad había una muralla grande y alta, con doce puertas, y en cada puerta un ángel; en las puertas estaban escritos los doce nombres de las tribus de Israel».*
> *«Tres puertas daban al este, tres al norte, tres al sur y tres al oeste».*
> *«La muralla de la ciudad tenía doce piedras por base, en las que estaban escritos los nombres de los doce Apóstoles del Cordero».*
> *«El ángel que hablaba conmigo llevaba una caña de oro para medir la ciudad, sus puertas y la muralla…».*
> *«La muralla estaba hecha de diamante y la ciudad de oro puro, como vidrio pulido. Las piedras de la base de la muralla estaban adornadas con toda clase de piedras preciosas: la primera, con diamante, la segunda, con zafiro, la tercera, con ágata, la cuarta, con esmeralda, la quinta, con ónice, la sexta, con rubí, la séptima, con crisolito, la octava, con berilo, la novena, con topacio, la décima con crisoprasa, la undécima, con jacinto, la duodécima, con amatista».*
> *«Las doce puertas eran doce perlas…».*

Después de leer los pasajes dejó los papeles a un lado, cogió la taza de café y le dio un largo trago. Observó la cara de sus vecinas. Éstas estaban pensativas y al mismo tiempo algo confusas.

—¿No vais a decir nada? —preguntó al fin.

Fue Sara quien habló primero.

—Nos has mostrado como San Juan veía la ciudad de Jerusalén. Por un momento, se me han puesto los pelos de punta. Pero al mismo tiempo… lo he visto más o menos claro. Mi padre, según nos comentó Tía Rosa, estaba obsesionado con la ciudad de Valencia. Leía todo lo relacionado con ella y además todo respecto a su historia. Da la casualidad de que Valencia, como muchas otras ciudades, también tenía una muralla, lo que no sé es cuantas puertas tenía exactamente —miró a Lluís y éste le sonrió—. No me digas que también tenía doce puertas —este asintió con la cabeza. ¡No se lo podía creer!

—Eso explicaría los dibujos de nuestra habitación —dijo Alejandra emocionada—. Las Torres de Serrano y las Torres de Quart eran dos de las principales puertas de la ciudad cuando ésta estaba amurallada, y las únicas que permanecen hoy en pie. ¡No puedo creerlo!

—Me alegro mucho de que lo hayáis visto tan claro —añadió Lluís—. Lo cual quiere decir, que esas doce llaves… corresponden a las doce puertas de la antigua muralla cristiana de Valencia.

Una enorme sonrisa se dibujó en sus caras…

Acababan de dar con la clave. Pero aún les quedaba mucho camino por recorrer. Eso solo era el principio de una larga búsqueda. Las dos jóvenes estaban realmente emocionadas. Alejandra llena de congoja y de nostalgia recordó las frases que su padre le pronunció en sueños, e inconscientemente las enumeró en voz alta:

—*«Algún día lo conseguiré». «Algún día, ya lo verás». «Alejandra, todavía eres muy pequeña y no lo entiendes, pero llegará el momento en que tenga en mis manos las llaves de la ciudad». «Ese día será grande, y todos me creerán».* Con los ojos empañados y apenas, sin poder hablar dijo: —¡Yo te creo papa! ¡Yo te creo…!



Capítulo 13

El tráfico era infinito y el sonido de los cláxons y de los frenazos de los coches se unían al murmullo de la gente, formando una atmósfera cargada de ruidos. Las calles estaban apelotonadas de personas andando sin preocuparse de quién tenían a su lado. Caminaban deprisa porque esta sociedad nos había llevado a actuar de semejante manera. El día era propicio para a ello con una agradable temperatura. Rosa esquivaba a las personas que pasaban por su lado y, parada frente al Mercado Central, no se cansaba de admirar su fachada. Estaba sorprendida de la afluencia de gente que entraba y salía ¡Cómo había cambiado en todo este tiempo! Si la memoria no le fallaba, hacía más de quince años que no pisaba esa zona. Cuando se trasladó a la Avenida del Puerto intentando recomponer su vida de alguna manera, quiso borrar de su mente todo lo que le recordara a su antiguo novio, Miguel Roselló. Y de hecho casi lo había conseguido. Aunque eso era lo que ella había creído. Intentaba engañarse, a sabiendas, de que nunca le olvidaría. De que una parte de ella lo buscaba, lo ansiaba. Deseaba en lo más profundo de su ser volver a escuchar su voz, volver a estar entre sus brazos, volver a sentir sus besos. Claro que después de veintitrés años, su aspecto ya no era el mismo. Su cuerpo se había deteriorado. Sus pechos se habían descolgado, sus carnes ya no estaban prietas como antaño y su cara y cuello, delataban que había entrado en los cincuenta. Rosa intentó animarse en su interior. No era de las que se dejaba amedrentar con cualquier cosa y era valiente por naturaleza, de hecho, lo había tenido que demostrar en muchas ocasiones a lo largo de su vida. Sabía que a pesar de todo ello, estaba de buen ver. Eran muchos los hombres que la seguían halagando, y eran muchos a los que había rechazado. Ahora se preguntaba, ¿por qué? ¿Por qué había rechazado

a todos? ¿Por sus sobrinas? No… sabía que eso era una excusa a la que ella se aferraba. Había habido algún pretendiente que posiblemente le hubiera hecho feliz. ¿De veras?, se preguntaba en lo más profundo. Sí, de puertas hacia fuera. Pero no hubiera sido feliz en su interior. Y eso era lo que más le importaba, que en todo momento había seguido sus convicciones y nunca había sido falsa, ni engañosa. Después de contarles la historia con pelos y señales a sus sobrinas, había vuelto a avivar esa pequeña llama que estaba como apagada en su corazón. Desde que habló con ellas hacía casi un mes, sacando a la luz a su antiguo novio, no lograba quitarse a Miguel de la cabeza. ¿Por qué nunca le contesté las cartas? Se preguntaba. ¿Por qué me cerré las puertas sin darle ninguna esperanza? ¿Qué habrá sido de su vida? ¿Estaría casado y habría formado una familia? Dios mío, cómo se atormentaba. Mientras sus sobrinas habían vivido con ella, había estado ocupada y tenía ciertas responsabilidades que no le dejaban pensar más de lo necesario. Pero ahora se habían independizado, aunque fueran a visitarla a menudo. Ahora, se veía sola… Cada mañana antes de levantarse, se autoconvencía de que debía volver a visitar su antiguo barrio. Debía volver al Mercado Central, recorrerlo, y vivir momentos pasados. Aunque por otra parte, ella misma se desmentía. ¿De qué serviría? Esa mañana y sin pensarlo dos veces se había armado de valor, se había arreglado, había cogido el autobús y allí estaba, en la acera de enfrente del Mercado Central. Dudó en entrar o dar la vuelta. No estaba dispuesta a retroceder. Durante todos esos años se había negado rotundamente a revivir el recuerdo que para ella suponía recorrer esas calles, pasear por los puestos del mercado, y hacer emerger la imagen de Miguel. Pero ya era hora de madurar en ese aspecto, y además sabía que si no lo hacía en ese momento, no sería capaz de hacerlo nunca. Al fin, respiró hondo, se colocó el bolso sobre el hombro y cruzó la calle camino del mercado. Había varios puestos situados fuera, vendiendo paellas de todos los tamaños, botas de vino, cerámica, y *souvenirs* de falleras y postales. Una sonrisa de satisfacción ante su crecida fortaleza camufló su nerviosismo interior al encontrarse de nuevo como en casa, dio unos pasos, y rebosante de dignidad, subió los escalones de piedra.

El Mercado Central era de estilo modernista. Tenía una superficie de más de ocho mil metros cuadrados, albergando dentro de su estructura metálica 959 puestos, se consideraba uno de los más grandes de Europa a cubierto. Las bellísimas vidrieras que lo rodeaban dejaban entrar la luz mezclada de atractivos colores, anegando todo su interior. La gran cúpula central coronada por una

veleta en forma de cotorra simbolizaba el bullicio de la gente que realizaba sus compras.

El laberinto de pasillos, la multitud de colores y olores diferentes, refrescaron poco a poco la memoria de Rosa. Avanzó unos metros algo despistada intentando recuperar parte de la memoria. Se percató de los cambios efectuados en todos estos años. Se detuvo e intentó orientarse. Un hombre detrás de un mostrador lleno de perfumados melocotones le dijo:

—Guapa, ¿te pongo melocotones? Son dulces y sabrosos.

Tía Rosa le miró sonriéndole y por instante se quedó mirándolo sorprendida.

—¡Paco! Paco Herrera. ¿Eres tú? —dijo llena de dudas.

—¡Por lo clavos de Cristo! No me digas que eres Rosa, la hija de Antonio —el hombre estaba realmente sorprendido y, saliendo de detrás del mostrador, la abrazó—. Pero… ¿cuánto tiempo hace que no vienes por aquí? ¡Porque si has venido y no has sido capaz de pasar a saludarme no te lo perdonaré nunca!

—Pues más de quince años, Paco —dijo ella con tristeza, viendo que el tiempo se le escapaba de entre las manos.

—¿Qué tal tus sobrinas? Estarán hechas ya unas mujeres.

—Desde luego que sí, y ¿cómo está Pilar?

—Tu querida vecina Pilar y yo… hace cinco años que nos separamos. Lo nuestro no iba muy bien últimamente. Vendimos el piso de María Cristina. Yo me quedé con la parada del mercado, y ella se abrió una tienda en la calle de En Sanz.

—Vaya, no lo sabía. Lo siento —Tía Rosa estaba profundamente dolida. Todavía recordaba el día de su boda, cuando invitaron a todos los vecinos a la ceremonia.

—¡Oiga, que no atiende a la gente! —dijo una voz femenina quejándose.

—¡Voy enseguida! —contestó Paco—. Te dejo que tengo que trabajar. Me ha alegrado mucho verte —su voz parecía muy sincera—. La clientela me reclama —dijo satisfecho del fruto de muchos años de esfuerzo—. Cuando vuelvas por aquí, pásate y te invitaré a un café.

—De acuerdo —dijo Rosa alegrándose del encuentro.

Siguió caminando dejándose llevar y perdiéndose por aquellos serpenteantes pasillos. El reencuentro con alguien conocido le inspiró seguridad en sí misma. Se sentía como en casa, como si el tiempo se hubiera detenido. Sus ojos se deleitaron viendo surtidos de magnificas frutas de primera calidad. Calabazas asadas, frescas y tiernas verduras. Salazones y olivas de multitud de variedades,

frutos secos de todas las clases, y montañas de especias, pimentón, azafrán. Era algo maravilloso. Afinó el olfato y el oído. Los variados aromas le hicieron recordar cuando veintitrés años atrás conoció a Miguel en aquel mismo lugar. Cuando le abordó educadamente ofreciéndose a llevarle las bolsas y le regaló el ramo de margaritas, y ella, halagada… no pudo resistirse. ¿Que habría sido de su vida si se hubiese casado con él y se hubiera trasladado a Noruega? ¿Si su madre no hubiera estado enferma y su hermana y su cuñado no hubieran fallecido en el accidente? Eso era algo que nunca sabría. Ése era el camino que había decidido tomar, con todas las consecuencias posibles. Era ya demasiado tarde para dar la vuelta y mucho menos para andar con lamentaciones. Mientras caminaba con los pensamientos hechos un ovillo, llegó a los puestos del pescado. Las anguilas vivas se revolcaban por el lecho de hielo, acompañadas de sardinas, truchas, pescadillas, etc. Las gambas, sepias, centollos, navajas, almejas y demás marisco, lucían brillantes junto a manojos de perejil. Rosa se detuvo en varios puestos comprando algunas cosas que necesitaba. Cada vez se alegraba más de haber tomado la decisión de volver. Siempre había disfrutado comprando allí, y ahora, volvía a sentir la misma satisfacción. Después de recorrer los pasillos cargada con varias bolsas y perderse entre ellos, decidió regresar a casa. Salió por la puerta de la plaza del Mercado y se dirigió hacia la calle María Cristina, quería volver a ver la fachada de su antigua casa. Se detuvo frente a ella y, observó lo que fueron sus balcones y ventanas. ¡Qué gratos recuerdos le traían a la mente! Minutos después, se alejó de allí llena de nostalgia en busca del autobús. Se hizo la firme proposición de que como ahora disponía de mucho más tiempo libre, acudiría al mercado una o dos veces por semana, aunque no tuviera necesidad de comprar nada.



Eran las cinco de la tarde y fin de la jornada escolar. Los niños y jóvenes atascaban los pasillos del instituto Lluís Vives situado en la calle Játiva. Un escandaloso griterío mezclado de risas de estudiantes inundaba el espacio. Alejandra retomó sus años de juventud, y sonriente esquivaba a los chavales e intentaba avanzar hasta el despacho del director. Había concertado una cita por teléfono con él, aunque no sabía muy bien como se iba a desarrollar la conversación. Confiaba en su buena mano como periodista. Solo que éste no era

un simple artículo para su revista, era algo más, y además personal, lo cual hacía que de alguna manera se sintiera vulnerable. Ansiosa, llamó a la puerta en la que leyó sobre una placa de metal: Vicente Martí, Director. Una voz grave y con autoridad, se oyó al otro lado:

—¡Entre!

Alejandra, respiró hondo y abrió la puerta quedándose educadamente en el umbral.

El director hizo un gesto para que tomara asiento y ella le obedeció sin rechistar.

—Buenas tardes —articuló cohibida sintiéndose ignorada.

El hombre situado frente a ella y sentado en su mesa de despacho apenas levantó la cabeza en actitud de indiferencia, y continuó con unos papeles que tenía entre manos. Alejandra pensó que no empezaba con buen pie y, simplemente se limitó a estudiarlo discretamente. Tendría unos cincuenta y tantos años. Pelo blanco y muy poblado. Su expresión era de preocupación. Por un momento pensó que su padre podría tener aproximadamente esa edad. Mientras lo observaba apreció como el caballero amontonaba los papeles, aparcándolos en un extremo de la mesa y, con las manos cruzadas como si fuera a rezar le dijo:

—Muy bien, señorita Ferrer ¡Usted dirá!

—Ante todo quisiera agradecerle que me haya recibido tan pronto. Imagino que será una persona muy ocupada. Como le comenté por teléfono necesito cierta información y, posiblemente usted me pueda ayudar.

—¿De qué se trata? Me comentó… que era periodista. ¿No?

—En efecto. Aunque si hoy estoy aquí no es por mi trabajo, el motivo es personal.

—Adelante… pregunte entonces.

—Necesito información sobre un profesor de Historia que trabajó en este instituto durante diez años —Alejandra hizo una pausa. Tenía la boca seca—. De esto hace veintitrés años.

—No pretenderá que recuerde quién trabajaba aquí hace tanto tiempo —su tono se estaba volviendo un poco grosero—. Tenga en cuenta señorita que son muchos años, y por estas aulas han pasado decenas y decenas de docentes.

—Me lo imagino —dijo en tono de humildad. Le acababa de dar una negativa sin tan siquiera preguntar de quién se trataba. Pero aún así no se daba por vencida. Era terca como su padre—. Posiblemente haya todavía algún

profesor que trabajara con él y que lleve esa misma antigüedad. Tal vez, si hablo con él podría…

La voz del director no le dio opción a continuar.

—¡Yo mismo llevo treinta años trabajando aquí! ¡Pero lo que usted me pide es imposible!

Una pequeña llama de esperanza se iluminó en el rostro de Alejandra, a pesar de la negativa de semejante personaje. Tenía que ser hábil y, tenía que ser sincera.

—Siendo el director del centro y con tal veteranía, estoy segura de que lo recordará, Ya que por las fechas debió haber un horquilla importante de años en los que ustedes dos debieron de coincidir —continuó Alejandra intentando ser astuta—. ¡Se llamaba Jorge Ferrer! Murió en un accidente de tráfico junto con su mujer a los treinta y cuatro años. Y… era mi padre.

Por un momento, la cara del director cambió de expresión. Su mirada se mantuvo fija con los de Alejandra intentando adivinar a qué venía ahora remover el pasado. Sus facciones bordes, estiradas y tirantes se suavizaron tornándose más comprensivas. Su voz sonó mucho más tolerante.

—Sí, lo recuerdo.

El corazón de Alejandra dio un vuelco ¡Dios mío! ¡Lo recuerda! ¡No podía creerlo!

—¿Qué necesita saber? —preguntó el director conmovido.

—Cuando él murió yo tenía cuatro años y mi hermana Sara siete. Todo lo que sabemos es por nuestra tía que nos crió. Pero creemos saber que estaba trabajando en algún proyecto sobre la historia de Valencia. Le estaría muy agradecida si usted pudiera recordar algo sobre él que… —su voz se entrecortó.

—Tenga usted en cuenta, señorita Ferrer que hace más de veinte años de todo aquello.

—Me hago cargo de ello, pero sería de gran ayuda si pudiera hacer memoria.

—Cuando yo entré a trabajar en el Instituto él llevaba dos o tres años. Congeniamos enseguida. Era una persona que se dejaba querer. Bastante soñador si me permite decirlo. Pero muy buen profesor. Se comunicaba con los alumnos de una manera innata. Tenía un don especial. El instituto Lluís Vives es uno de los más antiguos y representativos de la ciudad de Valencia. En toda su historia, las notas más altas en su asignatura fueron mientras su padre estuvo ejerciendo aquí. Y no piense con ello que era demasiado tolerante. No era ese precisamente el motivo ni mucho menos. Los chavales disfrutaban escuchándolo. Los

encandilaba con sus historias. Casi todos los alumnos que lo conocían fueron al entierro. A muchos, les costó superar su pérdida. Para ellos, era como un tío e incluso para algunos, como un padre.

Alejandra, estaba encantada escuchando las palabras del director describiendo a su padre. Se lo imaginaba impartiendo las clases con los alumnos embobados escuchándolo. Sus colegiales pudieron disfrutar de su compañía, mientras tanto, su hermana y ella, no… ¿Por qué se tuvo que ir tan pronto?, pensaba dolida.

—No sabe cuánto le agradezco todo lo que me está contando —dijo Alejandra sincera.

—Me alegro que así sea —contestó el director lleno de empatía hacía ella.

—¿Sabe si estaba trabajando en algo sobre Valencia?

El hombre se quedó pensativo durante unos instantes. Alejandra, sabía que la pregunta era complicada pero necesitaba una respuesta y a ser posible positiva.

—Pues a decir verdad… creo que sí. De hecho, recuerdo que pasaba horas y horas en la biblioteca sacando información. Todos pensábamos que era para sus clases, pero si no recuerdo mal, un día me comentó algo —apoyó la mano en la barbilla como si eso le ayudara a refrescarle la memoria.

Alejandra, paciente, cruzaba los dedos para que fuera así. Pasados unos segundos, se quedó mirándola y le dijo en tono confidencial.

—Esto que le voy a decir sucedió pocos días antes del accidente. Me dijo: «*Vicente, estoy a un paso de que cambie mi vida. Va a ser el mayor hallazgo de toda la historia. De momento, no puedo decirte nada más, no quiero que te veas involucrado. Pero ya te contaré*».

—¿Y no le dijo nada más? —preguntó Alejandra curiosa.

—No… lo siento. Para ciertas cosas era muy reservado. Cuando me comentó esas frases, es porque debía de estar muy cerca de lo que buscaba.

Alejandra le daba vueltas y más vueltas a varias de las frases: «*De momento no puedo decirte nada más, no quiero que te veas involucrado*». ¿Por qué le diría eso? «*Va a ser el mayor hallazgo de toda la historia*». ¿Acaso podía correr algún tipo de peligro? ¡Dios mío! Eso sucedió pocos días antes del accidente. ¡Una fatal casualidad! Sus piernas empezaron a temblar…

—¿Qué pensó cuando le dijo eso? —preguntó Alejandra con un nudo en el estomago.

—No gran cosa, tenga en cuenta que no me dio muchas pistas… —el director intentaba a toda costa escurrir el bulto—, y como ya le he dicho, era

muy soñador.

—¿Y después, cuando ocurrió el accidente? —su tono empezaba a alterarse, a pesar de que hacía un tremendo esfuerzo por no perder los papeles—. ¿No le dio qué pensar?

—Pues al principio sí —dijo el director en tono de disculpa. Sabiendo de antemano donde quería ir a parar.

—¿Porqué no se lo dijo a la policía? —preguntó Alejandra angustiada.

—¿Que quería que le dijera? —dijo viéndose acorralado. No sabía nada de lo que se llevaba entre manos. ¿Por dónde iba a empezar a contar?… si no sabía nada en absoluto. Además, las investigaciones confirmaron que su muerte y la de su madre fue un accidente.

Alejandra trató de disculparse por su actitud.

—Lamento mi comportamiento —tras una pequeña pausa, continuó—. Espero que me disculpe. Quisiera que me entendiera.

—La entiendo perfectamente, y sepa que yo apreciaba a su padre y como ya le he dicho, sentí mucho su perdida. Esté segura de que si yo hubiera podido hacer algo, lo habría hecho. De todas formas, si me acuerdo de algo en lo que poder ayudarla…

—Muchas gracias —Alejandra le tendió la mano al tiempo que le entregaba una tarjeta con su teléfono—. No dude en llamarme a la hora que sea. Por favor…

—¡Lo haré!

Alejandra salió del despacho y recorrió los pasillos. Ahora estaban desolados y vacíos. Miró el reloj: eran las seis y media. Poco después, estaba en la calle. Se acercó al borde de la calzada y levantó el brazo. Un taxi con el piloto en verde se paró a su lado. Cuando la muchacha subió le dijo:

—Por favor, a la calle Quart.



Capítulo 14

El cielo vestía un azul intenso esa mañana de junio donde las nubes brillaban por su ausencia. Sara había madrugado más de lo habitual, a pesar de ser domingo. Antes de las nueve de la mañana había salido de casa y, poco después, subida en el autobús de la línea 5 que hacía el recorrido del interior, intentaba no perderse detalle. Sólo cuatro personas le acompañaban en el trayecto: el conductor, un señor mayor que estaba sentado en uno de los primeros asientos leyendo el periódico y una pareja quinceañera que, obsesionados, cada dos por tres se comían a besos. Tenían todo el aspecto de volver de fiesta. Sara había subido en las torres de Quart al lado de su casa y, volvería a bajar en la misma parada. Su propósito era hacer un recorrido ligero para intentar situarse en dónde se encontraba la antigua muralla cristiana, derrumbaba en el año 1865, ya que casualmente coincidía con la ruta que hacía ese autobús. Hacía una semana desde que Lluís cenara en su casa y descifraran la clave de las doce llaves que su padre había pronunciado en las frases del sueño de su hermana. Creían haber dado en el blanco, aunque no entendían qué importancia podían tener esas llaves, suponiendo que estuvieran en algún lugar ocultas. A partir de ese día, los tres se habían movilizado recopilando todo tipo de información. De hecho, sentada en la última fila del autobús y con un mapa antiguo de Valencia en la mano, verificaba las posiciones de las supuestas puertas de la ciudad. Hoy en día desaparecidas, salvo las Torres de Quart y las de Serrano. Pensó que si llevaban más de ciento cuarenta años derrumbadas, ¿por dónde podían empezar a buscar? Por un momento, le pareció una tarea imposible. Pero una llama de esperanza brotó de su interior dándole la fuerza necesaria. Se dijo que si su padre había llegado casi hasta el final, ¿por qué no

iban a poder conseguirlo sus hijas con sus mismos genes?

Había bordeado Blanquerías, Conde de Trénor, Pintor López, Glorieta, Colón, Játiva, y Guillem de Castro. Sara había hecho un primer contacto. Había omitido Paseo de la Ciudadela, y La Justicia ya que el trayecto del autobús no estaba incluido, pero a pesar de ello se había situado perfectamente. Ese recorrido lo había hecho miles de veces, después de todo había nacido allí y durante toda su vida se había movido por los mismos ambientes. Pero lo más curioso, es que nunca le había dado la mayor importancia, ni tan siquiera se había preocupado de pensar, qué podía haber sucedido varios siglos atrás. Este breve trayecto le había empezado a abrir los ojos. Ahora, podía verlo desde otra perspectiva.

Estaba de vuelta a casa cuando se encontró con Lluís paseando a Thor. Éste se le abalanzó en gesto cariñoso y Sara le acaricio la cabeza con la boca del animal a la altura de su cabeza.

—Cada vez está más grande. Hay que ver la fuerza que tiene… —murmuró la joven mientras le hacía unas cuantas carantoñas.

—Hoy has madrugado… ¿De dónde vienes tan pronto? —preguntó Lluís sorprendido.

—Del autobús. Acabo de recorrer el centro.

—Entiendo… ¿sigue en pie lo que comentamos ayer?

—Por supuesto. En una hora estaremos mi hermana y yo en tu casa.

Sara se despidió con una inevitable sonrisa, dejando a su vecino paseando a Thor. No podía negar que su compañía le hacía sentir bien. Tan solo se conocían siete meses desde que ella se trasladara al ático de la calle Quart, y parecía toda una eternidad. Sus caracteres se habían compenetrado con tal exactitud que nadie que los viera juntos podría negar que su amistad se remontara a muchos años atrás… ¿Pero sólo se trataba de eso? ¿De una buena, leal y sincera amistad? Nunca había hecho un mal gesto o un comentario fuera de lugar que la hubiese hecho sentir incómoda a su lado. Al contrario, su comportamiento era siempre ejemplar, educado y correcto… en ningún momento había intentado sobrepasarse ni con ella ni con su hermana. ¿Y qué le pasaba a ella ahora?, se preguntaba mientras abría la puerta del portal. ¿Sería que sus sentimientos hacia Lluís habían cambiado y estaban traspasando el difícil laberinto del amor? Por un momento, pensó en su hermana. Sabía sobradamente que también le hacía tilín. De hecho, en más de una ocasión le había comentado lo bueno que estaba.

Y tenía razón, vaya si tenía razón. Ella, también tenía ojos y no se le había pasado por alto.

Cuando abrió la puerta de casa su hermana le recibió con una toalla sobre su cuerpo. Acababa de salir de la ducha.

—Me visto y bajamos a casa de Lluís —murmuró mientras entraba en su habitación.

Sara asintió sin decir ni una palabra. Necesitaba aclarar sus ideas cuanto antes.



Eran casi las once y media cuando las dos hermanas llamaban a la puerta de su vecino. Éste les abrió enseguida esquivando a su mascota.

Alejandra, todavía con el pelo húmedo y dejado caer por los hombros se sentó al lado del ventanal. Despedía un agradable olor a limpio. Los finos e intensos rayos del sol se posaron sobre su melena haciéndola brillar y resultando si cabía aún más seductora. Su tono castaño se veía veteado con reflejos rojizos. Lluís le pasó la mirada por encima y se detuvo en su ovalo de cara. Era sencillamente perfecto, se dijo para sus adentros. Facciones finas y femeninas, ojos vivos y expresivos, boca sensual, y además, un cuerpo bello y bien formado, y una cabeza algo alocada, pero muy muy alegre. Después se detuvo en Sara, estaba de pie mirando hacia la calle. Por un instante, sus ojos la recorrieron de arriba a abajo. Su ajustado vaquero dibujaba unas curvas realmente apetecibles. Era difícil poder escoger. Siempre le habían gustado las mujeres a rabiar y le seguían gustando, sobre todo si eran guapas, y ahora, que se encontraba entre dos de ellas… algo pasaba. Algo desconocido en él, hasta ahora. No se atrevía a describirlo, pero era incapaz de pasarse más de la cuenta y mucho menos meterles mano. ¿Por qué?, se decía desde su interior. Estaría sentando la cabeza, o quizá le gustaban las dos jóvenes demasiado y valoraba hasta tal punto su auténtica amistad como para perderlas por una chiquillada. Sara seguía de pie callada. Él intentó descifrar qué era lo que la tenía ensimismada. Enseguida lo descubrió. Su mirada penetrante estaba posada sobre las Torres de Quart. Lluís se preguntó. ¿Qué estaría pensando? A continuación, ella se dio la vuelta como si hubiera adivinado que era observada y se sentó al lado de la mesa de vengué. Lluís, disimulando, sacó los apuntes de su carpeta y

dejó que sus fantasías sobre las muchachas se evaporaran. Conectó el ordenador portátil y cada uno expuso la información recabada.

—Si nos remontamos en la historia de Valencia —empezó Sara—. La ciudad romana de Valentia, nombre como se llamaba entonces la ciudad y que significa fortaleza o buen augurio, se fundó en el año 138 a. de C. Era una ciudad amurallada, aunque se sabe bien poco, o por lo menos no he podido conseguir demasiada información al respecto. Hay un itinerario por donde se presume que pudo seguir esta muralla romana, pero lo que sí parece bastante fiable es que la ciudad estaba formada por dos calles principales que se cruzaban entre sí; se llamaban el Cardo Máximo y el Decumano Máximo. En los extremos de dichas calles se abrían cuatro puertas: la Saguntina, la Sucronense, la Celtiberia y la del Mar. Situadas en los cuatro puntos cardinales. La intersección de dichas calles lo llamaban el punto 0 —Sara se detuvo con su explicación y se quedó mirando el rostro de sus acompañantes—. ¿Sabéis qué hay hoy en día en la intersección de dichas calles?

Alejandra, negó con la cabeza.

—Actualmente es la Plaza de L'Almoina, —continuó Sara—. ¿Sabéis algo de L'Almoina?

—Es la que está detrás de la Plaza de la Virgen, ¿no?, a espaldas de la Catedral —añadió Lluís.

—Efectivamente —asintió Sara—. El interior de L'Almoina alberga los restos arqueológicos hallados en las excavaciones realizadas entre los años 1985 y 2005. Ocupa una superficie de 2500 metros cuadrados y conserva huellas desde el siglo II a. de C. hasta el siglo XIV. En un principio iba a ser una plaza llena de cristales, pero pensando en un posible deterioro, ha quedado un lucernario central acristalado y cubierto por láminas de agua, a través del cual se pueden ver las termas del foro romano, y parece ser que son las más antiguas de la Península Ibérica. Han sido veintiún años de excavaciones. Y lo más importante para nosotros, es que hace poco abrieron sus puertas, lo que quiere decir que podemos ir a visitar su interior —una sonrisa brotó de su boca contagiándosela a su hermana.

Alejandra sacó sus apuntes y empezó a hablar. Se habían repartido el trabajo y ahora cada uno expondría sus deberes.

—¡Muy bien hermanita, por las murallas romanas! —continuó Alejandra—. Las murallas musulmanas son las siguientes y es donde he centrado toda mi

atención. Sobre el año 714, Valencia fue conquistada por los musulmanes al mando de Tarik, aunque la primera vez que se mencionaron estas murallas de Valencia es por el geógrafo Al-Razi en el siglo X. Las describe como un recinto amurallado con cuatro puertas. Entonces se conocía con el nombre de Madinat al Turab o ciudad de tierra. Después de la caída del Califato de Córdoba a principios del siglo XI, Valencia experimentó un importante crecimiento urbano. Este incremento de la población exigió la ampliación de la ciudad y la construcción de un nuevo perímetro defensivo, donde se abrirían siete puertas principales, éstas fueron levantadas estando al mando el principal de los reyes de taifa valencianos, Abd al-Aziz ibn Abi Amir, nieto del gran Al-Mansur. Esta construcción transformó nuestra ciudad en la plaza más fuerte de todo el Al-Andalus. De hecho tengo el recorrido por donde iba el muro con sus respectivos torreones y las puertas señaladas en los lugares donde se presume que podían estar —Alejandra les enseñó un mapa señalizando lo más destacado. Lluís asintió al entender el significado de los signos. Con un rotulador en la mano la muchacha hizo su exposición—. Son muy pocos los restos que se encuentran en la ciudad, y los que hay, no están en muy buen estado que digamos. Como podéis apreciar la mayoría están dentro del recinto del barrio del Carmen, y las cruces marcadas en rojo, es donde se han encontrado restos de las murallas y de sus torres. Mi día libre lo pasé de excursión por el casco antiguo, y os puedo decir —dijo mostrando el mapa—, que ésta cruz de aquí es un pequeño trozo de muralla. Está en la calle Salinas. Más adelante veréis el portal de Valldigna donde se accedía a la zona de extramuros, concretamente a la Morería. También visité la torre del Ángel, llamada así porque era parte de una posada con ese nombre. La pobre está en un estado de conservación pésimo. Hoy es parte de una vivienda y se ha convertido en Monumento Nacional. Estuve en la plaza del Tossal y bajé a la exposición de fotografías. Era realmente precioso. La sala está rodeada de restos de muralla árabe restaurada. Y por último, estuve en la plaza del Horno de San Nicolás, y dentro del colegio del rector Peset pude ver un mural de muralla. Estos otros puntos todavía están por ver —dijo indicando nuevamente en el mapa—. La verdad es que me faltó día. Además, hay una cosa muy curiosa —dijo mientras sujetaba la libreta de notas de su padre—. Cuando dibujé el contorno de la muralla musulmana y observé su forma, recordé que me era familiar —abrió la libreta por una de sus páginas y se la mostró—. ¿Os dais cuenta?

—Es cierto —añadió Sara—. Es el mismo dibujo, y también está el mío. El recinto de la muralla romana. Hasta ahora, no sabíamos a que se debía pero las piezas van encajando.

—Más de lo que pensáis —continuó Lluís—. Mirad esto… yo he buscado información sobre la última muralla: la cristiana y la que supuestamente más nos interesa por tener doce puertas. El dibujo de su perímetro también está incluido en su libreta. Lo que no termino de entender, es porque solo hay puntos de colores, pero ninguna clase de nombres.

—Los puntos de colores imagino que corresponderán a las puertas. ¿No es así? —preguntó Alejandra.

—En efecto. Pero sigo sin entender porque no hay ningún nombre. Hay algo que no me encaja —dijo Lluís pensativo siguiendo en sus trece.

—¿Qué información has recogido? —preguntó Sara dirigiéndose a su vecino.

Éste, después de organizar los papeles que tenía delante, empezó su exposición.

—El recinto amurallado cristiano fue construido en 1356, reinando entonces el rey de Aragón Pedro IV el Ceremonioso. Tenía un perímetro de unos 4 kilómetros, triplicando la superficie anterior, llegando a tener alrededor de 142 Hectáreas. Constaba de doce puertas, distribuidas en Portales Grandes como la Puerta del Mar al este, la Puerta de San Vicente al sur, la Puerta de Quart al oeste y la Puerta de Serrano al norte. También había Portales pequeños que permitían el acceso a la ciudad. Sus nombres eran: el Portal de los judíos, Portal de Ruzafa, Portal de los Inocentes o de Torrente, Portal del Cojo o de las *Setze Claus*, Portal de los tintes, Portal Nuevo o de San José, Portal de los catalanes o de la Trinidad, y Portal del Real. Además de las Torres de Serrano y de Quart, que permanecen en pie y consideradas como Monumentos históricos, apareció el Portal de los judíos. Éste fue demolido y enterrado a finales del siglo XIX, pero una gran obra pública, la ampliación de la línea 3 del metro que se encuentra en la calle Colón y plaza de los Pinazos, justo enfrente del Corte Inglés, hizo resurgir los muros y restos del Portal. De hecho, en la actualidad, esos restos conservados de la antigua puerta se han integrado en la estación del Metro de Colón.

—Ahora que lo dices es cierto, ¡los he visto! —añadió Sara—, aunque nunca les he prestado demasiada atención.

—Me temo que a partir de ahora hermanita, tendremos que hacerlo, y de una manera muy meticulosa, si queremos dar con las llaves que estamos buscando.

Lluís continuó:

—Respecto a la muralla cristiana, pocos son los restos encontrados. En el IVAM o Instituto Valenciano de Arte Moderno hay una muestra del antiguo muro defensivo. Al excavar para hacer el aparcamiento se encontraron con ellos y decidieron crear un espacio para proteger la muralla. Lo utilizan para exposiciones de cuadros, maquetas o dibujos. No he conseguido mucha más información, aunque creo que deberíamos centrar nuestro interés en las puertas. Como ya sabemos eran doce, aunque en algunos informes se nombra que pudieron ser algunas más, pero sin gran relevancia. Os he comentado antes que había cuatro Portales Grandes como así lo llamaban. Dos de ellos están todavía en perfecto estado como son las Torres de Serrano y las de Quart. De manera que como el camino se presenta largo y difícil, creo que deberíamos empezar por lo que parece más fácil. Ya que las Torres de Quart es uno de ellos, y las tenemos a un tiro de piedra, ¿qué os parece si nos damos un paseo por su interior?

—Me parece una idea excelente —continuó Sara mientras se levantaba dispuesta a la excursión—. Además, al ser domingo por la mañana posiblemente incluso tengamos suerte de alguna visita guiada, siempre nos ayudara en nuestra búsqueda.



Pocos minutos después, los tres jóvenes estaban a los pies de las Torres de Quart. Sara miró hacia arriba, parecían no tener fin. Se dirigieron a la puerta principal y curiosearon la enorme puerta de madera. Estaba abierta y sujeta al muro por una gruesa cadena de hierro. Observaron la antigua cerradura. Por supuesto, la llave no estaba. Hubiera sido demasiado fácil. Ahora solo tenían que saber, quién y dónde la había escondido. Un juego de niños, pensó con sarcasmo Lluís. Atravesaron la negra verja de forja y se dispusieron a subir los escalones de piedra hasta el primer piso. Cincuenta escalones si no había contado mal Alejandra. Casi sin aliento se pasearon junto con el guía y tres o cuatro personas más. Las torres eran de estilo gótico y construidas por los maestros en el noble arte de la piedra: Francesc Baldomar y Pere Compte. Estaban formadas por dos torres gemelas cilíndricas en su parte anterior y achaflanadas en su parte interior.

Entre ambas se abría una puerta formada por un arco de medio punto. Ésta abría el camino que conducía a Quart de Poblet. Formaron parte de la muralla medieval y su función era defender la ciudad. De hecho, habían soportado con valentía la Guerra de la Independencia, la de Sucesión y la Guerra Civil Española. Todavía se podían observar las huellas de los impactos provocados por los cañonazos a pesar de su reciente restauración.

Mientras escuchaban al guía con su explicación Sara se detuvo en una pared al mismo tiempo que subía otros tantos escalones. Unos dibujos plasmados en ella le llamaron realmente la atención. En ese momento, el guía se detuvo e hizo un inciso.

—Les llamarán la atención estos dibujos, ¿no es así?

Sara asintió. Los demás no se habían dado ni cuenta.

—Han aparecido a raíz de la restauración —continuó el hombre—. Estaban ocultos por todo el polvo y deterioro.

—¿Saben lo que significa? —preguntó Lluís—. Parecen peces.

—Sí, son peces. Además están hechos de una forma muy sencilla como pueden observar. Pintados con pintura almagro o rupestre. A este lado —dijo señalando en otra dirección— parece como una serpiente y esto es un conejo, pero lo que más hay son peces. Todavía no se sabe muy bien a qué se deben. En el siglo XVI las torres fueron utilizadas como prisión de mujeres hasta el siglo XVIII, entonces, pasó a ser prisión militar. Se presume que estos dibujos se pudieron haber hecho en esa época y posiblemente por el guardia o centinela. Quizá por aburrimiento.

—Pero… ¿por qué siempre animales? —preguntó Alejandra.

—Pues todavía no se sabe muy bien —contestó el guía—. Se dice que posiblemente fuera porque tuvieran hambre.

Todos sonrieron ante la respuesta. Continuaron subiendo hasta las almenas y admirando el maravilloso paisaje. Sara se asomó y pudo ver el balcón de su ático. Desde allí parecía realmente pequeño.

—En el siglo XIX —continuó con la explicación el guía— se llamaba también la Puerta de la Cal porque por allí pasaba ese material a la ciudad.

—Perdone… —interrumpió Lluís—, tengo entendido que hasta los años setenta más o menos la puerta tenía acceso y de hecho se podía circular a través de ella.

—Es cierto, pero se descubrió que las vibraciones de los coches dañaban la piedra. Incluso mucho antes pasaba el tranvía, concretamente el número 9.

—Supongo que esa puerta tendría una llave —insistió Lluís muy habilidoso —. ¿Sabe usted si existe, o está en algún museo?

—Pues es una pregunta muy curiosa —dijo el hombre con cara de sorpresa —. La verdad es que no sé nada al respecto. Solo le puedo decir que esa puerta tuvo llave a partir del siglo XV y que ignoro lo que fue de ella. Ahora… subiremos hasta arriba del todo. Cuidado con la escalera de caracol, es muy estrecha.

Iban de uno en uno por los treinta escalones que les quedaban, eran oscuros, fríos, húmedos y estrechos. Cuando llegaron arriba, la luz del sol les dejó casi ciegos. Recorrieron su superficie y disfrutaron de unas vistas espléndidas donde podían divisar gran parte de la ciudad.

Los tres jóvenes se mostraban muy atentos cuando el sonido de un teléfono les interrumpió.

—Está sonando un móvil —dijo Lluís.

—¡Es el mío! —contestó Alejandra mientras buscaba en el fondo de su bolso.

Cuando por fin pudo descolgarlo, escuchó una voz masculina al otro lado de la línea.

—¿Sí, dígame?

—Es usted. ¿Alejandra Ferrer?

—Sí, soy yo. ¿Quién es usted?

—Soy Vicente Martí, el director del colegio Lluís Vives donde su padre impartía clases. Perdone que la llame en domingo. Estuvo usted hace unos días y me entregó su teléfono.

La cara de Alejandra cambió de expresión e hizo una señal a su hermana y a su vecino de que la llamada era importante.

—Sí, dígame, le recuerdo perfectamente.

El director del colegio no le dejó terminar la frase.

—Señorita, he recordado algo que creo puede ser de utilidad. La verdad es que desde que usted se fue, no he podido quitarme a su padre de la cabeza y me siento culpable… igual debí avisar a la policía entonces.

—No se preocupe… yo me extralimité —Alejandra estaba nerviosa, ¿qué pista tendría ese hombre?—. Pero dígame… ¿qué ha recordado?

—Como le comenté había muchos alumnos que lo adoraban como profesor y como persona. Eso le creó muchos afectos, pero también muchas envidias. Pero había un alumno en especial, se llamaba Andreu Subies. Un buen estudiante. Tenía una estrecha relación con su padre y curiosamente, cuando ocurrió el accidente que creo que fue en verano…

—En primavera, en mayo concretamente —rectificó Alejandra.

—Pues estaba matriculado para el año próximo y sin dar ningún tipo de explicación no se presentó. Intentamos establecer comunicación con sus padres pero estos no quisieron hablar con el colegio. Yo lo sentí porque era un chaval muy estudioso y con un gran futuro. Además, llevaba en el colegio desde primaria.

—¿Qué edad tenía Andreu o que curso cursaba entonces? —preguntó Alejandra muy interesada.

—Tendría unos doce o trece años. Acababa de terminar sexto de EGB.

—A lo mejor se puso a trabajar de aprendiz —añadió la muchacha—. En aquella época… quién sabe.

—No le digo que no, señorita. Pero la cosa se desarrolló algo rara, se lo digo yo… me quedé con esa sensación de que algo no encajaba y de que había como un misterio alrededor.

—¿Sabe dónde puedo encontrarlo a él, o a su familia? —preguntó Alejandra ansiosa.

—Pues tenga en cuenta que han pasado veintitrés años —contestó el director dudando—. Creo que sus padres tenían un bar en la Avenida de la Plata. Se llamaba… —el director permaneció callado durante unos segundos— Bar Oro y Plata, o algo similar. Ya sé que no es mucho, pero si recuerdo alguna otra cosa, se la haré saber.

—Muchas gracias. Le estoy muy agradecida por su interés.



Capítulo 15

El Jardín del Turia se extendía a lo largo del antiguo cauce del río con el mismo nombre. Se convirtió en jardín en 1980, tras el desvío del río por la gran riada de Valencia en el año 1957. Se le podría llamar el pulmón verde de Valencia, ya que en él se podían encontrar grandes praderas de césped, arboles de varias clases, instalaciones deportivas con numerosos campos de fútbol, circuito para bicis, zonas de juegos infantiles, algunos de ellos originales, como el parque Gulliver: una gigantesca figura del personaje Jonathan Swift que tumbado en el suelo y atado, hacía que sus ropas dieran forma a numerosos toboganes y pendientes. También albergaba construcciones muy importantes, como el Palau de la Música, la Ciudad de las Artes y las Ciencias y el Parque de Cabecera.

El tráfico estaba imposible. Lluís conducía su Audi negro acompañado de sus dos vecinas. Después de la conversación con el director del Lluís Vives y colgar el teléfono, Alejandra les había puesto al día y ni cortos ni perezosos habían subido en el coche y se dirigían hacia la Avenida de la Plata. No sabían lo que se iban a encontrar pero estaban llenos de esperanza. Camino de su destino y bordeando el antiguo cauce del río Turia, dejaron a su izquierda los distintos puentes. Antes de llegar a la autopista del Saler giraron a la derecha. —Acabamos de entrar en la Avenida de la Plata —dijo Lluís.

—Será mejor que aparques por donde puedas y vamos andando. No sabemos a qué altura estará el bar, si es que todavía existe —continuó Alejandra.

—Me parece buena idea ¡Mira, ahí tienes un sitio! —añadió Sara—. Me temo que esta avenida es muy larga, y además es también bastante ancha. Será mejor que nos dividamos.

—Id vosotras dos por esa cera y yo cruzaré al otro lado —añadió Lluís—. Así avanzaremos al mismo tiempo.

Caminaron fijándose en todos los posibles establecimientos. Era cierto que parecía interminable. Apenas habían caminado cien metros, cuando Sara se detuvo frente a una fachada. El luminoso decía: Bar Oro y Plata. Con una sonrisa en los labios le dio un codazo a su hermana. No podían creer que tuvieran tanta suerte ¡Todavía existía!

Esperaron a que su vecino llegara a su altura, y sin más preámbulos se metieron dentro. El bar tenía buena pinta, y el olor a comida les recordó que era la hora de comer. Además, no debía estar nada mal la cocina porque estaba lleno a rebosar. Sara miró su reloj, eran más de las dos y media.

—¿Qué os parece si comemos aquí?

Ellos asintieron. Lluís se dirigió a un hombre con delantal que pasaba por allí y le pidió una mesa.

—Hemos tenido suerte —dijo—, la del fondo es la única que queda libre.

Después de acomodarse y esperar a que les tomaran nota, observaron el local y los camareros. Buscaban un hombre de unos treinta y cinco o treinta y seis años, aunque desconocían su aspecto. Uno de ellos estaba detrás de la barra llenando una jarra de cerveza. Debía de tener más edad, alrededor de unos cuarenta y pico aunque, tal vez, fuese el tal Andreu Subies que buscaban, a veces la edad engañaba, además su rostro estaba lleno de hoyos, posiblemente de una viruela. Otro chaval más joven de unos veinticinco años más o menos iba y venía por las mesas. Cuando se acercó a la suya y mientras pedían el menú, Sara observó que tenía un lunar del tamaño de una lenteja en la mejilla izquierda. Mientras comían un primer plato de paella salió un tercer hombre de la cocina, este era mayor, posiblemente de unos sesenta años y calvo. Al parecer, ninguno encajaba. Claro que cabía la posibilidad de que el bar lo hubieran traspasado o vendido. A lo largo de tantos años podían haber sucedido un montón de cosas. Cuando pidieron los cafés, Sara le preguntó al muchacho del lunar en la mejilla.

—Perdona, estamos buscando a un hombre llamado Andreu Subies. Creo que hace veintitrés años, tenía este bar. Aunque serían sus padres, porque él debía de ser un niño.

El muchacho negó con la cabeza y se dio media vuelta.

—¡Qué raro! No se ha dignado ni a contestar —refunfuñó Alejandra—. ¿Te parece lógico?

—Pues no… No es muy normal —coincidió Sara.

—Callad un momento —chistó Lluís en tono de susurro—. Fijaos… el camarero del lunar está hablando con el otro de la barra, el de la cara llena de hoyos. Disimulad, chicas. ¡Nos están mirando!

—¿Crees que sabrán algo? —preguntó Sara recelosa.

—Me da en la nariz que sí —continuó Lluís—. Hay que insistir de nuevo.

El camarero joven se acercó a ellos con la cuenta en la mano y cuando rápidamente intentó marcharse, Lluís, sujetándolo del brazo, le dijo:

—Perdona, no has debido de oír antes la pregunta de la señorita. ¿Conoces a un tal, Andreu Subies?

—No… no le conozco —dijo rotundamente.

—¿Estás seguro? —insistió—. Hay personas que no saben mentir.

El muchacho empezó a sudar, principalmente la frente. Al momento, el camarero de la barra le llamó por su nombre de pila ¡Juan!, le dijo en tono autoritario. Y éste aprovechó para soltarse de las garras de Lluís.

—Creo que no tenemos nada que hacer —apuntó Sara ante la negativa del chaval. Será mejor que nos vayamos.

Seguidamente, y sin despedidas, los tres jóvenes salieron del local no sin antes hacer un barrido y desafiar con la mirada a los dueños del local.



Eran las diez de la noche, las dos hermanas sentadas en el sofá del salón comentaban la negativa del camarero del bar. Un remolino de aire agitó violentamente las cortinas. Sara se levantó a cerrar la puerta de la terraza. Miró hacia el infinito y vio que el cielo estaba cubierto de nubes.

—Todo esto tiene que tener una explicación —atajó Sara volviendo al tema que les preocupaba y viendo que no tenía ni pies ni cabeza.

—¿Tú crees? —preguntó Alejandra hecha un verdadero lío. ¿Y por qué no pensar que a lo mejor el accidente de nuestros padres no fue tal accidente?

—Alejandra… ¿Estás insinuando que fue provocado? ¿Que nuestros padres pudieron ser asesinados? —su corazón se aceleró involuntariamente.

—No lo sé realmente… ya no sé qué pensar —Alejandra se pasó las manos por la cabeza con intención de despejar sus millones de incógnitas. Se sentía asfixiada—. ¿Y si la policía no desempeñó bien su trabajo entonces?… —murmuró dejando una puerta abierta a la duda.

Sara reflexionó. No era descabellada la hipótesis de su hermana.

—Si no… —continuó—, ¿por qué tanto misterio? El muchacho del lunar de esta mañana estaba claro que escondía algo. Su rostro y el sudor repentino le delataron. ¿Por qué nuestro padre se molestó en esconder esa libreta? A nosotras de momento no nos ha revelado nada. ¿Por qué le dijo al director del colegio, entonces compañero suyo, que estaba a un paso de que cambiara su vida? ¿De qué iba a ser el mayor hallazgo de toda la historia y que de momento no le podía decir nada para no involucrarlo? Deja entrever que algo temía. ¿Y por qué en las frases de mi sueño decía que: Algún día lo conseguiría y que todos le creerían? Eso solo quiere decir que alguien más lo sabía.

—Quizá esa libreta —continuó Sara en complicidad con su hermana— tiene algo entre líneas que no conseguimos descifrar. Si la escondió, es porque no quería que cayera en otras manos. Otras manos que podían representar un peligro para la ciudad o un peligro para su propia vida —por un momento las dos muchachas se mantuvieron en silencio—. Si es el mayor hallazgo de toda la Historia, tiene que ser algo muy gordo. Es posible que haya incluso personas importantes —su voz inconscientemente bajó de tono pasando a ser confidencial.

Sara se levantó inquieta. La teoría de que sus padres hubieran podido ser asesinados le ponía los pelos de punta y le llenaba de rabia y de impotencia. Sin saber muy bien dónde le llevaban sus pies, se dirigió al balcón. Lo abrió y salió fuera apoyándose en la barandilla. Necesitaba respirar aire fresco. Había anochecido y el cielo estaba infestado de nubes, a diferencia del maravilloso día. Una ráfaga de aire le alborotó los cabellos y le puso la carne de gallina. Parecía que se avecinaba una tormenta de verano, y por el aspecto que planteaba, cargada de electricidad. Al fondo de la casa oyó como Alejandra le decía algo que no llegó a comprender. Al momento, la puerta de la calle dio un portazo. Sara se giró para llamarla, pero algo atrajo su atención en la acera de enfrente. La calle Quart era angosta, tan solo había un carril para circular y estaba prohibido aparcar por falta de espacio, ya que las aceras eran estrechas. Un hombre del tamaño de un armario ropero se encendía un puro mientras la observaba descaradamente envuelto en una grisácea burbuja de humo. Sara notó como un escalofrío le recorría la médula espinal al sentir como le taladraba con la mirada. Cuando reaccionó y estaba a punto de meterse dentro y perder de vista a semejante individuo, vio que su hermana Alejandra salía del portal con una bolsa de basura en la mano. Nerviosa, desvió la mirada al contenedor de residuos

y vio como el hombre que la había estado observando ahora miraba a su hermana, y se dirigía hacia ella. Estuvo a punto de gritarle, de decirle que no siguiera. Por otra parte, pensó, que la conversación mantenida con ella minutos antes la había desquiciado un poco, y posiblemente le hiciera ver cosas que no son. Su hermana iba de regreso al portal después de depositar la bolsa de basura y estaba a punto de toparse con ese tipo. A Sara le faltaban ojos para ver lo que sucedía. Con más de medio cuerpo fuera de la balaustrada intentaba no perderse detalle. Alejandra se cruzó con el enorme hombre, éste se detuvo unos instantes frente a ella y, algo debió de decirle porque su hermana con la cara descompuesta, aceleró el paso hasta entrar en el patio.

Sara, entró en la casa, cerró la puerta del balcón y rápidamente salió al rellano donde esperaba a su hermana que subiera en el ascensor. Cuando ésta llegó, Sara le preguntó angustiada:

—¿Qué te ha dicho ese tipo?

—¿Lo has visto? ¡Será desgraciado!

Sara observó, como su hermana enfadada hasta las cejas, temblaba.

—Alejandra… ¿qué te ha dicho?

—¡No te lo vas a creer! —dijo mientras entraban en la casa—. Se ha acercado a mí con un olor asqueroso a tabaco y me ha dicho el muy cabronazo que, —se detuvo por un instante y respiro hondo—. ¡Dejad de preguntar por ahí y de buscar cosas que no existen! ¡Es el primer y único aviso!

Sara se dejó caer sobre una silla próxima. Parecía que sus sospechas se confirmaban. Algo muy gordo se escondía en todo este embrollo y a alguien no le interesaba que se destapara ¡Dios mío! ¿Eso quería decir que sus vidas podían correr algún tipo de peligro? No pensó en ella, pensó en su hermana. Ya había sido bastante penoso perder a sus padres. No quería que pudiera haber más víctimas.

—¿Qué opinas, Sara?

—Pues no sé —dijo temerosa—. ¿Crees que deberíamos abandonar?

—¿Abandonar? —dijo Alejandra en tono de reproche—. Y esconder la cabeza como los avestruces. Sara, ¿lo estás diciendo en serio? ¡Me niego rotundamente! —dijo muy enfadada—, ¡y parece mentira que tú me digas eso! Sabes que llevo prácticamente toda mi vida con pesadillas. Te puedo decir que desde que estamos investigando sobre lo de papá, consigo dormir de un tirón y con un sueño tranquilo. Me cuesta dormirme pensando en cómo lo vamos a llevar a cabo, pero cuando me duermo, descanso. ¿Sabes lo que es eso? ¡Yo voy

a continuar! ¡Estés conmigo o no! ¡Esto no puede quedar así! Ya no por el supuesto hallazgo, sino porque si hay un culpable de la muerte de nuestros padres, ¡tiene que pagar por ello!

Sara, con lágrimas en los ojos abrazó a su hermana.

—Tienes razón… no sé cómo he podido decir eso.



Capítulo 16

La brisa marina inundaba la Avenida del Puerto. Eran las cinco de la tarde y como un buen día de verano, las playas se veían atascadas de bañistas. Desde el balcón de Tía Rosa, el mar brillaba en todo su esplendor. En su habitación y con la cama plagada de ropa, dudaba entre cual de todos los conjuntos se iba a colocar. Unos, los desechaba porque le sacaban los odiosos michelines, otros, porque eran demasiado escotados, y no quería dar la sensación de buscona, otros, porque los colores eran muy chillones y no quería parecer una feria, pero tampoco una solterona reprimida a punto de entrar en el convento. Con el armario casi vacío y con la hora casi encima de su cita y todavía no sabía qué ponerse. ¡Eso le pasaba por la falta de costumbre! Nerviosa y desesperada, al final optó por una falda negra clásica de fondo de armario y una blusa de colores pastel. Se colocó unas sandalias de medio tacón y cogió el bolso a juego. Antes de salir, se dio unos toques de su perfume Loewe y salió disparada. En la calle, tomó un taxi, iba con el tiempo justo y no quería llegar tarde en su primera cita. Todavía no sabía cómo había podido aceptar ¡Dios mío, en qué estaba pensando! Debió cogerle en la hora tonta, como se suele decir. Y de qué iba a hablar con él sin apenas conocerle. ¿Y si le dijera al taxista que diera la vuelta? Se decía indecisa. Estaba hecha un lío. Por otra parte, era normal su reacción, se autoconvencía ella misma. Hacía veintitrés años que no quedaba con nadie. Bueno a decir verdad, solo había quedado con su novio Miguel. Pero aquello paso a la historia. Tenía que empezar a rehacer su vida. ¿Y por qué no empezar desde hoy mismo? ¿Para qué dejar pasar más tiempo? Se merecía conocer a un hombre que pudiera hacerla feliz. Ya había pagado durante muchos años una decisión, que nunca sabría si había sido la correcta. Además, Paco parecía un

buen hombre, educado y respetuoso. Tenía un trabajo estable en su parada del Mercado Central y parecía apreciarla bastante. El hecho de que se separara de su mujer no quería decir nada, eso estaba a la orden del día. Posiblemente incompatibilidad de caracteres. Ella conocía bien de joven a Pilar, su exmujer y sabía de muy buena tinta que tenía un genio fuerte. ¿Por qué no salir con él? Al fin y al cabo los dos eran libres. Desde que se propuso ir dos veces por semana por su antiguo barrio y recorrer el mercado, había coincidido en varias ocasiones con él. Éste siempre se había mostrado muy interesado en ella y le había invitado varias veces. Al final, había conseguido arrancarle una cita y…

El taxista interrumpió sus agitados pensamientos.

—Señora, hemos llegado. Son cinco euros con veinte.

—Gracias… Ahí tiene —dijo mientras le entregaba el dinero.

La cafetería estaba a tan solo unos metros. Rosa se detuvo un momento, se arregló la falda, la blusa, y muy decidida, entró. En una mesa próxima se encontraba Paco. Al verla, se puso en pie, le dio dos besos y le ofreció una silla.

—Siento llegar tarde —dijo Rosa disculpándose—. No sabía qué ponerme. La falta de costumbre. Ya sabes.

—Cómo sois las mujeres. Deberías de saber que tú, Rosa, con lo que te pongas siempre estás guapa. Aunque te felicito por la elección.

Rosa sonrió intentando disimular su nerviosismo.

—Todavía no sé por qué no has querido que fuera a recogerte a casa —añadió dulcemente sin dejar de mirar a sus ojos—. No tenías necesidad de tener que coger el autobús.

—No… tranquilo he venido en taxi —dijo ella sin saber dónde colocar las manos.

—Pues no tienes por qué gastarte dinero cuando quedes conmigo. Me alegro mucho de que hayas accedido, —en ese momento le cogió una mano entre las suyas—. Cuando te vi por primera vez hace casi un mes en el mercado, después de tantos años, no me lo pude creer. He de reconocer que los años te han sentado muy bien ¡Estas igual!

—Eres un adulador —le atajó sonrojada—. Eso no es cierto. Yo también tengo ojos y me miro todos los días al espejo. Pero de todas formas, gracias…

El camarero se acercó para tomar nota.

—¿Qué quieres tomar?, —preguntó.

—Un capuchino.

—Yo tomaré otro y dos trozos de esa tarta tan apetitosa que tienes ahí

delante. ¿Qué te parece? —dijo con mirada tierna mientras le sonreía.

—No sé si debo —dijo ella con picardía—. Luego me arrepentiré.

—Traiga dos trozos, por favor.

Rosa le dedicó varias miradas a su acompañante. Había cambiado bastante. Pelo veteado de canas, algunos kilos más, ojos de color negro rodeados por unas finas arrugas y una preciosa sonrisa con unos dientes casi perfectos. Realmente tenía su atractivo. Su madurez, al mismo tiempo, le infundía seguridad. La conversación se inició con naturalidad y así pasaron varias horas, recordando años pasados, riéndose y contándose sus penas y desventuras, sus alegrías y sus tristezas. Eran como dos viejos amigos que se reencuentran después de más de veinte años.

Sobre las nueve de la noche Paco la acompañó a casa en su Mercedes.

—Veo que te van bien las cosas —dijo Rosa cuando subió en el vehículo.

—¿Lo dices por el coche? —añadió con una picara sonrisa—. Es de segunda mano. Ahora, eso sí, está en perfecto estado. Cuando me separé, partimos todo al cincuenta por cien, al fin y al cabo eran bienes gananciales. La parada en el mercado nos iba muy bien y siempre tuve el capricho de tener uno de estos.

—¿Y te diste el lujo de comprártelo?

—Pues sí. ¿Por qué no, me dije? ¿No es un dinero que me he estado ganando durante mucho tiempo? Además, como no tuvimos hijos, ¿para qué quería guardarlo? Para que me lo metan en la caja cuando me muera, prefiero disfrutar del él en vida, ¿no crees?

—¡Pues tienes razón! —dijo ella advirtiendo su sensatez—. Ya hemos llegado —añadió con timidez.

—Me gustaría quedar otro día contigo —le dijo de sopetón mientras paraba el motor del coche—. A cenar o a pasar el día juntos. Podemos ir a la playa o a Peñíscola, a Altea. Conozco un sitio…

—Llámame, aunque de todas formas he de pasar por tu parada. ¡Ya sabes!, guárdame los mejores melocotones que tengas. Su sonrisa fue sincera.

—Sabes que lo haré.

Paco se inclinó hacia delante y le beso la mejilla. Al poco, se despidieron.

Cuando Rosa entró en su casa, y mientras se desvestía frente al espejo de su habitación, la expresión de su cara delataba su extasiada felicidad. Le había besado en la mejilla. Con qué poco se conformaba. Realmente era un autentico caballero. Su nerviosismo de hacía unas horas se había convertido en una indescriptible sensación de bienestar.

El olor a café perfumaba el ático de Sara. Su hermana medio adormilada acudía como un zombi al aroma que salía de la cocina. Tras untar varias tostadas con mantequilla y mermelada se sentaron en la mesa para desayunar.

—Buenos días Alejandra. ¿Has conseguido dormir?

—Bien poco. No he podido quitarme de la cabeza las amenazas de ese tipo.

—Yo tampoco —dijo Sara—. Además, la tormenta de esta noche con los truenos y relámpagos, solo ha conseguido que viera a ese individuo en una pesadilla horrorosa en la que entraba en casa por el balcón y nos ataba a la cama mientras nos quemaba con el asqueroso puro.

—¡Ve dando ideas! —continuó Alejandra en tono burlón, mientras daba un sorbo al café.

—Si vamos a continuar con la investigación —añadió Sara—, tendremos que ser muy cautas y además muy astutas. Hay que avisar a Lluís de cómo está la situación. ¿Anoche no conseguiste localizarlo?

—No. En su casa no contestaba. Debía de estar en el garito ese de Juan Llorens. Y el móvil estaba apagado o fuera de cobertura.

—No le habrá pasado nada, ¿verdad? —murmuró Sara preocupada.

—¡No digas eso ni en broma! Voy a llamarlo urgentemente. A estas horas debe de estar durmiendo. Si anoche trabajó hasta tarde aún estará en la cama.

—¿Cuándo cogía las vacaciones? —preguntó Sara—. ¿Sabes si ha podido arreglarlo?

—Creo que sí. Vamos a tener suerte. Faltan tres días para que termine el mes de julio y los tres coincidiremos las vacaciones en todo el mes de agosto.

—¿Sabes que me llamó anoche Tía Rosa? —añadió Sara a su hermana—. Y ayer por la tarde tuvo una cita.

—No me lo puedo creer —gritó Alejandra emocionada y al mismo tiempo sorprendida—. ¿Y quién es él? ¿Lo conocemos?

—Pues me temo que sí. Se lo tenía muy calladito pero lo ha estado viendo durante un mes más o menos.

—Dime quién es. No aguanto más —Alejandra ardía de curiosidad.

—¿Tú te acuerdas de Pilar, una vecina que teníamos en la calle María Cristina? Una mujer pelirroja que nos reñía siempre que bajamos corriendo por

las escaleras.

—Sí, sí que me acuerdo.

—Pues es el marido. Hace cinco años que se separaron. Y sigue teniendo la parada en el Mercado Central.

—¿Y qué tal está Tía Rosa? —preguntó Alejandra.

—Muy ilusionada. Igualito que una adolescente.

—Me alegro mucho por ella. ¡Se lo merece tanto!

—Se me hace tarde —dijo Sara mirando el reloj—. Nos vemos a la hora de la comida.

Alejandra se quedó sola en casa mientras intentaba comunicarse con Lluís. Los tonos del teléfono daban comunicando. Se levantó y recogió el desayuno. Volvió a intentarlo de nuevo y esta vez tuvo más suerte.

—Lluís, perdona. ¿Estabas durmiendo?

—No, me acabo de levantar. Me espera un día movidito. Me ha llamado mi socio del garito que esta noche han entrado a robar. Está esperando que llegue la policía para hacer la denuncia. ¿Qué ocurre? Es raro que me llames tan pronto. ¿Alejandra, sucede algo?

—Pues sí… aunque bastantes cosas tienes ya.

—Vamos, cuéntame ¿qué pasa? —su vecino se mostraba tan comprensivo y servicial como siempre.

—Anoche… —Alejandra dudó por un instante—. Había un tipo en la calle y me amenazó.

—¿Que te amenazó? ¿Qué fue lo que te dijo? —su tono era de mal humor.

—Me dijo… —Alejandra estaba con temor. Tendría algo que ver que le hubieran entrado en el bar o sería solo una simple coincidencia—. Me dijo: ¡Dejad de preguntar por ahí y buscar cosas que no existen! ¡Es el primer y único aviso!

—¡Te ha dicho eso! ¡Será hijo de puta! —ahora su voz era de desconcierto —. ¿Cómo era el tipo ese? —preguntó con carácter.

—Pues parecía un armario ropero. Moreno y con el pelo muy corto como un militar o algo similar. Y además fumaba un puro repelente.

—Alejandra… no te asustes. Pero a ese tipo lo he visto merodeando antes por la zona. Y dudo mucho que viva en el barrio.

—Y si entra en mi casa o en la tuya. ¡Dios mío! ¿Qué podemos hacer?

—La muchacha estaba hecha un manojo de nervios. El solo hecho de tropezarse de nuevo con semejante individuo le ponía los pelos de punta y

mucho menos en su propia casa.

—De momento, tranquilizarnos. Alejandra, debemos actuar como si no pasara nada. Dentro de pocos días estaremos los tres de vacaciones, y dispondremos de todo nuestro tiempo para pensar cómo vamos a llevar a cabo la búsqueda. Porque, pensáis seguir con ella, ¿no?

—Sí… hasta el final —continuó Alejandra invadida de temor—. Aunque ahora mismo esté cagada de miedo.

—Vete a trabajar como si tal cosa y luego hablamos —Lluís intentaba darle ánimo y fuerza al mismo tiempo—, pero ante todo, tranquilidad. ¿Tu hermana como está?

—Se ha ido a trabajar.

—Bien… y tú haz lo mismo.

—Gracias Lluís… No sé qué haríamos sin ti.

Después de media hora, Alejandra salía de su casa hacia el trabajo. Avanzó por la calle Quart en dirección a las torres para salir a Guillem de Castro, allí cogería un taxi hasta la oficina. Mientras esperaba ver alguno libre abrió su bolso intentando buscar las llaves del despacho ¡Seguro que se las había vuelto a dejar encima de la mesa! Obsesionada con la búsqueda no observó que alguien se colocaba a su espalda de la manera más silenciosa. Una mano se posó suavemente en su hombro izquierdo dándole un susto de muerte.

—¡Señorrrittta!

—¡Por dios que susto me has dado! —gritó casi sin aliento y con el corazón a mil por hora. Más tranquila pudo comprobar que era el indigente que frecuentaba la zona.

—Lo sienennnto. No querrrría asustataaaaarla —añadió el sujeto.

—No pasa nada —dijo con la boca pequeña.

Alejandra dio con las llaves que buscaba en un rincón del bolso y seguidamente, cogió el billetero y buscando una moneda se la entregó al indigente.

—Gracccicias —dijo agradecido.

El indigente se quedó mirándola fijamente y muy serio le dijo:

—Tenga cuidado, que los lobos están al acecho.

—¿Cómo dice?… preguntó la joven aturdida sin prestarle demasiada atención.

Un taxi libre se aproximaba y la muchacha agradeció el momento. Quería quitarse a ese hombre de encima lo antes posible. Sin pensarlo dos veces levantó

el brazo y cuando éste se paró a su lado se subió inmediatamente. Una vez dentro respiró profundamente.

—¿La estaba molestando ese tipo? —preguntó el taxista interesado.

—No, tan solo me pedía una moneda… —añadió la muchacha pensativa.

—¡La ciudad está cada vez más llena de gentuza! —el conductor seguía con sus comentarios, ajeno a que Alejandra no le escuchaba—. ¡No puede uno salir a la calle seguro! No sé donde vamos a llegar.

Alejandra daba vueltas y más vueltas a las últimas frases escuchadas por boca del indigente. ¿Qué había querido decir, con que tuviera cuidado que los lobos estaban al acecho? ¿De qué lobos hablaba? ¿A quién se refería? No entendía nada. Además, hubiera jurado que en la última frase no tartamudeaba. Cada vez estaba más confusa. Seguro que estaba delirando. Cómo iba a dar crédito a un borracho que dormía por las noches en un banco de piedra y se pasaba el día pegado a una botella. El alcohol le hacía decir tonterías y perder la cordura. Las amenazas de la noche anterior la estaban haciendo ver cosas donde no las había ¡Señor, se estaría volviendo loca!



Capítulo 17

El primer día de agosto amaneció radiante y con el calor típico de la estación. La noche anterior, Lluís se acostó tarde en compañía de sus vecinas. Los tres cenaron en un pequeño restaurante del barrio del Carmen y celebraron su primer día de vacaciones. Al parecer, iba a ser un mes bastante movidito, o por lo menos eso era lo que ellos esperaban. Comentaron qué pasos iban a dar y se comprometieron a encontrar las misteriosas llaves a pesar de las amenazas. Intentarían ser discretos y no llamar demasiado la atención, aunque ya les habían dado un toque y apenas se habían movido ni preguntado por ahí, Lo cual quería decir que de alguna manera alguien les tenía controlados. Estaban llenos de interrogantes y preguntas sin respuesta. Pero eso no les amedrentaba y llenos de ganas y de valor habían quedado esa misma mañana para ultimar detalles y ver que ruta tomaban.

Cuando Alejandra se levantó, el sol ya estaba en lo más alto. La mesa de la terraza estaba cubierta de folios y mapas, anotaciones y rotuladores. Sara estaba enfrascada en todo ese entramado. Dejó en un extremo la libreta de su padre y solo cuando Alejandra le entregó un zumo de naranja, retiró la mirada y su atención de los apuntes.

—¿Por dónde empezamos a buscar? ¿Has sacado algo en claro? —preguntó Alejandra viendo el follón que tenía encima de la mesa. Un detalle llamó su atención y le hizo sonreír inconscientemente.

—No mucho. Aunque creo tener una premonición —continuó Sara—. La muralla cristiana tenía doce puertas y son las llaves de esas puertas las que estamos buscando. Según el mapa que tengo aquí —dijo señalando la mesa, al mismo tiempo que dejaba el vaso del zumo vacío en un extremo de ésta—, están

marcadas todas ellas. En negro, el recorrido de la muralla, en rojo, los portales grandes y en azul, los portales pequeños. Hemos empezado a buscar por el Portal o Torres de Quart porque es la que más cerca tenemos. Pero si te fijas en el mapa, te darás cuenta de que la ruta de casi todos los portales se pierde entre las calles. Solo el Portal de Quart, el Portal de San Vicente y el Portal de los Catalanes podríamos decir que convergen en un punto.

—¡Déjame ver! —dijo Alejandra acercándose a las líneas que le señalaba su hermana—. Yo no estaría tan segura. De hecho, las Torres de Quart, si avanzamos por la calle del mismo nombre y empalmamos con la calle Caballeros, van a desembocar a la Plaza de la Virgen. Mientras que la puerta de San Vicente llega hasta la Plaza de la Reina, y la de los Catalanes quiere llegar también a la Plaza de la Virgen, pero se pierde unas calles antes de llegar.

—Así es —continuó Sara—. Lo cual quiere decir que solo las de Quart llegan casi en línea recta a la Plaza de la Virgen. Y como da la casualidad que dicha plaza está al lado de la Plaza de L'Almoina y cuando se fundó Valencia en el año 138 a. de C. fue la intersección o también llamado punto 0 de las dos principales calles romanas. Cabe pensar, y tendría cierta lógica, que podría ser un buen punto de referencia para esconder algo valioso.

Alejandra reflexionó sobre lo que acababa de decir su hermana. No estaba nada mal su planteamiento. Podría ser, ¿por qué no? Al fin y al cabo estaban tan despistadas que por algún sitio tenían que empezar.

—¿Cuándo quieres que vayamos? —preguntó Alejandra llena de esperanza.

—Esta misma mañana. ¿Tienes algo mejor que hacer?

—Pues la verdad es que no —contestó Alejandra mirando a su hermana con cierta curiosidad. A pesar de que sus planteamientos podían ser ciertos, había algo que la preocupaba, estaba convencida de ello—. Aparte de lo que llevamos entre manos… ¿hay algo más?

—Sé a qué te refieres —dijo Sara desconcertada.

—Si no te conociera lo suficiente podrías hacerme creer que todo va bien, pero da la casualidad de que nos conocemos demasiado bien como para ocultarnos cosas, y sé de sobra aunque tú no lo menciones que tu cabeza no está tranquila, y no es precisamente por la búsqueda que hemos empezado.

—Pues no sé —dudó en continuar.

—¿Qué me dices del nombre que tienes escrito en la esquina de ese folio? Y no me digas que no has sido tú o que está puesto por casualidad.

Sara, la miró con resignación. No necesitaba mirar donde su hermana había

hecho la observación, sabía sobradamente lo que ponía: Jesús Valdés. —No tergiverses las cosas que te veo venir… lo escribí en un momento de debilidad y nada más —puntualizó Sara restándole importancia.

—¡Ya! —exclamó su hermana incrédula. Te preocupa no recordarle a él ni tampoco lo anterior a tus siete años ¿verdad?

—Pues sí —confesó Sara quitándose un peso de encima—. Por más que lo intento es como si mi infancia antes de la muerte de nuestros padres no hubiera existido.

—Te entiendo. Yo apenas lo recuerdo, claro está que tan solo tenía cuatro años, y mis pesadillas me han hecho ver y escuchar cosas que habían sido realidad en aquella época. Entonces eran un suplicio para mí, ahora las entiendo perfectamente; quiero pensar que eran señales, señales para que iniciáramos esta complicada búsqueda.

—Yo por el contrario soy una página en blanco —murmuró Sara.

—Tú eres psicóloga y sabes perfectamente que un *shock* de esa índole puede crear un trauma como el tuyo. Piensa que la vida nos dio un giro de ciento ochenta grados y que tu edad era más complicada que la mía.

—Lo sé —asintió su hermana.

—¿Por qué no hablas con tu socio Lucas?, quizá te pueda ayudar —Alejandra estaba realmente preocupada. Pocas veces había visto a su hermana tan decaída.

—Lo había pensado, pero todavía no me he atrevido a dar el primer paso.

—¿Y a qué esperas? —la apremió.

La sonrisa se iluminó en sus rostros. El sonido del timbre les hizo despertar de su euforia. Fue Alejandra la que se dirigió a abrir la puerta. Lluís estaba al otro lado del umbral, vestía informal, con el pelo engominado y rezumando el agradable olor a su varonil perfume.

—Buenos días, chicas.

Sus vecinas le saludaron, no sin antes darle un repaso de arriba abajo.

—¿Dónde vas tan guapo? —preguntó Sara.

—Tengo entendido que vamos de excursión por la ciudad —contestó Lluís con sarcasmo.

—Tus fuentes de información son correctas —dijo Alejandra con ironía.

—¿Habéis averiguado algo? —dijo Lluís dirigiéndose a su vecina Sara, que aún continuaba frente a las decenas de folios.

Ésta intentó ponerle al día viendo como su querido y guapo vecino la

escuchaba atentamente y además asintiendo en toda su explicación.

—Me parece que es un buen punto de partida —añadió el joven—. De todas formas, anoche durante la cena se quedaron varias preguntas en el tintero. ¿Qué sentido tenía esconder doce llaves que aparentemente no tenían ningún valor? ¿Qué haremos cuando las tengamos en nuestro poder si es que conseguimos encontrarlas? Y sobre todo… la pregunta que me ha desvelado gran parte de esta noche. ¿Quién se había preocupado de hacerlo, y por qué? Si las llaves más antiguas son del siglo XV aproximadamente, y la muralla cristiana se derribó en el año 1865 quiere decir que llevan ocultas más de ciento cuarenta años. Si mis investigaciones no me fallan fue el Gobernador Civil de Valencia, Cirilo Amorós, quien solicitó la licencia a la Reina Isabel II para derrumbar el muro. Lo llamaron el Ensanche de la ciudad. Alegó la necesidad de dar trabajo a los numerosos obreros en paro afectados por la crisis de la seda. Aunque los portales no fueron derruidos todos al mismo tiempo, alguien se preocupó de ir recogiendo esas llaves y esconderlas meticulosamente, pero ¿por qué?

—No lo sé, Lluís —contestó Sara—, pero mi intuición femenina me dice que el meollo de la llave de Quart o de alguna de ellas, tiene que estar en la Plaza de L'Almoina o en sus alrededores.

—Tu intuición tiene cierta lógica —continuó Lluís— aunque también podría estar escondida en las propias torres.

Sus vecinas se quedaron pensativas. También era posible.

—Puede estar escondida en cualquier sitio, en la Basílica de la Virgen, la Catedral de Santa María, la Plaza de la Virgen y no sé cuantas cosas más —dijo su vecino con tono sarcástico—. Puede estar escondida desde bajo de una de las baldosas de mármol de la enorme plaza, hasta dentro de la fuente, o dentro de un santo, quizá de un retablo o de la cúpula en la propia catedral. Esto es como buscar una aguja en un pajar. Además, los restos arqueológicos que vamos a visitar han estado enterrados siglos y siglos, hasta hace aproximadamente veinticinco años que los descubrieron y desde hace poco más de veinte años han pasado por expertos y meticulosos especialistas que los han investigado. Si hubiera habido algo lo habrían visto ellos.

—Nuestro padre murió hace veintitrés años —continuó Alejandra—. Poco después de que descubrieran los restos. ¿Por qué no pensar que era aquí dónde estaba la clave y por eso estaba tan cerca de conseguirlo?

Los tres muchachos permanecieron en silencio durante unos segundos.

—¿Tenéis algo mejor? —preguntó Alejandra.

—No —dijo Lluís—. Pero tiene que haber alguna clave, algo que enlace lo que buscamos.

Los tres jóvenes se dirigían hacia su objetivo. Caminando por la calle Quart, y seguidamente por la calle Caballeros, llegaron a la Plaza de la Virgen. No sabían por dónde empezar. Confiaban que a medida que se movían por la ciudad fueran apareciendo pistas que les indicaran el camino ¡Cómo echaba de menos a su padre! Sara no podía apartarlo de su mente. Y pensar que él casi había dado con la solución. Y le había costado la vida… y no solo la suya, sino también se había llevado la de su madre… Ante sus ojos tenía la Plaza de la Virgen, una gran explanada con una fuente central. Estaba llena de gente, multitud de turistas con sus cámaras intentaban conservar el momento.

—Ya hemos llegado, y ahora, ¿qué? —preguntó Alejandra.

—No sé. Espero que no nos siga nadie —dijo Sara nerviosa.

Lluís advirtió la tensión de sus vecinas.

—Tranquilas, chicas. Mostraros como unas jóvenes que están de vacaciones y van de visitas turísticas, ni más, ni menos. Empezaremos por la intuición de Sara.

Minutos más tarde pisaban la explanada de la Plaza de L’Almoina. El centro un gran lucernario de cristal cubierto de láminas de agua dejaba entrever los restos de las termas romanas. Asomados y curiosos, se dispusieron a entrar. Con las entradas adhesivas pegadas en la ropa y junto con varias personas más en el grupo, empezaron a bajar unas escaleras de metal prefabricadas. Atravesaron las termas restauradas inundadas de luz natural que filtraba el enorme ventanal, y avanzaron a través de una fina barandilla de metal siguiendo la explicación del guía. Aquello eran piedras y más piedras. Entre las termas, el Ninfeo y el Hórreo, restos del edificio donde se guardaban las cosechas de cereales y donde se encontraban las dos calles principales: de norte a sur, la calle Cardo Máximo, de este a oeste, Decumano Máximo. Sara se emocionó al oír que se encontraban en el punto 0. Los tres jóvenes se asomaron más de lo normal. Tan solo les separaban unos metros. Intentaban ver alguna pista que les ayudara en su búsqueda. Pero aquello seguían siendo solo piedras y más piedras. Sara estuvo a punto de bajar, de deslizarse por aquellos pasadizos y buscar y rebuscar. Alejandra le frenó cogiéndole del brazo.

—¡No es el momento! —le dijo discretamente— nos van a llamar la atención.

—Ya lo sé. Si pudiéramos quedarnos los tres aquí dentro… solos.

—Sara. ¿Estás loca? —le dijo apenas en un susurro.

—Creo que sería posible —añadió Lluís.

—No puedo creer lo que estáis diciendo —dijo Alejandra confundida.

El guía continuaba con su explicación y el grupo de quince o veinte personas avanzaba sin fijarse en los tres jóvenes.

—Ésta es la última visita de esta mañana —dijo Lluís—. Tenemos dos horas por delante hasta que empiece el turno de la tarde. Si conseguimos despistarnos.

—Pero somos tres personas. No es tan fácil —dijo Sara.

—¿Quién ha dicho que tengamos que quedarnos los tres? —añadió Lluís. Vosotras saldréis con el grupo.

—¡De eso nada! Si te quedas tú…

—Sara, piensa… tú eres una persona sensata. Necesitaré a alguien fuera que me indique si hay peligro. Vosotras me guiaréis a través del ventanal de cristales que hay arriba y además todos llevamos el móvil encima, ¿no?

Las dos hermanas localizaron el móvil y asintieron. Disimuladamente, los tres se acercaron al grupo integrándose en él. El guía continuaba con su explicación:

—En el siglo XIV se construyó el edificio de L'Almoina por iniciativa del obispo Ramón Despont, era una institución benéfica que se ocupaba del mantenimiento de los pobres. En mayo de 1348 llegó la Muerte Negra, todos pensaron que era un castigo divino para los pecadores. Con la peste murieron millares de personas. Los cementerios se quedaron pequeños y todos los objetos ya fuesen vasijas, ropas o cualquier enser que estuviera en contacto con la epidemia era lanzado a ese foso que tienen ahí delante.

Todos miraron al pequeño foso de piedra y a continuación siguieron avanzando. Visitaron unas columnas restauradas y cuya pared estaba pegada con la Basílica de la Virgen. Alejandra se giró a su hermana y cuando buscó a Lluís se dio cuenta de que había desaparecido. Discretamente, intentó localizarlo sin éxito. ¿Dónde se había escondido y en tan poco tiempo?

La visita continuó, Alejandra nerviosa observó que nadie lo echaba de menos. Intentó respirar profundamente. No pasaba nada… no pasaba nada… se decía a sí misma intentando tranquilizarse. Su hermana se encontraba a su lado. Siguieron la visita hasta llegar al lugar donde San Vicente fue martirizado en el año 304, allí se levantó una pequeña iglesia en su memoria. Ahora solo quedaba

el ábside y algunos restos de unas tumbas. La visita estaba a punto de finalizar y las dos hermanas, poco después, subían por la escalera de metal que hacía una hora habían bajado acompañadas de su vecino.

Salieron al aire libre y la luz les hizo protegerse los ojos. Sara, se puso sus gafas de sol y se dirigió al lucernario de cristales. Su hermana le siguió. Se sentaron en un bordillo intentando observar la situación. Tras los cristales no había rastro de Lluís.

—¿Crees que saldrá bien? —preguntó Alejandra temerosa de que le pudiera ocurrir algo a Lluís.

—Espero que sí. Tenemos que estar muy atentas, dentro de nada cerraran las puertas y se irán a comer. Entonces avisaremos a Lluís para que se mueva.

—¿Y si queda alguien de seguridad? —volvió a preguntar Alejandra nerviosa.

—¡No lo sé! ¡Cállate de una vez! —Sara se mostraba alterada. Ya era bastante delicada la situación como para que su hermana estuviera poniendo pegas.

La plaza antes cubierta de gente paseando ahora empezaba a vaciarse. La hora de comer tenía que hacer su efecto. Al cabo de media hora se quedaron solas y las puertas del museo se habían cerrado. Ignoraban si se había quedado alguien dentro pero no había manera humana de averiguarlo. Así que sentadas en el bordillo del lucernario se esforzaban por ver algo de movimiento en su interior.

—Creo que se ha movido algo —dijo Alejandra con el estomago encogido.

—Sí, es Lluís —chilló Sara nerviosa—. Ha salido de su escondite. Tenemos que estar muy atentas. Será mejor que estemos cada una en un extremo. Ten el móvil controlado.

Alejandra, le obedeció y tranquilamente se acomodó en la otra esquina desde donde podía ver el movimiento de su querido vecino. Hacía un calor sofocante.

Pasado un rato Sara miraba el reloj. Había transcurrido hora y media. ¿Habría encontrado alguna pista? Solo disponía de veinte minutos más. Para su sorpresa un grupo reducido de personas se aproximaba a la puerta del museo.

—¡Dios mío! ¡Van a entrar! Tengo que avisarle. Sara cogió el móvil y marcó el número de Lluís.

Se oyó una voz femenina.

—El teléfono está apagado o fuera de cobertura.

—¡No puede ser, como que apagado o fuera de cobertura! —Sara colgó y

volvió a intentarlo.

De repente, Alejandra levantó la cabeza y se quedó paralizada. Frente a ella y de espaldas a su hermana se encontraba en uno de los extremos de la plaza un hombre con un puro en la mano, similar al que le amenazara días antes enfrente de su casa.

—¡Dios mío, es el mismo tipo! —se dijo con una cierta flojedad de piernas.

Miró fijamente a su hermana deseando que ésta advirtiera su presencia pero estaba demasiado ocupada mirando hacia el interior. Intentó llamarla sigilosamente.

—Sara… Sssssss ¡Maldita sea! —miró hacia la puerta y vio el grupo de personas que entraban dentro. Parecían gente importante, a juzgar por el atuendo y además iban incluso con guardaespaldas.

Alejandra, se tapó la cara disimuladamente. No sabía si les había reconocido. Si le había seguido era raro que apareciera después de casi dos horas. Su sorpresa aumentó cuando vio que tiraba el puro al suelo y entraba con el grupo dentro del museo. Rápidamente se levantó y se acercó a su hermana. Ésta aún intentaba localizar a su vecino.

—No consigo contactar con Lluís —refunfuñó Sara preocupada.

—Ha entrado un grupo y en él está el tipo que me amenazó.

—¡De veras!… —dijo incrédula.

—Te lo juro.

—Confiemos que Lluís los vea antes que ellos a él.

—¡Allí está! —señaló hacia dentro—. ¡No me lo puedo creer! —dijo Alejandra—. Se ha escondido dentro de la fosa que metían los enseres de la peste negra.

—Como verás no está la cosa para muchos remilgos —protestó Sara secamente—. ¡Alejémonos de aquí! ¡No dejemos que nos vean! El grupo está bajando y, maldita sea —gruñó mientras se retiraba de los cristales y agarraba a su hermana también.

—¿Qué pasa? —preguntó Alejandra asustada.

—¡Creo que nos ha visto el tipo ese! No sé si nos habrá conocido.

—Creo que sí… Sara, nos ha conocido. ¡Sara, corre todo lo que puedas! Está subiendo por las escaleras y viene hacia nosotros ¡Sígueme!… ¡Corre!

Las dos hermanas salieron de allí espantadas y desesperadas. En un santiamén cruzaron la plaza y entraron por una de las puertas de la Basílica. Había bastante gente, la mayoría turistas. Las muchachas se camuflaron entre la

multitud. Sara miró hacia la Virgen de los Desamparados y a pesar de su agitada respiración le rezó una breve oración. Alejandra, le dio un codazo a su hermana y ésta supo al momento a qué se refería. El individuo que las seguía acababa de entrar. Era alto, y su cabeza sobresalía sobre la mayoría de las personas que allí se encontraban. Medio agachadas y esquivando a la gente, se dirigían hacia la salida opuesta con el fin de escapar por piernas. Pero cuando llegaron, su temor aumentó. La puerta estaba cerrada. Tenían que retroceder. Sara intentó divisar al tipo. Era difícil pasar desapercibido con semejante altura. Pero no había ni rastro de él por ningún lado, era increíble, pero había desaparecido, posiblemente se hubiera ido al no verlas.

—Alejandra… Alejandra… —dijo en voz baja—, ¿dónde estaba su hermana? La había perdido. Sus ojos histéricos no paraban de buscarla. En ese mismo momento se quedó petrificada. Algo le apuntaba a la altura de la cintura. Un aliento cálido y maloliente le dijo justo detrás de su cabeza:

—¡Sois muy desobedientes! ¡Lo vais a pagar muy caro!

Sara no sabía cómo reaccionar. Nunca había vivido una experiencia de ese tipo. Pensó que no se atrevería a disparar delante de tanta gente y menos en un lugar como ese. Una mujer bastante gruesa le empujó para pasar entre los dos y Sara aprovechó para escabullirse. Como una anguila se deslizó entre el gentío, y como pudo salió por la puerta que había entrado. Desorientada y cegada por el sol, dio unos pasos sin rumbo. ¿A dónde se dirigía? Miró al frente y sus ojos se detuvieron en la inmensa fuente rodeada de turistas. Se aproximó a ella e intentó esconderse sin dejar de mirar a la puerta por la que había salido. Todavía no sabía si Alejandra se encontraba dentro. Sacó el móvil del bolsillo y marcó su número. Después de dos tonos, oía la voz de su hermana. Sara respiró hondo. Parecía encontrarse bien. Le dio su posición y a los pocos segundos la vio salir de la Basílica y dirigirse hacia donde ella le había señalado. El móvil de Sara vibró en su pantalón y nerviosa vio que la llamada era de Lluís.

—¿Dónde estás? —preguntó Sara angustiada.

—He conseguido salir fuera. Estoy en la Plaza de L’Almoina —dijo su vecino—. ¿Y vosotras dónde estáis?

—¡Sal de ahí ahora mismo! —grito Sara asustada. En ese momento vio como de la Basílica salía el tipo que les había seguido y mirando a su alrededor se dirigía hacia la plaza donde se encontraba Lluís—. ¡Corre! ¡Corre hacia el río! Nos vemos en la Casa de los Caramelos en diez minutos.

Los tres jóvenes se encontraron en el lugar acordado. Habían sido unas horas

realmente estresantes. Camino de casa y mucho más tranquilos, hicieron las preguntas pertinentes:

—¿Quienes eran esos tipos que entraron en el Museo, Lluís? —preguntó Alejandra.

—Pues por lo poco que pude escuchar había una persona del Ayuntamiento. Supongo que para guiarlos sobre las excavaciones. Pero el pez gordo y sus guardaespaldas me pareció que pertenecían a una Asociación Privada. Lo que no sé es el nombre. Todo era decir que la Asociación por aquí que la Asociación por allá.

—Tenemos que averiguar quienes eran y que es lo que pretenden. Y por qué tanto interés en que no investiguemos sobre este tema —aclaró Alejandra.

—¿Conseguiste dar con alguna clave? —preguntó Sara mucho más tranquila.

—No hubo nada en particular que me llamara la atención. No es fácil —contestó Lluís—. Pero creo que deberíamos echar un vistazo más minucioso a esa libreta de tu padre. Insisto en que tiene que tener alguna pista que se nos está pasando por alto.

—Creo que hemos sido unos irresponsables —interrumpió Sara—. Imagínate si te llegan a pillar. No me lo hubiese perdonado nunca por haber accedido a semejante barbaridad. Además, es posible que hubiera cámaras o alarmas dentro.

—Estoy de acuerdo contigo, Sara —añadió su hermana después del susto.

—No digo que no. Cámaras es posible, alarmas no, o por lo menos no las conectaron al mediodía —continuó Lluís bastante tranquilo—. Hemos actuado un poco a la ligera. Pero de los errores se aprende. Vosotras habéis corrido peligro. La próxima vez, debemos de estudiar todos los movimientos a seguir ¡Tenemos que ser más listos que ellos!



Capítulo 18

Sara y Alejandra se encontraban sentadas frente a la misteriosa libreta en compañía de Lluís. La habían abierto y cerrado decenas de veces. Habían hojeado sus hojas meticulosamente haciendo hincapié en todos los signos y números, y no habían conseguido descifrar absolutamente nada. No veían qué relación podía tener la plaza de L'Almoina con el posible escondite de una de las llaves. Sus conjeturas se estaban esfumando. Sara, que en un principio lo veía bastante claro, empezaba a dudar si realmente las encontrarían alguna vez. A la vista estaba que no tenían ni por asomo las dotes de su padre.

De repente, Alejandra se levantó y con una chispa de luz en su rostro dijo:

—¡Un momento! ¿Alguien tiene una lámpara de infrarrojos?

—¿Para qué? —añadió Sara confusa—. No entiendo qué pretendes.

—Una vez vi una película en la que descubrían ciertas claves en unos pergaminos con una lámpara de infrarrojos. Estaban escritas con zumo de limón o algo así. El caso es, que solo se podían leer con la luz azul fosforescente.

—Yo tengo una en casa —mencionó Lluís encantado de poder ayudar—. Era del garito y no sé cómo fue a parar a uno de los cajones de mi escritorio. Imagino que estará llena de polvo, pero ahora te la subo.

Nerviosas esperaban que su vecino subiera con la lámpara. ¿Y si era verdad y conseguían ver alguna anotación oculta? A los pocos minutos, entraba por la puerta con una sonrisa en los labios, buscó un enchufe y entregándosela a Alejandra dijo:

—Es toda tuya.

Las manos de su vecina temblaban como las de una niña ante una experiencia desconocida. Suavemente y con la luz activada, fue pasándola por la

primera página sin resultado. Así, una y otra vez sucesivamente hasta el final. Nada. Aquel método no revelaba nada en absoluto. Alejandra, sintió como le flojeaban las piernas.

—¡Un momento! —dijo Lluís—. No estamos haciéndolo bien. Hay demasiada luz. No os dais cuenta. Sara, cierra las ventanas y baja las persianas, tenemos que dejar esto totalmente a oscuras.

Su vecina le obedeció sin rechistar. Cuando el salón se tiñó de negro, los tres jóvenes se agruparon frente a la libreta con las pupilas dilatadas y los dedos cruzados centrando toda su atención bajo la luz azul. Sus caras se llenaron de asombro frenándose en la primera página aparentemente vacía. Ante ellos, unas líneas se dejaban entrever como por arte de magia. Sara nerviosa, las leyó en voz alta:

«A las tres mujeres de mi vida: Carmen, Sara y Alejandra.
A Andreu, que ocupó el lugar del hijo que nunca tuve.
Si leéis estas líneas, significa, que algo me ha sucedido.
Pero las claves que describo, sólo vosotros cuatro podéis adivinarlas».

Un nudo se apoderó de sus gargantas. Sara y Alejandra sintieron una punzada de emoción al leer las frases de su padre, y una tristeza enorme invadió sus corazones al descubrir que su padre nunca pensó que a su madre le podía suceder nada malo. ¿Cómo podía saber que morirían juntos? Y… ese tal Andreu solo podía ser Andreu Subies, el antiguo alumno de su padre. Debía de significar mucho para él. «*Andreu, que ocupó el lugar del hijo que nunca tuve*»… esa frase retumbaba en sus mentes. Tenían que encontrarlo y saber qué había sido de él.

Ansiosos por encontrar más notas de su padre y con las mentes confusas por la nota que acababan de leer, repitieron la misma operación en la segunda página, en la que dominaba el número doce por todas las esquinas y unas frases se dejaban entrever a duras penas:

«No perdáis el tiempo en buscar el significado.
Sólo cuando tengáis las doce llaves en vuestro poder,
Tendréis la solución».

Atónitos y sin poder articular palabra, pasaron a la tercera hoja en la que supuestamente solo se encontraban los dibujos de las murallas de Valencia. Solo que ahora adquirían sentido. Todos los dibujos aparecían con el nombre de las

respectivas puertas. Ellos sonrieron porque no habían dado palos de ciego, sino que iban por el buen camino. En las hojas siguientes estaban representados los cuatro Portales Grandes, con su nombre a pie de página acompañados de unas frases, las cuales, supuestamente deberían ayudarles a desvelar el lugar exacto donde se encontraban las llaves. Ansiosos y nerviosos, buscaron la hoja que pertenecía a las Torres o Puertas de Quart.

—Decía así:

«Donde los cardinales convergen y la iglesia no ve,
Donde no llega la luz y se humedece la bravura y la abundancia,
Allí está la nada».

El silencio reinó en la habitación y las mentes de los tres muchachos navegaban a una velocidad de vértigo procurando descifrar su significado. Sara se levantó y subió las persianas. La luz entró sin compasión en todo el salón al mismo tiempo que se borraban las palabras que acababan de leer. Alejandra terminaba de anotar en una hoja las pistas que su padre les había proporcionado. A continuación, las volvió a recitar en voz alta. Sara fue la primera en romper el hechizo.

—¡Es un acertijo! —exclamó sorprendida—. No sabía que le gustara este tipo de juegos. Claro que tampoco sabemos demasiado de él. —Su voz se ensombreció.

—¡Tenemos que descifrarlo! —añadió Alejandra—. Cuando dice: «*Donde los cardinales convergen y la iglesia no ve*», los cardinales pueden ser… un número cardinal o también podrían ser los cuatro puntos cardinales.

—Sí, es muy posible —continuó Lluís, que hasta ahora no había abierto la boca—. Aunque dice que convergen supuestamente en un punto y no creo que sean los números, pero los puntos cardinales sí que tiene sentido. ¿Pero cómo saber dónde convergen? Vuestro padre, no es por nada, pero tenía mucha imaginación y le gustaba retorcer un poco las cosas —murmuró en tono cariñoso.

—Sigamos con la siguiente frase —continuó Sara—, «*y la iglesia no ve*». Quiere decir que, quizá la iglesia no lo aprueba por algún motivo. O que a lo mejor se sale fuera de su jurisdicción. No sé… —dijo desmoralizada.

—Tranquilízate hermanita, estoy segura de que daremos con la solución. De hecho tú tenías una teoría y todavía no sabemos si era correcta o no. Por favor no

te desmoralices. Piensa que ahora tenemos muchas más pistas que antes y aunque despacio, vamos avanzando.

Sara abrió el balcón y salió para que le diera el aire. Estaba bloqueada y necesitaba pensar. Mientras, su hermana y su vecino repetían las frases una y otra vez como auténticos papagayos.

A los pocos minutos, Sara volvió a entrar y en su cara se dibujo una mueca de alegría.

—No quiero daros falsas esperanzas pero me van encajando algunas piezas.

—De veras… —añadió Alejandra—. Dinos algo, por Dios.

Sara, se sentó en el sofá inconsciente de lo que hacía, y mirando a los ojos de sus acompañantes continuó:

—«*Donde los cardinales convergen y la iglesia no ve*». Los cuatro puntos cardinales como todos sabemos son: norte, sur, este y oeste. Y la calle trazada de norte a sur en las ciudades romanas y que pasaba por el centro de la ciudad se llamaba Cardo, como también sabemos.

—No sé dónde quieres ir a parar —atajó Lluís.

—Enseguida lo veras claro igual que yo —prosiguió Sara—. ¿Os acordáis de cuando se fundó Valencia en el año 138 a. de C.? Era una ciudad romana amurallada, llamada entonces Valentia, y tenía dos calles principales que se cruzaban entre sí llamadas Cardo Máximo y Decumano Máximo y con cuatro puertas en los cuatro puntos cardinales.

—Sí, —contestó Lluís con una sonrisa— esto va teniendo cierto sentido. Pero… qué quiere decir: «*y la iglesia no ve*».

—En L'Almoina es donde se encuentra la ciudad romana antigua y da la casualidad de que La Basílica de la Virgen y la Catedral están a espaldas de dicha plaza. Metafóricamente hablando, cuando estás de espadas, no ves — puntualizó Sara, sonriendo satisfecha de su planteamiento.

—Hermanita, cada vez me sorprendes más. ¿Y qué me dices del resto?: «*Dónde no llega la luz y se humedece la bravura y la abundancia*».

—Eso no lo tengo tan claro.

—Espera un momento —intervino Alejandra. Hace veintitrés años, ni había Museo Arqueológico, ni Plaza de L'Almoina, ni nada por el estilo. De hecho, han estado con las excavaciones algo más de veinte años.

—En efecto —agregó Lluís—. Lo único que había eran restos de los hallazgos y un montón de escombros. De hecho, así estuvieron según me han

contado bastante tiempo. Lo cual quiere decir que cuando vuestro padre murió esto debía de ser un solar vallado esperando su restauración y poco más.

—Claro… ¿no os dais cuenta? —preguntó Sara—. Cuando dice «*Dónde no llega la luz*» es porque debía de estar enterrado.

—¡Y el resto!, «*y se humedece la bravura y la abundancia*».

—No lo sé —respondió Sara sin tener la respuesta.

—La bravura de un animal ¿o de una persona? —preguntó Alejandra. Y… ¿la abundancia de qué? Está visto que los acertijos no son lo mío.

—Si fuese de una animal —continuó Sara— el cuerno representaría la bravura de un toro o de un carnero, por ejemplo.

Lluís, abrió su ordenador portátil y buscó posibilidades ante esas dos palabras.

—¡Escuchad esto! —dijo a los pocos minutos—. La cornucopia viene del latín *cornu*: cuerno, y copia: abundancia. Llamado en español el cuerno de la abundancia y además… era el símbolo de Valentia en la República Romana. Fijaos en el dibujo —dijo mientras señalaba un cuerno de la abundancia con flores y frutos sobre un haz de rayos—. ¡Un momento! ¿Qué es lo más destacado del centro arqueológico de L'Almoina? —preguntó atento a una contestación. Las caras de sus vecinas estaban pensativas. Lluís, impaciente, no podía contener por más tiempo la respuesta—. Lo más importante son las termas o baños públicos de los antiguos romanos, además si la memoria no me falla, también había un Ninfeo. Eso daría significado a lo de humedecer la bravura y la abundancia.

—Y la frase final «*Allí está la nada*» —prosiguió Sara extasiada de felicidad — es precisamente el punto 0 donde convergen las dos calles principales. Cero = Nada. ¿No creéis que es una bonita manera de llamarlo, simplemente nada?

—Si todo eso es cierto —añadió Alejandra—, reconozco que no ibas mal encaminada en tu primer planteamiento. Te felicito. Creo que ya tenemos el lugar exacto. En el punto 0 tiene que estar escondida la llave de las Torres de Quart. Ahora, la segunda parte y la más arriesgada es ¿cómo entramos en el Museo sin despertar sospechas?



Capítulo 19

La playa de la Malvarrosa era un hervidero de bañistas. Las coloridas sombrillas la hacían parecer como el mejor de los jardines en flor. Alejandra, en compañía de su vecino y tumbada sobre la arena, absorbía los luminosos y rabiosos rayos del sol. Sara se había quedado en casa decidida a descifrar la siguiente clave en la libreta de su padre, y les había animado a que se fueran a la playa ellos dos. Lluís, miró a su acompañante. Su piel bronceada y brillante, acentuaba sus atractivas curvas. Por un momento, le asaltó una pregunta: ¿Qué pensaría Alejandra de él, no como amigo, sino como hombre? Ella se dio la vuelta en ese mismo momento y le preguntó:

—Estás muy callado. ¿Puedo saber en qué piensas?

—En nada —contestó temiendo que pudiera adivinar sus pensamientos—. Solo admiraba lo preciosa que eres.

Alejandra sonrió al mismo tiempo que se estremecía. No quería darle demasiadas esperanzas, y no es porque no le gustara ¡Dios mío, si le gustaba! Era guapo, inteligente, sensato, cariñoso, noble. ¡Cómo no iba a gustarle! Pero su hermana estaba por medio y no quería hacerle daño. Al fin y al cabo, ella lo vio primero. No es que hubieran hablado sobre el tema. En ningún momento ninguna de la dos había confesado sus verdaderos sentimientos hacia Lluís, pero sobraban las palabras, no había más que fijarse cómo lo miraba su hermana. Pero si se lo comía con los ojos cada vez que se le ponía delante. Claro que ella podría decirse que se sentía igualmente atraída. Desconocía si Sara se había percatado de ello o quizá estaba tan ciega que no lo había notado. El caso es que ahora le decía lo preciosa que era, y además parecía muy en serio. Eso le había

sorprendido gratamente ya que siempre se había mostrado ante ella de una forma muy informal. A pesar de ello debía tener los pies en el suelo.

—Eso se lo dirás a todas —replicó ella restándole importancia.

—No creas Alejandra, yo… —murmuró dulcemente pensando su siguiente palabra.

La muchacha presintió lo que se avecinaba. No había más que ver sus ojos. Pero si le comía con la vista. Esa mirada desnuda, sincera y tierna. Dios mío, no podía dejarle continuar. Sabía que si lo permitía sería incapaz de darle una negativa y no sería dueña de sus actos. Por una décima de segundo la imagen de su hermana se interpuso entre los dos.

—Lluís, por favor no sigas… Creo que deberíamos irnos ya… ¿no te parece?

—Por supuesto —dijo Lluís secamente mientras se ponía en pie. Recogió velas de inmediato. Había captado la indirecta a la primera. Sus sospechas acababan de confirmarse. Estaba más que claro. ¡Tan solo lo veía como un buen amigo!



Iban de vuelta a casa en el Audi de Lluís. Alejandra tenía la mirada perdida al frente y estaba muda por el sentimiento de culpabilidad. El silencio le ahogaba y estaba a punto de llorar. Había sido una estúpida. Le había cortado, sin darle ninguna explicación y apagando todas las esperanzas que pudiera tener. El mejor hombre que había conocido en toda su vida se mostraba interesado por ella… y le había rechazado pensando en su hermana. Alejandra le miró de reojo. Reconocía perfectamente esas tensas facciones de su rostro. Demostraba con total seguridad que estaba enfadado y dolido. Tenía que decirle algo. No podía dejar así la situación, pero las palabras se le escapaban por la comisura de sus labios y no lograba articular ni una sola sílaba con cierta coherencia. Lluís, mientras tanto, procuraba serenarse. Descubrir lo que se temía le había afectado mucho más de lo que pensaba. Su mente se había convertido en un revuelo constante de turbios pensamientos. Si le hubiera dejado… le habría dicho tantas cosas… todas las frases que tenía ensayadas se habían esfumado perdiéndose en la arena, y las palabras hilvanadas se habían evaporado en la playa absorbidas por los rayos del sol. Lluís igual de mudo que su acompañante, movió la mano derecha y puso en marcha el CD. Las notas musicales de una balada de Andrea

Bocelli se esparcieron por el vehículo anegándolo de tristeza. Alejandra no pudo evitar dejar escapar una lágrima.

El trayecto hasta la calle Quart fue eterno. Pero por fin estaban llegando. Solo que algo raro sucedía ya que no avanzaban como era habitual.

—¿Te has dado cuenta de la cantidad de tráfico que hay? —preguntó Lluís rompiendo el hielo.

Alejandra, volvió a la realidad y observó que la calle de un solo carril estaba atascada.

—¡Qué raro! ¡Ha debido de ocurrir algo! —añadió Alejandra confusa—. No es normal estar parados tanto tiempo.

—Mira… está la policía ahí delante —señaló Lluís alargando el cuello y distinguiendo las sirenas de colores.

—Es cierto, y están desviando la circulación. Debe de ser algo muy gordo.

Los coches empezaron a avanzar desviados a la derecha y sin otra posible opción. Siguieron por el desvío obligatorio hasta que consiguieron aparcar en un hueco libre. Después fueron caminando hacia casa. Cuando retomaron de nuevo la calle Quart, pudieron observar que a unos doscientos metros y a la altura de su edificio más o menos había dos coches de policía y una ambulancia. El corazón de Alejandra dio un repentino vuelco. Su hermana Sara se había quedado en casa sola. Eso fue lo primero que pensó. Inconscientemente, los pasos de los dos se aceleraron.

—¿Qué habrá pasado? —preguntó Alejandra con un nudo en el estómago y con los dedos cruzados.

—No lo sé ¡Pero no me gusta! —respondió Lluís.

Un cordón de gente, entre vecinos y curiosos, rodeaba el furgón de la policía. Lluís, mientras caminaba, le preguntó a un señor que parecía volver del suceso.

—Han encontrado una mujer muerta. Parece ser que vivía ahí —contestó el hombre amablemente y señalando el edificio donde vivían ellos.

—¡Sara! —gritó Alejandra entre dientes—. ¡No, por favor! —Por un momento le asaltaron a su mente las amenazas recientes y pensó lo peor.

Tan solo le faltaba un par de metros para llegar al cordón de curiosos, pero una barrera infranqueable le impedía avanzar. Alejandra empezó a deslizarse entre la gente intentando abrirse paso. No la dejaban. Estaba histérica. No podía acceder.

—Por favor, —gritó angustiada ¡Déjenme pasar!

Con la ayuda de Lluís consiguió atravesar la cadena de personas que

apalancados en sus posiciones parecían estar clavadas al suelo. Cuando pudieron traspasar aquel muro humano y se colocaron en primera fila se quedaron atónitos ante la escena. Un cuerpo yacía en el suelo del asfalto bajo un plástico dorado. Alejandra se adelantó unos pasos para abalanzarse contra el cadáver, intentando averiguar de quién se trataba. Un policía la detuvo.

—¡Señorita por favor!… ¡No puede pasar! —ladró uno de los agentes.

—Por favor… necesito saber si es mi hermana —suplicó rozando la desesperación.

—Lo siento. El fiscal está a punto de llegar para levantar el cadáver. Tiene el rostro desfigurado. No puede pasar.

Alejandra rompió a llorar. Lluís, la abrazó con fuerza mientras procuraba mantener la calma. ¡No podía ser! ¡No podía ser Sara!

—¡Agente! —dijo Lluís nervioso—. Necesitamos saber si es una mujer joven.

Otro policía se aproximó a ellos al ver la escena de la muchacha descompuesta y llorando. Sin vacilar preguntó:

—¿Es su hija?

—¿Cómo dice? —inquirió Lluís temiendo no haber escuchado bien la pregunta—. Necesitamos saber si esa mujer es su hermana.

—Tranquilícense —aclaró el agente—. Es imposible que sea su hermana, me acaban de pasar más información. Es una vecina del inmueble de más de sesenta años. Se llamaba, Elisa Hurtado.

—Elisa —susurró Alejandra envuelta en sollozos, al tiempo que notaba como las piernas le flojeaban.

En ese momento, alguien se abrió paso entre la gente y se dirigió a ellos.

—Alejandra… Lluís… —los llamó.

Éstos se giraron y se tropezaron con Sara. Parecía estar sana y salva. —Gracias señor, gracias… —rezó Alejandra al tiempo que abrazaba fuertemente a su hermana—. Creía que eras tú —añadió llena de congoja—. Menudo susto nos hemos llevado.

—Tranquila, ya pasó —dijo Sara dulcemente notando las convulsiones de su hermana. Todavía temblaba.

Sara, se encontraba en la terraza cuando sonó el timbre. Alejandra desde dentro de la cocina se aproximó a la puerta. Lluís, estaba al otro lado del umbral.

—¿Puedo pasar?

—Sabes que sí, tonto —dijo Alejandra juguetona.

Cuando llegó a la terraza se sentó en una de las sillas de mimbre y miró a sus vecinas con cara de pillo.

—¿Qué sucede? —preguntó Sara—. Tienes la misma cara que un niño cuando se sale con la suya.

—No vas desencaminada —contestó Lluís.

Alejandra tomó asiento. La cosa parecía ponerse interesante. ¿Qué se habría comprado ahora?

Lluís, sacó un pequeño objeto del bolsillo y lo depositó encima de la mesa.

—¿Has vuelto a cambiar de móvil? —preguntó Sara mirándolo.

—No es un móvil —negó Lluís con cara de satisfacción.

—A no… ¿entonces qué es? —interrogó Alejandra.

—Un descodificador de alarmas —puntualizó quedándose más ancho que largo.

—¿Cómo? —preguntaron las dos jóvenes a la vez pensando que les estaba tomando el pelo.

—Lo que habéis oído.

—¿Pero eso es legal? —preguntó Sara llena de asombro.

—Qué inocente eres, hermanita. ¿Cómo va a ser legal?

—No, no lo es —continuó Lluís con cara de pillo—. Pero piensa que vamos a quebrantar la ley con un buen fin y solo lo utilizaremos en caso estrictamente necesario.

—Ah, bueno… eso me deja mucho más tranquila —dijo Sara con sarcasmo.

—¿De dónde lo has sacado? Pensaba que esas cosas no existían —se interesó Alejandra.

—Tengo ciertas influencias.

—Ya… de reputación dudosa, me imagino —quiso aclarar Alejandra.

—Llamémosle así por poner un nombre —afirmó Lluís mientras cogía el artefacto en sus manos—. Me lo han dejado prestado. Funciona por ondas como Internet y bloquea la red donde están conectadas las alarmas dejándolas de funcionar temporalmente.

—¿Eso es posible? —preguntó Sara asombrada.

—Efectivamente y no solo eso, también las cámaras de seguridad. Emite una

señal que trastoca los códigos y dejan de grabar. Solo hay una pega.

—Ah, si… ¿cuál es? —inquirió Alejandra interesada.

—Este aparato solo funciona durante sesenta minutos. Entremos donde entremos, solo disponemos de una hora exacta. Un segundo más y se conectan todos los dispositivos.

Las dos hermanas se quedaron mudas y sin aliento.

—Dependiendo de la situación, una hora puede ser muy larga o muy corta. Solo de pensarlo se me ponen los pelos de punta —añadió Alejandra mientras se levantaba para traer unas cervezas.

—Esta noche he soñado con nuestra difunta vecina —continuó Sara—. Me la encontraba en el patio y me tenía una hora de reloj contándome chismes.

—Como siempre —dijo Alejandra—. ¡Qué pena! Realmente, ¿pensáis que se suicidó tirándose por la terraza como atestó la policía? No parecía que tuviera problemas.

—No lo sé. Desde que se quedó viuda, vete a saber lo que pasaría por su mente —agregó Lluís dándole un trago a la cerveza que le entregaba su vecina.

—Es curioso —dijo Sara—. Pero tan solo hace una semana del suceso y me pareció oír ruidos anoche en su casa. Claro me acosté pensando en ello y quizá por eso he soñado con la pobre mujer.

—¿Ruidos? ¡Qué raro! —continuó Lluís pensativo—. Si creo que no tenía hijos, ni familia cercana. De hecho, en el entierro, los únicos que estábamos, éramos los cuatro vecinos, la dueña del horno y de la carnicería. La verdad es que no sé qué pasará con el piso. ¿En estos casos quién se lo queda, el Estado?

Las dos muchachas pusieron cara de no saber la respuesta.



Capítulo 20

La oscuridad de la noche envolvía la ciudad de Valencia. La luna llena se escondía intermitente entre las numerosas y esponjosas nubes e iluminaba la plaza de L'Almoina, reflejándose de vez en cuando en el gigante ventanal de cristales situado a ras del suelo. Nadie transitaba por allí. El museo llevaba varias horas cerrado al público. Lluís, hizo acto de presencia en compañía de Sara y de Alejandra. Iban con mucha cautela y también con muchos nervios. Habían escogido el día y la hora oportuna según sus argumentos, pero eso no quería decir que hubieran acertado. Alejandra y su hermana se acercaron a la puerta del museo con una incontrolable flojedad de piernas. Era la primera vez en sus treinta años que Sara incumplía la ley voluntariamente, y todavía no sabía si tendría fuerzas para llevarlo a cabo. Su vecino, les seguía muy de cerca. Llevaba el descodificador de alarmas en la mano e intentaba ponerlo en marcha. Sara solo le pedía a Dios, que por favor funcionara y no las dejara colgadas. Atentas a Lluís, al que se veía bastante seguro de sí mismo, vieron como un pequeño piloto rojo situado por encima de sus cabezas cambiaba de color al verde. Al parecer, tenían vía libre. A continuación, los tres conectaron sus relojes. Tenían sesenta minutos exactos. Ni más, ni menos. Luego Lluís con manos hábiles y aparentemente expertas, se centró en la cerradura, tras enfundarse unos guantes y repartir un par a cada una de sus vecinas. Alejandra lo miraba sin dar crédito a sus actos. Parecía un ladrón profesional. ¿Quién lo hubiera dicho, con lo buen chico que parecía? Al momento, oyeron un clic y la puerta del museo se abrió. Sara miró sorprendida a su hermana. Al parecer, estaba resultando más fácil de lo que ella había pensado. Sin mediar palabra, entraron los tres en su interior. Decidieron no encender las linternas a no ser

estrictamente necesario. Gracias a sus paredes de cristal, la estancia estaba iluminada por las farolas de la plaza. Esa noche era propicia por la luna llena y de hecho estaba todo pensado, solo que no habían contado con semejantes nubarrones y con la posibilidad de alguna tormenta de verano. El silencio en el interior era espeluznante. Eso les hizo desarrollar más sus sentidos. Alejandra sintió un escalofrío. La temperatura dentro estaba varios grados por debajo del exterior. La sensación de frío sumado al hedor húmedo de las ruinas de hace miles de años, el entorno tenebroso y el temor a que les descubrieran, les puso los pelos de punta. Muy despacio, bajaron las escaleras metálicas. Iban pegados unos a otros. Habían llegado al piso inferior. Ante ellos tenían una superficie de 2500 metros cuadrados de subsuelo arqueológico. Enfrente se encontraban las preciadas termas, a la derecha, el cruce entre Cardo Máximo y Decumeno Máximo y en principio su destino, a la izquierda, tres de las veinte tumbas encontradas. Una plataforma de metal unida a una barandilla les impedía bajar.

Lluís, fue el primero en descender, después ayudó a sus vecinas. Se dirigieron al punto cero. Iban muy despacio. Sara encendió su linterna e iluminó el suelo, imitando a su vecino. Alejandra miró el enorme ventanal solitario que tenía sobre su cabeza. La estancia se ensombreció y se vio obligada a encender también su linterna. Los tres empezaron a tocar, rascar, palpar, y observar todas las piedras que tenían ante sus ojos. Eso era como buscar una aguja en un pajar. Estaba más que claro que ese era el lugar correcto, ¿pero cuál era el punto exacto? Se separaron para avanzar más deprisa. El tiempo corría en su contra. Lluís, se acercó al Ninfeo. Intentaba buscar una señal, una pista. Nada. Sara se movía por el Hórreo, Alejandra daba vueltas y más vueltas por las termas. De repente, algo llamó su atención, empezó a oír voces y gritos por encima de su cabeza. Sin vacilar, levantó la vista hacia arriba y se tropezó con el lucernario de cristales. Dos chavales jugueteaban sobre la fina capa de agua que los cubría. Alejandra apagó la linterna y los restos arqueológicos se tiñeron de sombras salvo el tenue reflejo de la luna a su paso. Ella intentó esconderse, su posición era demasiado descarada. A una velocidad de vértigo salió de las termas, mientras los jovenzuelos se introducían cada vez más en el agua invadiendo todo el ventanal. Se veía claramente que estaban bebidos. Gritaban y reían sin parar. Alejandra iba de espaldas sin dejar de mirar hacia arriba cuando un pie le falló al no tener donde apoyarse y cayó a un agujero con una profundidad de un metro aproximadamente. Un suspiro de dolor salió de su boca quejándose en silencio. Del impacto, la linterna que tenía en la mano se encendió sin querer y, ella

sofocada y con el corazón a punto de estallar de varios sobresaltos seguidos, intentaba apagarla sin conseguirlo. Al fin, pudo lograrlo. Se frotó el brazo, intentando aliviar el dolor. Se había hecho daño al caer. Seguro que se había clavado alguna piedra. ¡Qué ganas tenía de salir de ahí! Intentó respirar profundamente para relajarse y al hacerlo observó la peste tan desagradable que despedía ese agujero. Entre dientes solo pudo decir:

—¡Qué asco! Miró de nuevo hacia el ventanal. Los muchachos seguían jugueteando ajenos por suerte, a la invasión de ella a esas horas de la madrugada.

—¡Joder! —se dijo—. No tenían otro sitio donde acudir.

Intentó moverse del lugar, algo se le estaba clavando en la espalda. Empezó a palpar casi a oscuras. ¿Qué era aquello? Si eran piedras… eran unas piedras muy raras. Desesperada y con una angustia insoportable por la desagradable pestilencia, decidió encender la linterna de la manera más discreta posible. En el mismo momento en que accionaba la luz dirigida hacia el interior de donde se encontraba, pudo apreciar que aquello era un nido de huesos humanos y que estaba sobre la tumba de varios cadáveres. Un ahogado grito salió de su seca garganta. Recordó en la visita anterior cuando el guía les había hablado de esos hallazgos. Intentó no gritar y las arcadas la dominaron. Se incorporó de allí en un instinto de supervivencia, llena de miedo y descompuesta por la repulsión. Justo en el momento en que intentaba salir de ese asqueroso foso, oyó como los jóvenes de arriba se empujaban entre sí y vio como uno de ellos, caía al suelo boca abajo clavando su cara contra el cristal. Alejandra volvió a agacharse, reprimiendo sus nauseas. El muchacho se levantó a duras penas y dijo dirigiéndose a su amigo:

—¡Hay alguien ahí dentro!

—¡Que dices, tío! ¡Estás borracho! —contestó el otro igual de ebrio.

—¡Te lo juro! He visto a alguien —volvió a repetir viendo que su amigo le tomaba por mentiroso—. ¡Asómate y verás!

—Yo me voy a dormir la mona. ¿Te vienes o qué?

Cogidos uno sobre el otro, los dos jóvenes salieron del ventanal chorreando y se alejaron de allí.

A Alejandra le faltó tiempo para salir de ahí y nada más poner los pies en el suelo, un susurro la sobresaltó:

—¿Estás loca o qué?, gritó Lluís enfadado. ¿A qué estás jugando? Te llevo buscando un rato y encima te dejas ver por esos idiotas de ahí arriba.

Alejandra estaba tan asustada que no pudo replicarle. En otra situación, se

hubiera defendido contradiciéndole por no tener razón. Ahora estaba a punto de llorar, pero no iba a hacerlo delante él y menos después de haberle echado semejante bronca. Sin rechistar, le siguió hasta que se unieron con Sara.

—Alejandra… ¿de dónde vienes?, llevas un tufo insoportable —dijo Sara al tiempo que le olía la ropa como si fuera un sabueso.

—Si yo te contara, hermanita —dijo apenas en un susurro mientras se sacudía el polvo.

—De momento, no hemos encontrado nada y el tiempo se nos está agotando —añadió Lluís bastante disgustado.

Alejandra se miró el reloj. Era más tarde de lo que pensaba. Tan solo les quedaban veinte minutos. Eso era muy poco, teniendo en cuenta que no tenían nada en absoluto.

—¿Qué propones? —preguntó Alejandra dirigiéndose a Lluís.

—No lo sé. Pero el Ninfeo está visto y no hay nada. ¿Qué tal tu zona? —Dijo dirigiéndose a Sara.

—Pues yo diría que tampoco. ¿Y las termas, Alejandra?

—¡Pues no lo sé! —dijo de mal talante—. Después de aparecer los borrachos de arriba, me he escondido dentro de una fosa llena de cadáveres, me he destrozado el brazo derecho y estoy que me muero de arcadas. Así que como he estado tan ocupada, no he podido registrarlas como es debido. Pero no os preocupéis, la próxima vez, me dejáis en casa como a una niña pequeña y asunto arreglado.

Sus ojos estaban a punto de estallar y sus mejillas enrojecidas por la cólera. Mientras, su hermana ponía cara de sorpresa y al mismo tiempo de repulsión por lo que estaba escuchando. Lluís, en cambio, se sintió culpable por su comportamiento.

—No pasa nada —pronunció su vecino suavemente intentando calmar la situación—. Nos quedan quince minutos. Lo registraremos los tres juntos.

Se pusieron manos a la obra. Revisaron las letrinas, las termas donde supuestamente había estado el agua caliente, después el agua fría. Aquello era una locura. No habían obtenido ningún resultado. Estaban exactamente igual que al principio. Desmoralizados, tocaron cualquier grieta, cualquier rincón, sus manos estaban llenas de polvo, sus uñas ennegrecidas. Nada. Sara, miró el reloj.

—No quisiera ser aguafiestas y meter prisas, pero nos quedan siete minutos. Y necesitamos tres para salir de aquí.

—¡Vámonos! —sentenció Lluís tajantemente—. No podemos arriesgarnos a

que nos pillen. Si eso ocurre se terminaría toda la búsqueda. Tendríamos que responder a muchas preguntas.

Alejandra estaba unos pasos más alejada y dentro de una de las termas. Empezó a tocar y a rezar al mismo tiempo. Tenía que estar por ahí. Pero estaban ciegos y no lo veían.

—¿Por qué? —se dijo la joven desesperada—. ¡Vamos papá… échanos una mano!

—¡Alejandra, vámonos! —repitió Lluís con cariño—. Eso ya lo he revisado yo y no hay nada. No podemos estar más tiempo aquí.

La muchacha seguía sin escuchar a su vecino. Arrodillada, palpaba y palpaba. Sin poder evitarlo, sus ojos se llenaron de lágrimas mojando el suelo. Sus manos levantaron algo de polvo por el ímpetu de no encontrar absolutamente nada. Consternada y con la sensibilidad nula por la lámina del guante, decidió quitárselo y volvió a tocar a ciegas sin saber bien lo que podía encontrar. De pronto, tropezó con algo duro rompiéndose una uña. Las yemas de sus dedos se tiñeron de color oscuro y desesperada empezó a quitar la tierra de encima para ver de qué se trataba.

—Alejandra… ¡Vámonos ya! —chilló Sara nerviosa—. ¡No tenemos tiempo! Si no salimos corriendo ahora mismo, no llegaremos a la salida.

—¡Esperad un momento! —susurro su hermana esperanzada—. ¡Creo que he encontrado algo!

Lluís y Sara se aproximaron corriendo, y arrodillados junto a ella le ayudaron en su búsqueda. Alejandra, se quitó el pañuelo que llevaba anudado al cuello y limpió la superficie. Era como un dibujo de piedra del tamaño de un puño, pero con relieve. No se lo podían creer: era una cornucopia. El símbolo de Valentia en la época romana. Tenía que tener algún dispositivo, algo, no podía ser solo la figura y nada más. Alejandra empezó a acariciarlo. Mientras, Sara miraba el reloj, tan solo les quedaban dos minutos. Ya no les daba tiempo llegar a la salida. Irremediablemente las alarmas empezarían a sonar en breves instantes y la policía les cogería en un santiamén con las manos en la masa.

Alejandra seguía insistiendo. Lluís le pasó un punzón para facilitarle el camino. Necesitaba sacarlo un par de centímetros del suelo para poder agarrarlo de alguna manera. Lluís, le ayudada desesperado. Sara empezó con la cuenta atrás. El último minuto se agotaba.

—Lo siento, chicos, pero irremediablemente nos van a coger —se lamentaba con los ojos pegados a la esfera del reloj como si estuviera hipnotizada. Empezó

a enumerar la cuenta atrás como un cohete a punto de despegar—. Cuarenta y cinco, cuarenta y cuatro, cuarenta y tres, cuarenta y dos…

Alejandra, consiguió agarrar el símbolo con la mano, olvidándose del escozor de sus dedos. No se había equivocado, sus corazonadas eran fiables. Fuertemente, intentó girarlo en una dirección. Sara seguía contando:

—Veintitrés, veintidós, veintiuno…

Nada. Aquello no se movía. Alejandra, empezó a maldecir en voz alta, saliendo de su boca sapos y culebras y golpeándolo con ambas manos de pura rabia e impotencia. Sara, mientras tanto, no quitaba ojo al reloj.

—Doce, once, diez, nueve, ocho…

En ese mismo instante y ante el asombro de los tres jóvenes, un ruido sordo, como el rugido de la tierra, se oyó por todo el centro arqueológico retumbando por los cuatro costados.

—¿Qué pasa? —preguntó Sara asustada.

—No lo sé… —contestó Alejandra sofocada—. El sonido parece que viene de… —perdió el equilibrio sin terminar la frase.

—¡Sujetaos bien! —gritó Lluís intentando agarrar a sus dos amigas. ¡El suelo se está moviendo!

No pudo continuar, porque a continuación la superficie donde estaban apoyados se inclinó hacia un lado como una balanza y los tres cayeron rodando al vacío sin poder remediarlo. Seguidamente, la enorme baldosa donde instantes antes había soportado el peso de ellos tres volvió a colocar su posición inicial dejando el lugar de las termas abandonado y sin ningún rastro de vida.

Sara empezó a toser ante las diminutas partículas de polvo que flotaban en el ambiente e inquieta ante la negrura donde se encontraban. Alejandra se sujetó el brazo herido con claros signos de dolor. Lluís intentó tranquilizarlas. La oscuridad era total.

—¿Estáis bien? —preguntó Lluís preocupado.

Las dos muchachas respondieron afirmativamente.

—¿Dónde estamos? —quiso saber una de ellas.

—No lo sé —negó Lluís—. Creo que debajo de las termas. ¿Tenéis las linternas a mano? Al inclinarse la baldosa han debido de caer con nosotros.

Las hermanas se agacharon sin reparo alguno y buscaron a tientas a cambio de unas décimas de luz. La incertidumbre de no saber dónde se hallaban las estaba corroyendo.

—¡La tengo! —gritó una de ellas—. He encontrado una.

Estaba tan nerviosa que no podía encenderla. Al final, un haz de luz tropezó con las paredes de ese reducido lugar. Lluís, se la quitó de las manos.

—Déjame ver.

El círculo de luz alumbró el espacio. Era pequeño. Más bien parecía una habitación de un par de metros con forma triangular. Pero lo más espeluznante era que aparentemente no tenía ninguna salida. Aquello más bien parecía una fosa o algo similar. Lluís, alumbró las otras dos linternas y el punzón.

—Hay que coger todo eso —ordenó dirigiéndose a las dos hermanas—. Nos pueden hacer falta.

—Estamos atrapados, ¿verdad? —sentenció Sara muerta de miedo.

—No lo sé… pero esto no tiene sentido —continuó Lluís—. Si hemos caído aquí, tiene que haber otra salida.

—Opino lo mismo —añadió Alejandra optimista—. Hay que seguir buscando si no queremos perecer aquí y quedarnos sin aire —otro agravante añadido.

Sara, notó un ligero movimiento unido a un suave roce a la altura de sus pies.

—¡Santo Dios! Algo se ha movido en el suelo —exclamó cargada de temor.

Lluís, alumbró el suelo y dos ratoncillos correteaban en busca de una salida. Sara no pudo evitar soltar un grito. Alejandra intentó calmarse. Parecía que la noche terminaba en ese putrefacto agujero. La pregunta era: ¿cuánto tiempo les quedaba?

—¡Esperad un momento! —expuso Lluís—. No hay que perder de vista a los ratones y si ellos salen de aquí, nosotros también.

—Sí, con el pequeño inconveniente de que nosotros no tenemos el tamaño de esos roedores… —exclamó Alejandra con sarcasmo.

—Nunca pensé que moriría en un lugar como este, enterrada viva y con vosotros dos a mi lado. —Sentenció Sara asustada.

Lluís, les alumbró la cara. Estaban desencajadas y con los ojos hinchados. Se aproximó a ellas y las abrazó.

—No os preocupéis os prometo que saldremos de aquí —les murmuró casi al oído.

A los pocos instantes, los ratones se perdieron por una de las rendijas del suelo. Lluís se agachó para inspeccionar el lugar con la linterna en mano. —Déjame el punzón —dijo dirigiéndose a Alejandra.

Ésta le obedeció enseguida. Se agachó a su lado y le dijo:

—¿De veras crees que vamos a poder salir de aquí?

—Por supuesto —afirmó lleno de convicción—. Por cierto —dijo dulcemente—, perdóname por haberte hablado antes así.

Ella le acarició la nuca en señal de perdón y le dijo:

—Mejor será que no perdamos tiempo. Todavía tenemos mucho trabajo por hacer.

En esos transcendentales momentos la salida inmediata era el objetivo más urgente. En sus bloqueadas mentes la búsqueda de la llave había desaparecido completamente. Tenían que evitar el permanecer en ese lóbrego tugurio a perpetuidad.

Lluís, intentó meter el punzón por las rendijas, pero para su desilusión, la salida por allí era imposible.

—Lo único que podemos hacer es inspeccionar esta habitación palmo a palmo —murmuró sin demasiada convicción.

Cada uno con su linterna en la mano se centró en una pared. Estaban hechas de grandes piedras y barro. Tocaron los bordes por si había juntas falsas. Golpearon las baldosas por si sonaban a hueco. Nada. Cansados se sentaron en el suelo, cada uno en una pared. Alejandra, apoyó la linterna encendida en el suelo proyectando la luz hacia el techo.

—Será mejor que apaguéis las vuestras, —dijo dirigiéndose a su hermana y a Lluís— no sabemos el tiempo que estaremos aquí y solo falta que se nos terminen las pilas.

En ese preciso momento desvió la mirada hacia el techo, levantándose rápidamente como si le hubieran pinchado el trasero con decenas de alfileres.

—¡Mirad eso! —dijo señalando hacia arriba.

En el mismo centro del triángulo había un bulto alargado. Era como algo envuelto en un trapo. Lluís se levantó rápidamente en compañía de Sara. El techo les quedaba muy por encima de sus cabezas. Subieron a Alejandra a hombros para alcanzar aquello desconocido. Ésta, encaramada como una gata sobre sus dos acompañantes y haciendo esfuerzos por mantener el equilibrio, estaba a punto de rozarlo, casi lo tocaba con la punta de sus dedos.

—¡Casi es mío! —chilló emocionada.

—Cógelo, hermanita… cógelo.

En cuanto lo tuvo seguro, tiró de ello con fuerza haciéndose daño de nuevo en el brazo lesionado y sin conseguirlo.

—No puedo —mencionó dolorida—. Debe estar enganchado en algo.

—Dadme el punzón. Voy a intentarlo de otra manera.

Alejandra se cebó con el filo de metal, dando sin ton ni son. Después de varios intentos fallidos, consiguió su propósito. Al instante, el enganche se soltó, accionando una especie de resorte y el envoltorio quedó libre.

—¡Lo tengo! —exclamó llena de alegría y sujetándolo fuertemente.

En ese preciso momento y antes de que pudieran ayudarle a bajar, uno de los extremos del suelo se empezó a mover abriéndose e inclinándose hacia abajo. Ellos, asombrados ante ese inesperado e intempestivo movimiento y sin poder evitarlo, cayeron por segunda vez donde la providencia les guiara. Descendieron rodando por una especie de tobogán de piedra de varios metros de profundidad, y tan solo se oyeron retumbando sus gritos y quejas de dolor. Resignados sin ningún tipo de control sobre sus cuerpos se dejaron llevar sin saber donde iban a desembocar. Sus cuerpos se detuvieron en seco, siendo golpeados contra un suelo desconocido.

Aturdidos y maltrechos trataron de incorporarse palpándose cada parte de su cuerpo.

—¿Estás bien? —preguntó Lluís preocupado mientras se acercaba cojeando a Sara, que se encontraba a tan solo un par de metros de él.

—Dolorida y asustada, pero bien —contestó apenas sin voz—. ¿Qué es esto? Estoy mojada. A no ser que me haya meado encima.

—Yo también estoy mojado —añadió Lluís—. Creo que hemos caído en una galería de alcantarilla.

—Pues ahora que lo mencionas… debe de ser eso porque hay una peste insoportable. ¿Dónde está mi hermana? —preguntó Sara angustiada mirando hacía un lado y otro.

—No lo sé. Debería de estar a nuestro lado —su voz era de puro miedo ante la posibilidad de que le hubiese sucedido algo malo.

—¿Cómo que no lo sabes? —le increpó Sara mientras se levantaba—. Tú la tenías sujeta mientras… ¡Dios mío!, no me digas que no ha caído con nosotros y se ha quedado allí encerrada —en ese momento, se puso las manos en la cara y empezó a llorar lamentándose—. ¡No debimos haber hecho esto nunca! ¡Es una locura! Nos creemos Indiana Jones y lo único que vamos a conseguir es dejarnos la vida en uno de estos tugurios.

Lluís la abrazó para consolarla. No podía tener razón. No la tenía. Encontrarían a Alejandra y la encontrarían enseguida.

—Sara, tenemos que ser fuertes y estar más unidos que nunca. Hemos de volver por donde hemos caído.

—Eso es muy fácil decirlo, pero imposible de hacer. ¿Cómo vamos a subir? Tenemos que llamar a la policía, si es que conseguimos salir de aquí. Dios mío, mi hermana Alejandra…

—Tranquilízate Sara, hemos de buscarla, y, ¿qué les vas a contar? Que entramos en el Museo a hurtadillas. Que lo revolvimos todo buscando una llave de las Torres de Quart. Que una de las baldosas de las termas es articulada y se comunica con un pasadizo y…

—¡Ya está bien, Lluís! Si es preciso, sí… Yo solo quiero que aparezca mi hermana, nada más —su tono reflejaba verdadera angustia.

—Lo sé Sara… lo sé, yo también.



Capítulo 21

El aire era viciado y escaso. El calor insoportable y los ánimos no podían estar más por tierra de lo que ya estaban. Alejandra, una mujer optimista y decidida como había sido siempre, se veía en esos momentos sumida en la desesperación. Su cuerpo estaba impregnado de sudor, de polvo, de arañazos. Le dolía hasta el último rincón de su cuerpo magullado. Todo eso lo hubiera mal aguantado en compañía de su hermana y de Lluís, pero para colmo de males, se había quedado sola. No tenía a nadie a su lado en ese negro agujero de mierda… eso era lo que más le atormentaba. La muerte segura en la mísera soledad. Todavía no entendía qué era lo que había sucedido realmente. ¿Cómo se había podido quedar sola? Había sido todo tan rápido, y el suelo se había cerrado tan deprisa que tan solo pudo rescatar una linterna que había quedado enganchada y el envoltorio encontrado y que había podido atrapar con dificultad. La luz de la linterna hizo un amago dejando por unos instantes el habitáculo completamente a oscuras. La joven la cogió rozando la consternación y dándole unos golpecitos consiguió que alumbrara de nuevo.

—No, ¡Dios mío, eso no! Si me quedo sin luz, me moriré —susurró sollozando.

Estaba tan desconsolada, que no se había preocupado de mirar el interior del paquete encontrado. Por un momento, la curiosidad le asaltó y alargando el brazo lo sopesó. En voz alta murmuró:

—Espero que todo esto valga tanto la pena como tú esperabas, papá —suavemente lo deslió con cuidado. Aquel trapo no era más que un trozo de sabana de algodón amarillenta y andrajosa, pero dejaba claro que guardaba algo en su interior. ¿Y si realmente era la llave de las Torres de Quart que andaban

buscando? No podría creérselo. Aunque ¿qué mérito tenía ahí dentro? El corazón se le aceleró más y más fuerte por la emoción de haber encontrado lo que buscaba, sumado al miedo de morir en esa tumba. Cuando consiguió abrirlo, sus ojos se llenaron de lágrimas. Era efectivamente una llave de metal, grande, con un olor intenso a no sabía qué… Sus casi dos palmos eran de hierro fino. No había duda al respecto de su antigüedad, posiblemente del siglo XV. Pero… ¿era la llave que buscaban? Rápida como el rayo, cogió la linterna y la iluminó. La inspeccionó de arriba abajo y pudo leer a lo largo de su tronco *Portal de Quart* grabado con una bonita letra. Estaba claro que habían dado en el blanco. Pero ¿de qué le serviría si no conseguía salir de semejante agujero?, su tono fue de resignación y con pocas esperanzas de escapar de allí con vida. Sin poder evitarlo, sus ojos se anegaron de lágrimas colmadas de rabia e impotencia. No volvería a ver a su hermana Sara, ni a Tía Rosa, ni a Lluís. De repente, hizo un inciso, se secó las mejillas humedecidas con las yemas de los dedos, se sonó los mocos, y sujetando la llave con fuerza la agitó al aire haciendo que su mente por unos instantes se olvidara del lugar donde se encontraba y, sin pensarlo, gritó:

—¡Ya la tengo papá!… ¡ya la tengo! Tenías razón. Solo espero que sea lo importante que tú creías… —Luego miró a su alrededor, respiró profundamente y dijo—: ahora solo falta salir de aquí. Me niego rotundamente a consumirme viva y a perecer encerrada —su tono tenía un ápice de fuerza y esperanza eclipsando la resignación.

Seguidamente envolvió la llave en el retal de tela maloliente y sin respirar se la guardó dentro de la camisa pegada a su pecho. De repente, se quedó inmóvil, le había parecido oír algo. Sí, parecía que venía de abajo. Tumbada en el suelo y con la oreja pegada a la fría piedra, afinó el oído. Su nombre llegaba a ella a duras penas, era como de ultratumba. Otra vez… le había parecido escucharlo ¡alguien la llamaba! Sería del más allá… Sería su padre pensó. Intentó ser sensata. ¿Cómo iba a ser su padre? De sus labios brotó una sonrisa, era Lluís quién la llamaba.

—¡Lluís, Lluís, estoy encerrada! —gritó desesperada y con todas sus fuerzas.

—Lo séeeee… intenta dar… —su voz se perdía por el túnel.

—No te entiendo. ¿Qué quieres decirme? —la angustia iba en aumento—. No sé cómo salir de aquí. ¿Me oyes?…

—Alejandra, escúchame… —ahora la voz de Lluís iba unida a dúo con su hermana—. Golpea el… Golpea el resort… Golpea el… —la voz se volvía a

perder.

—¿Cómo?… ¿qué golpee qué?… —Alejandra se sentó en el suelo e intentó pensar, golpea el… ¿Qué era lo que intentaban decirle? Inconscientemente, miró hacia arriba y vio el resorte donde había estado la llave anclada—. ¡Claro, ahora lo entiendo! —cogió rápidamente la linterna encendida y la lanzó contra el resorte. La linterna casi lo rozó cayendo al suelo. Volvió a cogerla de nuevo, empezaba a fallar por el golpe y por las pilas y, la lanzó por segunda vez. Esta vez estuvo más cerca, pero sin resultado. La linterna se apagó del impacto contra el suelo. Imposible hacerla funcionar por mucho que lo intentó. Las cosas empezaban a empeorar. Desesperada, a oscuras y llena de rabia e impotencia, la cogió por tercera vez y mientras la lanzaba con todas sus fuerzas, gritó:

—¡Va por ti, papá!

Debió de hacer blanco, porque segundos después se oyó de nuevo rugir el muro y el suelo se abrió entre sus pies. Cayó por el túnel a modo de tobogán al igual que lo hiciera anteriormente su hermana y su vecino. Pero ahora era ella la que gritaba sin saber donde iba a aterrizar. Pensó que cualquier cosa era mucho mejor que estar encerrada. Se dio de bruces contra el suelo haciéndole crujir todos sus huesos. Pero antes de que pudiera quejarse de dolor ya tenía a Sara y Lluís abrazándola sin parar.

—Me alegro mucho de volver a veros —fue su primer comentario.

—¡Qué susto nos has dado! —dijo Lluís cogiéndole la mano—. Estoy tan feliz de verte.

—¿Dónde estamos? —preguntó ella más repuesta de la caída.

—Creemos que es un colector de alcantarilla —dijo Sara sin soltarla—. De hecho, no tienes más que oler el ambiente. Es vomitivo.

Alejandra se palpó el pecho y observó que todavía permanecía pegado a ella. Con una sonrisa de oreja a oreja se introdujo la mano.

—Lo había olvidado —dijo tremendamente dolorida—. ¡La tengo!

—¿Quieres decir que has conseguido traerla? —dijo Sara con sorpresa.

Con todo este susto se le había olvidado la dichosa llave por completo.

Alejandra se sacó el envoltorio y la mostró a sus dos acompañantes de fatigas. Éstos, nerviosos, no podían creerlo. Después de tantas penurias al final podían tenerla entre sus manos. Fue Sara quién la cogió primero y leyó su inscripción en voz alta. Después, se la pasó a Lluís, que la observó con satisfacción.

—¿De verdad creéis que tiene algún valor? —murmuró el joven en voz alta.

—No lo sé, pero ¿por qué si no se iban a tomar tantas molestias en esconderla con este desmesurado interés? —abrevió Alejandra cogiéndola tras ver los ojos de ambición de su vecino.

—Tenemos que salir de aquí —sugirió Sara poniéndose en marcha— y hay que ponerla a buen recaudo. No podemos esconderla en casa y que nos la roben. Es demasiado valiosa. Además, sólo con las doce llaves juntas descifraremos su verdadero significado.

Después de envolverla de nuevo, intentaron salir de allí. Siguieron por el canal de agua hasta ver donde les conducía. Iban sin rumbo, a ciegas y caminando con dificultad.

—¿Dónde creéis que nos llevará? —preguntó Alejandra cojeando.

—Ni idea… ¿pero no dicen que todos los caminos llevan a Roma? —añadió Lluís con toque de guasa.

Después de casi quinientos metros sin encontrar nada parecido a una salida, sus fuerzas empezaron a decaer.

—Lo que daría por una buena ducha caliente y mi cómoda cama —dijo Alejandra cansada.

—Y yo —añadió su hermana casi sin aliento.

—Mañana, —continuó Lluís— seguramente no podremos movernos. Estaremos llenos de agujetas y magulladuras.

—Si salimos de esta. Habrá valido la pena, ¿no crees? —agregó Alejandra mirando a su hermana.

Ésta le sonrió dando su aprobación.

—¿Qué es eso? —preguntó Lluís señalando una abertura en la pared.

¡Parece una salida!

A tan solo unos pocos metros tenían una escalera de metal que ascendía hasta una tapa de alcantarilla. Ligeros como plumas por la emoción de salir a la calle y respirar aire fresco, ascendieron por la trampilla. Cuando llegaron al final, una boca de metal redonda les estaba esperando cerrada. Lluís la presionó con sus manos. No se movió. Luego unió la fuerza de su espalda. No hubo respuesta.

—Utiliza el punzón en la cerradura —le dijo Sara ansiosa por salir fuera.

Éste le obedeció rápidamente. La palanca de seguridad estaba realmente ajustada. Los nervios del joven estaban a flor de piel. Intentó una y otra vez sin ningún resultado. Al cabo de unos segundos, volvió a la carga de nuevo. Al final, pareció moverse.

—Creo que se ha movido —exclamó con un hilo de esperanza.

—Bien… Lluís, no te pares ahora —dijo Sara ansiosa.

El muchacho continuó casi sin fuerzas hasta que separó la palanca y la boca de metal quedó suelta.

—Necesito vuestra ayuda —añadió Lluís sudando sin parar.

Los tres jóvenes pusieron todas sus fuerzas en levantar la trampilla y lograron por fin el fruto que esperaban. Un tremendo sonido secó se oyó en la galería retumbando en su interior y la luz de la luna se filtró por el agujero. Lluís sacó la cabeza, no había nadie. Tras salir fuera, él mismo ayudó a sus vecinas. Después volvieron a colocar la tapa en su sitio y caminaron respirando hondo. A la luz de la luna pudieron observar el aspecto que llevaban. Estaban sucios, llenos de polvo y barro, sus ropas estaban mojadas y olían a cloaca, les dolía todo el cuerpo y, además, estaban repletos de moratones. Más bien parecía que venían de la guerra. Cualquiera que los hubiera visto les habría compadecido. Parecían tres indigentes, pero sin embargo, rebosaban de alegría. Había sido una noche inolvidable y habían conseguido su primer objetivo. Eso les hacía sentirse satisfechos y les daba fuerzas para la siguiente búsqueda. Dentro de unas horas, no podrían moverse por culpa de los dolores, pero eso ahora no les importaba.



Cuando entraron en el portal de casa, alguien oculto entre las sombras y colocado a varios metros de distancia daba las últimas bocanadas a un consumido habano. Nada más verlos desaparecer marco un número de teléfono.

—¡Acaban de llegar!

Una voz con tono enfadado y autoritario le llamaba la atención.

—¡Se suponía que no habían salido!

—Eso creía yo —dijo con tono de disculpa—. Se me han escabullido sin darme cuenta.

—¡Espero que no vuelva a suceder! —su voz era tajante—. Están sobre la pista ¿verdad?

—Creo que sí. De hecho el aspecto de los tres no es precisamente de dar un paseo por el parque.

—¡Maldita sea! Marc, ¡no les quites los ojos de encima! Quiero saber absolutamente todos sus movimientos, ¿entendido? —gritó desde el otro lado del auricular.

—Sí, pero no puedo controlar los tres a la vez —se quejó.

—No te preocupes por eso. Ya he pensado en ello y está arreglado. Tendrás refuerzos.

—Puedo entrar en su casa y comprobar si han encontrado algo —intentaba ganarse la confianza de su jefe.

—¡No! —chilló—. Déjalos que sigan dando pasos. Contrólalos, pero con precaución, y mantenme informado.

—De acuerdo.



Capítulo 22

A primera hora de la mañana y sin apenas haber conciliado el sueño por el agotamiento, el dolor y la emoción, Sara y Alejandra se habían arreglado temprano y en compañía de Lluís, habían acudido al Banco de Valencia para guardar la llave encontrada en una caja de seguridad. Después de varias propuestas, esa había sido la elegida para proteger y esconder el nuevo hallazgo. Regresaban a casa cansados y deseosos de poder cerrar los ojos durante un rato. El agotamiento hacía mella en sus caras, pero por otra parte, la curiosidad de buscar la segunda llave, ardía dentro de ellos fortaleciéndoles.

Al entrar en el portal de casa, y cuando se disponían a subir en el ascensor, una pareja de una edad semejante a la de ellos entraba en el patio. Después de los saludos pertinentes, la mujer de pelo muy corto y rubio platino se dirigió a ellos y dándoles la mano se presentó:

—¡Hola!, mi nombre es Erika y mi marido Gustavo —dijo dirigiéndose al hombre que le acompañaba—. Acabamos de instalarnos en el segundo piso.

—¡Hola! —dijo Lluís sonriente—. Yo soy Lluís, vivo en el primero y Alejandra y Sara viven en el ático.

Hubo un intercambio de sonrisas y frases educadas. Lluís se quedó pensativo por un instante. En el segundo piso tal y como le había dicho la mujer rubia, solo quedaba vacío el de la difunta Elisa Hurtado que supuestamente se había suicidado. Era muy raro que lo hubiesen vendido en menos de dos semanas y no sabía que tuviera familia cercana.

—¿Sois familia de Elisa? —preguntó éste, curioso.

—¿Cómo dices? —respondió la mujer rubia con cara de no saber de qué le estaba hablando.

—Que si conocíais a Elisa —continuó Alejandra.

—Perdón… —continuó la nueva vecina sin terminar de entender.

—Sí, cariño… hablan de mi tía —interrumpió su marido dulcemente—. Es que nosotros pocas veces le llamábamos por su nombre, siempre le decíamos tita —dijo en tono de disculpa.

—No sabíamos que tuviera familia —dijo Lluís.

—Sí, era su único sobrino y por circunstancias nos veíamos muy poco y ahora, mira ya no está con nosotros.

—Una lamentable pérdida, ¿no? —dijo Sara—. Era una mujer muy cariñosa.

—¡Sí, en efecto! Tan buena mujer y tan discreta —añadió Erika, la nueva vecina—. ¡Se nos hace tarde! —dijo mientras miraba el reloj.

Cuando subieron los tres al ático comentaban la presencia de sus nuevos vecinos.

—¿No os parece un poco raro? —dijo Lluís.

—¿El qué? —contestó Sara sin apenas mostrar interés.

—Que ya estén viviendo en el piso de Elisa. Ella me dijo un día que no tenía más familia que su difunto marido. Y cuando le hemos dicho el nombre le sonaba a chino.

—¡Lluís, como eres! Le sacas punta a todo —refunfuñó Sara—. Ha dicho que no la veía casi nunca, ¿no?

—Muy normal no es… —añadió Alejandra con claras dudas al respecto—. Además, Elisa era un torbellino con la lengua y me ha hecho mucha gracia cuando ha comentado que era muy discreta.

—De verdad, ¡cómo sois! —Sara no les hacía caso.

—Venid y mirad esto —susurró Lluís escondido detrás de las cortinas de una de las ventanas que daban al deslunado.

Las dos jóvenes se asomaron discretamente y descendiendo la mirada varios metros pudieron observar en una de las ventanas del segundo piso como el tal Gustavo, discutía con su mujer Erika. No podían oírlo, pero por los gestos, se deducía claramente una bronca en toda regla.



Era la hora de comer, Sara y Alejandra llegaban a casa de Tía Rosa. Con todo el ajetreo llevaban sin verla varios días. Estaban de vacaciones pero la búsqueda de

las llaves les tenía absorbido gran parte de su tiempo. Cuando entraron en la casa y las recibió su tía, las envolvió en besos y abrazos.

—¡Pero qué cara que traéis! No dormís bien, ¿verdad? —dijo Tía Rosa preocupada—. Alejandra, ¿sigues con las pesadillas, hija? Y tú, Sara…

—Tía, estamos bien —dijo Sara con una mentira piadosa para tranquilizarla —. No hemos dormido apenas esta noche porque hemos estado de fiesta. ¿Para qué son las vacaciones?, para disfrutarlas, ¿no?

—Y para descansar, que luego el año es muy largo —comentó Tía Rosa no muy convencida.

Se sentaron a la mesa y hablaron de sus cosas menos de lo que llevaban entre manos. No querían que su tía supiera nada al respecto. Primero, por no preocuparla y segundo, por no hacerla correr un riesgo innecesario.

—¿Qué tal tu relación con Paco? —preguntó Sara.

—Bueno relación, relación… —dijo Tía Rosa restándole importancia.

—Cómo que no… ¿Habéis quedado varias veces o no?

—Si… y es un autentico caballero, además, muy detallista. El otro día me trajo un ramo de rosas a casa sin ningún motivo. Solo porque le apetecía.

—¡No me digas! Vamos, que está coladísimo por ti —afirmó Alejandra encantada de ver a su tía feliz. Se lo merecía. Se lo merecía tanto. Además no había más que ver a su tía cuando hablaba de él, cómo se le iluminaba la mirada.

Transcurrió la tarde en un santiamén y cuando regresaron a casa vieron que Lluís estaba en la calle con Thor.

—¿Como lo lleváis? —preguntó el joven.

—Deseando coger la cama —apuntó Alejandra—. En todo el día no hemos podido pegar ojo.

—¿Cómo llevas el brazo? —preguntó Lluís muy interesado.

—Me sigue doliendo, pero no más que el resto del cuerpo.

—Ya os lo dije —añadió Lluís sonriendo—. Yo estoy igual, parece que me han dado una paliza. Pasaremos unos días así. Eso es la falta de costumbre de aventuras. Creo que mañana deberíamos tomarnos un descanso.

—Me parece una buena idea —declaró Sara destrozada.

—No os comprometáis para mañana por la noche, os tengo preparada una sorpresa —continuó su vecino.

—¿No piensas anticiparnos nada? —preguntó Alejandra ilusionada.

—Nada en absoluto —pronunció con una picarona sonrisa—. Solo os diré que os quiero bien guapas. Tenéis una cita conmigo a las ocho de la tarde.

—Me encantan los misterios —continuó Alejandra—. Creo que le estoy cogiendo el gustillo.

Mientras los tres jóvenes hablaban alegremente. Un hombre caminaba despacio, por su misma acera y se aproximaba cada vez más a ellos. Cuando tan solo le faltaban un par de metros, Lluís lo miró por el rabillo del ojo y le dijo:

—Qué tal, Pepe, ¿cómo estás?

—Bibiiien…

Lluís, se registró los bolsillos y se dio cuenta de que no llevaba la cartera.

—Lo siento, hoy no llevo… —dijo con desilusión.

—No papassssa nada —contestó con dificultad.

Sara miró en su bolso y le dio una moneda. Apestaba a alcohol y en el fondo, le dio pena. Parecía una buena persona.

—Toma, hombre —dijo mientras rozaba su mano al entregarle el dinero notando su piel reseca y áspera.

—Graccciciiias. Y mucho cuidado con los lobos que están al acecho —dijo en voz baja, casi en un susurro. Y, dando media vuelta, se retiró de allí.

Ellos se quedaron mudos. Era la segunda vez que Alejandra le oía decir esa frase y además, correctamente y sin tartamudear. Posiblemente estuviera borracho y no tuviera mayor importancia, y por supuesto ningún significado, pero ¿y si no era así? Lluís se adelantó unos pasos y sujetándole del brazo le dijo:

—¿Qué quieres decir con eso?

—¡Mucho cuidado! —dijo mientras se colocaba el dedo en los labios en señal de silencio.

—Pepe… te das cuenta de que ya no tartamudeas —dijo Alejandra que se había aproximado a ellos.

—Mucho cuidado —volvió a susurrar en un tono de voz apenas imperceptible mientras se alejaba.

—Pero… —Alejandra intentó detenerlo.

—Déjalo marchar —intervino Lluís—. Creo que no sabe lo que dice. Sus frases no tienen ninguna coherencia.

—Pero ¿y si no es así? —propuso Alejandra confundida—. Porque tartamudea solo a veces.

—No lo sé… —comentó Sara—. Pero no me voy a quedar para averiguarlo. Lo siento pero si queréis profundizar más en el tema, yo me retiro. Estoy muerta de cansancio.

Los tres jóvenes se esfumaron dentro del edificio mientas el indigente tartamudo se acomodaba en su banco de piedra. Después de hacer un hatillo con sus escasas y malolientes pertenencias y colocárselas de almohada, se acurrucó en posición fetal e intentó conciliar el sueño.



El gran ventanal estaba abierto, dejando pasar la agradable brisa de verano. Alejandra y su hermana se acicalaban para la sorpresa que les había preparado Lluís, y que por mucho que le habían preguntado no habían conseguido sonsacarle. Faltaba todavía media hora para que pasara a recogerlas, y mientras tanto se daban los últimos toques. Sara se terminaba de maquillar en el baño. Su cara, mucho más relajada por el descanso, reflejaba la frescura de sus facciones, mientras Alejandra escogía el traje adecuado dentro de la habitación. Tras amontonar varias opciones encima de la cama optó por un escotado vestido negro que realzaba no solo su figura y sus pechos, sino también su luminoso bronceado, se puso unas sandalias de tacón y sacó un fular que dejó encima de la cama. Recordaba las palabras de su vecino: «Quiero que os pongáis muy guapas y elegantes». En ese momento entró Sara perfectamente maquillada. Alejandra la miró indecisa:

—¿Crees que voy demasiado arreglada? Si al menos nos hubiese dicho donde vamos. Sabría…

—No digas tonterías —contestó Sara—. Estás preciosa.

En ese momento sonó el timbre.

—¡No puede ser! ¡Ya está aquí y yo sin vestir! —dijo Sara nerviosa viendo que se le echaba el tiempo encima.

—Tranquila, hermanita. Yo abriré mientras te vistes —dijo mientras se dirigía a la puerta y se colocaba el último pendiente.

Cuando vio a su vecino al otro lado del umbral, se quedó muda ¡Dios mío, qué guapo está!, pensó. Su camisa recién planchada, su pelo engominado y su penetrante perfume varonil, la hicieron estremecer.

—Pasa… —dijo apenas sin aliento.

—Estás preciosa —dijo Lluís con una sonrisa de satisfacción mirándola de arriba abajo—. Soy muy afortunado al tenerte a mi lado.

Alejandra le miró con dulzura y deseó abrazarle, en ese momento Sara hizo su aparición con un moderno y favorecedor conjunto de color camel. A los pocos minutos, salían los tres del garaje subidos en el Audi de Lluís. Los cuatro tenores de «il Divo» con su canción «Regresa a mí» les acompañaban dentro del vehículo. Su melodía hizo erizar el vello a Alejandra.

—¡Cómo me gusta este grupo! —dijo emocionada.

—Lo sé —añadió Lluís.

Bordearon la ciudad iluminada por orilla del río. Esa noche, Valencia parecía mágica. Algo había en el ambiente que les hacía sentirse en paz.

Pasaron por las Torres de Serrano, erguidas entre luz y sombras. Sara las miró de arriba abajo, eran sencillamente majestuosas. Pensó en todo el trabajo que les quedaba por hacer. Pero eso sería otro día, esa noche no pensaría en nada que le enturbiara ese momento. Su hermana iba delante con su vecino. Por un instante, vio como él rozaba su mano con suma delicadeza. Seguidamente, observó sus mutuas miradas. Se les veía tan felices. Sara pensó que sobraban las palabras. Una punzada de envidia sana se apoderó de ella. No le extrañaba, Alejandra, era realmente bella y en el fondo hacían muy buena pareja. Y qué decir de Lluís, que le parecía el hombre más maravilloso que había conocido hasta ahora y que se sentía bastante atraída por él, pero en ningún momento pensaba poner trabas si ellos decidían mantener una relación. Se alegraba tanto por su hermana. Tan solo quería su felicidad. Además, Lluís seguiría estando siempre en su vida como un buen y aliado amigo. Y quién sabe, a lo mejor incluso llegaba a ser parte de la familia. Una sonrisa de resignación brotó de sus labios mientras les dedicaba una mirada de admiración.

—¿No piensas decirnos dónde nos llevas? —preguntó Sara cortando el silencio que reinaba en el interior del vehículo.

—Todo a su debido tiempo —continuó Lluís mirándole por el retrovisor—. Ya estamos llegando.

Cruzaron el puente de Aragón y se dirigieron hacia la Alameda. Las dos muchachas estaban intrigadísimas. A los pocos minutos, el joven buscó un sitio para aparcar. Cuando salieron del coche ya no cabía duda. Estaban frente el Palau de la Música. Un Palau que brillaba con luz propia, gracias a su bóveda acristalada, sostenida por diez robustas columnas y situado en pleno Jardín del Turia. La inmensa fuente a sus pies lucía como un mágico espejo. Las dos muchachas se quedaron maravilladas ante tal visión. Una dulce música se balanceaba en el ambiente al mismo tiempo que los chorros de agua bailaban a

su son, acompañados de variadas luces de colores. Cuando concluyó la melodía Lluís cogió a cada una de sus vecinas por el brazo y les dijo:

—Chicas, vamos que está a punto de empezar.

Nerviosas, entraron dentro. A través de la bóveda de cristales podían ver las estrellas que empezaban a aparecer. Les pareció precioso. Avanzaron siguiendo a decenas de personas hasta llegar a la sala Iturbi, donde tomaron asiento. La velada fue agradable y única, difícil de olvidar. El concierto sencillamente estremecedor con una acústica maravillosa. Cuando concluyó, Alejandra estaba fascinada, era la primera vez que veía algo así y sin pensarlo dos veces se acercó a Lluís y le dio un beso en la mejilla al tiempo que le decía:

—Me ha encantado. Gracias.

—Me alegro —dijo su vecino sorprendido y al mismo tiempo feliz por la reacción de su vecina—. Si cada vez que te invite, me vas a besar, voy a tener que hacerlo más a menudo.

Estaban saliendo del Palau rodeados del resto de espectadores. El trayecto hasta la puerta era de escasos metros. De repente, Sara cambio la expresión de su cara y apretando el brazo de su hermana le dijo:

—¿No es aquel joven el chico del lunar del bar Oro y Plata?

—Creo que sí —dijo ella mientras centraba toda su atención en él y se lo hacía saber a Lluís.

—Deberíamos seguirle… —atajó Lluís poniéndose en guardia. A lo mejor nos contesta algunas preguntas.

No le quitaron los ojos de encima clavándolos en su espalda como si fuera una cacería y el muchacho su presa. Vieron como salía del recinto en compañía de otro joven y, por suerte para ellos, a los pocos metros se despedían. La fortuna se ponía de su lado. Lluís, le siguió de cerca acompañado de sus vecinas. El joven del lunar, ajeno a quién le seguía, caminaba solo por la Alameda. Parecía que iba en busca de su coche. Lluís, lo adivinó e intentó atajarlo, si lograba coger el vehículo estaban perdidos. Avanzó deprisa y cuando estaba a tan solo un par de metros de él, le llamó.

—Perdona… oye… Juan.

El joven se giró al escuchar su nombre y su rostro paciente cambio de expresión reflejando angustia y miedo y confirmando que acababa de reconocerlo. Lluís, se puso a su altura intimidándole.

—Solo quiero hacerte un par de preguntas. Nada más… no quiero hacerte nada.

—No sé nada de nada. De veras… —dijo mientras le empezaba a sudar la frente.

Alejandra y Sara se acercaron y se colocaron una a cada lado del joven. Éste estaba aterrorizado, aparentemente sin motivo. ¿Qué daño le podían hacer ellos?

—Tan solo queremos saber ¿qué sabes de Andreu Subies? —preguntó Lluís intranquilo.

—Nada en absoluto —contestó el joven despacio.

—Creemos que eso no es verdad. ¡Tu cara te delata, chaval! —dijo Lluís vacilándole.

—¡Os juro que no sé nada! —volvió a repetir con la voz entrecortada.

—¡No me lo creo! —chilló Sara—. Cuando estuvimos en el bar se notaba que algo ocultabais. Solo queremos que nos digas donde podemos encontrarlo. No es tan difícil.

El joven del lunar, nervioso, se mantenía en sus negativas y en un momento de desespero intentó escapar del trío haciendo un quiebro, pero, Lluís le agarró de la camisa y muy enfadado le dijo:

—¡O me dices ahora mismo lo que sabes o te juro!… —voceó amenazante.

—¡No sé nada! ¡Os lo juro! ¿Cuántas veces te lo tengo que decir? —dijo gritando como un histérico.

—¡Ahora veremos si sabes o no! —el tono de Lluís era de un cabreo monumental.

Cogió al joven como un saco y lo arrastró hacía una fuente próxima que se encontraba a pocos metros y le sumergió la cabeza una y otra vez en el agua verdina.

—¿Pero qué haces? —gritó Alejandra sujetando a su vecino—. ¡Lo vas ahogar!

—¡Dinos lo que sabes ahora mismo o te juro que!… —Lluís parecía haber perdido los papeles. Sumergía al joven una y otra vez.

—¡Lluís, por dios! ¡Déjalo ya! —gritó Sara asustada.

—Hasta que no hable no pienso soltarlo —dijo enojado.

El joven estaba empapado hasta los pies y agotado de la falta de aire. En un momento de debilidad las piernas le flojearon y se dejó caer en el borde de la fuente. Lluís, le soltó de la camisa y se agachó a su altura.

—¡Será mejor que digas lo que sabes, ya! Si no… —y cogiéndole de nuevo y con intención de seguir lo que había dejado a medias.

—Espera… espera… —dijo el muchacho con el rostro desfigurado—.

Hablaré —tomó aire y respiró hondo. Después, como meditando lo que iba a contar dijo: Andreu Subies, es mi tío. Hace más de diez años que no lo he visto. No sabemos nada de él. Al principio, creíamos que se había marchado al extranjero, pero con el paso del tiempo, hemos llegado a pensar que está muerto.

—¿Por qué creéis eso? —preguntó Alejandra con gran pesar—. ¿Y por qué se fue sin daros una explicación?

—Exactamente no lo sé —continuó el muchacho más repuesto del chapuzón —. Cuando él se fue, yo tenía unos quince años. Lo que sí recuerdo era que había mucho revuelo en casa.

—¿Nunca has preguntado a tu familia nada al respecto? —preguntó Lluís arrepentido.

—Sí, varias veces y la respuesta siempre era la misma. «Tu tío Andreu y sus malas compañías, era un rebelde y siempre se estaba metiendo en líos». Eso era lo que decía mi abuelo. De hecho, unos días antes de que se fuera de casa, mi familia recibió varias amenazas y alguien entró en el bar destrozándolo por completo. Mi padre y mi abuelo no quieren oír hablar de él y por eso cuando me preguntasteis por Andreu en el bar, os di una negativa. Creemos que las personas que destrozaron el bar… —hubo una pequeña pausa en sus palabras— de alguna manera vigilan o vigilaban a mi familia.

—¿Por qué pensáis eso? —preguntó Sara confundida—. ¿Tenéis algún motivo para justificar ese temor?

—Sí —el muchacho se quedó mudo como si dudara en continuar—. ¿Quién me dice a mí que no sois vosotros los que estáis pendientes de mi familia?

Alejandra le cogió la cara entre sus manos, le miró a los ojos y le dijo:

—Te juro por lo que más quiero en este mundo, que no es así. Nuestros motivos para localizar a tu tío no tienen nada que ver en ese asunto.

El muchacho se frotó las manos como si tuviera frío, era comprensible. A pesar de hacer una agradable temperatura, estaba completamente mojado.

—Mi madre murió hace once años, pocos días antes de que mi tío Andreu despareciera por arte de magia —una sombra se posó en su mirada—. Se cayó por el balcón… al vacío. O por lo menos eso fue lo que las autoridades nos dijeron. Solo que ni mi padre, ni yo, pensamos que fue un suicidio. Creemos que de alguna manera, fue provocado, la empujaron o la obligaron a hacerlo.

—¿Tenéis alguna prueba? —preguntó Sara.

—Ninguna —continuó el muchacho—. La policía hizo las gestiones oportunas y consideró que había sido un suicidio. Intentamos remover cielo y

tierra y con eso nos quedamos. Sin respuestas… y sin ella. Por eso durante este tiempo he vivido en un miedo constante temiendo que en cualquier momento me suceda lo que a mi madre y lo peor de todo es… ¿que no sé porqué?

Los tres jóvenes se quedaron mudos ante el relato del chaval. Lluís se sintió avergonzado ante su comportamiento, e intentando arreglarlo, cogió al muchacho por el brazo y le ayudó a levantarlo.

—Lo siento mucho —dijo éste alisándole la ropa—. Vamos, te acompañaremos al coche. ¿Quieres que te llevemos a casa?

—No… —dijo tristemente el joven—. Lo tengo aparcado a tan solo unos metros de aquí. Es la primera vez desde hace diez años, que hablo de mi tío Andreu con extraños. Espero que eso no me repercuta de alguna manera.

—No te preocupes —contestó Alejandra—. Confía en nosotros.



Detrás de un ficus gigante de la Alameda, escondido entre sus enredados troncos y mezclado en la oscuridad de la noche, una sombra se ocultaba procurando no ser vista, salvo un punto rojo de luz que se hacía más intenso, seguido de una bocanada de humo. Había hecho bien en seguirlos hasta allí. Pensó que esas dos hermanas y su amiguito eran demasiado listos y estaban atando cabos con demasiada facilidad. No le cabía duda de que estaban obteniendo pistas de algún sitio. La pregunta era: ¿dónde? Si le dieran rienda suelta… se iban a enterar. Pero ya habría tiempo. Había aprendido a esperar el momento oportuno.



Capítulo 23

Sara, tumbada en la cama, se recreaba hasta la hora de levantarse.

No podía ahuyentar de su mente el tipo que amenazó a su hermana, bajo de su casa, y que posteriormente se encontraron en L'Almoina. No había vuelto a saber de él. ¿Querría decir que se había olvidado de ellas? No lo creía. ¿Y si había tomado otra táctica? De repente, unos golpecitos en la puerta la hicieron bajar de las nubes y situarse en la realidad.

—Sara ¿estás durmiendo? —preguntó su hermana al otro lado de la puerta.

—No, pasa. Estaba a punto de levantarme.

—Hoy tenemos un día movidísimo —añadió Alejandra en un fresquito pijama de algodón—. ¿Quieres que te prepare algo para desayunar?

—Sí, por favor. Estoy muerta de hambre. Me levantó enseguida.

Minutos más tarde y con los estómagos saciados, Sara sacó la libreta de su padre de su escondite y con la lámpara de infrarrojos encima de la mesa bajaron las persianas del salón intentando recopilar la clave de la segunda llave.

—Creo que deberíamos esconderla en lugar más seguro —dijo Sara señalando la libreta y dirigiéndose a su hermana—. Tenerla en casa me da un poco de miedo.

—Me parece una decisión bastante sensata. Podemos guardarla en la misma caja de seguridad donde se encuentra la llave del Portal de Quart.

—Esta misma mañana iremos al Banco de Valencia —continuó Sara—. Y ahora, centrémonos en las siglas de la libreta.

Muy atentas e intentando que no se les pasara nada por alto. Empezaron a pasar de la primera página a la segunda y así hasta llegar a la tercera donde se encontraba el Portal o Torres de Serrano. Ése sería su siguiente objetivo.

Alejandra, leyó en voz alta, mientras su hermana con lápiz en mano se disponía a anotar palabra por palabra iluminada por una linterna.

—Dice así:

> *«Donde lo humano y lo animal son uno, y la oscuridad es su aliada.*
> *Donde el poder sonríe, y las piezas encajan.*
> *Donde la unión, la astucia y el equilibrio, son los dones de la clave».*

Después de dejar que la luz volviera a entrar en la estancia y sentadas en sillas contiguas intentaban analizar semejante acertijo.

—¿Sabes qué quiere decir con eso? —preguntó Sara totalmente despistada.

—¡No tengo ni idea! Pero ya va siendo hora que le hagamos una visita a las Torres de Serrano, ¿no crees, hermanita?

—Por supuesto. Voy a darme una ducha. ¿Sabes algo de Lluís?

—Ha tenido una reunión.

—¿Pero no está de vacaciones?

—Sí, pero algo se ha complicado en estos días, y necesitaba ir un par de horas —dijo Alejandra mientras recogía el desayuno—. Luego le llamaré para decirle donde estaremos.



Era un día magnifico. Las dos hermanas, después de depositar la libreta en el Banco de Valencia habían decidido ir a las torres. Caminaban por la orilla del río mientras intentaban aclarar semejante enigma. Estaban perdidas por completo. Por más conjeturas que hacían, más liadas se encontraban. Pasaron por Blanquerías y cruzaron la avenida para situarse en el puente de Serranos. Ante sus pies, tenían uno de los Monumentos Nacionales más representativos de la ciudad de Valencia. Desde ese punto, su perspectiva era total, podían verlas al completo y de frente.

—¡Realmente son impresionantes! —dijo Alejandra con admiración.

—¡Lo son!

—He pasado por esta zona millones de veces —Alejandra pronunciaba sus pensamientos en voz alta—. Pero… hoy es distinto. Mis ojos están como embrujados. Además, estas torres son las que papá había dibujado en la cabecera de mi cama. ¿Lo recuerdas?

—Por supuesto —dijo Sara mirando a su hermana y viendo que estaba

tremendamente sensibilizada.

Cruzaron de nuevo y se encaminaron a los pies de las torres. Un foso seco y restaurado rodeaba parte de ellas, Sara se asomó a él intentando ver algo que le llamase la atención. Solo una estrecha escalera en la parte izquierda, daba acceso abajo. Por lo demás, aparentemente, nada de interés. Pasaron a través de la gigante entrada central que separaba las dos torres poligonales. Una enorme puerta de madera de pino, de dos hojas y más de seis siglos de antigüedad estaba abierta, y sujeta a los muros con gruesas cadenas. Alejandra la inspeccionó. Estaba reforzada con herrajes y clavos de hierro, y los agentes atmosféricos habían provocado la degradación del material leñoso ¡Sería demasiado bonito que la llave estuviera puesta en la cerradura!, pensó ilusionada. Por supuesto, no era así. ¿A saber dónde se encontraba? De nuevo, observaban las torres, esta vez por la parte de detrás: la parte sur que daba a la Plaza de los Fueros. Tenían aproximadamente tres alturas y varias aberturas de iluminación con arcos. Al fin, entraron en las dos salas de la planta baja y a simple vista nada les llamó la atención. Continuaron su excursión. Atravesaron una reja y la puerta que se encontraba abierta y empezaron a subir decenas de escalones de piedra. Sin aliento, pudieron observar que las pequeñas salas estaban completamente vacías. Restauradas recientemente y con una piedra caliza en perfecto estado de conservación, pero por lo demás, nada en absoluto. ¿Por dónde empezaban a buscar? Continuaron subiendo los escalones altos y con una fina barandilla de hierro. Turistas extranjeros y gente de la tierra les acompañaba en su visita. Las dos hermanas intentaban pasar inadvertidas como uno más de los visitantes. Pero en sus caras se dibujaba el asombro y la duda de no saber por dónde continuar. Una vez llegaron a la segunda planta se asomaron por las grandes aberturas. Curiosamente algo les llamó la atención. Las columnas de las naves interiores estaban rematadas con adornos esculpidos en piedra, con motivos vegetales, animales y humanos. Sara, le dio un codazo a su hermana señalándolos. Ésta le miró con cara de alegría.

—¿Crees que puede ser una pista? —preguntó Alejandra.

—No estoy segura, creo que deberíamos subir hasta arriba, todavía nos queda mucho por ver y algo se nos está escapando.

En lo más alto y detrás de las almenas, las vistas eran realmente espectaculares. La ciudad de Valencia lucía en todo su esplendor. Las avenidas repletas de coches. El antiguo cauce del río, lleno de multitud de gente divirtiéndose cada uno a su manera. Por la parte sur se podía ver el antiguo casco

de la ciudad con centenares de tejados y decenas de campanarios de las iglesias de alrededor. Alejandra estaba asomada entusiasmada. Por un instante, recordó haber subido de pequeña y, esa visión le emborronaba un poco su mente. En ese momento de confusión, alguien la cogió de la cintura haciendo un gesto de empujarla hacia el vacío. Alejandra se sobresalto, agarrándose como una lapa al muro mientras exclamaba un ahogado grito.

—¡Maldito seas, que susto me has dado! —dijo con una sonrisa e intentado borrar la cara de pánico al ver pegado a su espalda a su vecino Lluís.

Sara se acercó al verlo y le preguntó:

—¿Cómo sabías que estábamos aquí?

—Por el mensaje de tu hermana, y porque os he visto asomadas en el piso de abajo. ¿Cómo va la búsqueda?

—¡Mal! —dijo Sara mientras le daba el papel en el que estaban anotadas las frases.

Lluís, se separó de ellas unos metros y la leyó en silencio una y otra vez. Luego, acercándose a ellas, les dijo:

—Vuestro padre era único haciendo este tipo de juegos. Me hubiera gustado conocerle. ¿Habéis sacado algo en claro?

La negativa de sus vecinas le hizo volver a leerlo de nuevo. Alejandra le comentó que en el piso de abajo habían visto unas ménsulas que podían tener algo que ver con la primera frase. Juntos decidieron bajar a inspeccionarlas.

—Puede tener sentido, pero no sé… —dijo Lluís entre dientes—. Vamos a hacer las cosas bien. ¿Qué sabemos de las torres?

Fue Sara la primera en contestar ya que había recabado información al respecto.

—Fueron construidas por el maestro de la piedra Pere Balaguer, y de hecho hay una lápida conmemorativa de mármol dedicada a este buen señor en la entrada. Se construyeron entre 1392 y 1398. El portal se convirtió en la entrada principal de la realeza y personalidades importantes, ya que era la obra más significativa de la ciudad. Fue prisión durante tres siglos. Cuando dejó de ser prisión sobre el 1888 y trasladaron los presos a cárceles cercanas como la de San Agustín, las torres de Quart, la Ciudadela, el Monasterio de los Reyes y otras más, entonces, el Ayuntamiento de Valencia comenzó su restauración.

Lluís, la escuchaba atentamente junto con Alejandra. Unos visitantes se unieron a ellos escuchando la explicación y pensando que Sara podía ser una guía del lugar. Sara se detuvo llena de vergüenza viendo como era observaba por

los turistas. Éstos sonrieron y continuaron su visita. A continuación, la joven retomó la palabra.

—En 1937 y en plena Guerra Civil se habilitó para guardar ciertas obras del Museo del Prado de Madrid, temiendo por su conservación. La restauración a partir del desalojo de los presos ha sido muy laboriosa, y de hecho se podría decir que gran parte de las torres están reconstruidas de nuevo, desde las escaleras, las ménsulas, el antepecho y la hornacina de la nave central del primer piso, hasta las almenas de la parte superior del cuerpo central, fueron reconstruidas en los años ochenta. También es importante en el mismo periodo, la intervención realizada en las cuatro gárgolas escultóricas que hay en la parte sur. Parece ser que han sido reparadas y también sustituidas haciendo moldes de los originales.

—Veo que has hecho los deberes —comentó Alejandra admirando la memoria de su hermana.

Los tres jóvenes se asomaron por uno de los balcones de la parte sur para poder admirar las cuatro gárgolas que acababa de mencionar Alejandra.

Lluís, fue el primero en hablar.

—¿Sabéis que significa gárgola?

—Por supuesto —contestó Alejandra.

—Hay una leyenda sobre ellas que viene de Francia —prosiguió Lluís muy enterado en el tema. En la Edad Media, se utilizaron como desagües a través de los cuales se expulsaba el agua de la lluvia, evitando que cayera por las paredes y erosionara la piedra. Bien en catedrales, iglesias o edificios como por ejemplo en el que nos encontramos. Su función es decorativa y lo curioso es, que nunca se han encontrado dos iguales. Representan monstruos infernales, imágenes grotescas, muecas burlonas, tanto con forma de animales, humanas o mezcla de las dos. Cualquier forma era buena si conseguían su objetivo.

—¿Y cuál era el objetivo, aparte de escupir agua por las cornisas? —preguntó Sara.

—Custodiar el recinto de donde se encontraban. Hay varias teorías. Muchos historiadores opinaban que eran guardianes de la iglesia y mantenían alejado al Maligno. Otra interpretación era que se trataba de almas que no se les permitía entrar en las catedrales o iglesias por sus pecados. De ahí su aspecto terrorífico. Sin embargo, el mito de la gárgola nace de la antigua Grecia. Se le otorgaban poderes fantásticos y misteriosos y los utilizaban para socorrer al hombre, en las horas en las que éste era más indefenso, en la noche. Por el día las gárgolas se

quedaban quietas e inertes hasta que anochecía, entonces cobraban vida y volaban vigilando y dando ayuda a los hombres necesitados.

—¿Lluís, has oído lo que acabas de decir? —añadió Alejandra emocionada —. Hemos dado con la primera frase del acertijo.

—¡Tienes razón! —dijo Sara volviendo a leer la nota en voz alta. «*Donde lo humano y lo animal son uno y la oscuridad es su aliada*».

—¡La clave está en las gárgolas! —continuó Lluís, consciente de que sin proponérselo había acertado—. Tiene que haber algo en ellas que nos descifre parte del enigma. Lee la siguiente frase —dijo dirigiéndose a Sara.

—Ésta volvió a leer de nuevo:

«Donde lo humano y lo animal son uno y la oscuridad es su aliada».
«Donde el poder sonríe y las piezas encajan».
«Donde la unión, la astucia y el equilibrio son los dones de la clave».

—¿Qué quiere decir cuando dice «*el poder sonríe*»? —preguntó Sara.

—No lo sé —contestó su hermana pensativa—. Aunque teniendo en cuenta que esta era la puerta por donde pasaba la realeza, quién mejor que ella para reflejar el poder. Pero… ¿a qué piezas se refiere y dónde tienen que encajar?

—Quizá esa pregunta nos la revelen las gárgolas —sugirió Sara.

—Es posible —continuó Lluís—. Pero recapitulemos. Cuando dice «*Donde el poder sonríe*», estoy de acuerdo con lo que has dicho, Alejandra. Ésta era la puerta representativa de la ciudad y cuando la nobleza pasaba entre ellas, era signo de alegría. Pero hay una cosa que me llama la atención —por unos segundos se quedó pensativo. Luego, como si hubiera recordado algo importante dijo—: ¡venid conmigo!

Las dos muchachas le obedecieron siguiendo sus pasos. Subieron más escalones hasta llegar a la parte norte de las torres. Lluís se asomó por la barbacana fijándose en la parte de arriba del arco de la puerta principal, y luego miró a sus vecinas con una sonrisa de oreja a oreja diciendo:

—¡Creo que ya sé de qué piezas habla!

—¿Te refieres a la tracería ciega? —preguntó Sara.

—¡Claro! —añadió Alejandra—. De hecho, las torres de Serrano se caracterizan por su impresionante tracería. ¿Cómo no me he dado cuenta antes? —su respiración se había agitado por la emoción—. Toda ella fue sustituida a principios del siglo XX, salvo algunas piezas que se conservaron originales y que

tienen un color diferente, al estar compuesta por una mezcla de yeso y tierras naturales ricas en óxido de hierro, eso hace que le den un color que va del rojo almagra al anaranjado dependiendo de su degradación.

—Hemos de centrarnos en esas piezas originales —continuó Lluís con una sonrisa.

—¿Pero cómo saber cuáles son? —dijo Sara mientras se fijaba en la inmensa tracería que tenía a varios metros bajo de ella.

—¡Eso va a ser más difícil! —continuó Alejandra—. Si tenemos en cuenta que, hay quince tipos diferentes de piezas labradas con motivos vegetales colocados de forma aleatoria. Además, hay cuatro niveles, y después de la restauración del 2001 la diferencia del color de las nuevas a las originales, está bastante confuso.

—Tranquilas… Sara, lee por favor la siguiente frase —dijo Lluís.

Ésta sacó de nuevo la hoja y siguió leyendo:

«Dónde la unión, la astucia y el equilibrio son los dones de la clave».

—Me temo que esta frase está más que clara —dijo Lluís—. Cuando dice la unión, se debe de referir a que una sola persona, no puede lograrlo, la astucia, tiene que depender de nosotros, y el equilibrio… para poder acceder a las gárgolas y la tracería, hemos de descolgarnos, si no es imposible.

—¡Estás loco! —murmuró Alejandra—. ¿Cómo vamos a suspendernos en el aire y con una altura de tres pisos? ¿Cómo piensas hacerlo? O mejor dicho, ¿cómo crees qué vamos a hacerlo?

—¡Bajaremos con cuerdas! —añadió Lluís como si fuera lo más fácil del mundo—. Tranquilas… hice un cursillo rápido de alpinismo. Eso no creo que sea mucho más difícil.

—¡Ah sí!… ¿cómo de rápido? —preguntó Sara con sarcasmo.

—De tres horas —dijo Lluís entre dientes—. Bueno, a decir verdad, fue solo teoría. Pero siempre he querido hacer estos deportes de riesgo y ya va siendo hora de empezar.

Alejandra, miró a su hermana. ¡No podía creer lo que estaba oyendo! Pero por otra parte, si no se descolgaban como su vecino decía, nunca podrían averiguar el paradero de la segunda llave. Respiró hondo y dijo:

—¡Si tú bajas, yo también lo haré!

—Espero que no haga falta —añadió Lluís—. Con uno creo que será suficiente.

—Muy bien, puesto que ya lo tenéis todo arreglado —dijo Sara con temor—. ¿Cuándo vamos a hacerlo?

—Está noche —intervino Lluís—. De día es demasiado descarado y además, esto está lleno de gente. La policía nos detendría antes de llegar a nuestro objetivo.

—Hay un pequeño inconveniente —dijo Sara.

—¿Cuál, hermanita? Tú siempre poniendo pegas.

Sara, señaló los fuertes focos de luz instalados en el suelo y encarados hacia arriba.

—Por las noches, esos focos se encienden y el efecto es como si fuera de día.

—Habrá que poner remedio a eso —dijo Lluís con resignación—. Me encargaré de todo el material.

—¿Cómo vamos a entrar? —dijo Sara nerviosa—. Estará todo cerrado y aquí no nos sirve tu descodificador de alarmas.

—Tranquilízate —Lluís le sujetó las manos transmitiéndole calma—. Saltaremos la verja y cuando lleguemos a la puerta, improvisaremos. Ahora, ¡os invito a comer! —dijo como si no le preocupara en el embrollo que se iban a meter pasadas unas horas.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo? —preguntó Sara con flojedad de piernas de solo pensar como terminaría la aventura.

—¿Me sirve de algo preocuparme antes de tiempo? —dijo con ironía.

Las dos hermanas negaron con la cabeza. Lluís, las cogió por el brazo a cada una y juntos bajaron las decenas de escaleras que les separaban de la calle.



Capítulo 24

Era más de media noche cuando las dos jóvenes, vestidas con ropa cómoda, se reunieron en casa de Lluís. Thor estaba encantado con sus invitadas y no se separaba de ellas ni un solo momento, lamiéndolas e invitándolas a jugar. Su dueño hacía un recuento de todo lo que se iban a llevar a la aventura de esa noche. Varias cuerdas, tres potentes linternas, dos arneses, unos alicates de electricista, los walkies, etc…

—Creo que está todo —dijo convencido mientras cerraba la mochila.

—¿Pues a qué esperamos? —continuó Sara inquieta.

—Es un poco pronto, a estas horas, y más en verano, la gente todavía está paseando por las calles o tomando algo.

—Sí, tienes razón —prosiguió Lluís—. Pero será mejor que vayamos tranquilos, aparquemos el coche y observemos cómo está la situación.

Juntos salieron del piso y tomaron las escaleras hasta el patio. El ascensor se oyó en ese momento y cuando ellos estaban a punto de coger la puerta de la calle y como por arte de magia, los nuevos vecinos del segundo piso aparecieron ante ellos.

—¡Hola buenas noches! —dijo la vecina rubia platino de pelo corto.

—Hola Erika —dijo Sara algo nerviosa.

—Vamos a tomar algo, ¿os queréis venir? —preguntó su marido Gustavo.

—No, gracias… —atajó Lluís excusándose—. Mejor otro día. Hemos quedado y vamos un poco justos de tiempo.

—¡Como queráis! —contestó el tal Gustavo un tanto receloso—. Otro día será.

Los tres jóvenes salieron a la calle sin mirar atrás. A tan solo unos metros tenían aparcado el coche de Lluís y se subieron apenas sin respirar. Alejandra, miró hacia atrás y la pareja no les quitaba ojo de encima.

—No me dan buena espina esos dos.

—¡Cómo eres, Alejandra! —dijo Sara—. Yo creo que estamos un poco sugestionadas.

—No sé qué pensar —dijo Lluís dirigiéndose a Sara—. Pero creo que estoy de acuerdo con tu hermana.

Estaba bien entrada la madrugada y, aparcados en una de las calles de detrás de las torres, estaban a punto de comenzar su búsqueda y su aventura. Sin vacilar, Lluís empezó a caminar seguido de sus vecinas. Habían acordado cómo lo iban a hacer y solo esperaban que fuera sobre ruedas y que no hubiera ningún tipo de complicación.

A Sara le flaquearon las piernas cuando tuvo enfrente las Torres de Serrano. Alejandra, en cambio, respiró hondo y rezó una breve plegaria. Entraron por la plaza de los Fueros, desde allí abajo las gárgolas se veían bastante pequeñas y apenas se divisaban los detalles. Como habían acordado, Sara se quedaría fuera vigilando algún posible intruso. Miraron alrededor en busca de algún extraño. De momento, tenían vía libre. Lluís se acercó con la mochila al hombro y se encaramó a la verja de hierro. Como un gato, empezó a escalarla, y antes de que Alejandra pudiera decir ni pío, se había colado en el patio. Sara tocó el walkie, pero éste no funcionaba. Nerviosa, chistó en ese mismo momento para avisar a su hermana de que tenían compañía y ésta vio como un coche se acercaba.

—¡Maldita sea! —rumió entre dientes.

El coche pasó despacio por su lado y, una cara masculina se asomó por la ventanilla y dirigiéndose a Alejandra le dijo:

—¡Adiós, guapa!

La muchacha notó como el pulso se le aceleraba y un tremendo calor le subió por la garganta. Apretando los puños vio como el coche se alejaba y entonces intentó tranquilizarse. Lluís, mientras tanto, se había agazapado en un rincón. Cuando vio que el peligro había pasado y con una sonrisa en los labios le dijo:

—¡Vamos, guapa saltas o no! —susurró con sorna.

Alejandra le hizo una mueca y se dispuso a cruzar la verja. Se agarró como pudo y con la ayuda de su vecino consiguió llegar al otro lado. Cogió el walkie y verificó con Sara que todo funcionaba a la perfección. Al parecer, el mal funcionamiento del aparato había sido una falsa alarma. Su primer objetivo era

desconectar los focos en la parte sur encarados hacia la parte de arriba. No podían permitir que la luz les delatara. Lluís los apagó en un santiamén. Alejandra estaba sorprendida. Ese chico era una mina. Entendía casi de todo. Luego él la cogió de la mano y con mucha precaución subieron los escalones para acceder al primer piso. Se les presentaba el primer obstáculo. Una gran puerta de madera les impedía el acceso. Lluís miró la posibilidad de intentar forzarla. Pero comprobó que eso le llevaría demasiado tiempo y era algo que no disponían. A su izquierda, encima de las escaleras y a poco más de metro y medio, una abertura a modo de ventana les incitaba a subir.

—Si conseguimos entrar, estaremos en una de las salas y bajo justo de una de las gárgolas —dijo Lluís.

Alejandra lo intentó primero. No era demasiado difícil, con un poco de equilibrio lo conseguiría. A los pocos minutos lo había logrado. Lluís, le tiró la mochila y ella la depositó en el suelo, atenta a la subida de su vecino. Empezaron a sacar las cuerdas y demás enseres.

—Intentaré engancharlo en la misma abertura del segundo piso —dijo Lluís muy seguro de sí mismo—. Es difícil porque está demasiado alto. Pero si lo consigo podré subir por la cuerda hasta llegar a la gárgola que nos interesa.

Necesitó varios intentos hasta conseguir su objetivo. Luego se colocó el arnés y empezó a escalar. Lo hizo despacio, la falta de práctica de semejante deporte le hacía parecer un poco torpe. Pero era terco como una mula y a base de sudor y voluntad logró encaramarse en la gárgola que le interesaba. Cogió de su bolsillo una pequeña linterna para iluminar la figura de piedra y empezó a inspeccionarla sin saber qué era lo que buscaba. Al mismo tiempo mantenía el contacto con sus vecinas por medio del walkie.

—Es un león con un niño en su regazo —les describía—. Más bien parece como un símbolo de protección.

—Debe haber algo —intervino Alejandra—. Alguna señal, símbolo número, letra, no sé… busca.

Éste no paraba de mover la linterna intentando enfocar toda la figura, pero no resultaba fácil hacerlo estando colgado en el aire tan solo por una cuerda.

—¿Qué ves? —susurró Sara desde bajo.

—Poca cosa —contestó Lluís—. La piedra tiene un montón de pliegues. Ver algo aquí es francamente difícil. Además, se supone que estas gárgolas no son las originales, sino un molde de las autenticas.

—Si es un molde debería ser idéntica —dijo Sara—. Fíjate bien.

Lluís, con los ojos como platos ante cualquier señal, inspeccionaba la figura de piedra. Se centró en el león, sus patas, el cuerpo, la abundante melena. Nada. Metió la linterna en su boca donde aparecía el tubo del desagüe. Nada. Luego pasó al niño desnudo de corta edad que acogía entre sus patas delanteras. Lo miró cuidadosamente. Todas las muescas de la piedra le llamaban la atención, pero eran ilegibles. Subió por su cuerpecito hasta llegar a su cara, su expresión era de temor con la boca entreabierta. Continuó buscando y cuando llegó a la nalga del pequeño enfocó con más énfasis, parecía haber un signo. Más bien parecía un número.

—¡Creo que lo he encontrado! —susurró al walkie.

—De veras… ¿Qué has visto? —preguntó Alejandra emocionada.

—No sé —éste movía la cabeza hacía uno y otro lado intentando buscar algo coherente—. Parece… —permaneció callado unos segundos, mientras sus vecinas intentaban no respirar para no incordiar—. Creo que es… ¡sí, diría que es el número cuatro!

—¡El cuatro! Busca a ver si hay algo más —dijo Sara.

—Me temo que no… Voy a subir hasta arriba y entraré en la siguiente sala. Luego intentaré abrir la puerta que da a la terraza de al lado. Si lo consigo, tendré acceso a las dos gárgolas siguientes.

—De acuerdo, pero por favor, ten mucho cuidado —dijo Alejandra con dulzura.

Lluís consiguió llegar a la abertura de arriba y una vez en la sala vacía se aproximó a la puerta de madera. Ésta tenía una antigua cerradura. No le fue demasiado difícil poder abrirla. A los pocos minutos, se encontraba en la terraza. Aseguró las cuerdas, verificó el arnés y se dejó caer. La figura de piedra estaba a tan solo un par de metros. Intentó no mirar abajo, pero los ojos no le obedecieron. Vio la silueta de Sara en la calle como le miraba encogida y ajena a la presencia de una pareja de policías que se le acercaba por detrás. Lluís, sobresaltado perdió el control y se dio la vuelta de espaldas al muro, dándose con la cabeza en la gárgola de piedra.

—¡Joder! —murmuró para sus adentros.

Sara se llevó las manos a la boca al ver como a su vecino le fallaban las manos, cuando alguien le habló por detrás y la sobresalto aún más.

—¡Perdón, señorita! ¿Se encuentra bien? —dijo uno de los policías.

Sara se giró de un salto y notó como le hervían las mejillas. Intentaba mantener la calma pero estaba segura de que los nervios le traicionarían.

Menuda situación, pensó.

—Sí, sí gracias… —dijo con apenas un hilo de voz.

—¿Espera a alguien? No es normal encontrar una joven guapa como usted sola a estas horas de la noche. ¿Si la podemos ayudar en algo?

—No gracias. Estoy esperando a mi novio. Está a punto de llegar. No suele ser muy puntual, pero no tardará. —Sara notaba como le sudaba hasta el carnet de identidad.

—Muy bien. Buenas noches entonces —añadió el agente— y antes de marcharse volvió a mirar a Sara y sin poder contenerse le preguntó: Perdón… ¿nos conocemos de algo? —preguntó inseguro.

—No lo creo —contestó Sara secamente. ¡No se lo podía creer! O estaba intentando ligar con ella o qué demonios pretendía, precisamente en ese momento.

—Perdone… pero hay algo en su cara… no sé, sus ojos quizá… —Puntualizó el urbano confuso sin dejar de mirarla— debo haberla confundido… Buenas noches —terminó de decir mientras le saludaba con un gesto y se alejaban.

—Buenas noches —saludó Sara intentando no temblar y esperando que los policías no levantaran la cabeza más de la cuenta y descubrieran a Lluís en las alturas.

Mientras tanto, Alejandra, muda ante la visita inesperada que había recibido su hermana y acurrucada dentro de una de las naves, rezaba porque no les pillaran. Lluís, al ver que la vía se quedaba libre de nuevo se encaramó a la figura de piedra, y con la linterna en mano miró centímetro a centímetro. El aspecto de ésta era espeluznante, parecía tener enfrente al mismísimo Lucifer. Un cuerpo medio hombre, medio bestia, con pezuñas, garras y una expresión diabólica con la boca abierta. Ponía los pelos de punta a cualquiera que fijara los ojos sobre ella. Lluís se centró en la piedra olvidando la forma que tuviera. Solo esperaba que la tradición de las gárgolas no se cumpliera y en la noche no recobraran vida como en la Edad Media. Miró y miró sin descanso. Aquello era más difícil de lo que parecía. Estaba dispuesto a subir sin encontrar nada, dándose por rendido. A lo mejor, la clave no se encontraba en las cuatro gárgolas y solo estaba en alguna de ellas. Pero cuando estaba a punto de apagar la linterna, volvió a enfocar una de las patas. En la esquina de una pezuña había un garabato. Se acercó todo lo que pudo. Eran dos números. El uno y el tres. Era el número trece.

—Chicas… —dijo a través del walkie—. ¡Tengo otra clave! Anotad, es el número trece. ¡Esperar un momento! Estoy viendo algo en la otra pezuña. ¡Sí, hay otro número! ¡No me lo puedo creer! Hay algo más. Es el noventa y dos.

Lluís, apagó la linterna y se deslizó hacia la otra figura. Había hecho la mitad del camino pero estaba satisfecho, de momento, no se podía quejar. Esta otra, era un hombre con indumentaria de la Edad Media, con las manos sobre la cara y expresión dantesca. Repitió lo mismo de las otras veces esperanzado en encontrar alguna otra cifra. Aquí resultó mucho más fácil, entre el dedo corazón e índice un nueve se dejaba entrever. Rápidamente iluminó la otra mano y en la misma posición, un ocho se escondía entre los dedos. Después de transmitir las cifras a sus vecinas volvió a subir a la terraza. Se apoyó en el muro y dio gracias por tocar de nuevo tierra firme. Tan solo le quedaba una más, pero para ello debía de entrar en otra sala y forzar otra puerta. Se armó de valor y al cabo del rato, estaba echando la cuerda sobre la última gárgola. Se descolgó a través de ella y cuando se vio sobre la estatua de piedra la iluminó al igual que las demás. Se trataba de un hombre arrodillado, con facciones grandes, con un martillo en una mano y en la otra, ¿qué era lo que llevaba?, parecía una piedra. Lluís pensó que representaba al hombre trabajador posiblemente a cualquier picapedrero. Revisó la restaurada piedra. Después de repasarla minuciosamente sin ningún resultado, se centró en las herramientas que llevaba, y cuál sería su sorpresa al encontrar en la cara interna del martillo el número veintidós, y en la base de la piedra, el número uno. Alegre y ágil ascendió por la cuerda y transmitió a sus compañeras lo que acababa de encontrar. Sara había recopilado las cifras anotadas en un papel, ahora había que intentar descifrarlas. La voz de su vecino se oyó a través del walkie.

—¡Sara, tienes que salir de ahí, la pareja de policías vuelve de nuevo y van en tu dirección!

—Dios mío, si me ven no sé qué excusa ponerles, hace casi una hora que pasaron la última vez.

—Vuelve al coche… —dijo Lluís nervioso—, o mejor… si te das prisa entra en las torres con Alejandra.

Sara dudó por una décima de segundo, esperando ver entrar en la plaza de los Fueros al par de agentes. Al fin, se encaminó hacia la verja de las torres. No era demasiado alta y la flexibilidad del yoga le facilitó el camino. Satisfecha de su agilidad ascendió por las escaleras hasta ver a su hermana asomada. Ésta le ayudó a entrar en una de las salas. Juntas repasaban los números cuando vieron

una cuerda caer de la parte de arriba. Al momento, vieron la silueta de Lluís como descendía.

Sentados los tres en el suelo intentaban dar con el siguiente paso. Varias conjeturas se barajaban bajo las frías piedras de aquella sala. Por suerte, la policía había pasado de largo, tenían el camino libre, solo que pronto amanecería y el tiempo se les agotaba.

—Un momento, recapitulemos de nuevo… —dijo Sara concentrándose—. La primera frase ya está clara y hemos dado con las claves. La segunda, creemos que se refiere a la tracería de la parte norte y con estas cifras deberíamos tener la solución. Pero ¿porqué no lo vemos?… Los números son: cuatro, trece, noventa y tres, nueve y ocho o noventa y ocho, vete a saber, veintidós y uno. Aparentemente, no tienen ninguna relación.

—Igual que la tracería —continuó Alejandra—. Está llena de dibujos labrados sin guardar ningún orden compositivo aparente. Presiento que la clave tiene que ser más fácil de lo que parece.

—Llamémoslo así —dijo Alejandra con una tierna sonrisa.

—La tracería está dividida en cuatro niveles —continuó Alejandra—. Aquí aparece el número cuatro. Puede referirse al cuarto nivel. ¡Esperad un momento! Hay piedras originales del siglo XV, y XVI mezcladas con las nuevas. ¡Nos está dando la situación exacta de ellas! —dijo emocionada—. ¿Os dais cuenta? Lo dice en su frase: «*Donde el poder sonríe y las piezas encajan*». Solo tenemos que seguir los pasos, y daremos con ellas. Si las torres se construyeron entre 1392 y 1398…

—Alejandra, ¡ya lo tengo! —dijo su hermana—. Acabas de dar con la clave. El número trece y noventa y dos es el año en que empezaron y el noventa y ocho cuando terminaron su construcción. Solo nos queda averiguar qué significa el veintidós y el uno ¡Tenemos que subir!

—Me temo que hay un pequeño inconveniente —dijo Lluís con la boca pequeña.

—Ah, si… ¿cuál es? —preguntó Sara.

—Para poder acceder al piso superior hay que escalar por la cuerda.

—¿No hay forma de que puedas abrir la puerta de dónde estamos? —preguntó Sara.

—Me temo que no. Lo he intentado y me es imposible. La única posibilidad de que lleguemos a la tracería es ascendiendo por la cuerda.

—¿No hay otra opción? —preguntó Alejandra sudorosa.

—Lo siento —dijo Lluís—. Ya me gustaría facilitaros el camino, pero esto escapa a mis posibilidades. ¿Os veis capacitadas para poder hacerlo?

—No lo sé —dijo Sara—. ¿De cuántos metros estamos hablando?

—De seis o siete aproximadamente.

—¡Vaya! —dijo Alejandra—. Ahora me arrepiento de no haber hecho pesas en los últimos años. En cuanto salgamos de aquí, prometo apuntarme al gimnasio.

—Primero subiré yo y os lanzaré el arnés. Voy hacerle varios nudos a la cuerda para que podáis ascender más fácilmente —la voz de Lluís era de preocupación—. Y… ¿si lo intento yo solo?… puedo bajar hasta la tracería…

—¡De eso nada! —intervino Alejandra—. La última frase de mi padre decía: «*Donde la unión, la astucia y el equilibrio son los dones de la clave*».

—Tienes razón —continuó Sara—. Debemos permanecer unidos.

Como había prometido, su vecino escaló el primero y acababa de lanzar la cuerda anudada en espera de que treparan por ella. Fue Alejandra la primera en hacerse el ánimo. Miró la soga con respeto como quien controla a una serpiente desafiante. Cerró los ojos y se santiguó varias veces. Sin más preámbulos, se agarró a la reata como si en ella le fuera la vida y realmente así era. No podía fallar, tenía unos seis o siete metros hasta llegar a las manos de Lluís, que le esperaba ansioso. Los músculos de sus brazos estaban tensos a punto de engarrotarse. Nunca se había dado realmente cuenta del peso que tenía su cuerpo hasta ese terrible momento. Pensó: en cuanto baje me pongo a régimen. Los últimos tres metros se le hicieron un verdadero tormento. Los sudores le empaparon el cuerpo. Las fuerzas le flaqueaban, sentía en carne viva las palmas de las manos a pesar de los guantes protectores.

—¡No puedo!, no puedo… —suplicó mientras miraba a su vecino que le daba ánimos encima de ella.

El sudor y la angustia se apoderaron de ella ¡Dios mío! Exclamó desesperada. ¿Tenemos que pasar por todo esto, papá? ¿Para qué? ¿Tan importante era para ti? Tres preguntas formuló casi sin aliento, en una décima de segundo, pero no obtuvo respuesta. Mientras tanto Lluís no paraba de darle ánimos.

—¡Vamos… ya casi te tengo! No te das cuenta de que lo estás haciendo muy bien. Tu padre se sentiría orgulloso de ti.

Estas últimas palabras fueron un caudal de fuerza para la muchacha. Su

vecino la conocía bien. Supo inyectarle la moral necesaria, en el momento oportuno. Casi agarrotada y deshecha por el excesivo cansancio consiguió llegar hasta arriba, donde Lluís le estrechó la mano orgulloso de ella. Alejandra, se dejó caer en el suelo con la respiración agitada y a punto de llorar, mitad de angustia por el miedo que acababa de pasar, mitad orgullosa por la proeza que había realizado. Pasó el turno a Sara, era ágil y su principio no fue mal, pero al igual que su hermana, los tres últimos metros fueron un verdadero camino de espinas. Notaba como los músculos contraídos ya no los dominaba y a punto estuvo de darle una rampa, lo cual, hubiera tirado todo por la borda. Después de muchos esfuerzos logró llegar al piso de arriba. Recogieron los bártulos y se dirigieron hacia la barbacana encarada hacia el río. Colocaron dos caídas de cuerdas. Una a cada extremo de la tracería, esperando no necesitar más que una.

—Bajaré yo primero —dijo Lluís precavido y viendo el agotamiento de las dos mujeres—. Vosotras os quedareis aquí salvo que sea estrictamente necesario.

—¡Yo bajaré contigo! —dijo Alejandra ya repuesta del esfuerzo anterior—. Creo que bajar será más fácil que subir. Si es como un rompecabezas y hay que detectar las piedras originales, tú solo no vas a llegar a todas. Estamos hablando de varios metros de ancho por varios de alto. Necesitarás ayuda.

—Hay otro pequeño inconveniente —añadió Sara.

—¿Cual? —dijo su vecino.

—No necesitareis linternas —dijo con tono cínico—. Los potentes focos de bajo os iluminaran constantemente.

—¡Mierda! —exclamó Lluís—. Se me ha olvidado desconectarlos. Solo lo he hecho con los de la parte trasera.

—Ya no hay tiempo para bajar y volver a subir —intervino Alejandra—. Está amaneciendo. Rezaremos porque no nos vean y pasemos desapercibidos.

—Cada uno en un arnés, se deslizaron despacio esperando ser invisibles. Iban a la par. Lluís no le quitaba ojo de encima a su vecina. El panel de la tracería parecía mucho más pequeño visto desde la calle. La verdad es que era inmenso y cuidadosamente tallado. Los dibujos vegetales eran más grandes que la palma de la mano. Decidieron bajar hasta el primer nivel donde la arquería ciega se veía con piedra de diferentes tonos. Dedujeron que las oscuras de color rojo almagra hacia anaranjado debían de ser las originales. Pero había que seleccionar. Empezaron a hacer varias combinaciones de los números encontrados. Habían tocado casi todas las piedras y nada había sucedido.

—Espera un momento… —exclamó Alejandra—. Tú que estás a la derecha

intenta centrarte en la cifra 1392 y yo en la izquierda la 1398. Vamos a buscar un orden de arriba abajo, por ejemplo.

Los dos jóvenes empezaron a contar variando las posibilidades. De repente, Alejandra, dijo:

—Ya lo tengo.

Empezó a contar y las piedras encajaban según el número que había seleccionado. Lluís le imitó con su cifra, efectivamente encajaban, pero no sucedía nada en absoluto.

—Intentémoslo los dos a la vez —dijo Lluís.

Pulsaron la primera cifra y la segunda, después la tercera y, cuando pulsaron los dos el último número, un ruido sordo muy profundo se oyó en el interior de los muros.

—¿Qué ha sido eso?

—No lo sé, pero ha sonado muy fuerte.

—¿Estáis bien? —pregunto Sara desde arriba—. ¿Qué ha sido eso?

Su hermana le hizo una señal para tranquilizarla. Ignoraba lo que significaba ese horrendo ruido, pero algo le decía que iban por el buen camino.

—Nos quedan el número cuatro, veintidós y el uno —dijo Lluís.

—Creo que el cuatro es el nivel. Vamos a subir hasta el último dibujo.

Nada más ascendieron y empezaron a contar, sus dudas se disiparon. El cuarto nivel estaba formado por once enormes aros sin cerrar en la parte superior, en su interior albergaban varios dibujos, y en los extremos unas especies de hojas coronaban la tracería. Todas eran del mismo tono, menos la primera y la última, casualmente situados en los dos extremos, y se caracterizaban por un tono mucho más intenso y mucho más rojizo. Alejandra, empezó a contar, solo, la número uno y la número veintidós eran las originales de todo el entramado. Emocionados hasta la médula y con movimientos simétricos, los dos jóvenes intentaron girar, apretar o activar de alguna manera esas hojas. En uno de esos toques, otro ruido similar al anterior hizo que las hojas que habían estado manipulando sobresalieran unos centímetros del resto, al mismo tiempo que en el centro de la tracería se oía un derrumbamiento de piedras o algo similar. Asustados y precavidos no sabían qué iba a suceder. Por la situación y el estruendo escuchado, parecía como si las torres se fueran a derrumbar de un momento a otro. Alejandra, pensó que el resto de su vida se lo pasaría en prisión por haber destruido uno de los monumentos más significativos de la ciudad de Valencia. Después del ruido indescriptible, una fisura se abrió en

el centro de la tracería. Tenía alrededor de unos veinte centímetros. Alejandra miró a su vecino muda por la emoción.

—Tenemos que llegar al centro —gritó Lluís nervioso—. Voy a intentar columpiarme.

Alejandra le imitó. Al principio, no tenía impulso, pero poco a poco fue balanceándose y su diámetro se amplió. «Espero que la cuerda aguante», pensó. En uno de esos incontrolados movimientos se chocó contra el muro haciéndose daño en una pierna. Después de quejarse, intentó controlar la situación. Estaba a punto de llegar a Lluís. Casi… lo conseguía… Éste le tendió su mano en espera de su ansiado contacto. Una vez más… tan solo una vez más… y se acercó lo suficiente como para que su vecino la agarrara con fuerza. Juntos, abrazados y agarrados como una lapa se centraron en la fina abertura que había emergido en el grueso muro.

—¿Crees que la llave estará dentro? —Preguntó Alejandra mirando aquel agujero oscuro—. Cabe una mano justa, lo que no sabemos es la profundidad que puede tener.

—Solo hay una manera de averiguarlo —contestó Lluís decidido.

Éste se dispuso a introducir el brazo. Primero la mano, después la muñeca, el antebrazo. Algo lo entorpecía.

—No puedo… no me cabe más. Mi brazo es demasiado ancho —murmuró con tono de fastidio.

—¿Llegas a tocar algo? —preguntó Alejandra ansiosa.

Lluís negó con la cabeza.

—Creo que ha llegado mi turno —dijo Alejandra con esperanza, unida a algo de temor—. Espero tener el brazo lo suficientemente fino y largo.

Con cautela fue introduciendo la mano poco a poco. Notaba el tacto rugoso de la piedra. Sus uñas se arrastraban a ciegas por el diminuto túnel. De repente, una exclamación salió de su seca garganta.

—Ay… Lluís… creo que he tocado algo.

—Tranquila, intenta cogerlo.

La muchacha que había retrocedido el brazo unos centímetros, hizo un segundo intento. Algo rozaba sus dedos, lo sujeto y agarró con fuerza, después tiró de él con suavidad. Estaba a punto de salir a la superficie cuando, sin saber por qué, los focos del suelo se apagaron y se quedaron literalmente a oscuras. Una exclamación se oyó de la boca de la joven.

—Está amaneciendo, no te preocupes. Los focos deben de estar programados

—dijo Lluís suavemente.

—Pues me han dado un susto de muerte… ¡Casi se me cae el paquete al vacío! —dijo Alejandra con un bulto alargado y familiar en la mano.

Los dos se quedaron mudos. Por el aspecto del hallazgo deducían que habían dado con la segunda llave de aquel complicado galimatías.

Muy lentamente, la joven le retiró el pañuelo amarillento que la envolvía y asomó una antigua y enorme llave. Le pareció hermosa al igual que la primera. Mientras se deleitaban observándola, un ruido familiar pero más suave volvió a escucharse ante ellos. La fisura donde la llave había estado escondida se cerraba ante sus anonadados ojos. Lluís perdió el equilibrio y sin avisar, soltó a su vecina sin poder evitarlo. Ésta vio cómo se balanceaba de un lado al otro, al igual que Lluís, y sin ningún tipo de control. Temiendo que la llave corriera grave peligro, pudiendo caer al vacío, se la escondió entre la ropa segundos antes de que se volviera a estampar contra el muro.



Capítulo 25

Eran casi las doce del medio día y después de la noche tan larga y agitada que habían tenido los tres aventureros, Alejandra se retorcía de dolor sobre las suaves sabanas. Las agujetas de los brazos, del pecho, y el moratón del muslo eran un tormento. Estaba hecha una piltrafa. Muchas aventuras como ésta la dejarían fuera de juego. Menudas vacaciones, tan solo les quedaban una semana. «Qué rápido pasa el tiempo», pensaba. Oyó el ruido de la puerta de la calle. A continuación, la voz de su hermana. Pero… ¿con quién hablaba? Alejandra se levantó despacio y torpe. Le dolían todos los músculos de su cuerpo, hasta los que no sabía que existían. Salió de la habitación con un fresquito pijama de pantalón corto. Se dirigió al salón y a medida que se acercaba identificó la voz de la otra persona que acompañaba a Sara. Era Erika, la nueva vecina.

—Buenos días —dijo nada más entrar.

—Buenos días —contestaron al unísono.

—¡Vaya moradura que llevas en la pierna! —exclamó Erika mientras se le acercaba.

—Sí, me he dado un golpe tonto —contestó Alejandra restándole importancia.

—Pues ten mucho cuidado —le aconsejó su vecina con una sonrisa que a Alejandra no le gustó—. La verdad es que tenía mucha curiosidad por ver vuestro ático —añadió sin parar de cotillear—. ¡Tenéis mucho gusto! ¿Allí está la terraza? —dijo mientras se acercaba al ventanal.

Sara la siguió y juntas salieron fuera. Alejandra cada vez la soportaba menos. Cogió el periódico que estaba encima de la mesa, y sin apenas interés, le echó un

vistazo para hacer tiempo hasta que su vecina se largara.

—¡Dios mío! —exclamó sobrecogida.

En la esquina izquierda del Levante un titular en mayúsculas le asustó enormemente. Nerviosa, buscó la página que indicaba donde el artículo era más extenso. En el preciso instante en que su vecina y su hermana entraban de nuevo en el salón, Alejandra, cerró el diario y lo plegó. Su cara le delató. Sara la miró con curiosidad, parecía haber visto un fantasma.

—¡Me ha encantado! Espero que cenemos juntos algún día —Erika seguía en su papel de vecina amable.

—Cuando quieras —contestó Sara por compromiso.

—Ahora estáis de vacaciones ¿verdad? —preguntó Erika.

—Sí, nos queda tan solo una semana.

—Pues… ¿qué os parece mañana sobre las nueve en mi casa? —continuó Erika.

—Mañana… —Sara se quedó pensativa y miró de reojo a su hermana—. Pues no sé… —susurró mirando a su hermana que no gesticulaba—. De acuerdo, dijo con la boca pequeña.

—Ahora que pienso en mi casa no va a poder ser —detalló Erika en tono de disculpa—. Mañana vienen los albañiles. ¡Una pequeña reforma en la cocina!, durará dos o tres días. Bueno… si no os importa podemos cenar aquí y la siguiente noche lo hacemos en mi casa.

—Pues bien… —dijo Sara forzosa mientras miraba a su hermana y ésta le ofrecía una falsa sonrisa.

Le acompañaron hasta la puerta deseosas de quitársela de encima y cuando estaban a punto de cerrarla. Erika se miró las manos y dijo:

—Me he dejado el bolso y el periódico encima de la mesa. Esta cabeza mía…

—Voy yo —dijo Alejandra voluntariosa y escocida de dolores. Pero con tal de perderla de vista era capaz de cualquier cosa.

A los pocos instantes le hacía entrega de sus pertenencias con una forzada sonrisa.

—Gracias Alejandra, y cuídate esos moratones que no tienen buen aspecto. Yo conocí una vez a un tipo que por menos de eso le tuvieron que amputar una pierna por culpa de la gangrena… ya sabes.

—Mujer tampoco hay que dramatizar… —protestó Alejandra con cinismo maldiciéndola cien millones de veces… sería hija de puta.

—Por cierto… ¿habéis visto la noticia de las Torres de Serrano? —preguntó Erika clavando sus ojos en las dos hermanas.

Un terrible escalofrío y una tremenda flojedad de piernas invadió los cuerpos de las muchachas.

—No… —respondió Sara temerosa de lo que iba a escuchar.

—¡Ya no respetan nada! —continuaba la vecina—. Han destrozado los focos del suelo, han forzado algunas puertas y han encontrado restos de cuerdas en su interior. Parece ser que alguien se ha divertido esta noche. La policía está sobre la pista de una mujer que vieron por la noche husmeando el entorno.

Sara notó como las piernas no le sostenían y la leche del desayuno empezaba a agriársele. Alejandra posó una mano sobre su hombro disimuladamente para que mantuviera la calma.



Los termómetros instalados en la ciudad marcaban treinta y cinco grados. Ese final de agosto se presentaba bastante intenso, aunque no tardarían en venir las tormentas al igual que otros años. El sol brillaba en todo su esplendor haciéndose el dueño de esa mañana. El autobús de la EMT estaba casi vacío y recorría las calles principalmente habitadas por turistas. Rosa iba sentada en uno de los primeros asientos. Estaba como ausente. Su mente se había transportado a otro lugar, a otra época. Hasta ese momento, Paco se estaba filtrando en su vida e iba ocupando un lugar que crecía por momentos. Era cariñoso, sabía cómo tratarla y ella, sintiéndose sumamente halagada, se estaba dejando querer. Apenas llevaba mes y medio saliendo con él, si se podía llamar salir. Iban quedando de vez en cuando y había habido algún que otro roce. Todo parecía ir sobre ruedas. Rosa se sentía igual de ilusionada que una colegiala ante su primer amor y por primera vez desde hacía más de veinte años se volvía a sentir mujer. Eso le había ayudado a dejar en un rincón de su corazón a Miguel, el amor de su vida, el hombre de sus sueños y novio durante su juventud. Olvidarlo sabía que no podría, ni tampoco quería, no lo haría nunca. Significó demasiado para ella, y eso, ni el tiempo, ni Paco, ni nadie en el mundo podría borrarlo. Pero no podía vivir en el pasado toda su vida, se merecía ser feliz, y Paco se estaba ganando su cariño centímetro a centímetro. Sin embargo, algo atormentaba a Rosa esa mañana. Al principio, cuando empezó a citarse con Paco, le asaltaba como un

sentido de culpabilidad, sin ningún motivo aparente, pues ella se autoconvencía diciéndose que era libre como cualquier pájaro y no debía explicaciones a nadie. Ese sentimiento de culpa había ido desapareciendo como por arte de magia y pensaba que lo tenía ya superado. Pero esa noche había sucedido algo extraño. Algo que no conseguía quitarse de la cabeza y que de alguna manera la estaba atormentando. Las acentuadas bolsas bajo de sus ojos demostraban que no había pegado ojo, dejando que el cansancio hiciera huella en su rostro. Pensaba en lo ocurrido y se le erizaba el bello de los brazos ¡Dios mío! Se decía Rosa. ¡Había sido tan real! Cerró los ojos escondiéndolos en sus oscuras gafas de sol de Dior, y recordó, hasta donde le alcanzaba la memoria cómo se había desarrollado el sueño de esa misma noche. Se encontraba en su habitación, tendida sobre su cama. Todavía podía notar la calidez y suavidad de las sabanas, las caricias de unas manos fuertes que la volvían loca, los besos en la comisura de los labios, en el cuello, en los pechos. Notaba como se endurecían sus pezones, su piel se dejaba llevar por esas maestras manos, esas palabras dulces que la hacían sentirse la mujer más deseada del mundo. Se oía jadear de placer, extasiada de felicidad. Humedecida, notó como el miembro de su amante la penetraba una y otra vez. Al mismo tiempo que no paraba de escuchar cuánto la quería, cuanto la amaba y necesitaba ¡Dios mío, se sentía tan feliz! Rosa intentó recuperar su ritmo cardíaco acelerado al mismo tiempo que indagaba en su mente buscando una respuesta. Se quedó petrificada, al recordar el rostro de aquel hombre que la había colmado de placer y envuelto con su sincero amor, Miguel Roselló. No podía creérselo. Después de veintitrés años… La persona que había guardado en un trocito de su corazón esperando no volver a ver nunca, y ahora sin saber por qué, aparecía en sus sueños. Sobresaltada se había despertado sobre las cuatro de la mañana y enturbiada, no había podido conciliar el sueño el resto de la noche. Varias preguntas se formularon en su desvelo: ¿por qué no me dejas tranquila? Si no puedo tenerte, deja que por lo menos sea feliz con otro hombre. Por otra parte, recordaba las caricias, las palabras cariñosas de Miguel y eso la hacía estremecer. Contradiciéndose decía: ¿por qué te tuvo que salir ese trabajo fuera? ¿Por qué no me fui contigo? ¿Por qué?… ¿por qué?… Las lágrimas la acompañaron hasta que amaneció. Rosa, abrió los ojos y volvió a la realidad. Miró por la ventanilla del autobús. Su parada era la próxima, la del Mercado Central. Sus ojos estaban más brillantes de lo habitual y se sentía tremendamente sensibilizada. Esperaba no tener ningún contratiempo porque se pondría a llorar sin poder evitarlo. Frente al Mercado Central, respiró hondo. Como de

costumbre desde hacía varios meses, iba dos o tres veces por semana. De paso, visitaba a Paco y compraba algunas cosas sin importancia. Se adentró entre los puestos, el aroma a frutas y verduras, a salazones y olivas, le hizo recordar cuando conoció a Miguel ¡Cuánto tiempo había pasado desde aquello! ¡Veintitrés años ni más ni menos! Mientras sus pensamientos vagaban sin control, sus pies caminaban solos. Una voz la hizo despertar de su inconsciencia.

—Rosa… Rosa… ¿que no pensabas saludarme? —una voz masculina la abordó.

—Discúlpame. No te había visto. ¡No sé en qué iba pensando! —dijo Rosa con una piadosa mentirijilla.

—¡Te he guardado estos olorosos y dulces melocotones! —dijo Paco mientras le entregaba una bolsa. ¿Quedamos mañana viernes a cenar como siempre?

—Pues no sé… —dijo Rosa dudosa.

—¿Qué no te encuentras bien? —preguntó Paco sorprendido ante la negativa y al mismo tiempo preocupado—. ¡Te veo un poco ausente!

—No… estoy bien, tranquilo —su voz era poco convincente. Intentando arreglarlo y con una sonrisa, dijo: ¡sí, nos vemos mañana a la misma hora!

—Te invitaría a un café, pero hoy el mercado está a tope —dijo Paco disculpándose y en tono de fastidio por no poder estar más tiempo con ella.

—No pasa nada. Nos vemos mañana en mi casa —Rosa se despidió con una sonrisa picarona devolviendo la alegría a su pretendiente.



Eran casi las nueve de la noche. La mesa estaba a punto con cubiertos para cinco comensales. Entre Sara y Alejandra habían preparado unos montaditos calientes, una completa ensalada, algo más de aperitivo y una merluza en salsa con almejas. Cuando Lluís entró en la cocina, alabó el buen aspecto del plato, además, del olor tan exquisito.

—Tengo que felicitar a las cocineras —dijo mientras les daba un beso en las mejillas. ¿Sabéis que a la mayoría de los hombres se les conquista por el estomago?

—¿Ah, sí?… ¿Y a ti cómo se te conquista? —preguntó Alejandra con picardía.

—¡Sabes que yo soy muy facilón! —susurró Lluís sin parar de mirar a su vecina.

—Yo me voy de la cocina que se está caldeando el ambiente —dijo Sara en tono cínico viendo que sobraba.

Al momento, sonó el timbre. Sara se quitó el delantal y salió de la cocina para abrir la puerta. Alejandra no pudo reprimir un gesto de disgusto unido de un comentario:

—¡Todavía no entiendo cómo van a cenar aquí! Y la arrogancia con la que sucedió. Espero que pase pronto la velada, ¡porque no los soporto! Con lo bien que hubiéramos cenado tan solo nosotros tres…

—Tranquilízate —dijo Lluís intentando quitar leña al fuego—. A veces se hacen las cosas por compromiso. No le des más vueltas.

—Si pero una y no más… —recalcó la joven malhumorada.

Salieron al salón donde Gustavo y Erika acababan de entrar. Se saludaron mutuamente y tomaron asiento.

—¿Queréis tomar algo antes de cenar? —preguntó Sara en su papel de anfitriona.

—Sí, yo me tomaré una cerveza —dijo Gustavo.

—Yo otra —intervino su mujer.

La velada transcurrió con comentarios superfluos e intentando salvar la situación. Erika era una habladora nata, mientras que Gustavo era un potente observador. Se levantó en un par de ocasiones acercándose al mueble para comentar unas fotos de sus difuntos padres que le habían llamado la atención. También hizo una breve llamada de teléfono que sorprendió a los tres jóvenes. Hoy en día, todos llevaban móviles encima. Además, hubieran jurado que en alguna ocasión se lo habían visto, y sin embargo tuvo que utilizar su teléfono fijo. No terminaba de estar claro, pero por cortesía no pudieron negarse. Por fin, la velada concluyó y los vecinos se despidieron.

Sara se dejó caer en el sofá en compañía de su hermana después de recoger la mesa. Lluís, de pie y mirando a sus vecinas dijo:

—¿Os habéis dado cuenta lo cuadrado que está Gustavo?

—Sí, parece del ejército o algo así —dijo Alejandra dándole la razón.

—Dice que trabaja de profesor de gimnasia —añadió Sara inocentemente.

—¿Tú crees?, y, ¿qué me dices de Erika? —continuó Lluís—. ¿También es profesora de gimnasia?, porque tiene más brazos que yo.

—Ella es enfermera —continuó Sara—. Pero va muy a menudo al gimnasio.

—¡Y lo curioso que es Gustavo! —dijo Alejandra en tono de fastidio—. Se ha empapado bien de quienes eran todos los de las fotos.

—¡Cómo sois de mal pensados! —intervino Sara.

—Ya veremos hermanita… ya veremos… —añadió Alejandra desafiante—. Oye Lluís, este vino que has traído, que por cierto estaba buenísimo, se sube un poco a la cabeza.

—¡Depende de lo que bebas! —contestó Lluís mirándola con ojos de viciosillo.

Sara, viendo el panorama dijo:

—¿Sabéis lo que os digo?, que mañana recogeremos la cocina. Yo me voy a la cama.

Lluís, ocupó el lugar de Sara en el sofá. Se quedó mirando a Alejandra fijamente. Estaba preciosa. Las mejillas sonrosadas por el vino y los ojos chispeantes acentuaban todavía más su atractivo. Su blusa de seda dejaba un escote bronceado y tremendamente apetecible. Uno de los tirantes se resbaló por su brazo y Lluís en un acto reflejo y comiéndosela con la mirada se lo colocó suavemente sobre su hombro acariciándole la piel.

—¿Por qué no me besas? —preguntó Alejandra sin más preámbulos.

Lluís, perplejo por semejante pregunta y ansioso por besarla y tenerla entre sus brazos, intentó ser sensato. En otras circunstancias, se hubiera aprovechado de la situación abalanzándose sobre ella devorándola en besos y caricias, incluso tiempo atrás habría intentado hacerse con ella, pero… ¿qué le sucedía con esa mujer?… con la boca seca y acercándose a tan solo un palmo de ella, le respondió mientras la miraba fijamente rebosante de deseos carnales.

—¡No quiero que luego me digas que abusé de ti porque estabas bebida y no eras consciente de tus actos! —dijo en tono cínico para comprobar hasta donde era capaz de llegar.

Alejandra, sonriente y picaruela le cogió la cara entre sus manos y le besó. Fue un beso suave, algo cohibido, dudaba en ser correspondida, pero Lluís hizo que se convirtiera en un beso apasionado despejando totalmente sus dudas.

—¡Creo que te quise desde el momento en que te vi en aquel garito! —murmuró la joven.

—Alejandra, eres la mujer de mi vida —sus palabras sonaron tan sinceras—. En estos seis meses que nos conocemos he imaginado este momento centenares de veces. ¡Y yo que pensaba que solo me veías como un buen amigo!

—Al principio, no sabía si preferías a mi hermana o si ella te prefería a ti —

dijo Alejandra— por eso mi retraimiento hacia ti.

—Sara, siempre será para mí, además de mi vecina preferida, mi mejor amiga. Pero quisiera que tú fueras la mujer con la que compartiera mi vida.

Alejandra se acercó a Lluís y le susurró algo al oído. A continuación, se levantaron y se dirigieron hacia la puerta de la calle. La cerraron con llave y bajaron hasta el primer piso. Lluís abrió la puerta de su casa y Thor los recibió con zalamerías. Después entraron en la habitación y tras ellos cerraron la puerta. Solo las sabanas fueron testigos de lo que allí ocurrió. De las palabras cariñosas que se dijeron y de las caricias que recibieron los dos.



Rosa estaba encantada de tener a Paco en su casa. Habían terminado de cenar y una cosa le daba vueltas y más vueltas por su cabeza.

—Te veo distante. ¿Te preocupa algo? —preguntó Paco inseguro.

—No —después de unos instantes rectificó—. A decir verdad, sí —respondió Rosa con timidez—. Hace dos noches soñé con Miguel. Y no consigo quitármelo de la cabeza.

El rostro de Paco se turbó por unos instantes. «Otra vez la sombra de su antiguo novio se interponía entre ellos», se dijo para sus adentros.

—Piensa que solo era un sueño y los sueños no se pueden controlar —dijo Paco intentando controlar sus emociones—. Es muy difícil dirigir la mente. Hace, ¿cuánto?… ¿veintitantos años que no lo ves y no has sabido nada de él? Rosa, mereces rehacer tu vida, porque estoy convencido que él ya lo ha hecho. Seguro que estará casado y tendrá hijos. No te atormentes más.

—Sí, tienes razón Paco. Lo siento. No debí nombrártelo. No te lo mereces —respondió Rosa arrepentida.

—Sabes que puedes contarme todo, tanto lo bueno como lo que te preocupa —y acercándose a ella le dio un tierno beso. Ella le correspondió. Pero Paco la estaba conociendo bien y la notó más fría de lo habitual. Sintió una punzada de temor. ¿Era posible que pudiera perder a esa gran mujer? Tenía que conseguir que olvidara a ese hombre. Significaba una terrible sombra y una amenaza para mantener en pie su relación con Rosa, y ese desconcierto le atormentaba. Tendría toda la paciencia del mundo. Ella se lo merecía y bajo ningún concepto aceptaría la intrusión de otro hombre que no fuera él mismo. Y eso excluía totalmente a

ese antiguo novio suyo que todavía le rondaba por la cabeza. Las mujeres, cómo eran, nunca terminaría de entenderlas totalmente.

—¿Te pasa algo? —preguntó Rosa llena de culpabilidad por haber sacado a relucir a Miguel y viendo como su acompañante estaba ausente de aquella habitación.

—No, nada… —contestó dulcemente y adornado con una efusiva sonrisa recogió velas y decidió cambiar de tema—. ¿Qué sabes de tus sobrinas?

—Están bien —contestó Rosa más despejada—. Hablamos casi todos los días por teléfono. Dentro de poco empezaran a trabajar de nuevo. El verano se nos va de las manos —dijo con melancolía.



Capítulo 26

En la comisaría de policía de Valencia Centro los agentes andaban agitados. Vaya mes de agosto que llevaban. Los incidentes habían aumentado respecto al año anterior. Dos cadáveres encontrados sin todavía determinar las causas y sus identidades. La desaparición de un anciano y una niña de once años. Habían desarticulado una red de pederastas en la Comunidad Valenciana y las denuncias de los hurtos y robos con intimidación se amontonaban sobre la mesa del despacho del inspector Morales. Todos esos hechos entraban dentro de la normalidad de una Comisaría de Policía. En los treinta años que llevaba de veteranía en el cuerpo había podido investigar casos extraordinariamente extraños y algunos de ellos lo suficientemente macabros como para descomponer el estomago al más pintado, pero lo que realmente intrigaba al comisario en esos precisos momentos era la entrada clandestina y de una forma limpia y sublime al Museo de L'Almoina ocurrido hacía unas semanas. ¿Con qué intención lo habían hecho, si realmente no habían robado nada, o por lo menos nada que se hubiera echado en falta según el inventario? Habían forzado la puerta de una manera espectacularmente limpia y habían conseguido burlar la sofisticada alarma. Algo realmente ingenioso. Aunque hoy en día con los desactivadores en el mercado negro se podían hacer virguerías. Ni una sola huella dactilar… Sin embargo, habían dejado huellas de sus suelas por todo su interior sin preocuparse de que ello fuera investigado. Bien por ser unos inexpertos o porque las huellas eran tan comunes que difícilmente podrían ser detectadas. Solo tenían claro que eran un hombre y presumiblemente dos mujeres. Pero… ¿qué era lo que buscaban? Y ¿con qué intención? Y para más inri, ahora se introducían en las Torres de Serrano de una forma similar. Parecían

tener el mismo sello. Los focos habían sido desconectados limpiamente y los restos de cuerda indicaban que habían escalado o se habían descolgado. Pero otra vez la misma interrogación. ¿Buscando qué? Y sobre todo… ¿lo que buscaban, lo habrían encontrado? Esas preguntas sin respuesta le quitaban el sueño junto con otro puñado de casos que aparentemente tampoco tenían ni pies ni cabeza. Su intuición de policía y sus años de experiencia en el cargo le hacían sospechar que algo se escondía detrás de todo ese entramado. Ahora faltaba lo más difícil: averiguar de qué demonios se trataba. El inspector Morales sentado en su sillón hojeaba el informe sin conseguir descifrar que enigma se escondía ahí dentro. Alguien llamó a la puerta sacándolo de su afanosa meditación.

—¡Adelante! —dijo con voz firme.

—Vamos a patrullar el centro —dijo un policía con ojos negros como el azabache—. ¿Me había llamado?

—Sí, solo una pregunta. Moreno, estoy revisando el informe de las Torres de Serrano. ¿Dice usted que la cara de esa joven le era familiar?

—Yo no diría familiar —rectificó el muchacho decidido—. Me pareció bellísima y había algo en ella que… me recordaba a alguien. Nada más.

—¿Puedo saber a quién? —insistió.

—Pues lo curioso, es que no lo sé —su voz se mostraba insegura—. Es como si la conociera o la hubiese conocido en otra época.

—Ahora me contará el cuento chino que en otra vida —contestó el comisario Morales con sarcasmo—. Moreno, yo no creo en esas cosas tan raras de la reencarnación.

—Que no crea señor, no quiere decir que no existan. Si no tiene nada más que preguntar.

El comisario le hizo una seña para que se retirara y éste salió del despacho. Mientras caminaba, pensó en el rostro de aquella joven que vio durante unos escasos minutos. Lo que daría por volver a verla de nuevo.



La hora del ángelus se acercaba y la Plaza de la Virgen estaba tan concurrida como de costumbre. El sol lucía en lo alto, poderoso y embaucador, mientras una bandada de palomas asiduas del lugar, hacia su ronda matinal posándose sobre la conocida fuente central. La gente paseaba, tomaba algo en las terrazas de los

restaurantes cercanos o entraba y salía de la Basílica y de la Catedral. Concretamente, en el número uno de la mencionada plaza y situada justo enfrente de la Puerta de los Apóstoles de la Catedral, se encontraba la Casa Vestuario. Un sobrio edificio de estilo neoclásico de tres pisos, destinado principalmente para servir a los magistrados del Tribunal de las Aguas como lugar de reunión antes de asistir a los juicios celebrados en dicha puerta. Como era tradición desde hacía varios siglos, cada jueves a las doce del mediodía y cuando las campanas del Miguelete anunciaban la hora en punto con su ensordecedor y armonioso sonido, los ocho miembros del Tribunal de las Aguas en compañía del alguacil y ataviados con el típico y austero blusón de huertano como si de una toga de magistrado se tratara, protagonizaban uno de los juicios orales considerados como la institución más antigua de Europa. Su función: dirimir los conflictos por el agua de riego de los agricultores de la Comunidad de Regantes de las ocho acequias que lo formaban: Quart, Benáger i Faitanar, Tormos, Mislata, Mestalla, Favara, Rascaña y Rovella.

Pero esa mañana, en la sala de la Casa Vestuario, los ocho Síndicos del Tribunal sentados alrededor de la mesa de roble y sobre sus recios sillones de madera estaban más preocupados de lo habitual, y no era precisamente por los casos que les esperaban. Eran ya muchos los años de veteranía de todos ellos y sus juicios se basaban principalmente en la justicia y el respeto mutuo. Además, sus avanzadas edades les hacían estar curados de espanto. Sin embargo, la intranquilidad de aquellos ocho hombres en esos momentos había provocado un revuelo que se había convertido en una algarabía digna de estudiantes.

—¡Por favor!, mantengamos la calma —gritó Humberto Fernández, Jurado de Favara y presidente del Tribunal desde hacía casi cuarenta años.

Sus palabras fueron ignoradas por los demás componentes sumidos en protestas y quejas anegando la estancia en un clamor incomprensible.

—¡Señores! Por favor… —insistió de nuevo—. El caos no nos lleva a ninguna parte. Hemos de actuar con la sensatez que nos caracteriza.

El griterío que había dominado la situación convirtiéndose en el desequilibrio de la estancia empezó a bajar intensidad transformándose en un murmullo casi imperceptible.

—Señores, por favor… —persistió por sexta o séptima vez, mientras observaba como sus palabras iban haciendo mella en los demás presentes.

Al cabo de unos minutos el silencio fue absoluto y fue Humberto Fernández quien tomó la palabra:

—Comprendo vuestra incertidumbre y la comparto. Pero entenderéis que el diálogo es la única manera de buscar una solución —objetó Humberto Fernández viéndose de nuevo en poder de la situación.

—¿Qué propones? —preguntó Jaime Santos, jurado de Quart con las manos cruzadas encima de la mesa y en espera de una respuesta convincente.

—Sí, porque la situación es crítica —interrumpió Juan Alcázar, jurado de Mestalla, sin poder contenerse.

—Al igual que vosotros, —continuó el presidente del Tribunal—, desconozco quién o quienes han podido acceder al Museo de L'Almoina, los únicos datos que conocemos son mediante los medios de comunicación.

—¿Y qué nos dices de las Torres de Serrano? —preguntó Lorenzo Alonso, jurado de Rovella.

—Sí, tienes razón. El Museo hubiera sido un caso aislado y no de preocupar. Pero pienso al igual que vosotros, que las Torres guardan relación y ahí es donde hemos de tomar medidas. Si esto continúa… puede resultar un verdadero caos.

—¿Pero quién ha podido obtener los datos suficientes para llevar a cabo semejante rastreo? —preguntó el jurado de Quart—. Y lo que es peor, no sabemos si han culminado su búsqueda.

—No lo sé —contestó Humberto Fernández cabizbajo—. He estado repasando datos y las únicas personas que pueden encajar son las hijas de Jorge Ferrer.

—Sus hijas… —murmuró Adolfo Serrano, jurado de Mislata—. No es descabellada esa hipótesis.

—¿Y qué nos dices de su cuñada Rosa Soler? ¿Crees que ella también puede estar metida en el ajo? —preguntó uno de los síndicos.

—No lo descartemos. Cabe la posibilidad —afirmó Humberto Fernández—. Aunque durante todos estos años se ha limitado a criar a sus sobrinas y nada más. De todos es sabido. También es posible que esto haya sido tan solo una casualidad. Vamos a esperar. Hemos de estar atentos a cualquier novedad. Si las investigaciones persisten y avanzan en su búsqueda, entonces sí que será de preocupar e inevitablemente tendremos que tomar cartas en el asunto.

—Esperemos que esto no llegue a más… —murmuró Lorenzo Alonso, jurado de Rovella—. Y que tengas razón.

—Señores… ha llegado la hora, son casi las doce —apuntó el presidente del Tribunal de las Aguas mirándose el reloj y poniéndose en pie.

Todos le acompañaron, seguidos del alguacil que les esperaba paciente. Una

vez traspasadas las puertas de la Casa Vestuario y con la claridad del sol sobre sus cabezas, se abrieron paso a través de las decenas de personas que querían presenciar uno de los juicios orales más antiguos de la Historia. Los síndicos tomaron asiento en sus dispuestos e identificados sillones de madera que, colocados en círculo alrededor de la Puerta de los Apóstoles de la Catedral, les esperaban como cada jueves del año. Las campanadas del Miguelete retumbaron anunciando el medio día. Había llegado el momento. Seguidamente, el alguacil pregonando cada una de las acequias que representaban cada magistrado, fue reclamando la presencia de denunciantes y demandados.



Capítulo 27

Esa mañana de verano el sol lucía en toda su intensidad. Los tres ficus gigantes de los jardines de la Glorieta daban sombra a gran parte del lugar, en compañía de cedros, pinos, palmeras y encinas. En el pequeño parque infantil varios niños jugaban mientras sus padres sentados en los bancos próximos les observaban. Sara, deambulaba por los caminos de tierra empolvando sus sandalias. Iba pensativa, pasando por alto los bustos de piedra de varios pintores famosos. Hacía mucho calor y su frente y sus mejillas empezaban a brillar. Llevaba caminando un buen rato y al ver una fuente cercana, se dirigió hacia ella. El dios Tritón realizado en mármol blanco destacaba en el centro. Lo acompañaban otros seres de la mitología griega junto con dos delfines. Subió al pedestal, y sin pensarlo dos veces sumergió sus acaloradas manos en uno de los chorros de agua, acto seguido, se empapó el cuello y la nuca. Sintió una agradable frescura que le hizo volver a la realidad de nuevo. «Mucho mejor», pensó. Admiró los monumentales y centenarios ficus que tenía a su alrededor. Su multitud de raíces de todos los tamaños emergían de la tierra formando retorcidos nidos y difíciles laberintos. Tantas veces que había pasado por su lado y nunca se había parado a verlos tan detenidamente. De sus ramas brotaban cortinas similares a racimos de uvas. Eran de una belleza extraordinaria. Se detuvo ante el más grande y, sentada sobre una base de piedra en forma de banco y con el busto de un famoso pintor sobre su cabeza, intentó disfrutar del momento. Miró hacia arriba entusiasmada y al mismo tiempo sorprendida por la magnitud de semejante árbol, su copa debía de tener una superficie de casi cincuenta metros «¡Qué barbaridad!», se dijo. Después miró al frente, estaba en el lugar perfecto para su propósito. Tenía ante sus ojos la Puerta

del Mar. De las cuatro puertas grandes de la muralla cristiana, habían conseguido obtener dos llaves. La primera, del oeste, las Torres de Quart; y la segunda, del norte, las Torres de Serrano. Tenían todavía pendientes, en el sur, la Puerta de San Vicente, y en el este, la Puerta del Mar. Solo que las cosas empezaban a complicarse puesto que esas puertas estaban desaparecidas. En el supuesto lugar aproximadamente de la Puerta del Mar habían levantado un arco del triunfo, monumento en memoria a los caídos, siendo una reproducción casi exacta y a parecida escala de la Puerta del Real construida en 1801 y que pertenecía a la muralla cristiana de la ciudad y situada enfrente del puente del mismo nombre. Era difícil por no decir casi imposible que hubieran escondido la llave en ese monumento puesto que fue construido en 1946, mucho después de que derribaran la muralla en 1865. Sara miró el reloj. Eran más de las doce del mediodía. Esperaba que su hermana y Lluís hubieran visto la nota que les había dejado encima de la mesa. Alejandra no había pasado la noche en casa, de hecho, su cama estaba intacta. Dedujo que estarían durmiendo juntos. Tal y como se desarrolló la velada anterior, no hacía falta ser muy lista para saber cómo iban a terminar. En parte se alegraba por Alejandra, se le veía totalmente colada por su vecino y, ¿quién mejor que Lluís para el papel de cuñado?

Sara miró a su alrededor, ni rastro de ellos. Su mirada se tropezó con una pareja de policías que le pedían la documentación a un joven que iba en moto. Un calor sofocante le subió de pies a cabeza cuando reconoció a uno de ellos. Juraría que era el agente que se encontró en las Torres de Serrano… la noche que encontraron la llave. Sara, desencajada y asustada al mismo tiempo, se dio la vuelta intentando ocultar su rostro.

—¡Señor, que no me reconozca! ¡Señor, que no me reconozca! —se dijo en apenas un susurro.

Segundos después… alguien le tocó en el hombro sobresaltándola.

Sara se giró despacio con los dedos cruzados creyéndose reconocida.

—¿Qué te pasa? —preguntó Alejandra—. Pareces haber visto al mismísimo diablo.

—¡No te imaginas el susto que me has dado! —susurró Sara intentando reponerse—. Detrás de ti esta el poli que me vio la noche de las torres.

—No fastidies… —gruñó su hermana.

—¿Crees que si te vuelve a ver te reconocería? —preguntó Lluís consternado.

—Espero que no —respondió Sara a media voz—. Pero ese anuncio en el

periódico de que estaban tras la pista de una mujer me tiene muy preocupada.

—¡Será mejor que nos larguemos de aquí! —dijo Alejandra temiendo por su hermana.

—Esperad un momento —dijo Lluís—. Creo que son ellos los que se van.

Efectivamente, a los pocos minutos habían desaparecido. Sara, respiró hondo intentando recuperar el pulso normal. Alejandra se sentó a su lado y Lluís sacó un papel del bolsillo. Llevaba anotadas las frases del nuevo acertijo. Sara empezó a leerlas en voz baja:

«Donde despierta el sol y la ley se ilumina,
Donde los peregrinos rezan y los enfermos sanan sus heridas,
Donde las dos JJ y las ocho puntas, esconden las valiosas reliquias».

—¿Habéis sacado algo en claro? —preguntó Sara aturdida y sin saber por dónde empezar.

—Nada en absoluto —añadió Lluís—. Vuestro padre era de cuidado. Hay que ver cómo le fascinaban los enigmas, y ¡qué imaginación! —esta vez su tono era de admiración.

Alejandra se levantó del banco de piedra y cogiéndole el papel a su hermana hizo una observación.

—La mitad de la primera frase está más o menos clara; —puntualizó— cuando dice: «*Donde despierta el sol…*» de todos es sabido que el sol sale por el este, es muy posible que quiera decirnos eso. Al fin y al cabo, la llave que estamos buscando corresponde a la puerta ubicada al este, que era la Puerta del Mar.

—¿Y qué me dices de lo que sigue?: «*y la ley se ilumina*» —preguntó Sara totalmente despistada.

—Sinceramente, no lo sé —contestó Alejandra—. Pero espero que demos con la clave por la cuenta que nos trae.

—Y que me decís de la siguiente: —insistió Lluís—. «*Donde los peregrinos rezan*». ¿Nos habla de una casa de beneficencia o tal vez de una iglesia? Y cuando dice: y «*los enfermos sanan sus heridas*». ¿Quizá se trate de un hospital o algo parecido?

—Es muy posible que sea así —continuó Sara mientras se levantaba—. Hemos de ver todas las iglesias y hospitales de los alrededores. Claro que también cabe la posibilidad de que ya no estén en pie; no sabemos si nuestro

padre, al ingeniar el acertijo, se refería hace veintitrés años poco antes de morir, o nos habla de hace más tiempo cuando derribaron la muralla, que quiere decir, más de ciento y pico de años, o tal vez, mucho antes.

—Vete a saber… —intervino Lluís—. Cada vez el listón es más alto. Y qué me decís de la siguiente. Cuando dice: «*Donde las dos JJ y las ocho puntas esconden las valiosas reliquias*». Las dos JJ… —Lluís murmuraba totalmente perdido.

—Creo que deberíamos volver a casa y recopilar más información, aunque no se bien de qué. Replicó Sara desganada viendo la dificultad de la siguiente prueba.

—Me parece una idea sensata, Sara —contestó Alejandra cansada ya de pensar.

Horas después, el salón de Sara estaba inundado de libros de consulta, que iban pasando de mano en mano, apuntes, mapas antiguos y actuales de Valencia. Navegaban por Internet intentando buscar algo que les abriera las puertas de dicho enigma, solo pedían, una simple pista. Pero el resultado de momento era cero. Llevaban más de ocho horas ininterrumpidas, salvo algo de beber para no deshidratarse en un día tan caluroso como ese. Alejandra se sentó en el sofá desmoralizada y miró el reloj.

—¿Habéis visto qué hora es? —preguntó alarmada.

Sara, levantó la cabeza del ordenador y Lluís hizo una mueca para ver el reloj de su muñeca.

—Son casi la diez de la noche —insistió de nuevo—. Tengo la cabeza embotada, estoy muerta de hambre y como no lo dejemos en este mismo instante, creo que me voy a poner a gritar sin poder remediarlo.

—Tienes razón —dijo Lluís levantándose de la silla y colocándose al lado de su vecina—. Podemos darnos una ducha rápida y bajarnos a cenar por aquí cerca. ¿Qué os parece?

—Me parece buena idea —dijo Alejandra apagando el portátil.

—¡Tenéis media hora! —añadió Lluís mientras salía en dirección a su casa.



La noche era cerrada, tan solo la luz ámbar de las farolas alumbraban la calle Quart. Unas risas contenidas perturbaban el silencio del desierto barrio del

Carmen. Alejandra, con la mano en los labios, intentaba contenerse sobre algo gracioso que acababa de escuchar por boca de Lluís. Sara, a su lado sonreía silenciosa. La cena había sido deliciosa, pero las copas de después, les habían dejado con un buen humor a flor de piel. Estaban llegando al portal, Lluís sacó las llaves y dejó que entraran sus vecinas primero. Apenas tuvo tiempo de entrar siguiéndolas, cuando oyó una exclamación de dolor seguida de un grito de espanto. Sara, tremendamente afectada, señaló a un hombre que yacía de espaldas en el suelo del patio, y lo más alarmante era que estaba rodeado de sangre.

—¡Dios mío! ¿Estará muerto? —preguntó Alejandra asustada.

—Esperemos que no —murmuró Lluís mientras se acercaba al individuo.

—¡No toques nada! —gritó Sara.

—Solo quiero comprobar si está vivo, tranquila —replicó su vecino mientras le ponía los dedos en el cuello intentando notar el pulso.

Sin pronunciar palabra las dos muchachas pegadas una a la otra, como si ello les diera más fuerzas ante tal situación, estaban ansiosas por saber si aún se podía hacer algo por ese pobre hombre.

—¿Está vivo? —preguntó Sara desquiciada y con un hilo de voz.

—¡Voy a llamar a la policía! —chilló Alejandra nerviosa sujetando el móvil y con las manos temblorosas.

—Creo que aún tiene pulso —contestó Lluís muy preocupado—. ¡Llama y di que es muy urgente! ¡Que vengan enseguida!

Alejandra, intentaba no errar en su llamada, pero los nervios le estaban traicionando y tuvo que colgar y empezar de nuevo.

—¡Mierda! —articuló descompuesta y en voz alta.

—¡Creo que se ha movido! —añadió Sara asustada por el futuro incierto de ese hombre y sin quitarle ojo de encima.

—Si, tienes razón —Lluís, arrodillado ante él, le retiró el pelo de la cara para poder ver sus facciones. Desprendía un desagradable hedor añejo, inevitable signo de que hacía mucho tiempo que no tocaba el agua y el jabón—. Oiga no se preocupe estamos llamando a la policía. Enseguida vendrá una ambulancia —le dijo en tono de ánimo.

—No, no, noooo —susurró el hombre desde el suelo en un hilo de voz apenas imperceptible.

Lluís, arqueó las cejas. Hubiera jurado reconocer esa voz. Terminó de retirar el pelo dejando parte del rosto al descubierto. Estaba manchado de sangre, la

barba descuidada y el pelo enmarañado y largo no le dejaban identificarle. De repente, volvió a escuchar su hilo de voz.

—No, noooo. A la policía, nooooo.

—¡Dios mío! —se dijo Lluís con un terrible escalofrío.

Acababa de reconocerlo sin lugar a dudas. Al igual que Sara, que se encontraba a su lado y se llevó las manos a la boca impresionada. Era Pepe, el indigente que merodeaba por allí y dormía en un banco a los pies de las torres de Quart. Lluís, apenado ya que en el fondo apreciaba a ese hombre, le preguntó conmovido:

—¿Pero qué te ha pasado? ¿Qué te han hecho?

—A la policía nooooo. A la policía noooo —el indigente no escuchaba, tan solo insistía a media voz que no dieran cuenta del suceso. Ante el asombro de ellos, que no entendían por qué no quería que dieran parte del incidente y viendo su maltrecho aspecto, digno de la mayor de las compasiones, Pepe hacía intención de levantarse, por supuesto con una indescriptible dificultad, al mismo tiempo que se quejaba de dolor.

—¡No llames todavía, Alejandra! Espera un momento —dijo Lluís interrumpiendo la comunicación telefónica.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Sara—. No sabemos qué te ocurre y si puede perjudicarte que te muevas de dónde estás.

—Me han… dado una paliza. Esos… desgraciados… —terminó de decir a duras penas y con gran esfuerzo.

—Escúchame Pepe —Lluís trataba pacientemente de convencerlo—. Lo mejor es que llamemos al SAMU.

—No, no por favor. Estoy bien —susurró.

—¿Puedes moverte, o tienes algo roto? —preguntó Lluís desesperado.

—Noloooose —su voz apenas se escuchaba.

—Intentaremos darte la vuelta —añadió Lluís.

—¡No podemos moverlo! —gritó Sara asustada—. No sabemos nada de su estado y, ¿si eso le perjudica?

—Estoy bien. Solo un poco magullado —insistió Pepe entre dientes.

—¿Un poco magullado? —repitió Sara incrédula.

—Vamos a darle la vuelta —volvió a decir Lluís—. Ayudadme. Despacio, vamos, una, dos y…

—¡Santo dios! —exclamó Alejandra al verle el rostro. Estaba totalmente desfigurado. Los ojos hinchados e inyectados en sangre. Sus sucias ropas

parecían harapos y su cuerpo estaba hecho un ovillo—, necesitas que te vea un medico. Lo siento, pero voy a llamar. No puedo consentir…

—No, noooo. Por favor… júrame que no vas a llamar a nadie —volvió a decir apenas sin aliento mientras sujetaba el brazo de Lluís.

—¡No quiere que llamemos a nadie y no podemos dejarlo aquí! —dijo Sara angustiada—. Entonces… ¿qué hacemos?

—Vamos a subirlo a mi casa —añadió Lluís en un impulso repentino y sin saber muy bien qué hacer. Esperaba no tener que arrepentirse de su premeditada decisión—. Pepe… ¿crees que podrás con nuestra ayuda ponerte en pie y andar unos metros?

El indigente movió la cabeza afirmativamente. Y los tres jóvenes hicieron de tripas corazón, sin saber muy bien de donde sujetarle, porque por su aspecto parecían dolerle hasta las pestañas. Minutos después, lo dejaban caer sobre la cama. Una vez acomodado en la habitación de invitados, Lluís cogió el teléfono y llamó a un médico amigo suyo.

—… Perdona que te moleste. Sí… ya sé que es muy tarde. Necesito que vengas enseguida —Lluís hizo una pausa—. Si no fuera urgente no te sacaría de la cama a estas horas. Gracias… te debo una.

Estaba a punto de amanecer. Sara, volvió a repartir café. Necesitaban estar despiertos mientras el médico reconocía al maltrecho hombre. El pobre llevaba palos hasta en el rincón más escondido de su cuerpo. No sabían muy bien cómo había sucedido, pero ¡menuda panda de cobardes!, pegar a una persona hasta ese punto y sin poder defenderse. El médico se reunió con ellos en el salón después de reconocerle exhaustivamente, lavarle las heridas para ver el nivel de gravedad, curarle y darle algún calmante para que descansara.

—Ese tipo ha tenido mucha suerte. Tiene magulladuras por todo su cuerpo, me gustaría hacerle unas radiografías. A pesar de todo, y si no hay ninguna complicación, se repondrá en unos días.

—Menos mal —añadió Alejandra aliviada y con los ojos a punto de llorar. Solo conocía a ese hombre desde que se había instalado en el ático hacía tan solo unos meses, y reconocía que al principio le impresionaba el tenerle al lado e incluso llegaba a asustarle. Pero había llegado a darse cuenta de que estaba equivocada, en el fondo se veía buena persona, y se podía intuir claramente que tenía buen corazón. Tan solo había intercambiado algunas frases con él pero estaba convencida de que era una víctima más de la sociedad, como tantos otros que a lo largo de su vida se ven arrastrados a tomar un solo camino.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Sara quitándosele un peso de encima al enterarse de que se pondría bien.

—¿Sabéis quién es? —preguntó el doctor dirigiéndose a los tres.

—Es un indigente que merodea por los alrededores y tiene su domicilio bajo las Torres de Quart en uno de los bancos de piedra —contestó Lluís mientras daba el último sorbo de café.

—¿No llevaba documentación? —siguió preguntando el doctor.

—Nosotros no le hemos encontrado nada en absoluto —continuó Sara— solo sabemos de él que se llama Pepe.

—Debería de hacer la denuncia —prosiguió el médico—. La noche ha sido muy larga. Será mejor que descanséis. Por el tal Pepe no os preocupéis, dormirá durante varias horas. A media mañana, os llamaré para ver cómo va.

Cuando Sara y Alejandra cayeron rendidas en la cama, su última imagen antes de conciliar el sueño fue la cara del pobre Pepe envuelto en sangre.



Nada más despertar de su corto sueño, Alejandra llamó a Lluís por teléfono. Tenía cierta preocupación por saber cómo habían transcurrido las cuatro últimas horas. Su vecino le había tranquilizado, de hecho, su invitado todavía dormía, tras haberse despertado un par de veces. Más sosegada preparó el desayuno y se sentó a saborearlo en la mesa de la terraza. Tan solo les quedaban cuatro días de vacaciones y todo volvería a la normalidad. Se preguntaba cómo iban a continuar con la búsqueda de las diez llaves que les quedaban por encontrar. Cada vez las claves eran más difíciles y dispondrían de menos tiempo. Un ruido a su espalda hizo que volviera a la realidad, se giró y vio a Sara que entraba en la terraza con una taza de café en la mano.

—¿Sabes algo de Pepe? —preguntó Sara con los ojos hinchados por la falta de sueño.

—Sí… he llamado a Lluís y me ha dicho que aún dormía —contestó Alejandra mientras daba el último bocado a la tostada.

—¡Menudo susto el de anoche! —continuó Sara mientas tomaba asiento junto a su hermana—. Todavía estoy sobrecogida. ¿Te has enterado al final cómo ocurrió?

—No, y tengo curiosidad. De hecho, voy a bajar a casa de Lluís a ver si puedo ayudar en algo.

—Muy bien hermanita —añadió Sara mientras daba fin al café—. Yo bajaré más tarde, voy a poner la casa en orden, parece una leonera.

Mientras Alejandra bajaba por las escaleras se colocó una pinza en su larga melena y uno de los mechones más cortos lo sujeto detrás de la oreja. Llevaba una camiseta de algodón, y unos pantalones cortos. Llamó al timbre y Thor, al lado de su amo como un amigo fiel, le recibió envuelto en fiestas abalanzándose en señal de alegría y lamiéndole casi la barbilla.

—¡Hola Thor! —dijo contenta mientras no paraba de acariciarlo.

—¡Buenos días, Lluís! ¿Has conseguido dormir?

—Poca cosa —respondió mientras se le escapaba un bostezo.

—Vengo a relevarte —dijo Alejandra con una mirada picarona—. Da una cabezadita, mientras, yo me encargaré de Pepe.

—Acabo de hablar con Toni, el médico que lo visitó anoche —dijo Lluís mientras se dirigía a la cocina y conectaba la cafetera.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Alejandra muy interesada.

—Me ha preguntado qué tal había pasado estas horas y que en cuanto se despierte y desayune que le demos los calmantes y un buen baño.

—La verdad es que lo necesita, el olor es casi inaguantable —continuó Alejandra—. ¿Cuánto tiempo hará que no se ha duchado como dios manda?

—¡Vete a saber! Voy a ver si está despierto.

Alejandra se quedó en el pasillo hasta que oyó la voz de su vecino, entonces comprendió que efectivamente Pepe estaba despierto y se decidió a entrar. La habitación desprendía un hedor raro como a cebolla rancia o podrida. Enfrente y tumbado en la cama estaba el herido. Alejandra, notó como le daba un vuelco el corazón ¡Dios mío!, se dijo en silencio. Su rostro era un puro hematoma. Apenas si podía abrir un ojo provocado por el derrame y la inflamación, mientras el otro, estaba totalmente cerrado. Los labios hinchados por los golpes, parecían de silicona, las mejillas, con refregones de sangre seca y el pelo sucio y embarrado. Por encima de la sabana, le asomaban los brazos cubiertos de bello oscuro, y llenos de heridas y arañazos. Sus manos eran grandes, sucias y agrietadas, con las uñas ennegrecidas o de luto como hubiera dicho Tía Rosa si las tuviera delante.

—¿Cómo estás? —preguntó Alejandra a media voz; como si el levantar el tono pudiera hacerle daño.

—Mucho mejor —dijo suavemente y sin tartamudear.

Alejandra se percató enseguida de que había contestado a su pregunta sin ningún problema y quiso hacérselo saber. Pepe, se le adelantó diciendo:

—No sé cómo agradeceros… —hizo una pausa para coger aire y continuó— lo que habéis hecho por mí —se detuvo de nuevo, al parecer sentía dolor tan solo con el gesto de hablar—. Nunca lo olvidaré y espero que pueda devolveros el favor algún día.

—No tienes que devolver nada… —añadió Lluís— y además ahora lo que importa es que te repongas lo antes posible. De hecho, Alejandra te va a traer el desayuno y unos calmantes, mientras, yo te prepararé un buen baño. La joven se dirigió a la cocina dejándolos solos.

—Tomaré el desayuno y nada más —dijo Pepe mientras hacía intención de incorporarse en la cama—. Creo que será mejor que me vaya lo antes posible. No quiero ser una carga y además crearos problemas.

—¡De eso nada! —interrumpió Lluís—. Además, no te apetece un baño caliente… —su tono de voz era muy sugerente.

—Apenas si me acuerdo de lo que es eso… —murmuró Pepe entre dientes.

Alejandra entraba en ese momento en la habitación con una bandeja en las manos. Pepe, levantó ligeramente la cabeza, sus fosas nasales se inundaron del aroma del café y las tostadas con mantequilla y mermelada. No pudo reprimir que su boca se le hiciera agua ante semejante visión y una incontrolada emoción se apoderó de él. «Todavía existe gente buena en este mundo», se dijo para sus adentros. Gente con corazón como aquellas tres personas que le habían acogido en su casa y le estaban dando de comer sin pedirle nada a cambio. Sintió un terrible escozor en uno de sus ojos al dejar escapar una fina lágrima. Alejandra, ajena a los pensamientos y sentimientos de ese hombre herido procuraba acomodarlo lo mejor posible colocándole la almohada en la espalda y desviviéndose porque estuviera lo más cómodo posible a pesar de su estado. Seguidamente, le ayudó a probar semejantes manjares hechos expresamente para él. Lluís aprovechó para preparar el baño e intentó buscar algo de ropa que no utilizaba desde hacía tiempo. Solo esperaba que fuera de su talla.

—Está delicioso —murmuró Pepe mientras arrasaba hasta la última migaja —. Cómo me recuerda los buenos tiempos.

Alejandra estaba embobada mirando como devoraba el desayuno. ¡Qué pena de hombre!, pensó.

—¿Quieres más? —preguntó conmovida.

—No quisiera abusar de tu hospitalidad, pero me gustaría repetir si puede ser —dijo humildemente.

Sin pensarlo ni un instante y con una sonrisa, la muchacha se levantó y repitió la operación. A los pocos minutos, estaba entrando con la bandeja llena.

Mientras Pepe saboreaba con gula, Alejandra lo observaba. Tenía un montón de preguntas que hacerle, pero tampoco quería parecer maleducada y agobiarlo. De hecho, ya no tartamudeaba y se veía una persona educada y respetuosa. «¿Qué tiene que pasarle a un hombre para que se vea en la calle de semejante manera?», se decía desde su interior.

—Pepe… ¿te das cuenta de que ya no tartamudeas? —preguntó la muchacha mientras le retiraba la bandeja y la colocaba encima de la mesita.

—Sí… —dijo brevemente.

—Pensaba que lo hacías siempre —insistió la joven.

—No soy tartamudo, si es eso a lo que te refieres, —hizo una pausa— pero a veces uno tiene que hacer cosas, aunque no le gusten.

Alejandra asintió y pensó su siguiente pregunta.

—¿Quieres decir que cuando lo haces… estás fingiendo? —volvió a preguntar la joven dulcemente.

—Más o menos —contestó Pepe apenas sin interés—. A veces vale la pena pasar por tonto o tartamudo.

—Te entiendo; la vida de la calle debe de ser muy dura —Alejandra estaba enternecida—. ¿A qué te dedicabas antes? Quiero decir… antes de ser indigente… bueno… ya me entiendes —Alejandra se puso colorada, parecía una estúpida haciéndole semejante pregunta—. Lo siento, quiero decir…

—No te disculpes. Sé lo que soy —dijo intentado quitarle importancia. Hay veces que uno toma un camino y cree que es el correcto.

—¿Y tú crees que tu camino es estar en la calle? Puedes encontrar un trabajo… no sé. No trato de organizar tu vida, Dios me libre; es que me duele verte dormir por las noches en ese banco de piedra y con la botella en la mano —otra vez se le había ido la lengua. Le acababa de llamar borracho sin decírselo.

—¡No soy un alcohólico! —dijo muy serio.

—No quiero que me malinterpretes —dijo Alejandra disculpándose, aunque sabía que muchos de los alcohólicos no reconocían su enfermedad.

—A veces las cosas no son lo que parecen —dijo Pepe dejando a la joven muda.

—Pepe… hay una cosa que me gustaría preguntarte y que me tiene muy

intrigada —Alejandra se frotaba las manos inquieta—. Hace unas semanas, nos vimos bajo de las Torres de Quart, yo iba a coger un taxi en Guillem de Castro y tú te acercaste a mí y me dijiste una frase que no terminé de entender y que vaga en mi memoria desde entonces. Posiblemente, no te acuerdes de aquel día.

—Me acuerdo perfectamente —dijo Pepe muy seguro de sí mismo—. Te dije: Tenga cuidado que los lobos están al acecho.

—Así era… es cierto —dijo Alejandra con una sonrisa—. Tienes una gran memoria.

—En el colegio decían que tenía una inteligencia superior a la media.

—¿A qué te referías cuando me dijiste eso? —preguntó ansiosa.

En ese preciso instante entró Lluís con unos pantalones vaqueros y un suéter que empezó a desplegar encima de la cama, además de calzoncillos, calcetines y zapatillas de deporte.

—Te he encontrado esto; espero que te vaya bien. El baño está listo.

Lluís, se aproximó a su invitado y cogiéndole por un lado pidió ayuda a Alejandra.

—Vamos… échame una mano.

Alejandra, salió del cuarto de baño poco antes de que Lluís desnudara a su invitado, y regresó a la habitación. Abrió la ventana y la aireó. Cambió las sabanas y las metió en la lavadora, después roció un poco de ambientador. No conseguía quitarse ese olor agrio de encima. Por un instante se quedó quieta. Le había parecido que sonaba el teléfono. Sí, efectivamente así era. Pegada al otro lado de la puerta del baño dio un par de toques para avisar a su vecino.

—Lluís, el teléfono es para ti.

—Alejandra, puedes entrar.

Pepe, estaba sumergido en el agua jabonosa de la bañera. Tan solo los hombros y la cabeza permanecían en la superficie. El pelo estaba hecho una madeja enredada imposible de peinar. Lluís, salió fuera del aseo para atender el teléfono. A los pocos minutos regresó después de concluir la llamada. Alejandra, estaba enjabonándole el cabello. Después de dejarle un rato en remojo, Lluís, le ayudó a secarse. Le afeitó con sumo cuidado y le ayudó a cortarse las enroscadas uñas, parecidas a las de un gavilán. Alejandra buscó unas tijeras y le cortó las madejas de pelo que le sobraban. El resultado fue increíblemente espectacular, teniendo en cuenta que la hinchazón y los hematomas tardarían todavía unos días en desaparecer. Alejandra, estudió sus facciones, y sorprendida pudo comprobar que no estaba nada mal, además, era mucho más joven de lo que ella se

imaginaba. Apostaría que no tenía más de treinta y cinco o treinta y seis años. Lluís ayudó a Pepe a levantarse, éste caminó despacio aproximándose a un espejo cercano. Se miró de arriba abajo tremendamente emocionado. Alejandra, satisfecha y al mismo tiempo compadecida, no podía evitar dejar de mirarlo. Un nudo en la garganta se apoderó de ella, cuando vio el brillo en sus mejillas. Dedujo que ese hombre estaba llorando.



Capítulo 28

La cuenta atrás estaba echada. Tan solo un día de vacaciones y todo volvería a la normalidad. Los tres muchachos iban contrarreloj intentando descifrar el misterioso acertijo. Habían madrugado más de lo habitual, y ya cerca de las ocho de la mañana y dispuestos a tomar el tercer café, se resistían a tener que abandonar. Después de cuarenta y ocho horas intentando sacar información, estaban igual que al principio. Los nervios afloraban sin darse cuenta, y disfrutando de la luz que entraba por el enorme ventanal, daban vueltas y más vueltas.

—Está visto que esto nos sobrepasa —exclamó Lluís desanimando—. Hay que reconocer que nos viene grande. Mañana empezaremos a trabajar y dentro de pocos días tendré que viajar a Estados Unidos. Ayer recibí una llamada de mi jefe, y en cuanto me incorpore no me va a quedar más remedio que salir de Valencia.

—¿Estarás fuera mucho tiempo? —preguntó Alejandra preocupada.

—Sobre una semana, si todo va bien —contestó mientras le sujetaba una mano con delicadeza.

—¿Has hablado con Pepe? —preguntó Sara.

—Sí —contestó Lluís—, después de tres días, se encuentra bastante mejor. Los hematomas han bajado de color y la inflamación ha cedido bastante. Mañana se irá de mi casa. En un principio iba a ser hoy, pero me sentí mal, y le dije que se quedara una noche más, al fin y al cabo me da lo mismo, a pesar de que él no para de insistir en marcharse desde el primer día con tal de no molestar.

—Es triste pensar que volverá a dormir de nuevo en la calle, sobre ese banco de piedra —comentó Alejandra en voz alta.

—Sí, lo he estado pensando —intervino Lluís sintiéndose un poco culpable —, pero ¿qué podemos hacer?

—Lluís, has hecho todo lo que estaba en tu mano —dijo Alejandra advirtiendo su culpabilidad.

—¡Hemos hecho!… —corrigió Lluís—. Los tres le hemos ayudado. Pero no podemos estar cuidándolo siempre. Cada uno tiene que volver a hacer su vida. Lo único que podemos hacer es buscarle un trabajo.

—Pero no quiere… o no puede trabajar. No sé por qué… Pero hay algo que se lo impide —dijo Alejandra.

—¿Se lo has preguntado? —Añadió Sara confusa—. No creo que esté impedido ni nada por el estilo.

—No directamente. —Alejandra dudó, aparentemente no tenía taras para no trabajar—. Me llamó mucho la atención, pues es una persona culta y además educada —por un instante permaneció callada y miró a ambos lados—. No creo que nos este escuchando, ¿verdad?

—No, tiene la puerta cerrada del dormitorio. Además, suele levantarse un poco más tarde —susurró Lluís—. Sí, es cierto que es muy correcto. Aquí en casa, durante los tres días que hemos convivido juntos, por llamarlo de alguna manera, ha procurado darme el menor trabajo posible. Sé que lo voy a pasar mal, cuando me asome por el balcón o vaya por la calle y lo vea durmiendo bajo de las torres.

—¡Tenemos que hacer algo! —puntualizó Alejandra.

—Sí, pero ¿qué? —preguntó Sara mirando a uno y a otro—. De momento… tomar otro café y continuar con lo que estábamos haciendo.

Llenaron de nuevo las tazas, y reanudaron la búsqueda. Habían cambiado de tema por unos minutos y les había despejado las mentes, aunque Alejandra continuaba con la imagen de Pepe en su cabeza y no lograba concentrarse.

Había transcurrido más de una hora desde el último descanso y de nuevo volvieron a repetir las frases del enigma, esta vez en voz alta. Habían recopilado todo tipo de información. Esperaban que surgiera una luz de esperanza, aunque no sabían muy bien cómo.

Alejandra empezó a leer:

«Donde despierta el sol y la ley se ilumina,

Donde los peregrinos rezan y los enfermos sanan sus heridas,
Donde las dos JJ y las ocho puntas, esconden las valiosas reliquias».

—Intentemos centrarnos —puntualizó Lluís—. La primera frase dice: «*Donde despierta el sol*», sin duda debe hablar del este, pero no sabemos qué quiere decir: «*la ley se ilumina*».

—Tampoco sabemos qué significa cuando dice: —continuó Alejandra—. «*Donde los peregrinos rezan y los enfermos sanan sus heridas, Donde las dos JJ y las ocho puntas, esconden*…».

Apenas pudo terminar la frase, cuando una voz masculina se oyó a su espalda interrumpiéndola:

—Es la Iglesia de San Juan del Hospital…

Los tres jóvenes se giraron para ver quién hablaba. ¡No podían creerlo!

—Lo siento… —dijo Pepe en tono de disculpa—. No quería escuchar, pero no he podido evitarlo.

—No te preocupes. Repite por favor lo que acabas de decir —insistió Lluís dulcemente.

—¿El qué? —preguntó Pepe arrepentido de haber abierto la boca.

—¿Qué iglesia has dicho que era? —preguntó Sara más que intrigada.

—La Iglesia de San Juan del Hospital —repitió Pepe con temor.

—No la conozco —añadió Sara.

—Yo tampoco —negó Lluís.

—¿Dónde está? —preguntó Alejandra muy interesada, al mismo tiempo que le hacía una señal para que se sentara.

—Entre la plaza de San Vicente Ferrer y la calle del Milagro. Al lado de la calle del Mar —dijo Pepe orgulloso de saberse casi todas las calles de la ciudad.

Sara cogió un mapa de Valencia y empezó la búsqueda, a los pocos segundos se sumó Lluís impaciente.

—¡Ya lo tengo! —dijo Sara ilusionada—. Iglesia de San Juan del Hospital.

—¿Cómo estás tan seguro de que es esa iglesia? —preguntó Alejandra curiosa dirigiéndose al huésped.

—Es sencillo —añadió Pepe satisfecho de saberse la lección.

—¡Mirar esto! —intervino Lluís con un mapa antiguo de Valencia en la mano—. Es curioso, pero creo que, en efecto, es el camino correcto. Justamente en la plaza de San Vicente Ferrer se encontraba la puerta de la Xarea. Era la

puerta este de la muralla musulmana y de hecho actualmente aún lo llaman barrio de la Xarea.

—No veo la relación con las frases —comentó Sara.

—Enseguida la veras. La Puerta de la Xarea se llamaba también Puerta de la Ley —concluyó Lluís—. ¿Entiendes ahora cuando dice: «*Donde despierta el sol y la ley se ilumina*»? Nos está indicando el lugar aproximado.

—Vamos atando cabos —dijo Alejandra emocionada—. ¡Esto me gusta! ¿Pero cómo sabemos que es esa iglesia en concreto?

—¿Puedo?… —preguntó Pepe cauteloso. Les estaba tan agradecido por todo lo que habían hecho por él, que el sentirse útil aún sin saber porque, le motivaba a echarles una mano.

Alejandra dudosa no supo que decir. La alegría de saber que iban por buen camino les estaba ayudando a abrirse ante un desconocido. Estaban revelando algo que solo sabían ellos tres y que era un autentico secreto. Sin saber muy bien cómo reaccionar, intentó recoger velas discretamente.

—Si lo sabes Pepe, nos ayudarás a terminar un trabajo que tengo que presentar para la revista. Un artículo sin mayor transcendencia —dijo intentando quitarle importancia.

Lluís y Sara la miraron y captaron la indirecta. Se habían precipitado a sacar conclusiones delante de él. La próxima vez serían más cautos. Pepe comenzó con su explicación. A decir verdad, se le veía ansioso por contarles lo que sabía. Al principio empezó relatando un poco cohibido, como si le diese vergüenza demostrar sus conocimientos. Pero a los pocos minutos, disfrutó viendo cómo era escuchado atentamente por los tres jóvenes como hacía mucho tiempo no lo experimentaba.

—La Iglesia de San Juan del Hospital es la más antigua de Valencia. De hecho, por su ubicación pasa bastante desapercibida. Fue fundada en 1238 poco después de que Jaime I el Conquistador, tomara Valencia. Éste les concedió la zona junto a la puerta de la Xarea a la Orden Militar Hospitalaria de San Juan de Jerusalén, o también llamados sanjuanistas, en agradecimiento por su importante ayuda. Eran caballeros, monjes, militares que se acogían a una serie de votos religiosos de pobreza, castidad, y ligados a un código de honor. Además de la iglesia, se construyó un hospital donde tenían obligación de dar cobijo a los peregrinos, y un cementerio para uso de los caballeros. Todavía se conserva una capilla llamada del Rey D. Jaime I donde éste oía misa y parece ser que es la parte más antigua.

Los tres jóvenes escuchaban atónitos a Pepe mientras les relataba lo que sabía de la iglesia. Se expresaba de tal manera que los tenía totalmente embobados. Fue Alejandra la primera en hablar nada más concluyó con su explicación.

—Ya tenemos la segunda frase: «*Donde los peregrinos rezan y los enfermos sanan sus heridas*».

—Pepe, creo que te has ganado el desayuno —dijo Lluís con cierto sarcasmo.

—Ya lo creo que sí —añadió Sara a media voz, sorprendida de la facilidad de palabra que tenía ese hombre—. ¿Quién lo iba a decir? —se dijo.

Mientras desayunaban los cuatro juntos cambiaron impresiones sobre dicha iglesia.

—¿Cómo sabes tanto de ella? —preguntó Alejandra intrigadísima.

—Te comenté que tenía una inteligencia superior a la media o por lo menos, eso decían mis profesores. No… es broma —dijo humildemente mientras se dibujaba una agradable sonrisa en su rostro que contagió a la joven—. Estuve mendigando por los alrededores del lugar día y noche durante más de tres años. Uno de los párrocos de la iglesia me encargaba de vez en cuando algún que otro recado y fue él quién me puso al día respecto a la historia del lugar. Creo que ese hombre llegó a apreciarme de verdad.

Sara, pensó que tenía lógica, pero aún así, se desenvolvía de una manera fuera de lo habitual.



Apenas dos horas más tarde, los tres jóvenes se encaminaban hacia su nuevo objetivo: la Iglesia de San Juan del Hospital. Confirmaron que Pepe tenía gran parte de razón al pensar que podía tratarse de ella, pero lo que más les llamaba la atención era que habiendo oído las frases del acertijo tan solo una vez y sin vacilar, había dado con la solución acertada. Era realmente admirable e increíble, demostrando una inteligencia fuera de lo habitual.

—Pepe es muy listo, ¿no os parece? —preguntó Sara todavía impresionada.

—En efecto —contestó Alejandra—. Quiero pensar que es una persona de fiar y no nos perjudicará que nos haya oído más de la cuenta.

—Yo creo que sí —continuó Lluís—, y más me vale que sea de fiar, porque lleva durmiendo y comiendo en mi casa tres días. Y respecto a perjudicarnos, no veo por qué. Me atrevería a decir que no es de esa clase de personas.

—Estamos llegando —indicó Sara.

A pocos metros, tenían ante sus ojos la buscada y ansiada iglesia. Como bien había dicho Pepe, se encontraba un poco escondida, de hecho pasaron por una especie de portal con grandes puertas de madera, dudosos de si esa sería la entrada correcta. Al fondo, un amplio patio rectangular adornado con gran cantidad de macetas con flores, les invitaba a entrar.

—¡Mirad esto! —gritó Alejandra señalando a la derecha una lámina de cristal de varios metros que protegía unos dibujos de color rojo grabados en la pared de piedra—. Me temo que Pepe estaba en lo cierto. Son dibujos de las cruces de los Sanjuanistas, y simbolizan el número de miembros de la Orden. Y como podéis comprobar, semejantes cruces tienen ocho puntas en lugar de cuatro.

—En efecto. Las piezas van encajando —añadió Sara con una sonrisa de felicidad—. La tercera frase dice: «*Donde las dos JJ y las ocho puntas esconden las valiosas reliquias*». Ya sabemos a qué se refería cuando nombra las ocho puntas, pero eso de las dos JJ… me tiene un poco despistada.

—Creo que sé la respuesta —continuó Lluís—. Pepe nos la ha dicho claramente con su explicación. Una J corresponde a la Orden de San Juan o sanjuanistas, y la otra a Jaime I por ser quien les concediera los terrenos.

Las dos hermanas asintieron. Siguieron avanzando, atravesando el alegre patio. A su izquierda se encontraba una puerta románica cerrada del siglo XIII, que posiblemente daba acceso a la iglesia. En la parte superior, un óculo con la cruz de ocho puntas. De nuevo, las ocho puntas. A la derecha, varios arcos góticos reflejaban lo que fue el hospital o albergue. Siguieron caminando sin saber muy bien dónde les llevaban sus pasos. Al final del patio, a la izquierda, una puerta se abría ante ellos. Alejandra fue la primera en entrar. Se quedó muda de admiración. Se encontraba en el interior de la Iglesia de San Juan del Hospital. Situada frente a la nave central rodeada de capillas a ambos lados, observaba minuciosamente todo su interior. Tenía una sobria arquitectura y por una décima de segundo, se imaginó a los caballeros de la Orden de San Juan caminando por ese pasillo e incluso al mismísimo Rey Jaime I orando en uno de esos bancos. Un susurro cerca de su cuello, la devolvió a la realidad.

—¡Es preciosa! —dijo Sara, sorprendida de que un lugar tan oculto pudiera esconder tanta belleza.

—Lo es… —continuó Alejandra totalmente hipnotizada—. Es majestuosa y al mismo tiempo, trasmite una paz, sencillez y armonía que me ha erizado hasta el cabello.

Lluís sacó un pequeño mapa de la iglesia y anotaciones que consideraban importantes y, sentados en uno de los bancos, intentaron situarse.

—Tenemos que aprovechar ahora que prácticamente no hay nadie —sugirió Lluís—. No sabemos cuándo será la próxima misa. Estamos en el lugar exacto. Solo que las pistas que tenemos no nos revela dónde está lo que buscamos. A no ser que…

—¿Qué?… —susurró Alejandra nerviosa—. No nos dejes con la miel en los labios. Desembucha de una vez.

—Según el mapa que tenemos delante, solo puede estar escondido en tres lugares. Creo que cuando dice: «*se esconden las valiosas reliquias*»…

—De veras… —interrumpió Sara sorprendida—. Yo debo de ser muy torpe. De toda esta inmensa iglesia, ¿ya sabes los lugares donde puede estar? ¡No me lo puedo creer!

—Quieres callarte y dejar a Lluís que hable —gruñó Alejandra con el corazón en un puño por la impaciencia.

—Seguidme —dijo Lluís mientras se levantaba y era seguido por sus vecinas —. Vuestro padre era muy astuto y cuando menciona esa frase, lo hace a conciencia. Nos está hablando entre líneas. Según sus apuntes, esta iglesia posee una capilla, la de Santa Bárbara, y guarda las reliquias de dicha santa. Son: una pieza de la columna donde fue atada y azotada, una piedra de la que brotó agua y sirvió de bautismo de Santa Bárbara y un hueso, al parecer del brazo de la santa. Fueron traídas por la emperatriz Constanza de Grecia, a quien tenía gran devoción y gratitud por su milagrosa curación de la lepra. De hecho, en su testamento pidió ser enterrada en esta iglesia en la primera capilla construida para la santa.

Frente a la capilla situada en la parte sur del templo y separada del presbiterio por una antigua verja de hierro, pudieron admirar su ostentosa decoración a diferencia del resto del lugar y la hornacina donde se encontraban los restos de los que acababa de hablar Lluís.

—¿Crees que la llave puede estar escondida con los restos? —preguntó Alejandra aturdida—. No quisiera que ultrajáramos dichas reliquias. Eso sería

sacrilegio o algo por el estilo…

—¿Cuál es el otro lugar donde crees que podría estar? —preguntó Sara dirigiéndose a Lluís.

—En el presbiterio, en la parte izquierda, —dijo señalándolo con el brazo— se encuentra la cámara oculta, un recinto destinado a calabozo, escondite o archivo. Aunque se dice que era donde guardaban los tesoros y las reliquias de la iglesia.

Los tres juntos se dirigieron hacia el lugar señalado. Subieron las escaleras del altar con mucha precaución, no sabiendo si debían o no. La pequeña capilla se encontraba vacía al igual que toda la iglesia, eso les facilitó su atrevimiento. Empezaron a buscar dónde podía estar la cámara oculta y su curiosidad fue saciada.

—Debe ser aquella ventana —dijo Sara desanimada señalándola en alto.

—¿Te refieres a esa abertura suspendida que hay a más de diez metros de altura? —añadió Alejandra con temor.

—Me temo que sí —añadió Lluís—, y lo peor de todo, es que no hay otro acceso. O cogemos una escalera bien alta o…

—¡Me niego rotundamente! —vociferó Alejandra—. No pienso escalar de ninguna de las maneras —protestó recordando lo difícil que le resultó.

—Ssssss, Ssssss —alguien les chistaba a su espalda indicándoles que bajaran la voz—. Silencio, por favor, es la casa de Dios. No se puede gritar y tampoco pueden estar en el altar. —Un sacerdote con el pelo canoso les llamaba la atención.

—Perdone, padre. Discúlpenos —dijo Alejandra arrepentida mientras bajaba los escalones.

—Perdone, padre —añadió Lluís—. ¿Se puede acceder a la capilla de Jaime I?

—No, está cerrada al público —añadió el párroco secamente.

—¿Pero no hay forma?… —insistió Lluís.

—Le repito que está cerrada al público. Están realizando excavaciones y de hecho, si quieren ver los hallazgos encontrados hasta ahora, fuera en el patio de la entrada podrán visitar el Museo.

—Muchas gracias —dijeron las muchachas agradecidas mientras observaban cómo se alejaba el sacerdote.

—¿Habéis visto esa puerta? —preguntó Lluís señalando hacia el sur.

—Sí —contestaron las muchachas atentas.

—Creo que es la entrada al patio sur, donde se encuentra la capilla funeraria o también llamada del rey Don Jaime I, del siglo XIII. Y como bien nos decía el párroco, han encontrado reliquias y restos que están expuestos en el Museo. A pesar de que no se puede entrar —su tono de voz bajó al mínimo e hizo que sus vecinas se aproximaran más a él—, sería conveniente que le echáramos un vistazo. Quién sabe, a lo mejor, lo que buscamos está ahí dentro, y no tenemos que cometer sacrilegio con Santa Bárbara, ni escalar sin necesidad.



Capítulo 29

Estaba empapada. Más que llover, diluviaba. Sus gritos ahogados no se escuchaban, y solo pensar que podía estar sola la llenaba de angustia. Su pelo al igual que su rostro estaban embarrados y sus pies y manos no tenían donde agarrarse. Su mente no reconocía el lugar y estaba tremendamente asustada. Un ruido sordo y repetitivo se oía de fondo y Sara no conseguía identificarlo. Notaba como por momentos se asfixiaba más y más y sus pies clavados en el fango se hundían centímetro a centímetro. ¿Dónde estaba? ¿Qué maldito agujero era ese? ¿Era un pozo, o quizá era una fosa? Un tremendo escalofrío recorrió todo su cuerpo. El ruido persistente seguía sonando y se estaba volviendo loca de desespero. Intentaba gritar y gritar, pedir auxilio, pero no conseguía formular ni una sola palabra. De repente, y sumida en un miedo atroz, abrió los ojos. El sonido del despertador rebotaba por las cuatro paredes de la habitación. Sara le dio con la mano con el fin de callarlo cuanto antes. Ahora entendía el ruido sordo y repetitivo que había estado escuchando desde hacía rato. Algo más tranquila al comprobar que semejante angustia había sido provocada por una horrorosa pesadilla, intentó recuperar el ritmo normal de su desenfrenada respiración. ¡Dios mío, había sido tan real! Pero… ¿dónde se encontraba? ¿Qué lugar era ese tan tenebroso y desconocido para ella? Dio gracias porque todo había sido un mal sueño. Pensó que todos los días hablando de museos, de iglesias, de reliquias, y cosas por el estilo habían hecho que su mente estuviera perturbada y más que saturada.

Afinó el olfato y el olor a café le incitó a saltar de la cama. Sin dar más rodeos, así lo hizo.

—Buenos días —dijo Alejandra con la toalla envuelta en el pelo—. ¿Era tu despertador el que sonaba mientras estaba en la ducha?

—Me temo que sí. Estaba profundamente dormida y además, en una espeluznante pesadilla que ya te contaré.

—¡Se nos acabó lo bueno! —dijo Alejandra con tristeza, pensando en su primer día de trabajo.

—Ayer cuando comimos en casa de Tía Rosa, ¿no la notaste un poco extraña? —preguntó Sara preocupada.

—Pues ahora que lo mencionas, sí. Estaba como confusa o distraída, no sé…

—¿Será por su relación con Paco? —volvió a preguntar Sara.

—Pero si nos dijo que todo iba sobre ruedas.

—¿Y la creíste? Alejandra, no me digas que todavía no la conoces lo suficiente como para adivinar que nos oculta algo, con tal de no preocuparnos. Hemos de hablar con ella. Estoy segura de que algo no va bien.

—De acuerdo, hermanita.

—¿Te parece buena idea lo que nos sugirió Lluís anoche? —preguntó Sara repuesta del susto.

—Pues le he dado muchas vueltas y creo que podría dar resultado. Además, sería una manera de ganarse algún dinero.

—Muy bien, hablaré con él. Espero que lleguemos a un acuerdo.



El primer día después de un mes olvidándose del reloj siempre era el más duro. A pesar de ello, Sara entraba en su clase de yoga deseosa de volver a ver a sus alumnos. La clase fue placentera y correspondida y ella se sintió satisfecha de haber elegido esa profesión. Mientras tanto, a tan solo unos pocos kilómetros, Alejandra en la redacción de la revista se encargaba de recopilar información para su nuevo artículo. Mientras tomaba una taza de café, ultimaba con letra ilegible varios apuntes que le venían a la mente como imágenes borrosas.

La mañana transcurrió más rápida de lo que ellas esperaban, y cuando se dieron cuenta eran más de la una del mediodía. Era la hora de saciar el estomago, que empezaba a protestar. Sara fue la primera en llegar a casa. Antes de aproximarse al portal, se paseó por la Torres de Quart con la intención de ver a Pepe, que supuestamente, y según les comentó Lluís esa misma mañana,

abandonaría su casa para reunirse de nuevo con su antiguo domicilio, el banco de piedra. Después de estar varios minutos esperándolo, regresó a casa sin poder verlo. Poco tiempo después, su hermana Alejandra repetía sus pasos con la misma búsqueda. Solo que ésta tuvo más suerte. A varios metros de ella y sentado en su sitio habitual, se encontraba Pepe. Nadie, a excepción de quién lo conocía, hubiera dicho que era o había sido un indigente. Parecía sencillamente un hombre apuesto y aseado que descansaba admirando el parque que tenía a su alrededor, o el inmenso monumento que se alzaba sobre su cabeza. ¡Vaya si había cambiado!, se dijo Alejandra, y eso que aún quedaba alguna secuela de la paliza recibida ¡Hasta qué punto podía transformarse una persona!

—¡Quién te ha visto y quién te ve! —dijo Alejandra en voz alta al acercase a él.

Éste le correspondió con una sonrisa y le ofreció un sitio a su lado. Alejandra se sentó y le miró a los ojos. ¿Qué tenía ese hombre en la mirada que la dejaba totalmente desvalida?

—Todo gracias a vosotros tres. Estoy en deuda —añadió Pepe tremendamente agradecido—. Si en cualquier momento necesitáis cualquier cosa, cualquier cosa, menos dinero, claro… —repitió de nuevo sonriendo—, no dudéis en pedírmelo.

—¿Tienes dónde comer? —preguntó Alejandra.

—Pues… —Pepe dudó y luego con decisión intentando ocultar su mentirijilla dijo—: por supuesto.

—¿Puedo saber dónde? —preguntó la muchacha interesada—. Me gustaría que vinieras a comer con mi hermana y conmigo. Si no tienes un plan mejor claro.

—Pues no sé… —continuó Pepe con una chispa de luz en la mirada—. Creo que no es buena idea. Cuanto antes vuelva a mi vida será mejor para todos. Además, en la Casa de Beneficencia dan un plato de caliente y después…

—¡Tengo un trabajo para ti! —Alejandra insistió sin dejar que terminara la frase y observando la expresión de su rostro—. Sería una manera de que ganarás unos euros.

Pepe no pudo evitar dejar escapar una sonrisa.

—Si es a cambio de un trabajo en el que pueda ayudaros, acepto encantado.

—Entonces… —agregó la joven un poco emocionada— te lo contaré todo durante la comida.

Se levantaron los dos y se dirigieron hacia el portal. Cuando Sara lo vio

entrar junto a su hermana, le sonrió. De momento, su plan funcionaba.



Estaba amaneciendo y en la esquina de la calle del Milagro, Pepe había pasado la noche. La temperatura era agradable y a pesar de que los meteorólogos habían anunciado que se acercaba la gota Fría con numerosas y fuertes tormentas, de momento el sol iba haciendo acto de presencia. Tal y como le habían indicado Sara y Alejandra, debía investigar la Iglesia de San Juan del Hospital. Quién mejor que él que se la conocía al dedillo. Supuestamente debía acudir durante el día, averiguar horarios de misas y confesiones, vigilar quién entraba y salía. Los sacerdotes que llevaban la iglesia y, sobre todo, si estaban trabajando en el patio sur con las excavaciones. Se había propuesto hacer bien su trabajo, tan bien, que había decidido pasar la noche en aquella esquina desde donde podía controlar las dos entradas de la iglesia. Estaba acostumbrado a dormir a la intemperie y además el lugar, le recordaba cuando varios años atrás tenía allí su domicilio vagabundeando por esas calles. En el momento que abrieron sus puertas se coló con las cuatro personas madrugadoras. Uno de los sacerdotes le saludó al verle. Hubiera preferido pasar desapercibido pero no pudo evitarlo.

—¡Pepe!… ¿eres tú?

—Buenos días, padre —dijo cariñosamente.

—Tienes muy buen aspecto —dijo mirándole de arriba abajo—. No sabes cuánto me alegro. ¿Has conseguido trabajo?

—Sí, padre, estoy trabajando —Pepe pensó que no le mentía, realmente era cierto.

—¿Necesitas algo? —el párroco se mostraba muy interesado—. Eres un buen hombre, te mereces que la vida te sonría.

—Gracias, padre.

—Una visita a Santa Barbará ¿eh? Siempre fuiste un buen devoto de ella —dijo el sacerdote mientras le colocaba una mano sobre su hombro en señal de afecto.

—Sí, padre, le debo mucho. Poco a poco voy encarrilando mi vida.

—Pepe, te tengo que dejar. Ya sabes que tienes las puertas siempre abiertas. Ven cuando quieras.



Habían transcurrido varios días y Pepe se sabía todos los movimientos realizados en la iglesia y los alrededores. Cerca de las nueve de la noche se dirigía hacia la calle Quart. Pensaba informar de todo lo recabado, aunque no sabía muy bien para qué necesitaban todos esos datos sobre la iglesia en cuestión, aun así, no pensaba preguntar nada. Con el paso de los años había aprendido a ver, oír, callar y hacerse el tonto o el tartamudo en determinadas ocasiones. Eso le había dado resultado salvando diversas situaciones y ahora no iba a cambiar su táctica. Estaba convencido de que tendrían sus buenos motivos. Eran buena gente y por el momento, las personas más allegadas que tenía, además, se habían volcado hacia él ayudándole mucho más de lo necesario.

Cuando llegó al portal llamó al timbre.

—Sí, dígame, —una voz femenina se oyó al otro lado.

—Soy Pepe.

—¡Sube! —volvió a decir al tiempo que pulsaba el interruptor para que la puerta se abriera.

Cuando llegó al ático la puerta estaba abierta. Mientras avanzaba algo cohibido por el pasillo, oyó varias voces conocidas. Sara y Alejandra sentadas en el sofá charlaban con su vecino Lluís.

—¿Cuándo sales de viaje? —preguntó Alejandra.

—Mañana sale el avión a primera hora —contestó Lluís, mientras le acariciaba la mano—. Calculo que en unos siete u ocho días estaré de vuelta.

Cuando Pepe asomó por el salón le indicaron que se sentara. Muy interesados y atentos, escucharon la exposición de todo lo referente a la iglesia de San Juan del Hospital. Sara encargó cena para los cuatro y hasta bien avanzada la noche estuvieron comentando y preguntando, por supuesto, sin revelar más de la cuenta. Su secreto seguía guardado solo en ellos tres. Alejandra pensó que habían acertado en la elección de ese hombre, ya que todas sus dudas se acababan de resolver. Ahora solo quedaba actuar. Qué pena que Lluís tuviera que salir de viaje. O esperaban a su regreso, o directamente ellas dos pasaban a la acción.



Capítulo 30

El rezo y los cánticos de los feligreses retumbaban por toda la iglesia de San Juan del Hospital dando la sensación de estar en el mismísimo cielo. La homilía recitada por el sacerdote hizo recapacitar a Sara y Alejandra que, sentadas en uno de los bancos, estaban dispuestas a realizar su búsqueda. A pesar de ello, no estaban seguras de llevarla a cabo con éxito, quizá por la ausencia de Lluís. Ante tal inseguridad, por sus mentes se paseo la idea de suspenderla. Las dudas aumentaban a medida que el sermón del cura se alargaba, y los remordimientos se dejaban caer como una losa de mármol sobre sus espaldas.

Una vez concluida la misa, esperaron sentadas a que los feligreses desaparecieran.

—Estoy muy nerviosa —susurró Alejandra a su hermana mientras le enseñaba el temblor de la mano derecha.

—Yo también, pero lo tenemos todo preparado —dijo Sara aparentemente muy segura de sí misma. Ya verás, todo va a salir bien.

En ese momento, y como ellas esperaban según las explicaciones de Pepe, la puerta que daba al patio sur se abrió. Ellas se encontraban a escasos metros y pudieron ver de refilón el patio que les interesaba. Dos hombres salieron y entornaron la puerta. Si todo salía según lo previsto, volverían pasados unos minutos y cerrarían con llave hasta el día siguiente.

—Tenemos que hacerlo ya. ¡Es ahora o nunca! —susurró Sara—. Si perdemos esta oportunidad, no tendremos otra… Sígueme…

Alejandra estaba clavada en el banco de madera. Sus piernas no le respondían. Vio como su hermana se colgaba la mochila del hombro y se levantaba de su lado caminando sigilosamente hacia el patio. Quería

acompañarla, pero… ¡Dios mío!, ¿qué le pasaba? ¿Por qué no se movía? Intentó mover los pies y parecían del plomo más pesado. Un fino hilo de sudor rodó por su espalda ante la impotencia que le rondaba. Centró sus ojos en el altar y respiró hondo. Tenía que ser fuerte, ahora no podía permitir que la debilidad del miedo se apoderara de ella. Se frotó las rodillas para activar la circulación que parecía totalmente detenida y movió los dedos de los pies. Hizo un sobre esfuerzo y se levantó siguiendo los pasos de su hermana. Ésta, oculta sobre unos escombros, la esperaba desquiciada. ¿Por qué tardaba tanto si se suponía que la tenía pisándole los talones? Un mal presagio se adueñó de ella. Las cosas no empezaban bien. Pasados unos interminables segundos y gracias a Dios, Alejandra atravesaba la puerta románica. Una vez juntas y escondidas, observaron como la puerta se cerraba con llave ante sus ojos. Ambas se miraron sin decir ni una sola palabra. Estaban encerradas. Era algo que habían previsto y contaban con ello para que sus planes funcionasen, pero… ¿por qué tenían esa sensación de desasosiego y de angustia al mismo tiempo?. Desviaron su mirada para ver donde se encontraban. El patio era amplio y bordeaba su perímetro un muro almenado de gran altura. Estaba al aire libre y todavía les quedaban un par de horas de luz hasta que anocheciera, aunque Sara miró hacia el cielo poblado de negros y espesos nubarrones. En poco tiempo había pasado de ser una tarde clara y apacible, a negra y tenebrosa. Llevaban varios días anunciando que se aproximaba la gota fría y que la zona de Levante se encontraba en alerta roja, pero hasta el momento no había caído ni una sola gota. Solo esperaba que esa noche que se avecinaba larga y difícil, los meteorólogos se hubieran equivocado y las lluvias se aplazaran un día más.

Había que empezar la búsqueda. Según las averiguaciones de Pepe, tenían todavía bastantes horas por delante, ya que hasta las siete de la mañana no regresaban los arqueólogos y demás personal. Después, ya verían como salían de allí. Tendrían que improvisar. Ese detalle no estaba del todo pensado, pero las ganas de encontrar la tercera llave les había sobrepasado.

La mayor parte del suelo era de tierra con montones de socavones, algunos de ellos profundos. Alejandra, se asomó al agujero más próximo haciendo un comentario sarcástico sobre su profundidad. Una estilizada escalera de metal se apoyaba sobre el muro y gran cantidad de piedras se apilaban por todo el patio. De hecho, en el pequeño museo situado a la entrada de la iglesia estaban expuestos diversos hallazgos encontrados en las excavaciones, desde restos de sepulcros de los templarios, gárgolas, vasijas, etc. Durante su esperanzada visita

a dicho museo, las dos jóvenes pudieron observar que la suerte no les había acompañado. De todos los hallazgos encontrados hasta el momento, no había ni rastro de ninguna llave o algo similar, por lo que su búsqueda continuaba. Se acercaron a la capilla hospitalario-funeraria, esquivando herramientas y maquinaria de la investigación arqueológica. Dicha capilla de piedra del siglo XII permanecía todavía erguida e impasible ante el paso del tiempo.

—No puedo creerme que estemos aquí, —dijo Sara mientras acariciaba con delicadeza una de sus paredes—, justo en el mismo lugar que Jaime I rezaba sus oraciones.

La capilla era pequeña y con pocos escondites, más bien parecía un templo en miniatura. La nave estaba abierta por los costados y cubierta con cúpula de crucería; adosada como si fuera un ábside se encontraba la cabecera de planta poligonal. Decidieron dar una vuelta de reconocimiento. Debían de orientarse y buscar, pero ¿por dónde empezaban…? ¿Y si ese no era el camino correcto y sus pistas estaban mal interpretadas? ¿Cómo saber el lugar exacto donde se encontraba lo que buscaban?

Decidieron separarse, era una manera de avanzar más deprisa. Sara bordearía todo el perímetro, peinando palmo a palmo de aquella tierra que tanta Historia había vivido. Empezó por el arco pegado a la puerta de entrada, en él había tres cruces de ocho puntas pintadas sobre el mural frontal, y las bóvedas laterales eran las marcas de los Templarios, Sara deslizó sus manos sobre la pintura roja de las cruces, acariciándolas e intentando captar cualquier señal. Pensó en su padre, en lo mucho que hubiera disfrutado de ese momento. Desvió la mirada y vio como su hermana arrodillada buscaba en el suelo de la pequeña capilla. Intentó concentrarse en lo que tenía delante. Miró y revisó centímetro a centímetro, buscando una palanca, una piedra que se moviera más de la cuenta, una grieta que escondiera algo, una pista… nada. La oscuridad envolvía más y más la tarde y parecía que las horas avanzaban mucho más deprisa. Una intempestiva bocanada de aire fresco removió sus cabellos, Sara miró hacia el cielo. No le gustó su aspecto, si su instinto no le engañaba se acercaba a toda prisa una gran tormenta. Caminó hacia la pequeña capilla, el viento aumentó su fuerza levantando el polvo del suelo. Sara se protegió los ojos disminuyendo su visibilidad y al cerrar la boca notó como chirriaban sus dientes. A punto estuvo de caer a uno de esos agujeros que había por todo el suelo en busca de nuevas

reliquias. Cuando pisó la capilla vio como su hermana seguía enfrascada, ahora con las paredes.

—¡Alejandra, se acerca una tormenta!, y… —no pudo terminar la frase.

Un centelleante y retorcido rayo cayó en medio del patio partiendo una enorme piedra en dos y dejándola totalmente chamuscada. Las dos muchachas se refugiaron dentro de la diminuta capilla. Salvo esos escasos metros no tenían otro lugar donde cobijarse. Hasta dónde les llegaba la suerte, tantos días advirtiendo la gota fría y tenía que ser justamente esa misma noche cuando la naturaleza descargara toda su furia. A continuación, un terrible y agresivo estruendo se oyó en ese cielo negro como el carbón, haciendo temblar hasta la última partícula. Sara y Alejandra se estremecieron de pánico. ¿Sería un castigo por ultrajar un lugar sagrado? De repente, un tintineo como una dulce melodía parpadeaba en el patio. Centenares, millares de gotas que se fueron multiplicando una y otra vez, salpicaban las piedras y se escondían en la tierra dejando un olor húmedo a muerte que se apoderó de las fosas nasales de sus huéspedes.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Sara con temor.

—¡Desde luego, salir de aquí, no! —contestó Alejandra encogida—. El lugar es pequeño pero por lo menos nos mantendremos secas, que todavía nos quedan muchas horas por delante.

—¿Qué has revisado de aquí? —preguntó Sara señalando la capilla.

—El suelo, y te puedo asegurar que no hay nada en absoluto. Esperemos tener más suerte con las paredes o el techo y recemos porque lo que buscamos este aquí.

Las dos jóvenes iniciaron su búsqueda sobresaltadas de vez en cuando por los truenos y relámpagos. Por el aspecto de la tormenta parecía que iba a durar varias horas. Con las potentes linternas y las manos empolvadas desarrollaron el sentido del tacto y de la vista intentando no perderse detalle.

—Necesitamos una escalera, o no podremos llegar a la parte de arriba —sugirió Alejandra mientras miraba hacia el patio donde los charcos aumentaban su tamaño.

—Me ha parecido ver una a pocos metros de aquí —Sara la señalaba desde la capilla con un haz de luz producido por su linterna.

—Iré por ella —añadió Alejandra al tiempo que ponía un pie en la tierra mojada.

—¡De eso nada! —interrumpió Sara—. Vengo enseguida.

Apenas le dio tiempo a reaccionar. Vio como su hermana, protegiéndose como podía de la lluvia, avanzaba esquivando el barrizal en que se había transformado aquel patio ¡Cómo podía haber cambiado tan rápidamente de aspecto! Se había convertido en un lodazal tétrico como la boca de un lobo. Después de mucho padecer hundiéndose y clavándose en el cieno a cada paso que daba, consiguió llegar hasta su objetivo. Se guardó la linterna en un bolsillo de la sudadera y cogió la escalera con fuerza. Ésta no era especialmente pesada, aunque su tamaño era considerable, eso les beneficiaba para poder llegar hasta el techo de la capilla, pero desde luego, era todo lo contrario para transportarla, ya que iba tropezando con todo lo que tenía delante. Además, se estaba poniendo como una sopa, mechones de pelo se habían adherido a sus mejillas, y por segunda vez volvió a resbalarse justo en el borde de uno de los grandes hoyos que ahora tenían todo el aspecto de un pozo por estar gran parte cubiertos de agua. A duras penas, consiguió llegar a la capilla donde Alejandra salió a su encuentro para echarle una mano.

Habían transcurrido un par de horas sin dejar de buscar y, no habían dado con nada que les delatara que lo que buscaban podía estar escondido en ese pequeño lugar. Por otra parte, la tormenta no había cedido ni un ápice y más que un patio aquello tenía todo el aspecto de una piscina olímpica.

—Creo que estamos equivocadas. Éste no es el lugar exacto —dijo Sara desanimada.

—Voy a tener que darte la razón, hermanita, y pensar en el lío en que nos hemos metido para nada… solo por nuestra cabezonería y nuestras ganas de encontrar algo que nos viene grande.

Las dos hermanas se sentaron en el suelo cansadas y observando todo lo que habían recorrido. Todas las piedras que formaban esa estancia habían sido manoseadas por ellas. Hasta la hilera de canecillos de su exterior, y eso no les había conducido a nada. Alejandra miró el techo cubierto con cúpula de crucería, sustentada por columnas. Sus ojos se iluminaron, pero… ¿qué era lo que figuraba en el mismísimo centro de una de las dos cúpulas?

—Dime qué ves en el centro —Alejandra señalaba el techo mientras su hermana le seguía con la mirada.

—Es una cruz de ocho puntas —dijo Sara— pero no es la única que hemos encontrado en esta iglesia, si eso fuera la señal, este lugar está lleno de ellas.

—Muy bien hermanita, tienes que tener más fe. Ahora dime que ves en el centro de la cruz.

Sara, la obedeció sin rechistar. Estaba mucho más cansada de lo que pensaba.

—¡Una J! —chilló esperanzada y recuperando las ganas.

—Muy bien —continuó Alejandra segura de haber acertado.

—¿Y que ves en la otra cúpula?

—Otra J. ¡Son las dos J! —los ojos de Sara reflejaban cierta sorpresa—. ¡No me lo puedo creer!

Su cara se tornó de alegría y al mismo tiempo de incredulidad. Luego las miradas de las dos hermanas se cruzaron y al unísono pronunciaron la última frase del acertijo de su padre en donde estaba la clave.

> —*«Donde las dos JJ y las ocho puntas esconden las valiosas reliquias»*.

—¿Es posible que sea verdad? —preguntó Sara emocionada.

—Solo hay una forma de averiguarlo.

Se pusieron manos a la obra y entre las dos acercaron la escalera al centro de una de las cúpulas. Alejandra fue la primera en poner el pie en el escalón y, nerviosa, fue ascendiendo. Sara le dio un punzón. Cada peldaño que daba hacía que su corazón palpitara más y más deprisa. Cuando llegó a la cima y rozando la cruz con los dedos intentó moverla. Pero aquello parecía estar fijo. Utilizó la fina herramienta para incrustarla en el obstruido borde que rodeada la figura. La fina capa se fue desprendiendo y el polvillo fue cayendo sobre la cabeza de su hermana. Cambió de técnica y fue presionando con fuerza. Tenía que ser hacia dentro no había otra posible opción. Aún así, nada de nada… Volvió a utilizar el punzón, esta vez con más ganas. Y volvió a repetir la misma operación presionando con las dos manos. El sudor le corría por la frente, pero aún así insistió por tercera vez. Para sorpresa de las dos jóvenes, algo pareció escucharse. Esta vez no era un trueno, ni un relámpago, era algo diferente.

—¿Has oído ese ruido seco? —preguntó Alejandra convencida de que habían dado en el blanco.

—Sí, aunque es difícil precisar por dónde ha sido, porque ha retumbado por los cuatro costados.

—Creo que vamos bien ¡Ayúdame! —dijo Alejandra mientras bajaba de la escalera y junto con su hermana la movían hacia la otra cúpula.

Fue Sara la que subió esta vez y repitió a la perfección los mismos movimientos que hacía unos minutos había visto realizar a su hermana. Había

retirado la capa que rodeaba los signos de las dos J y se disponía a presionar sobre ellos. En voz baja y con mucha fe, sobre todo con mucha fe, pronunció estas palabras:

—¡Va por ti, papá!

Acto seguido la piedra se incrustó sobre el techo de la cúpula introduciéndose varios centímetros. Un silencio aterrador se produjo en aquel reducido espacio deteniendo hasta la respiración de las dos jóvenes. Segundos después, oyeron un tremendo rugido, como si las entrañas de la tierra se despertaran de un largo letargo. El suelo vibró y la estilizada escalera se balanceó, Sara se apresuró a bajar rápidamente y abrazada a su hermana se cobijó en un rincón dentro de la planta poligonal que estaba adosada como si fuera un ábside. Agachadas y confusas oyeron como la escalera de metal caía retumbando en el suelo, y bajo sus pies no paraban de sucederse ruidos jamás escuchados que se camuflaban con el sonido de la intensa lluvia.

—¿Crees que deberíamos salir de aquí? —preguntó Sara.

—No lo sé. Esto no me está gustando nada. Claro que la otra opción es enfangarnos hasta las rodillas de barro y mojarnos hasta las bragas.

La retahíla de sonidos aumentó su fuerza y se unieron en uno solo. Las muchachas se tuvieron que tapar los oídos, era realmente estremecedor. Parecía que aquellas piedras que formaban la capilla fueran a desplomarse de un momento a otro. Estaban a punto de salir fuera a la intemperie, muertas de miedo y pensando que por lo menos la lluvia no les mataría, cuando, a tan solo unos pasos de donde ellas se encontraban, el suelo empezó a moverse, dejando abierta una gran grieta y, sin saber cómo, aparecieron unos gruesos escalones de piedra al otro lado, incitándoles a bajar. A continuación y misteriosamente, un sepulcral silencio reinó dentro de la capilla. Sara intentó iluminar el interior del agujero que había aparecido como por arte de magia. Parecía un pasadizo bastante profundo y sobre todo oscuro, muy oscuro. Recogió el punzón y las linternas, se colgó la mochila a la espalda y pegada a su hermana se dispusieron a bajar. A medida que descendían, un frío helado les congeló hasta las entrañas. El miedo aceleró la respiración de las jóvenes y de sus bocas se escapó un helor como si estuvieran en el Polo Norte. Un olor nauseabundo y putrefacto cada vez más denso se apoderó de su olfato, produciéndoles inevitables arcadas. Alejandra no pudo evitar soltar un desgarrador grito al verse la cara impregnada de una extensa tela de araña que le impedía avanzar. Sara le ayudó a desprenderse de ella volviendo a quedarse libre.

—Creo que voy a vomitar —comentó Alejandra quitándose todavía los restos pegajosos de la seda—. Con el asco que me dan los insectos, y este olor tan asqueroso me está matando.

Habían perdido la cuenta de los escalones que llevaban. Su misión consistía en alumbrar, y con ojos como platos intentaban no pasar nada por alto. ¿A dónde les conducía semejante pasadizo? ¿Qué más pruebas les esperaban? Parecían haber llegado al final. Un enorme pasillo se abría ante ellas. Iluminado solo por el haz de luz de las dos linternas, intentaban descifrar dónde estaban. Pero… ¿qué era eso que había en las paredes? Alejandra se acercó para averiguarlo y, de su boca siguió una exclamación.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Salgamos de aquí ahora mismo! —su tono era de puro espanto.

Sara, alumbró las paredes y sus cabellos se erizaron. Estaban rodeadas por ambas partes de hileras de nichos antiquísimos. Aquello era ni más ni menos que un panteón. ¡No podían creérselo! Eran ataúdes de más de quinientos años. Procuró que el miedo no se apoderara de ella. Tenía que ser fuerte delante de su hermana, aunque lo que deseara fuera salir corriendo.

—Acuérdate lo que decía Tía Rosa —dijo Sara con voz aparentemente tranquila.

—¡En este momento no me acuerdo de nada! ¡Estoy cagada de miedo!

—Decía… —continuó Sara— «que no hay que temerle a los muertos, sino a los vivos».

—¡Claro, eso lo decía porque nunca ha estado en un lugar como este! —el cinismo imperaba en su tono de voz—. ¿Y ahora qué…?

—Pues sencillamente no lo sé —Sara estaba descolocada—. Estoy tan despistada como tú. Habrá que buscar en los nichos. Fíjate en las inscripciones. Algo habrá…

La oscuridad era total salvo la pequeña aureola de sus linternas. Se separaron cada una por un lado y empezaron a leer lo poco que quedaba de las inscripciones. Muchos de los ataúdes estaban rotos dejando al descubierto su interior. Alejandra, se tapó la nariz con la manga y con la linterna en mano iba descubriendo cráneos y huesos de todos los tamaños.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Qué ganas tengo de salir de aquí!

—¡Hay algo que no me encaja! —comentó Sara dejando que sus suposiciones se oyeran en voz alta.

—¡Tú dirás, hermanita! ¡A mí tampoco me encaja que tengamos que estar

aquí rodeadas de este dantesco paisaje!

—¡Fíjate en esta hilera! —dijo Sara enfocando la linterna. Todas las cajas son aproximadamente del mismo tamaño, menos esa.

—Sí, tienes razón —contestó Alejandra más tranquila y familiarizándose con el decorado—. Es del tamaño de un bebe.

—Solo que no tiene aspecto de ataúd —añadió Sara acercándose a ella—. ¡Tenemos que abrirla!

Sin pensarlo, buscó dentro de la mochila el punzón y empezó a golpearlo. La madera estaba seca por la cantidad de años y, pronto pudieron abrir un agujero.

—¡Creo que ya está! —Sara estaba eufórica—. ¡Nunca pensé que pudiera ser tan fácil!

—¡Fácil! —Alejandra no daba crédito a lo que escuchaba de su hermana—. ¡Después de todo lo que estamos pasando! Desde luego, hermanita, ¡qué optimista eres!

—¡Ya casi está! ¡Ya casi está! —Sara lucía una hermosa sonrisa.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó Alejandra con la mosca en la oreja, enfocando con la linterna a todos lados sin control.

—¿Qué ruido? —Sara continuaba con la caja de madera y sus golpes no le permitían escuchar más allá.

—¡Para un momento! —Alejandra tenía la cara acongojada—. ¿No lo oyes? Es como… no sé… un zumbido…

Sara no la escuchaba. Estaba a punto de ver el interior de la caja.

—¡Para, por favor! No lo oyes… —murmuraba Alejandra angustiada—, Sara… ¡Por el amor de Dios!… ¿quieres escuchar?

La tapa de la caja cedió ante la presión de la muchacha, dejando al descubierto un trozo de tela blanca enrollada que yacía en el fondo.

—¡Lo tenemos, Alejandra! ¡Lo hemos conseguido! —Sara alumbró la cara de su hermana—. ¿Qué te pasa? ¿No te alegras? —su cara reflejaba más que miedo, pánico.

—¿No lo oyes? —Alejandra no sabía si llorar o salir corriendo—. Cada vez es más intenso. Me está volviendo loca. Dime que tú también lo escuchas.

Sara permaneció en silencio por unos instantes intentado averiguar el porqué de la preocupación de Alejandra.

—Sí, tienes razón —dijo rotundamente. Efectivamente parecía que no estaban solas—. ¿Qué diablos es…?

—No lo sé. Pero no veo nada y eso es lo que me preocupa. Algo bulle por

ahí y no consigo encontrarlo.

Su haz de luz se movía a una velocidad de vértigo por el pasillo. No lograba localizar de dónde provenía ese ruido indescriptible, pero para su desgracia, cada vez se oía más próximo, y lo peor de todo, era más extenso. Sara metió la mano en la caja y cogió el envoltorio de tela. Por su aspecto, le recordaba a las dos llaves encontradas anteriormente. Solo esperaba que fuera así. Lo desenvolvió con mucho cuidado, mientras Alejandra, desencajada, no paraba de hacer dibujos de luz en las paredes. Sara dejó al descubierto la tercera llave encontrada. No pudo contener una sonrisa de satisfacción.

—¡La tenemos, hermanita! ¡Ya es nuestra! —gritó extasiada de satisfacción.

—¡Vámonos de aquí! —chilló Alejandra aterrada—. ¡Sara! ¡Vámonos de una puñetera vez! —chilló Alejandra viendo como su hermana se entretenía demasiado.

Con una sonrisa de alegría miró a Alejandra y le obedeció. Al intentar tapar de nuevo la llave, algo se movió en las manos de Sara corriendo por sus dedos y provocándole un aullido.

—Ay… ¿Qué es esto?

Alejandra, alumbró el nuevo hallazgo ante el quejido de su hermana.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! ¡No me lo puedo creer!, la tela está llena de cucarachas, con el asco que me dan.

Sara sacudió el trapo, y rápidamente enrolló la llave y la guardó en su mochila. Al hacerlo, se le cayó la linterna al suelo marcando una columna iluminada. Asombradas y atónitas, vieron como semejante columna, tenía… ¡vida propia! Aquello se movía en su dirección. El suelo estaba plagado de cucarachas. Unas cucarachas como nunca las habían visto, rojas, gordas y tremendamente grandes. Sara cogió la linterna rápidamente y al mismo tiempo que su hermana alumbró el lugar. Había centenares, miles… y miles… además, salían sin cesar de los nichos empotrados en la pared. Los pelos se les erizaron de puro espanto.

—¡Mierda! ¡Con que estaba resultando fácil! —se quejó Alejandra con sarcasmo y, seguidamente, empezó a saltar temiendo que pudieran escalar por sus piernas.

—¡Dios mío! ¡Las tenemos casi encima! —dijo Sara de puntillas—. ¡Salgamos de aquí cagando leches!

Empezaron a saltar sobre los montones de insectos. El silencio de dicho panteón era alterado por el crujir de los bichos aplastados por las jóvenes y los

gritos de ellas al intentar quitárselos de encima. A varios metros tenían las escaleras de piedra y muy a duras penas llegaron hasta ellas. Pero lo malo no había terminado. Un ruido espantoso como si estuvieran en el tenebroso infierno y similar al anteriormente escuchado cuando entraron en el pasadizo, acababa de empezar.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó Sara mientras subía acompañada de su hermana lo más rápida que podía. ¿Has tocado algo?

—Yo, nada. Pero suena igual que… —Alejandra se estremeció—. ¡Corre Sara, corre todo lo que puedas! —su voz era de pura angustia—. Creo que se está cerrando la entrada.

Las fuerzas de las dos jóvenes se iban agotando, pero solo pensar que se podían quedar encerradas ahí dentro les daba la energía suficiente. A oscuras, salvo la reducida luz de sus linternas, ascendían sin encontrar el fin de aquel terrorífico pasadizo. Adivinando los escalones que les quedaban para salir a la superficie y actuando mecánicamente, tropezaron varias veces sin dejar de escuchar ese maldito y escalofriante rugido de la tierra.

—¡Sara no te pares, ya casi hemos llegado! —dijo Alejandra casi sin aliento advirtiendo que la entrada se empezaba a mover.

Los minutos iban en su contra. Tan solo unos pocos metros y lo conseguirían. No podían quedarse encerradas ahí dentro. Eran demasiado jóvenes para morir de semejante manera. Tenían tantos proyectos por cumplir. Tantos sueños sin realizar. Sus pies apenas si tocaban el suelo, sus manos arañaban las paredes húmedas de piedra con el fin de impulsarse hacia arriba. Alejandra logró salir fuera cuando la piedra que cerraba la entrada estaba a mitad de su recorrido. Sara se había quedado más retrasada. Alejandra, agachada, le gritaba desesperada mientras trataba de iluminarle el poco camino que le quedaba.

—¡Vamos, vamos! ¡Puedes hacerlo! ¡No te pares por Dios! —gritó mientras inconscientemente sujetaba la piedra que se movía lentamente con sus manos intentado frenarla y sin poder evitarlo.

Sara, asomó la cabeza y después, sacó los hombros, pero la mochila pegada a su espalda le impedía salir por el reducido espacio que quedaba. Intentó a toda prisa descolgarla, pero las prisas, los nervios, y el tiempo corriendo en su contra, no eran buenos aliados. La abertura cada vez era más pequeña y Sara no podía atravesarla. Su hermana, llorando, le ayudaba histérica, estirando las asas, intentando romperlas… «¡Maldita sea! ¡Maldita mochila!», gritó llena de impotencia. Por in… consiguieron que una de las hebillas cediera. Rápidamente

la muchacha se coló por el estrecho agujero lastimándose una de las rodillas y saliendo a la superficie. Tumbadas en el suelo boca arriba intentaban normalizar su respiración y recuperar el pulso. Todavía les temblaban las piernas. Demasiada tensión y demasiada angustia en tan pocas horas. Habían tenido una sobredosis de adrenalina y ahora les estaba pasando factura dejando entumecidos sus cuerpos. Ellas, que eran dos muchachas normales, con unas vidas normales, y había que ver en cosa de unos meses cómo les había cambiado el rumbo.

Había transcurrido un rato, y más tranquilas y relajadas estudiaban la forma de salir de allí sin esperar a que amaneciera y sin dar lugar a tener que enfrentarse con los encargados de la excavación, pero… ¿cómo? Sara miró su reloj, eran más de las cuatro de la mañana. Apenas les quedaban tres horas. El sonido de la lluvia era la nota protagonista de todo el patio «¡Menuda tormenta!», pensó. No había parado de llover desde hacía varias horas. Todo estaba enfangado de barro y los agujeros del suelo se veían cubiertos de agua como auténticos pozos.

—Podemos utilizar la escalera de metal —dijo Alejandra señalándola—. Pegada al muro, igual conseguimos salir a la calle.

—No perdemos nada intentándolo —contestó Sara medio convencida.

Sin pensarlo dos veces las dos jóvenes sujetaron la escalera que tenían dentro de la capilla e intentaron acercarla al muro más próximo. El agua, en cosa de segundos, les empapó el pelo y parte de la ropa. No habían dado más que unos pasos y las botas se les quedaban clavadas en el fango, apenas si podían avanzar. Torpes y pesadas por la gruesa capa de barro adherida a la suela de su calzado, intentaban dar un paso y otro como si estuvieran aprendiendo a caminar. Los pocos metros que les separaban del muro iban a ser un duro y difícil camino.

—Esto no va a ser tan fácil, hermanita —añadió Alejandra sin dejar de la mano la escalera.

—Y yo que creía que lo peor había pasado —continuó Sara con tono burlón.

—Ánimo, que ya queda menos —dijo Alejandra—. Y ten cuidado con los agujeros.

Después de muchos esfuerzos apoyaron la estilizada escalera en el muro almenado, y muy decidida, Alejandra fue la primera en subir. Cuando estuvo en lo alto, se apoyó en una de la almenas y le dijo a su hermana que ascendiera. Ésta siguió sus pasos y a los pocos minutos estaban las dos encaramadas en las alturas, pero… ¿cómo se descolgaban cuando tenían más de tres metros hasta llegar al suelo?

—Menos mal que la lluvia nos ha dado una tregua —añadió Alejandra resignada viendo que las gotas habían cesado—. ¡No hay más remedio que saltar!

—Me temo que sí. ¡Yo seré la primera! —se ofreció Sara.

—¿Por qué? ¿Porque eres la mayor? —replicó Alejandra ofendida—. Hermanita, aquí no hay rangos. ¡Yo seré la primera! Recuerda… si me rompo una pierna o la cabeza, por favor no me sigas, busca otra manera de hacerlo.

—Será mejor no pensar lo que puede suceder —prosiguió Sara con la boca pequeña.

Antes de que Sara pudiera terminar la frase, su hermana se lanzó muy decidida al vacío en un gigante salto. Cuando aterrizó en el duro asfalto su cuerpo rodó y rodó, y sus piernas, le recordaron que no era de goma sino de carne y hueso. En ese momento, supo que amanecería llena de cardenales, pero podía dar gracias que no se había roto ningún hueso, o por lo menos, eso era lo que ella creía. Sara, al ver a su hermana ponerse de pie y estar sana y salva se dispuso a saltar, con tan mala suerte que la cinta de la mochila se soltó de su brazo y cayó al patio interior.

—Mierda… —gruñó Sara mientras intentaba localizar su posición—. Alejandra, voy a tener que bajar de nuevo por la escalera… se me acaba de caer la mochila. ¡Maldita sea!

—¡Joder! Sara, ten mucho cuidado —insistió Alejandra temerosa de que le pudiera suceder algo a su hermana, y de ninguna de las maneras ella podría echarle una mano.

—No te preocupes… —contestó Sara con una sonrisa intentando tranquilizarla. ¿Qué puede sucederme? ¡Ahora mismo vuelvo!

Bajó con precaución peldaño tras peldaño. Sus botas embarradas resbalaron en uno de los últimos travesaños y estuvo a punto de caer. Por una décima de segundo y con el corazón en un puño, se arrepintió de haber hecho ese estúpido comentario… ¿Qué puede sucederme? La bolsa estaba a unos pocos metros de donde ella se encontraba y hundida en el fango avanzaba despacio. Respiró profundamente cuando la rescató y se la sujetó lo más fuerte que pudo a la espalda. Ahora, iba de regreso hacía la escalera con el fin de subir y saltar lo más rápidamente posible. Estaba ansiosa por salir de ese lugar, darse una ducha caliente y tumbarse en su mullida cama, aunque fuese solo por un rato, ya que estaba empezando a amanecer. Sumida en lo agradable que resultaría, no vio como sus pies rozaban el borde de una de las zanjas y la tierra mojada y blanda

cedía ante su peso haciéndole perder el equilibrio. Una exclamación de incertidumbre y no saber muy bien que era lo que sucedía, se escapó de su garganta. Sin poder evitarlo, cayó en el fondo del agujero. Desconcertada, intentó ponerse en pie notando como el agua le cubría gran parte de su cuerpo.

—¡Maldita sea! ¡No puede ser verdad! —murmuró empapada.

Intentó salir de allí, pero para su desgracia era demasiado profundo. Sus manos apenas salían a la superficie. Se agarró con fuerza al borde y clavó sus uñas en la tierra mojada ayudándose con los pies como si escalara. La tierra no tenía ninguna fuerza y se deshacía entre sus dedos. Desesperada, volvió a repetirlo en varias ocasiones. De ninguna de las maneras podía salir de ahí y, de tanto moverse, notaba como sus pies se hundían cada vez más en el fondo como si fueran arenas movedizas.

—¡Dios mío, espero que no sea este mi destino! Morir en esta especie de fosa —su tono era de suplica—. Papá échame una mano, por favor.

La lluvia volvió a arremeter con fuerza, y la zanja continuó llenándose de agua. El nivel le llegaba a la altura del pecho y Sara recordó la angustiosa pesadilla que había tenido días atrás. Era la misma imagen que en sus sueños. A pesar de que era la primera vez que pisaba ese lugar, estaba sucediendo tal y como ella lo había vivido ficticiamente ¡Ojalá fuera solo una horrible pesadilla y el sonido de su despertador estuviera a punto de despertarla!, se dijo. Solo que desgraciadamente no era así, aquello era una cruel y desagradable realidad. ¿Qué podía hacer? Necesitaba ayuda desde el exterior. Pero su hermana estaba al otro lado del muro ¡Cómo se podían complicar tanto las cosas! Las lágrimas brotaron de sus ojos desesperados y llenos de impotencia. Y todo eso por una llave, por una maldita llave que ni siquiera sabía para que servía.

—¡Papá, qué misión más difícil nos has encomendado! —gritaba repleta de congoja y de rabia recriminando al espíritu de su padre.

La lluvia se fundía en sus mejillas con las saladas lágrimas. Había perdido la noción del tiempo. Ya dudaba de cuánto estaba ahí dentro. Sus labios estaban amoratados del frío y no podía parar de tiritar. De hecho, sus extremidades inferiores estaban entumecidas y había perdido sensibilidad. Estaba a punto de gritar y pedir ayuda. Ya no le importaba que la vieran ahí dentro o que tuviera que contestar un sinfín de preguntas. Solo quería salvar su vida, que era lo más preciado que tenía. De repente, una sombra la desconcertó. Hubiera jurado ver algo que se movía. El instinto de supervivencia se desató en ella.

—¡Aquí!… ¡estoy aquí!… —gritó. No sabía quién podía vagar por allí, o

quizá, solo había sido una falsa alarma y la desesperación le había jugado una mala pasada.

Pero no, otra vez, sí, en efecto la había vuelto a ver… era una sombra pero… ¿de qué?, o, ¿de quién?

—¡Socorro!, que alguien me ayude. Por favor… No puedo salir… —gritó angustiada.

Un relámpago iluminó gran parte del patio al tiempo que una imagen se alzaba al borde del agujero donde ella se encontraba.

—¡Sujétate fuerte Sara! —pronunció la sombra al tiempo que se inclinaba hacía ella tendiéndole una mano.

Ésta dio gracias a Dios a pesar de no saber quién era su salvador y además inexplicablemente sabía su nombre. La agarró con fuerza como si su vida dependiera de ello y con mucho esfuerzo logró salir. Cuando estuvo fuera de peligro, se fijó en la imagen que tenía delante de ella y quedó atónita.

—¡Pepe!… No puedo creerme que seas tú —exclamó llorando—. No puedes imaginarte lo agradecida que estoy… yo… —apenas si podía sostenerse, la congoja, el agotamiento y el frío le impedían continuar.

—Tranquilízate —dijo dulcemente mientras la abrazaba—. Ya estás a salvo. Vamos, te ayudaré a subir la escalera. Alejandra, nos está esperando al otro lado. Tranquila

Sara, por una vez en toda la interminable noche se sintió segura y los tres juntos, regresaron a casa. Había sido una experiencia inolvidable, tremendamente inolvidable.



Capítulo 31

La fiebre era muy alta. A pesar de los antipiréticos la temperatura corporal no recuperaba su normalidad. Su cuerpo tiritaba a causa del estado febril, y su mente navegaba retorciéndose por túneles ocultos haciéndole balbucear palabras y frases incoherentes. Tía Rosa, sentada en un extremo de la cama, le refrescaba la frente con un paño húmedo. Su preocupación no cesaba, su sobrina no había mejorado en dos días que llevaba cuidándola. Todavía no lograba entender cómo había podido enfriarse de semejante manera. Estaba claro que llevaba varios días sin parar de llover, pero eso no parecía un simple remojón. Sabía que Sara era una mujer fuerte y saldría de esta, estaba convencida, pero por más vueltas que le daba… Presentía que algo le estaban ocultando.

Por fin, Sara se había dormido y parecía tranquila. Tía Rosa aprovechó para salir de la habitación, recoger unas cosas y preparar la comida. Sin demorarlo, hablaría con Alejandra nada más regresara del trabajo.

Así lo hizo, y mientras comían juntas no pudo retrasarlo más y empezó con su interrogatorio.

—Por fin he conseguido que la fiebre ceda —comentó Tía Rosa—. Apenas hace una hora le he puesto el termómetro y… ya estoy más tranquila.

—Que mal lo está pasando, pobrecilla —murmuró Alejandra entre dientes temiendo que su tía sospechara algo.

—Y, ahora que la salud de tu hermana empieza a volver a la normalidad, ¿quieres explicarme de una vez, qué demonios ha ocurrido? Y… ¡piensa antes de hablar, porque no admito más evasivas y mucho menos mentiras! —su cara reflejaba un enfado magistral.

Alejandra dudó por unos instantes… ¿Haría bien poniéndola al día? Deducía que había llegado el momento de sincerarse. Así que decidió empezar por el principio.

—¿No sé si recordarás que hace unos meses te comentamos algo sobre una libreta de notas de mi padre que habíamos encontrado en el baúl? —preguntó Alejandra.

—Sí, lo recuerdo —afirmó Tía Rosa.

—Bien, pues hemos descifrado parte de ella.

—¿Y?… —su tía no terminaba de entender.

—Nos revela la existencia de doce llaves que pertenecen a las doce puertas de la muralla cristiana de Valencia.

Tía Rosa se quedó muda por unos instantes, estaba como pensativa.

—De ahí el interés de tu padre de estudiar todo respecto a la historia de la ciudad —Tía Rosa empezaba a atar cabos—. Pero… ¿para qué localizar esas llaves? ¿Con qué fin?

—Todavía no lo sabemos —dijo Alejandra con la cabeza baja.

—¿Estáis seguras qué esas llaves existen? —preguntó Tía Rosa incrédula—. Vuestro padre era muy soñador.

—Tía… ¡no pongas en duda su palabra! —Alejandra se molestó—. Es cierto, existen, de hecho, ya hemos encontrado tres de ellas.

—¿De veras?… —la sorpresa se reflejó en la cara de Tía Rosa.

—Sí, tenemos la llave de las Torres de Quart, de las Torres de Serrano y de la Puerta del Mar.

—Hija, me estás dejando de piedra. Y, ¿cómo las habéis encontrado?

—Hemos seguido los pasos de las claves de la libreta, y ahora están escondidas en un sitio seguro.

—Pero Alejandra, ¿a quién le va a interesar esas llaves de hace cientos de años que seguramente estarán más que oxidadas?

—Pues no lo están —replicó Alejandra—. Te lo puedo asegurar porque las he tenido en mis manos.

—De todas formas, no entiendo, ¿porque me lo habéis ocultado? Ni tampoco la relación del enfriamiento de tu hermana.

—Tía, las llaves no estaban guardadas precisamente en el cajón de una cómoda —su tono estaba lleno de cinismo—. Su búsqueda ha sido en circunstancias, podríamos decir difíciles, muy difíciles —Alejandra dijo estas últimas palabras recordando varias escenas pasadas.

—Aclárame eso de difíciles —añadió Tía Rosa con tono de preocupación.

Su sobrina dudó en contestar durante unos instantes.

—Alejandra, que te conozco… —murmuró entre dientes su tía.

—Pues hemos tenido que entrar en sitios de noche y fuera de horas. Ingeniárnoslas para poder acceder a ellas. Te asombrarías de dónde estaban escondidas. Por ejemplo, la última, fue en la iglesia de San Juan del Hospital. Lo hicimos nosotras dos solas ya que Lluís estaba de viaje. Eso fue hace tres noches, justamente cuando empezó a llover a cántaros. Empezamos por la tarde, hasta la madrugada.

—¿Quieres decir que profanasteis la iglesia? —preguntó Tía Rosa asustada.

—Yo no lo llamaría así —le corrigió Alejandra—. Sucedió en la capilla del patio. Después de seguir las pistas, dimos con la clave. Localizamos un pasadizo secreto en el suelo y nos llevó a una fosa funeraria.

—¡Santo Dios! —se santiguaba su tía.

—Después de estar rodeadas de tumbas en pésimo estado de conservación, y soportando un olor nauseabundo, encontramos lo que buscábamos. A continuación, nos invadió una plaga de enormes cucarachas, y cuando escapábamos de ellas e intentamos salir de semejante agujero, la entrada casi se nos cierra en plenas narices.

—¡Santo Dios! —Tía Rosa no daba crédito a lo que estaba escuchando, era como si le estuvieran relatando un estreno de cine.

Alejandra continuaba.

—Ya de madrugada intentamos salir de allí atravesando un barrizal donde los pies quedaban atrapados en el fango. Decidimos saltar el muro del patio y yo lo conseguí, pero Sara se cayó a uno de los muchos socavones que había en el patio por la excavación arqueológica. No podía salir porque el lodo hundía sus pies y allí permaneció no se sabe el tiempo mojada hasta más arriba de la cintura.

—Ahora entiendo la fiebre de tu hermana. Y, ¿cómo salió?

—Fue Pepe quién le ayudó.

—Pepe… Y ¿quién es Pepe? —Tía Rosa intentaba asimilar toda la información que estaba recibiendo.

—Es un indigente afincado en uno de los bancos de las Torres de bajo de casa. Una noche lo encontramos en el patio malherido de una paliza y le hemos estado ayudando. De hecho, le dimos unos euros para que nos controlara y averiguara cosas de San Juan del Hospital. Gracias a Dios, estaba por allí cuando pasó todo aquello y ayudó a Sara a salir y acompañarnos a casa.

—Desde luego, estoy anonadada. Hay que ver lo que os ha cundido a vosotras dos solas desde que os habéis independizado. Vamos, es que no doy crédito a todo lo que me has contado. Pero… ¿por qué ese interés en guardar tan rebuscadamente esas dichosas llaves?

—No lo sé, tía. Pero creemos que hay alguien que no quiere que busquemos y mucho menos que las encontremos.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Tía Rosa intranquila.

—Porque… —Alejandra dudó por un instante. Se estaba yendo de la lengua y no quería preocuparla.

—Quieres hacer el favor de continuar. Alejandra, no se te ocurra dejarme a mitad…

—Porque nos amenazaron —dijo su sobrina de un tirón.

—¿Cómo? —Tía Rosa se puso de pie. Sus nervios empezaban a perder la calma.

—Un tipo me abordó una noche en la puerta de casa y me amenazó.

—¿Qué te amenazó? —Tía Rosa se encendía por momentos—. ¡No me lo puedo creer! ¿Qué te dijo exactamente?

—Sus palabras fueron: «¡Dejad de preguntar por ahí y buscar cosas que no existen! ¡Es el primer y único aviso!».

—¡Será desgraciado! —el temor de que a sus sobrinas le pudiera suceder cualquier cosa, la llenaba de angustia—. Pero… ¿cómo se atreve a intimidaros? ¿Le habéis vuelto a ver?

—En la Virgen, pero conseguimos escabullirnos. Aunque Lluís cree haberlo visto merodeando por la zona y en muchas ocasiones me siento observaba.

—¡Hay que avisar a la policía de inmediato! —murmuró Tía Rosa.

—¡No podemos hacerlo! —la negativa de Alejandra fue rotunda ¡Todavía no!

—¿Por qué no? —Tía Rosa no entendía nada.

—Tía, si lo hiciéramos, no podríamos seguir buscando y necesitamos continuar para saber… —sus palabras se quedaron mudas y Alejandra se arrepintió de no haberse mordido la lengua antes de empezar la frase.

—¿Para saber qué? —Tía Rosa no podía imaginarse lo que podía ocultarle. Después de semejante relato, se esperaba cualquier cosa.

—Tía, no vale la pena —Alejandra intentaba restarle importancia—. Creo que por hoy has tenido bastante.

—¡Un momento, jovencita! Dime todo lo que sabes ¡Ahora mismo!

Sabía que su tía era terca como una mula y no conseguiría disuadirla. Alejandra continuó con su explicación a sabiendas de que aquello que le quedaba por escuchar le dolería en el alma.

—Cuando empezamos la investigación, hable con un compañero de mi padre. Era profesor como él, hoy es el director del Instituto Lluís Vives, y me comentó, unas frases que le mencionó pocos días antes de morir. Le dijo: «Vicente, estoy a un paso de que cambie mi vida. Va a ser el mayor hallazgo de toda la Historia. De momento, no puedo decirte nada más, no quiero que te veas involucrado. Pero ya te contaré».

Un silencio se apoderó de la estancia. En la mente de Alejandra resonaban de nuevo sus palabras. Unas palabras que se habían grabado a fuego impidiendo que se borrara ni una sola letra.

—No termino de entender —comentó Tía Rosa confusa—. ¿Por qué ese comentario?

Alejandra, con todo el dolor de su corazón, pronunció.

—Tía, barajamos la hipótesis… creemos que nuestros padres no murieron en un accidente, sino que los asesinaron —Alejandra observó el rostro de su tía. Una amarillenta palidez cubrió su cara haciendo sus facciones inexpresivas.

Acababa de oír que su hermana y su cuñado podían haber sido asesinados. No… no podía ser verdad. Durante veintitrés años había creído que habían muerto en un fortuito accidente y ahora descubría que no era así. Que podían haber sido víctimas de algún desalmado que había decidido robarles la vida. Los recuerdos de aquel fatídico día abordaron su mente. Revivió la escena de cuando le avisó la policía dándole la mala noticia, y cuando acudió al lugar del accidente y no reconoció el automóvil por ser un amasijo de hierros, cuando abrazó a sus sobrinas aferrándose a su vida después de pensar que también las había perdido, y cuando acongojada visitó el depósito de cadáveres para reconocer los cuerpos ensangrentados de Carmen y Jorge. Todavía podía sentir el frío indescriptible que le recorrió de pies a cabeza cuando le besó la frente a su hermana, pálida y helada. ¿Quién se había atrevido a quitarles la vida, cuando estaban empezando a dar sus primeros pasos en ella? ¿Quién… y por qué? ¿Por qué ellos? Se preguntaba sin respuesta alguna… ¿Qué era lo que querían a cambio? ¿Qué ganaban con ello? Habían dejado a dos niñas indefensas y huérfanas, sin ningún miramiento, sin ninguna piedad. ¿Y qué le habían hecho a ella? Se preguntó llena de dolor. Habían cambiado totalmente el rumbo de su destino. Había renunciado al amor de su vida, a su único amor. ¿Cómo hubiera sido su destino

si esos desgraciados no se hubieran interpuesto en su familia? ¡Nunca lo sabría! Sintió rabia, impotencia, una furia de rencor y venganza se adueñó de ella. Se dijo que aunque fuera lo último que hiciera en la vida, daría con el desalmado que lo hizo. Aunque fuera lo último. ¡Lo juro por Dios! Un par de lágrimas se dejaron caer por sus mejillas. Tía Rosa, sin gesticular se pasó los dedos por ellas.

—¡Alejandra, contad conmigo para localizar el resto de las llaves y descifrar quién ha sido el malnacido que ha podido cometer semejante barbaridad! ¡Tenemos que llegar hasta el final de todo esto!

Tía y sobrina se unieron en un sincero y emotivo abrazo.



Capítulo 32

A primera hora de la mañana y reunidos en el despacho del comisario Morales, éste leía el informe sobre lo sucedido en la iglesia de San Juan del Hospital, ocultando su pronunciada nariz detrás de sus gafas Mont Blanc de acetato negras, que le daban un aspecto duro y de mal genio. Pero esa mañana, se podía adivinar que su estado de ánimo no era muy halagüeño, sus pobladas cejas encorvadas hacia abajo lo confirmaban. El inspector Moreno y el subinspector Roque, compañeros inseparables, escuchaban atentamente como su malhumorado superior les planteaba la situación.

—¡Es la tercera vez! —indicaba el comisario Morales dando un golpe en la mesa—. ¡La tercera vez que se ríen en nuestras propias narices! ¡Aparentemente, tampoco falta nada! ¡Gracias a Dios! Aún habrá que darle las gracias a esa gentuza ¡Maldita sea! No entiendo el porqué de entrar por la noche, forzar puertas y cerraduras, dejar una serie de pistas que no se preocupan en ocultar y salir de los lugares como si fuera su propia casa. ¿Pero por qué siempre en lugares emblemáticos de la ciudad? ¿Qué coño busca esa gente? O tal vez sean ganas de hacer daño. De retarnos de alguna manera. Aunque me da en la nariz que no es así… están buscando algo. Me apuesto lo que sea. Lo difícil va a ser saber qué. Me temo que por el rastro de barro que han dejado en la Iglesia de San Juan del Hospital, esta vez les ha resultado mucho más complicado. Por las huellas encontradas, también un hombre y dos mujeres —dijo Morales indignado—. Y como veréis, siempre en lugares destacados de la ciudad. Me gustaría saber qué demonios buscan y que es lo que pretenden. ¡Maldita sea! Y además tienen la santa suerte de que no haya testigos. ¿Vosotros creéis que es

normal que nadie los haya visto? ¿Que nadie se haya percatado de algo anormal a esas horas de la madrugada? Esto es increíble.

—Si supiéramos… cuál va a ser el lugar próximo —intervino Moreno.

—Lo dices como si estuvieras seguro de que va a haber una cuarta vez —comentó Roque.

—No me extrañaría nada —asintió el comisario—. Pero no siguen una pauta concreta. Sinceramente no sé cuál puede ser el siguiente paso. Nos tienen totalmente desorientados. Necesitamos dar con esa joven de las Torres de Serrano. Es la única persona, a quién podemos preguntar al respecto, bien como implicada o como posible testigo.

—Nos pondremos manos a la obra —contestó el inspector Moreno—. Quizá podamos sacar algo en claro. Haremos un retrato robot. Eso nos ayudará a localizarla.

Minutos más tarde y sentados delante del ordenador, los dos compañeros intercambiaban decenas de distintas dibujos, correspondientes a facciones femeninas, intentando aproximarse a la cara de aquella mujer.

¡Ya casi la tenían!, después de quitar y poner distintas formas de cabello, jugar con diferentes óvalos de cara, ojos redondos, más almendrados, cejas más o menos pobladas, labios finos o prominentes, ¡al fin, habían dado con la cara que buscaban! No había sido difícil, Moreno había grabado sus facciones en su mente como una especie de tesoro. ¡Qué tenía esa mujer que lo había trastornado desde aquel día, hasta el punto de no poder quitársela de la cabeza! Moreno observó el dibujo detenidamente. Sus ojos… esos ojos le recordaban a alguien que no conseguía recordar. Era preciosa, daría lo que fuera por encontrarla de nuevo. Saber algo más de ella, de su vida o simplemente estar a su lado y poder contemplarla otra vez.



Había llegado el otoño y con él la bajada de temperaturas. Sara estaba ya restablecida y de vuelta al trabajo. Aquel mal trago siempre se quedaría como anécdota, o algo que contar cuando fuera anciana y sorprendiera a sus nietos con semejantes aventuras. Alejandra continuaba su ajetreado trabajo en la revista. Lluís había dejado el garito de Juan Llorens vendiéndole al socio su parte. El nuevo ascenso en la empresa no le permitía compartir el tiempo con otras

actividades nocturnas. Pepe continuaba deambulando por las calles, aunque de vez en cuando le invitaban a comer y le ofrecían algún trabajillo extra para que fuera sacándose un dinero. Tía Rosa seguía con su vida y como de costumbre desde hacía unos meses, visitaba dos o tres veces por semana el Mercado Central.

Hoy era uno de esos días, y a mitad de mañana hacía acto de presencia en la puerta del mercado. Lo había meditado muy detenidamente y estaba decidida, hablaría con Paco y se lo diría claramente. Por el momento, no quería que su relación con él fuese algo demasiado profundo. Era un hombre bueno, cariñoso, incluso tenía cierto atractivo. Sabía que se desvivía por ella. Pero… ¿y ella? ¿Se desvivía por él?… No ¡Ojalá pudiera decir lo contrario! ¡Ojalá su corazón se deshiciera cada vez que lo tenía delante! ¡Ojalá todo no fuera tan complicado! Podía cerrar los ojos y dejarse llevar, o mejor dicho, dejarse querer… Pero eso no haría que fuera feliz. Ahora que sus sobrinas se habían independizado y no tenía obligaciones, podía cambiar el rumbo de su vida y compartirla con un buen hombre, que además, se lo había pedido en numerosas ocasiones y siempre le había dado negativas y largas. ¿Quizá pedía demasiado? ¿Quizá fuera demasiado exigente? ¿Cuántas mujeres en su situación cederían ante un hombre como Paco, y encima con un buen poder adquisitivo? Pero ella estaba chapada a la antigua. Lo reconocía. Aunque por un momento dudó. ¿Realmente estaba chapada a la antigua, o es que después de veintitrés años, aún le perseguía la sombra de Miguel Roselló? Miguel… ¿por qué te dejé marchar? Se decía en su interior. Fui muy cobarde. A este paso moriré de vejez más sola que la una. Seré toda mi vida una solterona. ¿Era eso lo que quería en realidad? No, pero ni ella misma sabía lo que quería. Solo sabía que no podía concebir estar toda su vida al lado de ese hombre, o por lo menos, no ahora. Quién sabe, se decía dándose ánimos, a lo mejor dentro de un tiempo cambiaba de opinión. Dicen que el roce hace el cariño.

—Perdón… —se oyó una voz a su espalda.

Alguien le había empujado sin querer y eso le hizo volver a la realidad. Deambuló por los pasillos del mercado intentando ordenar sus pensamientos algo revueltos. Visitó la parada de Paco y se saludaron quedando en verse para cenar. De esa noche no pasaba. Le haría ver las cosas como son y que sus ilusiones se desvanecieran. No quería jugar con sus sentimientos. Él no se lo merecía. De todas formas Paco era muy inteligente y muy intuitivo, seguro que se lo esperaba. De hecho, en varias ocasiones le había preguntado si estaba bien

con él. Tenía la mosca detrás de la oreja y se desvivía por tenerla contenta. Rosa compró algunas cosas que necesitaba y después de casi tres cuartos de hora dando vueltas y más vueltas, salió del mercado. Se dirigió hacia la calle San Vicente pasando por su antigua casa situada en María Cristina. Por unos instantes, se detuvo observando su querido balcón, por el que tantas y tantas veces había visto a Miguel en sus citas. La añoranza de aquellos tiernos y felices momentos le produjo una gran tristeza. Intentó tragar saliva llena de resignación y un nudo en su garganta se lo impidió. Cabizbaja, continuó caminando hacia la parada del autobús.



En el mismo lugar y con pocos minutos de diferencia, un hombre bien acicalado de pelo canoso, barba bien recortada y ojos de color verde esmeralda se detenía frente al balcón de la calle María Cristina. Sonrió al comprobar que la vivienda había tenido pocos cambios, aún así, su corazón palpitaba con fuerza y su pulso acelerado como un colegial le impedía mostrarse sereno. Apenas sin mirar cruzó la calle y esquivando un coche llegó al otro lado. La impaciencia se había adueñado de él. Se encontraba torpe, a pesar de ser un hombre ágil, pero las piernas le temblaban de emoción. Después de tantos años, casi no reconocía la ciudad ¡Cómo había cambiado todo! El progreso había dejado su huella. ¿Y a Rosa, la reconocería? ¿Qué habría sido de su vida? ¿Por qué Rosa nunca le contestó las cartas? ¿Por qué se alejó de ella para irse tan lejos? Nunca se lo perdonaría. Actuó como un verdadero cobarde. Tenía que haberse quedado con ella y haberle apoyado en un momento tan difícil y delicado. Estaba confuso y, sobre todo, estaba arrepentido. Mientras se aproximaba al patio, un escalofrío le recorrió todo su cuerpo. ¿Y si estaba casada y con hijos? ¡No lo soportaría! Pero ese sería el precio que tendría que pagar el resto de su vida por no haber sabido reaccionar a tiempo y en el momento oportuno. Respiró hondo intentando calmar su estado de ansiedad, y asimilar la situación que se iba a encontrar. Era consciente de que podía ser algo que no le gustara, pero, aun así, quería volver a verla. Quería saber qué había sido de su vida, aunque la respuesta le destrozara. Un vecino salió del portal, Miguel sujetó la puerta y se introdujo en el patio. Habían cambiado el color de sus paredes pero seguía igual que hacía veintitrés años. Decidió subir a pie, igual que la primera vez que pisó aquel lugar. Recordó

la imagen de Rosa cuando le esperaba sonriente con la puerta entreabierta. ¡Qué inolvidables momentos aquellos! La añoranza de aquella época le llenó de tanta tristeza que la congoja no le dejaba respirar. Cuando llegó al rellano, nadie le estaba esperando y la arrebatadora sonrisa de su amada solo permanecía intacta en su memoria. ¡Dios mío!, se dijo: ¡Dame fuerzas para afrontarlo! Tembloroso y pálido, tocó el timbre de la puerta. Unos pasos se oyeron al otro lado y Miguel aprovechó para arreglarse la camisa y el pantalón. La puerta se abrió. Una mujer de unos cincuenta años, pelirroja y con la cara empolvada, le recibía.

—Dígame —preguntó la mujer desconfiada esperando la respuesta del desconocido.

Miguel se quedó mudo. Ésa no podía ser Rosa. Por muchos años que hubieran pasado, era obvio que no tenían nada que ver. Podía ser un familiar o quizá una amiga…

—Perdone… —su voz se había transformado en un tono más grave. La emoción casi no le permitía articular palabra—. ¿Vive aquí Rosa?… Rosa Soler.

—No… se ha confundido —dijo la mujer secamente mientras intentaba cerrar la puerta delante de sus narices.

Miguel, inseguro, comprobó el número de la puerta. ¿Era posible que se hubiera confundido? No. Estaba convencido de que no había ningún error.

—¡Perdone que le moleste! —insistió Miguel viendo que perdía la oportunidad de aclarar la situación—. La mujer por la que pregunto vivió aquí hace muchos años. Si usted fuera tan amable de decirme algo sobre su paradero. Yo… le estaría tremendamente agradecido.

—¡Creo que usted se equivoca! —dijo la mujer secamente—. Yo misma vivo aquí más de quince años y no conozco a nadie con ese nombre. Lo siento —tras sus palabras cerró la puerta.

Miguel permaneció inmóvil y desconcertado frente a la puerta, sin saber qué hacer, ni adónde ir. Su mente aturdida buscaba una repuesta. Era posible que ya no viviera allí, que se hubiera trasladado. Era comprensible, se decía desde su interior. Seguramente habría formado su propia familia, pero aun así, necesitaba encontrarla. Aunque, ¿por dónde empezaba a buscar? Un mal pensamiento le asaltó la mente, turbándole. ¿Habría fallecido? No. No… Se dijo intentando darse ánimos. Eso no podía ser verdad. Necesitaba verla, y por supuesto, necesitaba verla con vida.



Capítulo 33

Las temperaturas habían descendido progresivamente a medida que avanzaban las fechas del calendario y los árboles se iban desnudando poco a poco dejando una alfombra de hojas secas por todas las calles de la ciudad. Ese sábado por la mañana, Alejandra había salido de compras. Necesitaba un traje elegante para un evento muy especial. La empresa donde trabajaba celebraba una gran fiesta en honor al bautizo de una nueva revista y estaba previsto que acudieran personalidades importantes. Llevaba más de dos horas deambulando por la calle Colón, una de las más transitadas por su diversidad en tiendas. Estaba atascada de gente, al igual, que sus alrededores. Los escaparates lucían las últimas colecciones de la temporada. Y ella, desorientada y sin saber muy bien que adquirir, recorría *boutique* tras *boutique*.

Por fin, regresaba a casa muerta de agotamiento, pero satisfecha porque su objetivo estaba cumplido. Miró el reloj. Eran casi las doce del mediodía, aún llegaría a la cita. Efectivamente, cuando entró en casa, Lluís estaba en compañía de su hermana.

—Veo que has aprovechado la mañana —dijo Lluís al ver a su vecina con varias bolsas.

—Pues sí —contestó Alejandra con una sonrisa—. Tengo una fiesta importante y necesitaba renovar el vestuario.

—¿Una fiesta? —preguntó él con sorpresa.

—Sí, todavía no me ha dado tiempo de ponerte al día, como ahora pasas tanto tiempo en la oficina. Además, tengo que pedirte un favor.

—Tú dirás… —dijo Lluís—. Si está en mi mano.

—Está —dijo Alejandra con voz picarona—. Necesito un acompañante para ese evento y he pensado que quizá tú…

—¿Cuándo es? —preguntó Lluís encantado de que le incluyera en sus planes.

—El sábado que viene. A las ocho, en el Hotel Meliá.

—Pues cuenta conmigo —respondió Lluís complaciente.

—¡Eres un sol! —exclamó Alejandra sin parar de mirarle a los ojos, mientras le daba un suave beso.

En un extremo del salón y rodeada de papeles Sara los miraba impaciente.

—Cuando queráis empezamos con la búsqueda de la cuarta llave —interrumpió con sarcasmo.

Alejandra entró en su habitación, se puso ropa cómoda y a los pocos minutos estaba sentada al lado de su hermana y de Lluís.

—¿Empezamos? —agregó.

Sara abrió una hoja de papel y empezó a leer las claves para localizar la cuarta llave.

«Donde la fe le hizo ser vencedor
y la luz aplacó su sufrimiento.
Donde es liviano como una pluma,
y pesado como una rueda de molino.
Donde nada es lo que parece,
y el sonido la clave del enigma».

—¿Ya está? —preguntó Alejandra ansiosa de tener algún dato más.

—En la libreta de papa no había nada más —contestó Sara resignada—. Me temo que esta vez lo tenemos bastante difícil.

—No nos desanimemos —interrumpió Lluís—. También nos parecían difíciles los otros tres acertijos y sin embargo dimos con la clave, no veo por qué ahora tiene que ser diferente. De acuerdo… que el mensaje no es muy explicito, pero…

—No trates de darnos ánimo —murmuró Alejandra—. Será mejor que nos pongamos manos a la obra cuanto antes.

—Empecemos por lo más fácil —comentó Lluís lleno de sensatez—. Esta llave que buscamos pertenece a la puerta sur de la muralla cristiana, llamada Portal o Puerta de San Vicente.

—Tengo cierta información al respecto —prosiguió Sara—. La puerta que nos ocupa estaba situada en la calle del mismo nombre y cerca de la Iglesia San Agustín. Era un torreón que permitía el paso al interior de la ciudad. En 1830 fue demolida y en su lugar fue construida otra formada por tres vanos rectangulares. Sobre ella, se levantaba una estatua de San Vicente Ferrer, patrón del Reino de Valencia, por lo que miraba hacia el exterior, y otra de San Vicente Mártir, patrón de la ciudad de Valencia, de ahí que ésta mirase hacía el interior.

—Creo que deberíamos centrarnos en San Vicente Mártir —interrumpió Alejandra—. Hasta ahora todo lo que buscamos se encuentra dentro de las murallas cristianas y puesto que él es el patrón de la ciudad…

—Me parece bien, hermanita. Además, la frase de nuestro padre cuando dice: «*Donde la fe le hizo ser vencedor, y la luz aplacó su sufrimiento*», nos lo dice claramente.

—¿Ah, sí?, no me digas… —dijo Lluís, incrédulo de que lo tuviera tan claro.

—¿Sabíais que el nombre de Vicente significa: vencedor? —añadió Sara.

Lluís negó con la cabeza.

—San Vicente Mártir… —continuó Sara—. Fue un clérigo español, diácono del obispo Valero de Zaragoza. Sobre el año 303 se originó una sangrienta persecución contra los cristianos. Ésta estaba decretada por los emperadores Diocleciano y Maximiliano, y dieron poder al prefecto Daciano para ensañarse con la población cristiana en la ciudad de Zaragoza. Allí fueron prendidos el obispo Valero y San Vicente, y trasladados después a Valencia bajo guardia carcelera. Era la ciudad elegida porque allí cohabitaban la mayoría de ellos, de ese modo creían darles una lección. Fueron juzgados y encarcelados. Ambos se negaron a renunciar a su fe. El obispo Valero provenía de buena familia y tenía dificultades con el habla, Daciano ordenó su destierro fuera de España. Mientras que a San Vicente lo torturaron sin compasión. Pasó por el potro y le descoyuntaron los miembros, recibió azotes y desgarros realizados con garfios. Puesto que no cedía, lo pasaron por una parrilla con hierros calientes. Ya no quedaba parte alguna de su cuerpo libre de llagas. Pero San Vicente seguía firme en su fe, Daciano dijo: «Un suplicio queda todavía. Buscad una cárcel, un lugar tenebroso separado de toda luz. Esparcid por el suelo pedazos de puntiagudas tejas y dejarle encerrado en las tinieblas». Pero la noche de aquella cárcel fue invadida de una eterna luz, y la horrible soledad, poblada de multitud de ángeles que le consolaron. La leyenda cuenta que murió el 22 de enero de 304 sobre un colchón de rosas en el que se habían convertido las tejas y los cristales. Aun así,

Daciano, sintiéndose vencido, dijo: «Si no pude vencerle vivo lo castigaré por lo menos muerto». Arrojó su cuerpo a un descampado para que lo devorasen las alimañas y no recibiera el honor de la sepultura. Sin embargo, los cuervos lo protegieron. El cónsul desesperado ordenó atarlo a una rueda de molino y fue lanzado al mar. Pero su cuerpo inexplicablemente, volvió a la playa conocida como Font Santa donde se levantó una ermita denominada Jónica y allí fue sepultado. Muchos años más tarde se trasladaron sus restos a un cementerio que se convertiría en Basílica y Mausoleo en las afueras de Valencia. Por eso San Vicente fue el gran mártir de la Iglesia de Occidente.

Sara terminó su relato, mientras su hermana y su vecino se habían quedado mudos ¡Cuánto debió de sufrir ese hombre!, se decían en su interior.

—¿Quién te ha contado esa historia? —preguntó Lluís sorprendido y profundamente afectado.

—Una monja que conocí hace mucho tiempo —aclaró Sara—. Me la repetía cada vez que nos encontrábamos. Me la relataba como si fuese un cuento y de tanto escucharla me la aprendí de memoria. Es una larga historia que no tiene mayor relevancia. ¿Creéis ahora que estamos en la pista correcta sí o no?

—Sí, es cierto —continuó Lluís—. No cabe duda… Pero fijaos en la segunda frase:

«Donde es liviana como una pluma,
y pesado como una rueda de molino».

—Lo de liviano como una pluma puede ser un pájaro, un cuervo quizá que fue quién evitó que consumieran su cuerpo las alimañas —murmuró el joven entre dientes—, y la rueda de molino fue con la que lo arrojaron al mar. Pero nos quiere decir algo entre líneas, estoy seguro, algo que no consigo ver.

—Sí, —atajó Sara—. De hecho, cuando representan a San Vicente, además de la vestimentas de su rango, aparece con un cuervo o con un una rueda de molino. Pero el acertijo se contradice. Nos dice:

«Nada es lo que parece,
y el sonido, la clave del enigma».

—¿Qué demonios quiere decir? —preguntó Alejandra—. Está resultando demasiado fácil y dudo mucho que éste sea el camino correcto.

—Por lo menos ya tenemos parte del enigma —dijo Sara—. Además, hay seis lugares claves vinculados al martirio de San Vicente Mártir en la ciudad de

Valencia. No estaría de más que los visitáramos. Quién sabe, a lo mejor nos da alguna pista sobre lo que buscamos.



Al día siguiente amaneció un día precioso pese a que el otoño se iba instalando sin prisa pero sin pausa. Los tres vecinos salieron temprano de casa. Cruzaron la calle Quart esquivando varios coches y llegaron al otro lado.

—¿Os habéis fijado quién está en aquella esquina? —preguntó Alejandra asustada.

—No ¿donde? —contestó Sara.

—A tu derecha, y por favor sé discreta —dijo su hermana en apenas un susurro—. Es el tipo que nos amenazó.

Sara giró la cabeza en la dirección que ella le había señalado. Efectivamente era ese individuo con su maloliente puro.

—¿Qué querrá ahora después de tanto tiempo sin aparecer por aquí? Seguro que intimidarnos. ¿Qué hacemos? —preguntó Sara.

—Nada —continuó Lluís—. Seguiremos caminando como si no lo hubieseis reconocido y llevaremos a cabo nuestro plan. Hay que estar atentos por si nos sigue —Lluís intentaba tranquilizar la situación—. Además, a ese tipo lo he visto varias veces en la zona y me temo que tiene todos nuestros movimientos controlados. Lo que no termino de entender es por qué no ha actuado cumpliendo sus amenazas.

—¿Crees que sabrá que tenemos las tres llaves? —la pregunta de Alejandra estaba llena de temor.

—No lo sé —Lluís permaneció pensativo durante unos instantes—. Posiblemente… sepa incluso dónde las tenemos escondidas.

—¿Tú crees? —la voz de Sara estaba muy cerca de tartamudear.

—Creo que sí. De no ser así, nos las hubiera intentado robar.

—¿Entrando en casa? —volvió a preguntar Sara. Ahora su voz delataba su angustia—. ¡Dios mío! Igual están esperando que encontremos las doce llaves, para luego…

—¡No perdamos los nervios! —dijo Lluís aparentemente muy entero. De momento, no podemos hacer otra cosa. Hay que pensar que las llaves están a buen recaudo en el Banco. Si les interesan… que den ellos el primer paso.

Llevaban un buen rato caminando y el temor de hacía media hora se había ido enfriando a medida que sus pasos se alejaban del lugar. La ruta era visitar los lugares emblemáticos por los que pasó San Vicente Mártir en su recorrido por la ciudad. Empezaron por la Iglesia de Santa Mónica, donde encontraron una columna rescatada de una posada próxima, en la cual se dice que Valerio y San Vicente fueron atados antes de entrar en la ciudad. La inspeccionaron concienzudamente intentando encontrar no sabían qué. Sin conseguir su objetivo se encaminaron hacia la Catedral. Allí estaba la reliquia del brazo de San Vicente. Situado en una pequeña capilla y dentro de una urna de cristal. Lo trajeron hacía unos treinta años y fue regalado por una familia de Padua. Según estudios forenses pertenecía al siglo IV y correspondía a un hombre joven presentando quemaduras en la piel. Mientras los tres admiraban la reliquia estudiaron la forma de introducirse en el pequeño recinto. El acceso dentro de la diminuta capilla era imposible, por eso tuvieron que contentarse con fijarse en la multitud de detalles desde una distancia de metro y medio.

El siguiente paso correspondía a una pequeña capilla en la plaza de L'Almoina que parecía ser la primera prisión donde estuvo encerrado. Pero las cosas se complicaban, estaba cerrada, salvo unas pequeñas rendijas en la puerta a modo de ventilación que dejaban adivinar un pequeño altar en la oscuridad. Llevaban medio recorrido hecho y sin embargo estaban igual que al principio. Visitaron también la cárcel de la calle del mar, próxima a la plaza de la Reina. La mala suerte les perseguía, también estaba cerrada. En esta ocasión, un pequeño cartel les decía que las visitas debían de concertarse con antelación. Ese día parecía estar lleno de trabas. Sara daba vueltas y más vueltas a la última frase del acertijo: «*Nada es lo que parece, y el sonido, la clave del enigma*». ¿De qué sonido hablaba? ¿A qué puñetas se refería?

—¿Qué hacemos? —preguntó Lluís—. Nos quedan dos lugares y espero que tengamos más suerte que hasta ahora.

—Yo también —añadió Alejandra.

Visitaron la Ermita de San Vicente y la Basílica Sepulcral de san Vicente o parroquia de Cristo Rey, pero estaba claro que ese no era su día. Hoy no daban pie con bola.



Capítulo 34

El olor floral invadía el ambiente salpicando de colores los mármoles de las lápidas. Los abundantes y esbeltos pasillos del cementerio se veían ocupados por centenares de familiares que brindaban una visita a sus seres queridos en ese día de Todos los Santos. Tía Rosa, en compañía de sus sobrinas, admiraba las fotos de Jorge y Carmen ¡Cuántos años sin vernos! Se decía. ¿Cómo será el lugar donde os encontráis? ¡Seguro que es bueno! Tiene que serlo para unas personas tan inocentes como vosotros. Recordó el relato de su sobrina cuando le confesó que el accidente de sus padres podía haber sido provocado, y eso le tensó la mandíbula de pura rabia. Sin poder contenerse, murmuró:

—¡Juro por lo más sagrado que vengaré vuestra muerte! ¡Lo juro!

—Tía… Cuando quieras nos vamos —dijo Sara con los ojos brillantes y dejando caer la mano en el brazo de su tía en señal de apoyo.

—Sí, tienes razón. Vámonos —añadió Tía Rosa con una media sonrisa. Y, colocándose en medio de sus dos sobrinas, se alejaron de allí.

Caminaron despacio y con la cabeza cabizbaja. En la mente de cada una de ellas solo había una palabra: venganza.

—¿Cómo lleváis la búsqueda de la llave? —preguntó Tía Rosa.

—No muy bien, tía —contestó Sara enterada por su hermana de que había tenido que ponerla al día de todo—. Ésta cuarta nos está costando más de lo que esperábamos. Llevamos casi dos semanas detrás de ella y no hay manera.

—Hay algo que se nos escapa y no conseguimos saber qué es —continuó Alejandra.

—Tened fe —dijo Tía Rosa inundándoles con toda su fuerza—. Sé que vuestros padres están con vosotras y os guían en todos vuestros pasos. Ya sé que

a veces la vida es más complicada de lo que podemos aceptar, pero tener muy presente esto: «Dios aprieta, pero no ahoga». Os lo digo por pura experiencia.

Sabían que tenía razón. Sus sobrinas le miraron con cariño y llenas de admiración. Su entereza y su fuerza eran envidiables.



El órgano de la Catedral, sumado a las voces del coro era una agradable música celestial; el mejor regalo para los oídos de todos los feligreses que reunidos escuchaban la doctrina. Tía Rosa, en compañía de sus sobrinas y sentadas en uno de los primeros bancos, repetía la tradición anual desde hacía veintitrés años. Desde que Sara y Alejandra lo recordaban, después de visitar el cementerio, escuchaban misa en la Basílica.

Había concluido la homilía y levantadas esperaban su turno para dirigirse a la puerta de los Apóstoles.

—¡Esperad un momento! —dijo Tía Rosa—. Tengo una corazonada. Vamos a la Capilla de San Vicente Mártir. ¿No decís que de momento vuestras averiguaciones os llevan hasta él?

—Así es —afirmó Sara confirmando la pregunta de su tía—. Es lo único que tenemos.

Alejandra fue la primera seguida de Sara y Tía Rosa. A los pocos minutos se detuvo frente a la reliquia de San Vicente, que habían visitado recientemente sin ningún resultado, y donde estaba depositado el brazo del santo dentro de una urna de cristal.

—¡Aquí ya hemos estado! —dijo Alejandra a su tía.

—¡Pero ésta no es la Capilla de San Vicente Mártir! —replicó Tía Rosa—. Aquí está la reliquia de él pero, en realidad, esta es la Capilla de la Resurrección.

Sus sobrinas la miraron con cara de sorpresa. Al parecer habían estado confundidas. Tía Rosa se encaminó hacia la Capilla correcta. Ésta estaba situada cerca de la puerta de los Hierros y al lado del campanario, llamado El Miguelete. Mientras permanecían ante ella y observando cualquier mínimo detalle que les pudiera abrir una puerta de esperanza, las campanas empezaron a sonar. Alejandra las escuchó centrando toda su atención en ellas.

—Aquí no hay nada, y si lo hubiera la verja de metal nos impide el acceso. No podemos entrar en la Capilla —protestó Sara desanimada—. Alejandra, ¿me

estás escuchando?

Su hermana dio unos pasos alejándose de ella y, como si estuviera hipnotizada por el sonido, se aproximó hacia la base del Miguelete. Desde lo alto, las campanas seguían tocando y tocando sin parar…

—¡Alejandra!… ¿se puede saber que te ocurre? —preguntó Tía Rosa.

—¡Vamos a subir al campanario! —dijo su sobrina secamente.

—Yo ya he subido, hace años —contestó Tía Rosa—. Y te puedo asegurar que no es fácil. Hay una estrecha escalera de caracol con unos escalones…

—¡Lo sé!… —atajó Alejandra—. Yo también subí hace años —y dirigiéndose a su hermana, dijo—. Sara, ¿recuerdas la segunda frase del acertijo?

—Sí —contestó su hermana al tiempo que empezaba a recitarla—, «*Donde es liviano como una pluma y pesado como una rueda de molino*» —recitó Sara sin entender nada.

—¡Efectivamente! —confirmó Alejandra—. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Sara, creo que son las campanas.

—Pero las campanas no son livianas —replicó Tía Rosa dudosa.

—Pero están en lo más alto, como si volaran o como si no tuvieran peso alguno —continuó Alejandra nerviosa de que pudiera ser verdad lo que estaba diciendo—. Y al mismo tiempo, son más pesadas que una rueda de molino. También dice: «*Donde nada es lo que parece y el sonido, la clave del enigma*».

—Tiene sentido lo que dices, hermanita —Sara sonrió—. ¡Hemos de subir y, hemos de subir ahora! Sí, porque cuando dice que el sonido es la clave del enigma, es posible que solo podamos averiguarlo cuando están en pleno movimiento.

Sacaron el *ticket* rápidamente, pasaron por un pequeño patio esquivando a varios turistas y llegaron al pie de la escalera de caracol. Tía Rosa se quedó detrás mientras veía como sus sobrinas se perdían por aquellos pequeños y empinados escalones de piedra. A medida que las dos jóvenes ascendían, los peldaños triangulares se iban empequeñeciendo y el eje central cada vez estaba más próximo a ellas. El campanario constaba de tres salas y acababan de pasar la primera llamada: la prisión o asilo de refugiados. Era una sala lóbrega de anchos muros y con escasa luz en su interior. El sonido de las campanas cada vez era más intenso, y sus oídos se resentían con la subida de decibelios. Habían pasado la segunda sala; la casa del campanero encargado de tocar las campanas y donde vivieron hasta bien entrado el siglo XX. Las dos jóvenes seguían subiendo todo lo

rápido que podían, teniendo en cuenta que las circunstancias no eran demasiado halagüeñas. Su respiración se aceleraba de la emoción y por el sobre esfuerzo de semejante altura; nada más y nada menos que peldaños de piedra de la cantera de Godella. Alejandra iba la primera procurando que los pies no le fallasen. El corazón parecía salírsele por la boca. Sara le pisaba los talones. Faltaba poco, el intenso sonido les decía que estaban llegando. Solo rezaban porque no se pararan. No sabían cuanto tiempo más durarían. Por fin estaban ante la sala de campanas. Apenas podían respirar y las piernas les flaqueaban. Aproximadamente unas veinte personas habían tenido la misma idea y disfrutaban del espectáculo. La música que desprendían esos gigantes artefactos de metal era estremecedora, y embobadas en el interior de la sala, admiraban la compenetración tan milimétrica del Gremio de Campaneros Valencianos. Intentaron situarse dentro del recinto. Había ocho ventanales de perfil apuntado con bóveda de crucería, siete de ellos ocupados por las campanas y el otro por la escalera. Estas ventanas estaban cubiertas de madera para recuperar la sonoridad original. De hecho, el sonido era tal que era imposible comunicarse. Alejandra las contó en silencio. Había once campanas, cinco de ellas bastante mayores que el resto. Observó que al lado de cada una de ellas, había una placa con su nombre. Empezó a leerlas en voz alta, aunque debido al ruido de éstas, nadie la escuchó.

—Jaime, Catalina, Barbará, Manuel, María, Vicente… al leer este último nombre un escalofrío recorrió parte de su cuerpo. ¿Sería posible que esa fuera la clave que buscaban?

Intentó hacérselo saber a su hermana, pero era imposible comunicarse entre ellas. Sara le hizo una señal como que se había dado cuenta.

Mientras tanto las campanas seguían dando vueltas y más vueltas. Parecía mentira cómo podían moverse con semejante soltura, teniendo en cuenta que algunas de ellas podían pesar perfectamente más de tres mil kilos. Alejandra se fijó en todos los detalles. En su inmensa y voluptuosa estructura de metal, en el yugo de madera, en el badajo que parecía moverse con normalidad desde el interior. Tía Rosa se colocó al lado de sus sobrinas con la respiración agitada por el ascenso.

—¿Habéis visto algo? —preguntó a sus sobrinas casi sin resuello.

—No —gesticuló Sara entendiéndole a duras penas.

Para sorpresa de las muchachas, una de las campanas, concretamente la más antigua, la llamada Catalina, empezaba a bajar intensidad. Efectivamente, el

Gremio de Campaneros Valencianos la ayudaba con cuerdas para que se detuviera poco a poco. Eso significaba que detrás irían el resto. No tenían mucho tiempo. A decir verdad, los minutos corrían en su contra. Alejandra se aproximó todo lo que pudo a la campana denominada Vicente que era la que les interesaba. Aparentemente, no había nada fuera de lo normal y no es que ella entendiera mucho de campanas, a decir verdad, no tenía ni idea; pero… tenía que esconder la cuarta llave. Algo en su interior le decía que iban bien encaminadas. Pero ¡maldita sea! ¿Dónde demonios se ocultaba? Recordó la búsqueda de las otras tres llaves conseguidas y ninguna de ellas resultó fácil. Todas estaban muy bien custodiadas. Si la persona que se había preocupado de guardar las llaves había sido tan meticulosa en las otras, en ésta su manera de actuar debía de seguir el mismo estilo. Vamos, Alejandra, vamos… piensa. Se decía desde su interior. Sus ojos se centraron en la campana en cuestión y la recorrían al mismo tiempo que ésta giraba.

—Tiene que haber algo —murmuraba despacio.

Sara, mientras tanto, se centraba en el mismo objetivo, sin ningún resultado. El tiempo se les agotaba, Catalina acababa de parar. Observaron cómo a continuación las seguía Jaime.

—¡Dios mío!, se están parando y todavía no… Sara temblaba cogida del brazo de Tía Rosa.

—Sara… Sara… —dijo Alejandra—. ¿Has visto los signos que hay grabados en el yugo de madera?

—¿Dónde? —preguntó su hermana gritando.

—En la base del yugo —insistió Alejandra.

Cuando la campana dio la vuelta sus ojos se clavaron en su base. Sí… parecía haber algo, claro que también podían ser grietas provocadas por el paso del tiempo. Tendrían que averiguarlo, ¿pero cómo?… eso implicaba tener que ascender a su altura, y cómo hacerlo con tantos observadores. Tenían que quedarse a solas. El resto de campanas fueron deteniéndose paulatinamente y la ausencia del sonido hizo que la sala dejara de temblar solo por unos segundos; a continuación, un efusivo aplauso de todos los presentes contrarrestó el silencio de las campanas. Poco a poco, los visitantes fueron desapareciendo y bajando por los estrechos escalones. Mientras, los campaneros recogían sus enseres alternando tertulias. Tía Rosa, junto con sus sobrinas se hicieron las remolonas quedándose las últimas.

—¡Tenemos que irnos! —añadió Alejandra—. Aun quedándonos solas, que

no ocurrirá, no tenemos nada para poder acceder a semejante altura. Hemos de volver.

—Sí, será lo mejor —concluyó Sara.



Capítulo 35

La noche salpicada de multitud de estrellas y de una incandescente luna, hacía que el pico más alto del Miguelete visto desde el suelo estuviera a punto de rozarla siendo su fiel acompañante nocturno. Tres personas ocultas entre las sombras caminaban despacio por la calle del mismo nombre.

—¿Crees que podremos subir? —preguntó Alejandra temerosa.

—Espero que sí —contestó Lluís.

—Menos mal que no es necesario entrar por la Catedral. No me sentiría cómoda entrando a hurtadillas —susurró Sara intentando no recordar el último incidente cuando encontraron la llave de San Juan del Hospital y se vio envuelta en aquel agujero lleno de agua y cieno. Se le ponían los pelos de punta solo de pensarlo. Se dijo que al menos esa noche no había indicios de que fuera a caer ni una sola gota.

Ante ellos tenían una verja de metal de unos dos metros de altura adornada con abundante vegetación. A la izquierda, tres escalones de piedra conducían a una pequeña puerta de hierro que daba acceso a un pequeño patio exterior. Allí tenían la entrada al campanario.

—¿Quién salta primero? —preguntó Alejandra.

—Lo haré yo —contestó Lluís.

Éste se encaramó como pudo, y a los pocos minutos se encontraba al otro lado. Sus vecinas le siguieron ágiles como gatos. El primer obstáculo estaba cumplido. Mientras Lluís estaba ocupado con la cerradura de la pequeña puerta, y Sara le alumbraba con una linterna, Alejandra intentó amenizar la espera.

—¿Sabéis porque se llama Miguelete?

—No —contestó su vecino mientras presionaba con unos alicates.

—Porque —continuó Alejandra en susurros— en su parte más alta se encuentra la campana llamada Miguel, y era el santo que tenía la obligación de proteger la ciudad de tormentas y males.

—Tiene parte de lógica —comentó Lluís enzarzado con el cerrojo.

—¿Y sabéis por qué tiene dos entradas? ¿Una por la catedral y otra fuera en la calle? —Alejandra continuaba en voz baja.

—¿Por qué? —preguntaron Lluís y Sara al mismo tiempo.

—Porque cuando construyeron el campanario, quisieron que no solo fuera para acontecimientos religiosos, sino también civiles. De manera que la persona que no fuera religiosa podía perfectamente subir a él sin necesidad de tener que pisar la iglesia. De hecho, si os fijáis el patio está al aire libre —Alejandra se quedo muda por unos instantes—. Pues aunque no os lo creáis; también tiene su motivo.

Sus dos acompañantes la miraron logrando su atención y esperando a que terminara su relato.

—Para que si llovía —continuó Alejandra— se mojaran tanto los unos como los otros, y no hubiera distinción.

—¡Nunca me lo hubiera imaginado! —añadió Lluís entre dientes.

—Y ahora… —murmuró Sara—. Si te parece, puedes estar calladita mientras el pobre Lluís termina de pelear con la dichosa cerradura.

Un tremendo silencio se apoderó del lugar. Tan solo un chasquido de metal retumbó perdiéndose en la lejanía.

—¡Ya está!… —dijo Lluís suspirando—. Este maldito pasador me ha costado más de lo que yo creía.

Entraron en el pequeño patio. Sara apoyó la mochila que llevaban en una especie de pozo, ahora era Alejandra la que iluminaba a su vecino con la puerta del campanario. Para su sorpresa, ésta resultó más fácil. Iniciaron la subida pegados unos a otros. Si por el día esos escalones habían resultado difíciles, ahora con la luz restringida la cuesta era angustiosa, y al mismo tiempo tenebrosa. Agarrados con uñas y dientes al eje central de la escalera, ascendían despacio y con mucho tiento. Alejandra iba la última y de vez en cuando miraba hacia atrás esperando encontrar no sabía el qué. Tenía el vello erizado de frío y de miedo al mismo tiempo. Que fúnebre resultaba aquello, parecía la boca de un lobo.

—Tranquilas, que ya queda menos —Lluís intentaba infundirles ánimo con la respiración más agitada de lo normal—. ¡Casi hemos llegado!

Por fin estaban en los últimos escalones. Ante ellos, se encontraba la sala de campanas. Qué diferente resultaba ahora. Era un poco espeluznante. Sara, sentada en un escalón, esperaba a que Lluís concluyera con la tercera cerradura de la noche. Había que ver que habilidad tenía el chico para esas cosas. Cada vez le sorprendía más.

—¡Ya casi está! —murmuró Lluís mientras zarandeaba la puerta—. Pero me temo que se ha enganchado. Habrá que empujarla ¡Retiraos un poco! Voy a darle una patada a ver si…

El golpe que recibió la puerta retumbó en ese reducido espacio y Alejandra se tuvo que tapar los oídos.

—Espero que no lo haya oído nadie más —increpó Sara con temor—. No quisiera tener que salir corriendo. Aunque, realmente no sabría hacia dónde. Entraron dentro de la sala y alumbraron el lugar. Ahora, solo con ellos tres, la estancia parecía mucho más grande. Las once campanas eran como estatuas inmóviles, que parecían dormir a esas altas horas de la noche. Solo esperaban que estuvieran bien atadas y no se despertara ninguna.

Se centraron en la campana cuya identidad correspondía a Vicente. Ésta pesaría seguramente más de mil quinientos kilos. Lluís sacó una cuerda de la mochila. Mientras, Sara y su hermana inspeccionaban el yugo de madera meticulosamente. Éste, situado hacia abajo, estaba sujeto mediante unas argollas con cuerdas, haciendo que quedara totalmente inmóvil.

—¿Dónde dices que estaban esos signos? —preguntó Sara a su hermana mientras intentaba ampliar el abanico de luz.

—No lo sé —contestó Alejandra un poco desorientada—. Ahora parada no los encuentro por ningún lado. A lo mejor, al estar en movimiento fue un efecto óptico.

—Mira que si después de todo nos hemos equivocado y no estamos en el sitio correcto —le increpó Sara desanimada.

—¡Espero que no sea así! —atajó Lluís—. Nos pueden detener por estar aquí. Si encima no conseguimos nuestro propósito…

—¡Queréis callaros de una vez y no ser agoreros! —interrumpió Alejandra disgustada de que pudieran tener razón—. ¡Vamos a registrarla palmo a palmo! Tiene que ser ella. Las pistas de papá nos conducen aquí. Estoy segura, yo…

—Su voz iba bajando de volumen quedándose solo en un susurro, Alejandra estaba a punto de derrumbarse.

—Vamos, cariño, sé fuerte —el abrazo de Lluís le daba la energía que

necesitaba—. Estoy convencido de que tienes razón. Vamos a registrarla a conciencia.

Se pusieron manos a la obra. Lluís ató la cuerda en una columna y ascendió hasta el borde de la campana. Tenía la forma de una Y. Sus pies tocaron el duro y resbaladizo metal perdiendo el equilibrio y su hombro se golpeó con el canto.

—Ten cuidado, por favor —susurró Alejandra preocupada.

—¡Ya lo intento! —dijo Lluís mientras intentaba recuperar el control.

Colgado como podía, bordeó la ancha campana procurando ver algo que les pudiera ayudar en su búsqueda. Nada de nada.

—¿Y si te metes dentro? —preguntó Sara.

—Veo que no hay más remedio —contestó Lluís mientras encaramado como un mono a la cuerda, se dejaba caer en el interior de la campana, faltándole todavía un trozo para llegar al fondo.

—¿Ves algo? —preguntaban las hermanas impacientes desde abajo, al ver que no obtenían ninguna señal.

Lluís situado dentro de aquella Y gigante procuraba hacer el menor ruido posible y, se negaba a hablar temiendo que pudiera provocar un eco gigante. Con el haz de luz de su linterna inspeccionó palmo a palmo de la parte superior. Esquivó el badajo con tan mala fortuna que se le enganchó un pie y en un momento impulsivo por recuperar su libertad, la linterna se le soltó de la mano cayendo en el fondo. Se produjo un estruendo mayúsculo, similar al que había temido que ocurriera minutos antes. Se llevó las manos intentando proteger sus oídos impulsadas por el acentuado eco, olvidándose de que pendía de un hilo. Se soltó de la cuerda en la que estaba sujeto y sin poder evitarlo cayó de bruces en el fondo. A continuación, la soga se descolgó y rodó sobre sus pies.

Unos metros más abajo, Sara y Alejandra, preocupadas por su vecino y por semejante ruido que habría despertado a medía ciudad, intentaban contactar con él, ya que no daba señales de vida.

—Lluís, contesta por favor, Lluís… —Alejandra, llamándolo en voz baja y angustiada, esperaba una respuesta—. ¡Voy a subir! —le decía a su hermana—. ¿Y si le ha pasado algo?

—Estoy bien —se oyó desde dentro de la campana en apenas un tímido susurro—. Por unos instantes he perdido el oído, pero ya pasó.

Las dos hermanas respiraron más tranquilamente. Sara se aproximó a una de las ventanas y miró hacia la calle. Casi cuarenta metros le separaban del suelo. Parecía que todo estaba tranquilo. Respiró intentado tranquilizarse. ¡No pasa

nada! Se dijo ¡Todo va a salir bien! Eran demasiadas emociones seguidas. Debía estar acostumbrada por las aventuras pasadas, pero aun así, no lo conseguía.

Lluís, más repuesto, centró toda su atención en el interior de la campana. Pero por más vueltas que le daba, nada de nada. En vista del éxito conseguido decidió salir de allí para reunirse con sus vecinas. Cogió la cuerda e intentó sujetarla a un gancho sujeto a la pared. Su tarea no era fácil, sin apenas luz las posibilidades de que acertara eran casi nulas. Tuvo que hacer varias maniobras, entre ellas, saltar varias veces para coger impulso. La base del yugo de madera se sujetaba mediante una gruesa cuerda atada fuertemente a una argolla. Pero los saltos de su visitante al intentar salir de semejante agujero no le beneficiaron en absoluto, ya que dicha argolla se movió cediendo suavemente. Ese leve movimiento pasó totalmente inadvertido por las dos muchachas pese a encontrarse muy cerca. Lluís continuaba moviéndose para salir y cada movimiento le perjudicaba más y más. Pero nadie advertía nada de lo que ocurría ni de lo que se avecinaba inevitablemente. Después de muchos intentos logró encaramarse en la cuerda y salir fuera de semejante tubo de metal. La argolla quedaba apenas sujeta y ante un leve movimiento más saltaría del muro donde estaba anclada. La cuerda se soltaría y la campana atada boca arriba se dejaría caer inundando todo el campanario con un estrepitoso ruido.

Mientras Lluís se deslizaba para llegar a su altura Alejandra no sabía qué pensar. Si él no había encontrado nada y ellas tampoco. ¿Sería verdad que estaban equivocadas? ¿Que ese lugar no era el elegido para la cuarta llave?

—¡Hermanita, mira esto! —apuntó Sara señalando un pequeño agujero en el yugo de madera. ¿Qué dirías que es?

Alejandra se acercó con el corazón encogido. Por el tono de su hermana se acababa de abrir una pequeña luz de esperanza.

—No sé… —Alejandra lo inspeccionaba con cuidado.

Efectivamente, era un pequeño orificio de apenas dos o tres milímetros, y alumbrado con la linterna parecía ser bastante profundo.

—¿Crees que puede ser carcoma y estar apolillada? —preguntó Sara—. Es bastante frecuente en los muebles antiguos y esa madera tiene veteranía.

—Es posible —contestó Alejandra pensativa—. Pero cuando eso ocurre suele haber más agujeros iguales y no veo ninguno más alrededor.

—¡Espera, aquí hay otro! —gritó Sara desde el otro lado.

—Déjame ver —Alejandra centró su atención.

Entusiasmada y llena de esperanza rodeó la campana inspeccionado la

madera. Descubrió dos orificios más. En total había cuatro y cada uno en una cara distinta, pero lo más curioso era que estaban colocados a la misma altura. No cabía duda que eso no era una plaga de polillas. Alguien había hecho esos orificios con alguna intención. Necesitaban activarlos introduciendo algo, pero, su diámetro era tan diminuto que ninguna de las herramientas que llevaban les servía.

—Lluís… creemos haber dado con algo —murmuró Sara.

Éste se aproximó a ellas intentando recuperar el pulso normal y después de verificar los cuatro orificios, dijo:

—Sería demasiada suerte que llevarais ganchos en el pelo, ¿verdad?

—Es demasiada suerte —atajó Alejandra desanimada—. Pero Sara, ¿no llevaras el imperdible que te regalo Tía Rosa?

Sara instintivamente se toco el pecho y entre un abultado pañuelo oscuro dejó entrever un bonito imperdible de unos ocho centímetros de largo.

—¡La suerte nos sonríe! —afirmó Lluís con una sonrisa.

Después de desmontarlo y dejarlo como un alfiler gigante Lluís lo introdujo despacio en uno de los pequeños agujeros mientras sus vecinas silenciosas estaban atentas con las orejas pegadas a la madera por si escuchaban algún ruido extraño o fuera de lo normal.

—Parece que he llegado al tope —dijo el muchacho decepcionado.

—Inténtalo de nuevo y esta vez, ¡dale fuerte! —añadió Alejandra.

Lluís le obedeció y cuando llegó al final, hincó el fino metal lo más fuerte que pudo. La cara de Alejandra cambio de expresión.

—¿Has oído lo que yo hermanita?

—Sí, —contestó Sara con una extensa sonrisa—. Un mecanismo se ha movido en su interior. Tenemos que pinchar los otros tres.

Lluís procedió con el ritual e introdujo el estilizado metal en el segundo, y tercer agujero. Curiosamente, cada uno tenía un sonido diferente; pero todos daban señal de que iban por buen camino.

—¡Vamos bien! ¡Vamos bien! —murmuro Alejandra llena de alegría.

—Ten mucho cuidado con el cuarto —dijo Sara con temor ante lo desconocido—. No sabemos qué puede suceder. Tenemos que estar muy alertas.

Lluís se dispuso a introducirlo por cuarta vez. Precavido ante los consejos de Sara, pinchó el último. Unos sonidos extraños empezaron a escucharse retumbando en toda la estancia. Sorprendidos y asustados se alejaron unos

metros temiendo algo inesperado. La madera donde habían estado apoyados segundos antes se abría ante sus ojos dejando abierto como un pequeño cajón.

Mientras tanto, la argolla de la pared que permitía que la campana permaneciera inmóvil cedió de nuevo ante las vibraciones. Lluís, que se encontraba detrás, se giró inconscientemente al oír un crujido extraño. Cuando alumbró con la linterna solo pudo decir:

—¡Dios mío! Chicas, no os asustéis pero hemos de salir por piernas urgentemente.

—No veo por qué —dijo Alejandra.

Lluís les señaló el muro y las dos jóvenes se llevaron las manos a la boca.

—No puede soltarse —dijo Sara asustada—. Si eso ocurriera despertaría a más de media Valencia y con los 207 escalones que tenemos hasta la calle, no conseguiríamos escapar.

—Vamos a ser sensatos —interrumpió Lluís—. ¡Nos acercamos despacio al cajón, cogemos la llave y bajamos echando leches de aquí!

Las dos jóvenes dieron su aprobación y los tres juntos se aproximaron despacio y esperando encontrar el típico envoltorio de tela que contenía la cuarta llave. Pero su desilusión fue mayúscula, cuando pudieron observar que lo que tenían ante sus ojos nada tenía que ver con lo que ellos esperaban.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó Alejandra sorprendida.

—Parecen números —contestó Lluís sin saber qué relación podían tener.

Dentro del pequeño cajón de madera, estaban grabados en relieve diez números del 0 al 9.

—¡No me lo puedo creer! —comentó Sara cansada—. ¡Es otro acertijo!

—Tenemos que marcar un número —añadió Lluís—. ¿Pero cuál? ¿Qué criterio tomamos ahora? Esta vez vuestro padre se ha quedado corto con las pistas. Nos lo ha revelado a medias.

—Quizá no sospechaba nada de esto —dijo Alejandra con la boca pequeña —. ¡Qué frío hace aquí arriba! Me estoy quedando congelada y además me está cayendo el moquillo. ¿Alguno tiene un pañuelo?

Sara se miró los bolsillos del pantalón y sacó un clínex al tiempo que algo le caía al suelo. Alejandra se agachó para recogerlo. Parecía un papel.

—¡Te ha caído esto! Será mejor que no dejemos pistas de que hemos estado aquí —comentó entregándoselo sin darle apenas importancia.

Sara lo cogió, lo miró y se lo volvió a guardar.

—Solo es el *ticket* de la entrada del Miguelete de esta mañana —comentó

apenas sin interés.

—Si no conseguimos averiguar qué número hay que marcar no habrá servido de nada todos nuestros esfuerzos. Además, no tenemos demasiado tiempo —concretó Lluís sin dejar de mirar la argolla.

—¡Nunca lo sabremos! —añadió Alejandra con los ojos vidriosos—. ¿Qué nos está pidiendo? ¿Una fecha? ¿De quién? ¿De San Vicente Mártir?, ¿del campanario? ¿O de la madre que los parió a todos? —su tono era de desespero.

—¡Espera un momento! —añadió Sara sacándose de nuevo el *ticket* del Miguelete del bolsillo.

—¿Tienes algo? —preguntó Alejandra nerviosa—. No tenemos mucho tiempo.

—Quieres callarte un momento, por favor —le increpó Lluís— sin dejar de mirar a Sara.

Ésta miró detenidamente el *ticket*. En una de las caras se detallaba los siglos a los que correspondía el campanario y su altura. También estaba el nombre de las once campanas, los años en que se fabricaron y su peso respectivo. Luego levantó la cabeza y dijo entre dientes:

—Es posible… —murmuró mientras se lo enseñaba a sus acompañantes—. ¿Creéis que aquí puede estar la respuesta?

—¡Por qué no! —protestó Alejandra desesperada—. De perdidos al río. Nos centraremos en la campana de Vicente, al fin y al cabo es con la que estamos peleando toda la noche ¡Pero hay una duda!: ¿nos decantamos por el año de fabricación… o por el peso? Las dos soluciones tienen cuatro cifras.

Se miraron unos a otros por unos segundos mientras de reojo controlaban la argolla.

—¡Hay que decidirse ya! —apremió Lluís extendiendo la mano a modo de los tres mosqueteros—. ¡Yo voto por el año de fabricación!

—¡Yo también! —añadió Alejandra antes de suspirar profundamente y colocar su mano sobre la de Lluís.

—¡Yo también! —concluyó Sara repitiendo el mismo gesto de su hermana y cruzando los dedos en señal de suerte.

Se aproximaron los tres y Sara fue quién marcó la fecha en cuestión. Empezó por el número uno, seguido del cinco. Un enredado ruido de metales retumbó dentro de la sala. Sara miró la argolla que tenía enfrente y vio como se abría un poco más. Cerró los ojos llena de pánico. Todo el ruido se detuvo y el silencio volvió a reinar en el interior. A continuación, marcó el seis, seguido del nueve.

Ya estaba hecho. Acababan de marcar el número 1569. Ahora, solo quedaba esperar o salir corriendo. El ruido escalofriante de antes volvió a sonar con mayor intensidad dando la sensación de que el campanario se estremecía.

Lluís no quitaba ojo a la argolla que sujetaba la enorme campana. Estaba tentando demasiado a la suerte. A decir verdad, no sabía cómo estaba aguantando tanto. Solo rezaba porque así fuera por lo menos hasta que ellos hubieran abandonado el lugar. En ese mismo instante, el sonido se detuvo en seco y un segundo cajón se abrió del yugo de madera de la campana.

Sus miradas se posaron en el interior acompañado de una merecida sonrisa, y un envoltorio de tela blanca apareció ante ellos. Sara, que era la más próxima lo agarró con fuerza. Por la forma y tamaño, parecía una llave como las otras que habían encontrado. Alejandra se asomó por una de las ventanas temiendo ante tanto escándalo que alguien pudiera haberlo escuchado.

—¡Oh no!… ¡Dios mío! —gritó llena de temor—. ¡Hay un coche de la policía ahí abajo!

Lluís se giró en redondo alumbrando a su espalda al escuchar una sacudida. La argolla por la que tanto temían, acababa de soltarse y la cuerda pasaba a través de ella a una velocidad de vértigo. Solo pudo gritar:

—¡Salgamos de aquí! ¡Rápido!

Los tres se dirigieron hacia las escaleras. No habían avanzado más de tres o cuatro escalones cuando la campana llamada «Vicent» estalló en un repiqueteo desenfrenado retumbando dentro y fuera del campanario. Nerviosos por la situación de verse atrapados intentaron bajar lo más deprisa que podían, pero cada uno alumbraba donde podía. Todo estaba tan oscuro que apenas podían ver los escalones. Los abanicos de luz de sus linternas no permanecían quietos y más de una vez estuvieron a punto de caer. Si la subida les había resultado larga y pesada, la bajada era un autentico calvario. De repente, la campana dejó de sonar, seguramente no tenía demasiado impulso. Pero el mal ya estaba hecho. Ya se había oído lo suficiente. Sus mentes les hacían ver lo que les pasaría en cuanto llegaran a la calle. La policía les estaría esperando, les esposarían, les encerrarían en la cárcel y tendrían que prestar declaración. Explicar qué demonios hacían en lo alto del Miguelete a las cuatro de la madrugada y explicar qué significado tenía la llave que acababan de encontrar ¡Estaban perdidos! No tenían ningún tipo de escapatoria. Aún así, el miedo a ser detenidos les sobrepasaba. Sus pies desenfrenados iban por libre y sin poder ser controlados. Dando traspiés, arañando las paredes y dando tumbos sobre ellas, llegaron por fin al último

escalón. Lluís, fue el primero en salir. Se asomaron despacio con el corazón a punto de salírsele por la boca. Un alboroto se oía en la calle. Alguien gritaba, pero no lograban entender qué era lo que decía. Salieron del patio con mucho cuidado, pero aún tenían que atravesar la verja.

—¿No decías que habías visto un coche de policía? —preguntó Lluís a Alejandra.

—Sí. Te juro que lo he visto —respondió Alejandra apenas sin aliento.

Cuando se asomaron para saltar la reja de metal vieron una pareja de policías que se dirigía hacia ellos.

—¡Cuidado! ¡Escondeos! —murmuró Lluís.

Les faltaba tan solo unos pocos metros para llegar a su altura. Cuando un hombre con muy mal aspecto se plantó delante de ellos.

—¡Que nos dejes en paz! —gruñó uno de los policías—. ¡Estás borracho! O te vas a dormir la mona y nos dejas tranquilos o te tendremos que detener y llevar a comisaría. ¿Has visto a alguien por aquí? Nos ha llamado el sacerdote que había unos ruidos muy extraños y acabamos de oír una de las campanas.

—Sí, ssí dodooos homhombres han saliiiido corrrrieeendo hacia alllí contestó el borracho.

La pareja de policías se metió por el callejón indicado desapareciendo a los pocos minutos. Parecía que la vía estaba libre. Lluís y sus vecinas aprovecharon la ocasión para saltar la verja. El hombre ebrio se aproximó a ellos. No salieron de su asombro al descubrir que el ángel de la guarda que les acababa de salvar de esa tremenda situación, era ni más ni menos que su querido indigente Pepe.

—¿Pero qué haces tú aquí? —preguntó Sara asombrada.

—Creo que antes de preguntar eso, deberíamos de darle las gracias —atajó Alejandra.

—Debemos de salir de aquí rápidamente —añadió Pepe—. Los policías no tardaran en volver.

Los cuatro se alejaron de allí perdiéndose por las callejuelas del Barrio del Carmen. Había sido una noche muy agitada, pero gracias a Dios y a Pepe, habían conseguido su objetivo.



Capítulo 36

Estaba casi amaneciendo cuando llegaron a la calle Quart. Extasiados de felicidad y al mismo tiempo de cansancio hicieron su aparición en casa. No podían creer que la providencia les hubiera sonreído llevando a Pepe esa noche ¡Cuánto tenían que agradecerle! Era la segunda vez que les salvaba el pellejo sacándoles de apuros. Les estaba pagando con creces lo que ellos hicieron con él ayudándole cuando estaba malherido.

Sentados los cuatro en casa de Lluís y entrando en calor con una taza de café recién hecha, comentaban los hechos sucedidos.

—¡Todavía no me lo puedo creer! —murmuró Sara después de beber un trago de café—. Cómo estabas ahí justo en el momento adecuado.

—¡Tengo que confesaros que os seguí! —añadió Pepe disculpándose—. Lo siento, no pude evitarlo. Al igual que cuando nos encontramos en San Juan del Hospital. No fue por casualidad, como os comenté. Pero mi intención siempre ha sido sana, tan solo protegeros. Estoy en deuda con vosotros. Hicísteis tanto por mí curándome, dándome cobijo y comida, que nunca os estaré lo suficientemente agradecido. Muy pocas personas se han portado bien conmigo en esta vida y por eso vuestra ayuda…

Alejandra le puso una mano en su hombro en señal de apoyo.

—Te damos las gracias de nuevo de todo corazón y hablo en nombre de los tres —pronunció Alejandra compadecida—. ¿No tienes familia?

—Sí. Una vez la tuve —Pepe hablaba con añoranza—. Mi madre y una hermana. A mi padre, no lo conocí. Fueron años duros, pero estábamos unidos. Más tarde, mi madre se casó por segunda vez y nos llevó a buenos colegios. Allí aprendí mucho, me gustaba estudiar. Pero mi nuevo padre era un individuo que

tanto a mi hermana como a mí nos hizo la vida imposible. Siempre me decía que era un bicho raro, que nunca llegaría a ser nadie y que no merecía estar en este mundo. Ahora me doy cuenta de que tenía razón.

—¡No digas eso! —Intervino Sara—. Nadie tiene derecho a juzgar quién debe o no debe estar en este mundo. Creo que todos tenemos una misión aquí, y antes o después la llevamos a cabo. Además, eres una persona inteligente y con una cultura que… es una lástima que no le saques partido. No sé qué te habrá llevado a estar en la situación que estás, pero te puedo asegurar que, si tú quisieras, podrías cambiarla.

—Eso es fácil decirlo —continuó Pepe—. Pero a veces te cierran las puertas y es muy difícil abrirlas de nuevo, sobre todo, cuando estás solo.

Durante unos segundos, un silencio sepulcral se apoderó de todo el salón. Lluís, fue el primero en romper el hielo.

—Piensa que tú no estás solo, ahora nos tienes a nosotros. Podemos buscarte un empleo y poco a poco ir encauzando tu vida. De momento, puedes quedarte aquí hasta que las cosas se te vayan solucionando.

—No gracias… —intervino Pepe—. Te lo agradezco pero no quiero ser un estorbo.

—Pepe, sabes sobradamente que soy sincero al hacerte la proposición. Esta casa es muy grande para mí solo y ya hemos convivido unos días juntos, además, he de reconocer que tu respeto hacia los demás hace que la convivencia contigo sea agradable.

Pepe le miró con ternura y agradecimiento. Luego bajó los ojos hacia el suelo sin saber bien qué contestar.

—¿Qué pasó?… —insistió Alejandra curiosa—. Quiero decir… ¿cómo llegaste a verte en la calle?

—Un cúmulo de acontecimientos —contestó Pepe en voz baja—. A veces vale la pena pasar inadvertido. ¿Puedo haceros una pregunta? —añadió dudoso —. Si consideráis que no es de mi incumbencia no tenéis más que decirlo y no volveré a preguntar más. Como os dije en una ocasión, llevo muchos años, viendo, oyendo y callando.

Lluís miró a sus vecinas. Los tres sospecharon la pregunta que iba a formularles. ¿Sería sensato y prudente ponerle al día en lo referente a la búsqueda de las llaves?

—¡Tú dirás! —contestó Alejandra con temor.

—Tengo cierta curiosidad por saber —continuó Pepe con mucho tiento—.

¿Qué buscabais en la iglesia de San Juan del Hospital donde previamente me mandasteis para recabar información? Y después os pasasteis toda la noche buscando algo que no consigo saber qué puede ser, además, de poner en peligro vuestra vida. No tenéis pinta de ladrones y no consigo adivinar cuál puede ser el motivo y… presiento que sí que lo hay. Ni tampoco entiendo ¿qué buscabais en el Miguelete de madrugada, y con el riesgo de que os pudieran detener? Debe de ser algo muy importante para los tres. Os considero unas personas muy sensatas y no consigo encontrar el motivo. Perdonad mi atrevimiento pero…

—No te preocupes, Pepe. Agradezco tu franqueza —dijo Alejandra dulcemente—. Era de esperar que te preguntaras a qué estamos jugando. Es una larga historia. De momento, no puedo decirte más. Solo te diré, que sí, hay un motivo. Un buen motivo y te diré más: todavía no hemos terminado.

—No habéis respondido mi pregunta y respeto vuestro silencio —dijo Pepe lleno de razón—. Pero sí que os prevengo, que tengáis mucho cuidado con los lobos que están al acecho.

Alejandra se incorporó al oír de nuevo esa frase. Se le había olvidado por completo, pero era la tercera vez que la oía por boca de Pepe. Tenía que averiguar qué demonios significaba eso.

—Pepe, me gustaría saber el significado de esa frase. Ya que no es la primera vez que nos la dices y, presiento que tiene mensaje.

Pepe permaneció en silencio durante unos segundos y aprovechó para dar el último trago de café.

—En este mundo hay mucha gente que se mueve por intereses y que son capaces de hacer cualquier cosa por conseguir su propósito. Presiento y creo adivinar que vosotros tenéis algo muy goloso para ciertas personas y por eso están al acecho, quiero decir, que os están vigilando constantemente.

El silencio se adueñó de nuevo en la estancia. ¿Cómo era posible que Pepe supiera tantas cosas?

—¿Puedo saber en qué te basas para sacar esas conclusiones? —preguntó Sara.

—Recordad que vivo en la calle. Oigo, veo y callo, y como indigente que soy, a nadie le importo. Nadie se preocupa ni por mí, ni por gente como yo. Eso te hace ser transparente, o lo que es lo mismo, pasar desapercibido. Desde hace varios meses estáis vigilados a toda hora. Un tipo grande y que fuma puros.

—¡Lo sabemos! —murmuró Alejandra asombrada—. De hecho nos amenazó al principio y lo hemos visto en alguna otra ocasión.

—¿También sabéis que vuestros nuevos vecinos están en el mismo bando? —continuó Pepe.

—¿A qué vecinos te refieres? —preguntó Sara inocente.

—A esa mujer rubia y al tipo cachas —continuó Pepe—. Los he visto en más de una ocasión hablar juntos y no creo que fuera para preguntar la hora.

—¿Quieres decir que Erika y Gustavo son cómplices? —preguntó Alejandra —. Ya te lo decía yo, hermanita. Que no me fiaba de ellos. Y tú invitándolos a cenar a casa.

—¿Han estado en vuestra casa? —preguntó Pepe temeroso.

—Sí… pero estuvieron vigilados todo el tiempo —aclaró Sara con la boca seca.

—¿Tú crees? —preguntó Lluís—. ¿No recordáis que Gustavo tenía mucho interés en todas las fotos familiares que teníais expuestas? Quizá… han colocado algo —murmuró entre dientes.

Un tremendo escalofrío recorrió sus cuerpos. Sara y Alejandra estaban intentando asimilar toda aquella información. Era posible que desde hacía dos meses estuvieran vigiladas a toda hora y además escuchando todas sus conversaciones. No… no podía ser verdad. Se estaban sugestionando de mala manera. Aunque, solo había una forma de averiguarlo.

—¿Creéis conveniente que vayamos a ver? —preguntó Alejandra temiendo que pudiera ser verdad y hubieran invadido su intimidad.

Todos asintieron.

A los pocos minutos, los cuatro estaban entrando en el ático de las dos jóvenes. Se movían por señas y procurando no despegar los labios. Se centraron en el salón y sus primeras búsquedas se basaron en los retratos. Pero parecían estar limpios. Nada raro había ni en las fotos, ni en los marcos. Estaban haciendo una montaña de un grano de arena. De repente, Sara recordó que Gustavo utilizó el teléfono pese al asombro de todos, ya que hoy en día todos funcionaban con móvil. Pepe desmontó el teléfono y sus sospechas se confirmaron, un pequeño y sofisticado micrófono se alojaba en su interior. Las dos jóvenes se llevaron las manos a la boca de puro espanto. Pepe salió a la terraza, se asomó a ella y lanzó el micrófono en el techo de un camión de basura que en ese momento pasaba por allí.

—¿Puede haber alguno más? —preguntó Alejandra.

—No lo creo —contestó Pepe—. Ése era de nueva generación y con gran alcance. No solo registraba las llamadas de teléfono, sino también todas las

conversaciones de varios metros a la redonda.

Sara se dejó caer en el sofá, las piernas no le sostenían. Parecía que la cosa iba en serio. Ellas que pensaban que les habían dado una tregua, y simplemente no se dejaban ver porque los tenían controlados por todos lados. Intentó recordar las últimas conversaciones. Estaban informados de todos sus pasos. Incluso donde tenían escondidas las llaves. Sabían todo, excepto que habían conseguido la cuarta.

—Estás muy enterado en cuanto al tema de espionaje —afirmó Lluís receloso dirigiéndose a Pepe.

—Algo sé —confesó—. Hace años viví una experiencia parecida.

—¿Cómo de parecida? —preguntó Alejandra curiosa.

—Es una larga historia —contestó Pepe seguido de un hermético silencio.

El silencio se mantuvo y Alejandra recordó cómo ella misma le había contestado con la misma respuesta tan solo hacía un rato, cuando le había pedido una aclaración de sus aventuras nocturnas alternando lugares emblemáticos de la ciudad. Alejandra miró a su hermana y luego buscó los ojos de Lluís. Parecían estar de acuerdo en desvelarle el secreto. Pepe parecía un buen hombre y les había demostrado su lealtad.

—¡Muy bien! ¡Tú ganas! —aclaró Alejandra—. Nosotros te contaremos nuestra historia, si tú nos cuentas la tuya.

Pepe sonrió afirmativamente, a continuación, tomaron asiento y Sara fue a la cocina a preparar café y tostadas. Ya había amanecido y con ello había llegado la hora de desayunar, además, después de no haber pegado ojo en toda la noche, el estomago se estaba poniendo un poco insoportable.

Mientras saboreaban un apetitoso desayuno, y entre bocado y bocado Pepe fue desvelando su niñez.

—Mi madre enviudó cuando yo tenía apenas un año. Por lo que no tengo ningún recuerdo de mi padre, ni bueno, ni malo. Poco tiempo después, se casó por segunda vez y nos trasladamos de domicilio. Mi hermana y yo aprendimos a convivir con el nuevo cabeza de familia. No fue nada fácil. Era déspota, estricto, dominante y posesivo. A la mínima ocasión, aprovechaba para humillarnos, o avasallarnos a palizas, sobre todo a mí. Siempre me decía que era muy raro y que no entendía como podía ser hijo de Matilde… Nuestra madre enfermó y para evitar discusiones entre ellos dos, callábamos y lo ocultábamos. Ella, en los ratos de lucidez siempre me decía que era especial. Que no era como los demás y que algún día me sentiría orgulloso de ello. Así que crecí sin el calor ni el cariño de

un padre, hasta que empecé el colegio y me refugié en los estudios. Cada mañana ansiaba poder ir a clase y salir fuera de casa. Siempre fui reservado con mis cosas e intentaba no exteriorizar mis problemas familiares. Solo, una persona los conocía, y me ayudó enormemente. Se podría decir que llegó a ocupar ese hueco que había en mi vida; la figura de un padre. Nos veíamos a diario, charlábamos, nos reíamos. Me encantaba escucharle, sus historias parecían tan reales que yo soñaba y soñaba con que alguna vez mi ilusión se convirtiera en realidad y ese hombre pudiera ser de verdad mi padre. Como ya os he dicho no lo conocí, pero estoy seguro que debió de ser como él. Por muchos años que viva nunca lo olvidaré y siempre tendrá un lugar en mi corazón.

—¿Qué pasó con él? ¿Por qué has perdido el contacto? —preguntó Alejandra tristemente.

—Desgraciadamente, murió cuando yo tenía trece años —su cara reflejaba angustia de recordar momentos tan amargos.

—Lo siento —se disculpó Alejandra sintiéndose identificada, ya que ella tampoco tenía recuerdos de su padre por quedarse huérfana a los cuatro años.

—Todavía recuerdo el último día que estuve con él —continuó Pepe retrocediendo en el tiempo—. Era viernes por la tarde y paseamos durante largo rato. Me contó muchas cosas, unas que ya sabía y otras totalmente nuevas para mí. Cuando nos despedimos, me regaló un libro que todavía conservo —un doloroso silencio hizo detener el tiempo por unos instantes.

—¿Y qué pasó? —preguntó Lluís después de un tiempo prudencial, interesado en donde había adquirido esos conocimientos de espionaje.

Pepe ya repuesto, dudó en continuar. Pasados unos instantes, continuó:

—Algo muy curioso y difícil de explicar. Esa primavera estuvo llena de acontecimientos nefastos. Por esos días entraron a robar en casa y en el negocio. Mi padrastro pensó que había sido por mi culpa. No le gustaban mis compañías ni tampoco le gustaba yo.

—¿Y no fue así? —preguntó Sara.

—No. Nada tenía que ver con mis amistades —prosiguió Pepe—. Las personas que invadieron mi casa buscaban algo. Apenas destrozaron el mobiliario, ahora, eso sí, lo revolvieron todo. No sé si lo que buscaban los encontraron o no, porque no echamos nada en falta. Pero se encargaron de meternos el miedo en el cuerpo.

—Igual fue algo fortuito —preguntó Alejandra.

—No lo era. A partir de ese momento nos vigilaban constantemente.

Encontramos varios micrófonos y recibimos varias notas amenazadoras; que si acudíamos a la policía alguno de nosotros podría sufrir un pequeño accidente. Una noche cuando regresaba a casa, dos tipos me abordaron intentando sacarme cierta información. Información de la que carecía. Me amenazaron diciendo que todos mis pasos estarían controlados por muchos años que viviera. Entonces tan solo tenía trece. El tiempo fue pasando y pude comprobar que efectivamente, cumplían su promesa. Transcurrió el verano y de la noche a la mañana tuve que dejar el colegio y dedicarme al negocio familiar. Mi padrastro dijo que tenía que ganarme el pan que me comía todos los días. Cada cierto tiempo, esos tipos nos hacían una visita para recordarnos que estaban ahí. Que no se habían olvidado de nosotros. En cuanto crecí lo suficiente, me largue de casa. Necesitaba respirar. Me sentía ahogado sabiendo que cada paso que daba estaba controlado. Salí fuera de Valencia y recorrí varias ciudades. Estuve en Madrid, en Toledo, en Sevilla, en Cádiz. Trabajé de camarero, de repartidor, etcétera. El caso era sacar para poder malvivir. ¡Siempre daban conmigo! Antes o después me encontraban. Era una autentica pesadilla. Parecía un criminal perseguido por la policía. Solo que no había cometido ningún crimen y los que me perseguían no tenían nada que ver con la ley. Después de mucho pensar, deduje que lograban encontrarme por las tarjetas de crédito y por la Seguridad Social. Así que cambié de rumbo y me fui al extranjero, procurando hacer trabajos que no figuraran en ningún sitio. Después de varios años, regresé a Valencia. ¡Volví a mi tierra! Me uní a un grupo de indigentes y me enseñaron cómo sobrevivir. De esa forma, podía ver a mi familia siempre que quisiera, aunque ellos me ignoraran por completo. Podía pasear libremente por mi ciudad, ir de un sitio a otro sin dar ningún tipo de explicaciones, y nadie me seguía, ni se molestaba en preocuparse por mí. Por fin, y aunque os parezca extraño, era libre y me sentía libre. Por eso, cuando vi que vosotros estabais amenazados de una manera similar, recordé a mi familia y a mí mismo años atrás, y algo se encendió en mi interior rebelándome contra la situación. De alguna manera tenía que avisaros. Tenía que hacer algo por vosotros.

—¿Cuánto tiempo llevas en la calle? —preguntó Alejandra.

—Cinco años —contestó Pepe con una tenue sonrisa en la cara.

—¿Qué buscaban esos tipos? ¿Qué podía interesarles tanto como para no dejaros tranquilos? —peguntó Sara angustiada.

—No lo sé exactamente —dijo Pepe con la boca pequeña, mientras se frotaba las manos, intentando disimular su estado nervioso. Estaba a punto de

romper un juramento. Respiró hondo y continuó—. ¡Aunque sí que lo sospecho! Lo que os voy a confesar es algo que sé desde que tenía trece años. A nadie, absolutamente a nadie, a pesar de las amenazas que he recibido, le he contado lo que a vosotros voy a deciros. Esa persona de la que os he hablado que tan importante era para mí. Tenía una inteligencia fuera de lo común. Había descubierto ciertas claves para encontrar el mayor tesoro de toda la Historia. Y lo mejor de todo, es que se encuentra en nuestra ciudad, nada más y nada menos que en Valencia.

Los ojos de las dos hermanas se encontraron en un movimiento instintivo, mientras un terrible escalofrío recorría de parte a parte sus cuerpos. ¿Sería posible que estuviera hablando de la misma persona? ¿Sería posible que estuviera hablando de su propio padre? ¡Pero no podía ser! Aunque dudaba que pudiera ser una casualidad, una idéntica casualidad. ¿Quién era ese hombre que tenían delante y que su propio padre llegó a tener tanta confianza como para exponerle sus teorías? ¿Cuándo lo conoció? No podía ser otro que… Andreu Subies, su antiguo alumno al que según su bloc de notas consideraba como un hijo. Pero… el nombre no coincidía y según su sobrino podía estar muerto, pero si no… ¿quién era?

—Os habéis quedado mudos —añadió Pepe al ver las caras pálidas de sus acompañantes—. Seguramente pensaréis que estoy loco o posiblemente borracho, pero puedo aseguraros que…

—No… No es lo que crees —atajó Sara intentando controlarse—. Es solo que cuesta creer lo que dices.

—¡Os juro que todo, absolutamente todo, es cierto!, yo… —Pepe intentaba justificar su explicación a sabiendas que era difícil de creer.

—¿Puedo saber quién era ese hombre al que tanto estimabas? —preguntó Sara temerosa de su respuesta.

—Era mi profesor de Historia del Instituto Lluís Vives —contestó Pepe sin dejar de mirar sus rostros.

—¡Santo Dios! ¡No puede ser! —exclamó Alejandra con las manos en la boca y los ojos brillantes.

Pepe se sorprendió ante la reacción de la muchacha sin entender absolutamente nada.

—No veo por qué… —añadió temeroso.

—¡Pepe! —continuó Sara intentando parecer entera—. Ese hombre… ese hombre… —tragó saliva para poder continuar— se llamaba Jorge Ferrer,

¿verdad? —una lágrima resbaló por su mejilla sin poder remediarlo.

Pepe, sorprendido por la reacción de las muchachas, asintió con la cabeza. Cada vez estaba más desorientado.

Lluís, colocándose delante de él, le dijo:

—Es muy importante que nos digas quién eres. Tu nombre no es Pepe… ¿verdad? Te llamas, Andreu Subies.

Ahora era él quién se había quedado de piedra y mudo al mismo tiempo. ¿Cómo podían haber adivinado su nombre cuando hacía más de cinco años que nadie le llamaba así? De hecho, no tenía ni documentación para evitar averiguaciones no deseadas. ¿Quienes eran esos tres jóvenes que habían descubierto su identidad?



Capítulo 37

El destino a veces te juega malas pasadas, y otras veces, en cambio, te acerca a seres desconocidos y con quien sin saberlo existen ciertos lazos de unión. Unos piensan que está escrito, mientras que otros dicen que es algo que nosotros mismos nos buscamos. ¿Cómo definir la experiencia que acababan de vivir al encontrar a Andreu Subies?, pensaba Sara. Lo habían estado buscando y buscando, de hecho su sobrino Juan ante el interrogatorio y las amenazas de ellos tres en la fuente de la Alameda les había dicho claramente que lo daban por muerto. Y sin embargo, se encontraba a tan solo unos metros de su casa. Ella había tenido que comprar el ático justo en ese punto de la calle Quart, y encontrarse a Pepe casi a diario fijando su atención y compadeciéndose de él en más de una ocasión. Más tarde, cuando estaba malherido en el patio, le habían prestado ayuda. Sara detuvo sus pensamientos por un instante. Parecía como una prueba. ¿Del destino quizá? Una prueba de la que al parecer habían salido airosos por su manera de obrar en ese momento. Sara estaba asombrada por cómo se habían desarrollado los acontecimientos y al mismo tiempo estaba contenta y satisfecha. Habían encontrado a la persona de la que su padre se había sentido orgulloso, incluso llegando a tratarlo como si fuera su propio hijo. Y ellos, sin saberlo, habían depositado toda su confianza e iban a revelarle sus más ocultos secretos. ¿Había sido una suma de fortuitas casualidades… o realmente estaba escrito? Sara sonrió. No le importaba la respuesta, solo sabía que en ese momento era muy feliz. A pesar de tener la ausencia de sus padres, y reconocer que ese hecho le había marcado para siempre, consideraba que la vida era maravillosa.

El sol iba posándose en los tejados de los edificios a medida que la mañana transcurría. En el salón de Sara, los cuatro disfrutaban de una agradable conversación. Sara, Alejandra y Lluís ponían al día a su nuevo invitado sobre la historia de las llaves. Le comentaron cómo encontraron la libreta escondida en el pequeño baúl. Cómo habían conseguido descifrar que se refería a las doce llaves de la ciudad y cómo habían logrado encontrar cuatro de ellas. También le informaron dónde estaban escondidas tres de esas cuatro y lo arriesgada que resultaba la búsqueda de cada una de ellas. A continuación, le detallaron cuando hablaron con el director del Instituto Lluís Vives y cómo éste les había llamado por teléfono mencionando el nombre de Andreu Subies por primera vez. De cómo habían encontrado el negocio familiar; el bar Oro Y Plata, y de cómo allí, habían negado conocerle. También le mencionaron cuando abordaron a su sobrino Juan a la salida del Palau de la Música, y cómo les había comentado que lo daban por muerto.

—Estaba muy asustado —concretó Lluís intentando disculparse—. Y yo he de reconocer que perdí los papeles.

—No me extraña —añadió Andreu con tristeza—. Es muy buen chaval, pero la muerte de mi hermana nos afectó a todos. Yo sigo opinando que no fue un accidente y que no hubo una buena investigación por parte de la policía. Su muerte fue la gota que colmó el vaso y el detonante para que abandonara la ciudad. Mientras yo estuviera dentro de la casa, mi familia seguiría estando amenazada. Por eso no he vuelto, ni les he dado señales de vida.

—Elisa también se cayó al vacío —murmuró Alejandra mientras pensaba en voz alta.

—¿Cómo dices? —preguntó Andreu sin entender nada.

—Perdona… —concretó Alejandra—. Quería decir que nuestra vecina Elisa apareció muerta, supuestamente se había caído por el balcón. Casualmente, es el mismo piso donde están viviendo nuestros nuevos vecinos Erika y Gustavo.

—¡Las piezas van encajando! —verificó Sara tristemente—. Además, también creemos que nuestros padres no murieron en un accidente de tráfico, sino que fue provocado. Cada vez estamos más seguros de que fueron asesinados.

—Yo asistí al entierro de vuestros padres —dijo Andreu dolido—. Recuerdo haberos visto cuando erais unas niñas, llorando y abrazadas a una mujer. Los demás profesores os dieron el pésame; yo me quedé clavado en un rincón observando e intentando asimilar lo sucedido, cuando lo único que ansiaba era

acercarme a vosotras y deciros que yo también le quería. Cuando días más tarde me amenazaron interrogándome sobre vuestro padre, supe que había gato encerrado y acudí a la policía, por supuesto, sin revelar absolutamente nada sobre las claves, después de todo había hecho un juramento de silencio. Pero quién iba a creer a un mocoso de corta edad y además con alguna detención por alterar el orden público. Pensaron que, como en otras ocasiones, solo lo hacía por llamar la atención. Al día siguiente, entraron en casa y en el bar revoloteándolo todo. Con ello, me quisieron dar una lección. A partir de ese momento, supe que la cosa iba en serio y temí por mi madre y por mi hermana. Decidí pasar página e intentar olvidar todas las teorías de Jorge sobre ese nuevo descubrimiento. Pero lo que son las casualidades de la vida, unos diez años después, mientras hojeaba la prensa, un artículo llamó mi atención. Una organización llamada A. F. C. A. N. I. aseguraba que bajo la tierra de Valencia se escondía una de las fortunas más esperadas y codiciadas de toda la Historia y, que, a pesar de que todo eran rumores, hacía hincapié en que no tenía nada de bulo y que con el tiempo se destaparía el mayor descubrimiento de toda la Historia. Decía también que había subvencionado una expedición y presumía de tener ciertas claves en su poder. En cuanto terminé de leer el artículo, empecé a recopilar información sobre el tema. No podía permitir que esa impostora organización se colocara las medallas sobre un descubrimiento que no les pertenecía. Se lo debía a vuestro padre, después de haber perdido su vida por proteger y esconder esas claves. Interiormente necesitaba hacer, llamémoslo, justicia. Empecé a moverme, a preguntar, a buscar datos. Intenté recordar todas las palabras que Jorge me dijo diez años atrás. Todos los pequeños detalles que pudieran abrirme las puertas a esa incansable búsqueda.

—¿Encontraste algo? —preguntó Alejandra ansiosa.

Pepe la miró con una sonrisa de satisfacción, lo cual dio a entender que su respuesta era afirmativa.

—¿De veras? —volvió a preguntar Sara con los ojos como platos.

—Todo a su debido tiempo —contestó Pepe a sabiendas de que la espera se les haría interminable—. Me llevó bastantes quebraderos de cabeza dar con la solución. Pero recordé que Jorge hacía mucho hincapié en las notas de cada trimestre. Por suerte, mi madre a pesar de su enfermedad le gustaba guardar todos los papeles. Solo tuve que rebuscar y localizar los boletines de notas de los últimos años. Tan solo necesité los referentes a mi último curso con él. En ellos, había unas líneas en clave que descifré y que correspondían a los versículos de la

Biblia. Después de mucho pensar, localicé la posición de dos de las llaves y di con ellas. Una, correspondía al Portal de Torrente o también conocida de los Inocentes, y la otra, al Portal de los Tintes o Portal de la Corona. Las llaves son más pequeñas que las encontradas hasta ahora, tened en cuenta que éstas eran puertas abiertas en la muralla y mucho más sencillas.

—¿Las tienes en tu poder? —preguntó Lluís incrédulo.

—Más o menos —contestó Pepe mirándole por el rabillo del ojo.

—Eso quiere decir que no… ¿verdad? —continuó Sara.

—No físicamente, pero sí sé dónde localizarlas.

Un silencio se produjo entre ellos, y Pepe aprovechó para continuar con su relato:

—En mi alegría de confirmar las teorías de Jorge y de darle en los morros a esa asociación, olvidé que los sabuesos que nos vigilaban no descansaban en su tarea. Me abordaron una noche e intentaron sacarme toda la información posible, pero yo era una tumba. Recibí una retahíla de palos, y cuando regresé, desde mi interior dolorido me reía de ellos por no haberme sonsacado ni una sola palabra. Pero la risa se me fue de repente cuando al día siguiente a mi hermana se la encontraron muerta en el asfalto víctima de un supuesto suicidio. Me sentí tan culpable y al mismo tiempo tan lleno de rabia que, como no sabía qué hacer, opté por la postura más cobarde. Salir de la ciudad. Olvidarme de todo y dar un rumbo nuevo a mi vida.

—¿Qué podías hacer? —preguntó Lluís en tono de consuelo.

Andreu con la cabeza cabizbaja continuaba con su relato:

—Durante casi veinte años viví con un temor constante, tanto por mí, como por mi familia —Andreu hablaba cargado de razón—. En estos cinco últimos años en los que mi aspecto carecía de importancia y vagabundeaba por las calles, me he dado cuenta de que tener miedo no tiene ningún sentido. Una persona no es absolutamente nada, si no tiene libertad de movimientos. Y como dijo William Wallace en una escena de la película Braveheart antes de entrar en combate. «*Podrán quitarnos la vida, pero nunca nos quitaran la libertad*». Estoy dispuesto a llegar hasta el fondo de este asunto. Ayudaros en la medida de mis posibilidades a descubrir el resto de las llaves y dar con el culpable del asesinato de vuestros padres. Y sobre todo, vengarme de la muerte de mi hermana y de los veintitrés años que nos han hecho padecer semejante infierno. Contad conmigo para lo que haga falta y, considerarme como un hermano tanto para lo bueno, como para lo malo.

Unos lazos invisibles cargados de amistad, compañerismo y lealtad, unieron aún más a esos cuatro jóvenes, inundando el salón de paz, amor y tranquilidad.

Alejandra fue la primera en hablar y en su voz todavía se reflejaba la emoción al conocer la historia de Andreu y saber quién era en realidad.

—Andreu, a partir de ahora te quedaras a vivir con nosotros. No puedo consentir que duermas a la intemperie como durante todo este tiempo.

—No creo que sea buena idea —replicó Andreu resignado.

—¿Cómo que no? —preguntó Sara sorprendida ante la negativa de éste—. Si es por mí, yo opino lo mismo que mi hermana.

—Os estoy muy agradecido —atajó Andreu lleno de razón—. Pero hemos de ser sensatos y no cegarnos por sentimentalismos. Yo debo continuar en la calle como hasta ahora. Reconoced que ahí soy más útil. Puedo pasar desapercibido y vigilarlos a ellos, igual que ellos os vigilan a vosotros, y de ninguna de las maneras tienen que averiguar quién soy yo. De momento, el nombre de Andreu Subies tiene que seguir oculto. Yo me llamo Pepe para vosotros y para todo el que me conoce. De hecho, escogí precisamente ese nombre porque era perfecto y libre de despertar sospechas. Era corto, sencillo y muy valenciano. Hemos de jugar bien las cartas si queremos llegar hasta el fondo de este entramado asunto.

—Pero… —murmuró Alejandra con la boca pequeña y el corazón encogido.

—Creo que Pepe tiene razón —intervino Lluís que durante los últimos minutos había permanecido de oyente—. Aunque posiblemente nos hayan visto juntos en alguna ocasión, pero aún así, no vamos a ponérselo fácil. Todo ha de continuar como estaba, cualquier cambio puede perjudicarnos a nosotros, y sobre todo a él. Para empezar, ya deben de saber que hemos descubierto el micro, lo cual quiere decir que aumentaran la vigilancia con respecto a nosotros, contando con que no decidan colocarnos otro nuevo. Es muy posible que intenten entrar en el piso por las buenas o por las malas. Debemos de estar muy alertas y sobre todo mantener el contacto entre nosotros cuatro, a toda costa. Tengo un móvil en casa que no utilizo, será tuyo —dijo dirigiéndose a Pepe— tendremos una clave, como por ejemplo: dos asteriscos, que nos avisará de que hay algún tipo de peligro.

—Me parece bien, Lluís —agregó Pepe seguro de sí mismo—. Es importante que seamos una piña. Y hay algo que no debemos dejar de la mano: investigar sobre esa organización.

Sara y Alejandra se miraron entre ellas, en sus ojos se reflejaba temor por la incertidumbre de no saber qué podía llegar a ocurrir.



Capítulo 38

La comisaría de policía de la zona centro bullía de actividad como tantos otros días, a diferencia de unos años atrás donde la tranquilidad era la protagonista de la mayoría de las jornadas. El problema de la inmigración cada vez se acentuaba más y a medida que pasaban las horas aumentaba el atasco de detenciones.

El inspector Moreno y el subinspector Roque interrogaban a dos hombres de nacionalidad rumana que habían robado en una joyería. Los delincuentes se negaban a hacer ningún tipo de declaración, por lo que el intérprete que tenían delante no podía realizar su trabajo. Alguien llamó a la puerta interrumpiendo el interrogatorio.

—El comisario Morales quiere veros en su oficina —dijo una mujer con varias carpetas en la mano.

Los dos policías salieron de la sala y, obedientes, se dirigieron al despacho del inspector.

—¿Nos llamaba? —preguntó Moreno asomando la cabeza por la puerta.

—¡Adelante!… ¡Sentaos! —dijo señalando las dos sillas del otro lado de la mesa. ¿Habéis conseguido dar con esa mujer del retrato robot?

—No señor… —contestó Roque—. Está resultando más difícil de lo que creíamos. No está fichada, y nos llevará algún tiempo localizarla.

—¿Habéis repartido las fotografías? —preguntó el comisario mientras revolvía varios papeles de encima de su mesa buscando algo.

—Sí… —añadió el inspector Moreno—. Hay copias por todas las comisarías, no solo del centro sino también de la periferia. Pero de momento, no hay señales de esa mujer.

—¡Pues hay que tomarse más interés! —insistió Morales con un subido tono de voz—. No admito más evasivas. ¡Han vuelto a actuar! ¡Esos malditos sinvergüenzas han vuelto a hacerlo de nuevo! ¡Es la cuarta vez! La cuarta vez que entran en un lugar emblemático de la ciudad —su mal humor crecía por momentos mientras sus gafas negras le acentuaban el entrecejo dándole un toque de mala leche—. ¡Quiero a esa mujer ya! Hay que interrogarla para saber si tiene o no algo que ver, o nos puede revelar alguna pista. No puede ser que en las cuatro intervenciones no haya habido ningún testigo. Es imposible que nadie pasara por allí en esos momentos. Se están burlando de la justicia sin ningún miramiento y en nuestra propia cara.

—¿Seguro que son los mismos? —preguntó el subinspector Roque.

—La manera de operar es idéntica —contestó Morales quitándose las gafas y hurgándose en los ojos—. Todavía no sabemos las personas que eran y si entre ellas había una mujer.

—¿Dónde ha sido esta vez jefe? —preguntó el inspector Moreno presintiendo que no sería la última.

—Ni más ni menos que en el Miguelete —continuaba el comisario encolerizado.

—¿En el Miguelete? —preguntó Roque sorprendido del lugar escogido—. ¿Qué puede haber de valor en un campanario? Como no se lleven las campanas —dijo con ironía—. No lo entiendo.

—Yo tampoco —atajó el comisario desorientado e intentando barajar varias hipótesis—. No veo el móvil por ninguna parte. Podría tratarse de un robo, pero ¿qué iban a robar?… Extorsión, solo por el hecho de hacer daño. Un juego de rol, vete a saber… Como de costumbre, aparentemente no se llevaron nada, son bastante habilidosos y limpios en su faena, salvo pequeños destrozos en las cerraduras. El sacerdote oyó ruidos y llamó al 112, acudió una patrulla de policía y los despistaron. Forzaron la puerta del patio lateral y de la sala de campanas. Al parecer, una cuerda de sujeción de una de las campanas más grandes se rompió y armó un escándalo del copón. Pero aún así salieron airosos de allí. No me lo puedo creer; es que por muchas vueltas que le doy… es como si el diablo les estuviera echando una mano.

—A lo mejor no es un diablo, sino un ángel —murmuró Moreno entre dientes.

—¡Menos cachondeo, Moreno! —le increpó Morales encendido—. ¡Os doy una semana para que me traigáis a esa mujer! Esta mañana me ha llamado un

directivo de la Generalitat pidiéndome explicaciones. Unas explicaciones que no tenía. Imaginaos la situación. Hay que dar con esa gentuza. Averiguar qué están buscando y por qué.



Los ocho Síndicos del Tribunal de las Aguas se encontraban reunidos con sus atuendos típicos en la sala de la Casa Vestuario como era habitual cada jueves por la mañana. Debatían la crítica situación por la que atravesaba la ciudad, y el resto del mundo.

—Este año es uno de los más graves de las dos últimas décadas —añadió Humberto Fernández presidente del Tribunal y jurado de Favara—. Las catástrofes naturales han segado la vida a miles de víctimas inocentes y lo que es peor, en los próximos años las cifras que estamos valorando podrían ser insignificantes.

Un murmullo como zumbido de moscardones creció en la sala.

—Pero Humberto… —atajó Jaime Santos, jurado de Quart, logrando el silencio de los asistentes para escuchar su comentario—. Todos sabemos que la situación del mundo está en un estado lamentable, que los terremotos, tsunamis, inundaciones y demás están siendo devastadores a medida que trascurre el tiempo y no ponemos solución. Pero es que el hombre no ha sabido respetar la Tierra ni sus condiciones y ahora está pagando sus consecuencias.

—Tienes razón Jaime, y sabes que estoy contigo en esa afirmación —continuó Humberto Fernández—. La madre tierra está enferma de la mala cabeza y los malos actos de los hombres, pero lo que más me duele es que siempre paguen los inocentes.

Muchos de los asistentes asintieron uniéndose en su reflexión.

—¿Y qué me decís de la búsqueda que se ha desatado en la ciudad? —Preguntó Juan Alcázar, jurado de Mestalla—. Las hermanas Ferrer continúan con su búsqueda desesperada.

—Es cierto… —atajó Humberto Fernández—. Al principio cabía la posibilidad de pensar que las intromisiones en el Museo de L’Almoina y después las Torres de Serrano no fueran más que un casualidad, pero por descontado esa teoría se ha esfumado ya que también han ultrajado la Iglesia de San Juan del Hospital, y no contentos con eso, además han logrado averiguar la posición de la

cuarta clave en el Miguelete. Mi pregunta es: ¿cómo lo están consiguiendo?, y, ¿qué o quién les está brindando esa confidencial información?

—Según nuestras averiguaciones, —continuó Adolfo Serrano, jurado de Mislata— no solo están involucradas las hijas de Jorge Ferrer sino también un vecino de las dos jóvenes. Al parecer, un directivo informático. No podemos permitir que continúen. Dijimos que actuaríamos si persistían en llegar hasta el final y al parecer lo están intentando a pasos agigantados.

—Lo sé… —afirmó Humberto Fernández con voz calmada—. Deduzco que ellas desconocen dónde les van a conducir semejantes andanzas, pero lo que me quita el sueño es no saber con exactitud qué les está guiando.

—Esa incógnita nos está carcomiendo a todos —interrumpió Lorenzo Alonso, jurado de Rovella.

—Aun así hemos de impedir que continúen… —dijo rotundamente Jaime Santos, jurado de Quart.

—Y lo haremos… —confirmó Humberto secamente.



Tenía una mañana muy ocupada y por eso había decidido madrugar más de lo habitual, pero de poco le había servido. A pesar de haber llegado mucho antes de que abrieran, llevaba más de una hora haciendo cola en la calle esperando que le llegara el turno. Parecía mentira que en los tiempos que estaban, no se hubiera ideado otro sistema para renovarse el carnet de identidad. Rosa miró el reloj, el tiempo avanzaba más rápido que la cola que tenía delante. ¡Qué barbaridad!, se dijo. Cuando por fin consiguió entrar dentro de la comisaría respiró pensando que ya le quedaba menos. Apenas cuatro o cinco personas. Después pasaría por el Mercado Central, compraría unas cosas que necesitaba y visitaría a Paco. Disfrutaba pensando cómo se interesaba por ella. No había más que verle la cara cuando la veía. Le cambiaba la expresión por completo. Igualito que un niño. Rosa sonrió al reconocer que estaba loco por ella. En el fondo se sentía culpable por su comportamiento. Quizá le había puesto demasiadas barreras, demasiados impedimentos, ¿esperando qué?… ¡un sueño imposible! Esperando algo que nunca llegaría. Con los años que tenía, que eran muchos, y no dejaría de ser una ignorante en el terreno sentimental. Y ya era hora que despertara de una vez por todas. Tenía un hombre maravilloso volcado a sus pies y comiendo de su mano

y, ¿qué era lo que ella estaba haciendo? Tontear y perder el tiempo como si fuera una colegiala, cuando esa época apenas si la recordaba. Sin embargo, Paco, tenaz y testarudo, no desistía en su conquista y había hecho que día a día Rosa se fuese encariñando viendo todo lo positivo de él. Rosa, intentaba mentalizarse. Tenía que ser más condescendiente, liberarse de todo tipo de prejuicios, y sobre todo, olvidar de una vez por todas a su antiguo novio Miguel. Había estado demasiados años atada a un fantasma. Un fantasma del pasado que nunca volvería ¡Estaba decidida!, a partir de ese momento solo tendría ojos para el presente y el futuro. Y, quién mejor que Paco para compartir ese tiempo.

—Señora, le toca ya —una voz masculina se oyó a su espalda.

—¿Cómo dice? —preguntó Rosa ensimismada en sus pensamientos.

—Que ya puede pasar —insistió el joven—. Es su turno.

—Gracias —contestó Rosa sonriendo mientras se aproximaba al mostrador indicado.

El policía que tenía delante le pidió los requisitos necesarios. Rosa sentada frente al hombre recorría con la mirada el interior de la comisaría. Observó los demás oficiales, los mostradores contiguos, la cantidad de papeles amontonados en las mesas, la cantidad de polvo que tenía la ventana de enfrente y lo sucios que estaban los cristales. Rosa pensó en la última tormenta. De eso hacía bastante tiempo. Lo cual demostraba que esa ventana estaba sin limpiar desde…

—¡Firme aquí! —le indicó el policía que le tramitaba el DNI señalando un recuadro en blanco.

Rosa, obediente, se limitó a poner su rúbrica sin rechistar.

—Espere un momento —dijo el agente levantándose y perdiéndose en la habitación de al lado y dejándola sola.

Rosa esperaba que no se demorara mucho más. Aún tenía que coger el autobús. Aburrida, ojeó el resto de la oficina. Sus ojos hicieron un segundo barrido y se detuvieron en un papel colgado de una de las columnas que antes le había pasado inadvertido. Parecía el retrato de una mujer. Bajo del rostro, leyó un rotulo en mayúsculas: SE BUSCA. Centró sus ojos en él. Había algo… que le resultaba familiar. Esos ojos, esa boca…

—¡Cielo Santo! —murmuró apenas en un susurro y con el estomago encogido.

Rosa acababa de reconocer la fotografía que estaba en la pared. Asustada y acongojada miró a su alrededor y pudo observar que no era la única foto que había dentro de la comisaría. Empezó a contarlas y… cuatro, cinco, seis, había

seis idénticas colgando de las paredes. Rosa, se llevó las manos a la boca espantada. Pero… ¿cómo no se había dado cuenta antes?, si estaban por todas partes. Y no cabía la menor duda; la foto correspondía a su sobrina Sara. Pero… ¿de dónde habían sacado su cara y por qué la buscaban? Rosa notó como se le aceleraba el pulso y el corazón se le salía por la boca. El temor a lo desconocido hizo que los nervios se apoderaran de ella temiendo por la seguridad de su sobrina. El policía que la estaba atendiendo regresó de nuevo.

—Ya lo tiene, señora —añadió el hombre mientras le entregaba el nuevo carnet—. Ya se puede marchar. ¿Señora, le ocurre algo? ¿Se encuentra bien? —dijo preocupado por la palidez de su cara.

—No, estoy bien, gracias —contestó Rosa sin apenas aliento—. ¿Entonces ya me puedo marchar?

El policía asintió con la cabeza.

—Perdone que le moleste. ¿Sabe por qué buscan a esa mujer? —preguntó Rosa en tono inocente mientras señalaba una de las fotografías de la pared.

—Para interrogarla —contestó el hombre.

—¿Para interrogarla? —preguntó Rosa sorprendida y casi sin poder hablar.

—Sí, creemos que es testigo y la pieza crucial de un robo. ¿La conoce?

—No, no… simple curiosidad —contestó Rosa temiendo que la cara delatara su mentira—. Gracias.

Cuando salió a la calle, respiró hondo. Se estaba ahogando por momentos. En cuanto dobló la esquina, sacó el móvil de su bolso y marcó el número de su sobrina Sara. Necesitaba ponerla al día y necesitaba hacerlo ya.



Capítulo 39

El bullicio y los murmullos de los clientes se oían por todo el recinto. Los comerciantes gritaban ofreciendo su mercancía al mejor precio. Los pasillos estaban atascados de gente que iba y venía buscando el mejor género, haciendo que ese viernes por la mañana el Mercado Central vibrara de energía. Un hombre de ojos color verde esmeralda deambulaba por los angostos y olorosos pasillos camuflado entre la gente recordando momentos pasados. Momentos vividos hacía muchos años ¡Cómo habían reformado las paradas del mercado en estos veintitrés años! ¡Y como había cambiado la ciudad! Todo había evolucionado mucho, cosa del progreso y la modernización. Desde que había llegado a Valencia hacía más de un mes y se había instalado en la ciudad, no había día que pasara sin recorrer sus mismos pasos, después de visitar el antiguo domicilio de Rosa y, tras la negativa de aquella desagradable mujer, sin saber por dónde empezar a buscarla. Preguntó a los vecinos del inmueble de la calle María Cristina sobre el paradero de Rosa Soler, pero no logró sacar mucha más información, salvo que se había trasladado hacía muchos años con sus sobrinas a otra zona. Por más que insistió preguntando con la intención de sonsacar si se había casado, todo fue negativo, y ahí acababan todas sus averiguaciones. Había consultado las guías de teléfono con el fin de poder tener algún dato más sobre su paradero, pero no había tenido éxito. Desanimado por un lado y lleno de esperanza por otro, se hizo una seria y firme promesa hasta que la encontrara. Porque quería creer en ello. Que todos los días visitaría el Mercado Central con el firme objetivo de que un día se tropezaría con ella, de la misma forma que sucedió hace veintiocho años cuando la vio por primera vez. Confiaba y no perdía la esperanza de que un día, el menos pensado, apareciera ante él. Soñaba

cada noche con ese momento y se levantaba y acicalaba cada mañana con ese anhelo. Presentía que el destino, esta vez sería justo haciendo que se volvieran a ver de nuevo. Ya habían pagado demasiado suplicio estos veintitrés años. Abatido esa mañana, después de haber recorrido el mercado varias veces, y sin rastro de Rosa por ningún lado, como tantos otros días anteriores, había decidido regresar a casa. Lo intentaría el día siguiente y después, el lunes siguiente, y el martes, y el miércoles… así sucesivamente. No tenía prisa. Tenía todo el tiempo del mundo para encontrarla. Aun así, y como persona tenaz y persistente que era, decidió dar una última vuelta. Una corazonada le devolvía la esperanza en su búsqueda.



En otro extremo del mismo mercado, en la zona donde las frutas, verduras y hortalizas eran las protagonistas y se mezclaban los olores más apetitosos de todo el lugar, Rosa se despedía de Paco con una tierna sonrisa. Habían quedado para cenar y Paco, contento, albergaba la idea de poder conquistarla y que un día no muy lejano pudiera ser suya, pudiera ser su mujer. A pesar de que ella le había hablado muy claramente, él se negaba a perderla e iba a luchar contra viento y marea. Desde que se había separado y de eso hacía casi seis años, anhelaba encontrar una mujer como ella. Dulce y cariñosa, atractiva, sincera, responsable y con gran sentido del humor. Era extraordinaria y eso hacía que la admirara no solo como mujer, sino también como persona. Había sufrido mucho en esta vida y se merecía ser feliz. Solo que aún le atormentaba la sombra de aquel novio suyo. Tenía que hacérselo olvidar de una vez por todas. Por el bien de los dos. Por el bien de ella, porque eso no le traía nada bueno. No podía continuar viviendo en el pasado y, egoístamente, por el bien de él, porque le estaba cerrando las puertas a su propia felicidad.

Enredado en sus pensamientos vio como Rosa se alejaba y observó su silueta ¡Cómo le gustaba esa mujer! Estaba dispuesto a hacer lo que fuera por no perderla, por hacerla suya. Cuando dejó de verla por la distancia, empezó a organizar el mostrador que se había quedado hecho unos zorros por la avalancha de gente. Un hombre de edad similar a la suya, pasó por su lado y se detuvo durante unos instantes ojeando la fruta que tenía expuesta, a continuación, caminó pasillo adelante. Paco, como persona observadora que era, se detuvo

mirando el rostro de ese desconocido durante unos segundos. ¿Qué tenía la cara de ese hombre que le resultaba familiar?… ¡Esa cara! ¡Esa cara! ¡Y esos ojos!… Se repetía una y otra vez. Algo había en la mirada de ese tipo… Pero… ¿de qué le sonaba? Podía ser cliente, se preguntaba; pero él presumía de ser muy buen fisonomista y casi con seguridad podría afirmar, que no lo era. Sin embargo, juraría que no era la primera vez que lo veía.



El frío mármol del cuarto de baño parecía un *stand* de cosmética de cualquier perfumería, desde el maquillaje con tonalidades naturales, pasando por el colorete para acentuar el sonrosado de las mejillas, y sin olvidar la sombra de ojos con su abanico de colores, la máscara de pestañas y la barra de labios. Alejandra, envuelta en su albornoz, alternaba los colores y jugaba con los pinceles intentando sacarse el máximo partido. Miró el reloj y se relajó, todavía tenía tiempo. Lluís no tardaría en llegar confirmando su puntualidad. Esa noche esperaba que todo saliera según lo previsto ¡Menuda fiesta!, se dijo. Iba a estar toda la plantilla de la revista donde ella trabajaba. No solo de Valencia sino también de Madrid, Barcelona, etc. Venían directivos de Francia y de Italia para presentar un nuevo proyecto. Y ¡cuánta gente importante acudiría! Iba a ser una noche única e inolvidable. Estarían representantes del Ayuntamiento y la Generalitat, coleccionistas de arte, al igual que pintores, escultores, escritores y gente del mundo de la moda, actores y actrices, modelos, diseñadores… El timbre de la puerta desvaneció los pensamientos de Alejandra. Ésta cogió el carmín, se dio los últimos toques dejando sus labios brillantes y sensuales y, salió disparada hacia la habitación. Cuando logró enfundarse en el elegante vestido y calzarse los altísimos zapatos, se miró en el espejo que tenía delante. Una inevitable sonrisa brotó de su cara, mientras escuchaba como Lluís desde el salón intercambiaba varias frases con su hermana Sara. Se puso unas gotas de su perfume Bulgari, cogió el bolso de fiesta y salió de la habitación. Lluís se quedó mudo cuando la vio aparecer. Sencillamente, estaba bellísima. Parecía una princesa de un cuento de hadas.

—Cuándo quieras nos vamos —pronunció Alejandra mientras admiraba a su vecino elegantemente vestido. ¡Qué guapo estaba! Con su pelo engominado, y qué bien olía, como de costumbre.

Salieron juntos y subieron en el Audi negro de Lluís. Las calles iluminadas de la ciudad les acompañaron en su recorrido.

—¿Te he dicho que estás preciosa? —le dijo Lluís mientras le ponía su mano sobre la de ella.

—Tú también —comentó ella—. Y… gracias por acompañarme.

Las palabras sobraban en ese instante, solo con la mirada penetrante de ambos se comunicaban entre sí.

Esa noche el Hotel Meliá vestía sus mejores galas, con alfombras de terciopelo, centros de flores en todos sus rincones, derrochando lujo y *glamour*, todo ello aderezado con materiales nobles le daba elegancia y distinción. Alejandra, mezclada entre los invitados, saludaba y presentaba a su acompañante entre la muchísima gente conocida que había asistido. Una hilera de uniformados camareros servía bandejas de canapés fríos y calientes, acompañados de gran variedad de bebidas. Después de tomar asiento en uno de los grandes salones, los directivos expusieron la presentación de su nuevo proyecto: el nacimiento de una nueva revista con mucho *glamour*, bautizada con el nombre de *Vía Augusta*, que no solo trataría de sociedad, sino también de arte. Una mezcla muy explosiva. Todo estaba saliendo a pedir de boca. Los invitados disfrutaban de una agradable velada y aprobaban el nuevo planteamiento expuesto. Alejandra estaba radiante y feliz. Después de una larga e intensa exposición, donde fueron nombrados todos los colaboradores integrados en la empresa, hicieron especial hincapié, y agradecieron su apoyo, al mayor accionista de que disponía la revista. Todos los presentes aplaudieron, algunos de ellos incluso se incorporaron vitoreando a dicho personaje. Lo habían presentado, como Augusto Fonfría. Alejandra, imitó a los demás invitados aplaudiendo sin conocerle y pensó si el nombre de Vía Augusta lo habría escogido él. No sabía que ese hombre fuera uno de los mayores accionistas de su empresa, ni tampoco había oído hablar de él. Claro que también desconocía muchas de las personas que la rodeaban. Lo estudió detenidamente. Vestía muy elegante con un traje de chaqueta perfectamente cortado, a saber ¿de qué famoso diseñador sería? Aparentaba alrededor de unos sesenta años, con un cutis bien cuidado, ¡claro que con esa gente nunca se sabía la edad exacta! Tenía el pelo canoso peinado hacia atrás y una blanca sonrisa. Los aplausos fueron cesando paulatinamente hasta quedar la sala prácticamente en silencio. A continuación, el tal Augusto Fonfría dijo unas palabras en las que dejó a más de media sala con la boca abierta. Acababa de dejar el listón bien alto en lo concerniente a su arrasador don de gentes. No había lugar a dudas de que

era un hombre culto y astuto. Los aplausos volvieron a reanudarse, mientras Alejandra, curiosa, preguntaba a una compañera de trabajo que se encontraba sentada a su lado.

—¿Quién es? —preguntó inocentemente.

—¿De verdad, que no lo sabes? —chilló la muchacha incrédula mientras trataba de entenderse ante tanto aplauso.

Alejandra negó con la cabeza mientras sus manos iban solas con las palmas.

—Es una de las personas más ricas e influyentes que se encuentran aquí dentro —dijo su compañera en tono de confidencia al tiempo que tomaban asiento de nuevo—. Y uno de los coleccionistas de arte más codiciosos. Dicen que tiene en su poder más cantidad de cuadros que muchos museos. De hecho, ¡ni él mismo, sabe lo que tiene! —continuó la joven intentando poner al día a Alejandra—. Te preguntarás ¿cómo sé todo esa información?

Alejandra asintió con un leve gesto de cabeza.

—Tan sencillo como que mi tía es íntima amiga de su secretaria personal y además corren rumores de que es un poco raro, algo excéntrico, pero con el dinero que tendrá ese hombre, ¿quién no lo es? Además, posee varias empresas de cuyo nombre no recuerdo ahora, y tiene una Asociación de arte que se llama… —la muchacha intentó recordar el nombre de dicha organización—. Lo tengo en la punta de la lengua —murmuró—. ¡Ya lo sé! Se llama: A. F. C. A. N. I. Asociación Fonfría Coleccionista de Arte Nacional e Internacional.

Alejandra se quedó muda mientras un escalofrío helado le congelaba hasta el alma. Era la misma organización que había comentado Pepe días atrás, sobre el artículo leído en prensa hacía unos años en el que afirmaba que en las tierras de Valencia se escondía el mayor tesoro de todos los tiempos. ¿Sería ese tal Augusto Fonfría, el cabeza y culpable del supuesto asesinato de sus padres, de haber dejado a su hermana y a ella huérfanas, privándoles de crecer en compañía de sus progenitores, de haber provocado un radical cambio en el destino de su Tía Rosa, de la vigilancia y las amenazas recibidas y de la tortura de tantos años a la que había sido sometida Andreu Subies y su familia? ¡No podía ser verdad! ¡Y dentro de su misma empresa! Todavía estaba aturdida por el descubrimiento de semejante noticia. Ya no sabía qué pensar. Estaba tan confundida que parecía como irreal. Se quedó pensativa intentando descifrar si sería de nuevo una casualidad, o quizá era el destino… Este maldito mundo estaba lleno de sorpresas.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Lluís viendo la cara pálida de su acompañante, pensativa y descompuesta al mismo tiempo.

A Alejandra le costó reaccionar y situarse en la sala del hotel Meliá, se había transportado a otro lugar en donde el odio y la venganza se reavivaban de nuevo. Discretamente, y mirando a dicho personaje de reojo, le hizo saber a Lluís quién era y lo que acababa de descubrir. Éste no daba crédito, y por unos instantes, recordó cuando tuvo que esconderse en el Museo Arqueológico de L'Almoina a causa de un grupo de personas que lo visitaban fuera de horas de visitas y de una forma más privilegiada. Recordó que esas personas, sobre todo una de ellas, mencionaba con frecuencia su organización sin revelar el nombre de ella. Lluís giró la cabeza e intentó fijarse en las facciones de ese tipo. A pesar de que entonces no pudo verlo con nitidez por la escasa luz, y las circunstancias que le rodeaban al estar clandestinamente dentro del Museo, había algo en la cara de ese hombre que podría asegurar que eran la misma persona ¡Sí, lo confirmaba sin ningún tipo de duda! Recordó también que iba acompañado de varios guardaespaldas y, que uno de ellos era el tipejo del puro que rondaba sus casas y les tenía controlados. ¿Era posible que tuvieran delante al culpable de todo lo que había ocurrido?

—Alejandra, es el mismo tipo del Museo de L'Almoina —afirmó Lluís mientras le sujetaba la mano sobre las suyas en señal de apoyo.

—¡Santo Dios! —murmuró Alejandra temblando.

Minutos más tarde empezaron a servir la cena. Una suculenta y apetitosa cena en la que la presentación jugaba un papel importante unido a los productos frescos y al arte de los secretos culinarios. Alejandra apenas si podía abrir la boca para engullir. Su garganta estaba obstruida de rabia e impotencia. Sus ojos enrojecidos de cólera no le dejaban ver más allá. Solo deseaba huir de allí, salir cuanto antes de aquella inmensa sala que al entrar le pareció exquisita y cuidada al mínimo detalle, y sin embargo, ahora la veía como una cueva en la que las paredes le aprisionaban dejándola frágil y desvalida. Tan solo quería quitar de su vista a aquel hombre. Alejandra sopló inconscientemente. ¡Qué calor hacía! Notó como un reguero de sudor se deslizaba por su espalda. Se pasó la mano por la frente y notó cómo la tenía húmeda. Se estaba ahogando por momentos, le faltaba el aire… no podía respirar… Las imágenes que tenía delante se le emborronaban. ¿Qué le estaba sucediendo? ¿Por qué no coordinaba con claridad? Se preguntaba angustiada.

De repente, y sin poder evitarlo la envolvió un sudor frío y una sosegada y

dulce oscuridad… la sala se tiñó de negro y los invitados sencillamente desaparecieron.

—Alejandra… Alejandra… —Lluís pronunciaba su nombre asustado.

Una agradable paz se había apoderado de ella y no la dejaba volver a la realidad. Pero… ¿quién le llamaba? ¿Por qué la molestaban si ella no quería abrir los ojos?

—Alejandra… Alejandra… —Lluís insistía incansable arrodillado a su lado.

«Esa voz me es familiar», se decía Alejandra desde su inconsciencia. Pero ¿por qué querían despertarla? Era Lluís, su querido Lluís…

—Parece que está volviendo en sí —comentó una voz de mujer—. Ha sido un desmayo.

—Déjenla respirar… Sepárense —murmuraba un hombre cercano.

Alejandra, aturdida, entreabrió los ojos despacio. ¿Qué había sucedido? ¿Qué hacía tumbada en el suelo? ¿Llevaba en esa situación mucho tiempo? Tenía frío, un sudor helado la envolvía. Una chaqueta le cubría parte de su cuerpo. Sonrió al ver a Lluís a su lado. Pero se moría de vergüenza al ver a un grupo de personas que la observaban. Quiso desaparecer en ese mismo instante. Ahora empezaba a recordar lo sucedido. Se había desmayado. Intentó incorporarse y dejar de ser el punto de atención ¡Dios mío, qué vergüenza!, pensó. Si lo que pretendía era pasar desapercibida, desde luego, no lo estaba consiguiendo.

—Tranquila… —susurró Lluís dulcemente mientras le acariciaba la cara.

Alejandra hizo intención de incorporarse pero sus piernas parecían de goma y el resto de su cuerpo no le obedecía.

—No te precipites… Ten paciencia —murmuró su vecino más tranquilo—. ¡Menudo susto le había dado!

Pasados unos minutos le ayudó a levantarse. La cabeza le daba vueltas y más vueltas y se sentía tan insegura que se agarró a su acompañante con toda la fuerza de que disponía en esos instantes.

Las personas cercanas empezaron a alejarse no sin antes preguntar por su estado.

—Estoy bien, gracias… —balbuceaba todavía descolocada.

—¿Quieres que salgamos fuera? —preguntó Lluís todavía preocupado—. El aire te sentará bien.

—Sí, por favor, ¡sácame de aquí! —contestó Alejandra en voz baja mientras le sujetaba fuertemente del brazo.

Los dos juntos avanzaron despacio por el salón esquivando mesas e

invitados. Alejandra contaba los pasos que le quedaban hasta la puerta. La situación le estaba resultado angustiosa. Solo pensar que se había convertido en el centro de atención y que estaba en la misma estancia con ese individuo…

—Perdone… perdone… señorita Ferrer, ¿no?

Una voz se oyó a su espalda pronunciando su nombre. Una voz masculina que le hizo girarse en seco, intentando mantener el equilibrio con la ayuda de Lluís cogida de su brazo. ¿Quién la llamaba?

—¿Alejandra Ferrer? —volvía a repetir por segunda vez el caballero mientras le tendía la mano con el fin de estrechársela.

Alejandra no podía creer que fuera realidad lo que tenía ante sus ojos, y menos que se estuviera dirigiendo a ella. Debía ser una alucinación producida por la pérdida de consciencia. Su rostro volvió a palidecer de nuevo haciendo desaparecer el tenue color sonrosado de sus mejillas, al verificar que la presencia de Augusto Fonfría, la persona que había despertado los instintos de odio más profundos de toda su vida, estaba ante ella y encima, intentaba estrecharle la mano amigablemente. Por una décima de segundo, se negó a saludar a ese hombre. Pero… ¿cómo se podía tener tan poca vergüenza? Se preguntaba, sin obtener respuesta. A los pocos instantes, y haciendo de tripas corazón, cedió, notando el calor de su mano contra la suya. Su mandíbula se contrajo, y engarrotada, fue incapaz de articular un leve movimiento. A duras penas, intentó disimular su repulsa y su desprecio. Pensó que ese no era ni el momento, ni el lugar.

—Sí… soy yo —contestó la muchacha con una leve y forzada sonrisa.

—Soy Augusto Fonfría —se presentó con tono tranquilo sin dejar de mirarla fijamente a los ojos—. Señorita Ferrer, ¿se encuentra mejor? Nos hemos asustado todos con su desvanecimiento.

—Estoy bien —contestó en tono de disculpa—. Lamentó haber creado tantos problemas.

—¡Problemas, ninguno! —dijo Augusto Fonfría con carácter—. Pero por el color de su tez debo deducir que todavía no está bien del todo —continuó suavemente.

—Solo necesito un poco de aire —murmuró Alejandra.

—Ahora precisamente íbamos fuera —intervino Lluís sin dejar de cogerla.

—Muy bien —prosiguió Augusto Fonfría—. Recupérese pronto por favor. Solo quería decirle —dijo dirigiéndose a ella— que tiene usted la misma mirada de su padre y que yo lo apreciaba mucho.

Alejandra, totalmente desconcertada le hizo una mueca similar a una sonrisa y dándose la vuelta, se alejó hacia la salida. Todavía no entendía. ¿Con qué intención le había hecho ese comentario acerca de su padre? Afirmando que lo conocía y aparentando que había un trato de amistad.



Capítulo 40

Sara se levantó sin encender la luz, se conocía cada palmo de su casa y podía deambular con soltura aún con los ojos cerrados, aunque, más de una vez se había confiado demasiado hiriéndose en las rodillas con algún mueble, sin embargo, no escarmentaba, atravesó el salón teñido de negro salvo el piloto rojo del televisor que le daba una pincelaba de color y llegó a la cocina. Encendió la luz y se puso un vaso de leche. A los pocos minutos, oyó pasos por el pasillo y vio aparecer a su hermana.

—¿No puedes dormir? —preguntó Sara mientras daba un sorbo de leche.

—No —contestó Alejandra imitando a su hermana y llenándose otro vaso—. Es cerrar los ojos y solo veo la cara de ese hombre, Augusto Fonfría. Sus facciones no son duras, pero hay algo en él… que delata su frialdad —Alejandra se quedó pensativa por unos instantes, como si estuviera reviviendo la escena de la cena en la que lo tuvo delante. Luego volviendo a la realidad preguntó:

—¿Y a ti qué te preocupa hermanita?

—Hay algo que todavía no te he contado —contestó Sara preocupada.

Alejandra la miró sorprendida y al mismo tiempo con curiosidad. Desde hacía unos meses todo eran incidentes fuera de lo habitual. Respecto al comentario de su hermana, se podía esperar cualquier cosa.

—Hace unos días me llamó Tía Rosa —continuó Sara—, se estaba renovando el carnet de identidad y mientras estaba en la Comisaría, vio expuestas varias fotos robot de una mujer que se busca.

—¿Y?… —Alejandra no entendía la relación de dicho comentario.

—¡Pues que esa mujer era yo! —Sara estudió la reacción de su hermana y vio como su expresión cambiaba por segundos.

—¿Me estás diciendo que te está buscando la policía? —Alejandra no daba crédito a lo que acababa de escuchar. Su rostro palideció de temor y buscó una silla próxima, sus piernas no la sujetaban—. ¡No me lo puedo creer! ¡No me lo puedo creer! Es por ese imbécil de policía que te vio en las torres de Serrano ¡Maldito sea! ¿Y ahora qué?

—Pues no lo sé —Sara estaba desmoronándose—. Solo te puedo decir que desde que Tía Rosa me llamó, no consigo dormir y, cuando voy por la calle, me faltan ojos para no tropezarme con agentes de la ley. ¡No sé cuánto tiempo podré aguantar con esta situación!, me siento como una delincuente, una fugitiva.

—Tranquilízate… —Alejandra intentaba consolar a su hermana, aunque, en el fondo, ella estaba aún más asustada—. ¡Tendrás que cambiar de aspecto!

—¿Tú crees? —preguntó Sara todavía sin asimilarlo.

—¡Un momento! —exclamó Alejandra mientras se levantaba—. ¡Nosotros no hemos robado nada, o por lo menos nada que puedan echar en falta! ¡Ni tampoco hemos matado a nadie! ¿De qué delito te pueden acusar? Por entrar en un par de sitios a deshoras. Además, seguramente, como mucho tendríamos que pagar una multa. —Alejandra, trataba de quitarle importancia aunque no creía haber sido muy convincente.

—Agradezco tu interés por animarme.

—Lo siento, Sara… —dijo Alejandra en voz alta mientras abrazaba a su hermana intentando darle la fuerza necesaria para sobrellevarlo.



Con los ojos hinchados y las ojeras de no haber pegado ojo en toda la noche, Sara salía de casa para ir al trabajo. Estaba a punto de abandonar el patio cuando, alguien pronunció su nombre.

—¡Sara!… buenos días.

—Buenos días, Erika —contestó Sara incómoda y deseosa de perderla de vista. Pensó en los comentarios de Pepe acerca de ella y de su supuesto marido, de estar involucrados en vigilar sus movimientos y los de su hermana, además del micrófono que instalaron en el teléfono de su casa.

—Qué ojeras tienes… ¿que no te encuentras bien? —preguntó Erika con tono de preocupación.

—Sí… es que no he dormido muy bien.

—Tienes que descansar, Sara ¡Cuánto tiempo sin vernos y mira que estamos cerca! —dijo Erika en tono amigable—. ¡Qué bien lo pasamos en la última cena! ¿Lo recuerdas? Deberíamos repetirlo, ¿no crees?

—¡No va a poder ser! —añadió Sara en tono de disculpa—. Estamos muy liadas últimamente ¡Quizá más adelante!… Uff… me tengo que marchar —dijo mirando el reloj—, se me está haciendo tarde.

—¡Ya!… —refunfuñó su vecina mientras la veía alejarse dejándola con la palabra en la boca.

A continuación, sacó el móvil y marcó un número de teléfono.

—¡Confirmado que sospechan de nosotros! —dijo ella sin vacilaciones—. ¡Ha llegado el momento de actuar!

Una voz masculina se oía al otro lado de la línea.

—Tranquila Erika. Eres demasiado impulsiva. Si os han descubierto, en parte está bien. Eso les pondrá nerviosos.

—Sí, pero también irán con más cautela —añadió ella intentando convencer a su interlocutor.

—Tranquila… Todavía no ha llegado el momento. Hay que saber esperar… ¡Ahora, eso sí! —agregó con carácter—. ¡Quiero saber todos sus pasos!



Las calles estaban mojadas por la humedad cuando de madrugada Lluís salió de casa. Era mucho más temprano que su horario habitual, pero esa mañana tenía mucho que hacer. Hoy no acudiría al trabajo, lo había pedido como asuntos propios, y aunque lo que pretendía hacer no eran exactamente motivos directamente personales, sino ayudar a Sara y Alejandra en su búsqueda, se veía totalmente involucrado y haría todo lo necesario por echarles una mano o las dos si hiciera falta. Las últimas horas habían sido de una exhaustiva investigación sobre el personaje Augusto Fonfría y todo lo referente a su entorno incluyendo por supuesto, A. F. C. A. N. I. Según sus averiguaciones era una organización muy bien instaurada y aparentemente en toda regla. Con un hombre muy poderoso al frente que, además, era accionista de otras muchas empresas. Literalmente, y como se diría vulgarmente, un pez gordo.

Lluís acababa de entrar en la calle Guillem de Castro y conectó la calefacción del automóvil. A los pocos metros, y como habían acordado, vio en

el borde de la calzada a Pepe. Cuando llegó a su altura, se detuvo y esperó a que subiera.

—Buenos días, Lluís ¡Hace una mañana de perros! —comentó mientras se frotaba las manos acercándolas a la boca e intentando calentarlas.

—¡Hola Pepe! Estamos a cuatro grados. Este invierno está superando las estadísticas de los anteriores. ¿Crees que conseguiremos desvelar algo? —preguntó Lluís dudoso.

—No estoy seguro —respondió Pepe—. No va a ser fácil destapar a un tipo como Augusto Fonfría, pero por lo menos lo vamos a intentar. Tenemos que encontrar respuesta a este enigma.

Avanzaron atravesando la ciudad sin apenas compañía, y se encaminaron hacia las afueras, dirección Madrid. Solo sabían la salida que debían tomar a la altura de Cheste, y así lo hicieron cuando la encontraron. El pueblo estaba desierto. Siguieron las indicaciones del navegador y llegaron a la plaza, donde aparcaron el coche. El lugar que buscaban estaba a dos calles de allí. Caminaron con las manos en los bolsillos y el cuello levantado, intentando resguardarse del frío hasta dar con la fachada. Una vez allí, entraron decididos.

—¡Buenos días! —añadió Lluís sonriente—. Nos envían de la agencia de Valencia para cubrir dos bajas en un trabajo.

—¿De la central? —preguntó un hombre de bigote con cara de pocos amigos.

—Sí, de la central —confirmó Pepe.

—¿Sois nuevos? —preguntó de nuevo mirándolos de arriba abajo—. No recuerdo haberos visto antes.

—Sí, es nuestro primer día en la empresa —verificó Lluís tratando de parecer convincente.

—Bien… Espero que seáis de confianza. ¿Os han explicado ya lo que tenéis que hacer?

—Más o menos —puntualizó Pepe sin tener mucha idea de lo que era exactamente.

—¿Más o menos?… —gruñó en tono insolente—. ¡Os lo voy a explicar solo una vez y espero que seáis espabilados! Dentro de media hora vendrán tres compañeros más y los cinco cogeréis una furgoneta de la empresa e iréis al lugar indicado. Es una Mansión que está a varios kilómetros de aquí, en la que una o dos veces al mes, da unos ajetreados eventos. La persona que manda es muy exigente. Deberéis limpiar todo a conciencia y según las instrucciones del ama

de llaves. Ayer tuvieron una de esas fiestas y está todo manga por hombro. A las doce del mediodía habréis terminado la faena y os devolverán aquí. ¿Ha quedado claro?

Lluís y Pepe asintieron afirmativamente. Intentarían hablar lo menos posible con el fin de no meter la pata. Como el hombre del bigote les había indicado, a la media hora, se presentaron los tres hombres que les acompañarían durante la jornada. Cargaron unas cajas con material de limpieza y subieron a una furgoneta rotulada con el nombre de la empresa. Después de media hora de camino, pasaron a una carretera secundaria donde los campos de naranjos se repetían a ambos lados siendo el paisaje monótono a lo largo de varios kilómetros. Lluís y Pepe iban atentos intentando memorizar el camino. Ascendieron por una pendiente plagada de cuidada vegetación. Lluís pensó que debían estar muy cerca.

—¡Ya estamos llegando! —indicó uno de los hombres.

A pocos metros, un alto muro con unas grandes puertas de metal les impedía el paso. El conductor estiró el brazo y tocó un botón camuflado entre la maleza. Después de identificarse, se accionó un dispositivo y la puerta empezó a abrirse.

—¿Abren a todo el mundo? —preguntó Pepe intentando sacar información —. ¿Cómo saben que le estás diciendo la verdad?

—¡Esta gente lo tiene todo controlado! —contestó uno de los compañeros—. No tienes más que ver la cantidad de cámaras de seguridad que hay por todo el recinto. ¡Una advertencia! No se os ocurra coger absolutamente nada de la casa. Hay dos personas que controlan las cámaras las veinticuatro horas del día. Hace un año, un compañero se guardó varios puros en un bolsillo. Al día siguiente, lo despidieron.

Lluís y Pepe se miraron en silencio e intentaron localizar las cámaras y memorizarlas. Faena nada fácil. Cada pocos metros, había una instalada. Pocos espacios se quedaban libres de su control. Subieron por un camino con una vegetación sumamente mimada. Arbustos de diferentes tamaños y podados con formas irregulares y abstractas, flores de mil colores nunca vistas, adornando un jardín de ensueño, como el mejor de los cuentos de Walt Disney. Pepe pensó que si en invierno estaba tan maravilloso, en primavera sería una locura pasear por aquel lugar. Miró al frente y la mansión aparecía poco a poco. Sublime, majestuosa, sencillamente preciosa. Una fachada espectacular se erguía ante ellos. Una mujer delgada de unos cincuenta años y con cara de pocos amigos, salió a recibirles.

—¡Llegan cinco minutos tarde! —esas fueron sus primeras palabras.

—Lo sentimos, señora —se disculpó uno de los compañeros.

—¡Me quejaré a su empresa! —les increpó a los cinco hombres que tenía delante—. ¡Espero que por lo menos sepan trabajar!

Entraron en el *hall* cargados con cajas que contenían enormes bolsas de basura y productos de limpieza, siguiendo los pasos del ama de llaves. Un original espejo ocupaba una de sus enormes paredes con diversas formas y colores. Dos grandiosas figuras de mármol simbolizando Adán y Eva se reflejaban en él. Pepe alucinó por espacio de unos segundos. Si esa era la entrada, como sería el resto de la casa. Seguidamente, entraron en uno de los salones y después en otro y otro… Cada uno más espectacular que el anterior. Uno combinado en tonalidades blancas y negras. Otro a base de materiales naturales y nobles, como la madera. Y lo más impresionante, todas las paredes estaban plagadas de cuadros, de enormes y diferentes cuadros, Y, además, suponían que muchos de ellos serían de un valor incalculable. Lluís intentó contarlos. ¿Cuántos había? Perdió la cuenta. Era imposible. Pepe pensó lo mal que estaba repartido el mundo. Unos, viviendo en la calle sin saber que llevarse a la boca y otros, nadando en la riqueza. Por unos instantes, sus recuerdos de cuando era niño le abordaron la mente. La paliza que recibió por no hablar de Jorge Ferrer. De no desvelar nada sobre él. El posible asesinato de éste y de su mujer. La muerte de su hermana por un supuesto suicidio. La vida que le habían destrozado hasta el punto de obligarle a salir del país. Los años que había vivido en la calle ocultando su identidad. Todos esos recuerdos revividos en su memoria le llenaron de un odio y una venganza que se desbordaba plasmándose en las facciones de su cara. Juró y perjuró para sus adentros, que si ese tal Augusto Fonfría era el culpable de todo ello, pagaría por todas y cada una de esas cosas.

Se pusieron manos a la obra. Tenían que despejar todos los desperdicios que había. Recoger botellas vacías, vasos con restos de bebidas, bandejas de canapés desperdigadas por todos los sitios, ya fuese encima de una mesa, el suelo, los sofás… papeles, confeti, restos de vómitos, bebidas esparcidas por cualquier superficie. Las bolsas industriales de basura eran llenadas en un santiamén y amontonadas en una esquina del jardín ¡Menuda fiesta se habían pegado esa gente! Murmuraban entre ellos. Al parecer había durado todo el fin de semana. Un ajetreado fin de semana. ¡Qué poca vergüenza!, se dijo Lluís. Seguro que terminaron todos tan borrachos como una cuba.

—Pepe, acércate aquí un momento —dijo Lluís señalando una pequeña mesa

de cristal con restos de polvo blanco—. ¿Qué dirías que es esto? —preguntó con tono de ironía.

—Desde luego que no es azúcar glasé —sonrió Pepe—. Esta gente no solo se han puesto ciegos a alcohol, sino también a cocaína.

—Mejor será que le pasemos un trapo antes de que nos veamos tentados a aprovechar sus despojos —insinuó Lluís pulverizando la base de la mesa con limpiacristales.

El sol ya había aparecido cuando terminaron con el interior de la casa. Después se centraron en las piscinas, los jardines y el *spa*. A todos los desperdicios había que sumarles vasos rotos, una buena cantidad de preservativos usados y algún que otro juguetito erótico. Esa gente se lo montaba en grande. No se privaban de nada.

Eran las doce del mediodía. Había transcurrido la jornada y los cinco hombres subieron en la furgoneta camino de la agencia de limpieza. Otro vehículo exactamente igual que el de ellos se cruzó en su camino y el conductor tocó el claxon en señal de saludo.

—¿Quiénes son? —preguntó Pepe curioso.

—Otro grupo de la empresa. Son mujeres —contestó el conductor—. Nosotros limpiamos lo gordo y ellas dan el toque final.

Durante el camino de vuelta, Lluís anotó en una pequeña libreta puntos destacados de la casa que no quería olvidar, por si había una segunda visita, así como los lugares estratégicos de algunas de las cámaras y la ubicación de la habitación donde se debían de encontrar los monitores con los vigilantes. Pepe confirmó sus sospechas. Ese tal Augusto Fonfría no era trigo limpio. Por lo poco que habían podido constatar, era un personaje totalmente corrupto. Aun así, todavía les quedaba mucho más por averiguar.

Subidos en el Audi negro, los dos compañeros regresaban a casa. Lluís le entregó el dinero que le habían pagado en la agencia de limpieza.

—Solo me pertenece la mitad —añadió Pepe viendo que le entregaba la paga de los dos—. Hemos trabajado a partes iguales. No me parece justo.

—¡No protestes y cógelo! —refunfuñó Lluís cariñosamente—. Te lo mereces. Además, yo me llevo un sueldo todos los meses. Y a ti te hace más falta que a mí.

Hubo un pequeño silencio que invadió la pequeña estancia del automóvil. Pepe, miró por el rabillo del ojo a Lluís y sus ojos humedecidos desbordaban agradecimiento.



Capítulo 41

Eran tan solo las seis de la tarde y el anochecer se había asentado en toda la ciudad. Durante todo el día el cielo había permanecido con tonalidades grises avisando de la nieve cercana. La calle Quart se veía prácticamente vacía salvo una pareja que caminaba deprisa ataviada con ropa de abrigo. Según las fechas del calendario, la Navidad estaba a la vuelta de la esquina y los comercios habían desempolvado sus motivos navideños intentando atraer clientes. Pero ese año el frío había llegado antes de lo esperado y la bajada de temperaturas estaba haciendo los primeros estragos. La ola de frío polar había hecho que patrullas de la policía recorrieran las calles recogiendo indigentes y personas sin recursos, llevándolos a zonas de refugio y albergues, o repartiendo mantas a quienes se negaban a acompañarles.

Pepe se había refugiado en casa de Lluís y pasaría allí semejante noche de perros, no sin antes percatarse de no ser visto por los secuaces que les controlaban sin descanso. Reunidos en el salón junto con Sara y Alejandra, y con la calefacción a toda mecha, intentaban averiguar el paradero de la siguiente llave. Pensaban que al tener a Pepe de su lado y sabiendo ahora quién era, les sería mucho más fácil dar con el siguiente enigma.

—Habéis sido muy imprudentes al traer la libreta de vuestro padre —les increpó Lluís al ver como Sara la sacaba de su bolso—. Junto con la mitad de las llaves encontradas, el lugar más seguro de momento, es la caja fuerte del Banco de Valencia.

—No nos ha quedado más remedio —contestó Alejandra dirigiéndose a su vecino—. ¡Juzga tú mismo! —dijo mientras le entregaba el cuaderno.

Éste lo hojeó una y otra vez. Volvió a recordar las dedicatorias del principio. Repasó los números doce que aparecían esporádicamente por algunas páginas y se detuvo en un dibujo pequeño a modo de escudo o similar.

—¿Qué me decís de esto? —preguntó apuntándolo con el dedo.

—No sabemos lo que significa —contestaron las hermanas a la vez.

—Déjame ver —añadió Pepe echándole una ojeada y negando con la cabeza.

Activaron la lámpara de infrarrojos para rastrearlo con más detalle y volvieron a hojearlo minuciosamente. Hubiera jurado que había más páginas escritas, pero sin embargo, solo estaban las cuatro correspondientes a las llaves ya encontradas con los complicados acertijos a los que se estaban empezando a acostumbrar. Pero ahora, era diferente, el resto de las hojas, eran trazados y números sueltos, aparentemente, sin ninguna importancia. No había ninguna frase más que descifrar. Estaban totalmente en blanco. Sus caras se tiñeron de asombro. Parecía que el camino se acababa ahí.

—¡Déjame ver! —añadió Pepe cogiendo la libreta y revisándola concienzudamente—. Mientras pasaba las páginas se detuvo a leer las frases de uno de los jeroglíficos, sonrió al reconocer la letra de Jorge Ferrer, aquel hombre que en muchas ocasiones le demostró su cariño y que tanto significó para él. Una punzaba de añoranza recorrió su corazón ¡Cuánto tiempo había pasado! Todavía recordaba la última tarde que pasó con él. Las cosas que le dijo, el libro que le regaló. Era algo que permanecería siempre intacto en su memoria, grabado en su retina, como tatuado a fuego.

—Se nos están cerrando las puertas y estamos a menos de la mitad de camino —murmuró Alejandra desanimada—. Sin embargo, algo me dice que hay algo más aunque no seamos capaces de verlo. No tuve ocasión de conocer bien a mi padre antes del accidente, por ser tan solo una niña, pero creo empezar a comprenderle por su manera de proceder y, dudo mucho que nos deje con la miel en los labios. Deduzco que era una persona muy meticulosa y no de los que se dejan las cosas a mitad.

—Alejandra, es cierto, de hecho, opino lo mismo que tú —añadió Pepe con un hilo de esperanza—. Hay que buscar dentro de estas páginas. Y hay que buscar, con los ojos de él.

—¡Con los ojos de él! —repitió Sara entre dientes—. Tú, por lo menos recuerdas las últimas horas pasadas con él —continuó en tono de reproche y al mismo tiempo cargado de melancolía—, yo… apenas tenía siete años cuando

sucedió, y tan solo tengo un borrón de su cara. Ni siquiera puedo recordar el sonido de su voz —un nudo en su garganta le impidió continuar.

Pepe se sintió avergonzado y triste al mismo tiempo. La próxima vez mediría sus palabras. Por unos instantes, tuvo la visión del entierro de Jorge y vio a sus dos indefensas pequeñas, envueltas en lágrimas. Instintivamente, posó su mano sobre las de Sara en señal de consuelo y apoyo, mientras, de sus labios se escapaba una tenue disculpa:

—Lo siento.

—¡Pásame la libreta un momento! —dijo Alejandra mientras se la arrebataba de las manos a Pepe intentando suavizar la situación—. ¡Tengo una corazonada!

Pegada a la lámpara de infrarrojos y llena de luz de esperanza, intentaba averiguar una pequeña pista que se les hubiera pasado por alto. Empezó por el principio y se tropezó con la inscripción de la primera página. Casi no la recordaba. Habían pasado unos meses desde que la leyeron en compañía de Lluís, ignorando la existencia de Andreu Subies, ahora, éste se encontraba a su lado. Decidió leerla en voz alta siendo consciente de que a Pepe, como quería que lo llamaran ocultando su verdadera identidad, le iba a resultar muy gratificante y, a su hermana Sara le daría fuerzas para continuar.

> *«A las tres mujeres de mi vida: Carmen, Sara y Alejandra.*
> *A Andreu, que ocupó el lugar del hijo que nunca tuve.*
> *Si leéis estas líneas, significa que algo me ha sucedido.*
> *Pero las claves que describo, sólo vosotros cuatro podéis adivinarlas».*

La cara de Pepe se iluminó por momentos a medida que Alejandra avanzaba en sus líneas. ¿Era verdad lo que acababa de escuchar? «*A Andreu, que ocupó el lugar del hijo que nunca tuve*». Sí, estaba seguro de que su oído no le había engañado. Entonces… ¡era verdad!, ¡era cierto, lo que le había escuchado decir en multitud de ocasiones! Que lo consideraba como si fuera su hijo. Por unos instantes, se sintió la persona más afortunada del mundo. Una gran satisfacción se apoderó de él, envolviéndole de felicidad.

Alejandra continuó con la siguiente página, leyendo su texto en voz alta, después de observar la expresión tan radiante de Pepe. Pensó que se lo merecía y se sintió satisfecha por haberle Confirmado lo que tanto ansiaba.

«No perdáis el tiempo en buscar el significado.
Sólo cuando tengáis las doce llaves en vuestro poder,
Tendréis la solución».

—Ha quedado claro —continuó Alejandra eufórica— que no conseguiremos nuestro objetivo, o mejor dicho el objetivo de nuestro padre, porque de momento nosotros no sabemos cuál va a ser, hasta que no localicemos las doce llaves. Así que no podemos estancarnos y conformarnos solo con la mitad. Debemos continuar y debemos continuar sin descanso. Cuando dice que las claves que describe «solo vosotros cuatro podéis adivinarlas», cabe pensar que es porque Pepe tiene mucho que ver en este asunto, y mi intuición femenina me dice que en ti está la clave para continuar —dijo señalándolo—. Si no, ¿por qué en esta libreta solo ha planteado los acertijos de cuatro de las llaves? ¿Qué pasa con el resto? Es como si este cuaderno solo fuera una parte de este complicado rompecabezas. Quiero pensar que en nosotros ha deposito las claves para localizar cuatro de las doce y en ti —dijo refiriéndose a Pepe por segunda vez— estoy convencida que tiene que haber otras cuatro más. Si ya has encontrado dos de ellas, creo que tenemos que empezar a buscar las otras dos restantes.

—Tienes razón, hermanita. Tu exposición me ha convencido plenamente ¡Pepe, creo que te toca mover ficha! —añadió Sara esperanzada mientras lo miraba fijamente.

Éste permaneció callado por unos instantes como si con ello estuviera retrocediendo en el tiempo e intentando visualizar hechos sucedidos hacía poco más de veintitrés años. Después añadió:

—Recuerdo que la última tarde que pasamos juntos paseamos durante largo rato. Me confesó que llevaba mucho tiempo investigando sobre un descubrimiento y que había atado cabos y más cabos hasta dar con la solución. Que todavía le quedaba un largo camino por recorrer, pero que estaba dispuesto a llegar hasta el final. Estaba feliz y radiante —hizo una pausa y continuó—. Me dijo: «Por fin, Andreu, por fin todas mis conjeturas van a dar su fruto. Todas las horas que he dedicado, van a ver la luz». Cuando nos despedimos me regaló un libro, diciéndome que lo conservara siempre a mi lado, que algún día me ayudaría.

—¿Qué libro era ese? —preguntó Lluís.

—El Lazarillo de Tormes —contestó Pepe—. Pero no veo ninguna conexión, os lo puedo asegurar. Lo leí una y otra vez y, no hay nada en absoluto.

—Entonces, ¿por qué te dijo que lo conservaras siempre a tu lado y que algún día te ayudaría? —preguntó Alejandra buscando una vía de escape.

—Hace muchos años que ese libro me ayudó —atajó Pepe—. ¿Lo habéis leído?

Alejandra negó con la cabeza. Mientras que Sara y Lluís hicieron un gesto afirmativo. Pepe continuó hablando:

—Es una novela picaresca donde cuenta las fortunas y adversidades de un niño muy humilde, huérfano de padre, y que su madre, amancebada con un negro, lo pone al servicio de un ciego. Relata las cosas que con él pasó, luego se asentó con un escudero, después con un fraile, más tarde con un buldero, con un capellán y con un alguacil. A medida que transcurre la novela, la inocencia del chaval se ve transformada en un total instinto de supervivencia. En cierta manera, me sentía identificado con el protagonista. En aquella época era muy desgraciado. Era huérfano de padre y el único hombre al que podía considerarlo como tal, había fallecido en un accidente. Tenía el cariño de mi madre pero solo en contadas ocasiones. Su enfermedad no le permitía levantarse a menudo de la cama y, mi padrastro disfrutaba haciéndome la vida imposible. El Lazarillo de Tormes, me ayudó a abrir los ojos. Contagiado por el ingenio del personaje, pude salvar varios obstáculos.

—¿Qué hiciste con el libro? —preguntó Lluís esperanzado—. ¿Todavía lo conservas?

—Digamos que sí —contestó Pepe con una media sonrisa.

Sara pensó en el lugar donde podría tenerlo, teniendo en cuenta que vivía en la calle, solo podía estar en su antigua casa.

—Está escondido en un lugar seguro —continuó Pepe en tono confidencial —. Cuando me fui de casa para salir de la ciudad decidí llevarlo conmigo. Era un gran recuerdo que no podía olvidar. Al volver de nuevo a Valencia y puesto que no tenía domicilio, ni lugar donde acudir, lo oculté junto con mi documentación en un buen sitio. Saqué las dos llaves que había encontrado varios años atrás de su escondite, y las junté con el libro.

—Creo que deberíamos echarle un vistazo, y ya es hora de unir esas llaves con el resto. ¿No crees? —preguntó Alejandra mirando fijamente a Pepe.

—Esta misma noche iremos por él —comentó tranquilizándolos.

La oscuridad se cernía sobre la desolada ciudad salpicada de intermitentes luces con motivos navideños. Esa noche el termómetro había descendido más de lo habitual llegando a los cero grados, una temperatura demasiado baja para el Mediterráneo, que sumado a potentes ráfagas de viento hacía que las calles estuvieran totalmente deshabitadas. Abrigados con pasamontañas y guantes, los cuatro compañeros salían del portal, no sin antes averiguar que no eran vistos. El guardián habitual había desaparecido. Seguramente pensaría que con semejante noche de perros no se atreverían a salir de casa. Subieron en el Audi negro de Lluís y siguieron las instrucciones de Pepe. Avanzaron por orilla del río hasta llegar a las Torres de Serrano y una vez allí, se perdieron por las estrechas callejuelas del barrio del Carmen.

—¿Nos vas a decir dónde vamos? —preguntó Alejandra muerta de curiosidad.

—Ya estamos llegando —contestó Pepe discretamente.

Sara miró a su alrededor. Estaban entrando en la plaza de la Virgen que se encontraba desolada y silenciosa, salvo el agua de los surtidores de la fuente del centro que chapoteaba sin importarle el frío polar que había alrededor.

—¡Para por donde puedas! —añadió Pepe—. Hemos llegado.

—¿Aquí? ¿En medio de la plaza? —Alejandra no tenía la menor idea de dónde podía haber escondido el libro junto con su documentación y las llaves.

—Sí, están bajo la fuente —prosiguió Pepe mientras se quitaba el cinturón del coche.

—¿Bajo la fuente? —murmuraron los tres acompañantes más que sorprendidos.

—¿Quién viene conmigo? —preguntó Pepe saliendo del automóvil.

Las dos hermanas le siguieron y Lluís las imitó. Hay que ver cómo les había cambiado la vida en menos de un año. Iban de aventura en aventura.

Los silbidos del intenso viento helado competían con el chisporroteo de las decenas de surtidores de agua. Pepe se aproximó tanto al borde norte de la fuente que parecía que se iba a meter dentro. Alejandra lo siguió sin pensar lo cerca que estaba del agua. Al instante, notó como pulverizados pinchazos de alfileres le herían la cara; eran las gotas congeladas. ¡Qué dolor!, pensó. Instintivamente, se llevó las manos al rostro pensando encontrar rastros de sangre, pero afortunadamente, no fue así.

Pepe se agachó y empezó a hurgar en una trampilla situada en el suelo al lado de la fuente.

—Espero que no hayan arreglado el cierre —murmuró Pepe intranquilo—. De todas formas has traído las herramientas, ¿verdad? —preguntó mirando a Lluís.

—Sí, están en el coche —contestó éste—. ¿Quieres que las traiga?

—No, creo que no será necesario. Pero las linternas sí que vamos a necesitarlas.

Lluís se alejó del grupo en dirección al vehículo en compañía de Alejandra. Cuando regresaron a los pocos minutos, la trampilla del suelo estaba abierta y Pepe dispuesto a bajar por ella. Alejandra miró el agujero, era realmente pequeño, por él asomaban unas finas escaleras de metal que se perdían en la oscuridad.

—No es necesario que bajemos los cuatro —comentó Pepe prudente.

—Yo te acompañaré —añadió Sara.

Empezaron a descender iluminados solo por el haz de luz de sus linternas hasta llegar a una especie de habitación con varios pasillos. Sara se estaba empezando a familiarizar con ese tipo de lugares. Unas extrañas piezas de metal funcionaban de una forma simétrica produciendo un ruido característico.

—Son los motores de la fuente —agregó Pepe viendo la cara de sorpresa de la muchacha.

—Nunca me había imaginado que las fuentes iban con motores —dijo Sara sorprendida—. ¿Cómo se te ocurrió la idea de esconder tus cosas personales aquí dentro? Es un lugar tan sorprendente, que por muchos años que viva nunca se me hubiese pasado por la cabeza.

—Lo entiendo —dijo Pepe mientras palpaba y buscaba incansablemente a través de unos largos tubos de metal—. Cuando regresé a Valencia, mi forma de vida no era muy habitual que digamos. Me uní a un grupo de indigentes y deambulábamos por las calles. Hice amistad con un hombre que se dedicaba al mantenimiento de las fuentes públicas de Valencia.

Él me enseñó este lugar junto con otros más. Éste me pareció un buen escondite.

—Te puedo asegurar que lo es… —añadió Sara convencida.

—¡Aquí está! —gritó Pepe victorioso—. ¡Ya lo tengo!

Mientras tanto Lluís y Alejandra, iluminados suavemente por la luz de las farolas de la plaza, movían sus piernas intentando activar la circulación y se frotaban las manos metidas en los guantes intentando entrar en calor.

—Espero que no tarden mucho más, o solo encontraran dos bloques de hielo

—murmuró Alejandra mientras observaba como de su boca salía un cálido vapor grisáceo.

—Alejandra… —susurró Lluís en tono de preocupación—. No te gires pero un coche patrulla de la policía está pasando por detrás de ti.

—¡Joder! ¡No me lo puedo creer! —refunfuñó Alejandra olvidándose del frío y dejándolo en un segundo plano. ¿Qué hacemos?

—De momento nada. Espero que pasen de largo —murmuró el joven mientras cruzaba los dedos.

Lluís los seguía con la mirada discretamente. Pero sus temores se confirmaron cuando el coche se detuvo. No era muy lógico que una pareja estuviera a la intemperie a esas horas de la madrugada y con el temporal que había.

—Alejandra… tranquilízate, pero uno de los policías viene hacia aquí.

—¡Joder! ¡Joder! —la muchacha temía que la expresión de su cara delatara que algo escondían—. ¿A cuánto está?

—A veinte pasos escasos más o menos.

—Dios mío, Lluís… —susurró alarmada— las dos linternas nuestras están en el borde de la fuente. ¡Las van a ver!

El muchacho se giró. ¡Era cierto, ella tenía razón, eso les delataría! Discretamente alargó el brazo y les dio un pequeño empujón dejándolas caer dentro del agua. Por unos segundos, vio como se hundían quedando totalmente ocultas.

—¡Buenas noches! —oyeron a lo lejos y con el saludo correspondiente del agente—. Perdonen…

En ese mismísimo instante, la trampilla del suelo por donde habían desaparecido en las profundidades de la tierra Pepe y Sara, que había permanecido cerrada para no levantar sospechas y quieta, empezaba a moverse. Lluís y Alejandra fijaron sus ojos en semejante placa de metal mientras oían unos golpecitos al otro lado.

—No… Ahora no… —dijo Alejandra con la boca pequeña.

Lluís, se posó encima de la trampilla para impedir que sus dos amigos pudieran ser descubiertos, y cogiendo a Alejandra por la cintura la abrazó dándole un beso apasionado.

—Per… Perdonen —oyeron justo a su lado—. ¿Va todo bien? ¿Tienen algún problema?

—¿Problema? —repitió Lluís soltándola—. ¿Acaso tenemos aspecto de

tenerlo? Las mujeres… que no hay quien las entienda —añadió con ironía—. Me ha retado a que no la besaba aquí a medianoche.

—Lo siento agente. ¿Pasa algo? —preguntó Alejandra con expresión tierna.

—No, solo que la temperatura no acompaña para pasear —replicó el policía mientras los observaba desconfiado—. ¿Pero si va todo bien?

—Gracias por preocuparse agente, pero todo bien —puntualizó Lluís—. Enseguida regresaremos al calor del hogar.

El policía se quedó mirando fijamente a Alejandra y pasados unos segundos. Le dijo:

—¿Nos conocemos?

—No, no lo creo… —tartamudeo Alejandra con los nervios a flor de piel.

—Su cara… —el policía insistía— hay algo en usted que me recuerda a otra persona… ¿Tiene alguna hermana?

—No… —Alejandra intentaba mantenerse lo más entera posible—. Ya me hubiera gustado, pero soy hija única.

—Perdone —se disculpó mientras se alejaba—. No se queden mucho rato aquí. El temporal no tiene buen aspecto.

—Así lo haremos. Gracias —contestaron al unísono.

Hasta que el coche de policía no desapareció de su vista, Lluís no se retiró de la trampilla.

—¡Ya podéis salir! —susurró cauteloso ayudándoles a levantar la placa de metal.

Fue Pepe el primero en salir con un paquete en la mano.

—¿Que está pasando? —preguntó Sara mientras salía a la superficie.

—Hemos tenido una visita, hermanita —puntualizó Alejandra todavía con temblor de piernas—. Nada más y nada menos que la policía, y encima… me dice que si me conocía. O si tenía una hermana. ¡Tú te crees y con lo nerviosa que yo estaba por la situación! Casi me desmayo.

—Te habrá confundido con otra —añadió Sara entre dientes mientras los cuatro se aproximaban al coche.

Por su cabeza pasó la idea de que posiblemente fuera el policía que la había visto en las torres y que confeccionó el retrato robot. Intentó recordar su rostro y tenía una vaga imagen. ¿Cómo podía haberse acordado de ella con las facciones casi perfectas si tan solo estuvo delante de él unos minutos? Según le había comentado Tía Rosa perpleja, cuando vio su foto en la comisaría, dijo que era su

vivo retrato. Eso la dejó desconcertada. O ese hombre tenía una espléndida memoria fotográfica, o por algún desconocido motivo se había fijado en ella.



Capítulo 42

El calor del hogar se agradecía, a diferencia de las bajas temperaturas de la calle. Faltaba poco para que amaneciera y el cansancio acumulado en los cuerpos de los cuatro jóvenes iba haciendo mella, sin embargo, y a pesar de todo ello, no podían esperar. Los nervios y la incertidumbre de tener ante sus ojos dos llaves más encontradas por Pepe, y estar en la mitad de la búsqueda, los mantenía totalmente en vilo. Con los cuerpos repuestos y apiñados delante de la caja de metal esperaban ansiosos poder verlas con sus propios ojos. Pepe fue quien hizo los honores. Cuando Alejandra las tuvo en su poder se le escapó una exclamación de alegría que hizo que Sara se emocionara. Eran de aspecto similar a las anteriores pero un poco más pequeñas, lucían encima de la mesa sobre su típico envoltorio de hilo amarillento. Una vez saciadas sus curiosidades, se concentraron en el libro del Lazarillo de Tormes, intentando buscar una pista para poder continuar con la ansiada búsqueda. Lo habían ojeado dentro del coche de regreso a casa y, aparentemente, no había nada de especial. Salvo el deterioro típico por el paso de los años, sobre todo en el forro que protegía las tapas, que estaba lleno de polvo.

—Ya os dije que era un libro de lo más normal —murmuró Pepe cediéndoselo a Sara.

—Es muy posible que tengas razón —atajó la joven dirigiéndose a Pepe—. Pero al igual que supo camuflarte la forma de llegar a esas dos llaves que tú encontraste de una forma muy hábil dentro de los boletines de tus notas, perfectamente podía haberlo hecho dentro del libro, y encima haciendo que todos creyeran que era un libro más, sin ninguna importancia. Era una manera de no despertar sospechas. Pero me resisto a creer, que eso es así. En estos últimos

meses y por los pasos que hemos tenido que seguir gracias a sus acertijos, creo que en estas páginas hay mucho más de lo que nosotros creemos, y además —hubo unos segundos de pausa—, quiso que lo guardaras tú, precisamente tú —su mirada se detuvo en los ojos de Pepe.

Alejandra sacó de un cajón la familiarizada lámpara de infrarrojos y apagando la luz del salón se centraron en las páginas de la novela.

Con ojos como platos, todos se preguntaban si daría el mismo resultado que con la misteriosa libreta de su padre. Si se iluminarían algunas palabras, o descubrirían enigmáticas frases. Silenciosos y atentos intentaban no perderse el menor detalle. Pasaron una hoja tras otra, una página después de la anterior. Lo hicieron despacio y sin prisa. No querían omitir el mínimo detalle. Cualquier cosa podía serles útil. Sin embargo, hasta el momento, no parecía desvelarles nada en absoluto.

—¡No puede ser! ¡Tiene que haber algo! —insistió Sara un poco defraudada de que sus intuiciones no fueran las acertadas.

—Tranquila —atajó Alejandra dándole ánimos—. No vamos a parar hasta el final del libro y si es necesario, lo volveremos a repetir las veces que haga falta.

—¡Espera un momento! Tengo una corazonada —puntualizó Pepe—. Retrocede de nuevo hasta la primera página. Había una dedicatoria en ella.

—¿De veras?, no la hemos visto —añadió Alejandra muy interesada en leerla.

—¡Tiene que estar, lo recuerdo perfectamente! —murmuró Pepe algo desorientado—. La escribió vuestro padre —dijo mientras sujetaba la novela con las dos manos e intentaba quitar el forro que escondía la portada.

A continuación, dejó a la vista la primera página, y unas líneas con una letra idéntica a la de la libreta de Sara y Alejandra sobresalían sobre el fondo blanco. Los cuatro las leyeron en silencio:

«Para Andreu, con todo mi cariño.
Tu inteligencia, y tu interés,
hará que juegues bien las cartas,
si es así, este libro te será de gran ayuda».

Firmado: Jorge Ferrer.

No cabía duda de que Jorge apreciaba a ese muchacho mucho más que el apego que puede tener un profesor y su alumno. Las dos hermanas sintieron una

punzada de emoción al ver de nuevo la letra de su padre. Pepe añoró su presencia y un nudo en la garganta le hizo respirar hondo. Luís cogió la lámpara de infrarrojos e iluminó la totalidad de la hoja con sumo interés. Sorprendido, murmuró:

—¡Mirad esto!

Las dos hermanas se acercaron para prestar atención y, efectivamente, un garabato casi ilegible parecía dejarse entrever en un rincón del papel.

—¿Qué es? —preguntó Sara inquieta.

—No lo sé —respondió Lluís moviendo la hoja intentando buscar una posición más legible—. Parece una palabra.

—Hay que descifrarla —murmuró Alejandra emocionada.

—Lo estoy intentando —dijo Lluís sin quitar los ojos del garabato. Parece… no sé… ¡Sí! Estoy seguro de que es una palabra. Chicas, anotad… dice: ALJAMA, y algo más que no consigo entender. Lo siguiente parece una numeración. Sí… son números: 39° 28’ 14,83 N 0° 22’ 16.42 O.

A continuación, encendieron las luces del salón. Una y otra vez pronunciaban la palabra sin saber qué demonios significaba. Sara y Alejandra se miraban una a la otra sin entender nada. Pero aún entendieron menos cuando sus miradas se detuvieron en el rostro de Pepe y éste, les deleitó con una tremenda carcajada.

—¿Se puede saber que te hace tanta gracia? —preguntó Alejandra con ironía.

—Vuestro padre era único —comentó lleno de admiración hacia él—. ALJAMA es un término castellano utilizado en España en la Edad Media para referirse al conjunto de judíos o moros de una localidad.

Sara sonrió, efectivamente su padre era mucho más astuto de lo que ella se podía imaginar y sin poder contenerse añadió:

—De las seis puertas que nos quedan por encontrar, una de ellas es el Portal de los Judíos.

Pepe la miró con una suave sonrisa. Parecía que iban encauzando la siguiente búsqueda.

—Muy bien, ya sabemos cuál es la siguiente puerta —continuó Lluís—. Pero… ¿por dónde empezamos a buscar? Pensad que donde estaba dicho portal hace más de ciento cuarenta años hoy hay una estación de metro, y por su ubicación, de las más transitadas de toda Valencia.

—Tienes razón Lluís, pero hay algo más —continuó Pepe—. Os recuerdo

que Jorge Ferrer era mi profesor de Historia y un buen profesor. Me hizo aprenderme con especial interés todo lo referente al Portal de los Judíos.

—Somos todo oídos —dijo Alejandra esperando que lo que Pepe dijera a continuación les abriera el camino para continuar.

Pepe estaba deseando revelar todo lo que sabía al respecto. Así que tomó asiento y empezó:

—Dicho portal era también conocido por el nombre de San Andrés por la imagen del santo que figuraba en su fachada, y también de Santa Catalina de Sena por su proximidad a dicho convento. Tal convento estaba desde los tiempos del Rey Fernando el Católico en la actual calle Pintor Sorolla. Justo en el lugar donde hoy se encuentra El Corte Inglés. Por entonces, ese era el barrio judío de Valencia, y el convento se construyó sobre el cementerio judío que abarcaba varias manzanas. En 1968 una empresa compró los terrenos para unos grandes almacenes y trasladaron piedra a piedra la iglesia hasta su nuevo emplazamiento en el barrio de Orriols. Hoy se llama Nuestra Señora del Sagrado Corazón. El convento anexo a la iglesia, que parece ser tenía poco valor artístico, fue derribado sin más contemplaciones. De ahí el nombre de Portal de los Judíos por su cercanía al cementerio judío. Fue construida en el año 1391 y por ella entraban los productos de la huerta. Tuvo varias transformaciones hasta su demolición en 1890. Después de muchos años vuelve a aparecer tras la obra de la ampliación del metro en la línea 3 dejando los restos integrados en la vía pública. Solo que la mayoría de la gente que pasa por allí en busca del metro y en la hora punta, ni siquiera sabe qué significan esas ruinas que adornan la estación.

—Toda esa teoría está muy bien —continuó Lluís—. Y bien dicen que «nunca te acostarás sin saber una cosa más», porque desconocía todos esos datos, pero ello no nos revela donde puede estar la quinta llave que estamos buscando, a no ser que esos números, nos den su posición exacta…

—Tienes razón Lluís. Hay que centrarse en ellos —añadió Pepe—. Aunque durante la construcción de la estación hay cierta información que nunca salió a la luz. Por motivos que desconozco lo mantuvieron oculto. Quizá porque hubiera retrasado las obras y había demasiados intereses por medio.

—Y me temo que tú dispones de esa información, ¿o me equivoco? —preguntó Sara tremendamente intrigada.

—Digamos, que algo de ello sé —continuó Pepe.

—Eres una verdadera caja de sorpresas —añadió Sara sin poder dejar de

mirarlo.

—Tengo cierta información —prosiguió Pepe cauteloso—. Solo que no sé hasta qué punto es real. Parece ser que hay ciertos túneles subterráneos que comunicaban de alguna manera el convento con el exterior de la muralla. Esa información no se llegó a desvelar por miedo a que parasen las obras en busca de restos arqueológicos y las retuviesen por tiempo indefinido. Me temo que en ese o en esos túneles está lo que buscamos.

—No me sorprende en absoluto —atajó Alejandra—. De hecho, desde que estamos embarcados en esta aventura, hemos paseado por las entrañas de la ciudad por lugares que nunca hubiera dicho que existían. Por lo que creo que puedes tener razón. Esa numeración son coordenadas geográficas.

—Si eso es cierto tenemos el lugar exacto que buscamos —continuó Lluís esperanzado—. No tengo conocimientos topográficos pero sí un GPS, y por los números, apostaría la paga de este mes a que estamos en lo cierto. Déjame ver.

Sara le pasó las anotaciones.

—No cabe duda. Marca la latitud y la longitud, al igual que los grados, minutos y segundos ¡Muchachos… ya tenemos lo que buscamos!



Eran las doce del mediodía y el sol se dejaba entrever a duras penas. La Plaza de los Pinazos hervía de gente ultimando las compras de Navidad. El Corte Inglés bullía de clientes entrando y saliendo, al igual que los comercios de alrededor. Sara y Alejandra, en compañía de Lluís y Pepe, estaban situados en la boca del metro de Colón y observaban los restos de las murallas y del Portal de los Judíos que tenían a sus pies. Según sus averiguaciones, las coordenadas geográficas coincidían perfectamente con dicha estación.

Bajaron las escaleras y observaron su alrededor. Una vitrina con vasijas y restos arqueológicos encontrados en las excavaciones lucía sobre un mapa de Valencia antigua, detallando todas y cada una de sus puertas. Sara sonrió, ya que era muy semejante al que ella tenía en casa donde había estado dando tumbos y más tumbos. Sacaron cuatro billetes con el fin de bajar hasta los andenes. Lo que menos importancia tenía era su destino, ya que su intención no era salir de esa estación. Bajaron por las escaleras mecánicas fijándose en todos los detalles. Si realmente aquello conectaba con algún pasadizo, sería como buscar una aguja en

un pajar. Además de que la mayoría de las paredes estaban paneladas, lo que dificultaría su localización. Lluís con su GPS en las manos intentaba determinar la posición exacta. Gracias a las citas que habían encontrado en el libro del Lazarillo de Tormes, no solo tenían la localización exacta, sino también a la profundidad que supuestamente se encontraba. Parecía mentira que pudieran disponer de todo ello gracias a Jorge Ferrer. Y lo más increíble, era que él mismo, supiera tantos datos y con una exactitud tan certera. No paraban de preguntarse, lógicamente sin ninguna respuesta, ¿cómo habría conseguido descifrar el paradero de las doce llaves? Sin duda alguna, Jorge Ferrer era, y lo había demostrado con creces, una persona con una inteligencia muy superior a la media. Además de muy habilidoso con los acertijos. Cómo les dolía no disfrutar con su presencia. Escuchar todos sus argumentos y, juntos, continuar la búsqueda hasta el final.

Situados en el andén y camuflados entre la multitud de viajeros, los cuatro jóvenes intentaban pasar inadvertidos.

—Creo que lo tenemos bastante crudo —comentó Lluís sin dejar de mirar el GPS.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Sara.

—Si este trasto no falla. Según las lecturas, indican dentro del túnel.

—¿Dentro del túnel? ¡No puede ser! —añadió Sara asustada—. Si parece la boca de un lobo. ¡Eso sería un suicidio!

—Lo sé —continuó Lluís desanimado—. No vamos a poder acceder.

—Tiene que haber alguna manera —atajó Pepe.

—¡Imposible! —increpó Alejandra—. Aun decidiendo bajar a las vías y meternos en el túnel, no lo conseguiríamos. Los trenes pasan cada pocos minutos, no tendríamos tiempo de hacer absolutamente nada.

—Tiene que haber alguna manera… Tiene que haberla… —comentó Pepe apenas en un susurro.

—Hay que averiguar el horario del metro —añadió Sara en voz baja—. Creo que se me está ocurriendo una idea.



Capítulo 43

Las últimas horas habían sido decisivas para buscar la manera de entrar en el túnel del metro de Colón, sin riesgo para ellos y sin despertar sospechas. Nada fácil, o por lo menos eso era lo que ellos pensaban. Sin embargo, el trabajo en equipo había dado su fruto y ahora solo quedaba ver el resultado. Un resultado que anhelaban fuera victorioso, aunque las expectativas no eran demasiado halagüeñas. Después de barajar varias hipótesis, parecía que habían dado con la certera. Todas las estaciones de metro hacían un descanso durante la noche. Aprovecharían ese intervalo para poder acceder al túnel. Se habían aprendido al dedillo el horario de los trenes. También las posiciones de los guardias de seguridad y las estancias privadas fuera del alcance de cualquier visitante.

—Tenemos poco más de tres horas y media para realizar la búsqueda —dijo Pepe muy seguro de sí mismo—. El último tren dirección Rafelbunyol pasa a las 0.23 h y, el primero de la mañana dirección Aeroport a las 4.58 h, en ese intervalo hemos de movernos sin prisa, pero sin pausa. La estación abre y cierra sus puertas media hora antes del primer tren y media hora después del último. Durante ese tiempo no debe de quedar nadie en la estación, momento que aprovecharemos para dar nuestros pasos.

—Todos sabemos las posiciones que hemos de tomar. Solo que no estoy de acuerdo en absoluto. Me niego rotundamente a que bajéis solos vosotros dos —protestó Alejandra refiriéndose a Lluís y Pepe—. Hasta ahora siempre hemos colaborado nosotras —dijo refiriéndose también a su hermana—, y no estoy dispuesta a que vosotros solos os juguéis el pellejo, mientras nosotras, solo por el hecho de ser mujeres, quedemos al margen.

—Es muy peligroso —dijo Lluís intentando convencerla—. Piensa que disponemos de muy poco tiempo y el nivel de riesgo es bastante alto. Además, Sara no debería de acudir a la cita. Si nos descubren o surge algún imprevisto no deseado, la policía está tras su pista y tendría que dar muchas explicaciones. Sé sensata. Se nos iría todo al traste.

—Pero… es que no puedo permitir que vayáis solos —su cara descompuesta por el miedo a que algo grave pudiera suceder se había apoderado de ella.

Lluís la abrazó para consolarla y al sentir el calor de su cuerpo notó como temblaba igual que una niña. Con una dulce y cariñosa voz le dijo:

—No te preocupes. No va a sucedernos nada. Ya lo veras. Además, tu padre no lo permitiría. Estará con nosotros al igual que ha estado en la búsqueda de las otras cuatro llaves. No pienses que te vas a librar de mí tan fácilmente, jovencita.

Lluís miró la cara de Alejandra y se tranquilizó al ver que le había conseguido arrancar una débil sonrisa. Luego la besó.

Sara intervino después de unos minutos de oyente. Y por primera vez desde que empezaron la búsqueda, adentrándose en pasadizos que nunca hubiera imaginado que existían, se alegró enormemente en lo más profundo de su ser por no tener que bajar a esos túneles y meterse en aquella boca de lobo. Desde que lo vio tan solo hacía unas horas, le había recorrido un terrible escalofrío por todo el cuerpo, perdurándole todavía el temor. El túnel tan largo y negro le había producido una sensación de pánico incontrolado y rezó en silencio una plegaria para que no tuviera necesidad de entrar en él.

—Alejandra, dejaremos que solo esta vez actúen ellos dos. La próxima, al igual que las siguientes, hasta que completemos las doce llaves, siempre iremos los cuatro juntos.



La noche se había hecho dueña de la ciudad de Valencia y en la estación de Colón cuatro jóvenes se despedían como dos parejas de enamorados.

Alejandra besó a Lluís y Sara abrazó a Pepe.

—Por favor, tened mucho cuidado —dijo una de las hermanas—. Al menor contratiempo, por pequeño que sea, una llamada de móvil. Y no arriesguéis demasiado. Vosotros sois los primeros. ¿Entendido?

Los dos hombres asintieron con la cabeza. Estaba claro que si era necesario sí iban a arriesgar. Estaban convencidos. Pero dejarían que la situación rodara de la mejor manera posible.

Se despidieron, quedando en verse tres horas y media después. A los pocos segundos, los perdieron de vista.

Mientras descendían por las escaleras mecánicas, Lluís echó un vistazo al interior de la mochila que llevaba sujeta al hombro. Repasó mentalmente la lista de cosas que creía necesarias para completar la misión. Pepe, instintivamente, le imitó.

—Creo que lo llevamos todo —dijo Pepe procurando suavizar la tensión.

—Sí, solo pido que todo salga según lo planeado.

La estación se componía de dos carriles separados entre sí. Uno en el extremo derecho y otro en el extremo izquierdo. Parecía mentira que por semejante agujero pudiera pasar el metro y además con semejante velocidad. Pero así era, parecía estar todo controlado y además medido al milímetro. Era bastante tarde y faltaba poco para que la estación cerrara sus puertas. Dentro de pocos minutos pasaría el último tren camino de Rafelbunyol y con él la soledad y el silencio reinarían en el recinto. Esa vía no era precisamente su objetivo, pero sí una manera de poder acceder y crear confusión. Cuando llegaron al andén, apenas media docena de personas se encontraban allí. Entre ellos, una pareja de novios, que permanecían abrazados en un rincón, un hombre de pelo y barba blanca que miraba sin parar el reloj acompañado de un pequeño maletín. Dos jóvenes abrigados que jugaban con los móviles y se reían entre ellos, y por último, un guardia de seguridad deseando que terminara su turno. Cuando Lluís y Pepe se unieron al grupo como dos desconocidos, miraron a su alrededor con la intención de tenerlo todo controlado. Revisaron el reloj de la estación. Tan solo siete minutos y sus planes se pondrían en marcha. Lluís miró de reojo el túnel ¡Santo Dios! ¡Qué oscuridad!, pensó. Comprobó la posición del guardia de seguridad. No podía perderlo de vista. Éste bostezaba pendiente del reloj. Parecía que estaba deseoso de salir de allí. Ellos también deseaban eso y además, hacerlo cuanto antes con la quinta llave en sus manos. Lluís posó sus ojos en una puerta camuflada pegada al túnel en la que ponía «Prohibida la entrada. Solo personal autorizado». Estaba tan solo a pocos metros de ella. Tenía que aproximarse con la mayor discreción posible. Y así lo hizo. A los pocos segundos, estaba apoyado en la puerta en cuestión. Pepe levantó la vista de nuevo y comprobó los minutos que quedaban. Tan solo cinco. Cinco

interminables minutos en los que las mentes de Pepe y Lluís iban a una velocidad de vértigo. Repasando los pasos a seguir y rezando porque fuese todo como la seda. Lluís metió la mano en el bolsillo y comprobó que llevaba la ganzúa preparada, inconscientemente, jugueteó con ella. Pepe se dirigió al segurata con la intención de distraerlo desviando su atención y dejar vía libre a Lluís. Pero unos pasos antes que él los dos jóvenes que jugaban con el móvil se le adelantaron, y le preguntaron al guardia algún tipo de información. Pepe le hizo una señal a Lluís y éste aprovechó la ocasión para forzar la cerradura. Fue relativamente fácil. El primer paso estaba hecho. A continuación, se alejó unos metros aproximándose al andén.

Miraron de nuevo el reloj de la estación, tan solo dos minutos. El tiempo avanzaba y los nervios se iban asentando en sus cuerpos. Pepe echó una ojeada de nuevo al guardia de seguridad, éste dio algunos pasos sin rumbo fijo, una manera de matar el tiempo. También echaron una ojeada a las cámaras de seguridad. Tenían que tener mucho cuidado con ellas. Al parecer, había ojos por todas partes. Debían ser rápidos en sus movimientos o estaban perdidos.

Un ruido característico y conocido por todos los presentes empezó a dejarse oír retumbando en el interior del túnel. Un ruido que a medida que pasaban los segundos, se iba haciendo mucho más intenso. Los pasajeros se acercaron al andén con el fin de estar preparados para subir. La oscuridad pasó a iluminarse con los potentes faros. El tren hacía acto de presencia. El momento crítico que estaban esperando acababa de llegar a su fin. El primero en subir fue el caballero de barba blanca y maletín, seguido de la pareja de novios. Tomaron asiento nada más entrar. Por la otra puerta y en el mismo vagón, subieron los dos jóvenes. Pepe y Lluís se hicieron los remolones y lo hicieron en el último vagón, casualmente vacío, mientras eran observados por el guardia de seguridad, confirmando que la estación se quedaba completamente vacía. Disponían, de segundos para jugar bien las cartas. El tren estaba a punto de iniciar el recorrido, y ellos en su interior y pegados a las puertas, eran incapaces de poder salir sin ser vistos por el guardia. No podían permanecer por más tiempo allí dentro, o continuarían hasta la próxima estación, donde no tenían nada que hacer y sus planes se irían al garete. Necesitaban entrar sin ser vistos en la estancia de «Solo personal autorizado». De momento, era su única vía de escape. Se había barajado la hipótesis de entrar antes de que llegara el tren, pero en vista de las pocas personas que había dentro y de que el segurata los había visto llegar, no podían permitirse cometer semejante error. El tren iba a arrancar en décimas de

segundos. ¡No podía ser que antes de empezar ya tuvieran contratiempos! Pepe le hizo un gesto a Lluís. Parecía que el guardia por fin se retiraba. Efectivamente, les estaba dando la espalda y se dirigía a la zona de personal autorizado. Las puertas empezaron a cerrarse al tiempo que empezaba lentamente su recorrido. Sin pensarlo dos veces y con toda la rapidez que pudieron, se deslizaron a través de la rendija que quedaba por cerrar, y salieron del tren.

De un salto, cayeron al foso del andén y permanecieron agachados y escondidos durante unos minutos. El guardia se giró instintivamente. Juraría haber oído un ruido extraño. Pero al no ver nada fuera de lo normal, confirmó que debía de ser el cansancio que le estaba jugando una mala pasada. Le llamó la atención que la puerta de los servicios y los vestuarios no tuviera la llave echada. Pensó que su compañero anterior se le había olvidado cerrarla. Al parecer, no era la primera vez que le sucedía.



Pasado un tiempo que ellos creyeron prudencial, salieron a la estación con mucho tiento y sin perder de vista las cámaras. El guardia de seguridad todavía continuaba en el recinto del personal. Estaba claro que saldría de un momento a otro. Supuestamente y según sus averiguaciones, cerraría la estación y posiblemente se iría a casa. Aún así se arriesgaron. Tan solo tenían que cruzar unos metros y dejarse caer en el carril de enfrente; su verdadero objetivo: dirección Aeroport. Silenciosos y rápidos se deslizaron cruzando el lugar y de un salto volvieron a verse de nuevo dentro del andén. A continuación, oyeron la puerta y vieron salir al guardia. Éste iba en dirección a la salida. De momento, los planes salían bien.

Ocultos en la oscuridad, aspirando un olor intenso a gasoil y con las zapatillas manchadas de restos de combustión, habían avanzado unos metros adentrándose en el túnel. En silencio, esperaban que transcurriera aproximadamente una media hora y que cerraran las puertas de la estación. De esa manera se encontrarían completamente solos para poder actuar libremente. Pasado ese tiempo, cronometraron los relojes. Disponían de poco más de tres horas para realizar su búsqueda y que abrieran de nuevo las puertas de la estación. Y media hora más para que pasara el tren dirección Aeroport.

Exactamente a las 4.58 de la mañana, lo cual quería decir que a esa hora tenían que estar fuera del túnel o se convertirían en dos inevitables víctimas.

Cuando consideraron que su posición era segura y que no había posibilidad de ser localizados, sacaron parte del material escogido para la expedición. Se colocaron los guantes, repartieron una potente linterna para cada uno y Lluís intentó localizar la posición exacta según las siglas numéricas encontradas en el libro del Lazarillo de Tormes. Empezaron a caminar por el túnel teniendo cuidado de no tropezar con la vía. La oscuridad les rodeaba por todas partes a excepción del haz de luz de sus linternas. Las luces de la estación habían quedado ya muy atrás y apenas se veían a lo lejos. Aún así, los dos muchachos cargados de buena dosis de moral y con ganas de conseguir su objetivo avanzaban despacio pero seguros. De repente, y después de perder la cuenta de los pasos que llevaban, Lluís se detuvo en seco.

—¡Maldita sea!

—¿Qué sucede? —preguntó Pepe preocupado.

—Creo que aquí termina el camino.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Pepe, que le había seguido fielmente.

—Según este trasto, —continuó Lluís sin dejar de mover el chisme que llevaba en las manos— estamos en la profundidad exacta. Este túnel nos ha facilitado parte del trabajo. Tan solo nos queda escasamente dos o tres metros para llegar al punto en cuestión. Solo que o buscamos un atajo, o un pasadizo oculto, o nos tenemos que dar la vuelta y regresar por donde hemos venido. Porque si continuamos, nos desviamos de nuestro objetivo. Hemos de girar a la izquierda y nos lo impide el grueso muro de hormigón.

—¡Pues manos a la obra! —añadió Pepe lleno de optimismo.

—¡No va a ser nada fácil! —replicó Lluís sabiendo que la cosa se complicaba.

—Lo sé. Cuando nos embarcamos en esta misión —continuó Pepe— sabíamos que la construcción de los muros-pantalla que delimitan las paredes del túnel nos lo iba a poner difícil. Pero aún así, hemos decidido bajar, ¿o no?

—Sí, solo que no podemos empezar a abrir agujeros a nuestro antojo. Más que nada porque no disponemos ni de tiempo, ni de material adecuado.

—Muy bien, analicemos la situación —continuó Pepe mientras tomaba asiento en el suelo y jugueteaba con las piedrecitas que tenía alrededor de sus pies.

Lluís le imitó colocándose enfrente de él y haciendo mentalmente un repaso en voz alta.

—Es imposible acceder por donde queremos ya que la bóveda está hecha de hormigón más otros elementos de refuerzo y anclajes.

Por unos segundos, se quedó pensativo mientras observaba cómo Pepe tiraba una piedrecita tras otra al suelo y al mismo tiempo se le iluminaba la cara.

—¡Ya lo tengo! —gritó Pepe de alegría—. ¡Por el suelo! Tan solo hemos de atravesar el muro por bajo como si fuéramos topos. Espero que podamos hacerlo.

—No lo veo factible —añadió Lluís tirando su teoría por el suelo—. Piensa que estos muros deben de tener unos buenos cimientos. Nos resultaría imposible. A no ser…

—¿A no ser qué? —preguntó Pepe nervioso.

—Que haya algún pasadizo oculto y camuflado entre el muro.

—Si eso fuera cierto —murmuró entre dientes—. Estaríamos salvados.

Lluís se puso en pie, y sacó de la mochila un escardillo y una pala pequeña y empezó a golpear la pared atento a los sonidos que desprendía.

Pepe le imitó. Después de varios golpes, Lluís no pudo controlar una exclamación de alegría.

—¡Justo aquí! —gritó, mientras señalaba con el dedo índice.

Pepe se acercó y verificó que parecía tener razón. Ni corto ni perezoso empezó a golpear la pared con sumo entusiasmo.

—Hemos de tener mucho cuidado —advirtió Lluís—. Recuerda que en los túneles urbanos para servicios públicos como este, hay instalaciones de agua, gas, cables eléctricos y cables de telecomunicaciones. Si tocamos alguno de ellos, nos podemos despedir para siempre.

—Soy consciente de ello. No te preocupes.

Miraron el reloj: había transcurrido media hora. No podían andarse con tonterías y perder más tiempo. Empezaron a cavar y cavar. Desparramaron los escombros y la tierra que iban sacando de alrededor intentando no perjudicar al metro cuando hubiera llegado la hora de que pasara por allí.

Mientras, sin descanso se introducían en el agujero. Intentarían avanzar lo más posible para llegar a su objetivo. Pero ¿realmente conseguirían recorrer esos supuestamente tres metros en un minúsculo y apretado túnel? Y lo que más les preocupaba una vez conseguido, si es que lo culminaban, ¿qué se iban a encontrar allí? Tierra y más tierra. ¿Cómo iban a respirar? Por un momento,

Pepe pensó que se estaban enterrando en vida y Lluís le sonrió con un pensamiento muy similar. Aún estaban a tiempo de retroceder. De salir de esa oscuridad que parecía el mismísimo infierno. Pero ninguno de los dos abrió la boca para decir: ¡Vámonos! ¡Salgamos de aquí! O algo parecido. La teoría de Jorge Ferrer y la búsqueda de las llaves les había calado muy hondo y no podían defraudar a Sara y Alejandra. Había transcurrido una hora y tan solo habían excavado poco más de un metro. Estaba claro que aquello no era una pared de hormigón como el resto. No sabían muy bien porque pero la textura era mucho más blanda, aún así no les estaba resultando nada fácil. Si el chisme que les indicaba el camino no mentía, les faltaba poco para salir al otro lado. Solo que la cosa se complicaba. Les costaba respirar y la tierra oscura les envolvía parte de su cuerpo entorpeciéndole el trabajo.

—¡Vamos, Pepe! Estamos a punto de conseguirlo —gritó Lluís intentando darle ánimos.

El calor acumulado en sus cuerpos por el sobreesfuerzo también hacía mella, y el cansancio se iba apoderando de los dos jóvenes. Transcurridas dos horas, todavía no habían dado con nada que les llamara la atención. Pepe alumbró el reloj con su linterna. ¡Qué rápido pasaba el tiempo! Tan solo les quedaba una hora para que volvieran a abrir la estación, y media hora más para que pasara el tren dirección Aeroport.

—Tenemos que darnos más prisa —refunfuñó Pepe.

—Debemos estar ya —afirmó Lluís—. Según este aparato ya deberíamos haber encontrado no se él qué. No creo que la llave aparezca así por las buenas y por arte de magia. Hubiera resultado demasiado fácil y justamente en estas aventuras lo que más abunda es la improvisación.

Lluís se introdujo una vez más en el estrecho túnel. Mientras avanzaba temeroso de que la tierra de arriba se le echara encima, pensó que era una locura y que había sido una idea descabellada la de abrir semejante agujero. ¿Quién le aseguraba que iban a encontrar algo? ¡Estaban locos de atar, jugándose la vida por unas llaves que todavía ni sabían qué demonios escondían! Pepe le hizo reaccionar sacándole de sus malos pensamientos que lo único que conseguían era atraer malos presagios.

—Lluís… tienes que encontrar algo ¡ya! ¡No nos queda tiempo!

La voz de Pepe se mostraba temblorosa. Su reloj marcaba las cuatro y cuarto. Pasados quince minutos, volverían a abrir las puertas de la estación. No habían adelantado nada en absoluto. ¡No se lo podía creer! Ahí estaban ellos envueltos

de polvo y tierra. Con las manos negras y las uñas de luto. Con la cara tiznada como dos mineros y con la moral por los suelos adivinando el fracaso.

—¡No hay nada! Solo piedras y tierra —murmuró Lluís mientras salía del agujero desmoralizado y confirmando sus temores.

—Quizá no hemos interpretado bien las señales —murmuró Pepe envuelto en un mar de dudas.

—Quizá… pero ¿qué podemos hacer? Pepe, esto ha sido una locura y lo peor de todo es que no sé cómo demonios vamos a salir de aquí.

—Igual que hemos entrado… —respondió Pepe inyectándole ánimos.

—¿Tú crees? ¡Mira nuestro aspecto! No pasaríamos desapercibidos ni aunque desfilásemos delante de un montón de ciegos.

—Me ha parecido oír un ruido —añadió Pepe afinando el oído.

—Han debido de abrir de nuevo la estación. El ruido retumba en su dirección. Amigo, creo que hemos terminado el trabajo por hoy. Lo que más me duele es que regresamos con las manos vacías.

—A mí también me duele, no te creas —continuó Pepe poniendo su mano sobre el hombro de su compañero.

—¿Hacemos un último intento? —preguntó Lluís esperando que la respuesta de su acompañante fuese afirmativa.

—Por supuesto. ¡De perdidos al río! —contestó Pepe con una fiel sonrisa y un tono de sarcasmo—. Tenemos exactamente veinticinco minutos antes de que pase el tren camino de Aeroport. Además de estar totalmente incomunicados y no tener cobertura en los móviles. En ese tiempo, hemos de hacer un último intento entrando en el diminuto túnel. Y si no encontramos lo que buscamos, tendremos que salir a toda prisa y avanzar corriendo hasta el final del mismo. Donde sin ser vistos pasaremos por la estación buscando la salida. Si todo rueda como esperamos Sara y Alejandra estarán esperándonos en la calle.

—¡Dejémonos de paparruchas y vamos al grano! —cortó Lluís mientras se perdía en el hoyo del suelo.

Pepe, sin decir ni una sola palabra, le obedeció a cierta distancia. Cada uno llevaba una potente linterna. El hedor viciado a tierra húmeda les impregnó las fosas nasales. Arrastrándose como dos serpientes avanzaban despacio intentando consumir el menor aire posible. Lluís iba el primero, y de vez en cuando escupía la tierra que sin querer se le filtraba por la boca. Acababa de llegar al final del túnel e intentó con la pequeña pala continuar un poco más. Según las lecturas,

debían de estar ya en el lugar exacto. No terminaba de entender por qué todavía no tenían nada a la vista. Oyó como Pepe tenía un golpe de tos.

—¿Estás bien?…

—Sí… no te preocupes —contestó con la voz un poco ronca.

Lluís clavó las uñas en la tierra húmeda. Fue un acto reflejo. Algo espontaneo repleto de desesperación. Algo duro y plano le rozó las yemas de los dedos. ¡No podía ser! Le pareció haber notado algo diferente al tacto de la tierra que llevaba varias horas palpando.

—Pepe… ¡creo que hay algo!

—¡No te pares!… ¡Averigua lo que es!

Lluís tenía dificultad para respirar, pero aún así golpeó con la pala contra la superficie plana que se mostraba ante él. Apenas tenía el diámetro del túnel que ellos habían formado. Debía de ser parte de la entrada a uno de esos pasadizos que supuestamente se encontraban allí abajo y que habían intentado ocultar para no retrasar las obras del metro. O por lo menos, eso era lo que él quería pensar.

—¡Tiene que haber alguna palanca! Algo que active esta parte —murmuró Lluís entre dientes y con dificultad para hablar.

—¿Cómo vas? —preguntó Pepe nervioso e intranquilo por la salud de su amigo, ya que él apenas podía respirar.

Un ruido ya conocido, unido a un vibrar del suelo, alarmó a Pepe. Dios mío, pensó: el tren viene de camino.

—¡Lluís, tenemos que salir de aquí! ¡Sal fuera ahora mismo! —gritó con todas sus fuerzas—. El tren…

En ese preciso instante, el ruido se hizo mucho más intenso, y lo que hacía tan solo unos segundos era únicamente vibración en el suelo donde se encontraban, ahora era un insoportable estruendo que hacía moverse hasta la última partícula que ahí dentro se encontraba. Pepe intentó agarrar los pies de Lluís para sacarlo de allí. Presentía que aquello se desmoronaría de un momento a otro y serían enterrados vivos. Pero su sorpresa fue no encontrar los pies de su amigo, y a la vez que el tren pasaba por donde ellos se encontraban la tierra de arriba empezaba a caer inundando todo el oscuro agujero. Pepe se protegió la cara con el antebrazo. No veía absolutamente nada. La linterna estaba enterrada, al igual que todo su cuerpo. No podía respirar y los latidos de su corazón estaban descontrolados. Intentó alargar los brazos para poder tocar a Lluís, pero estaba totalmente inmóvil. Estaba totalmente sepultado por la tierra. Solo su mente podía navegar a una velocidad de vértigo, ya que su cuerpo era una materia

totalmente inerte. Intentó llamar a Lluís. Pronunciar su nombre para ver si todavía se encontraba en buen estado. Pero no podía abrir la boca o se le llenaba de tierra. Notó como los músculos no le respondían, y observó como poco a poco sus fuerzas menguaban y estaba a punto de perder el conocimiento. ¿Qué podía hacer? No tenía señales de Lluís y no podía ir hacia delante ni hacia atrás. Por una décima de segundo, se dejó llevar por esa sensación de bienestar que te atrapa poco antes de perder definitivamente el sentido. Se mantuvo unos segundos con los ojos cerrados y el ritmo cardíaco bajo mínimos. Unos segundos que parecieron una eternidad y que le permitieron en su adormecido subconsciente ver la imagen de Jorge Ferrer, de su querido profesor de Historia.

Pepe reaccionó como si esa visión le hubiera dado la fuerza necesaria para salir de ese maldito tugurio. Sabía que solo lo conseguiría saliendo hacia detrás y que si se armaba de valor podría moverse en la distancia que le separaba hasta la superficie. ¡Lo tengo que conseguir!, se dijo. Se arrastró con todas sus fuerzas marcha atrás. Parecía que se había movido unos centímetros. La tierra que acababa de taparlo todavía estaba tierna y eso le permitió retroceder lentamente. Los pulmones le reclamaban su dosis de aire fresco, y en su lugar, solo recibían el polvo acumulado de semejante infierno. Ya faltaba poco o, por lo menos eso era lo que él creía. Pero no estaba seguro de conseguirlo. Un último esfuerzo, se dijo, desde su interior ¡Jorge… ayúdame! De repente, notó como las piernas se liberaban del peso de la tierra que las aprisionaba. Eso significaba que estaban libres. Sí… ¡tenía las piernas fuera! Sacando ánimos sin saber muy bien de dónde, consiguió sacar el resto del cuerpo y la cabeza. Un fuerte golpe de tos le hizo reaccionar intentando atrapar todo el aire que sus pulmones podían soportar. Dando bocanadas provocadas por el instinto de supervivencia, intentaba recuperar el pulso normal.

Cuando su ritmo cardíaco se estabilizó y pudo sentarse en el suelo, se dio cuenta de la magnitud de la desgracia que acababa de suceder. Una losa mucho más pesada que la propia tierra que acababa de quitarse de encima cayó sobre su espalda. Un sentimiento de culpabilidad se había apoderado de él, por haber dejado a su compañero solo. Solo y seguramente muerto. No había hecho nada por salvarle. Sus intentos habían sido fallidos. No se merecía estar ahí. Se hubiera cambiado por Lluís sin dudarlo. Una de las pocas personas que le habían brindado toda su confianza, curándoles las heridas, ofreciéndole una cama y un techo en su propia casa, su comida y todo lo necesario para hacerle sentir bien. ¿Y cómo se lo había pagado? Dejándole morir de asfixia y enterrado en un túnel

que por cabezonería se habían empañado en recorrer. Unas inevitables lágrimas aparecieron en sus cansados ojos, deslizándose por sus mejillas y haciendo un reguero en la piel ennegrecida.

Aturdido por los hechos sucedidos, no se percató que un ruido antes escuchado volvía de nuevo a la carga.

Pepe necesitó sentirlo más próximo para reaccionar y darse cuenta de que el metro siguiente iba a pasar por su lado de un momento a otro. Giró la cara en la dirección de donde se escuchaba el ruido y un resplandor a lo lejos le hizo darse cuenta de la magnitud de la situación. No había sitio para los dos. O volvía a meterse de nuevo en el agujero, o salía corriendo como una centella antes de que el tren le arrollara desperdigando los restos de su cuerpo por la vía. Optó por la segunda opción. Sus fuerzas menguadas se restablecieron es décimas de segundo. Sus piernas derrotadas empezaron a moverse a una velocidad de vértigo y sus pies apenas si tocaban el suelo. La luz cada vez estaba más próxima y todavía le quedaban bastantes metros para llegar a la estación ¡Tenía que lograrlo! ¡No podía tropezar!

Llegó al andén de la estación, sofocado, sudoroso y con el corazón a punto de estallar. Gracias a Dios, no había nadie en ese preciso instante y eso le permitió subir de un salto. En varias zancadas, se dirigió a la puerta reservada para el personal autorizado. La cerradura estaba abierta, ya se había encargado Lluís de que no se pudiera cerrar cuando la había manipulado unas horas antes. Entró, al mismo tiempo que el tren hacía su aparición, parando unos pocos minutos y retomando su camino de nuevo. Sigiloso, tanteó la estancia asegurándose de que estuviera vacía. Por suerte, así era. Iba descolocado y fuera de sí. No era consciente de lo sucedido. Su aspecto era deplorable y su rostro sin expresión alguna daba la sensación de estar perturbado por los acontecimientos. En el lavabo, se lavó la cara y las manos e intentó asearse lo mejor posible. Se mojó el pelo y se pasó los dedos simulando un peine. Se sacudió la ropa lo mejor que pudo, respiró hondo y salió de allí. Subió las escaleras mecánicas sin tropezarse con nadie. Era la ventaja de que fuesen las cinco y media de la mañana. En invierno y a esa hora, la mayor parte de la ciudad dormía. Estaba a punto de salir a la calle. El guardia de seguridad hablaba por el móvil de espaldas a él y eso le permitió caminar con más soltura. Cuando la brisa de la calle le acarició la cara, los ojos se le humedecieron. Tan solo hacía unas pocas horas y en ese mismo lugar, se habían despedido Lluís y él de Alejandra y Sara. Y ahora… solo él regresaba de aquella odiosa e inolvidable pesadilla. ¿Qué le

iba a decir a ellas? ¿Qué les iba a contar? ¿Qué lo había dejado abandonado a su suerte? ¿Qué se había salvado él a toda costa? ¿Qué no pudo hacer nada a pesar de que lo intentó con todas sus fuerzas? Por muchas explicaciones que les diera, nunca le creerían. Nunca pensarían que las cosas se complicaron de tal manera que había sido imposible salvarle. Y que si no hubiese sido por la imagen de su padre en plena inconsciencia, posiblemente él también se hubiera quedado enterrado ¡Cargaría con el peso, la pena y la tortura el resto de su vida! ¡Nunca se lo perdonaría!



Capítulo 44

En un coche aparcado a pocos metros de la estación del metro, Alejandra, había perdido la cuenta de las veces que había mirado el reloj en los últimos quince minutos. Nerviosa, intentaba mantener la calma y controlar la pierna derecha que no paraba de moverse por libre dentro del vehículo. Sara, a su lado e igual de intranquila, tamborileaba los dedos en el volante.

—¡Ya deberían de estar aquí! —murmuró Alejandra desencajada.

—Tienes razón —agregó Sara—. Por el horario ya deben haber pasado dos trenes. Tienen que aparecer de un momento a otro.

—¿Y si algo no ha salido bien? —Alejandra era un manojo de nervios—. No deberíamos haberles dejado ir solos. Si en cinco minutos no dan señales de vida, bajaré a buscarlos —Alejandra les daba un ultimátum—. No aguanto más la espera.

—Creo que no será necesario. Gracias a Dios —añadió Sara dando gracias por adelantado—. Por ahí viene Pepe.

Alejandra buscó desesperada a Lluís. Le extrañó que no fuesen juntos. Luego se detuvo en el rostro de Pepe y directamente adivinó que algo grave había sucedido. Éste subió en el asiento trasero del coche temiendo el bombardeo de preguntas.

—¿Dónde está Lluís? —preguntó Alejandra alarmada.

—Todo ha salido mal —contestó Pepe con voz ronca—. No he podido hacer nada.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Sara muerta de temor.

—¡Que nos hemos quedado enterrados ahí dentro de ese maldito túnel casero! No debimos hacerlo. Fue un autentico error —se lamentaba sin escuchar

nada más que sus propios reproches—. Él iba delante y yo he intentado cogerlo de los pies para ayudarle a salir. Os juro que lo he intentado. Pero… no estaba. Estaba todo negro, Lluís no estaba y no se podía respirar… la tierra nos tapó asfixiándonos. Casi he perdido el conocimiento. No sé ni cómo pude salir y llegar hasta aquí. Yo… —Pepe estalló en un sollozo conmovedor—. No pude sacarlo.

Alejandra vio como a medida que escuchaba a Pepe un tremendo nudo se le formaba en la garganta. ¡No podía ser verdad! Tan solo era un sueño. Solo una terrible pesadilla. Por favor, quiero despertar, se dijo en silencio, mientras las lágrimas le inundaban la cara y le gritaba:

—¿Por qué no has avisado a nadie para que te ayudara? ¡No puede ser verdad lo que nos estás diciendo!

—¡Tenemos que hacer algo! —dijo Sara con un hilo de voz—. Hay que avisar a la policía. A lo mejor todavía está con vida.

—Sí, hay que dar parte —dijo Pepe con la mirada fija en un punto.



Un tremendo golpe de tos se oyó retumbar en aquel oscuro pasadizo. Intentó coger la mayor cantidad de aire que pudo aunque fuese viciado y espeso. No iba a hacer remilgos después de permanecer ni se sabe cuánto tiempo envuelto en tierra y totalmente a oscuras. Por fin, había encontrado la palanca que accionaba la entrada del aquel túnel y había conseguido salir airoso de aquel tenebroso tormento. Había tenido que arrastrase cual serpiente y gracias a ello podía contarlo. Por lo menos de momento. Lo último que le había parecido escuchar era la voz de Pepe advirtiéndole de algo… segundos después, un estruendo hizo que revivieran las entrañas de la tierra. Al principio, pensó que sería un terremoto, luego constató que era el tren de camino al Aeroport que pasaba fielmente a su hora en punto. En cuanto accionó el resorte, se produjo un ruido desconocido. Acto seguido, se abrió ante él una salida que no desaprovechó a pesar de no encontrarse en su mejor momento físico. Habían pasado unos minutos que le habían permitido reponer sus pulsaciones casi a la normalidad, y ahí se encontraba agachado y llamando desesperadamente a Pepe sin obtener respuesta alguna. Pensó si estaría enterrado o si habría conseguido salir retrocediendo hacia las vías. Mientras gritaba y gritaba, palpaba dentro de la

tierra intentando encontrar la linterna que debía de estar por allí. Por fin, el pequeño artefacto estaba en su poder junto con la pequeña pala que había conseguido encontrar. En contrapartida, seguía sin tener la menor señal de vida de su compañero. Por otra parte, no podía ir a buscarlo. Sería un autentico suicidio y por mucho interés que pusiera, no lo conseguiría. Quería pensar que Pepe ya estaría fuera. Al fin y al cabo tenía mucho menos recorrido que él. Dio al interruptor de su linterna y se hizo la luz.

Un pasadizo de un metro y medio de ancho aproximadamente se abría ante él. Respiró y se tranquilizó. Por lo menos había ganado en el cambio, ya que el túnel anterior medía poco más de cincuenta centímetros. Pero… ¿a dónde le llevaría? Iba totalmente perdido. De hecho, durante el derrumbamiento había perdido el chisme que había utilizado para detectar la posición exacta, así que se dejaría llevar sin saber en qué dirección se movía. Avanzó despacio y atento a cualquier detalle sospechoso que le pudiera revelar la llave que andaba buscando. Sacó el móvil e intentó contactar con Alejandra. Quería avisarles de que se encontraba bien. Seguro que estarían preocupados. Justo lo que se imaginaba. No había cobertura ¡Maldita sea!, gruñó. Aun así le mandó un SMS: «*Estoy bien, aunque perdido*».

No tenía idea de los metros que había avanzado, solo sabía que aquello parecía no tener fin. Por un momento, tuvo una reflexión: Toda la vida moviéndose por la ciudad sin pensar en otra cosa que las calles, parques y avenidas por las que pasaba, y ahora, se daba cuenta tras la búsqueda de las llaves que lo que nosotros vemos de la ciudad tan solo es una parte de ella. Una parte que nosotros hemos montado día a día. Pero lo que esconde en sus tripas, es otra dimensión en la que han participado nuestros antepasados. Cuántas personas darían parte de lo que tienen por vivir la experiencia que él junto con sus tres amigos estaba experimentando. Un mundo desconocido e histórico, antiguo y mágico que pasaba desapercibido y en muchas ocasiones les venía grande. Y pensar que muchas de las cosas nunca saldrán a la luz y quedarán ocultas por los siglos de los siglos…



Alejandra y Sara habían salido del coche. Pepe todavía permanecía dentro, inmóvil como una estatua de piedra a punto de resquebrajarse. Intentaban

contactar con la policía y no lo conseguían. Un coche patrulla pasó por la calle Colón y sin pensarlo dos veces, Sara le echó el alto. El coche de la policía se detuvo unos metros más hacia delante. Uno de ellos salió del vehículo y se dirigió hacia la muchacha que caminaba deprisa en su dirección. Sara, acompañada de Alejandra, todavía no sabía muy bien la explicación que le iba a contar, pero eso era lo que menos importancia tenía si el resultado de bajar a salvar a Lluís se cumplía. El tiempo iba en su contra, así que no podía dormirse. Faltaban tan solo unos pocos metros para contactar con el agente, cuando sonó un pitido en el bolsillo de Alejandra. Sin pensarlo dos veces, ésta sacó el móvil del vaquero.

Acababa de recibir un SMS. Cuando vio que provenía de Lluís, se detuvo en seco. Leyó: «*Estoy bien, aunque perdido*». Miró la hora que fue enviado y, se le escapó una sonrisa. Levantó la vista y vio como su hermana iba a entablar conversación con el agente. Tenía que detenerla de inmediato. Salió corriendo lo más rápido que pudo, mientras la llamaba:

—Sara… tranquila. Todo va bien. Saraaaa…

Su hermana se giró sin entender nada en absoluto. Cuando Alejandra se puso a su lado le pasó el móvil para que leyera el SMS.

—Perdone, agente —se disculpó la joven mientras su mente daba forma a una excusa convincente—. Es que mi hermana se ha asustado un poco. Dos hombres se han metido con nosotras y enseguida al verlos a ustedes…

El policía la miró sin saber muy bien si creer la historia o no.

—Su hermana ha mencionado algo de un hombre en el metro —respondió el agente contrariado.

—Sí, es que se han metido en el metro —continuó Alejandra lo más entera que pudo—. Pero ya no hay ningún tipo de peligro. Le damos las gracias por detenerse a ayudarnos.

—Solo cumplo con mi trabajo, señorita. ¿Quieren que las acompañemos a casa? No son horas de ir solas.

—No, gracias… muchas gracias por todo.

Mientras tanto, en las profundidades de la tierra, Lluís avanzaba perdido y despistado. No sabía a dónde le conduciría semejante pasadizo, ni si encontraría

lo que buscaba y si tenía algún tipo de salida. Se veía atrapado y sin poder salir a la superficie y eso le estaba poniendo los pelos de punta. Aquello se había convertido en un laberinto por el que creía haber pasado más de una vez. Juraría que estaba dando vueltas en círculo. Y lo más curioso era que no había nada que le hubiese llamado la atención. Caminó y caminó. La noche de aventuras que llevaba a sus espaldas, y los nervios acumulados de las últimas horas iban haciendo mella en su estado de ánimo. Lo que daría por una buena ducha y su mullida cama. Se olvidó por completo de su estómago. No estaba el horno para bollos. Alumbró en línea recta intentando ver si la distancia que le quedaba por recorrer era todavía grande. Su sorpresa fue mayúscula cuando a tan solo cinco o seis metros algo le impedía continuar. Parecía que llegaba el fin. Pero… ¿Y la salida? No parecía haber nada parecido. Era como una pared de tierra compacta. Ya empezaba a estar harto de tanta tierra. Palpó y palpó intentando encontrar una abertura, una fisura, una palanca. Algo que diese señales de que podía traspasarla. Nada.

Un pensamiento frustrado se adueñó de él. ¿Y si realmente no había ninguna salida? ¿Estaría justo ahí el final de sus días? Después de todo lo que le había costado llegar hasta allí y se iba a morir de desnutrición, de frío y de aburrimiento. Cogió el móvil desanimado para verificar si tenía cobertura. Daba por hecho que a semejante profundidad posiblemente no la hubiera. Aunque en algunos trayectos había ascendido. A decir verdad, no tenía ni idea de la posición en la que se encontraba. Su cara se alivió al ver que sí tenía señal. Directamente, marcó el número de Alejandra. Apenas dos tonos y la muchacha contestó:

—Lluís… ¿cómo estás? —gritó angustiada.

—Cansado pero bien. No sé nada de Pepe —añadió con tristeza—. Lo perdí en el túnel.

—No te preocupes cariño —Alejandra estaba emocionada de oír de nuevo su voz. Era la primera vez que le llamaba cariño y pensaba llamarle así el resto de sus días—. ¡Pepe está con nosotras! Llegó desencajado pensando que habías muerto. ¿Dónde estás?

—Pues ese es el problema. No lo sé. Salí a un túnel, pero he dado muchas vueltas y parece que he llegado al final.

—¿Y? —preguntó Alejandra.

—Que no veo ninguna especie de salida.

—Tranquilízate… —Alejandra se quedó pensativa durante unos instantes, como si quisiera dar con la solución. ¿Has encontrado la llave?

—No… ni rastro de ella.

—Tiene que ir relacionado —murmuró la muchacha.

—¿A qué te refieres?

—Según las siglas del Lazarillo de Tormes, estás en el lugar indicado.

La llave tiene que estar camuflada en algún lugar de ahí dentro. Y me temo que si no la encuentras, no podrás salir. En otras ocasiones todos los movimientos siguen una pauta y éste no creo que sea diferente. Lluís, ¡tienes que buscar la llave!

—Voy a hacer todo lo que esté en mi mano. Te llamaré más tarde.



Pepe, junto con las dos hermanas, había regresado de nuevo al coche. No podían estar más tiempo en la calle despertando sospechas y tampoco sabían por donde aparecería Lluís. Así que estarían pendientes del móvil para cuando los necesitara. Cuando Alejandra le comunicó a Pepe que Lluís estaba vivo, un vuelco inesperado en su corazón le hizo sentirse feliz y se sintió libre de semejante peso que le iba acompañar el resto de su vida. No pudo evitar que se dibujara en su rostro una sincera sonrisa. La tensión acumulada se fue disipando, al igual que el pánico sufrido al creer que había perdido a su mejor amigo. Gracias a Dios tan solo había sido un terrible susto.



La conversación con Alejandra le había reconfortado y le había hecho sentirse querido. Le había llamado cariño. Era la primera vez que le decía ese apelativo cariñoso y a decir verdad le había gustado. Cuando saliera de allí le iba a pedir que se casara con ella. Ya estaba bien de hacer el tonto. Al fin y al cabo eran dos personas adultas y con edad suficiente para formar una familia. Además, y ante todo, la quería con locura aunque hasta ahora su relación había sido un poco atolondrada y poco seria. Manteniendo relaciones sexuales siempre que a los dos les apetecía y viéndose a diario por todo el entramado que llevaban entre manos. Ya estaba bien. Había que dar el primer paso y ese paso estaba dispuesto a darlo él. Tenía que encontrar esa dichosa llave para poder salir de allí y decirle todo cuanto pensaba. Miró meticulosamente la supuesta salida y las paredes de

alrededor. Continuó metro por metro hacia el interior. Paredes, suelo, techo. Alumbraba sin cesar. La linterna hizo un amago de luz.

—No, ahora no… —gritó Lluís.

La sacudió y continuó alumbrando. Tropezó con una piedra y estuvo a punto de caer.

—¡Maldita sea! —gruñó de nuevo.

Estuvo a punto de darle una patada con el fin de reducir la desazón que le estaba produciendo estar encerrado tantas horas. Miró el reloj. Eran las ocho de la mañana. En la superficie se habría recobrado la actividad habitual. Le llamó la atención unas marcas hechas en el suelo. Se agachó enfocando la luz para poder descifrarlas mejor. Eran unas letras… ¿Cómo no las había visto antes? No le extrañaba. Allí no se veía nada en absoluto. Se movió de lugar con la intención de poder leerlas: ALJAMA, pronunció en voz alta.

Era la segunda vez que leía esa palabra en pocos días. Una palabra que además no conocía y que aparecía escrita en la primera página del Lazarillo de Tormes. Era una señal evidente, y posiblemente la única que encontraría en un lugar como ese. Se cebó con las letras. Arañó el suelo, sopló el polvo que las cubría. Tocó y tocó. El nombre estaba grabado sobre una piedra con forma rectangular. Lluís se ayudó de la pala para hacer palanca. Estaba muy agarrada. Después de tantos años era lógico. Insistió con todas sus fuerzas. ¡Se había movido! ¡Sí… se había movido! ¡Ya lo tenía!

Cuando consiguió retirar la piedra, se tropezó con una hendidura en la tierra que albergaba un envoltorio de tela blanca. Lluís recordó que era el mismo tejido que en los anteriores hallazgos. El corazón empezó a latirle con fuerza. ¡Lo había conseguido! Agarró con fuerza el paquete y lo desenvolvió. Una llave antigua y preciosa le deleitó la mirada. Su cara se iluminó de alegría. Acababa de encontrar la séptima llave de ese complicado acertijo. A continuación, una pregunta se formuló en su mente: ¿Cómo demonios iba a salir de allí?

Habían transcurrido tan solo un par de minutos cuando un ruido sordo e intenso se oyó al final del pasadizo. Lluís, sobresaltado prestó toda su atención. Se puso de pie y se guardó el envoltorio dentro de la chaqueta, subiendo la cremallera hasta el final. ¡Qué frío hacía allí abajo! Caminó hacia el sonido como si estuviera poseído. No conseguía adivinar qué sucedía. Enfocó el haz de luz al final y vio como una abertura se abría dejando paso al otro lado. Sin pensarlo dos veces, echó a correr en su dirección. Parecía que su pregunta sobre cómo salir de allí se contestaba.

Suerte que se había dado prisa en traspasar la supuesta salida, porque poco tiempo después se volvió a cerrar automáticamente. Posiblemente, para siempre.

Agachado y avanzando a cuatro patas intentaba deducir dónde estaba. No hacía falta encender la linterna. Estaba en penumbra, pero podía adivinar cierta claridad. La tenue luz se filtraba por algún sitio que no conseguía descifrar. ¿Dónde estaba? Parecía… juraría que era como un estrecho pasillo de ventilación de algún edificio. Por las dimensiones, debía de ser un lugar importante. La temperatura era agradable. En cosa de pocos minutos, el cambio había sido sustancial aumentando varios grados. Haciendo un movimiento instintivo se bajo la cremallera de la chaqueta. Avanzó despacio y vio como una trampilla se abría ante él. Miró hacia abajo y observó. El suelo estaba pintado con rayas de varios colores, había pilares marcados con una franja roja central y algunos coches. Todas las pistas hacían deducir que era un *parking*. Y además, era un *parking* que él conocía. ¡Ya lo tenía! Era el *parking* subterráneo de El Corte Inglés de Colón.

Seguidamente, cogió el móvil y rezó porque tuviera cobertura. Sonrió al comprobar que era así. Marcó el teléfono de Alejandra para notificarle su posición. Ella le contestó ansiosa de tener noticias suyas.

—No te preocupes por nada —dijo dulcemente—. En quince minutos nos tienes ahí.

—Alejandra… —pronunció Lluís.

—Dime… —preguntó la joven ansiosa por escuchar su voz.

Lluís permaneció en silencio durante unos segundos. Seguidamente, dijo:

—Te quiero.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de ambos. Ella, solo pudo decir:

—Yo también.



Capítulo 45

En la estación de Colón se había despertado la alarma. Varios indicios hacían pensar que alguien fuera del personal autorizado había estado merodeando por las áreas privadas. Habían forzado una de las cerraduras y en uno de los baños había restos de barro y tierra. Nadie de los guardias de seguridad, revisores, taquilleros, y personal de limpieza reconocía haber sido el causante de ello. También había huellas que provenían del andén y eso es lo que creó el miedo a que se hubiese conectado algún artefacto explosivo en la vía y más en vísperas de Nochebuena. La estación y los alrededores se habían convertido en un ir y venir de policías y agentes de investigación. Interrogaron al guardia de seguridad que terminó el turno de noche y también al que entró en el turno de por la mañana. Ninguno de los dos notó nada sospechoso. Estaba claro que quien o quienes anduvieran por ahí les habían burlado de la manera más sutil. El comisario Morales, encargado de la investigación, repasaba el lugar de los hechos en compañía de sus agentes, entre ellos el inspector Moreno y el subinspector Roque. Intentaban recopilar huellas o algún tipo de pruebas que les aclarase qué demonios había pasado ahí esa noche. Mientras tanto, el equipo de artificieros se introducía en el túnel del andén de donde supuestamente provenían los restos de tierra encontrados. Habían suspendido las líneas del metro por varias horas hasta que la situación se aclarase. Era demasiado arriesgado. Aún así, las quejas de los usuarios aumentaban a medida que transcurría la mañana.

Camuflados entre la multitud y el caos producido por la desconcertada situación, una pareja deambulaba intentando recabar información. Ella, una mujer rubia platino con el pelo cortado a cepillo, y su acompañante un hombre bastante fornido. Después de enterarse de lo sucedido, la mujer marcó un número en su móvil.

—También han pasado por la estación de Colón ¡Menuda han armado!

—¿Sabéis si han encontrado lo que buscaban? —preguntó la voz masculina al otro lado de la línea.

—No lo sabemos… pero te mantendremos informado —continuó la mujer rubia—. Creo que deberíamos actuar ya… y hacerles ver que no están solos en esta búsqueda. Son bastante escurridizos y los estás subestimando demasiado.

—Debéis ir poco a poco —les ordenó con voz firme—. Dejaos ver y ponerlos nerviosos, pero con astucia. No pierdas los papeles, Erika, que nos conocemos. De momento, nos interesa que vayan por libre. Al fin y al cabo nos están realizando el trabajo sin ningún esfuerzo por nuestra parte. Pero quien ríe el último, ríe mejor.

—De acuerdo —contestó Erika a regañadientes.



El coche de Sara se introdujo en el *parking* de los grandes almacenes buscando la situación que Lluís les había descrito y la rejilla de ventilación donde supuestamente se encontraba. Apenas había coches aparcados por ser primera hora, por lo que no fue difícil localizar su posición. Cuando Pepe consiguió abrir la trampilla dejando libre a su amigo se unieron en un fraternal y sincero abrazo.

—Creí que te había perdido… —murmuró Pepe emocionado.

—Yo también —dijo Lluís rebosante de alegría de estar de nuevo con su gente—. Me alegro de verte, amigo.

Lluís abrazó fuertemente a las dos hermanas y besó a Alejandra.

Por fin estaban juntos. La prueba había sido dura y difícil, pero lo habían conseguido una vez más.

Cuando el coche de Sara atravesó la calle Colón en dirección a casa y pasó junto a la estación del metro, se quedaron atónitos e incapaces de articular palabra alguna. El increíble despliegue policial era de película. Sin duda buscaban algo muy gordo. Menos mal que habían intentado pasar

desapercibidos, pero aun así, les quedaba la duda de si habían dejado algún tipo de pistas que los pudieran relacionar. Medio ocultos dentro del vehículo, continuaron camino de casa con el cuerpo encogido y el temor a flor de piel.

Alejandra, asustada por la situación creada, echó una última ojeada a la plaza de la estación. Se quedó muda y sin aliento cuando su mirada se cruzó con la de su vecina Erika, y ésta le sonrió cínicamente.

—¿Habéis visto a nuestra querida vecina? —murmuró a media voz.

—¡Esa lagarta! Me temo que sabe más de lo que nosotros creemos —prosiguió Pepe.



La estación de Colón estaba infestada de gente especializada en hacer cumplir la ley y el orden, solo que las cosas se complicaban. Habían encontrado una mochila en la vía rodeada de montones de tierra. Alguien había estado trabajando muy duro esa noche. Por las huellas encontradas había dos personas involucradas y en este caso apuntaban al sexo masculino. Lo más curioso era que se habían encargado de repartir la tierra de manera que no perjudicara al trayecto del tren. Eso les desconcertaba. Si no querían hacer daño, ¿con qué fin estaban realizando toda esa faena?

El comisario Morales mantenía una conversación con el inspector Moreno y el subinspector Roque cuando se le acercaron dos agentes.

—¿Comisario Morales? —preguntó uno de ellos.

—Sí. Soy yo.

—Tengo entendido que es usted quién está a cargo de la investigación.

—Así es…

—Creemos haber visto algo, señor —añadió uno de ellos.

Morales le hizo un gesto para que continuase. La sola sospecha de que hubiera alguien que pudiera aportar algo sobre lo que había sucedido le provocaba una tremenda satisfacción.

—Sobre las cinco y media de la mañana una joven, acompañada de su hermana, nos echó el alto en la calle Colón, a la altura de la estación más o menos. Nos comentó que había un par de tipos que al parecer se habían metido con ellas y que luego entraron en el metro.

—¿Pudo ver a esos dos hombres? —preguntó el comisario muy interesado.

—No señor. Habían desaparecido cuando nosotros llegamos.

—¿Cómo era esa joven? —volvió a preguntar el comisario.

—Castaña con media melena. Ojos verdes. Bastante guapa.

—¿Se sabe usted también sus medidas? —le increpó el comisario lleno de sarcasmo.

—¡No, señor! Solo me fijé en su cara —contestó el joven policía presintiendo que algo no había hecho bien.

—¡Pues podía haber tomado más interés en esos dos individuos, posiblemente hubieran sido las piezas clave que estamos buscando!

—Lo siento, señor —se disculpó humildemente.

—Puede retirarse.

En el momento en que el joven agente iba a darse media vuelta, el inspector Moreno le dijo:

—¡Espera un momento! Ya que te fijaste tanto en esa joven, dime si se parece a esta.

Moreno sacó de su cartera un folio que desplegó delante de todos con el retrato robot de Sara, foto que estaba distribuida por más de media ciudad.

El joven agente se quedó mudo al comprobar que efectivamente esa imagen correspondía a una de las dos jóvenes.

—Sí, es una de las dos hermanas. A decir verdad, se parecen bastante entre ellas.

—No podrás facilitar más información al respecto, ¿verdad? —preguntó Moreno esperanzado.

—Pues sí. Hay algo más —añadió el joven policía sintiendo que podía arreglar la situación.

—¿Y bien?

—Se llama Sara. Lo sé porque su hermana pronunció su nombre.

—Gracias —dijo Moreno intentando mantener la calma, satisfecho de saber su nombre—. Nada más de momento, agente.

El comisario Morales se quedó perplejo. Otra vez la muchacha esa por medio, y acompañada de su hermana. Eso no tenía muy buena pinta. La buscaban como posible testigo en las Torres de Serrano, y, qué casualidad, que también estaba en el lugar de los hechos de la estación. Y qué casualidad, que en el Museo Arqueológico de L’Almoina había huellas de dos mujeres, y qué casualidad también, que en la iglesia de San Juan de Hospital también habían

intervenido dos de sexo femenino. Y qué casualidad también, que no se sabía qué coño estaban buscando. Esto estaba tomando un cariz que no le gustaba.

—No sabía que llevabas una foto robot de esa mujer en la cartera, como quién lleva la foto de su novia —dijo el comisario Morales a Moreno con una mirada inquisidora.

—Es que mi trabajo me lo tomo muy en serio y esto es una asignatura pendiente —contestó el inspector Moreno dudoso de si el comisario sospecharía que se sentía atraído por ella.

—¡Ya! —dijo el comisario.

Mientras tanto, Roque que había permanecido de oyente, dejó escapar una tenue sonrisa deduciendo por donde iban los tiros.



El inspector Moreno sentado en su despacho y con la foto de la joven en sus manos. Pronunciaba despacio el nombre que le habían facilitado.

—Sara… Sara… me gusta tu nombre. Siempre me ha gustado. ¿Es posible que seas tú? Tengo que encontrarte como sea…

Por un instante recordó que tan solo unos días atrás se había tropezado con una pareja en plena noche al pie de la fuente de la Plaza la Virgen. Cuando, confundido, creyó que la joven se trataba de la misma persona.

Ahora lo entendía, no se trataba de ella, era su hermana.

—Ya ha llegado el informe de las huellas de la estación —dijo Roque interrumpiendo los pensamientos de su compañero.

—Muy bien… vamos a llevárselos al jefe.



Mientras tanto, el comisario Morales repasaba el caso sobre su sillón de piel. Se había descartado totalmente la posibilidad de que hubiesen colocado algún tipo de explosivo como se había barajado la primera hipótesis. Tan solo disponían de una simple mochila y después de analizarla concienzudamente no habían obtenido respuesta. No dejaba de ser un macuto comprado en cualquier Carrefour o algo similar. Sin huellas determinantes. Las botas que habían utilizado y que habían dejado rastros, eran normales y corrientes. Seguramente

compradas en el mismo sitio imposibles de identificar. Había un dato curioso. Aparentemente, habían descendido al andén dos hombres y de hecho las huellas lo confirmaban, pero… solo había salido a la superficie uno. Otra posibilidad que se especulaba, era el asesinato, ¿si sólo había salido uno de los hombres donde narices estaba el otro? Enterrado quizá… sin duda, era un buen escondite. Así se explicaría lo de los montones de tierra esparcidos por la vía. Aún así no cuadraba. Demasiado perfeccionista. Solo que por más que habían buscado no habían conseguido encontrar nada en absoluto, ni rastro del otro acompañante y ni rastro de pruebas o hechos que permitieran hacer pensar que la hipótesis podía ser fiable. Se encontraban delante de un grupo que, o eran muy listos y unos auténticos profesionales, o muy tontos y con mucha suerte. Otro misterio sin resolver. Este año estaba lleno de incógnitas. Gracias que estaba terminando, pensó el comisario Morales mientras sentado en su despacho repasaba el informe. Un toque en la puerta le hizo volver a la realidad.

—¡Adelante!

—Comisario, tengo el informe de las huellas dactilares del grifo del lavabo de la estación.

—Pásamelo, Moreno. A ver si de una vez por todas cogemos a ese cabrón y nos cuenta lo que realmente pasó y con qué propósito.

Permaneció callado durante unos instantes hasta que terminó de leer la página que contenía toda la información. Seguidamente, se quitó las gafas de presbicia y las sostuvo en la mano mientras brotaba de sus labios una sonrisa irónica.

—¡Ya tenemos la identidad de ese desgraciado! Se llama Andreu Subies ¡Quiero que lo localicéis a toda costa! Y también quiero que localicéis a esa mujer, a esa tal Sara como se llame. Los quiero a los dos aquí en la comisaría. ¡Y los quiero ya! ¿Entendido? Hay que descifrar muchas incógnitas con este tema. Me da en la nariz que es mucho más retorcido de lo que aparenta.



Capítulo 46

El vapor de agua había empañado los azulejos del cuarto de baño. Ella cogió la toalla de ducha y se secó el cuerpo. Abrió el armario de la pared buscando una loción corporal, pero no encontró ninguna. Observó su interior y confirmó la ausencia de una mujer en la casa por la falta de cremas, maquillaje y demás potingues femeninos. Un toque en la puerta le hizo sobresaltarse:

—Rosa… ¿estás bien? Una voz masculina se oía al otro lado de la puerta.

—Sí, Paco. Salgo enseguida —contestó Rosa sonriente.

—¡Tomate el tiempo que necesites! —añadió dulcemente—. Se me había olvidado el tiempo que tarda una mujer cuando entra en el baño —dijo irónicamente.

Rosa sonrió al escucharle mientras se terminaba de secar el cuerpo. Se sentía dichosa, y después de mucho tiempo, volvía a sentirse mujer. Por unos instantes, recordó la velada de la noche anterior. Una suculenta cena, con un buen vino, rodeada de candorosas velas y en buena compañía. Una agradable conversación donde se aclararon muchos puntos oscuros, y donde Rosa se sinceró como hacía mucho tiempo no lo había hecho. Borrando, o quizá, arrinconando en su mente a Miguel Roselló y dejando paso a un nuevo hombre. Un hombre que se comprometía a hacerla feliz. Sumergida en palabras que siempre había querido escuchar y siempre había escuchado dirigidas a otras personas. Solo que esa vez era ella la protagonista de esa historia. Esa vez, era ella a quien iban dirigidos esos halagos, esa ternura, esas caricias sinceras y ese amor. Su cuerpo se estremeció de gozo cuando revivió la penumbra de la habitación, su vello erizado por el contacto de las frías sabanas, los besos de ese hombre apasionado, que le hacían temblar hasta en lo más profundo, los susurros cerca de su cuello,

que la transportaban a un lugar mágico, la dulzura de sus caricias que no querían perderse ni un solo pliegue de su piel, haciendo vibrar su cuerpo y despertándolo de un largo letargo. Esa noche, se había transformado. No era ella. ¿Sería el vino? Se preguntaba. Estaba desconocida. Quería ser suya. Quería que la poseyera. Cerró los ojos y se dejó llevar. Se olvidó de todo el exterior y se concentró en esas cuatro paredes. En ese lecho. Esa noche no había nada más. Solo él y ella. Dos personas adultas haciendo el amor. Un hombre y una mujer extasiados de placer. Apenas si recordaba lo maravilloso que era. Apenas un vago recuerdo pegado a la sombra del olvido. Rosa se miró en el espejo despejado de vapor y vio como sus mejillas se habían ruborizado. En ese mismo momento, dio gracias porque Paco fuese un ser paciente ante su inexperiencia y saber esperar aguantando su hombría hasta el final.



Se despidieron esa mañana con un beso y una sonrisa. Paco acompañó a Rosa en su Mercedes hasta la calle Quart, ésta pasaría el día en compañía de sus sobrinas. Después de verla perderse en el portal, puso la primera y continuó el trayecto hacia el Mercado Central más contento que unas castañuelas. Su rostro reflejaba una viveza y una alegría como hacía mucho tiempo no experimentaba. Por fin sus plegarias empezaban a cumplirse. Por fin, Rosa se adentraba en su vida. El solo pensar lo maravillosa que había sido la noche con ella, y el buen sabor de boca que todavía perduraba, le estremecía como a un adolescente activando su miembro más viril.

Era la hora punta en el Mercado Central, y víspera de Nochebuena. Tal y como se esperaba, los clientes bullían como enjambres de abejas ultimando las compras. Las enormes colas en las pescaderías para adquirir el típico marisco no tenían nada que envidiar a la multitud de gente que esperaba su turno en las carnicerías y en las fruterías, abarrotando los pasillos. La mañana estaba resultando agotadora, pero Paco con las pilas cargadas y lleno de vida, sobrellevaba a los clientes con su astucia y experiencia. Iban a ser unas Navidades estupendas, pensaba.



En uno de los montones de gente, un hombre con los ojos de color verde esmeralda esperaba ser atendido. Habían transcurrido cerca de tres meses desde su regreso a Valencia y desde entonces visitaba el mercado a diario procurando no perder la esperanza. Solo que las fechas que se aproximaban no le ayudaban nada en absoluto. Unas fiestas familiares, y como de costumbre en los últimos años, las pasaría a solas. Aun así, ultimaba algunas compras para Nochebuena, siempre en número par por si tenía que compartirlo con la persona que iba buscando, aunque la ilusión se le esfumaba escapándosele poco a poco. Compraría unos filetes de carne y los adobaría con una salsa de verduras que aprendió cuando estuvo en el extranjero. Abriría una botella de un buen vino y daría fin de ella recordando momentos felices. Momentos inolvidables y que solo estaban en su memoria. Repasaría por milésima vez el álbum de fotos de hojas raídas y volvería a acariciar la cara y la silueta de Rosa, pensando que algún día su más anhelado sueño se convertiría en realidad. A diferencia de Paco, sus navidades, si Dios no lo remediaba, serían más tristes, y la soledad, su fiel compañera. Con los pies cansados por la caminata de recorrer el mercado una y otra vez sin resultado alguno, y con la moral a la altura de los tobillos esperaba con paciencia que le llegara el turno.

A pocos metros de distancia, un puesto de frutas era visitado por su fiel clientela. Paco, contento porque su vida sentimental empezaba a encauzarse e iba tomando forma, y porque el negocio prosperaba cada vez más, iba y venía atendiendo alegre y dicharachero. En un momento de tranquilidad, observó su alrededor, le reconfortaba ver ambiente navideño en las calles y en la gente. Todos cargados con bolsas. No había más que ver las colas de gente que había. Durante unos instantes, fijó su vista en un individuo que le pareció haber visto días atrás merodeando por allí. Pero miles y miles de personas entraban y salían todos los días del mercado sin darles la menor importancia. Sin embargo… ese hombre incompresiblemente captaba toda su atención. Su mirada se había embelesado intentando descifrar quién era. Sí… efectivamente era la misma persona. Se dijo. Aquella que no supo reconocer. Aquella que hubiera jurado que conocía y no sabía de qué, a pesar de presumir de tener una buena memoria fotográfica. ¿Quién era ese hombre? Cliente no… cliente suyo no era… podría asegurarlo con un mínimo porcentaje de error. Le daba vueltas y más vueltas, pero a pesar de todo, le era familiar. Ahora tenía esa misma sensación. Esa manera de moverse. Esa manera de caminar. Su mirada. Esos ojos… Mientras lo observaba inconscientemente, algo enturbió su buen humor. No sabía por qué.

Pero sintió temor. ¿Temor de qué?, se preguntaba. No lograba identificar, por qué ese hombre le había alterado su estado emocional.



La casa estaba de fiesta. El Belén en la entrada invitaba a la Navidad. El olor de la cocina envolvía toda la estancia y el aroma del marisco se mezclaba sobre el apetitoso pavo que permanecía inerte en el horno. Los diferentes platos preparados adornaban el banco de la cocina esperando ser presentados en la mesa elegantemente vestida. Solo en las fiestas señaladas Rosa aireaba la mantelería de hilo, la vajilla de lujo herencia de su madre, acompañada de la cubertería de plata y la cristalería de bohemia. No tenía nada que envidiar ni al mejor de los restaurantes, y además, la cena de Nochebuena preparada con todo el cariño del mundo, adquiría un sabor especial. Los invitados estaban a punto de llegar y Rosa se quitó el delantal y se retocó el pelo ante el espejo en espera de su llegada. Paco fue el primero en aparecer. Puntual como siempre y acompañado de dos botellas de Ramón Bilbao Reserva 2002. Rosa lo recibió con un beso y una sonrisa. Poco después, Sara en compañía de Alejandra hacían acto de presencia seguidos de Lluís y Pepe. Éste se presentaba como un pincel. Se había aseado en casa de su amigo y perfumado con una colonia que éste le había regalado. Parte del dinero cobrado días atrás en la agencia de limpieza lo había invertido comprándose un sencillo pantalón y una camisa, dándole un aspecto elegante y sacando a lote su atractivo masculino. Nada más atravesar el umbral de la puerta, sus fosas nasales se inundaron de olores realmente apetitosos, algunos de ellos, olvidados casi por completo. Recordó cuando era un chaval y entraba en el bar de su padrastro, donde la barra se veía amontonada de gran variedad de platos en los que cuando intentaba meter la mano en alguno de ellos, siempre recibía un cachete.

Esa noche iba a ser especial. Esa Nochebuena, degustaría los manjares de Tía Rosa, como había aprendido a llamarle, y en compañía de las personas que apreciaba.

Durante la velada no hubo comentarios sobre la trama que se llevaban entre manos. Así lo habían acordado el día anterior, y así lo iban a cumplir. Esa noche, no había más que seis personas disfrutando de una gran cena e intentando pasárselo bien.



Capítulo 47

Hacía una mañana espléndida y la brisa primaveral acariciaba la cara de Rosa mientras avanzaba por las calles del centro. La sonrisa adornaba su cara y el brillo de sus ojos reflejaba la felicidad de sentirse querida. De sentirse alguien importante. Eso la llenaba de energía. Ya había hecho su visita de costumbre al Mercado Central y había visitado a Paco. Quien le había recordado en susurros lo mucho que la quería y las ganas que tenía de que compartieran su vida juntos. Solo que esa última frase la hacía estremecer. Rosa se lo estaba pensando. Era demasiado pronto, se decía a sí misma. ¿Y si la convivencia no resultaba?, se preguntaba. Tantos años viviendo sola en compañía de sus sobrinas y sin ningún hombre a su lado, que el temor al fracaso la acosaba constantemente. Las manías creadas con la edad la asustaban. Sobrellevarlas juntos no resultaría nada fácil, después de estar acostumbrados a vivir solos durante muchos años y sin dar explicaciones a nadie. Ese miedo se lo había hecho saber a Paco en más de una ocasión. Pero éste siempre le respondía que el amor que había entre ellos haría que lo superaran todo. Rosa quería creer lo mismo y con la misma fuerza. Pero aun así, no era algo para tomárselo a la ligera, y ella precisamente no era de esa clase de mujeres que tomaban las decisiones sin pensar. Su sensatez continuaba intacta y daba gracias por ello.

Caminaba por las callejuelas contiguas al Mercado buscando algo de ropa. No es que le hiciera demasiada falta, pero estaba eufórica y con ganas de comprar. El vestido que lucía uno de los maniquíes de un escaparate le llamó la atención y decidió entrar.

—Perdone… —dijo dirigiéndose a la señora pelirroja que había detrás del mostrador—. ¿Me podría enseñar ese vestido?

—Por supuesto —respondió la mujer amablemente—. Estoy segura que le sentará muy bien —dijo mirándola de arriba abajo—. La talla 42, ¿no?

—Sí… —Rosa esbozó una sonrisa al comprobar el buen ojo de la mujer.

Ésta se dirigió a una de las estanterías repleta de trajes y después de entregárselo a Rosa con suma delicadeza le indicó el probador. No necesitó mucho tiempo para decidirse. Le estaba como un pincel y además, realzaba su figura. Cuando salió del probador se dirigió directamente a caja.

—¡Me lo quedo! —añadió mientras sacaba el billetero del bolso.

—Ya le dije que le sentaría bien. Es una prenda que suele quedar impecable.

Mientras Rosa le abonaba el importe pensando cuándo lo iba a estrenar. La mujer pelirroja no paraba de mirarla, pensando de qué conocía a esa mujer. Al final y sin poder contenerse le preguntó:

—Perdone mi atrevimiento, pero desde que la he visto entrar… su cara me suena. ¿Es posible que nos conozcamos?

—Pues… —Rosa se quedo mirándola fijamente— a decir verdad no le había prestado atención a su rostro. Pero ahora que lo mencionaba.

—Claro, ya lo sé ¡Eres Rosa! ¡Rosa Soler! Mi antigua vecina de María Cristina —gritó la mujer llena de alegría.

—¡Pilar! —Exclamó Rosa sorprendida—. ¡No me lo puedo creer! ¡Cuántos años sin vernos! ¿Qué ha sido de tu vida?

Un calor intenso le subió el color de las mejillas. En ese preciso instante en que acababa de formular la última pregunta, quiso haberse mordido la lengua. Haberse quedado muda. No entendía como había salido de su boca aquella frase, si sabía la respuesta con antelación. No hacía falta que Pilar se la contara. A pesar de no haber tenido contacto con ella desde hacía más de quince años. Sabía mucho más de ella, de lo que se podía imaginar. Como que ya no vivía en María Cristina. Que durante su matrimonio no había tenido hijos. Que se había separado hacía casi seis años. De hecho, en estos momentos, ella estaba manteniendo una relación con su exmarido y se estaba metiendo en su cama. De ahí el motivo de su rubor. Una pregunta le pasó por la mente y notó como las mejillas le ardían. ¿Lo sabría Pilar?

—¡Casi veinte años sin vernos! —continuó Pilar con añoranza—. ¿Qué tal tus sobrinas?

—Bien… están hechas unas mujeres. Sara con treinta años y Alejandra con veintisiete.

—Cómo pasa el tiempo. Demasiado deprisa —añadió Pilar tristemente—. ¿Y

tú? ¿Te casaste?

—No… —contestó Rosa cohibida temiendo la llegada de las preguntas del corazón—. Me he dedicado a criar a mis sobrinas y no he tenido demasiado tiempo para los hombres.

—¿Y qué pasó con aquel novio tuyo?

—Pues que se fue a vivir al extranjero, y allí se quedó —dijo Rosa con sarcasmo.

—La vida no nos ha sonreído en el amor —agregó Pilar con una mueca lejos de ser una sonrisa—. ¿Sabes que me separé?

—No… —contestó con la boca pequeña.

Rosa estaba incomoda, no sabía cómo comportarse, si desvelar que conocía todos los detalles y que estaba saliendo con Paco, o directamente ignorarlo y hacer como si no supiera nada de lo que le estaba contando. No era partidaria de la falsedad, pero… Dios mío, no tenía ni estomago, ni fuerzas para revelarle la verdad.

—Sí, Rosa, sí… —Pilar seguía hablando mientras ella no la escuchaba—. Después de tantos años juntos —su tono era de añoranza—. ¿Te acuerdas de nuestra boda? Acudisteis todos los vecinos.

—Claro que me acuerdo —contestó Rosa con un nudo en el estomago.

—¡Quién lo iba a decir! —ahora murmuraba decepcionada—. Tan bueno que parecía y tan atento. ¡No es trigo limpio, te lo digo yo! Las apariencias engañan, amiga mía.

—¿Qué había querido decir con lo del trigo y las apariencias?, se preguntaba Rosa llena de angustia. No podía estar escuchando eso de Paco. Ahora no… Ahora que había decidido entregarse en sus brazos y confiar en él pensando que podría ser el hombre que la hiciera feliz. Necesitaba saber más detalles y el motivo por el que su exvecina le calificaba de ese modo. ¿Sería la rabia de haberse deshecho el matrimonio lo que le incitaría a hablar de esa manera? Necesitaba saberlo.

—¿Te encuentras bien, Rosa? —preguntó la mujer preocupada—. Estás pálida.

—Sí, estoy bien, un poco cansada nada más —contestó a duras penas y procurando disimular su intranquilidad—. Si parecía muy buena persona —agregó Rosa sobreponiéndose e intentando sonsacarle.

—Pues sí —continuó Pilar dolida y resabiada—. Detallista, cariñoso, trabajador, todo un encanto hasta que le das el sí y te conviertes en suya para

siempre. A partir de ese momento, ya no tienes, ni voz, ni voto. Yo me hubiese separado muchos años antes, pero ya me conoces, una mujer chapada a la antigua que pensaba que el matrimonio era para toda la vida. Hasta que abrí los ojos. Me di cuenta de que me estaba maltratando psicológicamente. De hecho, en los últimos momentos y viendo que me perdía, llegó incluso a levantarme la mano.

—¡No!… —es lo único que pudo decir.

—Sí, hija sí… ese fue el detonante que me llevó a tomar la decisión de separarme firmemente.

Rosa no podía creer lo que su exvecina le estaba contando. ¿De verdad estaba hablando de la misma persona? Por un momento, recordó las últimas palabras escuchadas por boca de Paco de hacían tan solo una hora: «Te quiero y quiero que te cases conmigo, que seas mía para siempre».

—No me lo puedo creer —murmuró con apenas un hilo de voz. Eso fue lo único que Rosa logró decir de su seca garganta.

—¡Sí, ya lo creo y mucho más que no te voy a contar ahora, aburriéndote con mi vida! —el tono de voz de Pilar había recuperado el tono cordial como si hubiese pasado página.

Se despidieron a los pocos minutos y Rosa salió a la calle. Necesitaba que le diera el aire. La tensión de ahí dentro provocada por la noticia de descubrir la verdadera identidad de Paco, y no haber tenido el valor suficiente para confesarle que estaba saliendo con él, la estaban ahogando.



Capítulo 48

Sara, en compañía de Lluís y Pepe comentaba la situación. Era cierto que llevaban siete llaves encontradas y escondidas supuestamente en un lugar seguro. Pero el hecho de tener a Erika y a su vecino pisándoles los talones, unidos además al tipo del puro que no se cansaba de ocupar su puesto en la calle controlando sus entradas y salidas, les incomodaba lo bastante como para tenerlos las veinticuatro horas del día con el culo prieto. Pepe, ya ni se molestaba en ocultar la amistad que les había unido. Era ridículo hacerlo, ya que en multitud de ocasiones les habían visto juntos. La jugada inicial de mantenerse al margen había sido un autentico fracaso. Solo su verdadera identidad se mantenía intacta y ninguno de todos ellos pensaba revelarla por nada del mundo.

—Creo que deberíamos buscar otro escondite para los hallazgos. No me da buena espina que guardemos todas las llaves juntas —dijo Sara llena de razón—. Si la cosa se pusiera fea, no quiero ni pensarlo después de todo lo que estamos pasando para encontrarlas. Además, la prueba la tenéis en mi padre. Únicamente reveló la posición de cuatro de las llaves en su libreta. Si él tenía tanto interés en separarlas, sería por algo.

—Me parece una posición bastante coherente —concluyó Pepe.

—No va a ser fácil buscar otro escondite —añadió Sara pensativa.

—No lo es y creo sinceramente que donde están es el lugar más seguro —atajó Lluís—. Por el micrófono que instalaron en vuestro piso deben saber perfectamente donde guardamos las llaves. De hecho, siempre se hablaba de una sola caja porque realmente no teníamos otra. Lo más normal es que crean que las tenemos todas juntas. Pero y si… abriéramos alguna más. Estarían repartidas entre ellas lo que despistaría en un momento crítico. Esas llaves, serían el cebo

por si en un momento de apuros tenemos que revelar la posición de los hallazgos.

—Creo que voy entendiendo tu plan —continuó Sara—. Ese cebo nos haría ganar tiempo suponiendo que las cosas se complicasen.

—¡Así es! —contestó Lluís con una sonrisa, satisfecho de su plan—. Puesto que son cajas de seguridad confidenciales… —continuó Lluís con su argumento — nadie puede averiguar si tenemos una o más cajas. Además, creo que es más seguro que buscar otro lugar. Con la vigilancia que tenemos encima, detectarían algo raro enseguida.

—Me parece bien —sonrió Pepe.

—Lo comentaremos con Alejandra cuando regrese —dijo Sara.

Hubo una sonrisa común de mutuo acuerdo.

—Tenemos que continuar con la investigación de Augusto Fonfría —comentó Sara de nuevo—. Esta última llave nos ha tenido tan ocupados que lo hemos dejado de lado. Si es el responsable de todo esto no puede quedar impune.

—Mañana a primera hora nos pondremos manos a la obra —continuó Pepe.

Sara miró el reloj, eran las nueve de la noche y Alejandra todavía no había llegado. Al parecer, hoy tenía un día movido en la revista, por lo menos eso fue lo que le había comentado en la hora de la comida. Al instante, se oyó el ruido de la puerta de la calle. Su hermana acababa de entrar.

Cuando llegó al salón, a ninguno de los presentes le pasó por alto el humor de perros que la envolvía, junto con los ojos endemoniados que llevaba.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Sara preocupada.

—¡No os lo vais a creer! —contestó Alejandra encolerizada—. Me han felicitado por mi artículo en la revista del mes pasado.

—Eso no suena tan mal —interrumpió Sara sin dejarla terminar.

—Espera y verás… He recibido una llamada de teléfono del mismísimo Augusto Fonfría, como ya sabéis es uno de los mayores accionistas de la revista Vía Augusta, y me ha propuesto hacer un artículo bastante extenso sobre A. F. C. A. N. I. Sara, al igual que Lluís y Pepe, se quedaron sin palabras. Sus mentes navegaban a una velocidad de vértigo intentado adivinar dónde estaba el cepo.

—¿Qué pretende con ello? —preguntó Sara desorientada—. Sabe que eres la hija de Jorge Ferrer y que si él es el culpable de todo esto, está enterado de que estamos tras la búsqueda de las llaves y sobre la pista de A. F. C. A. N. I.

—No lo sé… por eso estoy tan indignada. ¿Cómo puede pretender que haga

un artículo alabando la asociación, si lo que pienso es todo lo contrario? Y si no lo hago, me juego el puesto de trabajo.

—¡Es un arma de doble filo! —prosiguió Pepe—. Yo no me fiaría de él. Es muy astuto. Ya dicen que: «Más sabe el diablo por viejo, que por diablo».

—¡No hay mejor ataque que un buen contraataque! —dijo Lluís que hasta el momento había perdido las palabras—. Se está cubriendo las espaldas. ¿No os dais cuenta? Algo trama y es bastante gordo. Sabe que vamos a por él y se está preparando el terreno… el muy hijo de puta.

—¿De cuánto tiempo dispones? —preguntó Sara angustiada.

—De casi dos meses. Será para la revista de Marzo.

—Un momento —añadió Pepe—. Si tienes que hacer un artículo extenso, tendrás que visitar e indagar sobre la Asociación.

—Así es —contestó Alejandra sin saber muy bien a qué se refería.

—Pues… que nos lo ha puesto en bandeja. Es una manera de averiguar datos y visitar ciertas estancias que sin su permiso posiblemente no podríamos hacerlo.

—Bien… puedo jugar a dos bandos —continuó Alejandra ya más calmada —. Por un lado, recopilar información para el artículo y por otro intentar desenmascarar a ese cabrón. Pero cuando haya transcurrido el plazo…

—Entonces, Dios dirá —continuó Pepe con tono suplicante—. Esperemos que todo este embrollo se haya resuelto antes, si no, te veo en una situación un tanto embarazosa.



El inspector Moreno y el subinspector Roque hacían las pesquisas necesarias para localizar al tal Andreu Subies, el nuevo nombre que había aparecido en la investigación gracias a sus huellas dactilares en la estación de Colón. Disponían de dos direcciones donde poder localizarlo y casualmente en Valencia, aunque no guardaban demasiadas esperanzas. Curiosamente, hacía más de diez años que no había ningún registro a ese nombre. Ni cuentas bancarias, ni declaraciones de renta, ni renovación de carnet de identidad, ni de conducir, ni una multa de tráfico. No aparecía ninguna vivienda a su nombre, ni ninguna pertenencia. Parecía que se lo había tragado la tierra aunque tampoco aparecía su defunción ni en España ni en el extranjero. Ese individuo no figuraba en ningún sitio; era como si no existiera. Claro que después de verificar sus huellas dactilares en el

grifo del baño de la estación, parecía estar vivito y coleando. Se dirigieron a la primera dirección. Supuestamente y como les habían informado había sido su hogar a lo largo de su infancia. Según los datos contrastados, tan solo su madre y su padrastro vivían actualmente allí. Los dos agentes llamaron a la puerta según las señas del informe. Tras esperar unos minutos, una mujer de unos sesenta años enlutada y menuda les abrió la puerta. Su rostro pálido verificaba que no rebosaba buena salud.

—Díganme… —dijo con el estomago encogido al ver a los dos policías frente a ella. Presintió que no traían buenas noticias.

—Señora, ¿es usted Matilde García?… —preguntó el subinspector Roque viendo como temblaba el bastón que la sujetaba.

—Sí, soy yo… ¿Qué ha sucedido? —preguntó con un nudo en la garganta.

—Nada, no se alarme —procuró tranquilizarla el inspector Moreno, nada más lejos de su intención que asustar a esa frágil mujer—. Tan solo queremos hacerle unas preguntas sobre su hijo Andreu Subies.

—Sobre mi Andreu. ¿Saben ustedes dónde está? —preguntó su madre esperanzada. Una oleada de dicha recorrió su cuerpo al escuchar después de tanto tiempo el nombre de su hijo.

No necesitó una respuesta por parte de esos dos hombres. En sus rostros pudo adivinar una rotunda negativa. La alegría que por unos instantes la había envuelto se disipó como por arte de magia. A continuación, y recobrando la serenidad, les invitó a entrar. Apoyándose sobre un bastón y caminando a duras penas les acompañó hasta la salita de estar y les ofreció asiento.

—No, gracias señora… tan solo serán unos minutos —contestó Roque educadamente.

—Si no les importa yo tomaré asiento… no aguanto apenas en pie. Esta enfermedad que arrastro tantos años todavía no se ha decidido a llevarme al otro mundo. Ustedes dirán…

—Quisiéramos saber el paradero de su hijo Andreu Subies.

—Yo también quisiera saber su paradero —contestó la mujer con añoranza —. Hace más de diez años que no sé nada de él. Al principio, se fue a vivir fuera de Valencia y más tarde, al extranjero. Pero ya son tantos años sin tener noticias suyas, que ya no sé qué pensar.

—¿No ha recibido una carta o una llamada de teléfono? —preguntó Moreno intentando descifrar si la mujer mentía o no.

—Nada de nada. Lo pasó muy mal cuando mi hija se suicidó. Mi pobre

Andreu tuvo una infancia y una adolescencia muy difícil. ¿Puedo saber por qué lo van buscando?

El inspector Moreno dudó antes de contestar.

—Tan solo es un mero trámite burocrático.

La mujer lo miró con desconfianza. Podía adivinar en su rostro y en su voz que no decía la verdad. Después de tantos años, su hijo debía de haber dado señales de vida; quizá esas señales no demasiado legales, porque si venía la policía buscándole y preguntando por él. Ese Andreu siempre metiéndose en problemas. Le alentaba saber que todavía vivía. Si no hubiese sido así le habrían comunicado su fallecimiento.

—Tenemos una segunda dirección que está enlazada con el nombre de su hijo, es de un bar en esta misma avenida —añadió Roque viendo que la mujer permanecía pensativa.

—Sí, es el negocio de mi marido. Allí están trabajando también mi yerno y mi nieto. No van a conseguir más información, pero si quieren ir a preguntarles. No tenemos nada que ocultar y ojalá supiéramos su paradero. Se pueden imaginar la tortura de una madre al desconocerlo.

—Muy bien, señora —continuó Moreno—. Muchas gracias, no hace falta que nos acompañe a la puerta.

—Una cosa más… —murmuró la mujer desde su sillón—. Les agradecería que si tienen noticias de mi Andreu, le den por favor un mensaje: díganle que le echo mucho de menos y, que se ponga en contacto conmigo. Por favor, ¿lo harán?

Los policías asintieron, después se dirigieron hacia la salida. Los ojos de la mujer se tornaron vidriosos y unas delicadas lágrimas se dejaron ver recorriendo sus mejillas. Por unos instantes, recordó las imágenes de Andreu gateando por el suelo, su primer cumpleaños, su primer día de clase, en esa época, ella todavía estaba bien. ¡Qué momentos tan felices aquellos!… La tristeza invadió aquella estancia y ella lloró y lloró como hacía mucho tiempo que no lo hacía.



La avenida de la Plata era larga y transitada, pero el número que buscaban estaba al principio. Aparcaron el coche patrulla en la puerta del bar Oro y Plata. Roque y Moreno se adentraron en él. Se sentaron en la barra y pidieron un café para

cada uno. Se limitaron a observar. Había tres hombres detrás de la barra. Por la edad, encajaban a la perfección, según la explicación de la madre de Andreu. El más mayor debía de ser su padre, el mediano, su cuñado, y el más joven, su sobrino. Era la hora del almuerzo y los bocadillos la estrella de la mañana acompañados de cervezas y refrescos. Moreno le preguntó al camarero más joven, un chaval con un lunar en una de sus mejillas.

—Perdona… quisiera información sobre Andreu Subies.

—¿Sobre quién? —preguntó el chaval delatando sus nervios.

—Sobre Andreu Subies. Tengo entendido que eres su sobrino. ¿Es así?

El chaval con la expresión de la cara desencajada miró a su padre y éste le devolvió la mirada acercándose.

—¿Ocurre algo, agente?

—Preguntaba al joven por Andreu Subies —contestó Moreno receloso—. Usted debe de ser su cuñado… ¿no es así?

—Si, así es, solo que no sabemos nada de él. Hace más de diez años que desconocemos su paradero y la verdad es que tampoco es que tengamos muchas ganas. Siempre estaba metiéndose en líos, y ahora, si nos disculpa estamos en una hora crítica y todas las manos son pocas. Por cierto, están invitados al café.

—Gracias… pero aún así nos gustaría hablar con su suegro —dijo mientras señalaba al hombre más mayor.

—Como quieran, ahora se lo mando, pero por favor, sean breves.

El hombre más mayor se acercó a ellos. Sus rasgos eran duros y su calvicie evidente.

—Ustedes dirán —dijo en tono de fastidio.

—Perdone que le molestemos, ya sabemos que es una hora punta en su negocio, pero…

—¡No sé nada de Andreu, si es eso lo que quieren saber! Y no tengo ningún interés en que vuelva. Bastantes problemas nos trajo.

—Veo que no le tiene mucha estima a su hijo —preguntó el subinspector Roque un poco molesto por el tono del hombre.

—¡Hijo! Ése no es mi hijo. Solo es un sinvergüenza que traía la mujer con la que me casé y que hizo que me destrozaran el local y no sé qué otras cosas más. ¡No tengo nada más que decir! Así que si me disculpan.

Roque y Moreno salieron del bar todavía más liados que cuando habían entrado. Aun así, no se daban por vencidos.

—Voy a indagar en los archivos, el suicidio de la hermana de Andreu Subies

y los incidentes que han rodeado el bar y la familia, a ver si consigo descifrar y aportar algún dato. A veces hay que remontarse atrás para dar con la clave de todo —dijo Moreno lleno de curiosidad—. Me huelo que aquí hay mucha más mierda metida de la que parece ser.

—Estoy contigo, Moreno —replicó Roque—. Creo que hay muchas incógnitas por desvelar. Mañana a primera hora hablaré con Rebeca para que busque en los archivos y nos los pase a la oficina. Y de paso haber si aparece la joven que te tiene trastocado —añadió Roque con retintín.

Moreno le miró sin decir ni una sola palabra. Sobraban todas ellas. Acto seguido, puso el coche en marcha.



Capítulo 49

Sa noche había sido larga sin poder pegar ojo. Había amanecido y ya bien entrada la mañana Rosa estaba tumbada en la cama sin alientos para levantarse. La persiana permanecía cerrada y con la tenue luz de la lamparilla de noche estaba pensativa y con la mirada fija en los dibujos de la talla del techo. Apenas si podía respirar del peso tan increíble que se había alojado en su pecho. No le dolía la cabeza, ni tampoco el cuerpo. Solo le dolía el corazón. El dolor era tan fuerte que no le permitía moverse. El mal de amores, lo llamaban algunos. Su más temido enemigo y el que le había hecho compañía gran parte de su vida. Otra vez se sentía mal. Otra vez, se repetía, en cierta manera la historia de hacía veintitrés años. Otra vez, volvía a estar sola. El teléfono no había dejado de sonar en las últimas horas insistentemente y siempre había sido Paco. Ella se había negado a descolgar. No tenía ánimos para hablar con él. La conversación mantenida con Pilar, su exmujer, la había dejado a la deriva. Quizá era injusta, dando crédito a ella sin escuchar la versión de Paco. Tenía que escucharlo, tenía que darle la oportunidad de defenderse. Pero el temor que le acechaba, era que la convenciera y se la llevara al huerto como lo había conseguido hacer hábilmente en otras ocasiones. Por su profesión, tenía don de gentes. Estaba segura que la volvería a camelar, por eso se resistía a mantener una conversación con él, por lo menos, hasta que el tema lo hubiera madurado lo suficiente y pudiera obrar con frialdad. Necesitaba desconectarse. Rosa pensó en la vuelta que había dado la situación cuando la relación iba como la seda. Tenía que darle una segunda oportunidad, a lo mejor Pilar exageraba en sus afirmaciones. Su cabeza era un ir y venir de suposiciones, de conjeturas sin sentido. De hecho, hoy no pensaba salir de casa. La visita al Mercado Central sería suspendida por otro día. Quería

meditar sobre la situación. Estaba claro, hablaría con él y le pondría las cartas sobre la mesa.

Sin pensarlo dos veces, se levantó, caminó descalza y se dirigió a la cómoda. Abrió el último cajón y escarbó entre la ropa de cama. Al final, consiguió encontrar lo que buscaba. Lo cogió y se tumbó de nuevo en la cama. Una foto raída sujetaba entre sus manos. Su mirada se quedó fija en la figura que representaba. Se acurrucó entre las sabanas y con la luz encendida y la foto entre las manos, se quedó dormida.

No sabía el tiempo que había transcurrido. Estaba claro que se había quedado traspuesta, pero algo la había sobresaltado despertándola y dejándola aturdida y descolocada. Miró el reloj y eran más de las once de la mañana. De repente, el timbre de la puerta la sobresaltó de nuevo. Eso era lo que la había despertado. Atontada, se levantó descalza y se dirigió a la entrada. Miró por la mirilla y su sorpresa fue mayúscula cuando vio que Paco estaba al otro lado. No podía abrirle, pensó. Ahora no. A lo mejor se daba media vuelta y se iba por donde había venido. Pero Paco, volvió a insistir una y otra vez. Rosa, al otro lado, nerviosa e indecisa, optó por abrir.

—Rosa… ¿te encuentras bien? Estaba asustado. No me coges el teléfono y ahora no abres la puerta, yo…

—Estoy bien —dijo débilmente—. Bueno no muy bien… ¿Quieres pasar?

—Creía que no me lo ibas a pedir nunca —contestó él, cohibido.

—Debo de tener un aspecto horroroso —se disculpó Rosa mientras se arreglaba el pelo.

—Estás preciosa de cualquier manera —añadió él adulándola.

—Paco, no estoy de humor… he dormido fatal.

Rosa se quedó pensativa por unos instantes. ¿Qué día era hoy? ¿Era festivo?

—¿Tú no deberías de estar trabajando en el Mercado? —preguntó al darse cuenta de que era un día hábil.

—Sí, pero al ver que no me cogías el teléfono he pensado que te había ocurrido algo y me he dejado allí al chico solo.

Rosa pensó si estaba exagerando la situación. Miró a Paco y se sentó en el sofá. Un estornudo se interpuso entre ellos.

—¡Estás descalza! —pronunció Paco mirando a ambos lados y buscando las zapatillas.

—Están en la habitación. No te preocupes. Siento haberte asustado —dijo ella arrepentida de su rabieta.

Paco se adentró en la habitación. La cama estaba deshecha, la lamparilla permanecía todavía encendida. Abrió la persiana de la ventana y dejó que entrara algo de luz. Hacía un día de invierno precioso. Se dirigió a la mesita y apagó la luz mientras cogía las zapatillas. A punto de salir de la habitación, se dio la vuelta para estirar un poco las sabanas hechas un ovillo. Pero cuál fue su sorpresa al descubrir una foto camuflada entre ellas. La cogió y se quedó perplejo observándola. Había dos personas, una de ellas era Rosa con veintitantos años menos, la otra, un hombre aproximadamente de su misma edad. Paco fijó su vista en el rostro de aquel desconocido. Pero en ese mismo instante, un terrible escalofrío le recorrió de pies a cabeza.

—¡Santo Dios!… —murmuró.

Acababa de conocer al sujeto en cuestión. Era el antiguo novio de Rosa. El tal Miguel Roselló. De hecho, lo conoció en aquella época. Tenía un vago recuerdo de él. Esos ojos no se olvidaban así como así. En ese preciso instante cayó en la cuenta y recordó el individuo que había visto en dos ocasiones merodeando por el Mercado Central. Era él sin ninguna duda. Era Miguel Roselló el que se paseaba por los pasillos del Mercado. ¿Buscando qué? ¿Iba simplemente a comprar enseres… o realmente a quien buscaba era a Rosa? Ahora entendía ese temor inexplicable que le acosaba sin saber porqué cuando lo veía. Su subconsciente lo había reconocido antes que él. Una pregunta le surgió envuelta en angustia. ¿Sabría Rosa que estaba en Valencia y por eso se encontraba tan mal?



Llevaban más de dos horas hablando y Rosa parecía mucho más tranquila. Como ella imaginaba, Paco la había convencido plenamente. Ella le había contado el encuentro fortuito con su exmujer y, con todo lujo de detalles le había comentado su conversación. Éste le dio la razón en pequeñas cosas y en otras se las quitó. El caso es que la relación volvía a estar casi como antes y sin apenas secuelas al respecto. Paco la observaba intentando adivinar si ella le ocultaba la existencia de su antiguo novio en la ciudad. De momento, no parecía estar muy enterada del tema y él tampoco se lo pensaba decir de ninguna de las maneras. Aún así, dejó caer una pequeña china para tirarle de la lengua.

—Rosa, cuando he pasado por las zapatillas a tu habitación… he visto una fotografía encima de la cama… Quizá no debía… pero no he podido evitarlo.

Ella, en ese preciso instante se acordó que se la había dejado entre las sabanas y por un momento sintió vergüenza.

—Es cierto —admitió—. Me sentía tan mal y tan sola en ese momento que…

—Pero sabes que me tienes a mí para todo lo que necesites. Yo mismo romperé esa foto si tú quieres.

Paco hizo intención de levantarse para cumplir su objetivo.

—No… ya lo haré yo. No te preocupes —dijo Rosa a media voz.

—Sabes que Miguel no va a volver. Hemos hablado mucho tiempo de ello y creía que ya lo tenías en el olvido.

—Lo sé… —contestó Rosa sumisa—. Ha sido un impulso.

—Rosa te quiero y siempre te querré. Lo sabes… ¿verdad?

—Por supuesto.

Un beso culminó su frase. Rosa se sintió protegida y eso le hizo sentirse bien. Paco la abrazó apasionadamente y una tranquilidad reinó en su interior. Al parecer, ella no tenía noticias de su antiguo novio. ¡No podía volverlo a ver! Si eso ocurría, se jugaba su felicidad.



Quedaban pocas horas para la noche de fin de año y cada uno de los visitantes del Mercado Central ultimaba sus compras. Paco, esa mañana, no estaba centrado, a pesar de ello, su puesto de fruta se cubría de gloria con los kilos y kilos de uva que había vendido. El año terminaba bien, solo esperaba, empezarlo con buen pie. Al igual que en Nochebuena lo pasaría en casa de Rosa, solo que sería mucho más íntimo, ya que estarían tan solo ellos dos. Ella estaba a punto de llegar. Solía hacer siempre el mismo recorrido y sobre la misma hora. Solo que esa mañana Paco estaba intranquilo y un gran temor le acechaba. ¿Y si Rosa se cruzaba con su antiguo novio por unos de esos pasillos? ¿Se conocerían nada más verse después de veintitrés años? ¿Sería casualidad haberlo visto en dos ocasiones, o visitaría el mercado con frecuencia? ¿Qué demonios hacía de vuelta en la ciudad? Lo que más deseaba en el mundo era que si eso era así, por lo menos se hubiera casado y hubiera formado una familia. De ese modo, no sería un obstáculo en su relación.

—¡Buenos días! —se oyó a su espalda.

Paco se giró al oír la voz de Rosa.

—Buenos días, preciosa… —dijo intentando ahuyentar los malos pensamientos. ¿Llevas mucho en el Mercado?

—No, acabo de llegar —dijo ella ajena a lo que se cocía en la mente de Paco —. Hoy se me ha hecho más tarde de lo habitual. Pero como no tengo prisa, recogeré el encargo de la carne y daré una vuelta.

—Si quieres lo recojo yo —contestó Paco inquieto, intentando evitar que permaneciera más de lo necesario en el mercado.

—No… de eso nada. Tú estás trabajando. Volveré dentro de un rato —añadió mientras se alejaba.

Paco la siguió con la mirada hasta que se perdió por uno de esos interminables y enredados pasillos. Hubiera ido detrás de ella si no fuera porque la parada la tenía repleta de gente y no podía desatenderla.

Rosa, pasó por uno de los puestos de carne, después, se detuvo comprando algo de marisco y también frutos secos. Cómo le gustaba pasear por esos angostos pasillos. Oír el zumbido de los rumores de la gente y oler la infinidad de aromas diferentes. Su mente se transportó al pasado durante unos segundos y ella se dejó llevar inocentemente. Pasado ese breve espacio de tiempo, continuó su marcha y se plantó en la realidad. Ése era el momento que tenía que vivir y olvidarse de turbios recuerdos, se dijo.

Por segunda vez esa misma mañana, Rosa pasaba por el puesto de Paco. Éste, al verla, le cambió la cara. La angustia le estaba ahogando y la ausencia de no verla se le había hecho interminable.

—¿Ya te vas? —le preguntó.

—Sí, nos vemos esta noche —contestó ella sonriente.

—Ponte bien guapa para despedir el año.

—Tú también.

Rosa le dedicó una de sus mejores miradas y se dio la vuelta alejándose de allí.



Unos minutos antes y en el mismo mercado, Miguel llevaba casi dos horas paseando y dando vueltas y más vueltas. No desistía en su empeño de poder

encontrar a su antigua novia Rosa. Esa noche la pasaría solo, en compañía de una buena botella de vino y esperaba dar fin de ella, al igual que la Nochebuena pasada. Compraría un racimo de uvas y le pediría al Año Nuevo que le ayudara a encontrarla. Ahora que había adquirido un piso estupendo con unas preciosas vistas panorámicas de la Ciudad de las Artes y las Ciencias invirtiendo parte del capital ganado durante todos estos años. Tan solo necesitaba vestirlo y llenarlo de muebles dándole un toque femenino. Por eso, solo había comprado lo indispensable con la esperanza de que Rosa pudiera derrochar su buen gusto. Todavía confiaba en volver a verla y sobre todo en poder unir sus vidas y reanudar lo que dejaron a medias hacía veintitrés años. No quería pensar que ella hubiese rehecho su vida, aunque, lógicamente, cabía la posibilidad y estaba en todo su derecho. Si fuese así, tendría que apechugar con ello, por mucho que le doliera. Pero una pequeña llama desde su interior le decía que no perdiera la esperanza, que iba por buen camino.

Había decidido regresar a casa, tan solo le quedaba comprar las uvas y la búsqueda de hoy habría concluido, por lo menos en esa zona, porque por la tarde y como de costumbre seguía buscándola recorriendo parte de la ciudad.

Decidió acercarse a un puesto en el que había visto fruta con muy buen aspecto en otras ocasiones aunque todavía no se había decidido a comprar. Tan solo le quedaban unos pocos metros y, efectivamente, desde donde se encontraba podía admirar unos racimos realmente golosos. De repente, se detuvo en seco y el corazón le dio un vuelco. Una mujer de unos cincuenta años aproximadamente hablaba con el dueño del puesto en cuestión. Los dos sonreían, parecían conocerse bien. Miguel Roselló no podía precisar con exactitud quién era esa mujer, pero había algo a su alrededor que la envolvía y que le resultaba extrañamente familiar. Nervioso y ansioso al mismo tiempo aceleró el paso para colocarse a su lado. La distancia que le separaba de ellos le impedía verle la cara lo suficiente como para identificarla, pero… ¿por qué los nervios se habían apoderado de él y las piernas no le sostenían? Acto seguido, la mujer se dio la vuelta despidiéndose del hombre y se alejó de allí. Miguel, la siguió con la mirada procurando no perder su rastro pero había demasiada gente.

—¡No!… —gritó viendo como la perdía entre la multitud.

Sus zancadas aumentaron de velocidad y a empujones se abrió paso por los pasillos a pesar de las quejas e insultos recibidos. Por mucho que se esforzaba en abrir los ojos para localizarla, se daba cuenta de que irremediablemente la había perdido. Aquello tenía todo el aspecto de una terrible pesadilla. Necesitaba ver a

esa mujer de frente. Ver los rasgos de su cara para averiguar si realmente era la persona que llevaba buscando varios meses. Pero la suerte no le acompañaba. Lo que en un principio le había dado pie a que no perdiera las esperanzas, en cosa de unos minutos se había convertido en un autentico suplicio. Por más vueltas que daba, no la veía por ningún sitio. La desesperación se había apoderado de él. Había sido todo tan rápido que…

—¡Maldita sea! —se dijo—. Cerró los puños y se maldijo mil veces por su torpeza y lentitud en actuar.

Desanimado, retrocedió sobre sus pasos y se encaminó al puesto de fruta. Pensó que posiblemente el hombre que estaba hablando con ella le pudiera ayudar.

—Perdone… —dijo cortésmente— la mujer con la que acaba de hablar ¿la conoce?

La cara del frutero cambio de expresión al ver la cara del cliente. ¡No podía ser! Se dijo Paco mientras intentaba disimular su sobresalto. Su temida pesadilla se estaba haciendo realidad.

—Perdone… ¿cómo dice? —preguntó Paco fingiendo no haberle escuchado.

—Qué si conoce a esa mujer que estaba hablando con usted hace tan solo cinco minutos —la voz de Miguel Roselló se había convertido en angustia. Una angustia palpable en el ambiente.

—No sé de quién me habla —Paco intentaba interpretar su papel lo mejor posible—. Por aquí pasan centenares de mujeres y no puedo recordarlas a todas.

—Escuche… es muy importante —añadió Miguel en tono casi suplicante—. ¡Tiene que recordarla! Llevaba un abrigo marrón. Hace tan solo unos pocos minutos que ha hablado con ella, y además, se reían. Seguro que la conoce. Por favor, intente hacer memoria.

Paco notó como si le hubiesen tirado un jarro de agua fría, al recordar las palabras de ese desconocido, «y además, se reían. Seguro que la conoce».

—Pues no sé… —murmuró mientras fingía pensar.

—Dígame… ¿sabe si se llama Rosa? ¿Rosa Solers? —Concluyó con un tono de voz quebrado.

Paco notó como un figurado golpe le acribillaba a la altura del estomago al oír el nombre de Rosa.

—Me temo que no. Lo siento —dijo falsamente—. Quizá la haya confundido con otra persona —Paco continuó colocando la mercancía intentando ocultar su mentira. ¿Quiere uva para esta noche?

—Sí, tan solo un pequeño racimo —respondió Miguel desanimado.

—Seguro que no quiere más para la familia —preguntó intentando sonsacarle.

—No, gracias… tan solo es para mí —añadió Miguel tristemente.

Un ficticio tercer golpe le destrozó por dentro al descubrir que su antiguo novio estaba solo, si no tenía familia con quien compartir. Así aumentaba el peligro de perder a Rosa. Inconscientemente y de pura impotencia, apretó la mandíbula mientras le pesaba la uva.



Capítulo 50

La oficina del inspector Moreno y el subinspector Roque era un revuelo de papeles y carpetas por todas partes. La agente Rebeca, una chica morena con pelo bastante corto, algo entradita en carnes pero con una simpatía fuera de lo común, iba y venía por la comisaría atendiendo a los recados de ellos dos.

—Con esto, creo que está todo el material que me habéis pedido —dijo la muchacha descargando el último montón de archivadores encima de la mesa—. Dado que hoy es fin de año, vale decir que os va a durar hasta el año que viene —añadió con una sonrisa cargada de ironía.

Moreno levantó la vista y la miró fijamente sin reírle la gracia. Echó una ojeada a la mesa y pensó si había sido una buena idea lo de remontarse tan atrás en esa búsqueda que posiblemente sería una pérdida de tiempo. Sin decir ni una sola palabra continuó en la página que se había quedado. Roque se limitó a ordenar por fechas y a dar un vistazo por encima. Era el último día del año y lo que menos le apetecía era pasarse todo el día leyendo.

—¿Qué haces esta noche, Moreno? —le preguntó en tono amistoso.

—Poca cosa. Cenaré con dos amigos y terminaremos la noche jugando a algún juego de mesa. ¿Y tú? ¿Con la familia? —preguntó Moreno sin levantar la vista del papel.

—Sí, con los nanos pequeños no tienes libertad de movimientos. Ya sabes… —dijo mientras cerraba una de las carpetas dando por concluida la lectura—. ¿Vas a terminar el año leyendo sin parar?

—Hasta la hora de cenar no tengo otra cosa mejor que hacer. Si tuviera alguien que me esperara como tú en casa, la cosa sería diferente —Moreno le miró con una pizca de envidia sana.

—Ya es hora que encuentres a una mujer que te valga la pena —añadió Roque pensando que hasta el momento había dado tumbos y más tumbos.

—No es tan fácil —murmuró Moreno—. El mercado cada vez está más difícil.

—Por eso no se puede ser tan exigente —añadió Roque mirándolo de reojo.

—Lo dices tú, porque ya la tienes… ¿no?

Los dos sonrieron.



Sara salía de su clase de yoga pensativa. Miró hacía un lado y otro de la calle. Parecía que no había moros en la costa. Ya se estaba empezando a acostumbrar a tropezarse con el individuo del puro que acechaba su puerta cada dos por tres. Lo más curioso era que últimamente, ni se preocupaba en disimular que la vigilaba. Lo hacía descaradamente. Al principio, ella se sentía atemorizada. Pero con el paso de los días se había relajado y simplemente andaba con mucho ojo cuando iba a realizar algo que prefería mantener oculto. A primera hora de la mañana lo había tenido pegado a sus espaldas cuando había pasado por el Banco de Valencia junto con Alejandra y Lluís y habían cumplido lo planeado de abrir varias cajas. Una caja vacía de cebo y dos que contenían las llaves. Era tontería intentar despistarlo cuando sospechaba por qué visitaban el banco. No quería ni pensar si la cosa llegaba a ponerse fea de verdad. ¿Hasta dónde estarían dispuestos a llegar? De momento, no se habían metido demasiado hondo, pero la cosa no pintaba bien y jugaban contra gente muy poderosa. Un escalofrío le recorrió de arriba abajo. Intentó despejar su mente y mantenerla ocupada con la cena de esa noche. Los cuatro pasarían la Nochevieja juntos y juntos entrarían en el Nuevo Año.

Acababa de llegar a la calle Quart y estaba a punto de abrir la puerta del portal cuando una sombra se le acercó por detrás.

—¡Hola Sara! ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú, Erika? —contestó Sara muy entera.

—Se nos va este año —dijo amigablemente.

—Pues sí… —continuó Sara sin ánimos de dar mucha conversación, mientras tocaba el botón del ascensor.

—Tenéis un amigo nuevo —afirmó en tono curioso.

—¿Un amigo nuevo? —preguntó Sara sin entender a qué se refería.

—Sí, ese indigente que merodea por aquí —continuó Erika intentando recabar información—. Creo que se llama Pepe. Sois demasiado confiados. A veces la gente no es lo que parece.

A Sara se le estaba empezando a agriar cada palabra que escuchaba de esa lagarta.

—¡Cuando dices que la gente no es lo que parece!, ¿lo dices por ti? —replicó Sara con sarcasmo mientras entraba en el ascensor.

—No… —contestó con una media sonrisa—. Lo digo por ese hombre sin identidad, apodado Pepe. Con respecto a mí, yo soy muy clara y con el tiempo te darás cuenta hasta qué punto.

Erika salió en el segundo piso y Sara subió hasta el ático.

—¡Joder! —refunfuñó Sara llena de rabia.

Ya le había dejado con el cuerpo encogido. Por los comentarios de su querida vecina, estaba claro que habían investigado sobre Pepe y su identidad. No podían descubrir quién era en realidad. Si cuando era tan solo un niño se preocuparon de hacerle la vida imposible, ¿qué serían capaces de hacer ahora ya convertido en un hombre y sin recursos?

Cuando llegó a su casa Alejandra estaba delante del ordenador. Al girarse para saludarla percibió la palidez de su cara.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

—Me he tropezado con Erika, por sus comentarios están investigando sobre Pepe. Aunque por el momento no saben gran cosa.

—Nos están cercando poco a poco —continuó Alejandra resignada—. Nos quieren tener tan controlados que para respirar vamos a tener que pedirles permiso. Esta mañana me ha llamado por teléfono Augusto Fonfría, quiere verme el día dos de enero en su despacho para comentar el artículo de su Asociación.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Sara.

—No lo sé… De momento, me informaré de todo lo que pueda. Debe de tener algún punto débil y tengo que encontrarlo.

—Ayer comí con Tía Rosa —comentó Sara preocupada.

—¿Y?…

—Pues la noto rara.

—¿A qué te refieres? —preguntó Alejandra interesada.

—Está… no sé… diferente. Sabes que ella siempre ha sido una persona

fuerte por naturaleza y nunca le ha dado miedo nada. Al contrario, con los palos que le ha dado la vida, ha aprendido a trampear los baches.

—¡Me estas asustando, Sara!

—Pues la noté distante y lo que más me llamó la atención es que cuando habla de Paco es como… no sé cómo explicártelo.

—¡Dilo claramente, me tienes en ascuas! —su tono había subido inconscientemente.

—Pues su actitud era como… de sumisión.

—¿De sumisión?, no me lo puedo creer —Alejandra no daba crédito a las palabras de su hermana. Era imposible. Su tía siempre había sido una mujer temperamental y con una fuerza interior fuera de lo habitual.

—Habla con ella y dime si estoy equivocada.

—Lo haré —respondió Alejandra pensativa.



A primera hora de la mañana del día dos de enero, Alejandra se presentaba puntual en el despacho de Augusto Fonfría. Su secretaria no estaba en su lugar para poder avisarle de su llegada, y, nerviosa, llamó a la puerta. No obtuvo respuesta y lo volvió a intentar, mientras los nervios la iban carcomiendo por dentro. Instantes después, oyó respuesta al otro lado:

—¡Adelante!

Alejandra respiró hondo y abrió la puerta. Tal y como guardaba el recuerdo de su rostro cuando lo vio por primera vez en la inauguración de la revista Vía Augusta, ahí lo tenía delante de ella. Con un traje impecable y una corbata de muy buen gusto. Mirándole con una cínica sonrisa. Él se levantó y le tendió la mano en señal de saludo. Alejandra dudó un instante. A continuación, cedió y pudo apreciar la suavidad de sus manos masculinas y de cierta edad, lo que confirmó que su trabajo en la vida no requería un esfuerzo físico. Seguidamente, le indicó que tomara asiento y Alejandra le obedeció.

—Te preguntarás con todos los periodistas profesionales y veteranos que hay en la empresa, por qué has sido tú la elegida para la revista de marzo, precisamente una de las más importantes por coincidir con las fiestas de las Fallas.

Alejandra se sorprendió por su franqueza. En la segunda frase que le dirigía había ido directamente al grano. Por otra parte lo agradeció.

Pensó que las cosas claras y cuanto antes mejor.

—Si he de ser sincera, me sorprendió bastante.

—¡Quiero savia nueva en la empresa! —en su cara se dibujo una sonrisa mientras acariciaba una pluma de Mont Blanc—. Y según tu currículum y los últimos artículos, me pareces la persona ideal. Quiero un sondeo de los últimos años, la evolución y progreso de nuestra empresa junto con su última fusión y por supuesto, el nacimiento de Vía Augusta, dándole todo el esplendor que se merece. Sé que sabrás hacerlo. Y sé que sabrás hacerlo bien.

—Gracias por depositar su confianza en mí —Alejandra estaba abrumada y al mismo tiempo recelosa. ¿A dónde quería ir a parar?

—Me gustaría que empezaras cuanto antes —apremió Fonfría.

—Hoy mismo podría ser —contestó ella eficientemente.

—Tienes el mismo ímpetu que tu padre. ¡Eso me gusta! —dijo satisfecho de su elección.

Alejandra, al oír estas últimas palabras, notó como la sangre le hervía en las venas y se le agolpaba en las sienes retumbándole como dos tambores.

—Perdone… —interrumpió la joven con descaro— pero no sé qué relación tuvo usted con mi padre y por curiosidad, me gustaría saberlo.

—Esperaba esa pregunta de un momento a otro —respondió con frialdad—. Lo conocí hace muchos años —dijo rectificando su actitud en tono amigable—. Tú debías de ser tan solo una niña. Era una persona entusiasta y con una profesión que le fascinaba. Lástima que muriera tan joven.

—A los treinta y cuatro años exactamente y mi madre a los treinta —rectificó Alejandra con desdén—. Dejando a dos niñas huérfanas.

—La vida es cruel a veces —añadió Augusto Fonfría restándole importancia —. Pero el tiempo ayuda a cicatrizar las heridas.

—¡No siempre! —puntualizó ella fríamente—. ¡Todavía no ha contestado a mi pregunta!

—Eres tenaz —dijo él mientras la miraba detenidamente y con una media sonrisa—. Admiro esa cualidad en un hombre, y en una mujer, todavía más. Algún día te contaré la relación que me unió a tu padre.

Alejandra le miró cargada de recelo. Estaba convencida de que no se lo diría. Lo presentía.



El inspector Moreno había avanzado bastante desde que Rebeca le llevara todo el material. De hecho, se había llevado deberes a casa y el día de Año Nuevo había estado repasando folios y más folios. Al día siguiente, madrugó más de lo habitual y desde muy temprano había acudido al despacho repasando uno y otro informe del caso que le preocupaba. Todavía no sabía si estaba perdiendo el tiempo y tampoco tenía argumentos para basarse en su repentino interés por indagar en la vida de Andreu Subies. Al fin y al cabo y si no se demostraba lo contrario no había habido víctimas ni tampoco destrozos importantes. Aparentemente, no había ningún delito pero… ¿por qué lo envolvía tanto misterio? Tendría alguna relación ese tal Andreu Subies con Sara la mujer que vio en las Torres de Serrano y que le había fascinado. No parecía tener ni pies ni cabeza, pero necesitaba cumplir con su trabajo y también atenerse a las órdenes del comisario Morales. Roque entró tarareando al despacho. Se sorprendió al verlo rodeado de papeles.

—¿Que has pasado la noche aquí? —preguntó al tiempo que miraba el reloj, por si era él quién había llegado tarde.

—Pues como si lo hubiera hecho —contestó Moreno mientras se desperezaba—. Necesitó un café urgentemente.

—¿Has averiguado algo? —preguntó Roque curioso.

—Pues hay algo que me llama la atención. De hecho, he llamado por teléfono a la madre de Andreu para verificar ciertos datos.

—¿Y? —preguntó el subinspector Roque.

—Hace unos diez años aproximadamente, dejó de trabajar en el bar de su padrastro y se fue fuera de la ciudad. Pasó por Madrid, Toledo, Sevilla y Cádiz. Aparecen cotizaciones en la Seguridad Social en empresas de poca monta, restaurantes, gasolineras, etc. Así se mantuvo un par de años. Luego desapareció. Durante unos ocho años, Andreu Subies está desaparecido por completo, no oficialmente porque nadie ha denunciado su desaparición, pero no consta que esté vivo por ningún sitio, salvo las huellas dactilares encontradas en el lavabo de la estación. ¿Cómo puede vivir una persona en una ciudad como ésta, sin ningún tipo de control? Es una pregunta sin respuesta —se dijo a sí mismo el inspector—. A no ser… que viva en la calle, lo que solemos llamar «sin papeles».

Roque levantó la cabeza asimilando la última frase de su compañero.

—No me parece descabellada tu idea —farfulló—. De hecho, es muy posible que tengas razón.

—Entonces tenemos mucho trabajo que hacer —añadió el inspector levantándose de su asiento.

—Aunque sin su aspecto va a ser difícil —añadió Roque en plena forma.

—No lo creas —añadió Moreno con una sonrisa de satisfacción—. He conseguido una foto de cuando tenía quince años. Ya la he pasado para que intenten determinar su aspecto actual.

—Veo que estás en todo. ¿Algo más?

—Hay un dato más —prosiguió Moreno satisfecho de su trabajo—. Sobre el suicidio de su hermana. Al parecer, se tiró por el balcón. He estado revisando los archivos y efectivamente todo apunta que fue voluntariamente.

—¿Entonces? —preguntó Roque sin saber dónde quería ir a parar.

—Pues que su madre afirma e insiste que Andreu estaba convencido de que había sido provocado y que eso fue el detonante para que abandonara la ciudad.

—¿Crees que pudo ser él el causante de ello? —preguntó Roque algo despistado y con la mosca detrás de la oreja.

—Pues no sé qué pensar —continuó Moreno mientras le daba un sorbo al café que acababa de traer Rebeca—. Empecemos por intentar localizarlo en la calle y esperemos tener suerte. Hay que peinar la ciudad, si es que todavía se encuentra en ella. Hay que preguntar a todo indigente o persona sin recurso que veamos. Tenemos que dar con él.



Capítulo 51

La alarma se había desatado expandiéndose por las arterias de la ciudad. Todas las personas que poblaban las calles, sin un techo donde cobijarse ya fuesen descampados, o casas en ruinas, ya fuesen indigentes, inmigrantes ecuatorianos, nigerianos, o de los países del este, estaban muy alerta. La policía iba en busca y captura, y ello podía repercutir a más de uno que no estuviera conforme a la ley. Se había corrido el rumor como reguero de pólvora de que buscaban a dos personas. Un hombre, cuyo aspecto mostraban con una foto robot y que decían que se llamaba Andreu Subies. Y una mujer, cuyo retrato mostraban a todo el que se encontraban y atendía al nombre de Sara.

Controlaron todos los albergues, hablaron con la Casa de Beneficencia, se movieron por todos los recintos donde pudiera cobijarse una persona avecinada en la calle. Pero de momento, todas las pesquisas eran negativas. Ni rastro del hombre y ni rastro de la mujer.

Pepe, ajeno a semejante rastreo, bajó de casa de Lluís. Miró hacía un lado y hacia otro cuando llegó a la calle. No había señales del individuo del puro en su puesto habitual. Levantó la vista de reojo y se tropezó con Erika y su pareja Gustavo en el balcón ¡Cómo no!, se dijo. Era mucho pedir que no hubiese ninguno en su sitio de vigilancia. ¡Qué asco!, murmuró. Menos mal que mantenía su identidad oculta. Al pasar por las Torres de Quart, se tropezó con un hombre de un aspecto desaliñado y muy similar al que él tenía tan solo unos meses atrás.

—¡Pachuli! ¿Cómo estás? —gritó Pepe saludándolo mientras le daba golpecitos en la espalda en señal de camaradería.

El hombre le miró de arriba abajo intentando reconocer a ese individuo que le saludaba.

—¿Pepe… eres tú? No puedo creerlo. Tío, no pareces ni la sombra. ¿Qué te han hecho? Te has cortado el pelo y te has aseado… ¿cuántas veces hemos compartido la botella y los cartones?

—Muchas Pachuli, muchas… ¿Estás bien? —preguntó Pepe muy interesado.

—No tan bien como tú. Quién te ha visto y quién te ve —dijo al tiempo que le tocaba la chaqueta que llevaba puesta—. No tendrás un euro, ¿verdad?

Pepe, se registró los bolsillos. No solía tener dinero. Alguna moneda de vez en cuando. De hecho, iba trapicheando con algún trabajillo que le mandaba Lluís y comía en la casa de Beneficencia o en casa de Sara y Alejandra. Pero aún así volvió a revisar los bolsillos. Algo sonó en uno de ellos. Sacó dos euros y se los entregó. Era lo único que le quedaba, pero no pensó en él en esos momentos, sino en ese colega que cuando él necesitó ayuda, se la prestó.

—Es todo lo que tengo, Pachuli. Sabes que si tuviera algo más… —añadió disculpándose.

—¡Lo sé, tío! Yo sé que eres legal y que la calle no era lo tuyo. Aunque a veces nos toque vivirla. Por cierto, la poli está rondando las calles buscando a una pareja. No sabemos quiénes son. Llevan dos fotos robot de esas que hace la pasma —durante unos instantes lo miró fijamente—. El hombre se parece a ti más o menos y se llama Andreu no se qué… ah, sí, creo que Subies o algo así. Y la mujer es joven y dicen que se llama Sara. Bueno, ten cuidado y cuídate tío.

—Tú también Pachuli. Tú también —agregó mientras se despedía con el corazón en un puño.

Pepe se dejó caer en su banco habitual. Si le pinchan en ese momento no le sacan ni gota de sangre. ¿Había escuchado bien lo que le había dicho ese colega o se lo había imaginado? ¿Cómo podían estar buscándole y además con su nombre verdadero y por qué? Alguien se debía de haber ido de la lengua. Pero… ¿quién? Lluís, Alejandra, Sara. No, ellos no podían haber sido, pondría la mano en el fuego y sabía que no se quemaría. Un momento, reflexionó durante unos instantes, el saber que lo buscaba la policía le había hecho perder los estribos. Desconfiar de sus amigos era lo último que debía hacer. Las frases de su colega Pachuli se repitieron como un potente eco dentro de su cabeza. También buscaban a Sara y además con una foto robot. La cosa se complicaba. Tenía que advertirles del peligro que se avecinaba. Mientras caminaba a casa de Lluís

intentaba averiguar… ¿cómo demonios se habían podido enterar de su nombre y por qué los buscaban?



Cuando Lluís se enteró de la noticia telefoneó a Sara para comunicárselo. Si la policía se había empeñado en encontrarlos con la foto robot tenían que ir con mucho ojo.

—No sé cómo han podido dar con mi verdadera identidad —dijo Pepe angustiado.

—Debimos dejar alguna pista en el túnel de la estación —contestó Lluís intentando recordar donde habían metido la pata. Por la mochila no ha podido ser… tiene que…

—¡Mierda! —gruñó Pepe interrumpiéndole—. Lluís, creo que ya sé dónde fue. Cuando salí despedido de aquel asfixiante túnel e intenté quitarme el tren de encima o me arrollaba, y creía que te había perdido para siempre, entré en los lavabos privados y me lavé para no despertar sospechas por mi aspecto —se quedó pensativo por unos instantes—. Me quité los guantes y han debido de coger mis huellas.

—Un fallo imperdonable —le recriminó Lluís. ¿Cuántas veces repasamos que no debíamos quitarnos los guantes?

—Lo sé… —murmuró cabizbajo—. Pachuli me comentó que tenía un aspecto parecido al mío…

—Pepe, tienes que cambiarlo —dijo Lluís fríamente—. A partir de ahora déjate bigote y barba. Si están preguntando por las calles, es porque van despistados. No tienen un domicilio donde buscarte, ni tampoco ninguna referencia para localizarte. Fuiste muy hábil ocultando tu verdadera identidad —Lluís le lanzó una sonrisa—. Será mejor que te instales provisionalmente en mi casa y sobre todo, que salgas lo menos posible.

—¿Qué pasará con Sara? —preguntó Pepe preocupado.

—No lo sé… —continuó Lluís pensativo—. Tendrá que seguir el ritmo de su vida normal. Pero me temo que también tendrá que cambiar su aspecto.

—El círculo se nos está cerrando por parte de los que nos vigilan y por parte de la ley —dijo Pepe con tono de preocupación.

—Tenemos que salir de esta y saldremos airosos. ¡Ya lo verás!

Alejandra, tras la visita al despacho de Augusto Fonfría había empezado a recabar todo tipo de información para su artículo. Todavía tenía el mal sabor de boca de no saber la unión de su padre con semejante individuo, y encima, el muy hijo de perra no había querido revelarlo. Estaba segura de que algo escondía y desde luego no descansaría hasta averiguarlo. Se remontó a varios años atrás, concretamente, diez años. Curiosamente, Augusto Fonfría era uno de los accionistas más antiguos, y como no, de los más poderosos. Alejandra pensó que seguramente manejaría mucho dinero negro, y que al igual que la revista para donde ella trabajaba, junto con bastantes más empresas en las que tenía las narices dentro, era una buena manera de blanquear el dinero sobrante.

Profundizó en la búsqueda de la asociación, disponían de centenares de cuadros de los pintores más prestigiosos de toda la historia. Alejandra se asombró del valor incalculable que poseían. Entre sus pertenencias gozaban del privilegio de tener obras de: Botticelli, Cézanne, Delacroix, El Giotto, Leonardo, Manet, Miguel Ángel, Monet, Picasso, Rembrandt, Renoir, Rossetti, Van Gogh, Velázquez y muchos más. La lista era interminable, unida a escultores más y menos reconocidos. Además, de joyería arqueológica y antiguas joyas chinas. También disponían de una alta gama de collares, aderezos, brazaletes, etcétera, pertenecientes a personalidades importantes de la realeza. Unido a la gran variedad de coches antiguos restaurados y tuneados en un estado casi perfecto.

Encontró un artículo de las Provincias en Internet, en el que la asociación cumplía treinta años. Había una fotografía en blanco y negro y dos personas parecían dar un discurso. Pudo reconocer a una de ellas, cómo no el señor Augusto Fonfría figuraba en cabeza acompañado de otro hombre. Alejandra, buscó el nombre de ese segundo descubrimiento, si la información no era errónea se llamaba Ramiro Matoses. Imprimió la página y buscó una lupa en el cajón derecho de su escritorio. La acercó a la fotografía con el fin de apreciar hasta el último detalle. La cara de este segundo personaje le era totalmente desconocida.

El artículo detallaba que coleccionar arte había sido siempre símbolo de prestigio y poder, y por supuesto, era un sinónimo de riqueza. Que los grandes museos históricos no existirían si los reyes, papas y nobles no hubiesen tenido esa necesidad o capricho de guardar y amasar. También añadía que las grandes

familias españolas no se distinguieron por su pasión coleccionista hasta el siglo XIX y XX, y cuando éstas aparecieron, fueron los primeros coleccionistas privados o institucionales. El señor Ramiro Matoses hacía hincapié en que sus antecesores provenían de la Italia Renacentista y posteriormente y después de instalarse en España fueron pioneros en almacenar arte y objetos de gran belleza.

Alejandra se quedó pensativa por unos instantes.

—¡Vaya par de peces gordos! —se dijo asqueada—. Juró que aunque fuera lo último que hiciera en su vida, no descansaría hasta ver a esos indeseables metidos entre rejas, y, a pesar de todo su poder, no iba a permitir que les salvara el culo de todo lo que se merecían.



Capítulo 52

Había amanecido un día espléndido a pesar de estar a finales de enero. El frío se debatía con los rayos del sol y el resultado era un cielo azulado y una apacible mañana. Miguel Roselló llevaba varios días sin salir de casa. La gripe le había afectado bastante fuerte y después de pasar unos días con fiebre y dolor de articulaciones, parecía que los síntomas remitían y volvía a sentirse de nuevo un hombre. Con barba de tres o cuatro días, había perdido la cuenta, y el pelo alborotado, se levantó de la cama. En ese periodo de tiempo que la enfermedad le había acusado con fuerza, pensó en lo triste que era la soledad. El no tener fuerzas para levantarse de la cama, le hizo darse cuenta de lo solo que se había encontrado gran parte de su vida. Se dirigió al cuarto de baño y se miró en el espejo. Los años se le echaban encima. Cincuenta y seis años que había llevado bastante bien. De hecho, las personas que lo conocían no le ponían más de cincuenta. Pero esa semana se habían vengado de él.

—Miguel, te haces mayor… —pronunció en voz baja.

Se miró con detalle, la barba veteada de canas, los ojos verde esmeralda que en otros tiempos, quitaban el hipo de cualquier mujer, siendo vivos y expresivos, ahora, resultaban apagados y cansados. Abrió el grifo y se lavó la cara. Hoy se encontraba mejor y estaba dispuesto a recuperar los días perdidos. De hecho, llevaba todo este tiempo sin salir de casa y sin poder ir a visitar el Mercado Central. Tenía que continuar su búsqueda y tenía que recuperar su autoestima. No podía rendirse. Si eso llegaba a suceder, ¿qué podía esperar de la vida? Minutos después, se afeitó y se metió en la ducha. Al cabo de un rato, estaba vestido y perfumado igual que un pincel.

Se aproximó al enorme ventanal que tenía en la terraza. Abrió las cortinas y salió fuera. Las vistas que tenía ante sus ojos eran uno de los lugares más privilegiados de la ciudad de Valencia. La Ciudad de las Artes y las Ciencias lucían ante él al final del cauce del río Turia y rodeada de jardines. Era un complejo arquitectónico, cultural y de entretenimiento, diseñado por Santiago Calatrava y Félix Candela. Cinco edificios totalmente diferentes y que componían dicha ciudad siendo su conjunto el mayor reclamo de la ciudad.

Miguel no se cansaba de admirar tanta belleza. Daba igual la hora que fuese del día. El paisaje era único. Miró el reloj y decidió continuar buscando a Rosa. A los pocos minutos, salió de casa. Por el camino recordó la mujer que había visto de lejos en el mercado hacía tan solo unos días y que le había recordado a la que iba buscando. Cruzó los dedos, y pidió en silencio que sus sueños se cumplieran, y sobre todo, que se cumplieran lo antes posible.



En la central de policía, el comisario Morales abroncaba a los inspectores Moreno y Roque. Con la cara desencajada y las gafas de pasta negra en la punta de la nariz les llamaba la atención afanosamente.

—¡No me lo puede creer que en un mes todavía no hayáis dado con ese tal Andreu Subies y su amiguita! Me ha pedido explicaciones el conseller y como de costumbre, me habéis dejado en ridículo.

—Estamos haciendo todo lo que está en nuestras manos —replicó Roque.

—¡Pues no es suficiente! —gritó Morales dando un fuerte golpe en la mesa.

—Estamos sobre la pista… —puntualizó Moreno harto ya de escuchar al comisario.

—¿Ah, sí… y en cuánto tiempo crees que lo tendréis resuelto? —preguntó Morales lleno de sarcasmo.

—No puedo precisar un tiempo determinado —continuó el inspector muy seguro de sí mismo—. Pero sé que estamos cerca.

—¡Pues más vale que sea así, porque os estáis jugando mucho! De hecho, hay un tugurio en la segunda planta que necesita dos personas para pasarse todo el santo día lleno de papeles, y tenéis todos los boletos para ser los elegidos. ¡Ya podéis iros!

Cuando salieron del despacho del comisario, a Roque le ardían las orejas, y a Moreno se le había agriado el desayuno.

—¡Joder! Tenemos que dar con ellos y tenemos que hacerlo ya —dijo Moreno lleno de rabia.

—¿Has conseguido hablar con el director del Instituto Lluís Vives donde estudió Andreu Subies? —preguntó Roque preocupado.

—Sí, he quedado dentro de una hora con él. A ver si de una puta vez sacamos algo en claro. Este caso se está haciendo demasiado largo.



A la hora en punto el inspector y subinspector se presentaron ante el despacho del director Vicente Martí. Éste les recibió intrigado y algo confuso.

—Ustedes dirán… —dijo mientras les ofrecía asiento.

El inspector Moreno tomó la palabra:

—Son solo unas preguntas rutinarias señor Martí, pero creemos que nos puede ayudar. ¿Cuánto tiempo lleva en el Instituto?

El director se sorprendió. ¿A qué venía semejante pregunta?

—Llevo treinta años en este colegio. Pero no entiendo a qué viene…

—Se lo voy a explicar enseguida. Andamos buscando el paradero de un exalumno, se llama Andreu Subies —terminó de decir Roque.

El director se estremeció. Después de veintitantos años sin tener noticias suyas y en pocos meses era la segunda vez que preguntaban por él. Primero Alejandra, la hija del profesor de historia Jorge Ferrer, y ahora, la policía. ¿Qué demonios estaba pasando?

—Pues no sé su paradero si es eso lo que buscan —respondió un poco descolocado.

—¿Pero sí que lo recuerda? —preguntó el inspector Moreno.

—Sí, perfectamente. Pero también hace más de veinte años que he perdido totalmente el contacto con él.

—¿No sabe dónde podemos localizarlo? —insistió Moreno.

—Creo recordar que sus padres tenían un bar en la Avenida de la Plata. Es cuanto sé.

Roque miró a Moreno. Era cierto, de hecho, ellos ya habían visitado el bar sin obtener ninguna respuesta a sus incógnitas.

—Sí, lo sabemos. Pero hay algo que me llama la atención —puntualizó Moreno—. ¿Dice usted que hace más de veinte años que no tiene noticias de Andreu?

El director asintió con la cabeza.

—¿Y es normal que usted recuerde el nombre de todos sus exalumnos por mucho tiempo que haya trascurrido? —preguntó Moreno hábilmente.

—No, normalmente no —se limitó a contestar adivinando a donde quería ir a parar.

—¿Pero sí que recuerda a ese alumno en particular? —insistió de nuevo.

—Sí —contestó el director dispuesto a contarles todo lo que sabía—. Es cierto que llevo más de veinte años sin saber nada de él. Pero casualmente, en menos de un año, ustedes son las segundas personas que han preguntado por él.

Los agentes se miraron de nuevo sorprendidos y llenos de curiosidad. Les faltó tiempo para preguntar.

—¿Quién fue la primera vez? —preguntó uno de ellos.

—Una mujer —contestó Vicente Martí—. En la primavera pasada una joven se presentó en mi despacho al igual que ustedes. Quería información sobre un antiguo profesor de Historia que había ejercido en este centro hacía veintitrés o veinticuatro años. Al principio, no le presté demasiada atención. Le dije que no podía acordarme de todos los docentes que habían pasado por aquí en todo ese periodo de tiempo. Pero ella muy habilidosa me llevó a su terreno.

—¿Qué tipo de información quería? —preguntó Moreno intrigado y sin entender la relación con Andreu Subies.

—Ese profesor de Historia se llamaba Jorge Ferrer y había descubierto ciertas claves para resolver algún enigma. Parece ser que era algo importante. Nunca supe realmente lo que se llevaba entre manos.

—¿Usted lo conocía bien? —preguntó Roque.

—Si, de hecho cuando yo empecé a trabajar aquí, él llevaba un par de años. Éramos compañeros y una buena persona. Le gustaba su trabajo y le apasionaba la Historia. Antes de morir… —el director se detuvo unos instantes.

Moreno, aprovechó para preguntar:

—¿De qué murió? —preguntó intrigado.

—En un accidente de automóvil. Falleció él y su mujer. Dejaron a dos niñas huérfanas. De hecho, la joven que vino a mi despacho era una de sus hijas.

El inspector Moreno se quedó mudo ante esas palabras. Una palidez y al mismo tiempo una inmensa alegría le invadió por dentro. Sus más profundas

sospechas se confirmaban.

—Perdone… pero todavía no veo la relación con Andreu Subies —preguntó el subinspector Roque confuso y viendo que su compañero se había quedado mudo.

—Andreu Subies… era alumno de Jorge Ferrer y les unía una estrecha relación. He de decir que el trato de ese hombre con los alumnos era espléndido y lo adoraban. Sólo que Andreu, era especial para él. Esa primavera en que fallecieron Jorge y su mujer fue la última vez que vi a Andreu Subies. Tenía matriculado el curso siguiente y era muy buen estudiante. De repente, no apareció. Hablamos con la familia pero dieron una serie de excusas poco convincentes.

—¿Ha vuelto a ver a esa joven en todo este tiempo? —preguntó Roque.

—No, y desconozco si ha podido localizarlo.

—¿Sabe cómo contactar con ella? —preguntó Roque.

—Sí, me dio su número de móvil. Debo de tenerlo por alguna parte.

El director empezó a remover en los cajones de su escritorio y a revolotear los papeles de su mesa. Mientras, los agentes lo miraban nerviosos esperando que tuviera éxito en su búsqueda. El director se detuvo. Al parecer, ya lo tenía en su poder.

—¡Aquí está! —murmuró mientras se lo anotaba en una hoja de papel.

Fue el inspector Moreno quién tomó la nota y leyó en voz baja: Alejandra Ferrer, acompañado del número de teléfono. Sonrió disimuladamente para sus adentros. El director se ofreció a ayudarles en todo lo que estuviera en su mano. Estuvo a punto de preguntarles por qué lo buscaban, pero se contuvo, no le pareció prudente. Mientras se despedían y a punto de salir del despacho, Moreno sacó su cartera y desdobló el retrato robot de Sara. A continuación, se lo enseñó al director.

—Tan solo una cosa más señor Martí. Dígame si esa joven se parecía a ésta.

El director sorprendido por semejante retrato, la miró con atención y después de unos segundos, asintió.

—No es ella, pero se parece bastante —agregó.

—Muchas gracias, nos ha sido de gran ayuda.

Cuando el inspector Moreno y el subinspector Roque salieron del instituto y subieron al coche patrulla, sonrieron. Las piezas parecían encajar. Por el policía de la estación, sabían que Sara, la muchacha que estaban buscando, tenía una hermana y que ambas se parecían bastante físicamente. Ahora, también sabían el

nombre de la hermana; Alejandra Ferrer y además, también tenían un teléfono de contacto. El camino parecía abrirse ante sus pies. Investigarían a Jorge Ferrer y ahora más que nunca estaban seguros de descifrar el enigma.



Capítulo 53

Era la hora de comer y los platos en la mesa seguían intactos. Sara mantenía la mirada fija al frente mientras removía los macarrones con el tenedor. Estaba como ausente. Alejandra, a su lado y con una expresión similar a la de su hermana, permanecía pensativa y sin apetito.

—Definitivamente… —dijo Sara a media voz— he de cambiar mi aspecto. Ahora que había conseguido medio olvidarme de que me estaban buscando, vuelven a recordármelo y encima, más grave, en compañía de Pepe.

—¿Y si te tomaras unas vacaciones y te marcharas fuera de la ciudad? —Continuó Alejandra sin saber qué hacer.

—No puedo marcharme y dejaros aquí con semejante lío. Tengo que estar con vosotros al pie del cañón —añadió Sara mentalizándose de que tenía razón y era una decisión correcta—. De todas formas, no hemos cometido ningún delito, o por lo menos, ningún delito grave.

—Tienes razón hermanita, pero a pesar de ello no me gustaría que te encontraran. En más de una ocasión se han tergiversado las cosas y…

—Con esos ánimos que me das… —refunfuñó.

—Lo siento. Pero estoy tan nerviosa.

—Esta misma tarde iré a la peluquería. Me teñiré de rubia y me cortaré el pelo.

El tono del móvil de Alejandra les hizo volver a la realidad. Ésta se levantó y lo buscó en su bolso. Antes de descolgar, miró la pantalla.

—Pertenece a un número desconocido —murmuró indecisa en descolgar o no.

—¡No lo cojas! —gritó Sara temerosa—. A partir de ahora tenemos que ir con mucho tacto. Solo haremos caso a las llamadas conocidas, y no nos fiaremos de ningún desconocido y menos si nos pregunta.

Alejandra asintió en total acuerdo.

—Hemos de buscar las cinco llaves que nos faltan —Sara continuaba—. Tenemos que desvelar todo este misterio antes de que la policía nos localice. No podemos quedarnos a mitad de camino. ¿Qué pasaría con las claves de papá?… ¿De qué habría servido la muerte de nuestros padres y todo lo que hemos pasado durante estos nueve meses si no llegamos al final de todo este embrollo?

—Creo que lo mejor será que nos cambiemos de domicilio —atajó Alejandra asustada.

—¿Cómo? —preguntó Sara descolocada. En ningún momento se le había pasado por la cabeza abandonar su casa.

—Provisionalmente, por supuesto —concretó Alejandra—. Piensa que llevan mucho tiempo buscándote. Hay que asumir que antes o después darán con nuestro paradero, y entonces, ¿qué haremos?… ¡les contaremos que andamos buscando unas llaves que nadie sabe de su existencia salvo los que nos vigilan! ¡Y que no sabemos lo que haremos con ellas cuando tengamos las doce en nuestro poder! ¡Que sospechamos que nuestros padres fueron asesinados por simples conjeturas y por supuesto sin ninguna prueba! ¡Que hemos infringido la ley en pequeños delitos pero que no pasa nada porque somos buena gente! —su tono estaba lleno de cinismo.

—Creo que tienes razón Alejandra. ¿Pero dónde nos vamos a meter? En casa de Tía Rosa.

—No, ese sería el primer sitio donde buscarían —Alejandra intentaba pensar lo más rápido posible, teniendo en cuenta que no sabía del tiempo que disponían —. ¿Podemos buscar un piso de alquiler?

—Eso sí… ¡Un piso de alquiler! Alejandra… ¡Creo que ya lo tengo! —gritó Sara con una pizca de esperanza. La situación se le estaba desbordando y la angustia no le permitía apenas respirar—. Lucas, mi socio en el gabinete de psicología alquila un piso en Llano de Zaidía, al otro lado del río y a tan solo un par de kilómetros de aquí. Ahora mismo voy a llamarle.

En ese momento y a pocos kilómetros de allí, el inspector Moreno había salido del bar donde iba a comer, y ansioso por contactar con Alejandra Ferrer hacía otro intento con el móvil. Era la tercera vez que le llamaba desde que le facilitara el número el director del Instituto Lluís Vives. Pero parecía no tener suerte. Era como si esa joven se oliera quien estaba al otro lado de la línea. Aun así ya se había encargado de que su compañera Rebeca de la central le proporcionara la dirección del titular. Ahora solo quedaba esperar… Desanimado, volvió a entrar en el bar y se sentó en la mesa donde Roque ya había empezado a comer.

—Por la cara que traes, ¿nada?

—Nada. No lo coge —contestó Moreno mientras daba un trago a la cerveza.

—Tranquilo, dentro de unas horas tendremos la dirección de su domicilio y le haremos una visita.



El teléfono apenas dio tres tonos y una voz masculina se oyó al otro lado. Sara respiró intentando parecer tranquila, aunque Lucas la conocía bien y se daría cuenta de su ansiedad y nerviosismo.

—Lucas, soy Sara. ¿Estás comiendo? ¿Te pillo en mal momento?

—No, acabo de terminar. ¿Pasa algo?

—Oye mira tengo un problema y creo que tú me puedes ayudar —su voz sonaba algo nerviosa y su mente viajaba a una velocidad de vertido intentado inventar las siguientes frases.

—¿Hay motivo para que me asuste? —preguntó Lucas.

—No, espero que no llegue la sangre al río —contestó la joven con cierta sorna y esperando que sonara algo gracioso con el fin de suavizar la situación.

—Tú dirás, estoy ansioso.

—¿Todavía sigues alquilando ese piso en Llano de Zaidía? —Sara decidió ir al grano y dejarse de tonterías. Cruzó los dedos, esperando oír una respuesta afirmativa.

—Sí, ¿por qué?

Sara respiró aliviada.

—Pues resulta que la finca donde vivo, como ya sabes es vieja y se han roto las tuberías, y la fosa séptica está totalmente obstruida.

—Creía que estaba restaurada —comentó Lucas inocentemente.

—Yo también lo creía —replicó Sara un poco más tranquila—. Pero parece ser que el comercial que me vendió el ático se cubrió de gloria conmigo. Entonces, tengo todo el piso inundado de aguas mayores. ¡Ya me entiendes! El olor es insoportable y no puedo permanecer aquí hasta que pasen unos días y solucionen el problema. Ahora mismo están los del seguro y los fontaneros poniéndose de acuerdo. Así que puedes imaginarte lo desesperada que estoy.

—¡Qué horror! —gritó Lucas con cara de asco imaginándose el panorama—. No hay problema, Sara. Quédate en el piso el tiempo que necesites.

—Dímelo a mí que ahora mismo estoy en la calle, porque semejante hedor es inaguantable. ¿Cuándo crees que podríamos entrar mi hermana y yo?

—El piso está amueblado. Si quieres esta misma tarde, por mí no hay ningún problema.

—Te lo agradezco mucho. Dentro de una hora estaré en el gabinete y recogeré las llaves. Ya formalizaremos el alquiler, aunque por mi parte no es necesario que haya contrato por medio, como desconozco el tiempo que va a ser.

—Tranquila, tampoco pensaba cobrarte. Es un caso de necesidad, Sara, y nos conocemos muchos años.

—No me has entendido. Yo te pagaré el alquiler igualmente, pero algo entre tú y yo simplemente. No lo aceptaré si no me piensas cobrar.

—De acuerdo, sé que aunque insista te saldrás con la tuya como siempre.

—Gracias… No sabes cuánto te lo agradezco —murmuró Sara.

Con la cara más relajada Sara colgó el teléfono y miró a su hermana.

—Dentro de una hora tendré las llaves. Hemos de recoger las cosas necesarias y procurar no despertar sospechas de que nos cambiamos de dirección. ¿Crees que vamos demasiado deprisa? —Sara se miró las manos. ¡Dios mío, como le temblaban!

—No lo sé Sara, pero las cosas nos están saliendo rodadas. Quiero pensar que es una señal para que nos abramos de aquí lo antes posible.

—Muy bien —continuó Sara resignada—. Dejaré algunas cosas preparadas para que Lluís nos las traiga poco a poco. Hay algo más… creo que Pepe debería de venir con nosotras.

Alejandra asintió.

—Yo también lo creo. Hemos de tener mucho cuidado con el individuo del puro de ahí fuera y con Erika y Gustavo.

Eran casi las ocho de la tarde y ya había anochecido. Sara, Alejandra y Pepe se estaban empezando a acomodar en el nuevo piso. Habían traído lo indispensable y solo esperaban que Lluís hiciera un par de viajes con el resto de cosas. El inmueble no era muy grande y nada que ver con lo acogedor del ático de la calle Quart, pero en general, no estaba mal. Tenía lo imprescindible y eso era lo que ellos buscaban. Dos habitaciones medianas con cuatro camas de 90 cm y un solo baño, una cocina con todo lo necesario y un pequeño comedor, suficiente para pasar ese mal trago. Era un piso alquilado principalmente por estudiantes, ya que la Escuela Oficial de Idiomas estaba a tan solo unos pocos metros. Gracias que Pepe había accedido a acompañarlas, aunque al principio se había negado rotundamente. Si no hubiese sido por la ayuda de Lluís no lo hubiesen conseguido. Ahora tenían que estar más unidos que nunca. Los cuatro tenían que convertirse en una verdadera piña.

El móvil de Sara sonó sobresaltándola. Pensó que tenía que tranquilizarse. Con ese estado de nervios no aguantaría la situación.

—Tranquilos, es Lluís —murmuró a sus acompañantes para calmar la tensión.

—Dime, Lluís —dijo Sara con una sonrisa.

—¿Sara, estáis bien? —su tono era de verdadera preocupación.

—Sí, estamos los tres bien. ¿Qué pasa?

—Hace un rato han venido dos policías preguntando por Alejandra. La sonrisa de Sara se borró instantáneamente.

—¿Cómo? —dijo llena de angustia.

—Han llamado a vuestra casa y como no había nadie, han empezado a preguntar a los vecinos. Han llamado a casa de Erika y Gustavo y después a la mía.

Sara, se sentó en una silla próxima, las piernas no le sostenían. A su lado, se colocaron Alejandra y Pepe. Por su cara y su tono de voz, estaba claro que algo grave había sucedido.

—¿Qué querían? —preguntó Sara con apenas un hilo de voz.

—Querían saber si vivías ahí.

—¿Y qué le habéis dicho?

—Yo les he dicho que sí. No podía negarlo. Pero que hacía varios días que no os veía y que por supuesto no sabía donde localizaros.

—Pero… ¿por qué preguntaban por Alejandra?

—No lo sé, pero creo que están más cerca de lo que nosotros creemos.

—¡Dios mío! —murmuró Alejandra al oír su nombre.

—Hay algo más —añadió Lluís dulcemente—. Saben que se llama Alejandra Ferrer y que tú, eres su hermana Sara.

—¡Vaya! —es lo único que pudo articular.

—También han preguntado por Andreu Subies. De hecho, Pepe tenía razón con ese amigo suyo, llevan dos retratos robot de esos que hace la policía. Uno tuyo y otro de él. No sé hasta dónde saben, pero no me gusta.

—A mí tampoco —añadió Sara angustiada—. No sé cómo vamos a salir de este lío.

—Será mejor que no aparezcáis por aquí en algún tiempo —concluyó Lluís tremendamente preocupado.

—Sí… será lo mejor —añadió Sara resignada.

—Estaremos en contacto.



Mientras tanto y a tan solo un par de kilómetros de allí, concretamente en la calle Quart, Erika mantenía una agitada conversación telefónica.

—¡Como lo oyes! —dijo en tono autoritario—. A las dos hermanas les está buscando la policía. Me temo que las pájaras han volado del nido.

—¡Se supone que vuestra misión es tenerlas controladas! —gritó una voz masculina al otro lado.

—Así es… pero son bastante escurridizas.

—¡No admito excusas! —volvió a gruñir. Solo que esta vez con más intensidad—. ¡Averigua dónde coño se han metido! Si saben que la policía les está buscando igual se han escondido en algún sitio. Vigilad aún más a su vecino Lluís, tarde o temprano os llevará a ellas.

—En cuanto las localicemos debemos empezar a actuar —prosiguió Erika.

—Sí, esto se nos está escapando de las manos. No estaba previsto que la policía metiera las narices, pero tranquila, ya falta poco. Se está acercando el

final —dijo eufórico—. La búsqueda está llegando a su término. Después de tantos años esperando y por in…

—Hay algo más —continuó Erika con una suave sonrisa.

—¡Tú dirás! —preguntó curioso.

—La policía busca también a Andreu Subies.

Un silencio se apoderó del teléfono.

—¡Andreu Subies! —repitió con sorpresa—. Eso sí que es una verdadera noticia ¡Cuánto tiempo sin oír ese nombre! Maldito hijo de puta, cómo se ha escabullido durante todos estos años. Y pensar que habíamos llegado a pensar que había muerto. Esa rata de alcantarilla nos ha engañado a todos… —su tono era de rabia y al mismo tiempo de victoria por saber de su presencia. ¿Qué sabes de él?

—No mucho, pero he ido atando cabos y tengo mis sospechas —dijo ella satisfecha de haber creado cierto revuelo.

—Erika, no admito ningún error por pequeño que sea y quiero saber donde se encuentra ese tipo aunque sea lo último que hagas. ¿He hablado con suficiente claridad?

—Tranquilo, nos podremos manos a la obra.

—Eso espero.



Eran las cuatro de la madrugada y el vecindario dormía. Reinaba la oscuridad y el silencio. Salvo el ruido de algún coche pasando por Llano de Zaidía y el ladrido de un perro a lo lejos, el resto parecía haber entrado en un tremendo estado de *shock*. En el pequeño piso alquilado, una pequeña luz en el cuarto de baño daba señales de vida. Un gemido unido a un llanto desconsolado se dejaba escuchar a duras penas. Sara no había podido evitarlo. Se había levantado procurando no despertar a su hermana y se había encerrado en el aseo. Sabía que Alejandra hacía poco que se había quedado dormida, la había escuchado dar vueltas y más vueltas en la cama. Estaba claro que la situación les estaba afectando a todos. Habían sido horas de mucha tensión. Ella, sin poder dormir y con un agobiante y malévolo peso en el pecho que no la dejaba respirar, lloraba y lloraba sin poder evitarlo, mirando antiguos azulejos que tenía delante y la frialdad de esa casa que no era la suya. Ella, que había conseguido con mucho

esfuerzo y después de muchos años, adquirir una bonita y luminosa casa. La había amueblado y decorado con su estilo personal y su hermana se había ido a vivir con ella. Que era algo que ansiaba. Todo parecía ir sobre ruedas y sin embargo… ¿Hasta qué punto podían cambiar el rumbo de nuestras vidas? Se preguntaba. Ahora se veía sin poder pisar su casa y procurando no ser vista ni aparecer por los alrededores. Y por si eso fuera poco, perseguida por la ley como una peligrosa y vulgar delincuente.

—¡Papá! —murmuró entre sollozos—. ¿Es necesario todo este calvario para conseguir tu objetivo? ¿Qué demonios esconden esas llaves que tan valiosas eran para ti? ¿Por qué tuvieron que quitaros del medio? ¡Maldita sea!

De ninguna de sus preguntas obtuvo respuesta. Pero la última de todas fue la que le hizo reaccionar y tomar fuerzas para continuar con la lucha. Se juró y perjuró que no descansaría hasta dar con el punto final de esta retorcida historia. Se lo debía a su padre y se lo debía a su madre. Se miró en el deteriorado espejo, se secó las lágrimas, se sonó los mocos y se lavó la cara. Acto seguido, salió del baño y se dirigió a la habitación. Procuraría dormir lo poco que le quedaba de noche. Mañana sería otro día.



Capítulo 54

Habían transcurrido varios días desde el traslado y no habían vuelto a pisar el ático de la calle Quart. Sara y Alejandra, cargadas de nostalgia, intentaban arreglarse con el reducido equipaje y con los pocos objetos personales que se habían llevado. Gracias que los ordenadores portátiles de ambas había sido lo primero que habían anotado en la lista, lo cual les permitía trabajar libremente, ya que el piso alquilado tenía línea ADSL con acceso a Internet. Sara había formalizado con Lucas el mes de enero, dejando entrever que la cosa podía alargarse sin pillarse los dedos con una fecha concreta. Éste había aceptado encantado y procuraba no preguntarle demasiado sobre el estado de su casa, ya que había observado que cuando lo hacía, a Sara le cambiaba la expresión de la cara tornándosele con una palidez no habitual en ella. La apreciaba demasiado como para hurgar en la herida. Con lo que le había costado conseguir su nuevo hogar y ahora…

La convivencia con Pepe era bastante buena. De acuerdo, que no tenían la intimidad de estar solas y en su propia casa, pero éste intentaba molestarles lo menos posible y ayudarles en todo lo necesario ¡Cómo se hacía de querer! Día tras día y a medida que se iban conociendo mejor, los tres jóvenes iban afianzando su relación. Sara y Alejandra admiraban, respetaban y cada vez estaban más de acuerdo en la nobleza de ese hombre.

Lluís se mantenía en contacto con ellos por móvil o correo electrónico. Intentaban verse lo menos posible y sobre todo, ser discretos, ya que la pareja de policías que bombardeó a los vecinos del inmueble de la calle Quart con preguntas sobre las dos hermanas, hacía ya un par de semanas, había repetido la operación en varias ocasiones y raro era el día que no hacían acto de presencia

para ver si la suerte les sonreía. Tan descarado había sido que los vecinos empezaban a rumorear y a sacar sus propias conclusiones. Lluís se limitaba a escuchar, a restarle importancia y a defenderlas de muchas de las conjeturas que los más deslenguados empezaban a contar.

Las dos hermanas habían quedado para comer con Tía Rosa en una pizzería de la Gran Vía. Por supuesto que la habían puesto al día por teléfono ¡Menudo disgusto se llevó su tía al enterarse! Pero las cosas estaban así y de momento, no había otra manera de actuar. Después de rechazar la oferta de Tía Rosa de comer en su casa pensando que podía estar vigilada, habían quedado a las dos en punto en la puerta del local. Sara fue la primera en llegar. Miró el reloj y faltaban todavía diez minutos. Caminó de un lado a otro de la acera como un león enjaulado. Estaba nerviosa y no se podía estar quieta. A los pocos minutos, llegó Alejandra con varias carpetas bajo del brazo.

—¿No ha llegado Tía Rosa todavía? —preguntó extrañada por la falta de puntualidad de su tía.

—No, pero tan solo pasan cinco minutos y mira cómo está el centro de tráfico —contestó Sara.

—Vamos a entrar. La mesa está reservada. Tengo un hambre… —añadió Alejandra.

Bajaron las escaleras antes de presentarse en el restaurante. Pocas mesas estaban ocupadas. Todavía era pronto. Le pidieron al camarero un lugar apartado y privado. La intención era poder hablar de cosas que al fin y al cabo no le importaban a nadie nada más que a ellas tres. A los pocos minutos, les colocaron en un sitio perfecto, algo retiradas del resto de las mesas y con un biombo que le daba un toque más intimo. Una vez sentadas una enfrente de la otra Sara, miró el reloj de nuevo. Eran las dos y cuarto, era muy extraño que su tía no hubiese llegado todavía. Si en cinco minutos no llegaba, la llamaría para ver que le había ocurrido.

—¿Cómo vas con la investigación de A. F. C. A. N. I.? —preguntó Sara señalando todo el fajo de papeles que llevaba su hermana.

—Si solo fuera esa asociación —contestó Alejandra con sarcasmo—. Me temo que hay bastante mierda metida ahí dentro. ¿Recuerdas que había una segunda persona llamada Ramiro Matoses?

—Por supuesto. Nada referente al tema se me olvida —dijo Sara—. ¿Qué has descubierto?

—Pues el señor Matoses tiene cincuenta y ocho años, es viudo por segunda

vez y con una única hija como descendencia. Tiene un sinfín de propiedades, entre ellas, una mansión en Ibiza, otra en Jávea, y otra en Valencia, más alguna en el extranjero que no he podido precisar. Es accionista del Banco Popular y uno de los directivos. También pertenece al grupo A. F. C. A. N. I. a pesar de no figurar su apellido en las siglas de la Asociación. Es director general de una de las cadenas de hoteles más importantes de España y participa y colabora con el Colegio de Abogados. Y lo más curioso y aparentemente lo más sucio de este señor. Ha sido acusado de malversación de fondos, de montar fiestas particulares con prostitutas de alto nivel y consumo de drogas y alcohol. Pero como te puedes imaginar —continuó Alejandra con una triste sonrisa—, todo ha quedado en agua de borrajas, y en todas y cada una de las demandas ha salido impune y libre de cargos. Bien por falta de pruebas, bien porque nadie ha sido capaz de echarle el guante o decir una palabra más alta que otra.

—Por los cargos que presenta, buenos y competentes abogados no le faltaran —replicó Sara viendo que ese hombre era un rival demasiado poderoso—. ¿Qué sabes de Augusto Fonfría?

—Ese… es otro buitre —gruñó Alejandra asqueada—. ¿A que no sabes de dónde vengo?

—¿De su oficina en la revista? —murmuró Sara.

—Pues no… A mitad de mañana me ha llamado el señor Fonfría para invitarme a un café y para enseñarme toda la revista para mi nuevo artículo. Le he dicho que la conocía de sobra y que agradecía su interés, pero que no era necesario. También se ha ofrecido a mostrarme personalmente todo su museo privado.

Sara torció el morro. No le gustaba nada lo que acababa de escuchar por boca de su hermana. Ese tipo la estaba queriendo embaucar.

—¡No me gusta nada! ¡Me da muy mala espina! Alejandra, no vayas y si tienes que mandarlo a tomar por culo, hazlo.

—Tengo que ir —contestó Alejandra recelosa y temiendo que su hermana tuviera razón—. Cuantas más cosas sepamos sobre él, más posibilidades tendremos de cogerlo con las manos en la masa, ¿no lo entiendes?

—Pues no vayas sola y sobre todo, ten mucho cuidado.

Sara le cogió la mano en señal de apoyo. Las dos sonrieron.

Un móvil sonó en ese momento. Alejandra buscó dentro de su bolso. Al ver la pantalla miró a su hermana:

—Otra vez ese número desconocido. En cosa de pocos días me ha llamado

más veces que tú en todo el año. ¿Qué hago?

Sara, se encogió de hombros.

—No sé… a lo mejor es algo importante.

Alejandra, sin pensarlo dos veces y como si no hubiera oído la respuesta de su hermana, apagó el móvil. No tenía ganas de hablar con nadie.

—¡Ya volverá a llamar!

—Me preocupa Tía Rosa. Son las dos y media y no ha dado señales de vida. No es normal en ella y nos hubiera llamado si algo le hubiera surgido.

En ese preciso instante el teléfono de Sara sonó sobresaltándolas.

—Es Tía Rosa —dijo temerosa de que hubiera sucedido algo—. ¡Dime!

—¿Sara, eres tú? —preguntó algo acelerada.

—Sí. ¿Qué ocurre?

—Sara, no voy a poder acudir a la cita. Hace tan solo unos minutos que se ha ido la policía de mi casa. Me ha preguntado por vosotras. Temo que me sigan si salgo de casa y les lleve donde os encontráis.

—¡Dios mío! —murmuró Sara a media voz, su cara se tornó blanca como la horchata.

—¿Qué pasa? —preguntó Alejandra hecha un flan.

—Acaba de irse la policía de casa de Tía Rosa y le han preguntado sobre nosotras —le susurró con cautela.

—¡Joder! ¡Joder! —Maldijo una y otra vez—. Nos están pisando los talones ¡Solo queda esperar a que nos liguen de la manera más limpia, y entonces, no sé qué cuento les vamos a contar!

—Tranquilízate… por favor —volvió a susurrar Sara casi temblando—. ¿Qué te han preguntado? —dijo llena de temor.

—Andan buscando vuestro paradero. Y como me dijisteis, están vigilando vuestra casa de la calle Quart. Les he dicho que no sé dónde estáis y que llevaba algún tiempo sin hablar con vosotras —su voz temblaba—. Sara, no me gusta cómo están las cosas. Temo por vosotras. Debéis acudir a la policía. No habéis hecho nada malo. Explicadle la situación y ellos lo entenderán, y además, os ayudarán a salir de este lío. No podéis ocultaros de esa manera como si fuerais unas fugitivas, sin tener culpa. Antes o después, van a dar con vosotras. Por favor, yo os acompaño a la comisaría. Si queréis…

—Tía, no puede ser eso que nos estás diciendo. ¿No te das cuenta? No se creerían nada de todo este embrollo y además… ¿cuántos inocentes hay en la

cárcel, y cuántos culpables fuera de ella? Parece mentira que no sepas que la justicia es toda una mentira. Y si no… mira lo que les pasó a mis padres.

Una congoja se apoderó de Sara, llena de rabia e impotencia.

—Ya lo sé Sara, ya lo sé. Pero estoy asustada. Solo quiero que no os suceda nada malo —su tono era de disculpa, sabía que en el fondo su sobrina tenía razón. Otra cosa… no podéis acudir al trabajo. Saben dónde localizaros.

—¡Mierda! Saben demasiadas cosas de nosotras. Lo del trabajo era algo con lo que contábamos. Tan solo era cuestión de esperar. Parece que estos agentes están realizando bien los deberes y que el caso se lo han tomado muy en serio. Veremos hasta donde pueden llegar… —una premonición se apoderó de Sara en ese preciso instante—. ¡Creo que debemos salir de aquí lo antes posible! ¡Tía, voy a colgar!

—¿Pasa algo hija? —preguntó con el corazón en un puño.

—De momento no, tan solo es una corazonada.

—Tened mucho cuidado —murmuró Tía Rosa llena de angustia y con las lágrimas a flor de piel.

Sara se levantó, cogió el bolso y dirigiéndose a su hermana, le dijo:

—¡Vámonos de aquí!

—Pero… —Alejandra no terminaba de entender.

—¡Alejandra, vámonos de aquí ahora mismo, no hay tiempo de explicaciones! Temo que nos estén controlando.

—¡Joder! —maldijo su hermana mientras recogía sus cosas a una velocidad de vértigo.

Se levantó como si el asiento estuviera lleno de alfileres pinchándole el trasero. Siguió a su hermana pegada a ella. El restaurante en esa media hora se había llenado a rebosar. El camarero se les acercó sin entender nada de lo sucedido.

—Ahora iba a la mesa a tomarles nota —dijo disculpándose y pensando que se podían haber molestado por tardar tanto.

—No se preocupe, nos tenemos que marchar. Gracias por todo. Ha surgido un contratiempo.

Empezaron a subir las escaleras con las caras descompuestas. Pocos metros les separaban de la puerta de salida. Sara apenas si podía respirar de la ansiedad que la rodeaba. Con ojos como platos, miró hacía un lado y otro de la calle intentando vislumbrar algún rastro de la policía. Pensó si todo sería sugestión y rezó porque fueran imaginaciones suyas. Una sirena se apoderó de gran parte de

la Gran Vía. Su sonido les hizo girar la cabeza instintivamente haciendo que las pulsaciones de sus cuerpos aumentaran a una velocidad vertiginosa. En cuanto salieron a la calle le echaron el alto a un taxi libre que pasaba por allí. Se subieron rápidamente a pesar de que sus piernas apenas si les respondían.

—A Llano de Zaidía… —gritó Sara nerviosa.

El taxi avanzó un par de metros y se detuvo esperando que el semáforo se pusiera en verde. Sara y Alejandra querían salir de allí lo más rápidamente posible. La sirena aumentaba en su intensidad y se oía cada vez más próxima mientras las dos mujeres se encogían por momentos en sus asientos intentando ser invisibles. Un coche de la secreta sin ningún distintivo de la policía pero con la sirena a toda pastilla aparcó a pocos metros de donde ellas se encontraban. Un agente vestido de paisano entró en la pizzería a toda prisa mientras otro se quedaba en la puerta. Las dos muchachas intentaron ocultar sus rostros.

El semáforo cambió de color dando vía libre al tráfico y el taxista reanudó la marcha muy a su pesar, queriendo enterarse de lo que pasaba ahí dentro.

—¡Seguro que están buscando a alguien! ¡Esos de la secreta no se andan con chiquitas! —comentó el taxista ajeno al susto que llevaban sus clientes. Sara cogió de la mano a Alejandra y la apretó con fuerza ¡Gracias a su premonición, se acababan de salvar por los pelos!



El inspector Moreno y el subinspector Roque subieron al coche malhumorados. Habían llegado tarde por escasos minutos.

—¡Maldita sea! —gritó Roque—. Se nos han vuelto a escapar. Ahora va a resultar que son más listas y escurridizas de lo que nosotros pensábamos.

—O tienen un buen ángel que las guarda —murmuró Moreno pensativo mientras tamborileaba con los dedos el volante.

—El poner escucha en el piso de Rosa Soler no ha resultado tan efectivo como nosotros creíamos —continuó Roque con su pesimismo.

—Yo no diría eso —añadió Moreno recordando la conversación de Rosa con su sobrina Sara—. Aparentemente, y según la conversación telefónica están metidas en un lío y según su tía no tienen culpa de lo que está sucediendo.

—Moreno, ¡estás demasiado atontando con esa mujer! ¿Qué va a decir su tía si no creer que son inocentes?

—Y… ¿por qué Sara menciona que la justicia es una mentira y lo que le sucedió a sus padres?

—Pues no sé… tratará de justificarse —dijo Roque sin argumentos.

—¿Ante su tía, que aparentemente está al día? No me encaja. Además… ¿qué sabemos de la muerte de sus padres? Nada en absoluto. Salvo que Jorge Ferrer se salió de la carretera y volcó en la mediana dando varias vueltas de campana, produciéndole la muerte a él y a su mujer. No hay documentación que poder escarbar, salvo el informe del accidente y del forense que no es demasiado explícito que digamos. No se hizo ninguna investigación y el caso se cerró como un accidente siniestrado y nada más. Pero… ¿y si no fue un accidente? Además, ¿qué pasa con esas claves que al parecer había encontrado el señor Ferrer según nos informó el director del instituto Lluís Vives?

—Moreno, estás viendo cosas donde no las hay. No hay nada que verifique que ese señor había encontrado algo de lo que nos han contado.

Ninguna prueba que nos diga que eso es real. Después de todo el tiempo que llevamos en este caso y hemos sacado poco en claro. A lo mejor ese hombre era un tarado. Hay personas que se creen sus propias mentiras.

—No sé, Roque —murmuró poco convencido—. Pero creo que aquí hay mucha más mierda de la que parece. ¿Y qué pasa con Andreu Subies, que la tierra se lo ha tragado sin dejar ningún rastro?

—Otro fantasma que no aparece —murmuró Roque entre dientes—. Deberíamos de habernos pasado antes por sus lugares de trabajo —continuó Roque un poco cansado ya de este asunto—. Aunque va a resultar inútil, ya que su tía les ha avisado. Ahora nos va a resultar mucho más difícil dar con las dos hermanas.

—No pierdas los nervios, hombre. Nos pasaremos por la revista Vía Augusta y por la consulta de psicología de Sara. De todas formas, con el micro que le hemos colocado a su tía, ella misma nos revelará su posición. Ten paciencia.

—La paciencia se acaba y más cuando el comisario Morales nos pida explicaciones.



Hacía tan solo diez minutos que Sara y Alejandra habían llegado a su nuevo domicilio. Parecía que los nervios habían cedido. Mientras Alejandra intentaba

poner al día a Pepe, Sara había llamado a la escuela de yoga advirtiendo que estaría unos días sin poder dar clase por problemas familiares, y que en su lugar iría otra persona, la cual le solía sustituir en vacaciones. Ahora, tenía que llamar a Lucas y avisarle de que la policía pasaría por la consulta preguntando por ella. Era la única persona aparte de su tía y Lluís que conocía su nueva casa. Si revelaba su posición, estaban perdidos. Tenía que medio sincerarse con él. Era de total confianza y se avergonzaba de haber actuado con mentiras y tapujos, pero en ese momento lo creyó mucho más oportuno. Había sucedido todo tan deprisa que… sin más preámbulos, marcó su número. Mientras escuchaba la señal y en espera de que Lucas descolgara, pensó que tan solo le contaría parte de la historia, era demasiado larga para andar con detalles.



Capítulo 55

Había transcurrido una semana más de incertidumbre. De no saber qué día y a qué hora exactamente la policía les detendría para contestar a una serie de preguntas, y prestar declaración sobre ciertos acontecimientos de los que estaban más que involucrados, a pesar de no tener ni pies ni cabeza para redactarlos en un informe. Seguramente pensarían que estaban locos. Aunque disponían de las pruebas esenciales. Siete llaves encontradas hasta el momento. Cinco, conseguidas en pocos meses y después de mucho padecer, y dos, que se habían sumado localizadas por Pepe hacía más de diez años. Alejandra había madrugado más de lo habitual. Mientras se maquillaba delante del espejo del cuarto de baño, dudaba si había hecho bien o no en quedar con Augusto Fonfría en visitar su asociación. Pese a las advertencias de su hermana de rechazar su oferta, ella había accedido, y ahora le carcomía el temor de estar toda la mañana junto a semejante individuo. Se dio los últimos toques, se vistió con un traje de chaqueta y unos zapatos a juego, se perfumó y, después de despedirse de Sara y Pepe, salió a la calle. Cogió un taxi y le dio la dirección de la revista. Había quedado en la puerta muy a su pesar. No quería aparecer por allí a sabiendas de que la policía la buscaba, pero no le había quedado más remedio. También había rechazado la oferta de que el señor Fonfría pasara a recogerla a su casa. Debía de reconocer que el tal señor se mostrara demasiado servicial. No lo conocía lo suficiente, pero estaba claro que algo buscaba o algo quería, pero qué…

Pocos minutos después, el taxista le dejaba en la dirección acordada. La Avenida Blasco Ibáñez era una de las más grandes de Valencia y estaba saturada de coches que en la hora punta acudían a su puesto de trabajo. Apenas tuvo que esperar, un Mercedes S450CDI de color plata se detuvo a su lado. Alejandra se

giró hacia él, le había parecido que su conductor le había hecho alguna seña. Efectivamente así era. Augusto Fonfría se encontraba al volante. Ella abrió la puerta y entró. Un fuerte olor a perfume masculino la emborrachó.

—Buenos días —saludó ella educadamente.

—Buenos días, señorita Ferrer —contestó él—. ¿Dispuesta a trabajar?

Ella asintió. Durante todo el trayecto fueron escuchando una sinfonía de Beethoven con un estupendo equipo de audio. Alejandra curioseó con la mirada el interior del vehículo. Todo estaba decorado con mucho gusto y máxima calidad combinando elementos de madera y piel. Llevaban más de media hora de viaje y hacía bastante rato que habían dejado atrás la Nacional III dirección Madrid, para pasar a una carretera secundaria plagada de campos de naranjos. Augusto Fonfría rompió el hielo formado desde hacía un rato.

—¿Cómo vas con el articulo?

—Bastante bien. En un par de días estará terminado.

—Muy bien —dijo con una sonrisa—. Te preguntarás porque quiero que visites A. F. C. A. N. I.

—Más o menos.

—Cuando termines el artículo que te encargué, quiero que hagas otro sobre la asociación. Lo presentaremos en la misma revista de marzo. No demasiado extenso y combinado con material fotográfico.

Ella asintió.

—Estamos llegando.

Alejandra se quedó boquiabierta. Un guardia de seguridad les abrió la puerta mecánica de metal. Se adentraron por unos jardines de cuento de hadas. Su magnitud era igual a su belleza. Alejandra nunca había visto algo semejante. Los arboles y las plantas tenían formas de animales, de cosas. Era como si se hubiera transportado a la película de Eduardo Manos Tijeras. Por las flores que allí había, a pesar de encontrarse a principios de febrero, era como si la primavera se hubiese adelantado. Un poco más hacia arriba una enorme y elegante mansión se abría ante ellos. Les recibió una mujer delgada y con cara de pocos amigos. Alejandra le sonrió sin ser correspondida.

—Es mi ama de llaves —especificó Fonfría.

—Me lo imaginaba —añadió ella.

—No es la alegría personificada, pero si muy competente —añadió justificando su comportamiento.

—No lo pongo en duda.

—Muy bien, manos a la obra. Empecemos por el modesto museo y luego te enseñaré la casa para no pecar de falta de cortesía.

Entraron en una parte muy amplia anexa a la casa y con los techos tremendamente altos. Cuando encendieron la luz, Alejandra se quedó maravillada. Pensó en la observación que acababa de hacer el tal Fonfría al llamarlo modesto museo. La palabra modestia no encajaba por ningún lado. Las paredes albergaban preciosas y valiosísimas pinturas de los más prestigiosos pintores, corroborando los tesoros que ella misma había investigado días antes. Montones de esculturas se exhibían en aquella estancia, alternando vitrinas con joyas, que lucían en varios puntos estratégicos.

Alejandra no tenía palabras para justificar lo que sus ojos estaban viendo.

—El tener tantas cosas valiosas juntas puede atraer a ladrones. ¿No teme que puedan robarle? —nada más formular la pregunta se arrepintió de haberla hecho.

—No es fácil entrar aquí —dijo lleno de orgullo—. Hay cientos de cámaras de seguridad y es muy difícil burlarlas. Además, hay una habitación con varias personas que las controlan las veinticuatro horas del día. De hecho, ahora mismo nos están viendo.

Alejandra sintió un escalofrío al descubrir que era observada constantemente. Intentó medir sus movimientos.

—Todo lo que ve aquí y por supuesto otras cosas que no se ven, han sido conseguidas en muchas décadas. Se han necesitado muchos, pero que muchos años y mucho dinero para recopilar todas estas maravillas. Mis tatarabuelos ya eran unos coleccionistas natos. No tenían manera de saciar su hambre de arte. Mire, ¿ve ese Monet? Admire cómo este pintor impresionista juega con la vibración cromática de sus lienzos. La luz le da el color y la forma. Mi abuelo lo consiguió hace más de cincuenta años.

—Puedo preguntar —Añadió Alejandra—. ¿En qué consiste realmente su asociación? Porque todo esto es muy lujoso y con un valor incalculable pero por lo que veo, se trata de amasar o coleccionar y acumular piezas únicas para demostrar a los demás o a ustedes mismos, que poseen un gran tesoro, y eso les puede repercutir dándoles una buena reputación y, sobre todo, poder, mucho poder. Pero además de todo eso, ¿fomentan o financian algo sin ánimo de lucro?

Durante unos segundos, Augusto Fonfría no supo qué contestar. Le gustaba la franqueza de esa mujer ¡Cómo le recordaba a su padre! Él, que había intentado impresionarla mostrándole todos sus preciados tesoros, y ella solo se preocupaba de averiguar si hacían algo sin ánimo de lucro.

—Pues sí, señorita Ferrer.

Alejandra, notó un deje distinto en el tono de su voz.

—Además de amasar como usted lo llama, o recopilar arte y estar rodeado de una belleza desmesurada, la Asociación Fonfría mantiene a unos ochocientos trabajadores entre el Museo y un instituto de Arte que está en la Plaza del Ayuntamiento, donde se facilitan becas a personas sin recursos para que puedan realizar cursos de formación sin coste alguno.

Alejandra, en silencio, escuchaba y anotaba los puntos que le parecían importantes para el artículo. Después de recorrer todas las estancias y quedar sumamente impresionada, Augusto Fonfría le quiso enseñar la mansión donde supuestamente vivía, no sin antes acceder a una especie de garaje gigante que albergaba media docena de coches antiguos, desde un alucinante Rolls Royce, un Phantom IV de 1955, un Cadillac de principios de siglo XX, un Porsche, un Lamborghini y un BMW. Alejandra se quedó atónita. Se dijo, lo mal que estaba repartido el mundo; *unos tanto y otros tan poco*…

Eran las doce del mediodía. Llevaban casi tres horas recorriendo el modesto Museo y sus alrededores. La visita estaba en su punto final. Recorrerían la casa y asunto terminado. Alejandra contaba los minutos para salir de allí. Reconocía haber visto cosas increíbles y que posiblemente nunca más repetiría la experiencia de tener piezas de colección tan valiosas y al alcance de su mano. Sin lugar a dudas, una ocasión irrepetible y además, como guía al propio coleccionista. Pero su interés por mantener el contacto con ese hombre distaba mucho de ver sus bonitas adquisiciones. Además, cada vez tenía más claro que el dicho de que: *Uno vale a razón de lo que tiene*. Debía ser la norma del señor Fonfría en su vida. Cosa con la que Alejandra no estaba nada de acuerdo. Reconocía que era una persona tremendamente respetuosa, pero también muy egocéntrica y sobre todo, muy astuta.

—Está muy callada, señorita Ferrer. ¿Que no le gusta la casa?

—Sí, ya lo creo que me gusta. Es preciosa y decorada con mucho gusto. A decir verdad, no le falta ningún detalle.

—Muy bien, señorita Ferrer, espero que tenga suficiente información para redactar su artículo.

—Pues la verdad es que sí —dijo la joven con una sonrisa y dándolo como despedida.

—Tan solo una cosa más —añadió Fonfría—. Por supuesto… esto que le voy a enseñar ahora, quiero que lo omita en sus anotaciones. Estoy seguro que le va a encantar.

Alejandra le siguió por un pasillo hasta casi tropezar con una doble puerta. Fonfría la abrió con llave y entró. Ella le siguió sigilosa y con algo de desconfianza. ¿Qué demonios le iba a enseñar ahora, con la ganas que tenía de marcharse de allí?

—Tome asiento —le dijo indicándole un sofá de piel que tenía a su espalda —. ¿Quiere algo de beber? —dijo mostrándole una bandeja con varias botellas de licor.

—No gracias.

—¿Café, un refresco tal vez? —volvió a insistir.

—Agua, si puede ser —tenía una sed horrorosa y la boca seca. En estos últimos minutos se habían adueñado de ella unos nervios que no conseguía dominar. Alejandra echó una ojeada al despacho donde se encontraba. Una estantería ocupaba gran parte de una de las paredes donde había centenares de libros. Los muebles de roble y meticulosamente cuidados completaban el mobiliario. Varios cuadros adornaban el resto de las paredes, entre ellos un Van Gogh que ella le pareció reconocer.

Después de entregarle un vaso de agua tal y como ella le había pedido, se dirigió a la pared de enfrente y retiró uno de los cuadros. Al igual que en las películas, éste se movió con una soltura apabullante, dejando entrever una caja fuerte incrustada en la pared. Alejandra, no daba crédito a lo que veía. ¿Qué demonios iba a hacer? ¿Hasta qué punto le había cogido confianza como para enseñarle el lugar de la caja fuerte de su despacho? Los nervios aumentaron progresivamente y la pierna derecha empezó a temblarle sin control.

El señor Fonfría empezó a mover la rueda de seguridad de la caja fuerte sin que Alejandra pudiera ver, ni adivinar, el número en cuestión.

A los pocos segundos se oyó un clic y, cómo se esperaba, la puerta de la caja de seguridad se abrió. Augusto Fonfría metió la mano dentro y sacó una caja de metal poco más grande que una de zapatos. Sonriéndole se acercó a ella con dicha caja en sus manos. Alejandra ignoraba por completo su contenido, eso le hacía sentirse igual de frágil y asustada que una niña. Presentía que no le iba a mostrar cualquier joya de la realeza ni tampoco una antigüedad de la época romana o algo por el estilo.

Augusto Fonfría se sentó a su lado mientras la miraba fijamente estudiando

su expresión. A continuación, y sin dejar de mirarla dijo:

—Quiero saber tu opinión sobre lo que hay aquí dentro.

Alejandra estaba muda. Era incapaz de pronunciar palabra alguna. Fonfría se colocó el paquete sobre su regazo y le dio la vuelta a una pequeña llave. Levantó la tapa y un envoltorio de hilo amarillento sorprendió a Alejandra. Ese pañuelo pardo le era familiar. Seguidamente, y ante la mirada atenta y desconcertada de la joven, él deslió el trapo con sumo cuidado, como si el objeto que se escondía ahí dentro fuera de una fragilidad asombrosa. Dejó al descubierto dos llaves antiguas de unos treinta centímetros aproximadamente. Alejandra las reconoció al instante. Su respiración se hizo más pesada llegando hasta detenerse durante unos instantes para luego acelerar su pulso. Intentó mantenerse lo más entera posible procurando que los rasgos de su cara no delataran su grandiosa sorpresa.

—¿Habías visto algo tan precioso? —preguntó Fonfría en espera de una respuesta.

Alejandra dudó. ¿A qué demonios estaba jugando? ¿Por qué le enseñaba las llaves? Si él era el culpable de semejante lío, además de contratar a la gente que les estaba vigilando, debía de saber de sobra que ella junto con su hermana y Lluís habían conseguido varias llaves similares a esas. ¿Qué tramaba ese hombre enseñándoselas y poniéndole los dientes largos? Quizá quería atemorizarla… o sacarle información. No sabía qué contestar. Si afirmar que las conocía o directamente mentirle negándolo.

Era una situación bastante delicada. Aun no sabía muy bien qué decir cuando llegó la segunda pregunta.

—¿Bueno, qué me contestas? —insistió de nuevo—. Te has quedado pálida.

Fonfría cogió una de ellas y se la entregó a Alejandra. Ésta estaba tan aturdida que sin pensarlo la cogió entre sus manos. Pudo leer en silencio: Portal de la Trinidad. Tenía el mismo tacto y peso a las que habían encontrado con Sara y Lluís. Sin duda alguna, era autentica.

—No sé qué decir —contestó esquivando la pregunta y devolviéndole la llave como si le quemara.

—Pues deberías saberlo señorita Ferrer… creía que te sabías mejor la lección —su tono era uniforme, sin altos ni bajos.

—No sé de qué me está hablando —contestó aturdida.

—Pues te lo explicaré enseguida ya que tú te niegas a hacerlo por mí. Estas llaves corresponden a dos de las puertas de la muralla cristiana de Valencia, concretamente al Portal del Cojo o de los 16 clavos y al Portal de la Trinidad o

de los Catalanes como les quieras llamar. Existen diez llaves más como éstas pero con distintos nombres y tú tienes gran parte de ellas.

Alejandra notó como un calor le subía hacia el cuello y una fuerte presión le aprisionaba las sienes. Acababa de confirmar quién era realmente ese hijo de puta.

Augusto Fonfría continuaba hablando con ese cínico tono de voz aunque había subido de intensidad. La cosa se estaba caldeando.

—Esas llaves me pertenecen. ¡Tu padre me las robó!

Esa última frase hizo que la joven perdiera los papeles. Carecía de importancia que se destapara o no. No podía permitir que semejante fantoche, porque para ella no era más que un mierda, hablara así de su padre y lo tratara de ladrón.

—¡Mi padre no se las robó! —dijo levantando la voz—. Deduzco que fue al revés y ahora se quiere aprovechar del resto. Pero no lo va a conseguir.

—Por fin, señorita Ferrer. Por in… —dijo satisfecho y con una cínica sonrisa —. Eres muy joven, y una niña cuando murió tu padre. Por lo tanto imposible que supieras como se desarrollaron los hechos. Jorge Ferrer, fue contratado por A. F. C. A. N. I. para descubrir y localizar la posición de ciertas claves. Con ellas, se llegaba a la localización de doce llaves pertenecientes a la muralla cristiana de la ciudad de Valencia. Reuniendo las doce llaves revelaban la posición de un tesoro de incalculable valor, nunca visto en la historia de España y dudo que también en el extranjero. Esas llaves me pertenecen. Nosotros le contratamos y él cobró por sus servicios.

Alejandra le escuchaba llena de rabia e impotencia. No tenía argumentos para rebatirle lo que acababa de escuchar. Lo que hubiera dado por tener alguna carta, alguna pista que demostrara que eso no era verdad. Era la palabra de ese hombre contra todas las conjeturas que se habían formado de su padre. No podía ser verdad. Su padre no era un ladrón y si actuó escondiendo las claves para que no las localizaran, estaba segura de que tendría sus motivos.

—Señorita Ferrer, llevo veintitrés años intentando localizar esas llaves. De hecho hemos financiado varias investigaciones posteriores sin ningún resultado. Hemos invertido una fortuna en dar con ellas y estoy dispuesto a lo que haga falta para conseguirlas. Su padre, muy astuto, se encargó de ocultar esas claves y no sé por qué regla de tres las habéis encontrado vosotros. Pero me alegro por ello. Aunque vuelvo a repetirte que pertenecen a la asociación.

—Siento decirle que esas llaves están a buen recaudo y no piense que van a

pasar a sus manos así como así —añadió Alejandra recobrando la fuerza interior.

—¿Me estás chantajeando? —dijo Fonfría secamente.

—En absoluto —negó Alejandra con rotundidad.

—Es que si es así se podría negociar un precio. ¿Qué tal un millón de euros? Tú hermanita y tú os llevarías una buena tajada y yo recobraría lo que es mío.

—Perdone… pero no me ha entendido. No quiero dinero a cambio, y menos suyo. Mis padres murieron por esas llaves y estoy dispuesta a llegar hasta el final de este asunto. Y lo que es más… no creo que mis padres murieran accidentalmente.

—¿Qué estas insinuando, jovencita?

—Dejé de ser jovencita hace mucho tiempo, y por circunstancias de la vida, maduré bastante temprano —agregó en tono despectivo—. No creo que tenga usted dinero suficiente para hacerme una oferta razonable, y rece porque si es usted el culpable, tenga por seguro de que lo va a pagar muy caro.

—¿Sabías que la policía te está buscando y que ha visitado la revista en varias ocasiones preguntando por ti?

Alejandra se frenó ante sus amenazas. En esos momentos no se acordaba.

—Para mí sería muy fácil ponerlos al corriente de todo —dijo Fonfría en tono amenazante.

—Para mí también lo sería —respondió Alejandra tirándose un farol.

—Creo que deberías meditar nuestra conversación y valorar la posibilidad de que esas llaves de que dispones vayan cambiando de dueño. Háblalo con tu hermana. Estoy seguro de que llegaréis a un buen acuerdo. Pensad que os puede cambiar el destino. Una mejor calidad de vida siempre se agradece y máxime cuando puede resultar tan sumamente fácil. De lo contrario, va a ser una carrera llena de obstáculos bastante difícil. Recuerda que el precio siempre es negociable. Lo importante es que las dos partes se queden satisfechas.

Una sonrisa apareció en la cara de Augusto Fonfría dándole el toque final a su conversación.

Después de una hora, Alejandra estaba de vuelta en la puerta de la revista en la Avenida Blasco Ibáñez, en el mismo lugar donde la había recogido el señor Fonfría a primera hora de la mañana. Eran cerca de las dos y media del medio día. Durante todo el trayecto no hubo diálogo, salvo para acordar que él la llamaría pasadas veinticuatro horas para escuchar la decisión tomada. Alejandra no paraba de pensar en la conversación mantenida minutos atrás. Su despedida fue fría, la de Fonfría también.



Capítulo 56

Eran las ocho y media de la tarde y hacía tiempo que había anochecido. Lluís estaba llegando a Llano de Zaidía. Tenía ganas de ver a sus vecinas y saludar personalmente a Pepe. Era la primera vez en cosa de un mes que iba a poner los pies en el piso alquilado de Sara, tan solo habían mantenido la relación telefónicamente, pero ahora la situación lo requería. Había tenido cuidado de que no le siguieran. El hecho de que Sara y Alejandra ya no frecuentaran el piso de la calle Quart había desatado cierto nerviosismo en el tipo del puro y por sus vecinos Gustavo y Erika. Querían saber a toda costa donde se habían metido las hermanas, cosa que hasta el momento parecían no haber descubierto. Sara había pedido unos días de asuntos propios en la escuela de yoga. En cuanto a la consulta de psicología, había puesto al día a Lucas, que se había comprometido a ocultar temporalmente la dirección dónde se alojaban e intentaría sustituirla en todo lo posible. Pepe, en compañía de las hermanas, intentaba salir solo lo justo y necesario para no ser descubierto por la policía. La tensión acumulada iba en aumento y ahora se había acentuado mucho más con la oferta de Augusto Fonfría.

Lluís llamó a la puerta ansioso. Le abrió Alejandra y le recibió con un fuerte abrazo envuelto de un apasionado beso en los labios. A continuación, le dejó entrar. Sara lo saludó con un abrazo y Pepe le chocó la mano con fuerza.

—¿Cómo estáis? —preguntó mientras tomaba asiento.

—No muy bien —contestó Alejandra—. La soga se nos está cerrando.

—Por lo menos ya sabemos de qué lado está Fonfría —puntualizó Lluís.

—¿Qué lo dudabas? —preguntó Sara.

—No… pero hasta hace unas horas todo eran conjeturas.

—¿Qué sabes de la policía? —preguntó interesado Pepe.

—Poca cosa. Salvo que raro es el día que no llaman a la puerta de Sara y hacen el paseíllo por los vecinos. Erika es muy avispada y ha empezado a atar cabos. Como la policía pregunta por Sara y Alejandra Ferrer, unido al nombre de Andreu Subies, ha empezado a sospechar que tú pudieras ser él.

—¡Esa lagarta! La muy zorra… —murmuró Pepe sintiéndose descubierto.

—Hay que tranquilizarse —continuó Lluís intentando mantener la calma ya que veía que los ánimos estaban algo frustrados.

—¡Es muy fácil decir eso! —refunfuñó Alejandra—. Pero desde que ha empezado este asunto no hemos podido hacer una vida normal. Desde casi los primeros días nos hemos sentido vigilados. Ha sido un ir y venir de nervios y de aventuras que nos vienen grandes. Por si fuera poco, el asesino de mis padres me amenaza que si no cedo en su propósito de conseguir las llaves, empezará una carrera llena de obstáculos. Estamos buscados por la policía y de un momento a otro nos encontraran. Y luego, ¿qué?… ¿terminaremos con nuestros huesos en la cárcel, o tal vez encuentren nuestros cadáveres en algún descampado?

Alejandra estaba a punto de explotar. Los ojos veteados en sangre la delataban. Lluís se levantó y la abrazó.

—He estado pensando muy detenidamente en todo este lío —continuó Lluís aparentemente entero—. De acuerdo que los caminos se nos están cerrando. Por eso hemos de tomar otra alternativa que no se ha contemplado.

—¿Otra alternativa? —preguntó Sara con un hilo de esperanza—. ¿Cuál?

—Entregarnos a la policía —dijo tranquilamente.

—Pero a ti no te buscan —añadió Alejandra.

—No importa. Si queréis yo os acompañaré. Al fin y al cabo estoy tan metido en este lío como vosotros.

—No creo que sea la mejor solución —puntualizó Pepe—. La policía no me inspira la menor confianza.

—No sé, Lluís… —dijo Sara indecisa—. Está claro que hemos de tomar una determinación. No podemos seguir ocultándonos sin acudir al trabajo. Hemos de retomar nuestras vidas, pero…

—¡Escuchadme! —continuó Lluís enérgicamente—. No hemos cometido ningún delito o por lo menos ningún delito grave. ¡No somos asesinos! No hemos matado a nadie ¡Tampoco somos ladrones! No hemos robado nada que puedan echar en falta. ¿De qué nos pueden culpar, de entrar en algún recinto sin

permiso y fuera de horas acompañado de algún desperfecto? ¡Nada más! Pensadlo fríamente.

Un silencio reinó en la habitación. Las palabras de Lluís les hicieron reflexionar. A lo mejor tenía razón. Aún así, las dudas todavía les acosaban. Lluís insistía con sus convincentes argumentos.

—¿Os mantenéis igual de firmes que hace unas horas respecto a la negociación de Augusto Fonfría? —preguntó.

—¡Por supuesto! —concluyó Alejandra—. No vamos a ceder ante su prepotencia, y no vamos a aceptar ni un solo euro a cambio de las llaves que hemos encontrado. Acarrearemos con lo que nos depare el futuro.

Sara y Pepe asintieron. Lluís continuó.

—Con más motivo entonces para que valoréis lo que os acabo de decir. Si no pensamos ceder ante la negociación de Augusto Fonfría, y la cosa se pone fea respecto a nosotros según sus amenazas, necesitaremos a alguien que nos cubra las espaldas, o por lo menos, que sepa por dónde van los tiros.

—Creo que debemos pensarlo más detenidamente —añadió Pepe—. De acuerdo que tienes razón en todo, Lluís. Pero mi experiencia con la policía no es demasiado halagüeña. No me fío de ella. Creéis que cuando los pongamos al día de todo lo que sabemos, ¿nos van a creer así porque sí? Nos van a inflar a preguntas. Nos bombardearan intentando aclarar cosas que ni nosotros sabemos todavía. ¿Qué argumentos fiables tenemos para pensar que vuestros padres fueron asesinados? ¿Cómo podéis demostrarlo? —dijo dirigiéndose a Sara y Alejandra—. Al igual que mi hermana. ¿Cómo puedo yo probar que no se suicidó? Si la propia policía fue una incompetente en su investigación. Y que me decís de vuestra vecina Elisa, la que también supuestamente se tiró por la ventana, y días después ocuparon su piso Gustavo y Erika con el fin de tenernos controlados. ¿No os dais cuenta de que todo esto apesta demasiado?

Lluís se quedó mudo. Pepe acababa de echar por tierra todas sus convicciones. Hasta él mismo dudaba de la postura más correcta.

—De acuerdo, esperaremos —continuó Lluís—. Pero a partir de ahora jugaremos siempre con un as en la manga.



Faltaba poco para que cumpliera el plazo. Veinticuatro horas le había dicho Augusto Fonfría a Alejandra, y ésta, nerviosa como un flan, esperaba que el móvil sonara de un momento a otro. La música de su teléfono la sobrecogió. Parecía haber llegado el momento. Miró la pequeña pantalla y arqueó las cejas. Otra vez era ese número que desconocía y que en poco más de un mes la estaba acosando día y noche. Estaba decidida a cogerlo la próxima vez, a ver si conseguía olvidarse ya de ella, pero ahora no era el momento apropiado. Tenía una llamada mucho más urgente. A los pocos minutos, volvió a sonar. Ésta vez identificó el número de Augusto Fonfría. Ahora sí que había llegado el momento. Alejandra respiró hondo e hizo una seña a su hermana y a Pepe que le acompañaban.

—Tranquila, hermanita —murmuró Sara transmitiéndole seguridad y confianza.

Alejandra conectó la grabadora y la acercó al auricular. Seguidamente, descolgó.

—Sí, dígame.

—¿Señorita Ferrer? —preguntó al otro lado.

—La misma. Dígame Don Augusto Fonfría —dijo con retintín y pronunciando su nombre con el fin de que quedara grabado.

—¿Se han pensado la oferta que les propuse ayer?

—No teníamos mucho que pensar al respecto. El chantaje no es una cosa que nos entusiasme. Y usted debería saber que es ilegal.

—Hay muchas cosas ilegales en esta vida jovencita —dijo Fonfría en tono de advertencia—. Aunque no son mi especialidad —concretó—. Necesito una respuesta. Es muy fácil, ¿sí o no?

Alejandra veía que se le escapaba de las manos sin poder decir nada que lo involucrara directamente. No podía contestarle solo con un monosílabo. Posiblemente no tuviera otra oportunidad como esa.

—Señorita Ferrer, le estoy esperando —añadió viendo que habían transcurrido unos instantes sin pronunciarse.

—No aceptamos su proposición. Me niego rotundamente, al igual que mi hermana Sara, a cederle las llaves de mi padre a cambio de su dinero.

—Vuelvo a repetirle que no son propiedad de su padre, ni tampoco suya. Y le recuerdo que es un robo en toda regla. Así que se tendrán que atener a las consecuencias. Buenas tardes, señorita Ferrer. Salude a su hermana de mi parte.

Alejandra colgó el teléfono indignada y maldiciendo el cinismo de semejante

individuo. Acto seguido, conectó la grabadora con la intención de escuchar la conversación. Su sorpresa fue mayúscula cuando se encontró con que solo se había grabado su voz, la de Augusto Fonfría apenas si podía definirse.

—¡Maldita sea! —murmuró cabreada. Su plan no había dado el resultado que ellos esperaban. Todo había sido en vano.



Rosa salió de su casa preocupada. Hacía más de un mes que no había visto a sus sobrinas y eso la mantenía en vilo. Su contacto consistía siempre por teléfono en cabinas que se encontraba por la calle y siempre diferentes. Después del incidente del restaurante donde casi las localiza la policía por su culpa no estaba tranquila, y andaba con mucho ojo con lo que decía o hacía. Por el bien de todos no las había visitado con el fin de no ser descubiertas. La situación se estaba apoderando de ella y en todo ese tiempo había perdido casi cinco kilos. Por otra parte, miraba el lado positivo: la ropa le quedaba mucho mejor.

Esa mañana había quedado con Paco en el mercado como era habitual tres veces por semana. Hasta el momento, no le había comentado la gravedad del asunto con él. No es que no tuviera confianza, pero Sara le había hecho prometer que lo mantendría en secreto por lo menos de momento. Y ella siempre cumplía sus promesas. Alejandra le había revelado la negociación que le había propuesto Augusto Fonfría y la negativa que le habían dado. Por si era poco con la persecución de la policía, ahora se les unía la provocación de ese malnacido y sus amenazas ¡Menudo hijo de puta!, pensó. Y además, acusando a su cuñado y a ellas de ladrones. Rosa intentó hacer memoria. Hurgar en el pasado. Tenía que haber alguna pista, algo que les demostrara que Sara y Alejandra estaban en lo cierto. Se maldijo ella misma por no guardar más cosas. Posiblemente destruyó sin saberlo datos que hoy podrían haber resultado vitales. Si pudiera retroceder en el tiempo veintitrés años. ¿Cuántas cosas habría cambiado? La nostalgia se apoderó de ella de nuevo, y al instante, desechó ese pensamiento. La imagen de su hermana y su cuñado muertos en el depósito de cadáveres le hizo estremecer. No… no quería por nada del mundo retroceder. Eso implicaría volver a pasar el mismo sufrimiento que ahora permanecía dormido en un rincón de su subconsciente. Miguel Roselló se adueñó de su mente sin poder evitarlo. Su nombre, su imagen, su mirada, su olor, su voz. Rosa se sentó en un banco

próximo con la mente bloqueada. Él era la pieza clave. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Miguel era la persona más cercana a Jorge en sus investigaciones. Ellos dos pasaban horas y horas resolviendo enigmas, estudiando y buscando un sinfín de cosas que ella desconocía. Seguro que podría ayudar a sus sobrinas a justificar que estaban en lo cierto y que el malnacido de Augusto Fonfría estaba mintiendo ¡Tenía que encontrarlo como fuera! El corazón le dio un vuelco y una llama de esperanza se instaló en su corazón. Intentó autoconvencerse de que lo buscaba por una causa justificada. En honor a sus sobrinas que lo necesitaban. Pero en lo más profundo de su ser, apareció una pizca de felicidad. Como si le hubiesen cargado las pilas con una potente fuerza interior, se levantó de donde estaba sentada y cambió el rumbo de sus quehaceres de esa mañana. Hoy no visitaría el mercado. No era tan urgente. Tenía otras cosas más importantes que hacer y no podía perder tiempo. Tenía que contactar con Miguel Roselló. Se dirigió a su casa. Una vez dentro, fue a su habitación cogió una silla y rebuscó en el altillo de uno de los armarios. Con una dulce sonrisa bajó una caja de cartón. Llevaba más de quince años sin tocarla. La última vez fue en el traslado del piso de María Cristina. Le pasó un trapo para retirar el polvo acumulado y su corazón empezó a latir con fuerza. Cuando la abrió, percibió un intenso olor a papel. Montones de cartas apiladas ocupaban su espacio interior. Todas iban dirigidas a ella y con una letra perfectamente legible. Rosa, cogió una de ellas al azar. La sacó del sobre y empezó a leer:

> *Querida Rosa. No sé nada de ti y me duele que no contestes a mis cartas. Por favor dime algo o no soportaré la estancia lejos de ti.*

Rosa dejó de leer. No podía continuar, sus ojos no se lo permitían. La plegó y miró el remite.

> *Miguel Roselló*
> *Anton Schjoths gate 5*
> *Oslo (Noruega)*

Tenía su dirección, pero la última carta estaba fechada hacía dieciocho años, poco antes de trasladarse de domicilio. Como nunca le contestó, Miguel nunca supo donde vivía. Por otra parte, había pasado mucho tiempo y era posible que él hubiera cambiado de dirección. Aún así, tenía que intentarlo. Escribió una carta

pidiéndole ayuda en la situación creada a sus sobrinas y la echó al correo ese mismo día. Mientras, necesitaba conseguir un número de contacto. No podía esperar a recibir una respuesta, ¿y si nunca le contestaban? Decidió pedir el favor al hijo de una vecina que daba clases de idiomas. Necesitaba contactar con Oslo y averiguar el teléfono de esa dirección. Si no hubiese sido por la buena fe del chaval se habría visto perdida. Después de mucho insistir y llamar a un lado y a otro, no hubo forma de hablar con Miguel. La dirección que aparecía en las cartas, actualmente pertenecía a otra familia que nada tenía que ver con él y, ni siquiera habían oído su nombre. ¿Por dónde continuaba buscando? Era imposible seguirle la pista después de tantos años y sin haber mantenido contacto con él. Llevaba dos días enfrascada en su búsqueda, sin esperanzas y desanimada se metió en la ducha. Ella que esperaba tener una buena noticia para sus sobrinas. Poder ayudarlas en algo. Y… ¿qué había conseguido? Nada en absoluto. Mientras el agua le acariciaba la cara una sensación de agobio la invadió. Rosa dejó escapar unas lágrimas que no pudo contener y se sintió arropada con el calor del agua.



La comisaría del centro estaba a rebosar. El comisario Morales había estado de baja una semana, muy a su pesar, por una gripe que había cursado con fiebre alta. Esa misma mañana volvía al trabajo y los inspectores Moreno y Roque a pesar de no haber parado durante esos siete días, no tenían nada explicito que comentar sobre el caso de Sara Ferrer y Andreu Subies. ¿Dónde coño se habían metido? No aparecían por la calle Quart ni tampoco acudían a sus puestos de trabajo. Estaba claro que algo temían y por eso se escondían, pero qué… No podían cursar una orden de busca y captura porque aparentemente no habían cometido ningún delito demostrable. Si al menos pudieran hablar con ellos para aclarar un poco la situación. Moreno vio entrar al comisario Morales y lo esquivó para no tropezarse con él. Ya lo vería más tarde, aunque nada más llegara a su despacho los llamaría para pedir explicaciones. Moreno salió a la calle con el móvil en la mano. Intentaría llamar por milésima vez al teléfono que le había proporcionado el director del Instituto Lluís Vives, aunque ya había perdido todo tipo de esperanzas de contactar con ella.

De repente y para su asombro, una voz femenina se oyó al otro lado.

—Sí, dígame.

—¿Alejandra Ferrer? —preguntó cruzando los dedos de que efectivamente fuera ella.

—Sí, soy yo. ¿Quién es? —dijo a sabiendas de que era un número desconocido y el mismo que le había estado molestado más de un mes.

Moreno dudó por un instante en revelar que era de la policía. Al final decidió decir la verdad…

—Perdone que le moleste, pero llevo varias semanas intentando contactar con usted. Es importante que nos veamos. Necesito hacerle unas preguntas.

—Todavía no me ha dicho quién es —dijo recelosa.

—Lo siento. Soy el inspector Moreno de la Comisaría del centro.

Alejandra se quedó muda. Era la policía… Un temblor incontrolado se instaló en sus piernas.

—¿Cómo ha conseguido mi teléfono?

—Me lo ha facilitado Vicente Martí, el director del Instituto Lluís Vives. Se ve que es una persona que le aprecia bastante, igual que apreciaba a su padre. Le prometo que tan solo serán unos minutos y podemos quedar donde usted me diga.

Alejandra estaba desconcertada y algo descolocada. ¿Quién era ese hombre que además le nombraba a su padre? ¿Qué tipo de preguntas quería formularle? ¿Debía o no debía quedar con él? Además se encontraba sola y no podía pedir opinión a su hermana o a Pepe. ¿Y si no era verdad? Y ¿si todo lo que le estaba diciendo era mentira y no era de la policía, sino algún enviado de Augusto Fonfría? Estaba hecha un verdadero lío. En qué mala hora había descolgado el teléfono.

—Alejandra. ¿Está usted ahí?

—Sí, pero creo que no es buena idea que nos veamos. Además, por favor no vuelva a llamar más.

Moreno veía que la perdía después de tantos intentos por contactar con ella. Tenía que convencerla.

—Espere por favor, no cuelgue. Sé que están metidas en un lío. La policía les está buscando a usted, a su hermana Sara y a Andreu Subies que todavía no sé qué pinta en todo este entierro. He estado en su piso de la calle Quart sin resultado. Mi intención no es detenerla, no tengo ningún motivo. Solo quiero hacerle unas preguntas. Tan solo eso. Le estoy siendo sincero, le pido por favor que usted haga lo mismo y me dé una oportunidad.

—¿Por qué tengo que creerle? —preguntó indecisa. En el fondo y sin saber por qué, le creía.

—Porque digo la verdad —contestó Moreno tiernamente.

—Muy bien. Espero que vaya solo —continuó Alejandra esperando no tener que arrepentirse de su decisión.

—Iré solo —dijo firme y convincentemente.

—Mañana sábado a las once de la mañana.

—De acuerdo… ¿dónde? —preguntó esperanzado.

Alejandra se volvía loca pensando un lugar muy transitado.

—En el río, a la altura de Gulliver —dijo temblorosa.

—Hasta mañana entonces.



Capítulo 57

Esa noche el reloj parecía no avanzar. Aunque a Sara y Alejandra parecía no importarles. Pepe y Lluís las acompañaban. El debate entre ellos era intenso. El tema, acudir o no a la cita de ese inspector de la policía. Los motivos y los temores se habían sacado a la luz y la conversación no llegaban a ninguna parte.

—Ya sé que no debí aceptar —murmuró Alejandra más que arrepentida—. Me lo habéis reprochado una y mil veces ¡Pero lo hice!… aunque puedo no presentarme. No sé el motivo pero me inspiró confianza.

—No entiendo que te inspirara confianza solo con una llamada de teléfono —continuó Lluís—. Pero de todas formas acudirás a la cita y por supuesto nosotros tres también. Aunque no estemos a tu lado. Seremos tu sombra. Si ese tipo no es de la policía se le van a quitar las ganas de molestarte más.

—¿Y si lo es? —preguntó Pepe sin terminar de verlo claro.

—Tenemos que averiguar qué es lo que quiere y qué tipo de preguntas te hace —concluyó Sara—. Puede que sepan mucho al respecto o puede que vayan más que despistados.

—¿Y si me detienen? —preguntó Alejandra asustada. No se le había pasado por la cabeza mientras dudó en aceptar la invitación que pudiera ser arrestada.

—¿Por qué motivo? —preguntó Lluís seguro de sí mismo—. No tienen ninguna prueba que justifique nada en contra de ti. Nada de nada.

Eran las diez de la mañana y todo apuntaba a que sería un día espléndido. El sol había aparecido sin miedo y el viejo cauce del río Turia estaba bastante concurrido. Deportistas haciendo *footing*, o paseando en bici. Personas caminando por los jardines. Chavales jugando al fútbol en los campos destinados para ello. Parecía ser una mañana perfecta para la cita de Alejandra con el inspector Moreno. Ella y Sara, en compañía de Lluís y Pepe, avanzaban hacia el lugar citado. Todavía faltaba una hora, pero querían tomar posiciones y estar preparados por si ocurría alguna complicación.

El Parque de Gulliver, basado en el cuento de Jonathan Swift, representaba al gigante de dicho nombre cuando llegó a Liliput y, tendido en el suelo y atado con cuerdas, se había convertido en un entramado de rampas y toboganes, donde los niños se divertían a su alrededor. A excepción de dos jovencitos en compañía de sus padres que se lo estaban pasando pipa, por lo demás, el parque estaba bastante solitario. Alejandra se arrepintió de haber elegido ese lugar. Pensó que estaría más transitado. Pero ya era tarde para echarse atrás. Se sentó en la inmensa espada de dicho personaje esperando que llegara la hora acordada. Desde donde se encontraba, podía ver a pocos metros a Lluís sentado en uno de los bancos leyendo el periódico. En la otra dirección, estaban Sara y Pepe a la sombra de uno de los árboles como si fuesen un par de enamorados. Alejandra miró el reloj. Eran las once menos cuarto. Todavía faltaban quince minutos. Intentó tranquilizarse, los nervios la estaban destrozando. El estomago estaba hecho un ovillo y de vez en cuando le daban unos pinchazos que le cambiaba hasta el color de la cara. De repente, alguien captó su atención. Un hombre joven de unos treinta y pocos años, moreno y alto, la estaba mirando fijamente. Sin ninguna expresión definida en su rostro avanzaba lentamente hacía ella. Alejandra notó como sus pulsaciones aumentaban sin poder evitarlo. ¿Sería ese hombre el inspector Moreno? Miró de reojo a Lluís y éste pareció darse cuenta de que se acercaba su objetivo. Faltaban tan solo un par de metros cuando una voz agradable dijo:

—Perdona… ¿eres Alejandra Ferrer verdad?

—Sí —respondió asustada.

—¿Puedo sentarme?

—Sí —volvió a repetir.

—Ayer hablamos por teléfono. Soy el inspector Moreno de la Comisaría de Policía de Valencia centro —dijo mientras se presentaba y le estrechaba la mano.

Alejandra le correspondió.

—¿Cómo me has conocido? —preguntó algo confusa.

—Aparte de que eres la única mujer joven que se encuentra sola en los alrededores, te pareces mucho a tu hermana Sara.

Moreno sacó la hoja de papel en la que aparecía el retrato robot de Sara.

Alejandra se sorprendió. Ésa era una copia de la foto que su Tía Rosa había visto en la comisaría cuando se renovó el carné de identidad. Reconocía que estaba bastante bien hecha.

—¿Qué es lo que quieres saber? —preguntó la joven.

—Hay muchas incógnitas —contestó Moreno volviendo a ser sincero. De momento, esa técnica con ella no le había fallado—. A decir verdad… no sé por dónde empezar.

Una algarabía de gritos y risas los hizo desviar la mirada. Alrededor de treinta o cuarenta niños acababan de invadir a Gulliver, custodiados por tres mujeres que supusieron serían sus profesoras.

—¿Te importa si nos movemos y buscamos otro lugar más tranquilo? —preguntó Moreno viendo que sería imposible comunicarse con semejante jaleo.

Alejandra dudó unos instantes. Allí rodeada de tanta gente se sentía segura. A pesar de no estar muy convencida cedió.

—De acuerdo. Podemos buscar un banco cerca.

—¿Te parece bien aquel? —dijo mientras señalaba uno que se encontraba a unos cincuenta metros y bastante próximo a Lluís.

—Me parece estupendo.

Se acomodaron después de pasar por delante de Lluís. Moreno le miró de reojo mientras éste intentaba ocultar su rostro con el periódico. Enseguida lo reconoció. Era el vecino del inmueble de la calle Quart. Otras virtudes no tendría, pero desde luego no olvidaba una cara.

—¿Qué es lo que quieres saber y porque buscáis a mi hermana y a mí?

—Sois muy difíciles de localizar y bastante escurridizas —continuó Moreno dispuesto a empezar con su interrogatorio—. Con respecto a la búsqueda de tu hermana tengo que decirte, que llevo seis meses intentando dar con ella, concretamente, desde el mes de Agosto. La primera y única vez que la vi fue por la noche en la Plaza de los Fueros y frente a las Torres de Serrano. Era de madrugada y esa misma noche alguien entró en las Torres ocasionando ciertos desperfectos. Al principio, pensamos que tu hermana, de la que entonces desconocía su nombre, podría haber visto algo al respecto. La intención de

localizarla era simplemente en calidad de testigo, ya que al parecer nadie de la zona pudo dar ningún tipo de explicación.

—Para no haberla visto nada más que una vez, hiciste un buen trabajo —añadió Alejandra.

—¿A qué te refieres? —preguntó Moreno sabiendo de sobra a dónde quería llegar.

—A su foto. Te puedo asegurar que casi la has bordado. No entiendo como una persona que apenas la has visto unos minutos se te pueden grabar tanto sus facciones.

—Recuerda que es mi trabajo. Tengo buena memoria fotográfica y…

Alejandra le miró sin sospechar como iba a continuar la frase.

Moreno estuvo a punto de reconocer que se sentía realmente atraído hacia Sara y que la obsesión de volverla a ver le había quitado el sueño más de una noche recordándola. También le hubiera dicho que no era algo frecuente en él y que no entendía el motivo, solo sabía que se moría de ganas por volverla a ver. En una décima de segundo, cambió de opinión.

—¿Y? —añadió Alejandra esperando.

—El que tenía que formular las preguntas era yo —dijo Moreno sonriente.

—Tienes razón. Como sabes, soy periodista y como has podido comprobar lo llevo en la sangre.

—Sí, doy fe de ello.

—Una pregunta más y luego contestaré a todas las tuyas —pidió Alejandra en tono de suplica.

Moreno asintió.

—Si el incidente de las Torres de Serrano no tenía mayor importancia, ¿por qué ese interés desmesurado en encontrar a mi hermana?

—No tenía importancia y sí la tenía —intentó explicar Moreno—. No la hubiera tenido si hubiese sido un caso aislado. El problema es que va unido a otros incidentes en otros lugares emblemáticos de la ciudad. Poco tiempo antes entraron a hurtadillas en el Museo Arqueológico de L’Almoina. Aparentemente, nada desapareció, lo que hizo crear más intriga al respecto. Poco tiempo después ocurrió algo parecido y con la misma manera de actuar en la Iglesia de San Juan del Hospital y posteriormente en el Miguelete. Curiosamente, en ninguno de los cuatro lugares hubo robos o desperfectos masivos. La sensación según nuestras investigaciones es que quien efectuó esos actos buscaba algo que todavía no hemos logrado averiguar —mientras le daba la explicación intentaba no perderse

ni un solo gesto de Alejandra. Su rostro la estaba delatando. Sabía mucho más de lo que aparentaba. Decidió continuar con su relato—. Y es curioso también, que las huellas y pistas que han dejado queda claro que eran dos mujeres y un hombre.

Alejandra intentaba mantenerse al margen, procurando que ninguno de sus músculos confesara que estaba involucrada en todos los acontecimientos que el inspector Moreno estaba relatando. Solo que desconocía si realmente lo estaba consiguiendo.

—Tal vez fuera algún caso de vandalismo. No sé, solo por el hecho de hacer daño —añadió Alejandra prudentemente e intentando desviar sus conjeturas.

—No lo creo. Estoy seguro de que buscaban algo… ¿pero qué? —sus ojos se clavaron en los de Alejandra y ésta tuvo que retirar la mirada discretamente.

—¿Y por qué me buscáis a mí? ¿Qué tengo yo que ver en todo este asunto?

—Pues creo que bastante.

Alejandra se puso tensa.

—Creemos que tu hermana Sara y tú erais esas dos mujeres que se han paseado por los lugares que te he mencionado antes.

—No veo como has llegado a esa conclusión —dijo sin apenas voz.

—Te lo explicaré. El detonante ocurrió en la estación de Colón —continuaba Moreno expectante—. Hace tan solo un par de meses, concretamente en Navidad. Dos hombres entraron en las vías del metro y después de hacer una serie de excavaciones sólo volvió uno. Como era usual en él, forzó la cerradura de los lugares privados destinados al personal de la estación, y dejó el lavabo lleno de tierra de la que supuestamente había cavado. Ése fue el primer fallo, el segundo, sus huellas dactilares. Al principio, pensamos que podía ser un atentado terrorista o algo similar. La mochila se quedó dentro de las vías por lo que tuvieron que intervenir los artificieros. Más tarde se barajó la hipótesis de que uno de los hombres intentara deshacerse del otro escondiendo su cadáver. Pero también se desechó. Solo nos quedaba pensar que… la búsqueda de esas dos mujeres y un hombre continuaba y éste era el quinto lugar de este acertijo.

—No entiendo como creéis que son las mismas personas si en esta ocasión, solo aparecen dos hombres —dijo Alejandra tímidamente.

—Buena pregunta. Ahí es donde apareces tú en escena al lado de tu hermana. Casualmente estabais aproximadamente a la misma hora fuera de la estación, y cuando abordasteis a dos agentes, al parecer porque estabais asustadas y dos hombres se habían metido con vosotras. He de reconocer que

fingís muy bien y que lo de mentir tampoco se os da nada mal. Esos hechos fueron los que nos ayudaron a atar cabos y a ver las cosas con otro enfoque. Cosa que al principio no encajaba por ninguna parte. Cómo ya sabrás, las huellas pertenecen a Andreu Subies y después de mucho preguntar, dimos con el instituto Lluís Vives dónde estudió. Y qué casualidad otra vez —dijo en tono de sarcasmo—, que era el mismo instituto donde vuestro padre impartió clases y donde meses antes tú habías hecho un cuestionario de preguntas al director Vicente Martí.

Alejandra se agarró al banco de madera. Una fuerte flojedad se estaba apoderando de ella. Lo sabía todo… lo sabía todo… podía oír desde su interior.

—Puesto que desde que he llegado no he parado de hablar —añadió el inspector Moreno—. Va siendo hora de empezar con el interrogatorio.

—No creo que pueda contestar a ninguna de las preguntas —dijo Alejandra con la visión completamente borrosa y notando un calor horroroso.

—Pues tendrás que hacerlo —dijo ajeno al malestar de la joven. Me estoy jugando el cuello por haberte citado aquí, y por haberme ido de la lengua, cuando debería de haberlo hecho formalmente en la comisaría.

—No puedo. De veras que no puedo —contestó Alejandra sin apenas controlar sus palabras. Sabía que estaba a punto de desmayarse y no podía hacer nada para evitarlo.

Sin apenas terminar la frase Alejandra perdió totalmente el conocimiento. Su cuerpo desmadejado empezó a encorvarse en dirección al suelo. El inspector Moreno sorprendido por la reacción de la muchacha, la sujetó impidiendo que se estampara contra el suelo. La tendió en el banco mientras intentaba reanimarla. Rápidamente, un joven del banco de al lado, se acercó al suceso dejando caer un periódico al suelo. Mientras tanto, una pareja se aproximaba rápidamente a ellos preocupados por el estado de la joven.

Parecía que iba recobrando la consciencia. Alejandra poco a poco recobraba el color de sus mejillas. Moreno, sonrió al ver cómo tímidamente abría los ojos. No se había preocupado de mirar los rostros de las personas que se habían acercado. Tan solo le preocupaba el estado de la joven. De repente, y sin saber muy bien como sucedía. Moreno notó un golpe acompañado de un fuerte dolor en la cabeza que le hizo caer al suelo y perder la noción del tiempo. Mientras perdía la consciencia y entre tinieblas, divisó el rostro de una joven. A pesar de estar aturdido, pudo adivinar que se trataba de la muchacha que llevaba

buscando seis meses. Estaba seguro de que se trataba de Sara. Segundos después, dejó de verla y todo se oscureció.



Faltaba poco para llegar a casa. Se habían escabullido bien después de dejar al inspector Moreno malherido y sentado en el banco con el periódico tapándole la cara. Habían sido muchas las reprimendas que Pepe había recibido por la reacción de golpear al policía. Suerte que solo había sido un golpe sin mayor trascendencia. Estaban seguros que volvería en sí a los pocos minutos. Y también seguros de que se despertaría con un humor de mil demonios.

—Lo siento —intentaba justificarse—. Pensé que no era de verdad de la policía. De hecho, desde nuestra posición la perspectiva era diferente. ¿Verdad Sara?

Ésta asintió.

—Creí que te había hecho algo —dijo dirigiéndose a Alejandra—. La furia se desató dentro de mí y lo pagué con quien creía era culpable.

—¡Nos la hemos ganado, Pepe! —gritó Lluís enfadado—. Atentar contra un agente de la policía. ¡Nos hemos cubierto de mierda hasta las orejas!

—De todas formas saben casi todos nuestros pasos —aclaró Alejandra.

—De veras… —dijo Sara.

—Saben que somos tú y yo —dijo señalando a su hermana— las que estamos metidos en todo este embrollo. Y también saben que Andreu Subies está con nosotros. Lluís, de momento se les despista. Están al tanto de nuestro itinerario. Saben que estamos buscando algo, pero desconocen qué. Cuando me vuelva a llamar, que seguro que lo hace, no sé qué voy a hacer.

—¿Qué le has dicho? —preguntó Pepe.

—Poca cosa. Cuando tenía que contestar a sus preguntas me he desmayado —Alejandra permaneció en silencio por unos segundos—. En el fondo creo que es buena persona. Dijo que se estaba jugando el cuello y que debía de haberme hecho el interrogatorio en la comisaría.

—¿Por qué tanta delicadeza? —se preguntaba Pepe—. ¿Por qué ese interés en no llevarte a la comisaría y hacerte las preguntas en donde tú quisieras?

—No lo sé —contestó Alejandra asombrada—. Pero vuelvo a repetir que me pareció muy correcto y de hecho me contó todo lo que sabía… o parte de lo que

sabía. No tenía necesidad de hacerlo. Podía haberse limitado a preguntar y punto. De todas formas sigo opinando que me parece buena persona.

—Sí, yo también lo creo —añadió Sara—. Es el mismo policía que vi en las Torres de Serrano.

—Sí, —continuó Alejandra—. Además, me dijo que llevaba buscándote seis meses y, tenía bien grabadas tus facciones, puedo asegurarte que la foto estaba muy bien hecha.

Sara se quedó pensativa. Le había dolido mucho el tener que permitir que Pepe le diera en la cabeza. ¿Qué tenía ese hombre que la hacía ponerse tan nerviosa?



Capítulo 58

Era veintiocho de Febrero, último día de mes. El reloj del Mercado Central marcaba las siete de la mañana. Todavía no había demasiada afluencia de clientes salvo los que se suministraban para bares o restaurantes y hacían sus compras al por mayor. Miguel Roselló entraba triunfante esa mañana mucho más temprano que de costumbre. Pero es que esa noche había sido muy especial. Un hermoso y paradisíaco sueño le había cautivado y le había hecho recuperar todo tipo de esperanzas que día a día había empezado a perder. Cuando abrió los ojos se sintió tremendamente feliz. Todavía podía revivir las imágenes tan bellas que había tenido. Un campo lleno de vistosas y perfumadas margaritas le acariciaba sus pies descalzos. El olor a flores y a tierra húmeda aún perduraba en su olfato. Agachado sobre ellas confeccionaba un enorme y precioso ramo. Una mujer a lo lejos se dirigía hacia él con una enorme cinta roja en las manos. No podía ver las facciones de su cara, pero su manera de moverse le hacía adivinar de quién se trataba. Paso a paso la unían más a él. No podía dejar de mirarla. Era como si estuviera hipnotizado. Su melena dorada y ondulada brillaba con el reflejo del sol y su tierna sonrisa le convertía en la mujer más atractiva y sensual de toda la faz de la Tierra. Miguel, extasiado de felicidad, la esperaba ansioso. Tan solo unos pasos la separaban de ella. Él extendió la mano y rozó sus dedos. Seguidamente la abrazó y la besó apasionadamente. Ella le correspondió dulcemente. A continuación, le entregó el ramo de margaritas blancas que había cogido expresamente para ella, y después de hacerle una lazada con la cinta de raso roja, le colocó una flor en el pelo. Cuando abrió los ojos, todavía se relamía del contacto de los labios de su amada. Había sido un sueño tan real, que a partir de ese momento no había podido conciliar el sueño contando los minutos que le

separaban para levantarse y acudir en busca de Rosa. Ese sueño era un anticipo, una premonición de lo que iba a ocurrir. Lo presentía. Estaba tan convencido de ello. Desde que había regresado a Valencia, y de eso hacía ya más de cinco meses, y a pesar de no dejar de pensar en Rosa en ningún momento, no había logrado introducirla en sus sueños. Dicen que los sueños no se pueden controlar y es cierto. Y sin embargo, esa noche había aparecido como por arte de magia. Algo le decía que esa mañana no sería como las demás. Algo le decía que esa mañana encontraría a su antigua novia, al amor de su vida.

Mientras entraba en el mercado, recordó el sueño de hacía unas horas y recordó también como hacía veintiocho años la conquistó. Se aproximó a los puestos de flores y sonrió al ver unas frescas y olorosas margaritas blancas, al igual que en su sueño. Revivió la escena en que conquistó a Rosa intentando ayudarla en varias ocasiones a llevar sus bolsas y ésta negársele con mucha educación. Dicen que a la tercera va la vencida y efectivamente a la tercera, Rosa cedió a que le ayudara aceptando un ramo de margaritas similares a las que ahora tenía delante. Sin pensarlo dos veces, encargó un ramo con veintitrés unidades. Una por cada año que habían estado separados, y muy importante, tenían que estar rodeadas de una ancha cinta de raso roja. Quedó en pasar a recogerlo a lo largo del día aunque solo fuera para adornar la mesa del salón.

Se paseó por los pasillos que conocía al dedillo con los ojos bien abiertos, aun a sabiendas de que era demasiado pronto. Pero no le importaba, se encontraba como un chaval repleto de energía. Su corazón palpitaba más rápido de lo normal. Tenía por delante muchas horas hasta la hora de cierre. No pensaba irse ni un momento de allí. Daría las vueltas necesarias. No estaba dispuesto a salir de allí sin ella.



Paco canturreaba mientras colocaba el género en el mostrador. Esa mañana tenía una fruta que era la envidia de muchos de la competencia. De hecho, se había ganado una fiel clientela y el negocio prosperaba de lo más bien. Y es que había que saber moverse y conseguir buen producto, y eso precisamente era de lo que él mismo se sentía orgulloso. A pesar de su edad, a punto de cumplir los cincuenta y cinco años, tenía una vitalidad que muchos de su quinta quisieran. Tenía que reconocer que Rosa había influido bastante en su estado de ánimo y

gracias a ella recobraba la fuerza de seguir sintiéndose todavía joven. No quería perderla por nada del mundo y lucharía con quien hiciera falta para conservarla. La relación entre ellos funcionaba a las mil maravillas. Y después de aclarar las dudas que le surgieron a Rosa tras la conversación con su exmujer Pilar, la cosa había quedado más que clara. Además, tenía que celebrar que llevaba casi un mes sin tropezarse con Miguel Roselló. Lo cual le alegraba enormemente. Eso le hizo pensar que posiblemente se hubiera cansado de buscar o simplemente, esos encuentros fortuitos se hubieran debido exclusivamente a pura casualidad. Recordó la última vez que lo vio por esos pasillos, y fue a finales de enero. Se acercó y le compró naranjas y algo más. En esa ocasión no le preguntó por Rosa, cosa que Paco agradeció. No le remordía la conciencia en absoluto haber negado que la conocía cuando él se lo preguntó el día de Nochevieja. En la guerra, al igual que en el amor, estaba permitido cualquier tipo de defensa y en ese caso, si le hubiera confesado que la conocía y que sabía dónde encontrarla, le hubiese hecho ser el hombre más desgraciado de toda la faz de la Tierra, porque a pesar de que su relación iba como la seda, él sabía de antemano que Rosa tenía debilidad por ese tal Miguel. Sospechaba que si tuviera que elegir entre los dos, él sería el primero en perder la partida. Aunque no estaba dispuesto a ello.

Eran las ocho y media de la mañana y el ambiente se iba animando. Presentía que iba a ser un buen día de caja. Acababa de despachar a una señora que solía frecuentar la parada habitualmente cuando… su mirada captó la imagen de un hombre que ya conocía. No cabía la menor duda de que esas facciones eran las del Miguel Roselló. Su rival por excelencia. Una oleada de rabia e impotencia se apoderó de él. No podía prohibirle a ese individuo la entrada al mercado. Quién era él para hacer semejante barbaridad. Ni tampoco podía prohibirle la entrada a Rosa. Para ello tendría que darle una serie de explicaciones que preferiría omitir. ¿Qué podía hacer? Se veía acorralado. Sus ojos disimuladamente le siguieron hasta que lo perdieron de vista, y entonces logró respirar con más tranquilidad. Quizá estaba de paso y ya se marchaba de allí, pensó para consolarse. A toda costa, intentaba autoconvencerse de que no había tal peligro. No podía vivir con esa angustia y ese temor. Miró el reloj, eran las nueve de la mañana. Gracias a Dios, todavía era muy pronto. Rosa no llegaría hasta las diez y media o poco más. Seguramente en ese tiempo Miguel Roselló se habría largado.

Había transcurrido poco más de una hora desde que el corazón de Paco se alterara por la presencia de Miguel. Desde entonces, le había dejado con el temor alojado en el cuerpo, y distraído y pensativo en sus quehaceres rutinarios. Aún le

perduraba el susto y la incertidumbre, cuando lo volvió a ver enfilado por el pasillo de la izquierda. Se fijó en su aspecto y le llamó la atención que iba como un pincel. Era la segunda vez en esa mañana. Eso le daba mala espina. Miró el reloj. Eran las diez y cuarto. Rosa no tardaría en llegar. Empezaba la cuenta atrás. Un temblor localizado en sus piernas se manifestó de la manera más vil, dejándole indefenso. Eso no era una casualidad, se dijo abrumado. Presentía que ese hombre irremediablemente iba a cambiar el rumbo de su vida. ¡No podía ser! Se dijo una y otra vez ¡Tenía que hacer algo! No podía permitir que Rosa se encontrara con ese individuo que estaba claro que algo buscaba. Tenía que actuar rápido. Una idea le vino a la mente y una ligera sonrisa se dibujó en su rostro, mientras, veía como su enemigo y rival se alejaba de nuevo. Se dijo a modo de consuelo: *no hay mejor ataque que un buen contraataque*.



La Avenida del Puerto estaba repleta de tráfico. Rosa, asomada desde el balcón, podía divisar gran parte del puerto y de la playa de la Malvarrosa. Multitud de gente esperaba ansiosa. El día acompañaba y el sol brillaba con todo descaro. Habían organizado un Festival Aéreo donde se lucían, con multitud de piruetas acrobáticas, aviones ultraligeros, cazas a reacción, avionetas y distintos helicópteros de la Guardia Civil, de la Dirección General de tráfico, de la Policía Local y de las Fuerzas Armadas. Rosa estaba entusiasmada con el espectáculo y a punto estuvo de avisar a Paco para decirle que hoy sábado no acudiría al mercado. Instantes antes de llamarle, cambió de opinión. Perezosa, se desconectó del Festival Aéreo y decidió arreglarse. No le costó demasiado. Se maquilló lo justo y apenas se repasó el pelo, justamente, el día anterior había ido a la peluquería y lo llevaba casi perfecto. Unas finas mechas rubias suavizaban sus facciones y le daban mucha más luz a su cara. Se miró en el espejo y se gustó. Sus cincuenta y dos años estaban muy bien llevados. A pesar de todo el sufrimiento que llevaba adosado a su espalda y por todas las adversidades que el destino le había hecho pasar, se sentía bien. Gracias a Dios ninguna enfermedad le rondaba y tenía toda la agilidad que ella necesitaba. En esos momentos, tan solo le preocupaban sus sobrinas. Ése era su mayor temor. Y lo que más le dolía, era que ella no se veía capaz de echarles una mano o las dos si hiciera falta. A pesar de que a ojos cerrados daría su vida por ellas, y sobradamente lo había

demostrado, y ahora en uno de los momentos más difíciles de sus vidas se veía totalmente impotente. Lo había intentado buscando desesperadamente a Miguel Roselló por Noruega, tenía las esperanzas de que él fuera una pieza clave en la investigación, por la proximidad y confianza con Jorge Ferrer, ya que eran uña y carne, como se solía decir. Pero la suerte no le había acompañado y había sido un autentico fracaso. Si por lo menos no hubiera perdido el contacto con él durante tantos años… si le hubiese contestado a las cartas… si no se hubiera empeñado en dejarle ir libre… cuántas cosas hubieran cambiado. Rosa se arrepentía de tantas cosas que mientras salía de casa su mente estaba transportada a una nube de reproches.

Rosa caminaba hacia el Mercado Central. Miró su reloj y pasaban de las once de la mañana. Era más tarde de lo habitual, seguramente Paco estaría preocupado. Pensó en avisarle que iba de camino, pero tan solo le faltaban unos diez minutos para llegar, así que cambio de idea. Estaba entrando en la calle María Cristina, por su antigua casa. No podía evitar siempre que pasaba por allí echarle un vistazo a su antiguo portal y a su antiguo balcón. Cuántos años había vivido allí, y cuántas cosas buenas y malas habían sucedido. El recuerdo de su madre la invadió de nostalgia, al igual que el recuerdo de su padre. Seguidamente la sombra del recuerdo de Miguel volvió a acosarla de nuevo. Sería posible que no consiguiera eliminarla de su vida. Ahora, ese lugar lo había ocupado Paco y estaba contenta con su relación, o por lo menos eso era lo que ella creía. De acuerdo que no era lo mismo que su noviazgo con Miguel, pero tampoco era una jovencita como entonces, ahora era una mujer hecha y derecha y no estaba la cosa para ir con tonterías. Además, ya estaba cansada de estar sola. La tranquilidad y seguridad que le había brindado Paco no era de despreciar. Se desvivía por ella y no trataba de ocultarlo. La mimaba constantemente y a Rosa le gustaba ser mimada. A su lado se dejaba querer y eso le hacía sentirse bien. ¿Plenamente satisfecha? Se preguntaba. No lo sabía, pero lo que sí sabía era que se conformaba.

Sin darse cuenta ya había llegado. Esa mañana parecía haber más gente de lo habitual. Lo primero que hizo fue dirigirse a la parada de Paco. Desde lejos lo vio muy atareado. Le llamó la atención la expresión de su rostro. Estaba como disgustado. Después de ocho meses de relación, empezaba a conocerlo. Cuando estuvo casi a su lado le sonrió, esperando ser correspondida. Paco, la vio cuando la tuvo prácticamente encima. Algo enturbiaba sus pensamientos y no le permitía

actuar con total lucidez. Una fina línea lejos de ser una sonrisa se dibujó en su cara y Rosa verificó que algo le sucedía.

—Buenos días Paco. ¿Qué ocurre?

—Hola preciosa… nada. No sé por qué lo preguntas —su tono trataba de ser cordial.

—No hay más que verte la cara —replicó Rosa segura de que algo le preocupaba y estaba contrariado.

—Estaba intranquilo por ti —agregó Paco con gran parte de verdad.

—¡Cómo eres! —añadió Rosa sintiéndose halagada—. Tan solo he llegado una hora más tarde que de costumbre —dijo ella justificándose.

—Ya lo sé, los minutos me han parecido horas. ¿Vas a estar mucho por aquí? —añadió Paco con temor.

—No demasiado —dijo ella inocentemente—. Apenas tengo que comprar. Hoy la vuelta será bastante rápida.

—Eso espero —concluyó él recobrando la expresión normal en su rostro—. Contaré los segundos que estés fuera.

—¡Qué tonto eres! —le susurró ella al oído.



Eran casi las doce del mediodía, la hora del Ángelus, cuando Rosa iba de regreso a despedirse de Paco. Había comprado un par de cosas que necesitaba y daba por concluido su paseo matutino por aquellos pasillos que la entusiasmaban. De repente, se le antojó comprar unas flores, las últimas se habían marchitado y las había tirado a la basura hacía un par de días. Se dirigió a uno de los puestos de flores donde solía comprar con frecuencia.

—Buenos días, Toñi —dijo mientras echaba una ojeada buscando sus flores preferidas.

—Buenos días, Rosa. Si estas buscando margaritas, siento decirte que se me han terminado. Además —continuó la mujer—, hoy han entrado muy pocas, eso sí, el tamaño era excepcional.

—¿No me digas que no te queda ninguna? —dijo en tono de fastidio.

—Lo siento… si me lo hubieras dicho, te las habría guardado. Tan solo me queda ese ramo —dijo la mujer mientras señalaba un rincón del mostrador—. Pero no puedo vendértelo porque el cliente las ha encargado y me las ha pagado.

Rosa siguió con la mirada donde Toñi le había señalado. Dentro de un búcaro de cristal, se alojaba un precioso ramo de margaritas blancas. Unas margaritas más grandes de lo habitual. La pureza del color blanco contrastaba con una lazada de raso rojo. Rosa se quedo sin aliento. No era posible. ¡Si era una broma no tenía ninguna gracia! Un estremecimiento unido a un sofocante calor, recorrió de pies a cabeza su cuerpo. Inmediatamente, recordó el primer ramo que Miguel le regaló. Era exactamente idéntico a ese. Al igual que todos los ramos que le había regalado durante los cinco años de relación, que habían sido muchos. Su pulso se aceleró rápidamente. Por una décima de segundo, le pareció que estaba perdiendo el sentido. La visión se le emborronaba. No era consciente del semejante ruido que había a su alrededor. Tan solo lograba escuchar un zumbido que se alejaba cada vez más y más de ella.

Toñi se le acercó al verla pálida como la horchata.

—Rosa, ¿te encuentras bien? No tienes buena cara.

—No muy bien. Creo que me voy a desmayar —dijo a duras penas.

—¡Siéntate mujer! ¡No te vayas a caer! —dijo la mujer preocupada mientras le acercaba una silla y le hacía aire con un abanico.

Habían transcurrido varios minutos y Rosa parecía recobrar la sensibilidad en todo su cuerpo. La silueta de Toñi aparecía con total nitidez, al igual que el resto del mercado y la ola de calor que la había azotado instantes antes había menguado. Se encontraba bastante floja y sobre todo sensible, muy sensible. Miró de reojo el ramo de flores y respiró hondo tratando de ser lo más sensata posible. Tenía que pensar con la cabeza, no con el corazón. No tenía por qué tratarse de su exnovio. Cualquier persona podría haber encargado un ramo así. A fin de cuentas, no era nada extraño, era de lo más normal del mundo. Pensó en preguntar a la mujer como era la persona que le había encargado el ramo, pero, inmediatamente lo descartó. ¡Ya estaba bien de dar vueltas al asunto! ¡Estaba sacando las cosas fuera de lugar! Y presentía que si continuaba por ese camino, llegaría a perder la cordura.

Poco a poco se levantó, y a pesar del desacuerdo de Toñi, Rosa decidió irse de allí. Tenía la sensación de que la proximidad del ramo le absorbía toda su energía y el aire de alrededor. Le agradeció todo su interés, y con pasos cortos pero seguros se marchó.

Se hubiera ido derecha a casa. Hubiera tomado un taxi y se habría acurrucado en el sofá con una manta. En ese momento tenía algo de frío. Había sido un sobresalto demasiado fuerte e inesperado. Aunque reconocía que todo

había sido producto de su imaginación. Tan solo eso. Creía que estaba curada del mal de amor, pero no… Reconocía que a pesar de todos estos años aún estaba susceptible con respecto a Miguel Roselló.

Pasaría primero para despedirse de Paco. No podía irse sin decirle nada. Ya lo tenía acostumbrado a decirle adiós. La flojedad de piernas todavía era latente y prefirió salir fuera para que le diera el aire. Si Paco la veía con semejante aspecto, no quería ni pensar… El sol le hirió en los ojos nada más salir fuera. Rápidamente, dentro de su torpeza momentánea, sacó sus gafas de sol y decidió tomar un café en un bar cercano. Eso la espabilaría. Mientras tomaba el refrigerio, su mente atascada por la emoción iba por libre mostrándole imágenes que ella hubiera preferido no recordar. A los pocos minutos, salía del bar en dirección al puesto de Paco. Se despediría y regresaría a casa. En ese momento, ese era su mayor consuelo.



Capítulo 59

Miguel llevaba cerca de seis horas deambulando por el Mercado Central. Los pies les recordaban que no tenía quince años. Había salido para dar una vuelta por fuera. Estaba algo saturado de ver siempre lo mismo una y otra vez. Esa mañana había entrado con una felicidad pletórica, solo que a medida que pasaban las horas la euforia se iba convirtiendo en incertidumbre. El maravilloso sueño ya no le parecía tan real. Y si lo había sido, ya dudaba de que realmente fuera a ser cierto. Siempre se había definido como una persona con gran sensatez. En ese momento, distaba mucho de ser sensato. Las dudas le hicieron pensar si estaba perdiendo el tiempo y si el recuerdo de Rosa le estaba haciendo perder la cabeza. A veces no sabemos captar bien las señales, al igual que otras veces las ignoramos, se decía desde su interior, con el fin de buscar una justificación a todo este revuelo, a toda esta búsqueda que solo le traía una amarga agonía.

Estaba a punto de entrar en el mercado de nuevo. Además de sensato siempre le habían catalogado de tenaz, y esos adjetivos se los había ganado a pulso a lo largo de toda su vida. No se daría por vencido. Todavía le quedaban fuerzas. No pensaba flaquear ni lo más mínimo. Pensaba retar al destino y pensaba encontrar a Rosa aunque no estuviera escrito en ninguna parte. Si era necesario él mismo lo pondría de su puño y letra y lo firmaría con su rúbrica para que no hubiese ninguna duda al respecto. Con paso firme, con la cabeza bien alta y seguro de sí mismo, y de que lo que estaba haciendo era lo correcto y era por su felicidad, empezó a caminar.

No había hecho más que dar dos o tres pasos, cuando le pareció ver a una mujer que sin saber por qué le llamó la atención. Tan solo la veía de espaldas,

pero algo había en ella, algo la envolvía, que le resultaba francamente familiar. Su manera de caminar, su manera de contonearse, su forma de retirarse el mechón que le caía por los hombros. Miguel aceleró el paso, al mismo tiempo que incontrolablemente se aceleró su corazón, esquivó a las personas que le impedían la visibilidad. Si era ella, esta vez no la podía perder. No se lo perdonaría el resto de su vida. La misteriosa mujer avanzaba con paso corto y parecía llevar rumbo fijo. No iba deambulando por los pasillos, parecía ir a un sitio en concreto. Miguel, se limitó a seguirla. Estaba a pocos metros de ella y se moría de ganas por verla totalmente de frente. Hasta ahora tan solo había visto parte de su perfil, pero habría jurado que era Rosa. Claro que habían pasado veintitrés años y que podía haber cambiado mucho… pero aún así, juraría que era ella. De repente, la mujer que tenía delante y que había estado siguiendo desde hacía varios metros, se volvió de la manera más inesperada. Era como si hubiera adivinado o hubiera presentido que alguien la estaba observando. Tan solo fueron unos segundos. Miguel, la reconoció al instante. Ante él se grabó como una película en cámara lenta ¡Sí, era ella! ¡Era Rosa! No se lo podía creer después de tantos años y de tantos meses en su intensa búsqueda. Estaba igual que antes, apenas había cambiado. Tan solo una expresión más madura en su rostro que le daba un aspecto mucho más atractivo. Por lo demás, seguía igual de bella. Miguel intentó ocultar su rostro disimuladamente. No estaba lo suficiente preparado para presentarse ante ella. Todavía no. Para su sorpresa, comprobó que estaba temblando. A sus cincuenta y seis años y temblaba igual que un niño. Ella continuó su camino por el pasillo ajena a la persona que la perseguía. Miguel intentó dominarse. Tenía que vencer semejante tembleque o la perdería ante sus ojos. De pronto, ella se detuvo en un puesto de fruta. Casualmente, el mismo puesto donde él había comprado algo en alguna ocasión y donde el día de Nochevieja creyó ver a una mujer que le recordó a Rosa. Ahora sabía con total seguridad que sí que era ella y que si no la hubiese perdido entonces… pero no era el momento de reproches. Fijó sus ojos en el tendero. Su manera de comportarse daba claras señales de que la conocía bien. ¿Por qué le había negado que la conocía? ¿Por qué no había querido darle ninguna información, a pesar de que le había descrito como era? ¿Quizá no supiera a quien se refería? O ¿quizá quería ocultar su identidad y su paradero? Pero… ¿por qué?

Se fijó con gran temor que estaba en el punto de mira del frutero y no quería que lo descubriera. No es que tuviera nada que ocultar, pero quería presentarse ante Rosa a solas. Observó la escena que tenía frente a él, parecía que ese

individuo significaba algo para ella. A lo mejor era su marido… Un escalofrío le recorrió parte del cuerpo. Con la emoción de haberla encontrado, se le había pasado por alto la posibilidad de que pudiera estar casada. Cosa que era muy probable y, aunque le molestara tendría que aceptarlo como un hombre.

Habían transcurrido unos pocos minutos, cuando Rosa parecía que se despedía del frutero. Miguel se mostraba atento intentando no perderse detalle. Se alegró al ver que la despedida no resultaba demasiado apasionada. Una sonrisa por parte de los dos y nada más. Respiró algo mejor e intentó controlar sus pulsaciones que se habían disparado por la emoción.

Rosa retrocedió sobre sus pasos e irremediablemente iba a pasar al lado de Miguel de un momento a otro. Éste se dio la vuelta disimuladamente para no ser visto. Miguel pudo oler su perfume a pesar de que le costaba respirar. Una vez pasó tras él, enfiló detrás siguiéndola a cierta distancia. La angustia que se había apoderado de él de no saber nada de su paradero se había convertido en una alegría infinita. Estaba a punto de saltar y gritar de felicidad. La sonrisa le brotaba sin poder evitarlo. Sus ojos de color verde esperanza permanecían fijos en la mujer que había amado durante toda su vida, y le guiaban. Sus pies se habían olvidado del dolor y caminaban solos. Era una experiencia en la que había soñado despierto miles de veces y ahora se convertía en realidad. En voz baja, daba gracias y más gracias…

Rosa se detuvo en un puesto de flores y saludó a la mujer. Fue muy breve y continuó caminando. Observó su cara con una sincera sonrisa. Le pareció simplemente tierna y maravillosa. Tan solo pudo escuchar como la mujer le decía:

—Gracias a ti, Rosa… Cuídate.

En ese momento, recordó que ese era el mismo puesto donde él varias horas antes había encargado un ramo. Lo había olvidado por completo con la emoción. Aprovechó en el mismo instante que pasaba por allí, para recogerlo por supuesto sin quitar ojo a Rosa. Así lo hizo. Fue muy breve, tan solo unos segundos. El ramo era precioso, seguro que le iba a encantar. Cuando intentó retomar la visión de Rosa, la había perdido. Miguel, desesperado empezó a mirar hacia ambos lados. No era posible, si la tenía totalmente controlada. No podía ser. El corazón le dio un vuelco y la sonrisa se le borró de la cara en décimas de segundo. Dio varias zancadas angustiado y lleno de temor. No soportaría perderla de nuevo. Se veía ridículo con el ramo de flores en la mano sin tener a nadie a quién entregárselo. Dios, ahora no…

Estaba a punto de salir del mercado. Pensó si ella lo habría hecho ya. Ni corto ni perezoso aceleró el paso. Tenía que encontrarla. No iba a desistir. Una vez fuera, la luz del sol le cegó. Cerró los ojos molesto y deslumbrado. Cuando volvió a abrirlos le pareció verla entre luces de colores. Parpadeó varias veces intentando fijar la visión. Sí, era ella de nuevo. Estaba a tan solo unos pocos metros de él. El corazón se le aceleró de nuevo. Gracias, se decía desde su interior. Respiró hondo. Había llegado el momento. Tenía que acercarse a ella y darse a conocer. ¿Y si no se acordaba de él? ¿Y si no quería saber nada? Las dudas le acosaban. Intentó ahuyentarlas y aceleró el paso. Sabía que en cosa de escasos segundos estaría a su lado. Se armó de valor y sacó todo su coraje. Observó como Rosa esperaba a que el semáforo se pusiera verde para cruzar la calle. Pensó que era el momento oportuno y además, era el mismo semáforo que hacía veintitrés años le ofreció un ramo de flores a cambio de llevarle las bolsas de la compra. Sin poder evitarlo, la historia se repetía. Miguel dio tres grandes pasos y como un flan se colocó al lado de ella ocultando el ramo de flores. Discretamente y sin poder evitarlo, no dejaba de mirarla mientras medía las palabras que le iba a decir.

Rosa, a su lado y ajena a la presencia que se había colocado a su derecha, estaba bastante más repuesta. Ya no tenía secuelas del desvanecimiento anterior y sus mejillas habían recobrado su color natural. Aún así, solo quería llegar a casa lo más rápidamente posible. La visión del ramo la había descolocado un poco. Ignoraba quién se había puesto a su lado, pero a pesar de ello, tenía la sensación de que alguien la observaba fijamente. De repente, escuchó una voz masculina a su derecha. Una voz que no era del todo desconocida.

—¡Hola, Rosa!…

Ella se giró instintivamente hipnotizada por esa voz que le recordaba a alguien. Le había parecido oír su nombre ¡Santo Dios! Se dijo. ¿Quién era ese hombre que la saludaba?

Miguel vio como el rostro de la mujer que había amado durante toda su vida se giraba y lo miraba desconcertada y con cara de incredulidad.

—Miguel… —susurró Rosa dulcemente.

Él sonrió de felicidad. Lo había reconocido. Thank you… Eureka… Gracias… Merci… se dijo desde lo más profundo de su interior. En décimas de segundo y solo con el sonido de su voz, había recobrado la fuerza necesaria para continuar. Ahora se sentía fuerte, ahora se sentía Miguel Roselló.

—¿Me permites que te ayude con las bolsas? —preguntó en tono tierno—, y

así podrás aceptar este ramo de margaritas en recuerdo a los veintitrés años que han pasado desde que nos despedimos.

Rosa estaba en una nube. Lo que le estaba sucediendo no era normal. Estaba aturdida, todo era producto de su imaginación. Ante ella, tenía a su antiguo novio y no contenta con eso, además, le ofrecía un ramo de margaritas. Por una décima de segundo, admiró tal belleza y reconoció que era idéntico al que había visto en el puesto de flores. Todo aquello no encajaba, era una visión demasiado perfecta para ser realidad.

Miguel, viendo que no obtenía respuesta y observando que Rosa estaba demasiado impresionada con su encuentro, hizo el gesto de cogerle las bolsas y con una dulce sonrisa lo intercambió por el ramo. Ella accedió sin rechistar como si estuviera poseída por sus encantos y solo pudo desprender una sonrisa de felicidad. Una sonrisa que Miguel recordaba y había perdurado durante muchos años en su memoria como algo mágico, como algo único y personal en ella.

Cruzaron la calle uno al lado del otro sin articular palabra y algo cohibidos. Deseando que se detuviera el tiempo. Como cualquier pareja normal. Rosa percibió un suave roce en su mano, que la hizo estremecer. Se sentía feliz. Desde lo más profundo de su ser se sentía la mujer más afortunada del mundo. Todavía no sabía nada de él. ¿Qué había sido de su vida? ¿Estaba de paso o había venido a Valencia para quedarse? Pero le bastaba con tenerlo a su lado y además con el detalle de hacerle recordar los tiempos más felices de su vida. Miguel intentaba grabar en su memoria esa cercanía con ella. Por fin, la había encontrado. No sabía nada de su estado civil y posiblemente eso sería lo más cerca que podría estar cerca de ella. Aun así, había valido la pena, y se conformaba.

—¿Quieres tomar un café? —preguntó Miguel intentado romper el hielo y arriesgándose a una negativa.

Ella le miró fijamente a los ojos ¡Dios mío!, se dijo. Se veía indefensa ante su mirada de color verde esperanza.

—De acuerdo —dijo dulcemente y olvidándose por completo de las ganas que tenía de regresar a casa. Para nada era eso lo que ahora quería. Su mayor anhelo y lo que más deseaba en ese momento era estar a su lado. Saber qué había sido de su vida. Saber si se había casado y había formado una familia.

Pasaron por María Cristina y Miguel le señaló su antigua casa.

—Sé que ya no vives ahí.

Rosa se sorprendió. ¿Cómo podía saberlo? ¿Acaso la había estado buscando?

¿Quizá su encuentro en el mercado no había sido fortuito? ¿Tenía las flores preparadas? Un sinfín de preguntas acudieron a su mente.

—No, hace más de dieciséis años que no vivo ahí. Me trasladé a la avenida del Puerto.

—¿A la avenida del Puerto? —dijo—. ¿Y tu madre?

—Falleció cinco años después de irte a Noruega.

—Lo siento —se disculpó dolido.

—Estaba muy delicada, ya lo sabes —contestó con nostalgia—. No soportó la muerte de mi hermana. Fue demasiado para ella. La verdad es que fue demasiado para todos.

Pasaron por la Plaza del Ayuntamiento y decidieron entrar en una cafetería. Se sentaron en la parte más profunda y al parecer la más tranquila del lugar.

—¿Qué tal tus sobrinas Sara y Alejandra? —preguntó interesado.

—Bien… se han hecho dos mujeres preciosas. Ya se han independizado. Sara tiene un gabinete de psicología y da clases de yoga. Mientras que Alejandra trabaja de periodista en una conocida revista.

Rosa recordó la crítica situación por la que estaban atravesando sus sobrinas. Miguel había llegado en el momento oportuno. Era la pieza crucial para desvelar muchas incógnitas. Pero todo a su debido tiempo. Ya tendría tiempo de preguntar.

—¿Y qué ha sido de tu vida? —preguntó Miguel cauteloso y al mismo tiempo con temor—. ¿Te has casado?

—No… no me he casado. La verdad es que me he pasado gran parte de este tiempo criando e intentando educar a mis sobrinas, como se suele decir.

Miguel respiró: no estaba casada. Eso le alegraba enormemente. Rosa continuó:

—Hace menos de un año que mantengo una especie de relación con un hombre.

—¿Es el frutero del mercado? —preguntó Miguel intentando atar cabos.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Rosa confusa—. Y, ¿cómo sabes también que ya no vivo en María Cristina?

—Llegué de Noruega hace cinco meses con un firme propósito. Encontrarte aunque fuera lo último que hiciera en este mundo. Al primer sitio donde acudí fue a tu antigua casa. La dueña del piso no supo darme noticias tuyas, ni tampoco los vecinos del inmueble. No sabía dónde buscar, ni a quién preguntar. Pensé en acudir al mercado con asiduidad. Sabía lo mucho que te gustaba

frecuentarlo. He venido todos los días en estos cinco meses con la esperanza de volverte a ver de nuevo.

Rosa no daba crédito a lo que estaba oyendo. Si la había buscado con tanto interés es porque no debía de tener ningún compromiso con otra mujer.

—El día de Nochevieja me pareció verte en el puesto de fruta hablando con ese hombre, pero te perdí de vista. Le pregunté por ti y negó conocerte.

Rosa miró el ramo de margaritas.

—¿Y las flores? ¿Cómo sabías que me ibas a encontrar?

—Anoche tuve un hermoso sueño en el que aparecías tú. Venías hacia mí y estábamos sobre un campo lleno de margaritas. Fue como una premonición. Está mañana antes de las siete me presenté en el Mercado convencido de que hoy sería el día.

Rosa estaba más que impresionada, si esa era la intención de Miguel desde luego lo estaba consiguiendo.

—¿Y qué ha sido de ti en estos años? —preguntó Rosa encandilada. Ahora que lo tenía delante y después de tantos años, confirmaba que seguía igual de enamorada de él que el primer día—. ¿Has formado una familia? —cruzó los dedos con la esperanza de que estuviera libre.

—Digamos que no. ¿Te acuerdas de la empresa que me contrató?

Rosa asintió.

—Pues he trabajado en ella todo este tiempo. He de reconocer que su comportamiento ha sido ejemplar. He aprendido mucho y ellos me han correspondido en todo momento. Incluso económicamente no me puedo quejar. Me compré una casita en Oslo y allí he vivido solo durante estos veintitrés años. No me he casado. No he podido hacerlo. Las mujeres noruegas no son lo mío. Algún romance sin mayor trascendencia. Nada más —sus miradas se cruzaron —. He reunido el dinero suficiente como para retirarme. Llámalo jubilación anticipada. Me he instalado en Valencia. He vuelto a mi tierra. He comprado un piso enfrente de la Ciudad de las Artes y las Ciencias. Me remordía la añoranza de no estar aquí… y de no tenerte a ti.

Rosa bajó la mirada avergonzada.

—¿Por qué no me contestaste nunca a las cartas? —Preguntó sin ánimo de reproche, mientras se tomaba la libertad de sujetarle las manos en señal de cariño.

—No podía… Miguel, no podía atarte a una relación tan complicada. Tenías que ser libre para poder volar y actuar sin compromisos.

—Cuando me despedí me dijiste cosas que me dolieron mucho —añadió Miguel sin remordimientos—. Luego supe que no eran ciertas.

—No eran ciertas —murmuró Rosa arrepentida—. Ahora te puedo decir y jurar que no eran ciertas. Pero si admitía que mi amor era sincero y para toda la vida, no te hubieras ido y no me lo habría perdonado nunca.

—Sabes que nunca he dejado de pensar en ti —susurró Miguel sin dejar de mirarla. Estaba preciosa—. Siempre te he querido y siempre te querré.

Rosa sintió como una oleada de felicidad la embargaba.

—Al no tener noticias tuyas pensé que todas tus crueles palabras eran verdad. Que te habías librado de mí. Aun así, insistí e insistí incansablemente.

—Lo sé —contestó Rosa tremendamente arrepentida—. Tengo guardadas todas tus cartas. Me alegraban cuando las recibía y me destrozaban cuando las leía.

Miguel la miró fijamente. Observó el brillo tan especial que despedían sus ojos. Conocía bien esa mirada de alegría.

—En estos veintitrés años me he limitado a trabajar y trabajar. El dicho de que vivía para trabajar me venía como anillo al dedo. He llegado muy lejos. Era la mano derecha de mi jefe. Podía permitirme casi todos los caprichos que quería. Tenía una bonita casa, tenía un moderno coche y tenía una buena posición. Pero me faltaba lo más importante: me faltabas tú. Cuando llegaba a casa no tenía a nadie con quien reír, con quien charlar, con quien hacer el amor. Mi casa estaba vacía y sobre todo, yo estaba vacío. No te tenía a ti. Me he arrepentido miles de veces del día que tomé la decisión de marcharme de aquí. Por eso hace un año me planteé el volver a España. En seis meses arreglé mi situación en asuntos de papeleo, y aquí estoy, para ver si soy capaz de recomponer y ordenar mi vida. Dicen que nunca es tarde si la dicha es buena.

—Podía haberme casado o rehecho mi vida de alguna manera —continuó Rosa.

—Lo sé… —concretó con seguridad—. Aún así, valía la pena arriesgarme.

—Te he comentado que tengo una relación —añadió Rosa con sinceridad.

—Sí, una relación reciente. ¿Le quieres?

—Es amable y cariñoso —Rosa intentaba no engañarle. No era su estilo el ser mentirosa y no iba a empezar ahora—. Se desvive por mí y me hace sentirme segura en muchos aspectos.

—No has contestado a mi pregunta —repitió lleno de temor y al mismo tiempo con una tierna dulzura—. ¿Le quieres? Si es así, y no quieres volver a

verme, no te molestaré más —su voz estaba llena de franqueza y resignación.

Rosa, le miró a los ojos. Sabía que ese gesto era su debilidad y sería su perdición. Pero no le importaba. Llevaba demasiados años esperando ese momento y ahora sus plegarias habían dado fruto. No desaprovecharía esta ocasión. Había aprendido la lección. Demasiados sacrificios para hacer que dos personas hayan sido desgraciadas parte de sus vidas. Dicen que el tren solo pasa una vez y en este caso se le estaba brindando una segunda oportunidad.

—No… no le quiero —dijo rotundamente y convencida de sus palabras—. Lo he intentado, y buscado la manera de que fuera así, de que te suplantara, de que dominara el lugar que no te dejé que ocuparas. Pero no lo he conseguido y, ¿sabes por qué? Porque nunca te he olvidado, porque he maldecido cientos de miles de veces las frases con las que te alejé de mi vida. Porque he pagado con creces la tristeza y la soledad de todos estos años. Porque no puedes imaginarte la alegría que he sentido al verte hace un rato y la felicidad que se desborda dentro de mí al tenerte a mi lado.

—Rosa… Te quiero —pronunció mientras le apretaba las manos contra las suyas.

—Nunca creí que iba a volver a escuchar esa frase de tu boca. ¿Y sabes una cosa? Yo también te quiero. Eres el único hombre al que realmente he querido y, serás el único hombre al querré en todo lo que me quede de vida.

Miguel la abrazó y ella se dejó querer. Sintió sus manos fuertes sobre su cuerpo y notó como sus fuerzas flaqueaban. Aquello no podía ser un sueño, y si lo era, no quería despertar nunca jamás. Seguidamente, la besó con toda la pasión retenida y ella le correspondió. Al instante, reconoció sus besos. Los besos de Miguel Roselló.



Capítulo 60

Eran las cinco de la tarde y Rosa acababa de llegar a casa. Estaba nerviosa por los acontecimientos del día. El encontrar a Miguel había sido lo mejor que le había pasado en muchos años, y además, sabiendo que le seguía queriendo con la misma intensidad. Además, le reconfortaba saber que no estaba atado a otra mujer. Empezarían de nuevo una relación que quedó estancada por circunstancias ajenas a ellos. Se merecían ser felices. Rebosaba entusiasmo por los cuatro costados, pero, una única cosa la atormentaba. Tenía que decírselo a Paco y tenía que contárselo lo antes posible. No era capaz de engañarlo. No se lo merecía. Él se había portado siempre muy bien con ella y se le notaba que realmente la apreciaba. Tenía que cortar y tenía que decirle la verdad. No valían las mentiras piadosas. En sus propias carnes había experimentado que no eran un buen remedio.

Miró el reloj, faltaban tan solo unos minutos para que Paco llegara como de costumbre. Mentalmente, intentaba repetir las frases que le iba a decir intentando herirle lo menos posible. Un timbre le hizo salir de su agitado pensamiento.

Rosa se dirigió a la puerta. Antes de abrir respiró profundamente.

—Hola, Rosa —le saludó alegremente. Paco se acercó a ella y la besó suavemente.

Ella apenas si le correspondió.

Se sentaron uno enfrente del otro. Paco advirtió algo en su expresión. La notaba diferente. Su cara le delataba que algo sucedía, y al mismo tiempo tenía un brillo especial en los ojos.

—¿Qué tal el día de hoy? —preguntó ella sin saber muy bien por dónde empezar.

—Bien, con bastante trabajo, ¿y tú? —Paco estaba intranquilo. Algo no encajaba. ¿Se habría tropezado con ese desgraciado de Miguel? Tanto revolotear por el mercado…

—Bien, también… —respondió un poco ausente.

—¿Ocurre algo? —preguntó Paco directamente.

—Me temo que sí —respondió ella sin más rodeos.

—¿He de preocuparme? —susurró con un tono burlón intentando disimular su desagrado.

—Más bien sí. Paco… —Rosa respiró antes de continuar—. Eres un hombre encantador y cualquier mujer se sentiría halagada con solo tu presencia. Sabes que yo nunca te he dado cien por cien esperanzas. Hasta ahora, hemos mantenido una relación que a los dos nos ha convenido, pero no tenemos ningún lazo que nos una de verdad.

—¿Qué intentas decirme? —Paco subió un poco el tono de voz.

—Por favor. Déjame terminar —le suplicó—. También eres conocedor de mi historia con Miguel Roselló. Sabes que él ocupó un lugar muy importante en mi vida y por circunstancias, nos separamos.

—¡Rosa, sabes que yo!…

Ella le hizo un gesto para que no continuara.

—Siempre he estado enamorada de él, aunque de alguna manera ese sentimiento haya estado dormido. Yo te agradezco en el alma todos los momentos que me has brindado con tu compañía. Pero…

—¡Ha vuelto ese desgraciado!… ¿verdad? —dijo lleno de furia.

Rosa asintió. Se miró las manos y le temblaban.

—No le llames así. Al fin y al cabo la culpa es tanto suya como mía.

—¡Rosa, no te entiendo! Desde luego que las mujeres sois tontas y tropezáis más de una vez con la misma piedra. ¿No te das cuenta de que se está riendo de ti en tus propias narices? Hace veintitrés años te abandona con tu madre enferma y tus sobrinas huérfanas, y se va a otro país a empezar una nueva vida pasando de ti olímpicamente. Y tú ahora vas y le perdonas a pesar de haber pasado un sinfín de calamidades, cuando él debería de haberse portado como un hombre y haberse quedado contigo en lo bueno y en lo malo. ¡Esa es la relación sincera! ¿Y qué quiere ahora… reanudar lo que dejó a mitad? ¿Marearte? ¿Quién te dice a ti que no está casado?

—Me lo ha dicho él —contestó Rosa justificándose.

—¿Y te lo has creído? ¿Quién te asegura que no ha cambiado? ¿Qué no es la

persona que tú recuerdas? Han pasado muchos años, Rosa. Intenta actuar con la cabeza y no con el corazón. ¿No crees que es demasiada casualidad, que durante todos estos años que no has tenido una relación estable se haya mostrado ausente, y justamente ahora, que lo nuestro se está consolidando aparece como por arte de magia? ¿Que no te das cuenta que está manipulándote a su antojo?

Rosa estaba confusa. No sabía qué pensar. No se le había pasado por la cabeza todas esas reflexiones que Paco le estaba diciendo. Nunca se imaginó que está situación le resultara tan difícil. Pero no. No era así. No se dejaría convencer tan fácilmente. Sabía que Miguel había sido sincero. Sí, era cierto que llevaba mucho tiempo sin saber nada de él. Pero siempre había sido una persona honesta. Además, solo sabía que lo quería con toda su alma, y no podía ser verdad tal y como lo pintaba Paco, un ser despreciable.

Mientras tanto, Paco hablaba y hablaba echando pestes de su rival. Rosa se negaba a oír más atrocidades. Nunca lo había visto tan encendido y con tan mala leche. Era una persona totalmente desconocida para ella. Se había transformado por completo y estaba empezando a perderle el respeto que siempre le había tenido. De repente, se armó de valor y le dijo:

—¡No vuelvas a hacerme ningún comentario más! ¡Creo que por hoy ya está bien! Tienes razón que es posible que desconozca a Miguel, pero ahora mismo, también te desconozco a ti. Será mejor que salgas de mi casa —dijo levantándose y señalándole la puerta de la calle.

Paco se levantó con la cara congestionada.

—Te pido perdón por mi comportamiento —dijo en tono sumiso viendo que por ese camino la estaba perdiendo.

—De acuerdo. Pero aun así, será mejor que te marches —añadió decidida.

—Rosa… sabes que te quiero y que eres muy importante en mi vida. Lo sabes, ¿verdad? —su tono empezaba a normalizarse.

—Sí, pero creo que necesitamos un periodo de reflexión. Yo por lo menos. Será mejor que estemos un tiempo sin vernos. Eso nos ayudará a aclarar las ideas.

—Quieres estar libre para verte con él, ¿verdad? —gritó perdiendo los papeles de nuevo y sujetándola fuertemente por los brazos—. ¡No me voy a rendir tan fácilmente! ¡Te enteras!

—¡Paco, por favor! Suéltame, me haces daño. Y sal de mi casa —Rosa estaba asustada e intentaba mantener la entereza. Paco tenía la cara desencajada. ¿Cómo se podía transformar una persona en tan poco tiempo?

—¡Que sepas que me voy! —gritó mientras le soltaba—. ¡Pero esto no va a quedar así!

En cuanto salió por la puerta dando un portazo, Rosa se apoyó de espaldas a ella y unas lágrimas brotaron sin poder controlarlas. Estaba triste y decepcionada por la situación, y se sentía impotente ante sus amenazas. Aunque lo que más le dolía era que había estado engañada durante casi un año, manteniendo una relación con un hombre e ignorando su agresividad.



Rosa marcó el teléfono de Miguel recientemente anotado en la agenda de su móvil, apenas hacía unas horas.

—Rosa, ¿eres tú?

—Sí, ya se lo he dicho —dijo todavía afectada por la reacción de Paco.

—¿Qué tal se lo ha tomado?

—Bastante mal. De hecho se ha puesto hecho una furia. Estaba totalmente desconocido.

—Te dije que debía de estar a tu lado cuando se lo dijeras —protestó arrepentido.

—No, hubiera sido peor —contestó Rosa suavizando la situación—. Dios mío, estaba irreconocible.

—¿Estás en casa?

—Sí —dijo con temblor en la voz.

—Repíteme la dirección exacta. En diez minutos pasaré a por ti. Y recuerda; nunca… nunca más te volveré a dejar sola.

Tal y como prometió, Miguel se presentó en el domicilio de Rosa. Después de tranquilizarla y darle todo tipo de ánimos, ella le enseñó la casa. No era muy grande pero sí acogedora. Miguel, pensó que se sentiría muy a gusto viviendo allí con ella. Pero todo a su debido tiempo. Después de un largo rato, bajaron a la calle y subieron a un BMW plata que estaba aparcado a pocos metros. Rosa quedó impresionada con semejante vehículo.

—¡Vaya coche! —comentó sin poder evitarlo.

—¿Te gusta? —dijo Miguel sonriendo.

—Cómo no me va a gustar es… muy elegante —a Rosa le costó encontrar el adjetivo.

Miguel puso el motor en marcha y salió de allí.

En la acera de enfrente y a la misma altura más o menos, un Mercedes esperaba con su dueño dentro. Mientras observaba, presionó con fuerza el volante y murmuró lleno de rabia e impotencia:

—¡Maldito hijo de puta! Cómo has sabido engatusarla. Pero quién ríe el último, ríe mejor.



Acababan de aparcar en el garaje. Rosa estaba más tranquila, pero otro nerviosismo le acechaba: el estar a solas con Miguel. Después de tantos años esperando este momento, estaba convencida de que no tendría fuerzas para resistirse a sus besos. Realmente lo estaba deseando. Tenía una vaga memoria de sus caricias, solo recordaba el buen sabor que le quedaba. Salió del coche y caminaron juntos hasta el ascensor. Miguel rozó la mano de Rosa y ésta sintió como el cuerpo se le estremecía. Las cosas estaban sucediendo a una velocidad de vértigo, y todavía no había podido asimilar los hechos acontecidos. Solo esperaba no equivocarse de nuevo.

Miguel abrió la puerta de su nueva casa. Tal y como le había comentado durante el trayecto, estaba casi vacía. Ahora eso sí, limpio y ordenado. Tan solo contaba con las cosas imprescindibles y estaba claro que necesitaba un toque femenino. Después de enseñarle todos los rincones, la llevó a la terraza. Rosa se quedó fascinada ante las vistas.

—Lo escogí precisamente por todo lo que estás viendo en este momento —añadió Miguel satisfecho.

—Es precioso —dijo Rosa casi sin palabras—. Nunca había visto la Ciudad de las Artes y las Ciencias desde esta perspectiva.

Pasaron dentro y se tomaron una copa. Se pusieron cómodos en el sofá y cada uno empezó a relatar su vida durante esos veintitrés años. Tenían mucho que contar. Tenían que recuperar el tiempo perdido. Recordaron cuando se conocieron, los momentos que pasaron juntos, la dolorosa despedida para ambos, el fatal accidente de su hermana y su cuñado, el transcurso de esos años separados. Se rieron juntos recordando anécdotas curiosas, y también se sintieron invadidos por la nostalgia. Las horas pasaron sin darse cuenta y los dos se sentían los seres más felices de toda la faz de la tierra. Encargaron la cena por

teléfono y la velada fue de lo más animada. Ambos tenían la sensación de cómo si el tiempo se hubiera detenido. Como si no hubieran transcurrido veintitrés años. Rosa lo miraba embobada y cada vez se convencía más de que esta vez sería diferente. Por otra parte, Miguel, desprendía un cálido aroma de felicidad que brotaba por todos y cada uno de los poros de su piel. Eran casi las dos de la madrugada y habían perdido la cuenta de las horas que llevaban sin parar de hablar. Miguel echó un ojo al reloj, después de ver como se le escapaba un bostezo a Rosa, y sin dejar de mirarla, le preguntó:

—¿Quieres que te lleve a casa o prefieres?… —Miguel ansiaba con todas sus fuerzas que se quedara.

Ella le puso los dedos sobre sus labios en señal de que no continuara.

—Si no te importa, esta noche no quisiera volver a casa —una mirada picarona le delató.

Miguel la abrazó y la besó apasionadamente. Llevaba varias horas deseando hacerlo y no había encontrado la oportunidad. Extrañamente se sentía algo cohibido ante su presencia. Ella se dejó querer. Se sentía totalmente desmadejada ante sus brazos. Nervioso y torpe le desabrochó la camisa y le acarició los pechos. Rosa recordó esos besos y sintió como sus fuertes manos la llenaban de caricias, mientras no paraba de susurrarle lo mucho que la quería y lo mucho que la había echado de menos. Rosa le correspondió, llena de ímpetu y al mismo tiempo igual de temblorosa que una jovencita en su primera cita. Entre besos y frases bonitas llegaron a la habitación donde una cómoda cama de matrimonio les esperaba. En esos momentos, sobraban las palabras. En esos momentos, solo ellos dos importaban.



Capítulo 61

Los primeros rayos de sol irrumpieron en la amplia habitación de matrimonio encarada al este. Miguel hacía tan solo unos minutos que se había despertado, y tumbado en la cama en silencio observaba con plena satisfacción el rostro y la figura de Rosa, que dormía a su lado. Todavía no podía creerse que fuera verdad. Pero el calor y la lujuria de esa noche lo confirmaban. No se cansaba de mirarla. Acarició su pelo enmarañado y dio gracias por haberla encontrado. Rosa abrió los ojos en ese mismo instante. Un rayo de luz la había despertado. Sus miradas se cruzaron y se sintió tremendamente dichosa. Una sincera sonrisa brotó de su rostro seguida de un beso de buenos días.

—Gracias por esta noche tan maravillosa —dijo Miguel agradecido.

Ella le cogió la cara ente sus manos y le susurró al oído. Miguel empezó a acariciarla una y otra vez. No podía evitarlo, solo tenerla delante le excitaba sin poder remediarlo. Notó como su presión arterial se alteraba más y más. Rosa se unió en su afán de conquistarlo y sus manos iban por libre. En pocos minutos, estaban enzarzados en una seguida de susurros y caricias. De palabras cariñosas y toques seguros. Tanto había ansiado ese momento que ahora casi no podía creerlo. Disfrutaron uno del otro exprimiendo el placer de sus cuerpos. Sin prisa pero sin pausa quedaron extasiados, sudorosos y relajados sobre la cama intentando recuperar el ritmo normal de sus corazones. Miguel se incorporó lleno de vitalidad y al escuchar el ruido de sus tripas dijo:

—¡Voy a preparar un desayuno fuera de lo habitual! Necesitamos reponer fuerzas.

—De acuerdo —dijo ella sorprendida y sonriente a la vez.

—¿Qué planes tienes para hoy?

—Pues lo primero, llamar a mis sobrinas —contestó Rosa—. Llevo dos días sin saber nada de ellas y me tienen muy preocupada.

—¿Y eso? —preguntó Miguel ignorando el motivo.

—Pues es algo que de alguna manera te involucra.

—¿A mí? —preguntó con cara de sorpresa.

—Si, te lo contaré durante el desayuno, porque me temo que es bastante extenso.

—Estoy ansioso por escucharlo —dijo mientras buscaba las zapatillas.

Sentados en la mesa de la cocina y mientras degustaban tostadas con mantequilla y mermelada, café y zumo, Rosa empezó con su explicación. Miguel se mostró muy atento. En primer lugar, le puso al día sobre el descubrimiento de sus sobrinas respecto a la libreta escondida en el forro del baúl de sus padres. Un baúl que Miguel recordó enseguida ya que fue él quien le ayudó a recopilar los enseres personales de Jorge y Carmen. Todavía podía recordar la angustia vivida en esos terribles momentos. Seguidamente, Rosa le comentó parte de lo que recordaba escrito en sus páginas, principalmente la importancia de las doce llaves y a cuáles se referían. Mencionó cómo habían llegado a esa deducción a través de visitar el piso donde su hermana y su cuñado vivían alquilados en la calle Navellos, antes del fatal accidente. También le hizo saber los esfuerzos y las peripecias por las que habían pasado, y los quebraderos de cabeza por localizar sus posiciones, gracias a las claves de Jorge en sus anotaciones. Hasta la fecha, sus sobrinas y un vecino del inmueble llamado Lluís habían conseguido encontrar cinco de las doce llaves. Enumeró los lugares donde ocurrieron los hechos, mencionando por encima parte de los detalles.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Miguel en más de una ocasión con cara de incredulidad—. No puedo creer que todo lo que Jorge anhelaba y por lo que se devanaba los sesos, era verdad… Tú sabes muy bien la cantidad de horas muertas que se pasaba estudiando y repasando papeles.

Rosa asintió. Durante unos segundos Miguel permaneció en silencio y pensativo. Visualizó muchos de los momentos en los que los dos buscaban todo tipo de información sobre la historia de Valencia. Reconocía que él lo hacía principalmente por Jorge. Aunque tenía sus dudas al respecto de que fuera verdad todas sus conjeturas. Sin embargo, ahora acababa de descubrir que todo, absolutamente todo, era más que cierto.

—¿Habéis dado parte a las autoridades? —preguntó Miguel confuso—. Los hallazgos son de su incumbencia.

—No, todavía no —dijo Rosa secamente—. Me temo que aún hay más —puntualizó.

Miguel hizo un gesto para que continuara.

—Alejandra visitó el instituto Lluís Vives donde impartió clases Jorge. Tuvo una conversación con el director del centro y a partir de ahí salió a relucir un tal Andreu Subies, un antiguo alumno de Jorge. Casualmente su nombre aparece en las anotaciones de su libreta y lo califica como el hijo que nunca tuvo. La vida está llena de casualidades, y una de ellas es que a pesar de que intentaron dar con su paradero y aparentemente lo dieron por desaparecido o muerto, se encontraba bajo las torres de Quart, a pocos metros de la casa de Sara. Era un indigente y lo acogieron por motivos que ya te contaré. En estos momentos, mis sobrinas, Lluís y Pepe, como quiere que lo llamen, están muy unidos. Cuando te cuente los detalles lo entenderás enseguida. El caso es que parece ser que Jorge le confió ciertas claves sin que el chaval lo supiera. Pasado cierto tiempo y asociado a ciertos datos, Andreu Subies consiguió encontrar dos llaves más.

—O sea, que de momento llevan siete de las doce llaves en cuestión. Pero… todavía no entiendo por qué lo mantenéis oculto —volvió a preguntar Miguel anonadado por la historia.

—Sencillamente —continuó Rosa— porque muchas de las cosas que han sucedido en este último año nos hacen pensar casi con una certeza del cien por cien que la muerte de mi hermana y mi cuñado no fue un accidente, sino que fue provocada.

Miguel palideció de repente.

—¿Me estás diciendo que fueron asesinados? —su cara no salía de asombro —. ¿Y todo por la búsqueda de esas llaves?

Rosa asintió de nuevo. Miguel le cogió las manos entre las suyas en señal de apoyo. Aquello era demasiado fuerte y al mismo tiempo demasiado descabellado.

—Además —continuó Rosa—, Sara y Alejandra han sido amenazadas y están vigiladas constantemente.

—¿Amenazadas y vigiladas? —cada vez lo entendía menos. Todo parecía una película de cine.

Rosa asintió de nuevo llena de resignación.

—En la libreta de Jorge especifica que hasta que no tengamos las doce llaves en nuestro poder no podemos dar con la solución —contestó Rosa desanimada

—. No puedes imaginarte lo que daría por averiguarlo. Pero la historia todavía no ha terminado. La cosa se ha agravado bastante más.

—¿Más? —preguntó Miguel con asombro.

—Me temo que sí. En la búsqueda de una de las llaves, concretamente en la de las Torres de Serrano, Sara fue vista merodeando por allí por una pareja de policías que estaban haciendo la ronda. El caso es que la foto robot de mi sobrina Sara está expuesta en las comisarías para localizar su paradero.

Miguel no sabía qué pensar ni qué decir. Cada vez que Rosa abría la boca, el asunto se ponía más feo.

—Se han tenido que cambiar de domicilio, y ahora están en un piso de alquiler hasta que pase la tormenta, ya que han averiguado donde viven y su casa está controlada por la policía. También buscan a Andreu Subies. Cada vez están acotando más el terreno, de hecho, los policías hicieron una visita a mi casa preguntando si podía ayudarles a encontrarlas. Por supuesto, me negué.

—¿Tenéis alguna sospecha de quién está detrás de todo esto? —preguntó Miguel.

—Hay una Asociación llamada A. F. C. A. N. I. La regenta un tal Augusto Fonfría, que resulta ser uno de los mayores accionistas de la revista donde Alejandra trabaja. Creemos que tiene mucho que ver en el asunto, y sospechamos que es el culpable o la persona responsable de todo este entramado, aunque por supuesto carecemos de pistas al respecto. En la cena de inauguración de la nueva revista, Vía Augusta, donde trabaja Alejandra y tras un discurso ante todos los asistentes, se dio a conocer a mi sobrina a sabiendas de que era la hija de Jorge Ferrer. Le dijo con todo el cinismo del mundo que apreciaba a su padre. Te puedes imaginar cómo se quedó mi sobrina.

Miguel asintió totalmente perplejo.

—Ese comentario nos descolocó bastante —continuó Rosa mucho más tranquila. Necesitaba desahogarse con alguien ya que no había comentado nada al respecto, ni tan siquiera con Paco, y quién mejor que Miguel que conocía parte de los detalles.

—¿Pensasteis que vuestras sospechas pudieran estar equivocadas?

—Más o menos. Nuestras conjeturas se derrumbaban ante la familiaridad de ese tal Fonfría con respecto a Jorge.

—Sospecho que hay algo más que os ha hecho cambiar de opinión —alegó Miguel adivinando la expresión de Rosa.

—Estás en lo cierto —confirmó Rosa explicándole con sumo lujo de detalles

el trabajo que le habían encomendado a Alejandra sobre la revista y posteriormente sobre la Asociación.

Miguel la escuchaba atentamente intentando asimilar toda la información.

—Hace cosa de un par de semanas, Augusto Fonfría la acompañó a su museo privado con el fin de mostrárselo y facilitarle información para el artículo. Cuando Alejandra pensaba que la visita había concluido la llevó a un despacho y después de abrir una caja fuerte de la pared, le enseñó el contenido de una caja de metal —Rosa se detuvo unos instantes y contempló la cara de Miguel que la escuchaba como un niño ante un sorprendente cuento.

—Me muero por saber qué había en esa caja. Por muchas vueltas que le doy no consigo imaginármelo —añadió Miguel ansioso.

Rosa dibujo una débil sonrisa en su cara.

—Dos llaves de la antigua muralla cristiana.

—Así que tiene dos en su poder —murmuró Miguel—. De momento, hacen un total de nueve llaves. Pero… ¿con qué intención se las mostró?

—Buena pregunta… intentó chantajearla. Le ofreció un millón de euros a cambio de que le entregase las que ellos han encontrado. Amenazándola que si no aceptaban les esperaba un camino lleno de obstáculos.

—¿Pero que se ha creído ese hijo de puta? —gritó Miguel exasperado—. ¿Qué solo por el hecho de que tenga dinero y poder, puede manipular a su antojo a la gente?

—Eso mismo fue lo que ellas pensaron. Fonfría mantiene la teoría de que A. F. C. A. N. I. contrató a mi cuñado para que desvelara las claves y que éste se las quedó a pesar de cobrar por sus servicios.

—¡Mentira! ¡Ese tío es un embustero! —gritó Miguel exasperado—. Conociendo a Jorge como lo conocí, puedo decir que todo su ímpetu por descubrir ese enigma nació completamente de él. En numerosas ocasiones le recriminé el tiempo que le dedicaba a ese proyecto, como él lo llamaba, robándoselo a su mujer y a sus hijas a cambio de nada. De ningún salario, de ninguna compensación económica. Jorge no buscaba dinero, ni fortuna, solo llegar al final del camino y que reconocieran que estaba en lo cierto. Para él, la satisfacción personal era lo más importante. Lógicamente, eso le beneficiaría en muchos aspectos, pero para él eso era secundario.

Rosa posó sus manos sobre las de Miguel. Daba las gracias porque había aparecido en el momento oportuno.

—Tenemos que averiguar qué está detrás de todo esto —prosiguió Miguel

con decisión—, y sobre todo, tenemos que averiguar qué esconden esas llaves.



Capítulo 62

Sara se levantó dando tumbos y con la espalda dolorida. Ese colchón la estaba matando. Llevaba poco más de un mes durmiendo en esa incomoda cama y cada noche echaba de menos su cómodo colchón viscoelástico. Tan solo treinta y cinco días fuera de su querido ático en la calle Quart y parecía toda una eternidad. Necesitaba recobrar su vida, su trabajo, su rutina diaria. Ese estado era un sinvivir. Cada vez que salía a la calle, y reconocía que cuando lo hacía era de suma necesidad, le faltaban ojos para detectar si la seguían o si identificaban su rostro con las fotos expuestas en las comisarías. De momento, parecía que los vigilantes de Augusto Fonfría no habían dado con su paradero. Cosa que agradecía. Hacía varios días que Alejandra no había tenido noticias de él. De hecho, su última conversación fue por teléfono cuando ella se negó a ceder en su chantaje, ofreciéndole las llaves que ellos habían encontrado a cambio de un millón de euros. Menudo personaje y menudo hijo de puta. Mientras Sara preparaba la cafetera, recordó que tenía que llamar a Tía Rosa. Con todo este embrollo hacía dos días que no sabía nada de ella. Le sorprendía que su tía no se hubiese puesto en contacto con ellas. Oyó pasos a su espalda y vio cómo su hermana Alejandra se sentaba en una silla de la cocina.

—Buenos días, hermanita —dijo Sara con una simple sonrisa.

—¿Qué tal has dormido hoy? —preguntó Alejandra.

—Fatal. Me duelen todos los huesos —murmuró Sara mientras se tocaba los riñones.

—No sé cuándo terminará toda esta historia y podremos volver a casa. Lo que está claro es que así no podemos continuar eternamente. Tenemos que retomar nuestras vidas.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Sara—. ¿Seguir buscando el resto de las llaves o entregarnos a la policía?

—Buenos días —dijo Pepe mientras se adentraba en la cocina y cogía una taza de café—. Es una buena pregunta. Ojalá supiera la respuesta correcta.

Una música familiar les hizo desviar la mirada. El móvil de Alejandra situado encima de la mesa daba la señal de que acababa de recibir un mensaje.

—¿Sigue insistiendo el inspector Moreno? —preguntó Pepe sin dejar de mirar el teléfono.

—Día y noche —contestó Alejandra resignada—. Como no contesto a sus llamadas me ha enviado varios mensajes. Quiere que nos veamos y aclaremos la situación antes de que sea demasiado tarde. Respecto al golpe de la cabeza, que recibió en el río, me ha dicho que no va a cursar una denuncia. Insiste en hacerme creer que somos víctimas y que todo tiene solución.

—No sabe qué hacer para convencerte —puntualizó Pepe.

—Más bien no —Alejandra cogió el móvil. Era un mensaje del inspector Moreno de nuevo. A continuación, leyó en voz alta:

«Alejandra, es importante que enciendas la televisión ahora mismo».

Los tres se miraron sin entender nada en absoluto. Fue Pepe el primero en llegar al mando de la televisión.

—¿Qué canal pongo? —preguntó descolocado sin saber muy bien qué era lo que tenía que buscar.

—No lo sé. Haz *zapping* —gritó Alejandra nerviosa y temerosa de no saber qué era lo que se iba a encontrar.

En cuanto Pepe encendió la televisión, tuvieron la respuesta a sus dudas. No fue difícil. En la mayoría de las cadenas estaban los informativos matutinos. Una conocida presentadora hablaba sobre la Asociación A. F. C. A. N. I. Nombraba a sus representantes, Augusto Fonfría y Ramiro Matoses, como colaboradores en muchas otras empresas, incluidas la revista Vía Augusta y en varias obras humanitarias. Reflejaba sus vidas laborales y engordaba sus *curriculum vitae*.

—¿A qué viene todo esto? —preguntó Sara.

Alejandra se encogió de hombros. No tenía ni idea. Y lo que no terminaba de entender, era porque lo estaban enfocando como noticia.

La periodista continuaba con su reportaje ajena al asombro de ellos tres.

> *«En la tarde de ayer, el empresario Augusto Fonfría, propietario de la Asociación A. F. C. A. N. I. y uno de los accionistas más importantes*

de la revista Vía Augusta, cursó una denuncia de robo en el Juzgado de Instrucción número 15 contra Alejandra Ferrer, periodista y colaboradora de dicha revista».

—¡Quéeeee! ¡Será hijo de puta! —gritó Alejandra no dando crédito a lo que estaba escuchando.

La periodista continuaba:

«El empresario acusa a Alejandra Ferrer de haberle robado de su caja fuerte unas llaves antiguas pertenecientes a la muralla cristiana de Valencia. Unas llaves que según Don Augusto Fonfría, pertenecían a su familia desde hace varias décadas y que tienen un valor incalculable. Al parecer, la periodista Alejandra Ferrer era conocedora de esas llaves porque el mismo Señor Fonfría se las mostró en un momento de debilidad, ya que ella estaba trabajando para un artículo sobre la mencionada Asociación».

«Hay un dispositivo policial en busca de Alejandra Ferrer que al parecer ha abandonado su domicilio y está en paradero desconocido».

Una foto de Alejandra apareció en pantalla. Ella la reconoció al instante, era del archivo de la revista.

—¡No me lo puedo creer! —Alejandra se sentó en una silla próxima.

Las piernas no le sostenían.

Sara se levantó llena de rabia e impotencia.

—Pero… ¿cómo se atreve a decir que le has robado las llaves cuando fue él quien intentó chantajearnos para que se las entregáramos? Y yo que pensaba que las cosas no podían empeorar.

—Creo que ha llegado el momento de tomar una decisión y de poner las cartas sobre la mesa. Llamaré al inspector Moreno y me pondré en sus manos. ¡Que sea lo que dios quiera! —concluyó Alejandra con las manos temblorosas.

—Me parece una decisión acertada —atajó Sara secamente—. Sobre todo porque no nos cabe más mierda sobre nuestras espaldas.

—Siento deciros que estoy en total desacuerdo —añadió Pepe rebotado—. El rumbo de los acontecimientos no nos está favoreciendo nada en absoluto. Ese astuto empresario… ha sabido jugar con nosotros. Somos David contra Goliat.

¿No lo entendéis? Si te presentas en la policía en estos momentos y con la denuncia penal a tus espaldas… te detendrán. Habrá un juicio y, o te buscas un abogado de prestigio y que sepa hacer bien su trabajo, o iras a la cárcel irremediablemente.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Alejandra con un hilo de voz lleno de congoja.

—No lo sé —contestó Sara tremendamente asustada.

—Llamaré al inspector Moreno —continuó Alejandra—. Hay algo en él que me infunde confianza. No tenía por qué avisarme de las noticias que acabamos de ver y sin embargo lo ha hecho.

—Puede que esté intentando ganarse eso, tu confianza —replicó Pepe impotente—. Solo espero que la justicia esta vez sepa hacer bien su trabajo. Llamaré a Lluís y lo pondré al día.



El inspector Moreno, en compañía del subinspector Roque, escuchaba las noticias atentamente. Tenía la corazonada de que todo lo que estaba oyendo era un montaje. Pensó si realmente ese tal Augusto Fonfría tendría pruebas suficientes como para culpar a Alejandra. Reconocía que estaba metida en un buen lío. Por su parte, ya había hecho bastante y se había jugado demasiado el pellejo. Llamándola y enviándole mensajes para que reaccionara. A partir de ahora, solo le quedaba esperar una contestación por parte de ella. Todavía no terminaba de entender su reacción ante este tema. Se preguntaba por qué no había actuado de la misma manera que con otros casos. Esa mujer… Sara, lo tenía totalmente embobado. Se moría de ganas por volver a verla de nuevo. Por tenerla delante una vez más. Por saber algo más de su vida.

—¡Menuda ficha esa Alejandra! —murmuró Roque interrumpiendo los pensamientos del inspector.

—¿Cómo dices? —preguntó Moreno ajeno al comentario de su compañero.

—¡Qué menuda figura esa mujer! —repitió en tono despectivo.

—¿Ya estás dando por sentado que la noticia es verídica? —le preguntó Moreno.

—¿Cómo puedes dudarlo? —dijo Roque sorprendido—. Ah, claro, que no me acordaba de que es la hermana de esa mujer que te tiene sorbido el cerebro.

Pues tengo que decirte que ¡vaya par de hermanas! A cuál de las dos más conflictiva. Más te vale que te vayas poniendo las pilas y te olvides de ellas en tono afectivo o saldrás escaldado. Este asunto tiene mala pinta y no creo que al comisario le guste saber que estás a favor de las dos mujeres esas.

—No estoy a favor de nadie —afirmó Moreno poco seguro de sí mismo—. Simplemente me mantengo al margen, y como ya sabes nadie es culpable hasta que se demuestre lo contrario.

—Sí, sí, tú sigue en tus trece.

El sonido de un móvil detuvo la conversación. El inspector Moreno lo sacó de su bolsillo y reconoció al instante el número de teléfono. Discretamente, se levantó alejándose unos metros, y descolgó.

—Sí, dígame…

—¿El inspector Moreno? —preguntó una voz femenina.

—Sí, soy yo.

—Soy Alejandra Ferrer —dijo llena de nerviosismo.

—Lo sé.

—Gracias por el mensaje. He visto las noticias.

—No hay de qué… ¿qué pensáis hacer?

—Antes de nada quiero que sepas que soy totalmente inocente de los cargos que se me imputan. Es una historia muy larga…

—Quiero creer en tu inocencia. Pero ya es hora de que os sinceréis de una vez.

—Lo sé, pero es todo tan complicado —contestó Alejandra más que confusa —. ¿Qué debemos hacer?

—Lo primero —continuó el inspector Moreno después de meditarlo unos instantes—. Acudir a la policía.

—Pero yo solo confío en ti, y tú eres de la policía —replicó sin estar demasiado convencida.

Moreno repaso mentalmente la situación. Sabía sobradamente que si acudía a la policía la detención seria inmediata debido a los cargos que pesaban sobre ella. Pero su ética profesional no le permitía el poder decir otra cosa al respecto por mucho que quisiera protegerla.

—Mira, Alejandra. Te voy a ser tan sincero que no sé hasta qué punto estoy obrando correctamente. Sabes la denuncia que hay sobre ti y que cuando pises cualquier comisaría te van a detener.

Un fuerte pinchazo hizo estremecer a Alejandra al escuchar las palabras del

inspector. No tenía escapatoria.

—Pero por otra parte creo que es la mejor opción. Siempre que te presentes con un buen abogado. Si eres inocente… no tienes nada que temer.

—¿Qué pasa con Andreu Subies y Sara?

—Lo lógico sería que ellos también te acompañasen, además de Lluís Esteve, vuestro vecino.

—¿Cómo has sabido que Lluís también está con nosotros?

—Recuerda que soy policía y muy observador. En todos los lugares en los que habéis estado figuraban dos hombres. La relación con vuestro vecino según mis informes es de lo más cordial. Además, cuando quedamos en el río en nuestra cita, aquella en la que terminé malherido —dijo con sarcasmo.

—Lo siento —añadió Alejandra afligida—. No he tenido ocasión de pedirte disculpas.

—Disculpas aceptadas. Pues en aquella cita, tu querido vecino estaba casualmente en el banco de al lado leyendo el periódico. Y justamente cuando alguien me golpeó, él era uno de los presentes junto con tu hermana.

—Ya sé que todo ha salido mal, pero de verdad que somos buena gente —la joven intentaba justificarse.

—¡Demuéstramelo! —dijo tajante—. Quiero creer que es así.

—De acuerdo. ¿Te enviaré un sms con el día y la hora?

—Me parece bien.



Lluís se unió a Pepe en no consentir que Alejandra acudiera a la comisaría de policía. Y menos presentarse allí los cuatro indefensos y con las manos estiradas para que pudieran colocarles las esposas. De eso nada. Por lo menos todavía no. Ya tendrían tiempo. Les quedaban muchas patadas que dar y muchas incógnitas que resolver. Si el hijo de puta de Augusto Fonfría quería guerra, la iba a tener.

Alejandra, confusa e indecisa, envió un corto mensaje al inspector Moreno arrepintiéndose y disculpándose, decía así:

> *«No es buena idea vernos de momento. No sé cuándo podrá ser. Todo lo que te he dicho es verdad. Gracias».*



Capítulo 63

Eran casi las doce del mediodía. Miguel acababa de meterse en la ducha, mientras Rosa recogía el desayuno. Apenas hacía veinticuatro horas que había encontrado a la persona que amaba y cada minuto lo había vivido con gran intensidad. Después de todos los nervios y toda la espera, reconocía que había valido la pena. Era tal y como la recordaba, inteligente, dulce, cariñosa y tremendamente atractiva. Cada vez se alegraba más de haber tomado la firme decisión de regresar a España. Mientras el agua caliente se paseaba por su desnudo cuerpo le vino a la mente la última conversación mantenida con Rosa acerca de sus sobrinas. ¿Sería verdad que Jorge y Carmen fueron asesinados? Necesitaban encontrar una solución a este misterioso enigma. Afinó el oído y le pareció escuchar como Rosa pronunciaba su nombre. ¡Qué raro!, pensó. Si se había quedado viendo la televisión. ¿Para qué lo llamaría? Una segunda vez escuchó su nombre por boca de Rosa. Su voz parecía algo angustiada. Estaba claro que no eran imaginaciones suyas. Eso le hizo ponerse en situación de alerta. Se aclaró rápidamente y apenas sin secarse y con la toalla cubriendo su parte más intima salió del baño y se dirigió al salón.

—¿Qué sucede? —preguntó alarmado.

Sus preguntas se contestaron al instante. En cuanto dirigió su atención a la pantalla plana. Una periodista de Antena 3 estaba dando la noticia de que Augusto Fonfría había cursado una denuncia en el Juzgado de Guardia contra Alejandra Ferrer colaboradora de la revista Vía Augusta, la acusaban de robar unas llaves antiguas de un valor incalculable. Tenía todo el aspecto de ser bastante grave.

—¿Pero estás viendo eso? —preguntó Rosa con evidentes signos de desconcierto.

—Sí y no puedo creerlo —respondió Miguel mientras tomaba asiento en el sofá al lado de Rosa.

—Tengo que llamar a mis sobrinas —dijo mientras cogía el móvil torpemente—. ¡Dios mío, con esto no contaba! ¿Qué más cosas pueden pasar? Rosa murmuraba y rezaba al tiempo que intentaba marcar el número de Alejandra sin conseguirlo. Los nervios no se lo permitían. En parte se sentía culpable por no haber hablado con ellas en casi dos días. Para más inri el teléfono no se encontraba operativo. Lo intentó de nuevo con el móvil de Sara. Lo mismo. El corazón se le encogió de preocupación. Eso no le gustaba nada en absoluto.



Eran más de las tres de la tarde cuando Sara y Alejandra recogían la mesa, ayudados por Lluís y Pepe. Acababan de comer hacía pocos minutos y mientras preparaban café comentaban el cariz de los acontecimientos. Lluís y Pepe trataban de convencer a Sara y Alejandra de que posponer la cita con el inspector Moreno había sido una buena idea. Ya tendrían tiempo para confesarle toda la verdad. Pero solo cuando lo consideraran oportuno o no les quedara más remedio que hacerlo. Ése había sido el monotema desde que vieron las noticias matutinas. Como bien sabían, y no porque tuvieran nociones de leyes, era de vital importancia que Alejandra se pusiera en contacto con un buen abogado.

—Yo puedo hablar con Arturo Arandiga. Es un abogado penalista y muy bueno en su trabajo —añadió Lluís muy preocupado—. Es el hermano mayor de un compañero de universidad. He coincidido con él en algún que otro cumpleaños y fiestas de familia. En los últimos años se ha ganado un prestigio bien merecido y está muy bien situado. Tiene buenos contactos y sobre todo, y lo que más me gusta de él: es una persona tenaz y con un gran carácter. No se deja apabullar así como así. Al principio de ejercer la abogacía empezó en un importante bufete de abogados. Hoy dispone del suyo propio en la calle Sorni. No sé sus honorarios, pero sea lo que sea, nos arreglaremos —su voz era firme y segura.

Lluís abrazó a Alejandra demostrándole su fiel apoyo.

—No te preocupes —le susurró casi al oído—. Ese hijo de puta no va a poder con nosotros.

—De acuerdo, Lluís —dijo Sara—. Ponte en contacto con él lo antes posible. Dentro de una hora —dijo mirando el reloj— he quedado con Tía Rosa, la pobre estaba muy preocupada por la noticia de la televisión y encima no había podido contactar con nosotros. He quedado en su casa y me ha dicho algo que me tiene muy intrigada.

—¿Qué es lo que te ha dicho? —preguntó su hermana al tiempo que daba un sorbo al café.

—Que tiene una grata sorpresa para nosotros, y que es una pieza fundamental en nuestra investigación.

—¿Y nada más? —preguntó Pepe.

Sara negó con la cabeza.



La Avenida del Puerto estaba colapsada como de costumbre. A pesar de ello, un Mercedes, en doble fila, llevaba más de una hora aparcado con las luces de emergencia. Su conductor apenas si hacía movimientos salvo para girar la cabeza de vez en cuando y mirar por el retrovisor controlando el portal donde vivía Rosa. Sabía que ella estaba dentro y además juraría que sola. Sería un buen momento para darle una lección. Un coche a su lado dejó el hueco libre y Paco aprovechó para ocupar su lugar. Una sonrisa malvada se dibujó en su cara. Las circunstancias le abrían el camino. El coche bien aparcado… ella sola… eso era una buena señal para cumplir sus objetivos. Estaba obsesionado y lleno de rabia interior. La ira se había multiplicado al comprobar que Rosa había pasado la noche con ese malnacido de Miguel. Cómo había sabido llevársela al huerto en su nueva casa. El muy cabrón… Paco se miró por el retrovisor comprobando su aspecto. En esos dos últimos días había abandonado su higiene personal, estaba sin afeitar y con el pelo revuelto. Deslizó los dedos por el cabello intentando arreglarlo e hizo caso omiso a las violáceas ojeras de sus ojos revelando la falta de sueño. Estaba a punto de bajar del vehículo cuando le pareció ver a dos parejas de jóvenes que le resultaban familiares.

—¡Joder! ¡Malditos seáis! —murmuró rechinando los dientes.

Acababa de reconocerlos. Eran las sobrinas de Rosa acompañadas por su vecino y ese tal Pepe y se dirigían a casa de Rosa. Apretó la mandíbula de pura rabia contenida. Su plan tendría que posponerse.



A la hora acordada, Tía Rosa recibía a sus sobrinas acompañadas de Lluís y Pepe. Las envolvió en besos y abrazos. A pesar de no decir ni una palabra, se le notaba altamente preocupada y con los ojos irritados como si hubiera estado llorando.

—¿Cómo estáis? —preguntó sin dejar de cogerles las manos.

—Estamos bien, tía —contestó Sara intentando tranquilizarla—. Ya deberíamos habernos acostumbrado a las complicaciones.

—No hago más que pensar en ese impresentable de Fonfría —murmuró Tía Rosa disgustada—. El muy sinvergüenza, culparte de ladrona. Vamos… es que no me lo quito de la cabeza. Ese desgraciado… Con todo lo que tiene y aún quiere lo que no es suyo. ¿Cuándo va a terminar todo eso?

—Tranquilícese, Tía Rosa —dijo Pepe afectado—. Ya verá como todo termina bien —su voz no era demasiado convincente a pesar de intentarlo.

—Lluís ha hablado con un buen abogado conocido suyo —dijo Alejandra sin dejar de soltar la mano de su tía—. Nos ha citado mañana a las nueve y media.

—¿Qué era eso que nos tenías que contar? —preguntó Sara intrigada.

Una media sonrisa se filtró en la cara de Tía Rosa.

—No os lo vais a creer… —dijo ella con una chispa de luz en la mirada—. Pero en estos dos días, mi vida ha dado un giro de ciento ochenta grados.

Las dos hermanas se miraron sin decir ni una sola palabra. No entendían nada en absoluto.

—¿A qué te refieres? —preguntó Alejandra—. Nos tienes en ascuas.

—¿Os acordáis de Miguel Roselló? —preguntó Rosa atenta a la expresión de sus sobrinas.

Éstas asintieron.

—¡Ha vuelto! —soltó Tía Rosa de sopetón.

—¿Cómo? —dijeron las dos al unísono.

—Hace dos días que nos encontramos. Bueno a decir verdad, lleva varios meses en la ciudad —Tía Rosa les puso al día contándoles los pormenores.

Sara y Alejandra se quedaron sin palabras. Lluís pensó si él mismo sería capaz de hacer una cosa así. Pepe, por el contrario, admitió la fuerte voluntad de ese hombre.

—Y por fin el destino ha querido que nos volviésemos a encontrar —las palabras de Rosa demostraban el gran amor que seguía sintiendo por ese hombre.

—¿Y Paco? —dijo Alejandra sin poder contenerse.

—Paco pertenece al pasado. Él siempre supo de la existencia de Miguel y también era consciente de mis sentimientos hacia él. Ayer tuvimos una conversación y le dije lo que sucedía.

—¿Y cómo se lo ha tomado? —preguntó Sara.

—No demasiado bien.

—Lo entiendo —dijo Sara viendo un brillo desconocido en sus ojos—. No sabes cuánto me alegró por ti —seguidamente la abrazó. Sabía que su tía, a pesar de todos los nuevos incidentes respecto a ellas, en su vida sentimental y de una vez por todas era feliz.

Habían pasado la tarde sin parar de hablar. Sara y Alejandra pusieron al día a Tía Rosa en todos los detalles de la denuncia, del comportamiento del inspector Moreno y de su conversación con él, también se sinceraron contándole todos sus temores. Tía Rosa estaba afligida. Sacó café con pastas para merendar y que las penas se suavizaran. Eran más de las ocho de la tarde cuando sonó el timbre de la puerta.

—Debe ser Miguel —dijo Tía Rosa algo nerviosa. La aprobación de sus sobrinas le preocupaba.

Los ojos de todos los presentes se clavaron en el hombre que apareció a los pocos instantes. Sara lo miró de arriba abajo, antes de levantarse para saludarle. Le pareció maduro y al mismo tiempo atractivo. Un pelo abundante y cano, acompañado de una fina y bien recortada barba blanca que le daba un aspecto noble y a la vez bondadoso. Cuando lo tuvo a tan solo un metro de distancia, sus enormes ojos de color verde esperanza, como su tía los describía, la dejaron anonadada.

—Me alegro mucho de conocerte —añadió Sara mientras le daba dos sinceros besos en las mejillas.

Alejandra siguió a su hermana y repitió sus mismos pasos. Después Lluís y Pepe le chocaron la mano en señal de saludo.

Miguel miró a las dos jóvenes y recordó sus inocentes rostros veintitantos

años atrás ¡Cómo habían crecido! Eran dos autenticas mujeres. Sin poder contener su emoción, dijo:

—Os habéis convertido en dos mujeres preciosas, y si me permitís decirlo: una réplica de vuestra madre —esta última frase tuvo una punzada de emoción.

Todos los presentes tomaron asiento y Miguel tomó la palabra.

—Estoy al día en cómo está la situación ante vosotros. Y realmente es preocupante. Cómo ya os habrá contado Rosa conocí a vuestros padres hace casi treinta años. Pasamos muchos ratos juntos y los conocí bien. Sobre todo a Jorge; creo que en aquella época era la persona más cercana a él en lo referente a su investigación. Era tenaz, perfeccionista, constante, y tremendamente disciplinado con él mismo. Adoraba su profesión y por supuesto, os adoraba a vosotras. Al principio, no sabía de dónde le nació la idea de empezar con semejante búsqueda. Solo sé que tenía un desesperado empeño por conseguir sus metas. También os diré y creo que es importante recalcarlo, que no trabajaba para nadie. Yo en repetidas ocasiones le recriminé el tiempo que estaba malgastando sin ninguna remuneración a cambio. Pero él lo veía desde otro punto de vista, y por mucho que intenté comprenderle, no supe hacerlo.

Sara y Alejandra se miraron al escuchar que su padre no trabajaba para nadie en su búsqueda. Lo cual echaría abajo la teoría de Augusto Fonfría sobre su contrato de trabajo para buscar las claves.

—¿Podrías probar de alguna manera que mi padre trabajaba por su cuenta? —preguntó Sara esperanzada en una respuesta afirmativa.

—Me temo que no… —contestó Miguel con un ligero movimiento de cabeza.

—Por favor, continua —prosiguió Alejandra interesada en escucharlo hasta el final, confiaba en que pudiera desvelar algo nuevo en toda esta historia.

—Al principio, me pidió cierta ayuda esporádica —prosiguió Miguel intentando recopilar todos los recuerdos de aquellos años—. Tenía que repasar mucha información sobre la historia de Valencia y remontarse a hechos poco conocidos. Hubo que escarbar en temas que no aparecían en los libros usuales. Acudíamos con frecuencia a la Biblioteca Nacional, con el fin de recabar la máxima documentación y desempolvamos libros que hacía décadas que no se habían tocado. Jorge y yo llegamos a ser muy buenos amigos y compañeros en esta tarea. Había una especie de *feeling* entre nosotros. Algo difícil de explicar. Esto que os voy a contar es totalmente confidencial —su voz se hizo más aguda como intentando impedir que se oyera más de la cuenta—. Supongo que después

de veinticuatro años tampoco tendrá mayor importancia. El delito habrá prescrito. En varias ocasiones y después de sobornar al guardia de seguridad entramos en el Museo de Cervelló. Allí se encuentra el Archivo Histórico Municipal de Valencia con una valiosa documentación. Es uno de los archivos más importantes, más antiguos y mejor conservados de toda Europa. Hay libros de actas desde 1306, Registros civiles, de nacimientos, matrimonios, defunciones de los años 1800, Libros históricos de 1226 hasta 1900, si no recuerdo mal. Toda esa información estaba vetada, pero tu padre consiguió acceder a ella y en más de una ocasión pasamos horas y horas deleitándonos con pergaminos de hace más de quinientos y setecientos años. El resultado: vosotros ya lo sabéis. Las claves para localizar las doce llaves de la muralla cristiana de Valencia.

—¿Pero con qué fin? —preguntó Alejandra—. ¿Qué encierran o revelan esas llaves?

—Muy buena pregunta —contestó Miguel con una dulce sonrisa. El fin no lo tengo demasiado claro. Creo que exactamente ni el mismo Jorge lo sabía. Nuestras suposiciones siempre se basaban en que debían de esconder un, llamémosle, tesoro. Aunque no el tesoro como la propia palabra indica. No hablamos de oro y plata o joyas ni nada por el estilo. Aunque no se descarta que además contenga algo similar. El meollo de la cuestión es mucho más complejo y mucho más grande. Él siempre me decía: «*Miguel cuando demos con las doce llaves y lleguemos al final no nos acordaremos de todas las horas que le hemos dedicado*». Yo le preguntaba: «*¿Pero y si al final de todo no hay absolutamente nada? ¿Y si solo se dedicaron a esconder estas llaves como en una especie de juego y no tiene un sentido más allá*?». Pero no, Jorge estaba empeñado en que nos revelaría algo que hasta ahora la humanidad no había descubierto. Que a partir de ese momento se abriría una nueva puerta para la sabiduría de mucha gente.

—¿Quién se tomó la molestia de esconder esas llaves y por qué? —preguntó Pepe que hasta ahora se había limitado a escuchar.

—Es algo complejo —prosiguió Miguel—. No sé si seré capaz de explicarlo.

—Inténtalo, por favor… —atajó Sara hirviendo de curiosidad.

—Cómo os he comentado antes, Jorge me pidió ayuda en determinados momentos. Al principio, solo lo hacía cuando se veía sobrepasado de información. Tardé en preguntarle los motivos por los cuales se estaba metiendo tan dentro. Siempre pensé que todo era material para sus clases, aunque me

extrañaba que fueran temas tan rebuscados y al mismo tiempo tan ocultos. Con el tiempo la confianza se afianzó entre nosotros y un buen día después de muchas horas de concentración, me lo contó.

Los ojos de los oyentes que le prestaban atención se abrieron más de lo habitual. No podían creerse que por fin escucharían gran parte de las respuestas a las preguntas que se llevaban formulando durante tanto tiempo. Miguel continuó:

—Como ya sabéis, Jorge nació en Játiva y su madre murió cuando era un adolescente. Su padre llevaba enfermo muchos años de alzheimer y decidieron internarlo en un hospital de la Ribera. Tres años después, Jorge y Carmen se casaron. Su padre tuvo un problema de corazón y aguantó a trancas y barrancas. Poco antes de que tú nacieras —dijo dirigiéndose a Sara— tu abuelo falleció. El abogado le entregó el testamento en el que le correspondían todos los bienes al ser hijo único. No eran muchos. Tan solo la casa. Un caserón de pueblo con demasiados años y bastante descuidada por no poder atenderla. Entre la escritura del inmueble se encontraba una carta. Parecía como traspapelada y olvidada. Al principio, Jorge no le prestó mayor atención. Con la muerte de vuestro abuelo y la emoción de su paternidad le restó importancia. Pero poco tiempo después de que tú nacieras, y revisando la escritura con más detenimiento, se tropezó con una carta bastante deteriorada. Iba dirigida a su padre. Supuestamente, había pasado de generación en generación y había permanecido en el más absoluto abandono. Iba fechada en el año 1865.

—¿No es ese el año en que derribaron la muralla cristiana de Valencia? —preguntó Alejandra.

—En efecto —respondió Miguel—. Al parecer, su bisabuelo o vuestro tatarabuelo fue la mano derecha de Cirilo Amorós.

—¿Cirilo Amorós? —preguntó Lluís intrigado.

—Sí, fue el Gobernador civil de Valencia en esa época —continuó Miguel—. Solicitó el permiso a la Reina Isabel II para el derribo de la muralla cristiana, alegando la necesidad de dar trabajo a los obreros en paro por la crisis de la seda, y argumentando que la ciudad necesitaba un ensanche, ya que el cerco amurallado asfixiaba a la población. Lo cual impulsó al asfaltado de las calles de Valencia y los nuevos proyectos urbanísticos.

Sara y Alejandra se miraron entre ellas. Parecía abrirse una nueva puerta.

—Pero… ¿Por qué ese afán por esconderlas? —preguntó Pepe.

—No lo sé —contestó Miguel.

—Necesitamos dar con esa carta —añadió Lluís—. Sería una prueba irrefutable ante un juicio —dijo mirando a Alejandra.

—No puedo ayudaros —dijo Miguel.

—¿La viste? —preguntó Sara.

—Tan solo una vez —contestó Miguel triste por no poder resolver el enigma —. Pero tan solo le eché un vistazo y teniendo en cuenta los años que han pasado, no recuerdo nada más.

—¿Sabes dónde puede estar esa carta? —preguntó Sara.

Miguel negó con la cabeza.

—Recogimos todo lo que había en la casa de la calle Navellos —dijo Tía Rosa con pesar—. No os podéis imaginar cuánto me arrepiento de haberme deshecho de cosas que hoy podrían ser importantes.

—Yo fui cómplice de la selección —aclaró Miguel— y podría jurar con un alto porcentaje que la carta no pasó por mis manos. Pero ignoro si fue escondida o destruida. Si Jorge llegó a descifrarla y al parecer así fue, no puedo imaginar qué pudo hacer con ella.

—Todo lo que tenemos de ellos está en el baúl, ¿verdad? —preguntó Alejandra.

—Me temo que sí —contestó Rosa.

—Quizá no lo hemos revisado bien —atajó Sara llena de esperanza—. De hecho, la libreta nos la hemos encontrado después de veintitrés años. Igual se nos ha pasado algo más por alto.

Los allí presentes la miraron con desanimo y una chispa de ilusión. ¿Y si tenía razón? Alejandra miró el reloj. Se les había hecho muy tarde.

—Tía, sería muy importante que intentaras recordar lo más posible de aquellos últimos días. Sé que no son agradables pero…

—Lo haré —dijo Rosa con firmeza.



Capítulo 64

Era cinco de marzo y había amanecido un día precioso. Valencia presumía de un sol embaucador anticipándose a la primavera. Sara se terminaba el desayuno mientras Alejandra se enfundaba en un traje de chaqueta oscuro. A los pocos minutos, bajaron a la calle. Sara miró el reloj, eran casi las nueve de la mañana. Los estudiantes que se dirigían hacia la Escuela de Idiomas invadían la calzada y las dos hermanas tuvieron que andar unos pasos para no tropezar con varios de ellos. Cuando el semáforo cambio a verde cruzaron la calzada y esperaron en la parada del autobús. En otra época hubieran tomado un taxi, pero la cosa en estos momentos no estaba para tirar cohetes. Llevaban casi un mes sin acudir al trabajo y todavía no sabían cuánto tiempo más se alargaría esa situación.

—¡Ahí viene el 29! —dijo Alejandra preparada para subir al autobús.

El trayecto fue breve. Apenas diez minutos. Una vez en la Glorieta se dirigieron hacia la calle Sorní. Nada más doblar la esquina vieron que Lluís les estaba esperando en la dirección señalada. Después de los saludos pertinentes, llamaron al portero electrónico y subieron al primer piso. En la puerta de entrada figuraba una placa en la que ponía: Arturo Arandiga. Abogado Penal.

Alejandra respiró hondo y cogió fuertemente la mano de Lluís. Éste le apretó en señal de apoyo, después, posó sus ojos sobre los de sus vecinas al tiempo que pulsaba el timbre.

Una señorita les recibió con una delicada sonrisa. Les invitó a entrar y los acomodó en una elegante sala de espera. Apenas habían transcurrido cinco minutos de cortesía cuando apareció un hombre de unos cuarenta y tantos años. Vestido con un impecable traje de chaqueta y corbata a juego, y con unos

relucientes zapatos negros. Era de estatura media, con una masa corporal bastante normal. Sus facciones eran proporcionadas suavizando sus rasgos unas gafas de Cartier montadas al aire que le daban un aspecto elegante.

—Buenos días… ¿cómo estáis? —dijo al tiempo que se aproximaba a ellos y les chocaba la mano en señal de saludo.

—No tan bien como tú, Arturo —puntualizó Lluís en tono amistoso.

—Pasad… —les dijo mientras le señalaba la puerta de su despacho.

Seguidamente, tomaron asiento. Sara cruzó los dedos en señal de fe. Pedía con todas sus fuerzas que las cosas se solucionaran lo antes posible y claro está, que todos ellos salieran ilesos.

—Lluís me ha comentado algo por teléfono… —dijo el abogado iniciando la conversación—, y también la urgencia de recibiros lo antes posible. A pesar de que mi trabajo me absorbe gran parte de mi tiempo, os he hecho un hueco a primera hora de la mañana. Por supuesto, vi las noticias ayer y estoy al tanto de tu acusación —dijo dirigiéndose a Alejandra—. En estos momentos lo que menos necesito son casos. Gracias a Dios, estoy totalmente saturado. Pero tratándose de Lluís, al que conozco más de quince años, y de que su amistad con mi hermano es mucho más que amistad, voy a hacer todo lo que esté en mi mano por defenderos ante esta acusación —su tono era firme y decidido.

Una tímida sonrisa brotó de la boca de los tres jóvenes en señal de agradecimiento.

—Para poder representarte —dijo dirigiéndose de nuevo a Alejandra—, necesito saber absolutamente todos los detalles. Por muy insignificantes que os parezcan. Anoche estuve echando un ojo a la Asociación A. F. C. A. N. I. y a sus representantes, y tengo que deciros que no va a ser nada fácil.

Fue Alejandra la que empezó con la historia, alternándose con Sara en determinados momentos. El abogado Arturo Arandiga fue tomando notas de todo lo que consideraba interesante. Solo les interrumpía para hacer ciertas aclaraciones o despejar sus dudas. Les escuchaba atentamente, hasta que llegaron a la fase de la búsqueda de las llaves, donde sus facciones se contrajeron, y sus cejas se arquearon más de lo normal vagando del asombro a la credibilidad.

Una llamada de teléfono interrumpió la conversación.

—Perdón… —dijo el abogado educadamente—. Marisa… no estoy para nadie. ¡Que llame a partir de las doce! ¡Hasta las doce del mediodía, no estoy

para nadie! —a continuación colgó el teléfono—. Lo siento. Podéis continuar. Creo que esto va a ser más largo de lo que pensaba.

Las horas fueron pasando. Sara y Alejandra pensaban decirle absolutamente todo. No tenían nada que esconder. Bastante tiempo habían mantenido oculto ciertas cosas, y muy a su pesar ese Augusto Fonfría se había encargado de que saliera parte de ello a la luz. Por eso, estaban decididas a no dejar títere con cabeza. Le dirían que intentó chantajearlas, que las amenazaron y que las perseguían y vigilaban constantemente.

Eran casi las once de la mañana cuando Arturo Arandiga llamó a su secretaria Marisa para que les trajera unos cafés. En el momento en que ella abandonó el despacho, continuaron con su explicación.

—¿Y dices que ayer hablasteis con un inspector de policía y todo esto se lo contasteis? —preguntó Arturo Arandiga.

—No… —respondió Alejandra—. No le hemos contado nada de nada. De hecho fue el quién nos avisó de las noticias en televisión.

—Es una persona que se ha sabido ganar nuestra confianza —puntualizó Sara.

Arturo Arandiga se puso serio.

—Alejandra, a partir de ahora no debes hablar con nadie al respecto, si no es en mi presencia.

Las dos hermanas asintieron.

—¿Cómo ves el tema? —preguntó Lluís intrigado.

—¿Quieres la verdad? —añadió el letrado.

—Por supuesto.

—Dejando a un lado la historia, que más que una historia parece una película de ciencia ficción, la cosa no pinta demasiado bien. Sería interesante, bueno más que interesante, sería necesario para poder tener alguna esperanza, recopilar todo tipo de pruebas.

—Tenemos la libreta —atajó Alejandra.

—No es suficiente —dijo tajantemente—. Esa libreta prueba que vuestro padre era conocedor de la existencia de esas doce llaves, y se encargó de plasmar en el papel las claves para descubrir sus escondites. Pero no dice que esas claves no pertenezcan a Augusto Fonfría. Si él alega que contrató a tu padre y que le pagó por sus servicios, teóricamente esas llaves son de él.

—Por supuesto —confirmó el abogado—. Contamos con que eso sea así. No creo que esa clase de persona se haya atrevido a formular la denuncia sin ningún

tipo de pruebas para poder taparnos la boca. Debe de estar muy bien asesorado. Tendrá su oportunidad para demostrarlo. Y nosotros la nuestra para rebatirle. Tenemos que procurar ir por delante. Hemos de tener en cuenta que es un empresario con un alto poder adquisitivo. No va a ser fácil. Además, esto se va a convertir en un escándalo mediático. Ya se ha encargado esa persona en divulgarlo a los cuatro vientos a través de los medios de comunicación.

—También tenemos las llaves —agregó Sara—. Mejor prueba que esa… no creo que pueda haber otra.

—No nos sirve. Es una prueba que reclaman por robo —contestó el abogado —. Si pudiéramos demostrar de alguna forma que todo fue iniciativa de vuestro padre. Los descubrimientos, los hallazgos…

—Vamos a seguir buscando algo que demuestre que tenemos razón —atajó Sara—. Todavía tenemos alguna esperanza de conseguirlo.

—Otra cosa —puntualizó el abogado—. La policía os está buscando, sobre todo a ti —dijo mirando a Alejandra.

Ésta bajó la cabeza avergonzada.

—Respecto a vosotros, —dijo dirigiéndose a Pepe, Sara y Lluís—. Los cargos son bastante superfluos. Y acudir a la policía por vuestra propia iniciativa hace mucho en vuestro favor. Pero tú Alejandra. Tus cargos son más graves. Hay una denuncia penal por medio y eso no es para tomárselo a broma —continuó Arturo Arandiga—. Debemos presentarnos en la comisaría y hacer una declaración.

Alejandra perdió el color de sus mejillas.

—Pero, me detendrán… —dijo hundida en la miseria.

—Me temo que no hay otra elección. Si voy a defenderte, no puedes estar en paradero desconocido. A partir de hoy me pondré en contacto con el letrado de Augusto Fonfría, veré como está la situación y estudiaré el caso.

Sara miró a su hermana llena de temor. Esa posibilidad todavía no la habían contemplado.

—¡No puedo! —dijo Alejandra secamente.

—¿Cómo dices? —preguntó el abogado mirándola fijamente.

—Necesito una tregua —continuo Alejandra—. Yo no puedo presentarme en este preciso momento en la comisaría y permitir que me detengan. No lo soportaría. Además, soy inocente y no merezco estar ni un solo minuto entre rejas. Si esa es su manera de hacer las cosas, sintiéndolo mucho, no quiero que me represente. No puede decirme que mientras yo me pudro en la cárcel, usted

va a ponerse en contacto con el letrado de Augusto Fonfría y va a estudiar el caso. Estaría loca si accediera y encima atada de pies y manos. No tendría libertad de movimientos para continuar con la búsqueda y dejaría a mi hermana y a los demás solos en este asunto. Conozco muy bien a la gentuza que me acusa. Todos los de esa calaña pecan siempre de lo mismo. Se creen que con el dinero se compra todo, y a veces lo consiguen. Y si no tienen pruebas al respecto, se las inventan, las compran o las roban. Todo por salirse con la suya. Si yo me presentara en la comisaría con usted, sería una víctima más de la justicia mal ejecutada como tantos y tantos casos hay en nuestro país. Me niego rotundamente a seguir sus pasos. Y me niego rotundamente a que ese desgraciado de Augusto Fonfría se pueda salir con la suya. La única opción para impedirlo es intentar conseguir las más pruebas posibles, ya que según su opinión, lo que tenemos hasta ahora no nos sirve de nada.

Por unos instantes, se quedó callada. Miró a su hermana y su rostro le delató la complicidad en todo lo que estaba diciendo. Seguidamente, cruzó la mirada con Lluís y Pepe y éstos le dedicaron una sonrisa de asentimiento. Alejandra se sintió más fuerte que nunca. Sabía que no estaba sola. Su carga era menos pesada. Ésta, era una lucha compartida.

—Respeto tu decisión —dijo Arturo Arandiga—. No digo que esté a tu favor, pero entiendo tu posición. Solo os pido que seáis cautos y prudentes a la hora de actuar. Porque si todo lo que me habéis contado es cierto, y con ello no quiero decir que lo ponga en duda, hay demasiados intereses de por medio y seguramente muchos os quieren pisar los talones. Presiento que no va a ser una tarea nada fácil.

—Hasta ahora no lo ha sido —confirmó Sara—. Efectivamente, el cerco se nos va estrechando cada vez más. Por eso disponemos de poco tiempo para desenmascarar todo esto.

—Lo entiendo —contestó el abogado.

—Gracias, Arturo, por dedicarnos tu tiempo —dijo Lluís mientras le chocaba la mano en señal de despedida.

—Lo siento —dijo Alejandra mientras se levantaba.

—No, no lo sientas —agregó Arturo Arandiga mientras le sujetaba las manos entre las suyas—. Esta conversación que hemos mantenido no la doy por perdida. A pesar de que vayáis por libres, voy a intentar averiguar todo lo que esté en mi mano, y por supuesto, si llegado el momento necesitáis un abogado, podéis contar conmigo.

—Muchas gracias —dijo Alejandra con una sonrisa—. Lo haré.



Las dos hermanas, en compañía de Lluís y Pepe, esperaban ansiosas en el piso de Llano de Zaidía. Aparentemente y aunque parecía casi imposible todavía no habían dado con su localización, o por lo menos eso era lo que ellos pensaban. Estaba claro que tenían las horas contadas, en algún momento cometerían un pequeño descuido y serían localizados, pero mientras tanto iban a agotar los últimos cartuchos en buscar sus objetivos. Nada más salir de la visita del abogado Arturo Arandiga se habían puesto en contacto con Tía Rosa y Miguel Roselló. Les habían encargado una sencilla misión y desesperados consultaban el reloj en espera de sus noticias. Sara entró en el salón con una cafetera y cuatro tazas.

—Hemos de serenarnos —dijo mientras servía el café—. Con los nervios a flor de piel se nos van a bloquear los sentidos y eso es lo que más despiertos hemos de tener.

—¿Tú crees que lo habrán conseguido? —preguntó Alejandra al tiempo que se frotaba las manos. Esa mañana estaba helada de frío.

—Espero que sí —continuó Lluís—. Es cierto que vuestro apartamento está vigilado y más ahora que existe una denuncia penal, pero confiemos en los recursos de vuestra tía.

En ese preciso instante, sonó el móvil de Sara con el tono de que acababa de recibir un SMS. Era de Miguel Roselló. Desesperada leyó: *OK 15 minutos*. Una sonrisa se despertó en la muchacha infundiendo cierta tranquilidad a los allí presentes. Transcurrido el tiempo señalado, sonó el timbre de la puerta. Pepe fue el primero en acudir al umbral y por la mirilla observó la presencia de un joven despeinado que llevaba un paquete bastante grande entre las manos. Sin pensarlo dos veces abrió la puerta.

—Buenas tardes, —dijo el joven sin dejar de masticar chicle—. Traigo esto para usted. Firme aquí —dijo señalándole el hueco en un recibo de mensajería.

Pepe hizo un garabato ilegible y el joven le pidió el nombre.

—José Pérez —contestó éste inventándoselo.

—Ok —murmuró el joven mientras desaparecía por las escaleras dejando el paquete en el suelo.

A Pepe le faltó tiempo para entrarlo y colocarlo encima de la mesa. Lo abrieron ansiosos y esperanzados. Un baúl ya familiar se mostraba ante ellos. Dentro de él y con todos los enseres ya conocidos, se podían llegar a despejar muchas incógnitas, lo cual les ayudaría a salir de semejante atolladero, o por el contrario, no llegar a desvelarse ninguna de ellas, por lo que se quedarían igual que estaban y hundidos en el mismo fango.

Se tomaron todo su tiempo. No tenían prisa. Inspeccionaron el interior del baúl descosiendo el forro en su totalidad. Guardaban la esperanza de que apareciera algo no visto hasta entonces. Repasaron una foto tras otra con una minuciosidad increíble. Pasando de mano en mano, ven más cuatro ojos que dos, se decían entre ellos. Y los detalles imperceptibles para unos podían ser importantes para otros. Esparcieron encima de la mesa todos los enseres que había en su interior. El libro de familia, la partida de bautismo de Sara y Alejandra, los carnets de identidad de sus padres, montones de fotografías que ya habían sido inspeccionadas sin encontrar aparentemente nada de interés. Joyas pertenecientes a Carmen y las alianzas de la pareja. El libro del Lazarillo de Tormes que Jorge le regaló a Pepe y que no recordaban cuando lo habían incluido en su interior y un cordón de cuero negro con una pequeña llave colgando.

—¿Qué me decís de esta llave? —preguntó Alejandra.

—Poca cosa. No lleva nada inscrito —comentó Sara—. Parece más bien de un buzón o algo similar.

—Podría ser de cualquier cosa —continuó Pepe inspeccionándola—. Desde la llave de la taquilla del instituto donde daba clases, hasta la llave del buzón de donde vivía en la calle Navellos.

—No creo que fuese la llave del buzón donde vivía —añadió Lluís—. ¿Qué sentido tendría el separarla del llavero con las demás llaves de la vivienda?

—Es posible que fuese de algo que él estimaba… —pensó Alejandra en voz alta—. ¿Pero qué? ¿Cómo adivinar a qué pertenece? —su cabeza no paraba de dar vueltas y más vueltas mientras acariciaba la diminuta llave. Al final optó por colgársela al cuello del cordón de cuero donde estaba sujeta. Si era alguna pieza importante, cuanto más a mano la tuviera mucho mejor.

Pepe tomó el libro de El Lazarillo de Tormes y lo hojeó por pura inercia. Leyó la dedicatoria impresa en la primera página.

«Para Andreu, con todo mi cariño.

Tu inteligencia y tu interés,
hará que juegues bien las cartas,
si es así, este libro te será de gran ayuda».

Firmado: Jorge Ferrer.

Por una décima de segundo sintió añoranza. Gracias a ese libro habían conseguido encontrar la llave de La Puerta de los Judíos en la estación de Colón, pero sin saber por qué, habían dado por hecho que las pistas que Jorge había impregnado en esa pequeña novela se habían terminado. Pero ¿y si no era así, y si Jorge dentro de su estrategia había tenido la habilidad y destreza de esconder otras más? De hecho, la libreta que Sara y Alejandra habían encontrado les había llevado a localizar la posición de cuatro de las llaves. Mientras que él había dado con dos de ellas hacía ya más de diez años y por medio del boletín de notas de clase y la tercera, mediante la novela que tenía entre sus manos. Pero si las cosas cuadraban, y Jorge no era de las personas que se dejaban nada a medias, a él todavía le faltaba una llave por encontrar. Pasó página por página mudo y con los cinco sentidos inmersos en ellas. Había avanzado gran parte cuando sin saber porque dos palabras le llamaron la atención: ¡Olé!, ¡Olé! Parecía como si su color fuera algo más intenso que el resto de las letras. Pensó si sería la luz que acentuaba su tono. Se acercó a la ventana y efectivamente su color era más subido. Intentó leer la frase con el fin de que adquiriera algo de sentido:

—¿Cómo, y olistes la longaniza y no el poste?
—¡Olé! ¡Olé! —le dije yo.

Pepe pensó que a pesar de ser una literatura española del renacimiento que mezclaba la picaresca y la sátira, y puesto que el lenguaje era vulgar, debía esconder algo de significado. Estaba claro que quería decir: Oled, Oled. Pero a simple vista, no tenía ni idea de a qué se refería.

—Pepe, qué callado estás —dijo Lluís curioso de lo atento que estaba frente al libro.

—Creo que he encontrado algo —murmuró Pepe con la boca pequeña.

—¿De veras? —preguntaron Sara y Alejandra sorprendidas.

—No puedo asegurarlo. Quizá solo sean imaginaciones mías pero fijaos en esto —dijo señalando las palabras que había encontrado.

—¿Olé Olé?… Crees que tiene algún significado —dijo Lluís mofándose.

—No solo es eso —añadió Pepe confuso—. Hay una serie de palabras entre ellas esas que acabas de leer, que por algún motivo están más oscuras que el resto. Como si las hubiesen repasado a conciencia. Quizá con el fin de hacernos ver algo más allá que leer la simple historia.

—¿Qué otras palabras son? —preguntó Sara llena de curiosidad.

Pepe comenzó a pasar las hojas y a leerlas en voz alta:

—Tiempo, arena, seis, media —Pepe terminó de leer sin entender nada—. ¡Esperad un momento! También aparecen tres iniciales: R, Z, F.

—Tiene que tener una explicación —murmuró Sara mientras repetía en voz baja las palabras: Olé, Olé…

—Creo que las piezas encajan —dijo Alejandra—. ¿No lo veis? ¿Qué llaves nos quedan por encontrar?

Fue Lluís el primero en responder.

—Tres. La Puerta del Real, Puerta Nueva o de San José y la Puerta de Ruzafa.

—¿Y qué iniciales destacan en el libro? —Puntualizó Alejandra con una suave sonrisa.

—R. Z. F. ¡RUZAFA! Es posible que tengas razón, hermanita —continuó Sara con una pizca de esperanza.

—Bien… esto va viento en popa —murmuró Pepe satisfecho de su buen presentimiento—. Solo nos queda adivinar el significado de las demás palabras y nos conducirá a la décima llave.

—Empecemos por la primera —continuó Alejandra deseosa de llegar hasta el final—. Olé, Olé…

Pepe hizo una aclaración antes de continuar.

—Sí, pero en el libro si leéis la frase lo que realmente quiere decir es: Oled, oled, recordad que el castellano es antiguo.

—No tengo ni idea —puntualizó Lluís.

—No creo que mi padre quisiera que interpretáramos esas palabras con el verbo oler —puntualizó Alejandra.

—Lo dices muy convencida —dijo Lluís asombrado.

—Si os fijáis aquí —agregó mostrando un mapa antiguo de Valencia—, la Puerta de Ruzafa estaba a pocos metros de la Plaza de Toros. Y qué casualidad que la palabra olé tiene un significado muy valioso en el mundo taurino.

—Puede que no vayas desencaminada —susurró Lluís con una sonrisa—. De hecho, la palabra arena que también está incluida, verifica tu hipótesis ya que el

ruedo está lleno de ella.

Sara asintió, seguida de Pepe.

—Solo nos faltan tres más y tendremos el acertijo —continuó Alejandra tomándoselo como un juego. Tiempo, media y seis. Para medir el tiempo nada mejor que un reloj. Y es posible que con las palabras seis y media nos estén indicando hasta la hora.

—Y la Plaza de Toros tiene un reloj en su parte este —continuó Lluís mientras se tocaba la barbilla intentando recordar—. Hace varios años que no voy por allí, pero cuando era un chaval mi padre me llevó a ver varias corridas de toros.

—A mí no me gustan los toros —puntualizó Sara—. No soporto ver sufrir a un animal.

—Pues me temo que no va a ver más remedio que ir a una corrida y además en breve —continuó Lluís de nuevo—. El sábado empieza el programa de fiestas de las Fallas y será la primera de esta primavera.

Sara y Alejandra asintieron resignadas.

—Todo sea por conseguir nuestros objetivos.

—Me encargaré de conseguir cuatro entradas y a ser posible las más próximas al reloj —terminó de decir Lluís.



Capítulo 65

Los ocho magistrados del Tribunal de las Aguas acababan de entrar en la Casa Vestuario. Eran poco más de las doce y media del medio día y el juicio había finalizado. Esa mañana no se había presentado ningún demandante por lo que su trabajo había concluido antes de lo esperado. Intranquilos, retomaron la conversación que habían suspendido una hora antes, y sentados de nuevo sobre la gran mesa de roble exponían sus preocupaciones. Sus avanzadas edades aportaban sabiduría pero también el cansancio hacía mella en sus cuerpos. Humberto Fernández levantó la mano derecha con el fin de retirar el sudor de su frente dejando al descubierto la falta del dedo meñique. Hacía ya más de treinta años que la herida cicatrizó sin ningún problema gracias a la rapidez y competencia del equipo médico que lo atendió después del accidente laboral. Ya ni recordaba la dolorosa experiencia y menos en ese momento que otros problemas acechaban el día a día y la supervivencia del Tribunal.

—Pero Humberto… —añadió Adolfo Serrano, jurado de Mislata—, todos hemos visto las noticias en las que se busca a esa joven hija de Jorge Ferrer, La culpan del robo de las llaves… no contábamos con que salieran a la luz con esa facilidad y nada más y nada menos que Augusto Fonfría, esa sabandija que no se rinde ni se rendirá nunca.

—Es cierto que no esperábamos semejante noticia —concluyó Humberto Fernández de nuevo—. Sabíamos que Augusto Fonfría, iba tras ellas desde hace muchos años, pero afortunadamente nada tenía que hacer al respecto. Tendría que volver a nacer para igualar a Jorge Ferrer en todos sus conocimientos y en sus habilidades para desenmascarar enigmas.

Muchos de los componentes asintieron con la cabeza dándole la razón.

—Pero con lo que no contábamos era con que las hermanas Ferrer fueran tan habilidosas —puntualizó Jaime Santos—. Está más que claro que se han propuesto culminar lo que su padre se dejó por terminar y no cabe duda que han heredado sus genes, de hecho, las hemos subestimado demasiado.

—Jorge Ferrer estaba muy metido en la búsqueda de las llaves y también era una persona tenaz y perseverante… —continuó Lorenzo Alonso—. Aunque con su fallecimiento todos pensábamos que la búsqueda se habría detenido. Al no ser así la situación cada vez es más alarmante.

—Tienes razón, Lorenzo, al pensar que el tema es preocupante. Lo es y mucho… —pronunció Humberto de nuevo.

Un nuevo murmullo estalló en el ambiente como un zumbido de moscardones.

—Estamos convencidos de que han conseguido parte de las llaves… —aseguró Juan Alcázar—. De hecho, no hay más que seguir sus pasos.

—Me temo que sí —respondió Humberto cabizbajo—. Desconozco la cantidad exacta pero os puedo asegurar que tienen varias en su poder.

—¿Crees que podrán descifrar…? —preguntó Juan con temor, sin terminar la frase.

—Confiemos en que no —dijo Humberto seriamente—. Pero si han llegado tan lejos, tengo mis serias dudas de que se rindan a mitad de camino. No podemos permitir que den con el lugar sagrado.



Ese sábado por la mañana amaneció soleado, típico de primeros de marzo. La primavera estaba en camino y con ella también la fiesta de las Fallas. Sara y Alejandra se habían despertado temprano, nada más abrir los ojos, sus olfatos se inundaron por un agradable aroma. Cuando llegaron a la cocina, Pepe había preparado café, y estaba acompañado del libro El Lazarillo de Tormes, que yacía abierto encima de la mesa.

—¿No podías dormir? —preguntó Alejandra señalando la novela.

—La verdad es que no —contestó Pepe mientras le daba un sorbo a la taza —. No consigo quitarme de la cabeza la búsqueda de esta tarde. La última vez en la estación de Colón, yo… —Pepe palideció al recordar el túnel y el agujero

donde se quedaron encerrados, y donde creyó haber perdido a Lluís, su mejor amigo, pensando que había muerto.

—No tiene por qué suceder nada —dijo Sara intentando calmar los ánimos —. Está claro que nos ha costado encontrar todas y cada una de las llaves, y reconozco que en todos los casos hemos vivido experiencias nuevas y bastante arriesgadas —por un instante se le erizó el vello al recordar el fango en el que casi estaba enterrada en la iglesia de San Juan del Hospital—. Pero ahora somos cuatro y, además, no nos vamos a separar ni un minuto.

Una sonrisa brotó de los tres confirmando su complicidad.

—¿A qué hora has quedado con Lluís, hermanita? —preguntó Sara.

—Dentro de media hora, aproximadamente.

Un politono conocido se oyó en el móvil de Alejandra.

—¡Hablando del rey de Roma! —dijo mientras veía el SMS que acababa de recibir—. Me temo que todavía tardará —comentó preocupada—. Lo van siguiendo. Lleva a los sabuesos de Erika y Gustavo pegados a los talones.

—Al final, van a dar con nosotros —murmuró Sara preocupada.

—Si no consigue despistarlos nos veremos obligados a hacerlo solo nosotros tres —añadió Alejandra—. No podemos permitirnos el lujo de retrasarlo más. No sabemos de cuánto tiempo disponemos.

Pepe se quedo pensativo por unos instantes. Tenía el mismo mal presentimiento que la última vez. Pero no pensaba hacer el más mínimo comentario al respecto, no quería crear más recelo. No tenía por qué suceder nada malo. Seguramente, Sara tenía razón. Se estaba volviendo demasiado supersticioso.



Eran casi las dos del mediodía, cuando Lluís dio señales de vida. Apareció por el piso de Llano de Zaidía cinco horas más tarde de lo acordado. Entró agobiado y tirando sapos y culebras por la boca.

—¡Esos hijos de puta! Llevan siguiéndome toda la santa mañana. Tan solo hace una hora que he conseguido despistarlos y de puro milagro. Estaba claro que hoy no les importaba una mierda que me diera cuenta de sus intenciones. Su mayor propósito era saber en todo momento donde estaba, y lo que hacía ¡Esos malditos cabrones! ¡De buena gana les hubiera dado de hostias!…

—Tranquilízate —dijo Alejandra dulcemente mientras le ponía el dedo en sus labios en señal de silencio—. Ya te has desahogado y entiendo que estés tan enfadado, pero así no vas a conseguir nada. Ya tendremos nuestra oportunidad de vengarnos de toda esa gentuza.

—¿Tú crees que ese momento llegará algún día? —preguntó Pepe, que esa mañana estaba poco optimista.

—¡Por supuesto que llegará! Pepe, no me gusta que lo pongas en duda. No tienes que perder la fe ¡Mírame a mí! —dijo Alejandra llena de una abrumadora fuerza interior—. De los cuatro, yo estoy en la peor situación. Tengo sobre mis espaldas una denuncia penal y cuando me pillen voy derechita a la cárcel hasta que se demuestre mi inocencia. ¿Y creéis que esos desgraciados me van a asustar? Pues no…

Lluís la abrazó y la besó en la mejilla en señal de apoyo. Luego añadió:

—Es hora de que nos pongamos las pilas respecto a la búsqueda de esta tarde. Repasemos nuestros movimientos.



Faltaban treinta minutos para las cinco de la tarde, hora prevista para el inicio del evento de la corrida de toros. La calle Játiva se veía atascada con una marabunta de gente haciendo colas en las numerosas puertas de la Plaza de Toros. Las taquillas abarrotadas ofrecían las últimas entradas y los vendedores de reventa se apresuraban intentando captar clientes agotando los últimos cartuchos. Los cuatro jóvenes se mezclaron entre la multitud. Lluís llevaba las entradas en la mano y se acercaron a una de las puertas.

Una hilera de turistas hizo que se dividieran dejando a Sara más alejada del resto. Un hombre con bigote se aproximó a ella ofreciéndole una entrada.

—¡Mira guapa, te la vendo a buen precio! —le ofreció impidiéndole avanzar.

—No… no me interesa —dijo tajantemente e intentando esquivarle.

—Sí. Mira te la dejo a la mitad de precio. Buen sitio y además sombra —insistió el hombre cortándole el paso.

—Ya le he dicho que no me interesa —repitió con cara de pocos amigos.

Al instante, Pepe acudió en su ayuda y cogiéndola de la mano dijo:

—¡Eh jefe, no pierda el tiempo que ya tenemos entradas!

Cuando regresaron a la fila, Alejandra les dijo:

—Lluís cree haber visto a Erika y Gustavo rondando por aquí. Será mejor que no nos despistemos.

—¿Pero cómo lo han sabido? —preguntó Sara en voz baja.

—A lo mejor no los despisté como yo había creído —puntualizó Lluís lleno de remordimientos—. Una vez dentro, no creo que nos encuentren. Hay demasiada gente. Les será difícil. De todas formas, hay que estar muy atentos.

Un nerviosismo incontrolado se apoderó de Sara y Alejandra. Pepe, mientras tanto, recordó su mal presentimiento.

La cola avanzaba poco a poco. Los cuatro juntos y algo nerviosos miraban hacia el interior contando los metros que les separaban para entrar. Mientras, rezaban no ser encontrados por sus pegajosos vecinos. Sara consultó el reloj. Eran casi las cinco menos cuarto.

Minutos después, subían las escaleras de piedra intentando localizar los asientos que les habían asignado. El sol les impedía ver con claridad. Gracias que no habían olvidado sus gafas de sol. Lluís sacó dos gorras y le pasó una a Pepe. Éste le dio un codazo señalándole el enorme reloj de la Plaza. Pensó en cómo se las iban a ingeniar para subir, ya que lucía en lo más alto, resguardado por una especie de cúpula de piedra. Sara se quedó petrificada admirando el ruedo. El inmaculado albero se mostraba liso y arenado para evitar tropezones y caídas de los diestros. A continuación, la barrera estaba casi vacía, sorteada por cuatro portones que daban a las puertas de los toriles o chiqueros, de las cuadrillas, de arrastre y la puerta grande. Las graderías tenían dos secciones: de sol y de sombra, divididas por filas, barrera, contrabarrera, tendido bajo, tendido alto y asientos. La primera balconada se denominaba grada, la segunda y más alta andanada. Distraída. Sara tropezó con un joven que estaba sentado.

—Perdón… —le dijo.

Procuró poner más atención hasta llegar a su asiento. Atravesaron la contrabarrera, y llegaron a la zona numerada. Según sus deberes, la plaza se construyó entre 1850 y 1860. Era neoclásica y estaba inspirada en la arquitectura civil romana. Su cuerpo era poligonal con 48 lados, 17 metros de altura y 52 de diámetro del ruedo, lo cual hacía que fuese una de las más grandes de España. Su forma redonda al igual que todas las plazas de toros, se debía a la inexistencia de esquinas o puntos muertos en los que era imposible que los animales se refugiasen y también dificultara su sentido de la orientación.

Habían llegado a su lugar y se colocaron los cuatro juntos. Alejandra se encandiló. La plaza estaba a reventar. La multitud de colores la convertía en una

verdadera atracción. De repente, la música la sobresaltó. La banda colocada en la parte alta empezó su serenata al tiempo que los toreros, banderilleros y picadores montados en hermosos caballos hacían su aparición. Los diestros, conocidos en el mundo taurino como toreros consagrados, lucían traje de luces con colores vistosos de seda, adornados con lentejuelas y adornos en oro y plata. Con el capote de paseo ceñido al busto y la montera, atravesaban la plaza con arte y desafío.

—En cuanto empiecen a torear, Pepe y yo nos despistaremos hacia el reloj —indicó Lluís en voz baja dirigiéndose a Sara y Alejandra.

Éstas asintieron. Seguidamente, el griterío de la gente les hizo mirar hacia el albero. Uno de los matadores con el capote en la mano esperaba de rodillas a que el toro saliera de los toriles.

—Pero… está loco —murmuró Alejandra escandalizada.

Dos hombres que estaban sentados delante de ella se giraron y la miraron con cara de guasa. Sin decir ni una palabra se volvieron hacia el ruedo. En ese preciso instante, un toro de más de 500 kilos de peso, negro como el azabache, salió embistiendo con una furia desatada sobre el torero. Éste, con la lección ya aprendida, le dio unos cuantos pases con el capote y lo toreó como la misma palabra indica. Cuando las dos hermanas, que era la primera vez que pisaban una plaza de toros, y por supuesto la primera vez que presenciaban una corrida en directo, se giraron para hablar con Lluís y Pepe, éstos ya habían desaparecido.



A pocos metros de distancia, en la parte norte de la Plaza y cobijados por la sombra, Erika y Gustavo, provistos de unos prismáticos Zeiss, inspeccionaban el lugar. De pie y pegados a una de las escaleras procuraban detectar la presencia de cuatro personas. En vano llevaban casi una hora y no habían conseguido dar con su posición. A pesar de no haberlos visto entrar, sabían sobradamente que tenían que encontrarse dentro. Algo les había impulsado hasta allí y sospechaban que probablemente fuera la búsqueda de alguna llave. No podían fallar en esa ocasión y no podían perderlos de vista. Se jugaban mucho. La confianza que su jefe había depositado en ellos se estaba yendo al garete por su falta de profesionalidad, según las palabras textuales de su superior.

—¿Ves algo? —preguntó Erika mientras intentaba afinar el sentido de la vista.

—Nada de nada —contestó Gustavo empezando a perder la paciencia—. Hay demasiada gente. Nos va a costar dar con ellos ¡Maldita sea!

—Si están buscando la llave no creo que estén sentados y tranquilos —puntualizó Erika sin parar de controlar a través de los anteojos—. No tendría demasiado sentido y no creo que hayan venido tan solo para presenciar una corrida de toros.

—¡Espera un momento! —susurró Gustavo sonriente—. Creo que he localizado a dos de los pájaros que buscamos.

—¿Dónde? —preguntó su acompañante ansiosa.

—En la parte este, justo bajo del reloj ¡Espera un momento! Creo que tengo el pleno al completo. ¡Ya os tenemos!

Erika cambió su dirección enfocando donde Gustavo le había señalado. Efectivamente, ahí estaban las dos hermanas Ferrer. Sentadas y aparentemente nerviosas. Mientras que unos pocos metros más arriba y pegados al enorme reloj de la Plaza, una silueta entraba y salía de la pequeña caseta que lo resguardaba. Pudo adivinar que se trataba de Pepe, y también dedujo que Lluís se encontraría dentro.

Sin mediar palabra y como si sus pensamientos estuvieran conectados a un ordenador central y hubiesen recibido la orden al unísono, Erika y Gustavo retrocedieron y bajaron por las escaleras de fuera avanzando por los pasillos exteriores e intentado aproximarse a su posición. Avanzar dentro de la plaza los delataría al instante. De esa manera, los pillarían infraganti. Ése era su cometido y en esta ocasión no podían fallar.

Habían avanzado gran parte, pero habían perdido la orientación. Todas las puertas de la plaza eran iguales. Volvieron a salir al ruedo, por una de ellas al azar, intentando situarse y ver la distancia que les quedaba para llegar al lugar donde estaban Sara y Alejandra. Todavía parecían estar lejos.

Mientras tanto y en el mismo instante, Sara se frotaba las manos en señal de intranquilidad sin parar de mirar su reloj.

—Creo que deberíamos subir con Lluís y Pepe —dijo tremendamente nerviosa.

—Espera un poco —atajó Alejandra—. Si nos juntamos los cuatro arriba despertaremos sospechas.

—¿Y si no es el lugar indicado? —las dudas no paraban de acosarla—. ¿Y si

hemos descifrado mal el acertijo?

—No te preocupes… pronto lo sabremos —dijo al tiempo que le colocaba su mano encima de la de ella en señal de apoyo.

De repente, Alejandra se puso tensa y miró a su hermana sobresaltada.

—Sara, no te pongas nerviosa y por favor disimula.

—¿Qué pasa? —preguntó Sara preocupada.

—Acabo de ver a nuestros queridos vecinos. Se han despistado por las escaleras de la derecha, pero me ha parecido que Erika nos estaba señalando. Sara, siento decirte pero creo que nos han visto. Tenemos que movernos de aquí lo antes posible.

—¡Joder! ¡Joder! —murmuró Sara mientras agarraba su bolso y se ponía de pie.

Las dos hermanas intentaron avanzar en dirección contraria a donde supuestamente les perseguían. Intentaron abrirse paso a través de la gente que ya estaba sentada molestándoles e impidiéndoles ver con tranquilidad. Los aplausos de los presentes y el griterío unísono de la palabra *Olé* dominaba el interior de la Plaza. Intentaban llegar lo antes posible a la escalera más cercana con el fin de subir al piso de arriba y tener acceso al reloj. Pero cuando tan solo les quedaban unos pocos metros, y habrían conseguido parte de su objetivo, para su sorpresa Erika asomó la cabeza por donde ellas tenían pensado salir.

—¡Joder, Sara hay que retroceder! Están allí.

Volvieron sobre sus pasos con el miedo metido en el cuerpo, y con la torpe rapidez que les permitía la gente que ni se inmutaba para facilitarles el paso, sumado a la cara de pocos amigos, pues era la segunda vez que pasaban en pocos minutos. Éstos empezaron a quejarse:

—¡Ya está bien! Queréis sentaros de una vez.

—Lo siento… lo siento… —murmuraban las hermanas sin saber muy bien para donde tirar y viendo que Erika les seguía sus pasos.

—¡Qué manera de molestar! —se oía a sus espaldas.

Ellas procuraron hacer oídos sordos ante aquella retahíla de frases. Su único objetivo era avanzar y avanzar. Ya casi estaban en las escaleras opuestas a las de antes. Fue Sara quién llegó la primera y antes de poder pisarlas, retrocedió. Gustavo estaba empezando a subirlas y en pocos segundos le echaría el guante. Miró a sus espaldas y su hermana se tropezó con ella, seguida de Erika que estaba a punto de agarrarlas. Estaban perdidas. No tenían ninguna salida.

De repente, y en ese preciso instante cargado de tensión, la gran mayoría de

gente pendiente de la corrida se puso en pie aplaudiendo efusivamente y ondeando pañuelos blancos al aire vitoreando al torero. Alejandra, viéndose oculta por la multitud y con los segundos contados, agarró a su hermana del brazo y le dijo:

—¡Sígueme!

Ésta sin rechistar la obedeció. Abriéndose paso entre la gente que permanecía de pie, subieron por las gradas que gracias a Dios estaban vacías. Tan solo cinco escalones y llegaron al palco general. Una pequeña barandilla de metal les impedía acceder. Aprovechando la confusión de la gente que seguía ondeando los pañuelos, se agarraron a la barandilla y la treparon sin gran dificultad a pesar de que las piernas les flaqueaban. Una vez dentro, desaparecieron por una escalera cercana.

Cuando la gente volvió a tomar sus asientos Erika y Gustavo eran los únicos que permanecieron de pie. Totalmente confusos, no entendían como se les habían podido escapar. Por mucho que miraron hacía un lado y otro, no había ni rastro de las dos hermanas. Se maldijeron varias veces antes de reaccionar.



Mientras tanto, en lo más alto de la plaza y pegados al reloj, Lluís y Pepe se devanaban los sesos intentando dar con la llave y ajenos a la persecución que se había producido unos pocos metros más abajo. Después de conseguir romper el pequeño candado que cerraba la puerta para entrar en el minúsculo habitáculo que cobijaba el reloj, y después de haber trascurrido casi hora y media, todavía no habían conseguido dar con ella. Al parecer se estaba haciendo de rogar. La estancia era tan reducida que no había muchos lugares donde pudiera estar escondida. Palparon las paredes intentando buscar algún saliente sospechoso y que accediera a algún escondite oculto o algo así. Pero nada de nada.

—¿Y si nos hemos equivocado? —preguntaba Lluís cansado ya de estar allí y además soportando un sofocante calor.

—No te digo que no, pero algo me dice que tiene que ser aquí.

—¿Pero dónde?

—No lo sé… —murmuró Pepe pensativo.

Miró el reloj de un metro aproximadamente de diámetro que tenía enfrente. Desde su posición lo veía del revés pero aún así podía leer la hora exacta.

Marcaba las seis y veinticinco minutos. Intentó concentrarse analizando la situación y recapitulando las pistas que hasta ahora habían conseguido.

—Lluís, las palabras que tenemos del libro del Lazarillo son: tiempo, y por ella hemos deducido que es el reloj. La segunda: arena, y por ella creemos que se trata de la plaza donde nos encontramos. La tercera es: seis y la cuarta: media. Lo cual es posible que se refiera a la hora. Si es así nos quedan cinco minutos.

—¿Me estás diciendo que a las seis y media va a suceder algo? —preguntó Lluís incrédulo.

Pepe asintió levemente.

—¿Hoy precisamente y porque estamos aquí nosotros, verdad? —volvió a decir Lluís con bastante sarcasmo.

—No solo por eso —puntualizó Pepe—. No digo que hoy sea una fecha específica, sino que a las seis y media y unido a algo más que tenemos que adivinar es posible que…

—¡Espera un momento! Pepe, es posible que tengas razón. Las letras que figuraban en el acertijo eran: R. Z. F. Intenta leer las palabras que pone en el reloj.

Pepe leyó en voz alta. Lo veía del revés pero le resultó relativamente fácil. Arriba de la intersección de las agujas del reloj, había una palabra, Morera, en la parte de abajo, la palabra era Ruzafa.

—¡Claro! —refunfuñó Pepe con una sonrisa que invadió su cara—. Hay que pulsar las letras, R, Z y F…

El tiempo se agotaba. Eran las seis y veintinueve minutos. Atentos y dispuestos a conseguirlo esperaron a que la aguja se posara sobre el seis indicando las seis y media y pulsaron las tres letras. Al principio, no sabían si eran hacia dentro o hacia fuera, pero al instante y como si les facilitara el camino, dieron con la respuesta. Tan solo tuvieron que girarlas noventa grados y un pequeño agujero se abrió ante sus ojos. Fue Pepe el que por instinto introdujo la mano dentro y palpó algo blando.

—Parece como tela —murmuró.

—Debe ser el envoltorio característico —exclamó Lluís emocionado—. ¡Cógelo!

Pepe obedeció sin rechistar y a los pocos instantes sacó un paquete ya familiar. Curioso por saber el contenido de su interior, lo deslió cuidadosamente hasta tropezarse con la llave que buscaban: La Puerta de Ruzafa. La observaron

durante unos segundos. Lo habían conseguido. Los jóvenes sonrieron y se miraron emocionados.

—¡Salgamos de aquí y busquemos a Sara y Alejandra! —dijo Pepe guardándose la llave dentro de una pequeña mochila que se colocó a la espalda.

Bajaron con algo de dificultad hasta situarse en los pasillos exteriores de la Plaza. Acto seguido, en sus caras se dibujó una mueca de asombro.

—¡Quietos dónde estáis! —gritó una voz masculina.

Gustavo estaba a sus espaldas y les apuntaba con una pistola Colt 22. Hasta ahora solo habían sido controlados sus movimientos y con simples persecuciones. Pero por el cariz que había tomado el asunto parecía que la cosa se iba poniendo bastante más fea y además muy seria. Podían oír los gritos de la gente desde el interior de la plaza, pero el pasillo donde se encontraban estaba totalmente desierto, salvo por ellos tres. O mejor dicho por ellos cuatro, Erika se aproximaba a ellos y en su mano derecha llevaba otra pistola del mismo calibre. Cuando estuvo a su altura, fue ella quién tomó el timón.

—¡Entregadnos la llave! —exigió en tono seco.

—No sé de qué estás hablando —contestó Pepe descarado.

Un doloroso golpe se descargó sobre la mandíbula de Pepe. Había provenido de su derecha sin que le hubiese dado tiempo a reaccionar. Gustavo le acababa de golpear con la culata de la pistola. Pepe, se rozó los labios con la yema de los dedos. Por el impacto que había recibido la sensación era de haberle destrozado parte de la boca. Se tranquilizó al comprobar que tan solo le sangraba el labio inferior.

—¡Entregadnos la llave! ¡No volveré a repetirlo! —gritó de nuevo Erika.

Lluís miró de reojo a Pepe. No estaba por la labor de entregarles nada y menos la llave que llevaba su compañero adosaba a la espalda. Les tenía ganas a esos impresentables que se habían hecho pasar por unos amables vecinos queriéndose ganar su confianza y había resultado ser unos delincuentes a sueldo. Nunca le había gustado la gente falsa como esa y ahora precisamente tenía delante de él a dos de esos personajes.

Pepe le miró desconcertado sin saber muy bien qué hacer. Lluís con una tenue sonrisa dibujada en su cara dijo en voz alta:

—Ya tenía yo ganas de que llegara este momento. Y de comprobar la doble cara de algunos.

Erika lo miró desconcertada. ¿A qué venía esa frase? ¿Acaso no se había dado cuenta de que les estaban apuntando con dos armas de fuego?

Lluís, aprovechando el instante de sorpresa de Erika y puesto que la tenía más próxima, le sujetó el cañón del arma subiéndolo hacia arriba para evitar males mayores, mientras Pepe se abalanzaba contra Gustavo, y lo empotraba contra la pared haciendo que éste perdiera la pistola cayendo al suelo. Un sinfín de puñetazos se abrió paso entre unos y otros. Gustavo cogió a Pepe por el cuello y demostró su fuerza adquirida en el gimnasio. Pepe apenas si podía respirar. Notaba la dureza de la llave como se le clavaba en su espalda mientras era acosado contra la pared. Estaba perdido. No sabía qué hacer. Estaba dando sus últimas bocanadas cuando sin saber cómo recobró las pocas fuerzas que le quedaban y sin pensarlo dos veces le hundió los pulgares en la cuenca de los ojos. Apretó sin medida. Solo quería que lo dejara respirar. Gustavo intentó quitar presión pero no había manera. Le había cogido el punto. Un punto tan doloroso que no le quedó más remedio que aflojar el cuello de su oponente. Pepe viendo que recobraba la normalidad y observando que Gustavo se echaba mano a sus ojos le dio un golpe certero y éste cayó al suelo. Mientras tanto, Lluís llevaba una lucha con Erika que más que una mujer parecía un hombre con todas las de la ley. Además de su cuerpo musculoso, tenía nociones de artes marciales y Lluís estaba recibiendo una somanta de palos como nunca había vivido en su vida. Se agarraba a él como una hambrienta sanguijuela. Harto ya de recibir patada tras patada y aprovechando un mínimo descuido de su invencible oponente, Lluís concentró toda su fuerza en el puño derecho y pensó: ahora o nunca, y sin más dilación, le dio un fuerte golpe en toda la mandíbula dejándola ko.

—Odio pegar a una mujer, pero contigo no me ha quedado más remedio, hija de puta —murmuró Lluís más que dolorido mientras se frotaba la mano con la que le había golpeado.

—Lluís, tenemos que irnos de aquí lo antes posible —dijo Pepe muy preocupado—. Me he asomado al ruedo y Sara y Alejandra no están en sus asientos.

Mientras caminaban alejándose de sus agresores, Lluís sacó el móvil intentando contactar con Alejandra. Observó que tenía varias llamadas perdidas de ella.

—¡Maldita sea! —murmuró—. Está apagado o fuera de cobertura.



Capítulo 66

Los pasillos de la Plaza de Toros eran similares a un laberinto.

Todos exactamente iguales, salvo la numeración que los diferenciaba. Sara y Alejandra deambulaban por ellos perdidas y procurando no tropezarse con quienes las perseguían. Habían desechado la idea de subir al reloj en busca de sus amigos. De hecho habían intentado contactar con ellos sin conseguirlo. No querían facilitarle el camino a Erika y Gustavo, suponiendo que las hubiesen seguido. Pero al parecer les habían despistado. La plaza tenía tres alturas y las muchachas intentaban descender sin ser descubiertas y salir de allí lo antes posible. Después volverían a intentar contactar con Lluís y Pepe para quedar en algún sitio. De vez en cuando se asomaban al exterior para situar su posición. Iban por la primera planta, ya casi estaban en la calle. Sara se asomó a la celosía y se detuvo en seco. Alejandra la imitó. Justo a sus pies tenían los corrales donde se encontraban los toros. Cuatro chiqueros pequeños, con dos burladeros en los extremos, de los cuales, dos se encontraban vacíos. En los otros dos restantes, y a punto de salir en breve a la plaza, había un miura negro como el carbón que bufaba mientras dejaba clara su bravura y su casta; en el otro, uno de pelo colorado donde su trapío quedaba sobradamente demostrado. Alejandra sintió un escalofrío seguido de una exclamación.

—¡Qué grandes son!

—Desde luego… ¡Vámonos de aquí!

Bajaron por unas escaleras con el fin de llegar a la planta baja. Buscarían una de las puertas de salida. Iban con los ojos bien abiertos. No querían encontrarse con sus pegajosos vecinos, pero la suerte nos les acompañaba. Nada más entrar en el pasillo principal se tropezaron con varias de las cuarenta y ocho puertas

que componían la plaza y todas estaban cerradas a cal y canto con la típica verja de metal. Tendrían que seguir avanzando hasta dar con alguna que estuviera abierta. Caminaron atravesando la enfermería y la capilla, pasando de largo por el desolladero, donde los matarifes cuarteaban los animales para su comercialización. Sara y Alejandra no quisieron ni mirar, no querían llevarse un nefasto recuerdo de aquel lugar. En ese preciso instante y para su sorpresa vieron como Gustavo y Erika caminaban hacía ellas, pero lo grave era que cada uno venía por una parte distinta, lo que les cerraba el camino. Su aspecto les llamó la atención. Pero sobre todo lo que más les impresionó fue que cada uno llevaba un arma en la mano. Si salían corriendo no tenían escapatoria ya que las iban a ver. No podían esconderse. No podían avanzar, pero tampoco retroceder. Sara se fijó en una puerta roja de metal que tenían enfrente y que parecía estar cerrada con un cerrojo. Agarró a su hermana por el brazo y le dijo:

—¡Sígueme!

—¿Pero dónde vamos? —preguntó Alejandra en voz baja.

—No tenemos otra opción —chistó Sara mientras intentaba abrir el pestillo. Nos esconderemos ahí dentro.

Mientras Alejandra ayudaba a su hermana a abrirla, intentó recordar donde había visto antes esa puerta o algunas similares. No lo consiguió. En menos de unos segundos se habían colado dentro.

En tremendo silencio para no ser delatadas atravesaron la pequeña rendija que les permitió pasar al otro lado. Sara estaba al acecho de Erika y Gustavo sin percatarse de dónde habían entrado. Fue Alejandra la primera en darse cuenta y casi le da un síncope al descubrirlo.

—¿Has visto dónde estamos? —susurró la joven mientras le apretaba el brazo a su hermana procurando no llamar la atención.

Sara estaba tan preocupada intentando oír los pasos de quienes les perseguían que no se había preocupado en saber donde habían ido a parar. Al escuchar las palabras de su hermana observó que el hedor que las envolvía era intenso como a excrementos de animal y el suelo había cambiado de textura. Había pasado de ser duro de baldosa a blando, parecía como arena. Miró sus zapatos y los vio empolvados de un polvo amarillento.

—Sara… ¡Dios mío! Dónde nos hemos metido —dijo Alejandra en voz baja como si no quisiera que le oyese nadie más.

Sara se giró despacio. Por el tono de su hermana presintió que algo no iba bien. Su respiración aumentó y los latidos de su corazón se desataron

incontroladamente.

—¿Qué hacemos? —preguntó Alejandra muerta de miedo.

—No lo sé… pero ni se te ocurra moverte.

Delante de ellas y a pocos metros de distancia una bestia negra como el carbón y con unos cuernos más que afilados les miraba encandilado y desafiante. Sus más de 500 kilos hacían paralizar a cualquiera que se pusiera por delante. El toro, al ver interrumpido su descanso, empezó a bufar. Las hermanas vieron como un rugido extraño salía del animal y sus fosas nasales se dilataban, al tiempo que con una de las patas golpeaba el suelo una y otra vez.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Alejandra.

—Creo que nos va a embestir… Que Dios nos ayude.

Apoyadas sobre la puerta de metal y rezando por sus almas ya que presentían que serían sus últimos momentos en este mundo, notaron como ésta se movía. Alguien estaba intentando abrirla desde fuera. Por una décima de segundo se vieron salvadas, pero esa teoría se esfumó al instante al acordarse de las personas que las perseguían. Se daban por vencidas, se entregarían a Erika y Gustavo. Eran demasiado jóvenes para morir.

La presión era cada vez más grande y sin ninguna duda la puerta se estaba empezando a abrir. Mientras tanto el miura las miraba desconcertado y sin parar de arañar el suelo con la pezuña de su pata.

Una voz femenina se oyó al otro lado.

—Tienen que estar aquí dentro —dijo Erika.

En el mismo momento en que la puerta se abrió dejando a las dos hermanas resguardadas detrás de ella. Erika y Gustavo se tropezaron con la bestia que empezaba a correr hacía ellos, con los cuernos preparados para engancharlos sin ningún miramiento.

—¡Cierra! ¡Cierra! —gritó Gustavo asustado mientras empujaba la puerta para cerrarla.

—¡Joder… casi nos coge! —gritó Erika al tiempo que pasaba el cerrojo por fuera.

Aprovechando ese momento de confusión, Alejandra y Sara, pegadas a la pared, habían avanzado varios metros para meterse en una especie de burladero hecho de cemento. Refugiadas allí dentro y con visibilidad reducida, salvo un pequeño agujero a la altura de los ojos, podían ver cómo el miura había retrocedido sobre sus pasos al resultarle la embestida fallida y, estaba frente al

burladero donde ellas se encontraban olfateándolas como si fuera un perro de caza.

—¿Qué hacemos ahora? —murmuró Alejandra temblando—. Nos han cerrado la puerta desde fuera. No podemos salir.

—No lo sé —contestó Sara tartamudeando—. Solo sé que por lo menos ahora estamos protegidas por este muro. Por lo menos estamos en mejor situación que antes.

—Sí, pero ¿por cuánto tiempo? —insistió Alejandra muerta de miedo—. Esa bestia no está por la labor de dejarnos tranquilas.

Antes de que pudiera terminar la frase, el animal embistió contra el muro una y otra vez. La pared parecía fuerte a pesar de que retumbaba con una fuerza de mil demonios.

—Ahhh… Ahhh… —las muchachas no pudieron contener los gritos abrazada una a la otra.

El chiquero donde se encontraban era un espacio de cuatro paredes pintadas de blanco abierto al aire libre. Según habían podido apreciar desde el piso de arriba, eran cuatro estancias pequeñas y una más grande a la izquierda donde se alojaban los mansos, todas comunicadas entre sí por puertas de metal rojas. Estaban absolutamente vacías, salvo los burladeros y unos comederos de cemento para el agua y la comida. No había otro lugar donde esconderse. Sara y Alejandra intentaban pensar en cómo salir de esa situación, aunque las probabilidades eran bastante escasas.

Gracias a Dios, el toro se había cansado de intentar destrozar la pared que las protegía y les había dado una tregua.

—Fíjate en la barandilla de arriba del muro —dijo Sara mientras la señalaba.

Efectivamente, al final de las paredes que componían los chiqueros había un delgado pasillo con barandillas a los lados. Ésta recorría todo el lugar sin ningún peligro a ser agredido. Seguramente lo utilizarían los encargados de los animales para conducirlos de un corral a otro.

—Tenemos que subir a ella —dijo Sara secamente.

—Me parece una estupenda idea. Con tal de salir de aquí lo que haga falta.

La altura era de casi tres metros y no disponían de escaleras ni nada por el estilo. Solo podían acceder trepando por el burladero. Solo que no tenían ningún saliente para apoyarse, salvo el pequeño agujero que les permitía ver el exterior. Y así fue. Sara ayudó a subir a su hermana. Ésta se encaramó en el final de la pared con algo de dificultad y consiguió trepar a la barandilla. Una vez allí

retrocedió un poco y ayudó a que Sara repitiera sus pasos. El toro las miraba expectante y atento por si alguna de ellas tenía un traspiés y entonces la tendría a tiro en medio del corral. Por suerte, se agarraron con uñas y dientes y consiguieron entrar en el delgado pasillo a salvo de los animales. Miraron hacía un lado y otro desorientadas sin saber por dónde tirar. Fue Sara la que dio el primer paso. Abrió una pequeña puerta que había a su lado y pasaron al chiquero grande donde se encontraban los mansos. Enormes toros castrados que se utilizaban para guiar a los toros bravos. Avanzaron por el pasillo sin rumbo fijo y mirando de reojo a los cabestros. Había como ocho o diez y su tamaño superaban con creces el del toro común. A pesar de ser mansos la palabra que los calificaba, cualquiera se dejaba caer con ellos.

—Ten cuidado y preocúpate de no tropezar —le advirtió Sara.

El final del pasillo se terminaba con una puerta cerrada. Sara abrió el pestillo y les condujo a una sala, tras ella, unas escaleras. Las bajaron sin preguntar y salieron a un callejón.

—Estamos en la calle. No me lo puedo creer —dijo Alejandra llena de alegría.

Su móvil sonó en ese preciso instante. Era Lluís.

—Hola… —contestó a punto de llorar—. No sabes cuánto me alegro de oírte.

—¿Dónde os habéis metido? —preguntó muy preocupado.

—Ya te contaré —contestó Alejandra con una incontrolable sonrisa—. Es una larga historia.

—Pero ¿estáis bien?

—Sí, ahora sí… ¿Y vosotros?

—Algo dolorido —contestó Lluís tocándose el costado—. Pero también es una larga historia.

—¿La habéis encontrado? —preguntó Alejandra curiosa de saber si todos los sufrimientos habían valido la pena.

—Sí, la hemos encontrado —contestó Lluís orgulloso.



Capítulo 67

Hacía siete días desde que salió la primera noticia en televisión en la que comunicaban la denuncia que había cursado Augusto Fonfría con referencia al robo de unas llaves antiguas en las que acusaba a su colaboradora Alejandra Ferrer. Desde ese día, las dos hermanas junto con Lluís y Pepe habían procurado extremar las precauciones respecto a su posición y por supuesto a su nuevo domicilio, tanto por parte de la ley, como por los secuaces que los perseguían desde hacía casi un año. Tenían el temor metido en las entrañas y vivían con el cuerpo en vilo. De manera que no podían dormirse, ya que el tiempo apremiaba. En cualquier momento podían ser víctimas de un posible arresto, cosa que intentaban asumir. Solo que por todos los medios disponibles debían conseguir las doce llaves de una puñetera vez, sino todos sus esfuerzos hasta ahora no habrían servido de nada.

Miguel y Rosa, por su parte, intentaban aportar su granito de arena. Se habían puesto de acuerdo en no verse pasara lo que pasara con el fin de no dar pistas sobre el paradero de sus sobrinas. Tan solo se comunicaban por el móvil de Miguel a través de breves mensajes. Llevaban varios días buscando desesperados la llave número once. Si todo salía como ellos pensaban pronto podrían resolver el enigma que se ocultaba detrás de ellas. Por mutuo acuerdo habían decidido buscar la llave de la Puerta del Real, pero por más vueltas que le daban, todos los caminos les llevaban al mismo sitio. Mientras tanto, Lluís y Pepe, junto con Sara y Alejandra, se habían centrado en conseguir la llave perteneciente a la Puerta de Ruzafa. Sabían que supuestamente se escondía en la Plaza de Toros y también sabían que a esas horas, cerca ya de las nueve y media de la noche y si todo había salido como ellos esperaban, ya la tendrían en su

poder. Rosa miraba de reojo el móvil de vez en cuando esperando recibir un mensaje que la tranquilizara. Pero de momento todavía no habían tenido noticias de ellos.

Llevaban todo el día enclaustrados en el piso de Miguel sin ver la calle salvo por los ventanales del balcón. La mesa del salón y el sofá estaban atascados de papeles. Rosa se encontraba agotada y con la cabeza totalmente embotada. Una vez más confirmaba que se estaba haciendo mayor y que distaba mucho de sus años de estudiante. Por lo menos, algo habían sacado en claro: que la Puerta del Real, construida en 1801, llamada así por estar ubicada enfrente del puente del mismo nombre, y desaparecida desde 1865 cuando derribaron las murallas, tenía una réplica casi exacta y a parecida escala a pocos metros del lugar. Concretamente en la Glorieta. Se trataba de un Arco del Triunfo, monumento a los caídos, llamado también Puerta del Mar. Días atrás habían visitado el sitio en cuestión, haciendo las fotografías pertinentes y también el punto aproximado donde se encontraba la puerta que buscaban, donde hoy solo florecía un pequeño jardín junto a una parada de autobús.

—Fíjate en la Puerta de la mar —dijo Miguel mirando fijamente las fotografías hechas días antes por ellos mismos y comparándolas con otras de la Puerta del Real antigua, donde los detalles no se apreciaban con la misma nitidez.

—No son exactamente iguales —puntualizó Rosa mientras se colocaba sus gafas de presbicia.

—Fíjate aquí —dijo mientras señalaba la foto de nuevo. La puerta antigua tenía en el centro una escenificación victoriosa, mientras que en la réplica de hoy hay una inscripción en su lugar.

Rosa asintió sin saber muy bien qué tenía de importante. Sorprendida, miró como Miguel se levantaba y buscaba algo entre los cajones de su escritorio. A los pocos instantes, regresó con una potente lupa que utilizaba para su colección de monedas y billetes antiguos. Sin mediar palabra, miró una y otra vez las fotografías.

—¿Qué ves? —preguntó ella llena de curiosidad.

—Todavía no lo sé… —Miguel se quedó pensativo durante unos segundos.

En voz alta detalló sus impresiones, mientras Rosa lo escucha atentamente.

—¿Ves los relieves alegóricos, la cruz de piedra en el vano central y los trofeos?

Rosa asintió de nuevo.

—Solo que en este caso en la parte central han colocado el escudo de la ciudad, en lugar de la diosa Minerva… —Miguel seguía pensando en voz alta.

—No termino de entender…

—Aparentemente, no tiene la mayor importancia —intentó aclarar Miguel sin dejar de mover la lupa de un lado a otro—. Pero hay algo que no me encaja. Es como si mi subconsciente estuviera trabajando por su cuenta intentando hacerme ver algo que se me pasa por alto.

—Quizá tendrían sus motivos. Han hecho una copia de la porta del siglo XVIII pero con detalles más nuevos. No tenían porque calcarla.

—Sí, estoy de acuerdo contigo, Rosa. Pero casualmente cuando estuve ayudando a tu cuñado Jorge con la investigación… esta puerta precisamente, la Puerta del Real, fue una de las que más guerra nos dio y estoy queriendo hacer memoria en detalles que entonces resultaron claves y que ahora los tengo anulados por completo.

—Tranquilízate, Miguel —dijo Rosa mientras le cogía del brazo en señal de apoyo—. Piensa que han transcurrido veinticuatro años, es lógico y normal que no lo recuerdes.

Un mensaje cifrado sonó en el móvil de Miguel. Rosa desesperada lo cogió rápidamente, decía:

«Todo bien. Solo quedan dos».

Rosa sonrió de satisfacción y al mismo tiempo de tranquilidad. La confirmación por parte de sus sobrinas de que todo había salido bien la llenó de alegría.

Después de comunicárselo a Miguel, éste se levantó de la silla como si estuviera llena de alfileres y apenas sin mirarla dijo:

—¡Creo que tengo algo!

Rosa lo siguió con la mirada intrigadísima. Vio como entraba en la habitación y subido en un taburete empezaba a rebuscar en los altillos del armario. Pocos instantes después y con una caja grande entre las manos se sentó a su lado.

—¿Puedo saber qué es eso? —preguntó llena de curiosidad.

—Mi colección de billetes y monedas antiguas —respondió Miguel muy orgulloso.

Rosa lo miró con una dulce sonrisa. Al parecer todavía conservaba esa afición.

—No sabía que hubieses continuado. Claro, ha pasado tanto tiempo… —Rosa pensó en cuantas cosas más referente a él desconocía, tendría que ponerse al día.

—Mi afición creció cuando estaba en Noruega. Era una manera de matar el tiempo libre.

—¿Y crees que eso nos va a ayudar? —preguntó Rosa algo incrédula.

—Las casualidades de la vida… —murmuró él mientras abría el álbum de los billetes.

Empezó a ojearlo despacio ante la atención de Rosa. Todas las páginas estaban marcadas con el país a que pertenecían y su correspondiente valor con una meticulosidad envidiable. Los había de todos los tamaños y colores. Después de pasar varias hojas se detuvo en la que ponía: España. Con sumo cuidado sacó un billete antiguo de cien pesetas: era de Felipe II e iba fechado del 1 de julio de 1925. A continuación, cogió otro billete de mil pesetas, en él figuraban los Reyes Católicos y su fecha era de 29 de Noviembre de 1957. Por último y con la imagen de Velázquez, sacó uno de cincuenta pesetas, fechado el 15 de agosto de 1928. Sin decir ni una sola palabra, les fue dando la vuelta uno por uno. Rosa se sobresaltó. En cada uno de ellos había algo escrito. Rosa leyó en voz alta: *«Minerva», «Damiata de Mompalau», «Convento de la Puridad»*.

—Éstas son las claves que tenemos que buscar —puntualizó Miguel.

Rosa no terminaba de entender.

—¿Cómo estaban en tu colección de billetes? —preguntó despistada—. ¿Me he perdido algo?

Miguel la miró sonriente.

—Todo tiene una explicación. Como te he dicho antes, la Puerta del Real nos dio bastante guerra a Jorge y a mí. Cuando conseguimos descifrar el enigma estábamos en una situación un poco delicada. Nos encontrábamos a altas horas de la madrugada en una de las salas del Museo Cervelló, que, como os comenté hace unos días, nos permitió sacar bastante información al respecto. Jorge sobornaba al guardia de seguridad cuando podía, solo que esa noche lo sustituyeron por otro con cara de pocos amigos. Tuvimos que entrar a hurtadillas y no disponíamos del tiempo suficiente. Cuando Jorge consiguió dar con lo que buscaba, tan solo me pudo decir esas palabras. Palabras que yo anoté en los billetes que llevaba en el bolsillo y que acababa de adquirir hacía tan solo unas horas. Me dolió en el alma hacerlo en ellos, pero no se me ocurrió nada mejor.

Con el tiempo y colocados en el álbum olvidé lo que contenían en su reverso, hasta hace tan solo unos minutos.

—¿Y crees que con esas claves vamos a dar con lo que buscamos? —Rosa creía que era imposible.

—Creo que sí —dijo con un tono de seguridad en su voz.

Miguel repasó por enésima vez las fotografías y rascándose suavemente la barbilla intentaba recordar todos los detalles. Había algo más que se le escapaba —. Si pudiera retroceder en el tiempo… —se oyó susurrar.

—Empecemos por la primera palabra. Quizá eso refresque mi olvidadiza memoria.

—*Minerva* —pronunció Rosa con el billete de cien pesetas en la mano.

—Es la diosa de la sabiduría y del arte —añadió Miguel.

Rosa cogió el billete de mil pesetas y volvió a leer:

—*Damiata de Mompalau* —a continuación se quedó parada, sin dejar de mirar a Miguel—. ¿Quién sería esa mujer? —se preguntó.

Pero no se rindió y cogió el tercer billete; éste de cincuenta pesetas y volvió a leer por tercera vez. Estaba dispuesta a no parar de hacerlo hasta que dieran con la solución.

—*Convento de la Puridad*… Miguel, nos está diciendo el nombre del Convento; el lugar donde debemos buscar. ¿No lo ves?

—No, Rosa. Hay algo más que no consigo recordar. Si la memoria no me falla, cuando dimos con estas claves fue pocos días antes de que Jorge y tu hermana Carmen tuvieran el accidente. Por eso no le dio tiempo a formar un acertijo como los demás. Él sabía de sobra el lugar exacto donde se encontraba esta llave, pero no podía buscarla supongo que por temor a no sé qué. Era muy disciplinado y bastante perfeccionista. Ya teníamos los perfiles de la posición exacta de once de las doce llaves. Tan solo nos quedaba la Puerta del Real para completar la serie. Jorge prefirió tener todas las claves en su poder antes de empezar a buscar. Sabía que el resto sería pan comido y con eso podría jugar a su verdadero antojo. Lo que no sabía era que —hubo unos instantes de verdadero y sincero silencio— nunca podría encontrarlas y que se llevaría a la tumba su afán por conquistarlas.

—Eso no es así —rectificó Rosa—. Recuerda que Augusto Fonfría tenía dos llaves en su poder. Lo confirmó mi sobrina Alejandra al enseñárselas él personalmente, y por ello la están acusando.

—Tienes razón. Lo había olvidado por completo. Después de nuestro último

encuentro debió de ir en busca de alguna de ellas y parece ser que lo consiguió.

—¿Por qué no contó contigo? —preguntó Rosa con nostalgia—. Al fin y al cabo estabais embarcados los dos en esa aventura.

—No lo culpes —prosiguió Miguel intentando disculparle—. Eran los días previos a nuestra boda y de nuestra partida a Noruega. Yo era un saco de nervios. No podía concentrarme en nada que no fuera mi futuro trabajo. Solo habría sido un estorbo a su lado y él lo sabía. Me conocía tan bien como yo a él. Actuó con sensatez.

De repente, Miguel se incorporó y acercándose al ordenador que yacía encima de la mesa empezó a aporrear las teclas.

—¿Qué buscas?

—Creo que ya lo tengo —dijo nervioso mientras buscaba en Google—. Sí… sí… —se oyó gritar victorioso.

—¿Te importaría explicarme qué ocurre? —preguntó Rosa a punto de estallar.

—*Damiata de Mompalau*: era la abadesa del Convento de la Puridad de Valencia.

Rosa le miró con gran curiosidad, esperando que de un momento a otro dijera algo que la sacara de ese túnel en el que solo veía oscuridad.

—¿Y?…

Miguel continuó:

—En la Capilla de la Concepción de dicho convento, Sor Damiata realizó el patrocinio del Retablo Eucarístico de la Purísima Concepción.

—¿Quieres decir que lo que buscamos está en ese retablo? —dijo dejando escapar una suave sonrisa.

—Me temo que sí —dijo Miguel triunfante.

—Pues solo tenemos que ir al Convento de la Puridad y buscarlo —dijo Rosa inocentemente.

—¡Espera un momento! —añadió Miguel sin parar de buscar página por página en internet—. El Convento que buscamos ha cambiado varias veces de ubicación. En estos momentos se encuentra entre la Plaza de la Virgen y la Plaza Manises, solo que no sabemos si lo que buscamos todavía continúa en él.

Miguel seguía sin parar de buscar en el portátil y dominando las letras con gran maestría.

—Espera un momento… —añadió con una mueca de agrado—. Acabo de dar con él.

Rosa se aproximó a la pantalla y con sus gafas de presbicia pudo ver con detalle semejante retablo.

—Es precioso… —sus palabras fueron sinceras.

—¡Y grande, bastante grande! Seguro que mide más de cinco metros de alto —murmuró Miguel intentando adivinar en qué lugar de todo ese tamaño estaría escondida la llave que buscaban.

—¿Has podido averiguar dónde se encuentra? —preguntó Rosa intranquila y nerviosa viendo que el final se aproximaba.

—Ten paciencia Rosa, ten paciencia…

Ella se levantó y se paseó por la casa como un tigre enjaulado. Los nervios la estaban destrozando. Abrió el enorme ventanal y se asomó al balcón. Necesitaba algo de aire fresco, o no podría soportarlo. Al apoyarse en la barandilla con la intención de recrearse con las vistas de la Ciudad de las Artes y las Ciencias, un coche aparcado enfrente le llamó la atención. Hubiera jurado que era el Mercedes de Paco y que había alguien dentro ¡Pero no podía ser! ¿Qué iba a hacer él allí precisamente en la casa de Miguel? A no ser… que la estuviera vigilando… No, se dijo con un leve movimiento de cabeza. Desechó la idea de inmediato. Qué imaginación tienes, se decía a sí misma.

—¡Rosa, ya lo tengo! —gritó Miguel desde el interior.

Ella retrocedió sobre sus pasos dejando a un lado sus últimas impresiones.

—¿De veras? —exclamó todavía nerviosa.

—En la actualidad el Retablo de la Purísima Concepción se encuentra en el Museo de Bellas Artes de Valencia, San Pío V.

—Ese Museo está al lado de los Jardines del Real —concretó Rosa situándose.

—En efecto —concluyó Miguel cogiendo a Rosa por la cintura y dándole un beso de alegría—. Mañana iremos de excursión.



Capítulo 68

Amaneció un domingo triste y teñido de gris, a pesar de ello, la mañana resultaba apacible. Según los meteorólogos subirían las temperaturas en los próximos días favoreciendo las Fallas. De hecho, la ciudad daba muestras de vísperas de fiestas. Se respiraba en el ambiente y en los valencianos, con sus luces de colores adornando las calles, tenderetes de chocolate, churros, buñuelos y gran cantidad de casales repartidos por doquier. Rosa preparaba el desayuno mientras Miguel se acicalaba en el baño. Todavía se relamía de la noche de pasión. Cada vez estaba más convencida de que había hecho bien cortando con Paco y retomando la relación con Miguel. Era un hombre extraordinario en muchos aspectos. Era inteligente, amable, noble y seductor. A pesar de haber entrado en la cincuentena poseía un gran atractivo y eso le había despertado un morbo desconocido en ella. A la *vejez viruela* se decía ella misma con una picarona sonrisa. Miguel salió del baño con tan solo el albornoz, el pelo mojado y algo revuelto. Rosa le pasó los dedos por su todavía abundante cabellera y le dio un beso en los labios. Éste la agarró por la cintura y le correspondió.

—¿Quieres más? —preguntó él con la mirada viciosilla.

—Quizá más tarde… —respondió ella mientras rodeaba su cuello—. Primero vamos a coger fuerzas.

Durante el desayuno comentaron los pasos a seguir una vez llegaran al museo. Estudiaron un plano que habían bajado de internet y localizaron la posición del retablo que buscaban. A las nueve de la mañana salieron a la calle equipados como dos camuflados turistas.

Decidieron tomar el autobús, aparcar por los alrededores del museo era complicado y además les permitía tener más libertad de movimientos

suponiendo que tuvieran que salir corriendo en el peor de los casos y escabullirse por los alrededores. Esperaron el 95 de la EMT y en apenas veinte minutos bajaron del autobús a pocos metros de la puerta principal. Rosa miró el reloj, eran las diez menos cuarto. Faltaban quince minutos para que abriera sus puertas. Decidieron pasear y verificar las entradas y salidas por si las necesitaban con urgencia. Además de la puerta principal, ubicada en el margen izquierdo del antiguo cauce del río Turia, había unas grandes verjas verdes de metal en la misma orientación para el acceso a los vehículos, y carga y descarga. También contaba con otro acceso por dentro del Jardín del Real o también llamado Viveros, que daba a una especie de laberinto de jardines con una fuente en el centro. Todavía no sabían cómo se iba a desarrollar la búsqueda. Ojalá todo le saliera como estaba planeado, pero teniendo en cuenta que el museo contaba con vigilantes y guardias de seguridad para controlar que los visitantes no manosearan ni pudieran dañar las obras que allí se encontraban, la cosa pintaba un poco complicada. Si no podían acercarse más de lo debido o tocar en determinados sitios del retablo en cuestión, no conseguirían su propósito y el viaje habría sido en balde.

—Ya están abriendo, Miguel —avisó Rosa nerviosa como un flan.

—Tranquilízate, mujer —dijo él al tiempo que le agarraba la mano con fuerza y se encaminaban hacia las puertas—. Piensa que solo somos una pareja de turistas hambrientos de arte. Además, tú eres única improvisando. No te preocupes, todo lo más que puede pasar es que nos llamen la atención. Ya verás…

Sin mediar más palabras se colaron dentro. El Museo de Bellas Artes, en otros tiempos fue denominado Museo del Carmen, Museo Provincial y el nombre más reciente era Museo San Pío V por el edificio que lo albergaba; ya que estaba dentro del Colegio San Pío V, sede de la Real Academia de San Carlos. Fue fundado por el arzobispo Juan Tomás de Rocaberti para la formación de sacerdotes. Estaba compuesto por dos partes: el colegio y el templo. El primero se encontraba alrededor de un claustro y con dos torres en su fachada dándole un aspecto de alcázar, como los monasterios o palacios de la época. Adosado a éste se encontraba el templo con una planta octogonal y una gran cúpula de vidriado azul.

Fueron los primeros en entrar. Miguel se acercó a un mostrador situado a la derecha donde una amable señorita les dio dos entradas gratuitas. Rosa, mientras tanto, se quedó anonadada con la enorme cúpula situada a gran altura sobre su

cabeza. Era de un azul tan intenso salpicado de centenares supuestas estrellas que daban una sensación de paz y serenidad. Por una décima de segundo perdió la noción de por qué estaba allí.

—Vamos… —susurró Miguel cogiéndola de la mano.

La estancia convertida en zaguán principal del museo era amplia y meticulosamente cuidada. Las grecas del suelo relucían simulando un tablero de ajedrez. Rosa caminaba absorta sin perderse detalle, obediente a las indicaciones de su acompañante. Atravesaron la puerta de enfrente hacia las salas de colección permanente, donde sí habían hecho bien los deberes deberían de tropezarse con su supuesto objetivo. La amplia sala rectangular estaba separada por pequeñas paredes, a modo de parabán, asimétricamente, lo que permitía tener más espacio para colocar las obras y al mismo tiempo daba la sensación de estar dividida por pequeñas salas. No les costó mucho encontrar el Retablo Eucarístico del Convento de la Puridad o de la Purísima Concepción. Por su tamaño era imposible que les pasara inadvertido. Según la placa de indicación medía: 635.5 × 374 cm y era óleo sobre tabla, talla de madera dorada y policromada. El asombro se reflejó en la cara de Miguel y Rosa: a pesar de haberlo visto a groso modo en internet, nada tenía que ver al natural. Era grande y majestuoso. Su creatividad llevada a cabo por la saga valenciana de los Forment entre 1500 y 1503 era verdaderamente una obra de arte y la labor pictórica realizada por Nicolás Falcó entre 1507 y 1515 era digna de admiración.

—¿Y ahora qué? —preguntó Rosa sin saber por dónde empezar.

—No lo sé —contestó Miguel fijándose en todos los detalles.

Una pareja de edad similar a la de ellos se detuvo a su lado admirando el retablo. Rosa caminó unos pasos y se colocó en otro disimulando. De momento no, pero estaba segura que si la cosa se alargaba, y seguro que se alargaría, iban a terminar despertando sospechas. Dos vigilantes uniformados con trajes de color marrón hacían su trabajo caminando de un lado a otro.

—Muévete por la sala y fotografía todo lo que veas —sugirió Miguel intentando no levantar sospechas—. Intenta despistar a los vigilantes. Acuérdate de no utilizar *flash*. De lo contrario, te llamaran la atención.

Rosa sacó la cámara de fotos y como si fuera una consolidada profesional empezó a diestro y siniestro.

Mientras tanto, Miguel sin quitarle ojo al retablo se devanaba los sesos sin obtener ninguna respuesta.

—¿Dónde coño estará la maldita llave? —murmuraba para sus adentros.

Después de casi tres cuartos de hora y con los detalles medio aprendidos de memoria de semejante monstruo de madera, Miguel buscó a Rosa en el otro extremo de la sala y decidieron subir a la planta de arriba. Apoyados en la barandilla de metal podían controlarla desde otra perspectiva.

—¿Has sacado algo en claro? —preguntó Rosa.

—Nada, absolutamente nada. Y cada vez que me acercaba más de la cuenta el guardia de bigote me echaba unas miradas que me fulminaba. No he podido verlo con tranquilidad y mucho menos ponerle la mano encima. Pero por lo que recuerdo, la predela del retablo está dedicada a los gozos marianos: Anunciación, Natividad, Epifanía, Resurrección, Ascensión y Pentecostés. Y el propio retablo, como su nombre indica, está dedicado a la Inmaculada Concepción, cuya imagen descansa sobre una peana en el centro y por debajo de San Joaquín y Santa Ana —Miguel continuaba con su relato asombrando a Rosa que lo escuchaba con la boca entreabierta—. Sobre ellos, hay seis tallas de bulto de santos y cuatro huecos vacíos donde en principio se supone que eran diez.

—¿Cómo puedes saber todas esas cosas? —preguntó Rosa impresionada—. No sabía de tus conocimientos religiosos.

—Porque tengo mis fuentes de información y la sinopsis del retablo anotadas aquí.

Miguel desdobló una hoja de papel en la que aparecía una fotografía del retablo y sus características.

Rosa hizo una mueca de complicidad.

—Prosigamos, que vas muy bien —puntualizó Rosa con retintín.

—Debajo de las polseras hay dos profetas tenantes —continuó Miguel corroborando mediante el retablo y el papel que sus afirmaciones coincidían—. Los guardapolvos están ocupados por los reyes David y Salomón y seis profetas más. Pero no hay ninguna pista aparente que nos diga por donde buscar.

Por una décima de segundo un mal pensamiento se apoderó de él.

—Rosa… ¿y si después de tantos años y de tantos traslados la llave ya no está dentro del retablo?

—No digas eso ni en broma… Tiene que estar ahí y nosotros la vamos a encontrar. Repasemos lo que sabemos —prosiguió Rosa intentando dominar los nervios.

Miguel respiró profundamente, el solo pensar que la llave podía haberse extraviado con el paso del tiempo, le había hecho perder la cabeza por unos instantes. Más relajado escuchó a Rosa:

—Sobre las claves que tenemos: el primer billete decía *Minerva* —dijo Rosa bajando el tono de voz ya que se aproximaba un vigilante que al pasar por su lado les miró disimuladamente.

—Cierto… —continuó Miguel—. Minerva es la diosa de la sabiduría y del arte. El retablo es puro arte y la sabiduría… —por unos instantes se quedó pensativo—. ¡Ya está! ¿Quién puede tener más sabiduría que los profetas?

—En el retablo hay varios… —murmuró Rosa en voz baja.

—Sí, solo falta saber cual o cuales hay que tocar ¡Tenemos que volver a bajar!

Sin mediar una palabra más y procurando aparentar cierta calma sin conseguirlo se encaminaron hacia las escaleras, y a los pocos minutos se encontraban delante de su objetivo.

—¿Cuáles dices que son los profetas? —preguntó Rosa desorientada. A decir verdad, todas las figuras le parecían iguales.

Miguel fue señalándole tanto a la derecha como a la izquierda y nombrándolos uno por uno. Seis de ellos estaban pintados al óleo. Era prácticamente imposible que sobre una pintura al óleo pudiera haber algún tipo de palanca o saliente que activara el escondite de la llave en cuestión. Pero por el contrario, había dos de ellos que se encontraban debajo de las polseras y no estaban pintados, sino tallados en madera. Medirían entre cuarenta o cincuenta centímetros cada uno y salvo los turbantes que protegían sus cabezas y sus espesas barbas que eran oscuras, el resto de sus vestimentas eran de un dorado envejecido. Miguel se aproximó al de la derecha intentando adivinar no sabía bien qué.

—Tienen que ser estos… —murmuró en voz baja.

Sin poder evitarlo, las manos actuaron por libres palpándolo de arriba abajo con sumo cuidado.

—¡Perdón, perdón!… ¡Caballero no se puede tocar! —una voz firme y masculina se oyó a su espalda.

—Lo siento —se disculpó Miguel ante el vigilante—. Ha sido un impulso incontrolado. Están tan bien hechos que… —su frase se quedó a mitad, no sabía muy bien qué decir mientras veía como el guardia de seguridad se alejaba discretamente aunque procuraba no perderlos de vista.

—Creo que deberíamos irnos de aquí —apremió Rosa asustada—. Están recelosos con nosotros y es normal, llevamos casi hora y media en el mismo sitio.

—¿Irnos? Después de que casi lo tenemos.

—No digo que nos vayamos del museo —susurró— pero sí que cambiemos de lugar. Vamos a ver otras salas, nos despejamos, dejamos que los guardias se confíen que nos hemos marchado y pensamos cómo vamos a actuar.

Miguel se quedó sopesando la propuesta que Rosa acababa de proponerle.

—Me parece una idea muy sensata —dijo Miguel mientras la cogía de la mano.

Se dirigieron hacia el patio Embajador Vich recientemente restaurado, donde el color añil era el protagonista principal en el estuco veneciano. Su planta baja lucía rodeada de columnas con sus arcos respectivos. Un grupo de jóvenes se disponían a salir por la otra puerta que daba a los Jardines de Viveros. Al encontrarse solos en el patio les dio libertad para poder hablar con cierta normalidad.

—Tiene que haber algo en esos dos profetas que active el escondite de la llave —murmuraba Miguel convencido de su planteamiento—. Estoy seguro.

—No lo pongo en duda, pero… ¿cómo vamos a hacerlo sin tocarlos?

—Rosa, tienes que distraer a los vigilantes —dijo tajantemente—. Es nuestra única opción.

—De acuerdo. Fingiré que he perdido un pendiente —dijo mientras se tocaba la oreja derecha, se quitaba uno de ellos y lo escondía en el bolsillo.

A los pocos minutos se encontraban en la conocida sala de colección permanente. Rosa se armó de valor y se dirigió a uno de los vigilantes.

—Perdone que le moleste, pero se me ha debido de caer un pendiente por aquí. Si usted fuera tan amable de echarme una mano. Es un recuerdo de familia y tiene un gran valor sentimental.

El hombre primero puso mala cara al ver de nuevo a la pareja que había estado rondado los alrededores más de lo normal y centrándose tanto en un mismo sitio. Pensó: ¿qué diablos hacían allí otra vez con lo grande que era el recinto? Llevaba en la profesión más de veinte años y en ese mismo puesto cerca de siete y creía conocer las reacciones de la mayoría de la gente que visitaba el museo, y con toda seguridad creía adivinar que algo buscaban. Pero lo del pendiente le había descolocado un poco y no supo reaccionar ante la petición de la mujer. De reojo le miró los lóbulos de la orejas y efectivamente le faltaba uno. A continuación, sus ojos siguieron los movimientos del hombre que la acompañaba y vio como miraba hacia el suelo con la intención de buscar algo.

—Sí, cómo no señora. No se preocupe —contestó educadamente.

Miguel levantó la vista y observó cómo Rosa, en compañía de uno de los vigilantes, se alejaban del lugar donde él se encontraba. Viendo como su compañera interpretaba el papel como la mejor de las actrices y aprovechando que en la estancia no se encontraba ningún otro visitante, se aproximó al retablo y tocó y tocó el profeta de la izquierda sin descanso. Nervioso se volvió hacia atrás, oía las voces de Rosa y de dos hombres que se habían unido a la búsqueda del pendiente y pudo comprobar que desde su posición no podía ser visto por ellos. Eso le dio fuerza y esperanza para continuar. Empezó de nuevo, palpó los pies de la talla de madera, la dorada túnica, intentó mover los brazos, el turbante, la cabeza.

—¡Un momento! —murmuró suavemente.

Volvió a tocar la cabeza y le pareció que… hubiera jurado que se había movido. Se centró en ella y cuidadosamente intentó girar la pequeña cabeza del profeta de madera.

—¡Eureka!

La cabeza se movió en un ángulo de 90°. Miguel detuvo su respiración ansioso por ver u oír algún movimiento extraño en el retablo. Nada de nada. Tenía que comprobar si en la figura de la derecha ocurría lo mismo, se movió hábilmente unos pasos con el fin de repetir la misma operación. Mientras lo hacía cruzó los dedos para que sus sospechas se convirtieran en realidad. Unas voces femeninas desconocidas se oyeron a su espalda. Se giró instintivamente y vio como tres mujeres en edad de jubilarse se aproximaban. Intentó disimular cambiando de retablo para despistar dándoles la espalda. Oyó como murmuraban entre ellas e intercambiaban risitas. Harto de escuchar que no se movían se giró hacia ellas y una le dedicó una insinuante sonrisa al tiempo que otra de al lado le había parecido que le cucaba un ojo. Miguel, sin mover ni un solo músculo de su rostro, les volvió a dar la espalda cambiando de sitio. No se lo podía creer. ¿Acaso estaban intentando ligar con él? No tenía que dar ninguna muestra de simpatía, de lo contrario, estaba perdido. Transcurridos un par de minutos y con cara de pocos amigos como la situación requería, pudo comprobar que de nuevo se había quedado solo. Era ahora o nunca. Posó sus dedos sobre la cabeza del profeta de la derecha y la giró con cuidado. Había acertado en pleno. Sus sospechas le daban la razón. Consiguió moverla 90.º al igual que la primera. Un ruido dentro del retablo le sorprendió. Estaba claro que algo se había activado. Solo esperaba que no fuese demasiado escandaloso o lo pillarían con las manos en la masa. Agudizó el oído; era como la maquinaria de un potente reloj de

pared. Miró hacia atrás con miedo a ser descubierto. Seguía oyendo la voz de Rosa aunque esta vez era mucho más próxima. Recorrió todo el retablo con la mirada intentando captar cualquier movimiento extraño. Nada de nada. Sin embargo algo se estaba moviendo en su interior. Podría presentirlo. En el centro y más o menos a su misma altura se encontraba la imagen de madera de la Inmaculada Concepción. Ante sus ojos y para su sorpresa el pedestal donde reposaba la Virgen se estaba empezando a mover. Miguel, se aproximó. El tiempo apremiaba. Tan solo disponía de unos pocos minutos como mucho. Rosa no podría continuar mucho más tiempo con su farsa y él corría el peligro de que entrara más gente o de que el guardia se cansara de buscar. La imagen de la Virgen había destapado una abertura de varios centímetros. Miguel metió la mano sin ningún tipo de reparo y buscó. Aquello no podía quedarse así. Tenía que haber dado su fruto. Notó como sus dedos entraban en contacto con una superficie áspera, como acartonada, que ocultaban algo firme en su interior. Lo agarró con fuerza y lo sacó hacia fuera. En efecto, era un pañuelo de algodón raído y maloliente. Lo abrió por una esquina y pudo comprobar con gran alegría que contenía la llave que tanto buscaban. Rápidamente leyó la inscripción: Puerta del Real. Sin pensarlo dos veces se la guardó en el bolsillo interior de la gabardina, y esperó a que la Virgen volviera a su posición inicial. Pero la figura permaneció inmóvil ante sus ojos. Sin perder tiempo, giró las cabezas de los dos profetas repitiendo los mismos movimientos. Teóricamente, la peana donde estaba apoyada la Virgen debería de haber vuelto a su estado inicial. Pero por algún extraño motivo que desconocía no se activaba. Si eso no ocurría le delataría al instante. La voz de Rosa se oía casi al lado. Ésta gritaba más de lo normal con el fin de avisar a su acompañante que seguía observando a la imagen de la Virgen fuera de su lugar de costumbre y con la abertura totalmente al descubierto. Dios mío, lo iban a pillar. No podía dejar que eso sucediera. Podía ver la sombra de Rosa y de los guardias a tan solo unos pocos metros. Ya estaban allí. Tenía que desaparecer y tenía que ser sumamente rápido. A los pocos instantes, Rosa apareció en la pequeña sala rodeada de los dos vigilantes. Ella fue la primera sorprendida al ver que Miguel ya no se encontraba allí. Seguidamente, tragó saliva con dificultad y notó como le faltaba el aire cuando vio la Inmaculada Concepción descolocada y con un agujero a su lado. De repente, se agachó al suelo intentando desviar la atención de los guardias.

—¡Ya lo tengo!… no puedo creerlo, pero si estaba aquí. El pendiente está aquí —dijo mientras lo enseñaba—. Muchas gracias, caballeros. No sé cómo

agradecerles la atención.

Uno de los hombres se giró hacia el retablo y desconcertado se aproximó a él. Algo había captado su atención. ¿Qué era lo que veía diferente? Su memoria iba a una velocidad de vértigo intentando averiguar qué era lo que no encajaba. Notaba algo extraño en el retablo, ¿pero el qué? De repente, lo vio claro. Era la imagen de la Virgen, no estaba en su lugar y además alguien había hecho un agujero en la pared de madera. Rápidamente ató cabos. Se giró intentando localizar la posición de la mujer del pendiente. No se lo podía creer. Había desaparecido. Rastreó con la mirada caminando hacia ambos lados buscando al hombre que la acompañaba. No estaban ninguno de los dos. Les habían engañado como a chinos.



Capítulo 69

En el mismo momento en que el vigilante quiso que le tragara la tierra al sentirse burlado, sintiéndose ridículo por haber seguido el juego a semejante pareja y herido en lo más profundo de su ego, Miguel, a pocos metros de allí, intentaba dar con la salida. Había conseguido salir de aquella sala por los pelos. Se había dirigido hacia el patio Embajador Vich con la intención de atravesarlo y deslizarse por la puerta que daba acceso a los Jardines del Real. Una vez allí, se hubiera despistado entre el laberinto de vegetación y hubiera sido prácticamente imposible localizarle. Pero cuando estaba a punto de atravesar las puertas, se detuvo y se dio la vuelta. Le remordía la conciencia haber dejado sola a Rosa en compañía de los dos guardias, pero esa misma mañana habían acordado que si la cosa se ponía fea, lo primero era sacar la llave fuera del museo. Aunque implicara separarse y que cada uno se la ingeniase lo mejor posible. Solo en el caso extremo de que la cosa llegara a términos peligrosos acudirían en ayuda uno de otro. Miguel aceptó las condiciones propuestas por Rosa a regañadientes y juró delante de ella que lo cumpliría a rajatabla. Ahora se arrepentía de ese juramento. Sabía las dotes de Rosa para poder salir airosa. Pero… ¿y si no había sido así? ¿Y si la tenían retenida? En cuanto los guardias hayan visto el desastre del retablo no la habrán dejado marchar, se decía a sí mismo. Retrocedió sobre sus pasos a sabiendas de que Rosa se lo reprocharía, pero no estaba dispuesto a dejarla sola, ni ahora, ni nunca. Nada más cruzar el patio de nuevo, tomó las escaleras de la izquierda para subir a la primera planta. Sabía que tras la barandilla de arriba podía tener una buena perspectiva de la sala en cuestión. Mientas ascendía, sus ojos y sus oídos se agudizaron más de lo normal intentando captar algún detalle que le

hiciera sospechar que se encontraba en peligro. Pero parecía que todo entraba dentro de la normalidad. Un nuevo vigilante se cruzó con él sin prestarle la mayor atención, Miguel se tranquilizó. Estaba claro que no sabían nada. No terminaba de entender por qué no se había despertado la alarma. ¿No se habrían dado cuenta todavía de la situación? Disimuladamente, y medio oculto tras una columna, se asomó por el pasamanos con el fin de aclarar sus dudas. Al instante, lo tuvo claro. Los dos vigilantes que acompañaban a Rosa se encontraban solos en la sala frente al retablo. Era como si no dieran crédito a lo que veían sus ojos. Miguel recorrió la estancia buscando desesperadamente a Rosa. No aparecía por ningún lado. Eso quería decir que se había escapado… Una sonrisa se dibujó en su cara.

La voz grave de uno de los guardias borró la mueca de alegría de su cara al comprobar que mediante un *walkie talkie* no solo denunciaban la profanación sufrida en la obra de arte de finales del siglo XV, sino que daban una descripción bastante exacta de Rosa y de él, corroborando que los dos habían desaparecido y sospechando que algo debían de estar buscando y que él mismo había llegado a sospechar que su visita no parecía normal. Miguel intentó poner tierra de por medio. Retrocedió sobre sus pasos buscando las escaleras, con el fin de salir por los Jardines del Real tal y como estaba dispuesto a hacerlo minutos antes, pero para su sorpresa, un vigilante subía a toda prisa por ellas mientras repasaba por el walkie los datos de los sospechosos.

—¡Creo haberlo visto! —dijo al tiempo que ascendía de dos en dos escalones —. Juraría que era él, hace tan solo unos instantes.

Miguel, al escuchar que lo tenían localizado entró en la primera sala que tuvo a mano sin apenas mirar. Se tropezó con una pareja y les pidió disculpas. Tenía que tranquilizarse y tener la suficiente sangre fría como para poder salir airoso de semejante situación. Aquello era un laberinto de estancias y con apenas tres o cuatro personas en cada una de ellas. Ello no le ayudaba demasiado, no podía camuflarse entre la gente y por otro parte, podían delatarle en un momento dado si les pedían colaboración. Tenía que salir de allí lo antes posible. Se asomó a uno de los pasillos, con el fin de poder acceder a las escaleras, ya que eran su única posibilidad de salir a la calle, pero el mismo guardia de antes se había unido a otros dos más y comentaban entre ellos. La cosa se ponía cada vez más fea y Miguel disimulaba como podía parándose delante de cualquier cuadro sin prestarle la mayor atención. Pasó por delante del autorretrato de Velázquez

intentando camuflarse como uno más de los turistas. Se quitó la gabardina *beige* y la dobló del revés con el fin de que cambiara de aspecto. El forro de cuadros de Burberry ofrecía una vista diferente. No sabía hasta qué punto despistaría, pero era lo único que podía modificar. Había oído como describían su recortada barba blanca, pero se temía que ante eso no podía hacer absolutamente nada. Verificó que la llave permanecía envuelta en el pañuelo y continuaba en el bolsillo interior de su chaqueta. Se la colocó sobre el brazo junto con el periódico y siguió avanzando con cautela y sin llamar la atención a pesar del suelo de *parquet* que delataba cualquier pisada. Entró en las salas del claustro buscando una salida. A decir verdad, creía haberse perdido. Aquello no tenía fin. Por algo el museo Pío V era considerado como el referente cultural más importante de la Comunidad Valenciana en cuanto a pintura histórica se refería. Además de estar formado por una gran pinacoteca y un amplio fondo de dibujos, grabados, esculturas, piezas arqueológicas, fotografías, etc.

Los nervios se habían apoderado de Miguel y un sudor le envolvía al verse atrapado. Los vigilantes se habían dispersado y se aproximaban a él por tres ángulos distintos, cerrándole el paso cada vez más. Miguel salió a hurtadillas, habría salido corriendo si con ello hubiera podido desaparecer de allí, pero tenía que ser cauto, atravesó un pasillo menos iluminado sin saber muy bien dónde se encontraba. Al final de éste, unas paredes azul cielo le dieron alguna esperanza ya que había una puerta plegable de metal que parecía conducir a unas pequeñas escaleras junto a una hornacina. Miguel aceleró el paso con los dedos cruzados. Podía oír perfectamente los latidos de su corazón. Pensó que estaba algo mayor para semejantes jueguecitos. Cuando llegó a las ansiadas puertas, corroboró que estaban cerradas con candado. No se lo podía creer. Lo que daría por la luz del día. Miró a su derecha, y a pocos metros había una señal de salida. Respiró y sonrió a la vez. Pero antes de dar el primer paso vio cómo uno de los guardias se dirigía hacia él. Miguel le dio la espalda instantáneamente. Miró hacia la izquierda, con el ánimo de salir por piernas, pero el pasillo que acababa de atravesar hacía tan solo unos minutos y su única escapatoria estaba ocupado por los «seguratas» restantes. Estaba atrapado. No se podía mover. Tan solo podía darles la espalda y esperar a que lo detuvieran de un momento a otro. Por una décima de segundo, cerró los ojos encomendándose a no sabía bien quién. El sonido de una campanilla desconocida le hizo abrirlos en un duro momento de desesperación. A su lado, unas puertas metálicas y apenas visibles se abrían ante él. Una persona salía del ascensor arrastrando una silla de ruedas con un joven

impedido. Sin pensarlo dos veces, se coló dentro pulsando el botón de la planta baja, mientras oía a su espalda una voz grave:

—¡Perdone, perdone caballero!… ¡oiga!…

La silla de ruedas les dificultó el poder llegar a tiempo para detener al caballero que reunía varios de los requisitos según la descripción que les habían facilitado.

Miguel estaba preparado para salir corriendo en el momento en que se abrieran las puertas, si no le estaban esperando y se lo impedían. Algo lógico y muy probable. No tenía nada con que impedirlo a no ser que…

Las puertas se abrieron en un santiamén y Miguel aprovechó para dirigirse hacia el Patio Embajador Vich. Gracias a Dios no había nadie no deseado esperándole a la salida. Sus pasos eran rápidos y no pensaba mirar atrás por ningún motivo. Sus ojos solo estaban pendientes de la puerta de salida y su mente estaba distraída pensando en el paradero de Rosa. Esperaba y confiaba con todas sus fuerzas que hubiera alcanzado la calle sin ningún problema. Por fin veía la luz, a pesar de que el cielo aún permanecía gris al igual que horas antes, le pareció maravilloso. Solo tenía que atravesar unos jardines rodeados de restos arqueológicos pendientes de clasificar y llegaría a la puerta que daba a Viveros. Miguel echó un ojo por los alrededores y pudo comprobar que tan solo dos parejas de mediana edad y una familia con tres niños paseando se encontraban por allí. Los pocos metros que le quedaban eran realmente interminables y parecía haber vía libre, o por lo menos eso era lo que él pensaba. Pero a veces las cosas no salen como uno quisiera y las complicaciones nos ponen a prueba. Cuando estaba a punto de cantar victoria, vio como dos policías, unidos a un guardia del museo, obstruían la salida.

—¡Maldita sea! —murmuró para sus adentros.

No podía retroceder, ni tampoco arriesgarse a salir sin que le interrogasen o le registraran. Tenía que pensar en algo y tenía que hacerlo ya.

El llanto de uno de los niños le hizo girarse. Se aproximó a él poco antes de que llegaran sus padres.

—¿Estás bien, pequeño? —le preguntó mientras le ayudaba a levantarse y sostenerse en pie.

El niño lloraba sin cesar mientras desconsolado se veía la rodilla que le sangraba al haber tropezado con una piedra. La madre se acercó para consolar al pequeño y darle las gracias. Minutos después, y cuando el niño se hubo calmado, se aproximaron a la salida olvidándose de Miguel y sin tener la mínima sospecha

de que lo buscaban. Éste se colocó detrás de ellos con el fin de pasar como familiar, mientras disimuladamente sujetaba la llave con fuerza sin dudar en usarla como arma si el asunto lo requería. El mayor de los tres pequeños de aproximadamente unos cinco años se quedó unos pasos atrás. Miguel aprovechó para darle la mano a pesar del asombro del niño y al tiempo que pasaban por los policías se agachó hacia el niño ocultando parte del rostro mientras le comentaba algo y se sonreían.

Uno de los agentes le miró de refilón suponiendo que sería el abuelo del pequeño. El otro hizo intención de pararlo, y lo hubiera hecho si no hubiese sido porque su compañero le disuadió.

Una vez al otro lado, Miguel respiró sintiéndose libre y soltó al niño que correteó por los laberintos de los jardines. La madre le echó una mirada mitad agradecimiento y mitad desconfianza. A partir de ese momento y viendo que lo peor había pasado, Miguel se camufló entre la maleza alejándose de allí.



Mientras tanto, dentro del museo Rosa permanecía escondida en una sala de exposición temporal. No había conseguido escapar y se había refugiado allí camuflada entre la gente. Nada más perder de vista a los guardias que la habían ayudado a localizar el ficticio pendiente había salido al zaguán del Museo. Iba bien encaminada ya que la puerta principal que daba a la calle estaba a poca distancia, y lo hubiera conseguido, sino hubiera sido porque dieron la alarma y todas las personas encargadas del Museo se colocaron en las puertas dificultando su acceso. Temerosa de ser descubierta, se había dirigido hacia la derecha donde al fondo unas grandes puertas de cristales dejaban ver la luz de la calle. Su esperanza se disipó cuando nada más llegar vio una pareja de guardias hablando con el walkie y oyó como daban detalles de su físico y su indumentaria. Aturdida y desorientada miró a su alrededor con la intención de buscar un sitio donde ocultarse hasta que pasara parte de la tormenta. Tan solo pudo ver una pequeña tienda con los típicos *souvenirs* y una cafetería casi vacía. Ninguna de las dos estancias le pareció buena idea para poder refugiarse y tenía que tomar una decisión en cosa de segundos, así que subió por los escalones de la derecha. Se dirigió al final donde otra entrada la esperaba, y además no había nadie. Era su momento. Solo que estaba cerrada con llave. Rosa intentó forzarla. Era

imposible. Desanimada, miró a su alrededor sin saber dónde acudir. Pensó en Miguel. Esperaba con todas sus fuerzas que hubiera conseguido salir de allí. Se pasó la mano por la frente, estaba empapada de sudor y demasiado a la vista, tenía que buscar un lugar relativamente seguro. ¿Pero dónde? En ese amplio pasillo tan solo había dos salas: una de Ribalta y la otra de Joanes… y unos lavabos. Una mueca de esperanza se dibujó en su cara. Una vez dentro de ellos, y después de comprobar que estaba sola, se lavó la cara con el fin de calmar el fuego que le ardía por dentro. Mientras se secaba con un clínex, oyó unos pasos y como la puerta del baño se abría con un chirriar característico, rápidamente, se metió en uno de los aseos y cerró el pestillo. Rosa escuchó como tiraban de la cadena a su lado y después abrían el grifo del lavabo. Silenciosa, esperó a que se vaciara de nuevo. Escuchó de nuevo el chirriar y pasados unos minutos, abrió una rendija de la puerta para comprobar que estaba sola. Para su sorpresa, a través del espejo le pareció ver un uniforme marrón similar al de los guardias del museo. Rosa cerró la puerta de nuevo. Su corazón latía cada vez con más fuerza y tenía la boca completamente seca. La mujer de uniforme se lavaba las manos mientras la otra que salía le preguntaba:

—¿Ha pasado algo? Hay mucho revuelo.

—Nada señora, tan solo que unos desalmados han deteriorado un retablo del siglo XV. Pero tranquila, que está todo controlado.

—¡Qué poca vergüenza! —murmuró de nuevo la mujer al tiempo que abandonada el lugar.

Rosa cruzó los dedos y rezó porque no mirará en todos los aseos. Estaba claro que si lo hacía, no tenía escapatoria ninguna. Cerró los ojos buscando una plegaria que le ayudara en semejante situación. A los pocos minutos, y después de escuchar de nuevo correr el agua, el chirrido de la puerta la hizo reaccionar. Se agachó con el fin de verificar si había alguien. Respiró más calmada al comprobar que por fin estaba sola. Salió cautelosa y se asomó por la escalera. Estaba colapsada de policía. Era imposible salir por allí. Retrocedió y buscó la sala Ribalta con el fin de refugiarse allí. Los nervios apenas si le permitían andar con naturalidad. Nada más entrar, la oscuridad acentuó su torpeza al caminar. Una voz retumbaba en toda la estancia narrando la vida del pintor mientras unas imágenes se dibujaban en una gran pantalla. Rosa pudo apreciar cómo había varias personas sentadas escuchando, mientras otras tantas disfrutaban de pie. De

todo el museo le pareció el sitio perfecto para ocultarse. Se aproximó a una de las sillas y tomó asiento.

Rosa, que se había sentido orgullosa por la habilidad con la que había desaparecido de la sala del retablo, ahora estaba arrepentida de llevar en el mismo sitio más de dos horas. Se sabía la vida del pintor en cuestión de memoria. Había hecho un intento de salir de allí, pero había desistido al ver aparecer a una pareja de la policía dentro de la sala. Gracias a la oscuridad que allí reinaba habían estado poco rato, y gracias a Dios sin reconocerla. Era cuestión de tiempo que dieran con ella. Tenía que improvisar algo. No podía estar ahí parada hasta que cerraran las puertas. Miró la hora en el móvil. Eran las tres y media de la tarde. Su estomago le recordaba que no había tomado nada desde el desayuno, y pensó en las horas que llevaba ahí dentro. Tenía varias llamadas perdidas y un mensaje. Todas correspondían a Miguel. Leyó éste último: «*Rosa, estoy fuera. ¿Dónde estás? Estoy preocupado*». Pensó en contestarle. Pero no podía decirle que todavía estaba dentro. Seguramente entraría a por ella y no estaba dispuesta. Con uno dentro era suficiente. De repente, lo tuvo claro. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que de las veinte personas que habían a su lado, ella se encontraba al final. Lo que quería decir que tenía a todos dándole la espalda. Estaba claro que su vestimenta le delataba… sin pensarlo dos veces y después de creer tener la situación bajo control se deslizó suavemente hacia delante y con suma habilidad sujetó un abrigo negro que había en el asiento de delante. Sin perder de vista a la dueña en ningún momento y mientras intercambiaba ciertas frases con su acompañante, ella lo cogió con fuerza para seguidamente ponerse en pie y salir de la sala con la mayor entereza posible. Nada más salir al pasillo y sin mirar atrás se lo colocó y sacando un pañuelo del bolso se lo anudó al cuello ocultando su media melena. Ahora o nunca se dijo. Bajó los pequeños escalones y se tropezó con la puerta de cristales custodiada como ella esperaba. Entró en la cafetería y pidió una botella de agua. Mientras tanto controló la situación. Estaba prácticamente vacía y la sirvieron enseguida. Rosa sabía que no debía perder tiempo. La dueña del abrigo se podía dar cuenta de que se lo había sustraído, lo que haría que la cosa empeorara. Su plan era salir por la pequeña puerta de la cafetería que daba al pequeño patio exterior y así poder subir una rampa que le conduciría a la calle. En el patio había cuatro o cinco estudiantes y eso le dio fuerzas para lanzarse a la aventura. Mientras daba un trago a la botella caminó hacia los chavales y se camufló entre ellos. Un sonido intermitente del walkie la soliviantó.

—¡Alguien le ha robado a una señora en la sala Ribalta! —comentaba uno de los vigilantes.

—¡Qué mañana llevamos! —exclamó el compañero.

Rosa aprovechó la confusión para subir por la rampa. No tenía muy claro a dónde le conducía, pero no estaba dispuesta a preguntarlo. Caminó apresuradamente soportando el calor del mediodía y la doble capa de ropa. Se tropezó con una valla de ciprés tan espesa que le era imposible ver al otro lado. A la derecha se abría un pequeño camino y al final unas grandes verjas de metal verdes destinadas para la entrada de vehículos. Aceleró el paso y vio como estaban a punto de cerrarse. Corrió y se deslizó entre ellas antes de que pudieran terminar su recorrido. Por fin estaba en la calle. No se lo podía creer. Caminó unos pasos por la acera y miró en dirección a los coches. Vio un taxi con la bandera verde y le echó el alto. Rápidamente, se subió en él y miró hacia atrás. Parecía estar todo tranquilo. Por fin había conseguido salir sana y salva. Sacó el móvil del bolsillo y marcó el teléfono de Miguel.



Capítulo 70

En la comisaría del centro había reunión urgente. El hecho de que fuera domingo no impedía que se celebrara a puerta cerrada y con la máxima discreción posible. El inspector Moreno había salido a toda prisa desperezándose de su nuevo sofá adquirido hacía tan solo unos meses y del cual estaba más que satisfecho, ya que era mucho mejor que cualquier somnífero. Eran las cuatro de la tarde cuando entró en su oficina. Dio un ligero repaso comprobando que estaba igual que cuando se lo dejó el día anterior, cogió una carpeta con toda la documentación del caso de Sara y Alejandra Ferrer solicitada por su jefe y se dirigió al despacho del comisario Morales. En el pasillo se tropezó con el subinspector Roque.

—¡Joder!… ¿qué coño pasa ahora? —protestó secamente.

—No tengo ni idea —contestó el inspector Moreno percatándose de la cara agria de su compañero—. ¿Te han despertado de la siesta? —preguntó con sorna.

—No precisamente. Estaba en el Bioparc con mi mujer y mis hijos. Menuda llorera han cogido los «nanos» al ver que no iba a entrar a ver los lémures con ellos.

—Este oficio no es muy compatible con la familia que digamos —prosiguió Moreno deteniéndose delante de la sala de reuniones—. Por eso yo no me he casado.

Pasados unos minutos, habían tomado asiento en compañía del comisario Morales y de dos agentes de la policía científica ya conocidos entre ellos. Víctor Sanahuja y Tomas Valls. Después de los saludos pertinentes pasaron a comentar la situación.

—Hace unas horas han profanado un retablo de no sé qué siglo en el Museo San Pío V —empezó comentando el comisario Morales—. Han sido identificados dos sospechosos, una mujer de unos cincuenta años y un hombre de una edad similar. Tenemos su descripción por medio de los guardias de seguridad. Al parecer, han estado rondando el lugar del delito a lo largo de esta mañana con bastante descaro.

—¿Qué quiere decir con que lo han profanado? —preguntó el subinspector Roque—. ¿Lo han destrozado, o acaso se han llevado algo?

—Pues eso es lo que tenéis que averiguar vosotros —continuó el comisario con su explicación—. Quiero que repaséis las cámaras de seguridad y descifréis qué coño ha pasado allí. Han actuado limpiamente, no ha habido violencia, ni tampoco desperfectos. Salvo… que el retablo, al parecer ha sufrido una metamorfosis.

—¿Puede explicar lo de metamorfosis, comisario? —precisó Roque con un poco de guasa.

El comisario lo miró con el entrecejo contraído bajo sus gafas oscuras y prosiguió.

—Según la policía científica —dijo mientras miraba a los dos agentes en cuestión— misteriosamente el retablo ha cambiado de forma a pesar de que aparentemente no hay nada roto.

—¿Que ha cambiado de forma? —preguntó el inspector Moreno creyendo que le había fallado el oído.

—En efecto —confirmó uno de los agentes, concretamente Víctor Sanahuja —. Lo mejor será que veáis las cintas de video. Es algo surrealista. Si no fuera porque está grabado y lo he visto con mis propios ojos, todavía estaría dudando de su credibilidad.

El comisario Morales tomó la palabra:

—Los años de experiencia me dicen que la manera de operar y los hechos en cuestión, sin tener nada que ver con los anteriores casos, se asemejan bastante al caso de Sara y Alejandra Ferrer.

—¿Acaso cree que tiene algo que ver con el caso de las hermanas? —preguntó Moreno con cierto interés.

—Eso es lo que quiero que averigüéis vosotros —dijo tajantemente el comisario Morales—. Moreno, ¿has traído el informe?

Éste se aproximó y se lo entregó en mano. Mientras volvía a su sitio no dejó de observar la cara de su jefe.

—Esto se está alargando más de la cuenta —empezó reprochando el comisario—. Lo que no puede ser es que nos estén toreando de semejante manera. ¿Se puede saber qué coño pasa con esas hermanas que no hay forma de dar con su paradero? ¡Quiero a todas las unidades que necesitéis y que peinen la ciudad hasta que den con ellas! No estoy dispuesto a que esto se demore más. Sabéis de sobra lo que tenéis que hacer ¡Quiero resultados y los quiero ya!



Cuarenta minutos más tarde, el inspector Moreno y el subinspector Roque hacían acto de presencia en el Museo San Pío V. La sala de colección permanente de la planta baja donde se encontraba el retablo afectado estaba precintada al público. Tan solo podía entrar personal autorizado. Mientras caminaban con el fin de comprobar dicha metamorfosis, como lo había denominado el comisario, se tropezaron con compañeros de investigación realizando su trabajo: sacando huellas y demás pistas que les pudieran conducir a los culpables.

—El misterio todavía está sin resolver —añadió un hombre acercándose a ellos.

—¿Perdone?… —murmuró Roque sin saber quién era.

—Lo siento, no me he presentado. Soy el encargado del Museo: Matías Segura —dijo mientras les estrechaba la mano a ambos—. Quiero decir que el misterio sigue oculto. Llevo cuidando las obras del Museo durante más de diez años y nunca había visto algo semejante.

—¿A qué se refiere? —preguntó el inspector.

—Pues como pueden comprobar el retablo tiene grandes dimensiones —puntualizó mientras lo señalaba— a pesar de ello, está cuidado al mínimo detalle. La saga de los Forment y Nicolas Falcó hicieron un gran trabajo en esta impresionante obra —Moreno y Roque hicieron una mueca que delataba el desconocimiento de semejantes personajes—. Lo que quiero decir es que este retablo es del siglo XV y desde entonces ha pasado por varias manos y por varios lugares, y nunca, repito, nunca, nadie había conseguido hacer que la imagen de la Inmaculada Concepción se moviera de su lugar. No quiero pensar que haya podido ser un milagro, no hay explicación posible para ello, pero lo que sí está claro y aunque parezca algo fantástico, es que debieron de activar algún

mecanismo oculto, ya que como pueden observar la peana donde descansa la Virgen tiene como unas guías en su base.

—¿Está queriendo decir que esas dos personas iban buscando algo que debía de estar escondido detrás de La Virgen? —preguntó Moreno con gran curiosidad.

—Me temo que sí —contestó rotundamente el encargado del museo.

El subinspector Roque dio un soplido, mientras que el inspector Moreno se frotaba la barbilla pensativo. No tenían demasiado sentido las conjeturas de ese hombre, pero su seguridad hizo que llegaran a creérselo. ¿Qué podían haber guardado en esa pequeña abertura y por qué?

—Queremos ver la grabación de las cámaras de seguridad —añadió Moreno algo desconcertado.

Pocos minutos después y en la pequeña sala rodeada de monitores, los policías se devanaban los sesos intentando averiguar qué demonios había sucedido. Al principio, se les pasó por alto la cara de la mujer sospechosa. La mayor parte aparecía de espaldas como si supiera que las cámaras la estaban grabando. A diferencia de su acompañante que al parecer no tenía demasiado reparo en ello. Se centraron en el instante en que se produjo la sustracción por llamarlo de alguna manera. Vieron como el sospechoso tocaba la cabeza de las dos figuras de la parte baja y como la Virgen efectivamente se movía ella sola. Tenía razón el encargado del Museo, pensó Moreno. Luego, muy atento, se centró en lo que ese hombre consiguió sacar detrás de la imagen. Por mucho que quisieron ampliar la escena no hubo forma de descifrar qué puñetas había logrado sacar de allí. Tan solo un trapo de color ambarino que supuestamente, algo envolvía. Al parecer el hombre tan solo abrió una esquina para verificarlo. Sabía sobradamente su contenido. Retrocedieron la película y apareció de nuevo la mujer con los guardias agachados y buscando algo.

—¿Se puede saber qué narices están buscando? —preguntó Moreno cabreado—. Tráigame a los dos de seguridad.

Instantes después los dos hombres se presentaron para responder a las preguntas del inspector.

—Buscábamos el pendiente de la mujer sospechosa —dijo uno de los allí presentes avergonzado de su respuesta.

—¿El pendiente? —preguntó Roque con sarcasmo.

—¿Puedo saber cuál es su trabajo aquí? —le preguntó Moreno a uno de ellos.

—Vigilar las obras que nos han sido asignadas y que el público no toque ni deteriore ninguna de ellas.

—Ya… ¿Y es normal que uno pase más de dos horas delante de una pieza en cuestión? —preguntó de nuevo el inspector.

—No, señor de hecho me llamó la atención. Por mi experiencia en este trabajo había algo que no me encajaba y me dio que pensar.

—¿Pero no avisó de ello? —volvió a preguntar el inspector astutamente.

—No, no lo hice —respondió el guardia cabizbajo.

—¿Ni tampoco le quitó la vista de encima a ese individuo cuando le llamó la atención por primera vez por tocar el retablo? —preguntó el subinspector.

—No tenían pinta de maleantes y cuando la mujer solicitó la ayuda para buscar un pendiente que se le había perdido… pensé que podía ser verdad —intentó justificarse a sabiendas de que era en vano.

—¡Rebobina eso! —gritó Moreno al que controlaba la cinta—. Me ha parecido ver algo.

Todos centraron su atención en la pantalla. La sospechosa aparecía en un primer plano de espaldas justo en el momento en que se buscaba en el bolsillo y hacía creer a los guardias que había encontrado lo que buscaban. Éstos se miraron unos a otros. Estaba claro que había sido una farsa. Pero en ese momento, giró la cabeza y su rostro quedó casi visible.

—¡Detén la imagen! —ordenó el inspector—. ¡Amplíala todo lo que puedas! —sus pupilas estaban concentradas en la cara de esa misteriosa mujer. ¡Ya te tenemos! Pensó Moreno con una mueca parecida a una sonrisa.

El rostro aparecía con poca nitidez pero gracias al profesional que lo manejaba consiguió perfeccionarlo en un alto porcentaje.

—¡No me lo puedo creer! —murmuró el inspector Moreno al reconocerla.

—¡Yo tampoco! —dijo entre dientes el subinspector Roque—. ¡Rosa Soler! La tía de nuestras desaparecidas. Nadie lo hubiera dicho. Esta familia no tiene desperdicio.



Capítulo 71

Estaba anocheciendo y la oscuridad empezaba a envolver la Ciudad de las Artes y las Ciencias contrastando con la negrura la inmensa luz artificial que resplandecía en aquellos monstruos arquitectónicos. Miguel parecía mucho más tranquilo en su apartamento después de ver entrar a Rosa ilesa por completo tras semejante aventura dentro del museo. Si le hubiera pasado algo no se lo hubiera perdonado nunca. Ahora intentaban reponer fuerzas con una cena ligera mientras comentaban los incidentes del día. Cada vez se alegraban más de haber tomado la firme decisión de que Rosa se trasladara temporalmente a su domicilio, hasta que pasara la tormenta y se aclarase semejante enredo. Habían analizado meticulosamente la situación y teniendo en cuenta que el museo disponía de numerosas cámaras de seguridad, habían llegado a la acertada conclusión de que les habrían reconocido al instante. Principalmente a ella puesto que la policía había acudido a su casa para interrogarla acerca del paradero de sus sobrinas. No podían arriesgarse a que volvieran de nuevo a su domicilio y encima la detuvieran por haber alterado una antigüedad. Previamente, había hecho una sencilla maleta con las cosas indispensables y se había instalado en casa de Miguel. Tan solo Sara y Alejandra junto con Lluís y Pepe y nadie más sabían la existencia de Miguel Roselló en la relación de Rosa. Era prácticamente imposible que dieran con su paradero, por lo menos eso era lo que ellos pensaban. Solo que se habían olvidado de una persona en cuestión que sí sabía de esa relación y además estaba obsesionado, ofendido y dolido por ella: Paco Herrera. Un hombre que no había aceptado un no por respuesta, y que nunca aprobaría que Rosa le hubiera despreciado cambiándolo por otro hombre, y cuya mayor obsesión atormentaba su enfermiza cabeza, en la que solo

albergaba una única cosa: venganza.



A primera hora del lunes, Sara desayunaba en compañía de su hermana y de Pepe mientras actualizaban los pasos que iban a dar ese día. Lo más urgente era depositar en el Banco de Valencia, la décima llave encontrada el sábado en la Plaza de Toros. No podían arriesgarse a estraviarla o que cayera en otras manos no deseadas. Aprovechando que su Tía Rosa y Miguel habían conseguido dar con la onceava llave, se reunirían en una cafetería cercana a la sucursal del banco en la calle Pintor Sorolla.

Pepe, en compañía de las dos hermanas, fue el primero en llegar. Se sentaron en una mesa y pidieron tres cafés. A los pocos instantes, entraron por la puerta Miguel y Rosa. Éstos se sentaron en una mesa contigua sin hacer la menor señal de que se conocían. Rosa preguntó al camarero por el cuarto de baño y después de perderse por un estrecho pasillo fue seguida por sus dos sobrinas. Una vez dentro a salvo de miradas indiscretas se abrazaron unas a otras.

—¿Cómo estáis? —preguntó Rosa dulcemente con los ojos llorosos y sin dejar de cogerles las manos después de fundirse en un maternal abrazo.

—Estamos bien, tía, no te preocupes —intentó consolarla Alejandra.

—Gracias por conseguir la llave —dijo Sara mirando a Rosa a los ojos—. Sé que no ha resultado fácil —mediante una llamada de teléfono, sabía que había habido ciertas complicaciones.

—No hay de qué —contestó su tía con una sonrisa—. Al fin y al cabo, estamos todos subidos en el mismo barco.

Sara la abrazó de nuevo. Cómo la echaba de menos.

—¿Creéis que es necesario fingir que no nos conocemos? —preguntó Rosa dolida por no poder mostrar su cariño ante ellas en público.

—Todas las precauciones son pocas —añadió Alejandra previsora—. Están pisándonos los talones. Sobre todo a mí. Lluís nos llamó ayer y han entrado en nuestro ático de la calle Quart. Han forzado la puerta, han revuelto todo lo que les ha dado la gana y la policía la ha precintado. Igualito que si fuéramos unas delincuentes —añadió con tristeza—. Hicimos bien en cambiarnos de domicilio. La pregunta es: ¿cuándo nos cogerán?

Rosa, la abrazó con lágrimas en sus ojos. Notó congoja en sus palabras y solo pudo darle ánimos y rezó porque esa pesadilla se acabara cuanto antes.

—¿Cómo está Lluís? —preguntó Rosa preocupada—. ¿Cómo es posible que no sospechen de él cuando habéis sido siempre uña y carne?

—Tía, todo está controlado —prosiguió Sara—. Lluís ha pedido unos días en la empresa de asuntos propios. Y ha hecho creer a los vecinos que se ha ido de viaje de trabajo, pero realmente se ha ido a vivir al piso de una colega. Mientras que este amigo se ha quedado en su casa de la calle Quart para cuidar de Thor y al mismo tiempo mantenernos informados.

—Veo que no se os pasa nada por alto —replicó su tía algo más tranquila.

Sara le sonrió.

—Ahora no ha podido venir con nosotras porque está intentando dar con las claves de la última llave que nos queda —concretó Alejandra justificando la ausencia de su vecino—. La número doce y habremos terminado gran parte de este complicado enigma.

—¿Y después, qué? —preguntó su tía.

Sus sobrinas se encogieron de hombros. Ni ellas mismas lo sabían.

Tía Rosa sacó de su bolso la llave encontrada en el Museo Pío V. Sara la cogió y le echó un vistazo. Era similar a las otras que tenían y aparentemente parecía autentica. A continuación, la envolvió y se la guardó en su mochila. Pasados unos minutos se dieron un último abrazo y salieron del baño como verdaderas desconocidas.



El Banco de Valencia ubicado en el chaflán de Pintor Sorolla con Don Juan de Austria se construyó en 1942 con corte clásico. La base del edificio estaba consolidada con una serie de columnas, y entre ellas, un enrejado daba la imagen de protección.

Entraron en el banco tan solo Sara y Alejandra. Pepe les esperó atento fuera apoyado en una de las columnas. El sonido de su móvil le hizo ponerse en guardia. Miró la pantalla y vio que era Lluís.

—Dime…

—¿Dónde estáis? —preguntó Lluís algo nervioso.

—Acaban de entrar en el banco —contestó Pepe—. Yo me he quedado fuera como acordamos.

—Pepe, me ha llamado mi amigo Dani, el chaval que está en mi piso. La policía está histérica y están volviendo a preguntar a los vecinos enérgicamente. De hecho, le han dejado una foto de Sara y Alejandra por si las ve aparecer por allí. ¡Andaros con mucho ojo! Están desesperados por encontrarnos. Al parecer se les ha agotado la paciencia. Tenemos que agilizar el tema o presiento que nos van a ligar antes de tiempo.

—De acuerdo. Tendremos cuidado.

Pepe colgó el móvil y se lo guardó en el bolsillo. Abrió sus enormes ojos claros inspeccionando cualquier indicio de la policía.

Mientras tanto, dentro de la entidad bancaria Sara y Alejandra se disponían a bajar al sótano donde se encontraban las cajas de alquiler dentro de las cámaras acorazadas, habiendo firmado antes en el libro de registro destinado para ello. Nada más activar el empleado el sistema de apertura electrónica, dejarles las dos cajas que tenían contratadas y desaparecer dejándolas en la más absoluta intimidad, Sara abrió una de ellas, su primer objetivo era coger la libreta de su padre y guardársela en el bolso. Volverían a repasarla en busca de la llave número doce. Mientras, Alejandra, depositaba la llave dentro de la otra caja. Contaron las piezas que se encontraban repartidas. Nueve, incluyendo la llave que acababan de depositar. Más dos que Augusto Fonfría tenía en su poder, hacían un total de once llaves. Tan solo les quedaba una. Una duda le asaltó a Sara. Según las anotaciones de su padre, les advertía que no buscaran la solución hasta no tener las doce en su poder. Pero si Augusto Fonfría tenía dos de ellas en su caja fuerte, de esa manera siempre les seguirían faltando dos.



En la fachada del Teatro Principal situado a pocos metros del Banco de Valencia un hombre mal aparcado en su Mercedes cotilleaba la posición de Pepe. Llevaba espiándolos desde la cafetería. De hecho, había seguido a Rosa y Miguel y ellos le habían llevado a la posición donde ahora se encontraba. Se preguntaba qué demonios estaban tramando. Pero si el olfato no le engañaba y presumía de tener buen ojo, estaba más que convencido de que no entraba dentro de la legalidad. Había dejado marchar a su primer objetivo que era Rosa, ya que sus sobrinas le

parecieron mucho más interesantes después de haber visto en dos ocasiones la fotografía de Alejandra en los informativos, diciendo que la buscaban por un robo bastante serio. De lo que se enteraba uno, y eso que parecía una mosquita muerta, se decía constantemente. Su mayor ansia era poder hacerle daño a la mujer que le había humillado dejando que se colara por ella y luego dándole una patada en el culo. Menuda hija de puta, y como la mayoría de las mujeres: una fulana de cuidado. En cuanto te das la vuelta te apuñalan por la espalda. Sus pensamientos se apelotonaban unos contra otros. Reconocía que se había cegado con ella y ¿cómo le había correspondido? No descansaría hasta que se lo hiciera pagar bien caro. Aunque con ello tuviera algo desatendido el puesto del mercado dejándolo tan solo con el chaval que le echaba una mano de vez en cuando. Enfrascado en sus perversos pensamientos casi no se da cuenta de que Sara y su hermana acababan de salir del banco y se habían unido a Pepe. En ese preciso instante, un policía se acercó a la ventanilla del vehículo y asomándose por la ventana del conductor y saludándole le dijo:

—Buenos días caballero. ¡No se puede aparcar aquí!

Paco, sobresaltado le miró por unos instantes y acto seguido volvió a dirigir la mirada a la puerta del banco donde aún permanecían los tres personajes a los que estaba controlando.

—Perdone agente. Me voy enseguida. Es solo que… —Paco dudó.

—Si no se va ahora mismo —añadió el policía mientras sacaba la libreta de las multas—. Me veré obligado a…

—Ya me voy, ya me voy —se disculpó con una risita malévola—. Pero es que agente me ha llamado la atención aquella joven —dijo señalando a Alejandra—. Juraría que es la chica que buscan en los informativos y no dan con su paradero. ¿Cómo se llama?… ah, sí, Alejandra Ferrer.

El policía miró siguiendo las indicaciones de aquel hombre y… era cierto. Tenía razón. Sin perder tiempo cogió el walkie y dio el aviso al tiempo que se dirigía hacia el banco dejando olvidado a Paco dentro de su vehículo sin decirle ni una sola palabra.

Éste acentuó su sonrisa, la cual se pronunció mucho más. Estaba empezando a saborear parte de su venganza. De su boca salieron tan solo dos palabras:

—De nada.

A continuación, arrancó el coche y salió de allí dejando que la autoridad cumpliera con su trabajo. Instantes después escuchó la sirena de un coche de policía acercándose a gran velocidad.

El sonido alertó a Pepe y a sus acompañantes. Éste se giró y vio como un agente se aproximaba dando grandes zancadas y estaba a punto de cruzar la calle.

—Chicas… ¡salgamos cagando leches de aquí!

Pepe empezó a correr hacia la calle peatonal Don Juan de Austria seguido por Sara y Alejandra. El policía al ver que se le escapaban gritó:

—¡Alto Policía! —al tiempo que sacaba el arma reglamentaria.

La frase fue en vano. Como el agente se temía, no había hecho ningún efecto y los sospechosos habían hecho oídos sordos. Se sumaron cuatro agentes más en la búsqueda después de bajar de uno de los vehículos. Tres de ellos les siguieron con gran agilidad intentando no perderlos de vista. Los otros dos subieron al coche con el fin de atajar y poder darles caza al otro lado de la calle. Las muchachas corrían por la calle esquivando los transeúntes y los enormes maceteros que adornaban el lugar. Pepe, siempre pendiente de ellas, miraba hacia detrás intentando averiguar la ventaja que le llevaban a los agentes. La calle peatonal estaba llegando a su fin repleta de tiendas de moda, cafeterías y top mantas. Los jóvenes se veían atrapados sin saber donde esconderse. El edificio de El Corte Inglés aparecía a la izquierda pero desgraciadamente todavía no había abierto sus puertas. Un coche de la policía hizo su aparición por el callejón que daba al *parking* de los grandes almacenes y estuvo a punto de atropellar a Alejandra. Tras frenar y dejar los neumáticos grabados en el asfalto, dos de los agentes se unieron en la persecución. Pepe les hizo una señal para que se metieran en la estación del metro de Colón y sin pensarlo dos veces, las dos hermanas siguieron los pasos sin rechistar. Con la respiración alterada por la carrera y por la situación bajaron la escaleras de dos en dos. Sara, tropezó y estuvo a punto de caer. Eran las nueve y media de la mañana y hora punta en la estación. La masiva cantidad de gente les haría pasar inadvertidos. Atravesaron la barrera de los billetes saltando por encima, no tenían tiempo para esos menesteres. La gente cercana se escandalizó comentando los hechos. Pocos instantes después, dos agentes de la policía repitieron los mismos pasos. Los murmullos no se hicieron esperar. Una intensa búsqueda se estaba desatando. Bajaron por las escaleras automáticas a toda velocidad y a base de empujones. Las quejas de los usuarios retumbaban en el eco del recinto y ayudaban a los agentes a seguirles los pasos. Apenas sin aliento consiguieron llegar al andén, y camuflados entre los pasajeros esperaron a que llegase el primer metro. Sara miró el panel informativo y consultó el reloj de la estación; tan solo faltaba un

minuto para que llegase el metro dirección Rafelbunyol. El destino les traía sin cuidado tan solo querían desaparecer de allí. Alejandra miró hacia las escaleras y vio aparecer a tres de los policías que los perseguían. Se giró de espaldas intentando ocultar su rostro. En ese momento, se oyó como hacia su aparición el tren. Pepe tuvo un momento de distracción. Recordó cuando Lluís y él se adentraron en el túnel para conseguir una de las llaves. Un terrible escalofrío le recorrió la espina dorsal. Alejandra le tocó en el brazo haciéndole una señal para que estuviese preparado nada más se abrieran las puertas. Mientras tanto los policías, a varios metros de ellos, se aproximaban cautelosos y con los ojos bien abiertos. La cantidad de gente no les permitía identificar a los sospechosos. Despacio y entre la gente avanzaban poco a poco hacia la puerta más cercana. Fue Pepe el primero en entrar, seguido de Alejandra que se le había adherido al brazo como una lapa. Sabía que su hermana le seguía y eso le hacía sentirse más tranquila. Una madre con su pequeño en el cochecito les hizo separarse, tras la gentileza de Sara que le dejó pasar delante de ella. Una de las ruedas se enganchó en la rendija de la puerta y Sara le ayudó a soltarla. Cuando la madre le dedicó una sonrisa seguida de una palabra de agradecimiento por ayudarla, un hombre uniformado se acercó a Sara y a pocos centímetros de ella le murmuró:

—Sara Ferrer… queda detenida.

Sara notó como la sangre se le helaba por momentos y sintió como palidecía. Por el rabillo del ojo divisó a su hermana y a Pepe dentro del vagón camuflados entre la gente y vio la cara afligida de los dos. Alejandra hizo un ademán de avanzar hacia ella. Pepe la detuvo sin decir ni una sola palabra. A continuación, las puertas del tren se cerraron y Sara quedó fuera y sola en compañía de los tres representantes de la ley. No opuso resistencia. No valía la pena, estaba claro que antes o después iba a suceder. Sin pestañear vio como el tren se alejaba dejando el túnel oscuro y silencioso.



El tren continúo su recorrido ajeno a la congoja de Alejandra por ver como habían detenido a su hermana. Pepe la abrazó para consolarla mientras pensaba como iban a salir de allí ilesos. La próxima parada era en la Alameda bajo el puente de la Exposición o también conocido como el Puente de la Peineta. Era

muy posible que la estación estuviera llena de policías. Si se habían propuesto arrestarles lo iban a tener difícil para despistarlos.

—Alejandra, tenemos que tener mucho cuidado en las próximas estaciones —le murmuró casi al oído.

—Han cogido a mi hermana… han cogido a mi hermana… —se lamentaba sollozando y sin escuchar.

Él observó su cara, estaba desencajada y con la moral por los suelos. Eso no les beneficiaria ante un intento de escapar. Echó una ojeada a su alrededor y la gente les miraba con expresión de curiosidad. Pepe estaba seguro de que cada uno se habría formado su propia historia al respecto.

—Escúchame… —le susurró cogiéndola por los hombros e intentando hacerla reaccionar—. Tenemos que llamar a Antonio Arandiga y ponerlo al día respecto a tu hermana. Él sabrá qué debe hacer.

Ella se limitó a asentir con la cabeza.

Efectivamente, Pepe no se equivocaba. La estación de la Alameda estaba infestada de agentes con uniforme y de paisano. No podían permitir que esta vez se les escapasen después de tanto tiempo sin poder conseguir su paradero. Había orden extrema de detenerlos a toda costa. Repartidos por el andén y en espera de ver el tren asomar de un momento a otro, contaban los segundos que les faltaba para verlo aparecer.

Pepe y Alejandra vieron a varios agentes repartidos y camuflados entre la gente de la estación. La cosa no pintaba nada bien. Pensaron en esconderse dentro del vagón y continuar camino, pero observaron que en todos los vagones y en todas las puertas había un policía esperando y registrando el interior. Estaba claro que estaban perdidos. Pepe se arrepintió enormemente de haber tenido la ocurrencia de bajar a la estación, pero ya no había vuelta atrás. Temiendo lo que ya era inevitable y aproximándose a Alejandra le dijo pegado al oído:

—No deben cogerte. Contra ti hay cargos importantes y no podrás salir hasta que no tengamos todas las pruebas. Tienes que escapar… ¿me oyes?

Ella asintió con la cabeza. Parecía estar más repuesta y le apretó la mano con fuerza en señal de despedida.

Les estaban cercando el terreno, los agentes se aproximaban y en pocos minutos, si no lo remediaban serian arrestados. A pesar de ello, intentaron salir en masa con el resto de los pasajeros. Nada más avanzar unos pocos metros Pepe sintió como alguien le sujetaba del brazo y le susurraba:

—Andreu Subies… queda detenido.

Éste se dejó llevar sin oponer resistencia. Estaba claro que había llegado el final. Alejandra, a pocos metros de su posición, se quedó quieta sin saber cómo reaccionar. No podía ser. Acababan de detener a Pepe delante de sus narices. ¿Y qué pasaba con ella? Necesitaba avisar a Lluís urgentemente. Tenía que salir de allí. Por una décima de segundo cerró los ojos y se acordó de su padre. Mentalmente le suplicó que le ayudara en ese momento tan crítico. A continuación, siguió caminando sin prisa pero sin pausa, esperando que de un momento a otro le llamaran la atención y tuviera que detenerse. No quería mirar atrás e intentaba ocultar su rostro en la medida de lo posible. Sus pies iban solos y poco a poco veía como la puerta de la salida se iba aproximando. No podía creerse que hubiese avanzado tanto sin que la detuvieran. Se encontraba ligera y tenía la sensación de ser invisible. Ya podía ver la luz de la calle como se filtraba en su interior. No podía parar. No debía parar. Aceleró el paso y se colocó sus gafas de pasta de Gucci, se echó el pelo hacía delante y se subió el cuello de la chaqueta. Ya casi estaba fuera. Echó una ojeada al exterior. Vio a varios policías ubicados en sitios estratégicos. Agachó la cabeza y continuó caminando. Ya estaba fuera. La estación que acababa de abandonar se encontraba bajo del puente de la Exposición, ambos constituían una espectacular obra de ingeniería diseñada por el arquitecto Santiago Calatrava y dentro de los jardines del Turia. Ante ella, tenía kilómetros de vegetación. Le pareció una buena manera de camuflarse. Sin mirar atrás, se introdujo entre la maleza y se alejó de allí.



Capítulo 72

El coche de la policía entró por la Plaza del Poeta Llorente y aparcó a pocos metros de la comisaría. Era un edificio amplio, antiguo y restaurado recientemente. Sara, situada en el asiento trasero iba esposada, y nunca en su vida se había sentido tan humillada al ver como lo usuarios del metro y demás gente la miraban con descaro y pensando que era una delincuente. Los agentes no la habían tratado ni bien ni mal, se habían limitado a cumplir con su trabajo y a leerle sus derechos como en cualquier otra detención. Durante el trayecto la cabeza de Sara era un vaivén de recuerdos y de imágenes entremezclado con la cara de su hermana al ver cómo la arrestaban. Una y otra vez se repetía en silencio que era inocente. No había cometido ningún delito. No era una mala persona. Solo intentaba defender una causa justa a sabiendas de que acarrearía una serie de consecuencias. La causa de su padre. Por más vueltas que le daba a los acontecimientos pasados desde que empezaron con la búsqueda de las llaves, solo en dos ocasiones la habían visto merodeando los alrededores de los lugares afectados en cuestión; concretamente en las Torres de Serrano y también en la estación de Colón cuando Pepe y Lluís encontraron una de las llaves, y el mismo lugar donde hacía tan solo unas pocas horas la acababan de detener. Pero aún así seguían sin tener ninguna prueba consistente sobre ella. Tan solo dos veces y de pura coincidencia. De ninguna de las maneras podían acusarla de nada, se repetía en amargo silencio una y otra vez.

El coche se detuvo y uno de los policías le abrió la puerta para que saliera. Sara volvió a la realidad dejando que sus preocupaciones se evaporaran. En ese momento, solo los nervios se habían convertido en sus compañeros inseparables.

No tenía nada que temer, no paraba de decirse desde su interior. No era culpable. Pero aún así, la duda de si la justicia sería justa le asustaba.

Esa mañana, la comisaría estaba más concurrida de lo habitual. El inspector Moreno y el subinspector Roque llevaban entre manos un caso de tráfico de drogas, donde habían asesinado a un tipo del este supuestamente por un ajuste de cuentas. El interrogatorio llevaba varias horas sin ningún resultado. El detenido era un tipo duro y además inmune a las amenazas recibidas.

Al notificar la detención de Sara Ferrer, el inspector Moreno le dio preferencia y dejó solo a su compañero para que insistiera con el tipo duro confiando en que el cansancio le hiciera hablar.

Cuando Sara entró en la comisaría fue centro de todas las miradas. Todavía colgaban de algunas de las paredes las fotos robot que se habían difundido por media ciudad. Tras tomarle los datos burocráticos la pasaron a una pequeña habitación donde el mobiliario brillaba por su ausencia. Tan solo una pequeña mesa y dos sillas a los lados. Sara dedujo que iban a interrogarla o al menos eso era lo que había visto en las películas. Estuvo sentada y sola durante unos minutos. Fue incapaz de controlar el tiempo ya que su reloj de pulsera se lo había dejado olvidado en casa. Se preguntó si debería contestar a todas sus preguntas sin rechistar y hasta donde podía llegar con la verdad. En ese momento, se giró al oír como la puerta se entreabría. Un hombre ya conocido entró con dos tazas de café en la mano. Se sentó enfrente de ella, le miró a los ojos sin pestañear y sin decir ni una sola palabra le ofreció una taza.

—¿Quieres? No sabía si te gustaba solo o con leche.

—No, gracias… —contestó Sara recelosa.

—¿No te acuerdas de mí? —preguntó sin dejar de mirarla a los ojos.

Joder, era tal y como la recordaba: extraordinariamente bella.

—Creo que sí —respondió ella sonrojada. ¿Por qué le miraba de semejante manera?

—Nuestro primer encuentro fue una noche en las Torres de Serrano.

¿Lo recuerdas?

—Sí…

—Me gustaría saber ¿qué hacías allí?

—Creo que te lo dije bastante claro. Esperaba a mi novio y no voy a responder a ninguna de las preguntas si no es en presencia de mi abogado —por un momento Sara pensó que no tenía abogado—. Además, —dijo intentando disimular su confusión—. ¿Puedo saber de qué se me acusa?

Antes de que el inspector Moreno pudiera contestar, su compañero Roque llamó a la puerta y le pidió que saliera un momento. Éste obedeció:

—¿Qué pasa? —preguntó Moreno algo contrariado. ¿Tú no estabas interrogando a ese tipo?

—Sí, pero me he tomado un descanso. Un letrado que se llama Arturo Arandiga y dice que es el abogado de ella ha llamado por teléfono y viene de camino —dijo señalando a Sara.

—¡Joder! —murmuró con fastidio.

—Dice que no tenemos pruebas contra su cliente y exige que la dejemos en libertad ahora mismo —añadió Roque.

—Lo malo es que tiene razón —continuó Moreno en voz baja—. Todo lo que tenemos en su contra son conjeturas y sospechas. Intenta distraerlo cuando llegue, voy a ver si consigo sacar algo de información.

—¿Pero qué quieres que le diga? —añadió Roque pobre de argumentos.

—Invéntate algo —gruñó Moreno mientras cerraba la puerta tras de sí dejando a su compañero con la palabra en la boca.

—¿Por dónde íbamos? —preguntó el inspector Moreno a Sara con un ligero toque de humor.

Ella le miró sin inmutarse, mientras recordaba que ese mismo hombre les había mandado un mensaje advirtiéndoles de que su hermana salía en las noticias acusada por robo. También recordó cuando se citó con Alejandra en el río y encima salió mal parado con un golpe en la cabeza. No era una mala persona y no sabía porque actuaba de esa manera tan condescendiente con ellos. Intentó modificar su actitud. A partir de ese momento sería un poco más agradable.

—Creo que por el principio —dijo con un tono sereno.

El inspector se percató de su cambio de humor. No sabía a qué se había debido pero no pensaba preguntar.

—Bien… —dijo Moreno después de tomar un trago de café—. No sé hasta qué punto estás involucrada en todo este lío pero me gustaría que me contaras qué es lo que sabes al respecto.

—No he hecho nada malo y soy inocente —añadió ella con firmeza.

—Si eso es cierto, no tienes nada que temer. ¿Y tu hermana también es inocente del robo que se le imputa?

—Por supuesto —dijo ella tajantemente—. A veces las cosas no son lo que parecen.

—Espero no estar equivocado respecto a vosotras —puntualizó Moreno

mientras hacía un segundo intento ofreciéndole la taza de café al tiempo que se sentaba enfrente de ella para centrarse en la investigación.

Sara la miró y la sujetó en sus manos en señal de aprobación. Luego le dedicó una tenue sonrisa. ¿Qué tenía ese hombre que no podía mantener su mal humor delante de él?

El inspector Moreno le miró cálidamente a los ojos agradeciéndole la muestra de simpatía. Era inconfundible e igual de valiosa que la sonrisa de la Gioconda de Leonardo Da Vinci.

—Bien… como hay bastantes temas a tratar y aparentemente no es nada fácil, me gustaría que empezaras por el principio. La acusación contra Alejandra es bastante más grave. Deduzco que Augusto Fonfría debe tener pruebas que justifiquen el delito, si no fuera así no se habría arriesgado a poner la demanda.

—Es imposible que tenga pruebas —murmuró Sara—. Ella no ha robado esas llaves, ni nada por el estilo.

—¿Ni tu Tía Rosa ha profanado un retablo de no sé qué siglo del Museo San Pío V? Y casualmente ha cambiado de domicilio al igual que hicisteis vosotras. ¿Qué está pasando? Sara, estáis todos con la soga al cuello.

El rostro de Sara palideció delatando su sorpresa.

—Todo tiene una explicación… —dijo con la boca pequeña.

—Quiero creerte, pero para ello necesito saber de qué va todo esto.

Sara meditó sus palabras durante unos minutos. Creía que había llegado el momento de decir la verdad. De quitarse esa losa de piedra que llevaba más de un año a sus espaldas. No tenía ningún sentido ocultarlo por más tiempo. Hablaría y lo contaría todo con pelos y señales.

—De acuerdo… —dijo con resignación.

—Muy bien Sara, Sarita… —exclamó dulcemente el inspector Moreno satisfecho de que se sincerara.

Sara, se quedó desconcertada, durante unos instantes, al escuchar su nombre unido a un diminutivo por boca de ese hombre, ese comentario le había abierto una brecha en su mente. Una brecha que había permanecido cerrada veinticuatro años atrás. Estaba confusa. Ese inspector no tenía la suficiente confianza como para llamarla de ese modo y estaba segura de que alguien la había apodado así hacía mucho tiempo… pero por más que se esforzaba no conseguía recordar quién había sido. Sara, Sarita… escuchaba suavemente dentro de su mente…

—Cuando quieras… —dijo Moreno esperando y notando la confusión esperada en su rostro.

Sara despertó de su lío mental y pensó que podía haber sido una pura casualidad. Respiró hondo y decidió iniciar su relato:

—Mi hermana Alejandra y yo nos quedamos huérfanas a los cuatro y siete años respectivamente. Fuimos criadas por nuestra Tía Rosa, tras el fallecimiento de mis padres en un accidente de automóvil… —la joven intentaba ser lo más explícita posible— éramos dos chicas normales con los problemas típicos de cualquier mujer. Mi hermana se instaló conmigo en mi nuevo apartamento. Al mes de vivir allí empezaron las complicaciones.

El inspector Moreno estaba sumido en un mutismo sepulcral. Atento a la historia de Sara y deleitándose con su suave y angelical voz. No se cansaba de mirarla. Era realmente bellísima. Sus ojos lo encandilaban. Esos ojos que no había conseguido olvidar. Esos ojos que lo tenían embelesado.

—¿Qué tipo de complicaciones? —preguntó el inspector en un momento de duda.

Sara continuó. No pensaba omitir ni el más mínimo detalle. Estaba dispuesta a que todo saliera a la luz. A que desenmascararan a ese maldito hijo de puta. Empezó por el hallazgo de la libreta, pasando por todos los obstáculos hasta conseguir sus objetivos. El inspector arqueó las cejas en más de una ocasión. La cosa se empezaba a poner interesante e incluso rozaba la incredulidad. Las claves, los acertijos que le terminaba de relatar, sonaban tan irreal…

—¿Qué tipo de incógnitas? —preguntó Moreno muy interesado.

—La libreta estaba llena de acertijos.

—¿Acertijos? —preguntó el inspector sorprendido.

—En efecto. También lucían varios dibujos de llaves antiguas.

Moreno recordó la demanda de Augusto Fonfría. Era por el robo de unas llaves antiguas. El tema iba cogiendo algo de forma.

—¿Puedo ver esa libreta?

Sara dudó. Casualmente la llevaba en su bolso. Hacía unas horas la había rescatado de la caja fuerte del banco. Pero… ¿haría bien entregándole una de las pistas que los había llevado a todo este enredo?

El inspector Moreno notó enseguida su inseguridad. Quiso tranquilizarla.

—El que me muestres esa libreta no os va perjudicar en absoluto. Al contrario. Si todo lo que me estás contando es cierto, es una valiosa prueba a vuestro favor. Creo que deberías enseñármela.

—Está en mi bolso.

El inspector se levantó y salió fuera de la habitación. Pidió a Roque, que

todavía se encontraba por allí, que le trajera el bolso de la joven.

—¿Cómo va? —preguntó intrigado.

—Bien… bastante bien —contestó Moreno satisfecho—. ¿Has conseguido calmar al abogado?

—Más o menos. Por cierto, Andreu Subies viene de camino. Le han detenido en la estación de la Alameda.

—Bien… —murmuró el inspector. ¿Y Alejandra Ferrer?

—Se les ha escapado.

—¡Joder! —dijo en tono de fastidio—. Tráeme el bolso y cuando llegue Andreu Subies avísame.

A los pocos minutos, Moreno le entregó el bolso a Sara. Ella buscó la libreta en su interior y se la dio. El inspector Moreno la hojeó atentamente, mientras valoraba si sería conveniente hacer entrar también a Andreu Subies en la misma habitación. Era poco usual, pero algo le decía que debía hacerlo. La pregunta era si Sara seguiría hablando con la misma libertad. Volviendo a las páginas de la libreta, aparentemente no había nada importante. Varias anotaciones a lápiz de números y palabras sueltas incoherentes. Pasó una hoja tras otra y se tropezó con el dibujo de varias llaves antiguas. Por lo demás no había nada de interés. Por una décima de segundo pensó si en todo ese relato habría algo de verdad.

—La libreta no revela gran cosa. A decir verdad es poco explícita —dijo con un tono de sarcasmo.

—Eso fue lo que nosotros pensamos la primera vez que la vimos.

—¿Y cómo llegasteis a la conclusión de que había algo más? —preguntó el inspector Moreno muerto de curiosidad.

—Todo a su debido tiempo —dijo fríamente Sara—. Creo que antes deberías escuchar la historia completa. Te ayudará a verlo desde nuestro punto de vista. No quiero que nos juzgues precipitadamente.

—Me parece justo —dijo Moreno con un asentimiento de cabeza—. He de decirte que Andreu Subies ha sido detenido y está a punto de llegar y tu hermana ha logrado escapar.

Sara se quedó muda.

El inspector, por una décima de segundo, se arrepintió de no haberse mordido la lengua, pero ya no había vuelta atrás. ¿Qué coño tenía esa mujer que no podía mentirle?

—¿Puedo verlo? —preguntó Sara desanimada.

—El protocolo no es así —respondió Moreno intentando mantenerse en su

sitio—. Pero si me prometes que vas a continuar con tu historia, le dejaré entrar.

Sara asintió con un leve movimiento de cabeza.

Moreno se levantó y al cabo de unos minutos pasó acompañado de Andreu. Sara, al verlo lo abrazó.

—¿Cómo estás? —fue lo primero en preguntar él.

—Bien… ¿y tú?

Andreu le sonrió. A continuación, tomaron asiento.

Moreno le interrogó con la mirada en espera de que Sara continuara. Ella miró a Pepe, como se había acostumbrado a llamarle, y dijo:

—Le estoy contando la historia —dijo resignada—. Creo que ha llegado el momento de sacar toda la verdad a lote.

Andreu simplemente asintió mientras escuchaba a Sara como relataba con todo lujo de detalles como se conocieron y el papel que representaba él para su padre. Ésta relató la conversación de su hermana con el director de Lluís Vives, al igual que las frases que su padre le dijo antes del accidente. También sacó a relucir las amenazas que había recibido y la vigilancia constante a que estaban sometidos.

—¿Cómo? —preguntó el inspector Moreno no terminando de entender.

—Un tipo situado enfrente de nuestra casa le dijo a mi hermana: «¡*Dejad de preguntar por ahí y de buscar cosas que no existen! ¡Es el primer y único aviso*!».

—¿Podrías identificarlo? —preguntó Moreno en papel de policía.

—Por supuesto —dijo Sara con ironía—. Todos podríamos identificarlo. Ha sido nuestra sombra desde entonces. A partir de ese momento, nos tomamos la búsqueda mucho más en serio. Las pocas pistas que teníamos y las amenazas que habíamos recibido, nos hicieron pensar que algo gordo se escondía y la suposición de que nuestros padres no murieron accidentalmente.

El inspector Moreno se quedó pensativo durante unos instantes. Lo que acababa de escuchar tenía parte de sentido.

—También creemos… —continuó Sara— que ha habido más asesinatos.

—¿Tenéis pruebas de ello?

—No precisamente —continuó Sara—. Pero nuestra vecina Elisa apareció muerta en la calzada. Supuestamente, se tiró… o se cayó por el balcón.

—¿Por qué habéis llegado a esa conclusión? —preguntó el inspector—. ¿Qué podían tener en contra de esa mujer?

—Era una mujer mayor, sin familia y viviendo sola —confirmó Sara—. A la

semana, ocuparon su piso una pareja un tanto extraña. Después de mucho tiempo, hemos descubierto que también están involucrados. Una noche que cenaron en nuestra casa nos colocaron un micrófono en el teléfono fijo.

Al inspector Moreno se le escapaba tanta información. O todo era mentira y disponía de una imaginación fuera de lo habitual, o aquello era un caso enrevesado con todas las de la ley.

—Lo del asesinato es una acusación grave —puntualizó el inspector.

—Sí, lo sabemos —añadió Andreu Subies tajantemente—. Yo también creo que mi hermana murió de la misma forma. Estoy seguro de que no fue un suicidio. Pero la policía nunca supo averiguar la verdad. Optó por la postura más fácil.

—Nuestro trabajo a veces es difícil —defendió Moreno.

—No lo pongo en duda —continuó Andreu—. ¿Pero cuántos casos están archivados y sin resolver?

Moreno no supo qué contestar.

—Si no hay pruebas no podemos hacer nada —puntualizó Moreno—. ¿Qué interés podían tener en matar a tu hermana?

—Asustarme a mí, dándome una lección —dijo Andreu convencido de su respuesta.

—Explícame eso…

—Jorge Ferrer era mi profesor de Historia y casi como un padre para mí. Me comentó algo respecto a sus inquietudes acerca de buscar unas claves que le cambiarían la vida por completo. Pocos días después de su entierro me abordaron unos tipos con un montón de preguntas que carecía las respuestas. Acudí a la policía. Sospechaba que algo no iba bien. No me hicieron el menor caso. Pensaron que lo hacía por llamar la atención. Vigilaban a toda mi familia y llegaron a entrar en el bar y en la casa particular desmantelándolo todo. Mi padrastro siempre creyó que eran mis amistades. Recibíamos amenazas. La situación llegó a un punto que decidí olvidarme del tema Jorge Ferrer. Pero diez años después vi una noticia en la prensa sobre una Asociación llamada A. F. C. A. N. I. que había emprendido una investigación para localizar ciertas claves en el mayor hallazgo de toda la Historia y que se encontraba en suelo valenciano. Pensé entonces en Jorge Ferrer y me negué a que esa asociación, como quiera que se llamase, le quitara las medallas a la persona que tan bien se había portado conmigo. Me puse a recopilar información y localicé dos de las llaves. Los secuaces que nos vigilaban se olieron lo que estaba haciendo y me

cogieron una noche por banda intentando sacarme toda la información. Me dieron una paliza de muerte. A pesar de ello, no consiguieron que les dijera ni una sola palabra. A la mañana siguiente, mi hermana apareció muerta. En cuanto me recuperé, me marché de Valencia, con el fin de alejar las torturas de mi familia. Estuve trabajando fuera y siempre daban con mi paradero. Al final, opté por el extranjero. Al cabo de unos años regresé y me uní a un grupo de indigentes. Así llevo casi seis años. Con mi identidad oculta. Para todos los que me conocían, yo era Pepe.

El inspector Moreno pensó en la asociación que acababa de nombrar. Intentó imaginarse la angustia de Andreu Subies. Tuvo que ocultar su verdadero nombre por algo que era totalmente inocente. En este caso había muchas cabezas de turco y los culpables seguían vivitos y coleando. Se hizo el firme propósito de que les haría pagar por todo ello.

—¿De manera que encontraste dos de las llaves? —preguntó Moreno dirigiéndose a Andreu.

Éste asintió.

—¿Y qué me decís del resto de las llaves que se supone ha robado tu hermana a Augusto Fonfría? —dijo mirando a Alejandra con una media sonrisa.

—Para empezar, te diré que ella no ha robado esas llaves, a pesar de que sí están en nuestro poder. Gracias a la libreta de mi padre, lo hemos conseguido —dijo Sara firmemente.

—¿Cómo? —el inspector no lo entendía. Por muchas vueltas que le daba a las hojas no conseguía revelarle nada.

—¿No tendrás una lámpara de infrarrojos? —preguntó Sara tímidamente.

—¿Una lámpara de infrarrojos? —Moreno se sorprendió por la pregunta. Pero por suerte sí que disponían de una en la comisaría.

Sin mediar palabra se levantó y salió del despacho. A los pocos metros se cruzó con el subinspector Roque.

—Moreno, por fin el tipo del este ha confesado.

—Por fin… Sabía que lo conseguirías —añadió el inspector con una mueca de complicidad.

—Que sepas que Antonio Arandiga acaba de llegar.

—Necesito un poco más de tiempo —le pidió Moreno.

—Veré lo que puedo hacer… ¿Qué está pasando ahí dentro? —preguntó Roque mientras no le quitaba ojo a la rendija que había quedado entreabierta en la puerta.

—Necesito una lámpara de infrarrojos ahora mismo.

—¿Para qué?

—No preguntes y tráemela…

—¿Y si viene el comisario Morales del funeral? —preguntó Roque temiéndose lo peor.

—Le dices que yo personalmente lo mantendré informado.

Minutos después el inspector Moreno entraba con la lámpara en las manos. Seguidamente, la enchufó y esperó al siguiente paso.

Sara se levantó y aproximó la libreta bajo de la potente luz azul fosforescente.

—Andreu, apaga la luz del despacho —murmuró el inspector.

A los pocos instantes, y ante sus ojos incrédulos, se dibujaron unas frases que incomprensiblemente antes permanecían totalmente ocultas. Moreno estaba verdaderamente sorprendido. Las escenas parecían salir de una película de ficción. En la primera página, cuatro líneas se dejaban ver con una caligrafía perfectamente legible. Moreno, las leyó en silenció. Parecía una dedicatoria:

«A las tres mujeres de mi vida: Carmen, Sara y Alejandra.
A Andreu, que ocupó el lugar del hijo que nunca tuve.
Si leéis estas líneas, significa, que algo me ha sucedido.
Pero las claves que describo, solo vosotros cuatro podéis adivinarlas».

Un silencio reinó en la habitación. Moreno empezó a entender parte del enigma. Al igual que el papel que jugaba Andreu en todo este embrollo. En la tercera línea, el autor dejaba entrever que su vida corría algún tipo de peligro. Y hacía hincapié que solo esas cuatro personas podían adivinarlas. Pasaron la siguiente hoja y Moreno continuó leyendo:

«No perdáis el tiempo en buscar el significado.
Sólo cuando tengáis las doce llaves en vuestro poder,
Tendréis la solución».

El silencio era la nota dominante en ese momento. La tercera página dejaba ver un dibujo que resultaba ser la antigua muralla cristiana de Valencia. Moreno se arrepintió de no haber prestado atención a las clases de Historia en sus años

de estudiante. Curiosamente, detallaba el nombre de todas y cada una de las puertas. No cabía duda de donde correspondían las llaves.

«Donde los cardinales convergen y la iglesia no ve,

Donde no llega la luz y se humedece la bravura y la abundancia,

Allí está la nada».

El inspector reconocía que los acertijos nunca fueron su fuerte y éste que tenía delante de él, le sonaba totalmente a chino. Al igual, que los tres siguientes:

Andreu encendió la luz del despacho.

—¿Me queréis decir que basándoos en estas frases habéis conseguido encontrar las llaves? —preguntó Moreno asombrado.

—Así es. Aunque no todas —afirmó Sara—. La llave del primer acertijo que correspondía a las Torres de Quart, estaba en el Museo Arqueológico de L'Almoina. El único delito que cometimos allí, fue entrar fuera de horas y forzar la cerradura.

—Muy hábilmente, si me permitís decirlo —dijo Moreno con retintín.

—La segunda llave que pertenecía a las Torres de Serrano —continuó Sara —. La encontramos en las mismas torres. Nuestro delito, allí, fue forzar algunas de las puertas y bloquear los potentes focos del suelo para evitar que nos descubrieran.

—Muy hábilmente —repitió el inspector de nuevo—. Y allí fue donde nos conocimos. Sus miradas se cruzaron y el tiempo se detuvo por unos instantes.

Ella asintió.

—La tercera llave que pertenecía a la Puerta del Mar, la encontramos en la Iglesia de San Juan del Hospital. Aquí no forzamos ninguna cerradura. Solo entramos fuera de horas y sin permiso como en los anteriores lugares.

—Las huellas os delataron —confirmó Moreno—. Creo recordar que el suelo era puro fango y que lo debísteis de tener bastante complicado para salir de allí. Si no recuerdo mal esa noche fue una de las peores de todo el invierno.

—Doy fe de ello —atajó Sara con los pelos de punta recordando aquellas tinieblas—. Me caí a una de las zanjas hasta más de medio cuerpo. Era imposible salir y pensé que aquella noche era la última para mí. De hecho, lo pagué con fiebre alta los días sucesivos. Si no hubiese sido por Andreu…

Éste le cogió de la mano en señal de apoyo. Moreno pensó si habría algún tipo de relación entre ellos.

—La cuarta llave, perteneciente a la Puerta de San Vicente, la encontramos en el Miguelete —prosiguió Sara—. Estaba en una de las campanas. Nuestro

delito fue forzar las puertas de acceso y hacer sonar una de ellas despertando al sacerdote de turno.

El inspector Moreno escuchaba atentamente. Intentaba mantenerse al margen y mostrarse lo más neutral posible, pero aparentemente, y aunque la historia parecía salida de un cuento de ficción, y cualquier persona sensata diría que todo era una sarta de mentiras, él, incomprensiblemente se lo estaba creyendo completamente. A pesar de no tener lógica, ni pies ni cabeza. Creía en su historia. Lo verdaderamente difícil iba a ser exponerle el caso con todos sus tonos de fantasía al comisario Morales. No tenía ni idea de cómo iba a redactar su informe. Seguramente, se reiría de él por inocente y dejarse convencer por unos buenos actores.

—La quinta llave —dijo Andreu tomando la palabra—. Pertenecía al Portal de los Judíos y la encontramos dentro de la estación de Colón.

—Por fin se va a desvelar lo que sucedió dentro de la estación —dijo Moreno intrigado—. Menudo revuelo armásteis. Y ahora me dirás que vuestro vecino Lluís era quien te acompañaba en la hazaña.

Andreu le miró receloso. En ningún momento pensaba nombrar a Lluís como cómplice, pero… ¿cómo lo había sabido? Echó una mirada a Sara y pudo leer la sorpresa en su rostro. Estaba claro que ella tampoco lo había nombrado.

—¿Puedo saber que te hace pensar que Lluís está con nosotros? —preguntó Sara sorprendida.

—Recordad que soy policía, y además muy observador. Cuando me cité con Alejandra en los jardines del río. Casualmente él estaba sentado en el banco de al lado con el viejo truco del leer el periódico. Además, según las huellas que dejásteis correspondían a dos hombres y dos mujeres. Estaba más que claro. Quién mejor que Lluís, que además aparentemente sois uña y carne.

Un silencio reinó en la habitación. Era absurdo negar lo que parecía evidente. Andreu continuó tras una seña del inspector para que lo hiciese.

—Solo intervinimos Lluís y yo… —empezó a decir y contándole hasta los más pequeños detalles.

—Sé que os preocupasteis de que los montones de tierra no afectaran a la circulación del metro —aclaró Moreno con una leve sonrisa.

—Era una de nuestras prioridades —prosiguió Andreu—. No queríamos que ocurriera ningún accidente y por supuesto que nadie saliera herido, aunque con las prisas y la angustia de lo sucedido, dejé todos los artilugios por el medio. Al

llegar a la estación me metí en el baño del servicio donde previamente habíamos forzado la puerta. Al parecer, dejé mis huellas.

—¡Las dejaste! —afirmó Moreno—. ¿Y qué pasó con Lluís?

—Logró dar con el pasadizo que estábamos buscando. A decir verdad, casi lo tenía cuando ocurrió el derrumbamiento. Después de mucho caminar logró salir a la calle a través del *parking* del Corte Inglés.

—¿Encontró lo que buscabais? —preguntó Moreno dudando de la credibilidad de Pepe.

—Sí, lo encontró —afirmó Andreu.

Moreno se quedó pensativo durante unos minutos como había hecho varias veces a lo largo de escuchar semejantes barbaridades. Todavía no entendía como podía creerse toda esa entramada y bien planeada historia.

—¿Quién se supone que ha escondido esas llaves? —preguntó Moreno perdido.

—No lo sabemos —contestó Sara—. A pesar de todas las patadas que hemos pegado, de momento, no tenemos ni idea. Al igual que tampoco sabemos qué es lo que se esconde detrás de las doce llaves juntas. Según las frases de mi padre, tiene que haber algo importante. Solo que carecemos de esa información.

—¿De cuántas llaves disponéis? —preguntó el inspector.

—Nosotros hemos encontrado siete —contestó Sara con la boca pequeña. Acababa de meter la pata hasta las trancas.

—¿Siete…? —preguntó el inspector. Las cuentas no le encajaban. Si había contado bien solo le habían nombrado cinco.

—Encontramos la sexta, correspondiente a la Puerta de Ruzafa, en la Plaza de Toros —continuó Sara con mucho tacto y temiendo la siguiente pregunta.

—¿Y la séptima? —insistió Moreno sabiendo la respuesta por anticipado.

—No puedo decirlo —contestó ella tajantemente.

—No es necesario que respondas a ella —dijo el inspector viendo lo incomodo que le resultaba—. Yo lo haré por ti. La séptima fue en el Museo San Pío V y la llevó a cabo tu Tía Rosa.

Ni Sara ni Pepe se inmutaron. Ni para bien, ni para mal.

—Hay pruebas al respecto. Las cámaras no engañan —afirmó Moreno restándole importancia—. Pero tengo dos dudas. Una de ellas es: ¿a qué puerta correspondía esta llave? Y la segunda duda es: ¿quién era el hombre que acompañaba a tu tía?

Fue Sara quién contestó. De todas formas qué más daba ya. No tenía ningún

sentido ocultar cosas que antes o después se iban a saber.

—A la Puerta del Real. Y quien acompañaba a mi tía era su antiguo novio.

—Ya… me lo imaginaba —murmuró Moreno—. ¿Y me vas a decir cómo se llama?

—Me temo que no —prosiguió Sara rotundamente. Si revelaba el nombre podrían identificar su domicilio y de momento eso era totalmente confidencial —. Me temo que eso tendrás que averiguarlo tú solito.

—También me lo imaginaba —concluyó Moreno con sarcasmo—. Retomando el tema de las llaves…

—Como te había dicho, nosotros hemos encontrado siete —añadió Sara de nuevo—. Más dos que tenía Andreu Subies, suman nueve. Más dos que tiene Augusto Fonfría, hacen un total de once llaves.

El inspector Moreno se puso alerta. ¿Cómo disponía de esa información?

—¿Puedo saber cómo sabes que Augusto Fonfría tenía dos de las llaves? —preguntó en calidad de policía—. ¿Acaso las has visto?

—Yo personalmente, no —negó Sara—. Pero el tal Fonfría se las enseñó a mi hermana en su despacho, tras documentarla para el artículo que le había encomendado. Entonces, no sabíamos sus motivos, ahora sí.

—Entiendo.

—Ese viejo diablo supo hacerla estallar. Le dijo que tenía dos de las doce llaves y que nosotros teníamos gran parte de ellas. La chantajeó.

Le ofreció un millón de euros a cambio de las llaves que tenemos. Si no aceptábamos, las amenazas eran que nuestras vidas serian un camino lleno de obstáculos —Sara se quedo callada durante unos segundos—. Parece que ese malnacido ha empezado a actuar. Está cumpliendo sus amenazas.

Moreno se quedó pensativo por unos instantes.

—¿Sabes si las tocó en algún momento? —dijo en tono amigable.

Sara se quedó pensativa. Luego asintió con desconsolación.

—Me temo que sí. Era tal su desconcierto que cuando se las ofreció, creo que inconscientemente, las tuvo unos segundos en sus manos.

—Ese hombre es muy astuto —añadió el inspector sopesando el asunto—. Lo tenía todo preparado para hacerle caer en la trampa.

—Ella es inocente. No ha robado nada… —Sara intentó justificar a su hermana—. Las llaves que tenemos las hemos encontrado nosotros gracias a mi padre. Pero ese malnacido no se conforma con todo el poder que tiene.

—Esa gente suele ser así. Nunca tienen bastante —comentó Moreno—. Lo

que no termino de entender es cómo han llegado esas llaves a su poder. Él debía de tener conocimiento de toda esta historia.

—Creo que tengo parte de la respuesta —continuó Sara—. Parece ser que el señor Fonfría contrató a mi padre para que desvelara ciertas claves. Si dispone de dos de ellas es porque realmente las debieron de encontrar. Solo que él alega que mi padre le robó la posición de los escondites y por tanto esas llaves deben de estar en su poder.

—Y vosotras creéis que no es así —preguntó el inspector.

—Por supuesto —dijo Sara rotundamente.

—Pero… me temo que no tenéis ninguna prueba que justifique que no es así.

—No… —dijo Sara cabizbaja.

—Como ya os he dicho, si no hay pruebas no se puede culpar a nadie ni se puede hacer absolutamente nada. Si todo esto llega a juicio, y me temo que si el señor Fonfría ha empezado esta batalla es con el ánimo de llegar hasta el final, y alega que vuestro padre le robó las claves de esas llaves, me temo que no tenéis nada que hacer. Sintiéndolo mucho y con la ley de su parte es muy posible que tengáis que devolvérselas.

—Pero las hemos encontrado nosotros —alegó Sara hundida.

—Aún así —confirmó Moreno con resignación.

—Pero… dudo mucho que ese impresentable tenga pruebas al respecto —vociferó Andreu lleno de rabia e impotencia. Preveía que la justicia le iba a defraudar de nuevo.

—Es algo que no sabéis —continuó Moreno—. Es posible que haya algún contrato por medio o algo similar.

El silencio volvió a ser el protagonista de la sala.



Capítulo 73

Eran más de las tres y media de la tarde cuando Sara y Pepe hicieron su aparición en el piso de Llano de Zaidía. Estaban realmente agotados aunque Sara tenía una sensación de vacío y libertad. Acababa de descargar el peso de una historia que le venía grande. Recordó el interrogatorio por unos instantes y admiró la delicadeza con la que le había tratado el inspector Moreno. ¿Qué había en ese hombre que a decir verdad le resultaba tremendamente atractivo? Y, ¿por qué sin apenas esfuerzo le había sonsacado todo tipo de información? ¿Sería por su profesionalidad o quizá… había algo más?

Nada más salir de la comisaría en compañía de Andreu Subies y del abogado Arturo Arandiga se puso en contacto con Alejandra y Lluís avisándoles de que estaban de nuevo en la calle. Sara estaba contenta y no terminaba de entender por qué, a pesar de haber recibido por parte del letrado que les acompañaba una buena reprimenda por haber contado toda la historia sin su presencia. Pero todo se había desarrollado de una manera tan extraña que Sara espontáneamente se había visto envuelta en una declaración que no esperaba.

No se arrepentía de ello; lo hecho, hecho estaba.

Mientras Sara y Pepe comían algo rápido después de haber rebuscado en la nevera, la puerta de entrada se oyó dejando entrar a Lluís y Alejandra. Los cuatro se abrazaron mutuamente y envueltos por la emoción.

Mientras tanto, en la calle y a pocos metros de su casa, una pareja de policías vestidos de paisano los vigilaba. El inspector Moreno había pedido que les siguieran para averiguar su nueva dirección, al igual que todos sus movimientos las veinticuatro horas del día. Según la historia que acababa de escuchar por boca de Sara Ferrer y Andreu Subies, aquello tenía un trasfondo que no le

gustaba un pelo. Y a pesar de su desmesurada fantasía, no ponía en duda su credibilidad. Aparentemente, ellos tan solo eran unas víctimas de ese enrevesado caso.



Después de la bienvenida y haber relatado todos los pormenores de las últimas horas se concentraron en la búsqueda de la llave número doce. No podían perder tiempo. Ahora más que nunca necesitaban dar con la solución. Lluís había estado buscando información al respecto desde hacía varios días, el problema estribaba en que no tenían ningún acertijo que les indicara el camino, por difícil que fuera descifrarlo como en ocasiones anteriores. La libreta de Jorge Ferrer estaba exprimida al máximo. Y la novela del Lazarillo de Tormes ya no escondía ningún enigma entre sus páginas, ya se había encargado él de desmenuzarla palabra por palabra. Estaban en un callejón sin salida. Necesitaban encontrar la última llave y no sabían por donde tenían que buscar. Se habían puesto en contacto con Miguel Roselló, era la única persona en la que se amparaban y que podía ayudarles en ese momento. De hecho, gracias a él habían encontrado la llave número once correspondiente a la Puerta del Real. Pero para su desconsuelo Miguel desconocía totalmente cómo continuar a pesar de que se había comprometido en la medida de lo posible a retroceder en el tiempo para refrescar la memoria. Los ánimos habían descendido y el cansancio y el estrés vivido hasta ahora, estaba dejando huella.

—Pero tiene que haber algo que nos guíe… —murmuraba Sara rozando la desesperación.

—Eso es lo que todos anhelamos —continuó Lluís— pero… ¿el qué?

—Repasemos paso por paso —intervino Pepe intentando mantener la calma —. Hasta ahora todos nuestros propósitos los hemos conseguido. Y estoy totalmente convencido de que Jorge está con nosotros en todo momento.

—Yo también lo estoy… —atajó Alejandra con una dulce sonrisa—. Me encomendé a él cuando salí del metro ante la extensa presencia policial y pasé por el lado de muchos de ellos y de otra gente como si fuera invisible. Aún estoy sorprendida de ello y se me ponen los pelos de punta solo de pensarlo. Estoy convencida de que siempre está a nuestro lado y aunque no lo creamos no está

guiando; si no… ¿por qué hemos llegado donde estamos ahora? ¿Creéis acaso que no hemos avanzado?

Los demás asintieron. Alejandra tenía razón. Acababa de inyectarles una buena ración de moral.

—¿Qué me decís de la llave? —preguntó Sara sin dejar de mirar a su hermana.

—¿De qué llave hablas? —preguntó Alejandra mientras instintivamente y ajena a sus movimientos, daba vueltas y más vueltas al cordón de cuero que llevaba anudado al cuello y del que colgaba la pequeña llave que encontraron en el baúl de sus padres hacía tan solo unos días.

Lluís y Pepe dirigieron sus miradas al cuello de la muchacha, quien ante lo evidente cayó en la cuenta de que era algo que todavía les quedaba por averiguar. Sin mediar palabra se sacó el cordón por la cabeza y la sostuvo entre sus manos mientras las miradas de los cuatro jóvenes la interrogaban con múltiples preguntas.

En ese preciso momento el sonido de una melodía familiar irrumpió en la estancia sacándolos de su incógnita. Sara se adelantó unos pasos y cogió su móvil del bolso.

—Es Miguel… —dijo a los demás al tiempo que descolgaba—. Hola, dime… ¿De veras? Entonces… ¿tú crees? Gracias. Muchas gracias.

Todos la miraban muertos de curiosidad. Qué le estaría diciendo el novio de su tía. Tenía que ser algo importante. Por la expresión de Sara, debía de serlo. En cuanto colgó el teléfono y acompañada de una enorme sonrisa dijo:

—Miguel ha estado dándole vueltas y más vueltas a la situación, y en vista de que las pistas se nos han terminado, nos propone que vayamos a Xàtiva y visitemos la casa de nuestro abuelo. Él cree que es posible que lo que buscamos pudiera estar allí.

—¿Pues a qué esperamos? —gritó Sara invadida por la emoción.

—Tía Rosa y Miguel nos esperan dentro de media hora en la entrada de la pista de Silla —continuó Alejandra mientras veía como los demás se dirigían a la puerta sin más preámbulos.

Eran casi las seis de la tarde cuando llegaron a Xàtiva y el atardecer se les estaba echando encima. Numerosos nubarrones se habían apoderado del cielo azul dejándolo triste y sombrío. Habían cogido el Audi de Lluís y tras poco más de media hora de carretera y seguidos por Miguel y Rosa habían llegado a su destino. A pocos metros de distancia y con mucha precaución, dos hombres desconocidos por ellos les pisaban los talones. Cuando entraron en el pueblo fue Miguel quien tomó la iniciativa camino del caserón. Rosa dejó escapar los recuerdos por unos instantes y recordó las pocas veces que había estado allí. La penúltima vez fue en el entierro del padre de Jorge. Todavía se le hacía un nudo en la garganta al ver a su cuñado y a su hermana tristes ante la situación. Pero de eso hacía ya mucho tiempo. La última vez que pisó esas calles fue mucho más cercana. Hacía tan solo cinco años y fue acompañada de sus sobrinas. Se contempló la posibilidad de vender la casa, aunque al final se descartó por añoranza. Era uno de los pocos recuerdos de su padre. Acordaron mantenerla a no ser que fuera estrictamente necesario. Bajaron de los coches y se dirigieron al portón principal. Su fachada necesitaba urgentemente una mano de pintura y la puerta se enganchó al intentar abrirla. Entraron mezclados entre sombras y crujidos. Se dividieron por habitaciones con el fin de agilizar la búsqueda. La casa era bastante grande y la noche se les estaba echando encima. Pasaron tres horas revisando cajones, armarios, escarbando rincones, y buscando cualquier rastro que les pudiera ayudar a localizar la procedencia de la pequeña llave. Nada de nada. Allí tan solo había muebles viejos lleno de polvo, telarañas y heces de ratones. Salieron pasadas las nueve de la noche desanimados y sin saber dónde acudir. Estaban a punto de subir a los coches y regresar a Valencia cuando una idea descabellada surgió de Sara.

—¡Un momento! El abuelo está enterrado en este cementerio… ¿no?

—Sí, —contestó Tía Rosa sin saber a dónde quería ir a parar.

—Pues creo que deberíamos hacerle una visita —continuó Sara como si hubiese tenido una revelación—. Es lo único que nos queda por ver.

—Sara, se está haciendo de noche —replicó Tía Rosa viendo que las estrellas empezaban a aparecer—. No creo que sea una buena idea visitar el cementerio a estas horas.

—¿Por qué no? —concluyó Pepe apoyando la idea—. Ya que estamos aquí, todo lo más que puede pasar es que se nos aparezca algún alma en pena —dijo con algo de sorna.

—Tía, tú siempre nos has dicho que había que temerle más a los vivos que a

los muertos —añadió Sara con firmeza.

Alejandra le sonrió forzadamente. No estaba muy de acuerdo, pero… ¿qué podía pasar?

Por unanimidad y sin más comentarios se encaminaron hacia el cementerio. Como era de esperar las puertas estaban cerradas y el muro que lo rodeaba era bastante alto. Estaba claro que tendrían que escalar, y también que no todos podrían hacerlo.

Lluís y Pepe fueron los primeros voluntarios y aparentemente los más ágiles, seguidos de Sara y Alejandra, que no querían permanecer de espectadoras. Tía Rosa y Miguel les explicaron la posición aproximada donde se encontraba la tumba de sus abuelos. Después de sacar dos linternas del maletero se encaramaron al muro y con ayuda unos de otros consiguieron llegar al otro lado ¡Dios mío! La noche era más que cerrada. Aquello parecía la boca de un lobo. Hasta la luna apenas era visible camuflada entre las oscuras nubes. De no ser por el esbelto haz de luz de las linternas hubieran tropezado unos contra otros. Se separaron por parejas con el fin de atajar. Alejandra, pegada a Lluís como una lapa, no podía controlar el rechinar de sus dientes. Mitad por el frío que la invadía, mitad por el miedo que la envolvía.

—¿Quieres dejar de castañear la boca? Me estas poniendo nervioso —le dijo Lluís mientras le alumbraba la cara a su vecina.

—Ojalá pudiera —le contestó ella—. No hay forma de controlarlo.

Avanzaron por pasillos llenos de nichos en relativo silencio sin perder de vista a Pepe y a Sara que iban ganando terreno por el otro lado. Se dirigieron hacia el centro. Según las explicaciones de Miguel, tenían que estar muy cerca. Empezaron a alumbrar las lápidas que había sobre la tierra. Algunas de ellas estaban tan cerca unas de otras y en tan deficiente estado que parecía que se iban a abrir de un momento a otro. Sara tenía el vello erizado y estaba arrepentida de haber hecho semejante proposición. ¿Quién la habría mandado entrar a esas horas de la noche? Menos mal que Pepe le acompañaba, y era evidente que estaba bastante entero. Pensó que si ocurría cualquier incidente sabía sobradamente que él le ayudaría incondicionalmente. Sin saber por qué le agarró del brazo para sentirse más segura.

—¿Estás bien? —le preguntó él.

—Regular. Tenía que haberme mordido la lengua.

—No seas tonta. No va a pasar nada. ¿Y si encontramos algo y resulta que estabas en lo cierto? —Pepe colocó su mano encima de la de ella transmitiéndole

seguridad.

—Tenemos que estar atentos —añadió Sara—. Tiene que estar por aquí.

Se unieron los cuatro y alumbraron una tumba detrás de otra. Ningún nombre coincidía con el de sus abuelos. Las muchachas miraban a un lado y otro precavidas y asustadas deseando salir de allí lo antes posible. De repente, uno de ellos gritó:

—¡Aquí! ¡Aquí! —señaló Alejandra.

Los demás se agruparon en torno a la lápida de mármol blanco y sobre su base leyeron la inscripción:

Tomás Ferrer Monlleó
Falleció el 3 de Septiembre de 1980
A los 64 años
Amparo Álvarez Gómez. Falleció el 25 de Enero de 1968
A los 41 años.

A continuación, un epitafio decía así:

«Descansad en paz y libres de toda carga,
Que vuestras buenas acciones se verán recompensadas».

Sobre ellas y dentro de una pequeña urna de cristal dos fotos pequeñas de sus abuelos en color sepia reposaban sobre un pequeño pedestal. Detrás, una imagen esculpida de la Virgen de los Desamparados cuidaba de sus almas. Sara enfocó la luz hacia las fotografías. Se fijó en las facciones de su abuelo. Los rasgos de su padre eran muy parecidos teniendo en cuenta que toda la información que tenía era en las frías fotografías. Sintió tristeza por no haberlos conocido mejor y sobre todo por el destino cruel que se los llevó. Estaba a punto de retirar la luz y pasar página. El desanimo se había adueñado de los cuatro jóvenes. Estaba claro que la visita al cementerio había sido en balde. Cuando al hacer un último repaso en la urna de cristal una descabellada idea le pasó por su mente.

—¡Un momento! —murmuró mientras se aproximaba lo más posible a esa pequeña ventana de cristal.

—¿Qué ocurre? —añadió su hermana con un hilo de esperanza.

Los demás se aproximaron instintivamente.

—No lo sé… pero ¿y si lo que buscamos está ahí dentro? —dijo mientras intentaba con la luz de la linterna profundizar lo más posible en el interior.

—Tendremos que romper el cristal —añadió Lluís.

—No lo creo… —dijo Alejandra con una media sonrisa.

—¿Estás pensando lo que creo que estás pensando? —añadió Andreu con una mueca de complicidad mientras señalaba con el dedo índice el diminuto orificio de una pequeña cerradura.

—¿Es posible que la llave que llevas al cuello —dijo Lluís dirigiéndose a Alejandra— y que no sabíamos a qué correspondía, sea precisamente la llave que encaja aquí?

—Solo hay una manera de averiguarlo… —dijo la muchacha mientras se sacaba el cordón de cuero del cuello y lo intentaba.

La incógnita era demasiado grande. Si encajaba quería decir que iban por buen camino y que las pistas volvían a asomarles como por arte de magia. Efectivamente, y ante el asombro de los cuatro, la llave dio media vuelta abriendo la portezuela de cristal. Alejandra metió la mano dentro, y al hacerlo rozó el marco de la fotografía de su abuelo, cayendo boca abajo. Al intentar ponerlo en pie algo pegajoso le pringó los dedos. Instintivamente los alumbró para ver que era aquello. Las huellas dactilares de sus dedos pulgar e índice estaban impregnadas no sabía de qué. Los frotó con la intención de averiguarlo y los acercó a la nariz. No olía a nada que pudiera identificar. Posiblemente el calor hubiese derretido el material y por eso se estaba descomponiendo. Era la única explicación posible a no ser que… Alejandra se agachó de nuevo, cogió el marco que acababa de colocar y lo miró detenidamente. La fotografía de su abuelo en blanco y negro le miraba fijamente. Después le dio la vuelta y alumbró con la linterna la parte posterior. Mientras, sus tres acompañantes la observaban silenciosos.

—¿Qué buscas? —preguntó Lluís sin poder contenerse.

—No lo sé… —contestó Alejandra algo confusa—. Ha sido como una corazonada.

Antes de terminar la frase desmontó el marco sacando la fotografía y sin saber porqué… le dio la vuelta ¡Eureka! Pensó en silencio.

—¿Qué diríais que es esto? —dijo mientras les enseñaba la parte de atrás.

Sus caras de sorpresa se aproximaron al papel en color sepia y a pesar de la oscuridad de la noche, el haz de luz que lo alumbraba dejaba bastante claro que

había ciertas anotaciones.

—Parece una frase… —murmuró Sara mientras la leía en voz alta: «*Si tratase de agradar a los hombres, no sería siervo de Jesucristo*» 13 PZLL —¿Sabéis a qué se refiere? —preguntó confundida.

Los demás se encogieron de hombros.

—Mira en la otra foto —añadió Andreu esperanzado.

Sara cogió la foto de su abuela y la desmontó en un santiamén. Luego le dio la vuelta imitando los gestos de su hermana, pero su decepción creció al verla totalmente limpia. Después inspeccionaron a conciencia el resto de la urna sin obtener nada que les llamara la atención. Al final, decidieron regresar a los coches. Retomaron los pasos en dirección al muro que habían saltado un rato antes y a los pocos minutos se encontraron con Miguel y Tía Rosa, que les esperaban. Nada más verlos le explicó la situación y le mostraron la parte trasera de la foto con la frase que habían encontrado.

—¿Os dice algo? —preguntó Alejandra.

Tía Rosa negó con la cabeza, mientras, Miguel hacía un meticuloso repaso mental camino de Valencia.



Capítulo 74

Estaba amaneciendo y los primeros rayos de luz que provenían del Mediterráneo formaban multitud de sombras en el salón de la casa. Miguel Roselló, sentado en su sillón, no paraba de pensar en la frase de la noche anterior. Apenas habían dormido un par de horas. Desesperado se había levantado dejando a Rosa descansando después de estar toda la noche en vela y había consultado varios libros sin saber muy bien lo que buscaba. Había algo en esas letras que le sonaban, estaba seguro de que lo había escuchado en alguna otra ocasión. La pregunta era: ¿dónde?…

Volvió a consultar la Biblia que había dejado por quinta vez encima de la mesa y la ojeó de nuevo. Estaba convencido de que pertenecía a ella pero estaba claro que iba a ciegas. Las PZLL y el número 13 no encajaban con ningún versículo. Habían barajado la hipótesis de que esa frase no tuviera la mayor relevancia en la búsqueda que se llevaban entre manos, pero al final habían llegado a la conclusión que conociendo bien a Jorge como presumía que lo conoció, eso era una pista con todas las de la ley. Lo complicado iba a resultar saber a qué correspondía. Tenían que centrarse en la localización de la llave número doce que pertenecía al Portal Nuevo y no tenían absolutamente ninguna pista para continuar. Miguel había estado repasando información al respecto con el fin de abrir alguna puerta ante su investigación, como que se llamaba Portal Nuevo por ser el último que se abrió en la muralla del siglo XIV. Que tuvo varios nombres como: Puerta de Santa Cruz por un retablo que en ella había y por la vecindad a la parroquia con ese nombre. También fue llamada Campanar o Zaidía por su proximidad y orientación, o de San José por encontrarse enfrente del puente con el mismo nombre y por el convento de las carmelitas, cuya

fachada daba a dicho portal, en donde hoy había levantada una columna con la imagen de la Virgen del Carmen. Miguel miró el reloj y eran casi las siete y media de la mañana. Pensó en llamar a Sara y los demás a ver si tenían algo, pero después de tener el móvil en la mano, desistió. Le pareció demasiado pronto. De repente y para su sorpresa, la melodía de su teléfono le hizo reaccionar. Miró la pantalla y era Alejandra. Al parecer, tampoco habían podido dormir.

—Dime… —contestó con un hilo de esperanza.

—Miguel, perdona que llame a estas horas. ¿Estabas durmiendo?

—No te preocupes —contestó Miguel tranquilizándola—. El sueño esta noche no ha estado demasiado presente ni para tu tía ni para mí. ¿Habéis sacado algo en claro?

—Nada de nada, pero no podía aguantar más. ¿Y tú?

—Lo siento… —dijo con voz ronca al ver que no podía resultar de gran ayuda.

—La verdad es que nosotros cuatro tampoco hemos pegado ojo, y además, el café se nos ha terminado. De hecho, ahora mismo estoy en el balcón admirando las vistas del río y observando el puente San José. Y pensar que lo tenemos delante de nuestras narices. Que he pasado por ese lugar miles de veces y ahora que necesitamos una respuesta, somos incapaces de conseguirla. Teóricamente, el Portal Nuevo o de San José estaba al otro lado, solo que para nuestra desgracia no hay ningún rastro de él. Si por lo menos supiéramos a qué se refiere con la iniciales PZLL y con el número 13.

—¡Alejandra!… —gritó Miguel en un impulso incontrolado.

—Dime —dijo ella soliviantada.

—¿Puedes ver el puente al completo? —preguntó Miguel esperanzado.

—Pues prácticamente entero. Casualmente el piso donde estamos está justo enfrente —contestó sin saber muy bien a qué se refería.

—Cuenta el número de arcos que tiene —dijo con nerviosismo.

Alejandra se limitó a obedecer. Desde donde se encontraba en un quinto piso tenía una buena perspectiva. Al contarlos, le pareció que eran trece, pero el temor de haberse equivocado le hizo repetir con más calma la operación.

—Miguel, son trece… —dijo apenas sin aliento temiendo que pudieran corresponder al número que estaban buscando.

—Bien —murmuró pensativo.

—¿Crees que la llave puede estar en uno de ellos?

—Todavía no lo sé.

Transcurrieron unos minutos, tiempo que Alejandra aprovechó para poner al día a su hermana, a Lluís y Pepe.

Mientras tanto Miguel pensaba en voz alta:

—Pudiera ser una pista para indicarnos la posición…

—Pero Miguel, cómo saber que se refiere a este puente en particular, Valencia está llena de puentes de esa época.

—Buena observación, jovencita… —murmuró Miguel enfrascado en sus enrevesados pensamientos—. Pero… Tu padre era muy listo. Bueno que digo listo, más que listo. ¡Era un genio! Y… ¡Creo que ya lo tengo! Alejandra, creo que acabo de dar con la solución al enigma.

—¿De veras? —dijo con una enorme sonrisa al tiempo que les hacía una seña a sus acompañantes para indicarles que todo iba sobre ruedas.

—Escucha bien lo que te voy a decir —prosiguió Miguel con dulzura—. El puente de San José, que como ya sabemos estaba enfrente del Portal que estamos buscando, se hizo de madera en 1486. Sobre el 1606 se reconstruyó en piedra y años después, sobre los dos tajamares colocaron dos esculturas, una de ellas era San Luis Beltrán y la otra, Santo Tomás de Villanueva. Fueron obras del italiano Jacobo Antonio Ponzanelli. ¿No te dice nada el nombre?

Alejandra se quedó perpleja intentando buscar una conexión. Pero hasta ahora no lo conseguía.

—¿Cuáles son las iniciales que estamos buscando? —preguntó Miguel viendo que no obtenía respuesta a su recién formulada pregunta.

—PZLL… —deletreó la joven. En ese preciso instante lo vio claro. PONZANELLI Eran las consonantes principales del apellido—. Lo tengo, Miguel —dijo con una sonrisa y levantó la vista al puente. Su alegría se disipó al comprobar que en esta época actual ya no existían las dos esculturas sino que las habían sustituido por una de San José.

—Te habrás fijado que la imagen de ahora es de San José —añadió Miguel adivinando el desencanto de la joven.

Alejandra asintió con la cabeza desanimada.

—La imagen de ahora fue colocada a raíz de ser destruido el puente por la riada de 1957 y te preguntarás dónde están esas esbeltas esculturas que buscamos —preguntó Miguel eufórico.

—Sí… —pronunció Alejandra con la boca pequeña y presintiendo que tenía la respuesta.

Miguel continuó con su explicación satisfecho de saberse la lección y con ello poder ser de gran ayuda.

—Fueron retiradas en 1906 al ensanchar el puente y trasladadas al Museo de Bellas Artes de Valencia.

Alejandra se imaginaba en dirección al Museo cuando Miguel continuó con su relato.

—Posteriormente, en 1950 se trasladaron al Puente de la Trinidad, donde siguen allí en la actualidad sustituyendo tras ser derribadas en la Guerra de la Independencia las esculturas que entonces había de los patronos de Alzira.

Alejandra recordó la multitud de veces que había pasado por ese puente, y efectivamente recordaba haber visto dos esculturas de las cuales desconocía sus nombres y nunca se había preocupado de nada más.

—Dices que hay dos imágenes, una de San Luis Beltrán y la otra de… Alejandra se quedo muda, se le había olvidado el otro nombre.

—La otra es de Santo Tomás de Villanueva —continuó Miguel ayudándola.

—¿Y sabes en cuál de las dos hemos de buscar? —preguntó la joven intrigadísima.

—Por supuesto —confirmó Miguel radiante de felicidad—. La llave número doce que buscamos tiene que estar escondida en la escultura de piedra de San Luis Beltrán.

—¿Puedo saber cómo has llegado a esa conclusión? —preguntó Alejandra perpleja.

—Recuerdas la frase que encontramos y decía: «*Si quisiera agradar a los hombres, no sería siervo de Cristo*».

—La recuerdo —afirmó la joven.

—Esa frase la hizo grabar en la puerta de su habitación con el único objetivo de librarse de la tentación de sobresalir entre los demás.

Alejandra permaneció pensativa durante unos instantes mientras Miguel continuaba con su explicación.

—Es una frase de San Pablo: *«Si hominibus placerem, Christi servus non essem» Gálgatas 1.10.* Recordé dónde la había escuchado. Fue a tu padre a quien le oí pronunciarla en dos ocasiones refiriéndose a Fray Luis Beltrán como ejemplo de humildad. A pesar de su precaria salud, su fe era capaz de producir milagros, además de su don de lenguas. Tenía una clarividencia en el trato de las almas poco usual.

Alejandra escuchó con gran entusiasmo el relato de Miguel y se llenó de

nostalgia al no haber tenido oportunidad de conocer mejor a su propio padre.

—Gracias, Miguel —agradeció emocionada—. Iremos esta misma mañana. A decir verdad, en quince minutos estaremos allí. Si hemos de subir a la imagen e investigarla será mejor que vayamos cuanto antes y con los menos espectadores posibles.

—Me parece una muy buena idea —añadió Miguel satisfecho de haber sido de ayuda.

—Gracias por todo —dijo la joven llena de agradecimiento.

—Espero tu llamada —dijo Miguel.

—La tendrás.



Apenas cogieron bártulos, tan solo lo que ellos creyeron necesario. Caminaron en dirección al puente de la Trinidad que estaba a tan solo unos quince minutos andando. Mientras tanto, Lluís y Pepe hacían varias conjeturas y se rifaban quién de los dos subiría a la altura de la consabida imagen. Sara, pegada a Alejandra, intentaba controlar los nervios que la embargaban. Si todo era cierto, en poco tiempo dispondrían de las doce llaves esperadas durante año y medio. Parecía que se aproximaba el final de la búsqueda. Eso la hizo estremecer. ¿Qué se escondería detrás de todo esto? ¿Tendría su padre razón al pensar que valía la pena tanto sufrimiento?

—Ya estamos llegando —murmuró Lluís.

Efectivamente, acababan de entrar en el puente de la Trinidad. A pocos metros se alzaban las dos imágenes. A la izquierda, se encontraba la escultura de San Luís Beltrán, con un tamaño de unos tres metros aproximadamente, o por lo menos eso les pareció visto desde bajo. Mientras se aproximaban sus ojos se clavaron en ella intentando escrutar y descifrar donde se podía alojar lo que buscaban, teniendo en cuenta que se encontraba en lo alto del muro de piedra a modo de barandilla desde donde se podía ver en la parte baja el viejo cauce del río. Pepe sopesó la altura que había y tragó saliva.

—¿Y ahora, qué? —preguntó.

—Pues ya sabes —continuó Lluís con una risita de complicidad—. Te ha tocado a ti, recuerda… y mejor será que vayas encaramándote cuanto antes.

Pepe no dejó que terminara la frase. En un acto reflejo brincó y se sujetó al pedestal donde reposaba la figura del santo. Aún estando de puntillas le costaba tocar los pies de piedra de la imagen. Barajó las posibilidades de cómo demonios iba a subir a buscar la llave teniendo en cuenta que carecía del lugar exacto, lo cual lo hacía todavía más complicado. Miró la silueta e intentó sujetarse en los pliegues del hábito que afortunadamente le llegaba a los pies. También observó que la estatua llevaba un libro en su mano izquierda. Por los demás todo era normal y corriente. Después de hacer varios intentos en ascender y viendo que no era tan fácil como esperaba, le pasó por la cabeza el pedir ayuda a Lluís pero había quedado claro en la apuesta que lo llevaría a cabo él solo. Algo rozó su codo derecho. Le pareció ver a alguien a su lado y a continuación una sonrisa malévola de Lluís le hizo comprender que efectivamente necesitaba ayuda.

—¿Es para hoy o no? —murmuró su amigo cínicamente.

—Estoy sopesando la situación y ver los pasos a seguir —añadió Pepe con orgullo.

—¡Ya! —dijo Lluís.

—Necesito tu ayuda para subir —reconoció Pepe con una humilde sonrisa.

—Me lo imaginaba.

—Chicos, viene gente —murmuró Sara desde bajo advirtiéndoles.

Lluís se percató al instante. Dos hombres de mediana edad se aproximaban a ellos. Intentaron moverse lo menos posible con la intención de pasar inadvertidos hasta que pasaran de largo y, así lo hicieron. No sabían si habrían sido vistos, de hecho su posición quedaba bastante descarada pero no tenían otra opción. Seguidamente, y cuando les pareció que el peligro había pasado, Lluís ayudó con gran dificultad a Pepe a que ascendiera. El mayor inconveniente era que no tenían donde agarrarse y, por otra parte, la altura a la que se encontraban iba siendo poco agradable. Una vez encaramado y colocado a la altura del santo, Pepe pudo comprobar que tan solo le llegaba al pecho. En ese instante le hubiera gustado medir bastante más, pero no era el momento de lamentaciones. Un poco a ciegas y sin saber lo que hacer o dónde tocar empezó a palpar y a sobar la imagen sin ton ni son. Lluís le indicaba desde algo más bajo las zonas por donde aún no había frotado. Mientras, Sara y Alejandra caminaban nerviosas en la acera de enfrente de un lado a otro e intentando no levantar sospechas.

—¿Dónde está? —murmuraba Pepe sin descanso y con las manos ennegrecidas por el polvo acumulado en la piedra, mientras intentaba no pasar por alto los pliegues de su sotana, las mangas del hábito, las lorzas del cuello de

su vestimenta, los finos dedos de sus manos, y el libro que llevaba en una de ellas. Nada de nada. Le miró a la cara por unos segundos implorando que le ayudara, era esbelta y con el cuello largo, con pómulos prominentes y grandes y rasgados ojos.

—Ya no sé dónde buscar —le dijo a Lluís por lo «bajini».

—Continúa… Tiene que estar por ahí. No podemos irnos sin conseguirlo. Piensa en Jorge Ferrer, él te guiará.

Pepe cerró los ojos por unos instantes y visualizó la imagen de su querido profesor de Historia. Hacía mucho tiempo que no lo hacía y le reconfortó ver que todavía tenía su rostro fresco como el último día que estuvo con él hacía veinticuatro años. Dio gracias por conservar su afinada memoria. Mentalmente, hizo su petición.

A continuación y para su sorpresa, oyó como de su boca salía la frase que encontraron en el dorso de la foto en la lapida del padre de Jorge.

«Si quisiera agradar a los hombres, no sería siervo de Cristo».

Tras oír sus propias palabras y abrazado a la imagen con el fin de no perder el equilibrio dio un último vistazo a ella. Recordó que era una frase de San Pablo y se tropezó con el libro que el santo llevaba en su mano izquierda. Arañó el lomo de sus tapas y el relieve de sus hojas. Acarició sus dedos el menique, anular, corazón… Un ruido de sirenas se oyó a lo lejos.

—Pepe, creo que un coche de la policía se dirige hacia aquí —gritó Lluís— date prisa.

—Cómo si eso fuera tan fácil… —murmuró Pepe algo desorientado.

Continuó toqueteando los dedos, índice, pulgar… Justo en el momento en que sus dedos apretujaron el pulgar de San Luis Beltrán, un mecanismo le pareció oír en su interior. Sus ansias de terminar le incitaron a magrear sin parar las falanges con el objetivo de tener una señal que le abriese el camino.

—Lluís, creo que tengo algo —dijo esperanzado.

—No es suficiente —contestó tajantemente—. La policía estará aquí en pocos minutos. Alguno nos ha delatado y lo entiendo. Hemos sido poco disimulados. Sara, márchate con tu hermana —gritó al otro lado de la calle—. No es bueno que estéis aquí. Las dos hermanas se alejaron de allí a regañadientes.

—Tú tampoco… Lluís, márchate de aquí —dijo Pepe con tono autoritario.

—De eso nada. Tú céntrate en lo tuyo y déjate de monsergas.

Pepe intentó desconectar el zumbido de las sirenas que perturbaban sus oídos

y no le dejaban concentrarse. Tenía que poner los cinco sentidos. Respiró hondo y buscó la máxima concentración. Volvió a acariciar el pulgar y afinó el oído. Efectivamente, le pareció oír un mecanismo interior. Pero parecía que no era suficiente. Había que activar algo más… ¿Pero el qué? Por encima de su hombro vislumbró como un coche patrulla se aproximaba a toda velocidad por Conde de Trénor y en pocos minutos estaría a sus pies esperando que bajara. ¿Qué demonios haría entonces? Rozando la desesperación apretó con fuerza el pulgar por cuarta o quinta vez. Mientras, apreció que en la portada del libro había un pequeño orificio. Sin pensarlo dos veces metió uno de sus dedos y esperó… Increíblemente y para su inmensa sorpresa el libro se dividió en dos partes dejando al descubierto un trozo de tela blanca.

—Lluís, ya lo tengo… Lo tengo… —grito con una emoción incontrolada.

—¡Cógelo y vámonos!, la policía se está acercando. No vamos a poder escapar por mucho que corramos.

Pepe metió la mano en la abertura del libro y agarró con fuerza el retal blanco. Pudo apreciar sobradamente que algo alargado y duro se escondía en su interior. Era una forma que le resultaba bastante familiar. Sin dudarlo, se lo metió en una pequeña mochila y se deslizó hacia abajo. Lluís, ya le esperaba en la acera y los dos juntos como buenos compañeros de aventuras echaron a correr en dirección a la calle Alboraya.



Capítulo 75

Un grito de reproche se oyó dentro del coche patrulla. El policía de turno que lo escuchaba todavía no terminaba de entender por qué tenía que dejar escapar a esos dos hombres que estaban atentando contra el patrimonio de la ciudad. Un vecino les había avisado ante la actuación indebida de esos dos individuos, y de buenas a primeras, y a tan solo unos pocos metros de esos delincuentes, se habían visto obligados a aminorar la velocidad dejando que se escaparan irremediablemente. La rabia contenida de los dos agentes por no haber podido echarles el guante se dibujaba en sus rostros cargados de un incompresible asombro.

—Pero, señor aún podemos… —replicó el policía.

—¡He dicho que bajo ningún concepto los detengáis! Habéis estado a punto de echar por tierra un importante operativo —gritó con voz de mando—. Soy el inspector Moreno y estamos en una investigación. Esas personas están vigiladas constantemente y estamos informados de todos sus pasos.

—Sí, señor… —contestó el agente con voz sumisa al tiempo que colgaba con evidente desgana.



—¿Estás seguro de que tu actuación es la correcta? —preguntó el comisario Morales con poca convicción.

—Estoy convencido —contestó el inspector Moreno muy seguro de sí mismo—, después de todo lo que sabemos al respecto, porque le puedo asegurar que no he omitido nada en absoluto al ponerlo al día a pesar de que ya sé que

parece más un guión de cine que una realidad, estoy convencido de que actuamos correctamente. Dos de nuestros hombres les siguen los talones constantemente y estamos informados de hasta la manera en que respiran. Ya sé que no estamos siguiendo el protocolo al pie de la letra, pero a veces hay que saltarse un poco las normas si con ello conseguimos nuestro objetivo.

El comisario Morales se quedó pensativo mientras se acariciaba la barbilla. Moreno presumió de adivinar que con ese gesto lo había convencido.

—Bien, entonces si acaban de dar con la llave número doce, ¿cuál será su siguiente paso? —preguntó el subinspector Roque que después de pasar por la incredulidad al conocer la historia, había claudicado y se había pasado al bando de quienes sí la creían.

—Pues si no me equivoco han debido de encontrar la última llave que les quedaba, pero hay un serio problema para ellos.

—¿Cual? —preguntó ansioso Roque que iba un poco despistado en este enrevesado asunto.

—Pues que Augusto Fonfría dispone de dos de las llaves y el padre de Sara y Alejandra les advirtió que no se molestaran en buscar hasta que no tuvieran las doce llaves en su poder.

—Lo cual quiere decir… —añadió el comisario Morales.

—Que tendrán que hacerle una visita al señor Fonfría —puntualizó el inspector Moreno interrumpiendo la observación de su superior—. Me temo que así será… —murmuró entre dientes.



A esa hora aproximadamente, Rosa caminaba nerviosa de un lado a otro del salón. Todavía no tenía noticias de sus sobrinas, y eso que se suponía que la última llave que les quedaba por encontrar pintaba más fácil que las demás, o por lo menos eso era lo que Miguel le había dicho. Miró el reloj y pensó si no le habría contado una mentira piadosa suavizando la situación. Buscó el móvil con la mirada. Había desaparecido. Seguro que Miguel se lo había llevado. De hecho, acababa de bajar al kiosco de enfrente para comprar la prensa. Se asomó por el balcón y no había ni rastro de él. Un coche que le resultó familiar estaba aparcado al otro lado de la calle. Solo que Rosa no estaba para muchos acertijos en ese preciso momento. Tan solo quería tener noticias de Sara y Alejandra de

que todo había salido bien y estaban sanas y salvas. Intranquila, decidió bajar a buscarlo. Cabía la posibilidad de que hubieran llamado confirmando que todo había ido sobre ruedas y que ya se encontraban en casa y la angustia de la incertidumbre no le dejaba apenas respirar. Tomó el ascensor y tras salir a la calle se encaminó hacia el kiosco. Su sorpresa creció al ver que Miguel no se encontraba allí. ¿Dónde demonios se había metido? Y justamente en ese preciso momento. Miró a ambos lados sin ningún resultado. Se recriminó por haberse movido de casa culpando a los nervios por su estupidez y regresó al patio. Buscó las llaves en el bolso y abrió la cerradura de la puerta. Justo en el momento en que se disponía a entrar, una voz conocida la soliviantó:

—¡Hola Rosa!… ¡Qué cara eres de ver últimamente!

—Paco… —murmuró apenas sin aliento.

—Veo que la cosa te va muy bien. Has cambiado de domicilio —exclamó con tono cínico.

—Pues no precisamente —es lo único que pudo decir.

Rosa estaba sorprendida. No terminaba de entender qué hacía él allí.

Había sido casualidad, o simple y llanamente le estaba espiando. Por unas décimas de segundo su mente recordó las veces que le había parecido ver su automóvil aparcado enfrente de la casa de Miguel, y cuántas veces había pensado que estaba equivocada y que eran imaginaciones suyas. Además, su aspecto dejaba mucho que desear. Estaba desaliñado y no era difícil deducir que llevaba varios días sin ducharse, ni afeitarse. Algo desconocido en él que siempre había sido una persona limpia y ordenada.

—Paco… no puedo entretenerme. Lo siento —terminó de decir dando un paso hacía dentro y esperando que él se despidiera.

—No vayas tan deprisa, ¿o es que te está esperando ese impresentable de tu exnovio?

Rosa dio otro paso y se adentró en el patio. No le gustaba el tono que había empleado y no es que le tuviera miedo, pero… Su sorpresa se vio incrementada cuando Paco le dio un empujón y entró con ella cerrando la puerta a sus espaldas. Ella, miró a ambos lados. No había nadie a quien encomendarse y podría predecir que no traía buenas intenciones. Como podía ser posible que una persona se transformara de tal manera. Era un total desconocido para ella y pensar que no solo había compartido la comida y su total confianza, sino también su lecho.

—Mira Paco… entiendo que estés molesto, pero a veces las cosas…

—Cállate maldita zorra —gritó él mientras la agarraba del cuello con una mano y con la otra que le quedaba libre la manoseaba de arriba abajo. Primero se recreó en sus pechos apretándolos con fuerza para después buscar su entrepierna —. Ahora no te ríes, ¿eh?… —le murmuró al oído—. ¿Qué te crees, que me puedes coger a tu antojo y luego tirarme como un pañuelo usado?

—Paco, déjame por favor… Nunca te mentí. Tú sabías lo que Miguel significaba para mí… lo sabías. Y además, está a punto de llegar. Miguel está a punto de llegar —murmuró entre dientes marcándose un farol.

—Pues mira lo que se va a encontrar… —antes de terminar sus palabras Paco presionó la mano que tenía en su cuello. Rosa, sintió como sus cuerdas vocales se apelotonaban y el aire le era irrespirable.

Un sonido al otro lado de la puerta le hizo girarse. Miguel intentaba abrirla a toda costa tras haber visto a través de los cristales la desagradable escena. Rápidamente, se coló dentro y agarró a Paco por los hombros separándolo de Rosa y dejándola libre de semejante energúmeno. Una tos seca la invadió mientras presenciaba una lucha entre los dos hombres. Miguel lo zarandeó varias veces descargando su furia en cara y cuerpo. Paco se defendió como pudo pero era evidente que en esa pelea no tenía las de ganar ¡Menudo cobarde! Después de varios puñetazos, Paco logró salir a la calle. Rosa sujetó a Miguel para que lo dejara marchar. Ya había recibido su merecido y una lección que nunca olvidaría.



Habían pasado varias horas y los ánimos se habían calmado. Apenas quedaban restos del susto provocado por Paco y las aguas parecían haber vuelto a su cauce. Miguel Roselló estaba sentado en una butaca de su balcón frente a la Ciudad de las Artes y las Ciencias leyendo la prensa y con el cuerpo tremendamente dolorido. Pero a pesar de poner interés en los titulares, su mente no le acompañaba. No conseguía quitarse de la cabeza la agresión de ese malnacido. Consultó el reloj de pulsera por décima vez y volvió a posar sus ojos en las noticias. Rosa entraba y salía del balcón como un león enjaulado, frotándose las manos de puro nerviosismo y suspirando resignada. De repente, oyó como Miguel pronunció una exclamación que la sobresaltó. No había escuchado el sonido del teléfono por lo que ni se imaginaba a qué se debía semejante ímpetu. Ansiosa y extrañada se colocó a su lado.

—¿Qué sucede, Miguel?

—No lo sé —contestó él, confuso—. Ha sido como una señal. Quizá no tenga nada que ver pero… este hombre —dijo señalando una fotografía del periódico.

Rosa, leyó el titular con la intención de averiguar de quién se trataba:

> *«Ayer el presidente de la Generalitat y la alcaldesa de Valencia, entregaron un premio a Humberto Fernández Cáceres, Presidente del Tribunal de las Aguas, en homenaje a sus cuarenta años de entrega y dedicación a nuestra tierra y a su historia».*

—¿De qué lo conoces? —preguntó Rosa fijándose en su rostro.

Miguel permaneció en silencio durante unos instantes antes de contestar.

—No lo sé exactamente. Juraría que este hombre estuvo en el entierro de tu hermana y de Jorge —dijo sin apartar la mirada de la fotografía.

Rosa miró con atención la cara de ese hombre intentando recordar.

—Miguel, yo no lo recuerdo. Había tanta gente y en aquellos momentos. Rosa visualizó el funeral y una congoja se apoderó de ella. Los ataúdes de Carmen y Jorge se presentaron ante sus ojos. La imagen de sus desconsoladas sobrinas era algo que le había desgarrado el corazón. Su madre enferma hecha una mar de lágrimas, y el apoyo incondicional de Miguel en aquellos duros momentos, era lo primero que acudió a su mente.

—Haz memoria, Rosa —insistió Miguel—. Fíjate en la mano derecha de este hombre —dijo señalándola con su dedo índice.

Rosa obedeció, e instantáneamente sus ojos se movieron en busca de semejante observación. Un escalofrío le recorrió la médula espinal de cabo a rabo, dejándola casi sin habla.

—Su mano… —pudo decir casi con dificultad.

—¿Lo recuerdas? —preguntó Miguel esperando que Rosa hubiera reaccionado positivamente—. Retrocede veinticuatro años.

—Sí, creo que tienes razón —contestó al tiempo que tomaba asiento a su lado—. Le falta el dedo meñique.

Su mente se transportó a aquel día en que recibió decenas y decenas de pésames, y en efecto uno de ellos fue de ese hombre. Su rostro se emborronaba en su mente, sin embargo recordaba perfectamente que al darle la mano le faltaba ese dedo concretamente, de hecho, le impresionó de tal manera, que se lo

comentó a Miguel. Ninguno de los dos consiguió averiguar quién era en realidad, al igual que los otros hombres que lo acompañaban. Detuvo sus ojos en las facciones de su rostro e intentó imaginárselo con veintitantos años menos.

—Miguel, estoy segura de que era él —añadió convencida.

—¿Recuerdas que no iba solo?

—Sí, lo recuerdo —confirmó Rosa— y también recuerdo que fueron muy correctos y discretos. ¡Espera un momento!

Miguel la miró sorprendido. Era como si hubiese recordado algo de última hora.

—Creo que este hombre, y posiblemente los demás, estuvieron también en el funeral del padre de Jorge.



El móvil de Sara vibró encima de la mesa mientras los cuatro se recreaban admirando la nueva adquisición. Aparentemente esa llave era muy parecida a las demás. En letras pequeñas casi legibles se podía leer «*Portal de la Trinidad*» y se veía adornada con una serie de marcas que más bien tenían el aspecto de algún tipo de jeroglífico. Fue Sara la que tomó el teléfono sin poder quitar los ojos de encima de la hermosa llave.

—Dime… lo siento, se nos ha olvidado por completo avisaros… lo siento —se disculpó la joven.

Miguel se encontraba al otro lado de la línea acompañado de Rosa. —Vamos a ir al banco para ponerlo en sitio seguro y ver si hay forma de descifrar el mensaje sin la necesidad de tener las doce en nuestro poder. Si no es así, tendremos que ingeniárnoslas para conseguir las otras dos que nos faltan.

—Sara… ¿habéis comprado la prensa esta mañana? —preguntó Tía Rosa omitiendo la agresión de Paco.

—No —el tono de su tía, no sabía por qué, le había puesto en guardia.

—Hay un artículo en el Levante sobre un homenaje a un hombre que ha dedicado más de cuarenta años al Tribunal de las Aguas.

—¿Y?… —Sara no entendía nada en absoluto, pero sospechaba que tenía su importancia.

—Ese hombre estuvo en el funeral de vuestro padre y de vuestro abuelo. Lo hemos conocido por que en su mano derecha le falta el dedo meñique. Nos llama

la atención, que nunca supimos quien era y además, no iba solo.

—¿Qué quieres decir con que no iba solo? —preguntó Sara algo confusa.

—Que en las dos ocasiones iban más hombres con él. No puedo precisar el número, pero eran varios.

—Ahora mismo bajaré a comprar el diario —dijo la joven—. ¿Crees que puede tener algo que ver en todo este embrollo?

—No lo sé, Sara, pero habrá que averiguarlo…



Pepe y Lluís acababan de bajar del taxi, mientras Sara y Alejandra pagaban el viaje justo en la puerta del Banco de Valencia, y por supuesto con la llave número doce bien custodiada. Nerviosos por los acontecimientos y todavía desconcertados por haber salido airosos del coche policial, hacían su entrada en la majestuosa puerta de la entidad. Solicitaron las cajas de seguridad que tenían contratadas y bajaron por el ascensor para llegar a la habitación de máxima seguridad. El empleado les miró con discreción e intentó adivinar qué tendrían dentro tan bien guardado. A decir verdad, siempre se preguntaba lo mismo cuando bajaba con los clientes a ese lugar.

Cuando por fin se quedaron solos sacaron las diez llaves y la expusieron sobre la mesa que tenían a su disposición. Aquello les llenó de satisfacción y también de curiosidad por saber qué se ocultaba detrás de ellas y después de tantos años. Después de colocarlas y verificar el nombre de cada una de ellas, hicieron un meticuloso repaso de cada centímetro de hierro que las componía. Cada una de ellas llevaba una inicial pequeña en la empuñadura que apenas tenía visibilidad y, que les había pasado totalmente inadvertidas las veces anteriores que las habían tenido en su poder. Ahora las veían de otra manera. Parecía como si sus ojos se hubieran vuelto mucho más receptivos a detalles que antes incomprensiblemente habían permanecido ocultos. Una serie de marcas a modo de jeroglíficos se amontonaban en ellas bloqueando sus sentidos. Anotaron las letras que hasta ahora tenían procedentes de las diez llaves: O, A, E, L, N, R, E, T, S y G, y después de hacer mil y una combinación creyeron haber encontrado algo que pudiera tener parte de sentido. La frase o palabras que dedujeron como posible opción fue: TOR E ANGEL S. Teniendo en cuenta que les faltaban dos llaves y con dos posibles letras que completasen el

enigma, dedujeron que las letras que podían faltar serían la R y la E de manera que aquello podría querer decir: TORRE ANGELES.

—¿Cómo sabemos que eso es cierto y que hemos dado con la combinación correcta? ¿Alguien conoce esa torre? —preguntó Sara.

Todos movieron la cabeza de un lado a otro en señal de ignorancia menos Pepe.

—Existe La Torre del Ángel… —murmuró—. Es la única torre que conozco con ese nombre y es un resto de muralla musulmana que se encuentra en pésimo estado y convertida en vivienda. Está considerado como Monumento Histórico Artístico Nacional —añadió Pepe que presumía de conocer bien la entrañas de la ciudad.

—Bien… pues serás tú quién vaya a investigar esa torre —sugirió Lluís.

Pepe asintió conforme de ser útil.

—Pero me llama la atención… —puntualizó Sara pensativa— porque las iniciales se refieren a esa torre en plural. Nombra ángeles. La Torre de los Ángeles —pronunció en voz alta—. ¿Y si no se refiere a esa torre?

—Tengamos fe… hasta ahora esa ha sido la principal virtud que nos ha acompañado —concretó Alejandra con una dulce sonrisa—. Hemos llegado hasta aquí a pesar de que en muchas ocasiones pensábamos que no lo lograríamos. Hemos de tener paciencia.

—Lo mejor será que hagamos fotos de todos los detalles y que los supervise Miguel. Puede que nos pueda ayudar como hasta ahora lo ha hecho —añadió Alejandra mientras fotografiaba los hallazgos—. Es importante que no omitamos nada de los dibujos que aparecen grabados. Es posible que sea algo importante. Por experiencia, ya sabemos que cualquier mínimo detalle puede ser de gran valor.

—Hemos de darnos prisa —apremió Lluís—. Son la once y media y el Tribunal de las Aguas empieza a las doce en punto.

Ultimaron las fotos que les quedaban y se dieron aire en recoger las llaves y depositarlas en las cajas de seguridad. A los pocos minutos, salían del banco en dirección a la Plaza de la Virgen. La distancia no era grande, alrededor de unos quince minutos andando, aún así, tomaron un taxi para no perder tiempo. Querían poder disponer de un buen sitio.



Capítulo 76

La Fuente del Turia ubicada en la mitad norte de la plaza de la Virgen rara vez se encontraba sola. Pero a esa hora de la mañana casi a punto de ser mediodía tenía su mayor auge. El tintineo y burbujeante sonido del agua refrescaba la calurosa mañana de ese inicio de primavera mientras las palomas bebían y sacudían sus alas en señal de alegría. En su base central una enorme figura masculina de bronce representaba el río Turia. Le rodeaban ocho adolescentes desnudas con el peinado típico valenciano simbolizando las ocho acequias del mencionado río. Fue construida en honor al Tribunal de las Aguas, y como cada jueves decenas de curiosos se aproximaban a la puerta de los Apóstoles de la Catedral con el fin de poder presenciar uno de los juicios orales considerado como la institución más antigua de Europa. Las campanas del Miguelete irrumpieron con su ensordecedor y armonioso sonido anunciando las doce en punto, mientras los ocho miembros del Tribunal salían de la Casa Vestuario en compañía del alguacil y hacían su aparición abriéndose paso entre los presentes para tomar asiento cada uno en su sillón identificativo y, rodeados de una pequeña verja de metal concediéndoles cierta intimidad bajo la Puerta gótica de los Apóstoles, se disponían a empezar el juicio.

Sara y Alejandra estaban en primera fila, seguidas de Lluís y Pepe. Inspeccionaron los rostros de los ocho hombres a medida que pasaron por su lado intentando localizar la cara de la fotografía del periódico que minutos antes habían estudiado. Inconscientemente, sus ojos buscaron la merma de uno de sus dedos en la mano derecha. Habían llegado con la suficiente antelación como para coger unos sitios privilegiados y, atentos, intentaban no perderse detalle. Lo localizaron enseguida y lo vieron sentarse en el sillón correspondiente a la

acequia de Favara. A pesar de haber pasado miles de veces por aquel lugar, nunca habían tenido la ocasión de presenciarlo. Los observadores de su alrededor grababan las escenas inmortalizándolas en sus cámaras. Ellos simplemente se limitaron a ver y escuchar… El alguacil, después de solicitar la venia presidencial, empezó a nombrar acequia por acequia esperando que algún labrador procedente de los nombres que iba mencionando se presentara para exponer su denuncia. Para el desconsuelo de ellos, nadie se presentó. El alguacil dio por terminado el juicio a falta de denunciantes y, en pocos minutos, fue disuelto ante el revuelo de los asistentes. El alguacil, seguido de los componentes del Tribunal, regresó de nuevo a la Casa Vestuario hasta la semana próxima. Sara y Alejandra se miraron perplejas ante la rapidez con la que se había concluido. Tenían que ponerse en contacto con algún componente del jurado, pero se habían quedado en blanco y no sabían por dónde empezar.

—¡Ahora o nunca! —murmuró Lluís.

Alejandra fue la primera en tomar la riendas y se abrió paso entre la gente que empezaba a moverse con bastante parsimonia.

—Perdone… —dijo en varias ocasiones intentando tener vía libre.

Sara y los demás le siguieron pisándole los talones. Cuando consiguió colocarse en la puerta de la Casa Vestuario pudo ver que los miembros del Jurado estaban de tertulia entre unos y otros. Sus ojos buscaron al Síndico de Favara, colocado al fondo de la estancia. ¿Qué le preguntaría? ¿Por dónde iba a empezar? Improvisaría, se dijo para sus adentros infundiéndose ánimo. Los observó con la máxima discreción posible. Todos eran de edad avanzada y aparentemente todos ocupaban el mismo cargo. Estudió sus expresiones con el fin de poder descifrar qué tendrían que ver en todo este asunto. Recordó las palabras de su tía cuando mencionó que no iba solo, que lo acompañaban otros hombres. ¿Serían todos ellos? ¿Serían los hombres que tenía delante? Sus rostros no la intimidaron en absoluto, al contrario, resultaban bastante serenos. Eso le resultó tremendamente curioso. Ocho personas que le infundían esa sensación no eran demasiado habituales. Un pequeño empujón recibido de Pepe la hizo reaccionar y dio un paso al frente, y luego otro, hasta colocarse delante del más cercano. Buscó el nombre de la persona que le interesaba en los rincones de su memoria. El caballero le miró fijamente esperando una aclaración.

—Perdone… —se disculpó—, ya sé que no debo estar aquí. Me gustaría hablar con el señor Fernández… con Don Humberto Fernández —rectificó.

—¡Humberto!… —oyó como le llamaba con grandes signos de complicidad.

Éste se giró al oír pronunciar su nombre y su rostro se contrajo al reconocerla.

—La señorita quiere hablar contigo —aclaró.

Alejandra le dedicó una de sus mejores sonrisas al cruzarse con la mirada de ese hombre. Vio como se aproximaba a ella con paso tranquilo y antes de que pudiera decir ni una palabra le dijo:

—Si es sobre la acequia de Favara, sepa señorita que ha llegado tarde.

—No… no lo es —murmuró Alejandra sin demasiados argumentos.

—¿Entonces?… —sus ojos y su expresión pedían una explicación.

—Me gustaría hablar con usted en privado. Si es posible, claro —añadió la joven mirando de reojo al otro señor que les observaba curioso.

—Pues la verdad, no termino de entender cuál es su propósito, jovencita.

—Tan solo serán unos minutos. Por favor… —suplicó viendo que se le escapaba de las manos.

—De acuerdo. Sígame.

Alejandra respiró profundamente mientras caminaba detrás de él y era conducida a una antesala cercana. El primer asalto estaba conseguido, pensó.

—Usted dirá —pronunció mientras le miraba fijamente a los ojos intentando descifrar por adelantado sus propósitos.

—Pues verá… no sé por dónde empezar —balbuceó.

—Por el principio. Me gustaría que fuese por el principio —dijo dulcemente y con una serenidad que la aturdió.

—Esta misma mañana me he enterado de que usted estaba presente en el entierro de mis padres. Y me preguntaba, ¿de qué los conocía? —le soltó de sopetón.

—Si no es más concreta —agregó el Síndico sin entender a qué venía ese comentario—. A lo largo de mi vida he asistido por desgracia a muchos funerales.

—Sí, ya me imagino —murmuró la joven avergonzada. Tenía que tranquilizarse y tomar las riendas de la situación. Estaba claro que estaba haciendo el ridículo—. Mis padres murieron hace veinticuatro años. Me quede huérfana a los cuatro años. Mi padre se llamaba Jorge Ferrer —en ese mismo momento, sus ojos se clavaron en las facciones de ese hombre. Quería estudiar su actitud. En el mismo instante en que terminó de pronunciar el apellido de su padre, supo sobradamente que lo había conocido y que sin lugar a dudas sabía perfectamente de quien estaba hablando.

—Ahora soy yo el que no sé qué decir señorita. No conozco ni tengo referencia alguna de nadie con ese nombre.

—Piénselo bien… como le digo, hablamos de hace veinticuatro años. A veces la memoria nos puede guardar malas pasadas —dijo astutamente, sabiendo que le estaba mintiendo con total seguridad.

—Gracias a Dios, jovencita —puntualizó con un tono de voz sin inmutarse —. Los años han pasado para mí pero conservo total lucidez y una memoria extraordinaria.

—No lo pongo en duda —puntualizó—. Pero me consta que usted se encontraba allí y no solo eso, sino que también estaba presente en el entierro de mi abuelo, cinco años antes —terminó su frase con una dulce e irritante sonrisa.

—Señorita, se ha acabado su tiempo. Recuerde que tan solo le concedí unos minutos. Si es tan amable —dijo mientras le señalaba la puerta.

—Le agradecería que si pudiera hacer memoria —murmuró Alejandra humildemente viendo que era la única alternativa que le quedaba.

—Ya le he dicho todo cuanto sé. Buenos días —su tono era impenetrable y no dejaba entrever nada, ni bueno ni malo.

Alejandra se dirigió a la salida con el peso del fracaso sobre su espalda por no haber podido sacarle ni una sola palabra a ese hombre. Se recriminó interiormente su falta de tacto para formularle las preguntas. Debía haber actuado de otra manera. Pero era tarde. Parecía mentira que su profesión fuese la de periodista. Se maldijo por parecer una inexperta ante la entrevista formulada. Mientras caminaba hacia la luz de la calle observó como los demás componentes del jurado la observaban silenciosos. Cuando sus pies pisaron la calle respiró hondo intentando llenar sus pulmones de aire fresco. En ese momento era lo único que la satisfacía. ¿Qué les iba a decir a su hermana y los demás? Por otra parte, estaba más que convencida que ese hombre sabía mucho más de lo que aparentaba. Un pellizco en la cintura la hizo girarse en redondo.

—¿Qué tal… cómo ha ido? —la sonrisa de Sara se borró instantáneamente al ver la expresión de su hermana.

—Mal, muy mal —contestó la joven decepcionada—. No me ha dicho nada en absoluto. Pero estoy segura de que ha mentido.

Lluís y Pepe se encontraban a su lado cuando terminó la frase.

—Pues si sabe algo… —terminó de decir Pepe—. Tendremos que averiguar cuánto.

Una sonrisa se enmarcó en su rostro infundiéndole confianza en sí misma.

—Nos os giréis… —añadió Lluís apenas en un susurro—. Pero tres del jurado, entre ellos el señor Fernández, acaban de salir y nos están mirando.

Alejandra se giró y hundió sus ojos en los del tal caballero. Su mirada resultó fría y desafiante y con una reverencia de cabeza en señal de cortesía le dedicó una de sus mejores sonrisas. Tras ella vio como los tres hombres se alejaron por la calle del Miguelete perdiéndolos entre la muchedumbre.

—¿Crees que deberíamos seguirles? —preguntó Pepe dispuesto a correr detrás de ellos.

—No creo que sea necesario —concluyó Sara—. Al fin y al cabo todos los jueves a la misma hora tenemos una cita en este lugar con ese señor y sus colegas.

—Hemos de llevar las claves de las llaves y los dibujos que hemos fotografiado a ver si Miguel consigue sacar algo en claro —continuó Lluís—. No podemos permitirnos perder tiempo.

—Tienes razón —prosiguió Alejandra mucho más tranquila—. Ahora mismo nos reuniremos con él.



El fregadero de la cocina estaba atestado de tazas de café por fregar y vasos vacíos con restos de distintos tipos de refrescos. Habían perdido la noción del tiempo ensimismados en semejante laberinto de dibujos. Estaba claro que tenían un significado en clave, como todos los pasos que habían seguido de esa búsqueda sin fin, pero desde luego éste se llevaba la palma. Miguel se devanaba los sesos por desenmascararlo y cada vez admiraba más a Jorge por su infinita habilidad con los enigmas y su astucia a la hora de trabarlos. Tía Rosa aportó su granito de arena preparando unos sándwiches para que no desfallecieran mientras sus sobrinas y los demás se lo agradecían hincándole el diente sin apenas levantar la cabeza de los papeles y las anotaciones que esparcidas por toda la habitación decoraban la estancia.

—Hemos de centrarnos… —murmuró Miguel harto ya de dar vueltas y más vueltas consiguiendo la atención de todos los presentes—. Por una parte, tenemos las iniciales, que si no nos falla la intuición creemos que nos quieren decir LA TORRE DE LOS ÁNGELES, a pesar de que nos faltan dos vocales que supuestamente se encuentran en las dos llaves que Augusto Fonfría tiene en su

poder. Sobre los dibujos que hemos ampliado y tenemos encima de la mesa —dijo señalándolos— he barajado varias hipótesis, y después de colocarlos en todas las posibilidades posibles creo haber llegado a la conclusión salvo error u omisión, de que corresponden a un, llamémosle, *mapa*.

—¿Un mapa de dónde? —preguntó Sara.

—Buena pregunta —respondió Miguel mientras se acariciaba la barbilla en claros signos de concentración—. ¡Esperad un momento! —gritó con euforia.

Rosa le miró con delirio. Sabía que Miguel representaba una pieza importante en este *puzzle*. El hecho de que hubiera convivido varios años con Jorge y hubieran compartido horas y horas de complicidad le hacía pensar que ahora sería de gran ayuda. Cuánto lo deseaba, principalmente por sus sobrinas ¡Cuánto las quería! Nunca había tenido hijos, pero reconocía que tampoco los había echado de menos. Ellas habían sabido ocupar ese espacio que toda mujer anhela en algún momento a lo largo de su vida. Se aproximó a Miguel muerta de curiosidad. Frente al portátil sus dedos iban a una velocidad de vertido aporreando las teclas y buscando la información deseada.

—Chicos… —gritó con una gran sonrisa—. Creo que estamos en lo cierto al pensar en la Torre de los Ángeles. Y además, creo saber también a qué torre se refiere.

Rosa, le agarró del cuello en muestra de cariño, mientras los demás se miraban unos a otros con una expresión de felicidad visible en sus rostros. Miguel se levantó y se llenó un vaso con limonada. Tenía la boca seca por la emoción. No podía creer que estuvieran tan cerca del final. Miró las caras de sus acompañantes y sonrió. Delataban claramente su impaciencia.

—Y bueno… —Alejandra fue la primera que no pudo contenerse.

—¿Habéis oído hablar del Palacio del Real? —preguntó a modo de profesor.

—¿Ese Palacio no desapareció en la Guerra de la Independencia y estaba situado frente al puente del Real, y en los Jardines de Viveros o del Real, de ahí sus nombres? —añadió Pepe eficientemente en sus conocimientos históricos.

—En efecto —verificó Miguel—. Tomad asiento —dijo mientras les señalaba el sofá—. El Palacio del Real fue uno de los edificios más relevantes de la ciudad de Valencia y por desgracia, uno de los más desconocidos e ignorados. Como bien ha comentado Pepe, parte de su ubicación estaba en los Jardines de Viveros, extendiéndose hacía la Calle General Elío y el bloque de fincas del otro lado. Su origen fue en el siglo XI y fue mandado construir por Abd al-Aziz como

Munya, o villa campestre de recreo. Tras la conquista cristiana, Jaime I lo convirtió en el Palacio del Real y sus sucesores los transformaron en un autentico alcázar. Para que os hagáis una ligera idea de cómo llegó a ser, su tamaño era como la superficie de dos campos de fútbol; fue llamado también el Palacio de las trescientas llaves en alusión al número de habitaciones que llegó a tener. Más tarde, tras la unión de Aragón y Castilla el noble edificio medieval fue residencia de reyes y virreyes, pasando después a ser alojamiento de los capitanes generales, hasta que durante la guerra con los franceses, como muy bien ha comentado Pepe, fue mandado demoler por la autoridades militares españolas, con el fin de que el enemigo no pudiera utilizarlo como arma contra la ciudad colocando allí su artillería.

—¿Y qué tiene que ver la Torre de los Ángeles? —pregunto Lluís impaciente.

—Todo a su debido tiempo —aclaró Miguel con una señal de la mano derecha indicándole paciencia—. Sobre el año 2005, si la memoria no me falla, el geógrafo Josep Vicent Boira estaba realizando una investigación sobre el mariscal Suchet, quien capitaneaba las tropas napoleónicas, cuando descubrió unos planos del palacio Real realizados por el ingeniero militar Manuel Cavallero en 1802. Se encontraban en el Archivo Nacional de la Biblioteca de París y al parecer fueron sustraídos, trasladados e incluidos por el mismo mariscal en una extensa colección de mapas y cartografías tras la retirada de su ejército. Doscientos años permanecieron desaparecidos esos mapas. El Ayuntamiento negoció la adquisición definitiva de los documentos, ya que eran un tesoro cartográfico, desvelando el interior del Palacio del Real, derribado en 1810. Mostraban con todo lujo de detalle desde la fachada hasta la distribución de las diferentes plantas del edificio.

—¿Cómo quedó la negociación? —preguntó Rosa atenta a la explicación.

—Como una cesión temporal —concluyó Miguel—. Estuvieron expuestos durante un tiempo en el Museo de Cervelló y fueron devueltos de nuevo a París.

—¿Cómo sabes tantas cosas? —preguntó Lluís a sabiendas de que llevaba fuera de la ciudad y del país más de veinte años.

—Te sorprende, ¿verdad? —añadió Miguel—. Nunca perdí el contacto con mi país y mucho menos con mi tierra. He procurado estar informado siempre que tenía tiempo libre. Tan solo fallé en una cosa y la más importante: no saber el paradero de Rosa —sus ojos se encontraron con ella que le apretó la mano en señal de cariño y apoyo.

—Pero el que la sigue la consigue —agregó Alejandra con voz picaruela—. ¿No dicen eso?

Los demás asintieron dando su aprobación.

—¿Nos está diciendo que la Torre de los Ángeles que buscamos pertenecía al Palacio del Real? —preguntó Pepe.

—En efecto —afirmó Miguel mientras daba un sorbo a la limonada—. El Palacio se componía de varios recintos rodeados por jardines en su parte posterior. Disponía de cuatro plantas y en los planos se detallaba desde donde dormía el cocinero hasta donde se encontraban las caballerizas o donde se limpiaba la plata. También detallaba las estancias nobles, en especial el salón del trono, también llamado la Sala de los Ángeles.

Al oír el nombre de la sala se miraron unos a otros con una risita placentera. Ahora entendían la conexión.

—¿Y cómo vamos a buscarla si lo demolieron en 1810? —preguntó Rosa confusa—. Y, además, carecemos de esos mapas para que nos indique dónde se encontraba.

—Ése no es el problema principal —añadió Miguel con cara de preocupación.

—¿Ah, no? —preguntó Rosa con el gesto de curiosidad.

—Tía Rosa tiene parte de razón —puntualizó Alejandra—. Desde luego no es un impedimento que se demoliera ese palacio porque hemos encontrado algunas de las llaves en lugares mucho más insospechados. El problema que yo veo es que siempre hemos seguido algún acertijo que de alguna manera nos ha ido abriendo puertas, pero ahora, ¿por dónde vamos a empezar a buscar si no tenemos ni una sola letra de mi padre para guiarnos?

—Alejandra, estás subestimando a tu padre —puntualizó Miguel. ¿Has olvidado quizá los dibujos que están grabados en las llaves? Con ellos nos está diciendo dónde tenemos que buscar. Lo que tenemos que empezar a activar es nuestra habilidad para saber leer su significado.

—¿A qué problema te referías antes? —preguntó Sara intranquila.

—Hay un problema añadido… —Miguel se quedó pensativo durante unos instantes, pensando cómo exponerlo.

Un silencio reinó en la habitación esperando la explicación.

—En 1986 y a raíz de unas obras realizadas en los colectores de la ciudad, fue levantado el asfalto de la calle General Elío. Bajo ella, aparecieron los cimientos de la fachada oriental del Palacio, aunque por supuesto ya se conocía.

Después de una fuerte polémica sobre si los restos debían de ser enterrados de nuevo o dejarlos al descubierto, se optó por volverlos a tapar, ya que la mencionada calle representaba una de las arterias más importantes de la ciudad. Tan solo dejaron un pequeño montículo dentro de los Jardines del Real conocido como la *montañeta del General Elío*.

—Lo he visto en alguna ocasión mientras paseaba por los Viveros —aclaró Sara—, aunque no sabía realmente su procedencia.

—Quieres dejarle terminar… —murmuró Lluís nervioso.

—Pues resulta que después de veintitantos años, la Junta de Gobierno ha decidido reanudar las obras de nuevo —terminó de decir Miguel a duras penas.

—¿Quieres decir que cuando vayamos, vamos a estar acompañados de un grupo de arqueólogos? —gritó Pepe sin dar crédito a lo que había escuchado.

—Me temo que sí —confirmó Miguel resignado—. Parece ser que es uno de los proyectos de recuperación de patrimonio más importantes de la historia de la ciudad. Su inversión asciende a más de un millón de euros y el proyecto es excavar y construir una marquesina o un edificio ligero y acristalado para protegerla.

Pepe lanzó un silbido que no pudo reprimir al oír la desorbitada cantidad que se iban a gastar.

—¿Y a qué esperamos? —pronunció Alejandra ansiosa por empezar con la búsqueda, mientras un cosquilleo de adrenalina le recorría la médula espinal.

—No podemos dejar ni un solo cabo suelto, y de hecho podemos hacerlo —sugirió Miguel tomando el mando—. Sería conveniente que echáramos un vistazo a los Viveros para ver cómo van las excavaciones y, hacer un repaso general de los horarios que tienen y quienes son las personas que componen el grupo.

—Me parece buena idea… —dijo Lluís enérgico—. Pepe y yo iremos mañana y haremos un seguimiento.

—Sara y tú —dijo Miguel señalando a Alejandra— deberíais tener controlados a los componentes del Tribunal de las Aguas y saber qué tienen que ver en todo este asunto.

Las dos jóvenes asintieron con un movimiento de cabeza.

—¿Y nosotros qué haremos, Miguel? —preguntó Rosa viendo que no tenía nada que hacer.

—Nosotros tenemos que averiguar el significado de los jeroglíficos de las doce llaves. Si es un mapa, hay que desvelarlo si queremos que nuestros planes

salgan bien.

Todos y cada uno de ellos habían accedido de buen grado a que Miguel ocupara el lugar del liderazgo sin que allí se pronunciara nada al respecto. Sobraban las palabras. Sabían que su experiencia en este terreno les iba a ser muy favorable y además, era una persona que se hacía respetar.

Miguel recorrió con la mirada a todos los presentes y se dio cuenta de que se habían convertido en una verdadera piña. Se sintió orgulloso de ello y en ese momento, supo que llegarían hasta el final.



Capítulo 77

Ese jueves había amanecido igual que todos los demás días, solo que esa mañana la Casa Vestuario acogía a los miembros del Tribunal de las Aguas mucho más temprano que de costumbre. Reunidos con los primeros rayos del alba y con la máxima urgencia, uniformados con los blusones típicos valencianos que les caracterizaban y sentados alrededor de su habitual mesa, discutían y se reprochaban unos a otros sin conseguir ponerse de acuerdo. Parecía mentira su disconformidad en esos momentos, cuando precisamente su cordialidad y su sensatez para atajar los problemas era su lema predominante.

—¡Calma, señores! ¡Calma, por favor! —intentaba poner orden Humberto Fernández, jurado de Favara, y presidente del Tribunal sin conseguirlo.

Aquello más que una reunión de hombres serios y civilizados parecía un mercado en hora punta. Habían perdido totalmente el control de la situación.

Humberto Fernández volvió a insistir de nuevo, aunque esta vez con un tono mucho más severo y enérgico.

—¡Por favor!… ¡Señores!… ¡Basta ya!

Sus palabras empezaron a surtir efecto. Las voces graves y comentarios malhumorados de los demás componentes del Tribunal de las Aguas se fueron aplacando poco a poco dejando la estancia envuelta en un perpetuo y descarado murmullo de fondo.

—Calma, por favor… —volvió a insistir—. Os pido calma y paciencia para deliberar lo que está sucediendo.

Por fin, el murmullo de unos y otros se atajó dejando paso a un estremecedor silencio. Humberto creyó oportuno abordar la situación ahora que la tormenta por el momento hacía cesado, y los ánimos parecían haberse tranquilizado.

—Ante todo, os agradezco vuestro madrugón por acudir a esta reunión. No voy a deciros lo sacrificada que es nuestra misión y la de cada uno de todos nosotros —empezó diciendo con un tono de confianza y seguro de sí mismo. Todos sabían que era un gran orador y lo tenían en muy buena estima, de hecho, era el componente más veterano del Tribunal, cuarenta años al pie del cañón y no había decaído ni una décima en sus obligaciones. Todos lo respetaban demasiado como para contradecirle, y más sabiendo que sus palabras eran sabias y certeras—. Os agradezco vuestro apoyo y lealtad durante todos estos años… Jaime, —dijo dirigiéndose al jurado de Quart que tenía a su derecha—. Tú mismo llevas treinta y cinco años con nosotros. Adolfo —esta vez se dirigía al jurado de Mislata situado a su izquierda—, tú nos acompañas veintisiete años. No voy a nombraros a todos pero como bien sabéis hemos pasado muchas buenas y malas rachas a lo largo de nuestro trayecto juntos, y como de todos es bien sabido, el Tribunal de las Aguas también ha sido víctima de sabotajes y altercados, algunos de ellos muy peligrosos a lo largo de su historia. Pero siempre ha salido adelante —su tono de voz fue más firme haciendo hincapié en esa última frase— y ha flotado como el aceite, gracias a Dios y a la ayuda de todos los que con su apoyo han contribuido a que sea así. Nuestros antecesores tenían una misión importante que cumplir y la cumplieron, y nosotros nos comprometimos a seguir con ella hasta el final de nuestros días y así vamos a continuar. De nuevo ha surgido una amenaza para su continuidad. Todavía no sabemos la gravedad que supone, ni la medida de sus repercusiones, pero hemos de tener los ojos bien abiertos ante cualquier anomalía en nuestros menesteres.

Hubo varias manos alzadas en señal de pedir la palabra. Humberto Fernández le cedió el turno a Lorenzo Alonso, jurado de Rovella.

—Humberto, felicito tu discurso y que nos hayas recordado nuestro juramento y compromiso, pero con todos mis respetos, creemos que la situación es más grave de cómo tú la pintas.

—Sé la gravedad del asunto… —continuó el presidente del Tribunal—, y máxime ahora que las hermanas Ferrer saben de nuestra existencia y nos han relacionado con la búsqueda que están llevando a cabo. Creí conveniente mantenernos al margen y continuar con la discreción que nos caracteriza pero creo que he errado en mis conclusiones y posiblemente haya cometido un gran error. Siento que mis facultades están menguando y quizá debería empezar a plantearme el renunciar a mi cargo…

—Humberto… —atajó Juan Alcázar—. Es cierto que tu proposición de

mantenernos al margen ha sido hasta ahora nuestra mejor baza y es posible que no haya sido la mejor decisión respecto a la búsqueda que se nos ha venido encima, pero no estamos de acuerdo y hablo en nombre de todos nosotros en que renuncies y des un paso atrás para retroceder en el cargo que ocupas. Todos nosotros… —hizo un barrido con la mirada en todos los presentes para confirmar su aprobación y fue correspondida como esperaba— queremos que continúes como hasta el momento, y creemos que no hay nadie que pueda representar el cargo con mejor nobleza y sabiduría que tú.

—Os doy las gracias por vuestro apoyo y fuerza moral. Sé que hemos mantenido a las hermanas Ferrer controladas durante muchos años. Estaba claro que tenían que crecer y también está claro, aunque solo sean conjeturas por nuestra parte, que su padre les debió de dejar alguna pista para que ellas se embarcaran en semejante aventura.

—Estoy de acuerdo contigo —añadió Adolfo Serrano, jurado de Mislata— y además esa joven, Alejandra Ferrer, nos ha estado pisando los talones a Jaime y a mí desde hace dos días. No sé cómo se ha enterado de nuestros movimientos pero rara vez la hemos perdido de vista en estas cuarenta y ocho horas.

Humberto cedió la palabra a Jaime Santos, jurado de Quart para contrastar esa afirmación.

—Es totalmente cierto. Y cierto es que vivimos los dos en la misma calle y eso le pueda haber facilitado la manera de espiarnos. Y no hemos sido los únicos. Su hermana ha estado siguiendo también a Lorenzo y a Juan —estos asintieron—. ¿Pero qué es lo que pretenden esas jóvenes? ¿No sería más fácil decirle que era cierto que estuvimos en esos dos funerales?

—Pues es algo que me está quitando el sueño —prosiguió Humberto Fernández—. No creo que eso sea una buena idea. Implicaría dar explicaciones —replicó negando con la cabeza al mismo tiempo—. Hasta ahora nos hemos mantenido al margen de toda sospecha y en el más absoluto anonimato y, debemos seguir en la misma línea.

—Pero y… ¿si no podemos impedirlo? ¿Y si nos llevan una ventaja que desconocemos y logran acceder al lugar sagrado? —preguntó Adolfo con la expresión descompuesta—. ¿De qué habrán servido todos nuestros esfuerzos, y el de todos nuestros antepasados?

—No nos anticipemos a algo que no va a suceder —continuó Humberto con el alma en un puño—. Hemos de estar muy, pero que muy despiertos —sus ojos se perdieron con la mirada abstraída y llena de preocupación.

—Todos confiamos en que sea así, en que tengas razón… —replicó Lorenzo Alonso, Jurado de Rovella.



Era la hora acordada. Miguel consultó el reloj por enésima vez en los últimos diez minutos. Rosa trajinaba en la cocina preparando café cuando el sonido del timbre de la puerta les sacó de su mutismo y preocupación. Miguel se dirigió a la puerta y al abrir pudo comprobar que los cuatro jóvenes esperaban ansiosos y sonrientes a la vez.

—Buenos días, muchachos… Puntuales como siempre —murmuró.

Después de los saludos pertinentes tomaron asiento mientras Rosa les mimaba con una café caliente.

—Gracias, tía… —añadió Sara al tiempo que se acercaba la taza a los labios.

—¿Qué tenéis? —preguntó Miguel dirigiendo una curiosa mirada y haciendo un barrido de las caras de los presentes.

Lluís fue el primero en hablar.

—En estos últimos días nuestra primordial misión ha sido ver todos, absolutamente todos los movimientos de las excavaciones de los Jardines del Real como bien nos encomendaste —dijo mientras miraba fijamente a Miguel al mismo tiempo que le entregaba un cuaderno con anotaciones de horarios y personal autorizado a las obras—. Está todo ahí. Está supervisado por el Servicio Municipal de Arqueología. En la intervención trabajan veintitrés operarios, un topógrafo y cuatro arqueólogos. En estos momentos han colocado una pequeña barandilla donde la gente puede admirar parte de los restos encontrados. Pero si lo que buscamos está ahí dentro, lo tenemos bastante crudo.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Miguel muy interesado.

—Porque solo hay un montón de piedras de lo que supuestamente fue parte del Palacio del Real —puntualizó Pepe continuando con la explicación.

—No nos desanimemos —dijo Miguel intentado dar ánimos—. ¿Y vosotras? —dijo señalando a las dos hermanas.

—Hemos estado bastante ocupadas siguiendo los pasos de varios componentes del Tribunal.

—¿Y?

—Pues aparentemente llevan una vida normal. Al principio intentamos pasar desapercibidas pero somos profanas en la materia y no tardaron en darse cuenta de que les teníamos vigilados. Además, nos dio la sensación de que nos conocían… de que sabían quiénes éramos.

—Seguramente —murmuró Miguel—. ¿Seguisteis también a Humberto Fernández?

—No, pensábamos hacerlo hoy a la terminación del juicio del Tribunal de las Aguas.

—Hay un dato curioso que posiblemente no tenga mayor relevancia… —añadió Lluís pensativo—, pero durante nuestras diligencias en cuanto a los yacimientos del Palacio del Real, el señor Humberto Fernández estuvo merodeando por los alrededores en compañía de otro hombre que ahora mismo no consigo identificar.

—¿Y? —preguntó Sara—. Posiblemente estuviera dando un paseo por los jardines.

—No digo que no, pero no lo creo. Se recreó mucho en los restos arqueológicos y no dejaba de mirar a todos lados como si estuviera pendiente de la gente que se encontraba allí. Pero eso no fue lo raro.

—Lluís, ¿quieres terminar de una puñetera vez? Nos tienes con la miel en los labios… —dijo Alejandra, nerviosa por su explicación. ¿Adónde quería ir a parar?

—Tranquila, que ya voy al meollo de la cuestión —dijo Lluís con tono de fastidio, ya que se les terminaba el tiempo de incertidumbre—. Pues que lo teníamos vigilado, discretamente claro —puntualizó mirando a Pepe que era cómplice en su explicación— y sin darnos cuenta desapareció…

—Vamos a ver… ¿cómo que desapareció? —preguntó Rosa que hasta el momento había permanecido de oyente yendo y viniendo a la cocina.

—Pues eso, Rosa —intervino Pepe dando total credibilidad a los comentarios de su fiel amigo Lluís—. Desapareció como lo estáis oyendo. Pero para más «inri» no solo el señor Fernández, sino también su acompañante. Es cierto que estaba anocheciendo, pero no es suficiente excusa, porque todavía había la suficiente luz como para no perderlos de vista tan fácilmente, ya que no había una vegetación abundante para ocultarlos.

—¿Recordáis el lugar exacto donde se encontraban en ese momento? —preguntó Miguel atento.

—Por supuesto —afirmó Lluís tomando de nuevo la palabra—. De hecho,

minutos después nos acercamos intentando averiguar qué narices había sucedido… sin ningún resultado. Se los tragó la tierra, como se suele decir vulgarmente.

—Estoy seguro de que tiene una explicación, por muy descabellada que parezca —continuó Miguel hablando casi entre dientes—. Todos hemos sido testigos de este entremezclado de trabas y despropósitos hasta conseguir las ansiadas llaves. ¿Por qué no pensar que hay una entrada oculta que se comunica con el Palacio del Real?

Los presentes se quedaron pensativos por unos instantes. En efecto, parecía una propuesta disparatada, pero ¿acaso no llevaban algo más de un año a base de experiencias irracionales, viviendo en un mundo fantástico y alocado donde habían tenido que sumergirse en las entrañas de la tierra en más de una ocasión a través de unos pasadizos que posiblemente nadie sabía que existían? Todo aquello era una historia que no tenía ni pies ni cabeza, pero a pesar de ello era la historia de todos y cada uno de ellos y les tocaba vivirla en esos momentos. ¿Por qué no pensar que Miguel pudiera tener razón? ¿Y si efectivamente ese era el final de esta búsqueda interminable?

—Puede que no sea tan descabellada como dices, Miguel —alegó Alejandra —, y puede también que ese tal Humberto Fernández sepa mucho más de lo que nosotros nos imaginamos. Creo que no podemos permitirnos perderlo de vista.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo Miguel mirando al resto del grupo—. Habrá que vigilarlo estrechamente y controlar absolutamente todos sus movimientos. Tenemos que ser su sombra.

Todos asistieron.

—¿Y si lo hiciéramos nosotros? —agregó Pepe, refiriéndose a Lluís también —. Posiblemente no nos identifique.

—Me parece bien —añadió Miguel mirando a Sara y a su hermana esperando su aprobación. Pero creo que debemos presionarlo para que pierda los papeles y con ello los nervios.

—No va a ser fácil —puntualizó Alejandra—. Cuando hablé con él el jueves pasado me pareció que no era un hombre fácil de intimidar. Al contrario, la sensación era de una persona madura, con una extrema educación, que ha vivido mucho y con una calma y una seguridad en sí mismo palpable en el ambiente.

—Pues querida hermanita, tienes que montártelo como quieras para que pierda esa calma —dijo Sara sin dejar de mirarla—. Vamos, dicho de otra manera, tiene que sacarlo de quicio.

—Lo intentaré… —Alejandra miró el reloj. Eran casi las once de la mañana. Disponía de una hora para estar presente en el nuevo Juicio del Tribunal de las Aguas y tenía que ingeniárselas para sacarle toda la información posible a ese hombre, o por lo menos, ponerlo nervioso para que diera un paso en falso.

—Todavía no me habéis preguntado que tal mis investigaciones con las marcas de las llaves —añadió Miguel cambiando de tema y ansioso por mostrar algo de ellas.

Los jóvenes se miraron unos a otros con un hilo de esperanza.

—Acercaos… —murmuró Miguel con una flamante sonrisa—. Es muy interesante lo que he descubierto.

Todos alrededor de la mesa esperaban ansiosos una respuesta convincente.

—Creo que estábamos equivocados respecto a lo del mapa. Más bien son símbolos que nos están indicando algo. Fijaos…

Miguel mostró una de las llaves y el supuesto dibujo. Tres pequeñas protuberancias a modo de bolas estaban talladas bajo del ojo o anilla.

—Son como diminutos guisantes —puntualizó Sara sin dejar de prestar atención.

—En efecto —afirmó Miguel—. Hay dos llaves que tienen las mismas marcas, mientras que estas otras dos —dijo al tiempo que las intercambiaba— son diferentes…

Los jóvenes se aproximaron con sumo interés. Ahora los dibujos cambiaban de forma simulando una especie de X en horizontal con una bola en su intersección.

—¿Has averiguado a qué pueden pertenecer? —preguntó Pepe confundido.

—Todavía no. Pero me llama la atención son dibujos monótonos…

—Muy bien, tenemos cuatro de las llaves que aparentemente nos quieren decir algo —añadió Alejandra—. ¿Qué nos dices de las otras seis que tenemos en nuestro poder?

—De momento nada, pero todo se andará —murmuró Miguel con una flamante sonrisa.



Capítulo 78

La temperatura había descendido respecto a los días anteriores, y las grisáceas nubes como un ejército de soldados, cubrían la plaza de la Virgen amenazando con descargar tormenta, pero a pesar de ello, la gente se apelotonaba alrededor de la puerta de los Apóstoles de la Catedral con la intención de ver uno de los famosos juicios valencianos del Tribunal de las Aguas. Sara y Alejandra llevaban casi una hora en el lugar y habían observado todos y cada uno de los movimientos de los componentes del Tribunal, en especial a Humberto Fernández. No se habían preocupado de disimular su posición y mucho menos de falsear sus objetivos. No tenía sentido hacerlo, ya que al término del juicio se iban a presentar ante ellos para de alguna manera pedirles explicaciones. Su intención: empezar a crear una especie de tensión o nerviosismo, si es que realmente tenían algo que ocultar.

Como la tradición indicaba, dio comienzo al toque de las doce campanadas del Miguelete. El alguacil fue mencionando el nombre de una acequia detrás de otra en espera de que algún demandante solicitara audiencia. En este caso, y a diferencia de la semana anterior, un hombre se presentó al nombrar la acequia de Mislata y explicó su problema. Después del veredicto por mutuo acuerdo tras exponer el tema y buscar una solución justa se dio por concluido el juicio. El alguacil, seguido de los miembros del Tribunal, les condujo como habitualmente hacía a la Casa Vestuario, pero cuál sería su sorpresa cuando entraron, al ver que Sara y Alejandra ya se encontraban dentro dispuestas a bombardear con una retahíla de preguntas. Los músculos de la cara de Humberto Fernández, al igual que la de sus acompañantes, se tensaron al verlas. Estaba claro que no eran bien recibidas.

—Señoritas Ferrer, no entiendo que es lo que hacen aquí y por qué motivo les han dejado entrar —fue el primer comentario que se oyó por boca del señor Fernández, mientras el resto susurraba sus quejas casi en silencio.

—Me alegro que se acuerde de mí y también de mi apellido —añadió Alejandra con picardía—. Lo que me llama la atención es que nos haya llamado a las dos por el mismo apellido dando por sentado que somos hermanas. ¿Será porque quizá nos conoce?

—O quizá será porque las dos son como dos gotas de agua —puntualizó Humberto Fernández con una voz serena, tranquila y con un toque algo irónico.

—Señor Fernández, necesitamos hablar con usted de algo importante —añadió Sara de forma respetuosa.

—Mire, señorita, la semana pasada ya le dije a su hermana que no tenía absolutamente nada que decir.

En ese preciso momento Jaime Santos, jurado de Quart, se aproximó a él y susurrándole al oído le dijo: «Quizá sea mejor que hables con ellas y averigües hasta que punto saben al respecto». Humberto reflexionó sobre esa observación durante unos instantes y seguidamente, rectificó.

—Les concedo tan solo diez minutos.

Sara y su hermana le siguieron hasta una antesala parecida a una pequeña biblioteca. Humberto tomó asiento y les indicó a las dos jóvenes mediante un movimiento de manos que le imitaran.

—Señor Fernández nos gustaría saber qué lazos le unían a mi padre y a mi abuelo para acudir a su sepelio —preguntó Alejandra.

—Señorita Ferrer, vuelve usted a la misma pregunta y creo recordar que ya se la contesté el jueves pasado.

Su mirada era fija pero no fría. Había algo en ella que Alejandra por unos instantes se sintió perturbada. ¿Por qué no podía comportarse de una forma indeseable con él? ¿Por qué no le fluían las preguntas como a ella le hubiera gustado? Intentó reaccionar ante ese repentino atontamiento.

—Se lo preguntaré de otro modo: ¿Conocía usted a mi padre? —su voz sonó con dulzura y casi con suplica.

—No —su respuesta fue rápida y directa y con la misma línea en el tono sin altos ni bajos.

—Entonces no hacemos nada aquí —murmuró entre dientes Alejandra—. No puede ayudarnos a resolver cierto enigma.

Sara la miró con incredulidad. Eso no era lo que habían comentado. ¿Por qué

reaccionaba así cuando se suponía que tenía que atacarle para sacarle de sus casillas? Por un momento dudó en llevar ella las riendas del interrogatorio pero ¿y si era una estrategia? Entonces decidió llevarle la corriente en todo, confiaba en su hermana y confiaba aún estando a ciegas.

Las dos hermanas dieron un paso dirigiéndose a la salida. Tan solo una palabra por parte de ese hombre les haría detenerse.

—Quizá si me lo contáis y está en mi mano, pueda ayudaros —dijo el hombre con tono amistoso.

Las hermanas se detuvieron en seco. Eso albergaba una pequeña esperanza. Alejandra le pareció percibir una ínfima y cierta nostalgia en el tono de su voz. Algo que no había experimentado anteriormente.

—Es difícil de explicar —continuó la joven—. Hay indicios que nos llevan a un lugar determinado de esta ciudad. Señales que según mi padre nos conducen a cierto punto en el que posiblemente haya escondido algo que pueda cambiar el rumbo de la humanidad —sus ojos estaban fijos en los de ese hombre mientras pronunciaba las frases. Quería ver cualquier cambio en su rostro, en su mirada.

—Me temo que si no es más explícita… —añadió el hombre intentando no mostrar ninguna señal que le delatara que sabía perfectamente de qué le estaba hablando.

—Si todo esto que le estoy diciendo no le suena a nada, creo que hemos terminado la conversación —concretó Alejandra con voz firme—. Creo que usted podría ayudarnos pero si no quiere colaborar, no seremos nosotras quienes le obliguemos.

—¿Es por eso que han seguido a varios miembros del Tribunal durante estos últimos días?

—Sí, en efecto. Pensamos que ustedes podrían tener algo para poder resolver este enigma —dijo Alejandra mirándole de nuevo a los ojos—. Pero veo que no hay nada que hacer. De todas formas aquí tiene mi número de teléfono por si en un momento de lucidez decide echarnos una mano.

Humberto estaba desconcertado ante la franqueza de esa muchacha. No cabía duda que era hija de Jorge Ferrer. De buena gana les habría hecho sentar y les habría contado hasta la última pieza de este *puzzle*. Pero todavía no había llegado el momento. Todavía no.

Sara y Alejandra habían salido de la Casa Vestuario decepcionadas. Mientras comentaban lo sucedido, avanzaban camino de los Jardines del Real para reunirse con Lluís y Pepe.

—Estoy segura de que ese hombre sabe algo —murmuraba Alejandra.

—Yo también. ¿Te has fijado cuando le has formulado la pregunta del lugar al que nos conducían las señales de nuestro padre?

—Sí, y eso que ese hombre es muy listo y está acostumbrado a dominarse con una parsimonia fuera de lo común. Pero los músculos de su mandíbula inferior se han contraído ligeramente a pesar de que ha intentado suavizarlo. ¿Cuándo se destapará todo esto? Llevamos más de un año y estamos casi como al principio.

—¿No te irás a derrumbar ahora, verdad Alejandra? —dijo Sara cogiéndole la mano mientras caminaban—. Justo ahora es cuando más unidas y más fuertes hemos de ser. Porque algo me dice que el desenlace de esta búsqueda sin fin está llegando a su término.

Alejandra le dio un apretón en la mano y le sonrió. Ya estaban llegando, de hecho acababan de pasar el Museo Pío V y caminaban paralelas a la verja de Viveros. Entraron por una pequeña puerta y atajaron por los laberintos de vegetación hasta llegar al punto de encuentro.

—¡Allí están! —gritó Sara al ver a Lluís y Pepe.

Cuando llegaron a su altura y después de intercambiar los hechos acontecidos recorrieron los restos arqueológicos mientras Lluís y Pepe les intentaban poner al día. Un panel informativo con los planos de lo que fue el Palacio del Real les iba indicando por donde se encontraban en todo momento. Pasaron por lo que en su día fue el foso, la torre de la reina, las bodegas y despensas, la puerta suroccidental, el pórtico, la puerta principal. A través de una pequeña barandilla que impedía el descenso hacia los restos, cada uno intentaba imaginarse como era antes de su derrumbe, mientras tanto, solo podían deleitarse admirando un buen montón de piedras.

—¿Crees que de verdad hay algo aquí abajo? —preguntó Pepe a Sara.

—No lo sé, pero quiero creer que sí. Sería una forma de pensar que nuestra búsqueda está llegando a su fin y no ha sido en vano.

—¿Dónde decís que se encontraba Humberto y su amigo cuando desaparecieron misteriosamente? —preguntó Alejandra interesada.

En ese momento se encontraban en la parte más alta, donde las vistas que disfrutaban eran realmente atractivas y estaban envueltos por un abundante

follaje, donde perderse hubiera sido soñar en el paraíso. Lluís estiró el brazo indicando la posición exacta. Todos dirigieron las miradas al lugar en cuestión. Una fuente con el busto de la Dama de Elche se encontraba en el centro de una pequeña plaza donde dos bancos de piedra le acompañaban. Parecía imposible que se los hubiera tragado la tierra en ese encantador rincón, donde ni árboles, ni ningún otro tipo de obstáculo les había podido camuflar.

—Sé lo que estáis pensando… —murmuró Pepe—. Pero os aseguro que los perdimos de vista en cosa de segundos y de una forma inexplicable.

—Será mejor que nos acerquemos —sugirió Alejandra—. Igual sacamos algo en claro.

Los cuatro jóvenes, sin más preámbulos, se dirigieron al busto de la Dama de Elche, mientras cada uno de ellos estudiada la situación y los alrededores en el más absoluto silencio.

Recorrieron cada centímetro del lugar sin tener demasiado claro lo que buscaban en realidad. Alejandra posó sus enormes ojos verde oliva frente a la estatua de la Dama de Elche. Estaba claro que un misterio se ocultaba en su alrededor, y por qué no pensar que lo escondía esa bella mujer. Se deleitó con la curvas de su perfil, su nariz, el contorno de sus labios, la perfección del ovalo de su cara; las joyas que portaba le llamaron tremendamente la atención: collares y coronas repletos de filigranas y como una especie de ruedas que le cubrían las orejas atestadas de grabados. Por un momento, sus ojos se clavaron en esos grabados. ¿Dónde los había visto? Sabía que había sido recientemente pero… ¿dónde? Miró a su alrededor y chistó a su hermana para que se acercara.

—Fíjate en los grabados de los adornos de las orejas. Sé que los he visto antes pero no recuerdo bien dónde…

Sara obedeció a su hermana sin rechistar y una luz se desprendió de su mirada, unida a una sonrisa incontrolada al reconocer sobradamente los símbolos.

—¡Alejandra, ya lo tenemos! —murmuró sin poder contener la emoción—. Son los mismos que nos mostró Miguel y que se encontraban en las llaves.

—No puede ser… —el corazón le dio un vuelco al comprobar que era cierto. Parecía que iban por buen camino y sin perder tiempo llamaron a Lluís y Pepe para que se acercaran.

—Hay que avisar a Miguel y Tía Rosa —puntualizó Sara algo nerviosa viendo que los últimos acontecimientos se habían sucedido tan deprisa sin llegar a asimilarlos que el solo pensar que cabía la posibilidad de que estuvieran a

punto de desvelar semejante misterio, le alteraba el estado emocional segregando mucha más adrenalina.

Mientras Alejandra ponía a su tía al día, los demás revoloteaban a su alrededor como moscas a la miel.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Pepe inquieto.

—Que vienen hacia aquí.

Mientras esperaban tomaron asiento en uno de los bancos frente a la fuente donde se encontraba el busto de la Dama de Elche, mientras unos y otros clavaban sus ojos en semejante imagen con los pensamientos abstraídos, dos hombres en el más absoluto silencio les vigilaban ocultos entre unos arbustos.



Tía Rosa intentaba seguir el paso de Miguel pero lo conseguía a duras penas. A pesar de sus cincuenta y tantos años reconocía que estaba como un chaval. Cada día que pasaba se alegraba más de haberlo encontrado de nuevo, de que apareciera en su vida como por arte de magia y después de haberlo dado por perdido. Reconocía sin ningún tipo de dudas que se había convertido en una pieza clave de esta lucha y que la ayuda incondicional prestada a sus sobrinas no tenía precio, y lo más importante, que se sentía totalmente segura a su lado e irremediablemente enamorada de él. Quién lo iba a decir, que a su edad estuviera recuperando las ilusiones que con el paso del tiempo se habían apagado por completo.

—Vamos, Rosa… —murmuró Miguel dulcemente mientras le tendía la mano para ayudarla a seguir su ritmo. Los muchachos están esperándonos y no podemos perder tiempo.

Rosa le correspondió con una suave y tierna sonrisa. Cada vez estaba más segura de su amor.

—¡Allí están!… —volvió a murmurar él conteniendo la alegría.

Tras los saludos pertinentes Miguel se colocó enfrente de la dama de piedra y observó las filigranas de sus adornos. Inconscientemente, sus dientes brillaron al emitir una sonrisa de triunfo. Tal y como Alejandra le había indicado por teléfono, las marcas de las ruedas que llevaba la dama ibérica a la altura de sus orejas eran idénticas a las cuatro de las doce llaves encontradas. De momento, no

entendía la conexión, pero estaba convencido de que acababan de dar un paso hacia adelante.

—Sería conveniente que subiéramos hasta la dama —propuso Miguel mirando la altura de más de dos metros que les separaba de ella.

—¿Y qué hacemos con el agua del estanque? —preguntó Sara mirando los pies de todos los presentes.

—Habrá que mojarse… —murmuró Pepe con sorna.

—Sí, me temo que sí… y no podemos hacerlo a la luz del día —advirtió Lluís cargado de razón—. Tendremos que aguardar a que anochezca. Este lugar está demasiado transitado y nos delataríamos nosotros mismos.

—Me parece muy sensato por tu parte, y tienes razón —concluyó Miguel mirando el reloj. Con la emoción se les había olvidado llenar sus estómagos y ya empezaban a refunfuñar—. Son casi las tres, hora de coger fuerzas. Deberíamos buscar un lugar para comer y dejar la tarde para ultimar los pequeños detalles que no se nos pueden pasar por alto. Haremos una lista de todo lo necesario y creo que las llaves deberían acompañarnos —sugirió—. Pensad que aunque suponga un riesgo transportarlas, creo que pueden ser necesarias y me temo que nos van a hacer falta. Esta noche sin más demora tenemos una cita ante la bella dama ibérica.



Dieron el paso siguiente, tal y como Miguel había sugerido. Habían acudido al Banco de Valencia para retirar las diez llaves que poseían. Escondidas en mochilas las transportaban con sumo cuidado esperando no tener el menor de los tropiezos.

Las horas habían pasado con una velocidad vertiginosa. Apenas habían probado bocado en el lugar escogido para ello. Los nervios de estar en las últimas bocanadas de esta interminable aventura les habían provocado una inapetencia generalizada.

En casa de Miguel y después de comentar los pasos a seguir, repasaban la lista hecha unas horas antes asegurándose de que no les faltaba nada. No sabían cómo se iba a desarrollar esa noche. Podía ir todo como la seda y llegar hasta el clímax más absoluto de su búsqueda o, por el contrario, podían volverse desanimados y con las manos vacías. Se había incluso barajado la posibilidad de

que fuesen solamente los varones por el riesgo a que pudiera acarrear algún peligro, pero por supuesto se había desechado de inmediato. Las dos hermanas habían argumentado con convicción por todas las calamidades que les había tocado vivir para conseguir el resto de las llaves, estaba claro que se habían ganado a pulso uno de los primeros sitios en esa obra de teatro. Además, no estaban dispuestas a quedarse en casa y privarse de uno de los momentos posiblemente más importantes de sus vidas, a sabiendas de que era una de las debilidades y peticiones de su padre. Sara y Alejandra habían empezado esa lucha incondicional y no pensaban tirar la toalla pasara lo que pasara, aunque para ello tuvieran que pasar por encima de quien hiciera falta.

—Ha llegado el momento de marcharnos —dijo Miguel tomando el mando —. Entraremos en los Viveros y nos camuflaremos hasta que cierren sus puertas, tal y como lo hemos acordado. Nos separaremos por parejas y cada una llevará una mochila y accederá a los jardines por una puerta distinta. Todos sabemos lo que tenemos que hacer. A la hora acordada nos veremos frente al estanque de la Dama de Elche. Sincronicemos nuestros relojes y que Dios nos acompañe esta noche.

Una tímida sonrisa brotó de sus rostros, camuflada entre incertidumbre y esperanza.



Capítulo 85

El tiempo apremiaba y los nervios de todos y cada uno de ellos iban caldeando los ánimos y espesando el ambiente. Lluís consultó su reloj por quinta o sexta vez en los últimos diez minutos. El tono de voz había aumentado y los gritos de unos y otros habían alterado la paz de ese malicioso agujero convirtiéndose en un vulgar mercado. Nadie era capaz de manifestarse como voluntario para introducir sus extremidades en esas siniestras grietas a riesgo de perder sus valiosas manos. ¿Acaso merecía la pena todo ese sacrificio? Se preguntaban algunos… Pero habían llegado a un punto en el que no podían retroceder y después de todo lo avanzado, les hacía pensar que el final estaba próximo.

Humberto Fernández pidió calma sin ser escuchado.

—Por favor, señores… —dijo consiguiendo algo de silencio—, de esta forma no vamos a solucionar nada, y el tiempo apremia.

—No podemos dejar que los nervios nos traicionen de esta manera —puntualizó Miguel a favor del presidente del Tribunal de las Aguas—. Tenemos que saber mantener la calma.

Por fin, el silencio fue la nota dominante aunque por más de uno a regañadientes.

—Señores… —continuó Humberto Fernández—, como ya sabemos, la pared de la derecha nos está advirtiendo con sus símbolos sobre nuestro siguiente paso. Como ya les he dicho, solo soy capaz de interpretarla a duras penas pero deben creerme cuando les digo que es un aviso.

—¿Y qué pasa con la otra pared? —preguntó Alejandra señalando las fisuras y los garabatos que la rodeaban.

Miguel se adelantó y, acariciándolas, dijo:

—Creo que estas palabras están escritas en hebreo o arameo, aunque soy incapaz de leerlas.

El señor Fernández se aproximó y le sonrió.

—Tiene usted parte de razón Miguel. Es una palabra aramea repetida varias veces —dijo mientras señalaba letra por letra—. *Effeta* —pronunció en voz alta —. Es el imperativo del verbo abrir y significa: *Ábrete*… Tan solo hay que pronunciar estas palabras al mismo tiempo que se introduzcan las manos y podremos salir de aquí.

—Así suena muy bien… —añadió con sarcasmo Lluís.

—¿Y quién será el sacrificado? —murmuró Erika.

—Como ya les he dicho, no soy yo quién debe decidir —contestó Humberto Fernández.

—¿Y si yo le dijera que es usted el elegido? Al fin y al cabo, usted ya ha perdido uno de sus dedos —bramó Augusto Fonfría señalando al presidente del Tribunal de las Aguas. Dicha amenaza puso los pelos de punta a todos los presentes teniendo en cuenta el arma de que disponía.

—Le diría que no soy yo la persona indicada, y pasadas las seis en punto, o sea dentro de unos quince minutos, los gases inundaran esta estancia y usted, al igual que todos los demás nos asfixiaremos sin poder remediarlo.

Hubo un silencio unánime. Ese hombre les tapaba la boca en el momento que se lo proponía. Pero ¿y si era una estrategia o una simple excusa para salir airoso y conservar enteras sus manazas?

—Les sugiero que hagan un examen de conciencia… —murmuró Humberto Fernández. Les recuerdo que es una prueba de fe. Tan solo quien esté aquí por un motivo de nobleza y de fuerza mayor dejando a un lado el egoísmo, la avaricia y la codicia, podrá conseguirlo.

Alejandra miró a su hermana mientras acariciaba las mejillas de su tía dándole ánimo, y seguidamente, cerró los ojos. Sería ella, tenía que ser ella… sus razones para estar allí tenían la fuerza suficiente como para pronunciarse. El motivo fundamental de su búsqueda se basaba en hacer realidad los sueños de su padre y ante todo, desenmascarar la extraña muerte de él y de su madre dejándoles huérfanas a ella y a su hermana. Pero ¿y si no eran lo suficientemente fuertes? Se miró las manos y una ligera nausea le revolvió el estomago al tiempo que un repentino escalofrío le recorrió la columna vertebral.

—¡Lo haré yo! —pronunció en voz alta con plena convicción.

—¡No!… —gritó su hermana Sara—. Alejandra, tú no puedes hacerlo, espera…

Lluís se aproximó hacia ella y la abrazó.

—No, Alejandra… no puedo permitirlo, yo lo haré en tu lugar —añadió con resignación.

—¡Qué tierno! —dijo Erika cargada de sarcasmo. Voy a vomitar.

Pepe se adelantó y se colocó de espaldas a las grietas, a continuación añadió:

—Yo soy la persona adecuada. Mis motivos nada tienen que ver con la avaricia, ni nada por el estilo. Se lo debo a Jorge Ferrer por ser como fue conmigo y considerarme como su propio hijo.

—¡Pepe! ¡No puedes hacerlo! También mis motivos son desinteresados —gritó Alejandra, indefensa a punto de romper a llorar.

—Lo sé… pero yo no tengo nada que perder y tú sí —concluyó Pepe con decisión mirando como Lluís le abrazaba con dulzura.

—¿Pepe?… —vociferó Erika con desprecio—. No sé por qué sigues haciéndote llamar así cuando tu verdadero nombre es Andreu Subies.

Humberto Fernández permaneció pensativo durante unas décimas de segundo fijándose en las facciones del muchacho. ¿Le había llamado a Pepe Andreu Subies? Ese nombre le hizo retroceder en el tiempo. Le acababa de calar muy hondo… «Andreu Subies»… susurró mentalmente ajeno a los demás. No, no podía ser verdad, y si era así, daba gracias a la providencia.

Seguidamente, Pepe se dio la vuelta, levantó los brazos y con las yemas de los dedos rozando la piedra cerró los ojos durante unos instantes. Rezó lo que supo en un santiamén y respiró hondo. Un sudor frío invadió su cuerpo y su frente. Pepe se pasó uno de los puños por la mejilla para secar una gota de sudor que se había deslizado y sin pensarlo aproximó los dedos adentrándolos muy suavemente hacia el oscuro agujero. Notó como su corazón se aceleraba por momentos y la respiración se le hizo más agitada. El pulso de sus sienes retumbaba como poderosos tambores, ello hizo que se concentrase en lo que estaba haciendo olvidándose del resto que lo rodeaba. Los demás le observaban con un mutismo sepulcral mientras veían como sus manos iban desapareciendo poco a poco. Pepe las miró lleno de congoja y temor. Los dedos estaban totalmente ocultos. El tacto era áspero y pudo notar como empezaba a arañarse en una de las palmas, aun así, no desistió. Dios mío, se dijo, ya apenas si las veía… ¿y si era la última vez? De un momento a otro esperaba la guillotina amputándole sus extremidades superiores. Sabía que si eso ocurría, no tenía

salvación posible. Se desangraría en un abrir y cerrar de ojos sin poder remediarlo. A pesar de ello no se amedrentó. Su palabra valía mucho más y se había propuesto llegar hasta el final.

—¡Pronuncia las palabras!… —chilló Humberto Fernández atento.

Pepe notó como la punta de sus dedos hacían tope. Pero el tacto había cambiado, no parecía piedra sino algo más frió como hierro o algo similar. Fijó sus ojos en las palabras que se encontraban a la altura de sus ojos y mientras presionaba sobre el nuevo obstáculo y se despedía mentalmente de sus manos, gritó con toda la fuerza que le permitieron sus acongojados pulmones.

—*¡Effeta!, ¡effeta!, ¡effeta!*

Sus palabras retumbaron con un potente eco anegando cada rincón del espacioso pasillo. Nadie más se atrevió a pronunciar ni una sola sílaba. El pánico a que Pepe pudiera salir mal parado era la preocupación de la mayoría. Un estruendo espantoso se oyó por todo el lugar. Nadie sabía de dónde provenía. Era imposible seguirle el rastro. Agudizaron sus oídos intentado detectar la procedencia. De repente, alguien gritó:

—¡Por aquí!

Las miradas se volcaron hacia la alarmante voz, y efectivamente una de las paredes empezaba a moverse dejando una fina abertura que poco a poco empezaba a aumentar de tamaño. Pepe, que aún continuaba con las manos ocultas y al parecer entero, sin dar crédito a lo que pasaba y en un impulso incontrolado de supervivencia, las sacó todo lo rápido que sus brazos se lo permitieron. Cuando las tuvo ante sus ojos las miró y remiró sin creérselo. Lo había conseguido. Una flojedad de piernas se adueñó de él y estuvo a punto de caer si no hubiera sido porque Alejandra, Sara y Miguel le abrazaron rebosantes de alegría y con lágrimas en los ojos. Lluís le estrechó las manos en señal de aprobación y Pepe miró el gesto cargado de congoja.

—No podemos perder tiempo… —apremió Humberto Fernández precavido —. Debemos salir de aquí cuanto antes.

Augusto Fonfría, sujetando una antorcha, y su hija Erika fueron los primeros en traspasar el umbral de aquella improvisada puerta. Miguel alzó a Rosa en sus brazos y en compañía de sus sobrinas y de Humberto accedieron al otro lado, seguidos de Lluís y Pepe con una antorcha cada uno.

—Nunca olvidaremos tu gesto de lealtad —dijo Lluís con afecto—. Me alegro de que conserves las dos manos.

—Yo también me alegro —añadió Pepe con una radiante sonrisa y lleno de

satisfacción.



La negrura de aquel lugar desconocido se vio interrumpida por varias ráfagas de luz rojiza incandescente producida por las antorchas. Pepe dio unos pasos inspeccionando el lugar donde se encontraban. Parecía enorme, aunque no podía precisarlo con exactitud. No divisaba la altura del techo, aquello daba muestras de no tener fin. Lluís avanzaba a su lado con precaución. Se tropezó con unos escalones de piedra, y estuvo a punto de perder el equilibrio. ¿Qué más obstáculos les esperaban?, se preguntó mientras blasfemaba al estar a punto de caer. Alumbró en su dirección. Tan solo tres o cuatro peldaños que se sumergían aún más en el interior de las tripas de esa cueva terrestre.

—¡Mira esto! —gritó Pepe dirigiéndose a su amigo y señalando unos finos canales que contenían un fino polvo negro situado en el suelo.

—¿Crees lo mismo que yo? —preguntó Lluís con una media sonrisa.

—Solo hay una manera de averiguarlo —concluyó Pepe.

Nada más terminar la frase acercó el fuego de la antorcha hacía semejante polvo, y el reguero tomó vida de inmediato, prendiendo y extendiéndose como la gangrena, avanzando metros y metros a una velocidad de vértigo. Todos se quedaron atónitos viendo como el reguero de luz no descansaba abarcando cada vez más y más territorio. ¿Dónde se encontraban? Se preguntaron desde su interior, ya que eran incapaces de articular palabra alguna. En tan solo unos minutos habían pasado de la más absoluta, fría y tétrica oscuridad a un lugar terriblemente cálido e iluminado. Sus ojos se abrieron como platos y en sus rostros se dibujó la señal de la victoria. Sus cuerpos que habían recibido la descarga de la tensión y el cansancio acumulado se transformaron en pura vitalidad y energía. Una energía que les brindaba su alma por haberlo conseguido.

—¡Lo hemos conseguido, papá!… ¡lo hemos conseguido!… ¡Cuánta razón tenías! —murmuró Alejandra con lágrimas en los ojos, abrazada a su hermana y envueltas por la emoción.

Miguel besó a Rosa, intentando darle ánimos.

—¡Lo hemos conseguido, Rosa!

Por unos instantes la felicidad que la embargaba al comprobar que era cierto le hizo olvidar el dolor y el malestar producido por la herida de la pierna. Lluís abrazó a su amigo Pepe y le tendieron la mano a Humberto Fernández en muestra de su afecto. Mientras tanto, Augusto Fonfría y Erika habían avanzado unos metros y se deleitaban tocando y admirando parte de los hallazgos encontrados.

Ante sus ojos se extendían miles y miles de objetos valiosos de todos los tamaños y de todas las épocas. Augusto Fonfría palpaba con incredulidad vasijas, espadas, tapices, cuadros de hacía más de quinientos años. Erika se colocó un collar que posiblemente pertenecía al siglo V. Aquello era un tesoro en toda regla y además en mayúsculas. Nunca a lo largo de la Historia se había encontrado algo semejante. Sara y Alejandra se adentraron por los innumerables y estrechos pasillos plagados de todo tipo de objetos curiosamente colocados y almacenados. La sensación era como encontrarse en un gigante mercado donde podías pedir de todo, eso sí, siempre que tuviera una antigüedad de más de cien años. Las dos hermanas se cebaron en un cofre repleto de coronas. Las jóvenes no pudieron contener la tentación. Aquellas diademas y tiaras de brillantes y piedras preciosas eran sencillamente majestuosas. No había suficientes adjetivos en la real academia de la lengua para calificarlas en toda su magnitud. A pesar de su aspecto, que dejaba mucho que desear, ya que sus ropas estaban sucias y malolientes, sus manos ennegrecidas por el largo trayecto que habían llevado a cabo, sus cabellos enredados y sus rostros tiznados de polvo, Alejandra alzó una de ellas en sus manos y permaneció durante unos instantes admirándola sin poder articular palabra alguna. Sara, viendo que le había embaucado por completo, la agarró entre sus manos e hizo ademán de colocársela a su hermana. Alejandra con una sonrisa de agradecimiento y un gesto de cortesía agachó la cabeza.

—Estás preciosa… —susurró Sara mientras las dos hermanas se unían en un cálido y emotivo abrazo—. Será mejor que regresemos, nos estarán echando de menos.

Mientras tanto, Pepe y Lluís se dejaron llevar por la emoción perdiéndose en aquel interminable laberinto.

—Es como un sueño —murmuró Lluís anonadado.

—Pues si es un sueño, no quiero despertar… —terminó de decir Pepe mientras tocaba todo lo que sus manos le permitían y gesticulaba con un escudo

y una espada a modo de guerrero.

—¿Tú crees que éste será un buen momento? —le preguntó Lluís nervioso.

—Creo que es el mejor de todos. No lo dejes escapar… —contestó Pepe mientras le colocaba la mano en el hombro a su mejor y único amigo.

Caminaron unos pasos y al doblar el recodo del pasillo se tropezaron con las dos hermanas abrazadas. Lluís se centró en Alejandra, que llevaba sobre sus alborotados cabellos una pequeña y ligera corona de brillantes. Cuando la muchacha le correspondió con la mirada y le sonrió… éste se quedó mudo. Era terriblemente preciosa y los destellos de semejantes brillantes le daban un brillo y una dulzura especial. Lluís tragó saliva por inercia, la poca que le quedaba, y dio unos pasos hacía ella convencido de que era el momento perfecto. Cuando se encontró a su altura solo pudo decir:

—¡Estás preciosa!

A continuación, la agarró por la cintura y la besó apasionadamente. Alejandra se dejó querer. Cuando la muchacha recobró el aliento le miró a los ojos. Había un brillo especial en ellos. Intentó ver más allá a través de ellos pero no fue necesario. Lluís se agachó clavando una rodilla en tierra y tomándole la mano le dijo:

—Alejandra, sé que nunca más no encontraremos en un entorno similar, por eso quiero aprovechar para pedirte el sí. ¿Quieres casarte conmigo?

Sara, se llevó las manos a la boca ante la inesperada sorpresa, y abrazó a Pepe, quien satisfecho admiraba la escena. Alejandra se había quedado muda ante tal petición. En todos los años de su vida nunca se había imaginado que si algún hombre le pedía matrimonio algún día, sería ante una inmensa sala llena a rebosar de valiosísimos tesoros. De repente, y ante su inesperado silencio, sus ojos chispeantes le contestaron y de sus labios brotó una inconfundible sonrisa de aprobación.

—Sí, quiero… —contestó casi sin aliento.

Los dos enamorados se fundieron en un ardiente y conmovedor beso.



Capítulo 79

La oscuridad amenazaba con cubrir la ciudad y se iba posando poco a poco dejando los Jardines del Real en lóbregas tinieblas. Salvo las tenues farolas que iluminaban el lugar dibujando abstractos dibujos y poblándolo de centenares de sombras. La temperatura había descendido varios grados con respecto al resto del día, y la humedad típica mediterránea iba haciendo huella dejando una capa de rocío en todas las superficies. El silencio era latente en todo el follaje, tan solo de vez en cuando el silbido del viento acariciaba las hojas de los árboles produciendo un sonido inquietante, unido a una retahíla de chasquidos y crujidos que hacía pensar que no se encontraban solos, y que más de una misteriosa criatura les vigilaba acechándoles. Sentados sobre unas escaleras de piedra y rodeados de una poblada hiedra se ocultaban Sara y Pepe esperando que llegara el momento de actuar. El punto escogido era estratégico, ya que tenían justo casi a sus pies las excavaciones que buscaban, pero debido a la hora que era y que la noche se les había echado encima, la negrura les impedía observar nada que estuviera a más de un metro de sus narices.

—Joder, otra vez ese ruido —murmuró Sara con el vello erizado mientras se ocultaba tras unas ramas.

—Seguro que será alguna rata… —confirmó Pepe a su lado.

—¿Tú crees? —preguntó la joven confiando en que estuviera equivocado y sin dejar de mirar en círculo.

—Estoy convencido de ello —corroboró Pepe fríamente—. Aquí debe de haber cientos y algunas como conejos.

—Muy gracioso… —murmuró Sara encogiendo los dedos de los pies de puro «repelús».

—¿Ves algo? Me refiero a los demás —preguntó Pepe inquieto.

—No veo un pimiento. Es la noche más negra que he visto jamás.

—No seas tan exagerada, mujer.

—Ay, me ha parecido ver a alguien que se movía. Está allí enfrente —dijo Sara señalando con el dedo—. Sí, es Miguel —afirmó con alegría.

—Tienes razón. Creo que debemos salir del escondite y reunirnos con ellos.

Empezaron a caminar en la dirección correcta. Mientras bajaban despacio las escaleras Sara tropezó y estuvo a punto de caer, si no hubiese sido por los ágiles reflejos de Pepe, que la agarró con fuerza, la joven hubiera besado el suelo.

—Ten más cuidado, no querrás que nos descubran, ¿verdad? —dijo en tono protector.

—Gracias, si no es por ti me hubiera dado de morros.

En pocos minutos se unieron a Miguel y Rosa seguidos de Lluís y Alejandra. Los seis se colocaron frente a la Dama de Elche. Tenían una cita con ella. Su cara se vio iluminada por el haz de luz de una de sus linternas.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Rosa algo nerviosa. A pesar de saber que estaban solos, y habían visto con sus propios ojos cómo el guardia de los jardines había hecho su ronda habitual y había cerrado las verjas de acceso, era la primera vez que entraba a hurtadillas en un lugar público y eso le hacía mostrarse insegura. Por otra parte, su autoestima ascendió al recordar su gran habilidad para poder escabullirse del Museo Pío V cuando ayudó a Miguel a encontrar una de las llaves. Una sonrisa de picardía se escapó de su rostro.

—Hemos de trepar hasta la imagen —pronunció Miguel.

—Eso está hecho —añadió Pepe.

Éste se agachó para dejar que Sara se subiera sobre sus hombros, seguidamente, se levantó y la sujetó por las rodillas mientras metía un pie en el estanque. Sus botas de agua chapotearon mojadas mientras se acercaba a su objetivo. Sara se vio a la misma altura que la imagen de piedra, la alumbró sin piedad con el fin de descubrir por qué dos de las llaves tenían los mismos dibujos que los redondos adornos de sus orejas. La palpó y tocó sintiendo el gélido tacto de la piedra haciéndola estremecer. Acarició cada grieta, cada pliegue de su cara y de sus alhajas. Después miró a sus acompañantes situados bajo sus pies con expresión de descontento.

—No hay nada extraño —murmuró decepcionada—. Creo que nos hemos equivocado.

—No puede ser —gruñó Miguel—. Dame las dos llaves que coinciden con

esos dibujos —dijo dirigiéndose a Lluís.

Éste las sacó de una de las mochilas. Miguel las cogió y se las entregó a Sara.

—Escucha bien, la clave tiene que estar en ellas ¡Búscala!

Sara volvió a centrarse en la bella y fría cara, esta vez con más detenimiento. Observó las esferas y filigranas de sus collares, la simetría de su corona, comprobó que el grabado de las llaves era idéntico al… ¡Un momento!, se dijo desde su interior apenas perceptible para los demás. Un pequeño agujero situado en el centro de las pequeñas ruedas a modo de adorno suscitó su atención. Miró las llaves y sin pensarlo dos veces incrustó el final del tronco de una de ellas. Para su sorpresa parecía encajar a la perfección.

—He encontrado algo —gritó llena de alegría.

Los demás la enfocaron con cautela, viendo cómo una de las llaves permanecía erguida y sumergida dentro de la esfinge de piedra.

—¡Bien! ¿Puedes hacerla girar? —preguntó Alejandra emocionada.

—Lo voy a intentar… —dijo Sara con un hilo de voz.

Mientras la joven hacía de tripas corazón porque aquello tuviera un resultado positivo, los demás la observaban sin atreverse a respirar y apenas sin pestañear. Pepe, mientas tanto, se esforzaba por mantenerla en equilibrio. Sara era una mujer esbelta y no pesaba demasiado, pero si la cosa se alargaba… solo pedía estar a la altura y ser útil en la misión que se le había encomendado.

Sara se armó de valor y fuerza, e intentó girar la llave como le habían indicado. Suerte que estaba forjada de un extraordinario metal, porque la energía con la que tuvo que pelear fue abrumadora. Estaba tan extasiada por el cansancio que creía que no podría continuar, cuando, de repente, vio como rodaba noventa grados. ¡No se lo podía creer! ¡Se había movido!

—¡Se ha movido! —gritó emocionada.

—¡Bien!… —oyó desde arriba y vio como su hermana y su tía se abrazaban al tiempo que Miguel y Lluís chocaban la mano en señal de victoria.

—Silencio. Callad… —murmuró Sara. Acababa de oír un ruido pero no podía identificar de dónde provenía—. ¡Algo se ha movido!

Todos empezaron a mirar a su alrededor esperanzados. Pensaban y ansiaban que se hubiera abierto una puerta de acceso que les pudiera transportar al misterio que al parecer estaba a punto de desvelar. Pero su búsqueda fue en vano. Por más que miraron, rastrearon e indagaron no hubo respuesta de ningún tipo. Mientras tanto, Sara, con las piernas entumecidas de la misma posición y Pepe

soportando su peso como un buen aliado, estaban a punto de darse por vencidos. Habían perdido la noción del tiempo y aquello parecía el cuento de nunca acabar.

—¡Esperad un momento! —pronunció Miguel viendo que Pepe hacía intención de salir del estanque—. La original Dama de Elche, al igual que otras figuras ibéricas de carácter religioso tenía en su espalda una cavidad que servía para introducir reliquias, objetos sagrados o cenizas como ofrenda al difunto. Hay que buscar si esta figura tiene un agujero en su espalda.

Pepe caminó hasta colocarse en la parte trasera mientras Sara lo inspeccionaba.

—Sí, tienes razón Miguel… —dijo la joven al comprobar que era así.

—Juraría que ese agujero antes estaba tapado —añadió Alejandra algo confusa.

—Busca dentro —propuso Lluís—. Mira a ver qué hay.

Sara enfocó la linterna torpemente en su interior. Los nervios se iban haciendo dueños de sus movimientos. Su sorpresa aumentó al comprobar que tan solo había un pequeño orificio de unos pocos centímetros de diámetro, pero con una profundidad sorprendente.

—¿Qué ves?… —preguntaron al unísono desesperados.

—No lo sé. Un pequeño y profundo agujero… —dijo algo atontada.

—Sara, Sara… —dijo Miguel con voz firme—. Utiliza la otra llave. Inténtalo con la otra llave.

La muchacha obedeció sin rechistar a pesar de que las manos actuaban por libres con un suave temblor. Pensó que si aumentaba en intensidad no sería capaz de introducir la llave como todos esperaban. Necesitaba dominar la situación. Justo en esos momentos no podía fracasar. Agarró la anilla de la llave con fuerza y la introduzco en el orificio un poco a ciegas. Parecía no encajar… la movió hacía un lado y hacia otro intentando coincidir con la posición adecuada suponiendo que aquello fuera lo correcto. Asustada, notó como las piernas, en empatía con las manos, empezaban a moverse por su cuenta.

—¡Sara, estás temblando! —susurró Pepe al tiempo que intentaba mantener el tipo—. Tranquilízate… Sara, respira hondo…

La joven apenas escuchaba. El sonido de la voz de Pepe era como un lejano y deformado silbido. Intentó centrarse en su faena y después de luchar con el agujero parecía haber encontrado el punto perfecto.

—¡Creo que ha encajado! —gritó sin apenas voz.

Todos se miraron unos a otros. Parecía que iban por el buen camino. A pesar

del negruzco ambiente, un hilo de luz pareció iluminar sus corazones.

Sara, ajena a la felicidad de sus acompañantes, se centró en intentar girar aquella pieza fría de metal que la estatua de piedra acababa de ingerir en su mayor parte. Volvió a concentrar todas sus fuerzas en sus manos temblorosas y apretó y apretó hasta casi no poder más… al igual que minutos antes la llave obedeció girando en círculo. Sara se quedó quieta y atenta. No tenía muy claro lo que iba a escuchar pero tenía que estar con los cinco sentidos. Un ruido ensordecedor pareció despertar bajo sus pies.

Pepe, que había observado cada movimiento de la joven al igual que estaba soportando su peso desde hacía ya tiempo, notó como algo en sus pies bullía. A través de las botas de agua empapadas hasta la altura de los tobillos pudo apreciar cómo el suelo mojado empezaba a vibrar. Quiso avisar a Sara y a los demás pero fue demasiado tarde. Sin saber porqué empezó a perder el equilibrio.

—¡Sara, no sé qué demonios está pasando pero nos vamos a caer! —gritó mientras procuraba de una zancada salir fuera del estanque.

La muchacha intentó sujetarse en la fría y rígida imagen. Por un momento estuvo a punto de caer, al hacer Pepe un quiebro mientras la agarraba fuertemente.

—¡Salid de ahí rápidamente! —chillaron los demás que habían seguido atentos cada movimiento y desconcertados e incrédulos habían escuchado el seco y temeroso rugido de las entrañas de la tierra.

Lluís y Miguel les tendieron una mano para ayudarles a salir de allí lo más rápidamente posible. Después de varios quiebros y piruetas sin control Pepe pudo recobrar el equilibrio sin permitir que Sara se viera afectada. Cuando ésta pisó de nuevo el suelo las piernas apenas le respondían. Un hormigueo se había apoderado de ellas dejándolas fuera de combate durante un buen rato. Tía Rosa probó a masajearlas para activar de nuevo la circulación mientras los demás se asomaban una vez más al estanque en busca de una respuesta a lo sucedido.

Mientras Alejandra alumbraba con la potente luz de su linterna el interior de aquella misteriosa fuente, Lluís y Miguel sin parpadear se quedaron atónitos.

—¿Qué está sucediendo? —se preguntó la muchacha espantada.

No podía ser lo que sus ojos veían… Aquello no podía ser verdad. No tenía sentido. Parecía sacado de un film de ficción. Pero ¿acaso todo el entramado que llevaban lo tenía? Nada era lo que parecía sin llegar a tener ni pies ni cabeza. Debería estar curada de espanto después de haber pasado situaciones similares. Solo que era difícil llegar a acostumbrarse a algo tan virtual e imaginario.

Dentro de la fuente y en su misma base se había formado una grieta contigua al pedestal de la esfinge de piedra y, a pesar de la incredulidad de los allí presentes, cada vez se iba haciendo más y más grande, dejando pasar el agua como si fuese el desagüe de una bañera dejando la superficie totalmente seca.

—Alejandra, se está abriendo una entrada en el suelo —murmuró Miguel sin apenas voz.

—Sí, lo veo…

—Tenemos que bajar —sugirió Lluís eufórico—. Nos está invitando a entrar.

Pepe se aproximó y confirmó la teoría de su amigo. A continuación, se acercaron Sara y su tía.

—¡Santo Dios! —rezó Rosa santiguándose.

Sara, por el contrario, recordó los momentos difíciles pasados en la búsqueda de las otras llaves. Sabía lo duro que les había resultado salir airosos de todas ellas. Ojalá esta fuera la última de todas. No se encontraba con las fuerzas suficientes para proseguir mucho camino más. Por otra parte, se sentía arropada por todas las personas que componían el grupo. Se santiguó imitando a su tía para que esta vez no fuese diferente de las demás y salieran todos, absolutamente todos, ilesos.

—Será mejor que bajemos nosotros —sugirió Miguel refiriéndose solo al sector masculino y mirando a Rosa por el rabillo del ojo esperando su aprobación—. No sabemos lo que nos podemos encontrar ahí abajo.

—No me parece una buena idea —protestó Alejandra—. Si hemos llegado hasta aquí no me parece justo que nosotras no podamos continuar.

—Vamos a actuar con sensatez… —propuso Pepe—. Alguien se debe de quedar aquí arriba… ¿y si los que bajan no tienen posibilidades de salir? Alguien tendrá que dar la voz de alarma.

Hubo unos minutos de reflexión. Tras ellos Rosa fue la primera en hablar.

—De acuerdo. Yo me quedaré.

—¿Sara, tú como llevas las piernas? —preguntó Alejandra viendo que todavía no se podía mantener erguida.

—Algo dormidas, pero esto se me pasará rápidamente —sus miradas se cruzaron y entendió perfectamente la indirecta de su hermana—. Está bien… me quedaré con Tía Rosa —dijo con tono de resignación.

Lluís fue el primero en asomarse a la entrada iluminándola con el haz de luz. Unos escalones de piedra se abrían ante él, solo que no parecían tener fin. Tragó saliva antes de mirar al grupo.

—Mejor será que no lo pensemos demasiado —murmuró con un temido escalofrío—. Y cuidado de resbalar al bajar, está todo mojado.

Alejandra abrazó a su hermana y a su tía. Sus ojos brillaron sensibles en la sombra por la separación, y seguidamente se colocó al lado de su vecino. Miguel se despidió de Rosa con un suave beso y un abrazo cargado de amor. Pepe le imitó abrazando a las dos mujeres que permanecían inmóviles viendo como ellos desaparecían entre las fauces de la tierra.



Tan solo los pasos de los cuatro visitantes alteraban la paz reinante en semejante oscuridad. Las escaleras de piedra parecían interminables, pero por fin habían conseguido llegar a su término. Ante ellos, un pasillo estrecho, húmedo, lóbrego y sumamente largo se abría esperando ser inspeccionado. Lluís y Pepe fueron los primeros en iniciar la marcha alumbrando sus pasos.

—¿Dónde crees que nos conducirá? —preguntó Alejandra nerviosa.

—No lo sé… —contestó Miguel ansioso—. Quiero pensar que al Palacio del Real.

—Yo también… —se dijo ella para sus adentros.

Por el aspecto del entorno era visible que hacía muchos años que no se había utilizado semejante túnel. Alejandra caminaba expectante ante cualquier dato que le pudiera descifrar qué diablos era aquello y a dónde conducía, cuando… sin querer tropezó con algo que supuestamente le pareció una piedra. Enfocó e iluminó el suelo y en medio del polvo que había levantado al caminar había algo que no supo identificar. Se agachó para verlo con más nitidez y un grito ahogado se le escapó sin poder remediarlo.

—Es un cráneo… —susurró indefensa.

—Sí, a éste no hay que temerle —refunfuñó Pepe mientras alumbraba alrededor—. Parece que ahí está el resto del cuerpo.

—¡Santo Dios!… —gritó la joven de nuevo viendo un puñado de huesos.

—Hemos de continuar —propuso Lluís agarrando a Alejandra por el brazo y ayudándole a levantarse.

—¿Cuánto hemos avanzado? —preguntó Miguel a Pepe.

—Ni idea… yo diría que unos cien o doscientos metros, por decir algo.

—¡Mirad ahí delante!… —gritó Lluís enfocando al frente.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Miguel receloso.

—Parecen dos puertas… —puntualizó Alejandra ya ante ellas—. Hemos traído las llaves ¿verdad?

—Por supuesto —dijo Lluís mientras buscaba la mitad de ellas en su mochila —. Habrá que ir probando.

—¿A qué esperamos? —preguntó la joven inquieta y ansiosa.

Fueron comprobando una tras otra desechando las que no encajaban.

—Ésta parece que sí —afirmó Miguel incrédulo.

—Y ésta también… —bramó Pepe sonriente.

—Muy bien, tenemos las dos puertas abiertas y ahora qué… —Preguntó Alejandra adivinando que se iban a separar—. ¿Nos dividimos? —dijo con pesar.

—Creo que será lo mejor —puntualizó Lluís—. Alejandra, ¿vienes conmigo?

—Sí. ¿Y qué pasa con las llaves?

—Yo llevo la mitad y Pepe la otra mitad —dijo Lluís sabiendo a dónde quería ir a parar.

—¿Y si necesitamos utilizarlas, como sabremos… que las que llevamos son las correctas?

—Nos arriesgaremos —dijo Miguel resignado.

—Alejandra tiene razón —añadió Lluís pensativo— quizá sea mejor que no nos separemos. Por lo menos lo pasos que demos sabremos que son seguros.

—De acuerdo, nos habéis convencido —gruñó Pepe buscando la aprobación de Miguel—. ¿Qué puerta… derecha o izquierda?

Se miraron unos a otros sin saber muy bien qué contestar. Pero el tiempo apremiaba. Pepe sacó una moneda del bolsillo y la lanzó al aire.

—Cara, Derecha y cruz, izquierda —murmuró.

Levantó la mano y dijo:

—Cara. Vamos por la derecha si no hay ninguna objeción.

—Adelante… —se unieron los demás.

—Un momento —chilló la joven—. ¿No deberíamos recoger las dos llaves que nos hemos dejado en las puertas?

—No veo el motivo, supuestamente ya han cumplido su función —añadió Miguel—. Pero no está demás que las cojamos si ello te va a hacer estar más tranquila.

Alejandra, sin pensarlo dos veces, se dirigió hacia ellas y las sacó de las

cerraduras. Algo le decía que no debía olvidarlas tan alegremente y más cuando ya se habían dejado por el camino las dos llaves primeras incrustadas en la Dama de Elche.

Sus pasos les llevaron a un laberinto que parecía abrirse como un embudo, y para su sorpresa había unas antorchas apagadas y ancladas a ambos lados de la estancia. Lo cual les hizo presuponer que era visitado con asiduidad.

—Diría que estas antorchas han sido utilizadas recientemente —afirmó Lluís mientras cogía una de ellas y le prendía fuego con un encendedor.

—¿Por los componentes del Tribunal de las Aguas? —Alejandra lanzó la pregunta al aire.

—Es muy posible…

—Venid y mirad esto —voceó Miguel.

A medida que avanzaron pudieron ver la inmensa sala en la que se encontraban. Lo más curioso de todo eran cuatro puertas de madera cerradas a cal y canto.

—Ya empiezo a estar un poco harto de tanta «puertecita»… —dijo Pepe con todo el fastidio que fue capaz de pronunciar.

—Menos mal que no nos hemos separado —puntualizó Alejandra mientras intentaba sacar las llaves de una de las mochilas. Presentía que las necesitarían de nuevo.

—Fijaos en el símbolo de cada una de las puertas… —advirtió Miguel tocando el relieve de madera de una de ellas.

—Son todos iguales. ¿Qué demonios significan? —preguntó la muchacha inquieta.

—Fijaos bien… No son iguales. Todos tienen el mismo símbolo. Corresponde a la cruz maya. El circulo con la cruz en el centro, pero… cada una tiene un punto en cada una de las cuatro esquinas.

—¿Sabes a qué se refieren? —preguntó Pepe.

—Creo saberlo… —afirmó Miguel sin parar de acariciar el símbolo—. Me atrevería a decir que se refiere a los cuatro puntos cardinales. La cruz está alineada hacia los cuatro puntos cardinales y representa los poderes en equilibrio.

—De veras… —susurró Alejandra asombrada. Hay que ver lo que sabía ese hombre.

—Esta puerta representa al Este, o quizá se refiera a… —Miguel se frotó la recortada barba blanca pensativo.

Los tres jóvenes le observaban apenas sin pestañear. Qué importaba el significado de cada una de las puertas, si presumían de tener las llaves que abrían todas ellas.

—Podemos abrirlas todas —exclamó Lluís inocentemente.

—No creo que sea lo correcto —advirtió Miguel serenamente—. Vuestra juventud os impulsa a actuar deliberadamente. Ojalá estuviera Jorge con nosotros. Estoy seguro de que él sí sabría lo que debíamos hacer.

Lluís hizo caso omiso a los comentarios de Miguel y con una de las llaves en la mano empezó a introducirlas en una puerta tras otra. Alejandra le cogió del brazo intentando disuadirlo, pero fue en vano. La emoción del momento no le permitía escuchar más que a su propio orgullo unido de su equívoco instinto.

—Estoy seguro de que nos están avisando —declaró Miguel precavido a media voz—. No me cabe en la cabeza que si esto lleva enterrado tantos años como suponemos, no será tan fácil la entrada. Tiene que haber trabas… estoy seguro de ello. Hemos de medir bien nuestros pasos. Me da en la nariz de que hasta ahora ha sido un camino de rosas. Si lo que se esconde aquí bajo es tan valioso y no puede acceder cualquiera… —sus palabras retumbaban en la estancia y apenas eran oídas por Lluís y Pepe, que se habían unido en la desesperada misión de probar las llaves que disponían. Alejandra era la única que escuchaba atentamente y temerosa de que pudiera tener razón.

—¡Hemos dado con ella! —gritó Lluís lleno de júbilo unido a Pepe como una piña.

Estaban alejados varios metros y antes de que Miguel y Alejandra pudieran impedirlo le dieron la vuelta a la llave y abrieron la puerta. Los dos jóvenes alumbraron con la antorcha el interior. La desilusión fue mayúscula cuando sus ojos le mostraron un pequeño habitáculo de pocos metros totalmente vacío.

—¿Qué juego es este? —Lluís se quejó mientras daba unos pasos hacia dentro e iluminaba el interior con la luz de la antorcha—. ¡Pepe!… —voceó desde el interior—. Hay una manivela al final. Tenemos que moverla, igual abre algo…

Pepe siguió sus indicaciones sin rechistar dejando la linterna en el borde de la puerta. Pegado a la manivela y dispuestos a unir sus fuerzas empezaron a intentar moverla ansiosos de que les desvelara algo en esta misteriosa búsqueda. Mientras tanto, Miguel y Alejandra los observaban desde el quicio de la puerta.

—¡Tened cuidado! —gritó la joven asustada.

Ésas fueron las últimas palabras que escucharon retumbando en el interior,

antes de que un estruendo infernal se oyera provocando que el suelo aparentemente seguro se desintegrara por completo, lo que produjo que Lluís y Pepe cayeran al vacío varios metros junto con los escombros y la antorcha, provocando una espesa nube de polvo y obstaculizando la visibilidad por completo.

—¡Dios mío! —chilló Alejandra aterrada mientras Miguel agarraba la linterna enfocando hacia el fondo.

—Se lo dije… se lo dije… Es por mi culpa. Tenía que haber impedido que actuasen por su cuenta —se reprochaba Miguel sin consuelo.

—¡Lluís!… ¡Pepe!… ¡Lluís!… Dios mío que contesten por favor… —Alejandra era una mar de lágrimas mientras los llamaba sin cesar.



Capítulo 80

Una gigantesca nube de polvo invadió la estancia seguida del estrepitoso sonido de los escombros al caer. Alejandra estalló envuelta en gritos y un llanto desconsolador, lo que le provocó un ataque de ansiedad que se adueñó de ella y la dejó fuera de control. De no ser por Miguel, que a duras penas pudo contenerla, se habría ido de bruces contra el suelo de semejante precipicio.

Habían perdido la cuenta de las veces que les habían nombrado gritando desesperados y no habían obtenido respuesta. La nebulosa se iba disipando y podían adivinar cómo los cuerpos de los dos muchachos estaban tendidos sobre el suelo de un foso a varios metros de altura. La tenue luz de la antorcha junto a ellos hacía adivinar que no había ni el más mínimo movimiento.

Miguel los alumbraba sin parar a pesar de que el haz de luz de su linterna se disipaba a tanta distancia, lo que dificultaba ver con nitidez su objetivo.

—¡Lluís!, ¡Pepe!… —gritó la joven desesperada al continuar sin obtener respuesta—. ¡Espera! —chilló de nuevo—. Miguel, retrocede con la luz, me ha parecido ver algo que se movía entre los escombros —éste le obedeció deteniéndose en varios objetos no identificados—. ¿Qué narices es eso? —preguntó confusa al tiempo que intentaba enfocar con más detalle.

—Parecen un puñado de ratas… —confirmó Miguel con el estomago encogido.

—Dios mío… ¡Lluís!, ¡Pepe! —gritó Alejandra sin parar mientras notaba los pelos como escarpias—. ¡Despertad, maldita sea! —Alejandra se quedó muda durante unos segundos dando paso a un escalofriante pensamiento—. ¡Miguel, no pueden estar muertos! ¿Verdad?

Alejandra recibió un afectuoso abrazo de Miguel mientras un nudo se le formaba en la garganta sin permitirle articular palabra. Nunca se lo perdonaría. Nunca. Por su culpa ahora se encontraban aquellos jóvenes inertes. Se suponía que era el más maduro y por lo tanto el más sensato, y qué había hecho para impedir semejante desgracia. Nada.

—¿Hay alguien ahí? —una frágil y resquebrajada voz se oyó desde el foso como de ultratumba.

—Son ellos… —murmuró Alejandra envuelta en un llanto desconsolador.

Miguel los enfocó de nuevo. Pepe estaba de pie con un aspecto pésimo, y ayudaba a moverse a Lluís, que parecía estar en peores condiciones.

—¡Cabronas!… ¡Malditas hijas de puta!… —se oyó rugir desde el fondo.

—¿Qué pasa? —preguntó Miguel tremendamente preocupado.

—Estamos rodeados de unas sanguinarias ratas —gritó Pepe mientras no paraba de moverse—. Estaban mordisqueando a Lluís. Pero esa va a morder poco, la muy… —un crujido de piedras se oyó desde el fondo seguido de un quejido.

Alejandra observó asustada desde arriba cómo la antorcha iba y venía de un lado a otro manipulada por Pepe persiguiendo a los repugnantes roedores.

—¿Cómo está Lluís?… —preguntó Alejandra con el corazón en un puño.

—Respira, si es eso a lo que te refieres —voceó Pepe mientras intentaba espabilarlo.

—¿Cómo vamos a sacarlos de ahí? —preguntó Alejandra llena de pesar.

—Intenta contactar con tu hermana —contestó Miguel con claros signos de preocupación—. Necesitamos cuerdas… sí, eso, cuerdas.

Alejandra buscó nerviosa su móvil entre los bolsillos. Por fin, dio con él. Se limitó a marcar, y espero alguna señal, pero no hubo ningún tipo de respuesta.

—Miguel, no hay señal… no tenemos cobertura ¡Maldita sea!

—Tranquilízate, mujer. No podemos perder el control ahora.

—¡Tenemos que conseguir cuerdas para sacaros de ahí! —chilló la joven intentando infundir algo de ánimo.

—Gracias y lo siento… —una voz débil se oyó desde la profundidad.

Alejandra la reconoció al instante y una lágrima se deslizó por una de sus mejillas.

—Lluís, ¿estás bien?

—He estado en mejores situaciones… —añadió a duras penas.

—No tiene nada roto. Tan solo está magullado y algo aturdido —respondió

Pepe al tiempo que no paraba de buscar algo entre los restos de piedra que había esparcidos por el suelo.

—¿Se puede saber qué buscas? —preguntó Miguel confundido.

—Buena pregunta —respondió Pepe—. Las zorras de las ratas se han escabullido por algún sitio cuando las he amenazado con la llama de la antorcha. Si ellas han salido, ¿por qué nosotros no?

—Será porque sois algo más grandes —dijo Alejandra con sorna viendo imposible su propósito. Una sonrisa se escapó de su precioso rostro cuando pudo descifrar que Lluís se incorporaba.

—Creo que ha sido por aquí —dijo Pepe alumbrando el rincón para ver con más detalle.

Las paredes estaban recubiertas de humedad y parecían algo frágiles. Pepe cogió una piedra y probó a golpearla con ganas. Como bien había descifrado el joven, los roedores se habían deslizado por unos pequeños orificios, que sin duda aumentaron su tamaño al ser golpeados con fuerza y desespero. Pepe se agachó e introdujo la antorcha para poder ver el interior. Gracias a Dios parecía otro habitáculo. Pensó y rezó al mismo tiempo para que hubiera una salida a ese ennegrecido agujero. Sabía de antemano que conseguir unas cuerdas no era una tarea fácil en las circunstancias en las que se encontraban, por lo que había optado por buscar otra alternativa. Parecía que esa era la única opción por el momento y no estaban en situación de hacer remilgos.

—He encontrado una salida —gritó con la intención de tranquilizar a Miguel y Alejandra.

—Pero… no sabéis donde irá a parar —chilló la joven preocupada de que aquello fuera una encerrona y no lograran encontrar la luz.

—Iré a inspeccionar primero —volvió a decir mientras se perdía en semejante boquete.

A su espalda oyó una dolorida voz:

—Vuelve, no se te ocurra dejarme aquí…

—Tranquilo, Lluís que te tengo muy presente —dijo asomando la cabeza para contestar a su amigo.

Lluís fue incapaz de cronometrar el tiempo transcurrido, pero a su humilde criterio fue interminable lo que tardó. Pepe volvió a asomarse por el mismo agujero. Su rostro parecía haber cambiado. Una sonrisa brilló en la oscuridad dejando sus dientes al descubierto.

—Espero que traigas buenas noticias… —pronunció Lluís incorporándose a

duras penas.

—Las traigo —dijo mientras le sujetaba—. Tenemos que irnos de aquí.

—¿Has encontrado algo? —preguntó Alejandra asustada.

—Sí —verificó el joven—. Vamos a pasar al otro lado —voceó para ser oído —. Y vosotros tenéis que continuar. No os preocupéis por nosotros —volvió a decir mientras ayudaba a su compañero de fatigas y desaparecían como por arte de magia…

—Pero cómo vamos a continuar sin ellos… —refunfuñó Alejandra confusa y con lágrimas en los ojos.

—Hemos de seguir —intervino Miguel mientras la abrazaba en señal de apoyo—. Vamos —dijo mientras retrocedían sobre sus pasos.

De nuevo tenían las cuatro puertas ante sus ojos. Una de ellas abierta y sobradamente ya sabían lo que contenía. Pero y las demás… ¿serían igual de traicioneras? ¿Tendría Miguel razón al pensar que aquello era un reguero de trabas?

—Tenemos que afinar en la elección —añadió Miguel mientras estudiada con detenimiento los símbolos—. No solo se refiere a los cuatro puntos cardinales, sino también a los cuatro elementos Tierra, Agua, Aire y Fuego. La puerta que está abierta pertenecía al Oeste que también representa el elemento Tierra. De ahí que se hayan visto involucrados en ese entorno. Ésta otra nos indica el Este y también el elemento Fuego… —dijo mientras palpada meticulosamente la puerta de la izquierda.

—No quiero ni pensar lo que habrá al otro lado —pronunció la muchacha.

—Yo tampoco. Hemos de sacar las llaves que nos quedan en nuestra mochila y a partir de ahí tenemos que decantarnos por una de las tres puertas que nos quedan.

—Te dejo escoger a ti —cedió Alejandra viendo que aquella situación le venía grande—. Yo no soy capaz de hacerlo.



Mientras tanto, a bastantes metros de distancia y escondidos detrás de unos matorrales en la superficie, dos hombres con la placa de policía guardada en sus carteras observaban asombrados a Rosa y su sobrina Sara. No daban crédito a los movimientos que habían visto en las últimas horas. Parecía magia o quizá

brujería, y hubieran pensado eso de las personas que componían el grupo si no hubiera sido porque el inspector Moreno les había avisado de que la misión requería paciencia y sobre todo mucha imaginación. Al principio, no habían terminado de entender a qué se refería con esa expresión y, sobre todo, lo que rodeaba la palabra: imaginación. Ahora quedaba claro que lo que sus ojos vieran y sus oídos oyeran estaba fuera de toda lógica. Tan solo deseaban terminar el operativo lo antes posible, regresar a sus hogares y vivir una vida sencilla y sin complicaciones.

—Tengo los huesos calados con la dichosa humedad esta —dijo uno de los dos policías.

—Y yo tres cuartos de lo mismo —murmuró el acompañante—. Espero que salgan de una puta vez ya. Con lo bien que se está en casa y esta gente se empeña en buscar y buscar.



Tía Rosa y Sara consultaban el reloj una y otra vez. Se habían cansado de utilizar el móvil intentando ponerse en contacto con el resto del equipo, pero la respuesta siempre era la misma: está apagado o fuera de cobertura. La oscuridad de la noche cerrada que las rodeaba era como una pesada losa de mármol que se había posado sobre sus espaldas y la incertidumbre de no saber qué demonios estaba sucediendo, un nudo instalado en sus gargantas que apenas les permitía respirar con normalidad.

—Tenemos que bajar… —volvió a proponer Sara por sexta o séptima vez.

—¿Y si avisamos a la policía? No quiero ni pensar que les haya pasado algo —añadió Rosa desencajada—. ¿Cuánto hace que se fueron?

—Más de cuatro horas.

—Hay que avisar a alguien —insistió de nuevo Tía Rosa.

—No podemos llamar a nadie, tía —negó Sara—. Sé por experiencia que esas búsquedas no son fáciles.

—¿Pero y si llamaras a ese inspector que os inspira confianza? —sugirió Tía Rosa más que desesperada.

Sara se quedó pensativa y reconoció que era la única persona con la suficiente autoridad para echarles una mano, y en la cual confiaba.

—¡Llámale, hija!… ¡llámale! —achuchó Rosa.

Sara marcó su número de teléfono mientras procuraba controlar el temblor de sus manos. Mitad por la humedad que reinaba en el ambiente y que se había alojado en sus huesos, y mitad por los nervios que le estaban corroyendo por dentro.

La señal se repitió una y otra vez sin ninguna respuesta. Sara estuvo a punto de colgar cuando una voz ronca y con claros signos de adormecimiento contestó:

—Dígame…

—¿El inspector Moreno? —preguntó Sara con cautela.

—Sí, ¿quién llama?

—Soy Sara Ferrer. Siento muchísimo el despertarte a estas horas pero necesitamos…

En el momento en que el inspector fue consciente de quién estaba al otro lado de la línea, se espabiló instantáneamente incorporándose de la cama y dejando la modorra en el pasado.

—Dime, Sara, me extraña que me llames a estas horas. Supongo que cuando te has decidido a hacerlo es porque debes tener algún motivo importante.

—Lo tengo. Nos encontramos en los Jardines del Real y hemos descubierto un pasadizo que posiblemente nos ayude a desvelar todo este misterio.

—¿En los Jardines del Real? —preguntó Moreno mientras miraba el reloj—. ¿A estas horas?…

—Sí, es complicado y algo extenso —continuó Sara midiendo las palabras que pronunciaba—. Creemos que a mi hermana y a los demás les ha ocurrido algo. Hace más de cuatro horas que han descendido por un túnel y no han vuelto.

—No te preocupes… Dime el punto exacto y en veinte minutos estaré allí.

Sara le indicó el lugar y le dio las gracias… después colgó. Durante unos instantes dudó si había obrado como debía. Pero el solo pensar que a su hermana y a los demás les hubiera pasado algo… Sí había hecho lo correcto, se intentaba auto-convencer.

—¿Has oído ese ruido? —preguntó Tía Rosa recelosa mientras miraba a un lado y a otro.

—No, no he oído nada —susurró Sara asomándose a la boca del túnel que seguía oscuro como la boca de un lobo e igual de silencioso que una tumba.

De repente, y antes de que pudieran reaccionar, dos sombras salieron de detrás de unos arbustos y aproximándose con sigilo se colocaron a pocos metros de donde ellas se encontraban.

—Buenas noches… —dijeron con sorna.

El sobresalto de las dos mujeres fue mayúsculo al descubrir que no estaban solas. A pesar de la escasa luz que llegaba de una de las farolas próximas, pudieron apreciar que se trataba de un hombre y de una mujer.

Sara los reconoció al instante. Sus queridos vecinos Erika y Gustavo entraban de nuevo en escena, y esta vez sin ningún tipo de disfraz.

Gustavo se acercó a ellas y con tono autoritario les apuntó con el cañón de su arma.

—¿Dónde están los demás? —preguntó de mala forma.

Ninguna de las dos contestó. Rosa se devanaba los sesos intentando averiguar quiénes eran esos dos mequetrefes que se atrevían a amenazarles, aunque empezaba a imaginárselo. Erika se acercó y con cara de pocos amigos repitió la pregunta. Estaba claro que acababan de llegar y no habían visto nada del pasadizo, pensó Sara. Intentó no mirar hacia el suelo de la fuente con el fin de no delatar el túnel.

—No lo volveré a preguntar —amenazó Gustavo—. Estoy harto de dar vueltas por el «puto» parque buscándoos, y ahora que os hemos encontrado vamos a ir todos juntitos a desenmascarar este maldito jeroglífico.

—Está claro que se han separado y que están esperando al resto de la pandilla —afirmó Erika mirando alrededor y olfateando como un sabueso. Espera un momento, ¿qué coño es esto?

Sara cerró los ojos y rezó en silencio porque no encontrara la entrada oculta mientras agarraba las manos de su tía con fuerza.

—Mi niña, creo que lo acaban de descubrir —apenas fue un susurró que su sobrina captó de inmediato.

—¡Gustavo, alumbra aquí! —éste obedeció al instante dejándolas a un lado.

—¿Qué dirías que es? —preguntó descolocado.

—Está muy claro, parece una entrada… —gritó Erika victoriosa—. Seguro que lo que buscamos está ahí dentro.

—Muy bien, pues vamos a bajar —añadió su fiel acompañante.

—¡Vamos, vosotras dos primero! —dijo él mientras las empujaba hacia dentro del estanque.

Sara miró el reloj, el inspector Moreno no tardaría en llegar. Tan solo tenía que hacerse un poco la remolona y…

Mientras tanto los dos policías prestaban atención a pesar de estar hartos de esperar y les llamó la atención la presencia de dos nuevos personajes.

—¿Qué narices está pasando ahí? —despotricó uno de ellos—. Ahora hay dos personas más.

—Tienes razón —contestó el otro—, oye, ¿llevan un arma o es imaginación mía?

—No se ve una mierda —se quejó el otro de la poca visibilidad—. Mejor será que nos acerquemos.

—Deberíamos avisar antes al inspector Moreno de los nuevos acontecimientos.

—Tienes razón.



Sara se agachó para atarse los cordones de las botas. Necesitaba ganar tiempo, pero Erika no estaba por la labor de tolerar niñerías y le empujó tirándola al suelo.

—¡Ponte en pie y baja tú la primera de una puta vez! —gritó sin contemplaciones.

Sara la fulminó con la mirada, agarró su linterna y empezó a descender mientras era seguida de su tía. A continuación, Erika siguió sus pasos. Gustavo se encontraba todavía en la superficie cuando se oyó un grito que alteró la tranquilidad de tan agitada noche.

—¡Alto, policía!

Gustavo disparó a ciegas en dirección al sonido de la voz. Seguidamente, se coló por el agujero subterráneo mientras podía escuchar como varias balas rebotaban en el pedestal de piedra que sostenía el busto de la Dama de Elche. Sara y su tía continuaban bajando aunque habían aminorado la marcha en cuanto oyeron el alto policial. Estaban salvadas… gracias a Dios. Pero Gustavo y Erika estaban a la defensiva y no pensaban dejar bajar a nadie que según ellos no hubieran invitado. En cuanto vieron que alguien se asomaba a la pequeña entrada emprendieron un tiroteo que retumbó en aquellas viejas y húmedas paredes, dejando al personal sumido en un ensordecedor ruido. Sara y su tía se taparon los oídos intentando amortiguar semejante estallido. Rosa, resbaló a causa del suelo húmedo y perdió el equilibrio. Para evitar caer de morros se

agarró a un saliente de metal anclado en la pared y ello evitó que pudiera caer, activando sin saberlo un mecanismo que hizo que la entrada que daba al parque y que les había permitido descender y que ahora se encontraba bloqueada por los policías en el exterior, se cerrara sin poder remediarlo. Sara la miró con desanimo. Si aún quedaba algún indicio de que pudieran ser auxiliadas por los agentes de la ley, acababan de perder todo tipo de esperanza. Rosa miró a su sobrina, no tenía palabras para disculparse.

Erika y Gustavo se miraron complacidos.

—No sé lo que habéis hecho pero desde luego ha sido en el momento más oportuno —añadió ella con una macabra sonrisa.

—¡Seguid adelante!… ¡Vamos, caminad!… —gruñó Gustavo dirigiéndose a ellas dos y obligándolas a emprender la marcha.

Erika, como buena rastreadora, posó sus ojos en el suelo. El polvo acumulado durante décadas formando una especie de alfombra se veía alterado por distintas huellas recientes. Se limitó a hacer una seña a su compañero para que las tuviera en cuenta. El interminable pasillo apestaba a aire comprimido y maloliente. Sara y su tía iban delante alumbrando sus pasos, sin saber muy bien donde iba a parar semejante túnel y esperando de un momento a otro encontrarse con el resto del grupo. Solo esperaban que estuvieran bien. Algo al fondo las distrajo.

—Esperad un momento —gritó Erika mientras las adelantaba.

Sara fijó la vista al frente y se sorprendió al ver dos puertas de un grosor exagerado y fuera de lo normal. Pero lo que más le impactó era que curiosamente se encontraban abiertas. Dedujo que su hermana y los demás las habían atravesado. ¿Pero cómo saber por cual? Su pregunta fue contestada de inmediato. Erika dio con la solución y les indicó por donde tenían que continuar. Menudo sabueso tenían de guía, pensó para sus adentros. Y pensar que durante el tiempo que se habían hecho pasar por amables vecinos ella los había intentado justificar y defender en varias ocasiones ante su hermana Alejandra, Lluís y Pepe. Ahora se daba cuenta de que tenían razón. La muy lagarta. Mientras la devoraba con la mirada se frotó el codo al resentirse del dolor causado al caer cuando un rato antes Erika le había empujado. Entre dientes juró que no permitiría que esa maldita zorra se saliera con la suya, ni por supuesto que les hiciera algún daño a su tía o los demás.

—Vamos, que no tenemos todo el día —achuchó Gustavo con la pistola en mano empujando a Rosa.

Sara se revolvió como una fiera y con los ojos engangrenados le dijo:

—¡No vuelvas a tocarla maldito desgraciado!

—Más vale que te calles «zorrón»… —él la amenazó al tiempo que la cogía del cuello demostrando su fuerza bruta.

Tía Rosa se interpuso procurando calmar las aguas.

—¡Suéltala, maldita sea! —intervino Erika con autoridad—. La necesitamos hasta el final. Acuérdate de las órdenes.

Gustavo cedió en su desmesurada fuerza dejando a Sara escocida y dolorida al mismo tiempo, mientras se alejaba rezando algo que no consiguieron descifrar.

Habían perdido la noción del camino avanzado pero cada vez era más difícil de llevar. La negrura de aquel agujero se le estaba haciendo insoportable. Sara, agarrada a su tía, caminaba obediente, y de repente se detuvieron. Acababan de llegar a una sala en la que aparecían cuatro puertas. Y de ellas tan solo dos estaban abiertas. Solo que esta vez no había pistas suficientes para adivinar por donde habían ido.

—¿Y ahora qué? —preguntó Gustavo desconcertado.

—No lo sé —contestó Erika mientras inspeccionaba la situación.

Se asomaron puerta por puerta. Primero observaron una sala con bastante profundidad y una gran cantidad de escombros amontonados en el fondo. Pasaron a la siguiente, ya que esa aparentemente no tenía salida. Ésta mostraba otra sala aún más grande y curiosamente sus paredes estaban repletas de grietas. Pero… ¿cómo saber por cual decantarse? Apostaron por la segunda ya que parecía más fácil. Gustavo obligó a Tía Rosa y a Sara a que fueran las primeras en entrar. No le gustaba un pelo tener que pasearse por las entrañas de la tierra como si fuera una alimaña. Desconfiado como siempre, y precavido, sospechaba que algo extraño pudiera suceder, y como no era adivino puso a las dos mujeres de cebo para cualquier anomalía inesperada.

Tía Rosa fue la primera en entrar seguida de su sobrina. Al instante, sus fosas nasales se inundaron de un fuerte olor que al principio no supieron identificar. Caminaban despacio cuando Gustavo y Erika se unieron a su lado. Parecía no haber ningún peligro extraño, supusieron todos. Pero a veces las apariencias engañan. Unos ruidos a los lados les hicieron desviar su atención. Sara, alumbró hacía una de las paredes e inmediatamente gritó:

—¡Al suelo! ¡Tía, tírate al suelo!

Las dos mujeres centraron toda su atención en mantenerse los más ágiles

posibles y casi besando el suelo observaron como de las incalculables grietas de las paredes salían lenguas de fuego que atravesaban prácticamente el ancho de la estancia, socarrando todo lo que entorpeciera su trayectoria. Sara reconoció el pesado hedor que le había embargado minutos antes: era gas. Gustavo fue alcanzado por una de las inesperadas llamas prendiendo parte de su atuendo. Erika que se encontraba a su lado se quitó la chaqueta e intentó apagarlo con rapidez al tiempo que esquivaba las ráfagas de calor. Sara y su tía estaban atrapadas en un ángulo muerto. Ante la inesperada situación dedujeron que si realmente estimaban sus vidas no debían de moverse ni un solo milímetro. Las lamas salían y entraban alternándose unas y otras sin ningún criterio evidente. La temperatura ascendió vertiginosamente. Por un momento los allí presentes pensaron que se encontraban en el mismísimo infierno. Tenían que salir de allí lo antes posible o terminarían achicharrados. Gustavo y Erika se arrastraron como reptiles y consiguieron llegar al otro lado. Sara intentó imitarlos seguida de su tía. Comiéndose el polvo y enterregadas hasta los ojos, pudieron esquivar el fuego a fuerza de varias piruetas. Misteriosamente, en el momento que alcanzaron el otro lado y se encontraron a salvo, las llamaradas se disiparon como por arte de magia. Tan solo el sofocante calor daba muestras de lo sucedido.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Erika a Gustavo mirando la negrura de su chaqueta arrugada por las llamas.

—Bien, y gracias —una sonrisa se le escapó de su cara.

Sara los miró con detenimiento y al mismo tiempo con odio mientras ayudaba a su tía a ponerse en pie y a sacudirse el polvo acumulado en sus ropas.

—Hay que continuar… —gritó Erika.

Gustavo asintió.



Capítulo 81

En las profundidades de la Tierra y a no muchos metros de distancia, Miguel y Alejandra vagaban sin rumbo después de haber atravesado el panel de fuego sin apenas incidentes, y estaban ansiosos por encontrar a Lluís y Pepe después de haberlos perdido en el derrumbamiento. Habían intentado en numerosas ocasiones contactar con Sara, pero no había sido posible. Desconocían cuánto habían descendido desde que se sumergieron en esos pasadizos, y también ignoraban que les iban pisando los talones y además estaban acompañadas.

Por el camino habían encontrado apiladas varias antorchas, y sin pensarlo dos veces se habían adueñado de una cada uno. Eso les permitía un respiro con las linternas que antes o después llegarían a su fin. Según las indicaciones de Miguel, que iba nombrando donde supuestamente se encontraba cada una de las estancias del Palacio Real, Alejandra había intentado despejar su mente y ampliar su imaginación para ponerse en situación.

—¿Entonces dices que según tus investigaciones aquí es donde se encontraba la capilla? —preguntó Alejandra mirando un montón de escombros.

—Me temo que sí, aunque se supone que estaba encima de nosotros —dijo mientras levantaba un trozo de piedra con algo grabado en ella—. ¿Ves estos grabados?

La joven asintió.

—Es un trozo de capitel califal —dijo Miguel mientras le daba la vuelta para verlo desde todos los ángulos—. Tiene mucha semejanza con los de Madinat al Zahra. Esto debe de ser del siglo x y debió pertenecer a la munya de Abd al-Aziz.

La joven se acercó para inspeccionarla.

—¡Vaya! —murmuró—. Lo que darían los arqueólogos por todo este material.

Miguel lo dejó donde lo había encontrado y caminó hacia delante alumbrando hacia el frente. No es que hubiera mucha visibilidad que dijéramos, y de hecho iban con pies de plomo. No querían tener ningún percance que tuvieran que lamentar.

Alejandra se puso a su altura. Parecía que el pasadizo donde se encontraban se empezaba a estrechar igual que un embudo. Hasta tal punto que tuvieron que ir uno delante del otro para poder avanzar. Alejandra, que iba en primer lugar, miró a su alrededor y tragó saliva. No le gustaba un pelo como se presentaba la situación. Tenía la sensación como si el maldito túnel estuviera encogiendo. Sus codos habían llegado al punto de que rozaban las paredes y tuvo que agacharse para no tropezar con la cabeza. Ante el espacio tan reducido, la llama de la antorcha era demasiado intensa y el calor producido se estaba haciendo inaguantable. La sorpresa empezó cuando vio como el torrente de fuego iba menguando a medida que avanzaba. Lo cual era bueno porque ya no quemaba, pero a cambio, tendría la negrura de aquel infernal agujero.

—Miguel, se está apagando la antorcha y esto no me gusta —gritó asustada —. Apenas puedo caminar —dijo encorvada sin poder ponerse de pie.

—Pero tiene que ser por aquí —insistió Miguel siguiéndola a duras penas y viendo como su antorcha estaba a punto de apagarse y no paraba de hacer amagos.

—Creo que deberíamos retroceder —volvió a decir Alejandra angustiada.

Apenas pudo terminar la frase, cuando un ruido de tierra en movimiento acompañado de un largo y escalofriante chillido se escapó de su boca. Miguel, espantado alumbró hacia delante y no la vio.

—¡Dios mío! —¿dónde demonios estaba?

La antorcha se apagó en ese mismo instante, dejando que la negrura se hiciera la dueña. Nervioso, buscó en su mochila la linterna, rezando porque todavía tuviera la suficiente batería. Mientras, pronunciaba su nombre sin parar:

—¡Alejandra! ¡Alejandra!

—¡Miguel! ¡Ayúdame!… ¡no sé dónde estoy!… ¡me voy a caer! —gritaba con voz desencajada.

Miguel por fin dio con lo que buscaba en la dichosa mochila. Dio un paso al frente sin ver absolutamente nada y notó como el pie derecho que estaba más

avanzado resbalaba. Rectificó de inmediato, teniendo la horrible sensación de que no había superficie. Mientras tanto, Alejandra no paraba de gritar y lamentarse. Enfocó hacia donde su voz le indicó y se estremeció de espanto.

—¡Santo Dios! —fue lo primero que logró salir de su seca garganta.

Las piernas le temblaron de inseguridad ante tal escena. Habían pasado de un diminuto pasillo lóbrego e irrespirable a un interminable lugar donde las paredes de piedra y tierra apenas si se veían. El techo estaba muy por encima de ellos y el suelo… ¡Santo Dios!, el suelo… Pero ¿cuánta profundidad tenía aquello? ¿Cincuenta, quizá cien metros? Por mucho que intentaba iluminar, el haz de luz no tenía el suficiente alcance para ver el final de semejante precipicio. Parecía imposible que eso estuviera bajo tierra, y a tan solo unos metros por encima de ella hubiera una ciudad civilizada.

—¡Miguel!… —volvió a chillar Alejandra al verse deslumbrada por el resplandor. No pudo reprimir una hilera de lágrimas mientras se agarraba con uñas y dientes.

—¡Agárrate bien!… ¡Te sacaré de ahí! —voceó sin saber qué era lo que iba a hacer.

Alejandra había caído al vacío, y por suerte estaba agarrada a un pequeño saliente de piedra, pero no lo suficientemente grande como para que permaneciera mucho más tiempo. Tenía que ayudarla… ¿pero cómo iba a llegar hasta ella si la distancia era de casi dos metros y no tenía posibilidad de agarrarse a nada seguro? Tenía que pensar algo y lo tenía que pensar ya. Miró dentro de la mochila en busca de una respuesta. Nada de interés. Tan solo podía disponer de las asas de ésta. Un par de metros de aparentemente un nylon resistente. Sin dudarlo, y mientras escuchaba los lamentos y las plegarias de Alejandra sacó una pequeña navaja y empezó con la tarea, al tiempo que la intentaba tranquilizar, aunque su voz no sonaba demasiado convincente. Por un momento, dudó de sus reflejos y su resistencia ante tales situaciones. Se consideraba un hombre bien conservado para su edad, como bien se lo habían repetido en varias ocasiones, pero ahora se daba cuenta de que todo era simple fachada. Su interior seguía teniendo cincuenta y seis años… si por lo menos estuvieran presentes Lluís y Pepe con su vitalidad y su juventud, se lamentaba.

—¡No te preocupes, pequeña! —volvió a decir cariñosamente mientras inventaba una manera de poder acceder a ella—. Creo que ya lo tengo.

—De veras… —murmuró Alejandra viendo como se le engarrotaban los dedos de los pies.

—Sí, ya lo tengo… —dijo con un entusiasmo sorprendente.

Las cintas de nylon estaban unidas mediante unas hebillas y atadas entre sí por un nudo marinero que aprendió cuando cumplió el servicio militar. Ahora solo quedaba probarlo y rezar porque fuese lo suficientemente resistente como poder ascender a la muchacha.

Miguel se tumbó en el suelo con los brazos hacia el vacío mientras agarraba las cintas con fuerza y fijaba una de ellas en su muñeca izquierda. No podía permitir que se le deslizara mientras Alejandra subía, y perderla en ese oscuro fondo. No se lo perdonaría jamás. Ésa era la única manera de asegurarse de que si eso sucedía, él se iría detrás de ella. Si eso ocurría no querría seguir viviendo, y mucho menos darle la noticia a Rosa. Antes de lanzarla en busca de la joven retrocedió la cabeza hacia el diminuto pasadizo de donde provenía buscando algún saliente donde poder agarrarse. Una grieta de piedra en una de las paredes aparecía ante él. Metió el pie en ella y lo clavó profundamente. Luego respiró hondo pidiendo a Dios que le diera las fuerzas suficientes para conseguirlo…

—¡Alejandra!… —gritó llamando la atención de la joven—. Sujétalo con fuerza —dijo mientras le tendía la improvisada cuerda en su dirección—. Y anúdatela en una de tus muñecas.

Ella le miró con esperanza y obedeció sin rechistar. Solo quería salir de ahí lo antes posible. Tuvo que colocarse de puntillas para poder conseguirlo. La cinta era demasiado justa, aún así lo logró. Nada más dio el visto bueno, notó un tirón y creyó que le iban a arrancar el brazo atado por la presión ejercida. Miró hacia abajo y la oscuridad unida a la desmedida profundidad y el desconocimiento de lo que podía haber allí abajo, hizo que se agarrara a la cuerda con la otra mano como una vulgar y hambrienta sanguijuela.

Miguel, con el pie anclado en la grieta y con todas sus fuerzas, intentaba acortar la cuerda de nylon que le separaba de Alejandra. Había subido casi la mitad, pero lo peor estaba por hacer. El cansancio estaba haciendo mella en su cuerpo, y aunque su mente no paraba de darle ánimos, aquel esfuerzo le sobrepasaba. Miró hacia abajo congestionado por el exceso y el sudor que empapaba su frente y vio la cara de Alejandra jadeante y con el rostro compungido de temor. Faltaba poco, se decía a sí mismo. Aun así las palabras de consuelo no eran suficientes para echarle una mano y, no quería admitirlo pero… ya no podía más.

—Alejandra, —dijo totalmente exhausto con una presión en el pecho que apenas le permitía respirar y temiendo lo peor.

—Miguel, ya casi está… —añadió la muchacha sollozando, asustada por la situación y por el tono apagado de su salvador.

Era cierto, tan solo cincuenta centímetros más y lo conseguiría, pero Miguel había extralimitado su fortaleza, sus músculos contraídos se habían agarrotado y apenas le respondían, su respiración había aumentado considerablemente y su corazón le recriminaba que ya no era un chaval.

—¡Miguel!… —volvió a gritar Alejandra viendo su apatía y que no avanzaba—. Por Dios, súbeme de una puñetera vez.

Por muchos intentos que ésta hacía con el fin de subir por la cuerda o agarrarse a algo, eran nulos. Se veía en medio de ese gigante agujero, con su cuerpo colgando en el aire y sin poder hacer absolutamente nada de nada. Tan solo necesitaba un impulso más y lo conseguiría. Las lágrimas le abordaron de nuevo cargadas de impotencia y de rabia. Después de todo lo que llevaban a cuestas sobre sus espaldas y, ¿ese era el final de sus días? No podía permitirlo. Aún no había llegado ese momento…

—¡Papá! —gritó llena de furia, dando la sensación de haber perdido la cordura.

Miguel hacía de tripas corazón con el fin de no desfallecer. No podía soltarla, pero tampoco podía subirla. Estaba en un punto muerto. Al oír las palabras de Alejandra, reaccionó misteriosamente.

—Jorge, —mencionó apenas en un susurro—. Dame fuerzas, amigo… —un dulce y agradable cosquilleó inundó sus arterias, sus músculos, sus nervios, sus tendones, haciéndole resurgir a la vida con una abrumadora fuerza.

Miguel, en pocos instantes recobró la consciencia y volviendo a dirigir la mirada hacia Alejandra le dijo:

—¡Allá vamos, pequeña! ¡Lo vamos a conseguir, te lo aseguro!…

Como bien había dicho tan solo necesitaba un par de empujones más, y la joven consiguió agarrar su mano con fuerza y seguidamente tocar tierra firme. Él la abrazó en sentido paternal y emocionado le acarició el cabello. Había estado a punto de perderla.



Una vez repuestos de semejante susto y con el pulso de regreso a la normalidad, Miguel retrocedió unos pasos y sujetando la antorcha apagada por la falta de aire

le prendió fuego llenando de luz su alrededor. Alumbraron el lugar en busca de la manera de poder continuar. Asombrados se deleitaron admirando semejante recinto. Parecía imposible que un sitio tan inexplicablemente hermoso se encontrara bajo del Palacio del Real. Más bien parecía que estuvieran en los confines del Universo. Tenía un diámetro de unos cien metros aproximadamente rodeados de paredes de tierra rugosas. Afinaron los sentidos y les pareció observar que al otro lado también había ciertos agujeros. Quizá se trataba de otros pasadizos similares por lo que ellos habían pasado. Pero ¿cómo acceder al otro lado si no había nada que se lo pudiera facilitar?

—Si al menos hubiera un puente o algo por el estilo… —murmuró Miguel para sus adentros mientras se acariciaba su recortada barba blanca.

—Eso sería demasiado fácil —continuó Alejandra—. Me temo que esta tarea es muy rebuscada. Espero que lo que esconda tenga su mérito.

—Yo también —añadió él resignado mientras hacía un barrido general—. ¿Qué dirías que es eso? —dijo señalando algo en el centro.

La joven dirigió el resplandor de su antorcha con el fin de poder descifrarlo. Su sorpresa fue acompañada de una amplia sonrisa.

—Miguel, es una cuerda. No, no es una cuerda… —dijo rectificando—, es como un puente de sogas. No me lo puedo creer. Estaba camuflado con el entorno.

—Hemos de llegar hasta él sea como sea —concluyó Miguel investigando las posibilidades que tenían de conseguirlo.

La pasarela de maroma llegaba hasta el otro lado. El problema era que para poder acceder a ella tenían que desviarse unos pocos metros a la derecha, y salvo unos pequeños salientes formados en las paredes por la erosión de los años, no había otra posibilidad.

—¿Crees que de verdad vamos a poder hacerlo? —preguntó Alejandra sopesando la posibilidad de no conseguirlo.

—Sinceramente… tengo mis dudas, pero no hay otra alternativa.

—Pues nada —añadió la muchacha con sarcasmo—. Está claro que el final de mis días es caer al vacío de este tenebroso agujero.

Miguel le cogió la mano y le dijo:

—No lo permitiré.

Ella le miró y le dijo:

—Eso espero…

Miguel depositó la antorcha en el suelo y se encaramó con la mochila a la

espalda. Despacio y con paso firme fue avanzando piedra por piedra en dirección al puente. Sus manos ennegrecidas se agarraban con fuerza marcando el equilibrio y sus pies intentaban no tropezar ni dar un paso en falso. Alejandra le miraba con temor y medía cada movimiento que realizaba. Estaba a punto de conseguirlo. Ya casi lo tenía, cuando en uno de los últimos pasos, uno de los salientes se desprendió de la pared cayendo al pozo sin fondo y haciéndole vacilar antes de buscar otro apoyo.

—Ahhhhhh —un grito ahogado se desprendió de la garganta de la muchacha.

Miguel, en cambio, no pudo articular palabra debido a la consternación que lo embargaba. El corazón se le había detenido de puro espanto y sus uñas permanecían clavadas como lapas. Cuando recobró la consciencia y la fuerza, avanzó los pocos pasos que le quedaban y consiguió llegar a su objetivo. El puente se meció en cuanto notó un cuerpo extraño. Miguel se agarró para no perder el equilibrio. Respiró hondo y dio gracias por llegar sano y salvo. Encendió la linterna para alumbrar los pasos de su compañera.

—Bien, Miguel… —chilló Alejandra, contenta de que lo hubiera conseguido y temblando de ver que le tocaba a ella. Se agarró las rodillas que empezaban a no sostenerle y pensó que ese no era el mejor momento para que empezaran a fallarle.

Estaba a punto de empezar a trepar cuando vio que Miguel había desaparecido. Más que asustada, lo llamó histérica.

—¡Miguel!… ¡Miguel!

A los pocos instantes, éste apareció como por arte de magia acompañado de un agradable resplandor.

—Estoy aquí —dijo con tono paternal y tranquilizador—. Hay otro pasillo, pero no sé dónde conduce.

—¡Qué bien!… —esto es el cuento de nunca acabar—, murmuró la joven cansada.

—¿Te animas? —dijo con dulzura—. Es muy fácil, busca los apoyos más grandes y aférrate con fuerza. Y muy importante… no mires abajo bajo ningún concepto. A partir de ese momento, no dejó de ampararle con frases de ánimo e infundiéndole valor.

Alejandra se armó de coraje. Colocó su antorcha en el suelo pegada a la que había colocado Miguel antes de la escalada por semejante muro y lo único que sentía era que tendría que olvidarse de ellas. A partir de ahora se tendrían que

consolar con la luz de las linternas hasta que éstas decidieran dejar de funcionar. Se santiguó como hacía años que no lo hacía y se encomendó a su padre para que le ayudara a conseguirlo. Después sacó un pie al vacío y lo apoyó en la piedra más cercana. Al sentirla segura, continuó con las otras extremidades. Miguel iluminaba su trayecto dentro de sus posibilidades. No sabía si iba demasiado despacio o era una sensación suya. El caso es que parecía no avanzar, cada saliente era un tormento y las piernas volvían a hacer de las suyas. La derecha parecía tener vida propia y había empezado a temblar. Sabía que en situaciones extremas los nervios la solían traicionar. Procuró mantener la mente en blanco y pensar lo menos posible en donde se encontraba. Pero era mucho más fácil decirlo que hacerlo. Con el rostro pegado a la terregosa pared, se arrastraba verticalmente igual que un reptil. Y pensar que nunca había querido escalar y ahora lo estaba haciendo a la fuerza. Un suave cosquilleo acarició los dedos de su mano izquierda. Oh, no… murmuró. Pensó que sus dedos empezaban a dormirse por lo que quedarían fuera de combate. Giró la cara para poder ver su mano al tiempo que movía las falanges para que despertaran de su somnolencia, cuando un chillido se escapó de su boca sobresaltando a Miguel.

—¿Qué ocurre? —Preguntó más que preocupado y temiendo que pudiera caer.

—Una araña… —murmuró con voz temblorosa.

—¿Cómo dices? —no había terminado de entender.

—Hay una araña gigante entre mi mano y mi cara —dijo a duras penas y con claros síntomas de arcadas.

—No pasa nada, seguro que no es venenosa —Miguel no sabía que decir para tranquilizarla—. Alejandra, sigue avanzando. No la mires y sigue avanzando.

—No puedo. Te juro que no puedo. Estoy totalmente paralizada.

—¡Alejandra! ¡Dios mío, ten mucho cuidado! —gritó temeroso de que peligrara su vida.

La voz masculina que acababa de escuchar había sonado detrás de ella y por supuesto no era la de Miguel.

—Lluís… no sabes cuánto me alegro de oírte —dijo reconfortada al sonido de su voz sin atreverse a moverse ni un centímetro.

—Alejandra, cariño, tienes que avanzar poco a poco. Lo vas a conseguir, amor… —Lluís le daba ánimos con el corazón encogido.

—Alejandra, eres una mujer fuerte y podrás hacerlo.

—Pepe, ¿tú también estás ahí? —dijo acongojada y sin arriesgarse a mirar hacia atrás. Tenía que continuar. No podía quedarse ahí eternamente y tampoco podía permitirse tener un descuido y caer. Quería volver a abrazar a Pepe, y sobre todo quería volver a besar a Lluís y dejarse caer en sus brazos.

Miguel se giró en redondo complacido de verlos de nuevo. Los dos jóvenes habían salido del túnel encarado al puente en el que él se encontraba y se dirigían hacia ellos. Los tres hombres estaban pendientes de Alejandra, y con el alma encogida intentaban animarla.

—Muy bien, Alejandra…

—Lo estás haciendo muy bien. Un par de pasos más y lo habrás conseguido.

Cuando la joven rozó las sogas, seis manos fuertes la acogieron con dulzura. En ese instante, una tremenda sonrisa brotó de su rostro confundida entre lágrimas de alegría. Necesitaba desfogarse, demasiadas tensiones seguidas. Pero estaba satisfecha: lo había logrado y sobre todo… volvían a estar juntos. ¿Qué más podía pedir? Lluís la cogió por la cintura y la besó sin mediar palabra. Ella se dejó querer.



Capítulo 82

Las tensiones se habían disipado, y el beso de Lluís había sido tremendamente reparador. Alejandra, en compañía de sus tres hombres, cruzaba con sumo cuidado el frágil puente. El balanceo provocado por el peso y movimiento de ellos les hacía caminar con precaución ya que se asemejaba a una peligrosa atracción de feria. Pepe iba el primero portando una antorcha, la misma que se cayó con ellos cuando se derrumbó el suelo. Faltaba poco para llegar al otro lado, cuando unas voces de ultratumba se oyeron a sus espaldas. Inconscientemente, los cuatro se giraron sin poder evitar el erizar de sus cabellos. El eco había rebotado en todos y cada uno de los muros magnificando su intensidad. De la boca del túnel donde empezaba la pasarela afloraba un resplandor del que antes carecía. La pregunta unísona era: ¿quién además de ellos podía andar por esos tugurios? El murmullo era cada vez más intenso, y la aureola incandescente aumentaba de tamaño a medida que se aproximaba y se acercaba a ellos irremediablemente. Aligeraron sus pasos sin preguntar con el fin de esconderse dentro del túnel. Era su única escapatoria. Apagaron las linternas y disimularon el resplandor de la antorcha para que no les delatara. Apenas unos segundos después, sus incógnitas se despejaron transformándose en asombro e ira. No podía ser lo que sus ojos le mostraban. Sus adorados vecinos Erika y Gustavo habían aparecido acompañados de Rosa y Sara, y para colmo de males, estaban siendo amenazadas con armas de fuego. Se miraron entre ellos. Pepe murmuró para sus adentros en un tono apenas perceptible: Malditos hijos de puta… Miguel, apretó los dientes cargado de rabia acentuando los músculos de su mandíbula. Alejandra se llevó las manos a boca, y Lluís cerró los nudillos con fuerza. Sobraban las palabras. Tenían que actuar con rapidez. Les ganaban en

número, pero solo eso estaba a su favor. Disponían de sus puños y de una ridícula navaja de *boy scout* contra dos pistolas. Aun así, no se amedrentaron. Miraron a su alrededor y descubrieron ciertas grietas en las paredes lo suficientemente amplias como para poder colarse por ellas. Era un escondite espléndido y les ayudaría a prenderlos por sorpresa. Los observaron cruzar el artesanal puente de cuerdas con dificultad. Rosa y Sara, agarradas de la mano, iban en primer lugar. Barajaron la situación y esperaron a que estuvieran a su altura. Los minutos restantes fueron una eternidad. Agazapados cada uno en su posición, vieron como Rosa se adentraba en el túnel seguida de su sobrina y achuchadas por sus vecinos. Era ahora o nunca… En ese mismo instante, Pepe y Lluís se lanzaron sobre sus enemigos sin ninguna piedad. Sara y su tía se refugiaron en los brazos de Miguel y Alejandra sorprendidas y asustadas por lo que pudiera acarrear. El forcejeo iba subiendo de intensidad. Pepe le había dado una patada a la mano en la que Gustavo llevaba el arma, consiguiendo que la soltara. Ésta se arrastró varios metros debido al impulso del golpe para caer finalmente al vacío por el precipicio. Pepe aún se resentía en el pie que le había agredido.

Aquel hombre era un verdadero armario ropero…

—¡Ahora estamos en igualdad de condiciones, hijo de puta!… —murmuró Pepe satisfecho de haber dado en el blanco mientras se enzarzaban en una pelea cuerpo a cuerpo con gran desventaja por su parte.

Mientras tanto, Lluís intentaba dejar a Erika fuera de combate sin conseguirlo. Intentó quitarse el velo de los ojos y el prejuicio de no pegar a una mujer. De hecho, recordó el anterior enfrentamiento con ella en la Plaza de Toros… ¡Y cómo coño peleaba la muy zorra!, era una mezcla entre taekwondo, karate, boxeo, full-contact… parecía tener conocimientos de topo tipo de artes Marciales, y pensar que él había practicado algo de ello como *hobby*. Ahora se arrepentía de no haber estado más atento a las clases. Miguel se aproximó para echar una mano, pero no era fácil acercarse a semejante máquina de precisión de patadas y puñetazos. Lluís ya hacía bastante con aguantar y esquivar los golpes que le venían, como coces, desde varios ángulos.

Pepe había avanzado en su furia por derribar a semejante monstruo y se encontraban al filo del despeñadero. Estaba magullado, pero eso no le impedía mantener firme el orgullo y el tipo. Alejandra, chilló avisándole temiendo que pudiera dar un paso en falso y caer por el precipicio Dios sabe dónde.

—¡Cuidado, detrás de ti!

En ese momento y sin esperarlo, la lucha dio un giro inesperado y Gustavo resbaló con la tierra del borde de la sima cayendo al suelo enroscado con su contrincante. Tragando el polvo se rebozaban como croquetas aporreándose entre ellos cada uno como podía. La mala suerte acompañó a Gustavo, que estaba a punto de despeñarse. Un corrimiento de tierra hizo que su cuerpo quedara colgando. Sabía que sus días se agotaban e instintivamente se aferró cargado de cólera a su rival y con una sonrisa macabra tiró de él para no caer solo. Pepe intentaba soltarse pero le resultaba imposible. Miró al vació y solo vio una escalofriante oscuridad. Miguel, agarró a Pepe de los pies con fuerza viendo que lo perdían, ayudado por Rosa y sus sobrinas que se tiraron al suelo para impedir que fuese arrastrado a las profundidades de aquel macabro lugar. Todos palidecieron cuando vieron que sus fuerzas no eran suficientes para evitar que pudiera descender centímetro a centímetro. Mientras tanto Gustavo, con su arrogancia dejó escapar una espeluznante carcajada cuando estaba a punto de desplomarse deseoso de llevar al otro consigo. Pepe luchaba desesperadamente por mantenerse en tierra firme, pero para ello tenía que quitarse del medio a semejante cachalote. Desencajado y agotado, dudó con franqueza en conseguirlo. A pesar de notar la tremenda presión en sus piernas que ejercían sus fieles compañeros en un vano intento por salvarle. Sara y su hermana no pudieron contener las lágrimas. No podían perder a Pepe. No de esa manera… Sin dudarlo, Alejandra le soltó arriesgándose a fracasar en su intento, y de una rápida zancada agarró la antorcha encendida que se encontraba en el suelo a pocos metros de ella. La cogió con agilidad y regresó al lado de Pepe. La inclinó hacia Gustavo con el fin de intimidarle y que soltara su presa. Pareció surgir efecto. La llama lo descontroló pero para su asombro éste la agarró con tal fuerza que ella se tambaleó. No parecía humano aquel monstruo. Acababa de amarrarse a las llamas como si tal cosa.

—¡Alejandra, suéltala te va arrastrar!… —gritó Pepe viendo que peligraba la vida de la joven.

—¡Suéltala! —chillaron los demás con el corazón encogido.

Apenas fueron unas milésimas, pero duró toda una eternidad. Alejandra, soltó la tea al mismo tiempo que observó la expresión de dolor por primera vez en el rostro indestructible de su vecino mientras caía al suelo de espaldas. Pepe aprovechó la confusión para darle un puñetazo a su contrincante haciendo que se soltara y perdiéndolo de vista en semejante agujero. La antorcha se hundió a su lado iluminando su trayecto. El grito combinado con una escalofriante carcajada

al caer se fue disipando a medida que se alejaba. Pepe cerró los ojos sobrecogido, por nada del mundo hubiera querido sucumbir con ese desgraciado. Aquello parecía el fin del mundo, o lo que es peor, aquello era la mismísima entrada al infierno.

Erika, confusa ante la exclamación de su compañero y dolida por su pérdida, bajó la guardia durante unos instantes lo que hizo que Lluís harto de recibir golpes le asestara un puñetazo en la cara y la dejara atontada.

Cuando Pepe recobró el reconfortante tacto de la tierra firme buscó angustiado a Lluís. Parecía tener dominada la situación. Sara y Alejandra lo abrazaron. Acababan de pasar una inolvidable prueba. ¿Cuántas más les quedarían antes de llegar al final de su búsqueda?



Estaban seguros que iban descendiendo. Jurarían también que lo hacían en enormes círculos y con una descontrolada profundidad. ¿A dónde se dirigían? Ese maloliente y oscuro pasadizo parecía no tener fin. Rosa, con sus sobrinas, Miguel, Pepe y Lluís, caminaban ansiosos de ver la luz de ese terrible agujero. Erika, con las manos atadas les acompañaba renegando.

—Mirad esto, hay unas estrechas escaleras —chilló Sara empezando a bajarlas.

Los demás le siguieron. Entre la luz anaranjada de las antorchas y el ambiente trabado, Alejandra notó presión en el pecho y le costaba respirar. No tenía ni idea de cuantos metros se encontraban bajo tierra, pero aquello era demasiado surrealista para ser verdad. Sus rostros sintieron un ligero alivio al comprobar que las escaleras se empezaban a ensanchar y el aire viciado se hacía algo más respirable. Al final, una enorme puerta de madera cerraba el acceso. Miraron a su alrededor, y esa era la única forma de poder continuar. Miguel la palpó y pidió las llaves que llevaban en sus mochilas. Fueron pasando una por una hasta que oyeron el clic que todos esperaban. Habían encontrado la llave adecuada. Abrieron la pesada y enmohecida puerta, y su sorpresa aumentó al divisar que en ambos lados de las paredes había antorchas colocadas a cierta distancia. Sin pensarlo dos veces Pepe arrimó la suya y fue prendiendo todas y cada una de ellas por donde iba pasando. La intensa luz que emanó les hizo cerrar los ojos hasta que sus pupilas se acostumbraron a semejantes destellos,

ofreciéndoles un lugar amplio y diferente a lo que hasta ahora estaban acostumbrados. Algo les decía que se aproximaban al final. Se desperdigaron curioseando y admirando las paredes adornadas con dibujos y figuras desconocidas. Miguel admiró uno de ellos y murmuró:

—Acercaos… —dijo tremendamente emocionado—. ¿Veis estos relieves?, se asemejan a la Diosa Pales.

—¿La Diosa Pales? —preguntó Rosa con ignorancia.

—Sí, era una divinidad mitológica romana. Protectora de la tierra y del ganado. Era la Diosa de los pastores.

—¿Nos estás diciendo que estos dibujos pueden pertenecer a la época romana? —preguntó Sara acercándose y escuchando atentamente.

—Sí, y posiblemente incluso antes de los romanos —continuó Miguel, mientras, intentaba identificar los demás símbolos.

—Pero del Palacio del Real se empieza a tener constancia en la época musulmana, a partir de que Abd al-Aziz construyera su finca de recreo, ¿no? —preguntó Pepe contrariado—. Eso es mucho después.

—Es cierto. Tienes razón… —contestó Miguel pensativo—. Pero y si… —se acarició la recortada barba antes de hablar—. ¿Y si este lugar fuera un punto clave, que por supuesto desconocemos?, ¿y que durante toda la Historia ha tenido un importante significado? —No continuó, no tenía ningún fundamento para argumentar semejante ocurrencia.

Después de todo el tiempo que llevaban investigando y a pesar de sus consolidados conocimientos respecto a la historia de Valencia, a un supuesto paso de conseguirlo, y no tenían absolutamente nada de nada. Ni siquiera sabían ni por asomo, qué era lo que se iban a encontrar. A estas alturas, desconocían por completo qué demonios estaban buscando. Aquel era el secreto mejor guardado de todos los tiempos. Posiblemente uno de los más enrevesados, y desde luego el más oculto. Miguel se quitaba el sombrero ante la persona o personas que lo habían confeccionado.

Buscaron una salida. No podían retroceder, tenían que avanzar. Pero no había otra puerta, como en otras ocasiones. Ni una señal que les guiara.

—No puede ser este el final —vociferó Lluís harto de dar vueltas por las enmohecidas paredes, con la uñas negras como el carbón y dolorido de la lucha con su vecina.

—Tiene que haber algo que nos indique, que nos guie —susurró Alejandra cansada.

—No hay nada… —gritó Erika maniatada consiguiendo cargar el ambiente.

Sus ojos se cruzaron desafiantes.

—Este lugar es una antesala —confirmó Alejandra—. ¿No os dais cuenta?

Todos le miraron. Había conseguido captar su atención.

—Llevamos toda la santa noche por estas lóbregas covachas, sin apenas poder respirar… con un hedor vomitivo —su tono fue despectivo—, envueltos en difíciles pruebas y dejándonos la piel en ellas y, cuyo primordial objetivo es frenarnos y que no avancemos. Hemos conseguido sobrepasarlas y esta sala es diferente. En ella ha habido vida. Las antorchas colgadas a ambos lados lo indican, las siluetas en sus paredes nos demuestran que estamos muy cerca… Tenemos que ser más optimistas. Presiento que nos queda muy poco. Hemos de demostrar que mi padre tenía razón en sus afirmaciones…

—¡Tu padre solo fue un maldito ladrón! —las palabras de Erika retumbaron obligando a girarse a todos.

Erika mantenía una risita burlona después de haber escupido parte de su veneno. Alejandra se acercó a ella y la miró a los ojos cargada de odio. Seguidamente, descargó su mano contra la mejilla de su vecina con toda la furia de que fue capaz.

—¡No vuelvas a nombrar a mi padre! —fue lo único que pronunció mientras se cogía la mano dolorida por el impacto.

Sara se acercó a su hermana y la alejó unos pasos.

—¡Aquí hay algo!… —murmuró Tía Rosa, encrespada con los últimos incidentes y señalando la pared del fondo.

Todos se acercaron para observar. Efectivamente, parecía tener razón. En uno de los lados había un cuadrado grabado en la pared, similar a una tabla de ajedrez. Curiosamente, se dividía en doce dados más pequeños y bajo el asombro de todos ellos, diez de los cuadrados tenían un agujero en el centro. Pepe fue el primero en manosearlos. Advirtió que no tenían ninguna movilidad. Sin embargo, el orificio era bastante profundo. Una idea le asaltó la mente. ¿Y si eran cerraduras? Algo ilógico, pero… ¿había algo cuerdo en todo ese embrollo?

—Vamos a probar con las llaves… —exclamó esperanzado.

Una duda les asaltó la mente aunque ninguno fue capaz de articular palabra. Ellos habían conseguido encontrar diez llaves ya que Augusto Fonfría disponía de las dos restantes. Y de esas diez, dos de las llaves se habían quedado en el camino incrustadas en la Dama de Elche. Por lo tanto, solo les quedaban ocho. Y

precisamente la simulada tabla de ajedrez que tenían ante sus ojos tenía diez agujeros. ¿Qué pasaría si no lo conseguían?

Faltaron manos para abrir las mochilas e ir pasando una llave tras otra. Tenían que despejar la incógnita lo antes posible. Pepe, nervioso, cogió la primera y la introdujo en uno de los huecos al azar. Al principio, entró con dificultad lo que hizo que probara en otro agujero. Sin embargo, parecía que en el segundo intento no había ido desencaminado ya que la llave había encajado a la perfección. Eso le dio confianza para llegar a pensar que estaba en lo cierto. Solo faltaba la prueba definitiva. Intentaría dar media vuelta… Miró a los demás y sus rostros le dieron seguridad. Cerró los ojos y presionó el frío metal hacia uno y otro lado. Por mucho que lo intentó, no obtuvo la respuesta que esperaban, salvo que la puerta de la estancia por la que habían entrado instantes antes se cerró a sus espaldas. Se miraron unos a otros extrañados pero la fuerza de mirar hacia delante les dominó. ¿Qué importancia podía tener que se hubieran quedado encerrados, si al parecer tenían la solución y estaban convencidos que encontrarían una salida? Lo que realmente ignoraban era si ello les iba a resultar fácil o tremendamente difícil. Rápidamente, Pepe, el encargado hasta el momento de probar las llaves, agarró la segunda repitiendo la misma operación, instantes después, un estridente ruido retumbó en el interior de aquella caverna dejando a todos los presentes con el corazón encogido. Nada parecía moverse a pesar de que el estallido seguía sonando, ni tampoco había aparecido ninguna entrada oculta y secreta. En cambio, el chirriante sonido que hasta ahora hipnotizaba a la estancia aumentó su intensidad. Ahora se escuchaba por ambos lados cuando al principio era solamente en una parte. La incertidumbre de no saber qué se estaba cociendo ahí dentro empezaba a cargar los ánimos. Creían estar curados de espanto, pero tampoco descartaban ser sorprendidos. Le tocaba el turno a la tercera llave. Pepe lo hizo casi sin mirar… nada de nada. Respiró hondo intentando mantener la calma cuando un crujido en el techo les hizo mirar a todos hacia arriba. Una especie de trampilla se acababa de abrir dejando un misterioso hueco negruzco.

—¡Esto no me gusta! —vociferó Rosa.

—A mí tampoco —añadió Sara recelosa—. ¡Un momento! —No vais a creer lo que voy a decir, pero tengo la sensación de que los muros de ambos lados se están moviendo.

Todos fijaron sus ojos a ambas paredes mientras el sonido estrepitoso seguía invadiendo sus oídos. Lluís dio unos pasos y verificó que la inmensa sala estaba

disminuyendo de tamaño. Su movimiento era lento y preciso. Algo mecánico se había activado con las llaves y los muros de ese lugar se estaban estrechando sin poder evitarlo.

—¡No puede ser! —gritó Alejandra con temor—. Tenemos que continuar con las llaves o si no, tendremos que retroceder… contando con que podamos abrir la puerta —añadió en un susurro recordando que se había cerrado con la primera llave a cal y canto.

—Inténtalo de nuevo… —ordenó Miguel a Pepe entregándole la cuarta.

Éste no se lo pensó. Con recelo repitió la operación y de nuevo se oyó otro chirrido en el techo. Sus ojos se clavaron en la nueva abertura igual que la anterior pero en el lado opuesto.

—Cada vez que nos equivocamos ocurre algo nefasto —verificó Lluís sin dejar de mirar las paredes que seguían moviéndose lentamente.

—¿Qué finalidad tendrán los agujeros del techo? —preguntó Rosa compungida.

—Ni idea… —se unió Sara mientras no les quitaba ojo.

Pepe, mientras tanto, hacía un nuevo intento con la número cinco. Cruzó los dedos esperanzado. Desilusionado comprobó que tampoco era la correcta. Estaba claro que no daba una. Esta vez el sonido se agravó aumentando otro ruido distinto. Era como una gran orquesta en la que se iban añadiendo instrumentos. Esta vez lo identificaron encima de la puerta. Solo que su aspecto era distinto a los demás.

—Otro agujero más… —exclamó Alejandra con la mosca detrás de la oreja —, me muero de curiosidad por saber para qué sirven. Estaba convencida de que tenían una función y mucho se temía que no sería buena para ellos.

Mientras tanto, Pepe, harto y desquiciado por no tener resultados favorables, le pasó las llaves a Lluís.

—Inténtalo tú, a ver si tienes más suerte. Se nos están agotando las posibilidades.

Lluís hizo su primer intento con la sexta llave cuando de uno de los agujeros del techo empezó a caer un grueso chorro de arena.

—¿Habéis visto eso? —exclamó Alejandra angustiada y al mismo tiempo desconcertada.

—¿No querías saber para que servían esos agujeros? —pronunció Erika en tono de desprecio—. Vamos a morir todos sepultados por esa maldita arena.

—Lluís, date prisa —apremió Pepe—. No podemos perder tiempo.

Éste le obedeció y se encomendó al cielo. Se agotaban las posibilidades. Tenían que conseguirlo. Su cara desveló el desánimo al ver que no había sido posible. El suelo empezó a cubrirse de arena a una velocidad vertiginosa, mientras la angustia se dibujaba en sus caras.

—Lluís, continúa —Miguel le entregó la séptima.

La escena se repitió una vez más como un replay en una cinta de video. De uno de los dos agujeros que permanecían inertes en el techo brotó con fuerza otro chorro de arena exactamente igual que el primero. Todos se miraron desilusionados. Se les acababan las posibilidades. La situación cada vez se había más insostenible.

—Es la última. Lluís, es la octava… —gritó Miguel visiblemente angustiado mientras le entregaba la llave cargado de congoja y de impotencia.

Si esa no funcionaba, todos sus esfuerzos habrían resultado en balde.

—¿Y qué pasa si no resulta con esta? —preguntó Sara con los ojos vidriosos.

—Es muy posible que sea una de las dos llaves que tiene Augusto Fonfría en su poder —exclamó Alejandra lamentándose—. Ese malnacido. Si ésta no funciona no podremos avanzar. No puedo creer que después de todo lo que hemos pasado… vayamos a morir encerrados entre estas cuatro paredes —Alejandra miró los tabiques y se quedó muda… irremediablemente morirían aplastados si nadie ponía remedio—. Teníamos que haberle robado a Fonfría las dos llaves que nos faltan… Ya que me denunció y me buscan por ello, por lo menos que hubiera sido con razón. Bien nos los advirtió mi padre. Nos dijo que no nos molestáramos en buscar la solución hasta que no tuviéramos las doce en nuestro poder. Hemos actuado demasiado a la ligera…

Tía Rosa la abrazó para consolarla presintiendo que se desmoronara.

—Lluís, adelante… —añadió Miguel resignado—. Inténtalo, hijo.

El muchacho volvió a repetir la misma operación que en ocasiones anteriores, esta vez con la responsabilidad sobre sus espaldas. Todos prestaron gran atención a las manos del joven. Algunos rezaron las plegarias que sabían para que esa última posibilidad fuese la certera. Pero la situación no mejoró, al contrario, se agravó todavía más. De la tercera trampilla emanó otro chorro de arena. Ya iban tres y sin parar de expulsar tierra. Un fino y apenas perceptible polvo iba empastando el ambiente. Pronto la situación se presentaría difícil e insostenible. Los muros estaban separados a tan solo unos pocos metros e iban avanzando hacia dentro, mientras tanto, la arena iba ascendiendo con demasiada rapidez. Pronto no podrían ni moverse. Una gigantesca nube de polvo producida

por la arena en contacto con el suelo se esparcía por el recinto provocando ataques de tos en varios de los presentes. Lluís lo intentó de nuevo una y otra vez. No había nada que hacer. Pepe se dirigió hacia la puerta con gran dificultad ya que los pies se le clavaban en la arena y más que andar, reptaba. Cuando consiguió hacerlo le fue imposible abrirla. Por esa parte no tenía cerradura. Si al menos hubiera tenido un picaporte desde dentro, pero no, solo se podía abrir desde fuera. Estaba claro que aquello estaba pensado con premeditación y alevosía. Quienes habían tejido las trabas lo habían hecho a conciencia y a sabiendas de que era imposible traspasar ese umbral. No tenían escapatoria de ningún tipo. Pepe se giró y observó sus caras con el desanimo dibujado en ellas. Se le hizo un nudo en la garganta, a continuación, negó con la cabeza, verificando que era imposible salir de allí.



Capítulo 83

El panorama no era nada halagüeño y no se lo deseaban ni a sus más odiados enemigos. Lo que hubieran descrito un par de horas antes como una amplia sala con un aire más saludable teniendo en cuenta las circunstancias, se estaba convirtiendo en un estrecho pasillo con el ambiente espeso e irrespirable. La claustrofobia se hacía latente en todos y cada uno de ellos, y el temor a ser aplastados incrementaba su estado de ansiedad. Habían pasado por experiencias difíciles a lo largo de ese año y medio, y cuando las recordaban, muchas de ellas se les ponían los pelos de punta. Se habían adentrado en desconocidos túneles y pasadizos ocultos y lóbregos, pero siempre habían encontrado la manera de poder salir airosos. Ahora, los ánimos habían decaído, hasta los más optimistas rozaban el pesimismo inevitablemente. Durante el tiempo que llevaban encerrados y angustiados, habían recorrido centímetro a centímetro intentando dar con alguna clave que les sacara de semejante atolladero. Pero sin lugar a dudas habían llegado a la conclusión de que solo un milagro les sacaría de allí. No podían retroceder en el tiempo y, mucho menos detener los chorros incesantes de arena que cubrían gran parte de la diminuta estancia, ni tan siquiera bloquear o frenar las paredes que cada vez les obligaban a estar más juntos. El nivel de arena había ascendido considerablemente, llegando hasta la cintura de muchos de ellos. La inmovilidad les aturdía y la inhalación del polvo creado por la arena al caer les producía constantes golpes de tos. La situación era bastante crítica. En una palabra; solo les quedaba la agonía de esperar un arduo final.

Rosa abrazó a sus sobrinas con los ojos envueltos en lágrimas. Hubiera dado su propia vida por poder cambiar aquella situación y, que sus sobrinas que eran

como sus verdaderas y legítimas hijas pudieran salir de semejante infierno. A pesar de haber reencontrado a Miguel después de veintitrés años, y después de haber sido su sueño anhelado, se iría tranquila de este mundo sabiendo que él aún la seguía queriendo y dejando a Sara y Alejandra sanas y salvas.

Pepe le chocó la mano fuertemente a Lluís en señal de gratitud. Nunca nadie se había molestado en ayudarle incondicionalmente de una forma tan noble.

—Gracias amigo… Ha sido un placer conocerte y un honor morir juntos —pronunció emocionado y haciendo especial énfasis.

—Gracias a ti por tu lealtad —le contestó Lluís correspondiéndole en el gesto.

Miguel abrazó a Rosa y pegado a su oído le susurró:

—Te quiero tanto que la muerte no va a ser un obstáculo. Al contrario, que sepas que te buscaré y no pararé hasta encontrarte otra vez…

Rosa sonrió acongojada mientras una lágrima rodaba por su mejilla.

Lluís cogió a Alejandra y le acarició la cara. No quería que su rostro se le desdibujara.

—Eres preciosa y un regalo para mis ojos. Mi última palabra es para ti. Te amo…

—Y yo a ti —susurró Alejandra apenada. Ése no era el final que había imaginado y acercándose a él, se fundieron en un apasionado beso.

Un chasquido metálico se unió a los sonidos ya integrados en el entorno.

—¿Habéis oído eso? —preguntó Pepe atento.

—¿El qué? —añadió Sara.

—Ese ruido… sí, otra vez… ¿no lo escucháis? —preguntó Pepe confuso, llegando a pensar si se estaba volviendo loco. Afinó el sentido del oído—. Es al lado de la puerta —gritó con una mueca similar a una sonrisa.

—¿Estás seguro? —preguntó Miguel con ciertas dudas.

—Sí, creo que es al otro lado de la puerta —confirmó Pepe ilusionado.

Todos mantuvieron el máximo silencio.

—Creo que tienes razón, parece que hay alguien… —murmuró Miguel soliviantado.

Los rostros de todos los allí presentes cambiaron de expresión. Tan solo esa frase había conseguido llenar de esperanza sus desalentados corazones. Parecía imposible que alguien pudiera transitar por esas grutas perdidas de la mano de Dios.

—¡Estamos aquí! —gritó Alejandra seguida de todos los demás…

—¡Socorro! ¡Ayúdennos! —las palabras de auxilio retumbaron en el pequeño recinto.

Las miradas estaban fijas en la puerta a pesar de que todo parecía estar exactamente igual. De repente, y ante la sorpresa de todos, escucharon como manipulaban la cerradura de la puerta y al instante, se abrió. Parte de la arena acumulada en el interior se desparramó por fuera bajando el nivel unos pocos centímetros e invadiendo los pies de las tres personas que menos hubieran imaginado. Augusto Fonfría estaba al frente del trío con claros signos de satisfacción y victoria. Le acompañaba como no, su sabueso y guardaespaldas, el mismo que les había vigilado constantemente desde que empezaron la búsqueda. Alejandra notó como su vello se erizaba. Todavía podía recordar con total claridad el recuerdo de su apestoso olor a tabaco el día que la amenazó a la puerta de su casa. En esta ocasión no daba señales de llevar ningún puro encendido a pesar de que se dejaban entrever por el bolsillo de su chaqueta, claro que eso solo hubiera agravado el entorno envenenando todavía más el aire viciado del interior. Tras ellos, y para la sorpresa de todos los presentes, Humberto Fernández, el presidente del Tribunal de las Aguas y jurado de Favara, se dejaba entrever a duras penas. Su presencia descolocó a Sara y Alejandra. No tenían muy clara la función de ese nuevo personaje en este misterio, pero ahora se delataba su complicidad con el presidente de A. F. C. A. N. I., Augusto Fonfría. Al parecer, todos estaban metidos en el ajo… sin embargo, y a pesar de verlo tan claro, la expresión de ese hombre les confundió.

—Deduzco por los gritos de auxilio que estabais en un aprieto —fueron sus primeras palabras, regodeándose ante todos ellos y enseñándoles sus magníficos y blancos dientes con una cínica sonrisa.

Hizo un barrido a todos y cada uno de ellos. Su sonrisa se agrió cuando se tropezó con Erika y la vio maniatada.

—¡Marc, suéltala inmediatamente! —le ordenó con un gesto a su mano derecha.

—Pero… —protestó Rosa instintivamente.

Miguel le hizo una seña. No estaban en situación de poner pegas, ya lo harían cuando estuvieran todos a salvo. Seguidamente, vieron como el guardaespaldas se adentraba hacia su posición y le soltaba las manos mientras ella se acariciaba las muñecas resentidas por la presión de las cuerdas. Por fin, y después de casi un año, sabían cómo se llamaba el tipo del puro, como ellos lo

habían apodado hasta ese momento. Nunca se hubieran imaginado que podía ser Marc… ellos le hubieran puesto gorila o algo similar.

—Creí que no ibas a llegar nunca —le increpó Erika mientras aliviaba el dolor de las muñecas.

Alejandra la miró con despecho. Sabía que ese malnacido llegaría antes o después y la muy zorra no había abierto la boca.

—¿Y Gustavo? —preguntó Fonfría al no verlo.

Erika hizo un gesto de tristeza al tiempo que negaba con la cabeza.

—No me extraña… —criticó Fonfría con un descarado desprecio—. No servía ni para tacos de escopeta. Mucho músculo y poco cerebro.

—No hables de él así, papá —refunfuñó Erika resentida.

—¡Papá!… —Susurraron al unísono apenas sin voz.

Sara y Alejandra se quedaron boquiabiertas, al igual que todos los demás. ¿Cómo no se lo habían imaginado? Ahora veían la total semejanza de sus genes. La insensibilidad por parte de padre e hija era visiblemente idéntica.

—Han probado las ocho llaves de que disponen sin ningún resultado positivo —se apresuró a decir Erika poniendo a su padre al día mientras señalaba el panel de ajedrez con sus correspondientes orificios.

Rosa pensó lo rápido que pasaba página esa joven. Si Gustavo era su pareja no había derramado ni una sola lágrima por él.

—No puedo creer que de todas las llaves que tenéis no os hayan servido ninguna —Augusto irrumpió con una carcajada—. Sabía que no podía perderme este espectáculo. Llevo veintitrés años esperando este grandioso momento. ¿Sabéis lo que es eso? Jorge Ferrer lo puso difícil. El muy cabrón… Además de ser un ladrón reconozco que era brillante.

Marc y Erika sonrieron con él siguiéndole la gracia mientras Humberto Fernández seguía tras ellos inexpresivo. Algo no terminaba de encajar. Todos sintieron ganas de hacerle tragar todas y cada una de las palabras con las que había mancillado la imagen de Jorge Ferrer. Todos tenían sus diferentes motivos para odiar a ese indeseable, que además se engrandecía ante ellos con una desmesurada prepotencia.

—Por eliminación, deduzco que yo tengo la solución —exclamó Fonfría aumentado su ego mientras avanzaba con dificultad a través de la arena acercándose a ellos y sacando de una pequeña mochila las dos llaves que faltaban—. Creo que usted ya las conoce ¿no es así, señorita Ferrer? —susurró mientras pasaba por su lado.

Alejandra le miró desafiante y mordiéndose la lengua.

Marc agarró del brazo a Humberto Fernández y le obligó a avanzar. Todos se encontraban ante el panel de piedra cuando Augusto Fonfría, con las dos llaves en la mano y dudando de cuál de las dos utilizar primero, le entregó una de ellas a su guardaespaldas y la otra, a Erika para que procedieran a intentarlo. Ella, le obedeció al instante. Acababa de introducir la llave cuando el miembro del Tribunal de las Aguas que hasta ahora había permanecido mudo como una estatua de piedra se pronunció:

—Será mejor que acierte a la primera señorita.

Todos se giraron hacia él ante semejante frase. Alejandra lo miró confusa. Su tono y forma de dirigirse a Erika daba claras muestras de que no estaba del mismo bando, y no solo eso, sino de que sabía mucho más que todos ellos juntos. ¿A qué demonios estaban jugando?

—¿Por qué dice eso? —preguntó Erika recelosa.

—No le hagas caso —gruñó Fonfría—. Intenta perder tiempo y marearnos.

—No es cierto —continuó Humberto Fernández—. Ya han sido testigos de lo trágico que les ha resultado el no dar con la llave correcta. No saben a lo que se enfrentan. Yo ya he vivido muchos años y no temo a nada. Pero aquí hay personas con toda una vida por delante y…

—Díganos a qué nos enfrentamos —le preguntó Sara. No sabía por qué, pero confiaba en ese hombre. Era una sensación que había tenido desde el primer momento que lo había tenido delante.

En ese preciso instante, y ante la confusión creada Augusto Fonfría empujó a su hija quitándola del medio y agarrándose a la llave con fuerza giró hacía un lado y otro mientras gritaba:

—¡Paparruchas… solo son paparruchas!

—¡Noooooooo!… —Humberto Fernández gritó sin resultado. Ya era demasiado tarde. No habían querido escucharle y ahora pagarían las consecuencias.

Su grito desgarrador afligió a todos. Era como si hubieran destapado una maldición y sus vidas estuvieran en un irremediable peligro. Las firmes palabras de ese hombre habían sido ignoradas por el pecado de la avaricia personificada, y ahora, les arrastraba a un pozo de tinieblas, provocándoles una brutal ansiedad.

Sin embargo, y sin saber cómo ni por qué, las paredes que habían estado aprisionándolos cada vez más se frenaron. No se lo podían creer. Se habían detenido. Una llama de esperanza iluminó sus corazones. Seguidamente, y detrás

de ellos, se oyó un chirrido como si algo se moviera. El sonido se asemejaba al roce de dos piedras. ¿Habrían acertado con la llave y estarían ante una entrada secreta? ¿Se habría equivocado el señor Fernández en sus predicciones? ¿O quizá intentaba despistarlos, como afirmaba Augusto Fonfría? No sabían qué creer. El ruido provenía de las trampillas situadas encima de la puerta de entrada y a ambos lados de la estancia. A pesar de no parar de vomitar chorros de arena, algo parecía moverse en su interior, o por lo menos era la espeluznante sensación que a casi todos sobrecogía. En mutuo silencio, fijaron sus ojos con el fin de poder descifrarlo.

—No tenemos escapatoria. La probabilidad de que podamos sobrevivir es muy baja… —pronunció Humberto Fernández casi en un susurro, al mismo tiempo que se santiguaba sobrecogiendo a todos y dejándolos con el miedo en el cuerpo.

—¡Quieres callarte de una puta vez! —protestó Marc alterado, y perdiendo el control levantó la mano con el fin de hacerle callar de verdad, pero su nerviosismo solo provocó que se le resbalara la llave que minutos antes le había cedido Augusto Fonfría para que la custodiara—. ¡Joder! —chilló al ver como se adentraba en la arena perdiendo su rastro inevitablemente.

Todos se sobrecogieron ante los hechos acontecidos. Desde luego, si la misión de Humberto Fernández era ponerlos nerviosos, lo estaba consiguiendo a la perfección. Con tanto misterio no sabían qué pensar imaginándose una serie de barbaridades que la angustia de la incertidumbre era mucho peor que la pura agonía. ¿Y si la única salida aparente era la última llave que acababa de tragarse la arena, que Marc despavorido buscaba incrustando sus manos hasta desaparecer una y otra vez, palpando y palpando, intentando recuperarla sin dejar de blasfemar una retahíla de palabras malsonantes? Si esa era la única escapatoria, ahora sí que estaban perdidos.

—¡Erika, y tú!… —ordenó Fonfría dirigiéndose a Pepe— ¡ayudadle! ¡Eres un inútil! —le recriminó una y otra vez sin dejar de mirar hacia el suelo.

—¡Miguel… alumbra allí arriba! —gritó Lluís nervioso señalando uno de los agujeros del techo—. Joder es cierto que algo se mueve y no tiene pinta de ser una rata.

De la pequeña abertura una serie de sombras jugaban alterando los nervios de quienes intentaban adivinar qué podía ser aquello y si realmente era tan mortal como se había insinuado.

Sus temores se confirmaron mucho antes de lo que les hubiese gustado

haciéndoles retroceder instintivamente. Un cuerpo alargado y cilíndrico, de color pardo rojizo y de poco más de un metro se dejaba entrever altivo y erguido, mientras su lengua bífida provocaba exclamaciones de terror.

—¡Es una serpiente! —exclamó Sara sintiendo una incontrolada flojedad de piernas.

—¡Santo Dios! —Rosa se santiguó.

—Tranquila… las serpientes normalmente no atacan al hombre a no ser que se vean acorraladas —prosiguió Miguel intentando calmar los ánimos.

El reptil, después de dejar ver gran parte de su cuerpo, se lanzó al vacío cayendo encima de la arena, retorciéndose entre sí lentamente y formando un ovillo.

—¿Eso era lo que debíamos temer? —dijo Augusto Fonfría soltando una carcajada.

Apenas pudo terminar la frase cuando un silbido espeluznante les hizo desviar la mirada hacia el mismo agujero. Un puñado de bichas similares a la primera y de varios colores desde el gris hasta el pardo se enroscaban unas con otras, aterrizando en el suelo y dejando a todos boquiabiertos.

—¡Tenemos que salir de aquí cagando leches! —gritó Lluís alterado.

Pepe miró hacia la puerta de entrada. Estaba abierta y hubieran podido escabullirse por ella, si no hubiera sido porque el manojo de culebras se encontraba delante impidiéndoles el paso.

De momento, se encontraban a unos pocos metros de distancia y al estar en la superficie de la arena estaban relativamente controladas.

—Parecen aturdidas —exclamó Miguel sin quitarles el ojo de encima.

—No las subestime —añadió Humberto Fernández—. Estas víboras hocicudas son muy inteligentes y muy superiores a las demás de su especie. Su misión consiste en no dejarnos pasar. Están desorientadas pero será cosa de unos pocos minutos hasta que cojan posición y se percaten de nuestra presencia.

—Pero eso no puede ser… —atajó Alejandra incrédula— las está definiendo como si fueran soldados entrenados para matar.

—Yo no lo hubiera descrito mejor —afirmó Humberto inexpresivo—. Hay algo más…

—¿Y bien? —gritaron los demás.

—El veneno de estas serpientes es diez veces más potente que las restantes de su especie. Con su mordedura inoculan un veneno que mata a la víctima en un breve lapso de tiempo.

Las palabras de Humberto Fernández les había dejado totalmente mudos y con el corazón y el estomago encogidos.

—¿Qué pasa con la llave? —vociferó Fonfría harto de ver que no era encontrada.

—No sé dónde coño está… —voceó Marc envuelto en arena.

Seguidamente y sin palabras, todos se volcaron en el suelo aportando su esfuerzo por localizar la ansiada llave. Ella era la única salida en esa descabellada pesadilla. La angustia de saber que estaban próximos esos reptiles y de lo que eran capaces les impulsaba a la incesante y desesperada búsqueda. La arena era esparcida y removida por un manojo de manos provocando un fino polvo y enturbiando el ambiente.

—¡Tened cuidado! —gritó el componente del Tribunal de las Aguas en tono de advertencia.

Sus palabras surgieron efecto frenando en seco su búsqueda y prestándole atención.

—La visión de semejantes culebras es limitada y su sentido del oído está prácticamente degenerado —puntualizó fríamente y sin apartar los ojos de ellas — pero tienen unos detectores de calor y movimiento que actúan como una cámara de infrarrojos, lo cual hace que sean muy sensibles a las vibraciones del suelo.

—¿Nos está diciendo que si nos movemos actuaremos de reclamo llamando su atención? —preguntó Alejandra «acojonada» y rezando porque eso solo fuese uno de sus horrorosos sueños.

—Me temo que sí… —afirmó con un leve movimiento de cabeza.

—Pero necesitamos encontrar esa maldita llave —chilló Sara desquiciada y llena de aprensión.

—Lo sé… —contestó Humberto resignado—. Solo les estoy advirtiendo.

—Pues estamos bien… —exclamó Pepe procurando no moverse.

El silbido de las bichas iba en aumento creando un sonido estremecedor y para la sorpresa de todos ellos estaban empezando a reptar alineándose entre ellas como… no daban crédito a lo que sus ojos le mostraban. Se estaban alineando en formación como si fueran un pequeño ejército. Ahora entendían la explicación de Humberto respecto a la metáfora que había insinuado Alejandra.

—¡Ohhhh no!… Tenemos que encontrar la puta llave ahora mismo. ¡Vienen hacia aquí!… —grito Lluís aterrorizado.

—¡Que vengan, que vengan, que las voy a socarrar vivas! —gritó Pepe

achuchando la antorcha.

Todos se sumergieron en la arena con los nervios a flor de piel y el pánico metido dentro de sus cuerpos. En ese momento no había diferencias de ningún tipo, les unía una misma misión: salir de allí cuanto antes y a ser posible ilesos por completo.

—¡Dios mío!… no me lo puedo creer. Esos bichos son más listos que el hambre —murmuró Rosa acobardada—. Están avanzando hacia nosotros.

—Y lo que es peor, algunos de ellos se están sumergiendo en la arena quedando totalmente ocultos —añadió Miguel más que sorprendido—. Hijas de puta —murmuró—. Así no conseguiremos seguirles el rastro.

—¡Acelerad!… —gritó Fonfría mientras rebuscaba como los demás.

Sus movimientos eran bruscos, provocados por la premura y la impaciencia. Rosa y sus sobrinas no podían contener el reguero de lágrimas mientras sus extremidades temblaban sin cesar esperando de un momento a otro la mordedura de semejantes reptiles. Todos ellos tenían las piernas sepultadas por la fina arena hasta la altura de los muslos. Ello les permitía moverse con dificultad agravando su torpeza. Si esos indeseables bichos reptaban ocultos, sus piernas serían unos certeros cebos.

—Me ha parecido tocar algo —gritó Sara histérica—. Creo que era la llave.

—Dios, que sea verdad —rezó Rosa temiendo de que pudiera ser una serpiente.

—Más vale que sea cierto —añadió Pepe retrocediendo y con la antorcha en la mano—, las tenemos encima.

—¡Cuidado con esa! —voceó Lluís viendo que estaba a punto de atacarle.

Pepe acercó la llama a una de ellas y ésta se arrugó abrasada y desprendiendo un desagradable olor a chamusquina.

—¡Toma, cabrona!… —gritó Pepe eufórico.

—¡La tengo!… ¡la tengo!… —chilló Sara envuelta en llanto mientras levantaba la mano en señal de victoria con la ansiada llave en su poder.

—Rápido… introdúcela en el hueco que falta —señaló Miguel inquieto mientras de reojo miraba sus temidos enemigos—. No podemos perder tiempo.

La joven se limitó a obedecer con la máxima urgencia. En el mismo instante en que estaba a punto de dar la vuelta y hacerla girar, Marc exclamó un quejido de dolor.

—¡Me ha mordido!… La muy hija de puta. Me ha mordido… —gruñó mientras subía una de las piernas para ver la herida.

Los que se encontraban a su lado contuvieron la respiración, quietos como estatuas, mientras escuchaban las protestas y lamentos de Marc maldiciendo su mala suerte. Con los ojos como platos no dejaban de mirar a su alrededor. Tenían todas las posibilidades de ser los siguientes en la lista.

—¡Vamos, Sara! —oyó a sus espaldas.

Ella, mientras tanto, procuraba no pensar en donde se encontraban y el riesgo que estaban corriendo. Se centró en la cerradura y, con los dedos cruzados y los ojos cerrados, se encomendó a su padre… por fin consiguió su objetivo. Había logrado girarla al completo. Estaba casi segura de que era la llave correcta. Tenía que ser así, y en ello confiaba, porque no tenían otra opción de escapar. Al instante, se oyó crujir la pared donde se apoyaba, y al mismo tiempo se arrastró hacia un lado dejando poco a poco una abertura más grande que les permitía pasar al otro lado. Desconocían dónde les llevaría, pero no podía ser peor que la desesperada situación en la que ahora se encontraban.

—¡Vamos!… ¡vamos!… —se gritaban unos a otros empujándose y ayudándose entre ellos.

Sara estaba más próxima y fue la primera en pasar, seguida a empujones de Erika y Augusto Fonfría, que solo se preocupó de mantener a salvo su pellejo. En su cara había desaparecido la expresión cínica y burlona que había mantenido hasta que la cosa se había puesto crítica, para sustituirla por la pura estampa del horror. Miguel sujetó a Rosa y le ayudó a aproximarse a la abertura. La siguió Alejandra agarrada a su tía en señal de protección. Rosa, temiendo por su sobrina y ante semejantes apreturas, le cedió el paso. En el momento en que iba a atravesar el umbral notó un fuerte pinchazo a la altura de la pantorrilla. Fue como un doloroso calambre. Una punzada de dolor se reflejó en su cara.

—¿Estás bien? —le preguntó Sara al verle la facciones contraídas.

—Si… —contestó Rosa mintiendo.

—¡Pepe!, date prisa. Déjalo ya —gritó Lluís preocupado por su amigo mientras intentaba frenar las víboras más próximas amenazándolas con las llamas, al tiempo que ayudaba a traspasar a Humberto Fernández.

Pepe se giró y se dispuso a desalojar ese infierno, mientras, con la ayuda de su amigo, echaron una mano a Marc que se debatía en un tormentoso sufrimiento. Apenas sin poder andar y entorpeciendo el avance de los dos amigos se quedó algo rezagado cayendo de rodillas. Una serpiente Hocicuda de la superficie más aventajada se abalanzó sobre el cuello del herido haciéndole una brutal y segunda mordedura. Pepe le acercó la llama de la antorcha y ésta

cayó al suelo socarrada después de haber depositado su mortal veneno. Instantes después, consiguieron pasar los tres al otro lado.



Capítulo 84

La estancia era amplia, semejante a un enorme pasillo que no conducía a ninguna parte. La oscuridad no les permitía ver mucho más y la iluminación de las dos antorchas y un par de linternas no era suficiente. Habían dejado atrás aquel infierno de tugurio donde el aire viciado, nocivo y espeso les impedía respirar oprimiendo sus pulmones. Ahora se recreaban regalándoles un éter que, si no era puro, aparentemente sí menos contaminado.

Apenas habían avanzado unos pocos metros con el fin de dejar atrás el tormento de los asesinos reptiles, cuando Marc había claudicado cayendo al suelo y apenas sin conocimiento. Tenía un aspecto deplorable. La última mordedura le había dejado la yugular sangrando y rodeada de un fuerte hinchazón. Miguel se arrodilló con el fin de echarle una mano, aunque más bien parecía no necesitarla. Sus ojos abiertos de par en par reflejaban el terror del suplicio y su inevitable agonía. Lluís le tomó el pulso y negó con la cabeza indicando que no había nada que hacer. Había fallecido. Humberto Fernández no se había equivocado lo más mínimo al advertirles del malévolo y mortal veneno de esas malditas chupasangres.

—¡Dios mío!… ¡Miguel! —gritó Alejandra compungida.

Éste se levantó alarmado al oír el lamento de la joven.

—¡Tía!… ¿Qué te ocurre? —bramó Sara acongojada al verle perder fuerzas y con una evidente arritmia.

—Rosa… —susurró Miguel más que asustado, al verla palidecer y con los labios algo amoratados mientras la abrazaba y la dejaba caer delicadamente sobre el suelo—. ¿Qué te pasa? Rosa, no me hagas esto… por Dios.

—Lo siento —murmuró ella con un hilo de voz—. No quería estropearos…

—No te preocupes por nada. Todo saldrá bien, ya lo verás —Miguel intentaba alentarla sujetándole las manos.

Alejandra, arrodillada a su lado posó su mano sobre una de las piernas de su tía en señal de apoyo. Un tacto húmedo y viscoso le llamó la atención. Cuando se miró la palma pudo comprobar que estaba manchada de sangre. Llena de angustia y desesperación comprendió de dónde provenía la herida.

—¡Oh, no!… ¡Tía, no!… —sollozó la joven mientras le levantaba el pantalón y dejaba al descubierto dos pinchazos separados por unos diez milímetros.

Sara se echó las manos a la boca, mientras sus ojos no podían frenar las lágrimas que se escapaban inundando sus mejillas. Pepe y Lluís se aproximaron llenos de impotencia.

Miguel sintió como si le hubiesen clavado una estaca en el corazón y se lo hubiesen reventado en mil pedazos. No podía ser verdad. Aquella descabellada pesadilla no podía ser verdad. ¿Cómo iba a perder al amor de su vida, ahora que lo había vuelto a encontrar? Dios no podía ser tan cruel llevándosela de esa manera. Se merecía ser feliz. En unas décimas de segundo decenas de preguntas se apelotonaron en su atormentada cabeza bloqueándolo momentáneamente.

—¡No vamos a detenernos! —gruñó rabioso Augusto Fonfría ante el inesperado contratiempo—. Al fin y al cabo todos sabemos lo poco que le queda.

Pepe dio un paso hacia adelante con los ojos endiabladamente enfurecidos y lo agarró con fuerza del cuello apretando sin control, mientras observaba como los ojos le salían de sus cuencas, hasta que su rostro se oscureció tornándose de un color amoratado, y mirándole fríamente le dijo:

—¡Rece porque ella salga de esta! ¡De no ser así, no descansaré hasta acabar con usted!

Erika intentó abalanzarse contra Pepe para evitar que su padre saliera perjudicado pero Lluís se lo impidió:

—¡Yo que tú no me movería, encanto!… —y dirigiéndose a Pepe le dijo—. Será mejor que lo dejes ya, creo que ha captado el mensaje.

—Tenemos que hacer algo —gritó Alejandra sin dejar de observarse la mano encarnada y las ojeras acentuadas de su tía.

—Si succionamos la ponzoña es posible que aún lleguemos a tiempo —sugirió Humberto Fernández, ofreciéndose solidario.

Miguel, despertó de su repentina parálisis y buscó entre sus bolsillos. Recordaba haber colocado su pequeña navaja en alguno de ellos.

—Necesitaremos un pañuelo o cinturón —prosiguió Humberto mirando entre los presentes— algo con lo que poder hacerle un torniquete y evitar que la inoculación del veneno se extienda.

Sara le entregó su cinturón y se lo ató al muslo. Miguel abrió la navaja y dejó la pequeña y afilada cuchilla al descubierto.

—¿Usted lo ha hecho alguna vez? —le preguntó Sara dirigiéndose al componente del Tribunal de las Aguas.

—Me temo que no —lamentó no ser de gran ayuda—. Solo tengo la teoría.

—Lo haré yo —pronunció Miguel con entereza.

—Es importante que la incisión sea pequeña —continuó Humberto seguro de sí mismo—, de lo contrario aumentaría la difusión de la toxina y los riesgos de infección y de necrosis.

Miguel notó cómo se le secaba la boca de golpe y se adueñaba de él un desconocido temblor alojándose en sus manos. Sabía que no era el mejor momento para dudar, pero… no podía evitarlo, ¿y si fallaba?, ¿y si por su culpa Rosa no salía bien parada? No se lo perdonaría nunca. Cerró los ojos durante unas décimas de segundo, e intentó recobrar la normalidad en su ritmo cardíaco, dejando actuar la sensatez y la paz interior para poder obrar con seguridad y confianza. El rostro de su amada se debatía en gestos de dolor y sufrimiento, a pesar de sus continuos intentos por disimular su malestar entre muecas de sonrisas forzadas. Ello confirmaba la gran mujer que era. Esto no podía estar pasando y menos a ella. No podía perder tiempo. No debía perder tiempo.

Humberto Fernández se colocó a su lado en señal de apoyo y sujetándole la mano le dijo:

—Antes debo advertirle que es posible que no absorba toda la ponzoña y lo peligroso que podría resultar si usted tiene alguna lesión en la cavidad bucal.

Miguel le miró a los ojos agradeciendo su observación y seguidamente añadió:

—¡Correré el riesgo!…

Los minutos que duraron la succión del veneno fueron un infierno. Sara y Alejandra pegadas a su tía la animaban incansablemente mientras le acariciaban tanto la cara como las manos. Miguel, en cambio, era un manojo de nervios.

Hacía tan solo unos instantes que se había detenido. Ya estaba hecho. Solo quedaba esperar y rezar, sobre todo rezar y encomendarse al todopoderoso.

—Hemos de salir de aquí lo antes posible —apremió Sara asustada—. Tenemos que llevarla a un hospital.

—¡Ya está bien de tanta tontería! —interrumpió Augusto Fonfría con su habitual insensibilidad—. Todos estamos aquí por el mismo motivo y ahora que estamos a punto de conseguirlo no vamos a desistir por un maldito contratiempo.

—¡Éste no es un contratiempo cualquiera! —gruñó Alejandra encarándose al presidente de A. F. C. A. N. I. y mirándole desafiante—. ¿Si tanta prisa tiene, porque no continua usted? ¿Os es que acaso no sabe por dónde debe hacerlo? ¡Acuérdese bien de mis palabras, Don Augusto Fonfría! —pronunció con desprecio su nombre—, ¡porque en el mismo momento que salgamos a la superficie, usted va a terminar con el culo entre rejas por el asesinato de mis padres, de la hermana de Pepe, y de nuestra vecina, Elisa Hurtado!

—No sé de qué me habla señorita —respondió con un fingido desinterés.

—Pues lo sabrá y muy pronto, ya lo verá —gruñó la joven desafiante y con una soberbia desconocida en ella—. Tengo en mi poder un documento que testifica que usted fue el inductor del asesinato de Jorge Ferrer y Carmen Soler y que mi padre no trabajaba para usted, sino que tan solo requirió sus servicios para subvencionar sus investigaciones. Además, hay dos cintas en las que se ve claramente como las otras dos personas son obligadas a caer al vacío desde el balcón fingiendo un suicidio… Señor Fonfría, no existe el crimen perfecto —una mueca parecida a una sonrisa se dibujó en la cara de la joven fortaleciendo su argumento— y usted va a pagar por todos sus crímenes como un vulgar y despiadado asesino.

Sara la miró confusa. Sabía que ese documento, como su hermana aseguraba, no existía, ni tampoco esas cintas, ¡pero caramba!, lo había dicho con tal convicción que hasta a ella, que sabía sobradamente que era mentira, le había hecho dudar si sería algo que mantendría en secreto. Pero fuera lo que fuere, le aplaudió metafóricamente hablando, porque por una vez en la vida le estaba dando en donde más le dolía a ese indeseable. Lluís y Pepe sonrieron percatándose de la jugada maestra y apoyaron totalmente su versión.

—Veo que tiene tanta imaginación como su padre… —añadió Fonfría sin argumentos para defenderse.

—Sí, yo tengo mucha imaginación, por eso ya le estoy viendo como se consume y pudre en la cárcel —su frase rezumaba amenaza y cinismo.

Augusto Fonfría notó como un escalofrío le recorría la espina dorsal. Sabía que eso era imposible. Jorge Ferrer no tenía ningún documento que revelara su culpabilidad y mucho menos grabación alguna de las muertes de esas otras dos mujeres. Inconscientemente, intentaba autoconvencerse de que dominaba totalmente la situación. Pero ¿y si no era así?… ¿y si su hija hablaba en serio? No, seguro que era un farol, se decía constantemente. Esa maldita desgraciada se acababa de marcar un farol ante sus narices dejándole ante los demás al descubierto. Aunque… también desconocía la existencia de las pistas que Jorge Ferrer había dejado y que había hecho que sus hijas emprendieran la búsqueda de las doce llaves. ¡Esa maldita zorra le había dejado con la desazón de la duda!

—Hemos de salir de aquí lo antes posible… —murmuró Sara mientras tocaba la frente de su tía.

—Quizá si el señor Fernández se dignara a revelar el lugar exacto que buscamos… —insinuó Fonfría sin dejar de mirarle e intentando pasar página de sus malos pensamientos—. Esto sería mucho más llevadero para todos y podríamos llevar a su tía a un médico.

Todos dirigieron sus inquisidoras miradas al presidente del Tribunal de las Aguas en espera de una respuesta. Salvo el presidente de A. F. C. A. N. I., nadie sabía qué lugar ocupaba en todo este entramado. ¿Y si era cierto que sabía el punto exacto y lo que contenía el misterio que ellos buscaban desde hacía más de un año? También era posible que conociera otra salida más fácil, ya que hasta ahora todo había sido una hilera de complicados obstáculos. Además, había dejado bastante claro que conocía la existencia de ciertas cosas que ellos desconocían. ¿Quién era realmente Humberto Fernández y qué puesto ocupaba en este *puzzle*?

—Lo siento caballeros… pero no puedo ayudarles —negó Humberto fríamente—. Si estoy aquí no ha sido por voluntad propia, sino bajo amenazas. He colaborado hasta donde he podido. Lo siento —dijo disculpándose.

—Quiero que sepa que las amenazas todavía están vigentes —dijo Fonfría con intimidación y cargado de furia mientras le apuntaba con una pistola.

Humberto Fernández le miró sin un aparente temor y con voz calmada y serena pronunció:

—Ese arma no le va a sacar de aquí… yo he vivido demasiado y no temo a la muerte.

—¡Mirad esto!… —voceó Pepe ajeno a la discusión y alejado unos metros en labor de investigación.

Augusto Fonfría fue el primero en llegar a la llamada de Pepe olvidándose de Humberto Fernández y seguido de Erika. Sin embargo, Pepe les miró con desgana y esperó que llegaran parte de sus aliados. El lugar donde se encontraban era como un amplio pasillo de piedra, donde una de las paredes estaba repleta de pequeños dibujos similares a los jeroglíficos egipcios, pero con una distinción muy particular: en lugar de ser figuras humanas, de animales u objetos como la escritura jeroglífica egipcia; estos que tenían delante eran signos geométricos: cuadrados, triángulos y líneas curiosamente siempre rectas combinadas con imágenes del Sol, la Luna y la Tierra.

—¿Qué creéis que puede significar? —preguntó Augusto Fonfría ansioso.

—No lo sé… —murmuró Pepe hipnotizado con los símbolos. Estaba más que claro que aquello no podía terminar ahí. Debía de haber una entrada secreta. Solo dependía de su habilidad para poder encontrarla.

—¿Os habéis fijado en esos signos, o quizá son letras? —señaló Lluís tocándolas por la parte exterior.

Miguel se aproximó a ellas con el fin de poder averiguar el significado. Necesitaban encontrar una salida lo antes posible, Rosa no podía esperar mucho más. Estaba consciente y sumamente agotada. No sabía la cantidad de veneno que recorría sus venas y eso le ahogaba de preocupación.

Sus miradas se encontraron en un barrido general. La curiosidad de si algunos de los presentes podía desvelar el significado era una nueva incógnita.

—¡Esperad un momento! —gritó Lluís acariciando dos pequeñas grietas horizontales en la otra pared aparentemente virgen. En la parte de arriba de éstas había unas supuestas letras en un idioma desconocido para él—. A lo mejor aquí está la prueba que necesitamos.

Todos se aproximaron menos Sara, que se quedó al cuidado de su tía.

—Es curioso, pero caben perfectamente dos manos… —susurró Lluís pensativo.

—Yo tendría mucho cuidado joven —comentó Humberto Fernández en tono preventivo—. ¿Han pensado por un momento que esos símbolos podrían ser una advertencia?

El silencio reinó y las miradas de unos y otros se encontraron de nuevo una y otra vez. Ese hombre les ponía los pelos de punta. ¿Y si tenía razón como anteriormente con las serpientes? Algo les decía que no tenían que tomar sus comentarios a la ligera.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Pepe mirándole a los ojos.

—Si lo sabe tiene que ayudarnos —le suplicó Alejandra—. No podemos retroceder, y mi tía necesita ayuda.

Humberto Fernández dudó antes de empezar a hablar:

—Como muy bien ha supuesto Lluís, esos agujeros nos conducen a la salida de aquí introduciendo las manos.

Todos sonrieron.

—Pero me temo que no es tan fácil —continuó en tono frío.

—No veo por qué —dijo Erika adelantándose un paso hacia delante.

—Si quiere puede ser la primera en probar. Así nos permitirá salir de dudas —continuó Humberto con ligeros toques de cinismo.

Erika se detuvo. Ese hombre le daba grima. No era miedo pero sí respeto.

—¿Y bien?… —añadió Augusto Fonfría más que impaciente.

—Tan solo una persona con ciertas aptitudes puede conseguirlo… —el presidente del Tribunal de las Aguas se tomó unos instantes antes de contestar. Era como si estuviera valorando sus siguientes palabras—. Es una prueba de fe.

—¿Qué demonios quiere decir con ciertas aptitudes? —refunfuñó Fonfría de nuevo.

—Solo una persona noble de corazón puede introducir las manos. Si lo hiciera usted, por ejemplo —dijo dirigiéndose a Augusto Fonfría con una tenue sonrisa dibujada en sus labios— se le amputarían de inmediato.

Fonfría se frotó las manos ante semejante afirmación. Mientras la aprensión se adueñaba de su rostro.

—¿Y quién de todos nosotros cree que puede hacerlo? —preguntó Pepe confuso.

—No soy yo el que debo decirlo —dijo Humberto ante un movimiento de hombros—. Apenas les conozco. ¿Qué hora es? —preguntó Humberto Fernández.

Miguel fue el primero en decirlo en voz alta, sin entender a qué venían ahora las prisas:

—Las cinco y media.

Alejandra pensó que dentro de poco amanecería. Ya había perdido la noción del tiempo que llevaban allí abajo. Tenía la sensación de que habían pasado más que horas, varios días.

—¿Qué puede importar la hora? —protesto Fonfría en tono impertinente.

—Aunque les parezca una tontería lo que voy a decir —continuó Humberto Fernández pausadamente— nos encontramos en las mismísimas entrañas de la

Tierra… y la Tierra, aunque les parezca absurdo, respira, y lo hace tanto en lo positivo como en lo negativo dependiendo de si las horas son más o menos aptas.

—¿Nos está diciendo qué además hay un horario propicio para ello? —protestó Lluís incrédulo.

—Llamémosle así… —prosiguió Humberto captando la atención de todos los presentes. Existen horas sagradas en las que las emanaciones de radiaciones telúricas pueden ser menos perjudiciales.

—¿Y qué horas son esas? —preguntó Pepe viendo que aquello era el cuento de nunca acabar.

—Antes del crepúsculo, concretamente, de cuatro a seis de la mañana. Disponemos tan solo de media hora para decidirnos. De no ser así, esas fisuras —dijo señalando las dos grietas— empezarán a supurar gases altamente peligrosos provenientes de las capas del subsuelo. Teniendo en cuenta que nos encontramos en un laberinto de unas dimensiones bastantes escasas, en pocos minutos habremos sucumbido.



Capítulo 86

Estaban extenuados por la emoción y se consideraban privilegiados al poder presenciar una estampa semejante. Al parecer sus plegarias y sus momentos amargos habían merecido la pena. Se habían quedado en el olvido las penurias que habían tenido que soportar para llegar hasta ahí… Ahora solo estaba presente la alegría y la satisfacción de haber conseguido un difícil reto.

Habían perdido totalmente la noción del tiempo y la preocupación por Tía Rosa se había estabilizado. El color amarillento de sus mejillas se había sustituido por un tono más sonrosado y natural. Eso les hacía pensar que la intervención de Miguel succionando la ponzoña había dado resultado. Aun así, no querían demorar demasiado su estancia en aquellas cavernas y deseaban salir a la superficie lo antes posible. Las preguntas que se barajaban eran: ¿cómo saldrían de allí? ¿Tendrían que retroceder sobre sus pasos?

—Hemos de encontrar una salida —comentó Miguel a Humberto mirándole fijamente. Desconocía el motivo pero tenía la sensación de que ese hombre la conocía—. Y no podemos retroceder por múltiples razones.

—Lo sé… —contestó Humberto Fernández—. Existe una salida —dijo pausadamente.

Miguel le miró con admiración.

—Todavía no nos ha contado que pieza juega usted en este *puzzle* —le atacó Pepe con dureza—. Deduzco que es un papel importante, por toda la información de que dispone.

—Es una larga historia… —murmuró Humberto Fernández suavemente.

—Nos gustaría escucharla —añadió Alejandra, atenta a la conversación.

—Esto no debería de haber sucedido —añadió Humberto fríamente y haciendo caso omiso a las palabras de la joven.

—¿A qué se refiere? —preguntó Miguel despistado.

—No deberíamos estar aquí. Todavía no… No ha llegado el momento oportuno.

—Pero todo este tesoro debería de estar en un museo y no oculto aquí abajo —continuó Miguel confuso.

—Ustedes no lo entienden… —murmuró Humberto Fernández apenado.

—Quizá si nos diera una explicación convincente, —sugirió Alejandra en un nuevo intento—, podríamos verlo desde su punto de vista. Hasta el momento tan solo hemos ido dando palos de ciego. De acuerdo, que hemos llegado hasta el final gracias a los acertijos de nuestro padre y a su colaboración, y hay que reconocer que hemos tenido mucha suerte ya que las circunstancias han estado de nuestro lado, pero todavía desconocemos muchas cosas… como por ejemplo: ¿quién ha escondido todas estas cosas y por qué? Y, sobre todo, el porqué de la muerte de mis padres.

—Tenía entendido que fallecieron en un accidente de tráfico —añadió Humberto Fernández con expresión de sorpresa. Esa frase le había descolocado.

—Nosotros también, hasta que empezó toda esta desordenada búsqueda —agregó Alejandra con voz temblorosa—. Pero hemos llegado a la firme convicción de que su muerte no fue un simple accidente, sino que fue provocado. Señor Fernández… mis padres fueron asesinados.

Hubo un minuto de silencio. El miembro del Tribunal de las Aguas se había quedado mudo ante tal afirmación.

—Eso cambia las cosas —murmuró apenas en un suave susurro.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Sara esperanzada.

—Que sus motivos para estar aquí son justificados. Y que la lealtad entre todos ustedes se palpa y está más que demostrada.

—Conoció usted a mi padre, ¿verdad? —preguntó Alejandra mirándole fijamente a los ojos.

—Sí, le conocí y también conocí a su abuelo —afirmó con una dulce sonrisa.

Miguel, Alejandra y los demás se miraron en silencio. A continuación, asintieron con un leve movimiento de cabeza.

—Les pediría que mantuvieran en secreto todo lo que acaban de ver y tocar. Que olvidaran estas últimas horas… —Humberto Fernández fijó sus ojos en Augusto Fonfría y en Erika, alejados unos metros y envueltos por la codicia y la

ambición—. Sé que eso es imposible. Aunque ustedes me dieran su palabra, sé sobradamente que serían capaces de cumplirla, pero ellos me temo que no —dijo con un movimiento de mano y señalando al presidente de A. F. C. A. N. I. y a su hija—. Tan solo les pido que cuando salgamos al exterior… —Humberto Fernández bajó el tono de voz— sean prudentes y no den más detalles de los necesarios. Y ante todo, necesito que no me descubran.

—No le entiendo —le increpó Alejandra—. Se atreve a sugerirnos que omitamos ciertas cosas y le tapemos, ignorando que usted es una pieza crucial en todo este descabellado entramado, cuando usted, Don Humberto Fernández, no ha sido capaz de confiar lo suficiente en nosotros, sin revelarnos ni una sola duda al respecto, y encima se atreve a ponernos condiciones. ¿Pero usted que se ha creído?

—Alejandra, tranquilízate —sugirió Lluís viendo que estaba perdiendo los papeles.

—Tiene usted toda la razón señorita Ferrer —se disculpó Humberto humildemente—, les juzgué mal y les pido perdón. Por el momento es mejor que no sepan nada más, pero prometo aclarar todas sus dudas siempre que estén en mi mano. Vuelvo a repetirles que les prometo contar hasta el último detalle si ustedes no me involucran más de lo necesario.

—¿De verdad quiere que le creamos? —añadió Sara defendiendo la postura de su hermana—. ¿Qué garantía nos da de que eso sea así?

—Tan solo mi palabra —corroboró Humberto Fernández—. Pero les puedo asegurar que es tan fiable como el mejor de los ases que ustedes puedan sugerir.

Miguel dio un paso al frente, y mirándole fijamente a los ojos añadió:

—Supongo que por el cargo que ocupa siendo uno de los miembros del jurado del Tribunal de las Aguas de la Vega de Valencia, y por ser la más antigua institución de justicia existente en Europa, será una garantía de que dice la verdad y piensa cumplir lo prometido.

—Así es… —afirmó Humberto con un leve movimiento de asentimiento.

Todos recordaron como Humberto Fernández se había aliado con ellos cuando los momentos se habían puesto difíciles, anticipándose a los acontecimientos y previniéndoles de los peligros. Pensaron que si hasta ahora no había despegado el pico, sus motivos tendría. Solo esperaban que esos motivos fueran los suficientemente justificados.



Iban de vuelta a casa, o por lo menos eso era lo que ansiaban. Humberto Fernández les guiaba y les había asegurado que el camino de vuelta nada tenía que ver con el recorrido hasta entonces. Si hasta ahora todo había sido un sendero lleno de espinas por describirlo de una manera suave, ahora, después de haber superado todas las perturbadas y retorcidas pruebas con sus respectivos obstáculos, no tenía sentido que la salida fuera peligrosa. Digamos que la Tierra les brindaba una puerta para desalojar sus entrañas como premio por haber aprobado con nota. En hileras de dos avanzaban por un túnel oscuro y estrecho que les condujo a un millar de escalones, por decir una cifra aproximada. Estaba claro que habían descendido y se encontraban a bastante profundidad. Ahora parecía que iban a subir todo de una sola tirada.

—¡Madre mía!… —murmuró Augusto Fonfría—. ¿Hemos de subir todo eso?

—Si no quiere quedarse aquí, me temo que sí… —respondió Humberto Fernández desganado. Estaba harto de las impertinencias de ese hombre. Empezaron a ascender sin más preámbulos. La dificultad de Rosa impidió avanzar con normalidad. Ésta se lamentó y pidió disculpas en varias ocasiones. Cómo si hubiese sido su culpa. Había sido el destino y la mala suerte. Pero aún tenían que dar gracias. Gustavo y Marc no lo podían contar. Hicieron varios recesos. Parecía imposible que la Tierra pudiera tener semejante profundidad. Aquella cavidad era relativamente estrecha, y a pesar de que cada vez estaba más próximo a la superficie, el aire viciado se hacía cada vez más irrespirable sumado al sofoco y cansancio del esfuerzo realizado.

Humberto Fernández se colocó en primera posición con la respiración agitada cuando supuestamente habían llegado al tope. Era la única persona que conocía la salida y le dejaron actuar. El sudor hizo presencia en todos ellos y el agotamiento mermaba sus reflejos. Una pared se tropezó con ellos. En el centro, un escudo aparecía grabado.

—¡Un momento! —exclamó Miguel acercándose para curiosear—. ¿No es este el escudo que había en la torre de los Ángeles del Palacio del Real?

—Digamos que sí, aunque es otro idéntico y de menos dimensiones —corroboró Humberto Fernández sorprendido de sus conocimientos—. Nos encontramos justo en lo que fueron los aposentos de rey.

Sara y Alejandra se miraron.

—¿Eso quiere decir que las excavaciones las tenemos sobre nuestras cabezas? —preguntó Pepe, que no se había perdido detalle.

—Así es… —verificó el presidente del Tribunal de las Aguas—. Por la hora que es, me temo que no vamos a pasar desapercibidos, pero ya no tiene demasiado sentido permanecerlo oculto. Imagino que ustedes lo harán público en cuanto pisen tierra firme —sus ojos se volcaron hacia Augusto Fonfría involuntariamente.

Nadie contestó salvo el presidente de A. F. C. A. N. I.

—¡Por supuesto! Todo ese tesoro que hemos dejado atrás no puede permanecer escondido, tiene que ver la luz del día y usted tendrá que dar muchas explicaciones al respecto —su tono fue sumamente amenazante.

—No pienso seguir su juego y no voy a decir ni una sola palabra, porque no sé absolutamente nada —protestó Humberto Fernández fríamente—. Recuerde que yo estoy aquí bajo sus amenazas en la que peligraba mi vida y la de mi familia.

—¡Tengo testigos!… —gritó Fonfría cargado de rabia y señalando al resto del grupo.

—Nosotros no sabemos nada y no vamos a apoyarle en absoluto —refunfuñó Miguel en nombre de su grupo—. Lo único que sabemos es que este pobre hombre ha sido bajado aquí contra su voluntad. Además, por su edad y pensando en los peligros a los que nos hemos enfrentado, podría haber incluso peligrado su vida.

—¿Pero no se dan cuenta de que ese hombre sabe mucho más de lo que parece? —gritó Fonfría histérico—. De hecho, gracias a su información estamos a punto de salir.

—Lo sentimos mucho. Pero vamos a negar cualquier cosa que lo involucre directamente —puntualizó Pepe.

—¿Pero qué demonios les ha dicho? —murmuró sumamente cabreado—. Estoy seguro de que han llegado a un acuerdo —especuló—. Pero tranquilos, que mi hija y yo tenemos suficiente credibilidad.

—¿Está seguro? —preguntó Sara—. No creo que sea fiable su testimonio, ni tampoco el de su hija.

Augusto Fonfría se encendió como un energúmeno.

—¡Usted no sabe con quién está hablando! —su tono era una mezcla de despotismo y menosprecio.

—Lo sabemos perfectamente, y por eso precisamente se lo decimos —recalcó Miguel Roselló creciéndose ante él.

—Tengo mucho poder, más del que usted se imagina, y mi reputación es excelente —gritó como una fiera haciendo especial énfasis en las últimas palabras.

—Lo veremos cuando le condenen por asesinato —Alejandra tomó aliento para poder continuar, el nudo que tenía en el pecho se lo impedía—. Y no vamos a descansar hasta que se pudra en la cárcel el resto de sus días.

—¡Cómo te atreves, niña del demonio!… —el ademán de levantar la mano y descargarla sobre la joven se vio bastante claro. Lluís se interpuso entre los dos con cara de pocos amigos, al tiempo que Erika intentaba calmar los ánimos—. ¡Padre!… —le interrumpió—. Hemos de tener cuidado cuando salgamos de aquí. Hay algo que no te he comentado.

Augusto Fonfría la miró con dureza.

—¿A qué te refieres? —masculló inquisitivamente.

—Antes de sumergirnos en este maldito agujero hubo un tiroteo.

—¿Cómo que un tiroteo? —preguntó con tono dictador.

—Sí, unos policías se presentaron por sorpresa justo en el momento en que íbamos a descender, y Gustavo y yo empezamos a disparar —su voz reflejaba temor y estaba a punto de trabarse.

—Ese malnacido siempre metiendo la pata —gruño despiadado—. Ahora está donde se merece, bajo tierra ¡Cuando salgamos de aquí, déjamelo todo a mí! —agregó con autoridad.



Se encontraban frente al idéntico escudo de la torre de los Ángeles que fue demolido junto con el Palacio. El señor Fernández lo palpó y palpó. Supuestamente sabía qué hilos, debía tocar para salir a la superficie. Todos fijaron su atención sin despegar la boca. No querían desconcentrarlo. De repente, debió accionar algún tipo de resorte, porque al instante se oyó un rugido similar a tantos otros que habían escuchado en las últimas horas. Una trampilla se abrió ante sus narices dejándoles con la boca entreabierta. Un rayo de luz se filtró con toda su furia obligándoles a cerrar los ojos ante tanta luminosidad. Rosa se santiguó y los demás se unieron en una mutua sonrisa. Uno a uno salió sin

importarles que el día se les hubiera echado encima. Como bien había dicho el componente del Tribunal de las Aguas, estaban rodeados de piedras y más piedras. Sara y Alejandra miraron a su alrededor y se sacudieron el polvo que sus ropas habían acumulado. Sus miradas se tropezaron con dos hombres que a tan solo unos pocos metros de ellos y también rodeados de los supuestos escombros limpiaban y medían ciertas piezas del suelo. La cara de sorpresa que se reflejó en sus rostros, dio claras muestras de que no entendían qué demonios hacían nueve personas que habían salido de la nada en medio de las excavaciones. Todos ellos pasaron por su lado a trancas y barrancas, y educadamente les saludaron dándoles los buenos días.

A pocos metros, pudieron observar como la policía había acordonado parte de la zona incluyendo la fuente de la Dama de Elche por donde ellos habían empezado su aventura. Sara vio como el inspector Moreno, con expresión preocupada, hablaba con otro compañero en el preciso momento en que los vio aparecer, quedándose helado al comprobar el estado tan lamentable en que se encontraban todos y cada uno de ellos.

—¿Se puede saber qué?… —gritó descontrolado.

—Buenos días, inspector —dijo Sara con voz melosa interrumpiendo la frase —. Necesitamos una ambulancia para mi tía lo más urgente posible. Le ha mordido una serpiente venenosa.

El inspector Moreno, cada vez más perplejo, dirigió una mirada a Rosa mientras ésta le señalaba la herida. Algo confuso ante el curso de los acontecimientos, se limitó a coger la radio.

—¡Aquí el inspector Moreno, necesitamos una… —por un momento dudó si pedir una o varias, parecían venir de la guerra— dos ambulancias, en la puerta principal de los Jardines del Real! ¡Es muy urgente!



Capítulo 87

El sonido característico de la ambulancia se perdía en la lejanía mientras se dirigía al hospital más cercano. Rosa, desorientada y asistida por el médico de urgencias, había dejado con pesar a los demás en Viveros con el inspector Moreno y las respectivas aclaraciones. Después de la detención y de leerle sus derechos a Erika por el tiroteo con los policías antes de descender por la fuente de la Dama de Elche, y por encontrarse uno de los agentes en estado crítico, la habían esposado y obligado a meterse en uno de los coches patrulla a pesar de los intentos de su padre Augusto Fonfría por evitarlo. Ahora, iban todos de camino a la comisaría del centro con el consiguiente delito de entrar en una propiedad privada y obstruir una excavación arqueológica, a excepción de Alejandra, sobre la que además pesaba sobre ella una orden de búsqueda por el supuesto robo de las llaves de Augusto Fonfría. También había una acusación respecto a Miguel Roselló y Rosa Soler, por alterar de forma un valioso retablo del siglo XVI en el Museo Pío V, además con pruebas concluyentes gracias a las cámaras de seguridad del mencionado museo, solo que los cargos no se definían con demasiada claridad. No podían culparlos de robo, ya que aparentemente no habían echado nada en falta. De manera que los acribillarían con preguntas que de momento no tenían respuesta, para ver si de una vez por todas conseguían desvelar semejante enigma.

Acababan de entrar todos en la comisaría del centro. El revuelo era mayúsculo, y las miradas de todos los presentes hacia ellos un verdadero descaro, ya que sus atuendos y su aspecto dejaba mucho que desear. Pepe recordó cuando hacía tan solo unos pocos meses ese era su modo de vida. Suspiró recordándolo, parecía haber pasado una eternidad, y es que en todo ese

tiempo habían sucedido innumerables acontecimientos. El destino le había conducido hasta Sara, Alejandra y Lluís, tejiendo unos lazos entre ellos imposibles de romper. Nunca estaría lo suficientemente agradecido, y por supuesto, su lealtad siempre estaría presente.

El comisario Morales salió de su despacho y, tocándose la barbilla, se limitó a observarlos uno a uno. Sus pensamientos eran una verdadera incógnita para todos. Augusto Fonfría, fue el primero en interrumpirlos.

—¡Mi abogado está de camino y exijo que se me deje en libertad inmediatamente, al igual que a mi hija Erika!

—Eso habrá que verlo más detenidamente —le increpó el comisario, acostumbrado a tratar con todo tipo de gentuza y harto de escuchar las mismas frases.

—¡No tiene derecho y lo sabe! —le protestó Fonfría de nuevo levantando el dedo índice en señal de aviso—. Nos veremos en los tribunales y acuérdese que quien ríe el último, ríe mejor —después de esa frase en tono amenazador, pasó delante de ellos bufando igual que un miura en la plaza. La mirada que les dedicó a las dos hermanas fue tan fulminante que de haber podido las hubiera convertido en estatuas de piedra en aquel mismísimo instante.

El comisario hizo caso omiso al comentario del presidente de A. F. C. A. N. I., lo que provocó que éste se encolerizara fuertemente.

—¡Exijo!… —bramó Fonfría con su acostumbrada prepotencia.

—¡Usted no exige nada! —le ordenó el comisario con carácter, imponiendo autoridad—. ¡Aquí soy yo el único que puede exigir, y hasta que se aclare todo este embrollo permanecerá con la boca cerrada y la abrirá tan solo cuando le pregunten!

Augusto Fonfría le miró con desdén y a pesar de la advertencia del comisario se limitó a mascullar:

—¡Esto no va a quedar así, espere que llegue mi letrado!

—Inspector Moreno, haga el favor de pasar a las hermanas Ferrer a mi despacho —añadió el comisario Morales, ignorando por completo el comentario de semejante personaje, dejando al señor Fonfría para el final.

Sin prisa pero sin pausa, las jóvenes se acomodaron y esperaron a que el señor Morales iniciara su interrogatorio.

—El inspector Moreno —comenzó diciendo mientras lo señalaba—, ha intercedido por ustedes como pocas veces suele hacer en los casos que le son asignados. Me ha puesto al día en lo referente a la búsqueda que ustedes han

llevado a cabo a lo largo de varios meses y que le contaron aquí en la comisaría. También he de decir que la confesión voluntaria es un dato a favor en su caso. Después de escucharla y reírme a carcajadas hasta la saciedad, solo pude pensar que ustedes tenían una desbordante imaginación y tan solo le habían tomado el pelo al inspector, eso sí, con mucho aplomo y mucha astucia. Pero después de los hechos acontecidos en las últimas horas, debo retractarme de mis erróneas conclusiones, ya que es posible que sus relatos no fueran del todo mentira. Así que espero que ustedes, teniendo en cuenta su visible agotamiento, puedan refrescar su memoria y me puedan poner al día y explicarme con la mayor claridad posible, qué demonios hacían esta mañana en los Jardines de Viveros saliendo del mismísimo fondo de las excavaciones que se están realizando en estos días.

—Es una larga historia… —comenzó diciendo Alejandra.

—No tengo prisa —continuó el comisario mientras se acoplaba en su sillón —. A decir verdad, tengo todo el día para escucharla.

En ese mismo momento alguien llamó a la puerta.

—¡Adelante! —voceó el comisario.

—Perdone que le interrumpa comisario, pero acaba de llegar el abogado del señor Fonfría, y también hay una letrado que se llama Arturo Arandiga y dice que representa a las señoritas.

—¿Es eso cierto? —les preguntó el comisario.

Las jóvenes asintieron. Al parecer, se había dado bastante prisa después de recibir la llamada de Miguel para que acudiera urgentemente.

—Muy bien… Hágale pasar —dijo resignado—. Así no vamos a terminar nunca.

Después de las presentaciones Arturo Arandiga tomó asiento e hizo alguna aclaración como asesor jurídico en defensa de las jóvenes y seguidamente, les cedió la palabra a las hermanas Ferrer.

—Cuando quieran señoritas… —comentó el comisario haciéndole un gesto con la mano para que empezaran, ya que se desvivía por ver como terminaba todo ese entuerto.

Alejandra comenzó con su relato procurando no omitir nada en absoluto, mientras veía como la expresión del señor Morales cambiaba de aspecto ante tantos incoherentes acontecimientos. Con mucha tranquilidad, la joven inició su historia asesorada siempre por el letrado Arandiga, empezando su relato desde que encontraron la libreta de su padre escondida en el baúl. Con la ayuda de su

hermana describieron cada una de las llaves encontradas y por supuesto el lugar donde ello ocurrió, haciendo hincapié en que en ningún momento rompieron ni robaron nada, salvo las llaves de las que al fin y al cabo se desconocía totalmente su existencia. En varias ocasiones, el abogado intervino con la intención de restarle importancia a sus aventuras, y por supuesto, y con la ley siempre en sus labios y acogiéndose a innumerables artículos de los que dejó bien claro que los conocía a la perfección, alegó una y otra vez que no había motivos para retenerlos más de lo necesario después de que se hubieran desvelados todas las incógnitas pertinentes.

El comisario Morales se quedó pensativo durante unos instantes, para tomar de nuevo la palabra.

—Y señorita Ferrer, ¿cómo explica la incógnita, como lo denomina su letrado, de la apropiación indebida de esas llaves que supuestamente usted le robó al señor Fonfría?

—Tiene una explicación muy sencilla —intentó aclarar Alejandra. Aun a sabiendas de que era inocente ante tal acusación le corroía un gusanillo por el estomago que no la dejaba tranquila. Se jugaba mucho en esa declaración—. ¿Perdone… pero pueden entrar los demás?

—¿Se refiere a Miguel Roselló, Lluís Esteve y Andreu Subies?, terminó de decir mientras consultaba sus informes con los nombres y apellidos correctos.

—Sí… —afirmó la joven—. Ellos pueden testificar a mi favor y creo que deberían encontrarse aquí.

—Muy bien… Háganlos pasar —dijo con desgana.

A los pocos instantes, todos habían tomado asiento. Miguel, Lluís y Pepe fueron incluidos en las aclaraciones sumándose y confirmando su complicidad en todo lo relacionado al tema y que su propósito tan solo consistía en encontrar las doce llaves que su padre explicaba con complicados acertijos en la misteriosa libreta.

—¿Y después de esa complicidad entre todos ustedes, me va a explicar, señorita Ferrer, de una vez por todas como ocurrió lo del robo de esas llaves?

—Le recuerdo señor comisario que no está probado el robo y que… —interrumpió Arturo Arandiga representando bien su papel de defensor judicial.

—Lo sé, lo sé… —masculló Morales haciendo un ademán con la mano para que cesara en su aclaración y no les sermoneara con otra ley más.

—Por supuesto, señor comisario… —contestó dócilmente la joven contándole su encuentro con Fonfría sin ahorrarse ni un solo detalle—. Así que

me chantajeó. Por supuesto, no acepté, y decidió vengarse culpándome a mí de habérselas robado. Nada más lejos de mi intención.

—Empiezo a ver la conexión —murmuró el comisario Morales mirando de reojo al inspector y al subinspector—. Pero hay algo que no termino de entender —continuó el comisario curioso—. ¿Cómo podía saber el señor Fonfría de que usted o ustedes habían encontrado algunas de las llaves?

—Muy sencillo —puntualizó Alejandra—. Porque hemos sido amenazados y vigilados constantemente.

—Vaya, veo que la cosa empeora cada vez más en contra del señor Fonfría —murmuró Morales quitándose las gruesas gafas de cerca y frotándose los ojos.

—Además, y no contento con eso… —continuó la joven encendida— presumió de haber contratado a mi padre para localizar esas claves y asegura que él se las robó ¡Trató a mi padre de ladrón!… —sus palabras reflejaban dolor y añoranza al mismo tiempo.

—Yo sé con seguridad que eso no fue así —interrumpió Miguel con decisión —, ya que Jorge Ferrer trabajaba por su cuenta en la investigación, y deduzco que acudió al señor Fonfría para que le ayudara como patrocinador, ya que en alguna ocasión me comentó la posibilidad de buscar alguien con un poder adquisitivo importante y que le subvencionara la búsqueda.

—¿Y por qué iba a querer Augusto Fonfría culparle de robo, y más después de haber fallecido? —preguntó el comisario confundido.

—No lo sabemos… —contestó Sara—. Pero sí sabemos, que estamos en lo cierto. Quizá lo único que pretende es llevarse las medallas y el reconocimiento ante tal hallazgo.

—No lo descarto —sugirió el comisario—. En esta clase de personajes uno nunca sabe lo que tienen en mente, o lo que pueden llegar a pensar. Con esto de que tienen de todo, y lo que quieren lo consiguen a base de bolsillo. Es posible que su teoría no vaya mal encaminada. Ese tipo de hombres están aburridos de todo lo que a usted y a mí nos pudiera hacer ilusión, por tanto, el ser protagonista, o qué digo protagonista, sino figurar en los medios de comunicación y pasar a la posteridad, como quién descubrió el mayor tesoro de toda la Historia, puede resultar para Augusto Fonfría tentador, e incluso llegar a seducirle de una manera excitante.

El comisario miró la hora y advirtió el agotamiento en los detenidos. La verdad era que todos necesitaban un respiro y prefirió hacer un descanso.



Las horas habían transcurrido a una velocidad de vértigo y el cansancio y el hambre hacían mella en sus maltrechos cuerpos. Menos mal que habían tenido la delicadeza de traerles unos cafés con leche y unas ensaimadas con el fin de poder engañar los estómagos. El comisario Morales había tomado un receso con todos ellos dejándoles descansar y comer algo. Mientras tanto, había aprovechado para interrogar a Augusto Fonfría, que estaba que mordía por haberle dejado en último lugar. Cuando entró en el despacho por segunda vez, dio un repaso a todos con la mirada y seguidamente, se giró hacia Miguel después de haber saciado gran parte de sus tormentosas dudas, y encarándose a él le preguntó:

—Supongo que usted, señor Roselló, junto con Rosa Soler, también estaban buscando otra de esas llaves cuando se adentraron en el Museo Pío V. ¿No es así?

Miguel asintió.

—¿Me puede explicar usted qué demonios le hicieron al retablo ese de no sé qué virgen?…

—Retablo Eucarístico del Convento de la Puridad o de la Purísima Concepción… —interrumpió Miguel sin pensar lo que hacía e intentando aclarar la duda al comisario sobre el nombre del retablo.

—¡Ah, bueno!… pues como se llame. ¿Se puede saber qué demonios le hicieron, que los encargados del museo no saben cómo volver a colocar la imagen de la Virgen en su lugar y tienen el retablo apartado esperando dar con la solución?

—Lo sentimos mucho, de verdad… —dijo disculpándose por parte de los dos a pesar de la ausencia de Rosa—. Le prometo, señor comisario, que es la primera vez que obramos de una manera semejante.

El comisario levantó la mano en señal de aceptar sus disculpas. De hecho, previamente antes de citarlos ya había hecho sus deberes como veterano en su profesión, y tenía los historiales de todos y cada uno de ellos. Había comprobado que todos estaban limpios y carecían de antecedentes penales, salvo Pepe, aunque tampoco era de destacar.

Miguel se adelantó un poco del asiento para contestar a la pregunta formulada por el comisario.

—Es muy sencillo… —puntualizó—. Tan solo tienen que girar las cabezas de los dos profetas que hay en los extremos y, automáticamente la imagen de la virgen de la Purísima Concepción volverá a colocarse en su lugar cerrando el agujero donde se escondía la llave.

—¿Así de sencillo? —preguntó Morales arqueando las cejas.

—Sí… —asintió Miguel con una tenue sonrisa.

El comisario llamó en presencia de todos al museo para poner en conocimiento la supuesta fórmula, de manera que todo volviera a la más absoluta normalidad. Mientas tanto, todos esperaban ansiosos. Miguel se frotó las manos. Los nervios no le abandonaban. Había dado por sentado que lo que acababa de decir seria la clave certera pero ¿y si no era así?, ¿y si no había manera de que el retablo recobrara su forma primitiva?, ya que él lo había intentado antes de salir corriendo del museo y no lo había conseguido. Pero no había otra opción. Por algún motivo que desconocía, en el primer intento no había dado resultado, ahora con los nervios a flor de piel, confiaba en que sí.

Pasados unos minutos los cuales se multiplicaron pareciendo horas, el comisario confirmó que efectivamente la imagen de la Virgen había vuelto a su antiguo lugar como si nadie la hubiera manipulado.

Nada más escuchar la buena nueva, una respiración unánime de todos los presentes más agitada de lo normal inundó la habitación, dejando ver la preocupación.

El comisario sonrió bajo de sus gafas de pasta negra. No sabía por qué, pero esa gente le estaba empezando a caer bien, y pensar que los había maldecido en numerosas ocasiones a lo largo de la investigación, y le habían hecho pasar algún que otro mal trago ante las autoridades cuando le pedían unas explicaciones que no disponía. Pero al final, las aguas parecían volver a su cauce.

—Inspector Moreno, haga pasar a Humberto Fernández —dijo con aplomo.

A los pocos minutos, el Síndico hizo su aparición. Sus ojos se posaron en todos y cada uno de sus cómplices. Por la expresión de sus caras, supo al instante que ninguno de ellos había infringido su promesa de no involucrarlo más de lo necesario.

A continuación, el comisario se giró hacia Humberto Fernández y mirándole con curiosidad dijo:

—Quisiera saber qué pinta usted en todo este entramado. Un respetable Síndico del Tribunal de las Aguas metido en todo este lío. Por mucho que intente

imaginármelo, no lo veo por ningún lado. Claro, que después de la historia que ustedes me han contado, puedo creerme cualquier barbaridad —dijo cargado de ironía.

—Ni siquiera yo mismo lo sé —contestó Humberto Fernández serenamente —. Solo sé que a punta de pistola, el señor Fonfría y su sabueso entraron en mi casa y me obligaron a acompañarles. Vamos, en pocas palabras me secuestraron de mi propio hogar.

El comisario se irguió en el asiento. Ese nuevo dato era totalmente nuevo para él. De reojo miró al inspector Morales para ver si estaba enterado del tema, y éste le puso cara de no tener ni idea.

—¿Sabe por qué razón actuaron de esa manera con usted? —preguntó el comisario cargado de interés.

—Naturalmente que no —increpó con firmeza el Síndico—. Deduzco que se equivocaron conmigo. Quizá buscaban a otra persona.

—¿Ustedes que dicen al respecto? —dijo preguntando a los demás.

Fue Miguel quién contestó.

—Solo sé que cuando el señor Fernández apareció en los pasadizos, nos encontrábamos en una de las salas en un verdadero aprieto. Llegó en compañía de Augusto Fonfría y de su gorila, y efectivamente, lo encañonaban con una pistola. Suerte que en una de las trabas de ese lóbrego laberinto el arma desapareció entre la arena poco antes de que las serpientes del recinto le acribillaran con su mortal veneno.

—¡Ya!… Veo que han tenido aventuras de todo tipo —exclamó el comisario oliéndose algo extraño—. De hecho, el señor Augusto Fonfría ha confesado que el señor Fernández disponía de una valiosa información, hasta tal punto que les enseñó la salida cuando todos ustedes la desconocían.

Con toda la picardía del mundo el comisario, como gato viejo en el cuerpo de policía, observó sus agarrotados rostros ante tal afirmación, con el fin de detectar algún rasgo que les delatara ante su imperturbable inexpresividad.

—¿Están todos ustedes de acuerdo ante el testimonio de este señor? —preguntó dudoso mientras señalaba al Síndico—. ¿Apoyan el testimonio? —volvió a preguntar intentando detectar no sabía bien qué.

Todos asintieron de mutuo acuerdo procurando no delatarse ante el avispado comisario.

—¿Entonces usted, señor Fernández, afirma que no tiene nada que ver en todo este asunto y que todo ha sido un malentendido?

—Sí —pronunció el Síndico. En su lema no entraba la mentira, pero cuando se trataba de defender y salvaguardar el Tribunal de las Aguas y toda su historia, no podía más que negar su complicidad. De no hacerlo, tendría que dar muchas explicaciones, y cabía la posibilidad de que pudieran escarbar y descubrir más allá… Tenía que ser cauto y mantener la discreción que hasta ahora envolvía el buen nombre del tribunal. De hecho, y previamente, había consultado la situación con los demás Síndicos y el veredicto había sido el ya ejecutado.

—Bien… —murmuró el comisario—. Ahora quieren explicarme, ¿qué es lo que encontraron en las entrañas del Palacio del Real y que no han sido capaces de localizar los arqueólogos experimentados que están llevando a cabo la excavación? Porque según el señor Fonfría, se esconde el mayor tesoro de toda la Historia, pero dado que su hija está detenida por tenencia ilícita de armas y atentar contra la autoridad mediante un tiroteo en el que uno de los agentes se encuentra en estado crítico, no está por la labor de colaborar demasiado a no ser que tenga algún trato de favor particular.

—Lo cual quiere decir que Erika saldrá a la calle en cuanto paguen la fianza asignada… ¿no es así? —preguntó Alejandra.

—Yo no hago las leyes —puntualizó el comisario resignado—. Tan solo me limito a hacerlas cumplir.

El comisario Morales se quedó en silencio esperando una explicación. Todos se miraron unos a otros sin atreverse a empezar el relato de lo que habían encontrado, por temor a decir más de lo que debían. Al final, fue Miguel Roselló quien tomó la palabra.

—En efecto —dijo con voz pausada—, y después de seguir las claves que hábilmente fraguó Jorge Ferrer, y de pasar incontables y difíciles experiencias, conseguimos dar con él, llamémosle, tesoro. Puedo decir y no soy un experto en la materia que el número de antigüedades es incalculable, al igual que su valor.

—Bien… —aclaró el comisario—. ¿Saben quién o quienes han podido guardar semejantes objetos valiosos?

Todos lo negaron. De hecho, todavía quedaban muchas incógnitas por destapar. Aunque por supuesto, no en la comisaría.

—¿Estarán de acuerdo conmigo que hay que dar parte a las autoridades para que se haga una valoración exhaustiva de semejantes hallazgos? —añadió el comisario estudiando sus rostros—. Si todo eso que ustedes dicen es cierto, y no lo pongo en duda, deberán estar donde les corresponde.

Todos hicieron un sutil gesto de asentimiento.

—Hay algo más en toda esta historia y de mucha más gravedad —interrumpió Sara.

—¿A qué se refiere? —preguntó el jefe de la comisaría interesado.

—Creemos… Estamos convencidos… —rectificó Sara con decisión—, de que Augusto Fonfría asesinó o mandó asesinar a nuestros padres, Jorge Ferrer y Carmen Soler, para apoderarse de las claves y poder localizar el tesoro que hemos encontrado. Y también es el responsable de la muerte de la hermana de Pepe… quiero decir de Andreu Subies, Marta Subies, y podríamos asegurar que también es culpable del supuesto suicidio de nuestra vecina Elisa Hurtado.

El comisario agarró uno de los informes que tenía encima de la mesa y después de pasar varias páginas y localizar la que al parecer le interesaba, la leyó en silencio ante las atentas miradas de los detenidos. El inspector Moreno le había detallado con sumo lujo de detalles la voluntaria confesión al respecto de la joven Sara, y, efectivamente, ahora corroboraba su tesis respecto a la acusación de asesinato.

—¿Están acusando al señor Augusto Fonfría del asesinato de esas cuatro personas? —preguntó el comisario confirmando tan grave imposición. Aquello estaba tomando otro cariz.

—Por supuesto —afirmó Sara con una terrible convicción—. Estamos completamente seguros.

—Vaya, veo que no se les escapa nada —dijo Morales con sarcasmo—. ¿Tienen alguna prueba al respecto?

Todos negaron con las cabezas incapaces de articular una negativa. Sara se quedó muda, no tenía contestación ni argumentos para rebatir o fortalecer su teoría.

—Solo son suposiciones… —susurró el comisario sabiéndose la lección—, y con ellas no podemos hacer absolutamente nada. De acuerdo, que el señor Fonfría no es trigo limpio. Es un hombre muy poderoso y con muy buenas influencias, además de gozar de los mejores abogados del país. De hecho, ha tenido varias querellas y siempre ha salido totalmente ileso y sin cargos. Creemos que no solo está metido en el mundo de las drogas, sino también en el contrabando de arte. Resumiendo —abrevió el comisario—, la justicia estaría encantada de ajustar cuentas con un individuo de esa calaña, y más si ustedes aseguran que está involucrado en todos esos asesinatos.

—Yo no diría la palabra involucrado como si se hubiera visto envuelto por casualidad —dijo Alejandra con rabia—. Más bien rectificaría y culparía a ese

hombre por ser el único responsable.

—Quizá exista una forma de hacerle confesar, o por lo menos de que caiga en su propia trampa —añadió el comisario Morales al tiempo que se frotaba las manos y dirigía una ojeada a todos los presentes.

Todos agudizaron su oído procurando no perderse detalle. ¿Sería verdad que de una vez por todas podrían destapar al poderoso Augusto Fonfría? Una sonrisa unánime brotó de sus rostros inundando la habitación de esperanza unida de una anhelada justicia.



Capítulo 88

La habitación estaba en penumbra y el silencio había permitido que Rosa hubiera podido conciliar el sueño. Por fin descansaba plácidamente en su cama después de haber sido atendida en urgencias y haber recibido el alta. Gracias a la rápida intervención de Miguel, que arriesgando su vida había absorbido el letal veneno, no había habido males mayores y no quedaría ningún tipo de secuela en el futuro. Así se lo habían comunicado los médicos después de hacerle las pruebas pertinentes.

Miguel salió de su cuarto de puntillas para no despertarla.

—Ya era hora que descansara. Lo ha pasado tan mal —dijo dirigiéndose a Sara y Alejandra.

—Fue una imprudencia por nuestra parte dejar que nos acompañara —añadió Sara con sentimiento de culpabilidad—. Si le hubiera pasado algo, yo…

—Fue una temeridad meternos en las entrañas de la tierra de esa manera tan fácil y sin ser conscientes de los peligros que se nos podían presentar —prosiguió Miguel confesando su irresponsabilidad—. Pero después de todo, hemos de dar gracias por salir airosos.

—Sabíamos de antemano que esta aventura era difícil —continuó Alejandra serenamente—. Lo supimos desde el primer momento, cuando nos sumergimos en las profundidades del Museo Arqueológico de L'Almoina buscando la primera llave. Ahora, podemos confirmar que nuestro padre tenía razón con sus teorías. Lo que hemos encontrado es mucho más de lo que nos podíamos imaginar.

—Es cierto… —continuó Miguel con cierta nostalgia—. Es una lástima que Jorge no… —la voz se le quebró impidiéndole continuar.

Hubo unos minutos de silencio mientras los tres se reponían de la emoción.

—Todavía no entiendo cómo el inspector Moreno se jugó el tipo dando la cara por nosotros. Bien dicen que «hay que tener amigos hasta en el infierno» —murmuró Miguel descolocado—. En especial por ti… —dijo mirando fijamente a Sara.

La joven se quedó pensativa unos instantes mientras recordaba el rostro del inspector. Notó como sus mejillas se ruborizaban.

—Yo creo que a pesar de lo descabellado de la historia que le contamos… —dijo Sara intentando sobreponerse al sopor que la embargaba—, creyó desde el principio que era cierta y tan solo nos veía como lo que somos: meras victimas. Gracias que los hechos nos han dado la razón y gracias también porque hemos salido bien parados. Solo pensar las trabas que hemos pasado, se me ponen los pelos de punta. No sé si sería capaz de pasar por lo mismo una segunda vez.

—No lo veo nada probable, por muchos años que vivamos, que haya una segunda vez —añadió Alejandra con una suave sonrisa.

El timbre de la puerta se oyó, interrumpiendo la conversación.

—Deben de ser Lluís y Pepe —murmuró Sara mientras se dirigía a abrir.

Efectivamente, los dos jóvenes entraron en el salón. Su aspecto nada tenía que ver con el de unas horas antes cuando habían salido del agujero de Viveros. El agua y el jabón habían hecho verdaderos milagros. Lluís besó a Alejandra y tomaron asiento. Mientras, Pepe les enseñaba la prensa de esa mañana.

—¡No os lo vais a creer!… —añadió Pepe cargado de sarcasmo—. Ese malnacido todavía no ha recibido el castigo que se merece.

En primera plana y como artículo estrella, ocupando la noticia gran parte de la página, aparecía una gran foto del Palacio del Real como fue antes de su demolición, y los escombros que ahora quedaban con la excavación. Sara lo leyó en voz alta empezando por el titular:

> *El desaparecido Palacio del Real y sus ignorados tesoros descubiertos por Augusto Fonfría.*

A medida que Sara leía, notaba como la sangre le hervía a borbotones y se le iba agriando el desayuno.

> *En el subsuelo donde se edificó el Palacio del Real que se mandó demoler en la Guerra de la Independencia por motivos meramente*

estratégicos, y en el que hoy se encuentra la montañeta del general Elios dentro de los Jardines del Real, ha estado escondiendo el tesoro más codiciado y posiblemente más grande de toda la Historia. Aunque todavía no se han sumergido en las profundidades de la tierra para extraerlo y que pueda ver la luz, aseguran que tan solo un reducido grupo de personas han tenido el privilegio de verlo con sus propios ojos.

Al parecer, el importantísimo Augusto Fonfría, presidente de la revista Vía Augusta y dueño de la asociación A. F. C. A. N. I., junto con muchos otros prósperos negocios, ha dirigido la expedición. Todo gracias a unas llaves que eran la clave para localizar su posición, a pesar de la desaparición de dos de ellas, las cuales fueron robadas por Alejandra Ferrer, periodista de dicha revista y que fue denunciada hace unos meses. El señor Augusto Fonfría hace unas declaraciones al respecto, en el que es visible su evidente alegría.

«Después de más de veinte años buscando e investigando, por fin todo ha terminado y al final la recompensa ha merecido la pena… Mis teorías eran más que ciertas y ahora todos lo sabrán…».

Sara dejó de leer. No podía continuar con semejante sarta de mentiras. Ante las confesiones de ese sinvergüenza quedaba claro su objetivo fundamental. Figurar como único autor del descubrimiento. Ese indeseable desgraciado se había atrevido a atribuirse todos los méritos, pasando por encima de la memoria de su padre e ignorando todo su laborioso trabajo. Y encima reincidía en difamar la reputación de Alejandra. En ese instante, dirigió su mirada hacia su hermana. Lluís la estaba abrazando en claras muestras de consuelo.

—Ese desgraciado no se va a salir con la suya… ¡lo juro! —amenazó Alejandra con los dientes apretados y la rabia contenida—. Aunque sea lo último que haga en este mundo.

—Ninguno de nosotros lo vamos a permitir —gruñó Sara apoyando a su hermana y abrazándola cariñosamente.

—Por supuesto —se unieron los demás solidariamente.

—Esto todavía no ha terminado —añadió Alejandra reponiéndose con mucha más energía y entereza que antes. Si pensaban pisotearla como una uva lo iban a tener muy, pero que muy crudo—. Así que no podemos dormirnos. Todavía tenemos mucho que hacer. Para empezar, hemos de mantener una larga

conversación con Humberto Fernández, ya que todavía hay un montón de incógnitas por resolver, y tendrá que cumplir su promesa de revelarnos una tras otra. Nosotros hemos cumplido nuestra parte del trato no involucrándolo más de lo necesario. Ahora le toca a él, ya que, para empezar, no sabemos qué pinta ese hombre en todo este entramado. Una persona inteligente, que actúa con gran sensatez y que sabe mucho más de lo que aparenta, debe tener un papel crucial, ¿pero cuál?

—Se me había olvidado por completo —dijo Lluís dándose un pequeño cachete en la cabeza y pasándose los dedos por el cabello todavía húmedo—. El señor Fernández ha llamado a tu móvil, —dijo dirigiéndose a Alejandra— lo llevaba en el bolsillo de mi chaqueta por error y he quedado aquí con él —Lluís miró el reloj—. Estará a punto de llegar.

Sara y Alejandra se miraron. ¿Sería verdad que de una vez por todas fueran a saber toda la verdad? Si eso era cierto, no se lo podían creer. El sonido agudo del timbre les sobresaltó.

—Debe ser él… —dijo Sara mientras se levantaba para recibirle.

A los pocos instantes, Humberto Fernández hizo acto de presencia en el salón, seguido de Sara, que le hizo un ademán de sentarse. Seguidamente, una retahíla de saludos les hizo romper el hielo.

—¿Le apetece una taza de café? —le preguntó Sara en papel de anfitriona.

—Sí, muchas gracias… —contestó educadamente mientras tomaba asiento al lado de Miguel—. Ante todo, les quiero agradecer su silencio ante el interrogatorio del comisario. Estoy tremendamente en deuda con todos ustedes por haber mantenido su palabra de no destapar mi posición.

—Nuestra palabra vale tanto como la suya —interrumpió Miguel—. Aunque su posición, como usted señala, la desconocemos por completo.

—Por eso estoy aquí… —dijo pausadamente mientras cogía la templada taza que Sara le entregaba—. Ustedes se han ganado todos mis respetos y creo que ha llegado el momento de desvelar parte de la historia.

Todos los allí presentes se miraron unos a otros con una irremediable sonrisa de satisfacción dibujada en sus rostros.

—¿Tan solo parte? —preguntó Alejandra impulsiva.

—Jovencita, todo a su debido tiempo —le contestó con dulzura.

Humberto Fernández dio un sorbo de café a la vez que dedicaba una rápida mirada a todos y cada uno de ellos, quienes le esperaban impacientes. Seguidamente, empezó con su explicación:

—Hace tres mil años aproximadamente —empezó a decir con un tono de voz agradable a modo de cuento—, los antiguos griegos llamaron a las gentes del Levante y sur de la Península Ibérica «íberos». Éstos se dividieron en tres pueblos: norte, centro y sur. En el centro, o lo que es lo mismo, en estas mismas tierras, concretamente en el sur de la provincia de Castellón y en las dos terceras partes septentrionales de la provincia de Valencia, había un pueblo llamado los edetanos.

Todos le escuchaban sin apenas pestañear procurando no interrumpirle. Humberto se acababa de remontar tres mil años atrás… sus mentes intentaron asimilar todas sus palabras aunque parecía que iba a ser bastante largo.

—Este pueblo —continuó—, situado en un punto estratégico y privilegiado como era el litoral Mediterráneo, supo aprovechar la riqueza levantina cultivando sus fértiles tierras y haciendo crecer la ganadería. Además de ser pastores y labradores, conocieron bien el arte y la ciencia del barro cocido y los metales fundidos, hasta el punto que alcanzaron un alto nivel de perfección en la tecnología de la cerámica a torno. Todos sus territorios y residencias siempre estaban al lado de fuentes, manantiales y ríos, ya que para ellos el agua era sagrada, al igual que tenían una fe ciega en la energía del sol y en la madre tierra. Aunque sabían leer y escribir, sus tradiciones, leyes, costumbres, eran verbales. De este pueblo, nacieron un grupo de hombres que poseían una inteligencia fuera de lo habitual, con mentes privilegiadas y altamente evolucionadas. Eran maestros con una sabiduría muy avanzada para su época. Vivían en santuarios destinados para santos y sabios. Y su vida la dedicaban por y para ampliar sus conocimientos, que imprimían sobre finísimas láminas de plomo que guardaban enrolladas en esos mismos santuarios.

—¿Algo así como los egipcios? —preguntó tímidamente Alejandra.

—Digamos que sí… —corroboró Humberto—, de hecho en la misma época que los edetanos existían otras sabias civilizaciones muy avanzadas con varios miles de años, como los egipcios, y curiosamente tenían creencias con cierta similitud.

—Por favor, continúe… siento haberle interrumpido —se disculpó Alejandra.

—Tranquila —añadió el presidente del Tribunal de las Aguas respetuosamente—. Sé sobradamente que lo que les voy a contar es difícil de creer. Sólo les diré que todo, absolutamente todo, hasta la última palabra, es cierto.

—Le creemos —murmuró Sara sonriente y totalmente convencida de que no mentía—. Después de todo lo pasado, no hay razón alguna para que nos cuente un cuento con la intención de consolarnos.

El señor Fernández inició de nuevo su monólogo.

—Tierras adentro, habitaban otros pueblos que, al igual que los edetanos, vivían de la agricultura y la ganadería. Tanto unos como otros eran guerreros. Sin embargo, y como una excepción, el pueblo edetano, gentes que habitaban mirando al Mediterráneo en la desembocadura del río Tiryus que es como entonces llamaban al que hoy conocemos como río Turia, eran pacíficos, ya que les era más provechosa la paz que la guerra. Daban prioridad a los valores hoy perdidos, como la palabra dada, la conducta ejemplar, la nobleza de sus actos… —Humberto se detuvo por unos instantes pensativo con claros rasgos de tristeza —. Hoy en día, la corrupción, la mentira, la codicia, las ansias de poder, son las noticias que dominan los informativos y rodean nuestras vidas. El mundo se está echando a perder por culpa de los hombres. Cada vez son más las calamidades, las muertes de personas inocentes… la Tierra se está rebelando, y si no ponemos remedio… —el presidente del Tribunal de las Aguas volvió a hacer un inciso. Su tono había subido inesperadamente—. Ruego me disculpen —añadió volviendo a su melodía de voz habitual—, todavía me quedan muchas cosas por explicarles, y reconozco que estaba empezando a desviarme.

—No se preocupe… —dijo Lluís, que hasta ahora había permanecido de oyente, en tono tranquilizador—. Por favor, continúe…

—Mientras los edetanos vivían en armonía, los demás pueblos de alrededor crecían, comerciaban y competían entre ellos, prosperando y subiendo como la espuma; los edetanos, por el contrario, como pueblo pacífico que era, no tenían espíritu de lucha, ni de conquista y grandeza, solo les importaba ser felices viviendo sus creencias y tradiciones. En los siglos del primer milenio a. C., en las costas Mediterráneas dos eran los pueblos que en comercio, política y poder se disputaban ser los primeros: los cartagineses y los romanos. Después de muchas guerras, a las que llamarían Púnicas, y de dieciocho años de batallas entre unos y otros, los romanos fueron vencedores. Todo el litoral Mediterráneo acabó sometido a la autoridad militar de Roma que, con el tiempo, potenció y engrandeció las tierras valencianas, construyendo en Sagunto un canal de más de 50 kilómetros y otro en la desembocadura del Tiryus, donde se instaló el campamento romano, y posteriormente Valentia, como entonces se llamaba la ciudad. Con la creación de villas y canales romanos, los asentamientos edetanos

fueron destruidos, abandonados, y sus habitantes repartidos al servicio de los nuevos amos. El agua marcó para los romanos la razón de ser de todas sus edificaciones y se aplicaron con gran inteligencia para aprovechar los recursos hídricos. Para armonizar de forma óptima el rendimiento y mantenimiento de su obra hidráulica, crearon entidades federativas encargadas de administrar sus canales. Estas entidades, a pesar de ser representadas por romanos, tomaron como patrón el carácter de los edetanos en cuanto al comportamiento y formas de hacer, respetando su narración, sus ritos y lugares sagrados. De manera, que las aguas del territorio edetano-valentino pasaron a ser administradas de palabra por los vencidos edetanos.

—Perdone que le interrumpa… —atajó Pepe algo confuso—. ¿Nos quiere decir que esas entidades federativas encargadas de administrar el agua pertenecían al Tribunal de las Aguas?

—Algo así —confirmó Humberto—, aunque tendrían que pasar todavía muchos años hasta que se bautizara con el nombre que hoy todos conocemos.

—Pero lo curioso y lo que más me llama la atención —dijo Sara en voz alta —, es que a pesar de dominar los romanos, aceptaron seguir con las costumbres edetanas.

—Sí —añadió el señor Fernández con una dulce sonrisa—. Piensa que este pueblo, nuestros antepasados, no eran personas problemáticas, al contrario, sabían hacer su trabajo y lo sabían hacer con justicia y sabiduría. Esas cualidades son las que les hicieron siempre a lo largo de toda la Historia demostrar su valía y su nobleza. ¿Recordáis que os he comentado que había un grupo de hombres sabios?

Todos asintieron.

—Pues los descendientes de su linaje fueron los encargados de guardar y custodiar como grandes tesoros las finísimas láminas de plomo en las que estaban anotados sus más reveladores conocimientos. Los denominaron: *manuscritos edetanos*.

Una sonrisa se dibujó en la cara de Sara demostrando su firme convicción respeto a lo que acababa de escuchar y seguidamente hizo una señal para que continuara con su relato.

—En el transcurso de cien años, estas tierras se convirtieron en unas de las más prosperas de todo el imperio. Pero lo bueno no dura siempre, y tras una guerra civil romana del 76 al 70 a. C., que fue cruel y exterminadora, tan solo se salvaron los templos y los monumentos funerarios. Todas las obras públicas se

paralizaron y abandonaron, y se tardó más de medio siglo en levantar cabeza. Cuando la ciudad renació de nuevo, se hizo con inmigrantes, en su mayoría personas que huían. Antiguos súbditos cartagineses que no podían sobrevivir en su tierra. Era el flujo migratorio africano que iba de África a Europa. Los huertos fueron recuperados y también los canales recuperando las funciones de los Síndicos. Se construyeron nuevos azudes. Azudes que daban agua a nuevas acequias pasando del secano valenciano a regadío. Así se formaron, con el paso del tiempo, las ocho acequias que hoy todos conocemos. Tanto en la época musulmana como en la cristiana, cada acequia tenía su Síndico, y éste su Sequier. En el caso de Valencia, estos formaban un Sindicato o Tribunal. Se llamó: El «Tribunal de las Aguas» —su voz sonó con satisfacción y una pizca de emoción. Se detuvo durante unos instantes para coger aliento—. Su función consistía en repartir de forma justa el agua del canal entre todos aquellos que tuvieran derecho a ella. En ningún tiempo se escribió nada, tan solo cuando llegaron los cristianos, y a partir de ellos, se empezó a dejar constancia por escrito de todo lo que se consideraba importante.

—¿Le apetece otra taza de café, o quizá un vaso de agua? —le ofreció Alejandra pensando que debía tener la boca seca.

—Un vaso de agua, gracias —después de dar un largo trago y refrescarse la garganta retomó el hilo de la conversación—. Los Síndicos que componían el recién inaugurado Tribunal de las Aguas eran hombres escogidos minuciosamente por sus cualidades. Todos ellos eran descendientes de aquellos hombres sabios que mantenían el serio compromiso de hacer preservar aquellos importantes documentos reforzando su mutuo y estricto acuerdo. Dado que la tierra y el agua era algo primordial para el pueblo edetano, y puesto que se conservaban sus ritos y costumbres, las generaciones venideras habían sido mezcladas con distintas razas debido a la inevitable inmigración. Ese acuerdo inviolable ha continuado con las mismas estrictas condiciones hasta nuestros días. Toda persona que entraba a formar parte del Tribunal de las Aguas hacía un serio e irreversible juramento de mantenerlo hasta el fin sus días.

Un tremendo silencio se apoderó de todos los presentes incluyendo Humberto Fernández, que los miró a todos colmado de satisfacción y orgullo por ser un Síndico del mencionado tribunal.

Ahora entendían parte del motivo por el que se había negado a revelar nada en absoluto. Pero… ¿qué le había llevado a tomar la decisión de cambiar de opinión, quebrantando su promesa? Ese interrogante se lo formularon casi todos

en el más estricto silencio. Nadie se atrevió a preguntarle. No querían perturbar las confesiones de ese hombre. Dedujeron que tendría sus buenas razones para hacerlo y que ya les llegaría el turno de enterarse.

Humberto continuó:

—El lugar escogido para ocultar esos valiosísimos *manuscritos edetanos* estaba en peligro. Lo que casi mil años atrás había sido una apuesta segura por encontrarse en un punto aislado y estratégico, ahora con las guerras acontecidas y la expansión de la ciudad resultaba obviamente peliagudo. Era necesario un traslado y además con la máxima urgencia. Después de deliberar entre distintas opciones, la elección fue al otro lado del río y totalmente fuera del recinto amurallado de la ciudad. Casualmente, el hallazgo de unos interminables pasadizos ya existentes y descubiertos al azar por uno de los Síndicos facilitó la situación. Supusieron que era una gracia divina y se pusieron manos a la obra. Además, estaba lo suficientemente cerca como para que se pudiera seguir cumpliendo con su cometido. Acondicionaron y reforzaron su seguridad para que nadie pudiera traspasar sus puertas. Las trabas que ya conocen fueron estudiadas concienzudamente por mentes superiores con la intención de que nadie absolutamente nadie pudiera burlarlas.

Alejandra levantó la mano con la intención de preguntar. Humberto le hizo un gesto dándole la palabra.

—Perdone que le interrumpa nuevamente… imagino que los pasadizos que nos acaba de hablar son los mismos que hemos visitado en las últimas horas, pero hay algo que me llama tremendamente la atención, y es que los *manuscritos edetanos*, que se supone que eran los realmente valiosos, no se encontraban dentro, o por lo menos no a la vista.

—En efecto, como iba diciendo, el lugar era perfecto por la proximidad a la ciudad y de esa forma se podía poner en marcha un nuevo plan.

Todos le miraron con todavía más atención.

—Hasta ese momento, los manuscritos mencionados eran el único tesoro soterrado, y de hecho hicieron una cámara específica donde los ocultaron. Nadie después de ese día ha entrado jamás. Nadie después de esa fecha los ha tenido en su poder.

—Pero usted cree en ellos ciegamente… —afirmó Miguel desconcertado.

—Sí… —dijo Humberto rotundamente.

—¿Cabe la posibilidad de que no estén, de que sea una fabula? —preguntó Pepe.

—No, puedo asegurarles que siguen donde se dejaron hace casi dos mil años.

—¿Y qué nos dice de la inmensa sala repleta de tesoros donde nosotros entramos? —preguntó Lluís confuso.

—Buena pregunta… —respondió el Síndico—. Esa sala se adaptó como tapadera.

—¿Cómo tapadera? —preguntaron todos casi al mismo tiempo.

—En efecto —afirmó con un leve movimiento de cabeza—. Esa sala fue una estrategia para custodiar de una manera fiable los *manuscritos edetanos*, suponiendo que alguien consiguiera adentrarse y sobrepasar los obstáculos, algo bastante improbable pero no imposible, se quedaría fascinado al encontrarse con millares de objetos de un valor incalculable. Hay que reconocer que es un buen cebo.

Todos asintieron con una sonrisa dibujada en sus labios.

—Cada uno de esos objetos se ha ido recopilando a lo largo de la Historia. Se dieron por desaparecidos debido a los enfrentamientos y las guerras. La misión de los Síndicos además de repartir justamente el agua del canal entre todos aquellos que tuvieran derecho a ellas, era el de rescatar y proteger los tesoros de la ciudad. Tesoros que habrían perecido en incendios, plagas y epidemias. Gracias a ellos, se han salvado de desaparecer entre las batallas y los conflictos de intereses. En el derrumbe de museos, templos, palacios y demás residencias, todo lo que podía representar algo de valor se requisaba y se protegía, ya fueran cuadros, tapices, vasijas, espadas o joyas.

—Si lo que esa sala contiene y que nosotros hemos visto… —interrumpió Alejandra— es tan valioso como comenta, y por supuesto doy fe de ello, y tan solo es una tapadera para ocultar la cámara en cuestión. ¿Nos quiere decir que esos *manuscritos edetanos* superan con creces su valor?

—En efecto —contestó Humberto Fernández—. La valía de esos documentos no tiene precio. No hay dinero suficiente para pagar los conocimientos que contienen y la antigüedad a la que se remonta. Estamos hablando de manuscritos de hace tres mil años. ¿Se dan cuenta ustedes de lo que significa eso?

Las miradas de sorpresa entre unos y otros fue la nota dominante en aquel instante.

—Me gustaría que escucharan la historia hasta el final —añadió el Síndico con humildad.

El gesto de los presentes quedó más que claro dándole su consentimiento.

—Durante la época musulmana, la muralla se amplió con respecto a la romana, y las munyas o casas de recreo aumentaron construyéndose a las afueras de la ciudad por los potentados. Ello les permitía estar en contacto directo con la naturaleza. La munya de Russafa fue construida por un príncipe Omeya, la munya de la Walafa perteneció a un gobernador y estaba situada donde hoy se encuentra la plaza del Ayuntamiento, y sus jardines ocupaban la extensión de la plaza de Toros, la munya de la princesa Zaydia perteneció a la familia de los Mardanis, más conocido entre los cristianos como rey Lupu, y estaba situada cerca de Marchalenes, lo que ahora es Llano de Zaidía. Pero la que realmente nos interesa es la munya de Abd al-Aziz, primer gobernador general del al-Andalus y situada junto a los Jardines del Real, que aunque más reducidos ya lo eran de aquella finca de recreo. Los Síndicos del Tribunal de las Aguas creyeron que al construir la munya peligraría el secreto escondido, pero no fue así, lo único que ocurrió es que permaneció todavía más oculto y las entradas misteriosas siguieron en activo. Más tarde, sería el Cid quién residiría en la mencionada casa de recreo durante el asedio a que sometió Valencia.

Estaban empezando a atar cabos. Todo empezaba a tomar forma, aunque aún les quedaban muchas dudas por solventar. Por ello, siguieron escuchando al Síndico en un estricto silencio.

—Las reuniones del Tribunal de las Aguas, dado, que se reconoció el carácter sagrado y santo de los Síndicos, se acordó celebrarlas en el centro alfaguara de la mezquita mayor de Valensiya, como entonces se denominaba la ciudad, que como ya sabrán ustedes la mezquita mayor en esa época estaba situada donde hoy se encuentra la catedral de Valencia. Por ese motivo, y guardando la tradición se sigue celebrando en el mismo lugar. Pero cuando la ciudad fue conquistada por los cristianos, limpiaron la mezquita de todo lo musulmán. Los Síndicos rescataron gran parte de aquellos objetos evitando que se destruyeran. Los eclesiásticos se empeñaron en expulsar a los componentes del tribunal, esperando que Jaime I les apoyase. Pero viendo éste que los ancianos que lo componían no alardeaban ni presumían de sus métodos de hacer justicia, y no existían jerarquías entre ellos, decidió conservarlos sin variar sus juicios musulmanes orales, ya que consideraba que sus formas de hacer eran insuperables. A pesar de ello, durante toda la historia cristiana, los canónigos de la catedral nunca permitieron que se hiciera justicia dentro de ella. Cuando fueron expulsados del interior de la catedral, la anterior mezquita, el tribunal no se alejó de su alfaguara manteniendo sus ritos del agua. De ahí que se celebre en

la calle tras la Puerta de los Apóstoles. Durante la dominación de los Reyes Católicos, y tras la expulsión de los judíos y los abusos de la Inquisición, algunos de los Síndicos, en su mayoría moros, pasaron a ser cristianos. Sin embargo, la mayor parte de los cristianos, fuera de donde fuera que se incorporaran, asumían los ritos del agua y el fuego, al igual que el juramento de mantener intactos y ocultos los *manuscritos edetanos*. Jaime I inició las obras en lo que fuera la munya de Abd al-Aziz, convirtiéndola en el Palacio del Real de Valencia. Sus sucesores lo transformaron en un verdadero Alcázar. Tras la unión de Aragón y Castilla, el noble edificio medieval fue residencia de virreyes y de capitanes generales, hasta que durante la guerra de la Independencia y ante el temor del ejército francés, fue mandado demoler por las autoridades militares españolas con el fin de que el enemigo no pudiera utilizar el palacio situado al otro lado de la muralla para cañonear la ciudad. Fue una gran pérdida —suspiró Humberto Fernández—. Los Síndicos volvieron a rescatar, como tantas otras veces, objetos que se hubieran perdido a pesar de que trasladaron lo que consideraron importante. El Palacio del Real se convirtió en un montón de escombros, pero nuestro secreto aún seguía a salvo —Sara le acercó un vaso de agua y Humberto le dio un largo trago—. En el siglo XVII, la situación política española aconsejó a la monarquía tomar decisiones drásticas. Ciento cincuenta mil moriscos fueron expulsados de la tierra. Debían de abandonar la ciudad en el plazo de tres días bajo pena de muerte, dejando sus hogares y llevándose únicamente los bienes que pudieran transportar. Tras esa expulsión, las huertas quedaron nuevamente despobladas de labradores musulmanes. Tan solo quedaron los señores y sus familias cristianas. De manera que parte de los sequiers y los síndicos se fueron y sus puestos no fueron ocupados por nadie, ya que la mayoría de los puestos eran moros. Para repoblar de nuevo, los virreyes valencianos y los señores feudos dueños de los campos gestionaron traerse labradores de otras partes, de Cataluña, Aragón… ya que sus campos estaban abandonados y sus acequias anegadas —una punzada de tristeza invadió su voz haciéndola más grave—. Cuando los nuevos inquilinos ocuparon los cargos en el Tribunal de la Aguas, la casi totalidad desconocían los ritos del agua y el fuego. Desconocían los usos y sus valores ya que no existían de donde venían. Fue un momento difícil para el Tribunal —murmuró apenas entre dientes—. Su continuidad estuvo en peligro, ya que muchos de ellos no fueron capaces de hacer suya la ley de la huerta. Y, por supuesto, también desconocían el juramento

sobre los *manuscritos edetanos* y su existencia. Durante mucho tiempo solo parte de los Síndicos que lo componían estaban al corriente del secreto que ocultaban e intentaron mantenerlo vivo. Más tarde, en el siglo XVIII, se planteó otro problema, esta vez muy grave, que volvió a atentar contra la prolongación del tribunal. En tierras valencianas y manchegas se decidía la corona española. Los Austrias y los Borbones se disputaban quién sería el nuevo rey, quedando vencedores los segundos. Por cuestiones políticas, Valencia quedó desamparada por apoyar a los perdedores. Felipe V, rey Borbón, impuso el Decreto de Nueva Planta y en él, todo lo valenciano, o lo que pareciera, tenía que desaparecer, momento que aprovecharon los Síndicos para recuperar parte de su patrimonio y resguardarlo en su lugar seguro. Cuando el nuevo rey tuvo que decidir el destino del Tribunal de las Aguas, se encontró con algo que desconocía y no supo cómo interpretar. El Tribunal fue considerado como una vulgaridad de los labradores que política y legislativamente era imposible manipular. Felipe V decidió perdonarlo, y que siguiera sus funciones, al ver que las personas que lo componían impartían una justicia sana y los que los seguían tenían una fe ciega en su eficiencia. Por decreto, todas las leyes valencianas y fueros fueron abolidos. A todos los Síndicos como el de Valencia se les recomendó por el bien suyo que hablaran y aprendieran el castellano, y que lo hablaran cuando se relacionaran con las autoridades. —Humberto Fernández se levantó y caminó unos pasos como si quisiera reactivar el flujo sanguíneo de sus piernas. Luego, dirigiéndose a los oyentes continuó mirándoles a los ojos—. Muchas han sido las trabas que a lo largo de la Historia el Tribunal de la Aguas ha sufrido y, muchas las veces que las ha superado. Mi intención no es aburrirles con ellas y el relatarles parte ha sido para que entendieran nuestra función y, de alguna manera, nos comprendieran.

—Continúe, por favor… —añadió Alejandra encandilada con la historia de ese hombre.

—En el siglo veinte, a partir de los años cincuenta, los dirigentes de la ciudad se desvivieron porque ésta creciera urbanísticamente, provocando con ello la merma de la huerta. Esta política, a finales de siglo, llegó a ser tan exagerada que en apenas treinta años la ciudad había doblado su edificación. Sus consecuencias: la desaparición de las huertas, azudes y acequias. Ello provocó el olvido de la cultura natural, ya que al morir los labradores ancianos, no había continuidad. Durante todos los siglos anteriores en la Valencia real, la agricultura

había sido la fuente de riqueza, a partir del siglo veintiuno, en la Valencia real no sabemos de qué vivirá —volvió a sentarse con claras señales de resignación y tristeza—. Les vuelvo a pedir disculpas por haber sido tan extenso y haberme remontado hasta el origen, pero necesitaba plasmar nuestros motivos y el porqué de todo esto. También imagino que se preguntaran el móvil que me ha hecho romper mi promesa y el causante de que les haya revelado nuestro secreto con respecto a los *manuscritos edetanos*.

Ellos asintieron con una tímida sonrisa.

—Efectivamente, y como ustedes habían supuesto —dijo dirigiéndose a Sara y Alejandra—, no solo conocí a vuestro padre, Jorge Ferrer, sino también a vuestro abuelo, Tomás Ferrer. Todos los Síndicos acudimos a los funerales conmovidos por su pérdida. El padre de vuestro abuelo, es decir, vuestro bisabuelo llamado también Tomás Ferrer, fue la mano derecha del gobernador civil de Valencia, Cirilo Amorós, quien decretó, a pesar de la oposición militar, el derribo de las murallas cristianas de la ciudad alegando la necesidad de dar trabajo a los obreros en paro por la crisis de la seda, además de ensanchar la ciudad, ya que la población había aumentado y se asfixiaba por el cerco amurallado. El hermano mayor del mencionado gobernador era un venerado Síndico del Tribunal de las Aguas. En aquella época hubo uno de los complicados conflictos en los que peligró su supervivencia. Ya habían pasado unos sesenta años desde que se derrumbara el Palacio del Real, y nuestro escondite no resultaba demasiado seguro. Se habían filtrado ciertas sospechas con claras suposiciones de las cuales desconocíamos su procedencia, en las que se rumoreaba de la manera más discreta que algo valioso se escondía en estas tierras. Antes de que cundiera el pánico, los rumores se extendieran y los más atrevidos hicieran sus pesquisas en su busca, los Síndicos de entonces lo acallaron y procuraron que el secreto más bien cuidado de toda la Historia permaneciera oculto. No podían consentir que aquello se extendiera, y mucho menos que nadie ultrajara lo que el Tribunal y todos sus componentes a lo largo de la Historia habían guardado con el mayor de sus desvelos. Todavía no había llegado el momento. Se barajaron varias hipótesis y se sellaron las entradas a dicho escondite. Después de deliberar durante mucho tiempo decidieron reforzar su seguridad ampliando sus trabas. Aprovechando el derrumbe de las murallas y la desaparición de la gran mayoría de sus puertas se decidió por unanimidad conseguir todas sus llaves con el fin de esconderlas en los lugares más insospechados y despistar a los supuestos y posibles enemigos. Nada mejor que

esas llaves que simbolizaban la ciudad de Valencia, y que habían convivido con ella a lo largo de cinco siglos siendo testigos de todos sus acontecimientos. El trabajo requería mucha pericia y sobre todo mucha imaginación. Dado el alto nivel de la prueba y por mutuo acuerdo entre los componentes, se solicitó la ayuda del hermano de uno de los Síndicos, el gobernador civil Cirilo Amorós, quien se puso al día y ofreció su juramento de no divulgar ni delatar la posición secreta de dicha cámara. Éste recomendó a su mano derecha, vuestro bisabuelo Tomas Ferrer, para realizar tan difícil tarea, ya que su inteligencia para los acertijos y su lealtad eran incuestionables. Como era tradición también juró su silencio absoluto. Se meditó mucho el lugar donde serían ocultadas todas y cada una de las llaves y todas tendrían un lugar emblemático de la ciudad, ya que sus tesoros escondidos, por llamarlos de alguna manera, pertenecían a tierras valencianas. Después de realizar su complicado y magistral trabajo se comprometió a destruir todas las pruebas para que nadie pudiera seguir sus rastros. —Humberto Fernández les miró con tristeza apenado de sus siguientes palabras—. Me temo que vuestro bisabuelo Tomas Ferrer cumplió su promesa tan solo en parte.

Sara y Alejandra notaron como el corazón se les encogía por momentos. Un nudo se había adueñado de sus gargantas impidiéndoles respirar con normalidad. Por fin iban a saber la verdad… por fin iban a saber el motivo que llevó a su padre a iniciar esa descabellada búsqueda. Y también había llegado la hora de desenmascarar la incógnita de si Jorge Ferrer había actuado por su cuenta y riesgo o por el contrario, confirmaría la teoría de Augusto Fonfría, la cual afirmaba de que su padre le había robado todas sus investigaciones para llegar a la localización de las ansiadas llaves.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Sara sin poder contenerse y llena de angustia.

—Que vuestro bisabuelo no destruyó todas las pruebas, como se le pidió. No sabemos el motivo. Tal vez lo hiciera por salvaguardarse las espaldas aunque no veo motivo para ello, o quizá fue un simple descuido. El caso es que debería de haber sido mucho más cauto, tratándose concretamente de semejante misión. No acatando las normas se podía haber echado a perder el trabajo de muchos hombres a lo largo de tres mil años de Historia e incluso más. Un error imperdonable —dijo mientras se frotaba la frente.

—¿Pero cómo puede asegurar que eso que acaba de decir es así? —interrumpió Alejandra dolida ante tales acusaciones—. ¿Cómo sabe usted que no

cumplió su juramento y dejó pruebas intencionadamente?

—Soy consciente de que mis palabras son como puñales para ustedes —continuó Humberto Fernández con humildad—, y ruego me disculpen porque nada más lejos de mi intención que hacerles daño. Pero si no, ¿cómo es posible que vuestro padre, diera con los acertijos él solo? Sabemos que era una persona muy despierta y con una inteligencia poco habitual, además de su tenacidad, algo que lo hacía realmente envidiable, pero necesitó alguna prueba, alguna señal que le hiciera despertar el ansia de esa búsqueda.

Miguel reaccionó ante esa afirmación. En cosa de segundos su mente retrocedió veintitantos años atrás cuando en compañía de su amigo Jorge Ferrer vio como leía una carta de su recién fallecido padre. Intentó visualizar aquella escena. Ahora más que nunca necesita recordar.

—Creo que ahí tengo algo que aclarar —atajó Miguel con firmeza.

Todos los presentes posaron sus ojos sobre él esperando una respuesta favorable en defensa de la familia Ferrer.

—Le escuchamos… —pronunció el Síndico.

—Como todos saben, Jorge Ferrer y yo éramos amigos y compañeros de fatigas, y estuvimos juntos en parte de la investigación. Indagamos y rastreamos la posición de las llaves y él mismo fue quien inventó los acertijos disfrazando el lugar para que su localización fuera lo más enrevesada posible. Su interés se desató cuando falleció su padre. El abogado le leyó el testamento, dejándole únicamente la casa de Játiva donde habían vivido sus padres y él hasta que se independizó, y algunos huertos de naranjos. Misteriosamente, entre las páginas de la escritura de dicho caserón se encontraba una carta fechada en el año 1865 y que Jorge debió de encontrar por pura casualidad.

Humberto Fernández agudizó el oído que ya le empezaba a fallar en determinadas ocasiones, al escuchar la existencia de una carta con tal antigüedad.

—Recuerdo perfectamente el día que la leyó en mi presencia. Era la segunda vez que lo hacía y estaba pletórico de emoción. Entonces creímos que iba dirigida a su abuelo, yo desconocía que en el árbol genealógico se había repetido el mismo nombre. Pero después de escuchar su testimonio —dijo dirigiéndose a Humberto Fernández—, deduzco que se trataba de su bisabuelo, la persona de confianza de Cirilo Amorós. La persona que usted ha comentado que se encargó de esconder esas doce llaves. Esta carta había pasado de generación en generación totalmente inadvertida, o por lo menos nadie de la descendencia

había sentido la más mínima curiosidad de saber a qué se refería. Si la memoria no me falla, —añadió Miguel curándose en salud—, le encomendaban una especie de misión en la que tenía que esconder doce llaves de la manera más hábil posible y que conducirían a un lugar sagrado donde nadie había estado jamás. No es que el texto fuera tan explicito pero Jorge consiguió descifrarla sin apenas dificultad. También hacía referencia a la discreción y al juramento que debía realizar si aceptaba el trato. En la parte de detrás había unas anotaciones imposibles de descifrar hechas a lápiz seguramente por el propio Tomás Ferrer. Para Jorge Ferrer, persona impulsiva, tenaz y disciplinada supuso un tremendo y tentador desafío, y se convirtió en su principal existir, además de su familia desde el primer momento que leyó aquellas líneas.

—Deja usted entrever que esa carta no se dejó adrede… —continuó el Síndico precavido—. Es posible que tenga usted razón y que fuera un descuido por su parte. Pero eso no le exculpa de su tremendo error.

Miguel asintió corroborando esa teoría.

—Perdone… —interrumpió Pepe pensativo—. ¿Cómo sabía usted que Jorge Ferrer había iniciado una búsqueda al respecto?

—Veo que no se le escapa nada… —dijo el Síndico con una media sonrisa —. Porque acudió a nosotros.

—¿Cómo? —la exclamación fue unánime.

—Sí, Jorge Ferrer acudió a nosotros en plena investigación. Era muy listo y al mismo tiempo muy astuto. Personas de su nivel hacen falta en este mundo, lástima que no podamos contar con su compañía.

—Le importaría aclarar ese pequeño detalle… —puntualizó Alejandra con cierto retintín.

—Jorge Ferrer se presentó en la Casa Vestuario un día al término de uno de los juicios, al igual que lo hicieron ustedes hace unas semanas —dijo Fernández señalando a las dos hermanas—. Vino con una historia muy parecida a la que estamos contando en estos momentos y nos pedía cierta colaboración, ya que al parecer disponía de un documento que no detalló entonces, por mucho que intentamos sonsacarle, alegando que nuestra firma del Tribunal de las Aguas estaba presente en él y por lo tanto nos involucraba.

—¡Claro!… —gritó inconscientemente Miguel como si se hubiera acordado de algo—. Es cierto —afirmó en voz alta—. La carta iba rubricada con un sello ilegible… pero está claro que nada se le podía resistir a Jorge. Era un verdadero

as en todo lo que caía en sus manos —murmuró con orgullo—. El sello pertenecía a ustedes… —terminó de decir en apenas susurro.

—Y ustedes se negaron… —dijo Sara llena de frustración.

—Sí —agregó Humberto Fernández advirtiendo la tristeza en los ojos de la joven—. No podíamos reconocerlo. Nuestra misión era seguir ocultándolo y hacerle ver que todo era producto de su inmensurable imaginación. Pero no… Jorge Ferrer no se dejaba convencer así como así y continuó con su rastreo. Simplemente nos limitamos a marcarlo de cerca y a tener controlados tanto sus movimientos como sus adelantos.

—¿No hubiera sido más fácil acceder y poner al día a mi padre? —pronunció Alejandra resentida—. Al fin y al cabo, su bisabuelo había sido uno de los protagonistas en esta historia. ¿Acaso no tenía derecho a conocerla? ¿Se le ha pasado por la cabeza pensar que a lo mejor si ustedes hubieran accedido, hoy mis padres posiblemente pudieran estar vivos?

—Ésa es una conjetura que no tiene fundamento… —agregó Humberto Fernández sin demasiada convicción.

—¿Usted cree? —insistió Alejandra desafiante—. Si ustedes no le hubieran cerrado las puertas a mi padre, no habría tenido la necesidad de buscar a otro, llamémosle patrocinador, para que le ayudara en toda su investigación.

—Señorita Ferrer, entiendo su descontento y su desazón, pero entonces no podíamos revelar tal misterio porque todavía no había llegado el momento. Si nosotros hubiéramos incluido a su padre desvelándole el preciado secreto, estoy convencido de que no se hubiera detenido en su búsqueda. Hubiera querido llegar hasta el final y eso no podíamos permitirlo. Entonces, no… —susurró con un hilo de voz—, hace veinticuatro años no era el momento de actuar y menos de sacar todo esto a la luz.

—¿Qué ha cambiado, señor Fernández? —preguntó Sara intrigada—. ¿Qué le ha hecho sincerarse con nosotros como lo está haciendo ahora?

Humberto se frotó las manos que se le habían quedado heladas intentando activar su circulación.

—Cuando ustedes me preguntaron en la Casa Vestuario y delante de mis colegas si conocía a Jorge Ferrer y a su padre —dijo dirigiéndose a las dos hermanas—, lo negué… lo negué las dos veces, porque no debía reconocerlo entonces, al igual que teóricamente tampoco debería de afirmarlo ahora, pero durante el tiempo que pasamos en los pasadizos del antiguo Palacio del Real ocurrió algo que cambió totalmente el rumbo de los hechos, y que les voy a

contar en breves instantes. Yo desconocía la verdadera identidad de usted —dijo señalando a Pepe, quién se sobresalto ante tal afirmación—. Pero cuando descubrí que su nombre era Andreu Subies todo cambió para mí.

Pepe le miró sin comprender nada en absoluto. ¿Qué tenía que ver su nombre en toda esta historia? Su cara de sorpresa al igual que la de los demás era más que visible.

—Sí, Pepe —afirmó el Síndico con voz serena—. Supongo que tendrá sus razones para camuflar su nombre y apellido pero le debo decir que lo puede llevar con orgullo. Su bisabuelo Andreu Subies, llamado igual que usted, fue un Síndico muy respetado del Tribunal de las Aguas durante más de treinta años.

—¿Y cómo está tan seguro de eso? —preguntó Pepe desconcertado ante la nueva revelación—. Quiero decir, que después de tantos años, el apellido se puede haber extendido y es posible que no sea yo ese bisnieto que usted cree el descendiente de ese Síndico.

—¿Qué referencias tiene usted de sus antepasados? —preguntó Humberto Fernández con voz firme.

—Pocas… —contestó Pepe con claros signos de vergüenza—. Mi padre falleció cuando yo era tan solo un niño y no he tenido ningún tipo de contacto con mi familia paterna. Pero eso no demuestra que usted esté en lo cierto.

—Estoy convencido de ello —dijo Humberto indeleble—. Si no hubiera sido así no hubieras pasado la prueba.

—¿De qué prueba habla? —Pepe no entendía absolutamente nada.

—Ante mis ojos y mis conocimientos es evidente que tú eres ese Andreu Subies, porque de lo contrario ninguno de nosotros estaríamos vivos aquí y ahora, ni habríamos podido salir airosos de aquellos lóbregos pasadizos, y tú habrías perdido radicalmente tus manos.

Un absoluto silencio se extendió inundando la estancia.

—Reconozco que mi testimonio entonces no fue del todo certero, y maquillé las condiciones. Yo presumí de antemano que nuestros días terminaban en aquel túnel. Había tan solo una posibilidad entre un millón de poder lograrlo. No se valoraba solamente la honestidad o la nobleza de una persona… —Humberto Fernández permaneció en silencio durante unos segundos, los cuales parecieron un espacio interminable—. También debía ser una persona especial: un elegido.

Esa última palabra en la que había hecho especial énfasis les había pillado a todos por sorpresa. ¿Qué es lo que intentaba explicarles aquel hombre?

—¿Qué quiere decir con la palabra «elegido»? —preguntó Lluís más que

confuso ante el curso de la conversación.

—A lo largo de toda la Historia, y en numerosos lugares del planeta, hay y ha habido un número indeterminado de personas que tienen un potencial de fuerza y poder superior a los demás, incluyendo aquel grupo de hombres que escribieron los *manuscritos edetanos*. Están aquí para ayudar a la madre tierra, la cual nos está avisando para que despertemos hacia un nuevo amanecer, al cambio de consciencia, y lo simbolizan o representan mediante la paz, la lealtad, los valores olvidados…

La expresión de todos los presentes era un verdadero poema. Ninguno fue capaz de articular palabra alguna.

—Pensarán que me falla la razón —continuó Humberto Fernández advirtiendo los rostros inexplicables que tenía delante—, que he perdido la cordura y estoy rozando la locura, o quizá que por mi avanzada edad estoy empezando a caducar. Nada más lejos de esas conjeturas que estoy convencido se les ha pasado por la mente, ya que todas mis palabras, absolutamente todas mis palabras, y verán que hago especial hincapié, son la pura y desconcertante realidad. Ustedes me han preguntado por qué hace veinticuatro años no revelé la verdad a Jorge Ferrer. Y creo haberles comentado que porque todavía no había llegado el momento.

Vio como todos asentían con un leve movimiento de cabeza.

—Nos estamos acercando a una nueva era y con ella se inicia una inédita fase en el crecimiento humano. Hemos llegado a un punto en el que la gente no cree en nada, son solo el interés y el dinero los que ocupan ahora el primer lugar. El hombre es destructor por naturaleza, ansía poder, la codicia y la ambición pueden con él. Los valores básicos, como antes he mencionado, se están perdiendo. La ideología que hoy domina a las grandes masas principalmente es el materialismo, somos esclavos de nuestro propio consumo y nos estamos olvidando de algo tan primordial como es el amor. En muchos países hay multitud de personas que se están sublevando en contra de los abusos de poder reclamando justicia y libertad. ¿No se dan cuenta de que el planeta está cambiando?

Todos hicieron un repaso mental. No se necesitaba tener una inteligencia muy avispada ni disponer de muchos conocimientos para darse cuenta de que tenía razón. Ese hombre tenía toda la razón del mundo… De que la Tierra estaba cambiando ante la indiferencia de la mayoría.

—Señores… —continuó el Síndico—, la madre tierra está enferma,

metafóricamente hablando. Ella nos da la vida, el aire que respiramos, el agua y el alimento para subsistir, y, ¿qué hemos hecho la raza humana a cambio?… violarla y envenenarla.

Cuánta razón tenía ese hombre con sus palabras. ¿Sería verdad que el mundo iba a cambiar?, se preguntaban todos al escucharle. ¿Sería posible que eso fuera a suceder? Una sonrisa brotó de sus labios inconscientemente.

—Los informativos están atascados de catástrofes en todo el mundo. El cambio climático que los hombres hemos provocado ha hecho que suban los grados, provocando un desequilibrio atmosférico. Hay destructores tsunamis, grandes huracanes, arrasadoras inundaciones… La contaminación del aire está provocando enfermedades como el asma… Hasta las abejas se están extinguiendo. Por esos motivos y muchos más la Tierra va a cambiar de frecuencia vibratoria o dimensión como prefieran llamarlo.

—¿Nos está diciendo que realmente el mundo va a cambiar? —preguntó Alejandra con un nudo en la garganta.

—Así es… hace veinticuatro años era todavía demasiado prematuro y no podíamos aventurarnos a desvelar nada. Pero en un tiempo no muy lejano todas las conjeturas van a tener una respuesta. Y personas como Pepe y usted —dijo dirigiéndose a Alejandra— van a contribuir para que se conviertan en realidad.

Alejandra se quedó pálida. ¿Qué había querido decir con que ella también?

—Perdone, peeero no le entiendo… —dijo ella a trompicones.

—Usted tiene un gran potencial que tiene que aprender a desarrollar —dijo Humberto Fernández mirándole cálidamente.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó la joven tímidamente.

—Lo sé. Gran parte de los genes de su padre los ha heredado usted y eso me alegra enormemente.

—Me deja usted de piedra… —es el único comentario que Alejandra pudo pronunciar.

—No piensen que les acabo de desvelar la historia tan solo por mi propia iniciativa sin contar con los demás componentes del Tribunal. La decisión ha sido tomada por una absoluta unanimidad. Y por supuesto, también incluye que tenemos que llegar hasta el final.

Todos se miraron unos a otros sin terminar de entender sus últimas palabras.

—Recuerden que todavía nos queda entrar en la cámara donde se encuentran «*los manuscritos edetanos*» —añadió Humberto Fernández con total seguridad en sus palabras—. Estoy convencido de que ha llegado el momento de

descifrarlos. Hay demasiadas señales que nos indican que hay que continuar. Que ha terminado el tiempo de la espera y del silencio. Ha llegado el momento de actuar con unión y determinación. Estamos en la obligación de hacer que nuestro planeta Tierra sane de su enfermedad y nos ayude a convertirnos en mejores personas. Y por supuesto, lo vamos a lograr con la colaboración de todos ustedes, en especial la de Andreu Subies —dijo mirándole fijamente a los ojos.

Al término de esas emotivas palabras los ojos de Humberto Fernández eran brillantes y vidriosos, y estaban al borde de desprender alguna descarriada lágrima, como los de los mudos oyentes que lo observaban. Pepe, con la boca seca, casi sin aliento y con un tremendo nudo en la garganta, pensó en el arduo trabajo que le esperaba. Nunca en los años de su vida se hubiera podido imaginar que el destino le tenía reservada semejante misión. Pero le gustaba la idea, si ese era su cometido lo desempeñaría lo mejor posible. Se volcaría en cuerpo y alma.

—Hay un ligero inconveniente… —añadió Miguel tendiéndole el periódico al Síndico.

Humberto Fernández se tropezó con el titular sobre el Palacio del Real y lo leyó en silencio. Cuando hubo concluido, solo pudo murmurar:

—Otra vez el señor Augusto Fonfría… y como la gente de su calaña, y tal y como me imaginaba, busca el reconocimiento por ser el pionero en encontrar el tesoro y llevarse todas las medallas posibles. Y no contento con eso, va a montar un circo llevando a los medios de comunicación en el momento en que se sumerja en los pasadizos para mostrar el camino que le lleve al tesoro.

—No podemos consentir que ese indeseable se salga con la suya, y además tiene que pagar por todo lo que ha hecho —concluyó Alejandra llena de rabia e impotencia—. Tiene que haber algo que podamos hacer —añadió tajantemente.

—Recuerden… —continuó el Síndico— que ese tesoro ha servido de tapadera a lo largo de los siglos, y demos gracias de que Augusto Fonfría ha mordido el anzuelo. Hay algo que todos hemos de tener muy claro y es que los *manuscritos edetanos* han de permanecer en el más absoluto secreto. Si por un pequeño descuido llegaran a caer en unas manos no adecuadas sería una catástrofe y un tremendo e irremediable caos.

—Puede contar con nosotros… —dijo Miguel fielmente con el asentimiento de todos los demás.

—Hay algo que no me encaja… —interrumpió Pepe confuso—. ¿Cómo pudo entrar usted en los pasadizos junto con Augusto Fonfría y su difunto

sabueso Marc la noche que encontramos el tesoro, si la fuente de la Dama de Elche que había sido nuestra puerta de acceso a los túneles y debido al tiroteo de los policías con Gustavo y Erika estaría repleta de policías dificultando la entrada?

—Muy buena observación —murmuró el Síndico con notable orgullo.

—Es cierto… —añadió Sara percatándose de que Pepe tenía razón—. ¿Cómo lograron entrar ustedes?

—Existe otra entrada… —añadió Humberto Fernández con una media sonrisa.

—¿Otra entrada? —preguntaron todos a la vez.

—Me temo que sí.

—Y deduzco que con esa otra entrada no necesitan ninguna llave ¿verdad? —preguntó Sara con cierto sarcasmo.

—Digamos que no —contestó el presidente del Tribunal.

—Y presiento también que su acceso no será tan complicado ni con tantas trabas como el recorrido por nosotros ¿no es así? —continuó preguntando la joven.

Sara, respiró tranquila al escuchar esas palabras. Si tenían que volver a sumergirse en esos tugurios oscuros, por lo menos que fuese un trayecto más llevadero. Reconocía que después de todo lo pasado no le habían quedado muchas ganas de repetir las mismas experiencias.

—En efecto. Piensen que nosotros necesitábamos un camino fácil, por llamarlo de alguna manera para continuar con nuestra misión. De hecho, todos los Síndicos del Tribunal tenemos un sello como éste —dijo mientras alzaba la mano derecha mostrando un voluminoso anillo en su dedo anular—. Tan solo hay ocho en todo el mundo, y de hecho, pasan de generación en generación. No se pueden hacer copias a pesar de que se han intentado en alguna ocasión y siempre ha sido un verdadero fracaso. Tan solo lo originales fueron forjados al mismo tiempo que se formaron y sellaron los pasadizos, y tienen el poder de abrir esas puertas. Además de los componentes del Tribunal, se puede contar con los dedos de una mano, incluyéndoles a ustedes, a las personas que lo saben y que son de una incuestionable lealtad.

—¿Augusto Fonfría lo sabe? —preguntó Miguel ante la astucia de ese hombre.

—Es una persona muy perspicaz. Deduzco que aunque no me vio directamente, es muy posible que lo haya intuido.

—De todas formas, las dos llaves de la Dama de Elche se quedaron incrustadas en su busto de piedra —concretó Miguel—, lo cual quiere decir que en cualquier momento se puede activar la trampilla facilitando el acceso a los túneles.

—No vaya tan rápido, Miguel… —atajó Humberto Fernández—, ya que esas dos llaves ya no se encuentran donde ustedes las dejaron.

—¿Ah, no? —preguntó Lluís con cara inocente.

—No, el Tribunal de las Aguas ya se ha encargado de retenerlas hasta que llegue el momento.

—¡Qué barbaridad! No se les escapa nada y son ustedes como hormiguitas —exclamó Lluís espontáneamente.

—Lo cual quiere decir que Augusto Fonfría no podrá entrar a los pasadizos para recrearse con los hallazgos, y tendrá que acudir de nuevo a usted —murmuró Alejandra entre dientes esbozando una sonrisa traviesa y dejando entrever una chispa en sus ojos que descolocó al personal—. Me temo que el señor Fonfría se va asfixiar en sus propias arenas movedizas —dijo con un tono de satisfacción unido a una anhelada venganza.

Humberto Fernández comprendió de inmediato el comentario de la joven, y una mueca similar a una sonrisa se dejó entrever en su rostro. Una persona madura, de su nivel, seria y formal se acababa de transformar en tan solo unos segundos en un niño que estaba a punto de cometer una diablura.

—¿Se puede saber que estáis tramando? —preguntaron el resto ante la visible complicidad de ambos.

—Todo a su debido tiempo —agregó el Síndico.



Capítulo 89

La noche se estaba echando encima, y en poco más de una hora los Jardines del Real cerrarían sus puertas. La luz de las farolas amortiguaban la oscuridad que se avecinaba mientras Alejandra Ferrer y Humberto Fernández se paseaban intranquilos alrededor de la fuente de la Dama de Elche, en espera de su encuentro con Augusto Fonfría. La temperatura era agradable y ello les permitía atenuar los nervios de semejante cita.

—¿Cree que vendrá? —preguntó la joven intranquila.

—Estoy convencido de ello.

Apenas pudo terminar la frase, cuando unos suaves pasos se oyeron a sus espaldas, e instintivamente se giraron a la vez. Efectivamente, y como el Síndico había previsto, tenían ante sus ojos al presidente de A. F. C. A. N. I., acompañado de un tipo con unas medidas propias de un armario ropero.

—Quedamos que vendría solo… —le increpó Alejandra.

—Señorita Ferrer, estaríamos en total desigualdad, ya que usted viene con el señor Fernández —su tono estaba cargado de cinismo.

—Ya, pero su acompañante vale por tres de nosotros —murmuró entre dientes la joven para sus adentros.

—¿Han traído el anillo? —preguntó Fonfría de sopetón y sin más contemplaciones mirando las manos del Síndico enfundadas en los bolsillos del chaquetón.

—No vaya tan deprisa —le cortó Humberto Fernández con autoridad.

—Antes hemos de aclarar las condiciones… —atajó Alejandra sin miramiento—. Hemos visto la prensa y todo lo que usted dice es tan solo una sarta de mentiras.

—Yo no lo veo así —protesto Fonfría secamente.

—Si le entregamos el anillo —continuó la joven—, puesto que sin él ya sabe que no podrá acceder a los pasadizos y quedará totalmente en ridículo —dijo haciendo verdadero hincapié—, cosa que imagino que no querrá que suceda, mi padre no puede permanecer en el olvido. De hecho, tiene que retractarse y ha de figurar como el único que consiguió desvelar las claves para su localización.

—¡Ése no fue nuestro trato! —protestó Fonfría con un evidente enfado.

—Espero que no haya olvidado el documento que tengo en el que usted es el responsable de la muerte de mis padres, al igual que de la hermana de Andreu Subies y de mi vecina Elisa Hurtado. ¿O tal vez quiere que le refresque la memoria?

—No sé de qué me está hablando. ¿Está intentando hacerme chantaje? —preguntó Augusto con recelo.

—Ya sé que nunca sería tan experto como usted cuando intentó chantajearme ofreciéndome un millón de euros a cambio de las llaves que habíamos encontrado gracias a mi padre.

—Si tuviera ese documento en su poder… cosa que dudo… ¿por qué no se lo ha mostrado a la policía? —preguntó Fonfría con recelo y con tono desafiante.

—Porque mis condiciones todavía no han terminado, señor Fonfría —agregó Alejandra fría como un témpano de hielo—. Entonces no acepté su chantaje porque me dejé llevar por los demás… —la joven cogió resuello y se mojó los labios, secos como la mojama—. Pero yo también soy ambiciosa y quiero parte de los beneficios, y no como mi hermana, que no tiene las suficientes agallas como para llamar a las cosas por su nombre. A decir verdad, el tesoro encontrado lo repartiremos entre los tres.

Augusto Fonfría se quedó mirándola fijamente. Estudió su rostro y su expresión. Esas últimas frases le habían dejado boquiabierto. Los ojos de la muchacha parecían hablar solos. Siempre había presumido de detectar el estado de ánimo de los demás mucho antes de que pudieran abrir la boca solo con mirarle a los ojos, e incluso adivinar sus pensamientos. Esta vez esperaba no equivocarse, ya que su mirada reflejaba ambición y soberbia por los cuatro costados. ¿Qué pretendía esa mujer? ¿Acaso le estaba echando un pulso?

—Si todo lo que dice es cierto… —concretó Fonfría desconfiado—, ¿por qué cuentan conmigo para el reparto, cuando pueden hacerlo perfectamente sin mí?

Alejandra procuró no desenmascarar sus verdaderas razones y maquilló una

mueca convirtiéndola en sonrisa. A pesar de que ese indeseable era más listo que el hambre y sabía sobradamente que estudiaba al milímetro todos sus movimientos, no delató nada en absoluto. Gracias que la penumbra del entorno era cada vez más evidente y se podía permitir camuflarse entre las sombras.

—Buena pregunta, señor Fonfría… —interrumpió el Síndico previniendo la incomodidad de la joven ante tal pregunta—. Creemos conocerle lo suficiente como para saber que usted no nos dejaría tranquilos y no lo permitiría, y más después de haber visto el tesoro con sus propios ojos. Señor Fonfría, usted no es de los que dejan cabos sueltos, y sí de los que no dudan en quitar del medio a quien haga falta con tal de conseguir sus objetivos. Jorge Ferrer era una seria amenaza para usted, porque por algún motivo que desconozco no debieron de llegar a un acuerdo y le debió de cortar el suministro de las llaves. Por eso se lo quitó del medio cuando iba con su familia en el coche. Pero sus planes no salieron como usted quería, ya que sus dos hijas se salvaron en ese brutal accidente. Y sin embargo, gracias a ellas usted ha conseguido sus objetivos, ya que al parecer para usted y sus secuaces era una ardua y difícil tarea. ¿No cree que la muchacha tiene derecho a enriquecerse por el esfuerzo realizado? Por ese motivo, no queremos malentendidos con usted y nuestra intención es dejar las cosas lo más claras posible. Así que usted tiene mucho poder y nosotros tenemos la clave que le permitirá convertir sus sueños en realidad. Vamos a dejarnos ya de chiquilladas y dejar de jugar al ratón y al gato, y vamos a unir nuestros medios para un firme y único propósito… pero, eso sí… por supuesto, yo también quiero mi buena tajada —alegó el Síndico con una risita malévola.

—Miren, no estoy para muchas bromas y les aconsejo que no pongan mi paciencia a prueba —añadió Fonfría con un tono de cabreo monumental—. ¿Dónde está el anillo?

—¡No verá el anillo a no ser que firme este papel en el que se compromete a dejar a mi padre en el lugar que se merece y, a nosotros con los bolsillos bien llenos! —exclamó Alejandra tajante mientras desplegaba unas hojas de papel.

Augusto Fonfría con los ojos ensangrentados de rabia y la mandíbula engarrotada a punto de desencajársele metió la mano en el bolsillo de la americana y sacó una pequeña pistola.

—¡Les avisé que no agotaran mi paciencia! —su tono fue amenazador mientras les apuntaba con el arma—. Mira a ver si lleva el anillo —le dijo al gorila del guardaespaldas.

El hombretón, con pistola en mano imitando a su jefe, cogió al presidente del

Tribunal de las Aguas y lo zarandeó haciéndole sacar las manos de los bolsillos. Ante su sorpresa, parecía no llevarlo puesto. De modo, que lo registró como si fuera un policía profesional magreándolo por arriba y por abajo, por delante y por detrás, y seguidamente, hizo lo mismo con Alejandra, quién llena de ira por semejante sobeteo se montó en cólera y le palmoteó las manos para que la dejara en paz.

—Veo que me han engañado… —gruñó encolerizado Fonfría y acercándose a la joven la agarró por el cuello apuntándole a la sien—. A mí nadie me toma el pelo… ¿Me oyen? ¡Quiero ese anillo, y lo quiero ya!… ¡Si no… vas a morir zorra, igual que lo hizo el maldito de tu padre y todos los demás! Llevo demasiado tiempo detrás de todo esto para que ahora una niña del demonio como tú lo tire todo por la borda y encima quiera parte del botín. ¡Y tú, viejo carcamal, ya estás cantando el lugar donde has escondido lo que busco, y si no ve despidiéndote de este complicado mundo!

Humberto se quedó perplejo ante tal amenaza y sus ojos se encontraron con los de Alejandra. Un terrible escalofrío le paseó por la espalda al verla encañonada por ese malnacido. Ese hombre se había transformado, concentrándose todo su desprecio y despotismo y parecía no tener ningún tipo de escrúpulos. Y no solo eso, además acababa de confesar el asesinato de Jorge Ferrer y los demás… palabras textuales si su oído no le había fallado. El panorama no era muy halagüeño que digamos, y la situación un tanto delicada. Debían medir muy bien sus palabras para no cometer un error del que pudieran arrepentirse el resto de sus vidas.

El silencio fue la nota dominante durante unos escasos instantes. A continuación, y ante la inevitable sorpresa del presidente de A. F. C. A. N. I. y de su enorme acompañante, un ruido de maleza en movimiento empezó a escucharse a su alrededor.

—¡Alto, policía!… ¡Tiren las armas! —se oyó gritar una voz masculina que salía de los arbustos.

El crujir de las plantas fue el constante sonido que invadió el recinto dejando paso a una retahíla de agentes con sus respectivas armas reglamentarias apuntándoles sin ningún tipo de contemplación.

—¡Tiren las armas muy lentamente! —se oyó de nuevo sin ningún resultado.

—¡Hija de perra! —murmuró Fonfría viéndose acorralado—. ¡Si se acercan un paso más le pego un tiro que la deja seca! —gritó haciendo un barrido y observando la peliaguda situación.

—No tienen escapatoria posible —voceó el inspector Moreno echándole un pulso—. No agrave más la situación —añadió con voz serena pero firme.

Alejandra no podía mover ni un solo musculo aunque hubiera querido. Ese indeseable estaba tan cerca que podía oler su caro perfume entremezclado de su maloliente hálito.

El gorila que lo acompañaba hizo intención de disparar provocando que uno de los agentes apretara el gatillo y le incrustara una bala en el hombro dejándolo malherido, lo que hizo que le cayera el arma a un lado. Seguidamente, levantó los brazos en señal de rendición, lo que dio pie a que los agentes se aproximaran para esposarlo.

—¡Cobarde! —murmuró Fonfría solo ante el peligro—. ¡Aléjense, o le pego un tiro! —gritó viéndose perdido.

—¡Tire el arma al suelo! —se volvió a escuchar de nuevo.

—¡Antes me la llevo por delante! —despotricó Fonfría con la boca llena de espuma al tiempo que apretaba el cañón de la pistola contra la cabeza de Alejandra, aprisionándole el cuero cabelludo.

—¡Tire el arma! ¡Es el último aviso! —pronunció el subinspector Roque.

El inspector Moreno afinó la puntería por si llegado el momento tenía que disparar. Había sido número uno de su promoción en cuanto a tiro se refería, y su reputación le predecía en sus buenas aptitudes al respecto. Pero ¿y si fallaba en el momento crucial?… No era el lugar más adecuado para empezar a dudar de sus habilidades, pero una sombra se cernía sobre la joven como si fuera una letal advertencia.

Alejandra tan solo podía oír los latidos de su corazón que a borbotones y con una velocidad de vértigo le azotaban el pecho. La situación era crítica y cerró los ojos despidiéndose de este mundo. Y ella que pensaba que todavía le quedaba mucha vida por delante para dar guerra, y posiblemente en pocos segundos se estaría desangrando delante de la Dama de Elche.

—¡Depongan las armas!… gritó el presidente de A. F. C. A. N. I., de nuevo encolerizado y viéndose perdido. ¡Me han oído… antes me llevo por delante a esta perra!… —fueron las últimas palabras que pronunció Augusto Fonfría.

—¡Perra tu madre!… ¡Hijo de la gran…! —bramó Alejandra encolerizada, harta de soportar su maldito aliento y su retahíla de amenazas, y sin pensarlo dos veces, apretó los puños y moviendo uno de los brazos hacia su raptor le propinó un rabioso codazo en pleno estómago, haciendo que éste se inclinara hacía un lado ante la inesperada reacción de la muchacha, lo que facilitó que el inspector

Moreno se asegurara con el disparo impactando una de sus balas y produciéndole una sangrante herida. Fonfría perdió el equilibrio hincándose de rodillas mientras los agentes se aproximaron sin demora y, quitándole el arma, lo tumbaron en el suelo. Alejandra se quedó inmóvil mientras su cuerpo temblaba igual que una niña. Humberto Fernández se aproximó a ella y la abrazó como si fuera su propia hija mientras el llanto contenido de la joven se abría camino.

—Augusto Fonfría… —rugió el inspector Moreno mientras se guardaba el arma en el cinto y le colocaba las esposas—. Queda detenido por el intento de homicidio de Alejandra Ferrer y por el asesinato de Jorge Ferrer y Carmen Soler… de momento. Tiene derecho a guardar silencio, si no puede pagarse un abogado, se le proporcionará uno de oficio…

—Sabía que lo conseguirías —le dijo el inspector Moreno guiñándole un ojo de complicidad a Alejandra.

—Yo no estaba tan segura —añadió ella con una tenue sonrisa mientras se secaba las lágrimas.

A los pocos minutos, aparecieron Sara, junto con Lluís y Pepe, emocionados y con el corazón en un puño. Habían escuchado la conversación desde un furgón de la policía y los nervios estaban a flor de piel. Daban gracias de que todo había salido según lo planeado, pero ¿y si algo hubiera fallado y ese degenerado le hubiera pegado un tiro a Alejandra como había amenazado hacerlo?

Sara abrazó a su hermana sin poder contener el llanto.

—Te quiero hermanita, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé… lo sé… —respondió sin apenas poder pronunciar palabra y con un incontrolado temblor de piernas.

Pepe felicitó al inspector. Después de tantos años sin confiar en el cuerpo de policía ni en la justicia, al final se abría un hilo de esperanza y la muerte de su hermana no iba a ser en balde. Seguidamente, le chocó la mano a Humberto Fernández que se había sentado en un banco próximo recuperando el aliento. Reconocía que estaba mayor para semejantes sobresaltos.

Lluís se acercó a Alejandra, se quedó mirándola y sujetándole la cara entre sus manos fijó sus ojos en ella. La aproximó a su cuerpo y le susurró con dulzura:

—Si te llega a pasar algo, yo no sé qué hubiera hecho —tras esas palabras, la besó.

—Ya pasó —fue lo último que pudo decir ella antes de sentir el roce de sus abrasadores labios.



Capítulo 90

Una cegadora luz se dejó entrar cálidamente por los ventanales anegando toda la habitación e invitando a disfrutar un nuevo día. Fuera en la calle, la primavera se iba asentando con sus primeros brotes mientras la Ciudad de las Artes y las Ciencias resplandecía con su mejor estampa convirtiéndose en el mayor reclamo turístico de la ciudad. Cualquiera que se dignara a visitarla no podía reprimir su admiración y sus elogios ante semejante ciudad del futuro, vanguardista, innovadora y tremendamente extraordinaria.

En el interior de la vivienda, Miguel trasteaba en la cocina exprimiendo naranjas, preparando tostadas y calentando dos cafés con leche. Estaba rebosante de felicidad y la dejaba escapar por todos los poros de su piel. Sus ojos, verde esmeralda como Rosa los describía, tenían una mirada cautivadora. Canturreaba sin ton ni son con movimientos sistemáticos mientras colocaba con sumo detalle y distinción los alimentos en una bandeja. Seguidamente, añadió unas flores frescas y sumamente olorosas en un rincón y entre ellas escondió una diminuta cajita adornada con una lazada en raso dorado. Sonrió dando su aprobación y se giró viéndose reflejado en el cristal de la puerta de la terraza. Deslizó sus dedos sobre el pelo canoso todavía mojado, se acarició su recortada barba y un suave y fresco perfume masculino inundó sus fosas nasales, después, se arregló y anudó perfectamente el albornoz. Cuando consideró que estaba a punto, cogió el desayuno y se dirigió hacia el dormitorio. Al pasar por el salón, el inmenso resplandor de un nuevo despertar le hizo cerrar los ojos. Abrió la puerta de la alcoba despacio, y después de dejar la bandeja encima de la cómoda, subió la persiana de la habitación dejando que la reconfortante luz se hiciera la dueña de la estancia. Rosa hizo un amago de abrir los ojos y seguidamente los volvió a

cerrar pasando la almohada por encima de su cabeza y aspirando el olor del hombre de su vida. Se sentía radiante y extasiada de felicidad. Era una sensación que había añorado desde hacía muchos años, y parecía haber llegado el momento de disfrutarla. Y lo pensaba hacer con todas sus fuerzas. No estaba dispuesta a desaprovechar nada en absoluto, ni el más mínimo detalle.

—¿Qué hora es? —preguntó adormilada.

Miguel la miró con dulzura y admiración.

—Hora de desayunar —contestó con dulzura.

Rosa abrió los ojos y le sonrió, mientras le observaba detenidamente con lujuria.

—Sabes que todavía estas de muy buen ver —murmuró ella sin quitarle ojo de encima y levantando una ceja.

—Gracias, —contestó él sonriente—. He de reconocer que tú tampoco estas nada mal, de hecho, eres como el buen vino. Vamos, que nadie te pondría más de treinta y tantos años.

Las risas retumbaron en las cuatro paredes palpándose la complicidad y buena armonía entre los dos.

—¡Has preparado el desayuno! —afirmó Rosa sentándose en la cama y colocándose en posición de recibir semejantes manjares—. Es todo un detalle. ¿Acaso quieres algo? —dijo con ojos provocadores.

—¿Quién sabe? A lo mejor quiero otra noche de pasión como la pasada —dijo mientras le acariciaba la cara sin dejar de mirarla.

—¡Así que solo me quieres por mi cuerpo! Ya decía yo… —susurró ella con una chispeante sonrisa y un tono viciosillo mientras agarraba el ramo de flores y se lo acercaba a la nariz, dejando al descubierto la pequeña cajita de cartón con su llamativo lazo.

Rosa se quedó muda al instante y quieta como una estatua de piedra. La situación le había pillado totalmente por sorpresa.

—¿No piensas abrirla? —preguntó Miguel confuso ante una repentina duda y un remolino de nervios alojados en la boca del estomago. En ese momento era incapaz de ingerir ni un mísero sorbo de zumo.

Rosa dejó el ramillete a un lado y alargó la mano. Observó que le temblaba y que era incapaz de controlarla. Después de luchar por tomar el control, cogió la menuda caja y deshizo el lazo. Antes de abrirla, miró a Miguel.

—¡Adelante! —le animó.

Seguidamente, levantó la frágil tapa y dejó al descubierto un precioso anillo

de compromiso. Un solitario de platino adornado con un brillante deslumbrante. Su brillo, incrementado con la cegadora luz que se había adueñado de la habitación, se multiplicaba en mil tonalidades diferentes.

—Pero Miguel, esto es demasiado —dijo con humildad.

—Para ti nada es demasiado. Rosa, te lo mereces todo. Quiero recompensarte por todos los años que no hemos podido estar juntos. Y no solo eso. —Miguel tomó aire esperando decir la frase de un tirón—. Además quiero que te cases conmigo y compartir todos los años que nos queden por vivir.

Rosa le miró a esos ojos que la encandilaron desde el primer día que lo vio por primera vez en el Mercado Central. Le estaba pidiendo matrimonio. Aquello era tan hermoso que parecía un agradable sueño del que no quería despertar. Tantas veces había imaginado esa situación y ahora… La emoción del momento le impidió articular palabra alguna. Sus ojos acuosos no le permitían ver con claridad.

—¿Rosa, quieres casarte conmigo? —Miguel estaba hecho un flan. La expresión de Rosa con los ojos a punto de llorar le había descolocado por completo. Sería por la emoción de un sí, o quizá sería la tristeza por una negativa.

—Sí, sí, Miguel quiero casarme contigo y quiero que estés a mi lado todos los días de mi vida —Rosa, no pudo contener las lágrimas por más tiempo, y dejó que se deslizaran por sus mejillas sin cohibiciones de ningún tipo.

Miguel, apartó la bandeja con el desayuno que en ese momento era un impedimento entre ellos dos y la abrazó intensamente y besó como un fiel enamorado.



Era cerca de la una y media del mediodía, y el sol brillaba encandilando todo lo que tenía bajo su manto, reavivándolo y llenándolo de energía. En la terraza del ático de la calle Quart, y protegido por un enorme toldo para hacer la estancia mucho más placentera, se había preparado una ataviada mesa para seis comensales que iban llegando puntuales a su cita. Sara y Alejandra se quitaron el delantal después de ultimar los pequeños detalles. No faltaban motivos florales, dándole alegría y confirmando la primavera. Habían desempolvado la cristalería y la vajilla después de estar varios meses ausentes, y todo estaba de lujo. No

faltaba nada para que todos se pudieran sentir a gusto y hacer de aquello un suculento banquete. Tenían mucho que celebrar. Había sido un año tremendamente movidito. Se habían visto involucradas en experiencias y aventuras difíciles de olvidar y que les habían llevado a situaciones tremendamente embarazosas, pero las habían superado con confianza y éxito. Se sentían orgullosas de las etapas que la vida les había conducido y sobre todo, porque ello les había permitido conocer mucho más a Jorge Ferrer, ya no como padre, sino también como persona. Antes, sus recuerdos se basaban en las meras fotografías, que no dejaban de ser imágenes inanimadas, ahora cerraban los ojos y aunque pareciese increíble, para ellas recobraban vida. El timbre sonó y Sara se dirigió a abrir la puerta. Lluís Esteve y Andreu Subies, como pensaban llamarlo a partir de ahora por petición de él mismo, ya que quería recuperar su nombre verdadero, hacían acto de presencia con una olorosa y apetitosa paella encargada en un restaurante cercano. La colocaron sobre una mesita auxiliar mientras preparaban el aperitivo y sacaban la bebida. Miguel y Rosa acababan de llegar en esos instantes y estaban radiantes.

—¡Qué bien huele! —dijo Miguel acercando el olfato a la paella y chocando la mano a Lluís y Pepe.

Rosa saludó a sus sobrinas con besos y abrazos y luego les tendió la mano luciendo el anillo de compromiso y eclipsando a las dos jóvenes.

—Es precioso —murmuró Sara con la boca abierta.

—Me ha pedido matrimonio —añadió Rosa todavía emocionada.

—¿Cuándo? —preguntó Alejandra con una empática alegría hacia su tía.

—Esta misma mañana.

Las tres se abrazaron con los ojos vidriosos. Se alegraban tanto por su tía. Se merecía ser feliz después de tantos años. Al final, parecía que todo se iba encauzando favorablemente. La vida, a pesar de sus trabas, torturas y caminos pedregosos, les abría una nueva etapa. Una etapa en la que todos sus miedos, todos sus sufrimientos se diluían perdiéndose en un ancho mar, transformándose en placeres y cosas bellas. ¿Sería verdad que la vida estaba cambiando?

Se prepararon unos martinis para acompañar la tertulia previa a la comilona entremezclada de risas y voces animadas. Se podía palpar la serenidad y la complicidad de los seis presentes. Miguel desplegó el periódico y se lo enseñó a los demás. Fue Sara la primera en agarrarlo entre sus manos y leyó en voz alta el titular en primera plana:

Augusto Fonfría, presidente de la Asociación A. F. C. A. N. I. y mayor accionista de la revista Vía Augusta, es acusado por múltiples asesinatos.

Agentes del grupo de homicidios han detenido en Valencia al importante empresario, Augusto Fonfría, presidente de la asociación A. F. C. A. N. I. y mayor accionista de la revista Vía Augusta, y ha sido acusado por el asesinato de Jorge Ferrer y su mujer Carmen Soler, fallecidos hace veinticuatro años por un supuesto y trágico accidente fortuito, tal y como se evaluó la investigación entonces. Gracias a la intervención de las huérfanas Sara y Alejandra Ferrer, el inculpado ha confesado sus crímenes. También se le inculpa del homicidio de Marta Subies y Elisa Hurtado, cuando supuestamente se les calificó de suicidio. No se descarta la posibilidad de incluir algún nombre más en la lista de homicidios de semejante personaje. Su hija Erika Fonfría, cómplice de algunas de las fechorías de su padre, está detenida además por el tiroteo con un agente en los Jardines de Viveros, y que continúa en estado crítico, temiéndose por su vida.
Según ha informado el Tribunal Superior de Justicia de Valencia, Augusto Fonfría pasará a disposición judicial ingresando en prisión provisional, incomunicada y sin fianza. El señor Fonfría tenía una larga lista de delitos de los que siempre había salido indemne. Al parecer, se le terminó la buena suerte.

Sara terminó de leer el artículo con una increíble sonrisa. Los demás se sumaron en su alegría. La policía empezaba a realizar bien su trabajo. Y la justicia actuaba con honradez y con quien se lo merecía.

—Me alegro tanto de que ese indeseable pague por todo lo que ha hecho —añadió Alejandra dolida por la falta de sus padres por la culpa de ese hombre.

—Yo también —dijo Rosa agarrándole la mano en señal de apoyo.

—La vida termina pasando factura —susurró Miguel Roselló a media voz.

Andreu Subies dio un largo trago al martini y luego dejó la copa vacía sobre la mesa. Por fin, se hacía justicia no solo por Jorge Ferrer y su mujer, sino también por su querida hermana Marta. Por unos instantes, la recordó tal y como era, alegre y vivaracha. Él siempre supo que no se suicidó. Sabía sobradamente que su hermana nunca se hubiera quitado la vida. Ahora podía decirlo a los

cuatro vientos, y ahora sí le creían. Entonces era el malo de la película, tan solo su madre enferma lo entendía, pero no tenía la fuerza suficiente para apoyarle. ¿Cómo estaría su madre en estos momentos? ¿Cuántos años llevaba sin verla?

Alejandra se acercó a él y pareció adivinar sus más escondidos pensamientos.

—¿Cómo estás? —le preguntó preocupada.

—Bien —dijo con una media sonrisa.

—Me alegro que por fin se haya reconocido que Marta no se suicidó.

—Yo también.

—Ahora que todo ha salido a la luz. ¿Piensas visitar a tu familia? —preguntó la joven hurgando en la llaga sin saberlo.

Andreu la miró sorprendido. Era como si le hubiese leído el pensamiento. Qué razón tenía Humberto Fernández con respecto a ella. Era especial. Tenía algo que no era habitual. No sabía cómo denominarlo: instinto, predicción…

—No lo sé… ha pasado mucho tiempo —respondió confuso.

—No quisiera meterme en tu vida personal —continuó Alejandra con mucho tacto—, pero creo que deberías hacerles una visita. Pepe… quiero decir Andreu… ya sabes, la costumbre —dijo disculpándose—, me refiero principalmente a tu madre. Estoy segura de que se alegrará mucho de verte. Ojalá yo pudiera hacerlo —le dijo mientras le sujetaba las manos con la ternura de una hermana.

—¿Tú crees? —preguntó Andreu dudoso.

—Estoy segura.

—No es momento para melancolías —interrumpió Lluís viendo que la cosa pintaba con tristeza—. No hay más que echar un vistazo a la mesa para que se nos quiten todas las penas.

A continuación, todos se sentaron a la mesa a devorar los suculentos manjares. La comida transcurrió en un ambiente agradable y con una temperatura inmejorable. Cuando llegaron a los postres y al café, Sara se levantó y volvió con dos botellas de champan.

—Hay mucho que celebrar, y qué mejor que un buen cava —sugirió mientras le acercaba una de las botellas a Andreu para que hiciera los honores.

El tapón de corcho rebotó en una de los apliques de la pared, lo que provocó carcajadas y comentarios guasones. Una vez recobraron la compostura, Sara se levantó y alzando la copa formuló un brindis:

—Porque siempre conservemos esta alegría que nos invade este día y por las

dos parejas comprometidas. Brindo por su eterna felicidad.

Miguel y Rosa se levantaron y después de darse un beso alzaron la copa en alto, seguidos de Alejandra y Lluís que siguieron sus pasos. Pepe se limitó a sonreír y a chocar la suya contra la de Sara.

—Algún día nos tocará a nosotros, ¿no crees?

—Seguro que sí —le contestó ella—. A propósito, ¿hay fecha para la boda?

Miguel y Rosa tan solo se miraron y sin despegar ni una sola palabra sonrieron… No hacía falta comentarios al respecto. Los dos habían tenido la misma idea y al mismo tiempo.

—¿Qué te parece Rosa el día treinta de mayo? —preguntó Miguel radiante.

—Me parece la fecha perfecta. De hecho, me has debido de leer el pensamiento.

Sara y Alejandra se miraron. Recordaban perfectamente que esa era la fecha en la que veinticuatro años atrás fijaron para su boda, y debido a la muerte de sus padres y otros problemas añadidos tuvieron que posponerla.

—Es perfecta —murmuraron las jóvenes.

—Alejandra, ¿qué te parece si nosotros nos unimos en ese día? —preguntó Lluís lanzado.

—¿Lo estás diciendo en serio? —preguntó la muchacha confundida—. Pero si solo queda poco más de un mes.

—Y, ¿por qué no? —volvió a preguntar Lluís ansioso de una respuesta.

—¿Y por qué no? —se dijo ella en voz alta, al tiempo que dejaba la copa en la mesa y se le agarraba al cuello para poder besarle como se merecía.

—No me lo puedo creer —murmuró Sara agobiada y tremendamente dichosa —. Tenemos tan solo un mes para todos los preparativos y con el trastorno que lleva una boda, encima por partida doble.



Capítulo 91

Era lunes por la mañana y el ajetreo de la gente se palpaba en el ambiente. El autobús de la línea 95 iba a reventar, cada uno a sus quehaceres y obligaciones. Andreu, de pie y agarrado a una de las barras de sujeción, estaba ajeno al alboroto de los pasajeros. Su mente navegaba muy distante. De hecho, apenas había podido conciliar el sueño dando vueltas y más vueltas, y no es que la cama de la habitación de invitados de Lluís no fuera cómoda, es que sus remordimientos no le dejaban descansar. El día anterior en la comilona con Sara y los demás se había desarrollado con total perfección, era digno de enmarcarlo en los recuerdos más agradables de su vida. En ningún momento se sintió desplazado o fuera de lugar. Se veía claramente que estaba integrado como uno más de la familia. Todos le aceptaban tal y como era, y eso le hacía sentirse bien consigo mismo correspondiéndoles con una total lealtad. ¡Como uno más de la familia!… se dijo para sus adentros. Y apenas si lo conocían… ¿cuánto tiempo había pasado?, tan solo varios meses, ni tan siquiera llevaban un año, y sin embargo, se habían volcado hacia él ayudándole en todo lo necesario. Había crecido una relación entre todos ellos multiplicándose a cada paso que daban, y debía reconocer que había habido pasos realmente peligrosos. Pero ahí estaban todos dentro de una fuerte piña, y por supuesto él se incluía sin ningún tapujo. Pero, a pesar de sentirse tan bien con todos ellos, de valorar sus buenas acciones y de estar totalmente integrado como uno más, ¿qué pasaba con su verdadera y legitima familia? ¿La que llevaba su sangre y que durante muchos años a lo largo de su infancia y adolescencia le habían hecho sentirse tan humillado y tan inútil? Eso le atormentada enormemente, y estos últimos días habían supuesto un verdadero tormento que no le dejaba vivir. Alejandra tenía razón, debía de

visitarlos y ya no por su padrastro, al cual no tenía nada que agradecer salvo broncas y palizas, pero sí por su madre… tan solo mencionar su nombre le creaba una sensación de angustia y al mismo tiempo de ternura hacia la mujer que le había dado la vida. Si ella hubiera sido fuerte y con decisión, y no hubiera sido tan dependiente por la enfermedad que llevaba arrastrando durante tantos años, posiblemente no hubiera permitido que el capullo de su marido se apoderara de ella dejándola al borde de la sumisión, provocado por los celos humillar a su descendencia. Pero ya era demasiado tarde para buscar una explicación o intentar cambiar los hechos. Aunque no para poner remedio y buscar de alguna manera una reconciliación.

El autobús dio un frenazo que hizo moverse bruscamente a todos los pasajeros dando pie a quejas entre unos y otros. Eso hizo que Andreu despertara de sus revoltosos pensamientos y fuera consciente de dónde se encontraba realmente. Aturdido, miró por las ventanillas intentando situarse en su trayecto. Faltaba poco para que llegara su parada. A decir verdad, decidió bajarse en la siguiente, necesitaba respirar aire puro y sobre todo aclarar sus ideas. Mientras caminaba, las dudas de estar haciendo lo correcto le atormentaban como puñales hurgando en las heridas de sus recuerdos. Giró la calle a la derecha y la inmensa Avenida de la Plata se extendió ante él. Desde allí podía divisar el cartel luminoso del Bar Oro y Plata que pertenecía a su padrastro y en el que tantas veces había estado. Tan solo unos pocos metros a continuación, estaba la finca en la que creció. Sus piernas se paralizaron negándose a obedecer, mientras su mente rezagada titubeaba sin saber qué hacer. Tenía que tomar una decisión. Una decisión sumamente importante para él. Se armó de valor y tras obligar a sus pies a ponerse en marcha fue avanzando sin prisa pero sin pausa. Cuando llegó a la altura del bar se detuvo con curiosidad acechando su interior. Los clientes bullían en la hora crítica de los desayunos, mientras los camareros afanados y a destajo iban y venían de la barra a las mesas. Andreu creyó reconocer a su cuñado trastear de aquí para allá. Los años no se habían detenido en ese lugar, sino que habían pasado si cabe con menos piedad. Un chaval salió de la cocina llevando un plato con embutido y él sonrió al verle. Sin lugar a dudas era su sobrino. El lunar en su mejilla izquierda no daba lugar a dudas. Se había convertido en un joven realmente apuesto. Añoró no haberle visto crecer. A su hermana le hubiera gustado. Hizo memoria intentando recordar qué edad tenía el muchacho cuando decidió marcharse. Esos años que nunca volverán… cuánto se había perdido por culpa de ese indeseable de Augusto Fonfría. Tan solo esperaba

que se pudriera en la cárcel todo el resto de su vida. Agudizó la vista intentando localizar a su padrastro. No es que tuviera un especial interés en verlo, pero el morbo de ver cómo le había tratado la vida durante estos años, le reconcomía por dentro. Dio un paso para poder ver mejor el interior dejando que el descaro lo delatara e invadiendo inconscientemente la puerta de entrada al local. No parecía encontrarse dentro o por lo menos no a la vista. Estaba a punto de retomar sus pasos y dejar ya de fisgonear, cuando oyó unas palabras a su espalda:

—Perdone, ¿me deja pasar?

Andreu reaccionó de inmediato al escuchar la grave y familiar voz dejando la puerta libre. El corazón se le detuvo por unos instantes mientras sus recuerdos retrocedían en el tiempo haciéndole sentir como un colegial. El estómago le dio vuelco como tantas otras veces le había pasado años atrás al oír su voz. Pero ya no era un niño indefenso, ni tampoco un adolescente temeroso de su ira. Sus ojos se clavaron en semejante individuo con una mirada desafiante en espera de una respuesta. Le reconfortó ver que se había convertido en un mísero hombre y que estaba pagando el precio de la vejez. El hombre abrió la puerta para entrar en el bar y durante el espacio de unos escasos segundos posó sus ojos sobre él con tremenda curiosidad. Las miradas de ambos hombres chocaron en su trayectoria. Su padrastro se sorprendió al encontrar un reto en aquellos inquisidores ojos. ¿Quién demonios era ese individuo que se atrevía a intimidarle con esa prepotencia? Esos ojos le recordaron a alguien que no supo identificar, y seguidamente y restándole importancia, cerró la puerta del local y se sumergió dentro. Cuando llegó a la altura de la barra, un escalofrío le recorrió su envejecido cuerpo y, girándose de inmediato hacia la puerta en busca de ese desconocido personaje que le había alterado su estado emocional y murmurando en un tono de voz casi imperceptible:

—¡Andreu!… No puede ser.

La puerta y los ventanales se habían quedado abandonados. El hombre que los había acompañado durante un largo rato había desaparecido.

Los escalones se iban evaporando a medida que Andreu los ascendía luchando por el temblor de piernas que pretendía apoderarse de todo su cuerpo dejándolo como una marioneta sin vida. Tan solo llegar al primer piso, que era su objetivo,

había sido una terrible tortura de calambres. Ahora, frente a la puerta de lo que fue su casa hacía ya tantos años, las dudas y los temores le asaltaban como fantasmas del pasado. Andreu cerró los ojos y casi a tientas posó sus dedos sobre el timbre. Tenía que ser valiente, y si había tomado la firme determinación de visitar a su madre, no pensaba volverse atrás por mucho respeto e intranquilidad que le propinase. Un *ring* se oyó retumbando en todo el rellano. Nervioso, pasó las manos por su chaqueta simulando una plancha y deslizó los dedos por el cabello. Quería causarle buena impresión. Unos pasos lentos se escucharon al otro lado de la puerta. Andreu notó como su corazón cabalgaba sin frenos y sus pulsaciones ascendían sin límite. La cerradura de la puerta se oyó chirriar y tragó saliva. Una débil y menuda mujer enlutada apareció al otro lado. Sus ojos apagados y cansados y sus acentuados rasgos dejaban entrever que la vida no había sido generosa con ella.

—Dígame… —susurró apenas sin aliento y con la puerta entreabierta.

Andreu se quedó mudo e inmóvil como una estatua de mármol. Su mirada se enfrentó con la de su madre y sintió desfallecer de la emoción. Por unas décimas de segundo recordó imágenes pasadas de su niñez en compañía de esa mujer que tan solo era un triste reflejo de entonces. Solo tenía ojos para admirarla y de un momento a otro iba a delatarle la agonía por la que estaba pasando.

—Dígame, joven… ¿le puedo ayudar en algo? —repitió la mujer de nuevo con un tono de voz más intenso.

—Lo siento, señora… creo que me he confundido —fue lo único que pudo decir ante la imagen de su propia madre. No sabía muy bien por qué acababa de soltar esa frase. Aunque en su fuero más interno se veía incapaz de confesarle el motivo de su visita.

La mujer al escuchar su voz sintió como el estomago se le encogía unido a una punzada de emoción mezclada de una total confusión. Esa voz… esa voz le recordaba tanto a su querido y desaparecido hijo Andreu. Y esos ojos… eran iguales a los de su pequeño.

—¿Andreu? —le llamó tímidamente con un hilo de esperanza.

—¡Madre!… —exclamó estremecido y dejándose querer, echándose en los brazos de esa mujer que le tendía los suyos para acogerle en su regazo.

Los sollozos de madre e hijo fundidos en aquel tierno y maternal abrazo resonaron en aquel pequeño espacio. Tantos años de letargo, de desesperación, de incertidumbre, de desconsuelo, se purgaban con las lágrimas puras de ambos a medida que lamían sus mejillas.

—No puedo creerlo —susurró su madre sin dejar de abrazarlo y con la congoja del momento—. Andreu, estás aquí… mi Andreu… gracias, Señor, gracias.



Capítulo 92

Había anochecido y la oscuridad se iba adueñando de toda la ciudad, tan solo la amarillenta luz de las farolas y de alguna que otra vivienda, o el luminoso de algún establecimiento, alumbraba el Barrio del Carmen. La calle Quart, como tantas otras contiguas, antiguas y estrechas se veía cortejada de innumerables sombras como fantasmas meciéndose lentamente, dándole un aspecto siniestro y mágico. Sara trajinaba en su ático intentando poner algo de orden. Cómo disfrutaba de estar de nuevo en su casa. Casi no se lo podía creer. Después de tantos meses, y por fin lo habían conseguido. Por unos minutos, recordó el piso alquilado donde tuvieron que alojarse deprisa y corriendo y las situaciones tan críticas que les habían obligado a tener que abandonar su domicilio y prescindir de sus enseres personales. Por fin, todo había vuelto a la normalidad. Alejandra había iniciado su puesto en la revista, donde se habían efectuado ciertos cambios en la escala de jerarquías, ya que Augusto Fonfría, como uno de sus principales cargos, había sido encarcelado por el asesinato múltiple, y por supuesto relevado de su cargo. Además, la joven había recibido una inmejorable oferta de la competencia y andaba llena de dudas con la elección. Menos mal que el trasiego de la boda que iba viento en popa la tenía tremendamente ocupada. Y Sara había reanudado sus clases de yoga después de varios meses, con una acogida tremendamente emotiva, y por supuesto sus consultas de psicología en compañía de su amigo y fiel compañero Lucas. También se había visto obligada a dar ciertas explicaciones de las que antes no hubiera podido decir ni una sola palabra, todo gracias al increíble revuelo que se había formado con el descubrimiento del inmenso tesoro que escondía las entrañas del Palacio del Real. La noticia había corrido como reguero de pólvora,

y los medios de comunicación habían activado todo su potencial en desplegar unidades en las inmediaciones de Viveros, con el fin de no perderse ningún detalle que poder ofrecer en sus informativos. El equipo de arqueólogos se había multiplicado por diez, y parte de los Jardines del Real se habían precintado prohibiendo la entrada a atrevidos y curiosos. La Consellería de Cultura de la Generalitat Valenciana se había puesto en contacto con las hermanas Ferrer y los demás, ya que habían sido las personas que habían conseguido dar con el tesoro, y después de felicitarlos con incansables adulaciones y ofrecerles una suculenta cantidad de euros por su pericia, algo que no pensaban despreciar, iban a subvencionar todo el reparto que suponía semejante despliegue de mano de obra y material necesario.

Sara dio un repaso mental a la casa y sonrió. Todo estaba como a ella le gustaba. A continuación, se dio una ducha rápida y se cambió de ropa. Miró el reloj y comprobó que todavía tenía un par de horas por delante. En ese preciso momento, el sonido de su móvil la sobresaltó. Llena de asombro, descolgó:

—Sí, dígame… —dijo a sabiendas de quién se encontraba al otro lado.

—¿Sara, Sara Ferrer?… —preguntó una voz masculina con claros signos de nerviosismo.

—Sí, soy yo… —contestó ella con una sonrisa.

—Soy el inspector Moreno… Siento molestarte y llamarte a estas horas. Es que casualmente me encuentro en la calle Quart y me preguntaba si podía invitarte a tomar una copa o si a lo mejor podíamos quedar en otro momento… en fin, no sé…

Su voz sonaba insegura y poco convincente. Sara sonrió antes de contestar:

—Pues…

—Se que debía de haberte avisado antes… —atajó Moreno viendo que acababa de meter la pata, después de tanto pensarlo y al final— ya lo sé es que no sé qué me pasa cuando hablo contigo que no doy pie con bola.

—¿Dices que estás en mi calle? —preguntó la joven haciéndoselo algo más fácil.

—Sí, de hecho casi puedo ver tus balcones —aclaró él viendo una posibilidad.

—Si quieres, puedes subir a casa. ¿Te apetece un café? Aunque he de advertirte que solo dispongo de poco más de una hora. He quedado con mi hermana y no puedo retrasarme.

—De acuerdo… Subo en un periquete —contestó el inspector más contento

que unas castañuelas.

Sara se arregló el pelo y se puso unas gotas de perfume. Desde que habían resuelto el caso no había tenido noticias del inspector, y de eso hacía más de quince días, aunque reconocía que en más de una ocasión se había acordado muy gratamente de él. Incluso había pensado en llamarlo por teléfono. Pero el valor no le había acompañado lo suficiente. Y ahora era él quién le estaba llamando a ella y además con ese delatado nerviosismo. Intuía con un reducido porcentaje de error que le gustaba. No había más que verlo cuando se dirigía a ella y cómo se la comía con los ojos. Y pensar que en su trabajo se le veía un hombre firme en sus decisiones y serio, tremendamente serio. Y sin embargo, delante de ella parecía un adolescente ante su primera cita. El timbre de la puerta le sacó de sus pensamientos. Sara se dirigió a abrir.

—¡Hola!… —fue lo primero que le salió al inspector plantado como un árbol delante de ella.

—¡Hola!… —contestó Sara sin poder contener la risa provocada por los nervios del momento.

—¿Puedo pasar? —preguntó viendo que no se decidía a invitarle a entrar.

—Por supuesto —añadió ella pensando que acababa de hacer un ridículo espantoso.

Pasaron al salón y tomaron asiento en el sofá. Sara sacó dos tazas de café y le sirvió. Moreno dio un largo trago y se abrasó la lengua. La joven lo adivinó por la subida de temperatura en sus mejillas.

—Quemaba un poco ¿verdad?

—Un poco… creo que voy a estar una semana sin poder meterme nada en la boca. Presiento que la lengua va a ser toda una llaga.

—No sabes cuánto lo siento. Debí advertirte.

—No te preocupes. No pienses que esto me pasa a menudo. A decir verdad es la primera vez.

—Vaya, ahora dirás que es por mi culpa —añadió Sara con cierto toque de humor.

—Pues me temo que así es… Sara, Sarita.

Sara se quedó muda. Era la segunda vez que le llamaba por su nombre acompañado de un diminutivo. Y estaba segura de que alguien más le llamaba de esa misma forma. Lo grave era que por mucho que le había dado vueltas y más vueltas no conseguía recordar quién había sido.

—Tengo curiosidad por saber, ¿por qué es la segunda vez que me llamas así?

—No te acuerdas ¿verdad? —preguntó Moreno dulcemente.

—¿Acordarme?

Sara intentó retroceder en el tiempo pero su mente estaba tremendamente bloqueada. Moreno la miró fijamente a los ojos y ella sintió como se estremecía de pies a cabeza.

—Tus ojos —murmuró ella desconcertada—, sé que no es la primera vez que los veo, y no me refiero a las veces anteriores que nos hemos visto en la comisaría y demás. Hay algo en ellos que…

Moreno, se sacó un pañuelo del bolsillo. Era de un blanco inmaculado. Estaba plegado y perfectamente planchado. Olía a limpio y a flores.

—¿Te dice algo este pañuelo? —le preguntó Moreno estudiando su rostro.

Sara lo cogió con temor, como si con él fueran a despertarse imágenes en su mente que no sabía si quería recordar. Lo desplegó con sumo cuidado y con un incontrolado temblor. En una esquina, había dos iniciales grabadas con hilo de color rojo y con una letra pulcra y perfecta. Las iniciales eran: S. F. En ese mismo instante recordó ese pañuelo. Sí… se lo regaló su madre y también lo bordó ella. Ahora recordaba lo bien que bordaba. ¿Cómo había podido olvidarlo? De repente, se puso tensa y sin ver el pañuelo al completo supo sin lugar a dudas qué había en el otro extremo. Lo desplegó para confirmar su teoría y sonrió con temor. Había acertado en pleno. Dos iniciales aparecían bordadas con hilo de color azul. Solo que no solo eran dos letras diferentes sino que el bordado dejaba mucho que desear. Parecía hecho por una niña en fase de aprendizaje. Las iniciales eran: J. V. Sara levantó la cabeza y miró al inspector. Sus ojos le confirmaron las pocas dudas que le rondaban. No podía ser él. Su nombre no encajaba y…

—Soy yo —le dijo él viendo la duda en su rostro.

—¿Jesús Valdés?… no puede ser.

—Cuando te vi la primera vez en las Torres de Serrano —aclaró el inspector — el corazón me dio un vuelco. Sin saber por qué, retrocedí veintitantos años. Aquella niña alegre se presentó en mi mente. Aquella niña de la que yo estaba terriblemente enamorado. No supe con exactitud que eras tú hasta que revelasteis vuestros nombres en la estación de Colón cuando acudisteis al coche policial pensando que a vuestros compañeros les había sucedido algo malo. A partir de ese momento, supe que mis primeras premoniciones eran ciertas y no había día que no te recordara.

Sara empezó a atar cabos. Unas imágenes aletargadas en su subconsciente

empezaron a desdibujarse mostrándose tal y como eran. La cara de aquel niño travieso que le hacía rabiar, y al mismo tiempo tanto la divertía encandilándola con su forma de ser, aparecía con una total nitidez.

—¿Pero por qué «Moreno»? —preguntó Sara todavía atontada con los acontecimientos.

—Por mi padre. Trabajó en el cuerpo de policía y dio sus mejores años. Murió en acto de servicio el mismo día en que yo ingresé en el cuerpo. Le decían Moreno por su tono de piel. En memoria a él, y como homenaje, quise que me llamaran como le decían a él. Sé que nunca llegaré a su altura, pero cuando me llaman Moreno es como si él no se hubiese ido, como si estuviera siempre conmigo.

—Me parece un gesto muy noble por tu parte —murmuró Sara sin saber muy bien que decir—. No puedo creer que todavía conserves el pañuelo.

—Cómo no voy a conservarlo, si lo bordaste tú expresamente para mí.

Una sonrisa invadió los dos rostros cargados de complicidad. A partir de ese momento, los relatos y los recuerdos de uno y de otro fluyeron espontáneamente. Las carcajadas de ambos retumbaban por todo el piso. A pesar de que los minutos corrían en su contra, el tiempo parecía haberse detenido para ellos dos.



Tan solo hacía unos pocos minutos que el inspector Moreno, o quizá tenía que llamarlo a partir de ahora Jesús Valdés, acababa de marcharse. Aunque no sin haber quedado para el día siguiente. Bien se había encargado él de que accediera. Tenían que retomar la conversación y qué mejor que con una cena. En otras circunstancias le hubiera invitado a cenar esa misma noche, pero la situación requería que se deshiciera de él, ya que otros planes más importantes y que no podía demorar le esperaban. Sara, nerviosa, consultó el reloj y un escalofrío le recorrió de pies a cabeza, recordando escenas pasadas y lugares angostos y lóbregos que había tenido que atravesar. Salió a la terraza, quería respirar algo de aire puro. Nada le hacía más feliz que estar allí fuera. Era una sensación de libertad difícil de explicar. Inspiró profundamente hasta que sus pulmones estuvieron saciados y lo expulsó lentamente saboreando aquella sensación. Sus ojos hicieron un barrido a lo largo de la calle deteniéndose en las torres de Quart. Un indigente dormía en uno de sus bancos tapado con cartones. Por unos

instantes, la imagen de Pepe se reflejó en su retina visualizándolo en aquella misma escena. Por unas décimas de segundo lo llegó incluso a confundir con aquel hombre. Sara parpadeó intentando salir de semejante pesadilla. Sus sospechas eran infundadas. El destino había querido que se conocieran justo en ese lugar. Sara sonrió recordando el susto que se llevó cuando lo vio por vez primera. Nunca hubiera pensado que ese hombre llegaría a convertirse en casi un hermano para ella. La vida llega a sorprendernos tanto que a veces no le vemos ni pies ni cabeza, al igual que la descabellada búsqueda que habían llevado a lo largo del último año. Su vida había cambiado en todo ese tiempo, lo presentía, aunque físicamente podía decir que estaba exactamente igual, algo había variado dentro de ella y lo mismo les había oído decir a los demás. Esa búsqueda tenía algo más. No era tan solo encontrar doce llaves… no. El verdadero final todavía estaba por ver. A lo largo de su vida nunca se hubiera imaginado que podía verse envuelta y ser en parte protagonista de ayudar al mundo a cambiar de una forma positiva. Todavía no terminaba de entender demasiado sus conclusiones pero… ¿qué había en todo ese entorno que le hacía sentirse tan bien y con una incontrolable euforia? El sonido de la puerta de la calle la hizo retroceder sobre sus pasos entrando en el salón. Alejandra acababa de entrar en compañía de Lluís y Andreu.

—¿Estás preparada? —le preguntó su hermana delatando cierto nerviosismo.

—Creo que sí —contestó Sara mirándose de arriba abajo.

—No te vas a creer lo que me acaba de pasar hace tan solo un rato.

Alejandra la miró extrañada. Los ojos de su hermana chispeaban como pocas veces los había visto.

—Ha estado aquí el inspector Moreno y no os vais a creer lo que voy a contar. Resulta que…

Cuando terminó su relato Alejandra se quedó muda.

—La vida está llena de coincidencias. No puedo creerlo. Y, ¿habéis quedado?

—¿Qué si hemos quedado? Mañana por la noche para cenar —terminó de explicar la joven con una irremediable sonrisa.

Lluís y Andreu tomaron de nuevo la palabra más que sorprendidos. Ahora entendían el trato de favor del inspector en muchos aspectos.

—Ha llegado el momento… hemos de llevar ropa y calzado cómodo —apuntó Lluís mientras revisaba su mochila—. Ya sabéis dónde vamos.

Andreu agarró la suya y se la colocó a la espalda. A los pocos minutos, se

encontraban dentro del Audi negro de Lluís camino de los Jardines del Real. Aparcaron a unos doscientos metros del lugar indicado y, como habían acordado, Humberto Fernández les esperaba en compañía de Juan Alcázar, Síndico del Tribunal de las Aguas y jurado de Mestalla. Después de las presentaciones y saludos pertinentes se encaminaron hacia su objetivo. Se adentraron dentro de los jardines sin apenas complicaciones. Llevaban varias semanas observando el curso de los acontecimientos, y a pesar de que los arqueólogos y su extenso grupo de colaboradores habían conseguido sacar a la superficie una pequeña parte del tesoro, todavía les quedaba mucho trabajo por realizar. Aquello podía requerir bastantes meses de trabajo sin descanso. Tiempo del que ellos no disponían. Habían contemplado la posibilidad de esperar, pero se había desechado de inmediato. Si realmente querían desvelar los valiosísimos *manuscritos edetanos*, necesitarían tiempo. Así que se habían puesto manos a la obra y ahí estaban en la penumbra de la noche y escondiéndose como si fueran peligrosos fugitivos.

Sara levantó la mirada a semejante inmensidad. El cielo se veía salpicado de innumerables estrellas con una resplandeciente y plateada luna llena. Inconscientemente, rezó una corta plegaria. Le atormentaba bajar de nuevo a semejante oscuridad, pero por otro lado no podía perdérselo. Tenía que dejar a un lado sus remilgos y sus miedos y ser fuerte.

Pepe consiguió esquivar una de las barreras haciendo el hueco suficiente para que todos puedan tener acceso. Ya habían conseguido adentrarse en la zona restringida solo para el personal autorizado. Se aproximaron a la posición donde semanas antes se encontraba la fuente de la Dama de Elche. Ahora, nada de ella quedaba en pie. La expedición que se estaba encargando de airear y sacar a la luz los hallazgos encontrados la habían arrasado tras enterarse que bajo se encontraba la entrada misteriosa de acceso al laberinto. Ahora, todos admiraban un agujero en el suelo tapado con una pesada plancha de metal y custodiada con varios candados.

—¿Cómo vamos a entrar? —preguntó Alejandra angustiada.

—Tienes que tener fe… —sugirió Humberto Fernández con voz calmada.

—Sí, pero la fe no rompe candados —añadió Andreu buscando algo en su mochila—. Esto, sí… —dijo sacando una cizalla.

Juan Alcázar sonrió al verlo con la herramienta en mano.

—Si forzamos la entrada, nos descubriremos —atajó Sara con gran sensatez —. Habrá una investigación por parte de la policía y será empezar la pesadilla de

nuevo… —dijo angustiada e imaginándose la escenas vividas anteriormente.

—Tienes razón —reflexionó Andreu reconociendo su irresponsabilidad y mirando a los Síndicos en busca de una respuesta.

—Vuelvo a repetir que tenéis que aprender a tener fe… —pronunció Humberto Fernández con una voz tranquila—. Es cierto que el anillo es imprescindible para poder acceder a los pasadizos, en ausencia de las llaves, pero nunca os dije por dónde se podía entrar. La deducción de que era por la fuente de la Dama de Elche, fue hecha por vuestra parte.

Todos se miraron confusos y ninguno de ellos recordaba que el Síndico hubiera hecho una aclaración al respecto. Ese hombre era un gato viejo y como decía el dicho: «Más sabe el diablo por viejo que por diablo». Las sonrisas afloraron de sus labios en señal de una absoluta complicidad.

—Seguidme… —añadió Humberto Fernández acompañado de Juan Alcázar y los demás.

Caminaron unos pasos y vieron cómo el Síndico se agachaba sobre la maleza y hurgaba sobre ella, para posteriormente quitarse el anillo e introducirlo en un hueco expresamente diseñado para él. El silencio de todos ellos en espera de que el último movimiento del Síndico funcionase a la perfección, se vio alterado por el chirriante sonido de la fricción de varias piedras acompañado de un ruido metálico. Tal y como ellos esperaban, una abertura lo suficientemente grande como para poder deslizarse todos ellos surgió del suelo dejando un abismo negro en su interior. En ese mismo instante, se percataron de que era la misma entrada por la que habían salido gracias al señor Fernández semanas atrás, y, además, les conducía a la sala del tesoro por un camino mucho más corto y seguro que el que ellos habían atravesado cargados con las llaves. Lluís fue el primero en descender con una potente linterna, seguido de todos los demás. Descendieron por las innumerables escaleras todavía frescos y con ganas de continuar, a diferencia de cuando subieron los mismos escalones la última vez, agotados y exhaustos por un sinfín de obstáculos y estudiadas y retorcidas pruebas. Tras descender sin descanso y prender unas antorchas que dejaron en su anterior viaje, avanzaron pegados unos a otros en espera de llegar a la gigantesca sala donde se encontraban todos los objetos de valor acumulados durante miles de años. Nerviosos por presenciar nuevamente algo aparentemente tan irreal caminaban ansiosos y al mismo tiempo con precaución. Aun siendo guiados por Humberto Fernández, que les daba total confianza, no subestimaban las entrañas de la Tierra, respetando y midiendo sus pasos.

Por fin habían llegado. La inmensa sala lucía sus mejores triunfos colocados por hileras y con suma precisión. Se deleitaron observando todo cuanto quedaba a su lado. Allí había un valor incalculable. Parecía increíble que todo aquello hubiera permanecido tanto tiempo escondido y que lo hubieran agrupado y recogido tan solo los componentes del Tribunal de las Aguas. De repente, todos se detuvieron tras Juan Alcázar y Humberto Fernández sin perderse ni un solo detalle. Observaron cómo éstos, encarados a una de las paredes como si estuvieran castigados, accionaban un saliente incrustado en la piedra, lo que provocó que misteriosamente saliera a la altura del pecho una pequeña repisa de un palmo aproximadamente con tres muescas dibujadas en ella. Humberto, se quitó su anillo y lo incrustó en una de ellas. Parecía encajar a la perfección. El señor Alcázar se quitó el suyo y repitió la misma operación, y sacándose uno igual del bolsillo lo colocó en el tercer dibujo. Algo se acababa de activar. De momento, todo parecía ir sobre ruedas. Lluís y Andreu se miraron y sonrieron. Interrumpieron su sonrisa tras escuchar un sonido similar a dos piedras arrastrándose entre ellas, lo que dejó al descubierto dos grietas que les resultaron tremendamente familiares. Sara y Alejandra dirigieron sus ojos cargados de temor hacia Andreu. No habían dicho ni una sola palabra. No era necesario. Todos sabían sobradamente qué significado tenían esas dos grietas. Humberto Fernández, se giró y le cedió los honores a Andreu Subies.

—Nosotros ya hemos hecho todo lo que estaba en nuestras manos… —dijo con serenidad—. Ahora, ha llegado tu turno.

Andreu Subies tragó saliva y dio un paso hacia delante. A continuación, se miró las manos. Se habían salvado una vez de la supuesta guillotina, tras haber pronunciado las palabras *Effeta*, y todavía continuaban ligadas a sus muñecas, pero ¿y si esta vez no funcionaba? Notó como su corazón incrementaba el ritmo cardíaco y su estomago se encogía produciéndole cierta sensación de nauseas. Su imaginación incontrolada le mostraba escenas poco sugerentes. Dio un vistazo a su alrededor y observó la cara de todos sus acompañantes que esperaban cabizbajos y tremendamente preocupados, a excepción de los dos Síndicos. Sus ojos eran la esperanza y la seguridad personificada.

—¡Adelante, Andreu!… —oyó decir por boca del presidente del Tribunal de las Aguas, culminando la frase con una reconfortante sonrisa al tiempo que le hacía una seña con la mano para que se aproximara.

Andreu Subies cerró los ojos con claras muestras de autoconvencerse ante tal situación de que no iba a pasarle nada… Ahora que la vida empezaba a sonreírle,

no podía sucederle nada malo. Lo presentía. No ahora que había recuperado el contacto con su madre y su familia. No ahora que su vida empezaba a tener sentido haciéndole sentirse útil. Abrió los ojos y se miró las manos confiando en que no fuera la última vez. Se ubicó en frente de las pequeñas grietas y las levantó situándolas en posición. Prefirió no pensar en nada. Procuró dejar la mente en blanco y que la nobleza de sus actos desinteresados se sobrepusiera a la arriesgada situación. Sumergió las manos de un tirón en las aberturas con los ojos abiertos como platos y con un cosquilleó en el estomago entre agradable y vomitivo.

—Di las palabras, Andreu… —pronunció el Síndico guiándole.

—*Effeta, effeta, effeta.*… —gritó Andreu recuperando la confianza en si mismo.

Un corrimiento de piedras les hizo desviar la cabeza absorbiendo su total atención. Una pared comenzaba a moverse ante la mirada atónita de los presentes. No podían creerse que hubiesen llegado al final de toda la búsqueda. Era un momento grande y esperado con gran ansiedad.

Los ojos de Sara y Alejandra se anegaron de lágrimas mientras seguían el movimiento de la gigante pared.

—¡Por fin, papá!… ¡por sin! —murmuró Alejandra entre sollozos.

—Ya puedes descansar tranquilo —pronunció Sara apretando la mano de su hermana.

Andreu se quedó mudo. Ya estaban en el último asalto. Tan solo traspasar ese filo y estarían ante el secreto mejor guardado de toda la Historia. Por una décima de segundo la imagen de su profesor de historia Jorge Ferrer le vino a la mente. ¡Lo había conseguido!

Lluís se acercó a él lleno de emoción y señalando las ocultas extremidades de su fiel amigo le dijo:

—¿No piensas sacar las manos? —exclamó cargado de sarcasmo.

Andreu miró hacia las aberturas, y un movimiento instintivo y rápido se articuló en sus brazos dejando ambas manos al descubierto y totalmente intactas. La alegría por haberlo conseguido y haber sido partícipe como una pieza clave de semejante rompecabezas le había hecho sentirse tan sumamente bien, que se le había olvidado por completo que sus valiosas extremidades superiores permanecían todavía dentro de semejante agujero.



Capítulo 93

Todos, uno tras otro, atravesaron el umbral igual de nerviosos que un niño ante su primer examen. Ninguno de ellos fue capaz de abrir la boca para articular ni una sola palabra. Sobraban todos los términos en esos momentos. Posiblemente fuera uno de los instantes más preciados de toda su vida, y no estaban por la labor de desaprovecharlo. Se adentraron en una pequeña estancia, en comparación con la inmensa sala que habían dejado atrás. El hedor espeso y estancado les provocó algún que otro golpe de tos. Las solidas y armadas paredes de piedra mostraban una cámara segura y difícil de violar sin su consentimiento. A pesar de no tener la tecnología de nuestros tiempos, cuando se engendró semejante escondite se podía considerar como una de las mejores cajas fuertes de cualquier banco de renombre, eso sin contar con las innumerables trabas que habían tenido que atravesar hasta llegar hasta allí y lo bien hiladas que habían estado. Sin lugar a dudas, tenían ante ellos el resultado de unas mentes prodigiosas y verdaderamente extraordinarias. Se podían considerar seres infinitamente afortunados por poder estar presentes allí en esos momentos. Humberto Fernández se adelantó unos metros con la humildad que le caracterizaba, dejando atrás al resto, y estudió la situación. Mientras, Andreu y Lluís tomaron la iniciativa de aumentar la iluminación de aquel lugar tiñéndolo de un resplandor dorado gracias a varias antorchas esparcidas en un rincón.

—Mucho mejor —murmuró Alejandra fijándose en su alrededor.

La nota dominante de aquella pequeña sala era la ausencia de enseres, se encontraba absolutamente vacía, salvo algo similar a una cripta situada en el centro, a modo de un pequeño panteón o tumba funeraria.

—Me recuerda a la tumba de Napoleón Bonaparte. La que está bajo la cúpula de los Inválidos en París —apuntó Lluís.

Los demás asintieron. En efecto, tenía toda la pinta de una tumba y se suponía que lo que buscaban debía encontrarse en su interior.

—¿Está usted seguro que lo que buscamos son *manuscritos edetanos*? —preguntó Andreu Subies algo desconfiado—. Mire que igual nos encontramos con algún esqueleto de nuestros antepasados.

—Pues si eso es así… —dijo Alejandra señalando la tumba—, esta persona debía de ser muy importante para que se tomasen tantas molestias en ocultarla.

—Todo lo que sé y les he contado ha pasado de generación en generación… —agregó el Síndico Humberto Fernández—. Como les indiqué anteriormente, yo nunca he llegado hasta aquí. Pero puedo decir con total seguridad que esos manuscritos existen y deben de estar ahí dentro. No dudó en absoluto de todas las historias que he recibido en mi puesto de Síndico como representante del Tribunal de las Aguas, y en breve todas sus conjeturas obtendrán una respuesta.

Sara y Alejandra se aproximaron con sumo cuidado y casi de puntillas, como si temieran despertar a alguien. Parecía tonto su comportamiento, dada la confianza que había entre ellos, pero todos tenían la inexplicable sensación de no encontrarse solos. Algo flotaba en el aire, un ambiente enrarecido, adueñándose de cada diminuto espacio. Misteriosamente, era algo que no podían ver, ni tampoco oler, tampoco sus oídos podían escuchar nada ajeno a sus ruidos al caminar o la respiración agitada de ellos mismos ante la inusual situación, ni tampoco podían tocarlo, pues nada veían. Sus sentidos se mostraban atrofiados. Tan solo un sexto sentido que presumimos tener y que nadie puede mostrar les recibía dándoles la bienvenida.

Colocados alrededor de semejante tumba intentaron descifrar cual sería el paso siguiente.

—¿Y ahora qué? —preguntó Sara en voz baja.

—Teóricamente, debemos quitar la tapa de piedra —argumentó Andreu sopesando semejante bloque de piedra maciza—. Y para ello me temo que deberemos colaborar todos. Presumo que debe de pesar lo suyo.

Todos posaron sus manos sobre aquel pedrusco que debía tener un peso abismal y arrimaron el hombro con todas sus fuerzas, pero aquel bloque parecía hormigón pesado y no había manera de conseguir deslizarlo ni un solo milímetro.

—Tenemos que intentarlo de nuevo —añadió Juan Alcázar notando como el

sudor se apoderaba de su espalda y de su frente.

Repitieron la misma operación una y otra vez. El cansancio era visible en sus cuerpos, y a pesar de ello no desistieron y siguieron intentándolo, pero desgraciadamente sus esfuerzos eran inútiles y sus fuerzas empezaban a menguar, dejándolos a la deriva.

—Es imposible —gruñó Lluís quitándose la chaqueta y dejándola en el suelo, al mismo tiempo que se secaba los regueros de sudor que le caían por la frente—, pero no hemos venido hasta aquí para volvernos con las manos vacías… así que lo haremos tantas veces como haga falta hasta que lo consigamos, o nos tengan que sacar de aquí arrastras por la falta de aliento…

—¡Así me gusta! —intervino Alejandra con una sonrisa dándole un suave beso en la boca—. Eso es lo que más me gusta de ti, que no te amedrentas ante nada.

Se unieron de nuevo motivados y estimulados por las palabras de Lluís y cargados de fuerza y esperanza. Necesitaban abrir esa tapa. Tenían que averiguar qué habían escrito sus antepasados edetanos, aquellos hombres sabios, hacía ya más de tres mil años. Sara y Alejandra Ferrer, una al lado de la otra, unieron sus fuerzas, Andreu y Lluís hicieron lo mismo, y los dos Síndicos les imitaron. Una sonrisa de complicidad y firme convicción de lo que iban a hacer se forjó sobre aquella piedra.

—¡A la de tres!… —gritó Andreu Subies con la moral por las nubes mientras todos se colocaban en posición—. ¡Una, dos, y tres!

La suma de toda su fortaleza dio su fruto. La roca pesada hizo un amago cambiando ligeramente de posición.

—¡Creo que se ha movido! —gritó Humberto Fernández casi sin aliento. Su avanzada edad se dejaba ver ante tales excesos.

—Sí, tiene razón… —chilló Sara emocionada al escuchar el chirriar de la piedra y el fino polvo levantado a su paso.

—Ahora más que nunca, no podemos desfallecer —voceó Andreu con total autoridad—. Vamos muy bien y hay que continuar.

La tapa de semejante tumba se movió milagrosamente ante la mirada debilitada por la merma de energía de aquellas seis personas unidas en su afán por conseguirlo. Un hedor rancio y enrarecido se escapó de su interior y se esparció por toda la sala.

Había una abertura lo suficientemente grande como para comprobar perfectamente la intimidad de semejante ataúd. Humberto alumbró con la

linterna emocionado y varias parejas de ojos se sumaron detrás de él.

—¡Lo hemos conseguido! —gritó Alejandra dejando escapar una fina lágrima que lamió su mejilla como quien saborea una piruleta.

—¡Sí, lo logramos! —se sumó su hermana acongojada y llevándose las manos a la boca.

El haz de luz había iluminado aquella boca de lobo dejando al descubierto centenares y centenares de finísimas láminas de plomo, escritas y agrupadas por tomos y apiladas unas sobre otras. Según Humberto Fernández, contenían los más reveladores conocimientos de aquel grupo de hombres sabios, naturales del pueblo edetano y que vivieron hace tres mil años en estas tierras, concretamente, en la vertiente occidental de la provincia de Valencia lo que hoy se denomina Lliria y la parte sur de la provincia de Castellón, y que la descendencia de su linaje había custodiado y sabido guardar durante tantos años. Todos se miraron unos a otros rebosantes de alegría. Por fin habían conseguido dar con la solución, por fin su objetivo estaba cumplido, y por fin su viaje había concluido, o por lo menos eso era lo que todos imaginaban. El presidente del Tribunal de las Aguas, Humberto Fernández, no pudo contenerse y alargando el brazo acarició el tacto frío del plomo y los relieves de sus anotaciones. Un agradable escalofrío recorrió su médula espinal. Ya podía descansar tranquilo. Llevaba más de cuarenta años al servicio del Tribunal. Se sentía cansado y al mismo tiempo satisfecho. Gran parte de su misión había concluido. Había visto mucho más de lo que nunca hubiera imaginado. Andreu y Lluís, extasiados de euforia, le ayudaron a sacar uno de los últimos y pesados tomos. Lo depositaron con sumo cuidado sobre el suelo y todos se agruparon a su alrededor admirándolo como una valiosísima pieza de museo. Humberto sopló sobre su superficie para despejar el polvo acumulado durante siglos. Un remolino de finas partículas se evaporó haciendo estornudar a Sara. Juan Alcázar se aproximó e intentó descifrar aquel galimatías.

—La lengua de los edetanos es muy anterior al castellano, valenciano o latín. De hecho, tan solo quedan algunos vestigios en antropónimos y tan solo un reducido puñado de personas son capaces de descifrarla con total fiabilidad.

—Entonces… ¿cómo vamos a traducir semejantes manuscritos? —preguntó Alejandra agobiada.

Humberto Fernández y Juan Alcázar se miraron y luego sonrieron al unísono.

—Creí que nunca tendría la oportunidad de comprobar hasta qué punto soy

apto para los idiomas poco reconocidos —murmuró Juan Alcázar, Sindicó de Mestalla, con un cierto sarcasmo, algo que descolocó al personal.

—¿Está insinuando que es capaz de interpretarlo? —preguntó Andreu asombrado y sin dejar de mirar semejante lío de garabatos.

—Por supuesto —contestó Humberto Fernández—. Todos los Síndicos, desde que se implantó el Tribunal de las Aguas, junto con el juramento a salvaguardar los *manuscritos edetanos* han de aprender la lengua íbera. ¿Qué sentido tendría guardar todos estos conocimientos, si llegado el momento de revelar su existencia nadie es capaz de traducir ni una sola línea?

Los cuatro jóvenes asintieron boquiabiertos. Ese hombre no dejaba de asombrarlos cada vez que abría la boca. Tenía razón en su aclaración.

—Acordaos… —continuó el Síndico— de que los hombres que se dedicaron por entero a anotar estas páginas tenían una mente muy evolucionada y privilegiada, al igual que los descendientes de su linaje se encargaron de cuidar y mimar su lengua para que no se extinguiera.

—Si los Síndicos son capaces de leer todas estas páginas —afirmó Sara temblorosa—, estamos salvados… —gritó eufórica, sintiendo como se le encogía el estomago. Saber que estaban ante las puertas de la receta o pócima para hacer que este mundo cada vez más pervertido y corrompido reaccionara, hizo que un frío mezclado de alegría y temor ante algo desconocido se hundiera en sus entrañas.

Juan Alcázar asintió centrándose en aquellas letras ilegibles para la mayoría. Un silencio sepulcral anegó la estancia en espera de una palabra por su parte que desvelara una ínima parte de lo que se ocultaba tras esas finas láminas de plomo.

—Este tomo… —opinó Juan Alcázar con la máxima atención puesta en el texto—, parece como una introducción a lo que supuestamente se esconde ahí dentro —susurró apuntando a la tumba de piedra—. Es como si la persona o personas encargadas de guardar y almacenar estos manuscritos los hubieran ordenado por fechas, sucesos, o el orden con que deseaban que se leyeran…

—¡Que curioso! —apuntó Alejandra tremendamente emocionada.

—Si es así… eso nos facilita el trabajo —señaló Andreu lleno de admiración.

—En efecto —afirmó Lluís asomándose a ver la profundidad de la tumba y la innumerable cantidad de láminas que allí se ocultaban. Sopló, agobiado ante el inmenso trabajo que todavía les quedaba por realizar.

El Síndico Juan Alcázar continuaba ensimismado en sus traducciones ajeno a

los comentarios que se habían formulado. Su rostro reflejaba asombro por los cuatro costados.

—Esto es increíble… —exclamó—. ¡Escuchen esto! Al parecer, este tomo corresponde a los planetas.

—¿A los planetas? —preguntó Lluís extrañadísimo—. ¿Qué podían saber hace tres mil años de los planetas, si varios siglos después todavía se pensaba que la tierra era plana?

—Lluís, quieres callarte y dejar que lea… —le increpó Alejandra.

—No olvidemos que estamos hablando de seres con una inteligencia muy superior —intervino Humberto Fernández haciendo recapacitar al joven y atento a Juan.

—Pues escuchen esto y verán si sabían o no al respecto… —prosiguió el Síndico con una sonrisa de satisfacción—. Aquí hace mención, y leo textualmente: «hay más de cien mil millones de planetas terrestres en la Vía Láctea», y también hace mención a miles de civilizaciones en nuestra galaxia. Y no solo eso, sino que también hay una extensísima lista de sus nombres y la que podría ser su situación…

Andreu y Lluís se miraron algo incrédulos. Mientras, el señor Alcázar seguía con sus comentarios.

—De hecho, hay una relación de los planetas Gliese…

—¿Y? —preguntó Sara sin saber de qué hablaba.

—Perdonen… —se disculpó el Síndico—. He dado por hecho que tenían ciertos conocimientos de astrología. A mí personalmente me fascina y es una de mis mayores aficiones. A lo largo de los años se han descubierto cientos de planetas que desconocíamos. El primer exoplaneta que órbita alrededor de otro sol fue descubierto en 1995. Desde entonces se han registrado alrededor de 413 sistemas y unos 500 exoplanetas. Los planetas Gliese están entre ellos. El primero llamado Gliese 876 b, que órbita alrededor de una enana roja, como lo han denominado los astrónomos, se descubrió, si la memoria no me falla en 1998. Y así sucesivamente, del último, Gliese g, tuvimos constancia en 2010, y se cree que es el planeta más parecido a la Tierra, estando en el rango denominado zona habitable.

Un silencio imperturbable anidó en la pequeña estancia. Sus mentes intentaban asimilar semejante sarta de noticias. ¿Sería verdad que esas personas edetanas tuvieran semejantes conocimientos… hace tres mil años? ¿Cómo podía ser eso posible?

—Esto es solo el principio… —reflexionó Humberto Fernández viendo la cara de sorpresa de sus jóvenes acompañantes—. Estoy convencido de que en estos *manuscritos edetanos* existe una larga exposición de teorías. Teorías como la existencia de los nuevos planetas, que para la humanidad que conocemos eran totalmente desconocidos hasta hace pocos años, y que Juan nos ha demostrado que nuestros antepasados ya conocían. Estamos ante la puerta de una serie de revelaciones que nos van a indicar el camino a seguir para ayudar a este infestado mundo a vivir mejor, o por lo menos, vamos a hacer todo lo que esté en nuestras manos para conseguirlo. Como habrán imaginado… —dijo dirigiéndose a los cuatro jóvenes—, la aventura todavía no ha terminado. Me temo que habrá dificultades a nuestro paso, y para ello necesito el compromiso de todos ustedes. Un compromiso incondicional.



El sol había madrugado más de lo habitual irradiando con su luz toda la ciudad y dejando que esa mañana de jueves se convirtiera en cálida y especial. La fuente de la Plaza de la Virgen, construida en honor al Tribunal de las Aguas, adornaba la plaza refrescando el ambiente. Una tupida bandada de palomas blancas simbolizando la paz revolotearon alrededor de ella bebiendo y sacudiendo sus alas, para seguidamente pasar por encima de Sara y Alejandra Ferrer mientras cruzaban los adoquines de la plaza seguidos por Lluís Esteve y Andreu Subies. Colocados a uno de los lados, Miguel Roselló y Rosa Soler caminaban junto a ellos. Un nerviosismo interior les dominaba esa mañana sin poder controlarlo en espera de los posteriores acontecimientos. Se dirigieron hacia la Casa Vestuario, donde el Tribunal de las Aguas al completo les esperaba. Entraron cohibidos por la situación y fueron recibidos por todos los Síndicos ataviados con el típico blusón de huertano, similar a la toga de un magistrado, con la mejor y más amable de sus sonrisas. Tras los saludos pertinentes y los buenos modales pasaron a una gran sala. Ocho sillones antiguos de madera de roble les esperaban. Después de ocupar cada uno de los Síndicos su lugar correspondiente y colocarse las tres parejas delante de ellos, procedieron al discurso. Humberto Fernández empezó con el protocolo. Comentó como con la ayuda de todos ellos habían podido sacar de los laberintos del Palacio del Real los valiosos manuscritos y después de buscarles un lugar seguro y a salvo donde poder

estudiarlos a diario y descifrar todas sus incógnitas, se habían puesto manos a la obra. Todavía les quedaba mucho trabajo por realizar y eso les daba las fuerzas necesarias para no flaquear. Después de un extenso y emotivo discurso pasó a nombrar a cada uno de los magistrados que lo acompañaban y que componían el Tribunal de las Aguas. Todos y cada uno de ellos se mostraron a favor de que esas seis personas entraran a formar parte del tradicional juramento, comprometiéndose con ello a respetar y preservar el secreto que se había mantenido durante siglos, y a poner en práctica todo lo que estuviera a su alcance para que se cumpliese. Humberto Fernández hizo un ademán para que se levantaran. Los seis obedecieron al instante. El Síndico empezó de derecha a izquierda pronunciando el nombre de pila de cada uno de ellos.

—Sara Ferrer, jura usted mantener su lealtad al juramento y que se involucrará dentro de sus posibilidades para conseguir los objetivos antes mencionados.

—Lo juro —dijo la joven con entereza.

—Alejandra Ferrer, jura usted que mantendrá su lealtad al juramento…

Los seis fueron nombrados, y cada uno de ellos juró su complicidad y su lealtad al juramento. Sabían sobradamente lo que ello significaba, y lo tenían asumido por completo. Estaban convencidos de que todos teníamos una misión en este mundo. Si este era su cometido, lo aceptaban con gusto y con todas las consecuencias habidas y por haber. Tras concluir, y sin saber por qué, los nervios que les habían estado acompañando durante toda la mañana habían desaparecido como por arte de magia. Una extraña sensación les invadió por completo. Una sensación de libertad y al mismo tiempo de satisfacción, que no podían dejar de manifestar con una radiante sonrisa. Tenían el convencimiento y la confianza de que estaban haciendo lo correcto.



Las campanas del Miguelete bramaron por la ciudad a la hora del ángelus. Los miembros del Tribunal de las Aguas hicieron su aparición en la puerta de los Apóstoles de la Catedral como cada jueves y, tomando asiento en el lugar que les correspondía debido a la acequia que representaban, procedieron en compañía del alguacil a comenzar uno de los juicios más tradicionales de toda Europa, rodeados por numerosos turistas y curiosos que cámara en mano intentaban

inmortalizar sus escenas sin perderse detalle. Rosa y Miguel, junto con sus sobrinas y Lluís y Andreu, se encontraban en primera fila. Siguieron el acto hasta que concluyó. Nunca les había sucedido anteriormente, a pesar de que no era la primera vez que presenciaban un juicio del mencionado Tribunal, sin embargo, esa mañana se sentían diferentes, algo había cambiado en su interior. No tenían temor de ningún tipo, al contrario, una fuerza poderosa se había asentado en todos ellos infundiéndoles el valor suficiente para llevar a cabo la misión que todavía les quedaba por realizar. Su trabajo todavía no había concluido. Hasta ahora solo había sido el principio. Tras retirarse los magistrados y desaparecer en la Casa Vestuario, los seis se fueron caminando lentamente hacia la calle Quart. Todavía tenían mucho que hacer antes de empezar el encargo que les habían encomendado. Tenían que preparar dos bodas y disponían de muy poco tiempo. Mientras se adentraban en la calle Caballeros camino del ático de Sara, las risas y bromas de unos y otros les acompañaron hasta que se perdieron de vista, y el callejón se quedó tan solo con el recuerdo del eco de seis personas rebosantes de felicidad.

Fin



Agradecimientos

Las doce Llaves han significado para mí un nuevo reto en el que en muchas ocasiones agobiada por el listón tan alto que me había marcado, me ha llevado a la extenuación temporal como bien indicaba Carlos Pajuelo en el prólogo del principio. Más bien parecía una misión imposible debido al poco tiempo libre del que dispongo, pero gracias al apoyo de las personas que están a mi lado y que han sabido empujarme en cada momento, he podido terminar la obra después de tres intensos años en los que las incalculables horas acumuladas han dado su fruto. Si con ello, he conseguido que el lector se haya entretenido en algunos momentos, entonces, mi labor habrá valido la pena.

Agradezco a mi marido Joaquín por su apoyo incondicional e inyectarme ánimo y transmitirme la fuerza necesaria para no rendirme. A mis hijos Daniel y Verónica por sus palabras de aliento y su paciencia. A mis padres Demetrio y Josefa por su comprensión. A mi hermana Pepi, luchadora incansable, por las largas conversaciones mantenidas con ella, ayudándome a buscar un final, y a mi hermano Deme, por su importante ayuda informática.

También doy las gracias a todas las personas que de una manera u otra han aportado su granito de arena como: Carlos Pajuelo de Arcos, periodista y escritor, por sus palabras en el prólogo de la novela, y otros más.

Quisiera hacer hincapié que los nombres que aparecen en el transcurso de la novela son totalmente ficticios y que cualquier coincidencia con la realidad no es más que mera casualidad. Pero sin embargo, los lugares son totalmente ciertos y porque no pensar que los misterios que ocultan pudieran tener algo de verdad.

Gracias a todos.



MARÍA VILLAMAYOR (Valencia, España). Debido a su gran pasión como es la literatura escribió su primera novela *El embrujo de Alhambra*, ahora, después de tres años de intenso trabajo, nos sorprende con su segunda obra: *Las doce llaves*, una apasionante novela de aventuras definiendo un estilo propio.

En la actualidad, ha empezado su tercer proyecto donde continuará cautivando al lector.